3988

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO DECIMOSETIMO.

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.



POEMAS ÉPICOS.

COLECCION DISPUESTA Y REVISADA, CON NOTAS BIOGRAFICAS Y UNA ADVERTENCIA PRELIMINAR,

POR DON CAYETANO ROSELL.

TOMO PRIMERO.



MADRID,

IMPRENTA DE LA PUBLICIDAD, Á CARGO DE D. M. RIVADENEYRA,

CALLE DE JESUS DEL VALLE, NÚM. 6.

1851.



ADVERTENCIA.

Antes de dedicar á nuestros lectores algunas observaciones, que hemos creido oportunas (1), sobre las cualidades de las obras que contiene el presente volúmen y sobre la materialidad de su publicacion, quizá no estará de más prevenir la objecion que, sin pecar de sobrado rígidos, pudieran hacernos muchos respecto al título de *Poemas Epicos* que lleva la anterior portada. Igual reparo precavió el señor don Manuel José Quintana al publicar la coleccion de su *Musa Epica;* y de su respetable autoridad nos servimos, no solo para convencernos de que no es vano escrúpulo tal recelo, sino principalmente, y con cierta especie de seguridad, para escudarnos con la fuerza de sus razones.

Poema verdaderamente épico, ninguno existe en nuestra literatura : es una verdad innegable, demostrada por todos los críticos, y por lo mismo no necesita de nuevas pruebas. Qué causas hayan podido dar lugar á este fenómeno, ni están bien averiguadas todavía, ni es fácil averiguarlas : unos alegan por única razon (y á ser verdad, no habriamos menester otra) la magnitud de la empresa y la escasa fuerza de nuestros ingenios; otros el nativo temperamento de los españoles, dados más bien á los arrebatos de la fantasía que á la profundidad y formal cultivo del entendimiento; quién atribuye esta falta á la preponderancia que siempre han ejercido entre nosotros los escritos dramáticos; quién á la índole que desde un principio caracterizó á nuestra literatura; y quién, por último, á la influencia tambien del clima, como si las

(1) La historia del verdadero poema heróico entre nosotros es brevísima, pues propiamente hablando, no comenzó á cultivarse este género hasta la fecha que lleva la *Araucana*. La lectura y estudio de los épicos italianos, como la de los líricos, inspiró á algunos de nuestros principales poetas, y despues á sus imitadores, el deseo de rivalizar con ellos; pero entrado el siglo xvii, calmó casi del todo esta efervescencia. Sin embargo, la multitud de ensayos que se hicieron en tan corto período puede dar lugar á muchas é importantes consideraciones; y algunas esperamos que nos sugiera la redaccion del catálogo que prometemos más adelante.

plantas que en Italia, por ejemplo, produjeron tan lozanos frutos hubieran debido perecer aquí por falta de estimacion ó por ingratitud del suelo.

Permítasenos, aunque la digresion parezca mal traida ó al ménos anticipada, emitir la opinion que nos merecen semejantes aseveraciones. No hay ley tan general que pueda aplicarse á todos los tiempos ni á todos los individuos, ni de la existencia de un defecto debe deducirse jamas la necesidad del defecto mismo. El fatalismo, axioma de la antigüedad, yace proscrito de las sociedades modernas, y no sabemos cómo se concede asenso á los críticos que se valen de él como de una antorcha con que iluminan las tinieblas de su inteligencia. ¿A qué generalizar un principio cuya causa puede muy bien hallarse en circunstancias fortuitas y meramente individuales? De nuestros célebres poetas del siglo XVI, algunos demostraron reunir suficientes dotes para la epopeya : si sus obras no son perfectas, cúlpese, no á su organizacion, no al influjo de un destino inexorable, sino á causas ignoradas en los unos, y en otros tan manifiestas que ellos mismos las reconocen y las declaran. En época como la que dejamos mencionada, tan fecunda en acaecimientos, tan rica en hechos magnánimos y hasta maravillosos, poética en sus menores accidentes, entusiasta en sus creencias, época de universal predominio, culta como la que más, y perfecta en todas las formas que constituyen el lenguaje, ¿qué elementos nos faltaban para rivalizar con las demas naciones? Ninguno; y en el caso á que nos referimos, quizá el más insignificante : la independencia material en tal autor que se dedicó á escritos de diversa índole, el retraimiento en este, el estímulo en aquel, en otro la madurez de los años, y en todos, prescindiendo de la aptitud con que ya contaban, el detenimiento ó la constancia para llevar á cabo tan loable empresa.

Pero, volviendo á la idea para nosotros importante, la verdad es que entre los centenares de poemas escritos en España desde el último tercio del siglo XVI con pretensiones, no con título, de épicos, ninguno es rigorosamente digno de semejante calificacion. — Entónces, se nos dirá, ¿á qué aplicarla á los que ahora se reimprimen? — Hemos creido que, aunque inexacta, ninguna cuadraba mejor á nuestro propósito, dado que cualquiera otra adoleceria de inconvenientes, ó por ser demasiado vaga, ó por concretar demasiado la misma calificacion, como sucederia por una parte llamando á esta coleccion *de poemas castellanos*, y por otra si nos sirviésemos del nombre de *heróicos*, que algunos preferirian. Heróico denominó VALBUENA su *Bernardo;* pero ¿podrémos calificar así la *Cristiada* del PADRE HOJEDA? Hemos pues adoptado el título más genérico, más usual, y más inteligible por consiguiente.

En cuanto al órden de sucesion en que estos poemas van impresos, confesamos no haber seguido más que el instintivo de interes y de veriedad. Del cronológico hemos prescindido, porque dando cuenta, al principio de cada obra, del tiempo en que floreció su autor y del año de las ediciones primitivas, no creemos necesario consignar más palpablemente la época de su advenimiento al mundo literario ni la serie de su prioridad recíproca ; que por lo demas, con dejar la *Araucana* en el lugar que ocupa, colocar en seguida el *Monserrate*, la *Cristiada* y la *Mosquea*, y concluir con el *Bernardo*, hubiéramos observado con todo rigor el método cronológico.

Encabezamos pues nuestra coleccion con la famosa obra de ERCILLA, y sin designio de darle preferencia sobre las demas, no sentimos verla figurar en el primer término

de este grandioso cuadro. Inspira el autor de la *Araucana*, como Cervántes, como Lope y como tantos otros ingenios de aquella dichosa época (pues hasta como hombres suelen ser nuestros autores clásicos dignos de estimacion y respeto), inspira, decimos, el autor de la *Araucana* cierta simpatía y cariño, que no puede provenir más que del carácter de ingenuidad y nobleza que le adornaba en vida, y que trasladó íntegro á su obra. Uno de los mayores defectos que en este poema se censuran, á saber, el realce que respecto á los españoles se da á las figuras de los bárbaros araucanos, prueba la candorosa honradez y la sensibilidad poética de Ercilla. Los españoles, feroces como todo conquistador á quien impacienta la resistencia, repugnaban con su crueldad al alma jóven, noble, valiente y generosa de Ercilla, que, siendo español tambien, hubiera querido ver limpios de toda mancha á sus compatriotas; al paso que los araucanos, víctimas al fin de una suerte inmerecida, defendian su religion y su libertad, y esta aspiracion los engrandecia á los ojos del poeta, que en una mano llevaba la espada para defenderse de ellos, y en otra la lira para celebrar, tal vez exagerándolas, sus hazañas. La razon del arte, implacable como la de estado, condenará al poeta por esta falta; pero Ercilla hallará siempre entre las almas sensibles apasionados admiradores.

No nos empeñarémos en sincerar igualmente á este escritor de otros vicios que en él se advierten: la desigualdad de estilo, el desaliño en que á veces incurria, la incoherencia y dislocacion de los episodios, la prolijidad en los pormenores, y lo que es peor, la mala eleccion de asunto, que estéril en sí y pequeño, no consentia siempre á su imaginacion remontarse hasta donde debiera. Pero si tratamos de compensar estos desaciertos con igual número de perfecciones, ¡cuánto no excede su mérito á la idea que de aquellos nos formemos! La pureza de la diccion, la propiedad de la frase, el interes y verdad de las pinturas, la animacion de las descripciones, la variedad y expresion de los caractéres, especialmente en los de los indios, la oportunidad y calor de los razonamientos, ¿no son cualidades suficientes á perpetuar la memoria de un poeta y la duracion de sus producciones? Por eso vive la de Ercilla repetida en multitud de ediciones, y leida y citada con general aplauso. Escribióla entre el desasosiego de los campamentos y el estruendo y riesgo de las batallas. No conocia entónces sino los modelos de la antigüedad; y cuando á su regreso á España vió la *Jerusalen* del Taso y trató de amoldar á aquella pauta sus inspiraciones, no consiguió más que debilitarlas: el estudio del poeta italiano, que ántes le hubiera aprovechado sobremanera, y acaso influido mucho en la perfeccion de su obra, concebida esta y en gran parte realizada, solo sirvió para extraviarle.

Jóven era tambien don Bernardo de Valbuena, despues obispo de Puerto-Rico, cuando en su primera edad, «con los brios de la juventud, como dice él mismo, y con la leche de la retórica», acometió á escribir su *Bernardo* ó *Victoria de Roncesvalles*, poema en que compiten la inexperiencia con el talento, la humildad con la magnificencia, los dones más ricos de la naturaleza con los yerros de la más desenvuelta precocidad ó del gusto más depravado. Acertó Valbuena con un asunto altamente épico, y supo darle principio y conclusion felices, aunque en el transcurso de la accion alteró enormemente sus proporciones. Creó muchos y bellos caractéres, y sostuvo algunos con singular acierto; inventó lances interesantes y episodios oportunos; pintó

cuadros admirables, dilatados paises y regiones, escenas de la naturaleza, ejércitos, batallas, fiestas y desafíos; trazó la historia de diferentes épocas, de varias monarquías, y hasta de algunas familias particulares; escribió como maestro; versificó como gran poeta; manejó la lira como armonista inimitable; pero no hay belleza de estas á que no opusiese el defecto más contrario, siendo otras veces en el estilo amanerado, en la versificacion prosáico, lánguido y duro en las armonías, ridículo en las descripciones, pesado é insulso en las pinturas, y en los episodios y caractéres débil, inconsecuente y desordenado. VALBUENA, para decirlo de una vez, es una paradoja personificada (1): ejemplo vivo de lo insuficientes, y aun nocivas, que suelen ser las dotes naturales sin el auxilio del arte; demostracion palpable de que raras veces caminan juntos el talento que concibe y crea, y el juicio que discierne y da forma y disposicion á lo creado. VALBUENA contaba en muy alto grado con los recursos de la naturaleza; tenia ademas á la vista modelos excelentes á quienes trató de imitar: Virgilio, Ovidio, Lucano mismo, entre los escritores de la antigüedad; Boyardo, y Ariosto más que otro alguno, entre los modernos; pero, falto aun del precioso don del criterio, dió á luz, no una produccion defectuosa hasta cierto punto, sino el monstruoso engendro del pintor de Horacio.

No teman, sin embargo, nuestros lectores desalentar en el largo espacio de cuarenta mil versos que comprende este poema: á cada paso encontrarán bellezas donde recrear su vista, alicientes que les hagan olvidar el fastidio de tal ó cual pasaje, y sin sentirlo, proseguir embebecidos en su lectura; que este es el privilegio de los talentos superiores. Y á los que desearen ver únicamente lo bueno de esta obra inmensa, entresacándolo de la confusa hojarasca que lo oscurece, les dirémos ante todo que el sistema de esta publicacion no es dar extractos, sino obras completas en cuanto sea posible; y ademas que tanto aprovecha á los doctos é inteligentes (pues nuestra BIBLIOTECA no es para curiosos y principiantes) lo perfecto por lo que enseña, como lo

(1) Si se quiere un juicio más profundo y cabal de este escritor, léase la introduccion que á su *Musa Epica* antepuso el señor Quintana, en que, despues de enumerar las altas prendas y grandes defectos de este poeta, se expresa en los siguientes términos:

«El *Bernardo*, considerándole solo como prueba de fuerzas poéticas en un jóven que acaba de salir de las »aulas, no solo es una obra estimable, sino en cierto modo maravillosa... Los primores, las bellezas están mez»cladas en él con los borrones y el desaliño, á la manera que aun en la mina más preciosa el oro está ligado con »las tierras y escorias que le deslustran y le afean. Pero no hay duda que hay oro en gran cantidad y de elevados »quilates; y el libro no por ser tan defectuoso deja de ser un riquísimo minero de invenciones de fantasía admi»rables, de diccion poética y de versificacion... Dañó, sin duda, á su perfeccion la extension misma del poema: »¿cómo es posible escribir cinco mil octavas con concierto y buen gusto? Sintamos que el autor, entregado des»pues de componerle á las atenciones y estudios de teólogo y prelado, no pudiese ponerse de propósito á limpiarle »de los defectos esenciales de composicion que hay en él, más graves aun que los de ejecucion. En el juicioso »prólogo que le puso delante, cuando le dió á luz, da á entender bien claro cuáles eran las justas proporciones y la »distribucion que debia darse á la fábula que habia construido... No lo hizo así, y su gloria pierde en ello, suce»diéndole lo que á tantos otros escritores, de quienes se ha dicho que veian el punto de perfeccion á que debian »tocar, y por debilidad ó por negligencia no acertaban á llegar á él.»

En medio de todo esto, VALBUENA, si no el primero, es uno de nuestros mejores poetas épicos, y cuando acierta no hay nadie que se le iguale; de cuya opinion debe participar el mismo señor Quintana cuando dice poco ántes de lo que de su introduccion dejamos entresacado:

«Para la poesía descriptiva tenia talentos no muy inferiores á los de aquel gran poeta (Ariosto), y superiores, sin disputa, á los de cualquiera otro de nuestros escritores.»

defectuoso por lo que corrige. Hecha esta salvedad involuntaria, digamos algo de la *Cristiada*.

Esta obra, rarísima en España y generalmente conocida solo por los bien elegidos extractos que de ella se hacen en la *Musa Epica*, considerada en conjunto, es muy notable por su regularidad; desmenuzada en partes, se resiente de falta de entonacion y brio. Su lenguaje, sencillo y castizo por lo comun, decae á veces hasta confundirse con la prosa; y no porque su autor desconociese la manera de ennoblecer la diccion y construir el verso, sino porque debió creer que el asunto, elevado y noble de suyo, no necesitaba de mucho esfuerzo para sostenerse dignamente; pero, fuera de esta falta de colorido, de la debilidad de algunos caractéres, y del desleimiento de ciertas ideas y situaciones, poco asidero ofrece la *Cristiada* á la censura más rigorosa. Respirando siempre un aroma bíblico, sencilla en el fondo como en las formas, llena de pensamientos sublimes sin altisonancia, de afectos tiernos y delicados, y escrita generalmente en versos fáciles, flúidos y sonoros, es el correctivo más á propósito que puede oponerse á la frenética verbosidad y á la exuberancia enciclopédica del *Bernardo*. Abrese el poema con la última cena del Salvador, y termina con su crucifixion y muerte, sin que rompan la unidad de tan severa accion episodios extraños ni embarazosos; ántes bien aparece esta realzada y esclarecida con algunas digresiones propias, y sobre todo, muy oportunas. La *Cristiada*, en fin (y esto baste para encarecer su mérito), que si tuvo algun modelo, fué el poema latino de Jerónimo Vida sobre el mismo asunto, y este para mejorarlo, sostiene muchas veces la comparacion con el *Paraiso* de Milton, cuando pinta la mansion de los espíritus infernales y los conciliábulos de Satanas, y no cede en ciertos rasgos de invencion á la *Mesiada* de Klopstock, aunque esta la aventaje mucho en virtud poética. Así, la personificacion que Hojeda hace de la oracion del Verbo nos parece más espiritual, más bella que en Klopstock el mensaje del arcángel Gabriel, encargado por el Redentor de hacer presentes al Eterno las angustias de su corazon. Pero el autor aleman debió conocer el hermoso pensamiento de la *Cristiada*, y lo imitó despues más estrictamente en la personificacion que, muerto el Dios Hombre, hace de su incomparable gloria (1).

Hemos insertado en seguida el *Monserrate*, del capitan Cristóbal de Virués, escritor de alguna reputacion y hombre instruido, aunque de escasas facultades en este género; de cuya obra dirémos solo que se recomienda por la nitidez de su locucion, por la propiedad de su estilo y por otras buenas prendas que la caracterizan; pero la reputamos de segundo órden y de un argumento sobrado tenue para la robustez de la trompa épica (2).

Verdad es que un ingenio perspicaz sabe siempre sacar partido del argumento más

(1) El juicio que el señor Quintana forma de este poema conviene con el nuestro. El señor don Antonio Gil de Zárate, en su *Manual de Literatura*, dice: «Merece harta más fortuna que la que le ha cabido, y que tendrá » sin duda luego que haciéndose de él una nueva edicion por algun amante de las letras españolas, vuelva á apa- » recer íntegro en el orbe literario.» No sabemos por qué un crítico de tan buen juicio como el señor don Manuel » Silvela incluye la *Cristiada*, en sus *Obras póstumas*, entre las producciones de «menor monta.»

(2) Vacilamos en un principio entre este poema; el *San José*, de Valdivielso; la *Austriada*, de Rufo; la *Conquista de la Bética*, de Juan de la Cueva; la *Invencion de la Cruz*, de Zárate, y algun otro; pero dímos la preferencia al *Monserrate*, porque no desmereciendo á los restantes y habiendo de entrar tarde ó temprano en nuestra coleccion, nos convenia darle cabida en este volúmen en atencion á sus proporciones.

despreciable; y la prueba es la *Mosquea*, de Villaviciosa, que este tituló Poética inventiva, y despues se ha considerado por unos como un verdadero poema, y por otros como el mejor que se ha escrito en castellano. No llevarémos nosotros á tal extremo nuestros encomios, porque reprobamos toda parodia, por lo ménos como un entretenimiento inútil, por no decir como una profanacion del arte; mas la *Mosquea* es produccion de tal especie, que llega uno á prescindir de la de los personajes que toman parte en su accion, y á interesarse por ellos cual si fuesen los héroes del más grave poema. Aquellos viles insectos sienten, discurren, obran como los semidioses de la *Ilíada* ó de la *Eneida;* tienen sus caractéres no muy variados, pero sí determinados; visten lucientes yelmos y duras cotas; manejan cortantes espadas y pesadas lanzas; y el poeta cuida muy bien de sostener la ilusion á veces, ornando con todas las galas de la diccion y de la armonía la inagotable narracion de sus aventuras. Da enfado el considerar que se empleasen en semejante tarea tan felices disposiciones, y que el autor que se enamoró de la *Batracomiomaquia* (Dios sabe con qué fundamento atribuida al dudoso Homero) no pretendiese rivalizar con los primeros épicos en un asunto de los muchos que se hallan en nuestra historia dignos de perpetuarse.

De todas suertes tenemos en la *Mosquea* una obra que, aunque ridícula en su esencia, en sus formas es apreciabilísima; y en este concepto debia formar parte de la Biblioteca; sin embargo, no es bien que eximamos á Villaviciosa de la justicia con que hemos tratado á sus predecesores, tanto más, cuanto que en escritores de su mérito los yerros son doblemente imperdonables. Este autor, que tan fácilmente sabía enriquecer la idea más mezquina y hermosear hasta el objeto más repugnante, usa alguna vez que otra de pensamientos groseros y de expresiones nauseabundas; divaga tambien en accesorios inútiles; entorpece la narracion por alargarla demasiado; renuncia sin necesidad al atractivo de la alegoría; afecta, por presumir de culto, oscuridad en las frases, y otras veces, por parecer natural, descuida la locucion y hasta el arte de la rima. Si se propuso por modelo la *Mosquea* del supuesto Merlin Coccayo, no es extraño incurriese en algunas de estas distracciones. Así y todo, merece un lugar muy distinguido en el catálogo de los clásicos españoles, porque sobre otras muchas, tiene la cualidad, rara por cierto en nuestros escritores, de ser enérgico en la pintura de caractéres.

Tales son, en nuestro sentir, los poemas que comprende este primer volúmen; y aunque tememos que no parezca acertada su eleccion á todos, y que no habrá ninguno de los conocidos y postergados que no merezca á muchos de nuestros lectores la preferencia sobre cualquiera de los presentes, esperamos dejarlos satisfechos cuando se publique el tomo segundo de *Epicos*. Respecto á la *Jerusalen* de Lope, cuya omision en este sería ciertamente vituperable, nos apresuramos á anunciar que formará parte de la coleccion de obras completas del fénix de los ingenios. Por lo demas, como en estas materias el gusto es tan descontentadizo y vario, y dudamos mucho de la bondad del nuestro, debemos declarar que no hemos seguido á ciegas nuestra opinion, sino procedido acordes con el dictámen y aprobacion de personas entendidas y autorizadas.

Hubiéramos deseado alguna vez aclarar con notas los pasajes oscuros, sobre todo en el *Bernardo,* cuyas dos impresiones están muy léjos de ser perfectas; mas en pri-

mer lugar, hemos desconfiado de nuestro juicio, y creido, en segundo, que nuestros lectores, como ya indicamos anteriormente, están dotados de suficiente criterio para no necesitar de guia. Por el pronto les sería más útil un catálogo completo, en lo posible, de los poemas que existen publicados y de algunos inéditos que se conocen; pero este trabajo, que no es para improvisado, acompañará, Dios mediante, por via de apéndice al mencionado segundo tomo.

Hemos procurado que la correccion del presente en nada desdiga de los anteriores de la BIBLIOTECA, reconociendo y compulsando las diferentes ediciones de estos poemas, no aventurando enmienda alguna sin el convencimiento de que recaia sobre un yerro de imprenta, y en el caso de alguna variante, prefiriendo los textos primitivos ó los más correctos y autorizados; que en este particular no hay escrúpulo que parezca nimio, y á falta de verdaderos originales, merecen los tenidos por tales el mayor respeto. En punto á la ortografía, como cada época y cada libro tienen la suya y todas son arbitrarias é inconsecuentes, hemos uniformado en cierto modo la de todos los poemas, sometiéndola al sistema de la Academia, única autoridad en la materia, excepto en aquellos casos en que la eufonía ó el carácter del escritor exigian que se infringiese.

Reunidos ya en un cuerpo nuestros principales escritores en este género, creemos facilitar su estudio y haber correspondido al utilísimo designio de esta importante publicacion. El repertorio de los Epicos españoles inspirará tal vez á doctos críticos y literatos entendidos el deseo de ocuparse en cuestiones hasta el dia poco dilucidadas: las diferentes escuelas en que se dividen los autores clásicos; la parte que cupo á cada cual en el perfeccionamiento ó decadencia de nuestras letras; la comparacion entre ellos y los escritores extranjeros; el mostrar cuándo fuéron originales, quién y de quiénes imitadores, y otros muchos asuntos que redundarán en provecho de la juventud, en bien de la literatura y en servicio y gloria de nuestra patria.

LA ARAUCANA,

POR DON ALONSO DE ERCILLA Y ZUÑIGA (1),

CABALLERO DEL ORDEN DE SANTIAGO, GENTILHOMBRE DE LA CÁMARA DE LA MAJESTAD DEL EMPERADOR.

AL REY NUESTRO SEÑOR.

Como todas mis obras de su principio están ofrecidas á vuestra Majestad, esta, como necesitada, acude al amparo que ha menester. Suplico á vuestra Majestad sea servido de pasar los

(1) Don Alonso de Ercilla y Zúñiga, caballero no menos ilustre en nobleza que en fortaleza de ánimo y en superioridad de entendimiento, nació, segun unos, en Madrid, ó como aseguran otros, quizá sin mas fundamento que la procedencia de su familia, en la villa de Bermeo, cabeza del señorío de Vizcaya, el dia 7 de agosto de 1533. Fué su padre Fortun ó Fortunio García de Ercilla, caballero de la orden de Santiago y célebre jurisconsulto de aquella época; y su abuelo Martin Ruiz de Ercilla, señor de la torre de este nombre, persona tambien muy distinguida; por madre tuvo á doña Leonor de Zúñiga, señora de Bobadilla hasta la muerte de su marido, y guarda-damas, durante su estado de viudez, de la emperatriz doña Isabel. Fueron, en fin, señores tan autorizados en la corte los Ercillas, que un hermano de nuestro don Alonso, llamado don Juan, que desempeñaba la abadía de Hormedes, sirvió de limosnero mayor á la reina doña Ana de Austria, y de maestro al príncipe don Fernando.

Era aquel todavía niño cuando, como á la sazon se acostumbraba, entró en palacio de paje ó menino del príncipe don Felipe, hijo de Carlos V; y á la edad de catorce años le acompañó en el viaje que hizo á los estados de Flandes para tomar posesion del ducado de Brabante, hasta el año 1551, en que regresaron á España. Esta peregrinacion debió aficionar á don Alonso á la vida de viajero; y no es extraño que concibiese un vivo deseo de visitar los paises mas remotos el que á la edad de veinte y un años habia recorrido diferentes veces las provincias de España, Italia, Francia, Inglaterra, Flandes, Alemania, Bohemia, Moravia, Silesia, Austria, Hungría, Estiria y Carintia. Esto por una parte, y por otra el espíritu caballeresco, y hasta el temerario arrojo de su carácter, le inspiraban cierta predileccion á la vida aventurera: vicio de que aun se resentian en general las costumbres de aquellos tiempos.

Asistia pues en Inglaterra á don Felipe el año 1554, cuando llegó á Londres la noticia de la rebelion de los araucanos. Hallábase en la misma corte, procedente del Perú, Jerónimo de Alderete, y el rey le nombró capitan y adelantado de aquella tierra, con cargo de pacificarla. No hubo menester otro estímulo don Alonso: empuñó por primera vez la espada, y partió con Alderete en direccion á Chile; pero, habiendo muerto este en Taboga, cerca de Panamá, el joven Ercilla siguió su viaje, llegando con felicidad á Lima. El cargo del difunto Alderete se dió á don García, hijo de don Andres Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete y virey del Perú: con él y con los españoles que hacian la guerra á los araucanos se incorporó don Alonso; y lo que en otro hubiera sido desesperada y funesta resolucion, en nuestro esforzado joven fué ocasion de lucimiento y origen de perpetua gloria.

Héroe y cantor á un tiempo, celebraba por la noche las proezas que realizaba durante el dia: con la espada en la mano y la pluma en el seno satisfacia á la vez el entusiasmo del guerrero y el del poeta; mientras combatia pensaba, y mientras escribia cobraba fuerzas para la lid del dia siguiente; endurecia sus miembros en aquellas regiones agrestes con la fatiga de las batallas, y en alas de la poesía remontaba su imaginacion á las esferas del pensamiento: union pocas veces vista, y menos en tanto grado, de la robustez y vigor del cuerpo con el brio y elevacion de la inteligencia.

Dió don Alonso pruebas de su gran valor en siete batallas campales y en varios combates y encuentros de menos importancia, arriesgando á cada instante la vida, y sufriendo todo género de trabajos y privaciones; acompañó á su general don García Hurtado de Mendoza á la conquista de la última tierra del valle de Chiloe, pasando al efecto el estrecho de Magallanes; y arrostrando cuantas dificultades se le ponian delante, atravesó dos veces en piraguas, seguido de diez soldados, el peligroso desaguadero del archipiélago de Ancudbox: metióse tierra adentro, y para memoria de su heróica intrepidez, grabó con la punta de un cuchillo en la corteza del árbol mas robusto que pudo hallar, una octava alusiva á este hecho, que insertó después en su poema, como otras muchas que se hallan en él, referentes á pormenores de su vida, los cuales, sin esta precaucion, serian para nosotros absolutamente desconocidos.

Algun tiempo después parece que, á consecuencia de una reyerta que tuvo con un don Juan de Pineda, en que ambos remitieron sus razones á las espadas, fué Ercilla condenado por don García á perder la cabeza en público cadalso; mas al fin se revocó la sentencia cuando estaba para ejecutarse, conmutándola primero en prision y después en un penoso destierro. Trasladóse don Alonso al Callao de Lima, donde, sabedor de las atrocidades que cometia en Venezuela Lope de Aguirre, resolvió ir en su busca y tratarle como enemigo; mas al llegar á Panamá, supo que le habia desbaratado en Tocuyo Diego García de Paredes, y que, de resultas de su derrota, habia sido decapitado.

Por entonces, ácia el año 1561, enfermó gravemente don Alonso: salváronle su juventud y vigor de espíritu, y regresó á España cuando solo contaba veinte y nueve años, trayendo escrita la parte primera de su *Araucana;* mas á poco tiempo hizo otro viaje por Francia, Italia, Alemania, Silesia, Moravia y Panonia. Contrajo matrimonio, segun se presume, en Madrid el año 1570. Su esposa se llamó doña María Bazan, hija que fué de Gil Sanchez Bazan y de doña Marquesa de Ugarte, dama de la reina doña Isabel de la Paz, la cual y el emperador Rodulfo fuéron sus padrinos, aunque otros observan que la madrina debió serlo doña Ana de Austria, pues doña Isabel falleció en 1568. De este matrimonio no resultaron hijos: pero tuvo Ercilla algunos naturales, entre los cuales debe principalmente mencionarse á doña María Margarita de Zúñiga, dama de la emperatriz doña María, que casó muy ventajosamente con don Fadrique de Portugal, hijo de los condes de Faro y Mira, señor de las baronías de Orani, y caballerizo mayor de la misma emperatriz.

Créese con bastante fundamento que los postreros años de su vida los pasó don Alonso retirado en Madrid: ya con ánimo de consagrarse á la contemplacion de las cosas divinas, arrepentido de haber hecho tanto caso de las huma-

ojos por ella; que con merced tan grande, demás de dejarla vuestra Majestad ufana, quedará autorizada y segura de que ninguno se le atreva. Guarde nuestro Señor la católica persona de vuestra Majestad.

DON ALONSO DE ERCILLA Y ZÚÑIGA.

PROLOGO.

Si pensara que el trabajo que he puesto en esta obra me habia de quitar tan poco el miedo de publicarla, sé cierto de mi que no tuviera ánimo para llevarla al cabo. Pero, considerando ser la historia verdadera, y de cosas de guerra, á las cuales hay tantos aficionados, me he resuelto en imprimirla, ayudando á ello las importunaciones de muchos testigos que en lo mas dello se hallaron, y el agravio que algunos españoles recibirian quedando sus hazañas en perpetuo silencio, faltando quien las escriba. No por ser ellas pequeñas, pero porque la tierra es tan remota y apartada, y la postrera que los españoles han pisado por la parte del Pirú,

nas; ya para desahogarse á sus solas en quejas contra la fortuna, porque, después de haber prodigado su sangre en defensa de la patria, y servido lealmente á sus reyes en la corte, esta le trataba con un desdén, que aun a despecho de su natural modestia parece que alguna vez él mismo calificó de injusto. Su resentimiento contra don García, que le indujo á guardar un silencio completo respecto á este personaje, y á construir un poema sin héroe conocido, pudo ser muy bien la causa de aquel desprecio: ello es indudable que entre el poeta y el magnate mediaron rencores, de que provino la enemistad con que uno á otro se miraron siempre.

No se sabe fijamente el año en que murió ERCILLA, pero se presume que vivia todavía en 1596: sus restos se conservan en el convento de carmelitas descalzas de Ocaña. El descuido con que España ha mirado siempre sus glorias, especialmente las literarias, es causa de que no conozcamos particularidades de la vida de muchos de sus ingenios; lo cual, lejos de ser una vana curiosidad, es muchas veces un dato muy importante para la crítica de sus obras. *La Araucana* misma perderia alguna parte de su mérito, si no supiésemos de qué manera la escribió su autor, entre el bullicio y rebato de los campamentos, y la distraccion y fatiga de una guerra tan enconada como incesante.

Dícese que ERCILLA habia empezado tambien un poema en loor del heróico marqués de Santa Cruz, don Alvaro de Bazan; y si la especie es cierta, ó le sorprendió la muerte antes de terminarlo, ó pereció el original en términos que nadie tuvo noticia de su existencia.

De *La Araucana* se han hecho multitud de ediciones, algunas esmeradas y correctas. Parece que la primera parte se publicó por el año 1569; la primera y segunda en 1578, y la tercera en 1589. La mas antigua que nosotros hemos visto es la publicacion de las partes primera y segunda, hecha en 1578 en Madrid por Pierres Cosin, y la de las tres partes reunidas, de la misma casa, una y otra en 4.°

Las demas ediciones que hemos podido adquirir y tener presentes son estas:

Segunda parte.	— Zaragoza: en casa de Juan Soler,		1578.
Primera y segunda.	— Madrid:	Madrigal,	1589, dos volúmenes, 12.°
Primera, segunda y tercera.	— Madrid:	Madrigal,	1589, dos volúmenes, 8.°
Primera, segunda y tercera.	— Barcelona: Sebastián de Cormellas,		1592.

El ejemplar que hemos visto, propio del señor don Pascual Gayangos, dice, enmendado de mano, 1642. La portada citada es la general del tomo; pero las partes segunda y tercera tienen otra que dice: Barcelona, casa de la viuda de Hubert Gotart, 1590. Al fin de la tercera parte se ve la fecha de 1591; de lo que se deduce que la primera portada del tomo debió ser posterior á la impresion de este; y la prueba es que, al concluir el elogio que escribió del poema el licenciado Mosquera de Figueroa, se lee: año 1585. No podemos decir qué fundamento tenga la enmienda de mano del ejemplar citado, repetida alguna vez mas adelante, y con trazas de antigüedad.

Primera, segunda y tercera.	—Madrid: Castro,		1597, 8.°
Primera, segunda y tercera.	—Madrid: Juan de la Cuesta,		1610, 8.°
Segunda y tercera.	—Madrid: imprenta del Reino,		1632, 8.°
Segunda y tercera. Con la cuarta y quinta parte de Santisteban y Osorio.	— Madrid: Martinez Abad,		1733, folio.
Segunda y tercera.	— Madrid: Martinez Abad,		1758, folio. Esta edicion es sospechosa. En nuestro concepto es la misma de 1733.
Segunda y tercera.	—Madrid: Sancha,		1778, dos volúmenes, 8.°
Segunda y tercera.	—Madrid: Repullés,		1805, dos volúmenes, 8.°
Segunda y tercera.	—Barcelona: Piferrer,		1827, dos volúmenes, 8.°
Segunda y tercera.	—Madrid: Burgos,		1828, dos volúmenes, 16.°
Segunda y tercera.	—Barcelona: Saurí,		1843, dos volúmenes, 8.°

Existen tambien ediciones de Perpiñán, de Lion, de Paris, Amberes y otros puntos, y hemos visto citadas algunas otras de España; mas, como la utilidad de hacerse con todas ellas no compensa el trabajo que sería menester emplear para conseguirlas, nos contentamos con el catálogo que dejamos hecho, el cual da bastante idea de la estimacion en que se ha tenido siempre la interesante obra de ERCILLA.

Tuvo este, segun queda indicado, un continuador, don Diego Santisteban y Osorio, que añadió dos partes á las tres de *La Araucana*. Imprimiéronse en Salamanca, en casa de Juan y Andrés Renaut, año 1597, y se unieron á la obra antigua en algunas ediciones; pero se suprimieron después en las sucesivas, y en nuestro sentir acertadamente, porque los cantos de Osorio no merecen figurar al lado de su modelo.

Réstanos advertir que la primera edicion de las tres partes de *La Araucana*, y la que se hizo después en Antuerpia por Andrés Bacxii, en 1597, no salieron tan completas como las posteriores. La razon es, porque ERCILLA añadió en el canto XXXII seis octavas, desde el verso que dice: *Cuento una vida casta, una fe pura*, página 119, hasta la octava que concluye así: *Y para decir bien siempre es buen tiempo*. Además agregó dos cantos nuevos, el XXXV y XXXVI, y concluyó el XXXVII, con el que en la primera edicion era XXXV. Esta misma advertencia hizo don Miguel de Burgos al frente de la tercera parte de su edicion; y para que fuese mas comprensible, marcó con signos particulares las páginas en que se hallan dichas innovaciones.

que no se puede tener della casi noticia, y por el mal aparejo y poco tiempo que para escribir hay con la ocupacion de la guerra, que no da lugar á ello; y así, el que pude hurtar le gasté en este libro, el cual, porque fuese mas cierto y verdadero, se hizo en la misma guerra y en los mismos pasos y sitios, escribiendo muchas veces en cuero por falta de papel, y en pedazos de cartas, algunos tan pequeños, que apenas cabian seis versos; que no me costó después poco trabajo juntarlos; y por esto, y por la humildad con que va la obra, como criada en tan pobres pañales, acompañándola el celo y la intencion con que se hizo, espero que será parte para poder sufrir quien la leyere las faltas que lleva. Y si á alguno le pareciere que me muestro algo inclinado á la parte de los araucanos, tratando sus cosas y valentías mas extendidamente de lo que para bárbaros se requiere; si queremos mirar su crianza, costumbres, modos de guerra y ejercicio della, veremos que muchos no les han hecho ventaja, y que son pocos los que con tan gran constancia y firmeza han defendido su tierra contra tan fieros enemigos como son los españoles. Y cierto es cosa de admiracion que, no poseyendo los araucanos mas de veinte leguas de término, sin tener en todo él pueblo formado ni muro ni casa fuerte para su reparo, ni armas, á lo menos defensivas, que la prolija guerra y españoles las han gastado y consumido, y en tierra no áspera, rodeada de tres pueblos españoles y dos plazas fuertes en medio della, con puro valor y porfiada determinacion hayan redimido y sustentado su libertad, derramando en sacrificio della tanta sangre, así suya como de españoles, que con verdad se puede decir haber pocos lugares que no estén della teñidos y poblados de huesos, no faltando á los muertos quien les suceda en llevar su opinion adelante. Pues los hijos, ganosos de la venganza de sus muertos padres, con la natural rabia que los mueve y el valor que dellos heredaron, acelerando el curso de los años, antes de tiempo tomando las armas, se ofrecen al rigor de la guerra. Y es tanta la falta de gente, por la mucha que ha muerto en esta demanda, que para hacer mas cuerpo y henchir los escuadrones, vienen tambien las mujeres á la guerra, y peleando algunas veces como varones, se entregan con grande ánimo á la muerte. Todo esto he querido traer para prueba y en abono del valor destas gentes, digno de mayor loor del que yo le podré dar con mis versos. Y pues, como dije arriba, hay ahora en España cantidad de personas que se hallaron en muchas cosas de las que aquí escribo, á ellas remito la defensa de mi obra en esta parte, y á los que la leyeren se la encomiendo.

LA ARAUCANA.

CANTO PRIMERO.

El cual declara el asiento y descripcion de la provincia de Chile, y estado del Arauco, con las costumbres y modos de guerra que los naturales tienen; y asimismo trata en suma de la entrada y conquista que los españoles hicieron hasta que Arauco se comenzó á rebelar.

No las damas, amor, no gentilezas
De caballeros canto enamorados,
Ni las muestras, regalos y ternezas
De amorosos afectos y cuidados;
Mas el valor, los hechos, las proezas
De aquellos españoles esforzados,
Que á la cerviz de Arauco no domada
Pusieron duro yugo por la espada.

Cosas diré también harto notables
De gente que á ningun rey obedecen,
Temerarias empresas memorables
Que celebrarse con razon merecen:
Raras industrias, términos loables
Que mas los españoles engrandecen;
Pues no es el vencedor mas estimado
De aquello en que el vencido es reputado.

Suplícoos, gran Felipe, que mirada
Esta labor de vos sea recibida,
Que de todo valor necesitada
Queda con darse á vos favorecida:
Es relacion sin corromper sacada
De la verdad, cortada á su medida;
No desprecieis el don, aunque tan pobre,
Para que autoridad mi verso cobre.

Quiero á señor tan alto dedicarlo
Porque este atrevimiento lo sostenga,
Tomando esta manera de ilustrarlo
Para que quien lo viere en mas lo tenga;
Y si esto no bastare á no tacharlo,
A lo menos confuso se detenga,
Pensando que pues va á vos dirigido,
Que debe de llevar algo escondido.

Y haberme en vuestra casa yo criado,
¡Que crédito me da por otra parte!
Hará mi torpe estilo delicado,
Y lo que va sin orden, lleno de arte;
Así, de tantas cosas animado,
La pluma entregaré al furor de Marte:
Dad orejas, señor, á lo que digo,
Que soy de parte dello buen testigo.

Chile, fértil provincia y señalada,
En la region antártica famosa,
De remotas naciones respetada
Por fuerte, principal y poderosa:
La gente que produce es tan granada,
Tan soberbia, gallarda y belicosa,
Que no ha sido por rey jamás regida,
Ni á estranjero dominio sometida.

Es Chile norte sur de gran longura
Costa del nuevo mar del Sur llamado,
Tendrá del leste á oeste de angostura
Cien millas por lo mas ancho tomado:
Bajo del polo antártico en altura
De veinte y siete grados prolongado,
Hasta do el mar Océano y chileno
Mezclan sus aguas por angosto seno.

Y estos dos anchos mares, que pretenden
Pasando de sus términos juntarse,
Baten las rocas y sus olas tienden;
Mas esles impedido el allegarse:
Por esta parte al fin la tierra hienden,
Y pueden por aquí comunicarse.
Magallanes, señor, fué el primer hombre
Que abriendo este camino le dió nombre.

Por falta de pilotos, ó encubierta
Causa, quizá importante y no sabida,
Esta secreta senda descubierta
Quedó para nosotros escondida,
Ora sea yerro de la altura cierta,
Ora que alguna isleta removida
Del tempestuoso mar y viento airado,
Encallando en la boca, la ha cerrado.

Digo que norte sur corre la tierra,
Y báñala del oeste la marina;
A la banda del leste va una sierra
Que el mismo rumbo mil leguas camina:
En medio es donde el punto de la guerra
Por uso y ejercicio mas se afina;
Venus y Amor aquí no alcanzan parte;
Solo domina el iracundo Marte.

Pues en este distrito demarcado,
Por donde su grandeza es manifiesta,
Está á treinta y seis grados el estado
Que tanta sangre ajena y propia cuesta:
Este es el fiero pueblo no domado
Que tuvo á Chile en tal estrecho puesta,
Y aquel que por valor y pura guerra
Hace en torno temblar toda la tierra.

Es Arauco, que basta, el cual sujeto
Lo mas deste gran témino tenia,
Con tanta fama, crédito y conceto,
Que del un polo al otro se estendia;
Y puso al español en tal aprieto
Cual presto se verá en la carta mia:
Veinte leguas contienen sus mojones,
Poséenla diez y seis fuertes varones.

De diez y seis caciques y señores
Es el soberbio estado poseido,
En militar estudio los mejores
Que de bárbaras madres han nacido:
Reparo de su patria y defensores,
Ninguno en el gobierno preferido;
Otros caciques hay, mas por valientes
Son estos en mandar los preeminentes.

Solo al señor de imposicion le viene
Servicio personal de sus vasallos,
Y en cualquiera ocasion cuando conviene
Puede por fuerza al débito apremiallos;
Pero así obligacion el señor tiene
En las cosas de guerra dotrinallos
Con tal uso, cuidado y disciplina,
Que son maestros después desta doctrina.

En lo que usan los niños en teniendo
Habilidad y fuerza provechosa,
Es que un trecho seguido han de ir corriendo
Por una áspera cuesta pedregosa;
Y al puesto y fin del curso revolviendo,
Le dan al vencedor alguna cosa;
Vienen á ser tan sueltos y alentados,
Que alcanzan por aliento los venados.

Y desde la niñez al ejercicio
Los apremian por fuerza y los incitan,
Y en el bélico estudio y duro oficio
Entrando en mas edad los ejercitan:
Si alguno de flaqueza da un indicio,
Del uso militar lo inhabilitan,
Y el que sale en las armas señalado
Conforme á su valor le dan el grado.

Los cargos de la guerra y preeminencia
No son por flacos medios proveidos,
Ni van por calidad ni por herencia,
Ni por hacienda y ser mejor nacidos;
Mas la virtud del brazo y la escelencia,
Esta hace los hombres preferidos,
Esta ilustra, habilita, perficiona,
Y quilata el valor de la persona.

Los que están á la guerra dedicados
No son á otro servicio constreñidos,
Del trabajo y labranza reservados,
Y de la gente baja mantenidos;
Pero son por las leyes obligados
De estar á punto de armas proveidos,
Y á saber diestramente gobernallas
En las lícitas guerras y batallas.

Las armas dellos mas ejercitadas
Son picas, alabardas y lanzones,
Con otras puntas largas enastadas
De la facion y forma de punzones:
Hachas, martillos, mazas barreadas,
Dardos, sarjentas, flechas y bastones,
Lazos de fuertes mimbres y bejucos,
Tiros arrojadizos y trabucos.

Algunas destas armas han tomado
De los cristianos nuevamente agora,
Que el continuo ejercicio y el cuidado
Enseña y aprovecha cada hora;
Y otras segun los tiempos inventado,
Que es la necesidad grande inventora,
Y el trabajo solícito en las cosas
Maestro de invenciones ingeniosas.

Tienen fuertes y dobles coseletes,
Arma comun á todos los soldados,
Y otros á la manera de sayetes,
Que son aunque modernos mas usados:
Grevas, brazales, golas, capacetes
De diversas hechuras encajados,
Hechos de piel curtida y duro cuero,
Que no basta á ofenderle el fino acero.

Cada soldado una arma solamente
Ha de aprender, y en ella ejercitarse,
Y es aquella á que mas naturalmente
En la niñez mostrare aficionarse:
Desta sola procura diestramente
Saberse aprovechar, y no empacharse
En jugar de la pica el que es flechero,
Ni de la maza y flechas el piquero.

Hacen su campo, y muéstranse en formados
Escuadrones distintos muy enteros,
Cada hila de mas de cien soldados,
Entre una pica y otra los flecheros,
Que de lejos ofenden desmandados
Bajo la proteccion de los piqueros,
Que van hombro con hombro como digo
Hasta medir á pica al enemigo.

Si el escuadron primero que acomete
Por fuerza viene á ser desbaratado,
Tan presto á socorrerle otro se mete,
Que casi no da tiempo á ser notado;
Si aquel se desbarata, otro arremete,
Y estando ya el primero reformado,
Moverse de su término no puede
Hasta ver lo que al otro le sucede.

De pantanos procuran guarnecerse
Por el daño y temor de los caballos,
Donde suelen á veces acogerse,
Si viene á suceder desbaratallos:
Allí pueden seguros rehacerse,
Ofenden sin que puedan enojallos,
Que el falso sitio y gran inconveniente
Impide la llegada á nuestra gente.

Del escuadron se van adelantando
Los bárbaros que son sobresalientes,
Soberbios cielo y tierra despreciando,
Ganosos de estremarse por valientes:
Las picas por los cuentos arrastrando,
Poniéndose en posturas diferentes,
Diciendo: si hay valiente algun cristiano,
Salga luego adelante mano á mano.

Hasta treinta ó cuarenta en compañía
Ambiciosos de crédito y loores
Vienen con grande orgullo y bizarría
Al son de presurosos atambores;
Las armas matizadas á porfía
Con varias y finísimas colores,
De poblados penachos adornados,
Saltando acá y allá por todos lados.

Hacen fuerzas ó fuertes cuando entienden
Ser el lugar y sitio en su provecho,
O si ocupar un término pretenden,
O por algun aprieto y grande estrecho;
De do mas á su salvo se defienden,
Y salen de rebato á caso hecho,
Recogiéndose á tiempo al sitio fuerte
Que su forma y hechura es desta suerte:

Señalado el lugar, hecha la traza,
De poderosos árboles labrados
Cercan una cuadrada y ancha plaza
En valientes estacas afirmados,
Que á los de fuera impide y embaraza
La entrada y combatir, porque guardados
Del muro los de dentro, fácilmente
De mucha se defiende poca gente.

Solian antiguamente de tablones
Hacer dentro del fuerte otro apartado,
Puestos de trecho en trecho unos troncones
En los cuales el muro iba fijado,
Con cuatro levantados torreones
A caballero del primer cercado,
De pequeñas troneras lleno el muro
Para jugar sin miedo y mas seguro.

En torno desta plaza poco trecho
Cercan de espesos hoyos por defuera,
Cuál es largo, cuál ancho, cuál estrecho,
Y así van sin faltar desta manera;
Para el incauto mozo que de hecho
Apresura el caballo en la carrera
Tras el astuto bárbaro engañoso,
Que le mete en el cerco peligroso.

También suelen hacer hoyos mayores
Con estacas agudas en el suelo,
Cubiertos de carrizo, yerba y flores,
Porque puedan picar mas sin recelo;
Allí los indiscretos corredores,
Teniendo solo por remedio el cielo,
Se sumen dentro y quedan enterrados
En las agudas puntas estacados.

De consejo y acuerdo una manera
Tienen de tiempo antiguo acostumbrada,
Que es hacer un convite y borrachera
Cuando sucede cosa señalada;
Y así á cualquier señor que la primera
Nueva de tal suceso le es llegada,
Despacha con presteza embajadores
A todos los caciques y señores,

Haciéndoles saber cómo se ofrece
Necesidad y tiempo de juntarse;
Pues á todos les toca y pertenece,
Que es bien con brevedad comunicarse;
Segun el caso, así se lo encarece,
Y el daño que se sigue dilatarse;
Lo cual visto que á todos les conviene,
Ninguno venir puede que no viene.

Juntos pues los caciques del senado,
Propóneles el caso nuevamente,
El cual por ellos visto y ponderado
Se trata del remedio conveniente;
Y resueltos en uno y decretado,
Si alguno de opinion es diferente,
No puede en cuanto al débito eximirse,
Que allí la mayor voz ha de seguirse.

Después que cosa en contra no se halla,
Se va el nuevo decreto declarando
Por la gente comun y de canalla,
Que alguna novedad está aguardando:
Si viene á averiguarse por batalla,
Con gran rumor lo van manifestando
De trompas y atambores altamente,
Porque á noticia venga de la gente.

Tienen un plazo puesto y señalado
Para se ver sobre ello y remirarse:
Tres dias se han de haber ratificado
En la difinicion sin retratarse;
Y el franco y libre término pasado
Es de ley imposible revocarse,
Y así como á forzoso acaecimiento
Se disponen al nuevo movimiento.

Hácese este concilio en un gracioso
Asiento en mil florestas escogido,
Donde se muestra el campo mas hermoso
De infinidad de flores guarnecido;
Allí de un viento fresco y amoroso
Los árboles se mueven con ruido,
Cruzando muchas veces por el prado
Un claro arroyo limpio y sosegado,

Do una fresca y altísima alameda
Por orden y artificio tienen puesta
En torno de la plaza y ancha rueda,
Capaz de cualquier junta y grande fiesta,
Que convida á descanso, y al sol veda
La entrada y paso en la enojosa siesta,
Allí se oye la dulce melodía
Del canto de las aves y armonía.

Gente es sin Dios, ni ley, aunque respeta
A aquel que fué del cielo derribado,
Que como á poderoso y gran profeta
Es siempre en sus cantares celebrado:
Invocan su furor con falsa seta,
Y á todos sus negocios es llamado,
Teniendo cuanto dice por seguro
Del próspero suceso ó mal futuro.

Y cuando quieren dar una batalla
Con él lo comunican en su rito;
Si no responde bien, dejan de dalla,
Aunque mas les insista el apetito:
Caso grave y negocio no se halla
Do no sea convocado este maldito;
Llámanle *Eponamon*, y comunmente
Dan este nombre á alguno si es valiente.

Usan el falso oficio de hechiceros,
Ciencia á que naturalmente se inclinan,
En señales mirando y en agüeros
Por las cuales sus cosas determinan:
Veneran á los necios agoreros
Que los casos futuros adivinan;
El agüero acrecienta su osadía,
Y les infunde miedo y cobardía.

Algunos destos son predicadores
Tenidos en sagrada reverencia,
Que solo se mantienen de loores,
Y guardan vida estrecha y abstinencia:
Estos son los que ponen en errores
Al liviano comun con su elocuencia,
Teniendo por tan cierta su locura
Como nos la evangélica Escritura.

Y estos que guardan orden algo estrecha
No tienen ley, ni Dios, ni que hay pecados;
Mas solo aquel vivir les aprovecha
De ser por sabios hombres reputados;
Pero la espada, lanza, el arco y flecha,
Tienen por mejor ciencia otros soldados,
Diciendo que el agüero alegre ó triste
En la fuerza y el ánimo consiste.

En fin, el hado y clima desta tierra,
Si su estrella y pronóstico se miran,
Es contienda, furor, discordia, guerra,
Y á solo esto los ánimos aspiran:
Todo su bien y mal aquí se encierra,
Son hombres que de súbito se airan,
De condicion feroces, impacientes,
Amigos de domar estrañas gentes.

Son de gestos robustos, desbarbados,
Bien formados los cuerpos y crecidos,
Espaldas grandes, pechos levantados,
Recios miembros, de nervos bien fornidos:
Agiles, desenvueltos, alentados,
Animosos, valientes, atrevidos,
Duros en el trabajo, y sufridores
De frios mortales, hambres y calores.

No ha habido rey jamás que sujetase
Esta soberbia gente libertada,
Ni estranjera nacion que se jactase
De haber dado en sus términos pisada,
Ni comarcana tierra que se osase
Mover en contra y levantar espada,
Siempre fué exenta, indómita, temida,
De leyes libre, de cerviz erguida.

El potente rey Inga, aventajado
En todas las antárticas regiones,
Fué un señor en estremo aficionado
A ver y conquistar nuevas naciones,
Y por la gran noticia del estado
A Chile despachó sus orejones;
Mas la parlera fama desta gente
La sangre les templó y ánimo ardiente.

Pero los nobles Ingas valerosos
Los despoblados ásperos rompieron,
Y en Chile algunos pueblos belicosos
Por fuerza á servidumbre los trujeron,
A do leyes y edictos trabajosos
Con dura mano armada introdujeron,
Haciéndoles con fueros disolutos
Pagar grandes subsidios y tributos.

Dado asiento en la tierra, y reformado
El campo con ejército pujante,
En demanda del reino deseado
Movieron sus escuadras adelante:
No hubieron muchas millas caminado,
Cuando entendieron que era semejante
El valor á la fama que alcanzada
Tenia el pueblo araucano por la espada.

Los promaucaes de Maule que supieron
El vano intento de los Ingas vanos,
Al paso y duro encuentro les salieron,
No menos en buen orden que lozanos;
Y las cosas de suerte sucedieron,
Que llegando estas gentes á las manos
Murieron infinitos orejones,
Perdiendo el campo y todos los pendones.

Los índios promaucaes es una gente,
Que está cien millas antes del estado,
Brava, soberbia, próspera y valiente,
Que bien los españoles la han probado;
Pero con cuanto digo, es diferente
De la fiera nacion, que cotejado
El valor de las armas y escelencia,
Es grande la ventaja y diferencia.

Los Ingas que la fuerza conocian
Que en la provincia indómita se encierra,
Y cuán poco á los brazos ganarian
Llevada al cabo la empezada guerra;
Visto el errado intento que traian
Desamparando la ganada tierra,
Volvieron á los pueblos que dejaron
Donde por algun tiempo reposaron.

Pues don Diego de Almagro, adelantado
Que en otras mil conquistas se habia visto,
Por sabio en todas ellas reputado,
Animoso, valiente, franco y quisto,
A Chile caminó determinado
De estender y ensanchar la fe de Cristo;
Pero en llegando al fin deste camino
Dar en breve la vuelta le convino.

A solo el de Valdivia esta vitoria
Con justa y gran razon le fué otorgada,
Y es bien que se celebre su memoria,
Pues pudo adelantar tanto su espada:
Este alcanzó en Arauco aquella gloria
Que de nadie hasta allí fuera alcanzada;
La altiva gente al grave yugo trujo
Y en opresion la libertad redujo.

Con una espada y capa solamente
Ayudado de industria que tenia,
Hizo con brevedad de buena gente
Una lucida y gruesa compañía:
Y con designio y ánimo valiente
Toma de Chile la derecha via,
Resuelto en acabar desta salida
La demanda difícil ó la vida.

Vióse en el largo y áspero camino
Por la hambre, sed y frio en gran estrecho;
Pero con la constancia que convino
Puso al trabajo el animoso pecho;
Y el diestro hado y próspero destino
En Chile le metieron, á despecho
De cuantos estorbarlo procuraron,
Que en su daño las armas levantaron.

Tuvo á la entrada con aquellas gentes
Batallas y rencuentros peligrosos
En tiempos y lugares diferentes,
Que estuvieron los fines muy dudosos;
Pero al cabo por fuerza los valientes
Españoles con brazos valerosos,
Siguiendo el hado y con rigor la guerra,
Ocuparon gran parte de la tierra.

No sin gran riesgo y pérdidas de vidas
Asediados seis años sostuvieron,
Y de incultas raices desabridas
Los trabajados cuerpos mantuvieron,
Do á las bárbaras armas oprimidas
A la española devocion trujeron
Por ánimo constante y raras pruebas,
Criando en los trabajos fuerzas nuevas.

Después entró Valdivia conquistando
Con esfuerzo y espada rigurosa,
Los promaucaes por fuerza sujetando,
Curios, cauquenes, gente belicosa;
Y el Maule y raudo Itata atravesando
Llegó al Andalïen, do la famosa
Ciudad fundó de muros levantada,
Felice en poco tiempo y desdichada.

Una batalla tuvo aquí sangrienta
Donde á punto llegó de ser perdido;
Pero Dios le acorrió en aquella afrenta,
Que todas las demás le habia acorrido:
Otros dello darán mas larga cuenta,
Que les está este cargo cometido:
Allí fué preso el bárbaro Aïnavillo,
Honor de los pencones y caudillo.

De allí llegó al famoso Biobío
El cual divide á Penco del estado,
Que del Nibequetén copioso rio
Y de otros viene al mar acompañado:
De donde con presteza y nuevo brio,
En orden buena y escuadron formado,
Pasó de Andalicán la áspera sierra,
Pisando la araucana y fértil tierra.

No quiero detenerme mas en esto,
Pues que no es mi intencion dar pesadumbre,
Y así pienso pasar por todo presto
Huyendo de importunos la costumbre:
Digo con tal intento y presupuesto,
Que antes que los de Arauco á servidumbre
Viniesen, fueron tantas las batallas,
Que dejo de prolijas de contallas.

Ayudó mucho el ignorante engaño
De ver en animales corregidos
Hombres que por milagro y caso estraño
De la region celeste eran venidos;
Y del súbito estruendo y grave daño
De los tiros de pólvora sentidos,
Como á inmortales dioses los temian,
Que con ardientes rayos combatian.

Los españoles hechos hazañosos
El error confirmaban de inmortales,
Afirmando los mas supersticiosos
Por los presentes los futuros males:
Y así tibios, suspensos y dudosos,
Viendo de su opresion claras señales,
Debajo de hermandad y fe jurada
Dió Arauco la obediencia jamás dada.

Dejando allí el seguro suficiente,
Adelante los nuestros caminaron;
Pero todas las tierras llanamente,
Viendo á Arauco sujeta, se entregaron;
Y reduciendo á su opinion gran gente,
Siete ciudades prósperas fundaron,
Coquimbo, Penco, Angol y Santïago,
La Imperial, Villarica y la del Lago.

El felice suceso, la vitoria,
La fama y posesiones que adquirian
Los trujo á tal soberbia y vanagloria,
Que en mil leguas diez hombres no cabian;
Sin pasarles jamás por la memoria,
Que en siete piés de tierra al fin habian
De venir á caber sus hinchazones,
Su gloria vana y vanas pretensiones.

Crecian los intereses y malicia
A costa del sudor y daño ajeno,
Y la hambrienta y mísera codicia
Con libertad paciendo iba sin freno:
La ley, derecho, el fuero y la justicia
Era lo que Valdivia habia por bueno,
Remiso en graves culpas y piadoso,
Y en los casos livianos riguroso.

Así el ingrato pueblo castellano
En mal y estimacion iba creciendo,
Y siguiendo el soberbio intento vano
Tras su fortuna próspera corriendo;
Pero el Padre del cielo soberano
Atajó este camino, permitiendo
Que aquel á quien él mismo puso el yugo,
Fuese el cuchillo y áspero verdugo.

El estado araucano acostumbrado
A dar leyes, mandar y ser temido,
Viéndose de su trono derribado,
Y de mortales hombres oprimido;
De adquirir libertad determinado
Reprobando el subsidio padecido,
Acude al ejercicio de la espada
Ya por la paz ociosa desusada.

Dieron señal primero y nuevo tiento,
Por ver con qué rigor se tomaria,
En dos soldados nuestros, que á tormento
Mataron sin razon y causa un dia:
Disimulóse aquel atrevimiento,
Y con esto creciólesla osadía;
No aguardando á mas tiempo, abiertamente
Comienzan á llamar y juntar gente.

Principio fué del daño no pensado
El no tomar Valdivia presta enmienda
Con ejemplar castigo del estado;
Pero nadie castiga en su hacienda.
El pueblo sin temor, desvergonzado,
Con nueva libertad rompe la rienda
Del homenaje hecho y la promesa,
Como el segundo canto aquí lo espresa.

CANTO II.

Pónese la discordia que entre los caciques de Arauco hubo sobre la eleccion de capitán general, y el medio que se tomó por el consejo del cacique Colocolo, con la entrada que por engaño los bárbaros hicieron en la casa fuerte de Tucapel, y la batalla que con los españoles tuvieron.

Muchos hay en el mundo que han llegado
A la engañosa alteza desta vida,
Que fortuna los ha siempre ayudado,
Y dádoles la mano á la subida;
Para después de haberlos levantado
Derribarlos con mísera caida,
Cuando es mayor el golpe y sentimiento,
Y menos el pensar que hay mudamiento.

No entienden con la próspera bonanza
Que el contento es principio de tristeza,
No miran en la súbita mudanza
Del consumidor tiempo y su presteza;
Mas con altiva y vana confïanza
Quieren que en su fortuna haya firmeza,
La cual de su aspereza no olvidada
Revuelve con la vuelta acostumbrada.

Con un revés de todo se desquita,
Que no quiere que nadie se le atreva;
Y mucho mas que da siempre les quita,
No perdonando cosa vieja y nueva:
De crédito y de honor los necesita;
Que en el fin de la vida está la prueba,
Por el cual han de ser todos juzgados,
Aunque lleven principios acertados.

Del bien perdido al cabo ¿qué nos queda,
Sino pena, dolor y pesadumbre?
Pensar que en él fortuna ha de estar queda
Antes dejará el sol de darnos lumbre:
Que no es su condicion fijar la rueda,
Y es malo de mudar vieja costumbre.
El mas seguro bien de la fortuna
Es no haberla tenido vez alguna.

Esto verse podrá por esta historia,
Ejemplo dello aquí puede sacarse,
Que no bastó riqueza, honor y gloria,
Con todo el bien que puede desearse,
A llevar adelante la vitoria;
Que el claro cielo al fin vino á turbarse,
Mudando la fortuna en triste estado
El curso y orden próspera del hado.

La gente nuestra ingrata se hallaba
En la prosperidad que arriba cuento,
Y en otro mayor bien que me olvidaba,
Hallado en pocas casas, que es contento:
De tal manera en él se descuidaba,
Cierta señal de triste acaecimiento,
Que en una hora perdió el honor y estado,
Que en mil años de afán habia ganado.

Por dioses, como dije, eran tenidos
De los indios los nuestros; pero olieron
Que de mujer y hombre eran nacidos,
Y todas sus flaquezas entendieron:
Viéndolos á miserias sometidos
El error ignorante conocieron,
Ardiendo en viva rabia avergonzados
Por verse de mortales conquistados.

No queriendo á mas plazo diferirlo,
Entre ellos comenzó luego á tratarse,
Que para en breve tiempo concluirlo,
Y dar el modo y orden de vengarse,
Se junten á consulta á difinirlo;
Do venga la sentencia á pronunciarse
Dura, ejemplar, cruel, irrevocable,
Horrenda á todo el mundo y espantable.

Iban ya los caciques ocupando
Los campos con la gente que marchaba;
Y no fué menester general bando,
Que el deseo de la guerra los llamaba
Sin promesas, ni pagas, deseando
El esperado tiempo que tardaba
Para el decreto y áspero castigo
Con muerte y destruicion del enemigo.

De algunos que en la junta se hallaron
Es bien que haya memoria de sus nombres,
Que siendo incultos bárbaros ganaron
Con no poca razon claros renombres:
Pues en tan breve término alcanzaron
Grandes vitorias de notables hombres,
Que dellas darán fe los que vivieren,
Y los muertos allá donde estuvieren.

Tucapel se llamaba aquel primero
Que al plazo señalado habia venido:
Este fué de cristianos carnicero,
Siempre en su enemistad endurecido;
Tiene tres mil vasallos el guerrero
De todos como rey obedecido.
Ongol luego llegó, mozo valiente,
Gobierna cuatro mil, lucida gente.

Cayocupil, cacique bullicioso,
No fué el postrero que dejó su tierra,
Que allí llegó el tercero, deseoso
De hacer á todo el mundo él solo guerra:
Tres mil vasallos tiene este famoso
Usados tras las fieras en la sierra.
Millarapué, aunque viejo, el cuarto vino,
Que cinco mil gobierna de contino.

Paicabi se juntó aquel mismo dia,
Tres mil diestros soldados señorea;
No lejos Lemolemo dél venia,
Que tiene seis mil hombres de pelea.
Mareguano, Gualemo y Lebopia
Se dan priesa á llegar, porque se vea
Que quieren ser en todo los primeros:
Gobiernan estos tres tres mil guerreros.

No se tardó en venir pues Elicúra,
Que al tiempo y plazo puesto habia llegado,
De gran cuerpo, robusto en la hechura,
Por uno de los fuertes reputado:
Dice, que ser sujeto es gran locura
Quien seis mil hombres tiene á su mandado.
Luego llegó el anciano Colocolo,
Otros tantos y mas rige este solo.

Tras este á la consulta Ongolmo viene,
Que cuatro mil guerreros gobernaba.
Purén en arribar no se detiene,
Seis mil súbditos este administraba;
Pasados de seis mil Lincoya tiene,
Que bravo y orgulloso ya llegaba,
Diestro, gallardo, fiero en el semblante,
De proporcion y altura de gigante.

Peteguelén, cacique señalado,
Que el gran valle de Arauco le obedece
Por natural señor, y así el estado
Este nombre tomó segun parece,
Como Venecia pueblo libertado
Que en todo aquel gobierno mas florece
Tomando el nombre dél la señoría,
Así guarda el estado el nombre hoy dia.

Este no se halló personalmente
Por estar impedido de cristianos;
Pero de seis mil hombres que él valiente
Gobierna, naturales araucanos,
Acudió desmandada alguna gente
A ver si es menester mandar las manos.
Caupolicán el fuerte no venia,
Que toda Pilmaiquén le obedecia.

Temé y Andalicán también vinieron,
Que eran del araucano regimiento,
Y otros muchos caciques acudieron,
Que por no ser prolijo no los cuento.
Todos con leda faz se recibieron
Mostrando en verse juntos gran contento:
Después de razonar en su venida
Se comenzó la espléndida comida.

Al tiempo que el beber furioso andaba,
Y mal de las tinajas el partido,
De palabra en palabra se llegaba
A encenderse entre todos gran ruïdo:
La razon uno de otro no escuchaba;
Sabida la ocasion do habia nacido,
Vino sobre cuál era el mas valiente
Y digno del gobierno de la gente.

Así creció el furor, que derribando
Las mesas de manjares ocupadas,
Aguijan á las armas, desgajando
Las ramas al depósito obligadas;
Y dellas se aperciben, no cesando
Palabras peligrosas y pesadas,
Que atizaban la cólera encendida
Con el calor del vino y la comida.

El audaz Tucapel claro decia
Que el cargo del mandar le pertenece,
Pues todo el universo conocia
Que si va por valor, que lo merece:
« Ninguno se me iguala en valentía,
De mostrarlo estoy presto si se ofrece,
Añade el jactancioso, á quien quisiere;
Y á aquel que esta razon contradijere... »

Sin dejarle acabar, dijo Elicura:
«A mí es dado el gobierno desta danza,
Y el simple que intentare otra locura
Ha de probar el hierro de mi lanza. »
Ongolmo, que el primero ser procura,
Dice: «Yo no he perdido la esperanza
En tanto que este brazo sustentare,
Y con él la ferrada gobernare. »

De cólera Lincoya y rabia insano
Responde: «Tratar deso es devaneo,
Que ser señor del mundo es en mi mano
Si en ella libre este baston poseo. » —
« Ninguno, dice Angol, será tan vano,
Que ponga en igualárseme el deseo;
Pues es mas el temor que pasaria,
Que la gloria que el hecho le daria. »

Cayocupi furioso y arrogante
La maza esgrime haciéndose á lo largo,
Diciendo: « Yo veré quien es bastante
A dar de lo que ha dicho mas descargo;
Hacéos los pretensores adelante,
Veremos de cuál dellos es el cargo;
Que de probar aquí luego me ofrezco,
Que mas que todos juntos le merezco. » —

« Alto, sus, que yo acepto el desafío,
Responde Lemolemo, y tengo en nada
Poner á nueva prueba lo que es mio,
Que mas quiero librarlo por la espada:
Mostraré ser verdad lo que porfio
A dos, á cuatro, á seis en la estacada;
Y si todos cuestion quereis conmigo,
Os haré manifiesto lo que digo.»

Purén que estaba aparte, habiendo oido
La plática enconosa y rumor grande,
Diciendo, en medio dellos se ha metido,
Que nadie en su presencia se desmande:
« ¿ Quién á imaginar es atrevido,
Que donde está Purén mas otro mande? »
La grita y el furor se multiplica,
Quién esgrime la maza, y quién la pica.

Tomé y otros caciques se metieron
En medio destos bárbaros de presto,
Y con dificultad los departieron,
Que no hicieron poco en hacer esto:
De herirse lugar aun no tuvieron,
Y en voz airada, ya el temor pospuesto,
Colocolo, el cacique mas anciano,
A razonar así tomó la mano.

« Caciques, del estado defensores,
Codicia del mandar no me convida
A pesarme de veros pretensores
De cosa que á mí tanto era debida;
Porque segun mi edad, ya veis, señores,
Que estoy al otro mundo de partida;
Mas el amor que siempre os he mostrado
A bien aconsejaros me ha incitado.

»¿ Por qué cargos honrosos pretendemos
Y ser en opinion grande tenidos,
Pues que negar al mundo no podemos
Haber sido sujetos y vencidos?
Y en esto averiguarnos no queremos
Estando aun de españoles oprimidos:
Mejor fuera esta furia ejecutalla
Contra el fiero enemigo en la batalla.

»¿ Qué furor es el vuestro, ó araucanos,
Que á perdicion os lleva sin sentillo?
¿ Contra nuestras entrañas teneis manos,
Y no contra el tirano en resistillo?
Teniendo tan á golpe á los cristianos,
¿ Volveis contra vosotros el cuchillo?
Si gana de morir os ha movido,
No sea en tan bajo estado y abatido.

»Volved las armas y ánimo furioso
A los pechos de aquellos que os han puesto
En dura sujecion con afrentoso
Partido, á todo el mundo manifiesto;
Lanzad de vos el yugo vergonzoso;
Mostrad vuestro valor y fuerza en esto:
No derrameis la sangre del estado,
Que para redimir nos ha quedado.

»No me pesa de ver la lozanía
De vuestro corazon, antes me esfueza;
Mas temo que esta vuesta valentía
Por mal gobierno el buen camino tuerza:
Que vuelta entre nosotros la porfía,
Degolleis vuestra patria con su fuerza,
Cortad pues, si ha de ser desa manera,
Esta vieja garganta la primera.

»Que esta flaca persona atormentada
De golpes de fortuna, no procura
Sino el agudo filo de una espada,
Pues no la acaba tanta desventura:
Aquella vida es bien afortunada,
Que la temprana muerte la asegura;
Pero á nuestro bien público atendiendo,
Quiero decir en esto lo que entiendo.

»Pares sois en valor y fortaleza,
El cielo os igualó en el nacimiento,
De linaje, de estado y de riqueza
Hizo á todos igual repartimiento;
Y en singular por ánimo y grandeza
Podeis tener del mundo el regimiento,
Que este gracioso don no agradecido
Nos ha al presente término traido.

»En la virtud de vuestro brazo espero
Que puede en breve tiempo remediarse;
Mas ha de haber un capitan primero,
Que todos por él quieran gobernarse:
Este será quien mas un gran madero
Sustentare en el hombro sin pararse;
Y pues que sois iguales en la suerte,
Procure cada cual ser el mas fuerte.»

Ningun hombre dejó de estar atento
Oyendo del anciano las razones,
Y puesto ya silencio al parlamento
Hubo entre ellos diversas opiniones:
Al fin, de general consentimiento,
Siguiendo las mejores intenciones,
Por todos los caciques acordado
Lo propuesto del viejo fué aceptado.

Podria de alguno ser aquí una cosa
Que parece sin término notada;
Y es, que en una provincia poderosa,
En la milicia tanto ejercitada,
De leyes y ordenanzas abundosa,
No hubiese una cabeza señalada
A quien tocase el mando y regimiento,
Sin allegar á tanto rompimiento.

Respondo á esto, que nunca sin caudillo
La tierra estuvo, electo del senado,
Que, como dije, en Penco el Ainavillo
Fué por nuestra nacion desbaratado;
Y viniendo de paz en un castillo
Se dice, aunque no es cierto, que un bocado
Le dieron de veneno en la comida,
Donde acabó su cargo con la vida.

Pues el madero súbito traido,
No me atrevo á decir lo que pesaba,
Era un macizo líbano fornido
Que con dificultad se rodeaba:
Paicabí le aferró menos sufrido,
Y en los valientes hombros le afirmaba,
Seis horas lo sostuvo aquel membrudo,
Pero llegar á siete jamás pudo.

Cayocupil al tronco aguija presto,
De ser el mas valiente confiado,
Y encima de los altos hombros puesto
Lo deja á las cinco horas de cansado.
Gualemo lo probó, joven dispuesto,
Mas no pasó de allí; y esto acabado,
Angol el grueso leño tomó luego,
Duró seis horas largas en el juego.

Purén tras él lo trujo medio dia,
Y el esforzado Ongolmo mas de medio,
Y cuatro horas y media Lebopía,
Que de sufrirle mas no hubo remedio:
Lemolemo siete horas le traia,
El cual jamás en todo este comedio
Dejó de andar acá y allá saltando
Hasta que ya el vigor le fué faltando.

Elicura á la prueba se previene,
Y en sustentar el líbano trabaja,
A nueve horas dejarle le conviene,
Que no pudiera mas, si fuera paja;
Tucapelo catorce lo sostiene,
Encareciendo todos la ventaja;
Pero en esto Lincoya apercibido
Mudó en un gran silencio aquel ruïdo:

De los hombros el manto derribando
Las terribles espaldas descubria,
Y el duro y grave leño levantando
Sobre el fornido asiento le ponia:
Corre lijero aquí y allí mostrando
Que poco aquella carga le impedia;
Era de sol á sol el dia pasado,
Y el peso sustentaba aun no cansado.

Venia aprisa la noche aborrecida
Por la ausencia del sol; pero Diana
Les daba claridad con su salida,
Mostrándose á tal tiempo mas lozana;
Lincoya con la carga no convida,
Aunque ya despuntaba la mañana,
Hasta que llegó el sol al medio cielo,
Que dió con ella entonces en el suelo.

No se vió allí persona en tanta gente
Que no quedase atónita de espanto,
Creyendo no haber hombre tan potente
Que la pesada carga sufra tanto:
La ventaja le daban juntamente
Con el gobierno, mando y todo cuanto
A digno general era debido,
Hasta allí justamente merecido.

Ufano andaba el bárbaro contento
De haberse mas que todos señalado;
Cuando Caupolicán á aquel asiento,
Sin gente, á la lijera habia llegado:
Tenia un ojo sin luz de nacimiento
Como un fino granate colorado;
Pero lo que en la vista le faltaba,
En la fuerza y esfuerzo le sobraba.

Era este noble mozo de alto hecho,
Varon de autoridad, grave y severo,
Amigo de guardar todo derecho,
Aspero, riguroso y justiciero,
De cuerpo grande y relevado pecho,
Hábil, diestro, fortísimo y lijero,
Sabio, astuto, sagaz, determinado,
Y en cosas de repente reportado.

Fué con alegre muestra recibido,
Aunque no sé si todos se alegraron;
El caso en esta suma referido
Por su término y puntos le contaron.
Viendo que Apolo ya se habia escondido
En el profundo mar, determinaron
Que la prueba de aquel se dilatase
Hasta que la esperada luz llegase.

Pasábase la noche en gran porfía,
Que causó esta venida entre la gente,
Cuál se atiene á Lincoya, y cuál decia
Que es el Caupolicano mas valiente:
Apuestas en favor y contra habia,
Otros sin apostar dudosamente
Acia el oriente vueltos, aguardaban
Si los fébeos caballos asomaban.

Ya la rosada Aurora comenzaba
Las nubes á bordar de mil labores,
Y á la usada labranza despertaba
La miserable gente y labradores,
Ya á los marchitos campos restauraba
La frescura perdida y sus colores,
Aclarando aquel valle la luz nueva,
Cuando Caupolicán viene á la prueba.

Con un desdén y muestra confiada
Asiendo del troncon duro y nudoso,
Como si fuera vara delicada
Se le pone en el hombro poderoso:
La gente enmudeció maravillada
De ver el fuerte cuerpo tan nervoso;
La color á Lincoya se le muda
Poniendo en su vitoria mucha duda.

El bárbaro sagaz despacio andaba,
Y á toda prisa entraba el claro dia;
El sol las largas sombras acortaba,
Mas él nunca descrece en su porfía;
Al ocaso la luz se retiraba,
Ni por eso flaqueza en él habia;
Las estrellas se muestran claramente,
Y no muestra cansancio aquel valiente.

Salió la clara luna á ver la fiesta,
Del tenebroso albergue húmedo y frio,
Desocupando el campo y la floresta
De un negro velo, lóbrego y sombrío:
Caupolicán no afloja de su apuesta:
Antes con nueva fuerza y mayor brio
Se mueve y representa de manera,
Como si peso alguno no trujera.

Por entre dos altísimos egidos
La esposa de Titon ya parecia,
Los dorados cabellos esparcidos
Que de la fresca helada sacudia,
Con que á los mustios prados florecidos
Con el húmedo humor reverdecia,
Y quedaba engastado así en las flores
Cual perlas entre piedras de colores.

El carro de Faeton sale corriendo
Del mar por el camino acostumbrado:
Sus sombras van los montes recogiendo
De la vista del sol, y el esforzado
Varon el grave peso sosteniendo
Acá y allá se mueve no cansado,
Aunque otra vez la negra sombra espesa
Tornaba á parecer corriendo apriesa.

La luna su salida provechosa
Por un espacio largo dilataba:
Al fin turbia, encendida y perezosa,
De rostro y luz escasa se mostraba;
Paróse al medio curso mas hermosa
A ver la estraña prueba en qué paraba;
Y viéndola en el punto y ser primero,
Se derribó en el artico hemisfero;

Y el bárbaro en el hombro la gran viga
Sin muestra de mudanza y pesadumbre,
Venciendo con esfuerzo la fatiga,
Y creciendo la fuerza por costumbre.
Apolo en seguimiento de su amiga
Tendido habia los rayos de su lumbre,
Y el hijo de Leocán en el semblante
Mas firme que al principio y mas constante.

Era salido el sol cuando el enorme
Peso de las espaldas despedia,
Y un salto dió en lanzándole disforme
Mostrando que aun mas ánimo tenia.
El circunstante pueblo en voz conforme
Pronunció la sentencia y le decia:
«Sobre tan firmes hombros descargamos
El peso y grande carga que tomamos.»

El nuevo juego y pleito difinido
Con las mas ceremonias que supieron,
Por sumo capitán fué recibido,
Y á su gobernacion se sometieron:
Creció en reputacion; fué tan temido
Y en opinion tan grande le tuvieron,
Que ausentes muchas leguas dél temblaban
Y casi como á rey le respetaban.

Es cosa en que mil gentes han parado,
Y están en duda muchos hoy en dia,
Pareciéndoles que esto que he contado
Es alguna ficcion ó fantasía,
Pues en razon no cabe, que un senado
De tan gran disciplina y policía
Pusiese una eleccion de tanto peso
En la robusta fuerza y no en el seso.

Sabed que fué artificio, fué prudencia
Del sabio Colocolo, que miraba
La dañosa discordia y diferencia,
Y el gran peligro en que su patria andaba:
Conociendo el valor y suficiencia
Deste Caupolicán que ausente estaba,
Varon en cuerpo y fuerzas estremado,
De rara industria y ánimo dotado;

Así propuso astuta y sabiamente
Para que la eleccion se dilatase,
La prueba al parecer impertinente
En que Caupolicano se estremase;
Y en esta dilacion, secretamente
Dándole aviso, á la eleccion llegase,
Trayendo así el negocio por rodeo
A conseguir su fin y buen deseo.

Celebraba con pompa allí el senado
De la justa eleccion la fiesta honrosa;
Y el nuevo capitán, ya con cuidado
De dar principio á alguna grande cosa,
Manda á Palta, sarjento, que callado
De la gente mas presta y animosa
Ochenta diestros hombres aperciba,
Y á su cargo apartado los reciba.

Fueron pues escogidos los ochenta
De mas esfuerzo y menos conocidos;
Entre ellos dos soldados de gran cuenta,
Por quien fuesen mandados y regidos:
Hombres diestros, usados en afrenta,
A cualquiera peligro apercibidos;
El uno se llamaba Cayeguano,
El otro Alcatipay de Talcaguano.

Tres castillos los nuestros ocupados
Tenian para el seguro de la tierra,
De fuertes y anchos muros fabricados,
Con foso que los ciñe en torno y cierra,
Guarnecidos de pláticos soldados
Usados al trabajo de la guerra:
Caballos, bastimento, artillería,
Que en espesas troneras asistia.

Estaba el uno cerca del asiento
Adonde era la fiesta celebrada,
Y el araucano ejército contento,
Mostrando no tener al mundo en nada,
Que con discurso vano y movimiento
Queria llevarlo todo á pura espada;
Pero Caupolicán mas cuerdamente
Trataba del remedio conveniente.

Habia entre ellos algunas opiniones
De cercar el castillo mas vecino;
Otros, que con formados escuadrones
A Penco enderezasen el camino:
Dadas de cada parte sus razones,
Caupolicán en nada desto vino;
Antes al pabellon se retiraba,
Y á los ochenta bárbaros llamaba.

Para entrar el castillo fácilmente
Les da industria y manera disfrazada
Con espresa instruccion, que plaza y gente
Metan á fuego y á rigor de espada;
Porque él luego tras ellos diligente
Ocupará los pasos y la entrada:
Después de haberlos bien amonestado
Pusieron en efecto lo tratado.

Era en aquella plaza y edificio
La entrada á los de Arauco defendida,
Salvo los necesarios al servicio
De la gente española, estatuida
A la defensa della y ejercicio
De la fiera Belona embravecida;
Y así los cautos bárbaros soldados
De feno, yerba y leña iban cargados.

Sordos á las demandas y preguntas
Siguen su intento y el camino usado,
Las cargas en hilera y orden juntas,
Habiendo entre los haces sepultado
Astas fornidas de ferradas puntas;
Y así contra el castillo descuidado
Del encubierto engaño caminaban,
Y en los vedados límites entraban.

El puente, muro y puerta atravesando
Miserables, los gestos afligidos,
Algunos de cansados cojeando,
Mostrándose marchitos y encogidos;
Pero dentro las cargas desatando,
Arrebatan las armas atrevidos
Con amenaza, orgullo y confianza
De la esperada y súbita venganza.

Los fuertes españoles salteados,
Viendo la airada muerte tan vecina,
Corren presto á las armas alterados
De la estraña cautela repentina;
Y á vencer ó morir determinados,
Cuál con celada, cuál con coracina,
Salen á resistir la furia insana
De la brava y audaz gente araucana.

Asáltanse con ímpetu furioso,
Suenan los hierros de una y otra parte;
Allí muestra su fuerza el sanguinoso
Y mas que nunca embravecido Marte:
De vencer cada uno deseoso
Buscaba nuevo modo, industria y arte
De encaminar el golpe de la espada
Por do diese á la muerte franca entrada.

La saña y el coraje se renueva
Con la sangre que saca el hierro duro:
Ya la española gente á la india lleva
A dar de las espaldas en el muro;
Ya el infiel escuadron con fuerza nueva
Cobra el perdido campo mal seguro,
Que estaba de los golpes esforzados
Cubierto de armas, y ellos desarmados.

Viéndose en tanto estrecho los cristianos,
De temor y vergüenza constreñidos,
Las espadas aprietan en las manos,
En ira envueltos y en furor metidos:
Cargan sobre los fieros araucanos
Por el ímpetu nuevo enflaquecidos;
Entran en ellos, hieren y derriban,
Y á muchos de cuidado y vida privan.

Siempre los españoles mejoraban
Haciendo fiero estrago y tan sangriento
En los osados indios, que pagaban
El poco seso y mucho atrevimiento:
Casi defensa en ellos no hallaban,
Pierden la plaza y cobran escarmiento,
Al fin de tal manera los trataron
Que fuera de los muros los lanzaron.

Apenas Cayeguán y Talcaguano
Salian, cuando con paso apresurado
Asomó el escuadron Caupolicano,
Teniendo el hecho ya por acabado;
Mas viendo el esperado efecto vano
Y el puente del castillo levantado,
Pone cerco sobre él con juramento
De no dejarle piedra en el cimiento.

Sintiendo un español mozo que habia
Demasiado temor en nuestra gente,
Mas de temeridad que de osadía
Cala sin miedo y sin ayuda el puente;
Y puesto en medio dél, alto decia:
«Salga adelante, salga el mas valiente;
Uno por uno á treinta desafío,
Y á mil no negaré este cuerpo mio.»

No tan presto las fieras acudieron
Al bramar de la res desamparada,
Que de lejos sin orden conocieron
Del pueblo y moradores apartada,
Como los araucanos cuando oyeron
Del valiente español la voz osada,
Partiendo mas de ciento presurosos
Del lance y cierta presa codiciosos.

No porque tantos vengan temor tiene
El gallardo español, ni esto le espanta;
Antes al escuadron que espeso viene
Por mejor recibirle se adelanta:
El curso enfrena, el ímpetu detiene
De los fieros contrarios, que con tanta
Furia se arroja entre ellos sin recelo,
Que rodaron algunos por el suelo.

De dos golpes á dos tendió por tierra
La espada revolviendo á todos lados;
Aquí esparce una junta, y allí cierra
Adonde ve los mas amontonados:
Igual andaba la desigual guerra,
Cuando los españoles bien armados
Abriendo con presteza un gran postigo
Salen á la defensa del amigo.

Acuden los contrarios de otra parte,
Y en medio de aquel campo y ancho llano
Al ejercicio del sangriento Marte
Viene el bando español y el araucano:
La primera batalla se desparte,
Que era de ciento á un solo castellano;
Vuelven el crudo hierro no teñido
Contra los que del fuerte habian salido.

Arrójanse con furia, no dudando,
En las agudas armas por juntarse;
Y con las duras puntas van tentando
Las partes por do mas pueden dañarse:
Cual los Cíclopes suelen martillando
En las vulcanas yunques fatigarse,
Así martillan, baten y cercenan,
Y las cavernas cóncavas atruenan.

Andaba la victoria así igualmente;
Mas gran ventaja y diferencia habia
En el número y copia de la gente,
Aunque el valor de España lo suplia;
Pero el soberbio bárbaro impaciente,
Viendo que un nuestro á ciento resistia,
Con diabólica furia y movimiento
Arranca á los cristianos del asiento.

Los españoles sin poder sufrillo
Dejan el campo, y de tropel corriendo
Se lanzan por las puertas del castillo,
Al bárbaro la entrada resistiendo:
Levan el puente, calan el rastrillo,
Reparos y defensas previniendo;
Suben tiros y fuegos á lo alto,
Temiendo el enemigo y fiero asalto.

Pero viendo ser todo perdimiento,
Y aprovecharles poco, ó casi nada,
De voto y de comun consentimiento
Su clara destruicion considerada,
Acuerdan de dejar el fuerte asiento;
Y así en la escura noche deseada
Cuando se muestra el mundo mas quïeto
La partida pusieron en efeto.

A punto estaban y á caballo, cuando
Abren las puertas derribando el puente,
Y á los prestos caballos aguijando
El escuadron embisten de la frente:
Rompen por él, hiriendo y tropellando,
Y sin hombre perder dichosamente
Arriban á Purén, plaza segura,
Cubiertos de la noche y sombra escura.

Mientras esto en Arauco sucedia,
En el pueblo de Penco mas vecino
Que á la sazon en Chile florecia,
Fértil de ricas minas de oro fino,
El capitán Valdivia residia,
Donde la nueva por el aire vino
Que afirmaba con término asignado
La alteracion y junta del estado.

El comun siempre amigo de ruido,
La libertad y guerra deseando,
Por su parte alterado y removido
Se va con este son desentonando;
Al servicio no acude prometido,
Sacudiendo la carga, y levantando
La soberbia cerviz desvergonzada,
Negando la obediencia á Cárlos dada.

Valdivia perezoso y negligente,
Incrédulo, remiso y descuidado,
Hizo en la Concepcion copia de gente,
Mas que en ella en su dicha confiado:
El cual si fuera un poco diligente,
Hallara en pié el castillo arruïnado,
Con soldados, con armas, municiones,
Seis piezas de campaña y dos cañones.

Tenia con la Imperial concierto hecho
Que alguna gente armada le enviase,
La cual á Tucapel fuese derecho,
Donde con él á tiempo se juntase:
Resoluto de hacer allí de hecho
Un ejemplar castigo que sonase
En todos los confines de la tierra,
Porque jamás moviesen otra guerra.

Pero dejó el camino provechoso;
Y descuidado dél torció la via
Metiéndose por otro codicioso,
Que era donde una mina de oro habia;
Y de ver el tributo y don hermoso
Que de sus ricas venas ofrecia,
Paró de la codicia embarazado,
Cortando el hilo próspero del hado.

A partir, como dije antes, llegaba
Al concierto en el tiempo prometido;
Mas el metal goloso que sacaba
Le tuvo á tal sazon embebecido:
Después salió de allí, y se apresuraba
Cuando fuera mejor no haber salido.
Quiero dar fin al canto, porque pueda
Decir de la codicia lo que queda.

CANTO III.

Valdivia con pocos españoles y algunos indios amigos camina á la casa de Tucapel para hacer el castigo. Mátanle los araucanos los corredores en el camino en un paso estrecho, y danle después la batalla, en la cual fue muerto él y toda su gente por el gran esfuerzo y valentía de Lautaro.

¡Oh incurable mal! ¡oh gran fatiga
Con tanta diligencia alimentada!
¡Vicio comun y pegajosa liga,
Voluntad sin razon desenfrenada,
Del provecho y bien público enemiga,
Sedienta bestia, hidrópica, hinchada,
Principio y fin de todos nuestros males,
Oh insaciable codicia de mortales!

No en el pomposo estado á los señores
Contentos en el alto asiento vemos,
Ni á pobrecillos bajos labradores
Libres desta dolencia conocemos;
Ni el deseo y ambicion de ser mayores
Que tenga fin y límite sabemos:
El fausto, la riqueza y el estado
Hincha, pero no harta al mas templado.

A Valdivia mirad, de pobre infante,
Si era poco el estado que tenia,
Cincuenta mil vasallos que delante
Le ofrecen doce marcos de oro al dia:
Esto y aun mucho mas no era bastante,
Y así la hambre allí lo detenia:
Codicia fué ocasion de tanta guerra,
Y perdicion total de aquesta tierra.

Esta fué quien halló los apartados
Indios de las antárticas regiones;
Por esta eran sin orden trabajados
Con dura imposicion y vejaciones;
Pero rotas las cinchas de apretados
Buscaron modo y nuevas invenciones
De libertad con áspera venganza,
Levantando el trabajo la esperanza.

Cuán cierto es, como claro conocemos,
Que al doliente en salud consejos damos,
Y aprovecharnos dellos no sabemos,
Pero de predicarlos nos preciamos.
Cuando en la sosegada paz nos vemos,
¡Qué bien la dura guerra platicamos!
¡Qué bien damos consejos y razones
Lejos de los peligros y ocasiones!

¡Cómo de los que yerran abominan
Los que están libres en seguro puerto!
¡Qué bien de allí las cosas encaminan
Y dan en todo un medio y buen concierto!
¡Con qué facilidad se determinan,
Visto el suceso y daño descubierto!
Dios sabe aquel que á la derecha via
Metido en la ocasion acertaria.

Valdivia iba siguiendo su jornada
Y el duro disponer del hado duro,
No con la furia y priesa acostumbrada,
Présago y con temor del mal futuro:
Sospechoso de bárbara emboscada
Por hacer el camino mas seguro,
Echó algunos delante para prueba;
Pero jamás volvieron con la nueva.

Viendo los nuestros ya que al plazo puesto,
Los tardos corredores no volvian,
Unos juzgan el daño manifiesto,
Otros impedimentos les ponian:
Hubo consejo y parecer sobre esto,
Al cabo en caminar se resolvian
Ofreciéndose todos á una suerte,
A un mismo caso, y á una misma muerte.

Aunque el temor allí tras esto vino,
En sus valientes brazos se atrevieron,
Y á su próspera suerte y buen destino
El dudoso suceso cometieron:
No dos leguas andadas del camino
Las amigas cabezas conocieron,
De los sangrientos cuerpos apartadas,
Y en empinados palos levantadas.

No el horrendo espectáculo presente
Causó en los firmes ánimos mudanza,
Antes con ira y cólera impaciente
Se encienden mas sedientos de venganza:
Y de rabia incitados nuevamente
Maldicen y murmuran la tardanza:
Solo Valdivia calla y teme el punto;
Pero rompió el silencio y pena junto.

Diciendo: «¡Oh compañeros, do se encierra
Todo esfuerzo, valor y entendimiento!
Ya veis la desvergüenza de la tierra,
Que en nuestro daño da bandera al viento;
Veis quebrada la fe, rota la guerra;
Los pactos van del todo en rompimiento;
Siento la áspera trompa en el oido,
Y veo un fuego diabólico encendido.

»Bien conoceis la fuerza del estado
Con tanto daño nuestro autorizada:
Mirad lo que fortuna os ha ayudado
Guiando con su mano vuestra espada;
El trabajo y la sangre que ha costado,
Que della está la tierra alimentada;
Y pues tenemos tiempo y aparejo,
Será bueno tomar nuevo consejo.

»Quién estos son tendreis en la memoria,
Pues hay tanta razon de conocellos,
Que si dellos no hubiésemos vitoria,
Y en campo no pudiésemos vencellos,
Será tal su arrogancia y vanagloria,
Que el mundo no podrá después con ellos:
Dudoso estoy, no sé, no sé qué haga
Que á nuestro honor y causa satisfaga.»

La poca edad y menos esperiencia
De los mozos livianos que allí habia
Descubrió con la usada inadvertencia
A tal tiempo su necia valentía,
Diciendo: «¡Oh capitán! danos licencia,
Que solos diez sin otra compañía
El bando asolaremos araucano,
Y haremos el camino y paso llano.

»Lo que jamás hicimos en estrecho
No es bien por nuestro honor que lo hagamos;
Pues es cierto que cuanto hemos hecho
Volviendo atrás un paso lo manchamos:
Mostremos al peligro osado pecho,
Que en él está la gloria que buscamos.»
Valdivia de la réplica sentido
Enmudeció de rabia y de corrido.

¡Oh Valdivia, varon acreditado!
¡Cuánto la verde plática sentiste!
No solias tú temer como soldado,
Mas de buen capitán ahora temiste:
Vas á precisa muerte condenado,
Que como diestro y sabio la entendiste;
Pero quieres perder antes la vida,
Que sea en tí una flaqueza conocida.

En esto acaso llega un indio amigo,
Y á sus piés, en voz alta, arrodillado
Le dice: «¡Oh capitán! mira que digo
Que no pases el término vedado:
Veinte mil conjurados, yo testigo,
En Tucapel te esperan, protestado
De pasar sin temor la muerte honrosa
Antes que vivir vida vergonzosa.»

Alguna turbacion dió de repente
Lo que el amigo bárbaro propuso,
Discurre un miedo helado por la gente,
La triste muerte en medio se les puso;
Pero el gobernador osadamente,
Que también hasta allí estuvo confuso,
Les dice: «caballeros, ¿qué dudamos?
¿Sin ver los enemigos nos turbamos?»

Al caballo con ánimo hiriendo,
Sin mas les persuadir rompe la via,
De los miembros el miedo sacudiendo,
Le sigue la esforzada compañía;
Y en breve espacio el valle descubriendo
De Tucapel, bien lejos parecia
El muro, antes vistoso levantado,
Por los anchos cimientos asolado.

Valdivia aquí paró, y dijo: «¡Oh constante
Española nacion de confianza!
Por tierra está el castillo tan pujante,
Que en él solo estribaba mi esperanza;
El pérfido enemigo veis delante,
Ya os amenaza la contraria lanza;
En esto mas no tengo que avisaros,
Pues solo el pelear puede salvaros.»

Estaba, como digo, así hablando,
Que aun no acababa bien estas razones,
Cuando por todas partes rodeando
Los iban con espesos escuadrones,
Las astas de anchos hierros blandeando,
Gritando: «engañadores y ladrones,
La tierra dejareis hoy con la vida,
Pagándonos la deuda tan debida.»

Viendo Valdivia serle ya forzoso
Que la fuerza y fortuna se probase,
Mandó que al escuadron menos copioso
Y mas vecino, á fin que no cerrase,
Saliese Bobadilla, el cual furioso
Sin que Valdivia mas le amonestase,
Con poca gente y con esfuerzo grande
Asaltó el escuadron de Mareande.

La piquería del bárbaro calada
A los pocos soldados atendia;
Pero al tiempo del gólpe levantada
Abriendo un gran portillo se desvía:
Dales sin resistir franca la entrada,
Y en medio el escuadron los recogia,
Las hileras abiertas se cerraron,
Y dentro á los cristianos sepultaron.

Como el caimán hambriento cuando siente
El escuadron de peces, que cortando
Viene con gran bullicio la corriente,
El agua clara en torno alborotando;
Que abriendo la gran boca cautamente
Recoge allí el pescado, y apretando
Las cóncavas quijadas lo deshace,
Y al insaciable vientre satisface;

Pues de aquella manera recogido
Fué el pequeño escuadron del homicida,
Y en un espacio breve consumido
Sin escapar cristiano con la vida.
Ya el araucano ejército movido
Por la ronca trompeta obedecida,
Con gran estruendo y pasos ordenados
Cerraba sin temor por todos lados.

La escuadra de Mareande encarnizada
Tendia el paso con mas atrevimiento:
Viéndola así Valdivia adelantada,
No escarmentado manda á su sarjento
Que escogiendo la gente mas grañada
Dé sobre ella con recio movimiento;
Pero diez españoles solamente
Pusieron á la muerte osada frente.

Contra el escuadron bárbaro importuno
Ir se dejan sin miedo á rienda floja,
Y en el encuentro de los diez ninguno
Dejó allí de sacar la lanza roja:
Desocupó la silla solo uno,
Que con la basca y última congoja
De la rabiosa muerte, el pecho abierto,
Sobre la llaga en tierra cayó muerto.

Y los nueve después también cayeron,
Haciendo tales hechos señalados,
Que digna y justamente merecieron
Ser de la eterna fama levantados.
Hechos pedazos todos diez murieron
Quedando de su muerte antes vengados.
En esto, la española trompa oida
Dió la postrer señal de arremetida.

Salen los españoles de tal suerte,
Los dientes y las lanzas apretando,
Que de cuatro escuadrones al mas fuerte
Le van un largo trecho retirando:
Hieren, dañan, tropellan, dan la muerte,
Piernas, brazos, cabezas cercenando:
Los bárbaros por esto no se admiran,
Antes cobran el campo y los retiran.

Sobre la vida y muerte se contiende,
Perdone Dios á aquel que allí cayere;
Del un bando y del otro así se ofende
Que de ambas partes mucha gente muere:
Bien se estima la plaza y se defiende,
Volver un paso atrás ninguno quiere,
Cubre la roja sangre todo el prado,
Tornándole de verde colorado.

Del rigor de las armas homicidas
Los templados arneses reteñian,
Y las vivas entrañas escondidas
Con carniceros golpes descubrian:
Cabezas de los cuerpos divididas
Que aun el vital espíritu tenian,
Por el sangriento campo iban rodando
Vueltos los ojos ya paladeando.

El enemigo hierro riguroso
Todo en color de sangre lo convierte,
Siempre el acometer es mas furioso,
Pero ya el combatir es menos fuerte:
Ninguno allí pretende otro reposo
Que el último reposo de la muerte,
El mas medroso atiende con cuidado
A solo procurar morir vengado.

La rabia de la muerte y fin presente
Crió en los nuestros fuerza tan estraña,
Que con deshonra y daño de la gente
Pierden los araucanos la campaña;
Al fin dan las espaldas claramente,
Suenan voces: «Vitoria, España, España,
Mas el incontrastable y duro hado
Dió un estraño principio á lo ordenado.

Un hijo de un cacique conocido,
Que á Valdivia de paje le servia,
Acariciado dél y favorido
En su servicio á la sazon venia:
Del amor de su patria conmovido,
Viendo que á mas andar se retraia,
Comienza á grandes voces á animarla
Y con tales razones á incitarla:

« ¡Oh ciega gente del temor guiada!
¿A dó volveis los temerosos pechos?
Que la fama en mil años alcanzada
Aquí perece y todos vuestros hechos.
La fuerza pierden hoy jamás violada
Vuestras leyes, los fueros y derechos:
De señores, de libres, de temidos,
Quedais siervos, sujetos y abatidos.

»Manchais la clara estirpe y descendencia,
Y enjeris en el tronco generoso
Una incurable plaga, una dolencia,
Un deshonor perpetuo, ignominioso:
Mirad de los contrarios la impotencia,
La falta del aliento, y el fogoso
Latir de los caballos, las ijadas
Llenas de sangre y de sudor bañadas.

»No os desnudeis del hábito y costumbre
Que de nuestros abuelos mantenemos,
Ni el araucano nombre de la cumbre
A estado tan infame derribemos:
Huid el grave yugo y servidumbre,
Al duro hierro osado pecho demos;
¿Por qué mostrais espaldas esforzadas
Que son de los peligros reservadas?

»Fijad esto que digo en la memoria,
Que el ciego y torpe miedo os va turbando;
Dejad de vos al mundo eterna historia
Vuestra sujeta patria libertando;
Volved, no rehuseis tan gran vitoria,
Que os está el hado próspero llamando;
A lo menos fijad el pié lijero,
Vereis cómo en defensa vuestra muero.»

En esto una nervosa y gruesa lanza
Contra Valdivia su señor blandia,
Dando de sí gran muestra y esperanza,
Por mas los persuadir arremetia;
Y entre el hierro español así se lanza,
Como con gran calor en agua fria
Se arroja el ciervo en el caliente estío,
Para templar el sol con algun frio.

De solo el primer bote uno atraviesa,
Otro apunta por medio del costado,
Y aunque la dura lanza era muy gruesa,
Salió el hierro sangriento al otro lado:
Salta, vuelve, revuelve con gran priesa,
Y barrenando el muslo á otro soldado,
En él la fuerte pica fué rompida
Quedando un grueso trozo en la herida.

Rota la fiera asta, luego afierra
Del suelo una pesada y dura maza;
Mata, hiere, destronca y echa á tierra
Haciendo en breve espacio larga plaza:
En él se resumió toda la guerra,
Cesa el alcance y dan en él la caza;
Mas él aquí y allí va tan liviano
Que hieren por herirle el aire vano.

¿De quién prueba se oyó tan espantosa,
Ni en antigua escritura se ha leido,
Que estando de la parte vitoriosa
Se pase á la contraria del vencido?
¿Y que solo valor y no otra cosa
De un bárbaro muchacho haya podido
Arrebatar por fuerza á los cristianos
Una tan gran vitoria de las manos?

No los dos Publios Decios, que las vidas
Sacrificaron por la patria amada,
Ni Curcio, Horacio, Scevola y Leonidas,
Dieron muestra de sí tan señalada;
Ni aquellos que en las guerras tan reñidas
Alcanzaron gran fama por la espada:
Furio, Marcelo, Fulvio, Cincinato,
Marco Sergio, Filon, Sceva y Dentato.

Decidme: estos famosos ¿qué hicieron
Que al hecho deste bárbaro igual fuese?
¿Qué empresa ó qué batalla acometieron
Que á lo menos en duda no estuviese?
¿A qué riesgo y peligro se pusieron
Que la sed del reinar no los moviese,
Y de intereses grandes insistidos
Que á los tímidos hacen atrevidos?

Muchos emprenden hechos hazañosos,
Y se ofrecen con ánimo á la muerte,
De fama y vanagloria codiciosos
Que no saben sufrir un golpe fuerte,
Mostrándose constantes y animosos
Hasta que ven ya declinar su suerte,
Faltándoles valor y esfuerzo á una,
Roto el crédito frágil de fortuna.

Este, el decreto y la fatal sentencia
En contra de su patria declarada,
Turbó y redujo á nueva diferencia,
Y al fin bastó á que fuese revocada:
Hizo á fortuna y hados resistencia,
Forzó su voluntad determinada,
Y contrastó el furor del vitorioso
Sacando vencedor al temeroso.

Estaba el suelo de armas ocupado,
Y el desigual combate mas revuelto,
Cuando Caupolicano reportado
A las amigas voces habia vuelto:
También habian sus gentes reparado
Con vergonzoso ardor en ira envuelto,
De ver que un solo mozo resistia
A lo que tanta gente no podia.

Cual suele acontecer á los de honrosos
Animos, de repente inadvertidos,
O cuando en los lugares sospechosos
Piensan otros que van desconocidos,
Que en pendencias y encuentros peligrosos
Huyen; pero si ven que conocidos
Fueron de quien los sigue, avergonzados
Vuelven furiosos del honor forzados;

Así los araucanos revolviendo
Contra los vencedores arremeten,
Y las rendidas armas esgrimiendo,
A voces de morir todos prometen:
Treme y gime la tierra del horrendo
Furor con que ambas partes se acometen,
Derramando con rabia y fuerza brava
Aquella poca sangre que quedaba.

Diego Oro allí derriba á Painaguala,
Que de una punta le atraviesa el pecho;
Pero Caupolicano le señala
Dejándole gozar poco del hecho:
Al sesgo la ferrada maza cala,
Aunque el furioso golpe fué al derecho,
Pues quedó por de dentro la celada
De los bullentes sesos rociada.

Tras este otro tendió desfigurado,
Tanto que nunca mas fué conocido,
Que la armada cabeza y todo el lado
Donde el golpe alcanzó quedó molido:
Valdivia con Ongolmo se ha topado
Y hanse el uno y el otro acometido;
Hiere Valdivia á Ongolmo en una mano
Haciendo el araucano el golpe en vano.

Pasa recio Valdivia y va furioso,
Que con Ongolmo mas no se detiene,
Y adonde Leucoton, mozo animoso,
Estaba en una gran pendencia viene,
Que contra Juan de Lamas y Reinoso
Solo su parte y opinion mantiene,
El cual con su destreza y mucho seso
La guerra sustentaba en igual peso.

Partióse esta batalla, porque cuando
Valdivia llegó adonde combatia,
Parte acudió del araucano bando
Que en su ayuda y defensa se metia:
Fuése el daño y destrozo renovando,
De un cabo y de otro gente concurria;
Sube el alto rumor á las estrellas
Sacando de los hierros mil centellas.

Gran rato anduvo en término dudoso
La confusa vitoria desta guerra,
Lleno el aire de estruendo sonoroso,
Roja de sangre y húmida la tierra:
Quién busca y solo quiere un fin honroso,
Quién á los brazos con el otro cierra,
Y por darse mas presto cruda muerte
Tienta con el puñal lo menos fuerte.

A Juan de Gudiel no le fué sano
El tenerse en la lucha por maestro;
Porque sin tiempo y con esfuerzo vano
Cerró con Guaticol no menos diestro,
Y en aquella sazon Purén, su hermano,
Que estaba cerca dél, en el siniestro
Lado le abrió con daga una herida
Por do la muerte entró y salió la vida.

Andrés de Villaroel, ya enflaquecido
Por la falta de sangre derramada,
Andaba entre los bárbaros metido
Procurando la muerte mas honrada;
También Juan de las Peñas mal herido,
Rompiendo por la espesa gente armada,
Se puso junto dél; y así la suerte
Los hizo á un tiempo iguales en la muerte.

Era la diferencia incomparable
Del número infiel al bautizado,
Es el un escuadron inumerable,
El otro hasta sesenta numerado:
Ya la incierta fortuna variable,
Que dudosa hasta entonces habia estado,
Aprobó la maldad y dió por justa
La causa y opinion hasta allí injusta.

Dos mil amigos bárbaros soldados,
Que el bando de Valdivia sustentaban,
En el flechar del arco ejercitados
El sangriento destrozo acrecentaban,
Derramando mas sangre, y esforzados
En la muerte también acompañaban
A la española gente no vencida
En cuanto sustentar pudo la vida.

Cuándo de aqueste y cuándo de aquel canto
Mostraba el buen Valdivia esfuerzo y arte,
Haciendo por la espada todo cuanto
Pudiera hacer el poderoso Marte:
No basta á reparar él solo tanto,
Que falta de los suyos la mas parte;
Los otros aunque ven su fin tan cierto
Ningun medio pretenden ni concierto.

De dos en dos, de tres en tres cayendo
Iba la desangrada y poca gente,
Siempre el ímpetu bárbaro creciendo
Con el ya declarado fin presente:
Fuése el número flaco resumiendo
En catorce soldados solamente,
Que constantes rendir no se quisieron
Hasta que al crudo hierro se rindieron.

Solo quedó Valdivia acompañado
De un clérigo que acaso allí venia,
Y viendo así su campo destrozado,
El mal remedio y poca compañía,
Dijo: «Pues pelear es escusado
Procuremos vivir por otra vía.»
Pica en esto al caballo á toda prisa
Tras él corriendo el clérigo de misa.

Cual suelen escapar de los monteros
Dos grandes jabalís, fieros, cerdosos,
Seguidos de solícitos rastreros
De la campestre sangre codiciosos,
Y salen en su alcance los lijeros
Lebreles irlandeses generosos;
Con no menor codicia y piés livianos
Arrancan tras los míseros cristianos.

Tal tempestad de tiros, señor, lanzan
Cual el turbion que granizando viene:
En fin, á poco trecho les alcanzan,
Que un paso cenagoso los detiene;
Los bárbaros sobre ellos se abalanzan,
Por valiente el postrero no se tiene;
Murió el clérigo luego, y maltratado
Trujeron á Valdivia ante el senado.

Caupolicán, gozoso en verle vivo
Y en el estado y término presente,
Con voz de vencedor y gesto altivo
Le amenaza y pregunta juntamente;
Valdivia, como mísero cautivo,
Responde y pide humilde y obediente
Que no le dé la muerte, y que le jura
Dejar libre la tierra en paz segura.

Cuentan que estuvo de tomar movido
Del contrito Valdivia aquel consejo;
Mas un pariente suyo empedernido,
A quien él respetaba por ser viejo,
Le dice: «Por dar crédito á un rendido
¿Quieres perder tal tiempo y aparejo?»
Y apuntando á Valdivia en el celebro
Descarga un gran baston de duro enebro.

Como el dañoso toro que apremiado
Con fuerte amarra al palo está bramando,
De la tímida gente rodeado,
Que con admiracion le está mirando,
Y el diestro carnicero ejercitado
El grave y duro mazo levantado,
Recio al cogote cóncavo desciende
Y muerto estremeciéndose le tiende;

Así el determinado viejo cano,
Que á Valdivia escuchaba con mal ceño,
Ayudándose de una y otra mano
En alto levantó el ferrado leño:
No hizo el crudo viejo golpe en vano,
Que á Valdivia entregó al eterno sueño,
Y en el suelo con súbita caida
Estremeciendo el cuerpo dió la vida.

Llamábase este bárbaro Leocato,
Y el gran Caupolicán dello enojado
Quiso enmendar el libre desacato;
Pero fué del ejército rogado:
Salió el viejo de aquello al fin barato,
Y el destrozo del todo fué acabado;
Que no escapó cristiano desta prueba
Para poder llevar la triste nueva.

Dos bárbaros quedaron con la vida
Solos de los tres mil, que como vieron
La gente nuestra rota y de vencida,
En un jaral espeso se escondieron:
De allí vieron el fin de la reñida
Guerra, y puestos en salvo lo dijeron;
Que como las estrellas se mostraron,
Sin ser de nadie vistos se escaparon.

La escura noche en esto se subia
A mas andar á la mitad del cielo,
Y con las alas lóbregas cubria
El orbe y redondez del ancho suelo,
Cuando la vencedora compañia,
Arrimadas las armas sin recelo,
Danzas en anchos cercos ordenaban
Donde la gran vitoria celebraban.

Fué la nueva en un punto discurriendo
Por todo el araucano regimiento,
Y antes que el sol se fuese descubriendo
El campo se cubrió de bastimento:
Gran multitud de gente concurriendo
Se forma un general ayuntamiento
De mozos, viejos, niños y mujeres
Partícipes en todos los placeres.

Cuando la luz las aves anunciaban
Y alegres sus cantares repetian,
Un sitio de altos árboles cercaban
Que una espaciosa plaza contenian,
Y en ellos las cabezas empalaban
Que de españoles cuerpos dividian:
Los troncos de su rama despojados
Eran de los despojos adornados.

Y dentro de aquel círculo y asiento
Cercado de una amena y gran floresta,
En memoria y honor del vencimiento
Celebran de beber la alegre fiesta:
El vino así aumentó el atrevimiento,
Que España en gran peligro estaba puesta;
Pues que promete el mínimo soldado
De no dejar cimiento levantado.

Era allí la opinion generalmente
Que sin tardar, doblando las jornadas,
Partiese un grueso número de gente
A dar en las ciudades descuidadas,
Que tomadas de salto y de repente
Serian con solo el miedo arruinadas,
Y la patria en su honor restituida
No dejando cristiano con la vida.

Y dando orden bastante y esto hecho,
Para acabar de ejecutar su saña,
Con gran poder y ejército de hecho
Querian pasar la vuelta de la España:
Pensándola poner en tanto estrecho
Por fuerza de armas, puestos en campaña,
Que fuesen cultivadas las iberas
Tierras de las naciones estranjeras.

El hijo de Leocano bien entiende
El vano intento y quiere desviarlo,
Que como diestro y sabio otro pretende
Y por mejor camino enderezarlo:
El tiempo espera y la sazon atiende
Que estén mejor dispuestos á tratarlo;
La fiesta era acabada y borrachera,
Cuando á todos les habla en tal manera:

«Menos que vos, señores, no pretendo
La dulce libertad tan estimada,
Ni que sea nuestra patria yo defiendo
En el sublime trono restaurada;
Mas hase de atender á que pudiendo
Ganar, no se aventure perder nada;
Y así, con este celo y fin procuro
No poner en peligro lo seguro.

»Tomad con discrecion los pareceres
Que van á la razon mas arrimados,
Pues cobrar vuestros hijos y mujeres
Está en ir los principios acertados:
Vuestra fama, el honor, tierra y haberes
A punto están de ser recuperados;
Que el tiempo, que es el padre del consejo,
En las manos nos pone el aparejo.

»A Valdivia y los suyos habeis muerto
Y una importante plaza destruido,
Venir á la venganza será cierto
Luego que en las ciudades sea sabido;
Demos al enemigo el paso abierto:
Esto asegura mas nuestro partido;
Vengan, vengan con furia á rienda suelta,
Que difícil será después la vuelta.

»La vitoria tenemos en las manos,
Y pasos en la tierra mil seguros
De ciénagas, lagunas y pantanos,
Espesos montes, ásperos y duros:
Mejor pelean aquí los araucanos,
Españoles mejor dentro en sus muros:
Cualquier hombre en su casa acometido
Es mas sabio, mas fuerte y atrevido.

»Esto os vengo á decir, porque se entienda
Cuánto con mas seguro acertaremos,
Para poder tomar la justa enmienda,
Que en sitios escogidos esperemos:
Donde no habrá en el mundo quien defienda
La razon y derecho que tenemos;
Cuando temor tuviesen de buscarnos
A sus casas iremos á alojarnos.»

Con atencion de todos escuchada
Fué la oracion que el general hacia,
Siendo de los mas dellos aprobada,
Por ver que á su remedio convenia;
La gente ya del todo sosegada,
Caupolicán al joven se volvia
Por quien fué la vitoria, ya perdida,
Con milagrosa prueba conseguida.

Por darle mas favor le tenia asido
Con la siniestra de la diestra mano,
Diciéndole: «Oh varon, que has estendido
El claro nombre y límite araucano!
Por tí ha sido el estado redimido,
Tú le sacaste del poder tirano,
A tí solo se debe esta vitoria
Digna de premio y de inmortal memoria.

»Ya, señores, pues es tan manifiesto
(Esto dijo volviéndose al senado)
El punto en que Lautaro nos ha puesto
(Que así el valiente mozo era llamado),
Yo por remuneralle en algo desto
Con vuestra autoridad que me habeis dado
Por paga, aunque á tal deuda insuficiente,
Le hago capitán y mi teniente.

»Con la gente de guerra que escogiere,
Pues que ya de sus obras sois testigos,
En el sitio que mas le pareciere
Se ponga á recibir los enemigos,
Adonde hasta que vengan los espere,
Porque yo con la resta y mis amigos
Ocuparé la entrada de Elicura,
Aguardando la misma coyuntura.»

Del grato mozo el cargo fué acetado
Con el favor que el general le daba;
Aprobólo el comun aficionado,
Si á alguno le pesó no lo mostraba;
Y por el orden y uso acostumbrado
El gran Caupolicán le trasquilaba,
Dejándole el copete en trenza largo,
Insignia verdadera de aquel cargo.

Fué Lautaro industrioso, sabio, presto,
De gran consejo, término y cordura,
Manso de condicion y hermoso gesto,
Ni grande ni pequeño de estatura;
El ánimo en las cosas grandes puesto,
De fuerte trabazon y compostura,
Duros los miembros, recios y nerviosos,
Anchas espaldas, pechos espaciosos.

Por él las fiestas fueron alargadas,
Ejercitando siempre nuevos juegos
De saltos, luchas, pruebas nunca usadas,
Danzas de noche en torno de los fuegos:
Habia precios y joyas señaladas,
Que nunca los troyanos ni los griegos,
Cuando los juegos mas continuaron,
Tan ricas y estimadas las sacaron.

Llegó á Caupolicán estando en esto
Un bárbaro turbado, sin aliento,
Perdida la color, mudado el gesto,
Cubierto de sudor y polvoriento,
Diciéndole: «Señor, socorre presto;
Tu campo es roto y cierto el perdimiento;
Que la gente que estaba en la emboscada
Es muerta la mas della y destrozada.

Por tierra de Elicura son bajados
Catorce valentísimos guerreros,
De corazas finísimas armados,
Sobre caballos prestos y lijeros;
Por estos solos son desbaratados
Dos escuadrones tuyos de piqueros,
Y visto el gran estrago al improviso,
Partí corriendo á darte dello aviso.

Caupolicán con muestra no alterada
Hizo que del temor se asegurase,
Diciendo que tan poca gente armada
Al cabo era imposible que escapase;
Y con la diligencia acostumbrada
Mandó al nuevo teniente que guiase
Con la mas presta gente por la via,
Que luego con el resto le seguia.

Lautaro, en lo aceptar no perezoso,
Escogiendo una escuadra suficiente,
Marcha con tanta prisa, codicioso
De ganar opinion entre la gente;
Mas de Marte el estruendo sonoroso
Me llama, que me tardo injustamente:
De los catorce es tiempo que se trate,
Y del sangriento y áspero combate.

Estiéndase su fama y sea notoria,
Pues que tanto su espada resplandece,
Y dellos se eternice la memoria,
Si valor en las armas lo merece:
Testimonio dará dello la historia;
Pero acabar el canto me parece,
Que á decir tan gran cosa no me atrevo,
Si no es con nuevo aliento y canto nuevo.

CANTO IV.

Vienen catorce españoles por concierto á juntarse con Valdivia en la fuerza de Tucapel; hallan los indios en una emboscada con los cuales tuvieron un porfiado rencuentro; llega Lautaro con gente de refresco; mueren siete españoles, y todos los amigos que llevaban; escápanse los otros por una gran ventura.

¡Cuán buena es la justicia y qué importante!
Por ella son mil males atajados;
Que si el rebelde Arauco está pujante
Con todos sus vecinos alterados,
Y pasa su furor tan adelante,
Fué por no ser á tiempo castigados:
La llaga que al principio no se cura,
Requiere al fin mas áspera la cura.

Que no es virtud, mas vicio y negligencia,
Cuando de un daño otro mayor se espera,
El no curar con hierro la dolencia,
Si del mal lo requiere la manera;
Mas no con tal rigor que la clemencia
Pierda su fuerza y la virtud entera:
Clemente es y piadoso el que sin miedo
Por escapar el brazo corta el dedo.

No quiero yo decir que á cada paso
Traiga el hierro en la mano la justicia,
Sino segun la gravedad del caso
Y la importancia y fin de la malicia;
Pues vemos claro en el presente paso,
Que al cabo corrompida de avaricia
Dió á la maldad lugar que se arraigase,
Y en los ánimos mas se apoderase.

Mas no se ha de entender como el liviano
Que se entrega al primero movimiento,
Que por ser justiciero es inhumano,
Y por alcanzar crédito es sangriento;
Y como aquel que con injusta mano,
Sin término, sin causa y fundamento,
Por sola liviandad y vanagloria
Quiere dejar de su maldad memoria.

No faltará materia y coyuntura
Para mostrar la pluma aquí curiosa;
Mas no quiero meterme en tal hondura,
Que es cosa no importante y peligrosa:
El tiempo lo dirá y no mi escritura,
Que quizá la tendrán por sospechosa:
Solo diré que es opinion de sabios,
Que adonde falta el rey sobran agravios.

Pero á nuestro propósito tornando,
Dejaré de tratar de sinrazones,
Que es trabajar en vano derramando
Al viento en el desierto las razones:
De los nuestros diré que peleando
Estaban con los fieros escuadrones
Ganando fama y prez, honor y gloria,
Haciendo cosas dignas de memoria.

Fué hecho tan notable que requiere
Mucha atencion y autorizada pluma,
Y así digo que aquel que le leyere
En que fué de los grandes se resuma:
Diré cuanto en mi estilo yo pudiere,
Aunque toda será una breve suma,
Y los nombres también de los soldados
Que con razon merecen ser loados.

Almagro, Cortés, Córdoba, Nereda,
Morán, Gonzalo, Hernandez, Maldonado,
Peñalosa, Vergara, Castañeda,
Diego García, Herrero el arriscado,
Pero Niño, Escalona y otro queda
Con el cual es el número acabado:
Don Leonardo Manrique es el postrero,
Igual en el valor siempre al primero.

Estos catorce son los que venian
A verse con Valdivia en el concierto,
Que del pueblo Imperial partido habian
Sin saber que Valdivia fuese muerto;
Por la alta cuesta de Purén subian,
Y en el mas alto asiento y descubierto
Los caminos de rama ven sembrados,
Señal de paga y junta de soldados.

Conocen que la tierra está alterada
Y que de gentes hacen llamamiento;
No torcieron por esto la jornada,
Ni les mudó el temor el firme intento:
La fresca y nueva aurora colorada
Daba con su venida gran contento,
Y las sombras del sol se retraian
Cuando el lucúreo valle descubrian.

Aquí estaban los indios emboscados
Esperando á los nuestros, si viniesen,
Por cogerlos sin orden descuidados,
Antes que del peligro se advirtiesen;
De un bosque á mano hecho rodeados
Para que mas cubiertos estuviesen,
Hasta que inadvertidos del engaño
Pudiesen á su salvo hacer el daño.

Los catorce españoles abajaban
Por un repecho al valle enderezando,
Donde ocultos los bárbaros estaban
Cubiertos de los ramos aguardando:
Los nuestros con el bosque aun no igualaban
Cuando los indios súbito sonando
Bárbaras trompas, roncos tamborinos,
Los pasos ocuparon y caminos.

En cazador no entró tanta alegría
Cuando mas sin pensar la liebre echada
De súbito por medio de la via
Salta de entre los piés alborotada,
Cuanto causó la muestra y vocería
Del vecino escuadron de la emboscada
A nuestros españoles, que al instante
Arrojan los caballos adelante.

En un punto los bárbaros formaron
De puntas de diamante una muralla;
Pero los españoles no pararon
Hasta de parte á parte atravesalla:
Hombres, picas y mazas tropellaron,
Revuelven por dar fin á la batalla
Con mas valor y esfuerzo que esperanza,
Vista de los contrarios la pujanza.

De tres dos escuadrones desviados
El paso les cercaron y huida,
Viéndose así de bárbaros cercados
Piensan abrir por ellos la salida:
Otra vez arremeten apiñados,
Y aunque una escuadra dellos fué rompida,
Volvieron á sus puestos recogidos,
Quedando desta vuelta mal heridos.

Dos veces embistieron desta suerte
Las cerradas escuadras tropellando;
Mas viéndose cercanos á la muerte,
Prosiguen su derrota, enderezando
Al desolado sitio y casa fuerte,
A diestro y á siniestro derribando,
Que los indios entre ellos van mezclados
Hiriéndolos también por todos lados.

Estréchase el camino de Elicura
Por la pequeña falda de una sierra,
La causa y la razon desta angostura
Es un lago que el valle abajo cierra:
Para los nuestros esto fué ventura,
Pues siguen su jornada haciendo guerra,
Que solo un español que atrás venia
La bárbara arrogancia resistia.

Ellos que iban así por una espesa
Mata, al calar de un áspero collado
Ven un indio salir á toda priesa
El vestido y el rostro demudado;
El cual en el camino se atraviesa,
Y del seno sacó un papel cerrado,
Que Juan Gomez de Almagro el propio dia
Dando aviso á Valdivia escrito habia.

El mismo mensajero ven lloroso
Que dellos adelante habia partido,
De Valdivia el suceso lastimoso
Les dijo y lo demás acontecido,
Y que el castillo el bárbaro furioso
Le habia por los cimientos destruido:
Viendo el remedio y presupuesto vano
Tomaron á la diestra un sitio llano.

Era el sitio de lo mas rodeado,
Aunque por esta senda y paso abierto,
Del este, norte, oeste está abrigado,
Y el sur le hiere casi en descubierto;
Por do seguido va el camino usado
De los lijeros bárbaros cubierto
En espaciosa hila prolongada
Sedientos de la sangre bautizada.

Tras los nuestros los bárbaros saliendo
En el llano asimismo repararon,
Y la gente esparcida recogiendo
Dos gruesos escuadrones reformaron:
Los catorce españoles conociendo
Que era mejor romper, se aparejaron;
Mueven los escuadrones concertados
Por el fuerte Lincoya gobernados.

Con flautas, cuernos, roncos instrumentos,
Alto estruendo, alaridos desdeñosos,
Salen los fieros bárbaros sangrientos
Contra los españoles valerosos,
Que convertir esperan en lamentos
Los arrogantes gritos orgullosos:
Tanto el esfuerzo y ánimo les crece
Que poca gente en contra les parece.

Aunque allí un español desfigurado,
Que yo no digo aquí cuál dellos era,
Dijo viendo tan poca gente al lado:
«¡Oh si nuestro escuadron de ciento fuera!
Pero Gonzalo Hernandez animado
Vuelto al cielo responde: ¡«A Dios pluguiera
Fuéramos solos doce y dos faltaran,
Que doce de la fama nos llamaran!»

Los caballos en esto apercibiendo
Firmes y recogidos en las sillas
Sueltan las riendas, y los piés batiendo
Parten contra las bárbaras cuadrillas;
Las poderosas lanzas requiriendo,
Afiladas en sangre las cuchillas,
Llamando en alta voz á Dios del cielo
Hacen gemir y retemblar el suelo.

Calan de fuerte fresno como vigas
Los bárbaros las picas al momento,
De la suerte que suelen las espigas
Derribarse al furor del recio viento:
No bastaron las armas enemigas
Al ímpetu español y movimiento;
Que los nuestros rompieron por un lado
Dejando el escuadron aportillado.

A un tiempo los caballos volteando,
Lejos las rotas lanzas arrojadas,
Vuelven al enemigo y fiero bando
En alto ya desnudas las espadas;
Otra vez arremeten, no bastando
Infinidad de puntas enastadas,
Puestas en contra de la airada gente,
A que no se mezclasen igualmente.

Los unos que no saben ser vencidos,
Los otros á vencer acostumbrados,
Son causa que se aumenten los heridos,
Y que bajen los brazos mas pesados;
De llamas los arneses encendidos,
Con gran fuerza y presteza golpeados,
Formaban un rumor que el alto cielo
Del todo parecia venir al suelo.

El buen Gonzalo Hernandez, presumiendo
Imitar al de Córdoba famoso,
Iba por el ejército rompiendo
No menos diestro y fuerte que animoso;
Peñalosa y Vergara, conociendo
Que vencer ó morir era forzoso,
Hacen de sus personas arriscadas
De esfuerzo y fuerza pruebas señaladas.

El valiente soldado de Escalona
La rigurosa espada ejercitando,
Aventura y señala su persona,
Mil bárbaros valientes señalando:
Don Leonardo Manrique no perdona
Los golpes que recibe, antes doblando
Los suyos con gran priesa y mayor ira
Los castiga, maltrata y los retira.

Otro pues que de Córdoba se llama,
Mozo de grande esfuerzo y valentía,
Tanta sangre araucana allí derrama,
Que hizo cien viúdas aquel dia:
Por una que venganza al cielo clama
Saltan todas las otras de alegría;
Que al fin son las mujeres variables,
Amigas de mudanzas y mudables.

Cortés y Pero Niño por un lado
Hacen un fiero estrago y cruda guerra;
Morán, Gomez de Almagro y Maldonado
Siembran de cuerpos bárbaros la tierra;
El Herrero como hombre acostumbrado
Y diestro en golpear, mata y atierra;
Pues Nereda también que era maestro
Hiere, derriba á diestro y á siniestro.

Como si fueran á morir desnudos
Las rabiosas espadas así cortan,
Con tanta fuerza bajan golpes crudos
Que poco fuertes armas les importan:
Lo que sufrir no pueden los escudos
Los insensibles cuerpos lo comportan,
En furor encendidos de tal suerte,
Que no sienten los golpes, ni aun la muerte.

Antes de rabia y cólera abrasados
Con poderosos golpes los martillan,
Y de muchos con fuerza redoblados
Los cargados caballos arrodillan;
Abollan los arneses relevados,
Abren, desclavan, rompen, deshebillan,
Ruedan las rotas picas y celadas,
Y el aire atruena el son de las espadas.

Lincoya combatiendo y derribando
Anima con hervor los escuadrones.
Contra su fuerza y maza no bastando
De crestas altas fuertes morriones:
Cortés un golpe suyo reparando
La cabeza inclinó entre los arzones,
Llevándole el caballo medio muerto,
Suelto el freno corriendo á campo abierto.

Con el cuello inclinado, adormecido,
Acá y allá el caballo le traia;
Pero tornando luego en su sentido
Vergonzoso las riendas recogia:
Vuelve á buscar á aquel que le ha herido,
Y al punto que miró le conocia,
Que al mayor araucano que allí andaba
De los hombros arriba le llevaba.

Conócelo también en la braveza
Que mostraba animando allí su gente,
Y en la facilidad y lijereza
Con que esgrime la maza diestramente:
Como el suelto lebrel por la maleza
Se arroja al jabalí fiero y valiente,
Así asalta Cortés al araucano,
La adarga al pecho, el duro hierro en mano.

Al través le hirió por un costado
No le valiendo el coselete duro;
Mas de aquella manera le ha mudado
Que mudara un peñasco ó fuerte muro:
Pasa recio el caballo espoleado,
Y Cortés de Lincoya ya seguro
Por medio de la espesa escuadra hiende,
Y al un lado y al otro muchos tiende.

Almagro cuerpo á cuerpo combatia
Con el joven Guacon, soldado fuerte;
Pero presto la lid se decidia,
Que poco se mostró neutral la suerte;
De un golpe Almagro al bárbaro heria,
Por donde una ancha puerta abrió á la muerte;
Sale della de sangre roja un rio,
Y ocupa el desangrado cuerpo el frio.

Airado Castañeda en la batalla,
Mata, tropella, daña, hiere, ofende;
Acaso á Narpo á la derecha halla,
Y allí la rigurosa espada tiende:
No le valió el jubon de fina malla,
Ni un peto de dos cueros le defiende
Que la furiosa punta no calase,
Y el cuerpo del espíritu privase.

La gente una con otra se embravece,
Crece el hervor, coraje y la revuelta,
Y el rio de la corriente sangre crece
Bárbara y española toda envuelta:
Del grueso aliento el aire se escurece,
Alguna infernal furia andaba suelta,
Que por llevar á tantos en un dia
Diabólico furor les infundia.

Tanto el teson entre ellos ha durado,
Que espanta cómo alzar pueden los brazos;
Estaban por el uno y otro lado
De amontonados cuerpos los ribazos:
El sol habia en su curso declinado
Cuando ya sin vigor hechos pedazos
De manera igualmente enflaquecian,
Que moverse adelante no podian.

Como el aliento y fuerzas van faltando
A dos valientes toros animosos,
Cuando en la fiera lucha porfiando
Se muestran igualmente poderosos,
Que se van poco á poco retirando
Rostro á rostro con pasos perezosos
Cubiertos de un humor y espeso aliento,
Y esparcen con los piés la arena al viento:

Los dos puestos así se retiraron
Sin sangre y sin vigor desalentados,
Que jamás las espaldas se mostraron,
Mas siempre frente á frente careados;
Ambos á un mismo tiempo repararon,
A un punto hicieron alto, y desviados
Los unos de los otros tanto estaban
Que aun un tiro de flecha no distaban.

Mirábanse del uno y otro bando
En el sitio y contrario alojamiento,
Cubiertos de agua y sangre ijadeando,
Que no pueden hartarse del aliento,
Los fatigados miembros regalando,
El pecho y boca abierta al fresco viento
Que con templados soplos respiraba
Mitigando del sol la fuerza brava.

Y desde allí con lenguas injuriosas,
A falta de las manos, se ofendian
Diciéndose palabras afrentosas,
La muerte con rigor se prometian;
Y á vueltas desto flechas peligrosas
Los enemigos arcos despedian;
Que aunque el aliento y fuerzas les faltaba
El rabioso rencor las arrojaba.

Yo no sé de cuál brazo descansado
Una flecha con ímpetu saliendo,
A manera de rayo arrebatado,
El aire con rumor iba rompiendo:
Tocó en soslayo á Córdoba en un lado,
Y la furiosa punta no prendiendo,
Torció á Morán el curso, y encarnada
Por el ojo derecho abrió la entrada.

El buen Morán con mano cruda y fuerte
Sacó la flecha y ojo en ella asido,
Gonzalo al duro paso de la muerte
Le apercibe y esfuerza condolido;
Pero Morán gritó: «No estoy de suerte
Que me sienta de esfuerzo enflaquecido,
Que solo así herido soy bastante
A vencer cuantos veis que están delante.»

Pica el caballo temerariamente,
Que galopear no puede de cansado,
Contra todo aquel número de gente
Que en escuadron estaba reformado;
Pero Gonzalo Hernandez diligente
Se le puso delante acelerado,
Que ya Lincoya al paso le salia,
Y al puesto aunque por fuerza lo volvia.

Con grande alarde, estruendo y movimiento
Sobre la cumbre de una verde loma,
Tendidas las banderas por el viento,
Lautaro con la presta gente asoma.
Como cuando de lejos el hambriento
Leon viendo la presa placer toma,
Y mira acá y allá feroz rugiendo
El vedijoso cuello sacudiendo:

Lautaro así veloz por un repecho
Bajaba enderezando á los de España,
Pensando él solo dar fin á aquel hecho
Si no le desamparan la campaña:
Delante de su gente va gran trecho,
Digna es de celebrarse tal hazaña,
Solos catorce esperan, hechos piezas,
Rotos los brazos, piernas y cabezas.

Cuatro mil sobrevienen vitoriosos;
Apiñados los nuestros los esperan
No de ver tanta gente temerosos,
Porque aun morir con mas honor quisieran.
Los fieros enemigos orgullosos
En alta voz gritaban: «mueran, mueran;»
Y el lincoyano ejército animado
También acometió por otro lado.

Lanzaron los caballos los cristianos
Batiendo bien de espacio el hueco suelo
Contra los descansados araucanos,
Que fieros amenazan tierra y cielo:
Vienen con tardos piés á prestas manos;
Y del primer encuentro hecho un hielo
Pero Niño tocó la blanca arena,
Bañándola de sangre en larga vena.

Atravesóle el cuerpo la herida;
Aunque en atribuirla hay desconcierto:
Unos dicen que Angol fué el homicida,
Otros que Leocoton, y esto es mas cierto;
Cualquier dellos que fué, de gran caida
Pero Niño quedó en el campo muerto,
Con un trozo de pica atravesado,
Donde fué del tropel despedazado.

También el de Manrique volteando
A los piés de Lautaro muerto vino:
Rompen los otros doce enderezando
Por las espesas armas al camino;
Pero Ongolmo los piés apresurando
De un golpe derribó fuera de tino
A Nereda, que en guerras era esperto,
Cortés de muy herido cayó muerto.

Tras él al suelo fué Diego García,
De una llaga mortal abierto el pecho,
De otro golpe Escalona se tendia,
Que Tucapel le acierta por derecho:
Los demás españoles en la via
(Considere quien ya se vió en estrecho)
Con cuánta priesa baten las ijadas
De los lasos caballos desangradas.

El fiero Tucapel haciendo guerra
A todos con audacia los asalta,
Y en viendo que estos dos baten la tierra,
Gallardo por encima dellos salta:
Topa á Almagro, y con él lijero cierra
En los piés levantado y la maza alta,
Que sobre él derribándola venia
Con toda la pujanza que tenia.

O fué mal tiento, ó furia que llevaba,
O que el sumo Señor quiso librallo,
Que el tiro á la cabeza señalaba,
Y á dar vino en las ancas del caballo;
Con tanta fuerza el golpe le cargaba
Que Almagro mas no pudo meneallo,
Quedando derrengado de manera
Que si fuera de masa ó blanda cera.

Almagro con presteza por un lado
Viendo el caballo cojo se derriba,
Ora fué su ventura y diestro hado,
Ora siniestro del que tras él iba,
El cual era el valiente Maldonado
Que envuelto en sangre y polvo al punto arriba,
Que el golpe segundaba Tucapelo,
Y por poco con él diera en el suelo.

Con el jinete estribo en el derecho
Lado al bárbaro encuentra de pasada,
Y cuanto cinco pasos, ó mas trecho,
Lo lleva acia adelante por la estrada:
Brama el bárbaro ardiendo de despecho,
Vibora no se vió mas enconada,
Ni pisado escorpion vuelve tan presto
Como el indio volvió el airado gesto.

Muda el intento, muda la sentencia,
Que contra Juan de Almagro dado habia,
Y la furiosa maza é impaciencia
Al triste Maldonado revolvia:
Cala un golpe con toda su potencia,
Mas el presto caballo se desvia;
Tucapel de furioso el tiro yerra,
Y el ferrado troncon metió por tierra.

No escapó Maldonado de la muerte;
Que al punto llega el bravo Lemolemo
Con un largo baston ñudoso y fuerte
A manera de corvo y grueso remo;
Y un golpe le señala de tal suerte,
Que no le erró el ferrado y duro estremo,
Ni celada prestó de estofa llena,
Que los sesos saltaron por la arena.

En esto, una gran nube tenebrosa
El aire y cielo súbito turbando,
Con una escuridad triste y medrosa
Del sol la luz escasa fué ocupando:
Salta Aquilon con furia procelosa
Los árboles y plantas inclinando,
Envuelto en raras gotas de agua gruesas
Que luego descargaron mas espesas.

Como el diestro atambor que apercibiendo
Al duro asalto y fiera batería,
Va con los tardos golpes previniendo
La presta y animosa compañía,
Pero el punto y señal última oyendo
Suena la horrenda y áspera armonía;
Así el negro nublado turbulento
Lanza un diluvio súbito y violento.

En escura tiniebla el cielo vuelto
La furiosa tormenta se esforzaba,
Agua, piedras y rayos todo envuelto
En espesos relampagos lanzaba:
El araucano ejército revuelto
Por acá y por allá se derramaba;
Crece la tempestad horrenda tanto
Que á los mas esforzados puso espanto.

De Juan Gomez la próspera ventura
Hizo que al punto el cielo se cerrase,
Y la tiniebla de la noche escura
Gran rato en su favor se anticipase:
Turbado se metió en una espesura
Hasta tanto que el ímpetu pasase
De aquella gente bárbara furiosa,
De la española sangre codiciosa.

Cuando vió en su violencia el torbellino,
Y que él podia salir mas encubierto,
El bosque deja y toma su camino,
Que el temor se le muestra bien abierto:
Cayendo y levantando al cabo vino
De sangre, lodo y de sudor cubierto,
Junto donde los nuestros esperaban
Si las furiosas aguas aplacaban.

Estaban del camino desviados
Y uno de los caballos relinchando
El español con pasos sosegados
Al alegre rumor se fué acercando:
Llegó donde los seis amedrentados
Con baja voz estaban dél tratando,
Y en aquella sazon se les presenta
Dándoles del suceso entera cuenta.

Con espanto fué luego conocido,
Que entre ellos ya por muerto se tenia,
Y cada uno de lástima movido
A morir en su ayuda se ofrecia:
Mas él, como ánimoso y entendido,
Viendo que aprovechar no le podia,
Dice: « de mí, señores, nadie cure,
La vida el que pudiere la asegure.»

Esto no dijo bien, cuando esforzado
Por el bosque tomó una senda incierta,
Y aquella mas usada deja á un lado
De gente y pueblos bárbaros cubierta:
Otro trance mayor le está guardado;
Pero pues hay de Chile historia cierta,
Allí lo podrá ver el que quisiere,
Si gana de saberlo le viniere.

El coronista Estrella escribe al justo
De Chile y del Pirú en latin la historia,
Con tanta erudicion, que será justo
Que dure eternamente su memoria;
Y la vida de Carlos quinto augusto,
Y en verso los encomios y la gloria
De varones ilustres en milicia,
Gobernacion, en letras y justicia.

Vuelvo á los seis guerreros que sintiendo
La desgracia de Almagro, lo mostraban;
Pero ayudalle en ella no pudiendo
A la Imperial ciudad enderezaban:
La tempestad furiosa iba creciendo,
Relámpagos y truenos no cesaban
Hasta que salió el sol, y el claro dia
La plaza de Purén les descubria.

Era un castillo, el cual con poca gente
Le habia Juan Gomez antes sustentado
Hallándose una noche de repente
De multitud de bárbaros cercado:
Repelidos al fin gallardamente,
Fué por su industria el cerco levantado:
No escribo esta batalla, aunque famosa,
Por no tardarme tanto en cada cosa.

Allí los seis guerreros arribados
Fueron con tierna muestra recibidos
De los caros amigos, admirados
De verlos á tal término traidos,
Míseros, afligidos, demudados,
Flacos, roncos, deshechos, consumidos,
Corriendo sangre y lodo, sin celadas,
Las armas con las carnes destrozadas.

Casi veinticuatro horas sustentaron
Las armas defendiendo su partido,
Que nunca en este tiempo descansaron
Haciendo lo que habeis, señor, oido:
Un rato en el castillo reposaron
Del cual la noche atrás habian salido,
No con poco temor de los de casa,
Y mas cuando supieron lo que pasa.

La sangre les cuajó un temor helado,
Gran turbacion les puso á todos cuando
El caso de Valdivia desastrado
Les fueron por sus términos narrando:
Y así, viendo el castillo mal parado,
De consejo comun considerando
La pujanza que el bárbaro traia,
Le dejaron desierto el mismo dia.

Acia Gautén tomaron la jornada
Llevando á Almagro acaso de camino,
Que por venir la noche tan cerrada
Libre salió del campo lautarino:
La fuerza fué por tierra derribada,
Que luego el enemigo pueblo vino
Talando municiones y comidas
Que en el castillo estaban recogidas.

Dieron vuelta los bárbaros gozosos
Acia donde su ejército venia,
Retumbando en los montes cavernosos
El alegre rumor y vocería;
Y por aquellos prados espaciosos
Con la vitoria y gozo de aquel dia
Tales cantos y juegos inventaban,
Que el cansancio con ellos engañaban.

Juntos, el general con grave muestra
Les habla y los recibe alegremente,
Y asiendo blandamente de la diestra
Al valiente Lautaro, su teniente,
Una escuadra le entrega de maestra,
Escogida, gallarda y buena gente,
En armas y trabajo ejercitada
Para cualquier empresa y gran jornada.

A Lautaro dejemos pues en esto,
Que mucho su proceso me detiene,
Forzoso á tratar dél volveré presto,
Que llegar hasta Penco me conviene;
Pues hace tanto á nuestro presupuesto
Decir cómo á la guerra se previene
Que sangrienta y mortal se aparejaba,
Y el justo sentimiento que mostraba.

Ya la fama, lijera embajadora
De tristes nuevas y de grandes males,
A Penco atormentaba de hora en hora,
Esforzando su voz ruines señales:
Cuando llegan los indios á deshora,
Los dos que ya conté que en los jarales,
Viendo á Valdivia roto, se escondieron,
Y estos el triste caso refirieron.

Por mensajeros ciertos entendiendo
El duro y desdichado acaecimiento,
Viejos, mujeres, niños concurriendo
Se forma un triste y general lamento:
El cielo con aguda voz rompiendo
Hinchen de tristes lástimas el viento;
Nuevas viudas, huérfanas, doncellas,
Era una dolorosa cosa vellas.

Los blancos rostros mas que flores bellos
Eran de crudos puños ofendidos,
Y manojos dorados de cabellos
Andaban por los suelos esparcidos:
Vieran pechos de nieve y tersos cuellos
De sangre y vivas lágrimas teñidos,
Y rotos por mil partes y arrojados
Ricos vestidos, joyas y tocados.

No con menor estruendo los varones
De la edad mas robusta juntamente
Daban de su dolor demostraciones,
Pero con otro modo diferente:
Suenan las armas, suenan municiones,
Suena el nuevo aparato de la gente,
Y la ronca trompeta del dios Marte
A guerra incita ya por toda parte.

Unos botas espadas afilaban,
Otros petos mohosos enlucian,
Otros las viejas cotas remallaban,
Hierros otros en astas enjerian:
Cañones reforzados apuntaban,
Al viento las banderas descogian,
Y en alardosa muestra los soldados
Iban por todas partes ocupados.

Caudillo era y cabeza de la gente
Francisco Villagrán, varon tenido
Por sabio en la milicia y suficiente,
Con suma diligencia prevenido:
De Pedro de Valdivia fué teniente,
Después de su persona obedecido,
Sentido del suceso y caso fuerte
Brama por la venganza de su muerte.

Las mujeres de nuevos alaridos
Hieren el alto cóncavo del cielo,
Viendo al peligro puestos los maridos,
Y ellas en tal trabajo y desconsuelo:
Con lagrimosos ojos y gemidos
Echadas de rodillas por el suelo
Les ponen los hijuelos por delante;
Pero cosa á moverlos no es bastante.

Ya de lo necesario aparejados
En demanda del bárbaro salian,
De arneses lucidísimos armados,
Que vistosos de lejos parecian:
Las mujeres por torres y tejados
Con fijos ojos tiernos los seguian,
Y echándoles de allí mil bendiciones
Vuelven á Dios el ruego y peticiones.

Del tropel se despiden ciudadano,
Que del pueblo saliera á acompañallos,
Y en busca del ejército araucano
Pican á toda priesa los caballos:
Dejan á la siniestra á Mareguano,
Y á la diestra de Talca los vasallos,
Hijo de Talcaguano, que su tierra
La ciñe casi en torno el mar y sierra.

De los seguros límites pasando
Pisan de Andalicán la enjuta arena,
Y el espacioso llano atravesando
Suben las lomas, y rumor no suena;
Y al pié del cerco andálico llegando,
Sin entender lo que Lautaro ordena,
Solo el miedo de entrar por el estado
Les mitigó el furor demasiado.

Un paso peligroso, agrio y estrecho
De la banda del norte está á la entrada,
Por un monte asperísimo y derecho
La cumbre hasta los cielos levantada:
Está tras este un llano poco trecho,
Y luego otra menor cuesta tajada,
Que divide el distrito andalicano
Del fértil valle y límite araucano.

Esta cuesta Lautaro habia elegido
Para dar la batalla, y por concierto
Tenia todo su ejército tendido
En lo mas alto della y descubierto:
Viendo que á pié en lo llano es mal partido
Seguir á los caballos campo abierto,
El alto y primer cerro deja exento
Pensando allí alcanzarlos por aliento.

Porque se tome bien del sitio el tino
Quiero aquí figurarle por entero:
La subida no es mala del camino,
Mas todo lo demás despeñadero;
Tiene al poniente al bravo mar vecino,
Que bate al pié de un gran derrumbadero,
Y en la cumbre y mas alto de la cuesta
Se allana cuanto un tiro de ballesta.

Estaba el alto cerro coronado
Del poderoso ejército enemigo,
Y el camino al entrar desocupado,
Sin defensa ni estorbo, como digo:
Pasando el primer monte habia llegado
Al pié deste segundo el bando amigo;
Pero aquí Villagrán confuso estuvo,
Que el peligroso trance le detuvo.

Como el romano César, que dudoso
El pié en el Rubicon fijó á la entrada
Pensando allí de nuevo el peligroso
Hecho que acometia y gran jornada,
Al fin soltó las riendas animoso,
Diciendo: «Sús, la suerte ya es echada;»
Así nuestro español rompió el camino,
Dando libre la rienda á su destino.

Apenas el primer paso habia dado,
Cuando luego tras él osadamente,
Por el fragoso monte levantado,
Alegre comenzó á subir la gente:
Lautaro, sin moverse, arrinconado,
Franca les da la entrada llanamente;
Diez mil hombres gobierna, gente usada
En el duro ejercicio de la espada.

Tenia su campo en torno de la cuesta,
Y mandado que nadie se moviese
Un paso á comenzar la dura fiesta
Hasta que el son de arremeter se oyese,
Con una irremisible pena puesta
Para aquel que del término saliese;
Que estaban así quedos y callados,
Cual si fueran en mármoles mudados.

Pues la española gente deseando
Ejercitar la vencedora diestra,
Se vá á los enemigos acercando
Por la banda del bárbaro siniestra:
Lautaro, al puesto término llegando,
Presenta la batalla en bella muestra
Con gran rumor de bárbaras trompetas,
Atambores, bocinas y cornetas.

Paréceme, señor, que será justo
Dar fin al largo canto en este paso,
Porque el deseo del otro mueva el gusto,
Y porque de cantar me siento laso:
Suplícoos que el tardar no os dé disgusto
Pareciéndoos que voy tan paso á paso,
Que aun de gentes agravio una gran suma
Atento á no llevar prolija pluma.

CANTO V.

Contiene la reñida batalla que entre los españoles y araucanos hubo en la cuesta de Andalicán, donde por la astucia de Lautaro y el demasiado trabajo de los españoles fueron los nuestros desbaratados, y muertos mas de la mitad dellos juntamente con tres mil indios amigos.

Siempre el benigno Dios por su clemencia
Nos dilata el castigo merecido,
Hasta ver sin enmienda la insolencia
Y el corazon rebelde endurecido;
Y es tanta la dañosa inadvertencia
Que, aunque vemos el término cumplido
Y ejemplo de castigo en el vecino,
No queremos dejar el mal camino.

Dígolo porque viene muy contenta
Nuestra gente española á las espadas,
Que en el fin de Valdivia no escarmienta,
Ni mira haber seguido sus pisadas:
Presto la vereis dar estrecha cuenta
De las culpas presentes y pasadas;
Que el verdugo Lautaro ardiendo en saña
Se muestra con su gente en la campaña.

Villagrán con la suya á punto puesto
En el estrecho llano se detiene,
Plantando seis cañones en buen puesto
Ordena aquí y allí lo que conviene:
Estuvo sin moverse un rato en esto,
Por ver el orden que Lautaro tiene,
Que ocupaba su gente tanto trecho,
Que mitigó el ardor de mas de un pecho.

De muchos fué esta guerra deseada;
Pero sabe ora Dios sus intenciones:
Viendo toda la cuesta rodeada
De gente en concertados escuadrones,
La sangre del temor ya resfriada
Con presteza acudió á los corazones;
Los miembros del calor desamparados
Fueron luego de esfuerzo reformados.

Con nuevo encendimiento están bramando
Porque la trompa del partir no suena,
Tanto el trance y batalla deseando,
Que cualquiera tardanza les da pena;
De la otra parte el araucano bando
Sujeto á lo que su caudillo ordena
Rabiaba por cerrar; mas la obediencia
Le pone duro freno y resistencia.

Como el feroz caballo que impaciente
Cuando el competidor ve ya cercano
Bufa, relincha, y con soberbia frente
Hiere la tierra de una y otra mano;
Así el bárbaro ejército obediente
Viendo tan cerca el campo castellano
Gime por ver el juego comenzado;
Mas no pasa del término asignado.

Desta manera pues la cosa estaba,
Ganosos de ambas partes por juntarse,
Pero ya Villagrán consideraba
Que era dalle mas ánimo el tardarse:
Tres bandas de jinetes apartaba
De aquellos codiciosos de probarse,
Que á la seña sin mas amonestallos
Ponen las piernas recio á los caballos.

El campo con lijeros piés batiendo
Salen con gran tropel y movimiento,
Rauco se estremeció del son horrendo,
Y la mar hizo estraño sentimiento:
Los corregidos bárbaros temiendo
De Lautaro el espreso mandamiento,
Aunque por los herir se deshacian,
El paso acia adelante no movian.

Con el concierto y orden que en Castilla
Juegan las cañas en solemne fiesta,
Que parte y desembraza una cuadrilla
Revolviendo la adarga al pecho puesta;
Así los nuestros firmes en la silla
Llegan hasta el remate de la cuesta,
Y vuelven casi en cerco á retirarse
Por no poder romper sin despeñarse.

Toman al retirar la vuelta larga,
Y desta suerte muchas vueltas prueban;
Pero todas las veces una carga
De flecha, dardo y piedra espesa llevan:
A algunos vale allí la buena adarga,
Las celadas y grevas bien aprueban,
Que no pueden venir al corto hierro
Por ser peinado en torno el alto cerro.

Firme estaba Lautaro sin mudarse,
Y cercada de gente la montaña,
Algunos que pretenden señalarse
Salen con su licencia á la campaña:
Quieren uno por uno ejercitarse
De la pica y baston con los de España,
O dos á dos, ó tres á tres soldados
A la franca eleccion de los llamados.

Usando de mudanzas y ademanes
Vienen con muestra airosa y contoneo,
Mas bizarros que bravos alemanes
Haciendo aquí y allí gentil paseo;
Como los diestros y ágiles galanes
En público ejercicio del torneo,
Así llegan gallardos á juntarse,
Y con las duras puntas á tentarse.

Quien piensa de la pica ser maestro
Sale á probar la fuerza y el destino,
Tentando el lado diestro y el siniestro
Buscando lo mejor con sabio tino;
Cuál acomete, vanle, y hurta presto
Hallando para entrar franco el camino,
Cual hace el golpe vano, y cuál tan cierto
Que da con su enemigo en tierra muerto.

Otros destas posturas no se curan
Ni paran en el aire y gentileza,
Que el golpe sea mortal solo procuran,
Y en el cuerpo y los piés llevar firmeza:
Con ánimo arrojado se aventuran
Llevados de la cólera y braveza;
Esta á veces los golpes hace vanos,
Y ellos venir mas juntos á las manos.

Pero por mas veloz en la corrida
El mozo Curiomán se señalaba,
Que con gallarda muestra y atrevida
Larga carrera sin temor tomaba;
Y blandiendo una lanza muy fornida,
En medio de la furia la arrojaba,
Que nunca de ballesta al torno armada
Jara con tal presteza fué enviada.

Habia siete españoles ya herido,
Mas nadie se atraviesa á la venganza;
Que era el valiente bárbaro tenido
Por su esfuerzo, destreza y gran pujanza:
En esto Villagrán algo corrido
Viéndole despedir la octava lanza,
Dijo con voz airada: «¿No hay alguno
Que castigue este bárbaro importuno?»

Diciendo esto miraba á Diego Cano,
El cual de osado crédito tenia,
Que una asta gruesa en la derecha mano
Su Rabican preciado apercibia;
Y al tiempo cuando el bárbaro lozano
Con fuerza estrema el brazo sacudia,
En la silla los muslos enclavados
Hiere al caballo á un tiempo entrambos lados.

Con menudo tropel y gran ruido
Sale el presto caballo desenvuelto
Acia el gallardo bárbaro atrevido,
Que en esto las espaldas habia vuelto;
Pero el fuerte español embebecido
En que no se le fuese, el freno suelto,
Bate al caballo apriesa los talones
Hasta los enemigos escuadrones.

No el araucano y fiero ayuntamiento
Con las espesas picas derribadas,
Ni el presuroso y recio movimiento
De mazas y de bárbaras espadas
Pudieron resistir al duro intento
Del airado español, que las pisadas
Del lijero araucano iba siguiendo,
La espesa turba y multitud rompiendo.

Donde á pesar de tantos y á despecho,
Con grande esfuerzo y valerosa mano
Rompe por ellos, y la lanza el pecho
De aquel que dilató su muerte en vano;
Y glorioso del bravo y alto hecho
Al caballo picó á la diestra mano,
Abriendo con esfuerzo y diestro tino
Por medio de las armas el camino.

Luego se arroja el escuadron jinete
Al araucano ejército llamando,
Que á esperarle parece que acomete,
Y vase luego al borde retirando:
Una, cuatro y diez veces arremete,
Poco el arremeter aprovechando;
Que en aquella sazon ninguna espada
Habia de sangre bárbara manchada.

Los cansados caballos trabajaban;
Mas poco del trabajo se aprovecha,
Que los nuestros en vano les picaban
Heridos y hostigados de la flecha:
Las bravezas algunos aplacaban
Viéndose en aquel punto y cuenta estrecha,
Ellos lasos, los otros descansados,
Los pasos y caminos ya cerrados.

La presta y temerosa artillería
A toda furia y priesa disparaba,
Y así en el escuadron indio batia,
Que cuanto topa enhiesto lo allanaba:
De fuego y humo el cerro se cubria,
El aire cerca y lejos retumbaba,
Parece con estruendo abrirse el suelo,
Y respirar un nuevo Mongibelo.

Visto Lautaro serle conveniente
Quitar y deshacer aquel ñublado,
Que lanzaba los rayos en su gente
Y habia gran parte della destrozado,
Al escuadron que á Leucoton valiente
Por su valor le estaba encomendado,
Le manda arremeter con furia presta,
Y en alta voz diciendo le amonesta:

«¡Oh fieles compañeros vitoriosos,
A quien fortuna llama á tales hechos!
Ya es tiempo que los brazos valerosos
Nuestras causas aprueben y derechos:
Sus, sus, calad las lanzas animosos,
Rompan los hierros los contrarios pechos,
Y por ellos abrid roja corriente
Sin respetar á amigo ni á pariente.

»A las piezas guiad; que si ganadas
Por vuestro esfuerzo son, con tal vitoria
Célebres quedarán vuestras espadas,
Y eterna al mundo dellas la memoria:
El campo seguirá vuestras pisadas
Siendo vos los autores desta gloria.»
Y con esto la gente envanecida
Hizo la temeraria arremetida.

Por infame se tiene allí el postrero,
Que es la cosa que entre ellos mas se nota:
El mas medroso quiere ser primero
Al probar si la lanza lleva bota:
No espanta ver morir al compañero,
Ni llevar quince ó veinte una pelota
Volando por los aires hechos piezas,
Ni el ver quedar los cuerpos sin cabezas.

No los perturba y pone allí embarazo,
Ni punto los detiene el temor ciego;
Antes si el tiro á alguno lleva el brazo,
Con el otro la espada esgrime luego;
Llegan sin reparar hasta el ribazo
Donde estaba la máquina del fuego:
Viéranse allí las balas escupidas
Por la bárbara furia detenidas.

Los demás arremeten luego en rueda
Y de tiros la tierra y sol cubrian;
Pluma no basta, lengua no hay que pueda
Figurar el furor con que venian:
De voces, fuego, humo y polvareda
No se entienden allí ni conocian;
Mas poco aprovechó este impedimento,
Que ciegos se juntaban por el tiento.

Tardaron poco espacio en concertarse
Las enemigas haces ya mezcladas,
Lo que allí se vió mas para notarse
Era el presto batir de las espadas:
Procuran ambas partes señalarse,
Y así vieran cabezas y celadas
En cantidad y número partidas,
Y piernas de sus troncos divididas.

Unos por defender la artillería
Con tal ímpetu y furia acometida,
Otros por dar remate á su porfía,
Traban una batalla bien reñida:
Para un solo español cincuenta habia,
La ventaja era fuera de medida;
Mas cada cual por sí tanto trabaja
Que iguala con valor á la ventaja.

No quieren que atrás vuelva el estandarte
De Carlos quinto, máximo, glorioso;
Mas que á pesar del contrapuesto Marte
Vaya siempre adelante vitorioso:
El cual terrible y fiero á cada parte,
Envuelto en ira y polvo sanguinoso
Daba nuevo vigor á las espadas
De tanto combatir aun no cansadas.

Renuévase el furor y la braveza,
Segun es el herir apresurado,
Con aquel mismo esfuerzo y entereza
Que si entonces lo hubieran comenzado:
Las muertes, el rigor y la crüeza
Esto no puede ser significado,
Que la espesa y menuda yerba verde
En sangre convertida el color pierde.

Villagrán la batalla en peso tiene,
Que no pierde una mínima su puesto,
De todo lo importante se previene;
Aquí va, y allí acude, y vuelve presto:
Hace de capitán lo que conviene
Con usada esperiencia, y fuera desto
Como osado soldado y buen guerrero
Se arroja á los peligros el primero.

Andando envuelto en sangre á Torbo mira
Que en los cristianos hace gran matanza,
Lleva el caballo, y él llevado de ira
Requiere en la derecha bien la lanza:
En los estribos firme al pecho tira;
Mas la codicia y sobra de pujanza
Desatentó la presurosa mano,
Haciendo antes de tiempo el golpe en vano.

Hiende el caballo desapoderado
Por la canalla bárbara enemiga,
Revuelve á Torbo el español airado
Y en bajo el brazo la jineta abriga,
Pásale un fuerte peto tresdoblado
Y el jubon de algodon, y en la barriga
Le abrió una gran herida, por do al punto
Vertió de sangre un lago y la alma junto,

Saca entera la lanza, y derribando
El brazo atrás con ira la arrojaba;
Vuela la furiosa asta rechinando
Del ímpetu y pujanza que llevaba,
Y á Corpillán que estaba descansando
Por entre el brazo y cuerpo le pasaba,
Y al suelo penetró sin dañar nada,
Quedando media braza en él fijada.

Y luego Villagrán, la espada fuera,
Por medio de la hueste va á gran priesa,
Haciendo con rigor ancha carrera
Adonde va la turba mas espesa;
No menos Pedro de Olmos de Aguilera
En todos los peligros se atraviesa,
Habiendo él solo muerto por su mano
A Guancho, Canio, Pillo y Titaguano.

Hernando y Juan, entrambos de Alvarado,
Daban de su valor notoria muestra,
Y el viejo y gran jinete Maldonado
Voltea el caballo allí con mano diestra,
Ejercitando con valor usado
La espada que en herir era maestra,
Aunque la débil fuerza envejecida
Hace pequeño el golpe y la herida.

Diego Cano, á dos manos, sin escudo,
No deja lanza enhiesta ni armadura,
Que todo por rigor de filo agudo
Hecho pedazos viene á la llanura:
Pues Peña, aunque de lengua tartamudo,
Se revuelve con tal desenvoltura,
Cual Cesio entre las armas de Pompeo,
O en Troya el fiero hijo de Peleo.

Por otra parte el español Reinoso,
De ponzoñosa rabia estimulado,
Con la espada sangrienta va furioso
Hiriendo por el uno y otro lado;
Mata de un golpe á Palta, y riguroso
La punta enderezó contra el costado
Del fuerte Ron, y así acertó la vena
Que la espada de sangre sacó llena.

Bernal, Pedro de Aguayo, Castañeda,
Ruiz, Gonzalo Hernandez y Pantoja
Tienen hecha de muertos una rueda,
Y la tierra de sangre toda roja:
No hay quien ganar del campo un paso pueda,
Ni el espeso herir un punto afloja,
Haciendo los cristianos tales cosas,
Que las harán los tiempos milagrosas.

Mas eran los contrarios tanta gente
Y tan poco el remedio y confianza,
Que á muchos les faltaba juntamente
La sangre, aliento, fuerza y la esperanza:
Llevados pues al fin de la corriente
Sin poder resistir la gran pujanza,
Pierden un largo trecho la montaña
Con todas las seis piezas de campaña.

Del antiguo valor y fortaleza
Sin aflojar los nuestros siempre usaron,
No se vió en español jamás flaqueza
Hasta que el campo y sitio les ganaron;
Mas viéndose á tal hora en estrecheza,
Que pasaban de cinco que empezaron,
Comienzan á dudar ya la batalla,
Perdiendo la esperanza de ganalla.

Dudan por ver al bárbaro tan fuerte
Cuando ellos en la fuerza iban menguando,
Representóles el temor la muerte,
Las heridas y sangre resfriando;
Algunos desaniman de tal suerte
Que se van al camino retirando:
No del todo, señor, desbaratados,
Mas haciéndoles rostro y ordenados.

Pero el buen Villagrán, haciendo fuerza,
Se arroja y contrapone al paso airado,
Y con sabias razones los esfuerza,
Como de capitán escarmentado,
Diciendo: «Caballeros, nadie tuerza
De aquello que á su honor es obligado,
No os entregueis al miedo, que es, yo os digo,
De todo nuestro bien grande enemigo.

»Sacudidle de vos, y vereis luego
La deshonra y afrenta manifiesta,
Mirad que el miedo infame, torpe y ciego
Mas que el hierro enemigo aquí os molesta:
No os turbeis, reportaos, tened sosiego,
Que en este solo punto teneis puesta
Vuestra fama, el honor, vida y hacienda,
Y es cosa que después no tiene enmienda.

»¿A dó volveis sin orden y sin tiento,
Que los pasos tenemos impedidos?
¿Con cuánto deshonor y abatimiento
Seremos de los nuestros acogidos?
La vida y honra está en el vencimiento,
La muerte y deshonor en ser vencidos:
Mirad esto, y vereis huyendo cierta
Vuestra deshonra, y mas la vida incierta.»

De la plaza no ganan cuanto un dedo
Por esta y otras cosas que decia,
Segun era el terror y estraño miedo
En que el peligro puesto los habia:
«¿Dónde que dar mejor que aquí yo puedo?»
Diciendo Villagrán, con osadía
Temeraria arremete á tanta gente
Solo para morir honradamente.

La vida ofrece de acabar contenta
Por no estar al rigor de ser juzgado,
Teme mas que la muerte alguna afrenta
Y el verse con el dedo señalado;
No quiere andar á todos dando cuenta
Si volver las espaldas fué forzado,
Que por dolencia ó mancha se reputa
Tener puesto el honor hombre en disputa.

Cuán bien desto salió, que del caballo
Al suelo le trajeron aturdido;
Cuál procura prendello, cuál matallo;
Pero las buenas armas le han valido:
Otros dicen á voces: «desarmallo:»
Acude allí la gente y el ruído;
Mas quien saber el fin desto quisiere
Al otro canto pido que me espere.

CANTO VI.

Prosigue la comenzada batalla con las estrañas y diversas muertes que los araucanos ejecutaron en los vencidos, y la poca piedad que con los niños y mujeres usaron, pasándolos todos á cuchillo.

Al valeroso espíritu, ni suerte
Ni revolver de hado riguroso
Le pueden presentar caso tan fuerte,
Que le traigan á estado vergonzoso:
Como ahora á Villagrán, que con su muerte,
No siendo de otro modo poderoso,
Piensa atajar el áspero camino,
Adonde le tiraba su destino.

Sus soldados el paso apresurando
En confuso monton se retrujeron,
Cuando en el nuevo y gran rumor mirando
A su buen capitán en tierra vieron:
Solos trece la vida despreciando
Los rostros y las riendas revolvieron,
Rasgando á los caballos los ijares
Se arrojan á embestir tantos millares.

Con mas valor que yo sabré decillo
El pequeño escuadron lijero cierra,
Abriendo en los contrarios un portillo
Que casi puso en condicion la guerra:
Rompen hasta do el mísero caudillo
De golpes aturdido estaba en tierra,
Sin ayuda y favor desamparado,
De la enemiga turba rodeado.

Todos á un tiempo quieren ser primeros
En esta empresa y suerte señalada;
Y estaban como lobos carniceros
Sobre la mansa oveja desmandada,
Cuando discordes con aullidos fieros
Forman música en voz desentonada;
Y en esto los mastines del egido
Llegan con gran presteza á aquel ruido:

Así los enemigos apiñados
En medio al triste Villagrán tenian,
Que por darle la muerte embarazados
Los unos á los otros se impedian;
Mas los trece españoles esforzados
Rompiendo á la sazon sobrevenian,
De roja y fresca sangre ya cubiertos
De aquellos que dejaban atrás muertos.

Con gran presteza del amor movidos
Adonde á Villagrán ven se arrojaban,
Y los agudos hierros atrevidos
De nuevo en sangre nueva remojaban:
Desamparan el cerco los heridos,
Acá y allá medrosos se apartaban,
Algunos sustentaban con mas suerte
Su parte y opinion hasta la muerte.

Si un espeso monton se deshacia
Desocupando el campo escarmentados,
Otra junta mayor luego nacia,
Y estaban sus lugares ocupados:
Del sueño Villagrán aun no volvia;
Mas tal maña se dieron sus soldados,
Y así las prestas armas revolvieron,
Que en su acuerdo á caballo lo pusieron.

A tardarse mas tiempo fuera muerto,
Y á bien librar salió tan mal parado,
Que, aunque estaba de planchas bien cubierto,
Tenia el cuerpo molido y magullado;
Pero del sueño súbito despierto,
Viendo trece españoles á su lado,
Olvidando el peligro en que aun estaba,
Entre los duros hierros se lanzaba.

Por medio del ejército enemigo
Sin escarmiento ni temor hendia,
Llevando en su defensa al bando amigo
Que destrozando bárbaros venia:
Trillan, derriban, hacen tal castigo
Que duran las reliquias hoy en dia,
Y durará en Arauco muchos años
El estrago y memoria de los daños.

Bernal hiere á Mailongo de pasada
De un valiente altibajo á fil derecho,
No le valió de acero la celada,
Que los filos corrieron hasta el pecho:
Aguilera al través tendió la espada,
Y al dispuesto Guamán dejó mal trecho,
Haciendo ya el temor tan ancha senda
Que bien pueden correr á toda rienda.

Salen pues los catorce vitoriosos
Donde los otros de su bando estaban,
Que turbados, sin orden, temerosos
De ver su muerte ya remolinaban:
No bastaron ni fueron poderosos
Villagrán y los otros que llegaban
A estorbar el camino comenzado,
Que ya el temor gran fuerza habia cobrado.

Viendo bravo y gallardo el araucano,
Del todo de vencer desconfiados,
Y los caballos sin aliento en vano
De importunas espuelas fatigados,
A grandes voces dicen: «á lo llano,
No estemos desta suerte arrinconados»;
Y con nuevo temor y desatino
Toman algunos dellos el camino.

Cual de cabras montesas la manada,
Cuando á lugar estrecho es reducida,
De diestros cazadores rodeada
Y de importunos tiros perseguida,
Que viéndose ofendida y apretada
Una rompe el camino y la huida,
Siguiendo las demás á la primera;
Así abrieron los nuestros la carrera.

Uno, dos, diez y veinte desmandados
Corren á la bajada de la cuesta,
Sin orden ni atencion apresurados,
Como si al palio fueran sobre apuesta:
Aunque algunos valientes ocupados
Con firme rostro y con espada presta,
Combatiendo animosos no miraban
Cómo así los amigos los dejaban.

No atienden al huir, ni se previenen
De remedio tan flaco y vergonzoso;
Antes en su batalla se mantienen
Trayendo el fin á término dudoso:
Y con heroicos ánimos detienen
De los indios el ímpetu furioso,
Y la disposicion del duro hado,
En daño suyo y contra declarado.

Y así resisten, matan y destruyen
Contrastando al destino, que parece
Que el valor araucano disminuyen,
Y el suyo con difícil prueba crece;
Mas viendo á los amigos cómo huyen,
Que á mas correr la gente desparece,
Hubieron de seguir la misma via,
Que ya fuera locura y no osadia.

Quiero mudar en lloro amargo el canto,
Que será á la sazon mas conveniente;
Pues me suena en la oreja el triste llanto
Del pueblo amigo y género inocente:
No siento el ser vencidos tanto, cuanto
Ver pasar las espadas crudamente
Por vírgenes, mujeres, servidores,
Que penetran los cielos sus clamores.

La infantería española sin pereza
Y gente de servicio iban camino,
Que el miedo les prestaba lijereza,
Y mas de la que á algunos les convino;
Pues con la turbacion y gran torpeza
Muchos perdieron de la cuesta el tino,
Ruedan unos los lomos quebrantados,
Otros hechos pedazos despeñados.

Quedan por el camino mil tendidos,
Los arroyos de sangre el llano riegan,
Rompiendo el aire el llanto y alaridos
Que en son desentonado al cielo llegan;
Y las lástimas tristes y gemidos,
Puestas las manos altas con que ruegan,
Y piden de la vida gracia en vano
Al inclemente bárbaro inhumano.

El cual siempre les iba caza dando
Con mano presta y piés en la corrida,
Hiriendo sin respeto y derribando
La inútil gente, mísera, impedida,
Que á la amiga nacion iba invocando
La ayuda en vano á la amistad debida,
Poniéndole delante con razones
La deuda, el interés y obligaciones.

Y aunque mas las razones obligaban,
Si alguno á defenderlos revolvia,
Viendo cuánto los otros se alargaban,
Alargarse también le convenia:
Ni á los que por amigos se trataban,
Ni á las que por amigas se debia,
Con quien habia amistad y cuenta estrecha,
Llamar, gemir, llorar les aprovecha.

Que ya los nuestros, sin parar en nada,
Por la carrera de su sangre roja
Dan siempre nueva furia á su jornada,
Y á los caballos priesa y rienda floja;
Que ni la voz de vírgen delicada,
Ni obligacion de amigos los congoja:
La pena y la fatiga que llevaban
Era que los caballos no volaban.

Sordos á aquel clamor y endurecidos,
Miden con sueltos piés el verde llano;
Pero algunos de lástima movidos,
Viendo el fiero espectáculo inhumano,
De una rabiosa cólera encendidos
Vuelven contra el ejército araucano,
Que corre por el campo derramado,
La mas parte en la presa embarazado.

Determinados de morir revuelven,
Haciendo al sexo tímido reparo,
Y de suerte en los bárbaros se envuelven
Que á mas de diez la vuelta costó caro:
Por esto los primeros aun no vuelven,
Que quieren que el partido sea mas claro,
Y no poner la vida en aventura,
Cuanto lejos de allí, tanto segura.

LIOTECA PUBL LEON

Torna la lid de nuevo á refrescarse,
De un lado y otro andaba igual trabada,
Pecho con pecho vienen á juntarse,
Lanza con lanza, espada con espada:
Pueden los españoles sustentarse;
Que la gente araucana derramada
El alcance sin orden proseguia.
Haciendo todo el daño que podia.

Cual banda de cornejas esparcidas
Que por el aire claro el vuelo tienden,
Que de la compañera condolidas
Por los chirridos la prision entienden,
Las batidoras alas recogidas
A darle ayuda en círculo descienden:
El bárbaro escuadron desta manera
Al rumor endereza la carrera.

La gente que de acá y de allá discurre,
Viendo el tumulto y aire polvoroso,
Deja el alcance, y de tropel concurre
Al son de las espadas sonoroso:
Cada araucano con presteza ocurre
Adonde era el favor mas provechoso,
Y los sangrientos hierros en las manos
Cercan el escuadron de los cristianos.

La copia de los bárbaros creciendo,
Crece el son de las armas y refriega,
Y los nuestros se van disminuyendo,
Que en su ayuda y socorro nadie llega;
Pero con grande esfuerzo combatiendo,
Ninguno la persona á ciento niega;
Ni allí se vió español que se notase
Que á su deuda una mínima faltase.

Mas de la suerte como si del cielo
Tuvieran el seguro de las vidas,
Se meten y se arrojan sin recelo
Por las furiosas armas homicidas:
Caen por tierra y echan por el suelo,
Dan y reciben ásperas heridas,
Que el número dispar y aventajado
Suple el valor y el ánimo sobrado.

Y así se contraponen, no temiendo
La muerte y furia bárbara importuna,
El ímpetu y pujanza resistiendo
De la gente, del hado y la fortuna;
Mas contrastar á tantos no pudiendo
Sin socorro, favor ni ayuda alguna,
Dilatando el morir, les fué forzoso
Volver á su camino trabajoso.

Parece el esperar mas desatino,
Que van los delanteros como el viento;
Usar de aquel remedio les convino,
Y no del temerario atrevimiento:
Muchos mueren en medio del camino
Por falta de caballos y de aliento,
Y de sangre también, que el verde prado
Quedaba de su rastro colorado.

Flojos ya los caballos y encalmados,
Los bárbaros por piés los alcanzaban,
Y en los rendidos dueños derribados
La fuerza de los brazos ensayaban:
Otros de los peones empachados,
Digo de los cristianos que á pié andaban,
Casi moverse al trote no podian,
Que con solo el temor los detenian.

Los cansados peones se contentan
Con las colas ó acciones aferradas,
Y en vano lastimosos representan
Estrechas amistades olvidadas:
De sí los de á caballo los ausentan,
Si no pueden á ruego, á cuchilladas,
Como á los mas odiados enemigos,
Que no era á la sazon tiempo de amigos.

Atruena todo el valle el gran bullicio,
Armas, grita y clamor triste se oia
De la gente española, y de servicio
Que á manos de los indios perecia:
No se vió tan sangriento sacrificio,
Ni tan estraña y cruda anatomía,
Como los fieros bárbaros hicieron
En dos mil y quinientos que murieron.

Unos vienen al suelo mal heridos
De los lomos al vientre atravesados,
Por medio de la frente otros hendidos,
Otros mueren con honra degollados;
Otros que piden medios y partidos,
De los cascos los ojos arrancados,
Los fuerzan á correr por peligrosos
Peñascos sin parar precipitosos.

Y á las tristes mujeres delicadas
El debido respeto no guardaban:
Antes con mas rigor por las espadas
Sin escuchar sus ruegos las pasaban;
No tienen miramiento á las preñadas,
Mas los golpes al vientre encaminaban;
Y aconteció salir por las heridas
Las tiernas pernezuelas no nacidas.

Suben por la gran cuesta al que mas puede
Y paga el perezoso y negligente,
Que á ninguno mas vida se concede
De cuanto puede andar lijeramente;
Y al que torpe es forzoso que se quede
Que no es en la carrera diligente,
Que la muerte que airada atrás venia,
En afirmando el pié le sacudia.

Aunque la cuesta es áspera y derecha,
Muchos á la alta cumbre han arribado,
Adonde una albarrada hallaron hecha,
Y el paso con maderos ocupado:
No tiene aquel camino otra desecha,
Que el cerro casi en torno era tajado,
Del un lado le bate la marina,
Del otro un gran peñol con él confina.

Era de gruesos troncos mal pulidos
El nuevo muro en breve tiempo hecho,
Con arte unos en otros enjeridos,
Que cerraban la senda y paso estrecho:
Dentro estaban los indios prevenidos,
Las armas sobre el muro y antepecho,
Que segun orgullosos se mostraban,
Al cielo no á la gente amenazaban.

Viendo los españoles ya cerrados
Los pasos y cerrada la esperanza,
A pasar ó morir determinados,
Poniendo en Dios la firme confianza,
De la albarrada un trecho desviados
Prueban de los caballos la pujanza,
Corriendo un golpe dellos á romperla,
Y los bárbaros dentro á defenderla.

Así la gente estaba detenida,
Que todo su trabajo no importaba,
Ni al peligro hallaba la salida
Hasta que el viejo Villagrán llegaba:
Que vista la escusada arremetida
Cuán poco en el remedio aprovechaba,
Sin temor de morir ni muestra alguna,
Dió aquí el último tiento á la fortuna.

Estaba en un caballo derivado
De la española raza, poderoso,
Ancho de cuadra, espeso, bien trabado,
Castaño de color, presto, animoso,
Veloz en la carrera y alentado,
De grande fuerza y de ímpetu furioso,
Y la furia sujeta y corregida
Por un débil bocado y blanda brida.

El rostro le endereza, y al momento
Bate el presto español recio la ijada,
Que sale con furioso movimiento,
Y encuentra con los pechos la albarrada:
No hace en el romper mas sentimiento
Que si fuera en carrera acostumbrada,
Abriendo tal camino, que pasaron
Todos los que de abajo se escaparon.

Los bárbaros airados defendian
El paso, pero al cabo no pudieron;
Que por mas que las armas esgrimian,
Los fuertes españoles los rompieron:
Unos acia la mano diestra guian,
Otros tan buen camino no supieron,
Tomando á la siniestra un mal sendero
Que á dar iba en un gran despeñadero.

A la siniestra mano, acia el poniente,
Estaban dos caminos mal usados,
Estos debian de ser antiguamente
Por do al agua bajaban los venados:
Digo en tiempos pasados, que al presente
Por mil partes estaban derrumbados,
Y el remate tajado con un salto
De mas de ciento y veinte brazas de alto.

Por orden de natura no sabida,
O por gran sequedad de aquella tierra,
O algun diluvio grande y avenida
Fué causa de tajarse aquella sierra:
Pues por allí la gente mal regida
Ocupada del miedo de la guerra,
Huyendo de la muerte ya sin tino
A dar derechamente en ella vino.

La inadvertida gente iba rodando,
Que repararse un paso no podia,
El segundo al primero tropellando,
Y el tercero al segundo recio envia:
El número se va multiplicando,
Un cuerpo mil pedazos se hacia,
Siempre rodando con furor violento
Hasta parar en el mas bajo asiento.

Como el fiero Tifeo presumiendo
Lanzar de sí el gran monte y pesadumbre,
Cuando el terrible cuerpo estremeciendo
Sacude los peñascos de la cumbre
Que vienen con gran ímpetu y estruendo
Hechos piezas abajo en muchedumbre:
Así la triste gente mal guiada
Rodando al llano va despedazada.

Pero aquella que el buen camino tiene,
De verle con presteza el fin procura,
Ninguno por el otro se detiene,
Que detenerse ya fuera locura:
Rodar también á alguno le conviene,
Que mas de lo posible se apresura:
A caballo y á pié, y aun de cabeza
Llegaron á lo bajo en poca pieza.

Sueltos iban caballos por el prado,
Que muertos los señores han caido,
Otros desocuparlos fué forzado,
Que por flojos la silla habian perdido:
Cuál ligero cabalga, y cuál turbado
Del temor de la muerte ya impedido
Atinar al estribo no podia,
Y el caballo y sazon se le huia.

No aguardaban por estos; mas corriendo
Juegan á mucha priesa los talones,
Al delantero sin parar siguiendo,
Que no le alcanzarán á dos tirones:
Votos, promesas entre sí haciendo
De ayunos, romerías, oraciones,
Y aun otros reservados solo al papa,
Si Dios deste peligro los escapa.

Venian ya los caballos por el llano
Las orejas tremiendo derramadas,
Quiérenlos aguijar; mas es en vano,
Aunque recio les abren las ijadas:
El hermano no escucha al caro hermano,
Las lástimas allí son escusadas,
Quien dos pasos del otro se aventaja
Por ganar otros dos muere y trabaja.

Como el que sueña que en el ancho coso
Siente al furioso toro avecinarse,
Que piensa atribulado y temeroso,
Huyendo de aquel ímpetu salvarse,
Y se aflige y congoja presuroso
Por correr, y no puede menearse:
Así estos á gran priesa á los caballos
No pueden, aunque quieren, aguijallos.

Haciendo el enemigo gran matanza
Sigue el alcance, y siempre los aqueja;
Dichoso aquel que buen caballo alcanza,
Que de su furia un poco mas se aleja;
Quién la adarga abandona, quién la lanza,
Quién de cansado el propio cuerpo deja,
Y así la vencedora gente brava
La fiera sed con sangre mitigaba.

Aquel que por desdicha atrás venia,
Ninguno, aunque sea amigo, le socorre,
Despacio el mas ligero se movia,
Quien el caballo trota, mucho corre:
El cansancio y la sed los aflige;
Mas Dios, que en el mayor peligro acorre,
Frenó el ímpetu y curso al enemigo,
Segun en el siguiente canto digo.

CANTO VII.

Llegan los españoles á la ciudad de la Concepcion hechos pedazos, cuentan el destrozo y pérdida de nuestra gente, y vista la poca que para resistir tan gran pujanza de enemigos en la ciudad habia, y las muchas mujeres, niños y viejos que dentro estaban, se retiran en la ciudad de Santiago. Asimismo en este canto se contiene el saco, incendio y ruina de la ciudad de la Concepcion.

Tener en mucho un pecho se debria
A do el temor jamás halló posada,
Temor que honrosa muerte nos desvia
Por una vida infame y deshonrada:
En los peligros grandes la osadia
Merece ser de todos estimada,
El miedo es natural en el prudente,
Y el saberlo vencer es ser valiente.

Esto podrán decir los que picaban
Los cansados caballos aguijando;
Pues tanto de temor se apresuraban
Que les daremos crédito aun callando:
Con los prestos calcaños lo afirmaban,
Con piernas, brazos, cuerpo ijadeando;
También los araucanos sin aliento,
La furia iban perdiendo y movimiento.

Que del grande trabajo fatigados
En el largo y veloz curso aflojaron,
Y por el gran teson desalentados,
A seis leguas de alcance los dejaron:
Los nuestros del temor mas aguijados,
Al entrar de la noche se hallaron
En la estrema ribera de Biobio
Adonde pierde el nombre y ser de rio.

Y á la orilla un gran barco asido vieron
De una gruesa cadena á un viejo pino,
Los mas heridos dentro se metieron
Abriendo por las aguas el camino;
Y los demás con ánimo atendieron
Hasta que el esperado barco vino,
Y con la diligencia comenzada
A la ciudad arriban deseada.

Puédese imaginar cuál llegarian
Del trabajo y heridas maltratados;
Algunos casi rostros no traian,
Otros los traen de golpes levantados:
Del infierno parece que salian,
No hablan, ni responden elevados,
A todos con los ojos rodeaban,
Y mas callando el daño declaraban.

Después que dió el cansancio y torpe espanto
Licencia de decir lo que pasaba,
Dejando el pueblo atónito ya cuanto,
Súbito en triste tono levantaba
Un alboroto y doloroso llanto,
Que el gran desastre mas solemnizaba,
Y al son discorde y áspera armonía
La casa mas vecina respondia.

Quién llora el muerto padre, quién marido,
Quién hijos, quién sobrinos, quién hermanos,
Mujeres, como locas sin sentido,
Ansiosas tuercen las hermosas manos:
Con el fresco dolor crece el gemido,
Y los protestos de accidente vanos,
Los niños abrazados con las madres
Preguntaban llorando por sus padres.

De casa en casa corren publicando
Las voces y clamores esforzados
Los muertos que murieron peleando,
Y aquellos infelices despeñados:
Mozas, casadas, viudas lamentando,
Puestas las manos y ojos levantados
Piden á Dios para dolor tan fuerte
El último remedio de la muerte.

La amarga noche sin dormir pasaban
Al son de dolorosos instrumentos;
Mas el dia venido se atajaban
Con otro mayor mal estos lamentos,
Diciendo que á gran furia se acercaban
Los araucanos bárbaros, sangrientos,
En una mano hierro, en otra fuego,
Sobre el pueblo español de temor ciego.

Ya la parlera fama pregonando,
Torpes y rudas lenguas desataba,
Las cosas de Lautaro acrecentando,
Los enemigos ánimos menguaba;
Que ya cada español casi temblando,
Dando fuerza á la fama, levantaba
Al mas flaco araucano hasta el cielo,
Derramando en los ánimos un hielo.

Levántase un rumor de retirarse
Y la triste ciudad desamparalla,
Diciendo que no pueden sustentarse
Contra los enemigos en batalla:
Corrillos comenzaban á formarse,
La voz comun aprueba el despoblalla;
Algunos con razones importantes
Reprobaban las causas no bastantes.

Dos varias partes eran admitidas
Del temor y el amor de la hacienda;
La poca gente, muertes y heridas,
Dicen que la ciudad no se defienda;
Las haciendas y rentas adquiridas
Al liberal temor cogen la rienda;
Mas luego se esforzó y creció de modo,
Que al fin se apoderó de todo en todo.

La gente principal claro pretende
Desamparar el pueblo y propio nido,
El temeroso vulgo aun no lo entiende;
Mas tiende oreja atenta á aquel ruido,
Visto el público trato, mas no atiende,
Que súbito, alterado y removido
De nuevo esfuerza el llanto y las querellas,
Poniendo un alarido en las estrellas.

Quién á su casa corre pregonando
La venida del bárbaro guerrero;
Quién aguija á la silla procurando
Cincharla en al caballo mas lijero:
Las encerradas vírgenes llorando
Por las calles sin manto ni escudero,
Atónitas de acá y de allá, perdidas,
A las madres buscaban desvalidas.

Como las corderillas temerosas
De las queridas madres apartadas,
Balando van perdidas presurosas
Haciendo en poco espacio mil paradas,
Ponen atenta oreja á todas cosas,
Corren aquí y allí desatinadas:
Así las tiernas vírgenes llorando
A voces á las madres van llamando.

De rato en rato se renueva y crece
El llanto, la afliccion y el alarido;
Tal vez ¡ay! que de súbito enmudece,
Reduciendo el sentir solo al oido;
Cualquier sombra Lautaro les parece,
Su rigurosa voz cualquier ruido:
Alzan la grita y corren, no sabiendo
Mas de ver á los otros ir corriendo.

Era cosa de oir bien lastimosa
Los suspiros, clamores y lamento,
Haciéndolos mayores cualquier cosa
Que trae de nuevo el miedo por el viento:
Desampara la turba temerosa
Sus casas, posesion y heredamiento,
Sedas, tapices, camas, recamados,
Tejos de oro y de plata atesorados.

Si alguno hace protestas, requiriendo
Que no sea la ciudad desamparada,
Responde el principal: «yo no lo entiendo
Ni de mi voluntad soy parte en nada»;
Pero el temor un viejo posponiendo
Les dice: «Gente vil, acobardada,
Deshonra del honor y ser de España,
¿Qué es esto, dónde vais, quién os engaña?»

No fué esta correccion de algun provecho,
Ni otras cosas que el viejo les decia;
Muestran todos hacerse á su despecho,
Y van al que mas corre ya la via:
Es justo que la fama cante un hecho
Digno de celebrarse hasta en el dia
Que cese la memoria por la pluma,
Y todo pierda el ser y se consuma.

Doña Mencía de Nidos, una dama
Noble, discreta, valerosa, osada,
Es aquella que alcanza tanta fama
En tiempo que á los hombres es negada:
Estando enferma y flaca en una cama,
Siente el grande alboroto; y esforzada,
Asiendo de una espada y un escudo,
Salió tras los vecinos como pudo.

Ya por el monte arriba caminaban,
Volviendo atrás los rostros afligidos
A las casas y tierras que dejaban,
Oyendo de gallinas mil graznidos,
Los gatos con voz hórrida maullaban,
Perros daban tristísimos aullidos;
Progne con la turbada Filomena
Mostraban en sus cantos grave pena.

Pero con mas dolor doña Mencía,
Que dello daba indicio y muestra clara,
Con la espada desnuda lo impedia,
Y en medio de la cuesta y dellos para,
El rostro á la ciudad vuelto decia:
«¡Oh valiente nacion, á quien tan cara
Cuesta la tierra y opinion ganada
Por el rigor y filo de la espada!

»Decidme, ¿qué es de aquella fortaleza
Que contra los que así temeis mostrastes?
¿Qué es de aquel alto punto y la grandeza
De la inmortalidad á que aspirastes?
¿Qué es del esfuerzo, orgullo, la braveza,
Y el natural valor de que os preciastes?
¿Adónde vais, cuitados de vosotros,
Que no viene ninguno tras nosotros?

»¡Oh cuántas veces fuistes imputados
De impacientes, altivos, temerarios,
En los casos dudosos arrojados,
Sin atender á medios necesarios;
Y os vimos en el yugo traer domados
Tan gran número y copia de adversarios,
Y emprender y acabar empresas tales
Que distes á entender ser inmortales!

»Volved á vuestro pueblo ojos piadosos,
Por vos de sus cimientos levantado,
Mirad los campos fértiles, viciosos,
Que os tienen su tributo aparejado;
Las ricas minas y los caudalosos
Rios de arenas de oro, y el ganado
Que ya de cerro en cerro anda perdido
Buscando á su pastor desconocido.

»Hasta los animales, que carecen
De vuestro racional entendimiento,
Usando de razon, se condolecen
Y muestran doloroso sentimiento:
Los duros corazones se enternecen
No usados á sentir, y por el viento
Las fieras la gran lástima derraman,
Y en voz casi formada nos infaman.

»Dejais quietud, hacienda y vida honrosa
De vuestro esfuerzo y brazos adquirida,
Por ir á casa ajena embarazosa
A do tendremos mísera acogida:
¿Qué cosa puede haber mas afrentosa,
Que ser huésped toda nuestra vida?
Volved, que á los honrados vida honrada
Les conviene, ó la muerte acelerada.

»Volved, no vais así desa manera,
Ni del temor os deis tan por amigos,
Que yo me ofrezco aquí, que la primera
Me arrojaré en los hierros enemigos:
Haré yo esta palabra verdadera,
Y vosotros sereis dello testigos:
Volved, volved, gritaba...» pero en vano,
Que á nadie pareció el consejo sano.

Como el honrado padre recatado
Que piensa reducir con persuasiones
Al hijo del propósito dañado,
Y está alegando en vano mil razones,
Que el hijo incorregible y obstinado
Le importunan y cansan los sermones:
Asi al temor la gente ya entregada
No sufre ser en esto aconsejada.

Ni á Paulo le pasó con tal presteza
Por las sienes la Jáculo serpiente
Sin perder de su vuelo lijereza,
Llevándole la vida juntamente,
Como la odiosa plática y braveza
De la dama de Nidos por la gente;
Pues apenas entró por un oido
Cuando ya por el otro habia salido.

Sin escuchar la plática del todo,
Llevados de su antojo caminaban;
Mujeres sin chapines por el lodo
A gran priesa las faldas arrastraban:
Fueron doce jornadas deste modo,
Y á Mapochó al fin dellas arribaban.
Lautaro que se siente descansado
Me da priesa, que mucho me he tardado.

No es bien que tanto dél nos descuidemos,
Pues él no se descuida en nuestro daño,
Y adonde le dejamos volveremos,
Que fué donde dejó el alcance estraño;
En muy poco papel resumiremos
Un gran proceso y término tamaño,
Que fuera necesario larga historia
Para ponerlo estenso por memoria.

Mas con la brevedad ya profesada
Me detendré lo menos que pudiere,
Y las cosas menudas de pasada
Tocaré lo mejor que yo supiere;
Pido que atenta oreja me sea dada,
Que el cuento es grave y atencion requiere,
Para que con curiosa y fácil pluma
Los hechos destos bárbaros resuma.

Que luego que el alcance hubo cesado,
Volviendo al hijo de Pillán gozoso,
Que atrás un largo trecho habia quedado
Mas por autoridad que de medroso,
Al general despachan un soldado,
Alojándose el campo en el gracioso
Valle de Talcamábida importante,
De pastos y comidas abundante.

Un bárbaro valiente, que tenia
La estancia y heredad en aquel valle,
Halló un indio cristiano por la via;
Pero no se preciando de matalle,
Prisionero á su casa le traia,
Y comienza en tal modo á razonalle:
«La vida, ¡oh miserable! quiero darte,
Aunque no la mereces por tu parte.

»Pues que ya que á la guerra tú venias
Gozando del honor de los guerreros,
¿Por qué con las mujeres te escondias
Viendo á hierro morir tus compañeros?
Mujer debes de ser, pues que temias
Tanto de alguna espada los aceros:
Y así quiero que tengas el oficio
En todo lo que toca á mi servicio.»

Mandó que del oficio se encargase
Que á la mujer honesta es permitido,
Y la posada y cena concertase
En tanto que del sueño convencido
Los fatigados miembros recrease;
Y habiéndose á su cama recogido,
Al mundo el sol dos vueltas habia dado,
Y no habia el araucano despertado.

Sepultado en un sueño tan profundo
Como si de mil años fuera muerto,
Hasta que el claro sol dió luz al mundo
A la vuelta tercera, que despierto
Pidió la usada ropa, y lo segundo
Si estaba la comida ya en concierto;
El diligente siervo respondia,
Que después de guisada estaba fria.

Diciéndole tambien como habia estado
Cincuenta horas de término en el lecho
Del trabajo y manjares olvidado,
Con todo lo demás que se habia hecho,
Y que el comer estaba aparejado
Si del sueño se hallaba satisfecho.
El bárbaro responde: «no me espanto
De haber sin despertar dormido tanto;

»Que el cuidoso Lautaro apercebido
Por hacer desear vuestra llegada,
La gente en escuadrones ha tenido
Con tanta disciplina castigada,
Que aun el sentarnos era defendido
En acabando Apolo su jornada,
Hasta que ya los rayos de su lumbre
Nos daban de la vuelta certidumbre.

»Si alguno de su puesto se movia,
Sin esperar descargo le empalaba,
Y aquel que decansando se dormia
En medio de dos picas le colgaba:
Quien cortaba una espiga, allí moria,
Demás de la racion que se le daba;
Con órdenes estrechas y precetos
Nos tuvo, como digo, así sujetos.

»Desta suerte estuvimos los soldados
Mas de catorce noches aguardando,
Las picas altas, á ellas arrimados,
Vuestra tarda venida deseando:
Del sueño y del cansancio quebrantados,
Pasando gran trabajo, hasta cuando
Supimos que llegábades ya junto,
Que nos quitó el cansancio en aquel punto.»

Viendo el silencio que en el valle habia,
Le pregunta si el campo era partido;
El mozo dice: ayer, antes del dia,
Salió de aquí con súbito ruïdo;
Afirmarte la causa no sabria,
Aunque por claras muestras he entendido
Que la ciudad de Penco torreada
Era del español desamparada.

Así era la verdad, que caminado
Habian los escuadrones vencedores
Acia el pueblo español desamparado
De los inadvertidos moradores:
La codicia del robo y el cuidado
Les puso espuelas y ánimos mayores;
Siete leguas del valle á Penco habia,
Y arribaron en solo medio dia.

A vista de las casas, ya la gente
Se reparte por todos los caminos,
Porque el saco del pueblo sea igualmente
Lleno de ropa y falto de vecinos:
Apenas la señal del partir siente,
Cuando cual negra banda de estorninos
Que se abate al monton del blanco trigo,
Baja al pueblo el ejército enemigo.

La ciudad yerma en gran silencio atiende
El presto asalto y fiera arremetida
De la bárbara furia, que deciende
Con alto estruendo y con veloz corrida;
El menos codicioso allí pretende
La casa mas copiosa y bastecida:
Vienen de gran tropel acia las puertas
Todas de par en par francas y abiertas.

Corren toda la casa en el momento,
Y en un punto escudriñan los rincones,
Muchos por no engañarse por el tiento
Rompen y descerrajan los cajones,
Baten tapices, rimas y ornamento,
Camas de seda y ricos pabellones,
Y cuanto descubrir pueden de vista,
Que no hay quien los impida ni resista.

No con tanto rigor el pueblo griego
Entró por el troyano alojamiento,
Sembrando frigia sangre y vivo fuego,
Talando hasta en el último cimiento;
Cuanto de ira, venganza y furor ciego,
El bárbaro del robo no contento
Arruïna, destruye, desperdicia,
Y aun no puede cumplir con su malicia.

Quién sube la escalera y quién la baja,
Quién á la ropa y quién al cofre aguija,
Quién abre, quién desquicia y desencaja,
Quién no deja fardel, ni baratija,
Quién contiende, quién riñe, quién baraja,
Quién alega y se mete á la partija:
Por las torres, desvanes y tejados
Aparecen los bárbaros cargados.

No en colmenas de abejas la frecuencia,
Priesa y solicitud cuando fabrican
En el panal la miel con providencia,
Que á los hombres jamás lo comunican;
Ni aquel salir, entrar y diligencia
Con que las tiernas flores melifican,
Se puede comparar ni ser figura
De lo que aquella gente se apresura.

Alguno de robar no se contenta
La casa que le da cierta ventura,
Que la insaciable voluntad sedienta
Otra de mayor presa le figura:
Haciendo codiciosa y necia cuenta
Busca la incierta y deja la segura,
Y llegando el sol puesto á la posada
Se queda, por buscar mucho, sin nada.

También se roba entre ellos lo robado,
Que poca cuenta y amistad habia,
Si no se pone en salvo á buen recado,
Que allí el mayor ladron mas adquiria:
Cuál lo saca arrastrando, cuál cargado
Va que del propio hermano no se fia:
Mas parte á ningun hombre se concede
De aquello que llevar consigo puede.

Como para el invierno se previenen
Las guardosas hormigas avisadas,
Que á la abundante troje van y vienen,
Y andan en acarretos ocupadas,
No se impiden, estorban, ni detienen,
Dan las vacías el paso á las cargadas:
Así los araucanos codiciosos
Entran, salen y vuelven presurosos.

Quien buena parte tiene, mas no espera,
Que presto pone fuego al aposento,
No aguarda que los otros salgan fuera,
Ni tiene al edificio miramiento:
La codiciosa llama de manera
Iba en tanto furor y crecimiento,
Que todo el pueblo mísero se abrasa,
Corriendo el fuego ya de casa en casa.

Por alto y bajo el fuego se derrama,
Los cielos amenaza el son horrendo,
De negro humo espeso y viva llama
La infelice ciudad se va cubriendo:
Treme la tierra en torno, el fuego brama
De subir á su esfera presumiendo,
Caen de rica labor maderamientos
Resumidos en polvos cenicientos.

Piérdese la ciudad mas fértil de oro
Que estaba en lo poblado de la tierra,
Y adonde mas riquezas y tesoro,
Segun fama, en sus términos se encierra.
¡Oh, cuántos vivirán en triste lloro
Que les fuera mejor continua guerra!
Pues es mayor miseria la pobreza
Para quien se vió en próspera riqueza.

A quién diez, y á quién veinte, y á quién treinta
Mil ducados por año les rentara,
El mas pobre tuviera mil de renta,
De aquí ninguno dellos abajara:
La parte de Valdivia era sin cuenta
Si la ciudad en paz se sustentara,
Que en torno la cercaban ricas venas,
Fáciles de labrar y de oro llenas.

Cien mil casados súbditos servian
A los de la ciudad desamparada,
Sacar tanto oro en cantidad podian,
Que á tenerse viniera casi en nada:
Esto que digo y la opinion perdian
Por alojar el brazo de la espada,
Ganados, heredades, ricas casas,
Que ya se van tornando en vivas brasas.

La grita de los bárbaros se entona,
No cabe el gozo dentro de sus pechos,
Viendo que el fuego horrible no perdona
Hermosas cuadras ni labrados techos:
En tanta multitud no hay tal persona
Que en verlos no se duela así deshechos;
Antes suspiran, gimen y se ofenden,
Porque tanto del fuego se defienden.

Paréceles que es lento y espacioso,
Pues tanto en abrasarlos se tardaba,
Y maldicen al tracio proceloso
Porque la flaca llama no esforzaba:
Al caer de las casas sonoroso
Un terrible alarido resonaba,
Que junto con el humo y las centellas
Subiendo amenazaba las estrellas.

Crece la fiera llama en tanto grado
Que las mas altas nubes encendia,
Tracio con movimiento arrebatado
Sacudiendo los árboles venia,
Y Vulcano, al rumor sucio y tiznado,
Con los herreros fuelles acudia
Que ayudaron su parte al presto fuego;
Y así se apoderó de todo luego.

Nunca fué de Neron el gozo tanto
De ver en la gran Roma poderosa
Prendido el fuego ya por cada canto,
Vista sola á tal hombre deleitosa:
Ni aquello tan gran gusto le dió, cuanto
Gusta la gente bárbara dañosa
De ver cómo la llama se estendia,
Y la triste ciudad se consumia.

Era cosa de oir, dura y terrible,
Los estallidos y fornace estruendo,
El negro humo, espeso é insufrible,
Cual nube en aire así se va imprimiendo:
No hay cosa reservada al fuego horrible,
Todo en sí lo convierte, resumiendo
Los ricos edificios levantados
En antiguos corrales derribados.

Llegado al fin el último contento
De aquella fiera gente vengativa,
Aun no parando en esto el mal intento,
Ni planta en pié, ni cosa dejan viva:
El incendio acabado como cuento,
Un mensajero con gran priesa arriba
Del hijo de Leocán, y su embajada
Será en el otro canto declarada.

CANTO VIII.

Júntanse los caciques y señores principales á consejo general en el valle de Arauco. Mata Tucapel al cacique Puchecalco, y Caupolicán viene con poderoso ejército sobre la ciudad Imperial fundada en el valle de Cautén.

Un limpio honor del ánimo ofendido
Jamás puede olvidar aquella afrenta,
Trayendo al hombre siempre así encogido,
Que dello sin hablar da larga cuenta;
Y en el mayor contento desabrido
Se le pone delante y representa
La dura y grave afrenta con un miedo,
Que todos le señalan con el dedo.

Si bien esto los nuestros lo miraran
Y al temor con esfuerzo resistieran,
Sus haciendas y casas sustentaran
Y en la justa demanda fenecieran;
De mil desabrimientos no gustaran,
Ni al terrero del vulgo se pusieran,
Del vulgo, que jamás dice lo bueno,
Ni en decir los defectos tiene freno.

Pero de un bando y otro contemplada
La diferencia en número de gentes,
La ciudad sin reparos, descercada,
Con otra infinidad de inconvenientes;
Y el ver puestas al filo de la espada
Las gargantas de tantos inocentes,
Niños, mujeres, vírgenes sin culpa,
Será bastante y lícita disculpa.

Si no es disculpa y causa lo que digo,
Se puede atribuir este suceso
A que fué del Señor justo castigo,
Visto de su soberbia el gran esceso,
Permitiendo que el bárbaro enemigo,
Aquél que fué su súbdito y opreso,
Los eche de su tierra y posesiones,
Y les ponga el honor en opiniones.

Bien que en la Concepcion copia de gente
Estaba á la sazon; pero gran parte
De barba blanca y arrugada frente,
Inútil en la dura y bélica arte,
Y poca de la edad mas suficiente
A resistir el gran rigor de Marte
Y á la parcial fortuna, que se muestra
En todos los sucesos ya siniestra.

¿Quién podrá con el bando lautarino
Viendo que su opinion tanto crecia,
Y la fortuna próspera el camino
En nuestro daño y su provecho abria?
No piensa reparar hasta el divino
Cielo y arruinar su monarquía,
Haciendo aquellos bárbaros bizarros
Grandes fieros, bravezas y desgarros.

Pues el pueblo de Penco desolado
Y de la fiera llama consumido,
Dije cómo á gran priesa habia llegado
Un indio mensajero conocido,
Que por Caupolicán era enviado;
Y habiendo de su parte encarecido
La gran batalla, digna de memoria,
Las gracias les rindió de la vitoria.

Dijo también sin alargar razones
Que el general mandaba que partiese
Lautaro con los prestos escuadrones,
Y en el valle de Arauco se metiese,
Donde el senado y junta de varones
Tratasen lo que mas le conviniese;
Pues en el fértil valle hay aparejo
Para la junta y general consejo.

En oyendo Lautaro aquel mandato,
Levanta el campo, sin parar camina,
Deja gran tierra atrás, y en poco rato
Al monte andalicano se avecina;
Y por llegar de súbito rebato,
El camino torció por la marina,
Ganoso de burlar al bando amigo
Tomando el nombre y voz del enemigo.

Tanto marchó, que al asomar del dia
Dió sobre las escuadras de repente
Con una baraunda y vocería,
Que puso en arma y alteró la gente;
Mas vuelto el alboroto en alegría,
Conocida la burla claramente,
Los unos y los otros sin firmarse
Sueltas las armas, corren á abrazarse.

Caupolicán, alegre, humano y grave,
Los recibe, abrazando al buen Lautaro,
Y con regalo y plática süave
Le da prendas y honor de hermano caro:
La gente que de gozo en sí no cabe
Por la ribera de un arroyo claro
En juntas y corrillos derramada,
Celebran de beber la fiesta usada.

Algun tiempo pasaron después desto
Antes que el gran senado fuese junto,
Tratando en su jornada y presupuesto
Desde el principio al fin sin faltar punto;
Pero al término justo y plazo puesto
Llegó la demás gente, y todo á punto
Los principales hombres de la tierra
Entraron en consulta á uso de guerra.

Llevaba el general aquel vestido
Con que Valdivia ante él fué presentado:
Era de verde y púrpura tejido
Con rica plata y oro recamado,
Un peto fuerte en buena guerra habido
De fina pasta y temple relevado,
La celada de claro y limpio acero,
Y un mundo de esmeralda por cimero.

Todos los capitanes señalados
A la española usanza se vestian,
La gente del comun y los soldados
Se visten del despojo que traian:
Calzas, jubones, cueros desgarrados
En gran estima y precio se tenian:
Por inútil y bajo se juzgaba
El que español despojo no llevaba

A manera de triunfos ordenaron
El venir á la junta así vestidos,
Y en el consejo, como digo, entraron
Ciento y treinta caciques escogidos;
Por su costumbre antigua se sentaron
Segun que por la espada eran tenidos;
Estando en gran silencio el pueblo ufano,
Así soltó la voz Caupolicano:

«Bien entendido tengo yo, varones,
Para que nuestra fama se acreciente,
Que no es menester fuerza de razones,
Mas solo el apuntarlo brevemente:
Que segun vuestros fuertes corazones
Entrar la España pienso fácilmente,
Y al gran emperador invicto Carlo
Al dominio araucano sujetarlo.

»Los españoles vemos que ya entienden
El peso de las mazas barreadas,
Pues ni en campo ni en muro nos atienden;
Sabemos cómo cortan sus espadas,
Y cuán poco las mallas los defienden
Del corte de las hachas aceradas;
Si sus picas son largas y fornidas,
Con las vuestras han sido ya medidas.

»De vuestro intento asegurarme quiero,
Pues estoy del valor tan satisfecho,
Que gruesos muros de templado acero
Allanareis poniéndoles el pecho:
Con esta confianza el delantero
Seguiré vuestro bando, y el derecho
Que teneis de ganar la fuerte España,
Y conquistar del mundo la campaña.

»La deidad desta gente entenderemos,
Y si del alto cielo cristalino
Desciende, como dicen, abriremos
A puro hierro anchísimo camino:
Su género y linaje asolaremos,
Que no bastará ejército divino,
Ni divino poder, esfuerzo y arte
Si todos nos hacemos á una parte.

»En fin, fuertes guerreros, como digo,
No puede mi intencion mas declararse:
Aquel que me quisiere por amigo,
A tiempo está que puede señalarse;
Téngame desde aquí por enemigo
El que quisiere á paces arrimarse.»
Aquí dió fin, y su intencion propuesta,
Esperaba sereno la respuesta.

Ceja no se movió, y aun el aliento
Apenas al espíritu halló vía,
Mientras duró el soberbio parlamento
Que el gran Caupolicano les hacia:
Hubo en el responder el cumplimiento
Y ceremonia usada en cortesía;
A Lautaro tocaba; y escusado,
Lincoya así responde levantado:

«Señor, yo no me he visto tan gozoso
Después que en este triste mundo vivo,
Como en ver manifiesto el valeroso
Animo dese invicto pecho altivo;
Y así por pensamiento tan glorioso
Me ofrezco por tu siervo y tu cautivo;
Que no quiero ser rey del cielo y tierra,
Si hubiese de acabarse aquí la guerra.

»Y en testimonio desto yo te juro
De te seguir y acompañar de hecho,
Ni por áspero caso adverso y duro
A la patria volver jamás el pecho:
Desto puedes, senor, estar seguro,
Y todo faltará y será deshecho
Antes que la palabra acreditada
De un hombre como yo por prenda dada.»

Así dijo; y tras él, aunque rogado,
El buen Peteguelén, curaca anciano,
De condicion muy áspera enojado,
Pero afable en la paz, facil y humano,
Viejo, enjuto, dispuesto, bien trazado,
Señor de aquel hermoso y fértil llano,
Con espaciosa voz y grave gesto
Propuso en sus razones sabias esto:

« Fuerte varon y capitán perfeto,
No dejaré de ser el delantero
A probar la fineza deste peto,
Y si mi hacha rompe el fino acero;
Mas como quien lo entiende te prometo
Que falta por hacer mucho primero
Que salgan españoles desta tierra,
Cuanto mas ir á España á mover guerra.

»Bien será que, señor, nos contentemos
Con lo que nos dejaron los pasados,
Y á nuestros enemigos desterremos
Que están en lo mas dello apoderados;
Despues por el suceso entenderemos
Mejor el disponer de nuestros hados:
Esto á mí me parece, y quien quisiere
Proponga otra razon, si mejor fuere.»

Callando este cacique, se adelanta
Tucapelo, de cólera encendido,
Y sin respeto así la voz levanta
Con un tono soberbio y atrevido,
Diciendo: «A mí la España no me espanta
Y no quiero por hombre ser tenido,
Si solo no arruino á los cristianos,
Ahora sean divinos, ahora humanos.

» Pues lanzarlos de Chile y destruirlos
No será para mí bastante guerra,
Que pienso, si me esperan, confundirlos
En el profundo centro de la tierra;
Y si huyen, mi maza ha de seguirlos,
Que es la que deste mundo los destierra:
Por eso no nos ponga nadie miedo,
Que aun no haré en hacerlo lo que puedo.

»Y por mi diestro brazo os aseguro,
Si la maza dos años me sustenta,
A despecho del cielo, á hierro puro,
De dar desto descargo y buena cuenta,
Y no dejar de España enhiesto muro,
Y aun el ánimo á mas se me acrecienta,
Que después que allanare el ancho suelo,
A guerra incitaré al supremo cielo.

» Que no son hados, es pura flaqueza
La que nos pone estorbos y embarazos;
Pensar que haya fortuna es gran simpleza;
La fortuna es la fuerza de los brazos:
La máquina del cielo y fortaleza
Vendrá primero abajo hecha pedazos,
Que Tucapel en esta y otra empresa
Falte un mínimo punto en su promesa.»

Peteguelén la vieja sangre fria
Se le encendió de rabia, y levantado
Le dice: «¡Oh arrogante! la osadía
Sin discrecion jamas fué de esforzado.»
Pero Caupolicán, que conocia
Del viejo ha tiempo el ánimo arrojado,
Con discrecion le ataja las razones
Haciendo proponer á otros varones.

Purén se ofrece allí, y Angol se ofrece
No con menor braveza y desatiento;
Ongolmo no quedó segun parece
De mostrar su soberbio pensamiento:
Del uno en otro multiplica y crece
El número en el mismo ofrecimiento;
Colocolo, que atento estaba á todo,
Sacó la voz diciendo deste modo!

»La verde edad os lleva á ser furiosos,
¡Oh hijos! y nosotros los ancianos
No somos en el mundo provechosos
Mas de para decir consejos sanos;
Que no nos ciegan humos vaporosos
Del juvenil hervor y años lozanos:
Y así como mas libres entendemos
Lo que siendo mancebos no podemos.

»Vosotros, capitanes esforzados,
De sola una vitoria envanecidos,
Estais de tal manera levantados,
Que os parecen ya pocos los nacidos:
Templad, templad los pechos alterados
Y esos vanos esfuerzos mal regidos;
No hagais de españoles tal desprecio,
Que no venden sus vidas á mal precio.

»Si dos veces por dicha los vencistes,
Mirad cuando primero aquí vinieron
Que resistir su fuerza no pudistes,
Pues mas de cinco veces os vencieron:
En el licureo campo ya lo vistes
Lo que solos catorce allí hicieron;
No será poco hecho y buen partido
Cobrar la tierra y crédito perdido.

»Debemos procurar con seso y arte
Redemir nuestra patria y libertarnos,
Dando á vuestras bravezas menos parte,
Pues mas pueden dañar que aprovecharnos,
¡Oh hijo de Leocán! quiero avisarte,
Si quieres como sabio gobernarnos,
Que temples esta furia, y con maduro
Seso pongas remedio en lo futuro.

»El consejo mas sano y conveniente
Es que el campo, en tres bandas repartido,
A un tiempo, aunque por parte diferente,
Dé sobre el Cautén pueblo aborrecido:
Bien que esté en su defensa buena gente,
Es poca; y este asiento, destruido
Valdivia, de allanar fácil seria,
Pues no alcanza arcabuz ni artillería.

» Solo á mí Santiago me da pena;
Pero modo á su tiempo buscaremos
Para poderla entrar, y la Serena
Fácilmente después la allanaremos;
Aunque sujeto á lo que el hado ordena
Es el mejor camino que tenemos.»
Acabando con esto el sabio viejo,
A muchos pareció bien su consejo.

Tras este otro curaca hechicero
De la vejez decrépita impedido
(Puchecalco se llama el agorero,
Por sabio en los pronósticos tenido),
Con profundo suspiro, íntimo y fiero
Comienza así á decir entristecido:
« Al negro Eponamon doy por testigo
De lo que siempre he dicho y ahora digo.

» Por un término breve se os concede
La libertad, y habeis lo mas gozado;
Mudarse esta sentencia ya no puede,
Que está por las estrellas ordenado,
Y que fortuna en vuestro daño ruede;
Mirad que os llama ya el preciso hado
A dura sujecion y trances fuertes;
Repárense á lo menos tantas muertes.

» El aire de señales anda lleno,
Y las noturnas aves van turbando
Con sordo vuelo el claro dia sereno,
Mil prodigios funestos anunciando;
Las plantas con sobrado humor terreno
Se van sin producir fruto secando;
Las estrellas, la luna, el sol lo afirman,
Cien mil agüeros tristes lo confirman.

»Mírolo todo, y todo contemplado
No sé en qué pueda yo esperar consuelo,
Que de su espada el Orion armado
Con gran ruina ya amenaza el suelo:
Júpiter se ha al ocaso retirado,
Solo Marte sangriento posee el cielo,
Que denotando la futura guerra
Enciende un fuego bélico en la tierra.

»Ya la furiosa muerte irreparable
Viene á nosotros con airada diestra,
Y la amiga fortuna favorable
Con diferente rostro se nos muestra;
Y Eponamon horrendo y espantable
Envuelto en la caliente sangre nuestra,
La corva garra tiende el cerro yerto,
Llevándonos al no sabido puerto.»

Tucapel que de rabia reventando
Estaba oyendo al viejo, mas no atiende,
Que dice: «Yo veré si adivinando
De mi maza este necio se defiende.»
Diciendo esto, y la maza levantando,
La derriba sobre él, y así lo tiende
Que jamás midió curso de planeta,
Ni fué mas adivino ni profeta.

Quedóle desto el brazo tan sabroso,
Segun la muestra, que movido estuvo
De dar tras el Senado religioso,
Y no sé la razon que lo detuvo:
Caupolicán, atónito y rabioso,
Trasportada la mente un rato estuvo;
Mas vuelto en sí con voz horrible y fiera
Gritaba: «capitanes, muera, muera.»

No le dió tanto gusto á aquella gente
Lo que Caupolicano le decia,
Cuanto al soberbio bárbaro impaciente
Viendo que ocasion tal se le ofrecia:
Era alto el tribunal, pero él valiente
Los hace saltar dél tan á porfía
Que ciento y treinta que eran, en un punto
Saltan los ciento, y él tras ellos junto.

Los que en el alto tribunal quedaron
Son los que en esta historia señalados,
Que jamás de su asiento se mudaron
De donde los miraban sosegados;
Que de ver uno solo no curaron
Mostrarse por tan poco alborotados,
Aunque los que saltaron de tan alto
En menos estimaron aquel salto.

Cubierto Tucapel de fina malla
Saltó como un lijero y suelto pardo
En medio de la tímida canalla,
Haciendo plaza el bárbaro gallardo:
Con silbos grita en desigual batalla;
Con piedra, palo, flecha, lanza y dardo
Le persigue la gente de manera
Como si fuera toro ó brava fiera.

Segun suele jugar por gran destreza
El liviano montante un buen maestro,
Hiriendo con estraña lijereza
Delante, atrás, á diestro y á siniestro:
Con mas desenvoltura y mas presteza,
Mostrándose en los golpes fuerte y diestro
El fiero Tucapel, en la pelea
Con la pesada maza se rodea.

De tullir y mancar no se contenta,
Ni para contentarse esto le basta;
Solo de aquellos tristes hace cuenta
Que su maza los hace torta ó pasta:
Rompe, magulla, muele y atormenta,
Desgobierna, destroza, estropea y gasta;
Tiros llueven sobre él arrojadizos
Cual tempestad furiosa de granizos.

Pero sin miedo el bárbaro sangriento
Por las espesas armas discurria,
Brazos, cabezas y ánimos sin cuento
Soberbios quebrantó en solo aquel dia;
Y cual menuda lluvia por el viento
La sangre y frescos sesos esparcia;
No discierne al pariente del estraño,
Haciéndolos iguales en el daño.

Las armas eran solo en defenderle
De la canalla bárbara araucana
Que en monton trabajaba de ofenderle;
Mas el temor la ofensa hacia liviana:
Era cierto admirable cosa verle
Saltar y acometer con furia insana,
Desmembrando la gente sin poderse
De su maza y presteza defenderse.

Caupolicán del caso no pensado
En tal furor y cólera se enciende,
Que estaba de bajar determinado,
Aunque su gravedad se lo defiende;
Pero Lautaro alegre y admirado
Miraba cómo solo así contiende
Un hombre contra tanto barbarismo,
Incrédulo y dudoso de sí mismo.

Y en esto al general con el debido
Respeto y ojos bajos en el suelo,
Le dice: «Una merced, señor, te pido,
Si algo merece mi intencion y celo,
Y es, que el gran desacato cometido
Perdones francamente á Tucapelo;
Pues ha mostrado en campo claramente
Valer él mas que toda aquella gente.»

Perplejo el general estaba en duda;
Pero mirando al fin quien lo pedia,
Luego el ejecutivo intento muda,
Y con el rostro alegre respondia:
«El ha tenido en vos bastante ayuda,
Por la cual le perdono»; y mas decia
Que fuese á las escuadras, y mandase
Que el combatirle mas luego cesase.

Baja Lautaro al campo, y prestamente
El rico cuerno á retirar tocaba,
Al son del cual se recogió la gente,
Que recogerse á nadie le pesaba:
Solo lo siente el bárbaro valiente
Que satisfecho á su sabor no estaba;
Y volviendo á Lautaro el fiero gesto,
En alta y libre voz le dijo aquesto:

«¿Cómo, buen capitán, has estorbado
El tomar desta vil canalla enmienda,
Y verme destos rústicos vengado
Para que mi valor mejor se entienda?»
Lautaro le responde: «Es escusado
Quien viniere contigo á la contienda
Que se pueda valer contra tu diestra,
Segun que dello has dado aquí la muestra.

Conmigo puedes ir, que te aseguro
Que ningun daño y mal te sobrevenga.»
Tucapel le responde: «Yo te juro
Que un paso ese temor no me detenga;
Mi maza es la que á mí me da el seguro,
Lo demás como quiera vaya y venga,
Que el miedo es de los niños y mujeres:
Sús, alto, vamos luego á do quisieres.»

Juntos los dos al tribunal llegando,
Tucapel de Lautaro adelantado
Subió por la escalera, no mostrando
Punto de alteracion por lo pasado:
El sagaz general disimulando
Con graciosa aparencia le ha tratado,
Y de la rota plática el estilo
Lautaro así diciendo, añudó el hilo:

»Invicto capitán, yo he estado atento
A lo que estos varones han propuesto,
Y no sé figurarte el gran contento
Que me da ver su esfuerzo manifiesto:
Si de servirte tengo sano intento,
Mis obras por las tuyas dirán esto;
Pues para ser del todo agradecidas,
Será poco perder por tí mil vidas.

»Estos fuertes guerreros ayudarte
Quieren á restaurar la propia tierra,
Porque en ello les va también su parte;
Y por el vicio grande de la guerra,
No puedo yo dejar de aconsejarte,
Aunque todo el consejo en tí se encierra,
Aquello que mejor me pareciere
Y mas bien al bien público viniere.

»Es mi voto que debes atenerte
Al consejo con término discreto
Del sabio Colocolo, que por suerte
Le cupo ser en todo tan perfeto:
Así que, gran señor, sin detenerte
Cumple que esto se ponga por efeto,
Antes que los cristianos se aperciban,
Porque mas flacamente nos reciban.

»Y pues que Mapochó solo es temido,
Después que lo demás esté allanado,
Por el potente Eponamon te pido
Que el cargo de asolarle me sea dado:
La tierra palmo á palmo la he medido,
Con españoles siempre he militado,
Entiendo sus astucias é invenciones,
El modo, el arte, el tiempo y ocasiones.

» Quinientos araucanos solamente
Quiero para la empresa que yo digo,
Escogidos en toda nuestra gente;
Un soldado de mas no ha de ir conmigo:
Aquí lo digo estando tú presente
Y estos sabios caciques, que me obligo
De darte la ciudad puesta en las manos
Con cien cabezas nobles de cristianos.»

Aquí se cerró el bárbaro orgulloso,
Y gran rato sobre ello platicaron;
Pareciéndoles modo provechoso
Todos en este acuerdo concordaron:
Después do estaba el pueblo deseoso
De saber novedades se bajaron,
Donde lo difinido y decretado
Con general pregon fué declarado.

Estuvieron allí catorce dias
En grande regocijo y mucha fiesta,
Ocupados en juegos y alegrías,
Y en quien mas veces bebe sobre apuesta:
Después contra los pueblos del Mesías,
La alborozada gente en orden puesta,
Marcha Caupolicán con la vanguardia,
Quedando Lemolemo en retaguardia.

Cerca llegó el ejército furioso
De la Imperial, fundada en sitio fuerte,
Donde el fiero enemigo vitorioso
La pensaba entregar presto á la muerte;
Mas el eterno Padre poderoso
Lo dispone y ordena de otra suerte,
Dilatando el azote merecido,
Como vereis prestando atento oido.

CANTO IX.

Llegan los araucanos á tres leguas de la Imperial con grueso ejército. No ha efeto su intencion por permision divina. Dan la vuelta á sus tierras, adonde les viene nueva que los españoles estaban en el asiento de Penco reedificando la ciudad de la Concepcion. Vienen sobre los españoles, y hubo entre ellos una recia batalla.

Si los hombres no ven milagros tantos
Como se vieron en la edad pasada,
Es causa haber agora pocos santos,
Y estar la ley cristiana autorizada;
Y así de cualquier cosa hacen espantos
Que sobre el natural uso es obrada;
Y no solo al autor no dan creencia,
Mas ponen en su crédito dolencia.

Que si al enfermo quiere Dios sanarle,
Por su costumbre y tiempo convalece;
Si al bajo miserable levantarle,
Por modos ordinarios le engrandece;
Si al soberbio hinchado derribarle,
Por naturales términos se ofrece:
De suerte que las cosas desta vida
Van por su natural curso y medida.

Por do vemos que Dios quiere y procura
Hacer su voluntad naturalmente,
Sirviendo de instrumento la natura
Sobre la cual él solo es el potente:
Y así los que creyeren por fe pura
Merecen mas, que si palpablemente
Viesen lo que después de ya visible
Sacarlos de que fué seria imposible.

En contar una cosa estoy dudoso,
Que soy de poner dudas enemigo,
Y es un estraño caso milagroso
Que fué todo un ejército testigo;
Aunque yo soy en esto escrupuloso
Por lo que dello arriba, señor, digo,
No dejaré en efeto de contarlo,
Pues los indios no dejan de afirmarlo.

Y manifiesto vemos hoy en dia,
Que porque la ley sacra se estendiese,
Nuestro Dios los milagros permitia,
Y que el natural orden se escediese:
Presumir se podrá por esta via,
Que para que á la fe se redujese
La bárbara costumbre y ciega gente,
Usase de milagro claramente.

Ya dije que el ejército araucano
De la Imperial tres leguas se alojaba
En un dispuesto asiento y campo llano,
Y que Caupolicán determinaba
Entrar el pueblo con armada mano;
También cómo el castigo dilataba
Dios á su pueblo ingrato y sin enmienda,
Usando de clemencia y larga rienda.

Estaba la Imperial desbastecida
De armas, de municion y vitualla;
Bien que la gente della era escogida,
Pero muy poca para dar batalla:
Fuera por los cimientos destruida,
Cualquier fuerza bastara á arruinalla,
Y persona de dentro no escapara,
Si á vista el pueblo bárbaro llegara.

Cuando el campo de allí queria mudarse,
Que ya la trompa á caminar tocaba,
Súbito comenzó el aire á turbarse,
Y de prodigios tristes se espesaba:
Nubes con nubes vienen á cerrarse,
Turbulento rumor se levantaba,
Que con airados ímpetus violentos
Mostraban su furor los cuatro vientos.

Agua recia, granizo, piedra espesa
Las intrincadas nubes despedian,
Rayos, truenos, relámpagos apriesa
Rompen los cielos y la tierra abrian:
Hacen los vientos áspera represa
Que en su entera violencia competian;
Cuanto topa arrebata el torbellino,
Alzándolo en furioso remolino.

Un miedo igual á todos atormenta,
No hay corazon, no hay ánimo así entero,
Que en tanta confusion, furia y tormenta
No temblase, aunque mas fuese de acero:
En esto Eponamon se les presenta
En forma de dragon horrible y fiero,
Con enroscada cola envuelto en fuego,
Y en ronca y torpe voz les habló luego,

Diciéndoles que aprisa caminasen
Sobre el pueblo español amedrentado,
Que por cualquiera banda que llegasen
Con gran facilidad seria tomado,
Y que al cuchillo y fuego le entregasen
Sin dejar hombre á vida y muro alzado.
Esto dicho, que todos lo entendieron,
En humo se deshizo, y no lo vieron.

Al punto los confusos elementos
Fueron sus movimientos aplacando,
Y los desenfrenados cuatro vientos
Se van á sus cavernas retirando;
Las nubes se retraen á sus asientos,
El cielo y claro sol desocupando:
Solo el miedo en el pecho mas osado
No dejó su lugar desocupado.

La tempestad cesó, y el raso cielo
Vistió el húmido campo de alegría,
Cuando con claro y presuroso vuelo,
En una nube una mujer venia
Cubierta de un hermoso y limpio velo,
Con tanto resplandor, que al mediodía
La claridad del sol delante della
Es la que cerca dél tiene una estrella.

Desterrando el temor la faz sagrada
A todos confortó con su venida:
Venia de un viejo cano acompañada
Al parecer de grave y santa vida:
Con una blanda voz y delicada
Les dice: «¿Dónde andais, gente perdida?
Volved, volved el paso á vuestra tierra,
No vais á la Imperial á mover guerra.

» Que Dios quiere ayudar á sus cristianos
Y darles sobre vos mando y potencia,
Pues ingratos, rebeldes, inhumanos,
Así le habeis negado la obediencia:
Mirad no vais allá, porque en sus manos
Pondrá Dios el cuchillo y la sentencia.»
Diciendo esto y dejando el bajo suelo,
Por el aire espacioso subió al cielo.

Los araucanos la vision gloriosa
De aquel velo blanquísimo cubierta
Siguen con vista fija y codiciosa,
Casi sin alentar, la boca abierta:
Ya que despareció, fué estraña cosa,
Que como quien atónito despierta
Los unos á los otros se miraban,
Y ninguna palabra se hablaban.

Todos de un corazon y pensamiento,
Sin esperar mandato ni otro ruego,
Como si solo aquel fuera su intento
El camino de Arauco toman luego:
Van sin orden lijeros como el viento,
Paréceles que de un sensible fuego
Por detrás las espaldas se encendian,
Y así con mayor ímpetu corrian.

Heme, señor, de muchos informado,
Porque con mas autoridad se cuente;
A veinte y tres de abril, que hoy es mediado,
Hará cuatro años cierta y justamente,
Que el caso milagroso aquí contado
Aconteció, un ejército presente,
El año de quinientos y cincuenta
Y cuatro sobre mil por cierta cuenta.

Va la verdad en suma declarada,
Segun que de los bárbaros se sabe,
Y no de fingimientos adornada,
Que es cosa que en materia tal no cabe:
Tienen ellos por cosa averiguada,
Que no es en prueba desto poco grave,
Que por esta vision hubo en dos años
Hambre, dolencias, muertes y otros daños.

Que la mar reprimiendo sus vapores
Faltó la agua y vertientes de la sierra,
Talando el sol en tierna edad las flores
Ayudado del fuego de la guerra:
Como creció la seca y las calores,
Pol falta de humedad la árida tierra
Rompió banco y alzóse con los frutos,
Dejando de acudir con sus tributos.

Causó que una maldad se introdujese
En el distrito y término araucano,
Y fué que carne humana se comiese
¡Inorme introducion! ¡Caso inhumano!
Y en parricidio error se convirtiese
El hermano en sustancia del hermano:
Tal madre hubo que al hijo muy querido
Al vientre le volvió do habia salido.

Digo pues que los bárbaros llegando
Al valle de Purén, paterno suelo,
Las armas por entonces arrimando,
Dieron lugar al tempestuoso cielo:
Es este tiempo, en estas partes, cuando
El encogido invierno con su hielo
Del todo apoderándose en la tierra,
Pone punto al discurso de la guerra.

Espárcese y derrámase la gente,
Dejan el campo y buscan los poblados,
Cesa el fiero ejercicio comunmente,
La tierra cubren húmidos ñublados.
Mas cuando enciende á Escorpio el sol ardiente,
Y la frígida nieve los collados
Sacuden de sus cimas levantadas,
Ya de la nueva yerba coronadas:

En este tiempo el bullicioso Marte
Saca su carro con horrible estruendo,
Y ardiendo en ira belicosa, parte
Por el dispuesto Arauco discurriendo:
Hace temblar la tierra á cada parte
Los ferrados caballos impeliendo,
Y en la diestra el sangriento hierro agudo,
Bate con la siniestra el fuerte escudo.

Luego á furor movidos los guerreros,
Toman las armas, dejan el reposo,
Acuden los remotos forasteros
Al cebo de la guerra codicioso:
De los hierros renuevan los aceros,
Templan la cuerda al arco vigoroso,
El peso de las mazas acrecientan,
Y el duro fresno de las astas tientan.

La gente andaba ya desta manera
Con el son de las armas y bullicio,
Que codiciosa comenzar espera
El deseado bélico ejercicio:
Juntáronse á la usada borrachera,
Orden antigua y detestable vicio,
La mas ilustre gente y señalada
A dar difinicion en la jornada.

Tratando en general concilio estaban
Del bien y aumentacion de aquel estado,
Cuando cuatro soldados arribaban
Con triste muestra y paso apresurado,
Haciéndoles saber cómo ya andaban
En el sitio de Penco arruïnado
Cantidad de españoles trabajando,
Un grueso y fuerte muro levantando,

Diciéndoles: «Venimos, ¡oh guerreros!
De parte de los pueblos comarcanos
Con facultad bastante á prometeros,
Si desterrais de nuevo á los cristianos,
Que pagarán con sumas de dineros
El trabajo y labor de vuestras manos;
Y no habiendo el efeto deseado,
La tercia parte hayais de lo asentado.

»Viendo el poco reparo y resistencia
Que sin vuestro favor todos tenemos,
Les dimos llanamente la obediencia
Que en el tiempo infelice dar solemos:
No fué por opresion, no fué violencia,
Pues, aunque desdichados, entendemos
Cuán breve es el suspiro de la muerte,
Que pone fin y límite á la suerte.

»Mas porque estando Arauco tan vecino
Y fija en su favor la instable rueda,
La paz nos pareció mejor camino
Para que remediar todo se pueda:
Ya que lo estrague el áspero destino,
Tiempo para morir después nos queda,
Pues no estarán los brazos tan cansados
Que no puedan abrir nuestros costados.

»Y pues os es patente y manifiesta
La embajada y gran priesa que traemos,
En ella ora tratad, que la respuesta
Con la resolucion esperaremos:
Brevedad os pedimos, que con esta
Podrá ser que sin riesgo derribemos
La soberbia española y confianza,
Antes que les dé esfuerzo la tardanza.»

No se puede decir el gran contento
Que les dió á los caciques la embajada:
De todos desde allí en el pensamiento
Antes que se acabase fué acetada;
Pero tuvieren freno y sufrimiento,
Que la primera voz estaba dada
Al hijo de Leocán, que consultado
Así responde en nombre del senado:

«Estamos con razon maravillados
De lo que en este caso hemos oido.
¿Y es verdad que hay cristianos tan osados
Que quieren con nosotros mas ruïdo?
Sús, sús, que estos varones esforzados
Acetan la promesa y el partido:
No dando entero fin á la jornada,
Del trabajo no quieren llevar nada.

»Bien os podeis volver luego con esto,
Que sin duda en efeto lo pondremos,
Y sobre los cristianos lo mas presto
Que se pueda dar orden llegaremos:
Donde se mostrará bien manifiesto
Lo poco en que nosotros los tenemos;
Pero habeis de advertir con sabio modo
Que aviso se nos dé siempre de todo.»

Muy alegres los cuatro se partieron
Por llevar tal respuesta, y caminando
En breve á sus señores se volvieron,
Que estaban por momentos aguardando;
Y visto el buen despacho que trujeron,
El contento y traicion disimulando,
Sufrian con discrecion las vejaciones
Encubriendo las falsas intenciones.

Domésticos se muestran en el trato,
Nadie toma la causa y la defiende,
Conociendo que el medio mas barato
Del araucano ejército depende;
Y con doble y solícito contrato
La esperada venganza se pretende
Debajo de humildad y gran secreto,
Para que su intencion viniese á efeto.

De nuestra gente y pueblo destrozado
Gran descuido en hablar he yo tenido;
Mas como es en el mundo acostumbrado
Desamparar la parte del vencido,
Así yo tras el bando afortunado
He llevado camino tan seguido;
Y si aquí la ocasion no me avisara
Jamás pienso que della me acordara.

Conté de la ciudad ya despoblada,
Y de sus ciudadanos el camino,
Púselos en el fin de la jornada
Do forzoso dejarlos me convino;
Pues volviendo á la historia comenzada
Y al duro proceder de su destino,
Estuvieron el tiempo en Santïago
Que yo dellos mencion aquí no hago.

Retirados allí, se reformaron
De todo el aparato conveniente,
Donde por los mas votos acordaron
Reedificar á Penco nuevamente:
Con gran trabajo y gasto levantaron
Pequeña copia y número de gente;
Afirmar la ocasion desto no puedo,
Si fué la poca paga ó mucho miedo.

Al yermo Penco hermoso habian llegado
Y un sitio que en mitad del pueblo habia
Le tenian de tapion fortificado,
Que en recogido cuadro le ceñia:
De dos fuertes bastiones abrigado,
Que cada uno dos frentes descubria,
Y á cada frente asiste una bombarda
Que con maciza bala el paso guarda.

La gente comarcana con fingida
Muestra la paz malvada aseguraba,
Esperando la ayuda prometida
Que á cencerros tapados caminaba;
Pero no fué secreta esta partida,
Pues entre los cristianos se trataba
Que el valiente Lautaro habia pasado
Las lomas con ejército formado.

Suénase que Purén allí venia,
Tomé, Pillolco, Angol y Cayeguano,
Tucapel, que en orgullo y bizarría
No le igualaba bárbaro araucano;
Ongolmo, Lemolemo y Lebopia,
Caniomangue, Elicura, Mareguano,
Cayocupil, Lincoya, Lepomande,
Chilcano, Leucoton y Mareande.

Todos estos varones señalados
Fueron para esta guerra apercebidos,
Con otros dos mil pláticos soldados
En el copioso ejército escogidos:
Venian de fuertes petos arreados,
Gruesas picas de hierros muy fornidos,
Ferradas mazas, hachas aceradas,
Armas arrojadizas y enastadas.

Desta manera el escuadron camina
En la callada noche y sombra escura,
Debajo del gobierno y disciplina
Del cuidoso Lautaro, que procura
Llegar cuando la estrella matutina
Alegra el mustio campo y la verdura,
Antes que por aviso y doble trato
De su venida hubiese algun recato.

Pero los españoles, de un amigo
Bárbaro que con ellos contrataba,
Saben cómo el ejército enemigo
Con riguroso intento se acercaba:
Pues avisado desto, como digo,
Y de cuanto en secreto se trataba,
Al trance se aparejan y batalla
Requiriendo los fosos y muralla.

Era caudillo y capitán de España
El noble montañés Juan de Alvarado,
Hombre sagaz, solícito y de maña,
De gran esfuerzo y discrecion dotado,
El cual con orden y presteza estraña
Del presente peligro recatado,
Sazon no pierde, tiempo y coyuntura,
Antes las prevenciones apresura.

Que al punto apercebidos los soldados,
En su lugar cada uno dellos puesto,
Manda á nueve guerreros mas cursados
Que salgan á correr la tierra presto;
Y en la cerrada noche confiados
Llegan al campo bárbaro; y en esto
Del callado escuadron fueron sentidos,
Levantando terribles alaridos.

La grita, el sobresalto, los rumores,
El súbito alboroto de la guerra,
Las sonorosas trompas y atambores
Hacen gemir y estremecer la tierra:
En esto los astutos corredores
Atravesando una pequeña sierra
Toman la vuelta por mas corta vía,
Dando aviso á la amiga compañía.

Juan de Alvarado con ingenio y arte
De la fuerza lo flaco fortifica,
Y en lo mas necesario allí reparte
Gente del arcabuz y de la pica;
Proveido recaudo en toda parte,
A recebir al araucano pica
Con la lijera escuadra de á caballo,
Por no mostrar temor en esperallo.

La nueva claridad del dia siguiente
Sobre el claro horizonte se mostraba,
Y el sol por el dorado y fresco oriente
De rojo ya las nubes coloraba:
A tal hora Alvarado con su gente
Del prevenido fuerte se alejaba
En busca de la escuadra lautarina,
Que á mas andar también se le avecina.

Los nuestros media legua aun no se habian
De aquel su muro lejos alongado,
Cuando al calar de un monte descubrian
El araucano ejército ordenado:
Allí las limpias armas relucian
Mas que el claro cristal del sol tocado,
Cubiertas de altas plumas las celadas,
Verdes, azules, blancas, encarnadas.

¿Quién pintaros podrá el contento, cuando
Sienten los araucanos el ruido,
Que las diestras en alto levantando
Pusieron en el cielo un alarido?
Mil instrumentos bárbaros tocando,
Con grande orgullo y paso mas tendido
Se vienen acercando á los de España,
Sonando en torno toda la campaña.

Quieren los españoles responderlos
Con el horrible son de armada mano,
Calan el monte á fin de acometerlos,
Teniendo por mejor el sitio llano:
Bajas las lanzas vienen á romperlos,
Pero la osada muestra salió en vano,
Que los bárbaros ya disciplinados
Del todo se cerraron apiñados.

Tan espesas las picas derribaron
Con pié y con rostro firme acia delante,
Que no solo el encuentro repararon,
Pero á desbaratarlos fué bastante:
Los nuestros sin romper se retiraron,
Y ellos gloriosos con furor pujante,
Por dar remate al venturoso lance
Siguen con piés lijeros el alcance.

Apretándolos iban reciamente,
Los nuestros resistiendo y peleando
Hasta el estrecho paso de una puente,
Que allí Lautaro al cuerno aliento dando,
El araucano ejército obediente
Se va al son conocido reparando:
Del fuerte tanto trecho esto seria
Cuanto tira un cañon de puntería.

Detúvose Lautaro con intento
De esperar al caliente mediodia,
Porque de la mañana el fresco viento
Los caballos y gente alentaria:
Reforma su escuadron haciendo asiento
A vista de los nuestros, que á porfía
Se habian al sitio fuerte recogido,
Teniendo por mejor aquel partido.

Cuando el sol en el medio cielo estaba
No declinando á parte un solo punto,
Y la aguda chicharra se entonaba
Con un desapacible contrapunto,
El astuto Lautaro levantaba
Su campo en escuadron cerrado y junto
Con grande estruendo y paso concertado
Acia el sitio español fortificado.

Con audacia, desdén y confianza
Lautaro contra el fuerte caminaba;
Siguele atrás la gente en ordenanza,
Y él con gracioso término arrastraba
Una larga, ñudosa y gruesa lanza
Que airoso poco á poco la terciaba,
Y tanto por el cuento la blandia
Que juntar los estremos parecia.

Los pocos españoles salen fuera,
Que encerrados no quieren esperallos:
De arcabuces delante una hilera
Otra de picas luego, y los caballos
A los lados; y así desta manera
Con fiera muestra vienen á buscallos;
Llegados donde ya podian herirse
Los unos á los otros dejan irse.

Y de rencor intrínseco aguijados
Los movidos ejércitos venian;
Suenan los arcabuces asestados,
Del humo, fuego y polvo se cubrian;
Los corvos arcos con vigor flechados
Gran número de tiros despedian;
Vuelan nubadas de armas enastadas
Por valientes brazos arrojadas.

Cuales contrarias aguas á toparse
Van con rauda corriente sonorosa,
Que resistiendo al tiempo de mezclarse.
Aquella mas violenta y poderosa
A la menos pujante sin pararse
Volverla contra el curso es cierta cosa:
Así á nuestro escuadron forzosamente
Le arrebató la bárbara corriente.

No pudiendo sufrir la fuerza brava
Del número de gente y movimiento,
Al español el bárbaro llevaba
Como á liviana paja el recio viento:
Entran sin orden, que ya rota andaba,
Todos mezclados en el fuerte asiento,
Y dentro del cuadrado y ancho muro
Comienzan pié con pié un combate duro.

Algunos españoles castigados
Recogerse en la fuerza no quisieron,
Que eran de corazones congojados
Y de verse en estrecho rehuyeron.
Quieren el campo abierto, y por los lados
Del turbado monton se dividieron;
Pero los de mas ser con mano osada
Procuran amparar la plaza entrada.

Allí quieren morir ó defenderse;
La carrera mas larga otros tomaron
Que acordaron con tiempo guarecerse;
Otros á la marina se llegaron,
Metiéndose en un barco sin poderse
Sufrir, las corvas áncoras alzaron:
Satisfaciendo al miedo y bajo intento,
Las velas con presteza dan al viento.

Quien en llegar es algo perezoso,
Viendo levar el áncora á la nave,
No duda en arrojarse al mar furioso
Teniendo aquel morir por menos grave;
Quien antes no nadaba de medroso,
Las olas rompe agora y nadar sabe:
Mirad pues el temor á que ha llegado,
Que viene á ser de miedo el hombre osado.

Los que están en la fuerza retraidos
Como buenos guerreros se defienden;
Muertos quieren quedar y no vencidos,
Que ya solo un honrado fin pretenden:
Y con tal presupuesto embravecidos,
Sin esperanza de vivir ofenden,
Haciendo en los contrarios tal estrago
Que la plaza de sangre era ya lago.

Lautaro gente y armas contrastando
En la fuerza el primero entrado habia,
Y muerto á dos soldados en entrando
Que en suerte le cupieron aquel dia;
Lincoya iba hiriendo y derribando;
Mas ¿quién podrá decir la bravería
De Tucapel, que el cielo acometiera
Si hallara algun camino ó escalera?

No entró el fuerte por puerta, ni por puente,
Antes con desenvuelto y diestro salto
Libre el foso salvó ligeramente,
Y estaba en un momento en lo mas alto;
No le pudo seguir por allí gente,
Él solo de aquel lado dió el asalto:
Mas como si de mil fuera guardado,
Se arroja luego en medio del cercado.

Apenas puso el pié firme en la plaza,
Cuando el furioso bárbaro, esgrimiendo
La ejercitada dura y gruesa maza,
Iba los enemigos esparciendo:
No vale malla fina ni coraza,
Y las celadas fuertes no pudiendo
Sufrir los recios golpes que bajaban,
Machucando los sesos se abollaban.

Unos deja tullidos y contrechos,
Otros para en su vida lastimados,
A quién hunde el pescuezo por los pechos,
A quién rompe los lomos y costados:
Cual si fueran de blanda cera hechos,
Magulla, muele y deja derrengados,
Y en el mayor peligro osadamente
Se arroja sin temor de armas y gente.

Contra Ortiz revolvió con muestra airada,
Que habia muerto á Torquin mozo animoso,
La maza alta, y la vista en él clavada
Rompe por el tropel de armas furioso:
No sé cuál fué la espada señalada,
Ni aquel brazo pujante y provechoso
Que el mástil cercenó del araucano,
Y dos dedos con él de la una mano.

Con el encendimiento que llevaba
No sintió la herida de repente;
Mas cuando el brazo y golpe descargaba
Que los dedos y maza faltar siente,
Herida tigre hircana no es tan brava,
Ni acosado leon tan impaciente
Como el indio, que lleno de postema
Del cielo, infierno, tierra y mar blasfema.

Sobre las puntas de los piés estriba,
Y en ellas la persona mas levanta,
El brazo cuanto puede atrás derriba,
Y el trozo impele con violencia tanta,
Que á Ortiz, que alta la espada sobre él iba,
La celada y los cascos le quebranta,
Y del grave dolor desvanecido
Dió en el suelo de manos sin sentido.

El bárbaro, con esto no vengado,
Viene sobre él con furia acelerada,
Y con la diestra aun no medrosa airado
A Ortiz arrebató la aguda espada,
Alzándole la cota por un lado
Le atravesó de la una á la otra ijada,
Y la alma del corpóreo alojamiento
Hizo el duro y forzoso apartamiento.

La espada á la siniestra el indio trueca,
Sintiéndose tullido de la diestra,
Y dél golpe primero otro derrueca,
Que también en herir era maestra.
Como suele segar la paja seca
El presto segador con mano diestra,
Así aquel Tucapel con fuerza brava
Brazos, piernas y cuellos cercenaba.

Dejándose guiar por do la ira
Le llevaba furioso discurriendo,
Unos hiere, maltrata, otros retira,
La espesa selva de astas deshaciendo;
Acaso al padre Lobo un golpe tira
Que contra cuatro estaba combatiendo,
El cual sin ver el fin de aquella guerra
Dió el alma á Dios, y el cuerpo dió á la tierra.

El grave Leucoton no menos fuerte
Con el valor que el cielo le concede
Hiere, aturde, derriba y da la muerte
Que nadie en fuerza y ánimo le escede;
No sé cómo á escribirlo todo acierte,
Que mi cansada mano ya no puede
Por tanta confusion llevar la pluma,
Y así reduce mucho á breve suma.

También Angol soberbio y esforzado
Su corvo y gran cuchillo en torno esgrime;
Hiere al joven Diego Oro, y del pesado
Golpe en la dura tierra el cuerpo imprime;
Pero en esta sazon Juan de Alvarado
La furia de una punta le reprime
Que al tiempo que el furioso alfanje alzaba,
Por debajo del brazo le calaba.

No halló defensa la enemiga espada
Lanzándose por parte descubierta,
Derecho al corazon hizo la entrada
Abriendo una sangrienta y ancha puerta:
La cara antes del joven colorada
Se vió de amarillez mustia cubierta;
Descoyuntóle el brazo un mortal hielo,
Batiendo el cuerpo helado el duro suelo.

El corpulento mozo Mareguano,
Que airado á todas partes discurria,
Llegó al tiempo que Angol por diestra mano
Al riguroso hierro se rendia:
Era su íntimo amigo y primo hermano,
De estrecho trato antiguo y compañia:
«Pues fué siempre en la vida igual la suerte
Quiero, dijo, también que sea en la muerte.»

Y contra el matador con repentina
Rabia, que el pecho y venas le abrasaba,
Un macizo y fornido tronco empina,
Y con fuerza sobre él lo derribaba;
Mas temiendo del golpe la ruina
Alvarado que el ojo alerto estaba,
Saca presto el caballo apercebido,
Y en el suelo el troncon quedó metido.

Chilcan, Ongolmo, Cayeguán de un lado,
Lepomande y Purén en compañía
Habian así á los nuestros apretado,
Que ganaron gran crédito aquel dia:
Tomé, Cayocupil y el esforzado
Pillolco, Caniomangue y Lebopía,
Mareande, Elicura y Lemolemo,
De su valor mostraron el estremo.

En esto un rumor súbito se siente
Que los cóncavos cielos atronaba,
Y era que la vitoria abiertamente
Por el bárbaro infiel se declaraba:
Ya la española destrozada gente
Al camino de Itata enderezaba,
Desamparando el suelo desdichado
De sangre y enemigos ocupado.

Del todo á toda furia comenzando
Iban los españoles la huída,
Siempre mas el temor apresurando
Con agudas espuelas la corrida:
Sigue el alcance, y valos aquejando
La bárbara canalla embravecida
Envuelta en una espesa polvareda,
Matando al que por flojo atrás se queda.

Alvarado con ánimo y cordura
Los anima y esfuerza, y no aprovecha,
Que la turbada gente en tal rotura
Huye la muerte y plaza tan estrecha:
Cuál encamina al monte, y cuál procura
De Mapochó la senda mas derecha,
Y cuál y cuál constante todavia
Animoso con Atropos porfia.

Estos, honrosa muerte deseando,
Despreciaban la vida deshonrada,
Aquel forzoso punto dilatando
Con raro esfuerzo y valerosa espada:
Presto quedó la plaza sin un bando,
De almas vacía y de cuerpos ocupada,
Que animosos los pocos que quedaban
A las armas y muertes se entregaban.

Unos por los costados caen abiertos,
Otros de parte á parte atravesados,
Otros que de su sangre están cubiertos
Se rinden á la muerte desangrados;
Al fin todos quedaron allí muertos
Del riguroso hierro apedazados.
Vamos tras los que aguijan los caballos,
Que no haremos poco en alcanzallos.

Quién por camino incierto, quién por senda
Aspera, peligrosa y desusada
Bate al caballo y dale suelta rienda,
Que el miedo es grande y grande la jornada;
El bárbaro escuadron con grita horrenda
Por sierra, monte, llano y por cañada
Las espaldas los iba calentando
Hiriendo, dando muerte y derribando.

Habia de la comarca concurrido
Gente armada por uno y otro lado,
Que á la mira imparcial habia asistido
Hasta ver el derecho declarado:
En esto alzando un súbito alarido
Con el orgullo á vencedores dado,
Baja las armas hasta allí neutrales
En daño de las señas imperiales.

Sale en el codicioso seguimiento
De la española gente que corria,
Con furia y lijereza mas que el viento,
Sin hacerse uno á otro compañía:
La mucha turbacion y desatiento
Que á los nuestros el miedo les ponia,
Los lleva sin caminos, esparcidos
Por sierras, valles, montes, por egidos.

Los que tienen caballos mas lijeros
¡Oh cuán de corazon son envidiados!
¡Qué poco se conocen compañeros
De largo tiempo y amistad tratados!
No aprovechan promesas de dineros
Ni de bienes allí representados:
Tanto el miedo ocupado los habia,
Que lugar la codicia aun no tenia.

Antes los intereses despreciando
Se muestran allí poco codiciosos,
Tras las ricas celadas arrojando
Petos de fina plata embarazosos;
Y así de las promesas no curando
Jugaban los talones presurosos:
Solo las alas de Icaro quisieran,
Aunque pasando el mar se derritieran.

Juan y Hernando Alvarados la jornada
Con el valiente Ibarra apresuraban,
Animando la gente desmayada,
Mas no por esto el paso moderaban:
Abren por la carrera embarazada,
Que lijeros caballos gobernaban,
Y aunque con viva espuela los batian
Alargarse de un indio no podian.

Delante largo trecho de la gente
A los tres les da caza y atormenta
Un espaldudo bárbaro valiente
Rengo llamado, mozo de gran cuenta:
Este solo los sigue osadamente,
Y á voces con palabras los afrenta,
Y los aprieta y corre á campo raso,
Sin poderles ganar un solo paso.

«¡Jo, jo! les va gritando: ¡espera, espera!»
Que mas en castellano no sabia;
Pero en su natural lengua primera
Atrevidas injurias les decia:
Tres leguas los corrió desta manera,
Que jamás de las colas se partia
Por mucho que aguijasen los rocines,
Llamándolos infames y ruínes.

Llevaba una arma en alto levantada
Que no hay quien su faccion y forma diga:
Era una gruesa haya mal labrada
De la grandeza y peso de una viga,
De metal la cabeza barreada,
Y esgrímela el garzon sin mas fatiga,
Que el presto esgrimidor suelto liviano
Juega el fácil baston con diestra mano.

Si alguna vez con el troncon pesado
Los caballos el bárbaro alcanzaba,
Era de fuerza el golpe tan cargado
Que casi derrengados los dejaba:
Así cada caballo escarmentado
Sin espuelas el curso apresuraba,
Que jamás fué baqueta en la corrida
Como el baston del bárbaro temida.

Aunque gran trecho aquel follon se aleja
Del seguro monton y amigo bando,
No por esto la dura empresa deja,
Antes mas los persigue y va afrentado;
Con prestos piés y maza los aqueja,
La nacion española profazando
En lenguaje araucano, que entendian
Los tres que á mas correr dél se desvian.

Veinte veces revuelven los cristianos
Dando sobre él con súbita presteza,
A todos tres les da llenas las manos
Con su diabólica arma y lijereza:
Entre tanto llegaban los ufanos
Indios en el alcance sin pereza,
Y volviendo los tres á su carrera,
El bárbaro y baston sobre ellos era.

No por áspero monte, ni agria cuesta
Afloja el curso y animoso brio,
Antes cual correr suele sobre apuesta
Tras las fieras el puelche en desafío,
Los corre, aflige, aprieta y los molesta,
Y á diez millas de alcance por do un rio
El camino atraviesa al mar corriendo,
Se fué en la húmida orilla deteniendo.

El bárbaro escuadron parado habia;
Solo el contumaz Rengo porfiando
Desistir de la empresa no queria,
Aunque no ve persona de su bando:
Los tres lasos cristianos á porfía
Iban el ancho vado atravesando,
Cuando Rengo cargó de una pesada
Piedra la presta honda dél usada.

El tronco en el suelo húmido fijado
Rodea el brazo dos veces, despidiendo
El tosco y gran guijarro así arrojado,
Que el monte retumbó del sordo estruendo:
Las ninfas por lo mas sesgo del vado
Las cristalinas aguas revolviendo
Sus doradas cabezas levantaron,
Y á ver el caso atentas se pararon.

El importuno bárbaro no cesa,
Ni afloja de la empresa que pretende,
Antes con silbos, grita y piedra espesa,
La agua á mas de la cinta, los ofende,
Y dándoles en esto mucha priesa
El beber los caballos les defiende,
Diciendo: «¡Sús, salid, salid afuera,
Que yo os mantendré campo en la ribera.»

Viendo Alvarado á Rengo así orgulloso,
De la soberbia tema ya impaciente,
Dice á los dos: «¡Oh caso vergonzoso,
Que á tres nos siga un indio solamente,
Y triunfe de nosotros vitorioso!
No es bien que de españoles tal se cuente:
Volvamos, y de aquí jamás pasemos
Si primero morir no le hacemos.»

Así dijo, y las riendas revolviendo
Segunda vez el vado atravesaban,
De morir ó matarle proponiendo
Los cansados caballos aguijaban:
En esto el araucano conociendo
Lo cólera y furor con que tornaban,
Olvidando la maza y presupuesto,
Las voladoras plantas mueve presto.

Una larga carrera por arena
Los tres á toda furia le siguieron,
Aunque en balde tomaron esta pena,
Que el indio mas corrió que ellos corrieron:
Faltos no de intencion, pero de lena,
De cansados las riendas recogieron,
Y en un áspero sitio y peligroso
Les hizo rostro el bárbaro animoso.

Por espaldas tomó una gran quebrada
Revolviendo á los tres con osadía,
Y á falta de la maza acostumbrada
A menudo la honda sacudia:
De allí con mofa, silbos y pedrada
Sin poderle ofender los ofendia,
Por ser aquel lugar despeñadero,
Y mas que ellos el bárbaro lijero.

Visto Alvarado serle así escusado
El fin de lo que tanto deseaba,
Dejando libre al bárbaro esforzado,
Que bien de mala gana se quedaba,
Pasa otra vez el ya seguro vado,
Y al usado camino enderezaba
Triste en ver que fortuna por tal modo
Se le mostraba adversa y dura en todo.

Habia dejado el campo lautarino
De seguir el alcance grande rato:
Iban los españoles sin camino
Como ovejas que van fuera del hato;
De no seguirlos mas me determino,
Que por lo que adelante dellos trato,
Dejarlos por agora me es forzado
Donde otras veces ya los he dejado.

Con la gente araucana quiero andarme,
Dichosa á la sazon y afortunada,
Y como se acostumbra desviarme
De la parte vencida y desdichada;
Por donde tantos van quiero guiarme
Siguiendo la carrera tan usada,
Pues la costumbre y tiempo me convence,
Y todo el mundo es ya: viva quien vence.

¡Cuán usado es huir los abatidos,
Y seguir los soberbios levantados
De la instable fortuna favoridos
Para solo después ser derribados!
Al cabo estos favores reducidos
A su valor son bienes emprestados,
Que habemos de pagar con siete tanto
Como claro nos muestra el nuevo canto.

CANTO X.

Ufanos los araucanos de las vitorias habidas, ordenan unas fiestas generales, donde concurrieron diversas gentes así estranjeras como naturales, entre los cuales hubo grandes pruebas y diferencias.

Cuando la varia diosa favorece,
Y las dádivas prósperas reparte,
¡Cómo al ánimo flaco fortalece,
Que de triste mujer se vuelve un Marte,
Y derriba, acobarda y enflaquece
El esfuerzo viril en la otra parte,
Haciendo cuesta arriba lo que es llano,
Y un gran cerro la palma de la mano!

¡Quién vió los españoles colocados
Sobre el mas alto cuerno de la luna,
De sus famosos hechos rodeados,
Sin punto y muestra de mudanza alguna!
¡Quién los ve en breve tiempo derribados!
¡Quién ve en miseria vuelta su fortuna,
Seguidos no de Marte, dios sanguino,
Mas del tímido sexo femenino!

Mirad aquí la suerte tan trocada,
Pues aquellos que al cielo no temian,
Las mujeres á quien la rueca es dada
Con varonil esfuerzo los seguian,
Y con la diestra á la labor usada
Las atrevidas lanzas esgrimian,
Que por el hado próspero impelidas
Hacian crudos efetos y heridas.

Estas mujeres, digo, que estuvieron
En un monte escondidas esperando
De la batalla el fin, y cuando vieron
Que iba de rota el castellano bando,
Hiriendo el cielo á gritos descendieron
El mujeril temor de sí lanzando,
Y de ajeno valor y esfuerzo armadas
Toman de los ya muertos las espadas.

Y á vueltas del estruendo y muchedumbre,
También en la vitoria embebecidas,
De medrosas y blandas de costumbre
Se vuelven temerarias homicidas:
No sienten ni les daba pesadumbre
Los pechos al correr, ni las crecidas
Barrigas de ocho meses ocupadas:
Antes corren mejor las mas preñadas.

Llamábase infelice la postrera,
Y con ruegos al cielo se volvia,
Porque á tal coyuntura en la carrera
Mover mas presto el paso no podia.
Si las mujeres van desta manera,
¿La bárbara canalla cuál iria?
De aquí tuvo principio en esta tierra
Venir también mujeres á la guerra.

Vienen acompañando á sus maridos,
Y en el dudoso trance están paradas;
Pero si los contrarios son vencidos,
Salen á perseguirlos esforzadas:
Prueban la flaca fuerza en los rendidos,
Y si cortan en ellos sus espadas,
Haciéndolos morir de mil maneras;
Que la mujer crüel eslo de veras.

Así á los nuestros esta vez siguieron
Hasta donde el alcance habia cesado,
Y desde allí la vuelta al pueblo dieron,
Ya de los enemigos saqueado:
Que cuando hacer mas daño no pudieron,
Subiendo en los caballos que en el prado
Sueltos sin orden y gobierno andaban,
A sus dueños por juego remedaban.

Quién hace que combate, y quién huia,
Y quién tras el que huye va corriendo;
Quién finge que está muerto y se tendia,
Quién correr procuraba no pudiendo:
La alegre gente así se entretenia
El trabajo importuno despidiendo,
Hasta que el sol rayaba los collados,
Que el general llegó y los mas soldados.

Los unos y los otros aguijaban
Con gran priesa á abrazarse estrechamente;
Pero algunos por mas que se esforzaban
La envidia les hacia arrugar la frente:
Francos los vencedores se mostraban
Repartiendo la presa entre la gente;
Que aun en el pecho vil contra natura
Puede tanto la próspera ventura.

Una solemne fiesta en este asiento
Quiso Caupolicán que se hiciese,
Donde del araucano ayuntamiento
La gente militar sola asistiese;
Y con alegre muestra y gran contento,
Sin que la popular se entremetiese,
En juegos, pruebas, danzas y alegrías
Gastaron sin aquel algunos dias.

Los juegos y ejercicios acabados,
Para el valle de Arauco caminaron,
Do á las usadas fiestas los soldados
De toda la provincia convocaron:
Fueron bastantes plazos señalados,
Joyas de gran valor se pregonaron
De los que en ellas fuesen vencedores,
Premios dignos de haber competidores.

La fama de la fiesta iba corriendo
Mas que los diligentes mensajeros,
En un término breve apercibiendo
Naturales, vecinos y estranjeros;
Gran multitud de gente concurriendo
Creció el número tanto de guerreros,
Que ocupaban las tiendas forasteras,
Los valles, montes, llanos y riberas.

Ya el esperado catorceno dia,
Que tanta gente estaba deseando,
Al campo su color restituia
Las importunas sombras desterrando,
Cuando la bulliciosa compañia
De los briosos jóvenes, mostrando
El juvenil hervor y sangre nueva,
En campo estaban prestos á la prueba.

Fué con solemne pompa referido
El orden de los precios, y el primero
Era un lustroso alfanje guarnecido
Por mano artificiosa de platero;
Este premio fué allí constituïdo
Para aquel que con brazo mas entero
Tirase una fornida y gruesa lanza,
Sobrando á los demás en la pujanza.

Y de cendrada plata una celada
Cubierta de altas plumas de colores,
De un cerco de oro puro rodeada,
Esmaltadas en él varias labores,
Fué la preciada joya señalada
Para aquel que entre diestros luchadores
En la difícil prueba se estremase,
Y por señor del campo en pié quedase.

Un lebrel animoso remendado,
Que el collar remataba una venera
De agudas puntas de metal herrado,
Era el precio de aquel que en la carrera
De todas armas y presteza armado,
Arribase mas presto á la bandera
Que una gran milla lejos tremolaba,
Y el trecho señalado limitaba.

Y de nervos un arco hecho por arte
Con su dorada aljaba, que pendia
De un ancho y bien labrado talabarte
Con dos gruesas hebillas de ataujía;
Este se señaló y se puso aparte
Para aquel que con flecha á puntería
Ganando por destreza el precio rico,
Llevase al papagayo el corvo pico.

Un caballo morcillo rabicano
Tascando el freno estaba de cabestro,
Precio del que con suelta y presta mano
Esgrimiese el baston mas como diestro:
Por juez se señaló á Caupolicano,
De todos ejercicios gran maestro.
Ya la trompeta con sonada nueva
Llamaba opositores á la prueba.

No bien sonó la alegre trompa cuando
El joven Orompello, ya en el puesto
Airosamente el manto derribando,
Mostró el hermoso cuerpo bien dispuesto,
Y en la valiente diestra blandeando
Una maciza lanza: luego en esto
Se ponen asimismo Lepomande,
Crino, Pillolco, Guambo y Mareande.

Estos seis en igual hila corriendo,
Las lanzas por los fieles igualadas
A un tiempo las derechas sacudiendo
Fueron con seis gemidos arrojadas:
Salen las astas con rumor crujiendo
De aquella fuerza é ímpetu llevadas;
Rompen el aire, suben hasta el cielo,
Bajando con la misma furia al suelo.

La de Pillolco fué la asta primera,
Que falta de vigor á tierra vino:
Tras ella la de Guambo, y la tercera
De Lepomande, y cuarta la de Crino;
La Quinta de Mareande, y la postrera,
Haciendo por mas fuerza mas camino,
La de Orompello fué, mozo pujante,
Pasando cinco brazas adelante.

Tras estos otros seis lanzas tomaron
De los que por mas fuertes se estimaban;
Y aunque con fuerza estrema procuraron
Sobrepujar el tiro, no llegaban:
Otros tras estos, y otros seis probaron;
Mas todos con vergüenza atrás quedaban,
Y por no detenerme en este cuento,
Digo que lo probaron mas de ciento.

Ninguno con seis brazas llegar pudo
Al tiro de Orompello señalado,
Hasta que Leucoton, varon membrudo,
Viendo que ya el probar habia aflojado,
Dijo en voz alta: «De perder no dudo;
Mas porque todos ya me habeis mirado,
Quiero ver deste brazo lo que puede,
Y á dó llegar mi estrella me concede.»

Esto dicho, la lanza requerida
En ponerse en el puesto poco tarda,
Y dando una lijera arremetida
Hizo muestra de sí fuerte y gallarda:
La lanza por los aires impelida
Sale cual gruesa bala de bombarda,
O cual furioso trueno, que corriendo
Por las espesas nubes va rompiendo.

Cuatro brazas pasó con raudo vuelo
De la señal y raya delantera,
Rompiendo el hierro por el duro suelo
Tiembla por largo espacio la asta fuera;
Alza la turba un alarido al cielo,
Y de tropel con súbita carrera
Muchos á ver el tiro van corriendo,
La fuerza y tirador engrandeciendo.

Unos el largo trecho á piés median,
Y examinan el peso de la lanza;
Otros por maravilla encarecian
Del esforzado brazo la pujanza;
Otros van por el precio; otros hacian
Al vencedor cantares de alabanza:
De Leucoton el nombre levantando
Le van en alta voz solemnizando.

Salta Orompello, y por la turba hiende,
Y aquel rumor colérico baraja
Diciendo: «Aun no he perdido, ni se entiende
De solo el primer tiro la ventaja.»
Caupolicán la vara en esto tiende,
Y á tiempo un encendido fuego ataja,
Que Tucapel al primo habia acudido,
Y otros con Leucoton se habian metido.

Caupolicán que estaba por juez puesto,
Mostrándose imparcial discretamente,
La furia de Orompello aplaca presto
Con sabrosas palabras blandamente;
Y así no se altercando mas sobre esto,
Conforme á la postura justamente
A Leucoton por mas aventajado
Le fué ceñido el corvo alfanje al lado.

Acabada con esto la porfía,
Y Leucoton quedando vitorioso,
Orompello á una parte se desvia
Del caso algo corrido y vergonzoso;
Mas como sabio mozo lo encubria,
De verse en ocasiones deseoso
Por do con Leucoton y causa nueva
Venir pudiese á mas estrecha prueba.

Era Orompello mozo asaz valido
Que desde su niñez fué muy brïoso,
Manso, tratable, fácil, corregido,
Y en ocasion metido valeroso;
De muchos en asiento preferido
Por su esfuerzo y linaje generoso,
Hijo del venerable Mauropande,
Primo de Tucapel y amigo grande.

Puesto nuevo silencio, y despejado
El campo do la prueba se hacia,
El diestro Cayeguán, mozo esforzado,
A mantener la lucha se metia:
No pasó mucho, cuando de otro lado
Con gran disposicion Torquin salia
De haber en él pujanza y lijereza,
Ambos en el luchar de gran destreza.

Dada señal, con pasos ordenados
Los dos gallardos bárbaros se mueven:
Ya los viérades juntos, ya apartados,
Ora tienden el cuerpo, ora le embeben;
Por un lado y por otro recatados
Se inquieren, cercan, buscan y remueven,
Tientan, vuelven, revuelven y se apuntan,
Y al cabo con gran ímpetu se juntan.

Hechas las presas y ellos recogidos,
En su fuerza procuran conocerse;
Pero de ardor colérico encendidos
Comienzan por el campo á revolverse:
Ciñense piés con piés, y entretejidos
Cargan á un lado y otro, sin poderse
Llevar cuanto una mínima ventaja,
Por mas que el uno y otro se trabaja.

Andando así, en un tiempo cauteloso
Metió la pierna diestra Cayeguano;
Quiso Torquin ceñirla codicioso
Cargando con gran fuerza á aquella mano:
Sácala á tiempo Cayeguán mañoso,
Y el cuerpo de Torquin quedando en vano,
Del mismo peso y fuerza que traia
A los piés enemigos se tendia.

Tras este el fuerte Rengo se presenta,
El cual, lanzando fuera los vestidos,
Descubre la persona corpulenta,
Brazos robustos, músculos fornidos:
Mírale la confusa turba atenta,
Que de cuatro entre todos escogidos
Este valiente bárbaro era el uno,
Jamás sobrepujado de ninguno.

Con gran fuerza los hombros sacudiendo
Se apareja á la lucha y desafío,
Y al vencedor contrario apercibiendo
Le va á buscar con animoso brío:
De la otra parte Cayeguán saliendo
En medio de aquel campo á su albedrío,
Vienen los dos gallardos á juntarse,
Procurando en la presa aventajarse.

Un rato estuvo en confusion la gente,
Y anduvo en duda la vitoria incierta;
Mas luego Rengo dió señal patente
Con que fué su pujanza descubierta,
Que entre los duros brazos reciamente
Al triste Cayeguán la boca abierta
Sin dejarle alentar le retraia,
Y acá y allá con él se revolvia.

Alzólo de la tierra, y apretado
En el aire gran pieza lo suspende;
Cayeguán sin color desalentado
Abre los brazos y las piernas tiende:
Viéndolo así rendido el esforzado
Rengo, que á la vitoria solo atiende,
Dejándole bajar, con poca pena
Le estampa de gran golpe en el arena.

Sacáronle del campo sin sentido,
Y á su tienda en los hombros le llevaron;
Todos la fuerza grande y el partido
De Rengo en alta voz solemnizaron;
Pero cesando en esto aquel ruïdo,
A sus asientos luego se tornaron,
Porque vieron que Talco aparejado
El puesto de la lucha habia tomado.

Fué este Talco de pruebas gran maestro,
De recios miembros y feroz semblante,
Diestro en la lucha y en las armas diestro,
Lijero y esforzado aunque arrogante;
Y con todas las partes que aquí muestro,
Era Rengo mas suelto y mas pujante,
Usado en los robustos ejercicios,
Que dello su persona daba indicios.

Talco se mueve y sale con presteza,
Rengo espaciosamente se movia,
Fíase mucho el uno en la destreza,
El otro en su vigor solo se fia:
En esto, con estraña lijereza,
Cuando menos cuidado en Talco habia,
Un gran salto dió Rengo no pensado,
Cogiendo al enemigo descuidado.

De la suerte que el tigre cauteloso
Viendo venir lozano al suelto pardo,
El cuello bajo, lerdo y perezoso,
Con ronco son se mueve á paso tardo;
Y en un instante súbito y furioso
Salta sobre él con ímpetu gallardo,
Y echándole la garra así le aprieta
Que le oprime, le rinde y le sujeta:

Desta manera Rengo á Talco afierra,
Y antes que á la defensa se prevenga
Tan recio le apretó contra la tierra,
Que el lomo quebrantado lo derrienga:
Viéndolo pues así lo desafierra,
Y á su puesto esperando que otro venga
Vuelve, dejando el campo con tal hecho
De su estremada fuerza satisfecho.

Mas no hubo en hombre allí tal osadía
Que á contrastar al bárbaro se atreva;
Y así porque la noche ya venia,
Se difirió la comenzada prueba
Hasta que el carro del siguiente dia
Alegrase los campos con luz nueva:
Sonando luego varios instrumentos,
Hinchieron de las mesas los asientos.

Pues otro dia, saliendo de su tienda,
El hijo de Leocán acompañado,
Al cercado lugar de la contienda
Con altos instrumentos fué llevado:
Rengo porque su fama mas se estienda,
Dando una vuelta en torno del cercado
Entró dentro con una bella muestra,
Y á mantener se puso la palestra.

Bien por dos horas Rengo tuvo el puesto
Sin que nadie la plaza le pisase,
Que no se vió soldado tan dispuesto
Que viéndole el lugar vacío ocupase;
Pero ya Leucoton, mirando en esto
Que porque su valor mas se notase
Hasta ver el mas fuerte habia esperado,
Con grave paso entró en el estacado.

Luego un rumor confuso y grande estruendo
Entre el parlero vulgo se levanta
De ver estos dos juntos, conociendo
En uno y otro esfuerzo y fuerza tanta:
Leucoton la persona recogiendo
A recibir á Rengo se adelanta,
Que con gallardo paso se venia
De esfuerzo acompañado y lozanía.

Vienen al parangon dos animosos
Que en esfuerzo y pujanza par no tienen;
Unas veces aguijan presurosos,
Otras frenan el paso y lo detienen:
Andan en torno y miran cautelosos,
Y á todos los engaños se previenen;
Pero no tardó mucho que cerraron,
Y con estrechos ñudos se abrazaron.

Juntándose los dos pecho con pecho
Van las últimas fuerzas apurando;
Ya se afirman, y tienen muy estrechos,
Ya se arrojan en torno volteando;
Ya los izquierdos, ya los piés derechos
Se enclavijan y enredan, no bastando
Cuanta fuerza se pone, estudio y arte
A poder mejorarse alguna parte.

Acá y allá furiosos se rodean,
La fuerza uno del otro resistiendo;
Tanto forcejan, gimen, ijadean,
Que los miembros se van entorpeciendo:
Tiemblan de la fatiga y titubean
Las cansadas rodillas, no pudiendo
Comportar el teson y furia insana,
Que al fin era de hueso y carne humana.

De sudor grueso y engrosado aliento
Cubiertos los dos bárbaros andaban,
Y del fogoso y recio movimiento
Roncos los pechos dentro resonaban;
Ellos siempre con mas encendimiento,
Sacando nuevas fuerzas, procuraban
Llegar la empresa al cabo comenzada
Por ganar el honor y la celada.

Pero ventaja entre ellos conocida
No se vió allí, ni de flaqueza indicio;
Ambos jóvenes son de edad florida,
Iguales en la fuerza y ejercicio;
Mas la suerte de Rengo enflaquecida,
Y el hado que hasta allí le fué propicio,
Hicieron que perdiese á su despecho
Del precio y del honor todo el derecho.

Habia en la plaza un hoyo acia el un lado
Engaste de un guijarro, y nuevamente
Est aba de su encaje levantado
Por el concurso y huella de la gente;
Desto el cansado Rengo no avisado
Metió el pié dentro, y desgraciadamente
Cual cae de la segur herido el pino
Con no menor estruendo á tierra vino.

No la pelota con tan presto salto
Resurte arriba del macizo suelo,
Ni el águila que al robo cala de alto
Sube en el aire con tan recio vuelo,
Como de corrimiento el seso falto
Rengo rabioso amenazando al cielo
Se puso en pié, que aun bien no tocó en tierra,
Y contra Leucoton furioso cierra.

Como en la fiera lucha Anteo temido
Por el furioso Alcides derribado,
Que de la tierra madre recogido
Cobraba fuerza y ánimo doblado,
Así el airado Rengo embravecido,
Que apenas en la arena habia tocado,
Sobre el contrario arriba de tal suerte,
Que al estremo llegó de honrado y fuerte.

Tanto dolor del grave caso siente
El público lugar considerando,
Que abrasado de fuego y rabia ardiente
Se le fueron las fuerzas aumentando,
Y furioso, colérico, impaciente
De suerte á Leucoton va retirando,
Que apenas le resiste; y el suceso
Oireis en el siguiente canto espreso.

CANTO XI.

Acábanse las fiestas y diferencias. Y caminando Lautaro sobre la ciudad de Santiago, antes de llegar á ella hace un fuerte, en el cual metido, vienen los españoles sobre él, donde tuvieron una recia batalla.

Cuando los corazones nunca usados
A dar señal y muestra de flaqueza
Se ven en lugar público afrentados,
Entonces manifiestan su grandeza:
Fortalecen los miembros fatigados,
Despiden el cansancio y la torpeza,
Y salen fácilmente con las cosas
Que eran antes, señor, dificultosas.

Así le avino á Rengo, que en cayendo,
Tanto esfuerzo le puso el corrimiento,
Que lleno de furor y en ira ardiendo
Se le dobló la fuerza y el aliento;
Y al enemigo fuerte no pudiendo
Ganarle antes un paso, agora ciento
Alzado de la tierra lo llevaba,
Qe aun afirmar los piés no lo dejaba.

Adelante la cólera pasara,
Y hubiera alguna brega en aquel llano
Si receloso desto no bajara
Presto de arriba el hijo de Pillano,
Que de Caupolicán traia la vara,
Y él propio los aparta de su mano,
Que no fué poco en tanto encendimiento
Tenerle este respeto y miramiento.

Siendo desta manera sin ruido
Despartida la lucha ya enconada,
Le fué á Rengo su honor restituido,
Mas quedó sin derecho á la celada:
Aun no estaba del todo difinido,
Ni la plaza de gente despejada,
Cuando el mozo Orompello dijo presto:
«Mi vez ahora me toca, mio es el puesto.»

Que bramando entre sí se deshacia
Esperando aquel tiempo deseado,
Viendo que Leucoton ya mantenia,
Del tiro de la lanza no olvidado:
Con gran desenvoltura y gallardía
Salta el palenque y entra el estacado,
Y en medio de la plaza, como digo,
Llamaba cuerpo á cuerpo al enemigo.

La trápala y murmurio en el momento
Creció, porque parando el pueblo en ello,
Conoce por allí cuán descontento
Del fuerte Leucoton está Orompello:
Témese que vendrán á rompimiento;
Mas nadie se atraviesa á defendello,
Antes la plaza libre los dejaron,
Y los vacíos lugares ocuparon.

El pueblo de la lucha deseoso,
La mas parte á Orompello se inclinaba;
Mira los bellos miembros, y el airoso
Cuerpo que á la sazon se desnudaba:
La gracia, el pelo crespo, y el hermoso
Rostro, donde su poca edad mostraba,
Que veinte años cumplidos no tenia,
Y á Leucoton á fuerzas desafía.

Juzgan ser desconformes los presentes
Las fuerzas destos dos por la aparencia,
Viendo del uno el talle y los valientes
Niervos, edad perfeta y esperiencia;
Y del otro los miembros diferentes,
La tierna edad y grata adolecencia,
Aunque á tal opinion contradecia
La muestra de Orompello y osadía.

Que puesto en su lugar, ufano espera
El son de la trompeta, como cuando
El fogoso caballo en la carrera
La seña del partir está aguardando,
Y cual halcon que en la húmida ribera
Ve la garza de lejos blanqueando,
Que se alegra y se pule ya lozano,
Y está para arrojarse de la mano.

El gallardo Orompello así esperaba
Aquel alegre son para moverse,
Que de ver la tardanza imaginaba
Que habian impedimentos de ofrecerse:
Visto que tanto ya se dilataba,
Queriendo á su sabor satisfacerse,
Derecho á Leucoton sale animoso,
Que no fué en recibirle perezoso.

En gran silencio vuelto el rumor vano,
Quedando mudos todos los presentes,
En medio de la plaza mano á mano
Salen á se probar los dos valientes:
Como cuando el lebrel, y fiero alano,
Mostrándose con ronco son los dientes,
Yertos los cerros, y ojos encendidos,
Se vienen á morder embravecidos:

De tal modo los dos amordazados,
Sin esperar trompeta ni padrino,
De coraje y rencor estimulados,
De medio á medio parten el camino;
Y en un instante iguales, aferrados
Con estremada fuerza y diestro tino,
Se ciñeron los brazos poderosos,
Echándose á los piés lazos ñudosos.

Las desconformes fuerzas, aunque iguales,
Los lleva, arroja, y vuelve á todos lados
Viéranlos sin mudarse á veces tales,
Que parecen en tierra estar clavados;
Donde ponen los pies, dejan señales,
Cavan el duro suelo, y apretados
Juntándose rodillas con rodillas
Hacen crujir los huesos y costillas.

Cada cual del valor, destreza y maña
Usaba, que en tal tiempo usar podia,
Viendo el duro teson y fuerza estraña
Que en su recio adversario conocía:
Revuélvense los dos por la campaña,
Sin conocerse en nadie mejoría;
Pero tanto de acá y de allá anduvieron
Que ambos juntos á un tiempo en tierra dieron.

Fué tan presto el caer, y en el momento
Tan presto el levantarse, por manera
Que se puede decir que el mas atento;
A mover la pestaña, no lo viera:
Ventaja ni señal de vencimiento
Juzgarse por entonces no pudiera,
Que Leucoton arrodilló en el llano,
Y Orompello tocó sola una mano.

En esto los padrinos se metieron,
Y á cada lado el suyo retirando,
En disputa la lucha resumieron,
Sus puntos y razones alegando:
De entrambas partes gentes acudieron,
La porfía y rumor multiplicando,
Quién daba al uno el precio, honor y gloria,
Quién cantaba del otro la vitoria.

Tucapelo, que estaba en un asiento
A la diestra del hijo de Pillano,
Visto lo que pasaba, en el momento
Salta en la plaza, la ferrada en mano,
Y con aquel usado atrevimiento
Dice: «El precio ganó mi primo hermano,
Y si alguno esta causa me defiende,
Haréle yo entender que no lo entiende.

»La joya es de Orompello, y quien bastant
Se halla á reprobar el voto mio,
En campo estamos, hágase adelante,
Que en suma le desmiento y desafío.»
Leocoton con un término arrogante
Dice: «Yo amansaré tu loco brio,
Y el vano orgullo y necio devaneo,
Que mucho tiempo ha ya que lo deseo.»

«Conmigo lo has de haber, que comenzado
Juego tenemos ya,» dijo Orompello;
Responde Leucoton fiero y airado,
«Contigo y con tu primo quiero habello:»
Caupolicán en esto era llegado,
Que del supremo asiento, viendo aquello,
Habia bajado á la sazon confuso,
Y allí su autoridad toda interpuso.

Leucoton y Orompello conociendo
Que el gran Caupolicán allí venia,
Las enconosas voces reprimiendo,
Cada cual por su parte se desvía;
Mas Tucapel la maza revolviendo,
Que otro acuerdo y concierto no quería,
Lleno de ira diabólica no calla
Llamando á todo el mundo á la batalla.

Ruego y medios con él no valen nada
Del hijo de Leocán, ni de otra gente,
Diciendo que á Orompello la celada
Le den por vencedor y mas valiente:
Después, que en plaza franca y estacada
Con Leucoton le dejen libremente,
Donde aquella disputa se dicida,
Perdiendo de los dos uno la vida.

Puesto Caupolicán en este aprieto,
Lleno de rabia y de furor movido,
Le dice: «Haré que guardes el respeto,
Que á mi persona y cargo le es debido.»
Tucapel le responde: «Yo prometo
Que por temor no baje del partido,
Y aquel que en lo que digo no viniere
Haga á su voluntad lo que pudiere.

»Guardaréte respeto, si derecho
En lo que justo pido me guardares,
Y mientras que con recto y sano pecho
La causa sin pasion desto mirares;
Mas si contra razon solo de hecho,
Torciendo la justicia lo llevares,
Por tí, y tu cargo, y todo el mundo junto
No perderé de mi derecho un punto.»

Caupolicán perdida la paciencia
Se mueve á Tucapel determinado;
Mas Colocolo, viejo de esperiencia,
Que con temor le andaba siempre al lado,
Le hizo una acatada resistencia,
Diciendo: «¿Estás, señor, tan olvidado
De tí y tu autoridad, y salud nuestra,
Que lo pongas en solo alzar la diestra?

»Mira, señor, que todo se aventura,
Mira que están los mas ya diferentes;
De Tucapel conoces la locura,
Y la fuerza que tiene de parientes;
Lo que enmendar se puede con cordura,
No lo enmiendes con sangre de inocentes:
Dale á Orompello el contenido precio,
Y otro al competidor de igual aprecio.

»Si por rigor y término sangriento
Quieres poner en riesgo lo que queda,
Puesto que sobre fijo fundamento
Fortuna á tu sabor mueva la rueda,
Y el juvenil furor y atrevimiento
Castigar á tu salvo te conceda,
Queda tu fuerza mas disminuïda,
Y al fin tu autoridad menos temida.

»Pierdes dos hombres, pierdes dos espadas
Que el límite araucano han estendido,
Y en las fieras naciones apartadas
Hacen que sea tu nombre tan temido:
Si agora han sido aquí desacatadas,
Mira lo que otras veces han servido,
En trances peligrosos derramando
La sangre propia y del contrario bando.»

Imprimieron así en Caupolicano
Las razones y celo de aquel viejo,
Que frenando el furor dijo: «En tu mano
Lo dejo todo, y tomo ese consejo.»
Con tal resolucion, el sabio anciano
Viendo abierto camino y aparejo,
Habló con Leucoton, que vino en todo,
Y á los primos después del mismo modo.

Y así el viejo eficaz los persuadiera,
Que en tal discordia y caso tan diviso,
Lo que el mundo universo no pudiera
Pudo su discrecion y buen aviso:
Fuéles pues reduciendo de manera
Que vinieron á todo lo que quiso;
Pero con condicion que la celada
Por precio de Orompello fuese dada.

Pues la rica celada allí traida,
Al ufano Orompello le fué puesta;
Y una cuera de malla guarnecida
De fino oro á la par vino con esta,
Y al mismo tiempo á Leucoton vestida,
Todos conformes en alegre fiesta
A las copiosas mesas se sentaron,
Donde mas la amistad confederaron.

Acabado el comer, lo que del dia
Les quedaba, las mesas levantadas,
Se pasó en regocijo y alegría,
Tejiendo en corros danzas siempre usadas,
Donde un número grande intervenia
De mozos y mujeres festejadas;
Que las pruebas cesaron y ocasiones,
Atento á no mover nuevas cuestiones.

Cuando la noche el horizonte cierra
Y con la negra sombra el mundo abraza,
Los principales hombres de la tierra
Se juntaron en una antigua plaza
A tratar de las cosas de la guerra,
Y en el discurso dellas dar la traza,
Diciendo que el subsidio padecido
Habia de ser con sangre redemido,

Salieron con que al hijo de Pillano
Se cometiese el cargo deseado,
Y el número de gente por su mano
Fuese absolutamente señalado:
Tal era la opinion del araucano,
Y tal crédito y fama habia alcanzado,
Que si asolar el cielo prometiera,
Crédito á la promesa se le diera.

Y entre la gente joven mas granada
Fueron por él quinientos escogidos,
Mozos gallardos de la vida airada,
Por mas bravos que plàticos tenidos:
Y hubo de otros por ir esta jornada
Tantos ruegos, protestos y partidos,
Que escusa no bastó ni impedimento
A no esceder la copia en otros ciento.

Los que Lautaro escoge son soldados
Amigos de inquietud, facinerosos,
En el duro trabajo ejercitados,
Perversos, disolutos, sediciosos,
A cualquiera maldad determinados,
De presas y ganancias codiciosos,
Homicidas, sangrientos, temerarios,
Ladrones, bandoleros y cosarios.

Con esta buena gente caminaba
Hasta Maule de paz atravesando,
Y las tierras después por do pasaba
Las iba á fuego y sangre sujetando:
Todo sin resistir se le allanaba,
Poniéndose debajo de su mando;
Los caciques le ofrecen francamente
Servicio, armas, comida, ropa y gente.

Así que por los pueblos y ciudades
La comarca los bárbaros destruyen,
Talan comidas, casas y heredades,
Que los indios de miedo al pueblo huyen:
Estupros, adulterios y maldades
Por violencia sin término concluyen,
No reservando edad, estado y tierra,
Que á todo riesgo y trance era la guerra.

No paran con la gana que tenian
De venir con los nuestros á la prueba,
Los indios comarcanos que huian
Llevan á la ciudad la triste nueva:
Rumores y alborotos se movian,
El bélico bullicio se renueva,
Aunque algunos que el caso contemplaban
A tales nuevas crédito no daban.

Dicen, que era locura claramente
Pensar que así una escuadra desmandada
De tan pequeño número de gente
Se atreviese á emprender esta jornada;
Y mas contra ciudad tan eminente,
Y lejos de su tierra y apartada;
Pero los que de Penco habian salido
Tienen por mas el daño que el ruïdo.

Votos hay que saliesen al camino,
Estos son de los jóvenes briosos,
Otros que era imprudencia y desatino
Por los pasos y sitios peligrosos:
A todo con presteza se previno,
Que de grandes reparos ingeniosos
El pueblo fortalecen, y en un punto
Despachan corredores todo junto,

Debajo de un caudillo diligente
Que verdadera relacion trujese
Del número y designio de la gente,
Con comision, si lance le saliese,
A su honor y defensa conveniente,
Que al bárbaro escuadron acometiese,
Volviendo á rienda suelta dos soldados
Para que dello fuesen avisados.

Por no haber caso en esto señalado,
Abrevio con decir que se partieron,
Y al cuarto dia con ánimo esforzado
Sobre el campo enemigo amanecieron:
Trabóse el juego, y no duró trabado,
Que los bárbaros luego los rompieron,
Y todos con cuidado y piés lijeros
Revolvieron á ser los mensajeros.

Sin aliento, cansados y afligidos,
Vuelven con testimonio asaz bastante
De cómo fueron rotos y vencidos
Por la fuerza del bárbaro pujante:
Lasos, llenos de sangre, mal heridos,
Con pérdida de un hombre, el cual delante
Y en medio de los campos desmandado,
A manos de Lautaro habia espirado.

Cuentan que levantado un muro habia
Adonde con sus bárbaros se acoge,
Y que infinita gente le acudia,
De la cual la mas diestra y fuerte escoge;
También que bastimentos cada dia
Y cantidad de municion recoge,
Afirmando por cierto fuera desto
Que sobre la ciudad llegará presto.

Quien incrédulo dello antes estaba,
Teniendo allí el venir por desvarío,
A tan clara señal crédito daba,
Helándole la sangre un miedo frío;
Quién de pura congoja trasudaba,
Que de Lautaro ya conoce el brío:
Quién con ardiente y animoso pecho
Bramaba por venir mas presto al hecho.

Villagrán enfermado acaso habia,
No puede á la sazon seguir la guerra;
Mas con ruegos y dádivas movia
La gente mas gallarda de la tierra;
Y por caudillo en su lugar ponia
Un caro primo suyo, en quien se encierra
Todo lo que conviene á buen soldado:
Pedro de Villagrán era llamado.

Este sin mas tardar tomó el camino
En demanda del bárbaro Lautaro,
Y el cargo que tan loco desatino
Como es venir allí le cueste caro:
Dióse tal prisa á andar, que presto vino
A la corva ribera del rio claro,
Que vuelve atrás en círculo gran trecho,
Después hasta la mar corre derecho.

Media legua pequeña elige un puesto
De donde estaba el bárbaro alojado,
En el lugar mejor y mas dispuesto,
Y allí por ver la noche ha reparado:
Estaba á cualquier trance y rumor presto,
De guardia y centinelas rodeado,
Cuando sin entender la cosa cierta,
Gritaban: «arma, arma, alerta, alerta.»

Esto fué que Lautaro habia sabido
Cómo allí nuestra gente era llegada,
Que después de la haber reconocido
Por su misma persona y numerada,
Volvióse sin de nadie ser sentido,
Y mostrando estimarlo todo en nada,
Hizo de los caballos que tenia
Soltar el de mas furia y lozanía,

Diciendo en alta voz: «Si no me engaño,
No deben de saber que soy Lautaro
De quien han recibido tanto daño,
Daño que no tendrá jamás reparo;
Mas porque no me tengan por estraño,
Y el ser yo aquí venido sea mas claro,
Sabiendo con quien vienen á la prueba,
Quiero que este rocin lleve la nueva.»

Diez caballos, señor, habia ganado
En la refriega y última revuelta,
El mejor ensillado y enfrenado,
Porque diese el aviso cierto, suelta:
Siendo el feroz caballo amenazado
Acia el campo español toma la vuelta
Al rastro y al olor de los caballos,
Y esta fué la ocasion de alborotallos.

Venia con un rumor y furia tanta,
Que dió mas fuerza al arma y mayor fuego;
La gente recatada se levanta
Con sobresalto y gran desasosiego;
El escándalo tanto no fué cuanta
Era después la burla, risa y juego
De ver que un animal de tal manera
En arma y alboroto los pusiera.

Pasaron sin dormir la noche en esto
Hasta el nuevo apuntar de la mañana,
Que, con ánimo y firme presupuesto
De vencer ó morir de buena gana,
Salen del sitio y alojado puesto
Contra la gente bárbara araucana,
Que no menos estaba acodiciada
Del venir al efeto de la espada.

Un edicto Lautaro puesto habia,
Que quien fuera del muro un paso diese
Como por crimen grave y rebeldía,
Sin otra informacion luego muriese.
Así el temor frenando á la osadía,
Por mas que la ocasion la comoviese,
Las riendas no rompió de la obediencia,
Ni el ímpetu pasó de su licencia.

Del muro estaba el bárbaro cubierto
No dejando salir soldado fuera;
Quiere que su partido sea mas cierto
Encerrando á los nuestros, de manera,
Que no les aproveche en campo abierto
De lijeros caballos la carrera,
Mas solo ánimo, esfuerzo y entereza,
Y la virtud del brazo y fortaleza.

Era el orden así, que acometiendo
La plaza, al tiempo del herir volviesen
Las espaldas los bárbaros huyendo,
Porque dentro los nuestros se metiesen,
Y algunos por defuera revolviendo,
Antes que los cristianos se advirtiesen
Ocuparles las puertas del cercado,
Y combatir allí á campo cerrado.

Con tal ardid los indios aguardaban
A la gente española que venia,
Y en viéndola asomar la saludaban,
Alzando una terrible vocería:
Soberbios desde allí la amenazaban
Con audacia, desprecio y bizarría;
Quién la fornida pica blandeando,
Quién la maza ferrada levantando.

Como toros que van á ser lidiados,
Cuando aquellos que cerca los desean
Con silbos y rumor de los tablados
Seguros del peligro los torean,
Y en su daño los hierros amolados,
Sin miedo amenazándolos blandean:
Así la gente bárbara araucana
Del muro amenazaba á la cristiana.

Los españoles siempre con semblante
De parecerles poca aquella caza,
Paso á paso caminan adelante
Pensando de allanar la fuerte plaza,
En alta voz diciendo: «No es bastante
El muro, ni la pica y dura maza
A estorbaros la muerte merecida
Por la gran desvergüenza cometida.»

Llegados de la fuerza poco trecho,
Reconocida bien por cada parte,
Pónenle el rostro, y sin torcer derecho
Asaltan el fosado baluarte:
Por acabado tienen aquel hecho;
De los bárbaros huye la mas parte;
Ganan las puertas francas con gran gloria
Cantando en altas voces la vitoria.

No hubiera relacion deste contento,
Si los primeros indios aguardaran
Tanto espacio y sazon cuanto un momento,
Que las puertas los últimos tomaran;
Mas viéndolos entrar, sin sufrimiento
Ni poderse abstener, luego reparan,
Haciendo la señal que no debian,
Hicieron revolver los que huian.

Como corre el caballo cuando ha olido
Las yeguas que atrás quedan y querencia,
Que allí el intento inclina y el sentido,
Gime y relincha con celosa ausencia,
Afloja el curso, atrás tiende el oido
Alerto á si el señor le da licencia,
Que á dar la vuelta aun no le ha señalado
Cuando sobre los piés ha volteado:

De aquel modo los bárbaros huyendo
Con muestra de temor, aunque fingida,
Firman el paso presuroso, oyendo
La alegre y cierta seña conocida;
Y en contra de los nuestros esgrimiendo
La cruda espada al parecer rendida,
Vuelven con una furia tan terrible
Que el suelo retembló del son horrible.

Como por sesgo mar del manso viento
Siguen las graves olas el camino,
Y con furioso y recio movimiento
Salta el contrario coro repentino;
Que las arenas del profundo asiento
Las saca arriba en turbio remolino,
Y las hinchadas olas revolviendo
Al tempestuoso coro van siguiendo:

De la misma manera á nuestra gente,
Que el alcance sin término seguia,
La súbita mudanza de repente
Le turbó la vitoria y alegría;
Que sin se reparar violentamente
Por el mismo camino revolvia,
Resistiendo con ánimo esforzado
El número de gente aventajado.

Mas como un cuadaloso rio de fama,
La presa y palizada desatando,
Por inculto camino se derrama
Los arraigados troncos arrancando,
Cuando con desfrenado curso brama
Cuanto topa delante arrebatando,
Y los duros peñascos enterrados
Por las furiosas aguas son llevados:

Con ímpetu y violencia semejante
Los indios á los nuestros arrancaron,
Y sin pararles cosa por delante
En furiosa corriente los llevaron,
Hasta que con veloz furor pujante
De la cerrada plaza los lanzaron:
Que el miedo de perder allí la vida
Les hizo el paso llano á la salida.

De mas priesa y con piés mas desenvueltos
Los sueltos españoles que á la entrada,
En una polvorosa nube envueltos
Salen del cerco estrecho y palizada:
Entre ellos van los bárbaros revueltos
Una gente con otra amontonada,
Que sin perder un punto se herian
De manos y de piés como podian.

No el alzado antepecho y agujeros
Que fuera dél en torno habia cavados,
Ni la fagina y suma de maderos
Con los fuertes bejucos amarrados,
Detuvieron el curso á los ligeros
Caballos, de los hierros hostigados,
Que como si volaran por el viento,
Salieron á lo llano en salvamento.

Los españoles sin parar corriendo
Libre la plaza á los contrarios dejan,
Que la fortuna próspera siguiendo
Con prestos piés y manos los aquejan;
Pero los nuestros el morir temiendo,
Siempre alargan el paso, y mas se alejan,
Deteniendo á las veces flojamente
La gran furia y pujanza de la gente.

Bien una legua larga habian corrido
A toda furia por la seca arena,
Solo Lautaro no los ha seguido,
Lleno de enojo y de rabiosa pena:
Viendo el poco sustento del mal regido
Campo, tan recio el rico cuerno suena
Que los mas delanteros lo sintieron
Y al son sin mas correr se retrujeron.

Estaba así impaciente y enojado,
Que mirarle á la cara nadie osaba,
Y al pabellon él solo retirado
Un nuevo edicto publicar mandaba:
Que guerrero ninguno fuese osado
Salir un paso fuera de la cava,
Aunque los españoles revolviesen
Y mil veces el fuerte acometiesen.

Después llamando á junta á los soldados
Aunque ardiendo en furor, templadamente
Les dice: «Amigos, vamos engañados,
Si con tan poco número de gente
Pensamos allanar los levantados
Muros de una ciudad así eminente;
La industria tiene aquí mas fuerza y parte,
Que la temeridad del fiero Marte.

»Esta los fieros ánimos reprime,
Y á los flacos y débiles esfuerza,
Las cervices indómitas oprime,
Y las hace domésticas por fuerza;
Esta el honor y pérdidas redime,
Y la sazon á usar della nos fuerza;
Que la industria solicita y fortuna
Tienen conformidad y andan á una.

»Cumple partir de aquí muestras haciendo
Que solo de temor nos retiramos,
Y asegurar los españoles viendo
Cómo el honor y campo les dejamos;
Que después á su tiempo revolviendo
Haremos lo que así dificultamos,
Teniendo ellos el llano, y por guarida
Vecina la ciudad fortalecida.»

El hijo de Pillán esto decia,
Cuando asomaba el bando castellano
Que con esfuerzo nuevo y osadía
Quiere probar segunda vez la mano:
Fué tanto el alboroto y alegría
De los bárbaros, viendo por el llano
Aparecer los nuestros, que al momento
Gritan y baten palmas de contento.

En esto, los cristianos acercando
Poco á poco se van á la batalla;
Y al justo tiempo del partir llegando
Dejan irse á la bárbara canalla,
Que uno la maza en alto, otro bajando
La pica, el cuerpo exento en la muralla
Con animoso esfuerzo se mostraban,
Y al ejercicio bélico incitaban.

Unos acuden á las anchas puertas
Y comienzan allí el combate duro,
De escudos las cabezas bien cubiertas
Se llegan otros al guardado muro,
Otros buscan por partes descubiertas
La subida y el paso mas seguro:
Hinche el bando español la cava honda,
Y el araucano el muro á la redonda.

Pero el pueblo español con osadía,
Cubierto de fortísimos escudos,
La lluvia de los tiros resistía
Y los botes de lanzas muy agudos:
Era tanta la grita y armonía,
Y el espeso batir de golpes crudos,
Que Maule el raudo curso refrenaba
Confuso al son que en torno rimbombaba.

Por las puertas, y frente y por los lados,
El muro se combate y se defiende;
Allí corren con priesa amontonados
Adonde mas peligro haber se entiende;
Allí con prestos golpes esforzados
A su enemigo cada cual ofende
Con furia tan terrible y fuerza dura,
Que poco importa escudo ni armadura.

Los nuestros acia atrás se retrujeron
De los tiros y golpes impelidos
Tres veces, y otras tantas revolvieron
De vergonzosa cólera movidos:
Gran pieza á la fortuna resistieron,
Mas ya todos andaban mal heridos,
Flacos, sin fuerza, lasos, desangrados,
Y de sangre los hierros colorados.

El coraje y la cólera es de suerte
Que va en aumento el daño y la crueza;
Hallan los españoles siempre el fuerte
Mas fuerte y en los golpes mas dureza;
Sin temor acometen de la muerte,
Pero poco aprovecha esta braveza:
Que el que menos herido y flaco andaba
Por seis partes la sangre derramaba.

Hasta la gente bárbara se espanta
De ver lo que los nuestros han sufrido
De espesos golpes, flecha y piedra tanta
Que sin cesar sobre ellos ha llovido,
Y cuán determinados y con cuánta
Furia tres veces han acometido:
Desto los enemigos impacientes
Apretaban los puños y los dientes.

Y como tempestad que jamás cesa,
Antes que va en furioso crecimiento
Cuando la congelada piedra espesa
Hiere los techos y se esfuerza el viento:
Así los duros bárbaros apriesa,
Movidos de vergüenza y corrimiento,
Con lanzas, dardos, piedras arrojadas
Baten dargas, rodelas y celadas.

Los cansados cristianos no pudiendo
Sufrir el gran trabajo incomportable,
Se van forzosamente retrayendo
Del vano intento y plaza inespugnable,
Y el destrozado campo recogiendo:
Vista su suerte y hado miserable,
Por el mesmo camino que vinieron,
Aunque con menos furia, se volvieron.

Aquella noche al pié de una montaña
Vinieron á tener su alojamiento,
Segura de enemigos la campaña,
Que ninguno salió en su seguimiento.
Decir prometo la cautela estraña
De Lautaro después, que ahora me siento
Flaco, cansado, ronco, y entre tanto
Esforzaré la voz al nuevo canto.

CANTO XII.

Recogido Lautaro en su fuerte no quiere seguir la vitoria por entretener á los españoles. Pasa ciertas razones con él Marcos Vaez, por las cuales Pedro de Villagrán viene á entender el peligroso punto en que estaba, y levantando su campo se retira. Viene el marqués de Cañete á la ciudad de los Reyes en el Pirú.

Virtud difícil y difícil prueba
Es guardar el secreto peligroso,
Que la dificultad bien claro prueba
Cuánto es sano, seguro y provechoso,
Y el poco fruto y mucho mal que lleva
El vicio inútil del hablar dañoso:
Ejemplo los de Líbico homicidas
Y otros que les costó el hablar las vidas.

Veránse por los ojos y escrituras
En los presentes tiempos y pasados
Crüeldades, ruïnas, desventuras,
Infamias, puniciones de pecados,
Grandes yerros en grandes coyunturas,
Pérdidas de personas y de estados:
Todo por no sufrir el indiscreto
La peligrosa carga del secreto.

De los vicios el menos de provecho,
Y por donde mas daño á veces viene,
Es el no retener el fácil pecho
El secreto hasta el tiempo que conviene:
Rompe y deshace al fin todo lo hecho,
Quita la fuerza que la industria tiene,
Guerra, furor, discordia, fuego enciende,
Al propio dueño y al amigo vende.

Por esto el sabio hijo de Pillano
La causa á sus soldados encubria
De no dejar salir gente á lo llano,
Siguiendo la vitoria de aquel dia;
Y el retirado campo castellano
Seguro á paso largo por la via,
Como dije, la furia quebrantada,
Toma de la ciudad la vuelta usada.

Usar Lautaro desta maña, entiendo
Que fuese para algun sagaz intento,
El cual por conjeturas comprehendo
Ser de gran importancia y fundamento:
Dejado esto á su tiempo, y revolviendo
A los nuestros que así del fuerte asiento
Se alejan, á tres leguas otro dia
Hicieron alto, asiento y ranchería.

Dos dias los españoles estuvieron
Haciendo de los bravos, aguardando;
Pero jamás los bárbaros vinieron,
Ni gente pareció del otro bando.
Al fin dos de los nuestros se atrevieron
A ver el fuerte, y cerca dél llegando,
Oyeron una voz alta del muro
Diciéndoles: «Llegaos que os doy seguro.»

Al uno por su nombre lo llamaba
Con el cierto seguro prometido,
El cual dejando al otro, se llegaba
Por conocer quién era el atrevido:
Llegado el español junto á la cava,
El de la voz fué luego conocido,
Que era el gallardo hijo de Pillano,
Tratado dél un tiempo como hermano.

Estaba de un lustroso peto armado
Con sobrevista de oro guarnecida,
En una gruesa pica recostado
Por el ferrado regaton asida;
El ancho y duro hierro colorado,
Y de sangre la media asta teñida,
Puesta de limpio acero una celada,
Abierta por mil partes y abollada.

Llegado el español donde podia
Hablarle y entenderle claramente,
El bizarro Lautaro le decia:
«Marcos, de tí me espanto estrañamente
Y de esa tu inorante compañía,
Que sin razon y seso ciegamente
Penseis así de mi opinion mudarme,
Y ser bastantes todos á enojarme.

»¿Qué intento os mueve, ó qué furor insano,
Que así quereis tiranizar la tierra?
¿No veis que todo agora está en mi mano,
El bien vuestro y el mal, la paz, la guerra?
¿No veis que el nombre y crédito araucano
Los levantados ánimos atierra,
Que solo el son al mundo pone miedo,
Y quebranta las fuerzas y el denuedo?

»En los pueblos no fuistes poderosos
De defender las propias posesiones,
Que es cosa que aun los pájaros medrosos
Hacen rostro en su nido á los leones;
¿Y en los desiertos campos pedregosos
Pensais de sustentar los pabellones
En tiempo que estais mas amedrentados,
Y mas vuestros contrarios animados?

»Es á mi parecer loca osadía
Querer contra nosotros sustentaros;
Pues ni por arte, maña, ni otra via
Podeis en nuestro daño aprovecharos.
Si lo quereis llevar por valentía,
Baste el presente estrago á escarmentaros,
Que fresca sangre aun vierten las heridas,
Y della aquí las yerbas veo teñidas.

»Pues dejar yo jamás de perseguiros,
Segun que lo juré, será escusado;
Hasta dentro en España he de seguiros,
Que así lo he prometido al gran senado;
Mas si quereis en tiempo reduciros
Haciendo lo que aquí os será mandado,
Saldré de la promesa y juramento,
Y vosotros saldreis de perdimiento.

»Treinta mujeres vírgenes apuestas
Por tal concierto habeis de dar cada año,
Blancas, rubias, hermosas, bien dispuestas,
De quince años á veinte sin engaño:
Han de ser españolas, y tras estas
Treinta capas de verde y fino paño,
Y otras treinta de púrpura tejidas,
Con fino hilo de oro guarnecidas.

»También doce caballos poderosos,
Nuevos y ricamente enjaezados,
Domésticos, lijeros y furiosos,
Debajo de la rienda concertados;
Y seis diestros lebreles animosos
En la caza me habeis de dar cebados:
Este solo tributo estorbaria
Lo que estorbar el mundo no podria.»

Atento el castellano le escuchaba
Estando de la plática gustoso;
Mas cuando á estas razones allegaba,
No pudo aquí tener ya mas reposo;
Así impaciente al bárbaro atajaba,
Diciéndole: «No estés tan orgulloso,
Que las parias que pides, ó Lautaro,
Te costarán, si esperas, presto caro.

»En pago de tu loco atrevimiento,
Te darán españoles por tributo
Cruda muerte con áspero tormento,
Y Arauco cubrirán de eterno luto.»
Lautaro dijo: «Es eso hablar al viento;
Sobre ello, Marcos, mas yo no disputo,
Las armas, no la lengua, han de tratarlo,
Y la fuerza y valor determinarlo.

»Libre puedes decir lo que quisieres,
Como aquel que seguro le está dado,
Que tú después harás lo que pudieres,
Y yo podré hacer lo que he jurado:
Tratemos de otras cosas de placeres,
Quede para su tiempo comenzado,
Y quiérote mostrar, pues tiempo hallo,
Una lucida escuadra de á caballo.

»Que para que no andeis tan al seguro,
Acuerdo de tener también caballos,
Y de imponer mis súbditos procuro
A saberlos tratar, y gobernallos.»
Esto dijo Lautaro, y desde el muro
A seis dispuestos mozos sus vasallos
Mandó que en seis caballos cabalgasen,
Y por delante dél los paseasen.

Por las dos puentes á la voz caladas
Salieron á caballo seis chilcanos,
Pintadas y anchas dargas embrazadas,
Gruesas lanzas terciadas en las manos,
Vestidas fuertes cotas, y tocadas
Las cabezas al modo de africanos,
Mantos por las caderas derribados,
Los brazos hasta el codo arremangados.

Y con airosa muestra por delante
Del atento español dos vueltas dieron,
Pero ni de su puesto y buen semblante
Punto que se notase le movieron;
Antes con muestra y ánimo arrogante,
En alta voz, que todos lo entendieron
(Que el muro estaba ya lleno de gente),
Habló así con Lautaro libremente:

«En vano, ó capitán, cierto trabaja
Quien pretende con fieros espantarme:
No estimo lo que ves en una paja,
Ni alardes pueden punto amedrentarme;
Y por mostrar si temo la ventaja,
Yo solo con los seis quiero probarme,
Do verás que á seis mil seré bastante:
Vengan luego á la prueba aquí delante.»

Lautaro respondió: «Marcos, si mueres
Tanto por nos mostrar tu fuerza y brío,
El mínimo que dellos escogieres
A pié vendrá contigo en desafío,
Del modo y la manera que quisieres:
Elige armas y campo á tu albedrío,
Ora con ellas, ora desarmados,
A puños, coces, uñas y á bocados.»

El español le dijo: «Yo te digo
Que mi honor en tal caso no consiente
Darles uno por uno su castigo,
Porque jamás se diga entre la gente
Que cuerpo á cuerpo bárbaro conmigo
En campo osase entrar singularmente:
Por tanto, si no quieres lo que pido,
No quiero yo acetar otro partido.»

No vinieron en esto á concertarse;
Después por otras cosas discurrieron;
Pero llegado el tiempo de apartarse
Del bárbaro, los dos se despidieron:
Vueltos á su camino, oyen llamarse,
Y á la voz conocida revolvieron,
Que era el mesmo Lautaro quien llamaba,
Diciendo: «Una razon se me olvidaba.

»Tengo mi gente triste y afligida,
Con gran necesidad de bastimento,
Que me falta del todo la comida
Por orden mala y poco regimiento:
Pues la teneis de sobra recogida,
Haced un liberal repartimiento,
Proveyéndonos della, que á mi cuenta
Mas la gloria y honor vuestro acrecienta.

»Que en el ínclito estado es uso antiguo,
Y entre buenos soldados ley guardada,
Alimentar la fuerza al enemigo
Para solo oprimirle por la espada:
Estad, Marcos, atento á lo que digo,
Y entended que será cosa loada,
Que digan que las fuerzas sojuzgastes,
Que para mayor triunfo alimentastes.

»Que se llame vitoria, yo lo dudo
Cuando el contrario á tal estremo viene,
Que en aquello que nunca el valor pudo
La hambre miserable poder tiene;
Y al fuerte brazo indómito y membrudo
Lo debilita, doma y lo detiene,
Y así por bajo modo y estrecheza,
Viene á parecer fuerte la flaqueza.»

Era, señor, su intento que pensase
Ser la necesidad (fingida) cierta,
Para que nuestra gente se animase
De industria abriendo aquella falsa puerta;
Y con esto inducirla á que esperase,
Teniendo así su astucia mas cubierta,
Hasta que el fin llegase deseado
Del cauteloso engaño fabricado.

Marcos de las palabras conmovido
Le dice: «Yo prometo de intentallo
Por solo esas razones que has movido,
Y hacer todo el poder en procurallo.»
Habiéndose con esto despedido,
Revolviendo las riendas al caballo,
El y su compañero caminaron
Hasta que al español campo llegaron.

De todo al punto Villagrá informado
Cuanto á Marcos Lautaro dicho habia,
Sospechoso, confuso y admirado
De ver que bastimentos le pedia:
Era sagaz, celoso, y recatado;
Revolviendo la presta fantasía
Los secretos designios comprehende,
Y el peligroso estado y trance entiende.

Y en el presto remedio resoluto,
Cuando el mundo se muestra mas escuro
Sin tocar trompa, del peligro instruto,
Toma el camino á la ciudad seguro,
Maravillado del ardid astuto.
Pero de nuestra gente ahora no curo,
Que quiero antes decir el modo estraño
De la ingeniosa astucia y nuevo engaño.

Aun no era bien la nueva luz llegada,
Cuando luego los bárbaros supieron
La súbita partida y retirada,
Que no con poca muestra lo sintieron;
Viendo claro que al fin de la jornada,
Por un espacio breve no pudieron
Hacer en los cristianos tal matanza
Que nadie dellos mas tomara lanza.

Que aquel sitio cercado de montaña,
Que es en un bajo y recogido llano,
De acequias copiosísimas se baña
Por zanjas con industria hechas á mano:
Rotas al nacimiento, la campaña
Se hace en breve un lago y gran pantano;
La tierra es honda, floja, anegadiza,
Hueca, falsa, esponjada y movediza.

Quedaran, si las zanjas se rompieran,
En agua aquellos campos empapados,
Moverse los caballos no pudieran
En pegajosos lodos atascados:
Adonde si aguardaran los cogieran,
Como en liga á los pájaros cebados,
Que ya Lautaro con despacho presto
Habia en ejecucion el ardid puesto.

Triste por la partida y con despecho
La fuerza desampara el mismo dia,
Y el camino de Arauco mas derecho
Marcha con su escuadron de infantería:
Revuelve y traza en el cuidoso pecho
Diversas cosas, y en ninguna habia
El consuelo y disculpa que buscaba,
Y entre sí razonando suspiraba,

Diciendo: «¿Qué color puede bastarme
Para ser desta culpa reservado?
¿No pretendí yo mucho de encargarme
De cosa que me deja bien cargado?
¿De quién sino de mí puedo quejarme,
Pues todo por mi mano se ha guiado?
¿Soy yo quien prometió en un año solo
De conquistar del uno al otro polo?

»Mientras que yo con tan lucida gente
Ver el muro español aun no he podido,
La luna ya tres veces frente á frente
Ha visto nuestro campo mal regido,
Y el carro de Faeton resplandeciente
Del Escorpio al Acuario ha discurrido,
Y al fin damos la vuelta mal tratados
Con pérdida de mas de cien soldados

» Si con morir tuviese confianza
Que una vergüenza tal se colorase,
Haria á mi inútil brazo que esta lanza
El débil corazon me atravesase;
Pero daria de mi mayor venganza
Y gloria al enemigo, si pensase
Que temí mas su brazo poderoso
Que el flaco mio, cobarde y temeroso.

»Yo juro al infernal poder eterno,
Si la muerte en un año no me atierra,
De echar de Chile el español gobierno
Y de sangre empapar toda la tierra:
Ni mudanza, calor, ni crudo invierno
Podrán romper el hilo de la guerra,
Y dentro del profundo reino escuro
No se verá español de mí seguro.»

Hizo también solene juramento
De no volver jamás al nido caro,
Ni del agua, del sol, sereno y viento
Ponerse á la defensa ni al reparo;
Ni de tratar en cosas de contento
Hasta que el mundo entienda de Lautaro,
Que cosa no emprendió dificultosa
Sin darla con valor salida honrosa.

En esto le parece que aflojaba
La cuerda del dolor, que á veces tanto
Con grave y dura afrenta le apretaba,
Que de perder el seso estuvo á canto;
Así el feroz Lautaro caminaba;
Y al fin de tres jornadas, entre tanto
Que el esperado tiempo se avecina,
Se aloja en una vega á la marina.

Junto adonde con recio movimiento
Baja de un monte Itata caudaloso,
Atravesando aquel umbroso asiento
Con sesgo curso, grave y espacioso:
Los árboles provocan á contento,
El viento sopla allí mas amoroso
Burlando con las tiernas florecillas
Rojas, azules, blancas y amarillas.

Siete leguas de Penco justamente
Es esta deleitosa y fértil tierra,
Abundante, capaz y suficiente
Para poder sufrir gente de guerra:
Tiene cerca á la banda del oriente
La grande cordillera y alta sierra,
De donde el raudo Itata apresurado
Baja á dar su tributo al mar salado.

Fué un tiempo de españoles; pero habia
La prometida fe ya quebrantado,
Viendo que la fortuna parecia
Declarada de parte del estado;
El cual veinte y dos leguas contenia:
Este era su distrito señalado;
Pero tan grande crédito alcanzaba,
Que toda la nacion le respetaba.

Los españoles ánimos briosos
Este los puso humildes por el suelo;
Este los bajos, tristes y medrosos
Hace que se levanten contra el cielo;
Y los estraños pueblos poderosos
De miedo deste viven con recelo:
Los remotos vecinos y estranjeros
Se rinden y someten á sus fueros.

Pues la flor del estado deseando
Estaba al tardo tiempo en esta vega,
Tardo para quien gusto está esperando,
Que al que no espera bien, bien presto llega;
Pero el tiempo y sazon apresurando,
A sus valientes bárbaros congrega;
Y antes que se metiesen en la vía,
Estas breves razones les decia:

«Amigos, si entendiese que el deseo
De combatir sin otro miramiento,
Y la fogosa gana que en vos veo
Fuese de la vitoria el fundamento;
Hágoos saber de mí, que cierto creo
Estar en vuestra mano el vencimiento,
Y un paso atrás volver no me hiciera,
Si el mundo sobre mí todo viniera.

»Mas no es solo con ánimo adquirida
Una cosa difícil y pesada:
¿Qué aprovecha el esfuerzo sin medida,
Si tenemos la fuerza limitada?
Mas esta, aunque con límite, regida
Por industrioso ingenio y gobernada,
De duras y de muy dificultosas
Hace llanas y fáciles las cosas.

»¿Cuántos vemos el crédito perdido
En afrentoso y mísero destierro,
Por solo haber sin término ofrecido
El pecho osado al enemigo hierro?
Que no es valor, mas antes es tenido
Por loco, temerario y torpe yerro:
Valor es ser al orden obediente,
Y locura sin orden ser valiente.

»Como en este negocio y gran jornada
Con tanto esfuerzo así nos destruimos,
Fué porque no miramos jamás nada,
Sino al ciego apetito á quien seguimos:
Que á no perder por furia anticipada
El tiempo y coyuntura que tuvimos,
No quedara español, ni cosa alguna
A la disposicion de la fortuna.

»Si al entrar de la fuerza reportados
Allí algun sufrimiento se tuviera,
Fueran vuestros esfuerzos celebrados,
Pues ningun enemigo se nos fuera;
En la ciudad estaban descuidados:
Con la gente que andaba por defuera
Hiciéramos un hecho y una suerte,
Que no la consumieran tiempo y muerte.

»Pero quiero poneros advertencia,
Que habeis por la razon de gobernaros,
Haciendo al movimiento resistencia
Hasta que la sazon venga á llamaros;
Y no salirme un punto de obediencia,
Ni á lo que os mandare adelantaros:
Que en el inobediente y atrevido
Haré ejemplar castigo nunca oido.

»Y pues volvemos ya donde se muestra
Nuestro poco valor, por mal regidos,
En fe que habeis de ser (alzo la diestra)
En el primer honor restituidos,
O el campo regará la sangre nuestra,
Y habemos de quedar en él tendidos
Por pasto de las brutas bestias fieras,
Y de las sucias aves carniceras.»

Con esto fué la plática acabada,
Y la trompeta á levantar tocando,
Dieron nuevo principio á su jornada
Con la usada presteza caminando.
Yendo así, al descubrir de una ensenada
Por Martaquino á la derecha entrando,
Un bárbaro encontraron por la vía
Que del pueblo les dijo que venia.

Este les afirmó con juramento
Que en Mapochó se sabe su venida,
Ora les dió la nueva della el viento,
Ora de espías solícitas sabida;
También que de copioso bastimento
Estaba la ciudad ya prevenida
Con defensas, reparos, provisiones,
Pertrechos, aparatos, municiones.

Certificado bien Lautaro desto
Muda el primer intento que traia,
Viendo ser temerario presupuesto
Seguirle con tan poca compañía:
Piensa juntar mas gentes, y de presto
Un fuerte asiento que en el valle habia,
Con ingenio y cuidado diligente
Comienza á reforzarle nuevamente.

Con la priesa que dió dentro metido,
Y ser dispuesto el sitio y reparado,
Fué en breve aquel lugar fortalecido,
De foso y fuerte muro rodeado:
Gente á la fama desto habia acudido
Codiciosa del robo deseado.
Forzoso me es pasar de aquí corriendo,
Que siento en nuestro pueblo un gran estruendo.

BIBLIOTECA PUBLICA LEON

Sábese en la ciudad por cosa cierta
Que á toda furia el hijo de Pillano,
Guiando un escuadron de gente esperta,
Viene sobre ella con armada mano:
El súbito temor puso en alerta
Y confusion al pueblo castellano;
Mas la sangre que el miedo helado habia
De un ardiente coraje se encendia.

A las armas acuden los briosos,
Y aquellos que los años agravaban
Con industrias y avisos provechosos
La tierra y partes flacas reparaban:
Tras estos treinta mozos animosos,
Y un astuto caudillo se aprestaban,
Que con algunos bárbaros amigos
Fuesen á descubrir los enemigos.

Villagrán á la sazon no residia
En el pueblo español alborotado,
Que para la Imperial partido habia
Por camino de Arauco desviado;
Mas ya con nueva gente revolvia,
Y junto de do el bárbaro cercado
De gruesos troncos y fagina estaba,
Sin saberlo, una noche se alojaba.

Cuando la alegre y fresca aurora vino,
Y él la nueva jornada comenzaba,
Al calar de una loma en el camino
Un comarcano bárbaro encontraba;
El cual le dió la nueva del vecino
Campo, y razon de cuanto en él pasaba,
Que todo bien el mozo lo sabia,
Como aquel que á robar de allá venia.

Entendió el español del indio cuanto
El bárbaro enemigo determina,
Y cómo allega gentes entre tanto
Que el oportuno tiempo se avecina:
No puso á los cautenes esto espanto;
Y mas cuando supieron que vecina
Venia también la gente nuestra armada,
Que dellos aun no estaba una jornada.

Villagrán le pregunta, si podria
Ganar al Araucano la albarrada:
Sonriéndose el indio respondia
Ser cosa de intentar bien escusada,
Por el reparo y sitio que tenia,
Y estar por las espaldas abrigada
De una tajada peñascosa sierra
Que por aquella parte el fuerte cierra.

Díjole Villagrán: «Yo determino
Por esa relacion tuya guiarme,
Y abrir por la montaña alta el camino,
Que quiero á cualquier cosa aventurarme;
Y si donde está el campo lautarino
En una noche puedes tú llevarme,
Del trabajo serás gratificado,
Y al fuego, si me mientes, entregado.»

Sin temor dice el bárbaro: «Yo juro
En menos de una noche de llevarte
Por difícil camino, aunque seguro;
Desta palabra puedes confiarte:
De Lautaro después no te aseguro,
Ni tu gente y amigos serán parte
A que si vais allá, no os coja á todos,
Y os dé civiles muertes de mil modos.»

No le movió el temor que le ponia
A Villagrán el bárbaro guerrero,
Que visto cuán sin miedo se ofrecia,
Le pareció de trato verdadero;
Y á la gente del pueblo que venia
Despacha un diligente mensajero,
Para que con la priesa conveniente
Con él venga á juntarse brevemente.

Pues otro dia allí juntos se dejaron
Ir por do quiso el bárbaro guiallos,
Y en la cerrada noche no cesaron
De afligir con espuelas los caballos.
Después se contará lo que pasaron,
Que cumple por agora aquí dejallos
Por decir la venida en esta tierra
De quien dió nuevas fuerzas á la guerra.

Hasta aquí lo que en suma he referido,
Yo no estuve, señor, presente á ello,
Y así de sospechoso no he querido
De parciales intérpretes sabello:
De ambas las mismas partes lo he aprendido,
Y pongo justamente solo aquello
En que todos concuerdan y confieren,
Y en lo que en general menos difieren.

Pues que en autoridad de lo que digo
Vemos que hay tanta sangre derramada,
Prosiguiendo adelante, yo me obligo
Que irá la historia mas autorizada:
Podré ya discurrir como testigo
Que fuí presente á toda la jornada,
Sin cegarme pasion, de la cual huyo,
Ni quitar á ninguno lo que es suyo.

Pisada en esta tierra no han pisado
Que no haya por mis piés sido medida,
Golpe ni cuchillada no se ha dado
Que no diga de quién es la herida:
De las pocas que dí estoy disculpado,
Pues tanto por mirar embebecida
Truje la mente en esto y ocupada,
Que se olvidaba el brazo de la espada.

Si causa me incitó á que yo escribiese
Con mi pobre talento y torpe pluma,
Fué que tanto valor no pereciese,
Ni el tiempo injustamente lo consuma;
Que el mostrarme yo sabio me moviese,
Ninguno que lo fuere lo presuma:
Que cierto bien entiendo mi pobreza,
Y de las flacas sienes la estrecheza.

De mi poco caudal bastante indicio
Y testimonio aquí patente queda:
Va la verdad desnuda de artificio
Para que mas segura pasar pueda;
Pero si fuera desto lleva vicio,
Pido que por merced se me conceda,
Se mire en esta parte el buen intento,
Que es solo de acertar y dar contento.

Que aunque la barba el rostro no ha ocupado,
Y la pluma á escribir tanto se atreve,
Que de crédito estoy necesitado,
Pues tan poco á mis años se le debe:
Espero que será, señor, mirado
El celo justo y causa que me mueve,
Y esto y la voluntad se tome en cuenta
Para que algun error se me consienta.

Quiero dejar á Arauco por un rato:
Que para mi discurso es importante
Lo que forzado aquí del Pirú trato,
Aunque de su comarca es bien distante:
Y para que se entienda mas barato
Y con facilidad lo de adelante,
Si Lautaro me deja, diré en breve
La gente que en su daño ahora se mueve.

El marqués de Cañete era llegado
A la ciudad insigne de los Reyes,
De Carlos quinto máximo enviado
A la guarda y reparo de sus leyes:
Este fué por sus partes señalado
Para virey, de donde dos vireyes
Por los rebeldes brazos atrevidos
Habian sido á la muerte conducidos.

Oliendo el virey nuevo las pasiones
Y maldades por uso introducidas;
El ánimo dispuesto á alteraciones
En leal apariencia entretejidas;
Los agravios, insultos y traiciones
Con tanta desvergüenza cometidas;
Viendo que aun el tirano no hedia,
Que aunque muerto de fresco se bullia:

Entró como sagaz y receloso,
No mostrando el cuchillo y duro hierro,
Que fuera en aquel tiempo peligroso,
Y dar con hierro en un notable yerro;
Mostrándose benigno y amoroso,
Trayéndoles la mano por el cerro
Hasta tomar el paso á la malicia
Y dar mas fuerza y mano á la justicia.

En tanto que las cosas disponia,
Para limpiar del todo las maldades,
Quitando las justicias, las ponia
De su mano por todas las ciudades:
Estas eran personas, que entendia
Haber en ellas justas calidades,
De Dios, del rey, del mundo temerosas,
En semejantes cargos provechosas.

Entretenia la gente y sustentaba
Con son de un general repartimiento,
Y el mas culpado mas premio esperaba
Fundado en el pasado regimiento:
El marqués entre tanto se informaba
Llevando deste error diverso intento,
Que no solo dió pena á los culpados,
Mas renovó los yerros perdonados.

Pues cuando con el tiempo ya pensaron
Que estaban sus insultos encubiertos,
En público pregon se renovaron
Y fueron con castigo descubiertos:
Que casi en los mas pueblos que pecaron
Amanecieron en un tiempo muertos
Aquellos que con mas poder y mano
Habian seguido el bando del tirano.

No condeno, señor, los que murieron,
Pues fueron perdonados y admitidos
Cuando á vuestro servicio en sazon fueron
Y en importante tiempo reducidos;
Quedando los errores que tuvieron
A vuestra gran clemencia remitidos:
De vos solo, señor, es el juzgarlos,
Y el poderlos salvar ó condenarlos.

Dar mi decreto en esto yo no puedo,
Que siempre en casos de honra lo rehuso:
Solo digo el terror y estraño miedo
Que en la gente soberbia el marqués puso
Con el castigo á la sazon acedo,
Dejando el reino atónito y confuso,
Del temerario hecho tan dudoso,
Que aun era imaginarlo peligroso.

A quien hallaba culpa conocida
Del Pirú le destierra en penitencia,
Que es entre ellos la afrenta mas sentida,
Y que mas examina la paciencia;
El justo, de ejemplar y llana vida,
Temeroso escudriña la conciencia,
Viendo el rigor de la justicia airada
Que ya desenvainado habia la espada.

Y algunos capitanes y soldados
Que con lustre sirvieron en la guerra,
Y esperaban de ser gratificados
Conforme á los humores de la tierra,
Recelando tenerlos agraviados,
Del reino en son de presos los destierra,
Remitiendo las pagas á la mano
De rey tan poderoso y soberano.

Esto puso suspensa mas la gente;
La causa del destierro no sabiendo,
No entiende si es injusta ó justamente:
Solo sabe callar y estar tremiendo.
Teme la furia y el rigor presente,
Y á inquirir la razon no se atreviendo,
Tiende á cualquier rumor atento oido;
Mas no puede sentir mas del ruido.

Temor, silencio y confusion andaba;
Atónita la gente discurria;
Nadie la oculta causa preguntaba,
Que aun preguntar error le parecia;
Por saber uno á otro se miraba,
Y el mas sabio los hombros encogia,
Temiendo el golpe del furor presente
Movido al parecer por acidente.

Fué hecho tan sagaz, grande y osado,
Que pocos con razon le van delante;
Asaz en estos tiempos celebrado,
Y á los ánimos sueltos importante:
Por él quedó el Pirú atemorizado,
Temerario, rebelde y arrogante,
Y á la justicia el paso mas seguro
Con mayor esperanza en lo futuro.

Así enfrenó el Pirú con un bocado
Que no le romperá jamás la rienda,
Haciendo al ambicioso y alterado
Contentarse con sola su hacienda;
Y el bullicio y deseo desordenado
Le redujo á quietud y nueva enmienda:
Que poco lo mal puesto permanece,
Como por la esperiencia al fin parece.

Quien antes no esperaba estar contento
Con veinte ó treinta mil pesos de renta,
Enfrena de tal suerte el pensamiento
Que solo con la vida se contenta:
Después hizo el marqués repartimiento
Entre los beneméritos de cuenta,
Para esforzar los ánimos caidos
Y dar mayor tormento á los perdidos.

Con ejemplos así, y acaecimientos,
Como vemos que tantos van errados,
Que sobre arena y frágiles cimientos
Fabrican edificios levantados:
Bien se muestran sus flacos fundamentos,
Pues por tierra tan presto derribados
Con afrentoso nombre y voz los vemos,
Huyendo su inficion cuanto podemos.

¡Oh vano error, oh necio desconcierto
Del torpe que con ánimo ignorante
No mira en el peligro y paso incierto
Las pisadas de aquel que va delante,
Teniendo á costa ajena ejemplo cierto,
Que el brazo del amigo mas constante
Ha de esparcir su sangre en su disculpa,
Lavando allí la espada de la culpa!

Quiero que esté algun tiempo falsamente
Sobre traidores hombros sostenido:
Que el viento que se mueva de repente
Le aflige, altera y turba aquel ruido.
¡Pues qué, cuando la voz del rey se siente!
No hay son tan duro y áspero al oido,
Que tiene solo el nombre fuerza tanta
Que los huesos le oprime y le quebranta.

Que le asome fortuna algun contento,
¡Con cuántos sinsabores va mezclado
Aquel recelo, aquel desabrimiento,
Aquel triste vivir tan recatado!
Traga el duro morir cada momento;
Témese del que está mas confiado:
Que la vida antes libre y amparada
Está sujeta ya á cualquiera espada.

Negando al rey la deuda y obediencia,
Se somete al mas mínimo soldado,
Poniendo en contentarle diligencia
Con gran miedo y solícito cuidado;
Y aquellos mas amigos en presencia
Las lanzas le enderezan al costado,
Y sobre la cabeza aparejadas
Le están amenazando mil espadas.

Cualquier rumor, cualquiera voz le espanta,
Cualquier secreto piensa que es negarle;
Si el brazo mueve alguno y lo levanta,
Piensa el triste que fué para matarle;
La soga arrastra, el lazo á la garganta;
¿Qué confianza puede asegurarle?
Pues mal el que negar al rey procura
Tendrá con un tirano fe segura.

Si no bastare verlos acabados
Tan presto, y que ninguno permanece,
Y los rollos y términos poblados
De quien tan justamente lo merece,
Bandos, casas, linajes estragados
Con nombre que los mancha y escurece:
Baste la obligacion con que nacemos,
Que á nuestro rey y príncipe tenemos.

De un paso en otro paso voy saliendo
Del discurso y materia que seguia;
Pero aunque vaya ciego discurriendo
Por caminos mas ásperos sin guia,
Del encendido Marte el son horrendo
Me hará que atine á la derecha via.
Y así seguro desto y confiado
Me atrevo á reposar, que estoy cansado.

OTECA PU

CANTO XIII.

Hecho el marqués de Cañete el castigo en el Pirú, llegan mensajeros de Chile á pedir socorro; el cual vista ser su demanda importante y justa, se le envía grande por mar y por tierra. También contiene al cabo este canto cómo Francisco de Villagrán guiado por un indio viene sobre Lautaro.

Dichoso con razon puede llamarse
Aquel que en los peligros arrojado,
Dellos sabe salir sin ensuciarse
Y libre de poder ser imputado:
Pero quien destos puede desviarse
Le tengo por mas bienaventurado;
Aunque el peligro afina lo perfeto,
Aquel que dél se aparta es el discreto.

Que muchas veces da la fantasía
En cosas que seguro nos promete,
Y un ánimo á salir con ellas cría
Que con temeridad las acomete;
Después en el peligro desvaría,
Y no acierta á salir de á do se mete:
Que la señora al siervo sometida
Pierde la fuerza y tino á la salida.

Vereis en el Pirú, que han procurado
Levantar el tirano y ayudarle,
Para solo mostrar después de alzado
La traidora lealtad en derribarle;
Y con designio y ánimo dañado
Le dan fuerza, y después viene á matarle
La espada infiel de la maldad autora,
Al rey y amigos pérfida y traidora.

Fraguan la guerra, atizan disensiones
En hábito leal, aunque engañoso,
Pensando de subir mas escalones
Por un áspero atajo y tropezoso:
Al cabo las malvadas intenciones
Vienen á fin tan malo y afrentoso
Como vereis, si bien mirais la guerra
Civil y alteraciones desta tierra.

Deshechos pues del todo los ñublados
Por el audaz marqués y su prudencia,
Curando con rigor los alterados,
Como quien entendió bien la dolencia,
En nombre de su rey á otros tocados
De aquel olor descubre la clemencia,
Que hasta allí del rigor cubierta estaba,
Con general perdon que los lavaba.

No el atrevido caso y espantoso
En el Pirú jamás acontecido,
Ni el ejemplar castigo riguroso
Que amansó el fiero pueblo, embravecido,
Fué en tal tiempo bastante y poderoso
De ensordecer el bárbaro ruïdo,
Y la voz araucana y clara fama
Que en aquellas provincias se derrama.

Nuevas por mar y tierra eran llegadas
Del daño y perdicion de nuestra gente,
Por las vitorias grandes y jornadas
Del araucano bárbaro potente:
Pidiendo las ciudades apretadas
Presuroso socorro y suficiente,
Haciendo relacion de cómo estaban,
Y de todas las cosas que pasaban.

Jerónimo Alderete, adelantado,
A quien era el gobierno cometido,
Hombre en estas provincias señalado,
Y en gran figura y crédito tenido;
Donde como animoso y buen soldado
Habia grandes trabajos padecido;
No pongo su proceso en esta historia,
Que dél la general hará memoria:

Presente no se halla á tanta guerra,
Y á tales desventuras y contrastes;
Mas con vos, gran Felipe, en Inglaterra,
Cuando la Fe de nuevo allí plantastes,
Allí le distes cargo desta tierra,
De allí con gran favor le despachastes;
Pero cortóle el áspero destino
El hilo de la vida en el camino.

Fué su llorada muerte asaz sentida,
Y mas el sentimiento acrecentaba
Ver el gobierno y tierra tan perdida,
Que cada uno por sí se gobernaba:
Andaba la discordia ya encendida;
La ambicion del mandar se desmandaba:
Al fin es imposible que acaezca,
Que un cuerpo sin cabeza permanezca.

Aquellos que de Chile habian venido
A pedir el socorro necesario,
Viendo á su adelantado fallecido
Y todo á su propósito contrario,
Con un semblante triste y afligido,
De parecer de todos voluntario,
Piden á don Hurtado que se vea,
Y de remedio presto los provea.

Diciendo: «Varon claro y escelente
Nuestra necesidad te es manifiesta,
Y la fuerza del bárbaro potente
Que tiene á Chile en tanto estrecho puesta:
El mas fuerte remedio es llevar gente;
Esta ya puedes ver cuán cara cuesta:
De parte de tu rey te requerimos,
Nos concedas aquí lo que pedimos.

»A tu hijo, ó marqués, te demandamos,
En quien tanta virtud y gracia cabe,
Porque con su persona confiamos
Que nuestra desventura y mal se acabe:
De sus partes, señor, nos contentamos,
Pues que por natural cosa se sabe,
Y aun acá en el comun es habla vieja,
Que nunca del leon nació la oveja.

»Y pues hay tanta falta de guerreros,
Haciendo esta jornada don García,
Se moverá el comun y caballeros
Alegres de llevar tan buena guía:
Y lo que no podrán muchos dineros,
Podrá el amor y buena compañía,
O la vergüenza y miedo de enojarte,
O su propio interés en agradarte.»

El marqués de Cañete, respondiendo
A la justa demanda alegremente,
Vino en ello de grado, conociendo
Ser cosa necesaria y conveniente;
Y el hijo, hacienda y deudos ofreciendo,
Al punto derramó en toda la gente
Gran gana de pasar á aquella tierra,
A ejercitar las armas en tal guerra.

Uno se ofrece allí, y otro se ofrece;
Así gran gente en número se mueve,
Y aquel que no lo hace, le parece
Que falta, y no responde á lo que debe:
Hasta en cansados viejos reverdece
El ardor juvenil, y se remueve
El flaco humor y sangre casi helada
Con el alegre son desta jornada.

¡Oh valientes soldados araucanos!
Las armas prevenid y corazones,
Y el usado valor de vuestras manos
Temido en las antárticas regiones;
Que gran copia de jóvenes lozanos
Descoge en vuestro daño sus pendones,
Pensando entrar por toda vuestra tierra
Haciendo fiero estrago y cruda guerra.

No con los hierros botos y mohosos
De los que las paredes hermosean,
Ni brazos del torpe ocio perezosos,
Que con gran pesadumbre se rodean,
Ni los ánimos hechos á reposos,
Que cualquiera mudanza en que se vean
Los altera, los turba y entorpece,
Y el desusado son los desvanece:

Mas hierros templadísimos y agudos
En sangre de tiranos afilados,
Fuertes brazos, robustos y membrudos
En dar golpes de muerte ejercitados;
Animos libres de temor desnudos,
En los peligros siempre habitüados,
Que el son horrendo que á otros atormenta
Los alegra, despierta y alimenta.

Cosa destas yo pienso que ninguna
Os puede derribar de vuestro estado;
Mas tiéneme dudoso sola una,
Que nadie della ha sido reservado:
Esta es la usada vuelta de fortuna
Que siempre alegre rostro os ha mostrado,
Y es inconstante, falsa y variable,
En el mal firme y en el bien mudable.

Que si la guerra el español procura,
Haciendo de su espada ufana muestra,
Querríale preguntar, ¿si por ventura
Corta por mas lugares que la vuestra?
Si la fuerza del brazo le asegura
Del poder vuestro y vencedora diestra,
Verá, si mira bien en lo pasado,
El campo de sus huesos ocupado.

No sé; pero soberbio y encendido
En bélico furor el pueblo veo,
Y al mas triste español apercibido
De armas, rico aparato y buen deseo.
¡Oh Arauco! yo te juzgo por perdido.
Si las obras igualan al arreo,
Y no templa el camino esta braveza,
¡Ay de tu presuncion y fortaleza!

Del apartado Quito se movieron
Gentes para hallarse en esta guerra;
De Loja, Piura, de Jaen salieron,
De Trujillo, de Guánuco y su tierra:
De Guamanga, Arequipa, concurrieron
Gran copia, y de los pueblos de la sierra,
La Paz, Cuzco y los Charcas bien armados
Bajaron muchos pláticos soldados.

Treme la tierra, brama el mar hinchado
Del estruendo, tumultos y rumores,
Que suenan por el aire alborotado
De pífanos, trompetas y atambores
Contra el rebelde pueblo libertado,
Amenazando ya sus defensores
Con gruesa y reforzada artillería,
Que dentro del estado el son se oía.

De aparatos, jaeces, guarniciones
Los gallardos soldados se arreaban;
Sobrevistas y galas, invenciones
Nuevas y costosísimas sacaban;
Estandartes, enseñas y pendones
Al viento en cada calle tremolaban;
Vieran sastres y obreros ocupados
En hechuras, recamos y bordados.

Con el concurso y junta de guerreros
El grande estruendo y trápala crecia,
Y los prestos martillos de herreros
Formaban dura y áspera armonía;
El rumor de solícitos armeros
Todo el ancho contorno ensordecia;
Los celosos caballos de lozanos
Relinchando trascaban con las manos.

Andaba así la gente embarazada
Con el nuevo bullicio de la guerra;
Mas ya de lo importante aparejada,
Un caudillo salió luego por tierra:
Llevando copia della encomendada,
Atravesó á Atacama y la alta sierra,
Con la desierta costa y despoblados
De osamenta de bárbaros sembrados

La gente principal, todo aprestado,
Y reliquias del campo que quedaban,
Para romper el mar alborotado
Otra cosa que tiempo no aguardaban;
Mas viendo el cielo ya desocupado
Y que las bravas olas aplacaban,
Con ordenada muestra y rico alarde
Salieron de los Reyes una tarde.

Yo con ellos también, que en el servicio
Vuestro empecé y acabaré la vida,
Que estando en Inglaterra en el oficio
Que aun la espada no me era permitida,
Llegó allí la maldad en deservicio
Vuestro por los de Arauco cometida,
Y la gran desvergüenza de la gente
A la real corona inobediente.

Y con vuestra licencia, en compañía
Del nuevo capitán y adelantado,
Caminé desde Londres hasta el dia
Que le dejé en Taboga sepultado;
De donde con trabajos y porfía
De la fortuna y vientos arrojado
Llegué á tiempo que pude juntamente
Salir con tan lucida y buena gente.

Otro escuadron de amigos se me olvida
No menos que nosotros necesarios,
Gente templada, mansa y recogida,
De frailes, provisores, comisarios,
Teólogos de honesta y santa vida,
Franciscos, dominicos, mercenarios,
Para evitar insultos de la guerra,
Usados mas allí que en otra tierra.

De varias profesiones y colores
Sale de Lima una lucida banda,
Y en el puerto tendidas por las flores
Estaban mesas llenas de vianda
Con vino de odoríferos sabores,
Donde luego por una y otra banda
Sobre la verde yerba reclinados
Gustamos los manjares delicados.

Alegres los estómagos, contentos
Fuimos á la marina conducidos,
A do de verdes ramos y ornamentos
Estaban los bateles prevenidos;
Y al son de varios y altos instrumentos,
De los caros amigos despedidos,
En los lijeros barcos nos metemos,
Dando á un tiempo con fuerza al mar los remos

Los bateles de tierra se alargaban,
Dejando con penosa envidia aquellos
Que en la arenosa playa se quedaban,
Sin apartar los ojos jamás dellos:
Sobre diez galeones arribaban
Los prestos barcos, y saltando en ellos,
Tiempo los marineros no perdieron,
Que las velas al viento descogieron.

De estandartes, banderas, gallardetes
Estaban las diez naves adornadas.
Hiriendo el fresco viento en los trinquetes
Comienzan á moverse sosegadas:
Suenan cañones, sacres, falconetes;
Y al doblar de la isleta embarazadas,
Del austro cargan á babor la escota,
Tomando al sudueste la derrota.

Las naos por el contrario mar rompiendo
La blanca espuma en torno levantaban,
Y á la furia del austro resistiendo
Por fuerza á su pesar tierra ganaban;
Pero sobre el garbino revolviendo
De la gran cordillera se apartaban,
Y de sola una vuelta que viraron
El Guarco, á lesnordeste se hallaron.

Mas presto por la popa el Guarco vimos
Con Chinca de otro bordo emparejando;
En alta mar tras estos nos metimos
Sobre la Nasca fértil arribando;
Y al esforzado noto resistimos,
Su furia y bravas olas contrastando,
No bastando los recios movimientos
De dos tan poderosos elementos.

Que haya en Pirú, no es caso soberano,
Tanta mudanza en tres leguas de tierra,
Que cuando es en los llanos el verano,
Los montes el lluvioso invierno cierra;
Y cuando espesa niebla cubre el llano
En descubierto hiere el sol la sierra,
Y por esta razon van mas crecientes
En el verano abajo las vertientes.

De los vientos el austro es el que manda.
Que deshace los húmidos nublados,
Y por todo aquel mar discurre y anda,
Del cual son para siempre desterrados:
Los otros vientos reinan á la banda
De Atacama, y allí son libertados,
Que bajar al Pirú ninguno puede,
Ni por natural orden se concede.

Pues las naves del austro combatidas
Las espumosas olas van cortando,
Que de valientes soplos impelidas
Rompen la furia en ellas, azotando
Las levantadas proas, guarnecidas
De planchas de metal; pero mirando
Al español del bárbaro vecino,
Habré de andar mas presto este camino.

Correré á Villagrán, el cual por tierra
También en su jornada se apresura,
Atravesando la fragosa sierra
Que iguala con las nubes su estatura:
Diré lo que sucede en esta guerra,
Y qué rostro le muestra la ventura;
Mas, porque todo venga á ser mas claro
Quiero tratar un poco de Lautaro,

Que estaba con su escuadra de guerreros
En el sitio que dije recogido,
Y de foso, fagina y de maderos
Le habia en breve sazon fortalecido:
Tenia dentro soldados forasteros
Que á fama de la guerra habian venido,
Reparos, bastimentos y otras cosas
Para el lugar y tiempo provechosas.

Sola una senda este lugar tenia
De alertas centinelas ocupada;
Otra ni rastro alguno no le habia,
Por ser casi la tierra despoblada.
Aquella noche el bárbaro dormia
Con la bella Guacolda enamorada,
A quien él de encendido amor amaba,
Y ella por él no menos se abrasaba.

Estaba el araucano despojado
Del vestido de Marte embarazoso,
Que aquella noche sola el duro hado
Le dió aparejo y gana de reposo;
Los ojos le cerró un sueño pesado,
Del cual luego despierta congojoso,
Y la bella Guacolda sin aliento
La causa le pregunta y sentimiento.

Lautaro le responde: « Amiga mia,
Sabrás que yo soñaba en este instante
Que un soberbio español se me ponia
Con muestra ferocísima delante;
Y con violenta mano me oprimia
La fuerza y corazon, sin ser bastante
De poderme valer, y en aquel punto
Me despertó la rabia y pena junto. »

Ella en esto soltó la voz turbada,
Diciendo: «¡Ay, que he soñado también cuando
De mi dicha temí, y es ya llegada
La fin tuya y principio de mi llanto!
Mas no podré ya ser tan desdichada,
Ni fortuna conmigo podrá tanto,
Que no corte y ataje con la muerte
El áspero camino de mi suerte.

»Trabaje por mostrárseme terrible
Y del tálamo alegre derribarme,
Que si revuelve y hace lo posible,
De tí no es poderosa de apartarme;
Aunque el golpe que espero es insufrible,
Podré con otro luego remediarme:
Que no caerá tu cuerpo en tierra frio
Cuando estará en el suelo muerto el mio.»

El hijo de Pillán con lazo estrecho
Los brazos por el cuello le ceñia;
De lágrimas bañando el blanco pecho,
En nuevo amor ardiendo, respondia:
«No lo tengais, señora, por tan hecho,
Ni turbeis con agüeros mi alegria,
Y aquel gozoso estado en que me veo,
Pues libre en estos brazos os poseo.

» Siento el veros así imaginativa,
No porque yo me juzgue peligroso;
Mas la llaga de amor está tan viva,
Que estoy de lo imposible receloso.
Si vos quereis, señora, que yo viva,
¿Quién á darme la muerte es poderoso?
Mi vida está sujeta á vuestras manos,
Y no á todo el poder de los humanos.

»¿Quién el pueblo araucano ha restaurado
En su reputacion que se perdia,
Pues el soberbio cuello no domado
Ya doméstico al yugo sometia?
Yo soy quien de los hombros le ha quitado
El español dominio y tiranía:
Mi nombre basta solo en esta tierra,
Sin levantar espada, á hacer la guerra.

» Cuanto mas que teniéndoos á mi lado
No tengo que temer, ni daño espero,
No os dé un sueño, señora, tal cuidado,
Pues no os lo puede dar lo verdadero:
Que ya á poner estoy acostumbrado
Mi fortuna á mayor despeñadero;
En mas peligros que este me he metido,
Y dellos con honor siempre he salido.»

Ella, menos segura y mas llorosa,
Del cuello de Lautaro se colgaba,
Y con piadosos ojos lastimosa
Boca con boca así le conjuraba:
« Si aquella voluntad pura, amorosa,
Que libre os di cuando mas libre estaba,
Y della el alto cielo es buen testigo,
Algo puede, señor y dulce amigo:

»Por ella os juro, y por aquel tormento
Que sentí cuando vos de mí os partistes,
Y por la fe, si no la llevó el viento,
Que allí con tantas lágrimas me distes,
Que á lo menos me deis este contento,
Si alguna vez de mí ya lo tuvistes,
Y es, que os vistais las armas prestamente,
Y al muro asista en orden vuestra gente.»

El bárbaro responde: « Harto claro
Mi poca estimacion por vos se muestra:
¿En tan flaca opinion está Lautaro,
Y en tan poco teneis la fuerte diestra
Que por la redencion del pueblo caro
Ha dado ya de sí bastante muestra?
Buen crédito con vos tengo por cierto,
Pues me llorais de miedo ya por muerto.»

«¡Ay de mí! que de vos yo satisfecha,
Dice Guacolda, estoy, mas no segura:
Ser vuestro brazo fuerte ¿qué aprovecha,
Si es mas fuerte y mayor mi desventura?
Mas ya que salga cierta mi sospecha,
El mismo amor que os tengo me asegura
Que la espada que hará el apartamiento
Hará que vaya en vuestro seguimiento.

» Pues ya el preciso hado y dura suerte
Me amenazan con áspera caida,
Y forzoso he de ver un mal tan fuerte,
Un mal como es de vos verme partida,
Dejadme llorar antes de mi muerte
Esto poco que queda de mi vida,
Que quien no siente el mal, es argumento
Que tuvo con el bien poco contento.»

Tras esto tantas lágrimas vertia
Que mueve á compasion el contemplalla,
Y así el tierno Lautaro no podia
Dejar en tal sazon de acompañalla;
Pero ya la turbada pluma mia,
Que en las cosas de amor nueva se halla,
Confusa, tarda y con temor se mueve,
Y á pasar adelante no se atreve.

CANTO XIV.

Llega Francisco de Villagrán de noche sobre el fuerte de los enemigos sin ser dellos sentido; da al amanecer súbito en ellos, y á la primera refriega muere Lautaro. Trábase la batalla con harta sangre de una parte y de otra.

¿Cuál será aquella lengua desmandada
Que á ofender las mujeres ya se atreva,
Pues vemos que es pasion averiguada
La que á bajeza tal y error las lleva;
Si una bárbara moza no obligada
Hace de puro amor tan alta prueba,
Con razones y lágrimas salidas
De las vivas entrañas encendidas?

Que ni la confianza ni el seguro
De su amigo le daba algun consuelo,
Ni el fuerte sitio, ni el fosado muro
Le basta asegurar de su recelo;
Que el gran temor nacido de amor puro
Todo lo allana y pone por el suelo;
Solo halla el reparo de su suerte
En el mismo peligro de la muerte.

Así los dos unidos corazones
Conformes en amor desconformaban,
Y dando dello allí demostraciones
Mas el dulce veneno alimentaban.
Los soldados en torno los tizones,
Ya de parlar cansados reposaban,
Teniendo centinelas, como digo,
Y el cerro á las espaldas por abrigo.

Villagrán con silencio y paso presto
Habia el áspero monte atravesado,
No sin grave trabajo, que sin esto
Hacer mucha labor es escusado:
Llegado junto al fuerte, en un buen puesto,
Viendo que el cielo estaba aun estrellado
Paró, esperando el claro y nuevo dia
Que ya por el oriente descubria.

De ninguno fué visto ni sentido:
La causa era la noche ser escura,
Y haber las centinelas desmentido,
Por parte descuidada por segura;
Caballo no relincha ni hay ruido,
Que está ya de su parte la ventura:
Esta hace las bestias avisadas,
Y á las personas bestias descuidadas.

Cuando ya las tinieblas y aire escuro
Con la esperada luz se adelgazaban,
Las centinelas puestas por el muro
Al nuevo dia de lejos saludaban;
Y pensando tener campo seguro
También á descansar se retiraban,
Quedando mudo el fuerte, y los soldados
En vino y dulce sueño sepultados.

Era llegada al mundo aquella hora
Que la escura tiniebla, no pudiendo
Sufrir la clara vista de la aurora,
Se va en el ocidente retrayendo:
Cuando la mustia elicie se mejora
El rostro al rojo oriente revolviendo,
Mirando tras las sombras ir la estrella,
Y al rubio Apolo délfico tras ella.

El español que ve tiempo oportuno
Se acerca poco á poco mas al fuerte,
Sin estorbo de bárbaro ninguno,
Que sordos los tenia su triste suerte;
Bien descuidado duerme cada uno
De la cercana inexorable muerte:
Cierta señal que cerca della estamos,
Cuando mas apartados nos juzgamos.

No esperaron los nuestros mas, pues viendo
Ser ya tiempo de darles el asalto,
De súbito levantan un estruendo
Con soberbio alarido, horrendo y alto;
Y en tropel ordenado arremetiendo
Al fuerte van á dar de sobresalto,
Al fuerte mas de sueño bastecido
Que al presente peligro apercebido.

Como los malhechores que en su oficio
Jamás pueden hallar parte segura,
Por ser la condicion propia del vicio
Temer cualquier fortuna y desventura;
Que no sienten tan presto algun bullicio
Cuando el castigo y mal se les figura,
Y corren á las armas y defensa,
Segun que cada cual valerse piensa:

Así medio dormidos y despiertos
Saltan los araucanos alterados,
Y del peligro y sobresalto ciertos
Baten toldos y ranchos levantados;
Por verse de corazas descubiertos,
No dejan de mostrar pechos airados,
Mas con presteza y ánimo seguro
Acuden al reparo de su muro.

Sacudiendo el pesado y torpe sueño
Y cobrando la furia acostumbrada,
Quién el arco arrebata, quién un leño,
Quién del fuego un tizon, y quién la espada;
Quién aguija al baston de ajeno dueño,
Quién por salir mas presto va sin nada,
Pensando averiguarlo desarmados,
Si no pueden á puños, á bocados.

Lautaro á la sazon, segun se entiende,
Con la gentil Guacolda razonaba,
Asegúrala, esfuerza y reprehende
De la desconfianza que mostraba:
Ella razon no admite y mas se ofende,
Que aquello mayor pena le causaba;
Rompiendo el tierno punto en sus amores
El duro son de trompas y atambores.

Mas no salta con tanta lijereza
El mísero avariento enriquecido,
Que siempre está pensando en su riqueza,
Si siente de ladron algun ruído;
Ni madre así acudió con tal presteza
Al grito de su hijo muy querido,
Temiéndole de alguna bestia fiera:
Como Lautaro al son y voz primera.

Revuelto el manto al brazo, en el instante
Con un desnudo estoque, y él desnudo
Corre á la puerta el bárbaro arrogante,
Que armarse así tan súbito no pudo:
¡Oh pérfida fortuna, oh inconstante,
Cómo llevas tu fin por punto crudo,
Que el bien de tantos años en un punto
De un golpe le arrebatas todo junto!

Cuatrocientos amigos comarcanos
Por un lado la fuerza acometieron,
Que en ayuda y favor de los cristianos
Con sus pintados arcos acudieron,
Que con estrema fuerza y prestas manos
Gran número de tiros despidieron.
Del toldo el hijo de Pillán salia,
Y una flecha á buscarle que venia.

Por el siniestro lado ¡oh dura suerte!
Rompe la cruda punta, y tan derecho
Que pasa el corazon mas bravo y fuerte
Que jamás se encerró en humano pecho:
De tal tiro quedó ufana la muerte
Viendo de un solo golpe tan gran hecho,
Y usurpando la gloria al homicida
Se atribuye á la muerte esta herida.

Tanto rigor la aguda flecha trujo
Que el bárbaro tendió sobre la arena,
Abriendo puerta á un abundante flujo
De negra sangre por copiosa vena;
Del rostro la color se le retrujo,
Los ojos tuerce, y con rabiosa pena
La alma del mortal cuerpo desatada
Bajó furiosa á la infernal morada.

Ganan los nuestros foso y balúarte,
Que nadie los impide ni embaraza,
Y así por veinte lados la mas parte,
Pisaba de la fuerza ya la plaza;
Los bárbaros con ánimo y sin arte,
Sin celada ni escudo, y sin coraza,
Comienzan la batalla peligrosa,
Cruda, fiera, reñida y sanguinosa.

En oyendo los indios estranjeros
Que con Lautaro estaban recogidos
El súbito rumor, salen lijeros,
Del miedo y sobresalto apercebidos;
Mas sintiendo los golpes carniceros,
El ánimo turbado y los sentidos,
Las atentas orejas acechaban
Adonde con menor rigor sonaban.

Como tímidos gamos que el ruído
Sienten del cazador, y atentamente
Altos los cuellos tienden el oido
Acia la parte que el rumor se siente
Y el balar de la gama conocido,
Que apedazan los perros y la gente,
Con furioso tropel toman la via
Que mas de aquel peligro se desvía:

La baja y vil canalla, acostumbrada
A rendirse al temor de aquella suerte,
Por ciega senda, inculta y desusada
Rompe el camino y desampara el fuerte
Acá y allá corriendo derramada;
Y era tan grande el miedo de la muerte,
Que al mas valiente y bravo se le antoja
Ver un fiero español tras cada hoja.

Pero aquellos que nunca el miedo pudo
Hacerlos con peligros de su bando,
Poniendo osado pecho por escudo
Están la antigua riña averiguando:
La desnuda cabeza del agudo
Cuchillo no se ve estar rehusando,
Ni rehusa la espada la siniestra
Ejercitando el uso de la diestra.

Que el joven Corpillán, no desmayado
Porque su espada y mano vino á tierra,
Antes en ira súbita abrasado;
Contra la parte del contrario cierra,
Y habiendo ya la espada recobrado,
La diestra, que aun bullendo el puño afierra,
Lejos con gran desdén y furia lanza,
Ofreciendo la izquierda á la venganza.

Flaqueza en Millapol no fué sentida
Viéndose atravesado por la ijada,
Y la cabeza de un revés hendida,
Ni por pasalle el pecho una lanzada:
Que de espumosa sangre á la salida
Vino la media lanza acompañada,
Dejando aquel lugar della vacío,
Aunque lleno de rabia y nuevo brío.

Que á dos manos la maza aprieta fuerte,
Y con furia mayor la gobernaba;
Bien se puede llamar de triste suerte
Aquel que el fiero bárbaro alcanzaba:
Con la rabia postrera de la muerte
Una vez el ferrado leño alzaba;
Mas faltóle la vida en aquel punto
Cayendo cuerpo y maza todo junto.

Aunque la muerte en medio del camino
Le quebrantó el furor con que venia,
Un valiente español á tierra vino
Del peso y movimiento que traia;
Mas luego puesto en pié con desatino
Acia el lugar del dañador volvía,
Y viendo el cuerpo muerto dar en tierra
Pensando que era vivo con él cierra.

Y encima del cadáver arrojado,
De dar la muerte al muerto deseoso,
Recio por uno y por el otro lado
Hiere y ofende el cuerpo sanguinoso,
Hasta tanto que ya desalentado
Se firma recatado y sospechoso,
Y vió á aquel que aferrado así tenia
Vueltos los ojos y la cara fria.

Traia la espada en esto Diego Cano
Tinta de sangre, y con Pícol se junta;
Haciendo atrás la rigurosa mano
El pecho le barrena de una punta:
Turbado de la muerte el araucano
Cayó en tierra la cara ya difunta,
Bascoso revolviéndose en el lodo
Hasta que la alma despidió del todo.

De dos golpes Hernando de Alvarado
Dió con el suelto Talco en tierra muerto;
Pero fué mal herido por un lado
Del gallardo Guacoldo en descubierto:
Estuvo el español algo atronado;
Mas del atronamiento ya dispierto,
Corriendo al fuerte bárbaro derecho
La espada le escondió dentro del pecho.

El viejo Villagrán con la sangrienta
Espada por los bárbaros rompiendo
Mata, hiere, tropella y atormenta,
A tiempo á todas partes revolviendo:
Un golpe á Nico en la cabeza asienta,
El cual los turbios ojos revolviendo
A tierra vino muerto, y de otro á Polo
Le deja con el brazo izquierdo solo.

Usadas las espadas al acero,
Topando la desnuda carne blanda
Ayudadas de un ímpetu lijero,
Dan con piernas y brazos á la banda:
No rehusa el segundo ser primero,
Antes todos siguiendo una demanda,
Como olas que creciendo van, crecian,
Y á la muerte animosos se ofrecian.

La gente una con otra así se cierra
Que aun no daban lugar á las espadas;
Apenas los mortales van á tierra
Cuando estaban sus plazas ocupadas:
Unos por cima de otros se dan guerra,
Enhiestas las personas y empinadas,
Y de modo á las veces se apretaban
Que á meter por la espada se ayudaban.

Las armas con tal rabia y fuerza esgrimen,
Que los mas de los golpes son mortales,
Y los que no lo son así se imprimen
Que dejan para siempre las señales:
Todos al descargar los brazos gimen;
Mas salen los efetos desiguales,
Que los unos topaban duro acero,
Los otros el desnudo y blando cuero.

Como parten la carne en los tajones
Con los corvos cuchillos carniceros,
Y cual de fuerte hierro los planchones
Baten en dura yunque los herreros:
Así en la diferencia de los sones
Que forman con sus golpes los guerreros,
Quién la carne y los huesos quebrantando,
Quién templados arneses abollando.

Pues Juan de Villagrán firme en la silla
Contra Guarcondo á toda furia parte,
Y la lanza le echó por la tetilla
Con una braza de asta á la otra parte:
El bárbaro, la cara ya amarilla,
Se arrima desmayado al balüarte;
Dando en el suelo súbita caida
El alma vomitó por la herida.

Pero Rengo su hermano, que en el suelo
El cuerpo vió caer descolorido,
Cuajósele la sangre, y hecho un hielo
Del súbito dolor perdió el sentido;
Mas vuelto en sí, se vuelve contra el cielo
Blasfemando el soberbio y descreido;
Y el ñudoso baston alzando en alto,
A Juan de Villagrán llegó de un salto.

Mas antes Pon con una flecha presta
Hirió al caballo en medio de la frente;
Empínase el caballo, el cuello enhiesta,
Al freno y á la espuela inobediente;
Y entre los brazos la cabeza puesta
Sacude el lomo y piernas impaciente:
Rendido Villagrán al duro hado,
Desocupó el arzon y ocupó el prado.

Apenas en el suelo habia caido,
Cuando la presta maza decendia
Con una estraña fuerza y un ruído
Que rayo ó terremoto parecia:
Del golpe el español quedó adormido,
Y el bárbaro con otro revolvia,
Bajando á la cabeza de manera
Que sesos, ojos y alma le echó fuera.

Y con venganza tal no satisfecho
Del caso desastrado del hermano,
Antes con nueva rabia y mas despecho
Hiere de tal manera á Diego Cano,
Que la barba inclinada sobre el pecho
Se le cayó la rienda de la mano,
Y sin ningun sentido casi frio
El caballo lo lleva á su albedrío.

En medio de la turba embravecido
Esgrime en torno la ferrada maza:
A cuál deja contrecho, á cuál tullido,
Cuál el pescuezo del caballo abraza;
Quién se tiende en las ancas aturdido,
Quién forzado el arzon desembaraza:
Que todo á su pujanza y furia insana
Se le bate, derriba y se le allana.

Por partes mas de diez le iba manando
La sangre, de la cual cubierto andaba;
Pero no desfallece, antes bramando
Con mas fuerza y rigor los golpes daba:
Lijero corre acá y allá saltando;
Arneses y celadas abollaba;
Hunde las altas crestas, rompe sesos,
Muele los nervios, carne y duros huesos.

En esto un gran rumor iba creciendo
De espadas, lanzas, grita y vocería,
Al cual confusamente no sabiendo
La causa mucha gente allí acudia;
Y era un gallardo mozo que, esgrimiendo
Un fornido cuchillo discurría
Por medio de las bárbaras espadas,
Haciendo en armas cosas estremadas.

Venia el valiente mozo belicoso
De una furia diabólica movido,
El rostro fiero, sucio y polvoroso,
Lleno de sangre y de sudor teñido:
Como el potente Marte sanguinoso,
Cuando de furor bélico encendido
Bate el ferrado escudo de Vulcano,
Blandiendo la asta en la derecha mano.

Con un diestro y prestísimo gobierno
El pesado cuchillo rodeaba,
Y á Cron, como si fuera junco tierno,
En dos partes de un golpe lo tajaba;
Tras este al diestro Pon envia al infierno,
Y tras de Pon á Lauco despachaba;
No hallando defensa en armadura,
Descuartiza, desmiembra y desfigura

Llamábase este Andrea, que en grandeza
Y proporcion de cuerpo era gigante,
De estirpe humilde, y su naturaleza
Era arriba de Génova al levante;
Pues con aquella fuerza y lijereza,
A los robustos miembros semejante,
El gran cuchillo esgrime de tal suerte
Que á todos los que alcanza da la muerte.

De un tiro á Guaticol por la cintura
Le divide en dos trozos en la arena,
Y de otro al desdichado Quilacura
Limpio el derecho muslo le cercena;
Pues de golpes así desta hechura
La gran plaza de muertos deja llena:
Que su espada á ninguno allí perdona,
Y unos cuerpos sobre otros amontona.

A Colca de los hombros arrebata
La cabeza de un tajo, y luego tiende
La espada acia Maulén, señor de Itata,
Y de alto á bajo de un revés le hiende:
Lanzas, hachas y mazas desbarata,
Que todo el pueblo bárbaro le ofende,
Llevando muchos tiros enclavados
En los pechos, espaldas y en los lados.

Como la osa valiente perseguida
Cuando le van monteros dando caza,
Que con rabia, sintiéndose herida,
Los ñudosos venablos despedaza,
Y furiosa, impaciente, embravecida,
La senda y callejon desembaraza,
Que los heridos perros lastimados
Le dan ancho lugar escarmentados:

De la misma manera el fiero Andrea
Cercado de los bárbaros venia;
Pero de tal manera se rodea
Que gran camino con la espada abria;
Crece el hervor, la grita y la pelea
Tanto que la mas gente allí acudia:
Hé aquí á Rengo también ensangrentado,
Que llega á la sazon por aquel lado.

Y como dos mastines rodeados
De gozques importunos, que en llegando
A verse con los cerros erizados
Se van el uno al otro regañando:
Así los dos guerreros señalados,
Las inhumanas armas levantando,
Se vienen á herir; pero el combate
Quiero que al otro canto se dilate.

CANTO XV.

En este quinceno y último canto se acaba la batalla, en la cual fueron muertos todos los araucanos, sin querer alguno dellos rendirse. Y se cuenta la navegacion que las naos del Pirú hicieron hasta llegar á Chile, y la grande tormenta que entre el rio de Maule y puerto de la Concepcion pasaron.

¿Qué cosa puede haber sin amor buena?
¿Qué verso sin amor dará contento?
¿Dónde jamás se ha visto rica vena
Que no tenga de amor el nacimiento?
No se puede llamar materia llena
La que de amor no tiene el fundamento.
Los contentos, los gustos, los cuidados,
Son, si no son de amor, como pintados.

Amor de un juicio rústico y grosero
Rompe la dura y áspera corteza,
Produce ingenio y gusto verdadero,
Y pone cualquier cosa en mas fineza:
Dante, Ariosto, Petrarca y el Ibéro,
Amor los trujo á tanta delgadeza,
Que la lengua mas rica y mas copiosa,
Si no trata de amor, es disgustosa.

Pues yo de amor desnudo y de ornamentos
Con un inculto ingenio y rudo estilo,
¿Cómo he tenido tanto atrevimiento,
Que me ponga al rigor del crudo filo?
Pero mi celo bueno y sano intento,
Esto me hace á mí añudar el hilo
Que ya con el temor cortado habia,
Pensando remediar esta osadía.

Quíselo aquí dejar, considerado
Ser escritura larga y trabajosa,
Por ir á la verdad tan arrimado
Y haber de tratar siempre de una cosa:
Que no hay tan dulce estilo y delicado,
Ni pluma tan cortada y sonorosa,
Que en un largo discurso no se estrague,
Ni gusto que un manjar no le empalague.

Que si á mi discrecion dado me fuera
Salir al campo y escoger las flores,
Quizá el cansado gusto removiera
La usada variedad de los sabores;
Pues como otros han hecho, yo pudiera
Entretejer mis fábulas y amores;
Mas ya que tan adentro estoy metido,
Habré de proseguir lo prometido.

Al lombardo dejé y al araucano
Donde la guerra andaba mas trabada,
Que vienen á juntarse mano á mano,
La espada alta y la maza levantada.
De malla está cubierto el italiano,
El indio la persona desarmada;
Y así como mas suelto y mas lijero
En descargar el golpe fué el primero.

El membrudo italiano, como vido
La maza y el rigor con que bajaba,
Alzó el escudo en alto, y recogido
Debajo dél el golpe reparaba:
Por medio el fuerte escudo fué rompido,
Y en medio la cabeza le cargaba,
Que batiendo los dientes vió en el suelo
Las estrellas mas mínimas del cielo.

El brazo descargó que alto tenia
Sobre el valiente bárbaro el lombardo,
Pensando que dos piezas le haria
Segun era del ánimo gallardo;
Pero Rengo que punto no perdia,
Como una onza lijera y suelto pardo,
Un pronto salto dió á la diestra mano,
De suerte que el cuchillo bajó en vano.

Tras esto el diestro bárbaro rodea
La poderosa maza de manera
Que á acertarle de lleno, no al Andrea,
Pero un duro peñasco deshiciera;
Igual andaba entre ellos la pelea,
Aunque temo yo á Rengo á la primera
Vez que el cuchillo baje, si le halla,
Que habrá fin con su muerte la batalla.

Mas con destreza y gran reportamiento,
Desnudo de armas y de esfuerzo armado,
Entra, sale y revuelve como el viento,
Que en maña y lijereza era estremado:
Hace siempre su golpe, y al momento
Le halla el enemigo así apartado,
Que aunque el cuchillo de dos brazas fuera
Alcanzar á herirle no pudiera.

Mil golpes por el aire arroja en vano
El furioso italiano embravecido,
Viendo cómo desnudo un araucano,
Y él armado, le tiene en tal partido:
La izquierda junta á la derecha mano,
Y apretando la espada de corrido
Al bárbaro arremete altos los brazos,
Pensando dividirlo en dos pedazos.

El araucano con mañoso brio
Baja la maza firme lo esperaba;
Mas el cuerpo hurtó con un desvio,
Al tiempo que el cuchillo derribaba;
Así que el brazo y golpe dió en vacío,
Y de la fuerza inmensa que llevaba
El gran cuchillo sustentar no pudo,
Quedando allí con solo medio escudo.

Pues como tal lo vió, suelta la maza,
Cerrando el presto bárbaro de hecho,
Y cuerpo á cuerpo así con él se abraza
Que le imprime las mallas en el pecho:
No por esto el lombardo se embaraza;
Mas piensa dél así haber mas derecho,
Y con brazos durísimos lo aferra,
Creyendo levantarlo de la tierra.

Lo que el valiente Alcides hizo á Anteo,
Quiso el nuestro hacer del araucano;
Mas no salió fortuna á su deseo,
Y así el deseado efeto salió en vano:
Que el esforzado Rengo de un rodeo
Le lleva largo trecho por el llano,
Sobre los cuerpos muertos tropezando,
Siempre con mas furor sobre él cargando.

Andrea, de empacho ardiendo en rabia
Sintiéndose de un hombre así apurado,
Firme en el suelo con los piés estriba
Cobrando esfuerzo del honor sacado;
Y de manera sobre Rengo arriba,
Que de tierra lo lleva levantado,
Que era de fuerza grande y de gran prueba
Bastante á comportar la carga nueva.

Yo vi entre muchos jóvenes valientes,
Sobre pruebas de fuerza porfiando,
Trabar él una cuerda con los dientes,
Asiendo cuatro della y estribando
Todos á un tiempo á partes diferentes,
A su pesar llevarlos arrastrando;
Y de solos los dientes se valia,
Que las manos atrás presas tenia.

Y con facilidad y poca pena
La mayor bota ó pipa que hallaba,
Capaz de veinte arrobas de agua llena,
De tierra un codo y mas la levantaba;
Y suspendida sin verter serena,
La sed por largo espacio mitigaba,
Bajándola después al suelo llano,
Como si fuera un cántaro liviano.

Aconteció otras veces barqueando
Rios en esta tierra caudalosos,
Ir la corriente el ímpetu esforzando
A desbravar en riscos peñascosos
Arrebatando el barco, no bastando
La fuerza de los remos presurosos;
Y él cubierto de malla como estaba
Luego animoso al agua se arrojaba;

Y una cuerda en la boca, revolviendo
Al furioso raudal el duro pecho,
Los piés y fuertes brazos sacudiendo
Rompia por la canal casi derecho:
Remolcando la barca, y resistiendo
El ímpetu del agua del estrecho,
La sacaba á la orilla en salvamento,
Haciendo otras mil cosas que no cuento.

A Rengo aquí también sobrepujaba,
Que no fué de su fuerza menor prueba;
Pero Rengo, que en ira se abrasaba
Viendo que sin firmarse alto lo lleva,
Hizo por fuerza pié, y sobre él tornaba
Sacando la vergüenza fuerza nueva;
Pero al cabo los dos se desasieron,
Y otra vez á las armas acudieron.

Y comienzan de nuevo el fiero asalto,
Como si descansaran todo el dia;
Ora presto por bajo, ora por alto
Sin miedo el uno al otro acometia:
Rengo, que de armadura estaba falto,
Con tal destreza y maña se regia,
Que sostiene en un peso aquella guerra,
No perdiendo una mínima de tierra.

Con presteza una vez tal golpe asienta
Al valiente cristiano por un lado,
Que toda la persona le atormenta,
Segun que fué de fuerza muy cargado:
Otro redobla y otro, y á mi cuenta,
Al cuarto que bajaba mas pesado,
El astuto italiano se desvia,
Y de una punta al bárbaro heria.

La espada le atraviesa el brazo fuerte
Abriéndole en el lado una herida;
Mas fué tal su ventura y diestra suerte
Que no le privó el golpe de la vida:
El bárbaro en ponzoña se convierte,
Y con braveza fuera de medida,
Con el fiero enemigo fué en un punto
Descargando la maza todo junto.

El italiano en alto el medio escudo
Alzó por recoger el golpe estraño;
Pero del todo resistir no pudo,
Aunque se reparó parte del daño:
Batióle la cabeza el golpe crudo,
Y cual si el morrion fuera de estaño,
Y no de fuerte pasta bien templado,
Así de aquella vez quedó abollado.

Dos ó tres pasos dió desvanecido
Del golpe el italiano vacilando,
Perdida la memoria y el sentido,
Y anduvo por caer titubeando:
La sangre por el uno y otro oido
Le reventó en gran flujo, como cuando
Revienta de abundancia alguna fuente;
Y en pié se tuvo bien dificilmente.

Pero vuelto en su acuerdo, que se mira
Lleno de sangre y puesto en tal estado,
Mas furioso que nunca, ardiendo en ira
De verse así de un bárbaro tratado,
El brazo con el pié diestro retira
Para tomar mas fuerza, y el pesado
Cuchillo derribó con tal ruído,
Que revocó en los montes del sonido.

Rengo, que el gran cuchillo bajar siente
Y el ímpetu y furor con que venia,
Cruzando la alta maza osadamente
Al reparo debajo se metia:
No fué la asta defensa suficiente
Por mas barras de acero que tenia,
Que á tierra vino della una gran pieza
Y el furioso cuchillo á la cabeza.

Fué este golpe terrible y peligroso,
Por do una roja fuente manó luego,
Y anduvo por caer Rengo dudoso,
Atónito y de sangre casi ciego:
El italiano allí no perezoso,
Viendo que no era tiempo de sosiego,
Baja otra vez el gran cuchillo agudo,
Con todo aquel vigor que dalle pudo.

En medio de la frente en descubierto
Hiere al turbado Rengo el italiano,
Y hubiérale de arriba abajo abierto,
Si no torciera al descargar la mano:
El golpe fué de llano, y como muerto
Vino al suelo tendido el araucano;
Y el cuchillo del golpe atormentado
Por tres ó cuatro partes fué quebrado.

Crino, que volvió el rostro al gran ruido
Del poderoso golpe y la caida,
Viendo al valiente Rengo así tendido
Pensó que era pasado desta vida,
Y de amistad y deudo conmovido,
La espada de su propio amo homicida
Que en Penco Tucapel ganado habia,
En venganza del bárbaro esgrimia.

Pasa al Andrea de un golpe el estofado
No reparando en él la cruda espada,
Que rompiendo la malla por el lado
Le penetró hasta el hueso la estocada;
Vuelve con un mandoble, y recatado
Andrea viendo venir la cuchillada,
Fué tan presto con él por resistirle,
Que no le dejó tiempo de herirle.

Sin darle mas lugar con él se afierra,
Donde en satisfacion de la herida
Alzándole bien alto de la tierra
De espaldas le tendió con gran caida;
Y por dar presto fin á aquella guerra,
La espada le quitó y luego la vida,
Metiéndose tras esto por la parte
Que andaba mas sangriento el fiero Marte.

Hiende por do el monton ve mas estrecho:
¡Triste de aquel que allí con él se junta!
Uno parte al través, otro al derecho,
Otro al sesgo, otro ensarta de una punta,
Otros que tiende, aun no bien satisfecho
A coces los quebranta y descoyunta:
Brazos, cabezas por el aire avienta,
Sin términos, sin número ni cuenta.

El buen Lasarte con la diestra airada
En medio del furor se desenvuelve;
Pasa el pecho á Talcuén de una estocada,
Y sobre Titaguán furioso vuelve;
Abrióle la cabeza desarmada;
Mas el rabioso bárbaro revuelve,
Y antes que la alma diese, le da un tajo
Que se tuvo al arzon con gran trabajo.

Pacheco á Norpa abrió por el costado,
Y á Longoval derriba tras el muerto.
Pues Juan Gomez también por aquel lado
De fresca sangre bárbara cubierto
Habia de un golpe á Colca derribado,
Y á Galvo el desarmado vientre abierto:
El bárbaro mortal, la color vuelta,
Dió en el postrer suspiro la alma envuelta.

Gabriel de Villagrán no estaba ocioso:
Que á Zinga y á Pillolco habia tendido:
Y andaba revolviéndose animoso
Entre los hierros bárbaros metido.
El rumor de las armas sonoroso,
Los varios apellidos, y el ruído
A las aves confusas y turbadas
Hacen estar mirándolos paradas.

Crece la rabia y el furor se enciende,
La gente por juntarse se apiñaba;
Que ya ninguno mas lugar pretende
Del que para morir en pié bastaba.
Quién corta, quién barrena, rompe, hiende;
Y era el estrecho tal y priesa brava,
Que sin caer los muertos, de apretados
Quedaban á los vivos arrimados.

La soberbia, furor, desdén, denuedo,
La priesa de los golpes y dureza,
Figurarla del todo aquí no puedo,
Ni la pluma llevar con tal presteza:
De la muerte ninguno tiene miedo;
Antes si vuelve el rostro, mas tristeza
Mostraban, porque claro conocian
Que vencidos quedaban si vivian.

Mas, aunque de vivir desconfiaban,
Perdida de vencer ya la esperanza,
El punto de la muerte dilataban
Por morir con alguna mas venganza;
Y no por esto el paso retiraban,
Ni el pecho, rehusaban de la lanza,
Si por mover un paso, como digo,
Dejasen de ofender al enemigo.

Cuatro aquí, seis allí, por todos lados
Vienen sin detenerse á tierra muertos,
Unos de mil heridas desangrados,
De la cabeza al pecho otros cubiertos;
Otros por las espaldas y costados,
Los bravos corazones descubiertos:
Así dentro en los pechos palpitaban
Que bien el gran coraje declaraban.

Quién en sus mismas tripas tropezando,
Al odioso enemigo arremetia;
Quién por veinte heridas resollando
Las cubiertas entrañas descubria;
Allí se vió la vida estar dudando
Por qué puerta de súbito saldria:
Al fin salia por todas, y á un momento
Faltaba fuerza, vida, sangre, aliento.

Ya pues no estaba en pié la octava parte
De los bárbaros muertos no rendidos;
Villagrán que miraba esto de aparte,
Viendo los que quedaban tan heridos
Les envió con dos indios de su parte
A decir que se entreguen por vencidos,
Sometiéndose al yugo y obediencia,
Y que usará con ellos de clemencia.

Todos los españoles retrujeron
Las espadas y el paso en el momento,
Y los dos mensajeros propusieron
El pacto, condicion y ofrecimiento;
Pero los araucanos cuando oyeron
Aquel partido infame, el corrimiento
Fué tanto y su coraje, que respuesta
No dieron á la plática propuesta.

Los ojos contra el cielo vueltos, braman:
¡Morir, morir! no dicen otra cosa;
Morir quieren, y así la muerte llaman
Gritando: ¡Afuera vida vergonzosa!
Esta fué su respuesta, y esto claman,
Y á dar fin á la guerra sanguinosa
Se disponen con ánimo y braveza,
Sacando nuevas fuerzas de flaqueza.

Espaldas con espaldas se juntaban
Algunos de rodillas combatiendo,
Que las tullidas piernas les faltaban
Sostenerse sobre ellas no pudiendo,
Y aun así las espadas rodeaban;
Otros que ya en el suelo retorciendo
Se andaban, por dañar lo que podian,
A los contrarios piés se revolvian.

Viéranse vivos cuerpos desmembrados
Con la furiosa muerte porfiando,
En el lodo y sangraza derribados,
Que rabiosos se andaban revolcando:
De la suerte que vemos los pescados
Cuando se va algun lago desaguando,
Que entre dos elementos se estremecen,
Y en ellos revolcándose perecen.

Si el crudo Sila, si Neron sangriento,
Por mas sed que de sangre ellos mostraran,
Della vieran aquí el derramamiento,
Yo tengo para mí que se hartaran;
Pues con mayor rigor á su contento
En viva sangre humana se bañaran,
Que en campo Marcio Sila carnicero,
Y en el foro de Roma el bestial Nero.

Quedaron por igual todos tendidos
Aquellos que rendir no se quisieron,
Que ya al fin de la vida conducidos
A la forzosa muerte se rindieron.
Los lasos españoles mal heridos
De la cercada plaza se salieron,
De armas y cuerpos bárbaros tan llena,
Que sobre ellos andaban á gran pena.

Ningun bárbaro en pié quedó en el fuerte,
Ni brazo que mover pudiese espada:
Solo Mallén, que el punto de la muerte
Le dió de vivir gana acelerada;
Y rendido al temor y baja suerte,
Viéndose de una fiera cuchillada
En el siniestro brazo mal herido,
Detrás de un paredon se habia escondido.

No sintiendo el rumor que antes se oia
Que en torno retumbaba todo el llano,
Que, como dije, ya la muerte habia
Puesto silencio con airada mano,
Dejó aquel paredon, y á ver salia
Si hallaba por allí algun araucano
A quien se encomendar que le salvase,
Y la sensible llaga le apretase.

Mas cuando vió la plaza cuál estaba,
Y en sus amigos tal carniceria,
Que aunque la muerte los desfiguraba,
La envidia conocidos los hacia:
Con ira vergonzosa presentaba
La espada al corazon, y asi decia:
«¿Cómo yo solo quedo por testigo
De la muerte y valor de tanto amigo?

»Cobarde corazon, por cierto indino
De algun golpe de espada valerosa,
Pues fué por eleccion y no destino
Perder una sazon tan venturosa:
Tú me apartaste ¡oh flaco! del camino
De un eterno vivir, y á vergonzosa
Muerte he venido ya con mengua tuya,
Por mas que la mi diestra lo rehuya.

»Si á mi sangre con esta del estado
Mezclarse aquí le fuere concedido,
Viendo mi cuerpo entre estos arrojado,
Aunque de brazo débil ofendido,
Quizá seré en el número contado
De los que así su patria han defendido;
Mas ¡ay triste de mí! que en la herida
Será mi flaca mano conocida.

»¿Qué indicios bastarán, qué recompensa,
Qué enmienda puedo dar de parte mia,
Que yo satisfacer pueda á la ofensa
Hecha á mi honor y patria y compañía?
Yo turbo el claro honor y fama inmensa
De tantos, pues podrán decir que habia
Entre ellos quien de miedo bajamente
Del enemigo apenas vió la frente.

»¿Por qué al temor doy fuerzas, dilatando
Con prolijas razones mi jornada?
Arrepentirme ¿qué aprovecha, cuando
Ya el arrepentimiento vale nada?»
Aquí cerró la voz, y no dudando
Entrega el cuello á la homicida espada:
Corriendo con presteza el crudo filo
Sin sazon de la vida cortó el hilo.

Cese el furor del fiero Marte airado
Y descansen un poco las espadas,
Entre tanto que vuelvo al comenzado
Camino de las naves derramadas:
Que contra el recio noto porfiando,
De Neptuno las olas levantadas
Prohejando por fuerza iban rompiendo,
Del viento y agua el impetu venciendo.

Por entre aquellas islas navegaron
De Sangallá, do nunca habita gente,
Y las otras ignotas se dejaron
A la diestra de parte del poniente,
A Chaule á la siniestra, y arribaron
En Arica, y después dificilmente
Vimos á Copiapó, valle primero
Del distrito de Chile verdadero.

Allí con libertad soplan los vientos
De sus cavernas cóncavas saliendo,
Y furiosos, indómitos, violentos,
Todo aquel ancho mar van discurriendo,
Rompiendo la prision y mandamientos
De Eolo su rey, el cual temiendo
Que el mundo no arruinen, los encierra
Echándoles encima una gran sierra.

No con esto su furia corregida,
Viéndose en sus cavernas apremiados
Buscan con gran estruendo la salida
Por los huecos y cóncavos cerrados;
Y así la firme tierra removida
Tiembla, y hay terremotos tan usados,
Derribando en los pueblos y montañas
Hombres, ganados, casas y cabañas.

Menguan allí las aguas, crece el dia
Al revés de la Europa, porque es cuando
El sol del equinocio se desvia,
Y al Capricornio mas se va acercando:
Pues desde allí las naves que á porfia
Corren al mar, y al austro contrastando
De bóreas ayudadas luego fueron,
Y en el puerto coquimbico surgieron.

Apenas en la deseada arena
Salidos de las naos el pié firmamos,
Cuando el prolijo mar, peligro y pena
De tan largos caminos olvidamos;
Y á la nueva ciudad de la Serena,
Que es dos leguas del puerto, caminamos
En lozanos caballos guarnecidos,
Al esperado tiempo prevenidos.

Donde un caricioso acogimiento
A todos nos hicieron y hospedaje,
Estimando con grato cumplimiento
El socorro y larguísimo viaje;
Y de dulce refresco y bastimento
Al punto se aprestó el matalotaje,
Con que se reparó la hambrienta armada
Del largo navegar necesitada.

A la gente y caballos aguardaban.
Que por áspera tierra y despoblados
Rompiendo con esfuerzo caminaban
De hambres y trabajos fatigados;
Pero á cualquier fortuna contrastaban,
Y desde poco á la ciudad llegados
Un mes en mucho vicio reposaron,
Hasta que los caballos reformaron.

Al fin del cual sin esperar la flota,
Reparados del áspero camino
Toman de su demanda la derrota,
Llevando á la derecha el mar vecino:
Pasan la fértil Ligua, y á Quillota
La dejaron á un lado, que convino
Entrar en Mapochó, que es do pasaron
Las reliquias de Penco que escaparon.

El sol del comun Géminis salia
Trayendo nuevo tiempo á los mortales,
Y del solsticio por cenit heria
Las puertas y region setentrionales:
Cuando es mayor la sombra al mediodía
Por este apartamiento en las australes,
Y los vientos en mas libre ejercicio
Soplan con gran rigor del austral quicio.

Nosotros sin temor de los airados
Vientos, que entonces con mayor licencia
Andan en esta parte derramados,
Mostrando mas entera su violencia,
A las usadas naves retirados,
Con un alegre alarde y aparencia
Las aferradas áncoras alzamos,
Y al norueste las velas entregamos.

La mar era bonanza, el tiempo bueno,
El viento largo, fresco y favorable,
Desocupado el cielo, y muy sereno
Con muestra y parecer de ser durable:
Seis dias fuimos así; pero al seteno
Fortuna que en el bien jamás fué estable,
Turbó el cielo de nubes, mudó el viento
Revolviendo la mar desde el asiento.

Bóreas furioso aquí tomó la mano
Con presurosos soplos esforzados,
Y súbito en el mar tranquilo y llano
Se alzaron grandes montes y collados.
Los españoles, que el furor insano
Vieron del agua y viento, atribulados
Tomaran por partido estar en tierra,
Aunque del todo hubiera fin la guerra.

De mi nave podré solo dar cuenta
Que era la capitana de la armada,
Que arrojada de la áspera tormenta
Andaba sin gobierno derramada.
Pero ¿quién será aquel que en tal afrenta
Estará tan en sí, que falte en nada?
Que el general temor apoderado
No me dejó aun para esto reservado

Con tal furia á la nave el viento asalta,
Y fué tan recio y presto el terremoto,
Que la cogió la vela mayor alta,
Y estaba en punto el mástil de ser roto;
Mas viendo el tiempo así turbado, salta
Diciendo á grandes voces el piloto:
¡Larga la triza en banda, larga, larga!
¡Larga presto, ay de mí! que el viento carga.

La braveza del mar, el recio viento,
El clamor, alboroto, las promesas,
El cerrarse la noche en un momento
De negras nubes, lóbregas y espesas;
Los truenos, los relámpagos sin cuento,
Las voces de pilotos, y las priesas
Hacen un son tan triste y armonía,
Que parece que el mundo perecia.

¡Amaina, amaina! gritan marineros,
¡Amaina la mayor, iza trinquete!
Esfuerzan esta voz los pasajeros,
Y á la triza un gran número arremete:
Los otros de tropel corren lijeros
A la escota, á la braza, al chafaldete;
Mas del viento la fuerza era tan brava,
Que ningun aparejo gobernaba.

Abrese el cielo, el mar brama alterado,
Gime el soberbio viento embravecido;
En esto un monte de agua levantado
Sobre las nubes con un gran ruïdo
Embistió el galeon por un costado
Llevándolo un gran rato sumergido,
Y la gente tragó del temor fuerte
A vueltas de agua la esperada muerte.

Mas quiso Dios que de la suerte, como
La gran ballena el cuerpo sacudiendo,
Rompe con el furioso hocico romo
De las olas el ímpetu venciendo;
Descubre y saca el espacioso lomo
En anchos cercos la agua revolviendo:
Así debajo el mar salió el navío
Vertiendo á cada banda un grueso rio.

El proceloso bóreas mas crecido
La mar hasta los cielos levantaba,
Y aunque era un mangle el mástil muy fornido,
Sobre la proa la alta gavia estaba;
La gente con gran fuerza y alarido
En amainar la vela porfiaba,
Que en forma de arco al mástil oprimia,
Y así la racamenta no corria.

Eolo, ó ya fué acaso, ó se doliendo
Del afligido pueblo castellano,
Iba al valiente bóreas recogiendo
Queriendo él encerrarle por su mano;
Y abriendo la caverna, no advirtiendo
Al céfiro que estaba mas cercano,
Rotas ya las cadenas á la puerta,
Salió bramando al mar, viéndola abierta.

Y con violento soplo arrebatando,
Cuantas nubes halló por el camino,
Se arroja al levantado mar, cerrando
Mas la noche con negro torbellino;
Y las valientes olas reparando
Que del furioso cierzo repentino
Iban la via siguiendo, las airaba,
Y el removido mar mas alteraba.

Súbito la borrasca y travesía,
Y un turbion de granizo sacudieron
Por un lado á la nao, y así perdia,
Que al mar las altas gavias descendieron:
Fué la furia tan presta, que aun no habia
Amainado la gente, cuando vieron
Los pilotos la costa y viento airado,
Rindieron la esperanza al duro hado.

La nao del mar y viento contrastada
Andaba con la quilla descubierta,
Ya sobre sierras de agua levantada,
Ya debajo del mar toda cubierta:
Vino en esto de viento una grupada
Que abrió á la agua furiosa una ancha puerta,
Rompiendo del trinquete la una escota,
Y la mura mayor fué casi rota.

Alzóse un alarido entre la gente
Pensando haber del todo zozobrado;
Miran al gran piloto atentamente
Que no sabe mandar de atribulado;
Unos dicen: ¡zaborda!, otros: ¡detente!
¡Cierra el timon en banda! y cuál turbado
Buscaba escotillon, tabla ó madero,
Para tentar el medio postrimero.

Crece el miedo, el clamor se multiplica,
Uno dice: ¡á la mar! otro: ¡arribemos!
Otro da grita: ¡amaina! otro replica:
¡A orza, no amainar, que nos perdemos!
Otro dice: ¡herramientas; pica, pica!
¡Mástiles y obras muertas derribemos!
Atónita de acá y de allá la gente
Corre en monton confuso diligente.

Las gúmenas y jarcias rechinaban
Del turbulento céfiro estiradas,
Y las hinchadas olas rebramaban
En las vecinas rocas quebrantadas:
Que la escura tiniebla penetraban,
Y ser razon de nubes intrincadas;
Y así en las peñas ásperas batian
Que blancas hasta el cielo resurtian.

Travesía era el viento, y por vecina
La brava costa de arrecifes llena,
Que del grande reflujo en la marina
Hervia el agua mezclada con la arena:
Rota la escota, larga la bolina,
Suelto el trinquete, sin calar la entena,
Y la poca esperanza quebrantada
Por el furioso viento arrebatada.

CANTO XVI (1).

En este canto se acaba la tormenta; contiénese la entrada de los españoles en el puerto de la Concepcion y isla de Talcaguano; el consejo general que los indios en el valle de Ongolmo tuvieron; la diferencia que entre Peteguelén y Tucapel hubo, asimismo el acuerdo que sobre ella se tomó,

Salga mi trabajada voz, y rompa
El son confuso y mísero lamento
Con eficacia, y fuerza, que interrompa
El celeste y terrestre movimiento:
La fama con sonora y clara trompa
Dando mas furia á mi cansado aliento,
Derrame en todo el orbe de la tierra
Las armas, el furor y nueva guerra.

(1) *Por este canto* XVI *empieza la segunda parte de la* Araucana, *así como en el* XXX *da principio la tercera: division que no hemos conservado, por no tener mas significacion que el haberse dado á luz con posterioridad á la primera. De ello dió cuenta don* Alonso de Ercilla *en el siguiente prólogo al lector.*

Por haber prometido de proseguir esta historia, no con poca dificultad y pesadumbre la he continuado; y aunque esta segunda parte de la *Araucana* no muestra el trabajo que me cuesta, todavía quien la leyere podrá considerar el que se habrá pasado en escribir dos libros de materia tan áspera y de poca variedad; pues desde el principio hasta el fin no contiene sino una misma cosa, y haber de caminar siempre por el rigor de una verdad, y camino tan desierto y estéril, parèceme que no habrá gusto que no se canse de seguirme. Así temeroso desto quisiera mil veces mezclar algunas cosas diferentes; pero acordé de no mudar estilo, porque lo que digo se me tomase en descuento de las faltas que el libro lleva, autorizándole con escribir en él el alto principio que el rey nuestro señor dió á sus obras, con el asalto y entrada de San Quintin, por habernos dado otro aquel mismo dia los araucanos en el fuerte de la Concepcion. Asimismo trato el rompimiento de la batalla naval que el señor don Juan de Austria venció en Lepanto. Y no es poco atrevimiento querer poner dos cosas tan grandes en lugar tan humilde; pero todo lo merecen los araucanos, pues ha mas de treinta años que sustentan su opinion, sin jamás habérseles caido las armas de las manos, no defendiendo grandes ciudades y riquezas, pues de su voluntad ellos mismos han abrasado las casas y haciendas que tenian por no dejar que gozar al enemigo; mas solo defienden unos terrenos secos (aunque muchas veces humedecidos con nuestra sangre) y campos incultos y pedregosos. Y siempre permaneciendo en su firme propósito y entereza, dan materia larga á los escritores. Yo dejo mucho, y aun lo mas principal por escribir para el que quisiere tomar trabajo de hacerlo, que el mio le doy por bien empleado, si se recibe con la voluntad que á todos le ofrezco.

Dadme, ó sacro señor, favor, que creo
Que es lo que mas aquí puede ayudarme,
Pues en tan gran peligro ya no veo
Sino vuestra fortuna en que salvarme:
Mirad donde me ha puesto el buen deseo,
Favoreced mi voz con escucharme,
Que luego el bravo mar viéndoos atento
Aplacará su furia y movimiento.

Y á vuestra nave el rostro revolviendo,
La socorred en este grande aprieto,
Que si decirse es lícito, yo entiendo
Que á vuestra voluntad todo es sujeto:
Aunque el soberbio mar contraveniendo
De los hados al áspero decreto,
Arrancando las peñas de su suelo,
Mezcle sus altas olas con el cielo.

Espero que la rota nave mia
Ha de arribar al puerto deseado,
A pesar de los hados y porfía
Del contrapuesto mar y viento airado,
Que procuran así impedir la vía,
Y diferir el término llegado
En que la antigua causa tan reñida
Por vuestra parte habia de ver vencida.

Los cuatro poderosos elementos
Contra la flaca nave conjurados,
Traspasando sus términos y asientos
Iban del todo ya desordenados:
Indómitos, airados y violentos,
Removidos, revueltos y mezclados
En su antigua discordia y fuerza entera,
Como en el caos y confusion primera.

Pues de tantos contrarios combatida
La quebrantada nave forcejando,
Iba casi de un lado sumergida
Las poderosas olas contrastando;
Mas ya al furioso viento y mar rendida,
Sin poder resistir se va acercando
A los yertos peñascos levantados,
De las violentas olas azotados.

Con la congoja del morir presente
Las voces y las lástimas crecian,
Que llevadas del céfiro inclemente
Lejos las rocas cóncavas herian:
Pilotos, marineros y la gente,
Como locos sin orden discurrian:
Unos dicen: ¡alarga! y otros: ¡iza!
Quien por ir á la escota va á la triza.

El uno con el otro se atraviesa,
Y así turbado del temor se impide:
Quién á públicas voces se confiesa,
Y á Dios perdon de sus errores pide:
Quién hace voto espreso, quién promesa,
Quién de la ausente madre se despide,
Haciendo el gran temor siempre mayores
Los lamentos, plegarias y clamores.

Por otra parte el cielo riguroso
Del todo parecia venir al suelo,
Y el levantado mar tempestüoso
Con soberbia hinchazon subir al cielo.
¿Qué es esto, eterno Padre poderoso?
¿Tanto importa anegar un navichuelo,
Que el mar, el viento y cielo de tal modo
Pongan su fuerza estrema y poder todo?

No la barca de Amiclas asaltada
Fué del viento y del mar con tal porfía,
Que aunque de leños frágiles armada
El peso y ser del mundo sostenia;
Ni la nave de Ulises, ni la armada
Que de Troya escapó el último dia,
Vieron con tal furor el viento airado,
Ni el removido mar tan levantado.

La confianza y ánimo mas fuerte
Al temor se entregaban importuno:
Que la espantosa imagen de la muerte
Se le imprimió en el rostro á cada uno;
Del todo ya rendidos á su suerte,
Sin esperanza de remedio alguno,
El gobierno dejaban á los hados,
Corriendo acá y allá desatinados.

Cuando un golpe de mar incontrastable
Bramando en un turbion de viento envuelto
Rompió de la gran mura un grueso cable,
Cubriendo el galeon ya todo vuelto.
Pero aquí sucedió un caso notable,
Y fué que el puño del trinquete suelto
Trabó del gran vaivén á la pasada
El un diente de la áncora amarrada;

Y cual si fuera estaca mal asida
La arranca de su asiento y la arrebata,
Y acá y allá del viento sacudida
Todo lo abate, rompe y desbarata.
Mas Dios, que de los suyos no se olvida,
Aunque á las veces su favor dilata,
Hizo que en el bauprés dichosamente
El áncora aferrase el corvo diente.

La vela se fijó, y en el momento,
Gobernó el galeon rumbo derecho,
Y á despecho del mar y recio viento,
Botando á orza el timon salió al levecho.
Fué tanto nuestro súbito contento,
Que el temeroso inadvertido pecho
Pudo sufrir difícilmente á un punto
El estremo de pena y gozo junto.

Luego pues que la súbita alegría
Lanzó fuera al temor desconfiado,
Y á su lugar volvió la sangre fría
Que habia los miembros ya desamparado,
La esforzada y contrita compañía,
El rostro al cielo en lágrimas bañado,
Con oracion devota y sacrificio
Dió las gracias á Dios del beneficio.

Mas el hinchado mar embravecido,
Y el indómito viento rebramando,
Al bajel acometen con ruïdo
En vano, aunque se esfuerza, porfiando:
Que la fortuna de Felipe asido
Ajorro ya le lleva remolcando
Sobre las altas olas espumosas,
Aun de anegar los cielos deseosas.

En esto la cerrada niebla escura
Por el furioso viento derramada,
Descubrimos al este la Herradura,
Y al sur la isla de Talca levantada:
Reconocida ya nuestra ventura,
Y la araucana tierra deseada,
Viendo el morro de Penco descubierto,
Arribamos á popa sobre el puerto.

El cual está amparado de una isleta
Que resiste al furor del norte airado,
Y los continuos golpes de mareta
Que le baten furiosos de aquel lado:
La corva y larga punta una caleta
Hace y seno tranquilo y sosegado,
Do las cansadas naves, como digo,
Hallan seguro albergue y dulce abrigo.

La nave sin gobierno destrozada
Surgió al alto reparo de una sierra,
En gruesa amarra y áncora afirmada
Que con tenace diente aferró tierra:
Apenas la alta vela fué amainada,
Cuando el alegre estruendo de la guerra
Nos estendió, tocando en los oidos,
Los ánimos y nervos encogidos.

La isleta es habitada de una gente
Esforzada, robusta y belicosa,
La cual viendo una nave solamente,
Venida allí por suerte venturosa,
Gritando: «Guerra, guerra», alegremente
Toma las fieras armas, y furiosa
Con gran rebato y priesa repentina
Corre en tropel confuso á la marina.

En la falda de un áspero recuesto
En formado escuadron se representa;
Y nosotros con ánimo dispuesto
A cualquiera peligro y grande afrenta
Arremetimos á las armas presto:
Que el trabajo pasado y la tormenta
Nos hizo á todos estimar en nada
Cualquiera otro peligro y gran jornada.

Con recobrado aliento y nuevo brío
Corrimos al batel, de la manera
Que si lejos de tierra en un bajío
Encallada la nave ya estuviera;
Y por los anchos lados el navío
Sus dos grandes bateles echó fuera,
En los cuales saltamos tanta gente,
Cuanta pudo caber estrechamente.

No es poético adorno fabuloso,
Mas cierta historia y verdadero cuento,
Ora fuese algun caso prodigioso,
O estraño agüero y triste anunciamiento,
Ora violencia de astro riguroso,
Ora inusado y rapto movimiento,
Ora el andar el mundo, y es mas cierto,
Fuera de todo término y concierto:

Que el viento ya calmaba, y en poniendo
El pié los españoles en el suelo,
Cayó un rayo, de súbito volviendo
En viva llama aquel ñudoso velo;
Y en forma de lagarto discurriendo
Se vió hender una cometa el cielo:
El mar bramó, y la tierra resentida,
Del gran peso gimió como oprimida.

Cortó súbito allí un temor helado
La fuerza á los turbados naturales,
Por siniestro pronóstico tomado
De su ruïna y venideros males,
Viendo aquel movimiento desusado,
Y los prodigios tristes y señales
Que su destrozo y pérdida anunciaban,
Y á perpetua opresion amenazaban.

Desto medrosos aguardar no osaron,
Que soltando las armas ya rendidas
Del cerrado escuadron se derramaron,
Procurando salvar las tristes vidas:
El patrio nido al fin desampararon,
Y con mujeres, hijos y comidas
Por secretos caminos y senderos
Se escaparon en balsas y maderos.

Luego los nuestros sin parar corriendo
Las casas yermas, chozas y moradas,
Iban en todas partes descubriendo
Las rústicas viandas levantadas;
Y con gran diligencia preveniendo
Los caminos, las sendas y paradas,
Por cavernas y espesos matorrales
Buscaban los ausentes naturales.

Donde en breve sazon fueron hallados
Algunos pobres indios escondidos,
Otros en pueblezuelos salteados
Que aun no estaban del miedo apercebidos;
Mas con buen tratamiento asegurados,
Dándoles jotas, llautos y vestidos,
Y palabras de amor los aquietaban,
Y á sus casas de paz los enviaban.

Dándoles á entender que nuestro intento
Y causa principal de la jornada
Era la religion y salvamento
De la rebelde gente bautizada,
Que en desprecio del santo sacramento,
La recibida ley y fe jurada
Habian pérfidamente quebrantado,
Y las armas ilícitas tomado.

Pero que si quisiesen convertirse
A la cristiana ley que antes tenian,
Y á la fe quebrantada reducirse,
Que al grande Carlos quinto dado habian,
En todas las mas cosas convenirse
A su provecho y cómodo podrian,
Haciéndoles con prendas, firme y cierto,
Cualquier partido lícito y concierto.

Luego los instrumentos convenientes
Al uso militar y á la vivienda
Sacamos en las partes competentes,
Que no hay quien nos lo impida, ni defienda:
Donde todos á un tiempo diligentes,
Cuál arma pabellon, cuál toldo ó tienda,
Quién fuego enciende, y en el casco usado
Tuesta el húmido trigo mareado.

La negra noche horrenda y espantosa
Cubriendo tierra y mar cayó del cielo,
Dejando antes de tiempo presurosa
Envuelto el mundo en tenebroso velo:
No quedó pabellon, tienda ni cosa
Que el viento allí no la abatiese al suelo,
Pareciendo con nuevo movimiento
Desencasar la isleta de su asiento.

Hasta que el tardo y deseado dia
Las nubes desterró, y dejó sereno
El cielo, revistiendo de alegría
El aire escuro y húmido terreno:
Luego la trabajada compañía
Conociendo el instable tiempo bueno,
Procura reparar con diligencia
Del riguroso invierno la violencia.

Unos prestos destechan los pajizos
Albergues de los indios ausentados,
Otros con tablas, ramas y carrizos
Al nuevo alojamiento van cargados;
Y sobre troncos de árboles rollizos
En las hondas arenas afirmados,
Gran número de ranchos levantamos,
Y en breve espacio un pueblo fabricamos.

Del modo que se ven los pajarillos
De la necesidad misma instruidos,
Por techos y apartados rinconcillos
Tejer y fabricar los pobres nidos,
Que de pajas, de plumas y ramillos
Van y vienen los picos impedidos:
Así en el yermo y descubierto asiento
Fabrica cada cual su alojamiento.

Ya que todos, señor, nos alojamos
En el húmido sitio pantanoso,
Y con industria y arte reparamos
La furia del invierno riguroso,
Las necesarias armas aprestamos,
Soltando con estrépito espantoso
La gruesa y reforzada artillería,
Que en torno tierra y mar temblar hacia.

En las remotas bárbaras naciones
El grande estruendo y novedad sintieron;
Pacos, vicuñas, tigres y leones
Acá y allá medrosos discurrieron;
Los delfines, nereidas y tritones
En sus hondas cavernas se escondieron,
Deteniendo confusos sus corrientes
Los presurosos ríos y las fuentes.

Sintióse en el estado la estampida,
Y algunos tan atónitos quedaron,
Que la dura cerviz nunca oprimida
Sobre los yertos pechos inclinaron:
Así avisados ya de la venida
Los instrumentos bélicos tocaron,
Descogiendo por todas las riberas
Sus lucidos pendones y banderas.

En el valle de Ongolmo congregados
Los deciseis caciques araucanos,
Y algunos capitanes señalados
De los interesados comarcanos,
Todos en general deliberados
De venir con nosotros á las manos,
Sobre el lugar, el tiempo y aparejo
Entraron los caciques en consejo.

Rengo también con ellos, que admitido
Fué al consejo de guerra por valiente,
Que, si ya os acordais, quedó aturdido
En Mataquito entre la muerta gente;
Pero volvió después en su sentido,
Y al cabo se escapó dichosamente,
Que, aunque falto de sangre, tuvo suerte
Contra la furia de la airada muerte.

Caupolicán en medio dellos puesto
A todos con los ojos rodeando,
Que con silencio y ánimo dispuesto
Estaban sus razones aguardando;
Con sesgo pecho y con sereno gesto
La voz en tono grave levantando,
Rompió el mudo silencio, y echó fuera
El intento y furor desta manera:

«Esforzados varones, ya es venido,
Segun vemos las muestras y señales,
Aquel felice tiempo prometido
En que habemos de hacernos inmortales;
Que la fortuna próspera ha traido
De las últimas partes orientales
Tantas gentes en una compañía
Para que las venzais en solo un dia.

»Y á costa y precio de su sangre y vidas
Del todo eterniceis vuestras espadas,
Y nuestras viejas leyes oprimidas
Sean en su libre fuerza restauradas,
Que por remotos reinos estendidas
Han de ser inviolables y sagradas,
Viviendo en igualdad debajo dellas
Cuantos viven debajo las estrellas.

»Y pues que con tan loco pensamiento
Estas gentes se os han desvergonzado,
Y en vuestra tierra y defendido asiento
Las banderas tendidas han entrado,
Es bien que el insolente atrevimiento
Quede con nuevo ejemplo castigado,
Antes que dando cuerda á su esperanza
Les dé fuerza y consejo la tardanza.

»Así en resolucion me determino,
Si, señores, también os pareciere,
Que demos con asalto repentino
Sobre ellos lo mejor que ser pudiere,
Y nadie piense que hay otro camino
Sino el que con su fuerza y brazo abriere:
Que las rabiosas armas en las manos
Los han de dar por justos ó tiranos.»

A la plática fin con esto puso;
Y el buen Peteguelén, viejo severo,
Por mas antiguo su razon propuso
Como soldado y sabio consejero,
Diciendo: «¡Oh capitanes! no rehuso
De derramar mi sangre yo el primero,
Que aunque por mi vejez parezca helada
En el pecho me hierve alborotada.

»Pero sola una cosa me detiene
Haciéndome dudar el rompimiento,
Y es la cierta noticia que se tiene
Que es mucha gente y mucho el regimiento:
Así que claro vemos que conviene
Gran resistencia á grande movimiento,
Que siempre de estimar poco las cosas
Suceden las dolencias peligrosas.

»Que pues el sitio y puesto que han tomado
Es por natura fuerte y recogido,
Del mar y altos peñascos rodeado,
Por todas partes libre y defendido,
Será de mas provecho y acertado
Que á su plática y trato deis oido,
Y que no se les niegue y contradiga,
Pues que solo el oir á nadie obliga.

»Que no podrá dañar, y en el comedio
Podreis apercibir y juntar gente,
Y en secreto aprestar para el remedio
Todo lo necesario y conveniente,
En las cosas difíciles dar medio,
Proveer á cualquiera inconveniente,
Atajar y romper los pasos llanos,
Y al cabo remitirnos á las manos.»

No pudo decir mas, que ardiendo en ira
El bravo Tucapel, con voz furiosa,
Diciendo le atajó: «Quien tanto mira
Jamás emprenderá jornada honrosa;
Y si todo el estado se retira
Por parecerle que esta es peligrosa,
Yo solo tomaré sin compañía
Las armas, causa y cargo á cuenta mia.

»¿Por ventura teneis desconfianza
De vuestras propias fuerzas tan probadas?
Pues en cuanto arrojar pueden la lanza,
Y rodear los brazos las espadas,
Dais causa que se note en vos mudanza,
Y que vuestras vitorias mancilladas
Queden con bajo y mísero partido,
Y nuestro honor y crédito ofendido.

»Pues entended que mientras yo tuviere
Fuerza en el brazo y voz en el senado,
Diga Peteguelén lo que quisiere,
Que esto ha de ser por armas sentenciado.
Y quien otro camino pretendiere
Primero le abrirá por mi costado:
Que esta ferrada maza, y no oraciones
Les ha de dar las causas y razones.

»Si los que así os preciais de bien hablados
El ánimo os bastare y el denuedo
De combatir sobre esto en campo armados,
Os probaré mas claro lo que puedo;
Mas quereisos mostrar tan concertados,
Que llamando prudencia á lo que es miedo,
Por no poner en riesgo vuestra vida
A todo con parlar dareis salida.»

Peteguelén responde: «Pues no halla
Nunca en tí la razon acogimiento,
Yo solo viejo quiero la batalla
Y castigar tu loco atrevimiento;
De piel curtida armados ó de malla,
Con lanza, espada ó maza, á tu contento,
Para mostrar que en justas ocasiones
Tengo mas largas manos que razones.»

¿Quién pudiera pintar el rostro esquivo
Que Tucapel mostraba contra el cielo,
Lanzando por los ojos fuego vivo,
No se dignando de mirar al suelo?
Dijo: «Al fin pensamiento tan altivo
Ya es digno del furor de Tucapelo;
Mas por mi honor y por tu edad querria
Que metieses contigo compañía.»

El viejo respondió: «Jamás de ajenas
Fuerzas en ningun tiempo me he ayudado,
Ni de sangre aun están vacías mis venas,
Ni siento el brazo así debilitado,
Que no te piense dar las manos llenas;»
Mas Rengo su sobrino levantado
Se atravesó diciendo: «El desafío
Acepto yo, si quieres, por mi tio.»

«Quiérolo, pido y soy dello contento,
Gritaba Tucapel, y á diez contigo.»
Mas saltando Orompello de su asiento
Dijo: «Tú lo has de haber, Rengo, conmigo.»
También enmendaré tu atrevimiento,
Responde el fiero Rengo, y mas te digo,
Que en poco tu amenaza y campo estimo
Después que haya acabado el de tu primo.»

Tucapelo le dijo: «Castigarte
Pienso de tal manera yo primero,
Que le cabrá á Orompello poca parte,
Que á bien librar serás mi prisionero:
Afuera, afuera, sús, haceos aparte,
Que dilatar el término no quiero,
Pues armas, tiempo y voluntad tenemos,
Sino que luego aquí lo averigüemos.»

Rengo y Peteguelén le respondieran
A un tiempo con las armas y razones,
Si en medio á la sazon no se pusieran
Muchos caciques nobles y varones,
Pidiendo que suspendan y difieran
Aquellas amenazas y cuestiones,
Hasta que la fortuna declarada
Diese próspero fin á la jornada.

Caupolicán estaba ya impaciente
De ver que Tucapelo cada dia
En guerra, en paz, con término insolente
Sin causa ni atencion los revolvia;
Mas hubo de llevarlo blandamente,
Que el tiempo y la sazon lo requeria;
Y así con gravedad y manso ruego
La furia mitigó y apagó el fuego.

Quedando entre ellos puesto y acetado
Que luego que la guerra concluyesen,
El viejo y Tucapel en estacado
Francos de solo á solo combatiesen;
Después, que Tucapel y Rengo armado
Ansimismo su causa difiniesen.
El rumor aplacado, Colocolo
Los comenzó á decir hablando solo:

«Generosos caciques, si licencia
Tenemos de decir lo que alcanzamos
Los que por largos años y esperiencia
Los futuros sucesos rastreamos,
Vemos que nuestras fuerzas y potencia
En solo destrüirnos las gastamos,
Y el tirano cuchillo apoderado
Sobre nuestras gargantas levantado.

»Y lo que da señal clara que sea
Cierta vuestra caida y mi recelo,
Es que ya la fortuna titubea,
Y comienza á turbarse nuestro cielo:
Cuando un gran edificio se ladea
No está muy lejos de venir al suelo;
La máquina que en falso asiento estriba
Su misma pesadumbre la derriba.

»Así que ya, si mi opinion no yerra,
Segun el proceder y los indicios,
Temo y con gran razon de ver por tierra
Nuestros mal cimentados edificios;
Y convertido el uso de la guerra
En serviles y bajos ejercicios,
Quebrantándose al fin vuestra protervia
Fundada en una vana y gran soberbia.

»Muerto á Lautaro vemos, y perdidas
Con gran deshonra nuestras tres banderas:
Rotas nuestras escuadras y tendidas
Al viento y sol por pasto de las fieras;
Las fuerzas y opiniones divididas,
Lleno el campo de gentes estranjeras,
Y las furiosas armas alteradas
Contra sus mismos pechos declaradas.

»Mirad que así por ciega inadvertencia
La patria muere y libertad perece,
Pues con sus mismas armas y potencia
Al derecho enemigo favorece:
Incurable y mortal es la dolencia
Cuando á la medicina no obedece,
Y bestial la pasion y detestable
Que no sufre el consejo saludable.

»¿Por qué con tanta saña procuramos
Ir nuestra sangre y fuerzas apocando,
Y envueltos en civiles armas damos
Fuerza y derecho al enemigo bando?
¿Por qué con tal furor despedazamos
Esta union invencible, condenando
Nuestra causa aprobada y armas justas,
Justificando en todo las injustas?

»¿Qué rabia ó qué rencor desatinado
Habeis contra vosotros concebido,
Que así quereis que el araucano estado
Venga á ser por sus manos destruïdo,
Y en su virtud y fuerzas ahogado
Quede con nombre infame sometido
A las estrañas leyes y gobierno
En dura servidumbre y yugo eterno?

»Volved sobre vosotros, que sin tiento
Correis á toda prisa á despeñaros;
Refrenad esa furia y movimiento,
Que es la que puede en esto mas dañaros:
Sufris al enemigo en vuestro asiento
Que quiere como á brutos conquistaros,
¿Y no podeis sufrir aquí impacientes
Los consejos y avisos convenientes?

»Que es cierto falta de ánimo, y bastante
Indicio de flaqueza disfrazada,
Teniendo al enemigo tan delante
Revolver contra sí la propria espada,
Por no esperar con ánimo constante
Los duros golpes de fortuna airada,
A los cuales resiste el pecho fuerte
Que no quiere acabarlo con la muerte.

»Pero pues tanto esfuerzo en vos se encierra,
Que á veces por ser tanto lo condeno,
Y de vuestras hazañas no esta tierra,
Mas todo el universo anda ya lleno:
Cese, cese el furor y civil guerra,
Y por el bien comun tened por bueno
No romper la hermandad con torpes modos,
Pues que miembros de un cuerpo somos todos.

»Si á la cansada edad y largos dias
Algun respeto y crédito se debe,
Mirad á estas antiguas canas mias
Y al bien público y celo que me mueve,
Para que diferais vuestras porfias
Por alguna sazon y tiempo breve,
Hasta que el español furor decline,
Y la causa comun se determine.

»Y pues de vuestra discrecion espero
Que os pondrá en el camino que conviene,
Traer otras razones mas no quiero,
Pues con vos la razon tal fuerza tiene.
Dejadas pues á parte, lo primero
Que venir á las manos nos detiene,
Y pone freno y límite al deseo,
Es el poco aparejo que aquí veo.

»Que por todas las partes nos divide
Este brazo de mar que veis en medio,
Y nuestra pretension y paso impide
Sin tener de pasaje algun remedio;
Y pues el enemigo se comide
A tratar de concierto y nuevo medio,
Aunque nunca pensemos acetarlos
No nos podrá dañar el escucharlos.

»Pues por este camino tomaremos
Lengua de su intencion y fundamento,
Que cuando no sea lícita podremos
Venir de todo en todo á rompimiento.
También en este término haremos
De armas y municion preparamento:
Que estas serán al fin las que de hecho
Habrán de declarar este derecho.

»Mas conviene advertir, claros varones,
Para llevar las cosas bien guiadas,
Que nuestras esteriores intenciones
Vayan siempre á la paz enderezadas,
Mostrándonos de flacos corazones,
Las fuerzas y esperanzas quebrantadas,
Y la tierra de minas de oro rica,
Cebo goloso en que esta gente pica.

»Quizá por este término sacalla
Podremos del isleño sitio fuerte,
Y con fingida paz aseguralla
Trayéndola por mañas á la muerte;
Y sin rumor, ni muestra, ni batalla
Abramos la carrera de tal suerte
Que venga á tiera firme, confiada
En el seguro paso y franca entrada.»

A su habla dió fin el sabio anciano,
Y hubo allí pareceres diferentes,
Diciendo que el peligro era liviano
Para tanto temor é inconvenientes;
Pero Purén, Lincoya, y Talcaguano,
Lemolemo, Elicura mas prudentes
Al parecer del viejo se arrimaron,
Y así á los mas los menos se allanaron.

Despachando de allí con diligencia
Al joven Millalauco generoso,
Hombre de gran lenguaje y esperiencia,
Cauto, sagaz, solícito y mañoso:
Que con fingida muestra y apariencia
De algun partido honesto y medio honroso
Nuestro intento y designios penetrase,
Y el sitio, gente y número notase.

El cual por los caciques instruido
Según el tiempo en lo que mas convino,
En una larga góndola metido
Sin mas se detener tomó el camino,
Y de los prestos remos impelido
En breve á nuestro alojamiento vino,
Adonde sin estorbo libremente
Saltó luego seguro con su gente.

Al puerto habian también con fresco viento
Tres naves de las nuestras arribado
Llenas de armas, de gente y bastimento
Con que fué nuestro campo reforzado:
Era tanto el rumor y movimiento
Del bélico aparato, que admirado
El cauteloso Millalauco estuvo,
Y así confuso un rato se detuvo.

Mas sin darlo á entender disimulando
Por medio del bullicio atravesaba,
Los judiciosos ojos rodeando
Las armas, gente y ánimos notaba;
Y el negocio entre sí considerando
El deseado fin dificultaba,
Viendo cubierto el mar, llena la tierra
De gente armada y máquinas de guerra.

Llegado al pabellon de don García,
Hallándome con otros yo presente,
Con una moderada cortesía
Nos saludó á su modo alegremente,
Levantando la voz; pero la mia,
Que fatigada de cantar se siente,
No puede ya llevar un tono tanto,
Y así es fuerza dar fin en este canto.

CANTO XVII.

Hace Millalauco su embajada. Salen los españoles de la isla, levantando un fuerte en el cerro de Penco; vienen los araucanos á darles el asalto. Cuéntase lo que en aquel mismo tiempo pasaba sobre la plaza fuerte de San Quintin.

Nunca negarse deben los oidos
A enemigos ni amigos sospechosos,
Que tanto os dejan mas apercibidos
Cuanto vos los teneis por cautelosos;
Escuchados serán mas entendidos
Ora sean verdaderos ó engañosos:
Que siempre por señales y razones
Se suelen descubrir las intenciones.

Cuando piensan que mas os desatinan
Con su máscara falsa y trato estraño,
Os despiertan, avisan, encaminan,
Y encubriendo descubren el engaño:
Veis el blanco y el fin adonde atinan,
El pro y el contra, el interés y el daño:
No hay plática tan doble y cautelosa
Que della no se infiera alguna cosa.

Y no hay pecho tan lleno de artificio
Que no se le penetre algun concepto:
Que las lenguas al fin hacen su oficio
Y mas si el que oye sabe ser discreto.
Nunca el hablar dejó de dar indicio,
Ni el callar descubrió jamás secreto:
No hay cosa mas difícil bien mirado
Que conocer un necio si es callado.

Y es importante punto y necesario
Tener el capitán conocimiento
Del arte y condicion del adversario,
De la intencion, designio y fundamento;
Si es cuerdo y reportado ó temerario,
De pesado ó lijero movimiento,
Remiso ó diligente, incauto, astuto,
Vario, indeterminable ó resoluto.

Así vemos que el bárbaro senado
Por saber la intencion del enemigo
Al cauto Millalauco habia enviado
Debajo de figura y voz de amigo,
Que con semblante y ánimo doblado,
Mostrándose cortés, como atrás digo,
El rostro á todas partes revolviendo
Alzó recio la voz así diciendo:

«Dichoso capitán y compañía,
A quien por bien de paz soy enviado
Del araucano estado y señoría,
Con voz y autoridad del gran senado:
No penseis que el temor y cobardía
Jamás nos haya á término llegado
De usar, necesitados de remedio,
De algun partido infame y torpe medio.

»Pues notorio os será lo que se estiende
El nombre grande y crédito araucano,
Que los estraños términos defiende
Y asegura debajo de su mano;
Y también de vosotros ya se entiende
Que movidos de celo y fin cristiano
Con gran moderacion y disciplina
Venis á derramar vuestra dotrina.

»Siendo pues esto así como la muestra
Que habeis dado hasta aquí lo verifica,
Y la buena opinion y fama vuestra
Con claras y altas voces lo publica:
Yo os vengo á asegurar de parte nuestra,
Y así á todos por mí se os certifica
Que la ofrecida paz tan deseada
Será por los caciques aceptada.

»Que el ínclito senado habiendo oido
De vuestra parte algunas relaciones,
Con sabio acuerdo y parecer movido,
Por legítimas causas y razones,
Quiere aceptar la paz, quiere partido
De lícitas y honestas condiciones,
Para que no padezca tanta gente
Del pueblo simple y género inocente.

»Que si la fe inviolable y juramento
De vuestra parte con amor pedido,
Y el gracioso y seguro acogimiento
De nuestra voluntad libre ofrecido,
Pueden dar en las cosas firme asiento
Con honra igual y lícito partido,
Sin que los nuestros súbditos y estados
Vengan por tiempo á ser menoscabados:

»A Carlos sin defensa y resistencia
Por amigo y señor le admitiremos,
Y el servicio indebido y obediencia
De nuestra voluntad le ofreceremos;
Mas si quereis llevarlo por violencia,
Antes los propios hijos comeremos,
Y vereis con valor nuestras espadas
Por nuestro mismo pecho atravesadas.

»Pero por trato llano sin recelo
Podreis por vuestro rey alzar bandera,
Que el estado las armas por el suelo
Con los brazos abiertos os espera,
Reconociendo que el benigno cielo
Le llama á paz segura y duradera
Quedando para siempre lo pasado
En perpetuo silencio sepultado.»

Aquí dió fin al razonar, haciendo
A su modo y usanza una caricia,
Siempre en su proceder satisfaciendo
A nuestra voluntad y á su malicia;
Y el bárbaro poder disminuyendo
Nos aumentaba el ánimo y codicia,
Dándonos á entender que habia flaqueza
Y abundancia de bienes y riqueza.

Oida la embajada, don García,
Haciéndole gracioso acogimiento,
En suma respondió que agradecía
La propuesta amistad y ofrecimiento,
Y que en nombre del rey satisfaria
Su buena voluntad con tratamiento
Que no solo no fuesen agraviados,
Mas de muchos trabajos relevados.

Hizo luego sacar á dos sirvientes
Por mas confirmacion algunos dones,
Ropas de mil colores diferentes,
Jotas, llautos, chaquiras y listones,
Insignias y vestidos competentes
A nobles capitanes y varones,
Siendo de Millalauco recibido
Con palabras y término cumplido.

Así que, con semblante y apariencia
De amigo agradecido y obligado,
Pidiendo al despedir grata licencia
A la barca volvió que habia dejado;
Y con la acostumbrada diligencia
Al tramontar del sol llegó al estado
Do recibido fué con alegría
De toda aquella noble compañía.

Visto el despacho y la ocasion presente
Los caciques la junta dividieron,
Y dando muestra de esparcir la gente
A sus casas de paz se retrujeron,
Adonde sin rumor secretamente
Las engañosas armas previnieron,
Moviendo del comun las voluntades
Aparejadas siempre á novedades.

Nosotros no sin causa sospechosos
Allí mas de dos meses estuvimos,
Y á las lluvias y vientos rigurosos
Del implacable invierno resistimos;
Mas pasado este tiempo, deseosos
De saber su intencion, nos resolvimos
En dejar el isleño alojamiento
Haciendo en tierra firme nuestro asiento.

Ciento y treinta mancebos florecientes
Fueron en nuestro campo apercibidos,
Hombres trabajadores y valientes
Entre los mas robustos escogidos,
De armas y de instrumentos convenientes
Secreta y sordamente prevenidos:
Yo con ellos también, que vez ninguna
Dejé de dar un tiento á la fortuna.

Para que en un pequeño cerro exento,
Sobre la mar vecina relevado,
Levantasen un muro de cimiento,
De fondo y ancho foso rodeado,
Donde pudiese estar sin detrimento
Nuestro pequeño ejército alojado,
En cuanto los caballos arribaban,
Que ya teniamos nueva que marchaban.

Pues salidos á tierra entenderian
La intencion de los bárbaros dañada,
Que en secreto las armas prevenian
Con falso rostro y amistad doblada:
De do si se moviesen les darian
Algun asalto y súbita ruciada,
Que quebrantando el ánimo y denuedo
Viniesen á la paz de puro miedo.

Era imaginacion fuera de tino
Pensar que los soberbios araucanos
Quisiesen de concordia algun camino
Viéndose con las armas en las manos;
Pero con la presteza que convino,
Los ciento y treinta jóvenes lozanos
Pasaron á la tierra sin ayuda
Mas que el amparo de la noche muda.

Y aunque era en esta tierra el tiempo cuando
Virgo alargaba apriesa el corto dia
Las variables horas restaurando
Que usurpadas la noche le tenia,
Antes que la alba fuese desterrando
Las nocturnas estrellas, parecia
La cumbre del collado levantada
De gente y materiales ocupada.

Cuáles con barras, picos y azadones
Abren los hondos fosos y señales;
Cuáles con corvos y anchos cuchillones,
Hachas, sierras, segures y destrales
Cortan maderos gruesos y troncones,
Y fijados en tierra con tapiales
Y trabazon de leños y faginas
Levantan los traveses y cortinas.

No con tanto hervor la tiria gente
En la labor de la ciudad famosa
Solicita, oficiosa y diligente
Andaba en todas partes presurosa;
Ni César levantó tan de repente
En Dirrachio la cerca milagrosa,
Con que cercó el ejército esparcido
Del enemigo yerno inadvertido:

Cuanto fué de nosotros coronada
De una gruesa muralla la montaña,
De fondo y ancho foso rodeada
Con ocho gruesas piezas de campaña;
Siendo á vista de Arauco levantada
Bandera por Felipe, rey de España,
Tomando posesion de aquel estado
Con lo demás del padre renunciado.

Túvose por un caso nunca oido
De tanto atrevimiento y osadía,
Entre la gente plática tenido
Mas por temeridad que valentía,
Que en el soberbio estado así temido
Los ciento y treinta en poco mas de un dia
Pudiésemos salir con una cosa
Tanto cuanto difícil peligrosa.

Nuestra gente del todo recogida,
La cual luego segura al fuerte vino,
Que el alto sitio y pólvora temida
Hizo fácil y llano aquel camino;
Por las anchas cortinas repartidas
Segun y por el orden que convino,
Nos pusimos allí todos á una
Debajo del amparo de fortuna.

La pregonera fama, ya volando
Por el distrito y término araucano,
Iba de lengua en lengua acrecentando
El abreviado ejército cristiano,
La gente popular amedrentando
Con un hueco rumor y estruendo vano
Que lo incierto á las veces certifica,
Y lo cierto, si es mal, lo multiplica.

Llegada pues la voz á los oidos
De nuestros enemigos conjurados,
No mirando á los tratos y partidos
Por una parte y otra asegurados;
Con súbita presteza apercibidos
De municiones, armas y soldados,
Sin aguardar á mas trataron luego
De darnos el asalto á sangre y fuego.

Juntos para el efecto en Talcaguano,
Dos millas poco mas del fuerte asiento,
El esforzado mozo Gracolano,
De gran disposicion y atrevimiento,
Dijo en voz alta: «¡Oh gran Caupolicano!
Si en algo es de estimar mi ofrecimiento,
Prometo que mañana en el asalto
Arbolaré mi enseña en lo mas alto.

»Y porque á tí, señor, y á todos quiero
Haceros de mis obras satisfechos,
Con esta usada lanza me profiero
De abrir lugar por los contrarios pechos:
Y que será mi brazo el que primero
Barahuste las armas y pertrechos,
Aunque mas dificulten la subida,
Y todo el universo me lo impida.»

Así dijo; y los bárbaros en esto,
Porque ya las estrellas se mostraban,
Al fuerte en escuadron con paso presto
Cubiertos de la noche se acercaban,
Y en una gran barraca, oculto puesto,
Al pié de la montaña reparaban,
Aguardando en silencio aquella hora
Que suele aparecer la clara aurora.

Aquella noche yo mal sosegado
Reposar un momento no podia,
O ya fuese el peligro, ó ya el cuidado
Que de escribir entonces yo tenia:
Así imaginativo y desvelado
Revolviendo la inquieta fantasía,
Quise de algunas cosas desta historia
Descargar con la pluma la memoria.

En el silencio de la noche escura,
En medio del reposo de la gente,
Queriendo proseguir con mi escritura
Me sobrevino un súbito accidente:
Cortóme un hielo cada coyuntura,
Turbóseme la vista de repente,
Y procurando de esforzarme en vano
Se me cayó la pluma de la mano.

Quisiérame quejar, mas fué imposible
Del accidente súbito impedido;
Que el agudo dolor y mal sensible,
Me privó del esfuerzo y del sentido;
Pero pasado el término terrible,
Y en mi primero ser restituido,
Del tormento quedé de tal manera
Cual si de larga enfermedad saliera.

Luego que con suspiros trabajados
Desfogando las ansias aflojaron,
Mis descaidos ojos agravados
Del gran quebrantamiento se cerraron:
Así los lasos miembros relajados
Al agradable sueño se entregaron,
Quedando por entonces el sentido
En la mas noble parte recogido.

No bien al dulce sueño y al reposo
Dejado el quebrantado cuerpo habia,
Cuando oyendo un estruendo sonoroso
Que estremecer la tierra parecia,
Con gesto altivo y término furioso
Delante una mujer se me ponia,
Que luego vi en su talle y gran persona
Ser la robusta y áspera Belona:

Vestida de los piés á la cintura,
De la cintura á la cabeza armada
De una escamosa y lúcida armadura;
Su escudo al brazo, al lado la ancha espada,
Blandiendo en la derecha la asta dura,
De las horribles furias rodeada,
El rostro airado, la color teñida,
Toda de fuego bélico encendida.

La cual me dijo: «¡Oh mozo temeroso!
El ánimo levanta y confianza,
Reconociendo el tiempo venturoso
Que te ofrece tu dicha y buena andanza;
Huye del ocio torpe y perezoso,
Ensancha el corazon y la esperanza,
Y aspira á mas de aquello que pretendes,
Que el cielo te es propicio si lo entiendes

»Que viéndote á escribir aficionado
Como se muestra bien por el indicio,
Pues nunca te han la pluma destemplado
Las fieras armas y áspero ejercicio,
Tu trabajo tan fiel considerado,
Solo movida de mi mismo oficio
Te quiero yo llevar en una parte
Donde podrás sin límite ensancharte.

»En campo fértil, lleno de mil flores,
En el cual hallarás materia llena
De guerras mas famosas y mayores,
Donde podrás alimentar la vena;
Y si quieres de damas y de amores
En verso celebrar la dulce pena,
Tendrás mayor sujeto y hermosura,
Que en la pasada edad y en la futura.

»Sígueme,» dijo al fin; y yo admirado,
Viéndola revolver por donde vino,
Con paso largo y corazon osado
Comencé de seguir aquel camino,
Dejando del siniestro y diestro lado
Dos montes, que el Atlante y Apenino
Con gran parte no son de tal grandeza,
Ni de tanta espesura y aspereza.

Salimos á un gran campo, á do natura
Con mano liberal y artificiosa
Mostraba su caudal y hermosura
En la varia labor maravillosa,
Mezclando entre las hojas y verdura
El blanco lirio y encarnada rosa,
Junquillos, azahares y mosquetas,
Azucenas, jazmines y violetas.

Allí las claras fuentes murmurando
El deleitoso asiento atravesaban,
Y los templados vientos respirando
La verde yerba y flores alegraban.
Pues los pintados pájaros volando
Por los copados árboles cruzaban,
Formando con su canto y melodía
Una acorde y dulcísima armonía.

Por mil partes en corros derramadas
Vi gran copia de ninfas muy hermosas
Unas en varios juegos ocupadas,
Otras cogiendo flores olorosas,
Otras süavemente y acordadas
Cantaban dulces letras amorosas,
Con cítaras y liras en las manos,
Diestros sátiros, faunos y silvanos.

Era el fresco lugar aparejado
A todo pasatiempo y ejercicio:
Quién sigue ya de aquel, ya deste lado
De la casta Diana el duro oficio;
Ora atraviesa el puerco, ora el venado,
Ora salta la liebre, y con el vicio
Gamuzas, capreolas y corcillas
Retozan con la yerba y florecillas.

Quién el ciervo herido rastreando
De la llanura al monte atravesaba;
Quién el cerdoso puerco fatigando
Los osados lebreles ayudaba;
Quién con templados pájaros volando
Las altaneras aves remontaba:
Acá matan la garza, allá la cuerva,
Aquí el celoso gamo, allí la cierva.

Estaba medio á medio deste asiento
En forma de pirámide un collado,
Redondo en igual círculo y exento,
Sobre todas las tierras empinado;
Y sin saber yo cómo, en un momento,
De la fiera Belona arrebatado,
En la mas alta cumbre dél me puso,
Quedando dello atónito y confuso.

Estuve tal un rato de repente
Viéndome arriba, que mirar no osaba,
Tanto que acá y allá medrosamente
Los temerosos ojos rodeaba:
Allí el templado céfiro clemente
Lleno de olores varios respiraba,
Hasta la cumbre altísima el collado
De verde yerba y flores coronado.

Era de altura tal, que no podria
Un liviano neblí subir á vuelo,
Y así no sin temor me parecia
Mirando abajo estar cerca del cielo;
De donde con la vista descubria
La grande redondez del ancho suelo,
Con los términos bárbaros ignotos
Hasta los mas ocultos y remotos.

Viéndome pues Belona allí subido
Me dijo: «El poco tiempo que te queda
Para que puedas ver lo prometido,
Hace que detenerme mas no pueda:
Mira aquel grueso ejército movido,
El negro humo espeso y polvareda
En el confin de Flandes y de Francia
Sobre una plaza fuerte de importancia.

»Después que Carlos quinto hubo triunfado
De tantos enemigos y naciones,
Y como invicto príncipe hollado
Las árticas y antárticas regiones,
Triunfó de la fortuna y vano estado,
Y asegura su fin y pretensiones,
Dejando la imperial investidura
En dichosa ocasion y coyuntura.

»Y movido de pio y santo celo
Que del gobierno público tenia,
Pareciéndole poco lo del suelo
Segun lo que en el pecho concebia,
Vuelta la mira y pretension al cielo,
El peso que en los hombros sostenia
Le puso en los del hijo, renunciados
Todos sus reinos, títulos y estados.

Viendo el hijo la próspera carrera
Del victorioso padre retirado,
Por hacer la esperanza verdadera
Que siempre de sus obras habia dado,
Por el principio y ocasion primera
Aquel copioso ejército ha juntado,
Para bajar de la enemiga Francia
La presuncion, orgullo y arrogancia.

Aquella es San Quintin que ves delante,
Que en vano contraviene á su ruïna,
Presidio principal, plaza importante,
Y del furor del gran Felipe dina:
Hállase dentro della el almirante,
Debajo cuyo mando y disciplina
Está gran gente plática de guerra
A la defensa y guarda de la tierra.

En tres partes allí como se muestra
El enemigo campo se reparte,
Cáceres con su tercio á mano diestra,
Donde está de Felipe el estandarte,
El pronto Navarrete á la siniestra
Con el conde de Mega, y de la parte
Del Burgo Julian con tres naciones
Españoles, tudescos y valones.

»Llegamos pues á tiempo que seguro
Podrás ver la contienda porfiada,
Y sin escalas por el roto muro
Entrar los de Felipe á pura espada;
Verás el fiero asalto y trance duro,
Y al fin la fuerte Francia aportillada:
Que al riguroso hado incontrastable
No hay defensa ni plaza inespugnable.

»Conviéneme partir de aquí al momento
A meterme entre aquellos escuadrones,
Y remover con nuevo encendimiento
Los unos y los otros corazones:
Tú desde aquí podrás mirar atento
Las diferentes armas y naciones,
Y escribir de una y otra la fortuna,
Dando su justa parte á cada una.»

Luego la diosa airada y compañía
Por el aire en tropel se deslizaron,
Y en un instante sin torcer la vía
(Cual presto rayo) á San Quintin bajaron:
Donde atizando el fuego ya que ardia
Con la amiga discordia se juntaron,
Que andaba entre las huestes y compañas
Infundiéndoles ira en las entrañas.

En esto el fiero ejército furioso,
Por la señal postrera ya movido,
En un turbion espeso y polvoroso
Corre al batido muro defendido.
¿Quién fuera de lenguaje tan copioso
Que pudiera esplicar lo que aquí vido?
Mas aunque mi caudal no llegue á tanto,
Haré lo que pudiere en otro canto.

CANTO XVIII.

Da el rey don Felipe el asalto á San Quintin; entra en ella victorioso; vienen los araucanos sobre el fuerte de los españoles.

¿Cuál será el atrevido que presuma
Reducir el valor vuestro y grandeza
A término pequeño y breve suma,
Y á tan humilde estilo tanta alteza?
Que aunque por campo próspero la pluma
Corra con fértil vena y lijereza,
Tanto el sujeto y la materia arguye,
Que todo lo deshace y disminuye.

Y el querer atreverme á tanto creo
Que me será juzgado á desatino,
Pues llegado á razon yo mismo veo
Que salgo de los términos á tino:
Mas de serviros siempre el gran deseo,
Que siempre me ha tirado á este camino,
Quizá aldelgazará mi pluma ruda
Y la torpeza de la lengua muda.

Y así vuestro favor, del cual procede
Esta mi presuncion y atrevimiento,
Es el que agora pido, y el que puede
Enriquecer mi pobre entendimiento:
Que si por vos, señor, se me concede
Lo que á nadie negais, soltaré al viento
Con ánimo la ronca voz medrosa,
Indigna de contar tan grande cosa.

Y de vuestra largueza confiado
Por la justa razon con que lo pido,
Espero que, señor, seré escuchado,
Que basta para ser favorecido.
Volviendo á proseguir lo comenzado,
Dije en el canto atrás, que arremetido
Habia el furioso campo por tres vías
A las aportilladas baterías.

Y en la veloz corrida contrastando
Los tiros y defensas contrapuestas,
Lo va todo rompiendo y tropellando
Con animoso pecho y manos prestas,
Y á los batidos muros arribando
Por los lados y partes mas dispuestas:
Los unos y los otros se afrentaron,
Y los ánimos y armas se tentaron.

Los franceses con muestra valerosa
Armas y defensivos instrumentos,
Resisten la llegada impetüosa
Y los contrarios ánimos sangrientos;
Mas la gente española mas furiosa
Cuanto topaba mas impedimento,
Con temoso coraje y porfiado
Rompe lo mas difícil y cerrado.

Vieran en las entradas defendidas
Gran contienda, revuelta y embarazos,
Muertes estrañas, golpes y heridas
De poderosos y gallardos brazos;
Cabezas hasta el cuello y mas hendidas,
Y cuerpos divididos en pedazos:
Que no bastaban petos ni celadas
Contra el crudo rigor de las espadas.

La plaza se espugnaba y defendia
Con esfuerzo y valor por todos lados;
Era cosa de ver la herrería
De las armas y arneses golpeados;
La espantosa y horrenda artillería,
Las bombas y artificios arrojados
De pólvora, alquitrán, pez y resina,
Aceite, plomo, azufre y trementina.

Y á vueltas un granizo y lluvia espesa
De lanzas y saetas arrojaban,
Peñas, tablas, maderos que á gran priesa
De los muros y techos arrancaban:
La fiera rabia y gran teson no cesa,
Hieren, matan, derriban; y así andaban
Los unos y los otros tan revueltos
En horror, fuego, sangre y humo envueltos.

Unos la entrada sin temor defienden
Con libre y animosa confianza;
Otros de miedo por vivir ofenden
Poniéndoles esfuerzo la esperanza;
Otros que ya la vida no pretenden
Procuran de su muerte la venganza,
Y que cayan sus cuerpos de manera
Que al enemigo cierren la carrera.

Como el furor indómito y violencia
De una corriente y súbita avenida,
Que si halla reparo y resistencia
Hierve y crece allí la agua detenida,
Al fin con mayor ímpetu y potencia
Bramando abre el camino y la salida,
Que las defensas rompe y desbarata,
Y en violento furor las arrebata:

De tal manera la francesa gente
Sin bastar resistencia y fuerza alguna
La arrebató la próspera corriente
Del hado de Felipe y su fortuna:
Que ya sin poder mas forzadamente
A la furia rendida, por la una
Parte que estaba Cáceres, dió entrada
A su enemiga gente encarnizada.

Y aunque por esta parte el almirante
El golpe de la gente resistia,
No fué ni pudo al cabo ser bastante
A la pujanza y furia que venia:
Quedó en prision con otros, y adelante
La victoriosa y fiera compañía,
Dejando eterna lástima y memoria,
Iba siguiendo el hado y la victoria.

Pues en esta sazon por la otra parte
Que el diestro Navarrete peleaba,
Sin ser ya la francesa gente parte
A puro hierro la española entraba;
Y á despecho y pesar del fiero Marte
Que los franceses brazos esforzaba,
Haciendo gran destrozo y cruda guerra
De rota á mas andar ganaban tierra.

Fué preso allí Andalot, que encomendada
Le estaba la defensa de aquel lado;
Hé aquí también por la tercera entrada
Que Julian Romero habia asaltado:
La suspensa fortuna declarada,
Abriendo paso al detenido hado;
La mano á don Felipe dió de modo,
Que vencedor en Francia entró del todo.

Cortó luego un temor y frio hielo
Los ánimos del pueblo enflaquecido,
Rompiendo el aire espeso y alto cielo
Un general lamento y alarido:
Las armas arrojadas por el suelo,
Escogiendo el vivir ya por partido,
Acordaron con misera huida
Perder la plaza y guarecer la vida.

Pero los vencedores, cuando vieron
Su gran temor y poco impedimento;
Los brazos altos y armas suspendieron
Por no manchar con sangre el vencimiento;
Y sin hacer mas golpe arremetieron,
Vuelto en codicia aquel furor sangriento,
Al esperado saco de la tierra,
Premio de la comun gente de guerra.

Quién las herradas puertas golpeando
Quebranta los cerrojos reforzados,
Quién por picas y gúmenas trepando
Entra por las ventanas y tejados;
Acá y allá rompiendo y desquiciando
Sin reservar lugares reservados,
Las casas de alto abajo escudriñaban,
Y á tiento sin parar corriendo andaban.

Como el furioso fuego de repente
Cuando en un barrio ó vecindad se enciende
Que con rebato súbito la gente
Corre con priesa y al remedio atiende;
Y por todas las partes francamente
Quién entra, sale, sube; quién deciende,
Sacando uno arrastrando, otro cargado
El mueble de las llamas escapado:

Así la fiera gente victoriosa
Con prestas manos y con piés lijeros
De la golosa presa codiciosa
Abre puertas, ventanas y agujeros,
Sacando diligente y presurosa
Cofres, tapices, camas y rimeros,
Y lo de mas y menos importancia
Sin dejar una mínima ganancia.

No los ruegos, clamores y querellas,
Que los distantes cielos penetraban,
De viudas y huérfanas doncellas
La insaciable codicia moderaban;
Antes rompiendo sin piedad por ellas
A lo mas defendido se arrojaban,
Creyendo que mayor ganancia habia
Donde mas resistencia se hacia.

Viéranse ya las vírgenes corriendo
Por las calles sin guarda á la ventura,
Los bellos rostros con rigor batiendo
Lamentando su hado y suerte dura;
Y las míseras monjas, que rompiendo
Sus estatutos, límite y clausura,
De aquel temor atónito llevadas
Van acá y allá descarriadas.

Mas el pio Felipe antes que entrasen
Habia mandado á todas las naciones,
Que con grande cuidado reservasen
Las mujeres y casas de oraciones;
Y amigos y conformes evitasen
Pendencias peligrosas y cuestiones,
Que del saco y la presa á cada una
Diese su parte franca la fortuna.

Las mujeres, que acá y allá perdidas
Llevadas del temor sin tiento andaban,
Por orden de Felipe recogidas
En seguro lugar las retiraban;
Donde de fieles guardas defendidas
Del bélico furor las amparaban,
Que aunque fueron sus casas saqueadas,
Las honras les quedaron reservadas.

Que los fieros soldados obedientes
Al cristiano y espreso mandamiento.
Se mostraban en esto continentes
Frenando aun el primero movimiento.
La revuelta y la mezcla de las gentes,
La mucha confusion y poco tiento
Hizo que el daño en la ciudad creciese,
Y un repentino fuego se encendiese.

Súbito allí la llama alimentada,
Arrojando espesísimas centellas,
Del fresco viento céfiro ayudada
Procuraba subir á las estrellas:
La miserable gente afortunada
Con dolorosas voces y querellas,
Fijos los tiernos ojos en el cielo,
Desmayando esforzaban mas el duelo.

A todas partes gritos lastimosos
En vano por el aire resonaban,
Y los tristes franceses temerosos
En las contrarias armas se arrojaban,
Eligiendo por fuerza vergonzosos
El modo de morir que rehusaban,
Antes que como flacos encerrados
Ser en llamas ardientes abrasados.

Mas del piadoso rey la gran clemencia
Habia las fieras armas embotado,
Que con remedio presto y diligencia
Todo el furor y fuego fué apagado:
Al fin sin mas defensa y resistencia
Dentro de San Quintin quedó alojado,
Con la llave de Francia ya en la mano,
Hasta Paris abierto el paso llano.

El sol ya poco á poco declinaba
Al hemisferio antártico encendido,
Cuando yo, que alegrísimo miraba
Todo lo que en mi canto habeis oido,
Ví cerca una mujer que me hablaba,
Mas blanco que la nieve su vestido,
Grave, muy venerable en el aspeto,
Persona al parecer de gran respeto,

Diciendo: «Si las cosas que dijere
Por cierta y verdadera profecía
Dificultosa alguna pareciere,
Créeme, que no es ficcion ni fantasía;
Mas lo que el Padre eterno ordena y quiere
Allá en su escelso trono y hierarquía,
Al cual está sujeto lo mas fuerte,
El hado, la fortuna, el tiempo y muerte.

»Desta guerra y rigores encendidos
Entre la España y Francia así arraigados
Resultarán conciertos y partidos
Por una parte y otra procurados:
En los cuales serán restituïdos
Al duque de Saboya sus estados,
Con otros muchos medios provechosos
En bien de Francia y á la España honrosos.

»Y para que mas quede asegurada
La paz con hermandad y firme asiento
Con la prenda de Henrico mas amada
Contraerá don Felipe casamiento;
Pero la cruda muerte acelerada
Temprano deshará este ayuntamiento,
Que el alto cielo así lo determina,
Y el decreto fatal y orden divina.

»En este tiempo Francia corrompida,
La católica ley adulterando,
Negará la obediencia al rey debida,
Las sacrílegas armas levantando;
Y con el cebo de la suelta vida
Cobrará la maldad fuerza, juntando
De gente infiel ejército formado
Contra la Iglesia y propio rey jurado.

»Por insolencias viejas y pecados
Vendrá el reino á ser casi destruido,
Y Carlos de sus pérfidos soldados
A término dudoso reducido;
Serán con desacato derribados
Los suntuosos templos, y ofendido
El mismo sumo Dios y sacramento,
Sobrando á la maldad su sufrimiento.

»Mas vuestro rey con presta providencia
Previniendo al futuro daño luego,
Atajará en España esta dolencia
Con rigor necesario á puro fuego:
Curada la perversa pestilencia,
Las armas enemigas del sosiego
Con furia moverá contra el oriente
Enviando al Peñon su armada y gente.

»Aunque no pueda de la vez primera
Conseguir el efecto deseado,
Volverá la segunda de manera
Que el áspero Peñon será espugnado;
Y dejando segura la carrera
Y el morisco contorno amedrentado,
Por causa de los puertos é invernada
Retirará la victoriosa armada.

» Vendrán á España á la sazon de Hungría
Dos príncipes de alteza soberana,
Hijos de César Máximo y María,
De Cárlos hija y de Felipe hermana,
Que acrecentando el gozo y alegría
Harán aquella corte y era ufana:
El mayor es Rodolfo, el otro Ernesto,
Que á la fama darán materia presto.

»Y de sus altas obras prometiendo
En su pequeña edad grande esperanza,
En años y virtud irán creciendo,
Virtud y años muy dignos de alabanza;
En quienes se verá resplandeciendo
Un escelso valor y la crianza
Del baron Dietristán, persona dina
De dar á tales príncipes dotrina.

» Luego en el año próximo siguiente,
Toda la cristiandad amenazando,
La gruesa armada del infiel potente
Irá contra el poniente navegando,
Con tan gran aparato y tanta gente
Que temblarán las costas, y arribando
A la isla de Malta dará fondo,
Que boja veinte leguas en redondo.

»Donde el grande maestre y caballeros
Que dentro asistirán en este medio,
Con otros capitanes forasteros
Ofrecerán las vidas al remedio,
Y siempre constantísimos y enteros
Resistirán gran tiempo el fuerte asedio,
Haciendo en la defensa tales cosas
Que se podrán tener por milagrosas.

»Serán batidos de uno y otro lado
Por la tierra, por mar, por bajo y alto,
Y el fuerte de San Telmo aportillado
Entrado á hierro en el noveno asalto,
El cual suceso al pueblo bautizado
Pondrá en grande peligro y sobresalto;
Porque en el puerto la turquesca armada
Tendrá por las dos bocas franca entrada.

»Allí se verán hechos señalados,
Difíciles empresas peligrosas,
Animos temerarios arrojados
Cuando las esperanzas mas dudosas:
Postas, muros y fosos arrasados,
Crudas heridas, muertes lastimosas,
Casos grandes, sucesos infinitos
Dignos de ser para en eterno escritos.

» Mas cuando ya no baste esfuerzo humano,
Y la fuerza al trabajo se rindiere,
El muro esté ya raso, el foso llano,
Y la esperanza al suelo se viniere;
Cuando el sangriento bárbaro inhumano
El cuchillo sobre ellos esgrimiere,
Será entonces de todos conocido
Lo que puede Felipe y es temido.

»Pues con sola una parte de su armada,
Y número pequeño de soldados,
De su fortuna y crédito guiada
Rebatirá los otomanos hados,
Y la afligida Malta restaurada,
Serán los enemigos retirados,
Las fatigadas velas dando al viento
Con pérdida increible y escarmiento.

»Luego el año después, con poderoso
Ejército en persona Solimano
Por tierra moverá contra el famoso
César augusto, emperador romano,
Y por la gran Panonia presuroso,
Dejando á la derecha al trasilvano,
Y atrás la ancha provincia de Dalmacia,
Bajará á los confines de Croacia.

»A Siguet, plaza fuerte y recogida
Cuatro semanas la tendrá asediada,
Y al cabo, sin poder ser socorrida,
Del fiero Solimán será ocupada:
Mas la empresa difícil y la vida
Acabará en un tiempo, que la airada
Muerte arribando el limitado curso,
Pondrá término y punto á su discurso.

»Por otra parte en Flandes los estados,
Desasidos de Dios en estos dias,
Turbarán el sosiego inficionados
De perversos errores y herejías;
Y contra el rey Felipe conspirados
Tentarán de maldad diversas vías,
Trayendo á estado y condicion las cosas
Que durarán gran término dudosas.

» También con pretension de libertarse
En el próspero reino de Granada,
Los moriscos vendrán á levantarse
Y á negar la obediencia al rey jurada:
La cual alteracion por no estimarse,
Ni ser á los principios remediada,
Será de grandes daños y costosa
De sangre ilustre y gente valerosa.

» Irá á esta guerra un mozo, que escondido
Anda en humildes paños y figura,
Que su imperial linaje esclarecido
Difíciles empresas le asegura,
A quien tienen los hados prometido
Una famosa y súbita ventura:
Este es hijo de Cárlos, que aun se cría,
Y encubierto estará por algun dia.

» Andará, como digo, disfrazado
Hasta que el padre al tiempo de la muerte
Le dejará por hijo declarado,
Subiéndole en un punto á tanta suerte;
Será de todos con razon amado,
Franco, esforzado, valeroso y fuerte:
Es su nombre don Juan, y en esta parte
No puedo mas decir ni revelarte.

» Baste que á los moriscos alterados
En su primera edad hará la guerra,
Y los presidios rotos y ocupados
Los vendrá á retirar dentro en la sierra;
Adonde los tendrá tan apretados
Que al fin reducirá la alzada tierra,
Trasplantando en provincias diferentes
Las raices malvadas y simientes.

»Esta guerra acabada, de Alemaña
De damas y gran gente acompañada
La infanta Ana vendrá, reina de España,
Con el rey don Felipe desposada:
Donde con pompa y majestad estraña
Será la insigne boda celebrada
En la antigua Segovia, un tiempo silla
De los famosos reyes de Castilla.

» Serán pues los dos príncipes llamados
Del padre emperador, que ya aquel dia
Querrá dar nuevo asiento en sus estados,
Y hacer rey á Rodolfo de la Hungría:
Así que, para Jénova embarcados
Arribarán, pasando á Lombardía
Por la ribera del Danubio amena
A su ciudad famosa de Viena.

» Cuando ya la revuelta y turbaciones
De los tiempos den muestra de acabarse,
Y el bélico furor y alteraciones
Parezcan declinar y sosegarse;
Entonces en las bárbaras regiones
Comenzarán de nuevo á levantarse
Las armas de los turcos inhumanos
Contra los poderosos venecianos.

»Y sacando una armada poderosa
De todas sus provincias allegada,
En la vecina Cipro, isla famosa,
Descargará la furia represada;
Y con espada cruda y rigurosa
Será la tierra dellos ocupada,
Entrando á Famagusta ya batida
Sobre palabra falsa y fementida.

»Quedarán pues tan arrogantes desto,
Que la armada de gente reforzando
Con soberbio designio y presupuesto
Irán la via de Italia navegando,
Despreciando del mundo todo el resto,
Y aun el poder del cielo despreciando:
Tanto será su orgullo y fiera muestra
Nacido del pecado y culpa vuestra.

»Mas el alto Señor, que otro dispone,
Y en vuestro bien por su piedad lo ordena,
Que cuando faltan méritos compone
Con su sangre y pasion la deuda ajena,
Y por solo un gemir luego repone
La punicion y merecida pena,
Quebrantará con golpe riguroso
La soberbia del bárbaro ambicioso.

»Que doliéndose ya de la fatiga
Del pueblo pecador, pero cristiano,
Contra la gente pérfida enemiga
Esgrimirá la poderosa mano:
Así de inspiracion habrá una liga,
Donde el papa y senado veneciano
Juntarán su poder, su fuerza y gente
Con la del rey católico potente.

»Será en gracia de todos elegido
General de la liga el floreciente
Mozo, que en su niñez desconocido
Anda en hábito humilde entre la gente:
Pero no me es á mí ya concedido
Revelar lo futuro abiertamente:
Basta que lo verás, pues te asegura
Mas larga vida el hado que ventura.

»Mas si quieres saber desta jornada
El futuro suceso nunca oido,
Y la cosa mas grande señalada
Que jamás en historia se ha leido,
Cuando acaso pasares la cañada
Por donde corre Rauco mas ceñido,
Verás al pié de un líbano en la orilla
Una mansa y doméstica corcilla.

»Conviénete seguirla con cuidado
Hasta salir en una gran llanura,
Al cabo de la cual verás á un lado
Una fragosa entrada y selva escura;
Y tras la corza tímida emboscado
Hallarás en mitad de la espesura
Debajo de una tosca y hueca peña
Una oculta morada muy pequeña.

»Allí por ser lugar inhabitable
Sin rastro de persona ni sendero,
Vive un anciano viejo venerable,
Que famoso soldado fué primero,
De quien sabrás dó habita el intratable
Fiton, mágico grande y hechicero,
El cual te informará de muchas cosas
Que están aun por venir, maravillosas.

»No quiero decir mas en lo tocante
A las cosas futuras, pues parece
Que habrá materia y campo asaz bastante
En lo que de presente se te ofrece,
Para llevar tus obras adelante,
Pues la grande ocasion te favorece:
Que á mí solo hasta aquí me es concedido
El poderte decir lo que has oido.

»Mas si el furor de Marte y la braveza
Te tuvieren la pluma destemplada,
Y quisieres mezclar con su aspereza
Otra materia blanda y regalada;
Vuelve los ojos, mira la belleza
De las damas de España, que admirada
Estoy, segun el bien que allí se encierra,
Cómo no abrasa amor toda la tierra.

»Mas tente, que me importa á mí, primero
Que de los ojos fáciles te fies,
Prevenir al peligro venidero
Para que dél con tiempo te desvies,
Y no aguardes al término postrero,
Ni en tu fuerza y mi ayuda te confies:
Que aunque quiera después contraponerme,
Tú cerrarás los ojos por no verme.»

¡Oh condicion humana! que al instante
Que me privó que el rostro no volviese,
Solo aquel impedirme fué bastante
A que el pronto apetito se encendiese:
Y así sin esperar mas que adelante
En el sano consejo procediese,
Volví los ojos luego, y de improviso
Vi, si decirse puede, un paraiso:

En un asiento fértil y sabroso
De alegres plantas y árboles cercado,
Do el cielo se mostraba mas hermoso
Y el suelo de mil flores variado,
Cerca de un claro arroyo sonoroso
Que atravesaba el fresco y verde prado,
Vi junta toda cuanta hermosura
Supo y pudo formar acá natura.

Eran las damas del cercado aquellas
Que en la dichosa España florecian:
El claro sol, la luna y las estrellas
En su respeto escuras parecian;
Y sobre sus cabezas todas ellas
Olorosas guirnaldas sostenian
De mil varias maneras rodeadas
De rubias trenzas, ñudos y lazadas.

Andaban por acá y allá esparcidos
Gran copia de galanes estimados,
Al regalado y blando amor rendidos,
Corriendo tras sus fines y cuidados:
Unos en esperanza sostenidos,
Otros en sus riquezas confiados,
Todos gozando alegres y contentos
De sus lozanos y altos pensamientos.

En esto con presteza y furia estraña
Arrebatado por el aire vano
La alta cumbre dejé de la montaña,
Bajando al deleitoso y fértil llano,
Donde si la memoria no me engaña
Vi la mi guía á la derecha mano,
Algo medrosa, y con turbado gesto
De haberme en tanto riesgo y trance puesto.

Que luego que los piés puse en el suelo,
Los codiciosos ojos ya cebando,
Libres del torpe y del grosero velo
Que la vista hasta allí me iba ocupando,
Un amoroso fuego y blando hielo
Se me fué por las venas regalando,
Y el brio rebelde y pecho endurecido
Quedó al amor sujeto y sometido.

Y deseoso luego de ocuparme
En obras y canciones amorosas,
Y mudar el estilo, y no curarme
De las ásperas guerras sanguinosas,
Con gran gana y codicia de informarme
De aquel asiento y damas tan hermosas,
En especial y sobre todas una
Que vi á sus piés rendida mi fortuna.

Era de tierna edad, pero mostraba
En su sosiego discrecion madura,
Y á mirarme parece la inclinaba
Su estrella, su destino y mi ventura:
Yo que saber su nombre deseaba,
Rendido y entregado á su hermosura,
Vi á sus piés una letra que decia:
Del tronco de Bazan doña María.

Y por saber mas della, revolviendo
El rostro y voz á la prudente guia,
Súbito el alboroto y fiero estruendo
De las bárbaras armas y armonía
Me despertó del dulce sueño, oyendo:
«¡Arma! arma! ¡presto, presto!» y parecia
Romper el alto cielo los acentos
De las diversas voces é instrumentos.

En esta confusion, medio dormido,
A las vecinas armas corrí presto,
Poniéndome en un punto apercibido
En mi lugar y señalado puesto:
Cuando con ferocísimo alarido
Por la áspera ladera del recuesto
Apareció gran numero de gente,
Y la rosada aurora en el oriente.

Luego también por una y otra parte
Con no menores voces y denuedo
Tanta gente asomó, que al fiero Marte
Con su temeridad pusiera miedo.
Mas para proceder parte por parte
Segun estoy cansado ya no puedo:
En el siguiente y nuevo canto pienso
De declararlo todo por estenso.

CANTO XIX.

Refiérese el asalto que los araucanos dieron á los españoles en el fuerte de Penco; la arremetida de Gracolano á la muralla; la batalla que los marineros y soldados que habían quedado en guarda de los navíos tuvieron en la marina con los enemigos.

Hermosas damas, si mi débil canto
No comienza á esparcir vuestros loores,
Y si mis bajos versos no levanto
A conceptos de amor y obras de amores;
Mi priesa es grande, y que decir hay tanto,
Que á mil desocupados escritores
Que en ello trabajasen noche y dia,
Para todos materia y campo habria.

Y aunque apartado á mi pesar me veo
Desta materia y presupuesto nuevo,
Me sacará al camino el gran deseo
Que tengo de cumplir con lo que os debo;
Y si el adorno y conveniente arreo
Me faltan, baste la intencion que llevo,
Que es hacer lo que puedo de mi parte,
Supliendo vos lo que faltare en la arte.

Mas la española gente que se queja
Con causa justa y con razon bastante,
Dándome mucha priesa, no me deja
Lugar para que de otras cosas cante;
Que el ejército bárbaro la aqueja
Cercando en torno el fuerte en un instante
Con terrible amenaza y alarido,
Como en el canto atrás lo habeis oido.

Luego que en la montaña en lo mas alto
Tres gruesos escuadrones parecieron,
Juntos á un mismo tiempo hicieron alto
Y el sitio desde allí reconocieron:
Visto el foso y el muro, el fiero asalto,
Dada la seña, todos tres movieron,
Esgrimiendo las armas de tal suerte
Que á nadie reservaban de la muerte.

El mozo Gracolano no olvidado
De la arrogante oferta y gran promesa...
De varias y altas plumas rodeado,
Blandiendo una tostada pica gruesa
Venia dellos gran trecho adelantado,
Rompiendo por el humo y lluvia espesa
De las balas y tiros arrojados
Por brazos y cañones reforzados.

Llegado al justo término, terciando
La larga pica arremetió furioso,
Y en tierra el firme regaton fijando
Atravesó de un salto el ancho foso;
Y por la misma pica gateando,
Arriba sobre el muro victorioso
A pesar de las armas contrapuestas
Lanzas, picas, espadas y ballestas.

No agarrochado toro embravecido
La barrera embistió tan impaciente,
Ni fué con tanta fuerza resistido
De espesas armas y apiñada gente,
Como el gallardo bárbaro atrevido
Que temeraria y venturosamente
Rompiendo al parecer lo mas seguro,
Sube por fuerza al defendido muro.

Donde sueltas las armas empachadas,
Que aprovecharse dellas no podia,
A bocados, á coces y á puñadas
Ganar la plaza él solo pretendia:
Los tiros, golpes, botes y estocadas
Con gran destreza y maña rebatia,
Poniendo pecho y hombro suficiente
Al ímpetu y furor de tanta gente.

En medio de las armas, á pié quedo,
Sin ellas su promesa sustentaba,
Y con gran pertinacia y poco miedo
De morir mas adentro procuraba,
Y en el vano propósito y denuedo
Herido ya en mil partes porfiaba,
Que su loca fortuna y diestra suerte
Tenian suspenso el golpe de la muerte.

Así que, en la demanda necia instando
Se arroja entre los hierros, y se mete
Cual perro espumajoso, que rabiando
Adonde mas le hieren arremete;
Y el peligro y la vida despreciando
Lo mas dudoso y áspero acomete,
Desbaratando en torno mil espadas
Al obstinado pecho encaminadas.

Viéndose en tal lugar solo, y tratado
Segun la temeraria confianza,
No de su pretension desconfiado,
Mas con alguna menos esperanza,
A los brazos cerró con un soldado
Y de las manos le sacó la lanza,
Sobre la cual echándose en un punto
Pensó salvar el foso y vida junto.

Mas la instable fortuna ya cansada
De serle curadora de la vida,
Dió paso en aquel tiempo á una pedrada
De algun gallardo brazo despedida,
Que en la cóncava sien la arrebatada
Piedra gran parte le quedó sumida,
Trabucándole luego de lo alto
Yendo en el aire en la mitad del salto.

Como el troyano Euricio, que volando
La tímida paloma por el cielo
Con gran presteza el corvo arco flechando
La atravesó en la furia de su vuelo,
Que retorciendo el cuerpo y revolando
Como redondo ovillo vino al suelo:
Así el herido mozo en descubierto
Dentro del hondo foso cayó muerto.

De treinta y dos heridas justamente
Cayó el mísero cuerpo atravesado,
Sin el último golpe de la frente
Que el número cerró ya rematado;
Y la pica que el bárbaro valiente
De franca y buena guerra habia ganado
Quedó arrimada al foso, de manera
Que un trozo descubierto estaba fuera.

Pero el joven Pinol, que prometido
Habia de acompañarle en el asalto,
Y con él hasta el foso arremetido,
Aunque no se atrevió á tan grande salto,
Como al valiente amigo vió tendido
Y descubrir la pica por lo alto,
La arrebató tomando por remedio
Poner con piés lijeros tierra en medio.

Mas como no haya maña ni destreza
Contra el hado preciso y dura suerte,
Ni bastan prestos piés ni lijereza
A escapar de las manos de la muerte;
Que al que piensa huir con mas presteza
Le alcanza de su brazo el golpe fuerte,
Como al lijero bárbaro le avino
En mudando propósito y camino:

Que apenas cuatro pasos habia dado
Cuando dos gruesas balas le cogieron,
Y de la espalda al pecho atravesado
A un tiempo por dos partes le tendieron:
No dió la alma tan presto, que un soldado
De dos que á socorrerle arremetieron,
De la costosa lanza no trabase,
Y con peligro suyo la salvase.

Luego de trompas gran rumor sonando
La gruesa pica en alto levantaron,
Y á toda furia en hila igual cerrando
Al foso con gran ímpetu llegaron;
Donde forzosamente reparando,
La municion y flechas descargaron
En tanta multitud, que parecian
Que la espaciosa tierra y sol cubrian.

Pues en esta sazon Martin de Elvira,
Que así nuestro español era llamado,
De lejos la perdida lanza mira
Que el muerto Gracolán le habia ganado:
Con loable vergüenza ardiendo en ira
De recobrar su honor deliberado,
Por una angosta puerta que allí habia
Solo y sin lanza á combatir salia

Con un osado joven que delante
Venia la tierra y cielo despreciando,
De proporcion y miembros de gigante,
Una asta de dos costas blandeando,
Que acá y allá con término galante
La gruesa y larga pica floreando
Ora de un lado y de otro, ora derecho
Quiso tentar del enemigo el pecho.

Tirando un recio bote, que cebado
Le retrujo seis pasos de tal suerte
Que el gallardo español desatinado
Se vió casi en las manos de la muerte;
Pero como animoso y reportado
Haciendo recio pié se tuvo fuerte
Pensando asir la pica con la mano;
Mas este pensamiento salió vano.

Que el indio con destreza y gran soltura
Saltó lijero atrás cobrando tierra,
Y blandiendo la gruesa pica dura
Quiso con otro rematar la guerra;
Mas el pronto español, que entrar procura
Dándole lado, de la pica afierra,
Y aguijando por ella á su despecho
Cerró presto con él pecho con pecho.

Y habiendo con presteza arrebatado
Una secreta daga que traia,
Cinco veces ó seis por el costado
Del bravo corazon tentó la via:
El bárbaro mortal ya desangrado
Por todas la furiosa alma rendia,
Cayendo el cuerpo inmenso en tierra frio
Ya de sangre y espíritu vacío.

El valiente español, que vió tendido
A su enemigo y la victoria cierta,
Cobró la pica y crédito perdido
Retrayéndose ufano acia la puerta:
Donde por los amigos conocido,
Fué sin contraste en un momento abierta,
Y dentro recibido alegremente
Con grande aplauso y grita de la gente.

En este tiempo ya por todos lados
La plaza los contrarios espugnaban,
Que á vencer ó morir determinados
Por los fuegos y tiros se lanzaban:
Y encima de los muertos hacinados
Los vivos á tirar se levantaban,
De donde mas la cierta puntería
El encubierto blanco descubria.

Unos con ramas, tierra y con maderos
Ciegan el hondo foso presurosos;
Otros que mas presumen de lijeros
Hacen pruebas y saltos peligrosos;
Y los que les tocaba ser postreros
De llegar á las manos deseosos,
Tanto el ir adelante procuraban,
Que dentro á los primeros arrojaban.

Mas de los muchos muertos y heridos
De nuestros arcabuces de mampuesto,
Y de otros arrojados y caidos
El foso se cegó y allanó presto,
Por do los enemigos atrevidos
Arremetieron, el temor pospuesto,
Llegando por las partes mas guardadas
A medir con nosotros las espadas.

Y prosiguiendo en el osado intento,
De nuevo empiezan un combate duro;
Mas otros con mayor atrevimiento
Trepaban por las picas sobre el muro:
Que al bárbaro furor y movimiento
Ningun alto lugar habia seguro,
Ni parte, por mas áspera que fuese,
Donde no se escalase y combatiese.

Los nuestros sobre el muro amontonados
Los rebaten, impelen y maltratan,
Y con lanzas y tiros arrojados
Los derriban abajo y desbaratan;
Mas poco los demás escarmentados
La difícil subida no dilatan,
Antes procuran luego embravecidos
Ocupar el lugar de los caidos.

Unos así tras otros procediendo
Ganosos de honra y de temor desnudos,
Siempre la priesa y multitud creciendo,
Crece la furia de los golpes crudos:
Los defendidos términos rompiendo
Cubiertos de sus cóncavos escudos,
Nos pusieron en punto y apretura
Que estuvo lo imposible en aventura.

En este tiempo, Tucapel furioso
Apareció gallardo en la muralla,
Esgrimiendo un baston fuerte y nudoso,
Todo cubierto de luciente malla.
Como el leon de Libia vedijoso
Que abriendo de la tímida canalla
El tejido escuadron, con furia horrenda
Desembaraza la impedida senda,

Así el furioso bárbaro arrogante
Discurre por el muro, derribando
Cuanto allí se le opone y ve delante,
Su misma gente y armas tropellando:
Quisiera tener lengua y voz bastante
Para poder en suma ir relatando
El singular esfuerzo y valentía,
Que el bravo Tucapel mostró aquel dia.

No las espesas picas ni pertrechos
Bastan puestas en contra á resistirle,
Ni fuertes brazos, ni robustos pechos
Pueden acometiéndole impedirle:
Que montones de gente y armas hechos
Rompe y derriba sin poder sufrirle,
Y aun no contento desto, osadamente
Se arroja dentro en medio de la gente;

Y al peligro las fuerzas añadiendo
La poderosa maza rodeaba,
Unos desbaratando, otros rompiendo
Siempre mas tierra y opinion ganaba:
Al fin los duros golpes resistiendo,
Por las armas y gente atravesaba,
Hiriendo siempre á diestro y á siniestro
Con grande riesgo suyo y daño nuestro.

También acia la banda del poniente
Habia Peteguelén arremetido,
Y á despecho y pesar de nuestra gent
En lo mas alto del bastion subido:
Que el valeroso corazon ardiente
Le habia por las entrañas esparcido
Un belicoso ardor, como si fuera
En la verde y robusta edad primera.

Mucho no le duró; que á poca pieza
Le arrebató una bala desmandada
De los dispuestos hombros la cabeza,
Rematando su próspera jornada;
Tras esta disparó luego otra pieza
Acia la misma parte encaminada,
Llevando á Guampicol que le seguia,
Y á Surco, Longomilla y Lebopia.

La gente que en las naos habia quedado,
Viendo el rumor y priesa repentina,
Cuál salta luego arriba desarmado,
Cuál con rodela, cuál con coracina;
Quién se arroja al batel, y quién á nado
Piensa arribar mas presto á la marina,
Llamando cada cual á quien debia
Y ninguno aguardaba compañia.

Así á nado y á remo con gran pena
El molesto y prolijo mar cortaron,
Y en la ribera y deseada arena
Casi todos á un tiempo pié tomaron;
Donde con disciplina y orden buena
Un cerrado escuadron luego formaron,
Marchando á socorrer á los amigos
Por medio de las armas y enemigos.

Del mar no habian sacado los piés cuando
Por la parte de abajo con ruido
Les sale un escuadron en contra, dando
Una furiosa carga y alarido:
Venia el primero el paso apresurando
El suelto Feniston, mozo atrevido
Que de los otros quiso adelantarse
Con gana y presuncion de señalarse.

Nuestra gente con orden y osadía
Siguiendo su derrota y firme intento,
A la enemiga opuesta arremetia,
Que aun de esperar no tuvo sufrimiento;
Y á recibir á Feniston salia
Con paso no menor y atrevimiento
El diestro Julian de Valenzuela,
La espada en mano, al pecho la rodela.

Fué allí el primero que empezó el asalto
El presto Feniston anticipado,
Dando un lijero y no pensado salto
Con el cual descargó un baston pesado;
Mas Valenzuela, la rodela en alto,
A dos manos el golpe ha reparado,
Dejándole atronado de manera
Como si encima un monte le cayera.

Bajó la ancha rodela á la cabeza,
Tanto fué el golpe recio y desmedido,
Y el trasportado joven una pieza
Fué rodando de manos aturdido;
Mas luego aunque atronado se endereza,
Y volviendo del todo en su sentido
Pudo al través hurtándose de un salto
Huir la maza que calaba de alto.

Entró el leño por tierra un gran pedazo
Con el gran peso y fuerza que traia,
Que visto Valenzuela el embarazo
Del bárbaro y el tiempo que él tenia,
Metiendo con presteza el pié y el brazo,
El pecho con la espada le cosia,
Y al sacar la caliente y roja espada
Le llevó de revés media quijada.

El araucano ya con desatino
Le echó los brazos sin saber por dónde;
Mas el joven, tentando otro camino,
Arrancada la daga le responde,
Que con la priesa y fuerza que convino
Tres veces en el cuerpo se la esconde,
Haciéndole estender ya casi helados
Los piés y fuertes brazos añudados.

Ya en aquella sazon ninguno habia
Que solo un punto allí estuviese ocioso;
Mas cada cual solícito corria
A lo mas necesario y peligroso:
Era el estruendo tal, que parecia
El batir de las armas presuroso
Que de sus fijos quicios todo el cielo
Desencajado se viniese al suelo.

Por otra parte arriba en la muralla,
Siempre con rabia y priesa hervorosa,
Andaba muy reñida la batalla,
Y la victoria en confusion dudosa:
Vuela en el aire la cortada malla,
Y de sangre caliente y espumosa
Tantos arroyos en el foso entraban,
Que los cuerpos en ella ya nadaban.

Así de acá y allá gallardamente
Por la plaza y honor se contendia,
Quién sobre el muerto sube diligente,
Quién muerto sobre el vivo allí caia:
Don García de Mendoza entre su gente
Su cuartel con esfuerzo defendia,
Al gran furor y bárbara violencia
Haciendo suficiente resistencia.

Don Felipe Hurtado á la otra mano,
Don Francisco de Andía y Espinosa,
Y don Simon Pereira, lusitano,
Don Alonso Pacheco y Ortigosa,
Contrapuestos al ímpetu araucano
Hacian prueba de esfuerzo milagrosa,
Resistiendo á gran número la entrada
A pura fuerza y valerosa espada.

Basco Juarez también por otra parte,
Carrillo, y don Antonio de Cabrera,
Arias Pardo, Riberos y Lasarte,
Córdoba y Pedro de Olmos de Aguilera,
Subidos sobre el alto balüarte
Herian en los contrarios de manera,
Que aunque eran infinitos, bien seguro
Por toda aquella banda estaba el muro.

No menos se mostraba peleando
Juan de Torres, Garnica y Campo-frío,
Don Martin de Guzmán y don Hernando
Pacheco, Gutierrez, Zúñiga y Berrío,
Ronquillo, Lira, Osorio, Vaca, Ovando,
Haciendo cosas que el ingenio mio,
Aunque libre de estorbos estuviera,
Contarlas por estenso no pudiera.

Tanto el daño creció, que de aquel lado
Los fieros araucanos aflojaron,
Y rostro á rostro en paso concertado,
Quebrantado el furor se retiraron:
Los otros, visto el daño no pensado,
También del loco intento se apartaron,
Quedando Tucapel dentro del fuerte
Hiriendo, derribando y dando muerte.

No desmayó por esto, antes ardia
En cólera rabiosa y viva saña,
Y aquí y allí furioso discurria
Haciendo en todas partes riza estraña;
Tropella á Bustamante y á Mejía,
Derriba á Diego Perez y á Saldaña.
Mas ya es razon, pues he cantado tanto,
Dar fin al gran destrozo y largo canto.

CANTO XX.

Retíranse los araucanos con pérdida de mucha gente; escápase Tucapel muy herido rompiendo por los enemigos; cuenta Tegualda á don Alonso de Ercilla el estraño y lastimoso proceso de su historia.

Nadie prometa sin mirar primero
Lo que de su caudal y fuerza siente,
Que quien en prometer es muy lijero,
Proverbio es que despacio se arrepiente:
La palabra es empeño verdadero
Que habemos de quitar forzosamente,
Y es derecho comun y ley espresa
Guardar al enemigo la promesa.

Bien fuera destas leyes va la usanza
Que en este tiempo mísero se tiene:
Promesas que os ensanchan la esperanza,
Y ninguna se cumple ni mantiene:
Así la vana y necia confianza
Que estribando en el aire nos sostiene,
Se viene al suelo y llega al desengaño
Cuando es mayor que la esperanza el daño.

De mí sabré decir, cuán trabajada
Me tiene la memoria, y con cuidado
La palabra que dí bien escusada
De acabar este libro comenzado:
Que la seca materia, desgustada,
Tan desierta y estéril que he tomado
Me promete hasta el fin trabajo sumo,
Y es malo de sacar de un terron zumo.

¿Quién me metió entre abrojos y por cuestas
Tras las roncas trompetas y atambores,
Pudiendo ir por jardines y florestas
Cogiendo varias y olorosas flores,
Mezclando en las empresas y recuestas
Cuentos, ficciones, fábulas y amores,
Donde correr sin límite pudiera,
Y dando gusto, yo le recibiera?

¿Todo ha de ser batallas y asperezas,
Discordia, fuego, sangre, enemistades,
Odios, rencores, sañas y bravezas,
Desatino, furor, temeridades,
Rabias, iras, venganzas y fierezas,
Muertes, destrozos, rizas, crüeldades,
Que al mismo Marte ya pondrán hastío
Agotando un caudal mayor que el mío?

BIBLIOTECA PÚBLICA LEÓN

Mas á mí me es forzoso ser paciente,
Pues de mi voluntad quise obligarme,
Y así os pido, señor, humildemente
Que no os dé pesadumbre el escucharme:
Que el atrevido bárbaro valiente
Aun no me da lugar de disculpárme,
Tal es la furia y priesa con que viene,
Que apresurar la mano me conviene.

El cual, como encerrada bestia fiera,
Ora de aquella, y ora desta parte,
Abre sangrienta y áspera carrera,
Y por todas el daño igual reparte
Con un orgullo tal que acometiera
Allá en su quinto trono al fiero Marte,
Si viera modo de subir al cielo,
Segun era gallardo de cerbelo.

Pero viéndose solo y mal herido,
Y el ejército bárbaro deshecho,
Y todo el fiero hierro convertido
Contra su fuerte y animoso pecho,
Se retrujo á una parte, en la cual vido
Que el cerro era peinado y muy derecho,
Sin muro de aquel lado, donde un salto
Habia de mas de veinte brazas de alto.

Como si en tal sazon alas tuviera
Mas seguras que Dédalo las tuvo,
Se arroja desde arriba de manera
Que parece que en ellas se sostuvo:
Hizo prueba de sí fuerte y lijera,
Que el salto aunque mortal en poco tuvo,
Cayendo abajo el bárbaro gallardo
Como una onza lijera ó suelto pardo.

Mas bien no se lanzó, que en seguimiento
Infinidad de tiros le arrojaron,
Que aunque no le alcanzara el pensamiento
Antes que fuese abajo le alcanzaron:
Fué tanto el descargar, que en un momento
En mas de diez lugares le llagaron;
Pero no de manera que cayese,
Ni solo un paso y pié descompusiese.

Viéndose abajo y tan herido, luego
Del propósito y salto arrepentido,
Abrasado en rabioso y vivo fuego,
Terrible y mas que nunca embravecido,
Quisiera revolver de nuevo al juego,
Y vengarse del daño recibido;
Mas era imaginarlo desatino,
Que el cerro era tajado y sin camino.

Cinco ó seis veces la difícil via
Y de fortuna el crédito tentaba,
Que fácil lo imposible le hacia
El coraje y furor que le incitaba:
Por un lado y por otro discurria,
Todo de acá y de allá lo rodeaba,
Como el hambriento lobo encarnizado
Rodea de los corderos el cercado.

Mas viendo al fin que era designio vano
Y de tiros sobre él la lluvia espesa,
Retirándose á un lado vió en el llano
La trabada batalla y fiera priesa;
Y como el levantado halcon lozano
Que yendo alta la garza, se atraviesa
El cobarde milano, y desde el cielo
Cala á la presa con furioso vuelo:

Así el gallardo Tucapel, dejado
El temerario intento infructüoso,
Revuelve á la otra banda encaminado
Al reñido combate sanguinoso:
En esto el bando infiel desconfiado
De mucha gente y sangre perdidoso
Se retiró, siguiendo las banderas
Que iban marchando ya por las laderas

No por eso torció de su demanda
Un solo paso el bárbaro valiente,
Antes recio embistió por una banda,
Tropellando de golpe mucha gente;
Y dándoles terrible escurribanda
Pasó de un cabo á otro francamente,
Hiriendo y derribando de manera
Que dejó bien abierta la carrera.

Quién queda allí estropiado, quién tullido,
Quién se duele, quién gime, quién se queja,
Quién cae acá, quién cae allá aturdido,
Quién haciéndole plaza dél se aleja,
Y en el largo escuadron de armas tejido
Un gran portillo y ancha calle deja,
Con el furor que el fiero rayo apriesa
Rompe el aire apretado y nube espesa.

De tal manera Tucapel abriendo
De parte á parte el escuadron cristiano
Arriba á los amigos, que siguiendo
Iban la retirada á paso llano,
Con el concierto y orden procediendo
Que vemos ir las grullas el verano,
Cuando de su tendida y negra banda
Ninguna se adelanta ni desmanda.

Nosotros, aunque pocos, cuando vimos
Que á espaldas vueltas iban ya marchando,
De nuestro fuerte en gran tropel salimos
En la campaña un escuadron formando,
Y á paso moderado los seguimos
De la victoria enteramente usando;
Pero dimos la vuelta apresurada
Temiendo alguna bárbara emboscada.

Duró pues el reñido asalto tanto,
Que el sol en lo mas alto levantado
Distaba del poniente en punto cuanto
Estaba del oriente desviado:
Nosotros ya seguros, entre tanto
Que remataba el curso acostumbrado
Dando lugar á las nocturnas horas
Del personal trabajo aliviadoras;

El ciego foso al rededor limpiamos
Sin descansar un punto diligentes,
Y en muchas partes dél desbaratamos
Anchas traviesas y formadas puentes:
Los lugares mas flacos reparamos
Con industria y defensas suficientes,
Fortificando el sitio de manera
Que resistir un gran furor pudiera.

La negra noche, á mas andar cubriendo
La tierra, que la luz desamparaba,
Se fué toda la gente recogiendo,
Segun y en el lugar que le tocaba,
La guardia y centinelas repartiendo,
Que el tiempo estrecho á nadie reservaba:
Me cupo el cuarto de la prima en suerte
En un bajo recuesto junto al fuerte,

Donde con el trabajo de aquel dia,
Y no me haber en quince desarmado,
El importuno sueño me afligia
Hallándome molido y quebrantado;
Mas con nuevo ejercicio resistia
Paseándome deste y de aquel lado
Sin parar un momento: tal estaba
Que de mis propios piés no me fiaba.

No el manjar de sustancia vaporoso,
Ni vino muchas veces trasegado,
Ni el hábito y costumbre de reposo
Me habian el grave sueño acarreado:
Que bizcocho negrísimo y mohoso
Por medida de escasa mano dado,
Y la agua llovediza desabrida
Era el mantenimiento de mi vida.

Y á veces la racion se convertia
En dos tasados puños de cebada,
Que cocida con yerbas nos servia,
Por la falta de sal, la agua salada;
La regalada cama en que dormia
Era la húmida tierra empantanada,
Armado siempre y siempre en ordenanza,
La pluma ora en la mano, ora la lanza.

Andando pues así con el molesto
Sueño que me aquejaba porfiando,
Y en gran silencio el encargado puesto
De un canto al otro canto paseando,
Ví que estaba el un lado del recuesto
Lleno de cuerpos muertos blanqueando:
Que nuestros arcabuces aquel dia
Habian hecho gran riza y batería.

No mucho después desto, yo que estaba
Con ojo alerto y con atento oido,
Sentí de rato en rato que sonaba
Acia los cuerpos muertos un ruido,
Que siempre al acabar se remataba
Con un triste suspiro sostenido,
Y tornaba á sentirse, pareciendo
Que iba de cuerpo en cuerpo discurriendo.

La noche era tan lóbrega y escura
Que divisar lo cierto no podia;
Y así por ver el fin desta aventura,
Aunque mas por cumplir lo que debia,
Me vine agazapado en la verdura
Acia la parte que el rumor se oia,
Donde vi entre los muertos ir oculto
Andando á cuatro piés un negro bulto.

Yo de aquella vision mal satisfecho,
Con un temor que agora aun no le niego,
La espada en mano y la rodela al pecho,
Llamando á Dios sobre él aguijé luego;
Mas el bulto se puso en pié derecho,
Y con medrosa voz y humilde ruego
Dijo: «Señor, señor, merced te pido
Que soy mujer, y nunca te he ofendido.

»Si mi dolor y desventura estraña
A lástima y piedad no te inclinaren,
Y tu sangrienta espada y fiera saña
De los términos lícitos pasaren,
¿Qué gloria adquirirás de tal hazaña,
Cuando los justos cielos publicaren
Que se empleó en una mujer tu espada,
Viuda, mísera, triste y desdichada?

»Ruégote pues, señor, si por ventura,
O desventura como fué la mia,
Con amor verdadero y con fe pura
Amaste tiernamente en algun dia,
Me dejes dar á un muerto sepultura,
Que yace entre esta muerta compañia:
Mira que aquel que niega lo que es justo
Lo malo aprueba ya, y se hace injusto.

»No quieras impedir obra tan pia
Que aun en bárbara guerra se concede,
Que es especie y señal de tiranía
Usar de todo aquello que se puede;
Deja buscar su cuerpo á esta alma mia;
Después furioso con rigor procede:
Que ya el dolor me ha puesto en tal estremo
Que mas la vida que la muerte temo.

»Que no sé mal que ya dañarme pueda;
No hay bien mayor que no le haber tenido;
Acábese y fenezca lo que queda,
Pues que mi dulce amigo ha fenecido:
Que aunque el cielo crüel no me conceda
Morir mi cuerpo con el suyo unido,
No estorbará por mas que me persiga,
Que mi afligido espíritu le siga.»

En esto con instancia me rogaba
Que su dolor de un golpe rematase;
Mas yo que en duda y confusion estaba
Aun teniendo temor que me engañase,
Del verdadero indicio no fiaba
Hasta que un poco mas me asegurase,
Sospechando que fuese alguna espia
Que á saber cómo estábamos venia.

Bien que estuve dudoso; pero luego
Aunque la noche el rostro le encubria,
En su poco temor y gran sosiego
Vi que verdad en todo me decia;
Y que el pérfido amor, ingrato y ciego,
En busca del marido la traia,
El cual en la primera arremetida
Queriendo señalarse dió la vida.

Movido pues á compasion de vella
Firme en su casto y amoroso intento,
De allí salido me volví con ella
A mi lugar y señalado asiento:
Donde yo le rogué que su querella
Con ánimo seguro y sufrimiento
Desde el principio al cabo me contase,
Y desfogando la ansia descansase.

Ella dijo: «¡Ay de mí, que es imposible
Tener jamás descanso hasta la muerte,
Que es sin remedio mi pasion terrible,
Y mas que todo sufrimiento fuerte!
Mas aunque me será cosa insufrible,
Diré el discurso de mi amarga suerte,
Quizá que mi dolor, segun es grave,
Podrá ser que esforzándole me acabe.

»Yo soy Tegualda, hija desdichada
Del cacique Brancol, desventurado,
De muchos por hermosa en vano amada
Libre un tiempo de amor y de cuidado;
Pero muy presto la fortuna airada
De ver mi libertad y alegre estado
Turbó de tal manera mi alegría,
Que al fin muero del mal que no temia.

»De muchos fuí pedida en casamiento,
Y á todos igualmente despreciaba,
De lo cual mi buen padre descontento,
Que yo aceptase alguno me rogaba;
Pero con franco y libre pensamiento
De su importuno ruego me escusaba,
Que era pensar mudarme desvarío,
Y martillar sin fruto en hierro frío.

»No por mis libres y ásperas respuestas
Los firmes pretensores aflojaron:
Antes con nuevas pruebas y recuestas
En su vana demanda mas instaron,
Y con danzas, con juegos y otras fiestas
Mudar mi firme intento procuraron,
No les bastando maña ni artificio
A sacar mi propósito de quicio.

»Muy presto pues llegó el postrero dia
Desta mi libertad y señorío:
¡Oh si lo fuera de la vida mia!
Pero no pudo ser, que era bien mio.
En un lugar que junto al pueblo habia
Donde el claro Gualebo, manso rio,
Después que sus viciosos campos riega,
El nombre y agua al ancho Itata entrega:

»Allí, para castigo de mi engaño,
Que fuese á ver sus fiestas me rogaron,
Y como habia de ser para mi daño
Fácilmente conmigo lo acabaron:
Luego por orden y artificio estraño
La larga senda y pasos enramaron,
Pareciéndoles malo el buen camino,
Y que el sol de tocarme no era dino.

»Llegué por varios arcos donde estaba
Un bien compuesto y levantado asiento,
Hecho por tal manera que ayudaba
La maestra natura al ornamento:
El agua clara en torno murmuraba,
Los árboles movidos por el viento
Hacian un movimiento y un ruído
Que alegraban la vista y el oido.

»Apenas pues en él me habia sentado
Cuando un alto y solemne bando echaron,
Y del ancho palenque y estacado
La embarazosa gente despejaron:
Cada cual á su puesto retirado,
La acostumbrada lucha comenzaron
Con un silencio tal que los presentes
Juzgaron ser pinturas mas que gentes.

»Aunque habia muchos jóvenes lucidos,
Todos al parecer competidores,
De diferentes suertes y vestidos,
Y de un fin engañoso pretensores,
No estaba en cuáles eran los vencidos,
Ni cuáles habian sido vencedores,
Buscando acá y allá entretenimiento
Con un ocioso y libre pensamiento.

»Yo que en cosa de aquellas no paraba,
El fin de sus contiendas deseando,
Ora los altos árboles miraba
De natura las obras contemplando,
Ora la agua que el prado atravesaba
Las varias pedrezuelas numerando,
Libre á mi parecer y muy segura
De cuidado de amor y desventura.

»Cuando un gran alboroto y vocería
(Cosa muy cierta en semejante juego)
Se levantó entre aquella compañía,
Que me sacó de seso y de sosiego;
Yo queriendo entender lo que sería,
Al mas cerca de mí pregunté luego
La causa de la grita ocasionada,
Que me fuera mejor no saber nada.

»El cual dijo: «Señora, ¿no has mirado
Cómo el robusto joven Mareguano
Con todos cuantos mozos ha luchado
Los ha puesto de espaldas en el llano?
Y cuando va esperaba confiado
Que la bella guirnalda de tu mano
Le ciñera la ufana y leda frente
En premio y por señal de mas valiente,

»Aquel gallardo mozo bien dispuesto
Del vestido de verde y encarnado,
Con gran facilidad le ha en tierra puesto,
Llevándole el honor que habia ganado;
Y el facil y liviano pueblo desto
Como de novedad maravillado
Ha levantado aquel confuso estruendo
La fuerza del mancebo encareciendo.

»Y también Mareguano, que procura
De volver á luchar, el cual alega
Que fué siniestro acaso y desventura,
Que en fuerza y maña el otro no le llega;
Pero la condicion y la postura
Del espreso cartel se lo deniega,
Aunque el joven con ánimo valiente
Da voces, que es contento y lo consiente.

»Pero los jueces por razon no admiten
Del uno ni del otro el pedimento,
Ni en modo alguno quieren ni permiten
Inovacion en esto y movimiento;
Mas que de su propósito se quiten,
Si entrambos de comun consentimiento
Pareciendo primero en tu presencia
No alcanzaren de tí franca licencia.»

»En esto á mi lugar enderezando
De aquella gente un gran tropel venia,
Que como junto á mí llegó, cesando
El discorde alboroto y vocería,
El mozo vencedor la voz alzando
Con una humilde y baja cortesía
Dijo: «Señora, una merced te pido
Sin haberla mis obras merecido.

»Que si soy estranjero y no merezco
Hagas por mí lo que es tan de tu oficio,
Como tu siervo natural te ofrezco
De vivir y morir en tu servicio:
Que aunque el agravio aquí yo le padezco,
Por dar desta mi oferta algun indicio,
Quiero si dello fueres tú servida
Luchar con Mareguano otra caida.

»Y otra, y otra, y aun mas, si él quiere, quiero,
Hasta dejarle en todo satisfecho,
Y consiento que al punto y ser primero
Se reduzca la prueba y el derecho;
Que siendo en tu presencia, cierto espero
Salir con mayor gloria deste hecho:
Danos licencia, rompe el estatuto
Con tu poder sin límite, absoluto.»

»Esto dicho con baja reverencia
La respuesta mirándome esperaba;
Mas yo, que sin recato y advertencia
Escuchándole atenta le miraba,
No solo concederle la licencia,
Pero ya que venciese deseaba,
Y así le respondí: «Si yo algo puedo
Libre y graciosamente lo concedo.»

»Luego con un gallardo continente
Ambos juntos de mí se despidieron,
Y con grande alborozo de la gente
En la cerrada plaza los metieron:
Adonde los padrinos igualmente
El sol ya bajo y campo les partieron,
Y dejándolos solos en el puesto
El uno para el otro movió presto.

»Juntáronse en un punto, y porfiando
Por el campo anduvieron un gran trecho,
Ora volviendo en torno y volteando,
Ora yendo al través, ora al derecho,
Ora alzándose en alto, ora bajando,
Ora en sí recogidos pecho á pecho:
Tan estrechos gimiendo se tenian,
Que recibir aliento aun no podian.

»Volvian á forcejar con un ruído,
Que era de ver y oirlos cosa estraña;
Pero el mozo estranjero ya corrido
De su poca pujanza y mala maña,
Alzó de tierra al otro, y de un gemido
De espaldas le trabuca en la campaña
Con tal golpe, que al triste Maureguano
No le quedó sentido y hueso sano.

»Luego, de mucha gente acompañado,
A mi asiento los jueces le trujeron;
El cual ante mis piés arrodillado
Que yo le diese el precio me dijeron:
No sé si fué su estrella, ó fué mi hado,
Ni las causas que en esto concurrieron,
Que comencé á temblar, y un fuego ardiendo
Fué por todos mis huesos discurriendo.

»Halléme tan confusa y alterada
De aquella nueva causa y accidente,
Que estuve un rato atónita y turbada
En medio del peligro y tanta gente;
Pero volviendo en mí mas reportada,
Al vencedor en todo dignamente
Que estaba allí inclinado ya en mi falda
Le puse en la cabeza la guirnalda.

»Pero bajé los ojos al momento
De la honesta vergüenza reprimidos,
Y el mozo con un largo ofrecimiento
Inclinó á sus razones mis oidos:
Al fin se fué llevándome el contento
Y dejando turbados mis sentidos;
Pues que llegué de amor y pena junto
De solo el primer paso al postrer punto.

Sentí una novedad que me apremiaba
La libre fuerza y el rebelde brío,
A la cual sometida se entregaba
La razon, libertad y el albedrío:
Yo que cuando acordé ya me hallaba
Ardiendo en vivo fuego el pecho frío,
Alcé los ojos tímidos cebados
Que la vergüenza allí tenia abajados.

»Roto con fuerza súbita y furiosa
De la vergüenza y continencia el freno,
Le seguí con la vista deseosa
Cebando mas la llaga y el veneno;
Que solo allí mirarle y no otra cosa
Para mi mal hallaba que era bueno;
Así que adonde quiera que pasaba
Tras sí los ojos y alma me llevaba.

»Vile que á la sazon se apercibia
Para correr el palio acostumbrado,
Que una milla de trecho y mas tenia
El término del curso señalado;
Y al suelto vencedor se prometia
Un anillo de esmaltes rodeado
Y una gruesa esmeralda bien labrada,
Dado por esta mano desdichada.

»Mas de cuarenta mozos en el puesto
A pretender el precio parecieron,
Donde en la raya el pié cada cual puesto
Prontos y apercibidos atendieron;
Que no sintieron la señal tan presto
Cuando todos en hila igual partieron
Con tal velocidad, que casi apenas
Señalaban la planta en las arenas.

»Pero Crepino, el joven estranjero,
Que así de nombre propio se llamaba,
Venia con tanta furia el delantero,
Que al presuroso viento atrás dejaba:
El rojo palio al fin tocó el primero
Que la larga carrera remataba,
Dejando con su término agraciado
El circunstante pueblo aficionado.

»Y con solemne triunfo rodeando
La llena y ancha plaza le llevaron;
Pero después á mi lugar tornando,
Que le diese el anillo me rogaron:
Yo un medroso temblor disimulando,
Que atentamente todos me miraron,
Del empacho y temor pasado el punto
Le di mi libertad y anillo junto.

»Él me dijo: «Señora, te suplico
Le recibas de mi, que aunque parece
Pobre y pequeño el don, te certifico
Que es grande la aficion con que se ofrece:
Que con este favor quedaré rico,
Y así el ánimo y fuerzas me engrandece,
Que no habrá empresa grande ni habrá cosa
Que ya me pueda ser dificultosa.»

»Yo por usar de toda cortesía,
Que es lo que á las mujeres perficiona,
Le dije, que el anillo recibia
Y mas la voluntad de la persona:
En esto toda aquella compañía,
Hecha en torno de mí espesa corona,
Del ya agradable asiento me bajaron,
Y á casa de mi padre me llevaron.

»No con pequeña fuerza y resistencia,
Por dar satisfaccion de mi á la gente,
Encubrí tres semanas mi dolencia,
Siempre creciendo el daño y fuego ardiente;
Y mostrando venir á la obediencia
De mi padre y señor, mañosamente
Le di á entender por señas y rodeo
Querer cumplir su ruego y mi deseo,

»Diciendo: que pues él me persuadia
Que tomase parientes y marido
Al parecer segun que convenia,
Yo por le obedecer le habia elegido,
El cual era Crepino, que tenia
Valor, suerte y linaje conocido,
Junto con ser discreto, honesto, afable,
De condicion y término loable.

»Mi padre, que con sesgo y ledo gesto
Hasta el fin escuchó el parecer mio,
Resándome en la frente dijo: «En esto
Y en todo me remito á tu albedrío;
Pues de tu discrecion y intento honesto
Que elegirás lo que conviene fio;
Y bien muestra Crepino en su crianza
Ser de buenos respetos y esperanza.»

»Ya que con voluntad y mandamiento
A mi honor y deseo satisfizo,
Y la vana contienda y fundamento
De los presentes jóvenes deshizo,
El infelice y triste casamiento
En forma y acto público se hizo,
Hoy hace justo un mes. ¡Oh suerte dura!
¡Qué cerca está del bien la desventura!

»Ayer me vi contenta de mi suerte
Sin temor de contraste ni recelo,
Hoy la sangrienta y rigurosa muerte
Todo lo ha derribado por el suelo.
¿Qué consuelo ha de haber á mal tan fuerte?
¿Qué recompensa puede darme el cielo
Adonde ya ningun remedio vale,
Ni hay bien que con tan grande mal se iguale?

»Este es pues el proceso, esta es la historia
Y el fin tan cierto de la dulce vida:
Hé aquí mi libertad y breve gloria
En eterna amargura convertida;
Y pues que por tu causa la memoria
Mi llaga ha renovado encrudecida,
En recompensa del dolor te pido
Me dejes enterrar á mi marido.

»Que no es bien que las aves carniceras
Despedacen el cuerpo miserable,
Ni los perros y brutas bestias fieras
Satisfagan su estómago insaciable;
Mas cuando empedernido ya no quieras
Hacer cosa tan justa y razonable,
Háznos con esa espada y mano dura
Iguales en la muerte y sepultura.»

Aquí acabó su historia, y comenzaba
Un llanto tal que el monte enternecia,
Con una ansia y dolor que me obligaba
A tenerle en el duelo compañía;
Que ya el asegurarle no bastaba
De cuanto prometer yo le podia:
Solo pedia la muerte y sacrificio
Por último remedio y beneficio.

En gran congoja y confusion me viera,
Si don Simon Pereira, que á otro lado
Hacia también la guardia, no viniera
A decirme que el tiempo era acabado;
Y espantado también de lo que oyera,
Que un poco desde aparte habia escuchado,
Me ayudó á consolarla, haciendo ciertas
Con nuevo ofrecimiento mis ofertas.

Ya el presuroso cielo volteando
En el mar las estrellas trastornaba,
Y el crucero las horas señalando
Entre el sur y sudueste declinaba
En mitad del silencio y noche, cuando
Visto cuánto la oferta la obligaba,
Reprimiendo Tegualda su lamento
La llevamos á nuestro alojamiento.

Donde en honesta guarda y compañía
De mujeres casadas quedó, en tanto
Que el esperado ya vecino dia
Quitase de la noche el negro manto.
Entre tanto también razon seria,
Pues que todos descansan y yo canto,
Dejarlo hasta mañana en este estado,
Que de reposo estoy necesitado.

CANTO XXI.

Halla Tegualda el cuerpo del marido, y haciendo un llanto sobre él le lleva á su tierra: llegan á Penco los españoles y caballos que venian de Santiago y de la Imperial por tierra; hace Caupolicán muestra general de su gente.

¿Quién de amor hizo prueba tan bastante?
¿Quién vió tal muestra y obra tan piadosa
Como la que tenemos hoy delante
Desta infelice bárbara hermosa?
La fama engrandeciéndola levante
Mi baja voz en alta y sonorosa;
Dando noticia della eternamente
Corra de lengua en lengua y gente en gente.

Cese el uso dañoso y ejercicio
De las mordaces lenguas ponzoñosas
Que tienen de costumbre y por oficio
Ofender las mujeres virtüosas;
Pues mirándolo bien, solo este indicio,
Sin haber en contrario tantas cosas,
Confunde su malicia, y las condena
A duro freno y vergonzosa pena.

¡Cuántas y cuántas vemos que han subido
A la difícil cumbre de la fama,
Judit, Camila, la fenisa Dido,
A quien Virgilio injustamente infama;
Penélope, Lucrecia, que al marido
Lavó con sangre la violada cama;
Hipo, Tucia, Virginia, Fulvia, Clelia,
Porcia, Sulpicia, Alcestes y Cornelia!

Bien puede ser entre estas colocada
La hermosa Tegualda, pues parece
En la rara hazaña señalada
Cuánto por el piadoso amor merece:
Así sobre sus obras levantada
Entre las mas famosas resplandece,
Y el nombre será siempre celebrado
A la inmortalidad ya consagrado.

Quedó pues como dije recogida
En parte honesta y compañía segura,
Del poco beneficio agradecida,
Segun lo que esperaba en su ventura;
Pero la aurora y nueva luz venida,
Aunque el sabroso sueño con dulzura
Me habia los lasos miembros ya trabado,
Me despertó el aquejador cuidado.

Viniendo á toda priesa adonde estaba
Firme en el triste llanto y sentimiento,
Que solo un breve punto no aflojaba
La dolorosa pena y el lamento:
Yo con gran compasion la consolaba,
Haciéndole seguro ofrecimiento
De entregarle el marido y darle gente
Con que salir pudiese libremente.

Ella del bien incrédula llorando,
Los brazos estendidos, me pedia
Firme seguridad; y así llamando
Los indios de servicio que tenia,
Salí con ella acá y allá buscando:
Al fin entre los muertos que allí habia
Hallamos el sangriento cuerpo helado
De una redonda bala atravesado.

La mísera Tegualda, que delante
Vió la marchita faz desfigurada,
Con horrendo furor en un instante
Sobre ella se arrojó desatinada;
Y junta con la suya en abundante
Flujo de vivas lágrimas bañadas,
La boca le besaba y la herida
Por ver si le podia infundir la vida.

«¡Ay cuitada de mí! decia, ¿qué hago
Entre tanto dolor y desventura?
¿Cómo al injusto amor no satisfago
En esta aparejada coyuntura?
¿Por qué ya pusilánime de un trago
No acabo de pasar tanta amargura?
¿Qué es esto? ¿La injusticia adónde llega,
Que aun el morir forzoso se me niega?»

Así furiosa por morir echaba
La rigurosa mano al blanco cuello,
Y no pudiendo mas, no perdonaba
Al afligido rostro ni al cabello,
Y aunque yo de estorbarlo procuraba,
Apenas era parte á defendello:
Tan grande era la basca y ansia fuerte
De la rabiosa gana de la muerte.

Después que algo las ansias aplacaron
Por la gran persuasion y ruego mio,
Y sus promesas ya me aseguraron
Del gentílico intento y desvarío,
Los prestos yanaconas levantaron
Sobre un tablon el yerto cuerpo frío,
Llevándole en los hombros suficientes
Adonde le aguardaban sus sirvientes.

Mas porque estando así rota la guerra
No padeciese agravio y demasía,
Hasta pasar una vecina sierra
Le tuve con mi gente compañía;
Pero llegando á la segura tierra
Encaminada en la derecha vía,
Se despidió de mí reconocida
Del beneficio y obra recibida.

Vuelto al asiento, digo, que estuvimos
Toda aquella semana trabajando,
En la cual lo deshecho rehicimos,
El foso y roto muro reparando:
De industria y fuerza al fin nos prevenimos
Con buen ánimo y orden aguardando
Al enemigo campo cada dia,
Que era pública fama que venia.

También tuvimos nueva que partidos
Eran de Mapochó nuestros guerreros,
De armas y municiones bastecidos
Con mil caballos y dos mil flecheros;
Mas del lluvioso invierno los crecidos
Raudales, y las ciénagas y esteros
Llevándoles ganado, ropa y gente,
Los hacian detener forzosamente.

Estando, como digo, una mañana
Llegó un indio á gran priesa á nuestro fuerte,
Diciendo: ¡Oh temeraria gente insana!
Huid, huid la ya vecina muerte,
Que la potencia indómita araucana
Viene sobre vosotros de tal suerte,
Que no bastarán muros ni reparos,
Ni sé lugar donde podais salvaros.

El mismo aviso trajo al mediodía
Un amigo cacique de la sierra,
Afirmando por cierto que venia
Todo el poder y fuerza de la tierra
Con soberbio aparato, donde habia
Instrumentos y máquinas de guerra,
Puentes, traviesas, árboles, tablones,
Y otras artificiosas prevenciones.

No desmayó por esto nuestra gente,
Antes venir al punto deseaba,
Que el menos animoso osadamente
El lugar de mas riesgo procuraba;
Y con presteza y orden conveniente
Todo lo necesario se aprestaba,
Esperando con muestra apercibida
Al dia amenazador de tanta vida.

Fuimos también por indios avisados
De nuestros espiones, que sin duda
Nos darian el asalto por tres lados,
Al postrer cuarto de la noche muda:
Así que, cuando mas desconfiados
No de divina, mas de humana ayuda,
Por la cumbre de un monte de repente
Apareció en buen orden nuestra gente.

¡Quién pudiera pintar el gran contento,
El alborozo de una y otra parte,
El ordenado alarde, el movimiento,
El ronco estruendo del furioso Marte,
Tanta bandera descogida al viento,
Tanto pendon, divisa y estandarte,
Trompas, clarines, voces, apellidos,
Relinchos de caballos y bufidos!

Ya que los unos y otros con razones
De amor y cumplimiento nos hablamos,
Y para los caballos y peones
Lugar cómodo y sitio señalamos;
Tiendas labradas, toldos, pabellones
En la estrecha campaña levantamos
En tanta multitud, que parecia
Que una ciudad allí nacido habia.

Fué causa la venida desta gente
Que el ejército bárbaro vecino
Con nuevo acuerdo y parecer prudente
Mudase de propósito y camino:
Que Colocolo astuta y sabiamente
Al consejo de muchos contravino,
Discurriendo por términos y modos
Que redujo á su voto los de todos.

Aunque, como ya digo, antes tuvieron
Gran contienda sobre ello y diferencia;
Pero al fin por entonces difirieron
La ejecucion de la áspera sentencia,
Y el poderoso campo retrujeron
Hasta tener mas cierta inteligencia
Del español ejército arribado,
Que ya le habia la fama acrecentado.

Pero los nuestros de mostrar ganosos
Aquel valor que en la nacion se encierra,
Enemigos del ocio y deseosos
De entrar talando la enemiga tierra,
Procuran con afectos hervorosos
Apresurar la deseada guerra,
Haciendo diligencia y gran instancia
En prevenir las cosas de importancia.

Reformado el bagaje brevemente
De la jornada larga y desabrida,
La bulliciosa y esforzada gente
Ganosa de honra y de valor movida,
Murmurando el reposo impertinente,
Pide que se acelere la partida
Y el dia de todos tanto deseado,
Que fué de aquel en cinco señalado.

Venido el aplazado alegre dia,
Al comenzar de la primer jornada,
Llegó de la Imperial gran compañía
De caballeros y de gente armada;
Que en aquella ocasion partido habia
Por tierra, aunque rebelde y alterada,
Con gran chusma y bagaje bastecida
De municiones, armas y comida.

Ya pues en aquel sitio recogidos
Tantos soldados, armas, municiones,
Todos los instrumentos prevenidos,
Hechas las necesarias provisiones,
Fueron por igual orden repartidos
Los lugares, cuarteles y escuadrones,
Para que en el rebato y voz primera
Cada cual acudiese á su bandera.

Caupolicán también por otra parte,
Con no menor cuidado y providencia,
La gente de su ejército reparte
Por los hombres de suerte y suficiencia:
Que en el duro ejercicio y bélica arte
Era de mayor prueba y esperiencia;
Y todo puesto á punto quiso un dia
Ver la gente y las armas que tenia.

Era el primero que pasó la muestra
El cacique Pillolco, el cual armado
Iba de fuertes armas, en la diestra
Un gran baston de acero barreado,
Delante de su escuadra gran maestra
De arrojar el certero dardo usado,
Procediendo en buen orden y manera
De trece en trece iguales por hilera.

Luego pasó detrás de los postreros
El fuerte Leucoton, á quien siguiendo
Iba una espesa banda de flecheros
Gran número de tiros esparciendo;
Venia Rengo tras él con sus maceros
En paso igual y grave, procediendo
Arrogante, fantástico, lozano
Con un entero líbano en la mano.

Tras él con fiero término seguia
El áspero y robusto Tulcomara,
Que vestido en lugar de arnés traia
La piel de un fiero tigre que matara
Cuya espantosa boca le ceñia
Por la frente y quijadas la ancha cara.
Con dos espesas órdenes de dientes
Blancos, agudos, lisos y lucientes.

Al cual en gran tropel acompañaban
Su gente agreste y ásperos soldados,
Que en apiñada muela le cercaban
De pieles de animales rodeados.
Luego los talcamávidas pasaban,
Que son mas aparentes que esforzados,
Debajo del gobierno y del amparo
Del jactancioso mozo Caniotaro.

Iba siguiendo la postrer hilera
Millalermo, mancebo floreciente,
Con sus pintadas armas, el cual era
Del famoso Picoldo descendiente,
Rigiendo los que habitan las riberas
Del gran Nibequetén, que su corriente
No deja á la pasada fuente y rio
Que todos no los traiga al Biobio.

Pasó luego la muestra Mareande
Con una cimitarra y ancho escudo,
Mozo de presuncion y orgullo grande,
Alto de cuerpo, en proporcion membrudo;
Iba con él su primo Lepomande
Desnudo al hombro un gran cuchillo agudo,
Ambos de una divisa rodeados
De gente armada y pláticos soldados.

Seguia el orden tras estos Lemolemo,
Arrastrando una pica poderosa,
Delante de su escuadra por estremo
Lucida entre las otras y vistosa;
Un poco atrás del cual iba Gualemo
Cubierto de una piel dura y pelosa
De un caballo marino, que su padre
Habia muerto en defensa de su madre.

Cuentan (no sé si es fábula) que estando
Bañándose en la mar algo apartada,
Un caballo marino allí arribando
Fué dél súbitamente arrebatada;
Y el marido á las voces aguijando
De la cara mujer del pez robada,
Con el dolor y pena de perdella
Al agua se arrojó luego tras ella.

Pudo tanto el amor, que el mozo osado
Al pescado alcanzó que se alargaba,
Y abrazado con él por maña á nado
A la vecina orilla le acercaba,
Donde el marino monstruo sobreaguado
(Que también el amor ya le cegaba)
Dió recio en seco al tiempo que el reflujo
De las huidoras olas se retrujo.

Soltó la presa libre, y sacudiendo
La dura cola el suelo deshacia,
Y aquí y allí el gran cuerpo retorciendo
Contra el mozo animoso se volvia;
El cual, sazon y punto no perdiendo,
A las cercanas armas acudia,
Comenzando los dos una batalla
Que el mar calmó, y el sol paró á miralla.

Mas con destreza el bárbaro valiente,
De fuerza y lijereza acompañada,
Al monstruo devoraz heria en la frente
Con una porra de metal herrada:
Al cabo el indio valerosamente
Dió felice remate á la jornada,
Dejando al gran pescado allí tendido,
Que mas de treinta piés tenia medido.

Y en memoria del hecho hazañoso
Digno de le poner en escritura,
Del pellejo del pez duro y peloso
Hizo una fuerte y fácil armadura.
Muerto Guacol, Gualemo valeroso
Las armas heredó, y á Quilacura,
Que es un valle estendido y muy poblado
De gente rica de oro y de ganado.

Pasó tras este luego Talcaguano,
Que ciñe el mar su tierra y la rodea,
Un mástil grueso en la derecha mano,
Que como un tierno junco le blandea,
Cubierto de altas plumas muy lozano,
Siguiéndole su gente de pelea,
Por los pechos al sesgo atravesadas
Bandas azules, blancas y encarnadas.

Venia tras él Tomé, que sus pisadas
Seguian los puelches, gentes banderizas,
Cuyas armas son puntas enastadas
De una gran braza largas y rollizas;
Y los trulos también que usan espadas,
De fe mudable y casas movedizas,
Hombres de poco efeto, alharaquientos
De fuerza grande y chicos pensamientos.

No faltó Andalicán con su lucida
Y ejercitada gente en ordenanza,
Una cota finísima vestida
Vibrando la fornida y gruesa lanza;
Y Orompello, de edad aun no cumplida,
Pero de grande muestra y esperanza,
Otra escuadra de pláticos regia
Llevando al diestro Ongolmo en compañía.

Elicura pasó luego tras estos
Armado ricamente, el cual traia
Una banda de jóvenes dispuestos
De grande presuncion y gallardía;
Seguian los llaucos de almagrados gestos,
Robusta y esforzada compañía,
Llevando en medio dellos por caudillo
Al sucesor del ínclito Ainavillo.

Seguia después Cayocupil, mostrando
La dispuesta persona y buen deseo,
Su veterana gente gobernando
Con paso grave y con vistoso arreo;
Tras él venia Purén también guiando
Con no menor donaire y contoneo
Una bizarra escuadra de soldados
En la dura milicia ejercitados.

Lincoya iba tras él, casi gigante,
La cresta sobre todos levantada,
Armado un fuerte peto rutilante,
De penachos cubierta la celada,
Con desdeñoso término delante
De su lustrosa escuadra bien cerrada;
El mozo Peicaví luego guiaba
Otro espeso escuadron de gente brava.

Venia en esta reseña en buen concierto
El grave Caniomangue entristecido
Por el insigne viejo padre muerto,
A quien habia en el cargo sucedido,
Todo de negro el blanco arnés cubierto,
Y su escuadron de aquel color vestido,
Al tardo son y paso los soldados
De roncos atambores destemplados.

Fué allí el postrero que pasó la lista,
Primero en todo, Tucapel gallardo,
Cubierta una lucida sobrevista
De unos anchos escaques de oro y pardo:
Grande en el cuerpo y áspero en la vista,
Con un huello lozano y paso tardo,
Detrás del cual iba un tropel de gente
Arrogante, fantástica y valiente.

El gran Caupolicán, con la otra parte
Y resto del ejército araucano,
Mas encendido que el airado Marte,
Iba con un baston corto en la mano:
Bajo de cuya sombra y estandarte
Venia el valiente Curgo y Mareguano
Y el grave y elocuente Colocolo,
Millo, Teguán, Lambecho y Guampicolo.

Seguian luego detrás sus plimaiquenes,
Tuncos, renoguelones y pencones,
Los itatas, mauleses y cauquenes
De pintadas divisas y pendones;
Nibequetenes, puelches y cautenes
Con una espesa escuadra de peones,
Y multitud confusa de guerreros,
Amigos, comarcanos y estranjeros.

Segun el mar las olas tiende y crece,
Así crece la fiera gente armada,
Tiembla en torno la tierra y se estremece
De tantos piés batida y golpeada;
Lleno el aire de estruendo se escurece
Con la gran polvareda levantada,
Que en ancho remolino al cielo sube
Cual ciega niebla espesa ó parda nube.

Pues nuestro campo en orden semejante
Segun que dije arriba, don García
Al tiempo del partir puesto delante
De aquella valerosa compañía,
Con un alegre término y semblante
Que dichoso suceso prometia,
Moviendo los dispuestos corazones
Los empezó á decir estas razones:

«Valientes caballeros, á quien solo
El valor natural de la persona
Os trujo á descubrir el austral polo
Pasando la solar tórrida zona,
Y los distantes trópicos, que Apolo,
Por mas que cerca el cielo y le corona,
Jamás en ningun tiempo pasar puede,
Ni el soberano Autor se lo concede:

»Ya que con tanto afán habeis seguido
Hasta aquí las católicas banderas,
Y al español dominio sometido
Inumerables gentes estranjeras;
El fuerte pecho y ánimo sufrido
Poned contra estos bárbaros de veras:
Que vencido esto poco, vereis llano
Todo el mundo debajo de la mano.

»Y en cuanto dilatamos este hecho
Y de llegar al fin lo comenzado,
Poco ó ninguna cosa habemos hecho,
Ni aun es vuestro el honor que habeis ganado:
Que la causa indecisa, igual derecho
Tiene el fiero enemigo en campo armado
A todas vuestras glorias y fortuna,
Pues las puede ganar con sola una.

»Lo que yo os pido de mi parte y digo
Es, que en estas batallas y revueltas,
Aunque os haya ofendido el enemigo,
Jamás vos le ofendais á espaldas vueltas:
Antes le defended como al amigo,
Si volviéndose á vos las armas sueltas
Rehuyere el morir en la batalla,
Pues es mas dar la vida que quitalla.

»Poned á todo en la razon la mira
Porque las armas siempre habeis tomado,
Que pasando los términos la ira
Pierde fuerza el derecho ya violado;
Pues cuando la razon no frena y tira
El ímpetu y furor demasiado,
El rigor escesivo en el castigo
Justifica la causa al enemigo.

»No sé, ni tengo mas acerca desto
Que decir, ni advertiros con razones,
Que en detener ya tanto soy molesto
La furia desos vuestros corazones:
Sús, sús, pues, derribad y allanad presto
Las palizadas, tiendas, pabellones,
Y vámonos de aquí todos á una
Adonde ya nos llama la fortuna.»

Súbito las escuadras presurosas
Con grande alarde y con gallardo brio
Marchan á las riberas arenosas
Del ancho y caudaloso Biobio;
Y en esquifadas barcas espaciosas
Atravesaron luego el ancho rio,
Entrando con ejército formado
Por el distrito y término vedado.

Mas segun el trabajo se me ofrece
Que tengo de pasar forzosamente,
Reposar algun tanto me parece
Para cobrar aliento suficiente;
Que la cansada voz me desfallece,
Y siento ya acabárseme el torrente;
Mas yo me esforzaré, si puedo tanto,
Que os venga á contentar el otro canto.

CANTO XXII.

Entran los españoles en el estado de Arauco; traban los araucanos con ellos una reñida batalla; hace Rengo de su persona gran prueba; cortan las manos por justicia á Galvarino, indio valeroso.

Pérfido amor, tirano, ¿qué provecho
Piensas sacar de mi desasosiego?
¿No estás de mi promesa satisfecho,
Que quieres afligirme desde luego?
¡Ay! que ya siento en mi cuidoso pecho
Labrarme poco á poco un vivo fuego,
Y desde allí con movimiento blando
Ir por venas y huesos penetrando.

¿Tanto, traidor, te va que yo no siga
El duro estilo del sangriento Marte,
Que así de tal manera me fatiga
Tu importuna memoria en cada parte?
Déjame ya, no quieras que se diga,
Que porque nadie quiere celebrarte,
Al último rincon vas á buscarme,
Y allí pones tu fuerza en aquejarme.

¿No ves que es mengua tuya y gran bajeza,
Habiendo tantos célebres varones,
Venir á mendigar á mi pobreza
Tan falta de concetos y razones;
Y en medio de las armas y aspereza,
Sumido en mil forzosas ocasiones
Me cargas por un sueño quizá vano
Con tanta pesadumbre ya la mano?

Déjame ya, que la trompeta horrenda
Del enemigo bárbaro vecino
No da lugar á que otra cosa atienda,
Que me tiene tomado ya el camino,
Donde siento fraguada una contienda,
Que el mas fértil ingenio y peregrino
En tal revolucion embarazado
No le diera lugar desocupado.

¿Qué puedo pues hacer, si ya metido
Dentro del campo y ocasion me veo,
Sino al cabo cumplir lo prometido
Aunque tire á otra parte mi deseo?
Pero á término breve reducido,
Por la mas corta senda sin rodeo
Pienso seguir el comenzado oficio
Desnudo de ornamento y artificio;

Vuelto á la historia, digo que marchaba
Nuestro ordenado campo de manera,
Que gran espacio en breve se alejaba
Del talcaguano término y ribera;
Mas cuando el alto sol ya declinaba,
Cerca de un agua al pié de una ladera
En cómodo lugar y llano asiento
Hicimos el primero alojamiento.

Estábamos apenas alojados
En el tendido llano á la marina,
Cuando se oyó gritar por todos lados,
¡Arma, arma, enfrena, enfrena, aina, aina!
Luego de acá y de allá los derramados,
Siguiendo la ordenanza y disciplina
Corren á sus banderas y pendones
Formando las hileras y escuadrones.

Nuestros descubridores que la tierra
Iban corriendo por el largo llano,
Al remate del cual está una sierra
Cerca del alto monte andalicano,
Vieron de allí calar gente de guerra
Cerrando el paso á la siniestra mano,
Diciendo: ¡espera, espera! ¡tente, tente!
Veremos quién hoy es aquí el valiente!

Los nuestros al amparo de un repecho
En forma de escuadron se recogieron
Donde con muestra y animoso pecho
Al ventajoso número atendieron;
Pero los fieros bárbaros de hecho
Sin punto reparar los embistieron,
Haciéndoles tomar luego la vuelta,
Sin orden y camino á rienda suelta.

Aunque á veces en parte recogidos
Haciendo cuerpo y rostro revolvian,
Y con mayor valor que de vencidos
Al vencedor soberbio acometian;
Pero con mayor furia compelidos
El camino empezado proseguian,
Dejando á veces muerta y tropellada
Alguna de la gente desmandada.

Los presurosos indios desenvueltos,
Siempre con mayor furia y crecimiento,
En una espesa polvareda envueltos
Iban en el alcance y seguimiento;
Los nuestros á calcaño y frenos sueltos
A la sazon con mas temor que tiento
Ayudan los caballos desbocados,
Arrimándoles hierro á los costados.

Pero por mas que allí los aguijaban
Con voces, cuerpos, brazos y talones,
Los bárbaros por piés los alcanzaban
Haciéndoles bajar de los arzones:
Al fin necesitados peleaban,
Cual los heridos osos y leones
Cuando de los lebreles aquejados
Ven la guarida y pasos ocupados.

Como el airado viento repentino
Que en lóbrego turbion con gran estruendo
El polvoroso campo y el camino
Va con violencia indómita barriendo,
Y en ancho y presuroso remolino
Todo lo coge, lleva y va esparciendo,
Y arranca aquel furioso movimiento
Los arraigados troncos de su asiento:

Con tal facilidad arrebatados
De aquel furor y bárbara violencia
Iban los españoles fatigados
Sin poderse poner en resistencia:
Algunos del honor avergonzados
Vuelven haciendo rostro y apariencia;
Mas otra ola de gente que llegaba
Con mas presteza y daño los llevaba.

Así los iban siempre maltratando
Siguiendo el hado y próspera fortuna,
El rabioso furor ejecutando
En los rendidos sin clemencia alguna,
Por el tendido valle resonando
La trulla y grita bárbara importuna,
Que arrebatada del lijero viento
Llevó presto la nueva á nuestro asiento.

En esto por la parte del poniente
Con gran presteza y no menor ruido
Juan Remon arribó con mucha gente,
Que el aviso primero habia tenido;
Y en furioso tropel gallardamente,
Alzando un ferocísimo alarido,
Embistió la enemiga gente airada
En la víctoria y sangre ya cebada.

Mas un cerrado muro y baluarte
De duras puntas al romper hallaron,
Que con estrago de una y otra parte
Hecho un hermoso choque repararon:
Unos pasados van de parte á parte,
Otros muy lejos del arzon volaron,
Otros heridos, otros estropeados,
Otros de los caballos tropellados.

No es bien pasar tan presto, ó pluma mia,
Las memorables cosas señaladas,
Y los crudos efectos deste dia
De valerosas lanzas y de espadas:
Que aunque ingenio mayor no bastaria
A poderlas llevar continuadas,
Es justo se celebre alguna parte
De muchas en que puedes emplearte.

El gallardo Lincoya, que arrogante
El primero escuadron iba guiando,
Con muestra airada y con feroz semblante
El firme y largo paso apresurando,
Cala la gruesa pica en un instante,
Y el cuento entre la tierra y pié afirmando,
Recibe en el cruel hierro fornido
El cuerpo de Hernán Perez atrevido.

Por el lado derecho encaminado
Hizo el agudo hierro gran herida,
Pasando el escaupil doble, estofado,
Y una cota de malla muy tejida:
El ancho y duro hierro ensangrentado
Abrió por las espaldas la salida,
Quedando el cuerpo ya descolorido
Fuera de los arzones suspendido.

Tucapelo gallardo, que al camino
Salió al valiente Osorio, que corriendo
Venia con mayor ánimo que tino
Los herrados talones sacudiendo,
Mostrando el cuerpo al tiempo que convino,
Le dió lado, y la maza revolviendo
Con tanta fuerza le cargó la mano,
Que no le dejó miembro y hueso sano.

A Cáceres, que un poco atrás venia,
De otro golpe también le puso en tierra,
El cual con gran esfuerzo y valentía
La adarga embraza y de la espada aferra,
Y contra la enemiga compañía
Se puso él solo á mantener la guerra,
Haciendo rostro y pié con tal denuedo
Que á los mas atrevidos puso miedo.

Y aunque con gran esfuerzo se sustenta,
La fuerza contra tantos no bastaba,
Que ya la espesa turba alharaquienta
En confuso monton le rodeaba;
Pero en esta sazon mas de cincuenta
Caballos que Reinoso gobernaba,
Que de refresco á tiempo habian llegádo,
Vinieron á romper por aquel lado.

Tan recio se embistió, que aunque hallaron
De gruesas astas un tejido muro,
El cerrado escuadron aportillaron,
Probando mas de diez el suelo duro;
Y al esforzado Cáceres cobraron,
Que cercado de gente mal seguro
Con ánimo feroz se sustentaba,
Y matando, la muerte dilataba.

Don Miguel y don Pedro de Avendaño,
Escobar, Juan Jufré, Cortés y Aranda,
Sin mirar el peligro y riesgo estraño,
Sustentan todo el peso de su banda:
También hacen efecto y mucho daño
Losada, Peña, Córdoba, y Miranda,
Bernal, Lasarte, Castañeda, Ulloa,
Martin Ruiz y Juan Lopez de Gamboa.

Pero muy presto la araucana gente,
En la española sangre ya cebada,
Los hizo revolver forzosamente,
Y seguir la carrera comenzada;
Tras estos otra escuadra de repente
En ellos se estrelló desatinada;
Mas sin ganar un paso de camino
Volver rostros y riendas les convino.

Y aunque á veces con súbita represa
Juan Remon y los otros revolvian,
Luego con nueva pérdida y mas priesa
La primera derrota proseguian;
Y en una polvorosa nube espesa
Envueltos unos y otros ya venian,
Cuando fué nuestro campo descubierto
En orden de batalla y buen concierto.

Iban los araucanos tan cebados
Que por las picas nuestras se metieron;
Pero vueltos en sí mas reportados,
El suelto paso y furia detuvieron;
Y al punto recogidos y ordenados,
La campaña al través se retrujeron
Al pié de un cerro á la derecha mano
Cerca de una laguna y gran pantano.

Donde de nuestro cuerno arremetimos
Un gran tropel á pié de gente armada,
Que con presteza al arribar les dimos
Espesa carga y súbita rociada;
Y al cieno retirados nos metimos
Tras ellos por venir espada á espada,
Probando allí las fuerzas y el denuedo
Con rostro firme y ánimo á pié quedo.

Jamás los alemanes combatieron
Así de firme á firme y frente á frente,
Ni mano á mano dando recibieron
Golpes sin descansar á manteniente,
Como el un bando y otro que vinieron
A estar así en el cieno estrechamente,
Que echar atrás un paso no podian;
Y dando apriesa, apriesa recibian.

Quién el húmido cieno á la cintura
Con dos y tres á veces peleaba;
Quién por mostrar mayor desenvoltura
Queriéndose mover, mas se atascaba;
Quién probando las fuerzas y ventura
Al vecino enemigo se aferraba,
Mordiéndole y cegándole con lodo,
Buscando de vencer cualquiera modo.

La furia del herirse y golpearse
Andaba igual, y en duda la fortuna,
Sin muestra ni señal de declararse
Mínima de ventaja en parte alguna:
Ya parecian aquellos mejorarse,
Ya ganaban aquestos la laguna;
Y la sangre de todos derramada
Tornaba el agua turbia colorada.

Rengo, que el odio y encendida ira
Le habia llevado ciego tanto trecho,
Luego que nuestro campo vió á la mira,
Y que á dar en la muerte iba derecho,
Al vecino pantano se retira,
Y el fiero rostro y animoso pecho
Contra todo el ejército volvia,
Y en voz amenazándole decia:

«Venid, venid á mí, gente plebeya,
En mí sea vuestra saña convertida,
Que soy quien os persigue, y quien desea
Mas vuestra muerte que su propia vida;
No quiero ya descanso hasta que vea
La nacion española destruida,
Y en esa vuestra carne y sangre odiosa
Pienso hartar mi hambre y sed rabiosa.»

Así la tierra y cielo amenazando
En medio del pantano se presenta,
Y la sangrienta maza floreando
La gente de poco ánimo amedrenta:
No fué bien conocido en la voz, cuando
Haciendo de sus fieros poca cuenta,
Algunos españoles mas cercanos
Aguijamos sobre él con prestas manos.

Mas á Juan, yanacona, que una pieza
De los otros osado se adelanta,
Le machuca de un golpe la cabeza,
Y de otro á Chilca el cuerpo le quebranta,
Y contra el jóven Zúñiga endereza
El tercero con saña y furia tanta,
Que como clavo en húmido terreno
Le sume hasta los pechos en el cieno.

Pero de tiros una lluvia espesa
Al animoso pecho encaminados,
Turbando el aire claro á mucha priesa
Descargaron sobre él de todos lados:
Por esto el fiero bárbaro no cesa,
Antes con furia y golpes redoblados,
El lodo á la cintura, osadamente
Estaba por muralla de su gente.

Cual el cerdoso jabalí herido
Al cenagoso estrecho retirado,
De animosos sabuesos perseguido,
Y de diestros monteros rodeado,
Ronca, bufa y rebufa embravecido,
Vuelve y revuelve deste y de aquel lado,
Rompe, encuentra, tropella, hiere y mata,
Y los espesos tiros desbarata:

El bárbaro esforzado de aquel modo
Ardiendo en ira y de furor insano,
Cubierto de sudor, de sangre y lodo,
Estaba solo en medio del pantano
Resistiendo la furia y golpe todo
De los tiros que de una y otra mano
Cubriendo el sol sin número salian,
Y como tempestad sobre él llovian.

Ya el esparcido ejército obediente
Que el porfiado alcance habia seguido,
Descubriendo en el llano á nuestra gente
Se habia tirado atrás y recogido:
Solo Rengo feroz y osadamente
Sustenta igual el desigual partido
A causa que la ciénaga era honda,
Y llena de espesura á la redonda.

Viendo el fruto dudoso y daño cierto
Segun la mucha gente que cargaba,
Que á grande priesa en orden y concierto
Desta y de aquella parte le cercaba,
Por un inculto paso y encubierto
Qu la fragosa sierra le amparaba,
Le pareció con tiempo retirarse,
Y salvar sus soldados y él salvarse,

Diciéndoles: «Amigos, no gastemos
La fuerza en tiempo y acto infructüoso;
La sangre que nos queda conservemos
Para venderla en precio mas costoso;
Conviene que de aquí nos retiremos
Antes que en este sitio cenagoso
Del enemigo puestos en aprieto
Perdamos la opinion y él el respeto.»

Luego la voz de Rengo obedecida
Los presurosos brazos detuvieron,
Y por la parte estrecha y mas tejida
Al son del atambor se retrujeron:
Era áspero el lugar y la salida,
Y así seguir los nuestros no pudieron,
Quedando algunos dellos tan sumidos,
Que fué bien menester ser socorridos.

Por la falda del monte levantado
Iban los fieros bárbaros saliendo;
Rengo bruto, sangriento y enlodado
Los lleva en retaguardia recogiendo,
Como el celoso toro madrigado
Que la tarda vacada va siguiendo,
Volviendo acá y allá espaciosamente
El duro cerviguillo y la alta frente.

Nuestro campo por orden recogido,
Retirado del todo el enemigo,
Fué entre algunos un bárbaro cogido
Que mucho se alargó del bando amigo;
El cual acaso á mi cuartel traido
Hubo de ser para ejemplar castigo
De los rebeldes pueblos comarcanos,
Mandándole cortar ambas las manos.

Donde sobre una rama destroncada
Puso la diestra mano, yo presente,
La cual de un golpe con rigor cortada
Sacó luego la izquierda alegremente,
Que del tronco también saltó apartada
Sin torcer ceja ni arrugar la frente,
Y con desdén y menosprecio dello
Alargó la cabeza y tendió el cuello,

Diciendo así: «Segad esa garganta
Siempre sedienta de la sangre vuestra:
Que no temo la muerte, ni me espanta
Vuestra amenaza y rigurosa muestra;
Y la importancia y pérdida no es tanta
Que haga falta mi cortada diestra,
Pues quedan otras muchas esforzadas
Que saben gobernar bien sus espadas.

»Y si pensais sacar algun provecho
De no llegar mi vida al fin postrero,
Aquí pues moriré á vuestro despecho,
Que si quereis que viva, yo no quiero:
Al fin iré algun tanto satisfecho
De que á vuestro pesar alegre muero;
Que quiero con mi muerte desplaceros,
Pues solo en esto puedo ya ofenderos.»

Así que, contumaz y porfiado
La muerte con injurias procuraba,
Y siempre mas rabioso y obstinado
Sobre el sangriento suelo se arrojaba;
Donde en su misma sangre revolcado
Acabar ya la vida deseaba,
Mordiéndose con muestras impacientes
Los desangrados troncos con los dientes.

Estando pertinaz desta manera
Templándonos la lástima el enojo,
Vió un esclavo bajar por la ladera
Cargado con un bárbaro despojo;
Y como encarnizada bestia fiera,
Que ve la desmandada presa al ojo,
Así con una furia arrebatada
Le sale de través á la parada.

Y en él los piés y brazos añudados
Sobre el húmido suelo le tendia,
Y con los duros troncos desangrados
En las narices y ojos le batia:
Al fin junto á nosotros á bocados
Sin poderse valer se le comia,
Si no fuera con tiempo socorrido
Quedando, aunque fué presto, mal herido.

El bárbaro infernal con atrevida
Voz en pié puesto dijo: «Pues me queda
Alguna fuerza y sangre retenida
Con que ofender á los cristianos pueda,
Quiero acetar á mi pesar la vida,
Aunque por modo vil se me conceda,
Que yo espero sin manos desquitarme,
Que no me faltarán para vengarme.

«Quedaos, quedaos, malditos, que yo os digo
Que en mi tendreis con odio y sed rabiosa
Torcedor y solícito enemigo,
Cuando dañar no pueda en otra cosa:
Muy presto entendereis cómo os persigo,
Y que os fuera mi muerte provechosa.»
Diciendo así otras cosas que no cuento
Partió de allí lijero como el viento.

No es bien que así dejemos en olvido
El nombre deste bárbaro obstinado,
Que por ser animoso y atrevido
El audaz Galvarino era llamado.
Mas por tanta aspereza he discurrido,
Que la fuerza y la voz se me ha acabado,
Y así habré de parar, porque me siento
Ya sin fuerza, sin voz y sin aliento.

CANTO XXIII.

Llega Galvarino adonde estaba el senado araucano; hace en el consejo una habla con la cual desbarata los pareceres de algunos; salen los españoles en busca del enemigo; pintase la cueva del hechicero Fiton, y las cosas que en ella había.

Jamás debe, señor, menospreciarse
El enemigo vivo, pues sabemos
Puede de una centella levantarse
Fuego con que después nos abrasemos;
Y entonces es cordura recelarse
Cuando en mayor felicidad nos vemos,
Pues los que gozan próspera bonanza
Están aun mas sujetos á mudanza.

Solo la muerte próspera asegura
El breve curso del felice hado,
Que mientras que la incierta vida dura
Nunca hay cosa que dure en un estado:
Así que, quien jamás tuvo ventura
Podrá llamarse bienaventurado,
Y sin prosperidad vivir contento,
Pues no teme infeliz acaecimiento.

Y pues que ya tenemos certidumbre
Que nunca hay bien seguro ni reposo,
Que es ley usada, es orden y costumbre
Por donde ha de pasar el mas dichoso,
Gastar el tiempo en esto es pesadumbre;
Y así por no ser largo y enojoso
Solo quiero contar á lo que vino
El despreciar al mozo Galvarino.

El cual, aunque herido y desangrado,
Tanto el coraje y rabia le inducia,
Que llegó á Andalicán donde alojado
Caupolicán su ejército tenia:
Era el tiempo que el ínclito senado
En secreto consejo proveia
Las cosas de la guerra y menesteres,
Dando y tomando en ello pareceres.

Cuál con justo temor dificultaba
La pretension de algunos imprudente;
Cuál por mostrar valor, facilitaba
Cualquier dificultoso inconveniente;
Cuál un concierto lícito aprobaba;
Cuál era deste voto diferente:
Procurando unos y otros con razones
Esforzar sus discursos y opiniones.

En esta confusion y diferencia
Galvarino arribó apenas con vida,
El cual pidiendo para entrar licencia
Le fué graciosamente concedida;
Donde con la debida reverencia
Esforzando la voz enflaquecida,
Falto de sangre y muy cubierto della,
Comenzó desta suerte su querella:

«Si soliades vengar, sacros varones,
Las ajenas injurias tan de veras,
Y en las estrañas tierras y naciones
Hicieron sombra ya vuestras banderas,
¿Cómo agora en las proprias posesiones
Unas bastardas gentes estranjeras
Os vienen á oprimir y conquistaros,
Y tan tibios estais en el vengaros?

»Mirad mi cuerpo aquí despedazado,
Miembro del vuestro, que por mas afrenta
Me envian lleno de injurias al senado,
Para que dellas sepa daros cuenta:
Mirad vuestro valor vituperado,
Y lo que en mí el tirano os representa,
Jurando no dejar cacique alguno
Sin desmembrarlos todos uno á uno.

»Por cierto bien en vano han adquirido
Tanta gloria y honor vuestros abuelos,
Y el araucano crédito subido
En su misma virtud hasta los cielos:
Si agora infame, hollado y abatido
Anda de lengua en lengua por los suelos,
Y vuestra ilustre sangre resfriada
En los sucios rincones derramada.

»¿Qué provincia hubo ya que no temiese
De vuestra voz en todo el mundo oida,
Ni nacion que las armas no rindiese
Por temor ó por fuerza compelida?
Arribando á la cumbre, porque fuese
Tanto de allí mayor vuestra caida,
Y al término llegase el menosprecio
Donde de los pasados llegó el precio.

»Pues unos estranjeros enemigos,
Con título y con nombre de clemencia,
Ofrecen de acetaros por amigos,
Queriéndoos reducir á su obediencia;
Y si no os someteis, que con castigos
Prometen oprimir vuestra insolencia,
Sin quedar del cuchillo reservado
Género, religion, edad ni estado.

»Volved, volved en vos, no deis oido
A sus embustes, tratos y marañas,
Pues todas se enderezan á un partido
Que viene á deslustrar vuestras hazañas:
Que la ocasion que aquí los ha traido
Por mares y por tierras tan estrañas,
Es el oro goloso que se encierra
En las fértiles venas desta tierra.

»Y es un color, es apariencia vana
Querer mostrar que el principal intento
Fué el estender la religion cristiana,
Siendo el puro interés su fundamento:
Su pretension de la codicia mana,
Que todo lo demás es fingimiento;
Pues los vemos que son mas que otras gentes
Adúlteros, ladrones, insolentes.

»Cuando el siniestro hado y dura suerte
Nos amenacen cierto en lo futuro,
Podemos elegir honrada muerte,
Remedio breve, fácil y seguro:
Poned á la fortuna el hombro fuerte,
A dura adversidad corazon duro,
Que el pecho firme y ánimo invencible
Allana y facilita aun lo imposible.»

No pudo decir mas de desmayado
Por la infinita sangre que perdia,
Que el laso cuello ya debilitado
Sostener la cabeza aun no podia:
Así el rostro mortal desfigurado
En el sangriento suelo se tendia,
Dejando aun á los mas endurecidos
De su esperada muerte condolidos.

Mas como no tuviese tal herida
Que pudiese hallar la muerte entrada,
Retuvo luego la dudosa vida
En siéndole la sangre restañada;
Y la virtud con tiempo socorrida
Fué de tantos remedios confortada,
Y el mozo se ayudó de tal manera,
Que recobró su sanidad primera.

Fueron de tanta fuerza sus razones
Y el odio que á los nuestros concibieron,
Que los mas entibiados corazones
De cólera rabiosa se encendieron
Así las diferentes opiniones
A un fin y parecer se redujeron,
Quedando para siempre allí escluido
Quien tratase de medio y de partido.

Los impacientes mozos deseosos
De venir á las armas braveaban,
Y con muestras y afectos hervorosos
El espacioso tiempo apresuraban;
Pero los mas maduros y espaciosos
Aquella ardiente cólera templaban
Y el término de algunos indiscreto,
No reprobando el general decreto.

Dejémoslos un rato pues tratando
De dar no una batalla sino ciento,
Del orden, la manera, dónde y cuándo
Con varios pareceres y un intento:
Que me voy poco á poco descuidando
De nuestro alborotado alojamiento,
Donde estuvimos todos recogidos
Con buena guardia y bien apercibidos.

Mas cuando el esperado sol salia,
La gente de caballo en orden puesta
Marchó, quedando atrás la infantería,
Y del campo después toda la resta
Con tal velocidad, que á mediodía
Subimos la temida y agria cuesta
De blancos huesos de cristianos llena,
Que despertó el cuidado y nos dió pena.

Al araucano valle pues bajamos,
Que el mar le bate al lado del poniente,
Donde en llano lugar nos alojamos
De comidas y pastos suficiente;
Y luego con promesas enviamos
De aquella vecindad alguna gente
A requerir la tierra comarcana
Con la segura paz y ley cristiana.

Mas como al tiempo puesto no volviesen
Y pasasen después algunos dias,
Ni por astucia y maña no supiesen
De su resolucion nuestras espías,
Fué acordado que algunos se partiesen
Por los vecinos pueblos y alquerías
Al salir tarde de la escasa luna
A tomar relacion y lengua alguna.

Así yo apercibido sordamente,
En medio del silencio y noche escura
Dí sobre algunos pueblos de repente
Por un gran arcabuco y espesura;
Donde la miserable y triste gente
Vivia por su pobreza en paz segura:
Que el rumor y alboroto de la guerra
Aun no la habia sacado de su tierra.

Viniendo pues á dar al Chaillacano,
Que es donde nuestro campo se alojaba,
Ví en una loma al rematar de un llano
Por una angosta senda que cruzaba
Un indio laso, flaco y tan anciano,
Que apenas en los piés se sustentaba;
Corvo, espacioso, débil, descarnado,
Cual de raíces de árboles formado.

Espantado del talle y la torpeza
De aquel retrato de vejez tardía,
Llegué por ayudarle en su pereza,
Y tomar lengua dél si algo sabia;
Mas no sale con tanta lijereza
Sintiendo los lebreles por la vía
La temerosa gama fugitiva,
Como el viejo salió la cuesta arriba.

Yo, sin mas atencion y advertimiento,
Arrimando las piernas al caballo
A mas correr salí en su seguimiento,
Pensando aunque volaba de alcanzallo;
Mas el viejo dejando atrás el viento,
Me fué forzoso á mi pesar dejallo,
Perdiéndole de vista en un instante
Sin poderle seguir mas adelante.

Halléme á la bajada de un repecho
Cerca de dos caminos desusados,
Por donde corre Rauco mas estrecho,
Que le ciñen dos cerros los costados;
Y mirando á lo bajo y mas derecho,
En una selva de árboles copados
Ví una mansa corcilla junto al rio
Gustando de las yerbas y rocío.

Ocurrió luego á la memoria mia,
Que la razon en sueños me dijera
Cómo habia de topar acaso un dia
Una simple corcilla en la ribera;
Y así yo, con grandísima alegría,
Comencé de bajar por la ladera
Paso á paso siguiendo el un camino
Hasta que della vine á estar vecino.

Púdelo bien hacer, que en las quebradas
Era grande el rumor de la corriente,
Y con pasos y orejas descuidadas
Pacia la tierna yerba libremente;
Pero cuando sintió ya mis pisadas,
Y al rumor levantó la altiva frente,
Dejó el sabroso pasto y arboleda
Por una estrecha y áspera vereda.

Comencéla á seguir á toda priesa
Labrando á mi caballo los costados,
Mas tomando otra senda que atraviesa
Se entró por unos ásperos collados:
Al cabo enderezó á una selva espesa
De matorrales y árboles cerrados,
Adonde se lanzó por una senda,
Y yo también tras ella á toda rienda.

Perdí el rastro y cerróseme el camino
Sobreviniendo un aire turbulento,
Y así de acá y de allá, fuera de tino,
De una espesura en otra andaba á tiento:
Vista pues mi torpeza y desatino
Arrepentido del primer intento,
Sin pasar adelante me volviera,
Si alguna senda ó rastro yo supiera.

Gran rato anduve así descarriado,
Que la oculta salida no acertaba,
Cuando sentí por el siniestro lado
Un arroyo que cerca murmuraba;
Y al vecino rumor encaminado,
Al pié de un roble que á la orilla estaba,
Vi una pequeña y mísera casilla,
Y junto á un hombre anciano la corcilla.

El cual dijo: «¿Qué hado ó desventura
Tan fuera de camino te ha traido
Por este inculto bosque y espesura
Donde jamás ninguno he conocido?
Que si por caso adverso y suerte dura
Andas de tus banderas foragido,
Haré cuanto pudiere de mi parte
En buscarte el remedio y escaparte.»

Viendo el ofrecimiento y acogida
De aquel estraño y agradable viejo,
Mas alegre que nunca fuí en mi vida
Por hallar tal ayuda y aparejo,
Le dije la ocasion de mi venida,
Pidiéndole me diese algun consejo,
Para saber la cueva do habitaba
El mágico Fiton á quien buscaba.

El venerable viejo y padre anciano
Con un suspiro y tierno sentimiento
Me tomó blandamente por la mano,
Saliendo de su frágil aposento;
Y por ser á la entrada del verano
Buscamos á la sombra un fresco asiento
En una pedregosa y fresca fuente,
Do comenzó á decirme lo siguiente:

«Mi tierra es en Arauco, y soy llamado
El desdichado viejo Guaticolo,
Que en los robustos años fuí soldado,
En cargo antecesor de Colocolo;
Y antes por mi persona en estacado
Siete campos vencí de solo á solo,
Y mil veces de ramos fué ceñida
Esta mi calva frente envejecida.

»Mas como en esta vida el bien no dura,
Y todo está sujeto á desvarío,
Mudóse mi fortuna en desventura,
Y en deshonor perpetuo el honor mio:
Que por estraño caso y suerte dura
Perdí con Ainavillo en desafío
La gloria en tantos años adquirida,
Quitándome el honor y no la vida.

»Viéndome pues con vida y deshonrado,
Que mil veces quisiera antes ser muerto,
De cobrar el honor desesperado
Me vine como ves á este desierto,
Donde mas de veinte años he morado
Sin ser jamás de nadie descubierto,
Sino agora de tí, que ha sido cosa
No poco para mí maravillosa.

»Así que tantos tiempos he vivido
En este solitario apartamiento;
Y pues que la fortuna te ha traido
A mi triste y humilde alojamiento,
Haré de voluntad lo que has pedido,
Que tengo con Fiton conocimiento,
Que aunque intratable y áspero, es mi tio,
Hermano de Guarcolo, padre mio.

»Al pié de una espesísima montaña,
Pocas veces de humano pié pisada,
Hace su habitacion y vida estraña
En una oculta y lóbrega morada,
Que jamás el alegre sol la baña,
Y es á su condicion acomodada,
Por ser fuera de término inhumano,
Enemigo mortal del trato humano.

»Mas su saber y su poder es tanto
Sobre las piedras, plantas y animales,
Que alcanza por su ciencia y arte cuanto
Pueden todas las causas naturales;
Y en el escuro reino del espanto
Apremia á los callados infernales,
A que digan por áspero conjuro
Lo pasado, presente y lo futuro.

»En la furia del sol y luz serena
De nocturnas tinieblas cubre el suelo,
Y sin fuerza de vientos llueve y truena
Fuera de tiempo el sosegado cielo:
El raudo curso de los rios enfrena,
Y las aves en medio de su vuelo
Vienen de golpe abajo amodorridas
Por sus fuertes palabras compelidas.

»Las yerbas en su agosto reverdecen,
Y entiende la virtud de cada una;
El mar revuelve, el viento le obedece
Contra la fuerza y orden de la luna;
Tiembla la firme tierra y se estremece
A su voz eficaz, sin causa alguna
Que la altere y remueva por de dentro,
Apretándose recio con su centro.

»Los otros poderosos elementos
A las palabras deste están sujetos,
Y á las causas de arriba y movimientos
Hace perder la fuerza y los efetos:
Al fin por su saber y encantamento
Escudriña y entiende los secretos,
Y alcanza por los astros influentes
Los destinos y hados de las gentes.

»No sé pues cómo pueda encarecerte
El poder deste mágico adivino:
Solo en tu menester quiero ofrecerte
Lo que ofrecerte puede un su sobrino;
Mas para que mejor esto se acierte,
Será bien que tomemos el camino,
Pues es la hora y sazon desocupada
Que podremos tener mejor entrada.»

Luego de allí los dos nos levantamos,
Y atando á mi caballo de la rienda
A paso apresurado caminamos
Por una estrecha y intrincada senda.
La cual seguida un trecho nos hallamos
En una selva de árboles horrenda,
Que los rayos del sol y claro cielo
Nunca allí vieron el umbroso suelo.

Debajo de una peña socavada
De espesas ramas y árboles cubierta,
Vimos un callejon y angosta entrada,
Y mas adentro una pequeña puerta,
De cabezas de fieras rodeada,
La cual de par en par estaba abierta,
Por donde se lanzó el robusto anciano
Llevándome trabado de la mano.

Bien por ella cien pasos anduvimos
No sin algun temor de parte mia,
Cuando á una grande bóveda salimos
Do una perpetua luz en medio ardia,
Y cada banda en torno della vimos
Poyos puestos por orden, en que habia
Multitud de redomas sobrescritas
De ungüentos, yerbas y aguas infinitas.

Vimos allí del lince preparados
Los penetrantes ojos virtuosos
En cierto tiempo y conjuncion sacados,
Y los del basilisco ponzoñosos;
Sangre de hombres bermejos enojados,
Espumajos de perros, que rabiosos
Van huyendo del agua, y el pellejo
Del pecoso quersidros cuando es viejo.

También en otra parte parecia
La coyuntura de la dura hiena,
Y el meollo del cencris, que se cria
Dentro de Libia en la caliente arena;
Y un pedazo del ala de una harpía,
La hiel de la biforme Anfisibena,
Y la cola del áspide revuelta,
Que da la muerte en dulce sueño envuelta.

Moho de calavera destroncada
Del cuerpo que no alcanza sepultura,
Carne de niña por nacer sacada
No por donde la llama la natura,
Y la espina también descoyuntada
De la sierpe cerastes, y la dura
Lengua de la emorrois, que aquel que hiere
Suda toda la sangre hasta que muere.

Vello de cuantos monstruos prodigiosos
La superflua natura ha producido,
Escupidos de sierpes venenosos,
Las dos alas del yáculo temido,
Y de la seps los dientes ponzoñosos,
Que el hombre ó animal della mordido,
De súbito hinchado como un odre,
Huesos y carne se convierte en podre.

Estaba en un gran vaso trasparente
El corazon del grifo atravesado,
Y ceniza del fénix que en oriente
Se quema él mismo de vivir cansado;
El unto de la scitala serpiente,
Y el pescado equineis, que en mar airado
Al curso de las naves contraviene,
Y á pesar de los vientos las detiene.

No faltaban cabezas de escorpiones,
Y mortíferas sierpes enconadas,
Alacranes y colas de dragones,
Y las piedras del águila preñadas;
Buches de los hambrientos tiburones,
Menstruo y leche de hembras azotadas,
Landres, pestes, venenos, cuantas cosas
Produce la natura ponzoñosas.

Yo que con atencion mirando andaba
La copiosa botica embebecido,
Por una puerta que á un rincon estaba
Vi salir un anciano consumido,
Que sobre un corvo junco se arrimaba;
El cual luego de mi fué conocido
Ser el que habia corrido por la cuesta
Que apenas le alcanzara una ballesta;

Diciéndome: «No es poco atrevimiento
El que siendo tan mozo has hoy tomado
De venir á mi oculto alojamiento,
Do sin mi voluntad nadie ha llegado;
Mas porque sé que algun honrado intento
Tan lejos á buscarme te ha obligado,
Quiero por esta vez hacer contigo
Lo que nunca pensé acabar conmigo.»

Visto por mi apacible compañero
La coyuntura y tiempo favorable,
Pues el viejo tan áspero y severo
Se mostraba doméstico y tratable,
Se detuvo mirándome primero
Con un comedimiento y muestra afable,
Por ver si responderle yo queria;
Mas viéndome callar le respondia,

Diciendo: «¡Oh gran Fiton, á quien es dado
Penetrar de los cielos los secretos,
Que del eterno curso arrebatado
No obedecen la ley á ti sujetos!
Tú, que de la fortuna y fiero hado
Revocas cuando quieres los decretos,
Y el orden natural turbas y alteras
Alcanzando las cosas venideras;

»Y por mágica ciencia y saber puro
Rompiendo el cavernoso y duro suelo,
Puedes en el profundo reino escuro
Meter la claridad y luz del cielo,
Y atormentar con áspero conjuro
La caterva infernal, que con recelo
Tiembla de tu eficaz fuerza, que es tanta
Que sus eternas leyes le quebranta:

»Sabrás que á este mancebo le ha traido
De tu espantoso nombre la gran fama,
Que en las indias regiones estendido
Hasta el ártico polo se derrama;
El cual por mil peligros ha rompido
Tras su deseo corriendo que le llama
A celebrar las cosas de la guerra,
Y el sangriento destrozo desta tierra.

»Que estando así una noche retirado
Escribiendo el suceso de aquel dia,
Súbito fué en un sueño arrebatado
Viendo cuanto en la Europa sucedia;
Donde le fué asimismo revelado,
Que en tu escondida cueva entenderia
Estraños casos dignos de memoria,
Con que ilustrar pudiese mas su historia;

»Y que noticias le darias de cosas
Ya pasadas, presentes y futuras,
Hazañas y conquistas milagrosas,
Peregrinos sucesos y aventuras,
Temerarias empresas espantosas,
Hechos que no se han visto en escrituras:
Este encarecimiento le molesta,
Y nos tiene suspensos tu respuesta.»

Holgó el mago de oir cuán estendida
Por aquella region su fama andaba,
Y vuelta á mí la cara envejecida
Todo de arriba abajo me miraba;
Al fin con voz pujante y espedida,
Que poco con las canas conformaba,
Y aspecto grave y muestra algo severa,
La respuesta me dió desta manera:

«Aunque en razon es cosa prohibida
Profetizar los casos no llegados,
Y es menos alargar á uno la vida
Contra los estatutos de los hados:
Ya que ha sido á mi casa tu venida
Por incultos caminos desusados,
Te quiero complacer, pues mi sobrino
Viene aquí por tu intérprete y padrino.»

Diciendo así, con paso tardo y lento
Por la pequeña puerta cavernosa
Me metió de la mano á otro aposento,
Y luego en una cámara hermosa,
Que su fábrica estraña y ornamento
Era de tal labor y tan costosa,
Que no sé lengua que contarlo pueda,
Ni habrá imaginacion á que no esceda.

Tenia el suelo por orden ladrillado
De cristalinas losas trasparentes,
Que el color contrapuesto y variado
Hacia labor y visos diferentes;
El cielo alto, diáfano, estrellado
De inumerables piedras relucientes,
Que toda la gran cámara alegraba
La varia luz que dellas revocaba.

Sobre colunas de oro sustentadas
Cien figuras de bulto en torno estaban,
Por arte tan al vivo trasladadas,
Que un sordo bien pensara que hablaban;
Y dellas las hazañas figuradas
Por las anchas paredes se mostraban,
Donde se via el estremo y escelencia
De armas, letras, virtud y continencia.

En medio desta cámara espaciosa,
Que media milla en cuadro contenia,
Estaba una gran poma milagrosa,
Que una luciente esfera la ceñia;
Que por arte y labor maravillosa
En el aire por sí se sostenia,
Que el gran círculo y máquina de dentro
Parece que estribaban en su centro.

Después de haber un rato satisfecho
La codiciosa vista en las pinturas,
Mirando de los muros, suelo y techo
La gran riqueza y varias esculturas,
El mago me llevó al globo derecho,
Y vuelto allí de rostro á las figuras,
Con el corvo cayado señalando
Comenzó de enseñarme así hablando:

«Habrás de saber, hijo, que estos hombres
Son los mas desta vida ya pasados,
Que por grandes hazañas sus renombres
Han sido y serán siempre celebrados;
Y algunos que de baja estirpe y nombres
Sobre sus altos hechos levantados
Los ha puesto su próspera fortuna
En el mas alto cuerno de la luna.

»Y esta bola que ves y compostura
Es del mundo el gran término abreviado,
Que su dificilísima hechura
Cuarenta años de estudio me ha costado:
Mas no habrá en larga edad cosa futura,
Ni oculto disponer de inmóvil hado,
Que muy claro y patente no me sea,
Y tenga aquí su muestra y viva idea.

»Mas pues tus apariencias generosas
Son de escribir los actos de la guerra,
Y por fuerza de estrellas rigurosas
Tendrás materia larga en esta tierra,
Dejaré de aclararte algunas cosas
Que la presente poma y mundo encierra,
Mostrándote una sola que te espante,
Para lo que pretendes importante.

»Que pues que en nuestro Arauco ya se halla
Materia á tu propósito cortada,
Donde la espada y defensiva malla
Es mas que en otra parte frecuentada:
Solo te falta una naval batalla
Con que será tu historia autorizada,
Y escribirás las cosas de la guerra
Así de mar tan bien como de tierra.

»La cual verás aquí tal, que te juro
Que vista la tendremos por dudosa,
Y en el pasado tiempo y el futuro
No se vió ni verá tan espantosa;
Y el gran Mediterráneo, mar seguro
Quedará por la gente victoriosa,
Y la parte vencida y destrozada
La marítima fuerza quebrantada.

»Por tanto á mis palabras no te alteres,
Ni te espante el horrísono conjuro,
Que si atento con ánimo estuvieres
Verás aquí presente lo futuro:
Todo punto por punto lo que vieres
Lo disponen los hados, y asegúro
Que podrás como digo ser de vista
Testigo y verdadero coronista.»

Yo con mayor codicia por un lado
Llegué el rostro á la bola trasparente,
Donde vi dentro un mundo fabricado
Tan grande como el nuestro, y tan patente:
Como en redondo espejo relevado
Llegando junto el rostro claramente,
Vemos dentro un anchísimo palacio
Y en muy pequeña forma grande espacio.

Y por aquel lugar se descubria
El turbado y revuelto mar ausonio,
Donde se definió la gran porfia
Entre César Augusto y Marco Antonio:
Así en la misma forma parecia
Por la banda de Lepanto y Fayonio
Junto á las Curchulares acia el puerto
De galeras el ancho mar cubierto.

Mas viendo las divisas señaladas
Del papa, de Felipe y venecianos,
Luego reconocí ser las armadas
De los infieles turcos y cristianos,
Que en orden de batalla aparejadas
Para venir estaban á las manos,
Aunque á mi parecer no se movian,
Ni mas que figuradas parecian.

Pero el mago Fiton me dijo: «Presto
Verás una naval batalla estraña,
Donde se mostrará bien manifiesto
El supremo valor de vuestra España;
Y luego con airado y fiero gesto
Hiriendo el ancho globo con la caña
Una vez al través, otra al derecho,
Sacó una horrible voz del ronco pecho,

Diciendo: «Orco amarillo, Cancerbero,
O gran Pluton, rector del bajo infierno,
O cansado Caron, viejo barquero,
Y vos, laguna Estigia y lago Averno,
O Demogorgon, tú, que lo postrero
Habitas del tartáreo reino eterno,
Y las hervientes aguas de Aqueronte,
De Leteo, Cocito y Flegetonte;

Y vos, furias, que así con crüeldades
Atormentais las ánimas dañadas,
Que aun temen ver las inferas deidades
Vuestras frentes de víboras crinadas;
Y vosotras, gorgóneas potestades,
Por mis fuertes palabras apremiadas:
Haced que claramente aquí se vea,
Aunque futura esta naval pelea.

Y tú, Hécate ahumada y mal compuesta,
Nos muestra lo que pido aquí visible.
¡Hola! ¿A quién digo? ¿Qué tardanza es esta,
Que no os hace temblar mi voz terrible?
Mirad que romperé la tierra opuesta,
Y os heriré con luz aborrecible,
Y por fuerza absoluta y poder nuevo
Quebrantaré las leyes del Erebo.

No acabó de decir bien esto, cuando
Las aguas en el mar se alborotaron,
Y el seco leśnordeste respirando
Las cuerdas y anchas velas se estiraron,
Y aquellas gentes súbito anhelando
Poco á poco á moverse comenzaron,
Haciendo de aquel modo en los objetos
Todas las demás causas sus efetos.

Mirando, aunque espantado, atentamente
La multitud de gente que allí habia,
Vi que escrito de letras en la frente
Su nombre y cargo cada cual tenia;
Y mucho me admiró los que al presente
En la primera edad yo conocia
Verlos en su vigor y años lozanos
Y otros floridos jóvenes ya canos.

Luego pues los cristianos dispararon
Una pieza en señal de rompimiento,
Y en alto un crucifijo enarbolaron,
Que acrecentó el hervor y encendimiento:
Todos humildemente le salvaron
Con grande devocion y acatamiento,
Bajo del cual estaban á los lados
Las armas de los fieles coligados.

En esto con rumor de varios sones
Acercándose siempre caminaban;
Estandartes, banderas y pendones
Sobre las altas popas tremolaban;
Las ordenadas bandas y escuadrones
Esgrimiendo las armas se mostraban
En torno las galeras rodeadas
De cañones de bronce y pavesadas.

Mas en el bajo tono que ahora llevo
No es bien que de tan grave cosa cante,
Que cierto es menester aliento nuevo,
Lengua mas espedida y voz pujante·
Así medroso desto no me atrevo
A proseguir, señor, mas adelante:
En el siguiente y nuevo canto os pido
Me deis vuestro favor y atento oido.

CANTO XXIV.

Dase noticia de la gran batalla naval, del desbarate y rota de la armada turquesca con la huida de Ochalí.

La sazon, gran Felipe, es ya llegada
En que mi voz de vos favorecida
Cante la universal y gran jornada
En las ausonias olas definida:
La soberbia otomana derrocada,
Su marítima fuerza destruida,
Los varios hados, diferentes suertes,
El sangriento destrozo y crudas muertes.

Abridme, ó sacras musas, vuestra fuente,
Y dadme nuevo espíritu y aliento
Con estilo y lenguaje conveniente
A mi arrojado y grande atrevimiento,
Para decir estensa y claramente
Deste naval conflito y rompimiento,
Y las gentes que están juntas á una
Debajo deste golpe de fortuna.

¿Quién bastará á contar los escuadrones
Y el número copioso de galeras,
La multitud y mezcla de naciones,
Estandartes, enseñas y banderas,
Las defensas, pertrechos, municiones,
Las diferencias de armas y maneras,
Máquinas, artificios é instrumentos,
Aparatos, divisas y ornamentos?

Vi croatos, dalmacios, esclavones,
Búlgaros, albaneses, trasilvanos,
Tártaros, tracios, griegos, macedones,
Turcos, lidios, armenios, georgianos,
Sirios, árabes, licios, licaones,
Númidas, sarracenos, africanos,
Jenízaros, sanjacos, capitanes,
Chauces, rehelerbeyes y bajanes.

Vi allí también de la nacion de España
La flor de juventud y gallardía,
La nobleza de Italia y de Alemaña
Una audaz y bizarra compañía:
Todos ornados de riqueza estraña,
Con animosa muestra y lozanía,
Y en las popas, carceses y trinquetes
Flámulas, banderolas, gallardetes.

Así las dos armadas pues venian
En tal manera y orden navegando,
Que dos espesos bosques parecian
Que poco á poco se iban allegando:
Las cicaladas armas relucian
En el inquieto mar reverberando,
Ofendiendo la vista desde lejos
Las agudas vislumbres y reflejos.

Por nuestra armada al uno y otro lado
Una presta fragata discurría,
Donde venia un mancebo levantado
De gallarda presencia y bizarría:
Un riquísimo y fuerte peto armado
Con tanta autoridad, que parecia
En su disposicion, figura y arte
Hijo de la fortuna y del dios Marte.

Yo codicioso de saber quien era,
Aficionado al talle y apostura,
Mirando atentamente la manera,
El aire, el ademán y compostura;
En la fuerte celada, en la testera
Vi escrito en el relieve y grabadura
De letras de oro el campo en sangre tinto:
Don Juan, hijo del César Carlos quinto.

El cual acá y allá siempre corria
Por medio del bullicio y alboroto,
Y en la fragata cerca dél venia
El viejo secretario Juan de Soto;
De quien el mago anciano me decia
Ser en todas las cosas de gran voto,
Persona de discurso y esperiencia,
De mucha espedicion y suficiencia.

Don Juan á la sazon los exhortaba
A la batalla y trance peligroso
Con ánimo y valor, que aseguraba
Por cierta la victoria y fin dudoso;
Y su gran corazon facilitaba
Lo que el temor hacia dificultoso,
Derramando por toda aquella gente
Un belicoso ardor y fuego ardiente;

Diciendo: «O valerosa compañía,
Muralla de la Iglesia inespugnable:
Llegada es la ocasion, este es el dia,
Que dejais vuestro nombre memorable:
Calad armas y remos á porfía,
Y la invencible fuerza y fe inviolable
Mostrad contra estos pérfidos paganos,
Que vienen á morir á vuestras manos.

»Que quien volver de aquí vivo desea
Al patrio nido y casa conocida,
Por medio desa armada gente crea
Que ha de abrir con la espada la salida:
Así cada cual mire que pelea
Por su Dios, por su rey y por la vida,
Que no puede salvarla de otra suerte
Sino en trayendo al enemigo á muerte.

»Mirad que del valor y espada vuestra
Hoy el gran peso y ser del mundo pende,
Y entienda cada cual que está en su diestra
Toda la gloria y premio que pretende:
Apresuremos la fortuna nuestra,
Que la larga tardanza nos ofende;
Pues no estais de cumplir vuestro deseo
Mas del poco de mar que en medio veo.

»Vamos pues á vencer; no detengamos
Nuestra buena fortuna que nos llama;
Del hado el curso próspero sigamos
Dando materia y fuerzas á la fama:
Que solo deste golpe derribamos
La bárbara arrogancia, y se derrama
El sonoroso estruendo de la guerra
Por todos los confines de la tierra.

»Mirad por ese mar alegremente
Cuánta gloria os está ya aparejada:
Que Dios aquí ha juntado tanta gente
Para que á nuestros piés sea derrocada,
Y someta hoy aquí todo el oriente
A nuestro yugo la cerviz domada,
Y á sus potentes príncipes y reyes
Los podemos quitar y poner leyes.

»Hoy con su perdicion establecemos
En todo el mundo el crédito cristiano:
Que quiere nuestro Dios que quebrantemos
El orgullo y furor mahometano.
¿Qué peligro, ó varones, temeremos
Militando debajo de tal mano?
Y ¿quién resistirá vuestras espadas
Por la divina mano gobernadas?

»Solo os ruego, que en Cristo confiando,
Que á la muerte de cruz por vos se ofrece,
Combata cada cual por él mostrando
Que llamarse su milite merece;
Con propósito firme protestando
De vencer ó morir: que si parece
La victoria de premio y gloria llena,
La muerte por tal Dios no es menos buena.

»Y pues con este fin nos dispusimos
Al peligro y rigor desta jornada,
Y en la defensa de su ley venimos
Contra esa gente infiel y renegada,
La justísima causa que seguimos
Nos tiene la victoria asegurada;
Así que, ya del cielo prometido
Os puedo yo afirmar que habeis vencido.»

Súbito allí los pechos mas helados
De furor generoso se encendieron,
Y de los torpes miembros resfriados
El temor vergonzoso sacudieron:
Todos los diestros brazos levantados
La victoria ó morir le prometieron,
Teniendo en poco ya desde aquel punto
El contrario poder del mundo junto.

El valeroso joven pues loando
Aquella voluntad asegurada,
Con súbita presteza el mar cortando
Atravesó por medio de la armada,
De blanca espuma el rastro levantando:
Cual luciente cometa arrebatada,
Cuando veloz rompiendo el aire espeso
Le suele así dejar gran rato impreso.

Así que brevemente habiendo puesto
En orden las galeras y la gente,
A la suya real se acostó presto,
Donde fué saludado alegremente;
Y señalando á cada cual su puesto
Con el concierto y modo conveniente,
Zafa la artillería, y alistada
Iba la vuelta de la turca armada.

Llevaba el cuerno de la diestra mano
El sucesor del ínclito Andrea Doria,
De quien el largo mar Mediterrano
Hará perpetua y célebre memoria;
Y Agustin Barbarigo, veneciano,
Proveedor de la armada senatoria,
Llevaba el otro cuerno á la siniestra
Con orden no menor y bella muestra.

Pues los cuernos iguales y ordenados,
La batalla guiaba el hijo dino
Del gran Carlos, cerrando los dos lados
Las galeras de Malta y Lomelino;
La del papa y Venecia á los costados
Así continuaban su camino:
Cargando con igual compás y estremos
Las anchas palas de los largos remos.

Iban seis galeazas delanteras
Bastecidas de gente y artilladas,
Puestas de dos en dos por las fronteras
Que á manera de luna iban cerradas;
Seguian luego detrás treinta galeras,
Al general socorro señaladas,
Donde el marqués de Santa Cruz venia
Con una valerosa compañía.

Por el orden y término que cuento
La católica armada caminaba
La vuelta de la infiel, que á sobreviento
Ganándole la mar se aventajaba;
Pero luego á deshora calmó el viento,
Y el alto mar sus olas allanaba,
Remitiendo fortuna la sentencia
Al valor de los brazos y escelencia.

Opuesto al Barbarigo, al cuerno diestro,
Va Siroco virey de Alejandría
Con Memetbey, cosario y gran maestro,
Que á Negroponto á la sazon regia;
Ochalí renegado iba al siniestro
Con Carabey su hijo en compañía,
Y en medio en la batalla bien cerrada
Alí, gran general de aquella armada.

El cual reconociendo el duro hado,
Y de su perdicion la hora postrera,
Como prudente capitán y osado
De la alta popa en la real galera,
Con un semblante alegre y confiado,
Que mostraba fingido por defuera,
El cristiano poder disminuyendo,
Hizo esta breve plática diciendo:

«No será menester, soldados, creo,
Moveros ni incitaros con razones,
Que ya por las señales que en vos veo
Se muestran bien las fieras intenciones:
Echad fuera la ira y el deseo
Desos vuestros fogosos corazones,
Y las armas tomad, en cuyo hecho
Los hados ponen hoy vuestro derecho.

»Que jamás la fortuna á nuestros ojos
Se mostró tan alegre y descubierta;
Pues cargada de gloria y de despojos
Se viene ya á meter por nuestra puerta:
Rematad el trabajo y los enojos
Desta prolija guerra, haciendo cierta
La esperanza y el crédito estimado
Que de vuestro valor siempre habeis dado.

»No os altere la muestra y el ruido
Con que se acerca la enemiga armada:
Que sabed que ese ejército movido,
Y gente de mil reinos allegada,
Fortuna á una cerviz la ha reducido,
Porque pueda de un golpe ser cortada,
Y deis por vuestra mano en solo un dia
Del mundo al Gran Señor la monarquía.

»Que esas gentes sin orden que allí vienen,
En el valor y número inferiores,
Son las que nos impiden y detienen
El ser de todo el mundo vencedores:
Muestren las armas el poder que tienen,
Tomad desos indignos posesores
Las provincias y reinos del poniente,
Que os vienen á entregar tan ciegamente.

»Que ese su capitán envanecido
Es de muy poca edad y suficiencia,
Indignamente al cargo promovido,
Sin curso, disciplina ni esperiencia;
Y así presuntüoso y atrevido
Con ardor juvenil é inadvertencia
Trae á toda esa gente condenada
A la furia y rigor de vuestra espada.

»No penseis que nos venden muy costosa
Los hados la victoria deste dia:
Que lo mas desa armada temerosa
Es de la veneciana señoría:
Gente no ejercitada ni industriosa,
Dada mas al regalo y pulicía,
Y á las blandas delicias de su tierra,
Que al robusto ejercicio de la guerra.

»Y esotra turbamulta congregada
Es pueblo suez, bárbara canalla,
De diversas naciones amasada,
En quien conformidad jamás se halla:
Gente que nunca supo qué es espada,
Que antes que se comience la batalla
Y el espantoso son de artillería,
La romperá su misma vocería.

»Mas vosotros, varones invencibles,
Entre las armas ásperas criados,
Y en guerras y trabajos insufribles
Tantas y tantas veces aprobados,
¿Qué peligros habrá ya tan terribles,
Ni contrarios ejércitos ligados,
Que basten á poneros algun miedo,
Ni á resfriar vuestro ánimo y denuedo?

»Ya me parece ver gloriosamente
La riza y mortandad de vuestra mano,
Y ese interpuesto mar con mas creciente
Teñido en roja sangre el color cano:
Abrid pues y romped por esa gente;
Echad á fondo ya el poder cristiano,
Tomando posesion de un golpe solo
Del Gange á Chile, y de uno al otro polo.»

Así el bajá en el limitado trecho
Los dispuestos soldados animaba,
Y de la heróica empresa y alto hecho
El próspero suceso aseguraba;
Pero en lo hondo del secreto pecho
Siempre el negocio mas dificultaba,
Tomando por agüero ya contrario
La gran resolucion del adversario.

Y mas cuando un jenízaro forzado
Que iba sobre la gavia descubriendo,
Después de haberse bien certificado
Las galeras de allí reconociendo,
Dijo: «El cuerpo de en medio y diestro lado
Y el socorro que atrás viene siguiendo,
Si mi vista de aquí no desatina,
Es de la armada y gente ponentina.»

Sintió el bajá no menos que la muerte
Lo que el cristiano cierto le afirmaba;
Pero mostrando esfuerzo y pecho fuerte
El secreto dolor disimulaba;
Y así al cuerpo de en medio, que por suerte
Segun orden de guerra le tocaba,
Enderezó su escuadra aventajada
De sus tendidos cuernos abrigada.

Llegado el punto ya del rompimiento
Que los precisos hados señalaron,
Con una furia igual y movimiento
Las potentes armadas se juntaron:
Donde por todas partes á un momento
Los cargados cañones dispararon
Con un terrible estrépito, de modo
Que parecia temblar el mundo todo.

El humo, el fuego, el espantoso estruendo
De los furiosos tiros escupidos,
El recio destroncar y encuentro horrendo
De las proas y mástiles rompidos,
El rumor de las armas estupendo,
Las varias voces, gritos y apellidos,
Todo en revuelta confusion hacia
Espectáculo horrible y armonía.

No la ciudad de Príamo asolada
Por tantas partes sin cesar ardia,
Ni el crudo efecto de la griega espada
Con tal rigor y estrépito se oia,
Como la turca y la cristiana armada,
Que envuelta en humo y fuego parecia,
No solo arder el mar, hundirse el suelo,
Pero venirse abajo el alto cielo.

El gallardo don Juan, reconocida
La enemiga real que iba en la frente,
Hendiendo recio el agua rebatida
Rompe por medio de la llama ardiente;
Mas la turca con ímpetu impelida,
Le sale á recibir, donde igualmente
Se embisten con furiosos encontrones
Rompiendo los herrados espolones.

No estaban las reales aferradas,
Cuando de gran tropel sobrevinieron
Siete galeras turcas bien armadas,
Que en la cristiana súbito embistieron;
Pero de no menor furia llevadas
Al socorro sobre ellas acudieron,
De la derecha y de la izquierda mano,
La general del papa y veneciano.

Do con segunda autoridad venia
Por general del sumo quinto Pio
Marco Antonio Colona, á quien seguia
Una escuadra de mozos de gran brio:
Tras la cual al socorro arremetia
Por el camino y paso mas vacío
La patrona de España y capitana,
Rompiendo el golpe y multitud pagana.

El príncipe de Parma valeroso,
Que iba en la capitana Ginovesa,
Hendiendo el mar revuelto y espumoso
Se arroja en medio de la escuadra apriesa:
La confusion y revolver furioso
Y del humo la negra nube espesa
La codiciosa vista me impedia,
Y así á muchos allí desconocia.

Mons de Leñí con su galera presto
Por su parte embistió y cerró el camino,
Donde llegó de los primeros puesto
El valeroso príncipe de Urbino,
Que á la bárbara furia contrapuesto
Con ánimo y esfuerzo peregrino
Gallarda y singular prueba hacia
De su valor, virtud y valentia.

Luego con igual ímpetu y denuedo
Llegan unas con otras á abordarse,
Cerrándose tan juntas, que á pié quedo
Pueden con las espadas golpearse;
No bastaba la muerte á poner miedo,
Ni allí se vió peligro rehusarse,
Aunque al arremeter viesen derechos
Disparar los cañones á los pechos.

Así la airada gente, deseosa
De ejecutar sus golpes se juntaban,
Y cual violenta tempestad furiosa
Los tiros y altos brazos descargaban:
Era de ver la priesa hervorosa
Con que las fieras armas meneaban;
La mar de sangre súbito cubierta
Comenzó á recibir la gente muerta.

Por las proas, por popas y costados
Se acometen y ofenden sin sosiego,
Unos cayendo mueren ahogados,
Otros á puro hierro, otros á fuego:
No faltando en los puestos desdichados
Quien á los muertos sucediese luego,
Que muerte, ni rigor de artillería
Jamás bastó á dejar plaza vacía.

Quién por saltar en el bajel contrario
Era en medio del salto atravesado;
Quién por herir sin tiempo al adversario
Caia en el mar de su furor llevado;
Quién con bestial desinio temerario
En su nadar y fuerzas confiado,
Al odioso enemigo se abrazaba,
Y en las revueltas olas se arrojaba.

¿Cuál será aquel que no temblase, viendo
El fin del mundo y la total ruina,
Tantas gentes á un tiempo pereciendo,
Tanto cañon, bombarda y culebrina?
El sol los claros rayos rocogiendo
Con faz turbada, de color sanguina,
Entre las negras nubes se escondia,
Por no ver el destrozo de aquel dia.

Acá y allá con pecho y rostro airado,
Sobre el rodante carro presuroso
De Tesifon y Aleto acompañado
Discurre el fiero Marte sanguinoso:
Ora sacude el fuerte brazo armado,
Ora bate el escudo fulminoso,
Infundiendo en la fiera y brava gente
Ira, saña, furor y rabia ardiente.

Quién faltándole tiros luego afierra
Del pedazo del remo ó de la entena;
Quién trabuca al forzado y lo deshierra
Arrebatando el grillo ó la cadena:
No hay cosa de metal, de leño y tierra,
Que allí para tirar no fuese buena,
Rotos bancos, postizas, batallolas,
Barriles, escotillas, portañolas.

Y las lanzas y tiros que arrojaban,
Aunque del duro acero resurtiesen,
En las sangrientas olas ya hallaban
Enemigos que en sí los recibiesen;
Y ardiendo en la agua fria peleaban
Sin que al adverso hado se rindiesen,
Hasta el forzoso y postrimero punto
Que faltaba la fuerza y vida junto.

Cuáles su propria sangre resolviendo
Andan agonizando sobreaguados;
Cuáles tablas y gúmenas asiendo
Quedan rindiendo el alma enclavijados;
Cuáles hacer mas daño no pudiendo,
A los menos heridos abrazados,
Se dejan ir al fondo forcejando
Contentos de morir allí matando.

No es posible contar la gran revuelta,
Y el confuso tumulto y son horrendo:
Vuela la estopa en vivo fuego envuelta,
Alquitrán, y resina, y pez ardiendo;
La presta llama con la brea revuelta
Por la seca madera discurriendo,
Con fieros estallidos y centellas
Creciendo amenazaba las estrellas.

Unos al mar se arrojan por salvarse
Del crudo hierro y llamas perseguidos,
Otros que habian probado el ahogarse
Se abrazan á los leños encendidos:
Así que, con la gana de escaparse
A cualquiera remedio vano asidos,
Dentro del agua mueren abrasados,
Y en medio de las llamas ahogados.

Muchos ya con la muerte porfiando
Su opinion aun muriendo sostenian,
Los tiros y las lanzas apañando
Que de las fuertes armas resurtian;
Y en las huidoras olas estribando
Los ya cansados brazos sacudian,
Empleando en aquellos que topaban
La rabia y pocas fuerzas que quedaban.

Crece el furor y el áspero ruido
Del contino batir apresurado;
El mar de todas partes rebatido
Hierve y regüelda cuerpos de apretado,
Y sangriento, alterado, y removido,
Cual de contrarios vientos arrojado,
Todo revuelto en una espuma espesa
Las herradas galeras bate apriesa.

En la alta popa junto al estandarte
El inclito don Juan resplandecia,
Mas encendido que el airado Marte,
Cercado de una ilustre compañia:
De allí provee remedio á toda parte,
Acá da priesa, allá socorro envía,
Asegurando á todos su persona
Soberbio triunfo y la naval corona.

Don Luis de Requesens de la otra banda
Provoca, exhorta, anima, mueve, incita,
Corre, vuelve, revuelve, torna y anda
Donde el peligro mas lo necesita;
Provee, remedia, acude, ordena, manda,
Insta, da priesa, induce, y solicita
A la diestra, siniestra, á popa, á proa
Ganando estimacion y eterna loa.

Pues el conde de Priego, don Fernando,
Diligente, solícito y cuidoso,
Acude á todas partes remediando
Lo de menos remedio y mas dudoso:
Así pues del cristiano y turco bando
Cada cual inquiriendo un fin honroso,
Procuraban matando, como digo,
Morir en el bajel del enemigo.

Era tanta la furia y tal la priesa,
Que el fin y dia postrero parecia;
De los tiros la recia lluvia espesa
El aire claro y rojo mar cubria:
Crece la rabia, el disparar no cesa
De la presta y continua bateria,
Atronando el rumor de las espadas
Las marítimas costas apartadas.

El buen marqués de Santa Cruz, que estaba
Al socorro comun apercibido,
Visto el trabado juego cuál andaba,
Y desigual en partes el partido,
Sin aguardar mas tiempo se arrojaba,
En medio de la priesa y gran ruïdo,
Embistiendo con ímpetu furioso
Todo lo mas revuelto y peligroso.

Viendo pues de enemigos rodeada
La galera real con gran porfía,
Y que otra de refresco bien armada
A embestirla con ímpetu venia,
Saltóle de través, boga arrancada,
Y al encuentro y defensa se oponia,
Atajando con presto movimiento
El bárbaro furor y fiero intento.

Después rabioso sin parar corriendo,
Por la áspera batalla discurria;
Entra, sale y revuelve socorriendo,
Y á tres y á cuatro á veces resistia.
¿Quién podrá punto á punto ir refiriendo
Las gallardas espadas que este dia
En medio del furor se señalaron,
Y el mar con turca sangre acrecentaron?

Don Juan en esto airado é impaciente
La espaciosa fortuna apresuraba,
Poniendo espuelas y ánimo á su gente,
Que envuelta en sangre ajena y propria andaba.
Alí Bajá no menos diligente
Con gran hervor los suyos esforzaba,
Trayéndoles contino á la memoria
El gran premio y honor de la vitoria.

Mas la real cristiana aventajada
Por el grande valor de su caudillo,
A puros brazos y á rigor de espada
Abre recio en la turca un gran portillo,
Por do un grueso tropel de gente armada,
Sin poder los contrarios resistillo,
Entra con un rumor y furia estraña,
Gritando: ¡Cierra, cierra, España, España!

Los turcos, viendo entrada su galera,
Del temor y peligro compelidos,
Revuelven sobre sí, de tal manera
Que fueron los cristianos rebatidos;
Pero añadiendo furia á la primera
Los fuertes españoles ofendidos,
Venciendo el nuevo golpe de la gente,
Los vuelven á llevar forzosamente

Hasta el árbol mayor, donde afirmando
El rostro y pié con nueva confianza
Renuevan la batalla, refrescando
El fiero estrago y bárbara matanza:
Carga socorro de uno y otro bando,
Fatígales y aqueja la tardanza
De vencer ó morir desesperados,
Dando gran priesa á los dudosos hados.

La grande multitud de los heridos
Que á la batida proa recurrian,
Causaban que á las veces detenidos
Los unos á los otros se impedian;
Pero de medicinas proveidos,
Luego de nuevo á combatir volvian,
Las enemigas fuerzas reprimiendo
Que iban al parecer convaleciendo.

En esta gran revuelta y desatino,
Que allí cargaba mas que en otro lado,
Viniendo á socorrer don Bernardino,
Mas que de vista de ánimo dotado,
Fué con súbita furia en el camino
De un fuerte esmerilazo derribado,
Cortándole con golpe riguroso
Los pasos y designio valeroso.

Fué el poderoso golpe de tal suerte,
Demás de la pesada y gran caida,
Que resistir no pudo el peso fuerte
Ni la rodela á prueba guarnecida:
Al fin el joven con honrada muerte
Del todo aseguró la inquieta vida,
Envainando en España mil espadas
En contra y daño suyo declaradas.

En esto por tres partes fué embestida
La famosa de Malta capitana,
Y apretada de todas y batida
Con vieja enemistad y furia insana;
Mas la fuerza y virtud tan conocida
De aquella audaz caballería cristiana,
La multitud pagana contrastando,
Iba de punto en punto mejorando.

Pero el virey de Arjel, cosario esperto,
Que á la mira hasta entonces habia estado,
Hallando al cuerno diestro el paso abierto
Que del todo no estaba bien cerrado,
Antes que se pusiesen en concierto,
Furioso se lanzó por aquel lado,
Echándole de nuevo tres bajeles
Con infinito número de infieles.

Los fuertes caballeros peleando
Resisten aquel ímpetu y motivo;
Pero al cabo, señor, sobrepujando
A las fuerzas el número escesivo,
Los entran con gran furia degollando,
Sin tomar á rescate un hombre vivo,
Vertiendo en el revuelto mar furioso
De bautizada sangre un rio espumoso

Las galeras de Malta que miraron
Con tal rigor su capitana entrada,
Los fieros enemigos despreciaron
Con quien tenian batalla comenzada;
Y batiendo los remos se lanzaron
Con nueva rabia y priesa acelerada
Sobre la multitud de los paganos
Verdugos de los mártires cristianos

Tanto fué el sentimiento en los soldados,
Y la sed de venganza de manera,
Que embistiendo á los turcos por los lados
Entran haciendo riza carnicera;
Así que, victoriosos y vengados
Recobraron su honor y la galera;
Hallando solos vivos los primeros
Al general y cuatro caballeros.

Marco Antonio Colona despreciando
El ímpetu enemigo y la braveza,
Combate animosísimo, igualando
Con la honrosa ambicion la fortaleza.
Pues Sebastian Veniero contrastando
La turca fuerza y bárbara fiereza,
Vengaba allí con ira y rabia justa
La injuria recibida en Famagusta.

La capitana de Sicilia en tanto
También Portau bajá la combatia,
La cual ya por el uno y otro canto
Cercada de galeras la tenia:
Era el valor de los cristianos tanto
Que la ventaja desigual suplia,
No solo sustentando igual la guerra,
Pero dentro del mar ganando tierra.

Que don Juan, de la sangre de Cardona,
Ejercitando allí su viejo oficio,
Ofrece á los peligros la persona
Dando de su valor notable indicio;
Y la fiera nacion de Barcelona
Hace en los enemigos sacrificio,
Trayendo hasta los puños las espadas
Todas en sangre bárbara bañadas.

No pues con menos ánimo y pujanza
El sabio Barbarigo combatia,
Igualando el valor á la esperanza
Que de su claro esfuerzo se tenia:
Ora oprime la turca confianza,
Ora á la misma muerte rebatia,
Haciendo suspender la flecha airada
Que ya derecho en él tenia asestada.

Bien que con muestra y ánimo esforzado
Contrastaba la furia sarracina,
No pudo contrastar el duro hado,
O por mejor decir, orden divina:
Que ya el último término llegado,
De una furiosa flecha repentina
Fué herido en el ojo en descubierto,
Donde á poco de rato cayó muerto.

Aunque fué grande el daño y sentimiento
De ver tal capitán así caido,
No por eso turbó el osado intento
Del veneciano pueblo embravecido:
Antes con mas furor y encendimiento,
A la venganza lícita movido,
Hiere en los matadores de tal suerte
Que fué recompensada bien su muerte.

En este tiempo andaba la pelea
Bien reñida del lado y cuerno diestro,
Donde el sagaz y astuto Juan Andrea
Se mostraba muy plático maestro.
También Hector Espínola pelea
Con uno y otro á diestro y á siniestro,
Señalándose en medio de la furia
La esperta y diestra gente de Liguria.

Bien dos horas y media y mas habia
Que duraba el combate porfiado,
Sin conocer en parte mejoria,
Ni haberse la victoria declarado:
Cuando el bravo don Juan, que en saña ardia
Casi quejoso del suspenso hado,
Comenzó á mejorar sin duda alguna
Declarada del todo su fortuna.

En esto con gran ímpetu y ruïdo
Por el valor de la cristiana espada
El furor mahomético oprimido,
Y la turca real del todo entrada:
Do el estandarte bárbaro abatido
La cruz del Redentor fué enarbolada
Con un triunfo solene y grande gloria,
Cantando abiertamente la vitoria.

Súbito un miedo helado discurriendo
Por los míseros turcos ya turbados
Les fué los brazos luego entorpeciendo,
Dejándolos sin fuerzas desmayados;
Y las espadas y ánimos rindiendo,
A su fortuna mísera entregados,
Dieron la entrada franca, como cuento,
Al ímpetu enemigo y movimiento.

Ya pues del cuerno izquierdo y del derecho
De la victoria sanguinosa usando,
Con furia inexorable todo á hecho
Los van por todas partes degollando:
Quién al agua se arroja abierto el pecho,
Quién se entrega á las llamas, rehusando
El agudo cuchillo riguroso,
Teniendo el fuego allí por mas piadoso.

El astuto Ochalí viendo su gente
Por la cristiana fuerza destruida,
Y la deshecha armada totalmente
Al hierro, fuego y agua ya rendida,
La derrota tomó por el poniente
Siguiéndole con mísera huida
Las bárbaras reliquias destrozadas,
Del hierro y fuego apenas escapadas.

Pero el hijo de Carlos, conociendo
Del traidor renegado el bajo intento,
Con gran furia el movido mar rompiendo
Carga dándole caza en seguimiento.
Iban tras ellos al través saliendo
El de Bazán y el de Oria á sotavento
Con una escuadra de galeras junta,
Procurando ganarles una punta.

Mas la triste canalla, viendo angosta
La senda y ancho mar segun temia,
Vuelta la proa á la vecina costa
En tierra con gran ímpetu embestia;
Y cual se ve tal vez saltar langosta
En multitud confusa, así á porfía
Salta la gente al mar embravecido
Huyendo del peligro mas temido.

Cuál con brazos, con hombros, rostro y pecho
El gran reflujo de las olas hiende;
Cuál sin mirar al fondo y largo trecho,
No sabiendo nadar, allí lo aprende;
No hay parentesco, no hay amigo estrecho,
Ni el mismo padre al caro hijo atiende:
Que el miedo, de respetos enemigo,
Jamás en el peligro tuvo amigo.

Así que del temor mismo forzados
En la arenosa playa pié tomaron,
Y por las peñas y árboles cerrados
A mas correr huyendo se escaparon.
Deshechos pues del todo y destrozados
Los miserables bárbaros quedaron,
Habiendo fuerza á fuerza y mano á mano
Rendido el nombre de Austria al otomano.

Estaba yo con gran contento viendo
El próspero suceso prometido,
Cuando en el globo el mágico hiriendo
Con el potente junco retorcido,
Se fué el aire ofuscando y revolviendo,
Y cesó de repente el gran ruïdo,
Quedando en gran quietud la mar segura
Cubierta de una niebla y sombra escura.

Luego Fiton con plática sabrosa
Me llevó por la sala paseando,
Y sin dejar figura cada cosa
Me fué parte por parte declarando.
Mas teniendo temor que os sea enojosa
La relacion prolija, iré dejando
Todo aquello aunque digno de memoria,
Que no importa ni toca á nuestra historia.

Solo diré que con muy gran contento
Del mago y Guaticolo despedido,
Aunque tarde llegué á mi alojamiento,
Donde ya me juzgaban por perdido.
Volviendo pues la pluma á nuestro cuento,
Que en larga digresion me he divertido,
Digo que allí estuvimos dos semanas
Con falsas armas y esperanzas vanas.

Pero en resolucion nunca supimos
De nuestros enemigos cautelosos,
Ni su designio y ánimo entendimos,
Que nos tuvo suspensos y dudosos:
Lo cual considerado nos partimos
Desmintiendo los pasos peligrosos,
En su demanda entrando por la tierra
Con gana y fin de rematar la guerra.

Una tarde que el sol ya declinaba
Arribamos á un valle muy poblado,
Por donde un grande arroyo atravesaba
De cultivadas lomas rodeado,
Y en la mas llana que á la entrada estaba,
Por ser lugar y sitio acomodado
La gente se alojó por escuadrones,
Las tiendas levantando y pabellones.

Estaba el campo apenas alojado,
Cuando de entre unos árboles salia
Un bizarro araucano bien armado,
Buscando el pabellon de don García;
Y á su presencia el bárbaro llegado,
Sin muestra ni señal de cortesía,
Le comenzó á decir... Pero entre tanto
Será bien rematar mi largo canto.

CANTO XXV.

Asientan los españoles su campo en Millarapué; llega á desafiarlos un indio de parte de Caupolicán; vienen á la batalla muy reñida y sangrienta; señálanse Tucapel y Rengo; cuéntase también el valor que los españoles mostraron aquel dia.

Cosa es digna de ser considerada,
Y no pasar por ella fácilmente,
Que gente tan ignota y desviada
De la frecuencia y trato de otra gente,
De inavegables golfos rodeada,
Alcance lo que así dificilmente
Alcanzaron por curso de la guerra
Los mas famosos hombres de la tierra.

Dejen de encarecer los escritores
A los que el arte militar hallaron,
Ni mas celebren ya los inventores
Que el duro acero y el metal forjaron:
Pues los últimos indios moradores
Del araucano estado así alcanzaron
El orden de la guerra y disciplina,
Que podemos tomar dellos dotrina.

¿Quién los mostró á formar los escuadrones,
Representar en orden la batalla,
Levantar caballeros y bastiones,
Hacer defensas, fosos y murallas,
Trincheas, nuevos reparos, invenciones,
Y cuanto en uso militar se halla?
Que todo es un bastante y claro indicio
Del valor desta gente y ejercicio.

Y sobre todo, debe ser loado
El silencio en la guerra y obediencia,
Que nunca fué secreto revelado
Por dádiva, amenaza ni violencia,
Como ya en lo que dellos he contado
Vemos abiertamente la esperiencia;
Pues por mañas jamás ni por espías
Dellos tuvimos nueva en tantos dias.

Aunque en los pueblos comarcanos fueron
Presas de sobresalto muchas gentes,
Que al rigor del tormento resistieron
Con gran constancia y firmes continentes:
Tanto que muchas veces nos hicieron
Andar en los discursos diferentes,
Que pudiera causar notable daño
Creciendo su cautela y nuestro engaño.

Pero, como ya dije arriba, estando
Apenas nuestro ejército alojado,
Vino un gallardo mozo preguntando
Dó estaba el capitán aposentado.
Y á su presencia el bárbaro llegando
Con tono sin respeto levantado,
Habiéndose juntado mucha gente,
Soltó la voz diciendo libremente:

«¡Oh capitán cristiano! si ambiciosc
Eres de honor con título adquirido,
Al oportuno tiempo venturoso
Tu próspera fortuna te ha traido
Que el gran Caupolicano deseoso
De probar tu valor encarecido,
Si tal virtud y esfuerzo en tí se halla,
Pide de solo á solo la batalla.

»Que siendo de personas informado,
Que eres mancebo noble floreciente,
En la arte militar ejercitado,
Capitán y cabeza desta gente;
Dándote por ventaja de su grado
La eleccion de las armas francamente,
Sin escepcion de condicion alguna,
Quiere probar tu fuerza y su fortuna.

»Y así por entender que muestras gana
De encontrar el ejército araucano,
Te avisa que al romper de la mañana
Se vendrá á presentar en este llano:
Do con firmeza de ambas partes llana
En medio de los campos mano á mano,
Si quieres combatir sobre este hecho
Remitirá á las armas el derecho.

»Con pacto y condicion que si vencieres
Someterá la tierra á tu obediencia,
Y dél podrás hacer lo que quisieres
Sin usar de respeto ni clemencia;
Y cuando tú por él vencido fueres
Libre te dejará en tu preeminencia,
Que no quiere otro premio ni otra gloria
Sino solo el honor de la vitoria.

»Mira que solo en que esta voz se estienda
Consigues nombre y fama de valiente,
Y en cuanto el claro sol sus rayos tienda
Durará tu memoria entre la gente;
Pues al fin se dirá que por contienda
Entraste valerosa y dignamente
En campo con el gran Caupolicano,
Persona por persona y mano á mano.

»Esto es á lo que vengo; y así pido
Te resuelvas en breve á tu albedrío,
Si quieres por el término ofrecido
Rehusar ó acetar el desafío;
Que aunque el peligro es grande y conocido,
De tu altiveza y ánimo confío,
Que al fin satisfarás con osadía
A tu estimado honor y al que me envía.»

Don García le responde: «Soy contento
De acetar el combate, y le aseguro
Que al plazo puesto y señalado asiente
Podrá á su voluntad venir seguro.»
El indio que escuchando estaba atento,
Muy alegre le dijo: «Yo te juro
Que esta osada respuesta eternamente
Te dejará famoso entre la gente.»

Con esto sin pasar mas adelante
Las espaldas volvió y tomó la vía,
Mostrando por su término arrogante
En la poca opinion que nos tenia.
Algunos hubo allí que en el semblante
Juzgaron ser mañosa y doble espía,
Que iba á reconocer con este intento
La gente y pertrechado alojamiento.

Venida pues la noche, los soldados
En orden de batalla nos pusimos,
Y á las derechas picas arrimados
Contando las estrellas estuvimos,
Del sueño y graves armas fatigados;
Aunque crédito entero nunca dimos
Al indio, por pensar que solo vino
A tomar lengua y descubrir camino.

Ya la espaciosa noche declinando
Trastornaba al ocaso sus estrellas,
Y la aurora al oriente despuntando
Deslustraba la luz de todas ellas,
Las flores con su fresco humor rociando,
Restituyendo en su color aquellas
Que la tiniebla lóbrega importuna
Las habia reducido á solo una:

Cuando con alto y súbito alarido
Apareció por uno y otro lado
En tres distintas partes dividido
El ejército bárbaro ordenado,
Cada escuadron de gente muy fornido,
Que con gran muestra y paso apresurado
Iban en igual orden como cuento
Cercando nuestro estrecho alojamiento.

La gente de caballo aparejada
Sobre las riendas la enemiga espera;
Mas antes que llegase anticipada
Se arroja por una áspera ladera,
Y al escuadron siniestro encaminada
Le acomete furiosa, de manera
Que un terrapleno y muro poderoso
No resistiera el ímpetu furioso.

Pero Caupolicán que gobernando
Iba aquel escuadron algo adelante,
El paso hasta su gente retirando
Hizo calar las picas á un instante,
Donde los piés y brazos afirmando
En las agudas puntas de diamante
Reciben el furor y encuentro estraño,
Haciendo en los primeros mucho daño.

Unos sin alas con lijero vuelo
Desocupan atónitos las sillas;
Otros vueltas las plantas acia el cielo
Imprimen en la tierra las costillas;
Y los que no probaron allí el suelo
Por apretar mas recio las rodillas,
Aunque mas se mostraron esforzados
Quedaron del encuentro maltratados.

De sus golpes los nuestros no faltaron,
Que todos sin errar fueron derechos:
Cuáles de banda á banda atravesaron,
Cuáles atropellaron con los pechos.
Todos en un instante se mezclaron
Viniendo á las espadas mas estrechos
Con tal priesa y rumor, que parecia
La espantosa vulcánea herrería.

El bravo general Caupolicano,
Rota la pica, de la maza afierra,
Y á la derecha y á la izquierda mano
Hiere, destroza, mata y echa á tierra:
Hallándose muy junto á Berzocano,
Los dientes y el furioso puño cierra,
Descargándole encima tal puñada
Que le abolló en los cascos la celada.

Tras este, otro derriba y otro mata,
Que fué por su desdicha el mas vecino:
Abre, destroza, rompe y desbarata,
Haciendo llano el áspero camino;
Y al yanacona Tambo así arrebata,
Que como halcon al pollo ó palomino,
Sin poderle valer los mas cercanos,
Le ahoga y despedaza entre las manos.

Bernal y Leucoton, que deseando
Andaban de encontrarse en esta danza,
Se acometen furiosos descargando
Los brazos con igual ira y pujanza;
Y las altas cabezas inclinando
A su pesar usaron de crianza,
Hincando á un tiempo entrambos las rodillas
Con un batir de dientes y ternillas.

Mas cada cual de presto se endereza,
Comenzando un combate fiero, crudo
Ya tiran á los piés, ya á la cabeza,
Ya abollan la celada, ya el escudo.
Así pues anduvieron una pieza,
Mas pasar adelante esto no pudo,
Que un gran tropel de gentes que embistieron
Por fuerza á su pesar los despartieron.

Don Miguel y don Pedro de Avendaño,
Rodrigo de Quiroga, Aguirre, Aranda,
Cortés y Juan Jufré con riesgo estraño
Sustentan todo el peso de su banda.
También hacen efecto y mucho daño
Reinoso, Peña, Córdoba, Miranda,
Monguía, Lasarte, Castañeda, Ulloa,
Martin Ruiz y Juan Lopez de Gamboa.

Pues don Luis de Toledo, peleando
Carranza, Aguayo, Zúñiga y Castillo
Resisten al furor del indio bando
Con Diego Cano, Perez y Ronquillo.
Los primos Alvarados Juan y Hernando,
Pedro de Olmos, Paredes y Carrillo
Derriban á sus piés gallardamente,
Aunque á costa de sangre, mucha gente.

El escuadron de enmedio viendo asida
Por el cuerno derecho la contienda,
Acelerando el tiempo y la corrida
Acude á socorrer la furia horrenda;
Mas nuestra gente en tercios repartida
Le sale á recibir á toda rienda,
Y del terrible estruendo y fiero encuentro,
La tierra se apretó contra su centro.

Hubo muchas caidas señaladas,
Grandes golpes de mazas y picazos;
Lanzas, gorguces y armas enastadas
Volaron hasta el cielo en mil pedazos:
Vienen en un momento á las espadas,
Y aun otros mas coléricos á brazos,
Dándose con las dagas y puñales
Heridas penetrables y mortales.

El fiero Tucapel, habiendo hecho
Su encuentro en lleno y muerto un buen soldado,
Poco del diestro golpe satisfecho
Le arrebató un estoque acicalado,
Con el cual barrenó á Guillermo el pecho,
Y de un revés y tajo arrebatado
Arrojó dos cabezas con celadas
Muy lejos de sus troncos apartadas.

Mata de un golpe á Torbo fácilmente,
Y dió á Juan de Inarauna tal herida,
Que la armada cabeza por la frente
Cayó sobre los hombros dividida:
Tira una punta, y á Picol valiente
Le echó fuera las tripas y la vida;
Pero en esta sazon inadvertido
De mas de diez espadas fué herido.

Carga sobre él la gente forastera
Al rumor del estrago que sonaba,
Y cercándole en torno como fiera
En confuso monton le fatigaba;
Mas él con gran desprecio de manera
El esforzado brazo rodeaba,
Que á muchos con castigo y escarmiento
Les reprimió el furor y atrevimiento.

Tanto en mas ira y mas furor se enciende
Cuanto el trabajo y el peligro crece,
Que allí la gloria y el honor pretende
Donde mayor dificultad se ofrece;
Lo mas dudoso y de mas riesgo emprende,
Y poco lo posible le parece:
Que el pecho grande y ánimo invencible
Le allana y facilita lo imposible.

El último escuadron y mas copioso
Su derrota y designio prosiguiendo,
Con paso aunque ordenado presuroso,
Por la tendida loma iba subiendo;
Y en el dispuesto llano y espacioso
Nuestro escuadron del todo descubriendo,
Se detuvo algun tanto astutamente
Reconociendo el sitio y nuestra gente.

Delante desta escuadra pues venia
El mozo Galvarino sarjenteando,
Que sus troncados brazos descubria
Las llagas aun sangrientas amostrando:
De un canto al otro apriesa discurria
El daño general representando,
Encendiendo en furor los corazones
Con muestras eficaces y razones,

Diciendo: «O valentísimos soldados,
Tan dignos deste nombre, en cuya mano
Hoy la fortuna y favorables hados
Han puesto el ser y crédito araucano:
Estad de la victoria confiados,
Que ese tumulto y aparato vano
Es todo el remanente y son las heces
De los que habeis vencido tantas veces.

»Y esta postrer batalla fenecida
De vosotros así tan deseada,
No queda cosa ya que nos impida,
Ni lanza enhiesta, ni contraria espada.
Mirad la muerte infame ó triste vida
Que está para el vencido aparejada,
Los ásperos tormentos escesivos
Que el vencedor promete hoy á los vivos.

»Que si en esta batalla sois vencidos
La ley perece y libertad se atierra,
Quedando al duro yugo sometidos
Inhábiles del uso de la guerra:
Pues con las brutas bestias siempre unidos
Habeis de arar y cultivar la tierra,
Haciendo los oficios mas serviles
Y bajos ejercicios mujeriles.

»Tened, varones, siempre en la memoria,
Que la deshonra eternamente dura,
Y que perpetuamente esta vitoria
Todas vuestras hazañas asegura;
Considerad, soldados, pues la gloria
Que os tiene aparejada la ventura,
Y el gran premio y honor que, como digo,
Un tan breve trabajo trae consigo.

»Que aquel que se mostrare buen soldado
Tendrá en su mano ser lo que quisiere:
Que todo lo que habemos deseado
La fortuna con ello hoy nos requiere.
También piense que queda condenado
Por rebelde y traidor quien no venciere:
Que no hay vencido justo y sin castigo
Quedando por jüez el enemigo.»

De tal manera el bárbaro valiente
Despertaba la ira y la esperanza,
Que el escuadron apenas obediente
Podia sufrir el orden y tardanza;
Mas ya que la señal última siente,
Con gran resolucion y confianza
Derribando las picas bien cerrado
Irse dejó de su furor llevado.

En el exento y pedregoso llano,
Que mas de un tiro de arco se estendia,
Nuestro escuadron á un tiempo mano á mano
Asimismo al encuentro le salia:
Donde con muestra y término inhumano
Y el gran furor que cada cual traia
Se embisten los airados escuadrones,
Cayendo cuerpos muertos á montones.

No duraron las picas mucho enteras,
Que en rajas por los aires discurrieron;
Las estendidas mangas y hileras
De golpe unas con otras se rompieron;
Hubo muertes allí de mil maneras,
Que muchos sin heridas perecieron
Del polvo y de las armas ahogados,
Otros de encuentros fuertes estrellados.

Trábase entre ellos un combate horrendo
Con hervorosa priesa y rabia estraña,
Todos en un teson igual poniendo
La estrema industria, la pujanza y maña.
Sube á los cielos el furioso estruendo,
Retumba en torno toda la campaña,
Cubriendo los lugares descubiertos
La espesa lluvia de los cuerpos muertos.

Hierve el coraje, crece la contienda,
Y el batir sin cesar siempre mas fuerte;
No hay malla y pasta fina que defienda
La entrada y paso á la furiosa muerte,
Que con irreparable furia horrenda
Todo ya en su figura lo convierte,
Naciendo del mortal y fiero estrago
De espesa y negra sangre un ancho lago.

Rengo orgulloso, que al siniestro lado
Iba siempre avivando la pelea,
De la roedora afrenta estimulado
Que en Mataquito recibió de Andrea,
El ronco tono y brazo levantado
Discurre todo el campo y lo rodea
Acá y allá por una y otra mano
Llamando el enemigo nombre en vano.

Andrea pues, asimismo procurando
Fenecer la cuestion, le deseaba;
Mas lo que el uno y otro iba buscando
La dicha de los dos los desviaba:
Que el italiano mozo peleando
En el otro escuadron distante andaba
Haciendo por su estraña fuerza cosas,
Que aunque lícitas eran lastimosas.

Mata de un golpe á Trulo, y endereza
La dura punta, y á Pinol barrena,
Y sin brazo á Teguán una gran pieza
Le arroja dando vueltas por la arena;
Lleva de un golpe á Changle la cabeza,
Y por medio del cuerpo á Pon cercena;
Hiende á Narpo hasta el pecho, y á Brancolo
Como grulla le deja en un pié solo.

Veis pues aquí Orompello, el cual haciendo
Venia por esta parte mortal guerra,
Que al gran tumulto y voces acudiendo
Vió cubierta de muertos la ancha tierra;
Y al jinovés gallardo conociendo
Como cebado tigre con él cierra,
Alta la maza y encendido el gesto,
Sobre las puntas de los piés enhiesto.

Fué de la maza el jinovés cogido
En el alto creston de la celada,
Que todo lo abolló y quedó sumido
Sobre la estofa de algodon colchada:
Estuvo el italiano adormecido,
Vomita sangre, la color mudada,
Y vió dando de manos por el suelo
Vislumbres y relámpagos del cielo.

Redobla otro el gallardo mozo luego
Con mas furor y menos bien guiado,
Que á no ser á soslayo, el fiero juego
Del todo entre los dos fuera acabado;
El jinovés desatinado y ciego
Fué un poco de través; mas recobrado,
Se puso en pié con priesa no pensada
Levantando á dos manos la ancha espada.

Y con la estrema rabia y fuerza rara
Sobre el joven la cala de manera,
Que si el ferrado leño no cruzara
De arriba á bajo en dos le dividiera:
Tajó el tronco cual junco ó tierna vara,
Y si la espada el filo no torciera,
Penetrara tan honda la herida,
Que privara al mancebo de la vida.

Viéndose el araucano pues sin maza,
No por eso amainó al furor la vela,
Antes con gran presteza de la plaza
Arrebata un pedazo de rodela;
Y al punto sin perder tiempo lo embraza,
Y como aquel que daño no recela,
Con solo el trozo de baston cortado
Aguija al enemigo confiado.

Hiriólе en la cabeza, y á una mano
Saltó con lijereza y diestro brio
Hurtando el cuerpo así, que el italiano
Con la espada azotó el aire vacío;
Quiso hacello otra vez, mas salió en vano
Que entrando recio al punto del desvío
Fué el jinovés tan presto, que no pudo
Sino cubrirse con su roto escudo.

Echó por tierra la furiosa espada
Del defensivo escudo una gran pieza,
Bajando con rigor á la celada
Que defender no pudo la cabeza;
Hasta el casco caló la cuchillada,
Quedando el mozo atónito una pieza;
Pero en sí vuelto, viéndose tan junto
Le echó los fuertes brazos en un punto.

El bravo jinovés, que al fiero Marte
Pensara desmembrar, recio le asia;
Pero salió engañado, que en este arte
Ninguno al diestro joven escedia:
Revuélvense por una y otra parte,
El uno al pié del otro rebatia,
Intrincando las piernas y rodillas
Con diestras y engañosas zancadillas.

Don García de Mendoza no paraba,
Antes como animoso y diligente
Unas veces airado peleaba,
Otras iba esforzando allí la gente.
Tampoco Juan Remon ocioso estaba,
Que de soldado y capitán prudente
Con igual disciplina y ejercicio
Usaba en sus lugares el oficio.

Santillán y don Pedro de Navarra,
Avalos, Viezma, Cáceres, Bastida,
Galdamez, don Francisco Ponce, Ibarra,
Dando muerte defienden bien su vida.
El fator Vega y contador Segarra
Habian echado aparte una partida,
Siguiéndolos Velazquez y Cabrera,
Verdugo, Ruiz, Riberos y Ribera.

Pasáranlo pues mal al otro lado,
Segun la mucha gente que acudia,
Si don Felipe, don Simon y Prado,
Don Francisco Arias, Pardo y Alegría,
Barrios, Diego de Lira, Coronado,
Y don Juan de Pineda en compañía
Con valeroso esfuerzo combatiendo
No fueran los contrarios reprimiendo.

También acrecentaban el estrago
Florencio de Esquivel y Altamirano,
Villaroel, Morán, Vergara, Lago,
Godoy, Gonzalo Hernandez y Andicano:
Si de todos aquí mencion no hago,
No culpen la intencion, sino la mano,
Que no puede escribir lo que hacian
Tantas como allí á un tiempo combatian.

Sonaba á la sazon un gran ruído
En el otro escuadron de mediodía,
Y era que el fiero Rengo embravecido,
Llevado de su esfuerzo y valentía
Se habia por la batalla así metido
Que volver á los suyos no podia,
Y de menuda gente rodeado
Andaba muy herido y acosado

Aunque se envuelve entre ellos de manera
Al un lado y al otro golpeando,
Que en rueda los hacia tener afuera,
Muchos en daño ajeno escarmentando;
Pero la turba acá y allá lijera
Le va por todas partes aquejando
Con tiros, palas y armas enastadas,
Como á fiera de lejos arrojadas

Uno deja tullido y otro muerto
Sin valerles defensa ni armadura;
A quien acierta el golpe en descubierto
Del todo le deshace y desfigura,
Y el de menos efecto y mas incierto
Quebranta brazo, pierna ó coyuntura:
Vieran arneses rotos y celadas
Junto con las cabezas machucadas

Mas aunque, como digo, combatiendo
Mostraba esfuerzo y ánimo invencible,
Le van á tanto estrecho reduciendo
Que poder escapar era imposible;
Y por mas que se esfuerza resistiendo,
Al fin era de carne, era sensible,
Y el furioso y continuo movimiento
La fuerza le ahogaba y el aliento.

Estaba ya en el suelo una rodilla,
Que aun apenas así se sustentaba,
Y la gente solícita en cuadrilla
Sin dejarle alentar le fatigaba;
Cuando de la otra parte, por la orilla
De la alta loma, Tucapel llegaba,
Haciendo con la usada y fuerte maza
Por donde quiera que iba larga plaza

Como el toro feroz desjarretado
Cuando brama, la lengua ya sacada,
Que de la turbamulta rodeado
Procura cada cual probar su espada,
Y en esto de repente al otro lado
La cerviz yerta y frente levantada
Asoma otro famoso de Jarama,
Que deshace la junta y la derrama:

Así el famoso Rengo ya en el suelo
Hincada una rodilla combatia
En medio del monton, que sin receio
Poco á poco cerrándole venia;
Cuando el sangriento y bravo Tucapelo,
Que por allí la grita le traia,
Viéndole así tratar sin poner duda
Rompe por el tropel á darle ayuda.

Dejó por tierra cuatro ó seis tendidos,
Que estrecha plaza y paso le dejaron,
Y los otros en círculo esparcidos
Del fatigado Rengo se arredraron,
Y contra Tucapel embravecidos
Las armas y la grita enderezaron;
Mas él daba de sí tan buen descargo
Que los hacia tener bien á lo largo.

Llegóse á Rengo, y dijo: «Aunque enemigo
Esfuerza, esfuerza Rengo, y ten hoy fuerte,
Que el impar Tucapel está contigo,
Y no puedes tener siniestra suerte:
Que el favorable cielo y hado amigo
Te tiene aparejada mejor muerte,
Pues está cometida al brazo mio,
Si cumples á su tiempo el desafío.»

Rengo le respondió: «Si ya no fuera
Por ingrato en tal tiempo reputado,
Contigo y con mi débito cumpliera,
Que no estoy como piensas tan cansado.»
En esto mas lijero que si hubiera
Diez horas en el lecho reposado
Se puso en pié, y á nuestra gente asalta
Firme el membrudo cuerpo y la maza alta.

Tucapel replicó: «Seria bajeza,
Y cosa entre varones condenada
Acometerte, vista tu flaqueza,
Con fuerza y en sazon aventajada:
Cobra, cobra tu fuerza y entereza,
Que el tiempo llegará que esta ferrada
Te dé la pena y muerte merecida,
Como hoy te ha dado claro aquí la vida.»

No se dijeron mas, y por la via
Los dos competidores araucanos
Haciéndose amistad y compañía
Iban, como si fueran dos hermanos:
Guardaba el uno al otro y defendia,
Y así con diligencia y prestas manos
Abriendo el escuadron gallardamente
Llegaron á juntarse con su gente.

En esto á todas partes la batalla
Andaba muy reñida y sanguinosa
Con tal furia y rigor, que no se halla
Persona sin herida ni arma ociosa:
Cubre la tierra la menuda malla,
Y en la remota Turcia cavernosa
Por fuerza arrebatados de los vientos
Hieren los dulces y ásperos acentos.

Era el rumor del uno y otro bando
Y de golpes la furia apresurada
Como ventosa y negra nube, cuando
Del vulturno ó del céfiro arrojada
Lanza una piedra súbita, dejando
La rama de sus hojas despojada,
Y los muros, los techos y tejados
Son con priesa terrible golpeados:

Pues de aquella manera y mas furiosas
Las homicidas armas descargaban,
Y con hondas heridas rigurosas
Los sanguinosos cuerpos desangraban:
El gran rumor y voces espantosas
En los vecinos montes resonaban;
El mar confuso al fiero son retrujo
De sus hinchadas olas el reflujo.

Pero la parte que á la izquierda mano
La batalla primero habia trabado,
Donde por su valor Caupolicano
Contrastaba al furor del duro hado,
A pura fuerza el escuadron cristiano,
Del contrario teson sobrepujado,
Comenzó poco á poco á perder tierra
Acia la espesa falda de la sierra.

Fué tan grande la priesa desta hora,
Y el ímpetu del bárbaro violento,
Que por el araucano en voz sonora
Se cantó la victoria y vencimiento.
Mas la misma fortuna burladora
Dió la vuelta á la rueda en un momento
En contra de la parte mejorada,
Barajando la suerte declarada.

Que el último escuadron donde estribaba
Nuestro postrer remedio y esperanza
Metido en el contrario peleaba,
Haciendo fiero estrago y gran matanza;
Que ni el valor de Ongolmo allí bastaba,
Ni del fuerte Lincoya la pujanza;
Ni yo basto á contar de una vez tanto,
Que es fuerza diferirlo al otro canto.

CANTO XXVI.

Dase noticia del fin de la batalla y retirada de los araucanos; la obstinacion y pertinacia de Galvarino y su muerte; asimismo se pinta el jardin y estancia del mago Fiton.

Nadie puede llamarse venturoso
Hasta ver de la vida el fin incierto,
Ni está libre del mar tempestüoso
Quien surto no se ve dentro del puerto;
Venir un bien tras otro es muy dudoso,
Y un mal tras otro mal es siempre cierto:
Jamás próspero tiempo fué durable,
Ni dejó de durar el miserable.

El ejemplo tenemos en las manos,
Y nos muestra bien claro aqui la historia
Cuán poco les duró á los araucanos
El nuevo gozo y engañosa gloria;
Pues llevando de rota á los cristianos,
Y habiendo ya cantado la victoria,
De los contrarios hados rebatidos
Quedaron vencedores los vencidos.

Que, como os dije, el escuadron postrero
Adonde por testigo yo venia,
Ganando tierra siempre mas entero
Al bárbaro enemigo retraia,
Que aunque el fuerte Lincoya el delantero
A la adversa fortuna resistia,
No pudo resistir últimamente
El ímpetu y la furia de la gente.

Por una espesa y áspera quebrada,
Que en medio de dos lomas se hacia,
La bárbara canalla, quebrantada
La dañosa soberbia y osadía,
Ya del torpe temor señoreada
Esforzadas espaldas revolvia,
Huyendo de la muerte el rostro airado,
Que clara á todos ya se habia mostrado.

Siguen los nuestros la victoria apriesa,
Que aun no quieren venir en el partido,
Y de la inculta breña y selva espesa
Inquieren lo secreto y escondido;
El gran estrago y mortandad no cesa;
Suena el destrozo y áspero ruïdo,
Tirando á tiento golpes y estocadas
Por la espesura y matas intrincadas.

Jamás de los monteros en ojeo
Fué caza tan buscada y perseguida,
Cuando con ancho círculo y rodeo
Es á término estrecho reducida,
Que con impacientísimo deseo
Atajados los pasos y huïda
Arrojan en las fieras montesinas
Lanzas, dardos, venablos, jabalinas:

Como los nuestros hasta allí cristianos,
Que los términos lícitos pasando
Con crueles armas y actos inhumanos,
Iban la gran victoria deslustrando:
Que ni el rendirse, puestas ya las manos,
La obediencia y servicio protestando,
Bastaba á aquella gente desalmada
A reprimir la furia de la espada.

Así el entendimiento y pluma mia,
Aunque usada al destrozo de la guerra,
Huye del grande estrago que este dia
Hubo en los defensores de su tierra:
La sangre que en arroyos ya corria
Por las abiertas grietas de la tierra,
Las lástimas, las voces y gemidos
De los míseros bárbaros rendidos.

Los de la izquierda mano que miraron
Su mayor escüadron desbaratado,
Perdiendo todo el ánimo dejaron
La tierra y el honor que habian ganado:
Así la trompa á retirar tocaron,
Y con paso, aunque largo, concertado,
Altas y campeando las banderas,
Se dejaron calar por las laderas.

No será bien pasar calladamente
La braveza de Rengo sin medida,
Pues que desbaratada ya su gente,
Y puesta en rota y mísera huïda,
Fiero, arrogante, indómito, impaciente,
Sin mirar al peligro de la vida
Dando mas furia á la ferrada maza
Solo sustenta la ganada plaza.

Y allí, como invencible y valeroso,
Solo estuvo gran rato peleando;
Pero viendo el trabajo infructüoso,
Y gente ya ninguna de su bando,
Con paso tardo, grave y espacioso
Volviendo el rostro atrás de cuando en cuando
Tomó á la mano diestra una vereda
Hasta entrar en un bosque y arboleda.

Donde ya de la gente destrozada
Habia el temor algunos escondido;
Pero viendo de Rengo la llegada,
Cobrando luego el ánimo perdido,
Con nuevo esfuerzo y muestra confiada
En escuadron formado y recogido
Vuelven el rostro y pechos esforzados
A la corriente de los duros hados.

Yo que de aquella parte discurriendo
A vueltas del rumor también andaba,
La grita y nuevo estrépito sintiendo
Que en el vecino bosque resonaba,
Apresuré los pasos acudiendo
Acia donde el rumor me encaminaba,
Viendo al entrar del bosque detenidos
Algunos españoles conocidos.

Estaba á un lado Juan Remon gritando:
«Caballeros, entrad que todo es nada»;
Mas ellos el peligro ponderando
Dificultaban la dudosa entrada;
Yo pues á la sazon á pié arribando
Donde estaba la gente recatada,
Juan Remon que me vió luego de frente
Quiso obligarme allí públicamente,

Diciendo: «¡Oh don Alonso! Quien procura
Ganar estimacion y aventajarse,
Este es el tiempo y esta es coyuntura
En que puede con honra señalarse:
No impida vuestra suerte esta espesura
Donde quieren los indios entregarse,
Que al que abriere la entrada defendida
Le será la victoria atribuïda.»

Oyendo pues mi nombre conocido,
Y que todos volvieron á mirarme,
Del honor y vergüenza compelido
No pudiendo del trance ya escusarme,
Por lo espeso del bosque y mas temido
Comencé de romper y aventurarme,
Siguiéndome Arias, Pardo, Maldonado,
Maurique, don Simon y Coronado.

Los cuales de vivir desesperados
Los obstinados indios embistieron,
Que en una espesa muela bien cerrados
Las españolas armas atendieron:
En esto ya al rumor por todos lados
De nuestra gente muchos acudieron,
Comenzando con furia presurosa
Una guerra sangrienta y peligrosa.

Renuévase el destrozo, reduciendo
A término dudoso el vencimiento,
El menos animoso acometiendo,
El mas dificultoso impedimento.
¿Cuál será aquel que pudiera ir escribiendo
De los brazos la furia y movimiento,
Y deste y de aquel otro la herida,
Y quién á cuál allí quitó la vida?

Unos hienden por medio, otros barrenan
De parte á parte los airados pechos;
Por los muslos y cuerpo otros cercenan,
Otros miembro por miembro caen deshechos:
Los duros golpes todo el bosque atruenan,
Andando de ambas partes tan estrechos,
Que vinieron algunos de impacientes
A los brazos, á puños y á los dientes.

Pero la muerte allí difinidora
De la cruda batalla porfiada,
Ayudando á la parte vencedora
Remató la contienda y gran jornada:
Que la gente araucana en poca de hora,
En aquel sitio estrecho destrozada,
Quiso rendir al hierro antes la vida
Que al odioso español quedar rendida.

Tendidos por el campo amontonados
Los indómitos bárbaros quedaron,
Y los demás con pasos ordenados
Como ya dije atrás se retiraron:
De manera que ya nuestros soldados
Recogiendo el despojo que hallaron,
Y un número copioso de prisiones,
Volvieron á su asiento y pabellones.

Fueron entre estos presos escogidos
Doce los mas dispuestos y valientes,
Que en las nobles insignias y vestidos
Mostraban ser personas preeminentes:
Estos fueron allí constituidos
Para amenaza y miedo de las gentes,
Quedando por ejemplo y escarmiento
Colgados de los árboles al viento.

Yo á la sazon al señalar llegando
De la cruda sentencia, condolido,
Salvar quise uno dellos, alegando
Haberse á nuestro ejército venido;
Mas él luego los brazos levantando
Que debajo del peto habia escondido,
Mostró en alto la falta de las manos
Por los cortados troncos aun no sanos.

Era pues Galvarino este que cuento,
De quien el canto atrás os dió noticia,
Que porque fuese ejemplo y escarmiento
Le cortaron las manos por justicia:
El cual con el usado atrevimiento,
Mostrando la encubierta inimicicia,
Sin respeto ni miedo de la muerte
Habló mirando á todos desta suerte:

«¡Oh gentes fementidas, detestables,
Indignas de la gloria deste dia!
Hartad vuestras gargantas insaciables
En esta aborrecida sangre mia:
Que aunque los fieros hados variables
Trastornen la araucana monarquía,
Muertos podremos ser, mas no vencidos
Ni los ánimos libres oprimidos.

»No penseis que la muerte rehusamos,
Que en ella estriba ya nuestra esperanza;
Que si la odiosa vida dilatamos
Es por hacer mayor nuestra venganza:
Que cuando el justo fin no consigamos,
Tenemos en la espada confianza
Que os quitará en nosotros convertida
La gloria de poder darnos la vida.

»Sús, pues ya ¿qué esperais, ó qué os detiene
De no me dar mi premio y justo pago?
La muerte y no la vida me conviene,
Pues con ella á mi deuda satisfago;
Pero si algun disgusto y pena tiene
Este importante y deseado trago,
Es no veros primero hechos pedazos
Con estos dientes y troncados brazos.»

De tal manera el bárbaro esforzado
La muerte en alta voz solicitaba
De la infelice vida ya cansado,
Que largo espacio á su pesar duraba;
Y en el gentil propósito obstinado,
Diciéndonos injurias, procuraba
Un fin honroso de una honrosa espada,
Y rematar la mísera jornada.

Yo que estaba á par dél considerando
El propósito firme y osadía,
Me opuse contra algunos, procurando
Dar la vida á quien ya la aborrecia;
Pero al fin los ministros porfiando
Que á la salud de todos convenia,
Forzado me aparté, y él fué llevado
A ser con los caciques justiciado.

A la entrada de un monte, que vecino
Está de aquel asiento en un repecho,
Por el cual atraviesa un gran camino
Que al valle de Lincoya va derecho,
Con gran solenidad y desatino
Fué el insulto y castigo injusto hecho,
Pagando allí la deuda con la vida
En muchas opiniones no debida.

Por falta de verdugo, que no habia
Quien el oficio hubiese acostumbrado,
Quedó casi por uso de aquel dia
Un modo de matar jamás usado:
Que á cada indio de aquella compañía
Un bastante cordel le fué entregado,
Diciéndole que el árbol eligiese
Donde á su voluntad se suspendiese.

No tan presto los plásticos guerreros
Del cierto asalto la señal tocando
Por escalas, por picas y maderos
Suben á la muralla gateando,
Cuanto aquellos caciques, que lijeros
Por los mas grandes árboles trepando,
En un punto á las cimas arribaron,
Y de las altas ramas se colgaron.

Mas uno dellos, algo arrepentido
De su lijera priesa y diligencia,
A nuestra devocion ya reducido,
Vuelto pidió para hablar licencia;
Y habiéndosela todos concedido,
Con voz algo turbada y apariencia
Los ánimos cristianos comoviendo,
Habló contritamente asi diciendo:

«Valerosa nacion, invicta gente,
Donde el estremo de virtud se encierra:
Sabed que soy cacique y descendiente
Del tronco mas antiguo desta tierra;
No tengo padre, hermano ni pariente,
Que todos son ya muertos en la guerra,
Y pues se acaba en mí la descendencia,
Os ruego useis conmigo de clemencia.»

Quisiera proseguir, si Galvarino
Que le miraba con airada cara,
De súbito saliéndole al camino
La doméstica voz no le atajara,
Diciendo: «Pusilánime, mezquino,
Deslustrador de la progenie clara,
¿Por qué á tan gran bajeza así te mueve
El miedo torpe de una muerte breve?

»Dime, infame traidor, de fe mudable,
¿Tienes por mas partido y mejor suerte
El vivir en estado miserable,
Que el morir como debe un varon fuerte?
Sigue el hado aunque adverso tolerable,
Que el fin de los trabajos es la muerte,
Y es poquedad que un afrentoso medio
Te saque de la mano este remedio.»

Apenas la razon habia acabado,
Cuando el noble cacique arrepentido
Al cuello el corredizo lazo echado
Quedó de una alta rama suspendido.
Tras él fué el audaz bárbaro obstinado,
Aun á la misma muerte no rendido;
Y los robustos robles desta prueba
Llevaron aquel año fruta nueva.

Habida la victoria como cuento,
Y el enemigo roto retirado,
Dejando el infelice alojamiento
Todo de cuerpos bárbaros sembrado,
Llegamos sin desmán ni impedimento
A la bajada y sitio desdichado,
Do Valdivia fundó la casa fuerte,
Y le dieron después infame muerte.

Levantamos un muro brevemente
Que el sitio de la casa circundaba,
Donde el bagaje, chusma y remanente
Con menos daño y mas seguro estaba:
De allí el contorno y tierra inobediente
Sin poderlo estorbar se salteaba,
Haciendo siempre instancia y diligencia
De traerla sin sangre á la obediencia.

Una mañana al comenzar del dia
Saliendo yo á correr aquella tierra,
Donde por cierto aviso se tenia
Que andaba gente bárbara de guerra,
Dejando un trecho atrás la compañía
Cerca de un bosque espeso y alta sierra
Sentí cerca una voz envejecida
Diciendo: «¿Dónde vais, que no hay salida?»

Volví el rostro y las riendas acia el lado
Donde la estraña voz habia salido,
Y ví á Fiton el mágico arrimado
Al tronco de un gran roble carcomido,
Sobre el herrado junco recostado;
Que como fué de mí reconocido,
Del caballo salté lijeramente
Saludándole alegre y cortesmente.

Él me dijo: «Por cierto bien pudiera
Tomar de vos legítima venganza,
Y en esa vuestra gente que anda fuera,
Que habeis hecho en los nuestros tal matanza;
Pero aunque mas razon y causa hubiera,
Haciendo vos de mí tal confianza,
No quiero ni será justo dañaros,
Antes en lo que es lícito ayudaros.

»Que es orden de los cielos que padezca
Esta indómita gente su castigo,
Y antes que contra Dios se ensoberbezca
Le abaje la soberbia el enemigo;
Y aunque vuestra ventura agora crezca
No durará gran tiempo, porque os digo
Que como á los demás el duro hado
Os tiene su descuento aparejado.

»Si la fortuna así á pedir de boca
Os abre el paso próspero á la entrada,
Grandes trabajos y ganancia poca
Al cabo sacareis desta jornada.
Y porque á mí decir mas no me toca,
Me quiero retirar á mi morada,
Que también desta banda tiene puerta,
Pero á todos oculta y encubierta.

Yo de le ver así maravillado,
Y mas de la siniestra profecía,
Mi caballo en un líbano arrendado
Le quise hacer un rato compañía;
Y al fin de muchos ruegos acetado,
Siendo el viejo decrépito la guía,
Hendimos la espesura y breña estraña
Hasta llegar al pié de la montaña.

En un lado secreto y escondido
Donde no habia resquicio ni abertura,
Con el potente báculo torcido
Blandamente tocó en la peña dura;
Y luego con horrísono ruido
Se abrió una estrecha puerta y boca escura
Por do tras él entré erizado el pelo
Pisando á tiento el peñascoso suelo.

Salimos á un hermoso verde prado
Que recreaba el ánimo y la vista,
Do estaba en ancho cuadro fabricado
Un muro de belleza nunca vista
De vario jaspe y pórfido escacado,
Y al fin de cada escaque una amatista;
En las puertas de cedro barreadas
Mil sabrosas historias entalladas.

Abriéronse en llegando el mago al punto
Y en un jardin entramos espacioso,
Do se puede decir que estaba junto
Todo lo natural y artificioso:
Hoja no discrepaba de otra un punto,
Haciendo cuadro ó círculo hermoso
En medio un claro estanque, do las fuentes
Murmurando enviaban sus corrientes.

No produce natura tantas flores
Cuando mas rica primavera envia,
Ni tantas variedades de colores,
Como en aquel jardin vicioso habia:
Los frescos y suavísimos olores,
Las aves y su acorde melodía
Dejaban las potencias y sentidos
De un ajeno descuido poseidos.

De mi fin y camino me olvidara,
Segun suspenso estuve una gran pieza,
Si el anciano Fiton no me llamara
Haciéndome señal con la cabeza:
Metióme por la mano en una clara
Bóveda de alabastro, que á la pieza
Del milagroso globo respondia,
Adonde ya otra vez estado habia.

Quisiera ver la bola, mas no osaba
Sin licencia del mago avecinarme;
Mas él que mis designios penetraba
Teniendo voluntad de contentarme,
Asido por la mano me acercaba,
Y comenzando él mismo á señalarme,
El mundo me mostró como si fuera
En su forma real y verdadera.

Pero para decir por orden cuanto
Ví dentro de la gran poma lucida,
Es cierto menester un nuevo canto,
Y tener la memoria recogida:
Así, señor, os ruego que entre tanto
Que refuerzo la voz enflaquecida,
Perdoneis si lo dejo en este punto,
Que no puedo deciros tanto junto.

CANTO XXVII.

Pónese la descripcion de muchas provincias, montes, ciudades famosas por natura y por guerras; cuéntase también cómo los españoles levantaron un fuerte en el valle de Tucapel, y cómo don Alonso de Ercilla halló á la hermosa Glaura.

Siempre la brevedad es una cosa
Con gran razon de todos alabada,
Y vemos que una plática es gustosa
Cuanto mas breve y menos afectada;
Y aunque sea la prolija provechosa,
Nos importuna, cansa y nos enfada:
Que el manjar mas sabroso y sazonado
Os deja cuando es mucho empalagado.

Pues yo que en un peligro tal me veo
De la larga carrera arrepentido,
¿Cómo podré llevar tan gran rodeo,
Y ser sabroso al gusto y al oido?
Pero aunque de agradar es mi deseo,
Estoy ya dentro en la ocasion metido:
Que no se puede andar mucho en un paso,
Ni encerrar gran materia en chico vaso.

Cuando á alguno, señor, le pareciere
Que me voy en el curso deteniendo,
El estraño camino considere,
Y que mas que una posta voy corriendo:
En todo abreviaré lo que pudiere;
Y así á nuestro propósito volviendo
Os dije com el indio mago anciano
Señalaba la poma con la mano.

Era en grandeza tal que no podrian
Veinte abrazar el círculo luciente,
Donde todas las cosas parecian
En su forma distinta y claramente:
Los campos y ciudades se veian,
El tráfago y bullicio de la gente,
Las aves, animales, lagartijas,
Hasta las mas menudas sabandijas.

El mágico me dijo: «Pues en este
Lugar nadie nos turba ni embaraza,
Sin que un mínimo punto oculto reste,
Verás del universo la gran traza,
Lo que hay del norte al sur, del este al oeste,
Y cuanto ciñe el mar y el aire abraza:
Rios, montes, lagunas, mares, tierras
Famosas por natura y por las guerras.

»Mira al principio de Asia á Calcedonia
Junto al Bósforo enfrente de la Tracia,
A Lidia, Caria, Licia y Licaonia,
A Panfilia, Bitinia y á Galacia;
Y junto al Ponto Euxino á Paflagonia,
La llana Capadocia y la Farnacia,
Y la corriente de Eufrates famoso,
Que entra en el mar de Persia caudaloso.

»Mira la Siria: ves allí la indina
Tierra de promision de Dios privada,
Y á Nazarén dichosa en Palestina,
Do á María Gabriel dió la embajada:
Ves las sacras reliquias y ruina
De la ciudad por Tito desolada,
Do el Autor de la vida escarnecido
A vergonzosa muerte fué traido.

»Mira el tendido mar Mediterráneo,
Que la Europa del Africa separa,
Y el mar Bermejo en punta á la otra mano
Que abrió Moisén sus aguas con la vara:
Mira el golfo de Ormuz y mar persiano,
Y aunque á partes la tierra no está clara,
Verás acia la banda descubierta
Las dos Arabias feliz y desierta.

»Mira á Persia y Carmania, que confina
Con Susïana al lado del poniente,
Donde el forjado acero se fulmina
De pasta y temple fino y escelente;
Drangiana y Gedrosia que camina
Hasta el mar de India y ferias del oriente.
Y adelante siguiendo aquella via
Verás la calurosa Aracosia.

»Dentro y fuera del Gange mira tanta
Tierra de India al levante prolongada:
Ves el Catay y su ciudad de Canta,
Que sobre el indo mar está fundada;
La China y el Maluco, y toda cuanta
Mar se estiende del este, y la apartada
Trapobana, famosa antiguamente,
Término y fin postrero del oriente.

»Ves la Hircania, Tartaria y los albanos
Acia la Trapisonda dilatados,
Y otros reinos pequeños comarcanos
Tributarios de Persia y aliados;
Los iberos que llaman gorgianos,
Y los pobres circasos derramados,
Que su lunada tierra en parte angos.
Toma del mar mayor toda la costa.

»Ves el revuelto Cirro caudaloso,
Que la Iberia y Albania así rodea,
Y el alto monte Cáucaso fragoso,
Que su cumbre gran tierra señorea:
Mira el reino de Colcos tan famoso
Por la isla nombrada de Medea,
Adonde el trabajado Jason vino
En busca del dorado vellocino.

»Mira la grande Armenia memorable
Por su ciudad de Tauris señalada,
Y al sur la religiosa y venerable
Soltonia sin respeto arruïnada
Por la tártara furia irreparable
Del grande Taborlán, que de pasada
Cuanto encontró lo puso por el suelo
Cual ira ó rayo súbito del cielo.

»Mira á Tigris y Eufrates, que poniendo
Punto á Mesopotamia en compañía,
Hasta el golfo de Persia van corriendo
Dejando á un lado á Egipto y á Suria:
Ves la Partia y la Media que torciendo
Su corva costa abraza al mediodía
El Caspio mar, por otro nombre Hircano,
Que en forma oval se estiende al subsolano.

»Mira la Asiria y su ciudad famosa
Donde la confusion de lenguas vino,
Que sus muros, labor maravillosa,
Hizo Semiramis, madre de Nino:
Donde la acelerada y presurosa
Muerte á Alejandro le salió al camino,
Cortándole en su próspera corrida
El hilo de los hados y la vida.

»Mira en Africa al sur los estendidos
Reinos del Prestejuán, donde parece,
Que entre los mas insignes y escogidos
Sceva en sus edificios resplandece:
Tres frutos da en el año repartidos,
Y tres veces se agosta y reverdece;
Tiene en veinte y dos grados su postura
Al antártico polo por la altura.

»Ves á Gogia y sus montes levantados
Que á todos sobrepujan en grandeza,
Canos siempre de nieve los collados,
Y abajo peñascales y aspereza,
Que forman un gran muelle, rodeados
De breñales espesos y maleza,
Morada de osos, puercos y leones,
Tigres, panteras, grifos y dragones.

»Destos peñascos ásperos pendientes,
Llamados hoy el monte de la Luna,
Nacen del Nilo las famosas fuentes,
Y dellos rios sin nombre y fama alguna:
Que aunque tuercen y partan sus corrientes
Se vienen á juntar á una laguna
Tan grande, que sus senos y laderas
Baten de tres provincias las riberas.

»A Gogia y Beguemedros al oriente,
Y á Dambaya al poniente, del cual lado
Hay islas donde habita varia gente,
Y todo el ancho círculo es poblado:
De aquí el famoso Nilo mansamente
Nace, y después mas grande y esforzado
Parte á Gogia de Amara, y va tendido
Sin ser de las riberas restringido,

»Hasta un angosto paso peñascoso
Que lo va los costados estrechando,
De donde con estrépito furioso
Se va en las cataratas embocando:
Después mas ancho, grave y espacioso
Llega á Meroe, gran isla, costeando,
Que contiene tres reinos eminentes
En leyes y costumbres diferentes.

»Mira al Cairo, que incluye tres ciudades,
Y el palacio real de Dultibea,
Las torres, los jardines y heredades,
Que su espacioso círculo rodea:
Las pirámides mira y vanidades
De los ciegos antiguos, que aunque sea
Señal de sus riquezas la hechura,
Fué mas que el edificio la locura.

»Mira los despoblados arenosos
De la desierta y seca Libia ardiente,
Garamanta y los pueblos calurosos
Donde habita la bruta y negra gente:
Mira los trogloditas belicosos,
Y los que baña Gambra en su corriente,
Mandingos, monicongos, y los feos
Zapes, biafras, jélofos, guineos.

»Ves de la costa de Africa el gran trecho,
Los puertos señalados y lugares
De las bocas del Nilo hasta el estrecho
Por do se comunican los dos mares;
Apolonia, las Sirtes, y derecho
Trípol, Túnez, y junto si mirares
Verás aun las reliquias y el estrago
De la ciudad famosa de Cartago.

»Mira á Sicilia fértil y abundosa,
A Cerdeña y á Córcega de frente,
Y en la costa de Italia la viciosa
Tierra que va corriendo acia el poniente:
Mira la ilustre Nápoles famosa,
Y á Roma que gran tiempo antiguamente
Se vió del universo apoderada,
Y de cada nacion después hollada.

»Mira en Toscana á Sena y á Florencia,
Y dejando la costa al mediodía
A Bolonia, Ferrara, y la eminencia
De la isleña ciudad y señoría;
Padua, Mantua, Cremona y á Plasencia,
Milán, la tierra y parque de Pavía,
Adonde en una rota de importancia
Carlos prendió á Francisco, rey de Francia.

»Mira Alejandría, y por Liguria entrando
A la soberbia Jénova y Saona,
Y el Piamonte y Saboya atravesando
A Leon, á Tolosa y á Bayona;
Y sobre el viento Coro volteando,
Burdeos, Potiers, Orliens, Paris, Perona,
Flandes, Brabante, Güeldres, Frisia, Holanda,
Ingalaterra, Escocia, Ibernia, Irlanda;

»A Dinamarca, Dacia y á Noruega
Acia el mar de Dantisco y costa helada,
Y á Suecia que al confin de Gocia llega,
Que está en torno del mar fortificada,
De donde á Gelandia se navega;
Y mira allá á Grolandia desviada
Del solar curso y á la zodiaca via,
Do hay seis meses de noche y seis de dia.

»Mira al norte á Moscovia, que es tenida
Por última region de lo poblado,
Que rematan su término y medida
Las Rifeas montañas por un lado,
Y de las fuentes del Tanaïs tendida
Llega al monte hiperbóreo y mar helado,
Confina con Sarmacia y Tartaria,
Y corre por el austro hasta Rusia.

»Mira á Livonia, Prusia, Litüania,
Samogacia, Podolia y á Suria,
A Polonia, Silesia y á Germania,
A Moravia, Bohemia, Austria y Hungria,
A Croacia, Moldavia, Trasilvania,
Valaquia, Vulgaria, Esclavonia,
A Macedonia, Grecia, la Morea,
A Candia, Chipre, Rodas y Judea.

»Mira al poniente á España, y la aspereza
De la antigua Vizcaya, de do es cierto
Que procede y se estiende la nobleza
Por todo lo que vemos descubierto:
Mira á Bermeo cercado de maleza,
Cabeza de Vizcaya, y sobre el puerto
Los anchos muros del solar de Ercilla,
Solar antes fundado que la villa.

»Ves á Burgos, Logroño y á Pamplona,
Y bajando al poniente á la siniestra
Zaragoza, Valencia, Barcelona,
A Leon y á Galicia de la diestra:
Ves la ciudad famosa de Lisbona,
Coïmbra y Salamanca que se muestra,
Felice en todas ciencias, do solia
Enseñarse también nigromancia.

»Mira á Valladolid, que en llama ardiente
Se irá como la fénix renovando,
Y á Medina del Campo casi enfrente,
Que las ferias la van mas ilustrando:
Mira á Segovia y su famosa puente,
Y el Bosque, y la Fonfrida atravesando
Al Pardo y Aranjuez, donde natura
Vertió todas sus flores y verdura.

»Mira aquel sitio inculto y montuoso
Al pié del alto puerto algo apartado,
Que aunque le ves desierto y pedregoso
Ha de venir en breve á ser poblado:
Allí el rey don Felipe victorioso
Habiendo al franco en San Quintin domado,
En testimonio de su buen deseo
Levantará un católico trofeo.

»Será un famoso templo incomparable
De suntüosa fábrica y grandeza,
La máquina del cual hará notable
Su religioso celo y gran riqueza:
Será edificio eterno y memorable
De inmensa majestad y gran belleza,
Obra al fin de un tal rey, tan gran cristiano,
Y de tan larga y poderosa mano.

»Mira luego á Madrid, que buena suerte
Le tiene el alto cielo aparejada,
Y á Toledo fundada en sitio fuerte,
Sobre el dorado Tajo levantada:
Mira adelante á Córdoba, y la muerte
Que airada amenazando está á Granada,
Esgrimiendo el cuchillo sobre tantas
Principales cabezas y gargantas.

»Mira á Sevilla, ves la realeza
De templos, edificios y moradas,
El concurso de gente y la grandeza
Del trato de las Indias apartadas:
Que de oro, plata, perlas y riqueza
Dos flotas en un año entran cargadas,
Y salen otras dos de mercancía,
Con gente, municion y artillería.

»Mira á Cádiz, donde Hércules famoso,
Sobre sus hados prósperos corriendo,
Fijó las dos colunas victorioso
NIHIL ULTRA en el mármol escribiendo:
Mas Fernando Católico glorioso,
Los mojonados términos rompiendo,
Del ancho y nuevo mundo abrió la via
Porque en un mundo solo no cabia.

»Mira por el Océano bajando
Entre el húmido noto y el poniente
Las islas de Canaria, reparando
En aquella del Hierro especialmente;
Que falta de agua la natura obrando
Las aves, animales y la gente
Beben la que de un árbol se distila
En una bien labrada y ancha pila.

»Mira á la banda diestra las Terceras
Que están de portugueses ocupadas,
Y corriendo al sudueste las primeras
Islas que descubrió Colon, pobladas
De gentes nunca vistas estranjeras,
Entre las cuales son mas señaladas
Los Lucayos, San Juan, la Dominica,
Santo Domingo, Cuba y Jamaïca.

»Ves de Bahama la canal angosta,
Y siguiendo al poniente la Florida,
La tierra inútil y lucida costa
Hasta la Nueva-España proseguida,
Donde Cortés con no pequeña costa
Y gran trabajo y riesgo de la vida,
Sin término ensanchó por su persona
Los límites de España y su corona.

»Mira á Jalisco y Mechoacán famosa
Por la raíz medicinal que tiene,
Y á Méjico abundante y populosa,
Que el indio nombre antiguo aun hoy retiene:
Ves al sur la poblada y montüosa
Tierra, que en punta á prolongar se viene,
Que los dos anchos mares por los lados
Le van adelgazando los costados.

»A Panamá y al Nombre-de-Dios mira,
Que sus estrechos términos defienden
A dos contrarios mares que con ira
Romper la tierra y anegar pretenden:
Ves la fragosa sierra de Capira,
Cartagena, y las tierras que se estienden
De Santa Marta y cabo de la Vela
Hasta el lago y ciudad de Venezuela.

»A Bogotá y Cartama, que confina
Con Arma y Cali, tierra prolongada,
Popayán, Pasto y Quito, que vecina
Está á la equinocial línea templada:
Mira allá á Puerto-Viejo, do la mina
De ricas esmeraldas fué hallada,
Y las tierras que corren por la vía
Del euro, de volturno y mediodía.

»Ves Guayaquil, que abunda de madera
Por sus espesos montes y sombríos,
Tumbez, Payta y su puerto, que es primera
Escala donde surgen los navíos;
Piúra, Loja, la Zarza y Cordillera
De do nacen y bajan tantos ríos,
Que riegan bien dos mil millas de suelo,
Donde jamás cayó lluvia del cielo.

»Mira los grandes montes y altas sierras,
Bajo la zona tórrida nevadas,
Los Mojos, Bracamoros, y las tierras
De incultos chachopoyas habitadas:
Cajamarca y Trujillo, que en las guerras
Fueron famosas siempre y señaladas,
Y la ciudad insigne de los Reyes,
Silla de las audiencias y vireyes.

»Y á Guanuco, Guamanga y el templado
Terreno de Arequipa, y los mojones
Del Cuzco, antiguo pueblo y señalado
Asiento de los ingas y orejones:
Mira el solsticio y trópico pasado
Del austral Capricornio, las regiones
De varias gentes bárbaras estrañas,
Los ríos, lagunas, valles y montañas.

»Mira allá á Chuquiabo que metido
Está á un lado la tierra al sur marcada,
Y adelante el riquísimo y crecido
Cerro de Potosí, que de cendrada
Plata de ley y de valor subido
Tiene la tierra envuelta y amasada,
Pues de un quintal de tierra de la mina
Las dos arrobas son de plata fina.

»Ves la villa de Plata la postrera,
Por el levante á la siniestra mano,
Y atravesando la alta Cordillera
Calchaquí, Pilcomayo y Tucomano:
Los iuries, los diaguitas y ribera
De los comechingones, y el gran llano
Y fructífero término remoto
Hasta la fortaleza de Gaboto.

»Ves volviendo á la costa los collados
Que corren por la banda de Atacama,
Y la diestra costa y despoblados
Do no hay ave, animal, yerba ni rama:
Ves los copayapos, indios granados,
Que de grandes flecheros tienen fama,
Coquimbo, Mapochó, Cauquén y el rio
De Maule, y el de Itata y Biobio.

»Ves la ciudad de Penco, y el pujante
Arauco, estado libre y poderoso,
Cañete, la Imperial, y acia el levante
La Villa-Rica, y el volcán fogoso;
Valdivia, Osorno, el Lago, y adelante
Las islas y archipiélago famoso,
Y siguiendo la costa el sur derecho
Chiloé, Coronados y el estrecho,

»Por donde Magallanes con su gente
Al mar del sur salió desembocando,
Y tomando la vuelta del poniente
Al Maluco guió noruesteando:
Ves las islas de Acaca y Zabú enfrente,
Y á Matan dó murió al fin peleando;
Bruney, Bohol, Gilolo, Terrenate,
Machian, Mutir, Badan, Tidore y Mate.

»Ves las manchas de tierras tan cubiertas
Que pueden ser apenas divisadas,
Son las que nunca han sido descubiertas,
Ni de estranjeros piés jamás pisadas:
Las cuales estarán siempre encubiertas
Y de aquellos celajes ocupadas
Hasta que Dios permita que parezcan,
Porque mas sus secretos se engrandezcan.

»Y como ves en forma verdadera
De la tierra la gran circunferencia,
Pudieras entender, si tiempo hubiera,
De los celestes cuerpos la escelencia,
La máquina y concierto de la esfera,
La virtud de los astros y influencia,
Varias revoluciones, movimientos,
Los cursos naturales y violentos.

»Mas aunque quiera yo de parte mia
Dejarte mas contento y satisfecho,
Ha mucho rato que declina el dia,
Y tienes hasta el sitio largo trecho.»
Así haciéndome el mago compañía
Me trujo hasta ponerme en el derecho
Camino, do encontré luego mi gente,
Que me andaba á buscar confusamente.

Llegamos al asiento en punto, cuando
Entraban á la guardia los amigos,
Donde gastamos tiempo procurando
Reducir á la paz los enemigos:
Unas veces por bien acariciando,
Otras por amenazas y castigos,
Haciendo sin parar correduras
Por los vecinos pueblos y alquerías.

Mas no bastando diligencia en esto,
Ni las promesas, medios y partidos,
Que en su protervo intento y presupuesto
Estaban siempre mas endurecidos:
Vista pues la importancia de aquel puesto
Por estar en la tierra mas metidos,
Con maduro consejo fué acordado
Sustentar el lugar fortificado.

Y proveyendo al esperado daño
De algunos bastimentos que faltaban,
Que aunque era fértil y abundante el año,
Los campos en cogollo y herza estaban:
Don Miguel de Velasco y Avendaño
Con los que mas á punto se hallaban,
Haciéndoles yo escolta y compañía,
Tomamos de Cautén la recta via.

Aunque con riesgo sin contraste alguno
Los peligrosos términos pasamos,
Y en tiempo aparejado y oportuno
A la Imperial ciudad salvos llegamos,
Donde á los moradores de uno á uno
Con palabras de amor los obligamos,
No solo á dar graciosa la comida,
Pero á ofrecer también hacienda y vida.

Así que alegres, sin rumor de guerra,
Con pan, frutas, semillas y ganados,
Dimos presto la vuelta por la tierra
De pacíficos indios y alterados;
Y al descubrir de la purena sierra
Hallamos una escolta de soldados,
Digo de nuestra gente que venia
A asegurar la peligrosa via.

El sol ya derribado al occidente
Habia en el mar los rayos zabullido,
Dando la noche alivio á nuestra gente
Del cansancio y trabajo padecido;
Pero al romper del alba alertamente
Se comenzó á marchar con gran ruído,
El cargado bagaje y el ganado
De todas las escuadras rodeado.

Iba yo en la vanguardia descubriendo
Por medio de una espesa y gran quebrada,
Cuando vi de través salir corriendo
Una mujer al parecer turbada:
Yo tras ella los prestos piés batiendo
Luego de mi caballo fué alcanzada;
El que saber el fin desto desea
Atentamente el otro canto lea.

CANTO XXVIII.

Cuenta Glaura sus desdichas y la causa de su venida; asaltan los araucanos á los españoles en la quebrada de Purén; pasa entre ellos una recia batalla; saquean los enemigos el bagaje; retiranse alegres; aunque desbaratados.

Quien tiene libre y sosegada vida
Le conviene vivir mas recatado,
Que siempre es peligrosa la caida
Del que está del peligro descuidado;
Y vemos muchas veces convertida
La alegre suerte en miserable estado,
En dura sujecion las libertades,
Y tras prosperidad adversidades.

Es fortuna tan varia, es tan incierta,
Ya que se muestra alguna vez amiga,
Que no ha llamado el bien á nuestra puerta
Cuando el mal dentro en casa nos fatiga;
Y pues sabemos ya por cosa cierta
Que nunca hay bien á quien un mal no siga,
Roguemos que no venga, y si viniere,
Que sea pequeño el mal que le siguiere.

Que yo de acuchillado en esto siento
Que es de temer en parte la ventura:
El tiempo alegre pasa en un momento,
Y el triste hasta la muerte siempre dura;
Y porque viene bien á nuestro cuento,
A la bárbara oid, que en la espesura
Alcancé como dije, que en su traje
Mostraba ser persona de linaje.

Era muchacha grande, bien formada,
De frente alegre y ojos estremados,
Nariz perfecta, boca colorada,
Los dientes en coral fino engastados,
Espaciosa de pecho y relevada,
Hermosas manos, brazos bien sacados,
Acrecentando mas su hermosura
Un natural donaire y apostura.

Yo queriendo saber á qué venia
Sola por aquel bosque y aspereza,
Con mas seguridad que prometia
Su bello rostro y rara gentileza,
La aseguré del miedo que traia,
La cual dando un suspiro, que á terneza
Al mas rebelde corazon moviera,
Comenzó su razon de tal manera:

«No sé si ya me queje desdichada,
O agradezca á los hados ya mi suerte,
Que me abren puerta y que me dan entrada
Para que pueda recibir la muerte;
Pero si ya la historia desastrada
Quières saber y mi dolor tan fuerte,
Que aun le agravia mi poco sentimiento,
Te ruego que al proceso estés atento.

»Mi nombre es Glaura, en fuerte hora nacida,
Hija del buen cacique Quilacura,
De la sangre de Friso esclarecida,
Rica de hacienda, pobre de ventura,
Respetada de muchos y servida
Por mi linaje y vana hermosura;
Mas ¡ay de mí! ¡cuánto mejor me fuera
Ser una simple y pobre ganadera!

»En casa de mi padre á mi contento
Como única heredera yo vivia,
Que su felicidad y pensamiento
En solo darme gusto lo ponia:
Mi voluntad en todo y mandamiento
Como inviolable ley se obedecia,
No habiendo de contento y gusto cosa
Que fuese para mí dificultosa.

»Mas presto el invidioso amor tirano
Turbador del sosiego, adredemente
Trujo á mi tierra y casa á Fresolano,
Mozo de fuerzas y ánimo valiente,
De mi infelice padre primo hermano,
Y mucho mas amigo que pariente,
A quien la voluntad tenia rendida
No habiendo entre los dos cosa partida.

»Mi padre, como amigo aficionado,
Que yo le regalase me mandaba,
Y así yo con llaneza y gran cuidado
Por hacerle placer lo procuraba;
Mas él luego el propósito estragado,
Cuya fidelidad ya vacilaba,
Corrompió la amistad, salió de tino,
Echando por ilícito camino.

»O fué el trato que tuvo allí conmigo,
O por mejor decir mi desventura,
Que esta seria mas cierto, como digo,
Que no la mal juzgada hermosura:
Que ingrato al hospedaje del amigo,
Del deudo y deuda haciendo poca cura,
Me comenzó de amar y buscar medio
De dar á su cuidado algun remedio.

»Visto yo que por muestras y rodeo
Muchas veces su pena descubria,
Conocí que su intento y mal deseo
De los honestos límites salia;
Mas ¡ay! que en lo que yo padezco veo
Lo que el mísero entonces padecia,
Que á término he llegado al pié del palo,
Que aun no puedo decir mal de lo malo.

»Hallábale mil veces suspirando,
En mí los engañados ojos puestos,
Otras andaba tímido tentando
Entrada á sus osados presupuestos:
Yo la ocasion dañosa desviando,
Con gravedad y términos honestos
(Que es lo que mas refrena la osadía)
Sus erradas quimeras deshacia.

»Estando sola en mi aposento un dia
Temerosa de algun atrevimiento,
Ante mí de rodillas se ponia,
Con grande turbacion y desatiento,
Diciéndome temblando: «¡Oh Glaura mia!
Ya no basta razon ni sufrimiento,
Ni de fuerza una mínima me queda,
Que á la del fuerte amor resistir pueda.

»Tú, señora, sabrás, que el dia primero
De mi felice y próspera venida
Me trujo amor al término postrero
Desta penosa y desdichada vida;
Mas ya que por tu amor y causa muero,
Quiero saber si dello eres servida;
Porque siéndolo tú, no siento cosa
Que pueda para mí ser tan dichosa.»

»Viéndole al parecer determinado
A cualquiera violencia y desacato,
Disimuladamente por un lado
Salí dél sin mostrar algun recato,
Diciéndole de lejos: «¡Oh malvado,
Incestüoso, desleal, ingrato,
Corrompedor de la amistad jurada
Y ley de parentesco conservada!»

»Iba estas y otras cosas yo diciendo,
Que el repentino enojo me mostraba,
Cuando con priesa súbita y estruendo
Un cristiano escuadron nos salteaba:
Que en cerrado tropel arremetiendo
Nuestra alta casa en torno rodeaba,
Saltando Fresolano en mi presencia
A la debida y justa resistencia,

»Diciendo: «¡Oh fiera tigre endurecida,
Inhumana y crüel con los humanos!
Vuelve, acaba de ser tú la homicida,
No dejes qué hacer á los cristianos:
Vuelve, verás que acabo aquí la vida,
Pues no puedo á las tuyas, á sus manos:
Que aunque no sea la muerte tan honrosa,
A lo menos será la mas piadosa.»

»Así furioso sin mirar en nada
Se arroja en medio de la armada gente,
Donde luego una bala arrebatada
Le atravesó el desnudo pecho ardiente:
Cayó ya la color y voz turbada,
Diciendo: «¡Glaura, Glaura, últimamente
Recibe allá mi espíritu cansado
De dar vida á este cuerpo desdichado.»

»Llegó mi padre en esto al gran ruïdo,
Solo armado de esfuerzo y confianza;
Mas luego en el costado fué herido
De una furiosa y atrevida lanza:
Cayó el cuerpo mortal descolorido,
Y vista mi fortuna y mal andanza
Por el postigo de una falsa puerta
Salí á mi parecer mas que ellos muerta.

»Acá y allá turbada al fin por una
Montaña comenzé luego á emboscarme
Dejándome llevar de mi fortuna,
Que siempre me ha guiado á despeñarme:
Así que, ya sin tino y senda alguna
Procuraba cuitada de alejarme,
Que con el gran temor me parecia
Que yendo á mas correr no me movia.

»Mas como suele acontecer contino,
Que huyendo el peligro y mal presente
Se suele ir á parar en un camino
Que nos coge y anega la creciente:
Así á mí desdichada, pues me avino,
Que por salvar la vida impertinente,
De un mal en otro mal, de lance en lance
Vine á mayor peligro y mayor trance.

»Iba pues siempre mísera corriendo
Por espinas, por zarzas, por abrojos,
Aquí y allí, acá y allá volviendo
A cada paso los atentos ojos;
Cuando por unos árboles saliendo
Ví dos negros cargados de despojos,
Que luego en el instante que me vieron
A la mísera presa arremetieron.

»Fuí dellos prestamente despojada
De todo cuanto allí venia vestida,
Aunque yo triste no estimaba en nada
El perder los vestidos y la vida:
Pero el honor y castidad preciada
Estuvo á punto ya de ser perdida;
Mas mis voces y quejas fueron tantas,
Que á lástima y piedad movia las plantas

»Usó el cielo conmigo de clemencia
Guiando á mis clamores,
Que, visto el acto inorme y la insolencia
De aquellos enemigos violadores,
Corrió con provechosa diligencia
Diciendo: ¡Perros, bárbaros, traidores!
Dejad, dejad al punto la doncella,
Si no, la vida dejareis con ella.

»Fueron sobre él los dos incontinente,
Mas él flechando el arco que traia,
Al mas adelantado y diligente
La flecha hasta las plumas le escondia:
Hízose atrás dos pasos diestramente,
Y al otro la segunda flecha envia
Con brújula tan cierta y diestro tino,
Que al bruto corazon halló el camino.

»Cayó muerto, y el otro mal herido
Cerró con él furioso y emperrado;
Mas Cariolán valiente y prevenido,
En la arte de la lucha ejercitado,
Aunque el negro era grande y muy fornido
De su destreza y fuerzas ayudado,
Alzándole de brazos acia el cielo
Le trabucó de espaldas en el suelo.

»Y sacando una daga acicalada,
Queriendo á hierro rematar la cuenta,
Por el desnudo vientre y por la ijada
Tres veces la metió y sacó sangrienta:
Huyó por allí la alma acelcrada,
Y libre Cariolán de aquella afrenta
Se vino para mí con gran crianza,
Pidiéndome perdon de la tardanza.

»Supo decir allí tantas razones,
Haciendo amor conmigo así el oficio,
Que medrosa de andar en opiniones,
Que es ya dolencia de honra y ruin indicio,
Por evitar al fin murmuraciones
Y no mostrarme ingrata al beneficio
En tal sazon y tiempo recibido,
Le tomé por mi guarda y mi marido.

»Y temiendo que gente acudiria,
Por el espeso monte nos metimos,
Donde sin rastro ni señal de via
Un gran rato perdidos anduvimos;
Pero, señor, al declinar del dia
A la ribera de Lauquén salimos,
Por do venia una escuadra de cristianos
Con diez indios atrás presas las manos.

»Descubriéronnos súbito en saliendo,
Que en todo al fin nos perseguia la suerte,
Sobre nosotros de tropel corriendo,
Aguarda, aguarda, ten, gritando fuerte;
Pero mi nuevo esposo allí temiendo
Mucho mas mi deshonra que su muerte,
Me rogó que en el bosque me escondiese
Mientras que él con morir los detuviese.

»Luego el temor, á trastornar bastante
Una flaca mujer inadvertida,
Me persuadió poniéndome delante
La honrada muerte y la estimada vida:
Así cobarde, tímida, inconstante
A los primeros ímpetus rendida
Me entré viéndolos cerca á toda priesa
Por lo mas agrio de la senda espesa.

»Y en lo hueco de un tronco que tejido
De zarzas y maleza en torno estaba,
Me escondí sin aliento ni sentido,
Que aun apenas de miedo resollaba:
De donde escuché luego un gran ruido
Que el bosque cerca y lejos atronaba,
De espadas, lanzas y tropel de gente
Como que combatian fuertemente.

»Fué poco á poco al parecer cesando
Aquel rumor y grita que se oia,
Cuando la obligacion ya calentando
La sangre que el temor helado habia,
Revolví sobre mí, considerando
La maldad y traicion que cometia
En no correr con mi marido á una
Un peligro, una muerte, una fortuna.

»Salí de aquel lugar, que á Dios pluguiera
Que en él quedara viva sepultada,
Corriendo con presteza á la ribera
Adonde le dejé desatinada;
Mas cuando no ví rastro, ni manera
De le poder hallar, sola y cuitada,
Podrás ver qué sentí, pues era cierto
Que no pudo escapar de preso ó muerto.

»Solté ya sin temor la voz en vano:
Llamando al sordo cielo injusto y crudo,
Preguntaba: ¿Dó está mi Cariolano?
Y todo al responder lo hallaba mudo;
Ya entraba en la espesura, ya á lo llano
Salia corriendo, que el dolor agudo
En mis estrañas siempre mas furioso
No me daba momento de reposo.

»No te quiero cansar ni lastimarme
En decirte las bascas que sentia;
No sabiendo qué hacer ni aconsejarme,
Frenética y furiosa discurria:
Muchas veces propuse de matarme;
Mas por torpeza y gran maldad tenia
Que aquel dolor en mí tan poco obrase
Que á quitarme la vida no bastase.

»En tanta pena y confusion envuelta
De contrarios y dudas combatida,
Al cabo ya de le buscar resuelta,
Pues no daba el dolor fin á mi vida,
Acia el campo español he dado vuelta
De noche, y desde lejos escondida
Por el honor, que mal me le asegura
Mi poca edad y mucha desventura.

»Y teniendo noticia que esta gente
Era la vuelta de Cautén pasada,
También que habia de ser forzosamente
Por este paso estrecho la tornada,
Quise venir en traje diferente,
Pensando que entre tantos disfrazada
Alguna nueva ó rastro hallaria
Deste que la fortuna me desvia.

»¿Qué remedio me queda ya cautiva,
Sujeta al mando y voluntad ajena?
Que para que mayor pena reciba
Aun la muerte no viene porque es buena;
Pero aunque el cielo cruel quiera que viva,
Al fin me ha de acabar ya tanta pena,
Bien que el estado en que me toma es fuerte;
Mas nadie escoge el tiempo de su muerte.»

Así la bella joven lastimada
Iba sus desventuras recontando,
Cuando una gruesa bárbara emboscada
Que estaba á los dos lados aguardando,
Alzó al cielo una súbita algarada
Las salidas y pasos ocupando,
Creciendo indios así, que parecian
Que de las yerbas bárbaros nacian.

Llegó al instante un yanacona mio
Ganado no habia un mes en buena guerra,
Diciéndome: «Señor, échate al rio,
Que yo te salvaré, que sé la tierra:
Que pensar resistir es desvarío
A la gente que cala de la sierra;
Bien puedes, ó señor, de mí fiarte,
Que me verás morir por escaparte.»

Yo que al mancebo el rostro revolvia
A agradecer la oferta y buen deseo,
Ví á Glaura que sin tiento arremetia
Diciendo: «¡Oh justo Dios! ¿Qué es lo que veo?
¿Eres mi dulce esposo? ¡ay vida mia!
En mis brazos te tengo y no lo creo.
¿Qué es esto? ¿estoy soñando, ó estoy despierta?
¡Ay, que tan grande bien no es cosa cierta!

Yo atónito de tal acaecimiento,
Alegre tanto dél como admirado,
Visto de Glaura el mísero lamento
En felice suceso rematado,
No habiendo allí lugar de cumplimiento
Por ser revuelto el tiempo y limitado
Dije: «Amigos, adios, y lo que puedo
Que es daros libertad, yo os la concedo.»

Sin otro ofrecimiento ni promesa
Piqué al caballo que salió lijero:
Pero aunque mas los indios me den priesa
Quiero, señor, que aquí sepais primero,
Cómo á la entrada de la selva espesa
Cariolán vino á ser mi prisionero,
Cuando medrosa de perder la vida
En el tronco quedó Glaura escondida.

Sabed, sacro señor, que yo venia
Con algunos amigos y soldados,
Después de haber andado todo el dia
En busca de enemigos desmandados;
Mas ya que á nuestro asiento me volvia
Con diez prisiones bárbaros atados,
A la entrada de un monte y fin de un llano
Descubrimos muy cerca á Cariolano.

Corrió luego sobre él toda la gente
Pensando que alas le prestase el miedo,
Pero con gran desprecio y alta frente,
Apercibiendo el arco estuvo quedo;
Llegando pues á tiro diestramente
Hirió á Francisco Osorio y á Acevedo,
Arrancando una daga desenvuelto,
El largo manto al brazo ya revuelto.

Tanta fué la destreza, tanto el arte
Del temerario bárbaro araucano,
Que no fué el gran tropel de gente parte
A que dejase un solo paso el llano:
Que saltando de aquella y desta parte
Todos los golpes hizo dar en vano,
Unos hurtando el cuerpo desmentidos,
Otros del manto y daga rebatidos.

Yo que ver tal batalla no quisiera,
Al animoso mozo aficionado,
En medio me lancé diciendo: «Afuera,
Caballeros, afuera, haceos á un lado,
Que no es bien que el valiente mozo muera,
Antes merece ser remunerado;
Y darle así la muerte ya seria
No esfuerzo ni valor, mas villanía.»

Todos se detuvieron, conociendo
Cuán mal el acto infame les estaba;
Solo el indio no cesa, pareciendo
Que de alargar la vida le pesaba:
Al fin la daga y paso recogiendo,
Pues ya la cortesía le obligaba,
Revuelto á mi me dijo: «Qué te importa
Que sea mi vida larga, ó que sea corta?»

»Pero de mí será reconocida
La obra pia y voluntad humana:
Pia por la intencion, pero entendida
Se puede decir impia y inhumana:
Que á quien ha de vivir mísera vida
No le puede estar mal muerte temprana;
Así que en no matarme como digo
Crüel misericordia usas conmigo.

»Mas porque no me digan que ya niego
Haber de tí la vida recibido,
Me pongo en tu poder y así me entrego
A mi fortuna mísera rendido.»
Esto dicho, la daga arrojó luego
Doméstico el que indómito habia sido,
Quedando desde allí siempre conmigo,
No en figura de siervo, mas de amigo.

Ya el ejercicio y belicoso estruendo
De las armas y voces resonaban;
Unos van en monton allá corriendo,
Otros acá socorro demandaban:
Era la senda estrecha, y no pudiendo
Ir atrás ni adelante, reparaban,
Que el bagaje la chusma, y el ganado
Tenia impedido el paso y ocupado.

Es el camino de Purén derecho
Acia la entrada y paso del estado,
Después ya en forma oblica largo trecho
De dos ásperos cerros apretado;
Y vienen á ceñirle en tanto estrecho,
Que apenas pueden ir dos lado á lado,
Haciendo aun mas angosta aquella via
Un arroyo que lleva en compañía.

Así á trechos en partes del camino
Revueltos unos y otros voceando,
Andaban en confuso remolino
La tempestad de tiros reparando:
No basta de la pasta el temple fino,
Grevas, petos, celadas abollando,
La furia que zumbaba á la redonda
De galga, lanza, dardo, flecha y honda.

Unos al suelo van descalabrados
Sin poder en las sillas sostenerse;
Otros cual rana ó sapo aporreados
No pueden, aunque quieren, removerse;
Otros á gatas!, otros derrengados
Arrastrando procuran acogerse
A algun reparo ó hueco de la senda,
Que de aquel torbellino los defienda.

Que en este paso estrecho el enemigo,
La gente y municion en orden puesta,
Tenia á nuestros soldados como digo
De ventaja las piedras y la cuesta;
Donde puedo afirmar como testigo,
Que era la lluvia tan espesa y presta
De las piedras, que cierto parecia
Que el cerro abajo en piezas se venia.

Como cuando se ve el airado cielo
De espesas nubes lóbregas cerrado
Querer hundir y arruïnar el suelo
De rayos, piedra y tempestad cargado;
Las aves mata en medio de su vuelo;
La gente, bestias, fieras y ganado
Buscan corriendo acá y allá perdidas
Los reparos, defensas y guaridas:

Así los españoles, constreñidos
De aquel granizo y tempestad furiosa,
Buscan por todas partes mal heridos
Algun árbol ó peña cavernosa,
Do reparados algo y defendidos,
Con la virtud antigua generosa
Cobrando nuevo esfuerzo y esperanza
A la victoria aspiran y venganza.

Y desde allí con la presteza usada
Las apuntadas miras asestando,
Les comienzan á dar una rociada,
Muchos en poco tiempo derribando:
Ya por la áspera cuesta desrumbada
Venian cuerpos y peñas volteando
Con un furor terrible y tan estraño,
Que muertos aun hacian notable daño.

Así andaba la cosa, y entre tanto
Que en esta estrecha plaza peleaban,
Con no menor revuelta al otro canto,
Donde mayores voces resonaban,
Se habian los indios desmandado tanto,
Que ya el bagaje y cargas saqueaban,
Haciendo grande riza y sacrificio
En la gente de guarda y de servicio.

Quién con carne, con pan, fruta ó pescado
Sube lijeramente á la alta cumbre;
Quién de pataca ó de fardel cargado
Corre sin embarazo y pesadumbre:
Del alto y bajo, de uno y otro lado
Al saco acude allí la muchedumbre,
Cual banda de palomas al verano
Suele acudir al derramado grano.

Viéndonos ya vencidos sin remedio
Por la gran multitud que concurria,
Procuré de tentar el postrer medio
Que en nuestra vida y salvacion habia:
Y así, rompiendo súbito por medio
De la revuelta y empachada via,
Llegué do estaban hasta diez soldados
En un hueco del monte arrinconados;

Diciéndoles el punto en que la guerra
Andaba de ambas partes tan reñida,
Que ganada la cumbre de la sierra
La victoria era nuestra conocida;
Porque toda la gente de la tierra
Andaba ya en el saco embebecida,
Y solo en ver así ganado el alto
Los bastaba á vencer el sobresalto.

Luego, resueltos á morir de hecho,
Todos los once juntos de cuadrilla
Los caballos lanzamos al repecho,
Cada cual solevado alto en la silla;
Y aunque el fragoso cerro era derecho,
Por la tendida y áspera cuchilla
Llegamos á la cumbre deseada,
De breña espesa y árboles poblada.

Saltamos á pié todos al momento,
Que ya allí los caballos no prestaban,
Que llenos de sudor, faltos de aliento
No pudiendo moverse, ijadeaban:
Donde sin dilacion ni impedimento
Al lado que los indios mas cargaban,
En un derecho y gran derrumbadero
Nos pusimos á vista y caballero.

Dándoles una carga de repente
De arcabuces y piedras que os prometo,
Que aunque llevó de golpe mucha gente
Hizo el súbito miedo mas efeto:
Y así remolinando torpemente,
Les pareció, segun el grande aprieto,
Moverse en contra dellos cielo y tierra
Viendo por alto y bajo tanta guerra.

Luego con animosa confianza
En nuestra ayuda algunos arribaron,
Que deseosos de áspera venganza
El daño y miedo en ellos aumentaron:
Tanto, que ya perdida la esperanza
A retirarse algunos comenzaron,
Poniendo prestos piés en la huida,
Remedio de escapar la ropa y vida.

Cuál por aquella parte, cuál por esta
Cargado de fardel ó saco guia;
Cuál por lo mas espeso de la cuesta
Arrastrando el ganado se metia;
Cuál con hambre y codicia deshonesta
Por solo llevar mas se detenia,
Costando á mas de diez allí la vida
La carga y la codicia desmedida.

Así la fiesta se acabó, quedando
Saqueados en parte y vencedores,
La victoria y honor solemnizando
Con trompetas, clarines y atambores:
Al rumor de las cuales caminando
Con buena guardia y diestros corredores,
Llegamos al real todos heridos,
Donde fuimos con salva recibidos.

Los bárbaros á un tiempo retirados
Por un áspero risco y monte espeso
Se fueron á gran paso consolados
Con el sabroso robo del suceso;
Y adonde estaba el general llegados,
Que sabido el desorden y el esceso
Que rindió la victoria al enemigo,
Hizo de algunos ejemplar castigo.

Y habiendo en Talcamávida juntado
Del destrozado campo el remanente,
A consultar las cosas del estado
Llamó á la principal y digna gente:
Donde después de haber allí tratado
De lo mas importante y conveniente,
Les dijo libremente todo cuanto
Podrá ver quien leyere el otro canto.

CANTO XXIX.

Entran los araucanos en nuevo consejo; tratan de quemar sus haciendas pide Tucapel que se cumpla el campo que tiene aplazado con Rengo; combaten los dos en estacada brava y animosamente.

¡Oh cuánta fuerza tiene, oh cuánto incita
El amor de la patria, pues hallamos
Que en razon nos obliga y necesita
A que todo por él lo pospongamos!
Cualquier peligro y muerte facilita:
Al padre, al hijo, á la mujer dejamos
Cuando en trabajo á nuestra patria vemos,
Y como á mas parienta la acorremos

Buen testimonio desto nos han sido
Las hazañas de antiguos señaladas,
Que por la cara patria han convertido
En sus mismas entrañas las espadas;
Y su gloriosa fama han estendido
Las plumas de escritores celebradas,
Mario, Cassio, Filon, Cosdro ateniense,
Régulo, Agesilao y el Uticense.

Entrar pues en el número merece
Esta araucana gente, que con tanta
Muestra de su valor y ánimo ofrece
Por la patria al cuchillo la garganta,
Y en el firme propósito parece
Que ni rigor del hado, y toda cuanta
Fuerza pone en sus golpes la fortuna,
En los ánimos hace mella alguna.

Que habiendo en solos tres meses perdido
Cuatro grandes batallas de importancia,
No con ánimo triste ni abatido,
Mas con valor grandísimo y constancia,
Estaban, como atrás habeis oido,
En consejo de guerra, haciendo instancia
En darnos otro asalto; mas la mano
Tomó diciendo así Caupolicano:

«Conviene, ó gran senado religioso,
Que vencer ó morir determinemos,
Y en solo nuestro brazo valeroso
Como último remedio confiemos:
Las casas, ropa y mueble infructuoso,
Que al descanso nos llaman abrasemos,
Que habiendo de morir todo nos sobra,
Y todo con vencer después se cobra.

»Es necesario y justo que se entienda
La grande utilidad que desto viene:
Que no es bien que haya asiento en la hacienda
Cuando el honor aun su lugar no tiene;
Ni es razon que soldado alguno atienda
A mas de aquello que á vencer conviene,
Ni entibie las ardientes voluntades
El amor de las casas y heredades.

»Así que, en esta guerra tan reñida
Quien pretende descanso, como digo,
Piense que no hay mas honra, hacienda y vida
De aquella que quitare al enemigo:
Que la virtud del brazo conocida
Será el rescate y verdadero amigo,
Pues no ha de haber partido ni concierto,
Sino solo matar ó quedar muerto.»

Oido allí por los caciques esto,
Muchos suspensos sin hablar quedaron,
Y algunos dellos con turbado gesto
Enarcando las cejas se miraron;
Pero rompiendo aquel silencio puesto,
Sobre ello un rato dieron y tomaron,
Hallando en su favor tantas razones
Que se llevó tras sí las opiniones.

Así el valiente Ongolmo no esperando
Que otro en tal ocasion le precediese,
Aprueba á voces la demanda, instando
En que por obra luego se pusiese;
Siguió este parecer Purén, jurando
De no entrar en poblado hasta que viese
Sin medio ni concierto, á fuerza pura
Su patria en libertad y paz segura.

Lincoya y Caniomangue pues no fueron
En jurar el decreto perezosos:
Que aun mas de lo posible prometieron,
Segun eran gallardos y animosos;
También Rengo y Gualemo se ofrecieron,
Y los demás caciques orgullosos
Talcaguán, Lemolemo y Orompello,
Hasta el buen Colocolo vino en ello.

Resueltos pues en esto, y decretado
Segun que aquí lo habemos referido,
Tucapelo, que á todo habia callado
Con gran sosiego y con atento oido,
Despues del alboroto sosegado,
Y aquel arduo negocio difinido,
Puesto en pié, levantó la voz ardiente,
Que jamás hablar pudo blandamente,

Diciendo: «Capitanes, yo el primero
En lo que el general propone vengo,
Por parecerme justo, y así quiero
Que se abrase y asuele cuanto tengo:
En lo demás al brazo me refiero,
Que si un mes en su fuerza le sostengo,
Pienso escoger después á mi contento
El mayor y mejor repartimiento.

»Y si algun miserable no concede
Lo que tan justamente le es pedido,
Por enemigo de la patria quede,
Y del militar orden escluïdo:
Que ya por nuestra parte no se puede
Venir á ningun medio ni partido,
Sin dejar de perder; pues la contienda
Es sobre nuestra libertad y hacienda.

»Así que, yo también determinado
De seguir vuestros votos y opiniones,
Aunque parece en tiempo tan turbado,
Que muevo nuevas causas y cuestiones,
Del natural honor estimulado,
Y por otras legítimas razones,
No puedo ya dejar por ningun arte
De echar del todo un gran negocio aparte.

»Ya tendreis en memoria el desafío
Que Rengo y yo tenemos aplazado,
Asimismo el que tuve con su tío,
Que quiso mas morir desesperado:
Viendo el gran deshonor y agravio mio,
Y cuánto á mi pesar se ha dilatado,
Quiero sin esperar á mas rodeo
Cumplir la obligacion y mi deseo.

»Que asaz gloria y honor Rengo ha ganado
Entre todas las gentes, pues se trata
Que conmigo ha de entrar en estacado,
Y así vanaglorioso lo dilata;
Mas yo de tanta dilacion cansado,
Pues que cada ocasion lo desbarata,
Pido que nuestro campo se fenezca,
Que no es bien que mi crédito padezca.

»Pues ya Peteguelén, viejo imprudente
Con apariencia de ánimo engañosa
A morir se arrojó entre tanta gente,
Por parecerle muerte mas piadosa;
Y así se me escapó mañosamente,
Que fué puro temor y no otra cosa,
Pues si ambicion de gloria le moviera,
De mi brazo la muerte pretendiera.

»También Rengo de industria cauteloso
Anda en los enemigos muy metido,
Buscando algun estorbo ó modo honroso
Que le escuse cumplir lo prometido;
Y debajo de muestra de animoso
Procura de quedar manco ó tullido,
Y para combatir no habilitado,
Glorioso con me haber desafiado.»

Así hablaba el bárbaro arrogante,
Cuando el airado Rengo, echando fuego,
Sin guardar atencion, se hizo adelante
Diciendo: «La batalla quiero luego,
Que ni tu muestra y fanfarron semblante
Me puede á mí causar desasosiego:
Las armas lo dirán y no razones,
Que son de jactanciosos baladrones.»

Arremetiera Tucapel, si en esto
Caupolicán, que á tiempo se previno,
Con presta diligencia en medio puesto,
La voz no le atajara y el camino;
Y con severa muestra y grave gesto
Reprehendiendo el loco desatino,
Por rematar entre ellos la porfía
Concedió á Tucapel lo que pedia.

Pues el campo y el plazo señalado,
Que fué para de aquel en cuatro dias,
Nacieron en el pueblo alborozado
Sobre el dudoso fin muchas porfías:
Quién apostaba ropa, quién ganado,
Quién tierras de labor, quién granjerías;
Algunos que ganar no deseaban
Las usadas mujeres apostaban.

Cercaron una plaza de tablones
En un exento y descubierto llano,
Donde los dos indómitos varones
Armados combatiesen mano á mano,
Publicando en pregon las condiciones
Por el estilo y término araucano,
Para que á todos manifiesto fuese,
Y ninguno ignorancia pretendiese.

Llegado el plazo, al despuntar del dia
Con gran gozo de muchos esperado,
Luego la bulliciosa compañía
Comenzó á rodear el estacado:
Era tal el aprieto que no habia
Arbol, pared, ventana ni tejado
De donde descubrirse algo pudiese,
Que cubierto de gente no estuviese.

El sol algo encendido y perezoso,
Apenas del oriente habia salido,
Cuando por una parte el animoso
Tucapel asomó con gran ruïdo;
Por otra pues no menos orgulloso
Al mismo tiempo aparecer se vido
Al fantástico Rengo muy gallardo,
Ambos con fiera muestra y paso tardo.

Las robustas personas adornadas
De fuertes petos, dobles, relevados,
Escarcelas, brazales y celadas,
Hasta el empeine de los piés armados;
Mazas cortas de acero barreadas,
Gruesos escudos de metal herrados,
Y al lado izquierdo cada cual ceñido
Un corvo y ancho alfanje guarnecido.

Tenia, señor, la plaza á cada parte
Puertas como palenque de torneo,
Por las cuales el uno y otro Marte
Entran en ancho círculo y rodeo:
Después que con vistoso y gentil arte
Su término acabaron y paseo,
Airoso cada cual quedó á su lado
Dentro de la gran plaza y estacado.

Hecho por los padrinos el oficio
Cual se requiere en actos semejantes,
Quitando todo escrúpulo y indicio
De ventaja y cautelas importantes,
Cesó luego el estrépito y bullicio
En todos los atentos circunstantes,
Oyendo el son de la trompeta en esto,
Que robó la color de mas de un gesto.

Luego los dos famosos combatientes,
Que la tarda señal solo atendian,
Con bizarros y airosos continentes
En paso igual á combatir movian;
Y descargando á un tiempo los valientes
Brazos, de tales golpes se herian,
Que estuvo cada cual por una pieza
Sobre el pecho inclinada la cabeza.

Redoblan los segundos, de manera
Que aunque fueron pasados los primeros,
Si tal reparo y prevencion no hubiera
No llegara el combate á los terceros.
¿Quién por estilo igual decir pudiera
El furor destos bárbaros guerreros,
Viendo el valor del mundo en ellos junto,
Y la encendida cólera en su punto?

Fué de tal golpe Tucapel cargado
Sobre el escudo en medio de la frente,
Que quedó por un rato embelesado,
Suspensos los sentidos y la mente;
Llegó Rengo con otro apresurado,
Pero salió el efecto diferente,
Que el estruendo del golpe y dolor fiero
Le despertó del sueño del primero.

Serpiente no se vió tan venenoso
Defendiendo á los hijos en su nido,
Como el airado bárbaro furioso,
Mas del honor que del dolor sentido:
Así, fuera de término rabioso
De soberbia diabólica movido,
Sobre el gallardo Rengo fué en un punto
Descargando la rabia y maza junto.

Salióle al fiero Rengo favorable
Aquel furor y acelerado brio,
Que la ferrada maza irreparable
El grueso estremo descargó en vacío:
Fué el golpe aunque furioso tolerable,
Quitándole la fuerza el desvarío,
Que á cogerle de lleno yo creyera,
Que con él el combate feneciera.

Mas aunque fué al soslayo, el araucano
Se fué un poco al través desvaneciendo,
Al fin puso en el suelo la una mano,
Sostener la gran carga no pudiendo;
Pero viendo el peligro no liviano,
Sobre el fuerte contrario revolviendo,
Con su desenvoltura y maza presta
Le vuelve aun mas pesada la respuesta.

Era cosa admirable la fiereza
De los dos en valor al mundo raros,
La providencia, el arte, la destreza,
Las entradas, heridas y reparos,
Tanto, que temo ya de mi torpeza
No poder por sus términos contaros
La mas reñida y singular batalla
Que en relacion de bárbaros se halla.

Así el fiero combate igual andaba,
Y el golpear de un lado y de otro espeso,
Que el mas templado golpe no dejaba
De magullar la carne ó romper hueso:
El aire cerca y lejos retumbaba
Lleno de estruendo y de un aliento grueso,
Que era tanto el rumor y batería,
Que un ejército grande parecia.

Dió el fuerte Rengo un golpe á Tucapelo
Batiéndole de suerte la celada,
Que vió lleno de estrellas todo el suelo,
Y la cabeza le quedó atronada;
Pero en sí vuelto blasfemando al cielo,
Con aquella pujanza aventajada
Hirió tan presto á Rengo al desviarse,
Que no tuvo lugar de repararse.

Cayó el pesado golpe en descubierto
Cargando á Rengo tanto la cabeza,
Que todos le tuvieron ya por muerto,
Y estuvo adormecido una gran pieza;
Mas del peligro y del dolor despierto
La abollada celada se endereza,
Y sobre Tucapel furioso aguija,
Que la maza rompió por la manija.

Mas viéndole sin maza en esta guerra,
Que en dos trozos saltó lejos quebrada,
La suya con desprecio arroja en tierra
Poniendo mano á la fornida espada:
En esto Tucapel otra vez cierra,
La suya fuera en alto levantada;
Mas Rengo, hurtando el cuerpo á la una mano,
Hizo que descargase el golpe en vano.

Llegó el cuchillo al suelo, y gran pedazo,
Aunque era duro, en él quedó enterrado,
Y en este impedimento y embarazo
Fué Tucapel herido por un lado;
De suerte que el siniestro guardabrazo
Con la carne al través cayó cortado,
Y procurando segundar no pudo,
Que vió calar el gran cuchillo agudo.

Debajo del escudo recogido
Rengo el desaforado golpe espera,
El cual fué en dos pedazos dividido
Con la cresta de acero y la mollera:
El bárbaro quedó desvanecido,
Y por poco en el suelo se tendiera,
Mas el esfuerzo raro y ardimiento
Venció al grave dolor y desatiento.

No por esto medroso se retira:
Antes hacer cruda venganza piensa,
Y así lleno de rabia, ardiendo en ira
Acrecentada por la nueva ofensa,
Furioso de revés un golpe tira
Con la estrema pujanza y fuerza inmensa,
Que á no topar tan fuerte la armadura
Le dividiera en dos por la cintura.

Metióse tan adentro, que no pudo
Salir del enemigo ya vecino,
Por lo cual arrojando el roto escudo
Valerse de los brazos le convino:
Tucapel, que robusto era y membrudo,
Al mismo tiempo le salió al camino,
Echándole los suyos de manera
Que un grueso y duro roble deshiciera.

Pero topó con Rengo, que ninguno
Le llevaba ventaja en la braveza,
De diez, de seis, de dos él era el uno
De mas agilidad y fortaleza:
Llegados á las presas, cada uno
Con viva fuerza y con igual destreza,
Tientan y buscan de una y de otra parte
El modo de vencer la industria y arte.

Así que, pecho á pecho forcejando
Andaban con furioso movimiento,
Tanto los duros brazos añudando
Que apenas recibir pueden aliento;
Y al arte nuevas fuerzas ayuntando
Aspira cada cual al vencimiento,
Procurando por fuerza, como digo,
De poner en el suelo al enemigo.

Era cierto espectáculo espantoso
Verlos tan recia y duramente asidos,
Llenos de sangre y de un sudor copioso,
Los rostros y los ojos encendidos,
El aliento ya grueso y presuroso,
El forcejar, gemir y los ronquidos,
Sin descansar un punto en todo el dia,
Ni haber ventaja alguna ó mejoría.

Mas Tucapel ardiendo en viva saña,
Teniéndose por flojo y afrentado,
Ara y revuelve toda la campaña
Cargando recio deste y de aquel lado:
Rengo, con gran destreza y cauta maña
Recogido en su fuerza y reportado,
Su opinion y propósito sostiene,
Y en igual esperanza se mantiene.

Viendo pues al contrario algo metido
Le quiso rebatir el pié derecho;
Mas Tucapel á tiempo recogido
Lo suspende de tierra sobre el pecho;
Y entre los duros músculos ceñido
Le estremece, sacude y tiene estrecho,
Tanto que con el recio apretamiento
No le deja tomar tierra ni aliento.

Creyendo de aquel modo fácilmente
Dar fin al hecho y rematar la guerra,
Rengo que era diestrísimo y valiente
Hizo con fuerza pié cobrando tierra;
Y de rabiosa cólera impaciente
De un fuerte rodeon se desafierra,
Llevándose en las manos apretado
Cuanto en la dura presa habia agarrado.

Fué Tucapel un rato descompuesto
Dando al un lado y otro zancadillas,
Y Rengo de la fuerza que habia puesto
Hincó en el suelo entrambas las rodillas:
Ambos corrieron á las armas presto
Rajando los escudos en astillas,
Con tempestad de golpes presurosos,
Mas fuertes que al principio y mas furiosos.

Estaban los presentes admirados
De aquel duro teson y valentía,
Viéndolos en mil partes ya llagados,
Y la sangre que el suelo humedecia,
Los arneses y escudos destrozados,
Y que ningun partido y medio habia,
Sino solo quedar el uno muerto,
Aunque morir los dos era mas cierto.

Dió Rengo á Tucapel una herida
Cogiéndole al soslayo la rodela,
Que aunque de gruesos cercos guarnecida
Entró como si fuera blanda suela:
No quedó allí la espada detenida,
Que gran parte cortó de la escarcela,
Y un doble zaragüel de ñudo grueso
Penetrando la carne hasta el hueso.

No se vió corazon tan sosegado
Que no diese en el pecho algun latido,
Viendo la horrenda muestra y rostro airado
Del impaciente bárbaro ofendido,
Que el roto escudo lejos arrojado,
De un furor infernal ya poseido,
De suerte alzó la espada, que yo os juro
Que nadie allí pensó quedar seguro.

¡Guarte, Rengo, que baja, aguarda, aguarda,
Con gran rigor y furia acelerada
El golpe de la mano mas gallarda
Que jamás gobernó bárbara espada!
Mas quien el fin deste combate aguarda
Me perdone, si dejo destroncada
La historia en este punto, porque creo
Que así me esperará con gran deseo.

CANTO XXX.

Contiene este canto el fin que tuvo el combate de Tucapel y Rengo; asimismo lo que Pran araucano pasó con el indio Andresillo, yanacona de los españoles.

Cualquiera desafío es reprobado
Por ley divina y natural derecho,
Cuando no va el designio enderezado
Al bien comun y universal provecho;
Y no por causa propia y fin privado,
Mas por autoridad pública hecho,
Que es la que en los combates y estacadas
Justifica las armas condenadas.

Muchos querrán decir que el desafío
Es de derecho y de costumbre usada,
Pues con el ser del hombre y albedrío
Juntamente la ira fué criada;
Pero sujeta al freno y señorío
De la razon, á quien encomendada
Quedó para que así la corrigiese,
Que los términos justos no escediese.

Y el profeta nos da por documento,
Que en ocasion y á tiempo nos airemos;
Pero con tal templanza y regimiento,
Que de la raya y punto no pasemos:
Pues, dejados llevar del movimiento
El ser y la razon de hombres perdemos,
Y es visto que difieren en muy poco
El hombre airado y el furioso loco.

Y aunque se diga y es verdad que sea
Impetu natural el que nos lleva,
Y por la alteracion de ira se vea
Que á combatir la voluntad se mueva,
La ejecucion, el acto, la pelea
Es lo que se condena y se reprueba,
Cuando aquella pasion que nos induce
Al yugo de razon no se reduce.

Por donde claramente, si se mira,
Parece como parte conveniente
Ser en el hombre natural la ira,
En cuanto á la razon fuere obediente;
Y en la causa comun puesta la mira,
Puede con tal campion el combatiente
Usar della en el tiempo necesario,
Como contra legítimo adversario.

Mas si es el combatir por gallardía,
O por jatancia vana ó alabanza,
O por mostrar la fuerza y valentía,
O por rencor, por odio, ó por venganza,
Si es por declaracion de la porfía
Remitiendo á las armas la probanza,
Es el combate injusto, es prohibido,
Aunque esté en la costumbre recibido.

Tenemos hoy la prueba aquí en la mano
De Rengo y Tucapel, que peleando
Por solo presuncion y orgullo vano
Como fieras se están despedazando,
Y con protervia y ánimo inhumano
De llegarse á la muerte trabajando,
Estaban ya los dos tan cerca de ella,
Cuanto lejos de justa su querella.

Digo que los combates aunque usados,
Por corrupcion del tiempo introducidos,
Son de todas las leyes condenados
Y en razon militar no permitidos,
Salvo en algunos casos reservados,
Que serán á su tiempo referidos:
Materia á los soldados importante,
Segun que lo veremos adelante.

Déjolo aquí indeciso, porque viendo
El brazo en alto á Tucapel alzado,
Me culpo, me castigo y reprehendo
De haberlo tanto tiempo así dejado;
Pero á la historia y narracion volviendo
Me oistes ya gritar á Rengo airado
Que bajaba sobre él la fiera espada
Por el gallardo brazo gobernada.

El cual viéndose junto, y que no pudo
Huir del grave golpe la caída,
Alzó con ambas manos el escudo,
La persona debajo recogida:
No se detuvo en él el filo agudo,
Ni bastó la celada aunque fornida,
Que todo lo cortó, y llegó á la frente,
Abriendo una abundante y roja fuente.

Quedó por grande rato adormecido,
Y en pié difícilmente se detuvo,
Que del recio dolor desvanecido
Fuera de acuerdo vacilando anduvo:
Pero volviendo á tiempo en su sentido,
Visto el último término en que estuvo;
De manera cerró con Tucapelo,
Que estuvo en punto de batirle al suelo.

Hallóle tan vecino y descompuesto,
Que por poco le hubiera trabucado,
Que de la gran pujanza que habia puesto
Anduvo de los piés desbaratado;
Pero volviendo á recobrarse presto
Viéndose del contrario así aferrado,
Le echó los fuertes y ñudosos brazos,
Pensando deshacerle en mil pedazos.

Y con aquella fuerza sin medida
Le suspende, sacude y le rodea;
Mas Rengo la persona recogida
La suya á tiempo y la destreza emplea:
No la falta de sangre allí vertida,
Ni el largo y gran teson en la pelea
Les menguaba la fuerza y ardimiento,
Antes iba el furor en crecimiento.

En esto Rengo, á tiempo el pié trocado,
Del firme Tucapel ciñó el derecho,
Y entre los duros brazos apretado
Cargó sobre él con fuerza el duro pecho:
Fué tanto el forcejar, que ambos de lado
Sin poderlo escusar, á su despecho
Dieron á un tiempo en tierra, de manera
Como si un muro ó torreon cayera.

Pero con rabia nueva y mayor fuego
Comienzan por el campo á revolcarse,
Y con puños de tierra á un tiempo luego
Procuran y trabajan por cegarse:
Tanto que al fin el uno y otro ciego
No pudiendo del hierro aprovecharse,
Con las agudas uñas y los dientes
Se muerden y apedazan impacientes.

Así fieros, sangrientos y furiosos,
Cuál ya debajo, cuál ya encima andaban,
Y los roncos aceros presurosos
Del apretado pecho resonaban;
Mas no por esto un punto vigorosos
En la rabia y el ímpetu aflojaban,
Mostrando en el teson y larga prueba
Criar aliento nuevo y fuerza nueva.

Eran pasadas ya tres horas, cuando
Los dos campiones de valor iguales,
En la creciente furia declinando
Dieron muestra y señal de ser mortales:
Que las últimas fuerzas apurando
Sin poderse vencer, quedaron tales,
Que ya en parte ninguna se movian,
Y mas muertos que vivos parecian.

Estaban par á par desacordados,
Faltos de sangre, de vigor y aliento,
Los pechos garleando levantados,
Llenos de polvo y de sudor sangriento,
Los brazos y los piés enclavijados,
Sin muestra ni señal de sentimiento,
Aunque de Tucapel pudo notarse
Haber mas porfiado á levantarse.

La pierna diestra y diestro brazo echado
Sobre el contrario á la sazon tenia,
Lo cual de sus amigos fué juzgado
Ser notoria ventaja y mejoría;
Y aunque esto es hoy de muchos disputado
Ninguno de los dos se rebullia,
Mostrando ambos de vivos solamente
El ronco acento y corazon latiente.

El gran Caupolicano, que asistiendo
Como jüez de la batalla estaba,
El grave caso y pérdida sintiendo
Apriesa en la estacada plaza entraba:
El cual sin detenerse un punto viendo
Que alguna sangre y vida les quedaba,
Los hizo levantar en dos tablones
A doce los mas ínclitos varones.

Y siguiendo detrás con todo el resto
De la nobleza y gente mas preciada,
Fué con honra solene y pompa puesto
Cada cual en su tienda señalada:
Donde acudiendo á los remedios presto,
Y la sangre con tiempo restañada,
La cura fué de suerte que la vida
Les fué en breve sazon restituïda.

Pasado el punto y término temido,
Iban los dos á un tiempo mejorando,
Aunque del casco Tucapel sentido
No dejaba curarse braveando;
Pero el prudente general sufrido
Con blandura la cólera templando,
Así de poco en poco le redujo,
Que á la razon doméstico le trujo.

Quedó entre ellos la paz establecida,
Y con solemnidad capitulado
Que en todo lo restante de la vida
No se tratase mas de lo pasado;
Ni por cosa de nuevo sucedida
En público lugar ni reservado
Pudiesen combatir ni armar cuestiones,
Ni atravesarse en dichos ni en razones.

Mas siempre como amigos generosos
En todas ocasiones se tratasen,
Y en los casos y trances peligrosos
Se acudiesen á tiempo y ayudasen.
Contenidos así los dos famosos,
Porque mas los conciertos se afirmasen,
Comieron y bebieron juntamente
Con grande aplauso y fiesta de la gente.

Dejarélos aquí desta manera
En su conformidad y ayuntamiento,
Que mé importa volver á la ribera
Del rio, que muda nombre en cada asiento:
Pues ha mucho que falto y ando fuera
De nuestro molestado alojamiento,
Para decir el punto en que se halla
Después del trance y última batalla.

Luego que la victoria conseguimos
Con mas pérdida y daño que ganancia,
Al fuerte á mas andar nos recogimos,
Que estaba del lugar larga distancia;
Y aunque poco después, señor, tuvimos
Otros muchos rencuentros de importancia
No sin costa de sangre y gran trabajo,
Iré por no cansaros al atajo.

Y pasando en silencio otra batalla
Sangrienta de ambas partes y reñida,
Que aunque por no ser largo aquí se calla,
Será de otro escritor encarecida;
Vista de municion y vitüalla
La plaza por dos meses bastecida,
Pareció por entonces provechoso
Dejar por capitán allí á Reinoso.

Que las demás ciudades trabajadas
De las pasadas guerras nos llamaban,
Y las leyes sin fuerza arrinconadas,
Aunque mudas, de lejos voceaban:
Las cosas de su asiento desquiciadas,
Todos sin gobernar se gobernaban,
Estando de perderse el reino á canto
Por falta de gobierno, habiendo tanto.

Mas viendo la comarca tan poblada,
Fértil de todas cosas y abundante,
Para fundar un pueblo aparejada,
Y el sitio á la sazon muy importante,
Quedó primero la ciudad trazada,
De la cual hablaremos adelante,
Que aunque de buen principio y fundamento
Mudó después el nombre y el asiento.

Dejando pues en guarda de la tierra
Los mas diestros y plàticos soldados,
En orden de batalla y son de guerra
Rompimos por los términos vedados;
Y atravesando de Purén la sierra
De la hambre y las armas fatigados,
A la Imperial llegamos salvamente,
Donde hospedada fué toda la gente.

Puso el gobernador luego en llegando
En libertad las leyes oprimidas,
La justicia y costumbres reformando
Por los turbados tiempos corrompidas;
Y el esceso y desórdenes quitando
De la nueva codicia introducidas,
En todo lo demás por buen camino
Dió la traza y asiento que convino.

No habiamos aun los cuerpos satisfecho
Del sueño y hambre mísera transida,
Cuando tuvimos nueva que de hecho
Toda la tierra en torno removida,
Rota la tregua y el contrato hecho,
Viendo así nuestra fuerza dividida,
Ayuntaban la suya con motivo
De no dejar presidio ni hombre vivo.

Luego pues hasta treinta apercibidos
De los que mas en orden nos hallamos,
Por la espesura de Tirú metidos
La barrancosa tierra atravesamos;
Y los tomados pasos desmentidos,
No con pocos rebatos arribamos
Sin parar ni dormir noche ni dia
Al presidio español y compañía.

Donde ya nuestra gente habia tenido
Nueva del trato y tierra rebelada,
Que por estraño caso acontecido
De la junta y designio fué avisada;
Y habiendo alegremente agradecido
El socorro y ayuda no pensada,
Nos dió del caso relacion entera,
El cual pasa, señor, desta manera.

El araucano ejército entendiendo
Que su próspera suerte declinaba,
Y que Caupolicán iba perdiendo
La gran figura en que primero estaba:
En secretos concilios discurriendo,
Del capitán ya odioso murmuraba,
Diciendo que la guerra iba á lo largo
Por conservar la dignidad del cargo.

No con tan suelta voz y atrevimiento,
Que el mas libre y osado no temiese
Y del menor edicto y mandamiento
Cuanto una sola mínima escediese:
Que era tanto el castigo y escarmiento
Que no se vió jamás quien se atreviese
A reprobar el orden por él dado,
Segun era temido y respetado.

Pero temiendo al fin como prudente
El revolver del hado incontrastable,
Y la poca obediencia de su gente
Viéndole ya en estado miserable;
Que la buena fortuna fácilmente
Lleva siempre tras sí la fe mudable,
Y un mal suceso y otro cada dia
La mas ardiente devocion resfria:

Quiso dando otro tiento á la fortuna,
Que del todo con él se declarase,
Y no dejar remedio y cosa alguna
Que para su descargo no intentase:
Entre muchas al fin resuelto en una
Antes que su intencion comunicase,
Con la presteza y orden que convino
De municiones y armas se previno.

No dando pues lugar con la tardanza
A que el miedo el peligro examinase,
Y algun suceso y súbita mudanza
Los ánimos del todo resfriase,
Con animosa muestra y confianza
Mandó que de la gente se aprestase
Al tiempo y hora del silencio mudo,
El mas copioso ejército que pudo.

Hizo una larga plática al senado,
En la cual resolvió que convenia
Dar el asalto al fuerte, por el lado
De la posta de Ongolmo al mediodía:
Que de cierto espion era avisado
Cómo la gente que en defensa habia,
Demas de estar segura y descuidada,
Era poca, bisoña y desarmada.

Que el capitán ausente habia llevado
La plática en la guerra y escogida,
De no volver atras determinado,
Hasta dejar la tierra reducida;
Y en las nuevas conquistas ocupado
Sin poder ser la plaza socorrida,
En breve por asalto fácilmente
Podian entrarla y degollar la gente.

Fué tan grave y severo en sus razones,
Y tal la autoridad de su presencia,
Que se llevó los votos y opiniones
En gran conformidad sin diferencia,
Y con ánimo y firmes intenciones
Le juraron de nuevo la obediencia,
Y de seguir, hasta morir de veras,
En entrambas fortunas sus banderas.

Luego Caupolicano resoluto
Habló con Pran, soldado artificioso,
Simple en la muestra, en el aspecto bruto,
Pero agudo, sutil y cauteloso,
Prevenido, sagaz, mañoso, astuto,
Falso, disimulado, malicioso,
Lenguaz, ladino, prático, discreto,
Cauto, pronto, solícito y secreto.

El cual, en puridad bien instruído
En lo que el árduo caso requeria,
De pobre ropa y parecer vestido,
Del presidio español tomó la via;
Y fingiendo ser indio foragido
Se entró por la cristiana rancheria
Entre los indios mozos de servicio,
Dando en la simple muestra dello indicio.

Debajo de la cual miraba atento
Sin mostrar atencion lo que pasaba
Y con disimulado advertimiento
Los ocultos designios penetraba:
Tal vez entrando en el guardado asiento
En la figura rústica notaba
La gente, armas, el orden, sitio y traza,
Lo mas fuerte y lo flaco de la plaza.

Por otra parte oyendo y preguntando
A las personas menos recatadas
Iba mañosamente escudriñando
Los secretos y cosas reservadas;
Y aquí y allí los ánimos tentando,
Buscaba con razones disfrazadas
Vaso capaz y suficiente seno
Donde vaciar pudiese el pecho lleno.

Tentando pues los vados y el camino
Por donde el trato fuese mas cubierto,
De tiento en tiento y lance en lance vino
A dar consigo en peligroso puerto:
Que engañado de un bárbaro ladino
Andresillo llamado, de concierto
Salieron juntos á buscar comida,
Cosa á los yanaconas permitida.

Y con dobles y equívocas razones
Que Pran á su propósito traia,
Vino el otro á decir las vejaciones
Que el araucano estado padecia:
Los insultos, agravios, sinrazones,
Las muertes, robos, fuerza y tirania,
Trayendo á la memoria lastimada
El bien perdido y libertad pasada.

Visto el crédulo Pran que habia salido
Tan presto el falso amigo á la parada,
Hallando voluntad y grato oido,
Y el tiempo y la ocasion aparejada,
De la engañosa muestra persuadido
El disfrace y la máscara quitada,
Abrió el secreto pecho y echó fuera
Le encubierta intencion desta manera,

Diciéndole: «Si sientes ¡oh soldado!
La pérdida de Arauco lamentable,
Y el infelice término y estado
De nuestra opresa patria miserable,
Hoy la fortuna y poderoso hado
Mostrándonos el rostro favorable,
Ponen solo en tu mano libremente
La vida y salvacion de tanta gente.

»Que el gran Caupolicano, que en la tierra
Nunca ha sufrido igual, ni competencia,
Y en paz ociosa y en sangrienta guerra
Tiene el primer lugar y la obediencia,
Quiere, viendo el valor que en tí se encierra,
Tu industria grande y grande suficiencia,
Fiar en ocasion tan oportuna
El estado comun de tu fortuna.

»Y que á tí como á causa se atribuya
El principio y el fin de tan gran hecho,
Siendo toda la gloria y honra tuya,
Tuya la autoridad, tuyo el provecho:
Sola una cosa quiere que sea suya,
Con la cual queda ufano y satisfecho,
Que es haber elegido tal sujeto
Para tan grande y importante efeto.

»Pués á tí libremente cometido
Puede suceso próspero esperarse,
Y á tu dichosa y buena suerte asido
Quiere llevado della aventurarse;
Y así en figura humilde revestido,
Porque de mí no puedan recatarse,
Vengo cual ves, para que deste modo
Te dé yo parte dello y seas el todo.

»Haciéndote saber cómo querria,
Si no es de algun oculto inconveniente,
Dar el asalto al fuerte al mediodía
Con furia grande y número de gente;
Por haberle avisado cierta espía
Que en aquella sazon seguramente
Descansan en sus lechos los soldados
De la molesta noche trabajados.

»Y sin recato la ferrada puerta,
No siendo á nadie entonces reservada,
Franca de par en par siempre está abierta,
Y la gente durmiendo descuidada:
La cual de salto fácilmente muerta
Y la plaza después desmantelada,
En la region antártica no queda
Quien resistir nuestra pujanza pueda.

»Así que, de tu ayuda confiado,
Que todo se lo allana y asegura,
Cerca de aquí tres leguas ha llegado
Cubierto de la noche y sombra escura:
Adonde de su ejército apartado
Debajo de palabra y fe segura
Quiere comunicar solo contigo
Lo que sumariamente aquí te digo.

»Ensancha, ensancha el pecho, que si quieres
Gozar desta ventura prometida,
Demás del grande honor que consiguieres
Siendo por tí la patria redimida,
Solo á tí deberás lo que tuvieres,
Y á tí te deberán todos la vida,
Siendo siempre de nos reconocido
Haberla de tu mano recibido.

»Mira pues lo que desto te parece;
Conoce el tiempo y la ocasion dichosa;
No seas ingrato al cielo que te ofrece
Por solo que la acetes tan gran cosa;
Da la mano á tu patria, que perece
En dura servidumbre vergonzosa,
Y pide aquello que pedir se puede,
Que todo desde aquí se te concede.»

Dió fin con esto á su razon atento
Al semblante del indio sosegado,
Que sin alteracion y movimiento
Hasta acabar la plática habia estado:
El cual con rostro y parecer contento,
Aunque con pecho y ánimo doblado,
A las ofertas y razon propuesta
Dió sin mas detenerse esta respuesta:

«¡Quién pudiera aquí dar bastante indicio
De mi intrínseco gozo y alegría,
De ver que está en mi mano el beneficio
De la cara y amada patria mia!
Que ni riqueza, honor, cargo ni oficio,
Ni el gobierno del mundo y monarquía
Podrán tanto conmigo en este hecho,
Cuanto el comun y general provecho.

»Que sufrir no se puede la insolencia
Desta ambiciosa gente desfrenada,
Ni el disoluto imperio y la violencia
Con que la libertad tiene usurpada:
Por lo cual la divina Providencia
Tiene ya la sentencia declarada,
Y el ejemplar castigo merecido
Al araucano brazo cometido.

»Vuelve á Caupolicán, y de mi parte
Mi pronta voluntad le ofrece cierta,
Que cuanto en esto quieras alargarte,
Te sacaré yo á salvo de la oferta;
Y mañana sin duda, por la parte
De la inculta marina mas desierta,
Seré con él, do trataremos largo
Desto que desde aquí tomo á mi cargo.

»Por la sospecha que nacer podria,
Será bien que los dos nos apartemos,
Y deshecha por hoy la compañía
Adonde nos aguardan arribemos:
Que mañana despacio al mediodía
Con mayor libertad nos hablaremos,
Y de mí quedarás mas satisfecho:
Adios, que es tarde; adios, que es largo el trecho.

Así luego partieron el camino,
Llevándole diverso y diferente,
Que el uno al araucano campo vino,
Y el otro adonde estaba nuestra gente:
El cual con gozo y ánimo malino
Hablando al capitán secretamente
Le dijo punto á punto todo cuanto
Oirá quien escuchare el otro canto.

CANTO XXXI.

Cuenta Andresillo á Reinoso lo que con Pran dejaba concertado; habla con Caupolicán cautelosamente, el cual engañado viene sobre el fuerte, pensando hallar á los españoles durmiendo.

La mas fea maldad y condenada,
Que mas ofende la bondad divina,
Es la traicion sobre amistad forjada,
Que al cielo, tierra y al infierno indina:
Que aunque el señor de la traicion se agrada,
Quiere mal al traidor, y le abomina;
Tal es este nefario maleficio,
Que indigna al que recibe el beneficio.

Raras veces vereis que el aleyoso
En estado seguro permanece;
De nadie amado, á todo el mundo odioso,
Que el mismo interesado le aborrece:
Amigo en todo tiempo sospechoso,
Aunque trate verdad no lo parece,
Y al cabo no se escapa del castigo
Que la misma maldad lleva consigo.

Si en ley de guerra es pérfido el que ofende
Debajo de seguro al enemigo,
¿Qué será aquel que al enemigo vende
La libertad y sangre del amigo,
Y que él con rostro de leal pretende
Ser traidor á su patria como digo,
Poniéndole con odio y rabia tanta
El agudo cuchillo á la garganta?

Guardarse puede el sabio recatado
Del público enemigo conocido,
Del perverso, insolente, del malvado,
Pero no del traidor nunca ofendido,
Que en hábito de amigo disfrazado,
El desnudo puñal lleva escondido:
No hay contra el desleal seguro puerto,
Ni enemigo mayor que el encubierto.

La prueba es Andresillo, que dejaba
Al amigo engañado y satisfecho,
El cual con la gran priesa que llevaba
En poco espacio atravesó gran trecho;
Y puesto ante Reinoso, el cual estaba
Seguro y descuidado de aquel hecho,
Preciándose el traidor de su malicia,
Della y de la traicion le dió noticia,

Diciéndole: «Sabrás que usando el hado
Hoy de piadoso término contigo,
Las cosas de manera ha rodeado
Que puedo serte provechoso amigo:
Pues en mi voluntad libre ha dejado
La muerte ó salvacion de tu enemigo,
Remitiendo á las manos de Andresillo
La arbitraria sentencia y el cuchillo.

»Mas negando la deuda y fe debida
A mi tierra y nacion por tu respeto,
Quiero, señor, sacrificar la vida
Por escapar la tuya deste aprieto;
Y en contra de mi patria aborrecida
Volver las armas y áspero decreto,
Desvïando gran número de espadas
Que están á tu costado enderezadas.»

Tras esto allí le dijo todo cuanto
Con Pran le sucedió y habeis oido,
Que si me acuerdo en el pasado canto
Lo tengo largamente referido:
Quedó Reinoso atónito de espanto,
Y con ánimo y rostro agradecido
Los lazos amorosos le echó al cuello
Dándole encarecidas gracias dello.

Y alabando la astucia y artificio
Con que del trato doble usado habia,
Exageró el famoso y gran servicio
Que á todo el reino y cristiandad hacia,
Diciendo, que tan grande beneficio
Siempre en nuestra memoria duraria,
Y con honroso premio de presente
Seria remunerado largamente.

Quedaron pues de acuerdo que otro dia
Sin que noticia dello á nadie diese,
En el tiempo y lugar que puesto habia
Con el vecino capitán se viese,
Que de la vista y habla entenderia
Lo que mas al negocio conviniese,
Trayéndole por mañas y rodeo
Al esperado fin de su deseo.

Hízolo pues así; pero antes desto,
A la salida de un espeso valle,
Halló al amigo en centinela puesto
Esperándole ya para guialle,
Donde Caupolicán con ledo gesto
Saliendo algunos pasos á encontralle,
Adelantado un trecho de su gente
Le recibió amorosa y cortesmente,

Diciendo: «¡Oh capitán! hoy por el cielo
En esta dignidad constituido,
A quien la redencion del patrio suelo
Justa y méritamente ha cometido:
Bien sé que solo con honrado celo,
De virtud propria y de valor movido,
Aspiras arribar do ningun hombre
Tendrá puesto adelante mas su nombre.

»Y habiendo de tu pecho penetrado
El intento y designio valeroso,
De tu fortuna próspera guiado,
Que promete suceso venturoso,
Estoy resuelto, estoy determinado
Que con golpe de gente numeroso
Demos, siendo tú solo nuestra guia,
Sobre el fuerte español á mediodia.

»Para lo cual ha sido mi venida
Sorda y secretamente en esta parte,
Donde siendo tu boca la medida
Quiero del justo premio asegurarte:
Y ver si á ti esta empresa cometida
Quieres della y nosotros encargarte,
Dando como cabeza y dueño en todo
El orden, la instruccion, la traza y modo.

»Que demás de las honras, te aseguro
De parte del senado un señorío,
Y por el fuerte Eponamon te juro
Que esto será escogido á tu albedrío;
En tus manos me pongo y aventuro,
Y á tu buen parecer remito el mio,
Para que des el orden que convenga,
Y el esperado bien no se detenga.

»Pues con tu ayuda y mi esperanza cierta
Que me prometen próspera jornada,
En una parte oculta y encubierta
Tengo cerca de aquí mi gente armada;
Y antes que sea de algunos descubierta,
Y la plaza enemiga preparada,
Que es el peligro solo que esto tiene,
Apresurar la ejecucion conviene.

»Resuélvete, ó varon, y determina
Como de tí se espera brevemente,
Que detrás deste monte á la marina
Está el copioso ejército obediente;
Y porque puedas ver la disciplina,
Los ánimos, las armas y la gente,
Podrás llegar allá, que aquí te aguardo
Con esperanza y ánimo gallardo.»

El traidor pertinaz que atento estaba
A cuanto el general le prometia,
No la oferta, ni el premio le mudaba
De la fea maldad que cometia;
Bien que algun tanto tímido dudaba
Viendo de aquel varon la valentía,
El ser gallardo y el feroz semblante,
La proporcion y miembros de gigante.

Venia el robusto y grande cuerpo armado
De una fuerte coraza barreada,
Con un drago escamoso relevado
Sobre el alto creston de la celada;
En la derecha su baston ferrado,
Ceñida al lado una tajante espada,
Representando en talle y apostura
Del furibundo Marte la figura.

Visto por Andresillo cuán barato
Podia salir con el malvado hecho,
Teniendo en su traicion y doble trato
Andado en poco tiempo tanto trecho,
Con alegre semblante y rostro grato,
Aunque con doble y engañoso pecho,
Hincando ambas rodillas en el llano,
Tal respuesta volvió á Caupolicano:

«¡Oh gran Apó! No pienses que movido
Por honra, por riqueza ó por estado
A tus piés y obediencia soy venido
A servirte y morir determinado:
Que todo lo que aquí me has ofrecido,
Y lo que puede mas ser deseado
No me provoca tanto, ni me instiga,
Cuanto la gran razon que á ello me obliga.

»Gracias al cielo doy, pues mi esperanza
En tu prudencia y gravedad fundada,
La siento ya con próspera bonanza
Ir al derecho puerto encaminada;
Y porque no nos dañe la tardanza,
Será bien que apresures la jornada,
Siguiendo la fortuna que se muestra
Declarada en favor de parte nuestra.

»Que nuestros enemigos sin recelo,
A las armas de noche acostumbrados,
Cuando va el sol en la mitad del cielo
Descansan en sus toldos desarmados;
Y desnudos y echados por el suelo
En vino y dulce sueño sepultados
Pasan la ardiente siesta en gran reposo,
Hasta que el sol declina caluroso.

»Y si estás, como dices, prevenido,
Y la gente vecina en ordenanza,
Que goces luego la ocasion te pido,
No dejando pasar esta bonanza;
Que el tiempo es malo de cobrar perdido
Mayormente si daña la tardanza,
Y pues no te detiene cosa alguna,
No detengas tus hados y fortuna.

»Que á darte la victoria yo me obligo
No por el galardon que dello espero,
Que la virtud la paga trae consigo,
Y ella misma es el premio verdadero;
Basta lo que en servirte yo consigo,
Y así graciosamente me prefiero
De ponerte sin pérdida en la mano
La desnuda garganta del tirano.

»Mañana disfrazado al tiempo cuando
Vaya el sol en mitad de su jornada
Vendrá á mi estancia Pran, donde aguardando
Estaré su venida deseada;
Y en el presidio y franca plaza entrando,
Verá la gente entonces entregada
Al ordinario y descuidado sueño,
Sin prevencion y al parecer sin dueño.

»Esta noche callada y quietamente
Desviada á la izquierda del camino,
Venga á ponerse en escuadron la gente,
Una milla del fuerte y mas vecino;
Y cuando asome el sol por el oriente
Echada en recogido remolino,
Bajas las armas por la luz del dia,
Aguarde allí el aviso y orden mia.

»Quiero ver, pues que dello eres servido,
Por ir del todo alegre y satisfecho,
Tu dichoso escuadron constituido
Para tan alto y señalado hecho:
Por quien Arauco ya restituido
En sus primeras fuerzas y derecho,
Echada la española tiranía
Estenderá su nombre y monarquía.»

Quedó Caupolicano de manera
Que tuvo el trato y hecho por seguro,
Diciéndole razones que moviera
No un corazon movible, pero un muro;
Y en señal de firmeza verdadera
Le dió un lucido llauto de oro puro,
Y un grueso mazo de chaquira prima,
Cosa entre ellos tenida en grande estima.

Y del alegre Pran acompañado
Al pié de un alto cerro montüoso,
Vió el araucano ejército emboscado
De brava gente y número copioso.
Quedó el traidor de verlo algo turbado,
Y en la falsa y mudable fe dudoso:
Que en el ánimo vario y movedizo
Hace el temor lo que virtud no hizo.

Pero ya la maldad apoderada,
Dándole espuelas y ánimo bastante,
La duda atropelló representada,
Llevando el mal propósito adelante:
Y así encubriendo la intencion dañada
Con mentirosas muestras y semblante
Loó el traidor encarecidamente
El sitio, el orden, armas y la gente.

Y después de inquirir y haber notado
Lo que notar entonces convenia,
Visto el grande aparato, y tanteado
La gente armada y cantidad que habia,
Advertido de todo y enterado
Llegó al presidio al rematar del dia,
Adonde le esperaba ya Reinoso
De su larga tardanza sospechoso.

Hizo con singular advertimiento
De su jornada relacion copiosa,
Dándole mayor ánimo y aliento
Nuestra llegada á tiempo provechosa;
Que si estuvisteis á mi canto atento,
Por la montaña y costa montüosa
Al socorro llegué aquel mismo dia
Con los treinta que dije en compañía.

Gastóse aquella noche previniendo
Las armas é instrumentos militares,
El foso, muro y plaza requiriendo,
Señalando á la gente sus lugares:
Hasta que fué la aurora descubriendo
Con turbia luz los hondos valladares,
Dando triste señal del dia esperado
Por tanta sangre y muerte señalado.

Jamás se vió en los términos australes
Salir el sol tan tardo á su jornada,
Rehusando de dar á los mortales
La claridad y luz acostumbrada;
Al fin salió cercado de señales,
Y la luna delante dél menguada,
Vuelto el mudable y blanco rostro al cielo,
Por no mirar al araucano suelo.

Hecha la prevencion en confianza
Por una y otra parte ocultamente,
Con iguales designios y esperanza
Aunque con hado y suerte diferente:
Veis aquí á Pran, que solo y á la usanza
De los mitayos indios diligente,
Cargado con un haz de blanco trigo
Viene á buscar al alevoso amigo,

Que á la salida de su rancho estaba
Mirando á los caminos ocupado,
Pareciéndole ya que se pasaba
El tiempo del concierto aun no llegado:
Tanto ya la maldad le aceleraba
De una furia maligna espoleado:
Que siempre en lo que mucho se desea
No hay brevedad que dilacion no sea.

Llegado Pran le aseguró de cierto
Que la gente en dos tercios dividida,
Habia el murado sitio descubierto
Sin ser de nadie vista ni sentida;
Y con paso callado y gran concierto
Doméstica, ordenada y recogida,
Los pechos y las armas arrastrando
Venia derecha al fuerte caminando.

Con muestra del designio diferente
Dió Andresillo señal de su alegría,
Diciendo, que sin duda nuestra gente
Ya segun su costumbre dormiria;
Luego disimulada y quietamente
Sin mas se detener, de compañía
Entraron en el fuerte preparado
El falso engañador y el engañado.

Vieron en sus estancias recogidos
Todos los oficiales y soldados,
Sobre sus lechos sin dormir dormidos
Con aviso y cuidado descuidados:
Los arneses acá desguarnecidos,
Los caballos allá desensillados,
Todo de industria al parecer revuelto,
En un mudo silencio y sueño envuelto.

Visto el reposo, Pran, visto el sosiego,
Y poca guardia que en el fuerte habia,
Alegre dello tanto, cuanto ciego
En no ver la sospecha que traia,
Sin detenerse un solo punto luego
Por una corta senda que él sabia,
Haciendo de sus piés y aliento prueba
Fué á dar al campo la esperada nueva.

Apenas habia el bárbaro traspuesto,
Cuando Andresillo en tono levantado
Dijo: «¡Oh fuertes soldados, en quien puesto
Está el fin de la guerra deseado!
Tomad las vencedoras armas presto,
Y romped el silencio ya escusado,
Saliendo á toda priesa, porque os digo
Que á las puertas teneis al enemigo.»

Marinero jamás tan diligente
De entre la vedijosa bernia salta,
Cuando los gritos del piloto siente,
Y la borrasca súbita le asalta,
Como nosotros que lijeramente
Oyendo de Andresillo la voz alta,
De los toldos con ímpetu salimos,
Y á las vecinas armas acudimos.

Quién al usado peto arremetia,
Quién encaja la gola y la celada,
Quién ensilla el caballo, y quién salia
Con arcabuz, con lanza ó con espada;
Fué en un punto la gruesa artillería
A las abiertas puertas asestada,
Llenos de tiros mil de mil maneras
Los traveses, cortinas y troneras.

Puesta en orden la plaza, y encargando
Segun el puesto á cada cual su oficio,
El silencio importante encomendando
Trabó las lenguas y aquietó el bullicio,
Quedando aquel presidio tan callando
Que la gente estramuros de servicio,
Visto el sosiego y gran quietud, juzgaba
Que todo en igual sueño reposaba.

No fué Pran en el curso negligente;
Pues apenas estábamos armados,
Cuando los enemigos de repente
Se descubrieron cerca por dos lados:
Venian tan escondida y sordamente,
Bajas las armas y ellos inclinados,
Que entraran, si la vista ya no fuera
Mas presta que el oido y mas lijera.

Como el cursado cazador, que tiene
La caza y el lugar reconocido,
Que poco á poco el cuerpo bajo viene
Entre la yerba y matas escondido;
Ya apresura el andar, ya le detiene,
Mueve y asienta el paso sin ruido
Hasta ponerse cerca y encubierto,
Donde pueda hacer el tiro cierto:

Con no menor silencio y mayor tiento
Los encubiertos indios parecieron,
Y sobre nuestro fuerte en un momento
A treinta y menos pasos se pusieron:
De do sin son de trompa ni instrumento
En callado tropel arremetieron
Mas de dos mil en número á las puertas
Con mas cuidado que descuido abiertas.

No sé con qué palabras, con qué gusto
Este sangriento y crudo asalto cuente,
Y la lástima justa y odio justo,
Que ambas cosas concurren juntamente;
El ánimo ahora humano, ahora robusto
Me suspende y me tiene diferente:
Que si al piadoso celo satisfago,
Condeno y doy por malo lo que hago.

Si del asalto y ocasion me alejo,
Dentro della y del fuerte estoy metido;
Si en este punto y término lo dejo,
Hago y cumplo muy mal lo prometido;
Así dudoso el ánimo y perplejo
Destos juntos contrarios combatido,
Lo dejo al otro canto reservado,
Que de consejo estoy necesitado.

CANTO XXXII.

Arremeten los araucanos el fuerte; son rebatidos con miserable estrago de su parte; Caupolicán se retira á la sierra deshaciendo el campo; cuenta don Alonso de Ercilla á ruego de ciertos soldados la verdadera historia y vida de Dido.

Escelente virtud, loable cosa,
De todos dignamente celebrada,
Es la clemencia ilustre y generosa,
Jamás en bajo pecho apostentada:
Por ella Roma fué tan poderosa,
Y mas gentes venció que por la espada,
Domó y puso debajo de sus leyes
La indómita cerviz de grandes reyes.

No consiste en vencer solo la gloria,
Ni está allí la grandeza y escelencia:
Sino en saber usar de la vitoria
Ilustrándola mas con la clemencia.
El vencedor es digno de memoria;
Que en la ira se hace resistencia,
Y es mayor la victoria del clemente,
Pues los ánimos vence juntamente.

Y así no es el vencer tan glorioso
Del capitán crüel, inexorable:
Que cuanto fuere menos sanguinoso,
Tanto será mayor y mas loable;
Y el correr del cuchillo riguroso
Mientras dura la furia es disculpable:
Mas pasado después á sangre fría
Es venganza, crueldad y tiranía.

La mucha sangre derramada ha sido,
Si mi juicio y parecer no yerra,
La que de todo en todo ha destruïdo
El esperado fruto desta tierra:
Pues con modo inhumano han escedido
De las leyes y términos de guerra,
Haciendo en las entradas y conquistas
Crüeldades inormes nunca vistas.

Y aunque esta en mi opinion dellas es una,
La voz comun en contra me convence,
Que al fin en ley de mundo y de fortuna
Todo le es justo y lícito al que vence.
Mas dejada esta plática importuna
Me parece ya tiempo que comience
El crudo estrago y escesivo modo
En parte justo y lástimoso en todo.

Dejé el bárbaro campo sobre el fuerte,
En medio del furor y arremetida,
Y la callada y encubierta muerte
De mil géneros de armas prevenida;
Llevado pues del hado y dura suerte
Con presto paso y con fatal corrida
Emboca por la puerta y falsa entrada
El gran tropel de gente amontonada.

¡Dios sempiterno! ¡qué fracaso estraño,
Qué riza, qué destrozo y batería
Hubo en la triste gente, que al engaño
Ciega pensando de engañar venía!
¿Quién podrá referir el grave daño,
La espantosa y tremenda artillería,
El ñublado de tiros turbulento
Que descargó de golpe en un momento?

Unos vieran de claro atravesados,
Otros llevados la cabeza y brazos,
Otros sin forma alguna machucados,
Y muchos barrenados de picazos:
Miembros sin cuerpos, cuerpos desmembrados,
Lloviendo lejos trozos y pedazos,
Hígados, intestinos, rotos huesos,
Entrañas vivas y bullentes sesos.

Como la estrecha bien cebada mina
Cuando con grande estrépito revienta,
Que la furia del fuego repentina
Las torres vuela y máquinas avienta:
Con mas estruendo y con mayor ruïna
La fuerza de la pólvora violenta
Voló y hizo pedazos en un punto
Cuanto del escuadron alcanzó junto.

La mudable sin ley cruda fortuna
Despedazó el ejército araucano,
No habiendo un solo tiro, ni arma alguna
Que errase el golpe ni cayese en vano;
Nunca se vió morir tantos á una,
Y así aunque yo apresure mas la mano,
No puedo proseguir, que me divierte
Tanto golpe, herida, tanta muerte.

Aun no eran bien los tiros disparados,
Cuando por verse fuera en campo raso
Los caballos á un tiempo espoleados
Rompen la entrada y ocupado paso,
Y en los segundos indios, que ovillados
Estaban como atónitos del caso
Hacen riza y mayor carnicería
Que pudiera hacer la artillería.

Quién aqueste y aquel alanceando
Abre sangrienta y ancha la salida,
Quién á diestro y siniestro golpeando
Priva aquestos y aquellos de la vida;
No hay ánimo ni brazo allí tan blando
Que no cale y ahonde la herida,
Ni espada de tan grueso y boto filo
Que no destile sangre hilo á hilo.

Quisiera aquí despacio figurallos,
Y figurar las formas de los muertos,
Unos atropellados de caballos,
Otros los pechos y cabeza abiertos,
Otros, que era gran lástima mirallos,
Las entrañas y sesos descubiertos:
Vieran otros deshechos y hechos piezas,
Otros cuerpos enteros sin cabezas.

Las voces, los lamentos, los gemidos,
El miserable y lastimoso duelo,
El rumor de las armas y alaridos
Hinchen el aire y cóncavo del cielo;
Luchando con la muerte los caídos
Se tuercen y revuelcan por el suelo,
Saliendo á un mismo tiempo tantas vidas
Por diversos lugares y heridas.

Ya que libre dejó el súbito espanto
Al embaucado Pran, que estaba fuera,
Visto el destrozo cierto, y falso cuanto
El traidor de Andresillo le dijera,
La pena y sentimiento pudo tanto,
Que aunque escaparse el mísero pudiera,
En medio de las armas desarmado
A morir se arrojó desesperado.

Mas los últimos indios venturosos,
A los cuales llegó solo el estruendo,
Volviendo las espaldas presurosos
Muestran las plantas de los piés huyendo;
Los nuestros del alcance deseosos
En carrera veloz los van siguiendo,
Hiriendo y derribando en los postreros
Los menos diligentes y lijeros.

Pero algunos valientes, que estimaban
La ganada opinion mas que la vida,
Volviendo el pecho y armas refrenaban
El ímpetu de muchos y corrida;
Y aunque con grande esfuerzo peleaban
Era presto la guerra difinida:
Que la furiosa muerte allí su espada
Traía de entrambos cortes afilada.

Como en el ya revuelto cielo, cuando
Se forman por mil partes los nublados,
Que van unos creciendo, otros menguando,
Otros luego de nuevo levantados;
Mas el norueste frígido soplando
Los impele y arroja amontonados,
Hasta buscar del ábrego el reparo
Dejando el cielo raso y aire claro:

Así la gente atónita y turbada
En partes dividida se esparcía,
Y á las veces juntándose esforzada
Haciendo cuerpo y rostro revolvía;
Pero de la violencia arrebatada
Dejó el campo y banderas aquel día,
Quedando de los rotos escuadrones
Gran número de muertos y prisiones.

Deshechos pues del todo y destruidos,
Y acabado el alcance y seguimiento,
Los presos y despojos repartidos,
Volvimos al dejado alojamiento:
Donde trece caciques elegidos,
Para ejemplar castigo y escarmiento,
A la boca de un grueso tiro atados
Fueron dándole fuego justiciados.

Muchos habrá de preguntar ganosos
Si en el monton y número de gente
Algunos de los indios valerosos
Fueron muertos allí confusamente;
Pues en todos los hechos peligrosos
Rengo, Orompello y Tucapel valiente
Iban delante en la primera hilera
Abriendo siempre el paso y la carrera.

Respondo á esto, señor, que no venia
Capitán ni cacique señalado,
Visto que el general usado habia
De fraude y trato entre ellos reprobado,
Diciendo ser vileza y cobardía
Tomar al enemigo descuidado,
Y victoria sin gloria y alabanza
La que por bajo término se alcanza.

Así que, una arrogancia generosa
Los escapó del trance y muerte cruda,
Que ninguno por ruego ni otra cosa
Quiso en ello venir ni dar ayuda,
Teniendo por hazaña vergonzosa
Vencer gente sin armas y desnuda:
Que el peligro en la guerra es el que honra,
Y el que vence sin él, vence sin honra.

Quedó Caupolicán desta jornada
Roto, deshecho y falto de pujanza,
Que fué mucha la sangre derramada,
Y poca de su parte la venganza:
El cual, viendo la turba amedrentada
Y el ardor resfriado y la esperanza,
Deshizo el campo entonces conveniente,
Dando licencia á la cansada gente.

Quisose entretener mientras pasaba
De los contrarios hados la corrida,
Conociendo de sí que peleaba
Con cansada fortuna envejecida;
Así la gente en partes derramaba
Con orden que estuviese apercibida
En cualquiera ocasion y movimiento,
Para el primer aviso y mandamiento.

Y con solos diez hombres retirado,
Gente de confianza y valentía,
Ora en el monte inculto, ora en poblado
Desmintiendo los rastros parecia,
Y en lugares ocultos alojado
Jamás gran tiempo en uno residia,
Usando de su bárbara insolencia
Por tenerlos en miedo y obediencia.

Nosotros en su incierto rastro á tino
Andábamos haciendo mil jornadas,
No dejando lugar circunvecino
Que no diésemos salto y trasnochadas;
Y en los mas apartados del camino
Hallábamos las casas ocupadas
De gente foragida de la tierra,
Que ya andaba huyendo de la guerra,

Diciendo que de grado volveria
A sus yermas estancias y heredades,
Pero que el general los compelia
Usando de inhumanas crüeldades;
Y si en esto remedio se ponia,
Llanas estaban ya las voluntades
Para dejar las armas los soldados
De la prolija guerra quebrantados.

Y aunque esto era fingido, gran cuidado
Se puso en inquirir toda la tierra,
No quedando lugar inhabitado,
Monte, valle, ribera, llano y sierra
Donde no fuese el bárbaro buscado;
Mas por bien, ni por mal, por paz, ni guerra,
Aunque todo con todos lo probamos,
Jamás señal ni lengua dél hallamos.

No amenaza, castigo ni tormento
Pudo sacar noticia ó rastro alguno,
Ni caricia, interés ni ofrecimiento
Jamás á corromper bastó á ninguno;
Andábamos atónitos y á tiento
Segun la variedad de cada uno,
De dia, de noche, acá y allá perdidos,
Del sueño y de las armas afligidos.

Saliendo yo á correr la tierra un dia
Por caminos y pasos desusados,
Llevando por escolta y compañía
Una escuadra de pláticos soldados,
Dimos en una oculta ranchería
De domésticos indios ausentados,
Que por ser grande el bosque y la distancia
Tomaron por segura aquella estancia.

Sobre un haz de arrancada yerba estaba
En la cabeza una mujer herida,
Moza que de quince años no pasaba,
De noble traje y parecer vestida;
Y en la color quebrada se mostraba
La falta de la sangre, que esparcida
Por la delgada y blanca vestidura
La lástima aumentaba y hermosura.

Pregunté qué ocasion la habia traido
A lugar tan estraño y apartado,
Cómo y por qué razon la habian herido,
Y de inhumana crüeldad usado:
Ella con rostro y ánimo caido,
Y el tono del hablar debilitado,
Me dijo: «Es cosa cierta y prometida
La muerte triste tras la alegre vida.

»Porque entiendas el dejo y desvarío
Que el humano contento trae consigo
Aun no es cumplido un mes que el padre mio
Usando de privado amor conmigo
Me dió esposo elegido á mi albedrío,
Esposo y juntamente grande amigo,
Tal y de tantas partes, que yo creo
Que en él hallará término el deseo.

»Pero su esfuerzo raro y valentía,
Que della por estremo era dotado,
Le trujo á la temprana muerte el dia
Que fué nuestro escuadron despedazado:
Donde cerca de mí que le seguia
Un tiro le pasó por el costado,
Que fuera menos crudo y mas derecho
Si abriera antes el paso por mi pecho.

»Cayó muerto quedando yo con vida,
Vida mas enojosa que la muerte;
Mas viéndome un soldado así afligida,
En parte condolido de mi suerte,
Me dió por acabarme esta herida
Con brazo, aunque piadoso, no tan fuerte
Que mi espíritu suelto le siguiese,
Y un bien tras tanto mal me sucediese.

»Dió conmigo en el suelo fácilmente,
Aunque no me privó de mi sentido,
Pasando el golpe y furia de la gente
En confuso tropel con gran ruïdo;
Pero luego un cacique mi pariente,
Que en un hoyo al pasar quedó escondido,
En brazos me sacó del gran tumulto,
Trayéndome á este bosque y sitio oculto,

»Donde espero morir cada momento;
Mas ya como esperado bien se tarda,
Que es costumbre ordinaria del contento
No acabar de llegar á quien le aguarda,
Y aunque ya de mi vida al fin me siento,
Conmigo el cielo término no guarda,
Ni la llamada muerte á tiempo viene,
Que mi deseo la impide y la detiene.

»La vida así me cansa y aborrece,
Viendo muerto á mi esposo y dulce amigo,
Que cada hora que vivo me parece
Que cometo maldad, pues no le sigo;
Y pues el tiempo esta ocasion me ofrece,
Usa tú de piedad, señor, conmigo,
Acabando hoy aquí lo que el soldado
Dejó por flojo brazo comenzado.»

Así la triste joven luego luego
Demandaba la muerte, de manera
Que algun simple de lástima á su ruego
Con bárbara piedad condescendiera;
Mas yo, que un tiempo aquel rabioso fuego
Labró en mi inculto pecho, viendo que era
Mas crüel el amor que la herida,
Corrí presto al remedio de la vida.

Y habiéndola algun tanto consolado,
Y traido á que viese claramente
Que era el morir remedio condenado
Y para el muerto esposo impertinente:
Con el zumo de yerbas aplicado,
Medicina ordinaria desta gente,
Le apreté la herida lastimosa,
No tanto cuanto grande peligrosa.

Dejando pues un prático ladino
Para que poco á poco la llevase,
Y en los tomados pasos y camino
Del peligro al pasar la asegurase,
Partir á mi jornada me convino;
Mas primero que della me apartase
Supe que se llamaba Lauca, y que era
Hija de Millalauco y heredera.

La vuelta del presidio caminando
Sin hallar otra cosa de importancia,
Iba con los soldados platicando
De la fe de las indias y constancia,
De muchas aunque bárbaras loando
El firme amor y gran perseverancia,
Pues no guardó la casta Elisa Dido
La fe con mas rigor á su marido.

Mas un soldado joven, que venia
Escuchando la plática movida,
Diciendo, me atajó, que no tenia
A Dido por tan casta y recogida;
Pues en la *Eneida* de Maron veria,
Que del amor libídino encendida,
Siguiendo el torpe fin de su deseo
Rompió la fe y promesa á su Siqueo.

Visto pues el agravio tan notable
Y la objecion siniestra del soldado,
Por el gran testimonio incompensable
A la casta fenisa levantado,
Pareciéndome cosa razonable
Mostrarle que en aquello andaba errado
Él y todos los mas que me escuchaban,
Que en la misma opinion tambien estaban:

Les dije, que queriendo el Mantüano
Hermosear su Eneas floreciente,
Porque César Augusto Octavïano
Se preciaba de ser su descendiente,
Con Dido usó de término inhumano
Infamándola injusta y falsamente,
Pues vemos por los tiempos haber sido
Eneas cien años antes que fué Dido.

Quedaron admirados en oirme,
Que así Virgilio á Dido disfamase,
Haciendo instancia todos en pedirme
Que su vida y discurso les contase;
Yo pensando también con divertirme
Que la cuerda al trabajo algo aflojase,
Los quise complacer, y también quiero
Daros aquí razon de mí primero.

Cuento una vida casta, una fe pura,
De la fama y voz pública ofendida,
En esta no pensada coyuntura
Por raro ejemplo y ocasion traida;
Y una falsa opinion que tanto dura
No se puede mudar tan de corrida,
Ni del rudo comun mal informado
Arrancar un error tan arraigado.

Y pues de aquí al presidio yo no hallo
Cosa que sea de gusto, ni contento,
Sin dejar de picar siempre el caballo,
Ni del tiempo perder solo un momento,
No pudiendo eximirme, ni escusallo
Por ser historia y agradable el cuento,
Quiero gastar en él, si no os enfada,
Este rato y sazon desocupada.

Que el áspero sujeto desabrido,
Tan seco, tan estéril y desierto,
Y el estrecho camino que he seguido
A puros brazos del trabajo abierto,
A término me tienen reducido,
Que busco anchura y campo descubierto,
Donde con libertad sin fatigarme
Os pueda recrear y recrearme.

Viendo que os tienen sordo y atronado
El rumor de las armas inquïeto,
Siempre en un mismo ser continuado,
Sin mudar son ni variar sujeto:
Por esparcir el ánimo cansado,
Y ser el tiempo cómodo y quïeto,
Hago esta digresion, que acaso vino
Cortada á la medida del camino.

Y pues una ficcion impertinente
Que destruye una honra es bien oida,
Y á la reina de Tiro injustamente
Infama y culpa su inculpable vida:
La verdad que es la ley de toda gente,
Por quien es en su honor restituïda,
¿Por qué no debe ser siendo cantada
En cualquiera sazon bien escuchada?

Que la causa mayor que me ha movido,
Demás de ser cual veis importunado,
Es el honor de la constante Dido
Inadvertidamente condenado;
Preste pues atencion y grato oido
Quien á oir la verdad es inclinado,
Que el mal ofende aun dicho en pasatiempo
Y para decir bien siempre es buen tiempo.

Cartago antes que Roma fué fundada,
Setenta años contados comunmente,
Por Dido, ilustre reina venerada
Por diosa un tiempo de la tiria gente:
Del rey Belo su padre fué casada
Con el sumo pontífice asistente
Del gran templo de Alcides, el cual era
Después del rey la dignidad primera.

Este es aquel Siqueo ya nombrado
A quien Dido guardó la fe inviolable,
Varon sabio en sus ritos y abastado
De bienes y tesoro inestimable;
Mas lo que para alivio habia llegado,
Fué causa de su muerte miserable:
Que en fin lo que cudicia mucha gente
Ninguno lo posee seguramente.

Dejó Belo dos hijos herederos,
Uno Pigmaleon y el otro Dido,
A quien en los consejos postrimeros
Encargó la hermandad y amor unido:
Lo cual aunque duró los dias primeros,
De cudicia el hermano corrompido
Por haber los tesoros del cuñado,
Le dió la muerte envuelta en un bocado.

Sintió pues la mujer su muerte tanto,
Que no bastando á resistir la pena,
Soltó con doloroso y fiero llanto
De lágrimas un flujo y ancha vena,
Y cubriendo de triste y negro manto
Los bellos miembros y la faz serena,
Con pompa funeral ceremoniosa
Dió al cuerpo sepultura suntüosa.

Y aunque del casto amor notable indicio
Fué el soberbio sepulcro y monumento,
No igualó en la grandeza el edificio
Al dolor de la reina y sentimiento:
Que siempre con devoto sacrificio
Y continuos sollozos y lamento,
Llamando al sordo espíritu hacia
A las frías cenizas compañía,

Diciendo: «¿Es justo, dioses, que yo quede
En este solitario apartamiento?
¡Ay, que de tibia fe y amor procede
No acabar de matarme el sentimiento!
El mal no es grande que sufrir se puede,
Y corto al que no basta sufrimiento;
Mas quiere el cielo dilatar mi muerte,
Porque dure el dolor mas que ella fuerte.»

Aunque el odio y rencor disimulaba
Contra el pérfido hermano poderoso,
Venganza al cielo sin cesar clamaba
Con ira muda y con gemir rabioso;
Y cuando sola á ratos se hallaba,
Desfogando aquel ímpetu bascoso
Soltaba con un bajo son gimiendo
La reprimida rabia y voz, diciendo:

«Traidor, dime, ¿qué caso irremediable
Debajo de hermandad y ley fingida
A maldad te movió tan detestable
Contra tu misma sangre cometida?
Si fué sed de riquezas insaciable
Quitárasle el tesoro y no la vida,
Templando tu impiedad y furia insana
El amor y respeto de tu hermana.

»Si no miraste, ingrato, al beneficio
Que dél como cuñado recibias,
Miraras al nefario sacrificio,
Que del hermano de tu madre hacias,
Y al malvado y horrendo maleficio
En tu pecho forjado tantos dias,
Pues no podrás decir que fué accidente,
Que nunca nadie es malo de repente.

»Si de tu enorme intento y desatino
Me hubieras con indicios advertido,
No por tan duro y áspero camino
El tesoro alcanzaras pretendido;
Mas el mal, cuando viene por destino,
No puede ser á tiempo prevenido.
¡Ay! ¿Qué aprovecha el lamentarme ahora
Que siempre es tarde ya cuando se llora?

»¿Por qué, fiero enemigo, así quisiste
Dejarte arrebatar de tu deseo,
Tan ciego de codicia, que no viste
Que matabas á Dido con Siqueo?
Materia de maldad al mundo diste
Con un hecho atrocísimo y tan feo,
Que durará en los siglos por memoria
De tu traicion la abominable historia.

»¿Cabe en razon, es cosa permitida
Que siendo tú traidor, siendo tirano,
Perverso, atroz, sacrílego, homicida,
Tengas con estos nombres el de hermano?
Y viéndome contigo convenida,
Mi crédito andará de mano en mano,
Padeciendo mi honor agravio injusto,
Que no dice la fama cosa al justo.

»Mas si huyo de tí, fiero enemigo,
Te irrito á que me sigas, pues que huyo,
Si á mi marido en la fortuna sigo,
Todo lo que pretendes queda tuyo;
Si habiéndole tú muerto estoy contigo,
Mancho la fama y mi opinion destruyo,
Que en parte ya parece que consiente
Quien perdona lijera y fácilmente.

»¿Qué medio he de buscar á mal tan fuerte,
Que el cielo ni la tierra no le tiene,
Y aquel forzoso y último mi suerte
Porque padezca mas me le detiene?
¡Ay! que si es malo desear la muerte,
Es peor el temerla si conviene,
Que no es pena el morir á los cuitados,
Sino fin de las penas y cuidados.

»Mas ya que el ser tú rey, y recatado,
La venganza legítima me impida,
Procuraré atajar tu fin dañado
Con muestra doble y hermandad fingida;
Y cuando pienses verte apoderado,
Quedarás con mi súbita partida
Sin hermana, tesoro y sin derecho,
Y con la infamia del enorme hecho.»

Así la triste reina dolorosa,
Sobre el rico sepulcro lamentando,
Pasaba vida triste y soledosa
La venganza y el tiempo deseando;
Pero de alguna fuerza recelosa,
De su prudencia y discrecion usando,
Doméstica, amorosa y blandamente
Al hermano escribió, que estaba ausente:

Haciéndole entender, que ya cansada
Del llanto y soledad que padecia
En aquellos palacios y morada
Do tuvo un tiempo alegre compañía,
De la triste memoria lastimada,
Dando algun vado á su dolor, queria
Irse con él, poniendo fin al lloro,
Con todas sus riquezas y tesoro.

Para lo cual secreta y prestamente
Una fornida flota le enviase,
Donde con todo su tesoro y gente
En arribando al puerto se embarcase;
Porque con el seguro conveniente
El mar que estaba en medio atravesase,
Que era solo el temido impedimento
De su esperado y último contento.

Llegada pues la nueva al ambicioso
Rey, de aquello que tanto deseaba,
Viendo que al fin y puerto venturoso
Sus cosas la fortuna encaminaba;
Alegre mas que nunca y codicioso,
Luego una gruesa flota despachaba
De naves y galeras, bastecida
De gente, de regalos y comida.

Llegó al puerto la flota deseada
Con presta y no pensada diligencia,
Do la gente del rey desembarcada
Fué luego á dar á Dido la obediencia:
Que mostrando placer de su llegada,
Con loable cuidado y providencia
Hizo luego hospedar toda la gente
Espléndida, cumplida y largamente.

En siendo tiempo, la cuidosa Dido
A su gente mandó que se aprestase,
Y con alarde y público ruïdo
Los empachados muebles embarcase:
Haciendo que de noche y escondido
En su nave el tesoro se cargase
Con tan grande secreto, que ninguno
Tuvo dello noticia ó rastro alguno.

Tenia sesenta cajas prevenidas,
Llenas de gruesa arena y aplomadas,
De fuertes cerraduras guarnecidas,
Con dobles planchas de metal herradas:
Estas fueron en público traidas;
Donde á vista de todos embarcadas
Daban muestra que en ellas iba el oro,
Las joyas, las riquezas y tesoro.

Luego Elisa con tierno sentimiento
Del lastimado pueblo se embarcaba,
Dando presto la vela al manso viento,
Que favorable en popa respiraba:
La nave con sereno movimiento
El llano y sosegado mar cortaba,
Comenzando á seguir toda la flota
De la alta capitana la derrota.

Aquella noche y el siguiente dia
Corrió con viento próspero la armada,
Mas ya que el mar las costas encubria,
Y del todo se vió Dido engolfada,
La noble y obediente compañía
Al borde de su nave congregada
Hizo en torno allegar la demás gente,
Que á la vista también fuese presente:

Diciéndoles con pecho valeroso,
Que su designio y pretension no era
Ir al injusto hermano cauteloso,
De quien era enemiga verdadera,
Porque con trato y término alevoso,
Debajo de hermandad y fe sincera,
Movido de sacrílego deseo
Habia dado la muerte á su Siqueo.

Por donde ella también, no asegurada
De sus secretos fraudes y traiciones,
Queria dejar la cara patria amada,
Su reino, su morada y posesiones;
Y al mar dudoso y vientos entregada
Buscar nuevas provincias y regiones,
Adonde con seguro viviria
Lejos de su dominio y tiranía.

Y pues que sus riquezas habian sido
La causa de su daño y perdimiento,
Matándole por ellas el marido,
Y lo serian quizá del seguimiento,
Todas consigo las habia traido
Con voluntad y resoluto intento
De echarlas en el mar do pereciesen,
Porque jamás á su poder viniesen.

Hizo luego sacar allí tras esto
Los cofres del arena barreados,
Y con alarde y auto manifiesto
En el profundo mar fueron lanzados.
Los ministros del rey con triste gesto,
Atónitos, confusos y turbados
Se miraban, teniendo por estraña
De la animosa reina la hazaña.

Y por el grave caso discurriendo,
Que mudos y espantados los tenia,
La furia del rey mozo conociendo
Que el perdido tesoro aumentaria,
Suspensos y medrosos no sabiendo
Qué razon ó descargo bastaria
A que el airado rey no los culpase,
Y en ellos su furor no ejecutase.

Pues como la entendida reina viese
Camino y coyuntura aparejada,
Por do á su devocion se redujese
La gente del hermano amedrentada;
Antes que el tiempo y la tardanza diese
Lugar á alguna novedad pensada,
Haciendo sosegar toda la gente
Les dijo prosiguiendo lo siguiente:

«Amigos, que del firme intento mio
Habeis visto á los ojos ya la prueba,
Y cómo la fortuna á su albedrío
Errando por el ancho mar me lleva,
Podeis volver, si ya no es desvarío,
A dar al rey la desabrida nueva
Del tesoro anegado, y mi huida
A tierra y á region no conocida.

»Pero ya conoceis por esperiencia
Su irreparable furia acelerada,
Que viendo que volveis á su presencia
Sin el tesoro y prenda deseada,
Descargará con bárbara impaciencia
Sobre vuestra cerviz la mano airada,
Sin escuchar descargo ni disculpa,
Añadiendo maldad y culpa á culpa.

»Y pues es de temer la tiranía,
Y el ímpetu de un mozo rey airado,
Que así del claro reino y patria mia
A buscar nuevas tierras me ha sacado:
Quien quisiere seguir mi compañía
No se verá de mi desamparado,
Mas de todo el provecho y bien que espero
Será participante y compañero.

»El lugar y aparejo es oportuno,
Y para haber consejo me remueve,
Así que pues sois sabios cada uno
Elija de dos males el mas leve:
Si al rey volveis no ha de escapar ninguno,
Y este dolor y lástima me mueve
A quereros rogar que vais conmigo,
Por no ser yo la causa del castigo.

»Las muertes figurad y crüeldades,
Que en vosotros habrán de ejecutarse;
No mireis á las casas y heredades,
Que todo por la vida es bien dejarse:
Que en fortunas y grandes tempestades
Solo en lo que se escapa ha de pensarse,
Conociendo que están todos los bienes
Sujetos á peligros y vaivenes.»

A las razones de la reina atentos
Los turbados ministros estuvieron,
Y en la perpleja mente y pensamientos
Mil cosas en un punto revolvieron;
Al cabo, aunque diversos los intentos,
Todos de un parecer se resolvieron
De seguirla hasta el fin en su viaje,
Dándole la obediencia y vasallaje.

La fe con juramento establecida,
Sin que ninguno dellos rehusase,
Dando vela á la flota detenida
Mandó Dido que á Cipro enderezase,
Donde graciosamente recibida
Como allí su designio declarase,
Llevó del ciprioto pueblo amigo
Ochenta mozas vírgenes consigo.

Para á tiempo casarlas con la gente
Que en su servicio y devocion llevaba,
Buscando alguna tierra conveniente
Donde fundar un pueblo deseaba:
Así la vía de la Africa al poniente
Con favorable viento navegaba;
Mas forzoso será segun me siento
Dividir en dos partes este cuento.

CANTO XXXIII.

Prosigue don Alonso la navegacion de Dido hasta que llegó á Biserta; cuenta cómo fundó á Cartago, y la causa por qué se mató; también se contiene en este canto la prision de Caupolicán.

Muchos entran con ímpetu y corrida
Por la carrera de virtud fragosa,
Y dan en la del vicio mas seguida,
De donde es el volver difícil cosa:
El paso es llano y fácil la salida
De la vida reglada á la anchurosa,
Y mas agrio el camino y ejercicio
Del vicio á la virtud, que della al vicio.

Así Pigmaleon habia tenido
Señales de virtud en su crïanza,
Y con grandes principios prometido
De justo y liberal buena esperanza;
Pero de la codicia pervertido
Hizo en breve sazon tan gran mudanza,
Que no solo de bienes fué avariento,
Pero inhumano, pérfido y sangriento.

Lo cual nos dice bien la alevosía
De la secreta muerte del cuñado,
Que alegre y contentísimo vivia
En la ley de hermandad asegurado;
Mayormente que entonces parecia
El rey á la virtud aficionado,
Que no hay maldad mas falsa y engañosa
Que la que trae la muestra virtüosa.

Esta no le salió como pensaba,
Sino al contrario en todo y diferente;
Pues no solo no vió lo que esperaba,
Pero perdió las naves y la gente.
La reina viento en popa navegaba,
Como dije, la vuelta del poniente,
Tocando con sus naves y galeras
En algunas comarcas y riberas.

Torció el curso á la diestra bordeando
De las vadosas Sirtes recelosa,
Y á vista de Licudia atravesando
Corrió la costa de Africa arenosa;
Y siempre tierra á tierra navegando
Pasó por entre el Ciervo y Lampadosa,
Llegando en salvo á Tunez con la armada
Por el fatal decreto allí guiada.

Donde viendo el capaz y fértil suelo
De fructíferas plantas adornado,
Y el aire claro y el sereno cielo
Clemente al parecer y muy templado,
Perdido del hermano ya el recelo
Por verle tan distante y apartado,
Quiso fundar un pueblo de cimiento
Haciendo en él su habitacion y asiento.

Para lo cual trató luego de hecho
Con los vecinos que en el sitio habia,
Le vendiesen de tierra tanto trecho
Cuanto un cuero de buey circundaria.
Los moradores viendo que provecho
De su contratacion se les seguia,
Con la reina en el precio convenidos
Hicieron sus asientos y partidos.

Hecha la paga, el sitio señalado,
Mandó Dido buscar con diligencia
Un grande y grueso buey, que desollado
Hizo estirar el cuero en su presencia;
Y en tiras sutilísimas cortado
Tanto trecho tomó, que á la prudencia
De la reina sagaz y aviso estraño
Le quisieron poner nombre de engaño.

Pero recompensó la demasía
Dejándolos contentos y pagados,
Descubriendo á los suyos que traia
Los ocultos tesoros escapados;
Que usado del ardid y astucia habia
De los cofres de arena al mar lanzados,
Porque cuando el hermano lo supiese,
Faltando la ocasion no la siguiese.

Corregidas las faltas y defectos
Al orden de vivir perjudiciales,
Fueron por la prudente reina electos
Cónsules, magistrados y oficiales;
Y traidos maestros arquitectos,
Juntos los necesarios materiales,
Dió principio la reina valerosa
A la labor de la ciudad famosa.

Fué la ciudad por orden fabricada
Mostrándose los hados mas propicios,
En breve ennoblecida é ilustrada
De suntuosos y altos edificios;
Y la nueva república ordenada,
Leyes instituyó creando oficios
Con que el pueblo en razon se mantuviese,
Y paz y orden política viviese.

Y por el gran valor y entendimiento
Con que el pueblo obediente gobernaba,
Iba siempre el concurso en crecimiento,
Y los términos cortos dilataba;
Así que, el trato y agradable asiento
Los ánimos y gustos provocaba,
Viniendo á avecindarse muchas gentes
De tierras y lugares diferentes.

Y como en estos tiempos aun no habia
La invencion del papel, después hallada,
Que en pieles de animales se escribia,
Y era cualquiera piel carta llamada,
Del cual nombre aun usamos hoy en dia:
Así aquella ciudad, edificada,
En el lugar por una piel medido
De carta la llamó Cartago Dido.

Hízose en poco tiempo tan famosa,
Y de tanta grandeza y eminencia,
Que era cosa de ver maravillosa
El trato de las gentes y frecuencia;
Mostrando aquella reina valerosa
En gobernar el pueblo tal prudencia,
Que muchos otros príncipes y reyes
De su nueva ciudad tomaron leyes.

Y aunque era tal su ser, tal su cordura
Que por diosa vinieron á tenella,
Ninguna de su tiempo en hermosura
Pudo ponerse al parangon con ella;
Así que, por milagro de natura
Como cosa no vista iban á vella,
Que no sé en las idólatras del suelo
A quién mayores partes diese el cielo.

Grandes matronas hubo que animosas
Por la fama á la muerte se entregaron;
Otras que por hazañas milagrosas
Las opresas repúblicas libraron;
Pero todas perfectas tantas cosas
Como en Dido en ninguna se juntaron:
Fué rica, fué hermosa, fué castísima,
Sabia, sagaz, constante y prudentísima.

Llegó luego la voz desto al oido
Del franco Yarbas, rey musilitano,
Mozo brioso y de valor, temido
En todo el ancho término africano;
El cual con juvenil furia, movido
De un impaciente y nuevo amor lozano,
A la reina despacha embajadores
De su consejo y reino los mayores.

Pidiéndole que en pago del tormento
Que por ella pasaba cada hora,
Quisiese con felice casamiento
De su persona y reino ser señora:
Donde no, que con justo sentimiento
Como de tan gran rey despreciadora
Sobre ella con ejército vendria,
Y su gente y ciudad asolaria.

Hecha pues la embajada en el senado,
Que no quiso la reina estar presente,
Les fué á los senadores intimado
El ruego y la amenaza juntamente:
Causóles turbacion, considerando
El casto voto y vida continente
Que la constante reina profesaba,
Que al intento de Yarbas repugnaba.

Luego que los ancianos entendieron
La demanda de Yarbas arrogante,
Llevar por artificio pretendieron
El negocio difícil adelante:
Así que, ante la reina parecieron
Con triste rostro y tímido semblante,
Bajos los ojos, la color turbada,
Mostrando desplacer con la embajada,

Diciéndole: «Sabrás que habiendo oido
Yarbas tu buen gobierno y regimiento,
Por la parlera fama encarecido,
Y desta tu ciudad el crecimiento,
De una loable pretension movido,
Pide que sin algun detenimiento
Veinte de tu consejo mas instrutos
Vayan á reformar sus estatutos.

»Y siendo de sufrir áspera cosa,
Impropria á nuestra edad y profesiones
Dejar la patria cara y paz sabrosa
Por ir á incultas tierras y naciones,
A corregir de gente sediciosa
Las costumbres y viejas condiciones,
Todos tus consejeros lo rehusan,
Y con causas legítimas se escusan.

»Viendo que el caro y último sosiego
Sin esperanza de volver perdemos,
Y no condescendiendo al impio ruego
En gran peligro la ciudad ponemos;
Pues con grueso poder y armada luego
Al indignado joven rey tendremos,
Para asolar á hierro y fiera llama
Tu pueblo insigne y celebrada fama.

»Esto es en suma lo que Yarbas pide
Con ruegos de amenaza acompañados,
Pero nuestra cansada edad lo impide,
Y las leyes nos hacen jubilados;
Pues no es razon, si por razon se mide,
Que de largos trabajos quebrantados
Dejemos nuestras casas y manida
En el último tercio de la vida.

»Si á los peligros en la edad primera
Por adquirir honor nos arrojamos,
Es bien que en la cansada postrimera
Gocemos del descanso que ganamos,
Y á nuestra abandonada cabecera
Al tiempo incierto del morir tengamos
Quien nos cierre los ojos con ternura,
Y dé á nuestras cenizas sepultura.

»Y pues tiene de ser en tu presencia
Esta perjudicial demanda puesta,
Conviene que con maña y advertencia
Te prevengas de medios y respuesta,
Atajando tu seso y providencia
El mal que el mauritano rey protesta;
De modo que la paz y amor conserves,
Y de nuevos trabajos nos reserves.»

Estuvo atenta allí la reina Elisa
A la compuesta habla artificiosa,
Y con alegre rostro y grave risa,
Aunque sentia en el ánimo otra cosa,
A todos los trató y miró de guisa
Tan agradable, blanda y amorosa,
Que si en verdad la relacion pasara
De sus casas y quicios los sacara,

Diciendo: «Amigos caros, que á los hados
Jamás os vi rendidos vez alguna,
Y en los grandes peligros esforzados
Hicistes siempre rostro á la fortuna:
¿Cómo de tantas prendas olvidados
En tan justa ocasion por solo una
Breve incomodidad de una jornada
Quereis ver vuestra patria arruinada?

»Es á todos comun, á todos llano
Que debe como miembro y parte unida
Poner por su ciudad el ciudadano
No solo su descanso, mas la vida;
Y por razon y por derecho humano
De justa deuda natural debida,
A posponer el hombre está obligado
Por el sosiego público el privado.

»Al alto y grande Júpiter pluguiera
Que bastara ofrecer la vida mia,
Que presto el judicioso mundo viera
Cuán voluntariamente la ofrecia;
Y pues habeis pasado la carrera
Por tan estrecha y trabajosa via,
No es bien que al rematar tan largo trecho
Borreis y deshagais cuanto habeis hecho.»

Visto los senadores cómo Dido,
Por el camino de razon llevada,
En el armado lazo habia caido
En sus mismas palabras enredada,
Cambiando en rostro alegre el afligido,
Las manos altas y la voz alzada,
Le dicen todos juntos: «Como estamos,
Tus urgentes razones aprobamos.

»Justamente, señora, sentenciaste
Sacándonos de duda y grande aprieto,
Que no hay razon tan eficaz que baste
Contra la autoridad de tu decreto;
Y porque tiempo en esto no se gaste,
Es bien que te aclaremos el secreto,
Pues por ningun respeto ni avenencia
Puedes contravenir á tu sentencia.

»Sabrás, reina, que Yarbas no te envía
Por tus ancianos viejos impedidos,
Que en todo buen gobierno y policía
Tiene su reino y pueblos corregidos:
Solo quiere tu gracia y compañía,
Ofreciéndote en dote mil partidos
Con útiles y honrosas condiciones,
Y un infinito número de dones.

»Advierte, que si acaso no acetares
El santo conjugal ayuntamiento,
Y con errado acuerdo despreciares
Su larga voluntad y ofrecimiento,
Harás que el hierro y llamas militares
Asuelen á Cartago de cimiento:
Así que, en tu eleccion y á tu escogida
Queda la guerra ó paz comprometida.

»Que si el buen ciudadano alegremente
Debe ofrecerse por la patria amiga,
Con mas razon y fuerza mas urgente
Como cabeza á ti la ley te obliga;
Y no puedes con causa suficiente
Dejar de redimir nuestra fatiga,
Dándonos con el tiempo prosperado
La sucesion y fruto deseado.

»Cuando á seguir estés determinada
El casto infructuoso presupuesto,
Mira á tus piés esta ciudad postrada,
Y al inocente cuello el lazo puesto,
Que por tí renunció la patria amada
Debajo de promesa y de protesto,
Que al descanso y quietud que pretendias
El sosiego comun antepondrias.»

Sintió la reina tanto al improviso
La gran demanda y condicion propuesta,
Que por mas que encubrir la pena quiso,
Della el rostro señal dió manifiesta;
Mas con su discrecion y grande aviso,
Suspendiendo algun tanto la respuesta,
Soltó la voz serena y sosegada
Que la gran turbacion tenia trabada,

Diciéndoles: «Amigos, yo quisiera,
Para que todo escándalo se evite,
Que responderos luego yo pudiera
Antes que Yarbas mas nos necesite;
Pero el negocio y caso es de manera,
Que mi estado y grandeza no permite
Que me resuelva á responder tan presto,
Aunque os parezca á todos que es honesto.

»Que es mostrar liviandad, y demás deso
Falto á la obligacion y fe que debo,
Si del intento casto y voto espreso
A la primera persuasion me muevo,
Borrando el inviolable sello impreso
De mi primero amor con otro nuevo:
Así que, combatida de contrarios,
Son el tiempo y consejo necesarios.

»Tres meses pido, amigos, solamente
Para acordar lo que se debe en esto,
Y dar satisfacion de mí á la gente
En no determinarme así tan presto:
Que el libertado vulgo maldiciente
Aun quiere calumniar lo que es honesto,
Y como instituidores de las leyes
Tienen mas ojos sobre sí los reyes.

»Yarbas no se dará por enemigo
En cuanto el fin de los tres meses llega,
Y pasado este término me obligo
De responderle grata á lo que ruega;
Tomar pues menos plazo del que digo
Mi honestidad y estimacion lo niega,
Y no conviene á Dido dar disculpa,
Que es indicio de error y arguye culpa.»

Cerróse aquí la reina, y fué forzado
Hacer con los de Yarbas nuevo asiento,
Que aguardasen el tiempo señalado
Para determinar el casamiento:
Los cuales, por el ruego del senado
Y el gracioso hospedaje y tratamiento
Quedaron en Cartago aquellos dias
Con grandes regocijos y alegrías.

Y aunque el senado en la demanda instaba
Por el provecho y general sosiego,
La reina la respuesta dilataba
Dando gratos oidos á su ruego;
Y entre tanto en secreto aparejaba
Lo que tenia pensado desde luego,
Que era acabar la vida miserable
Primero que mudar la fe inmudable.

Llegado aquel funesto último dia,
El pueblo en la ancha plaza congregado,
Ricamente la reina se vestia
Subiendo en un exento y alto estrado,
Al pié del cual una hoguera habia
Para la imola y sacrificio usado,
De donde á los atentos circunstantes
Les dijo las palabras semejantes:

«O fieles compañeros, que contino
En todos los trabajos lo mostrastes,
Que por seguir mis hados y camino
Vuestras casas y patria renunciastes:
Hoy la fortuna y áspero destino
Por el último fin de sus contrastes
Me fuerzan á dejar á costa mia
Vuestra clara y amable compañía.

»Si apartarme de amigos tan leales
Hace esta mi partida dolorosa,
Los consultados dioses celestiales
No disponen ni pueden otra cosa;
Y así por desviar los grandes males
Que tienen á Cartago temerosa,
Pues ponen en mis manos el remedio,
Quiero quitar la causa de por medio.

»Que pues del cielo el áspero decreto
De poder tener bien me inhabilita,
Y el ver á mi ciudad puesta en aprieto
A quebrantar la fe me necesita,
Quiero cortar á Yarbas el sujeto
Del engañado amor que así le incita,
Dando á mi vida fin, pues deste modo
Faltando la ocasion cesará todo.

»Esto será con darme yo la muerte;
Y aunque os parezca este remedio estraño,
Es mas fácil, mas breve y menos fuerte,
Y en fin particular y poco el daño:
Pues sin peligro vuestro desta suerte
Saldrá el errado Yarbas de su engaño,
Y yo conservaré con mas pureza
Del casto y viudo lecho la limpieza.

»Hoy por el precio de una corta vida
La vejacion redimo de Cartago,
Dejando ejemplo y ley establecida
Que os obligue á hacer lo que yo hago;
Y con mi limpia sangre aquí esparcida
Al cielo y á la tierra satisfago;
Pues muero por mi pueblo, y guardo entera
Con inviolable amor la fe primera.

»No lamenteis mi muerte anticipada,
Pues el cielo la aprueba y solemniza:
Que una breve fatiga y muerte honrada
Asegura la vida y la eterniza.
Que si el cuchillo de la parca airada
Al que quiere morir le atemoriza,
No os debe de pesar si Dido muere,
Pues vive el que se mata cuando quiere.

»Adios, adios, amigos, que ya os veo
Libres, y á mi marido satisfecho...»
Y no les dijo mas con el deseo
Que tenia de acabar el fiero hecho.
Así, llamando el nombre de Siqueo,
Se abrió con un puñal el casto pecho,
Dejándose caer de golpe luego
Sobre las llamas del ardiente fuego.

Fué su muerte sentida en tanto grado
Que gran tiempo en Cartago la lloraron,
Y en memoria del caso señalado
Un suntuoso templo le fundaron,
Donde con sacrificio y culto usado
Mientras las cosas prósperas duraron
De aquella su ciudad ennoblecida
Por diosa de la patria fué tenida.

Y aborreciendo el nombre de señores,
Muerta la memorable reina Dido,
Por cien sabios ancianos senadores
De allí adelante el pueblo fué regido;
Y creciendo el concurso y moradores
Vino á ser poderoso, y tan temido,
Que un tiempo á Roma en su mayor grandeza
Le puso en gran trabajo y estrecheza.

Este es el cierto y verdadero cuento
De la famosa Dido disfamada,
Que Virgilio Maron sin miramiento
Falseó su historia y castidad preciada,
Por dar á sus ficciones ornamento;
Pues vemos que esta reina importunada
Pudiéndose casar y no quemarse,
Antes quemarse quiso que casarse.

Iban todos atentos escuchando
El estraño suceso peregrino,
Cuando al fuerte llegamos acabando
La historia juntamente y el camino;
Y en él aquella noche reposando,
Venida la mañana nos convino
Procurar de tener con diligencia
Del buscado enemigo inteligencia.

Mas un indio que acaso inadvertido
Fué de una escolta nuestra prisionero,
Hombre en las muestras de ánimo atrevido,
Suelto de manos y de piés lijero,
Con promesas y dádivas vencido
Dijo: «Yo me resuelvo y me prefiero
De daros llanamente hoy en la mano
Al grande general Caupolicano.

»En un áspero bosque y espesura,
Nueve millas de Ongolmo desviado,
Está en un sitio fuerte por natura,
De ciénagas y fosos rodeado:
Donde por ser la tierra tan segura
Anda de solos diez acompañado,
Hasta que nuestra próspera creciente
Aplaque el gran furor de su corriente.

»Por una estrecha y desusada via,
Sin que pueda haber dello sentimiento,
Seré en la noche escura yo la guia,
Llevando vuestra gente en salvamento,
Y antes que se descubra el claro dia
Dareis en el oculto alojamiento,
Donde cumplir del todo yo me obligo,
Pena de la cabeza, lo que digo.»

Fué la razon del mozo bien oida,
Viéndole en su promesa tan constante;
Y así luego una escuadra prevenida
De gente esperta y número bastante,
Para toda sospecha apercibida,
Llevando al indio amigo por delante
Salió á la prima noche en gran secreto
Con paso largo y caminar quieto.

Por una senda angosta é intrincada
Subiendo grandes cuestas y bajando,
Del solícito bárbaro guiada
Iba á paso tirado caminando.
Mas la escura tiniebla adelgazada
Por la vecina aurora reparando,
Junto á un arroyo y pedregosa fuente
Volvió el indio diciendo á nuestra gente:

«Yo no paso adelante, ni es posible
Seguir este camino comenzado,
Que el hecho es grande y el temor terrible
Que me detiene el paso acobardado,
Imaginando aquel aspecto horrible
Del gran Caupolicán contra mí airado,
Cuando venga á saber que solo he sido
El soldado traidor que le ha vendido.

»Por este arroyo arriba, que es la guia
Aunque sin rastro alguno ni vereda,
Dareis presto en el sitio y ranchería,
Que está en medio de un bosque y arboleda;
Y antes que aclare ya el vecino dia,
Os dad priesa á llegar, porque no pueda
La centinela descubrir del cerro
Vuestra venida oculta y mi gran yerro.

»Yo me vuelvo de aquí, pues he cumplido
Dejándoos como os dejo en este puesto,
Adonde salvamente os he traido
Poniéndome á peligro manifiesto;
Y pues al punto justo habeis venido,
Os conviene dar priesa y llegar presto:
Que es irrecuparable y peligrosa
La pérdida del tiempo en cualquier cosa.

»Y si sienten rumor desta venida,
El sitio es ocupado y peñascoso,
Fácil y sin peligro la huïda
Por un derrumbadero montüoso.
Mirad que os daña ya la detenida;
Seguid hoy vuestro hado venturoso,
Que menos de una legua de camino
Teneis al enemigo ya vecino.»

No por caricia, oferta, ni promesa
Quiso el indio mover el pié adelante,
Ni amenaza de muerte ó vida opresa
A sacarle del tema fué bastante;
Y viendo el tiempo corto, y que la priesa
Les era á la sazon tan importante,
Dejándole amarrado á un grueso pino
La relacion siguieron y camino.

Al cabo de una milla, y á la entrada
De un arcabuco lóbrego y sombrío,
Sobre una espesa y áspera quebrada
Dieron en un pajizo y gran bohío;
La plaza en derredor fortificada
Con un despeñadero sobre el rio,
Y cerca dél cubiertas de espadañas
Chozas, casillas, ranchos y cabañas.

La centinela, en esto, descubriendo
De la punta de un cerro nuestra gente,
Dió la voz y señal apercibiendo
Al descuidado general valiente;
Pero los nuestros en tropel corriendo
Le cercaron la casa de repente,
Saltando el fiero bárbaro á la puerta,
Que ya á aquella sazon estaba abierta.

Mas viendo el paso en torno embarazado,
Y el presente peligro de la vida,
Con un martillo fuerte y acerado
Quiso abrir á su modo la salida;
Y alzándole á dos manos empinado
Por dalle mayor fuerza á la caida,
Topó una viga arriba atravesada
Do la punta encarnó y quedó trabada.

Pero un soldado á tiempo atravesando
Por delante acercándose á la puerta,
Le dió un golpe en el brazo penetrando
Los músculos y carne descubierta;
En esto el paso el indio retirando
Visto el remedio y la defensa incierta,
Amonestó á los suyos que se diesen
Y en ninguna manera resistiesen.

Salió fuera sin armas requiriendo
Que entrasen en la estancia, asegurados
Que eran pobres soldados, que huyendo
Andaban de la guerra amedrentados;
Y así con priesa y turbacion, temiendo
Ser de los foragidos salteados,
A la ocupada puerta habia salido
De las usadas armas prevenido.

Entraron de tropel donde hallaron
Ocho ó nueve soldados de importancia,
Que rendidas las armas se entregaron
Con muestras aparentes de ignorancia:
Todos atrás las manos los ataron
Repartiendo el despojo y la ganancia,
Guardando al capitán disimulado
Con dobladas prisiones y cuidado.

Que aseguraba con sereno gesto
Ser un bajo soldado de linaje,
Pero en su talle y cuerpo bien dispuesto
Daba muestra de ser gran personaje.
Gastóse algun espacio y tiempo en esto
Tomando de los otros mas lenguaje,
Que todos contestaban que era un hombre
De estimacion comun y poco nombre.

Ya entre los nuestros á gran furia andaba
El permitido robo y grita usada,
Que rancho, casa y choza no quedaba,
Que no fuese deshecha y saqueada,
Cuando de un toldo que vecino estaba
Sobre la punta de la gran quebrada
Se arroja una mujer huyendo apriesa
Por lo mas agrio de la breña espesa.

Pero alcanzóla un negro á poco trecho
Que tras ella se echó por la ladera,
Que era intrincado el paso y muy estrecho,
Y ella no bien usada en la carrera:
Llevaba un mal envuelto niño al pecho
De edad de quince meses, el cual era
Prenda del preso padre desdichado,
Con grande estremo dél y della amado.

Trújola el negro suelta no entendiendo
Que era presa y mujer tan importante.
En esto ya la gente iba saliendo
Al tino del arroyo resonante,
Cuando la triste palla descubriendo
Al marido que preso iba adelante,
De sus insignias y armas despojado
En el monton de la canalla atado,

No reventó con llanto la gran pena,
Ni de flaca mujer dió allí la muestra;
Antes de furia y viva rabia llena
Con el hijo delante se le muestra
Diciendo: «La robusta mano ajena,
Que así ligó tu afeminada diestra,
Mas clemencia y piedad contigo usara
Si ese cobarde pecho atravesara.

»¿Eres tú aquel varon que en pocos dias
Hinchó la redondez de sus hazañas,
Que con solo la voz temblar hacias
Las remotas naciones mas estrañas?
¿Eres tú el capitán que prometias
De conquistar en breve las Españas,
Y someter al ártico hemisferio
Al yugo y ley del araucano imperio?

»¡Ay de mí, cómo andaba yo engañada
Con mi altiveza y pensamiento ufano,
Viendo que en todo el mundo era llamada
Fresia, mujer del gran Caupolicano;
Y agora miserable y desdichada
Todo en un punto me ha salido en vano,
Viéndote prisionero en un desierto
Pudiendo haber honradamente muerto!

¿Qué son aquellas pruebas peligrosas
Que así costaron tanta sangre y vidas,
Las empresas difíciles, dudosas,
Por tí con tanto esfuerzo acometidas?
¿Qué es de aquellas victorias gloriosas
Desos atados brazos adquiridas?
Todo al fin ha parado y se ha resuelto
En ir con esa gente infame envuelto.

»Dime: ¿faltóte esfuerzo, faltó espada
Para triunfar de la mudable diosa?
¿No sabes que una breve muerte honrada
Hace inmortal la vida y gloriosa?
Miraras esta prenda desdichada,
Pues que de tí no queda ya otra cosa,
Que yo apenas la nueva me viniera
Cuando muriendo alegre te siguiera.

»Toma, toma tu hijo, que era el nudo
Con que el lícito amor me habia ligado:
Que el sensible dolor y golpe agudo
Estos fértiles pechos han secado;
Cria, críale tú, que ese membrudo
Cuerpo en sexo de hembra se ha trocado:
Que yo no quiero título de madre
Del hijo infame del infame padre.»

Diciendo esto colérica y rabiosa,
El tierno niño le arrojó delante,
Y con ira frenética y furiosa
Se fué por otra parte en el instante;
En fin, por abreviar, ninguna cosa
De ruegos ni amenazas fué bastante
A que la madre ya crüel volviese
Y el inocente hijo recibiese.

Diéronle nueva madre, y comenzaron
A dar la vuelta y á seguir la via,
Por la cual á gran priesa caminaron
Recobrando al pasar la fida guia,
Que atada al tronco por temor dejaron;
Y en larga escuadra al declinar del dia
Entraron en la plaza abanderada
Con gran aplauso y alardosa entrada.

Hízose con los indios diligencia
Porque con mas certeza se supiese
Si era Caupolicán, que su aparencia
Daba claros indicios que lo fuese;
Pero ni ausente dél, ni en su presencia
Hubo entre tantos uno que dijese
Que era mas que un incógnito soldado
De baja estofa y sueldo moderado.

Aunque algunos, después mas animados
Cuando en particular los apartaban,
De su cercana muerte asegurados,
El sospechado engaño declaraban;
Pero luego delante dél llevados,
Con medroso temblor se retrataban,
Negando la verdad ya comprobada,
Por ellos en ausencia confesada.

Mas viéndose apretado y peligroso,
Y que encubrirse al cabo no podia,
Dejando aquel remedio infructuoso,
Quiso tentar el último que habia;
Y así llamando al capitán Reinoso,
Que luego vino á ver lo que queria,
Le dijo con sereno y buen semblante
Lo que dirán mis versos adelante.

CANTO XXXIV.

Habla Caupolicán á Reinoso, y sabiendo que ha de morir, se vuelve cristiano; muere de miserable muerte, aunque con ánimo esforzado; los araucanos se juntan á la eleccion del nuevo general; manda el rey don Felipe levantar gente para entrar en Portugal.

¡Oh vida miserable y trabajosa
A tantas desventuras sometida!
Prosperidad humana sospechosa,
Pues nunca hubo ninguno sin caida!
¿Qué cosa habrá tan dulce y tan sabrosa
Que no sea amarga al cabo y desabrida?
No hay gusto, no hay placer sin su descuento:
Que el dejo del deleite es el tormento.

Hombres famosos en el siglo ha habido
A quien la vida larga ha deslustrado,
Que el mundo los hubiera preferido
Si la muerte se hubiera anticipado:
Aníbal desto buen ejemplo ha sido,
Y el cónsul que en Farsalia derrocado
Perdió por vivir mucho, no el segundo,
Mas el lugar primero deste mundo.

Esto confirma bien Caupolicano,
Famoso capitán y gran guerrero,
Que en el término américo-indïano
Tuvo en las armas el lugar primero;
Mas cargóle fortuna así la mano,
Dilatándole el término postrero,
Que fué mucho mayor que la subida
La miserable y súbita caida.

El cual reconociendo que su gente
Vacilando en la fe titubeaba,
Viendo que ya la próspera creciente
De su fortuna apriesa declinaba,
Hablar quiso á Reinoso claramente:
Que venido á saber lo que pasaba,
Presente el congregado pueblo todo,
Habló el bárbaro grave deste modo:

«Si á vergonzoso estado reducido
Me hubiera el duro y áspero destino,
Y si esta mi caida hubiera sido
Debajo de hombre y capitán indino,
No tuviera el brazo así desfallecido,
Que no abriera á la muerte yo camino
Por este propio pecho con mi espada,
Cumpliendo el curso y misera jornada.

»Mas juzgándote digno, y de quien puedo
Recibir sin vergüenza yo la vida,
Lo que de mí pretendes te concedo
Luego que á mi me fuere concedida;
Ni pienses que á la muerte tengo miedo,
Que aquesa es de los prósperos temida,
Y en mí por esperiencia he ya probado,
Cuán mal le está el vivir á un desdichado.

»Yo soy Caupolicán, que el hado mio
Por tierra derrocó mi fundamento,
Y quien del araucano señorío
Tiene el mando absoluto y regimiento:
La paz está en mi mano y albedrío,
Y el hacer y afirmar cualquier asiento,
Pues tengo por mi cargo y providencia
Toda la tierra en freno y obediencia.

»Soy quien mató á Valdivia en Tucapelo,
Y quien dejó á Purén desmantelado;
Soy el que puso á Penco por el suelo,
Y el que tantas batallas ha ganado;
Pero el revuelto ya contrario cielo
De victorias y triunfos rodeado
Me ponen á tus piés á que te pida
Por un muy breve término la vida.

»Cuando mi causa no sea justa, mira
Que el que perdona mas es mas clemente;
Y si á venganza la pasion te tira,
Pedirte yo la vida es suficiente;
Aplaca el pecho airado, que la ira
Es en el poderoso impertinente,
Y si en darme la muerte estás ya puesto,
Especie de piedad es darla presto.

»No pienses que aunque muera aquí á tus manos
Ha de faltar cabeza en el estado:
Que luego habrá otros mil Caupolicanos,
Mas como yo ninguno desdichado;
Y pues conoces ya á los araucanos,
Que dellos soy el mínimo soldado,
Tentar nueva fortuna error seria
Yendo tan cuesta abajo ya la mia.

»Mira que á muchos vences en vencerte;
Frena el ímpetu y cólera dañosa:
Que la ira examina al varon fuerte,
Y el perdonar, venganza es generosa.
La paz comun destruyes con mi muerte:
Suspende ahora la espada rigurosa,
Debajo de la cual están á una
Mi desnuda garganta y tu fortuna.

»Aspira á mas y á mayor gloria atiende;
No quieras en poca agua así anegarte:
Que lo que la fortuna así pretende
Solo es que quieras della aprovecharte.
Conoce el tiempo y tu ventura entiende,
Que estoy en tu poder ya de tu parte,
Y muerto no tendrás de cuanto has hecho
Sino un cuerpo de un hombre sin provecho.

»Que si esta mi cabeza desdichada
Pudiera, ó capitán, satisfacerte,
Tendiera el cuello á que con esa espada
Remataras aquí mi triste suerte;
Pero deja la vida condenada
El que procura apresurar su muerte,
Y mas en este tiempo, que la mia
La paz universal perturbaria.

Y pues por la esperiencia claro has visto
Que libre y preso, en público y secreto,
De mis soldados soy temido y quisto,
Y está á mi voluntad todo sujeto;
Haré yo establecer la ley de Cristo,
Y que sueltas las armas te prometo
Vendrá toda la tierra en mi presencia
A dar al rey Felipe la obediencia.

Tenme en prision segura retirado
Hasta que cumpla aquí lo que pusiere:
Que yo sé que el ejército y senado
En todo aprobarán lo que hiciere;
Y el plazo puesto y término pasado
Podré también morir, si no cumpliere:
Escoge lo que mas te agrada desto,
Que para ambas fortunas estoy presto.»

No dijo el indio mas, y la respuesta
Sin turbacion mirándole atendia,
Y la importante vida ó muerte presta
Callando con igual rostro pedia:
Que por mas que fortuna contrapuesta
Procuraba abatirle, no podia,
Guardando aunque vencido y preso en todo
Cierto término libre y grave modo.

Hecha la confesion como lo he escrito,
Con mas rigor y priesa que advertencia,
Luego á empalar y asaetearle vivo
Fué condenado en pública sentencia.
No la muerte y el término escesivo
Causó en su gran semblante diferencia:
Que nunca por mudanzas vez alguna
Pudo mudarle el rostro la fortuna.

Pero mudóle Dios en un momento
Obrando en él su poderosa mano,
Pues con lumbre de fe y conocimiento
Se quiso bautizar y ser cristiano.
Causó lástima y junto gran contento
Al circunstante pueblo castellano,
Con grande admiracion de todas gentes,
Y espanto de los bárbaros presentes.

Luego aquel triste aunque felice dia,
Que con solemnidad le bautizaron,
Y en lo que el tiempo escaso permitia
En la fe verdadera le informaron;
Cercado de una gruesa compañía
De bien armada gente le sacaron
A padecer la muerte consentida
Con esperanza ya de mejor vida.

Descalzo, destocado, á pié, desnudo,
Dos pesadas cadenas arrastrando,
Con una soga al cuello y grueso nudo,
De la cual el verdugo iba tirando,
Cercado en torno de armas, y el menudo
Pueblo detrás mirando y remirando
Si era posible aquello que pasaba,
Que visto por los ojos aun dudaba:

Desta manera pues llegó al tablado,
Que estaba un tiro de arco del asiento,
Media pica del suelo levantado,
De todas partes á la vista exento:
Donde con el esfuerzo acostumbrado,
Sin mudanza y señal de sentimiento,
Por la escala subió tan desenvuelto
Como si de prisiones fuera suelto.

Puesto ya en lo mas alto, revolviendo
A un lado y á otro la serena frente
Estuvo allí parado un rato, viendo
El gran concurso y multitud de gente
Que el increible caso y estupendo
Atónita miraba atentamente,
Teniendo á maravilla y gran espanto
Haber podido la fortuna tanto.

Llegose él mismo al palo donde habia
De ser la atroz sentencia ejecutada,
Con un semblante tal, que parecia
Tener aquel terrible trance en nada,
Diciendo: «Pues el hado y suerte mia
Me tienen esta suerte aparejada,
Venga, que yo la pido, yo la quiero,
Que ningun mal hay grande si es postrero.»

Luego llegó el verdugo diligente,
Que era un negro gelofo, mal vestido,
El cual viéndole el bárbaro presente
Para darle la muerte prevenido,
Bien que con rostro y ánimo paciente
Las afrentas demás habia sufrido,
Sufrir no pudo aquella aunque postrera,
Diciendo en alta voz desta manera:

«¿Cómo? ¿Qué? ¿En cristiandad y pecho honrado
Cabe cosa tan fuera de medida,
Que á un hombre como yo, tan señalado,
Le dé muerte una mano así abatida?
Basta, basta morir el mas culpado:
Que al fin todo se paga con la vida,
Y es usar deste término conmigo
Inhumana venganza, y no castigo.

»¿No hubiera alguna espada aquí de cuantas
Contra mí se arrancaron á porfía,
Que usada á nuestras míseras gargantas
Cercenara de un golpe aquesta mia?
Que aunque ensaye su fuerza en mí de tantas
Maneras la fortuna en este dia,
Acabar no podrá, que bruta mano
Toque al gran general Caupolicano.»

Esto dicho, y alzando el pié derecho,
Aunque de las cadenas impedido,
Dió tal coz al verdugo, que gran trecho
Le echó rodando abajo mal herido:
Reprehendido el impaciente hecho,
Y del súbito enojo reducido,
Le sentaron después con poca ayuda
Sobre la punta de la estaca aguda.

No el aguzado palo penetrante,
Por mas que las entrañas le rompiese
Barrenándole el cuerpo, fué bastante
A que al dolor intenso se rindiese:
Que con sereno término y semblante
Sin que labio ni ceja retorciese,
Sosegado quedó, de la manera
Que si sentado en tálamo estuviera.

En esto seis flecheros señalados,
Que prevenidos para aquello estaban,
Treinta pasos de trecho desviados,
Por orden y despacio le tiraban;
Y aunque en toda maldad ejercitados,
Al despedir la flecha vacilaban,
Temiendo poner mano en un tal hombre
De tanta autoridad y tan gran nombre.

Mas fortuna crüel, que ya tenia
Tan poco por hacer y tanto hecho,
Si tiro alguno avieso allí salia
Forzando el curso le traia derecho;
Y en breve sin dejar parte vacía
De cien flechas quedó pasado el pecho,
Por do aquel grande espíritu echó fuera,
Que por menos heridas no cupiera.

Paréceme que siento enternecido
Al mas crüel y endurecido oyente
Deste bárbaro caso referido,
Al cual, señor, no estuve yo presente:
Que á la nueva conquista habia partido
De la remota y nunca vista gente;
Que si yo á la sazon allí estuviera
La cruda ejecucion se suspendiera.

Quedó abiertos los ojos, y de suerte
Que por vivo llegaban á mirarle:
Que la amarilla y afeada muerte
No pudo aun puesto allí desfigurarle.
Era el miedo en los bárbaros tan fuerte,
Que no osaban dejar de respetarle,
Ni allí se vió en alguno tal denuedo
Que puesto cerca dél no hubiese miedo.

La voladora fama presurosa
Derramó por la tierra en un momento
La no pensada muerte ignominiosa,
Causando alteracion y movimiento;
Luego la turba incrédula y dudosa,
Con nueva turbacion y desatiento,
Corre con priesa y corazon incierto
A ver si era verdad que fuese muerto.

Era el número tanto que bajaba
Del contorno y distrito comarcano,
Que en ancha y apiñada rueda estaba
Siempre cubierto el espacioso llano:
Crédito allí á la vista no se daba
Si ya no le tocaban con la mano,
Y aun tocado, después les parecia
Que era cosa de sueño ó fantasía.

No la afrentosa muerte impertinente,
Para temor del pueblo ejecutada,
Ni la falta de un hombre así eminente
En que nuestra esperanza iba fundada,
Amedrentó ni acobardó la gente:
Antes de aquella injuria provocada,
A la cruel satisfaccion aspira
Llena de nueva rabia y mayor ira.

Unos con sed rabiosa de venganza
Por la afrenta y oprobrio recibido,
Otros con la codicia y esperanza
Del oficio y baston ya pretendido,
Antes que sosegase la tardanza
El ánimo del pueblo removido,
Daban calor y fuerzas á la guerra
Incitando á furor toda la tierra.

Si hubiese de escribir la bravería
De Tucapel, de Rengo y Lepomande,
Orompello, Lincoya y Lebopía,
Purén y Cayopil y Mareande,
En un espacio largo no podria,
Y fuera menester libro mas grande:
Que cada cual con hervoroso afecto
Pretende allí y aspira á ser electo.

Pero el cacique Colocolo, viendo
El daño de los muchos pretendientes,
Como prudente y sabio conociendo
Pocos para el gran cargo suficientes,
Su anciana autoridad interponiendo
Les hizo mensajeros diligentes,
Para que se juntasen á consulta
En lugar apartado y parte oculta.

Los que abreviar el tiempo deseaban
Luego para la junta se aprestaron,
Y muchos, recelando que tardaban,
La diligencia y paso apresuraron;
Otros que á otro camino enderezaban,
Por no se declarar no rehusaron,
Siguiendo sin faltar un hombre solo
El sabio parecer de Colocolo.

Fué entre ellos acordado que viniesen
Solos, á la lijera, sin bullicio,
Porque los enemigos no tuviesen
De aquella nueva junta algun indicio,
Haciendo que de todas partes fuesen
Indios que con industria y artificio
Instasen en la paz siempre ofrecida
Con muestra humilde y contricion fingida.

El plazo puesto y sitio señalado
En un cómodo valle y escondido,
La convocada gente del senado
Al término llegó constituido,
Y entre ellos Tucapel determinado
De por bien ó por mal ser elegido,
Y otros que con menores fundamentos
Mostraban sus preñados pensamientos.

Siento fraguarse nuevas disensiones,
Moverse gran discordia y diferencia,
Hervir con ambicion los corazones,
Brotar el odio antiguo y competencia,
Variar los designios y opiniones
Sin manera ó señal de conveniencia,
Fundando cada cual su desvarío
En la fuerza del brazo y albedrío.

Entrados como digo en el consejo
Los caciques y nobles congregados,
Todos con sus insignias y aparejo,
Segun su antigua preeminencia armados,
Colocolo, sagaz y cauto viejo,
Viéndolos en los rostros demudados,
Aunque aguardaba á la sazon postrera,
Adelantó la voz desta manera.....

Pero si no os cansais, señor, primero
Que os diga lo que dijo Colocolo,
Tomar otro camino largo quiero,
Y volver el designio á nuestro polo:
Que aunque á deciros mucho me prefiero,
El sujeto que tomo basta solo
A levantar mi baja voz cansada,
De materia hasta aquí necesitada.

Mas si me dais licencia yo querria,
Para que mas á tiempo esto refiera,
Alcanzar si pudiese á don García,
Aunque es diversa y larga la carrera:
El cual en el turbado reino habia
Reformado los pueblos de manera,
Que puso con solícito cuidado
La justicia y gobierno en buen estado.

Pasó de Villarica el fértil llano,
Que tiene al sur el gran volcán vecino,
Fragua, segun afirman, de Vulcano,
Que regoldando fuego está contino;
De allí volviendo por la diestra mano
Visitando la tierra al cabo vino
Al ancho lago y gran desaguadero,
Término de Valdivia y fin postrero;

Donde también llegué: que sus pisadas
Sin descansar un punto voy siguiendo,
Y de las mas ciudades convocadas,
Iban gentes en número acudiendo
Pláticas en conquistas y jornadas;
Y así el tumulto bélico creciendo
En sordo son confuso rimbombaba,
Y el vecino contorno amedrentaba.

Que arrebatado del lijero viento,
Y por la fama lejos esparcido,
Hirió el desapacible y duro acento
De los remotos indios el oido:
Los cuales con turbado sentimiento
Huyen del nuevo y fiero son temido,
Cual medrosas ovejas derramadas
Del aullido del lobo amedrentadas.

Nunca el escuro y tenebroso velo
De nubes congregadas de repente,
Ni presto rayo que rasgando el cielo
Baja tronando envuelto en llama ardiente,
Ni terremoto cuando tiembla el suelo
Turba y atemoriza así la gente,
Como el horrible estruendo de la guerra
Turbó y amedrentó toda la tierra.

Quién sin duda publica que ya entraban
Destruyendo ganados y comidas,
Quién que la tierra y pueblos saqueaban
Privando á los caciques de las vidas,
Quién que á las nobles dueñas deshonraban,
Y forzaban las hijas recogidas,
Haciendo otros insultos y maldades
Sin reservar lugar, sexo ni edades.

Crece el desorden, crece el desconcierto
Con cada cosa que la fama aumenta,
Teniendo y afirmando por muy cierto
Cuanto el triste temor les representa:
Solo el salvarse les parece incierto,
Y esto los atribula y atormenta:
Allá corren gritando, acá revuelven,
Todo lo creen y en nada se resuelven.

Mas luego que el temor desatinado,
Que la gente llevaba derramada,
Dejó en ella lugar desocupado
Por donde la razon hallase entrada,
El atónito pueblo reportado,
Su total perdicion considerada,
Se junta á consultar en este medio
Las cosas importantes al remedio.

Hallóse en este vario ayuntamiento
Tunconabala, plático soldado,
Persona de valor y entendimiento,
En la araucana escuela dotrinado,
Que por cierta cuestion y acaecimiento
De su tierra y parientes desterrado,
Se redujo á doméstico ejercicio,
Huyendo el trato bélico y bullicio.

El cual viendo en el pueblo diferente
El miedo grande y confusion que habia,
Pues sin oir trompeta ni ver gente
Le espantaba su misma vocería,
En un lugar capaz y conveniente,
Junta toda la noble compañía,
Sosegado el rumor y alteraciones
Les comenzó á decir estas razones:

«Escusado es, amigos, que yo os diga
El peligroso punto en que nos vemos
Por esta gente pérfida enemiga,
Que ya cierto á las puertas la tenemos;
Pues el temor que á todos nos fatiga,
Nos apremia y constriñe á que entreguemos
La libertad y casas al tirano,
Dándole entrada libre y paso llano.

»¿A qué fosado muro ó antepecho,
A qué fuerza ó ciudad, á qué castillo
Os podreis retirar en este estrecho,
Que baste sola un hora á resistillo?
Si quereis hacer rostro y mostrar pecho,
Desnudo le ofrecemos al cuchillo,
Pues nos coge esta furia repentina
Sin armas, capitán, ni disciplina.

»Que estos barbudos crueles y terribles
Del bien universal usurpadores,
Son fuertes, poderosos, invencibles,
Y en todas sus empresas vencedores:
Arrojan rayos con estruendo horribles,
Pelean sobre animales corredores,
Grandes, bravos, feroces y alentados,
De solo el pensamiento gobernados.

»Y pues contra sus armas y fiereza
Defensa no teneis de fuerza ó muro,
La industria ha de suplir nuestra flaqueza
Y prevenir con tiempo el mal futuro:
Que mostrando doméstica llaneza
Les podeis prometer paso seguro
Como á nacion vecina y gente amiga,
Que la promesa en daño á nadie obliga.

»Haciendo en este tiempo limitado
Retirar con silencio y buena maña
La ropa, provisiones y ganado
Al último rincon de la montaña;
Dejando el alimento tan tasado,
Que vengan á entender que esta campaña
Es estéril, es seca y mal templada
De gente pobre y misera habitada.

»Porque estos insaciables avarientos,
Viendo la tierra pobre y poca presa,
Sin duda mudarán los pensamientos
Dejando por inútil esta empresa;
Y la falta de gente y bastimentos
Los echará deste distrito apriesa,
Guiados por la breña y gran recuesto,
De do quizá no volverán tan presto.

»Teneis de Ancud el paso y estrecheza
Cerrado de peñascos y jarales,
Por do quiso impedir naturaleza
El trato á los vecinos naturales;
Cuya espesura grande y aspereza
Aun no pueden romper los animales,
Y las aves alijeras del cielo
Sienten trabajo en el pasarle á vuelo.

»Llevados por aquí, sin duda creo
Que viendo el alto monte peligroso
Corregirán el ímpetu y deseo,
Volviendo atrás el paso presuroso;
Y si quieren buscar algun rodeo,
Desviarse de aquí será forzoso,
Dejando esta region por miserable
Libre de su insolencia intolerable.

»Y aunque la libertad y vida mia
Sé que corre peligro en el viaje,
Con rústica y desnuda compañía
Salir quiero á encontrarlos al pasaje,
Y fingiendo ignorancia y alegría,
Vestido de grosero y pobre traje,
Ofrecerles he en don una miseria,
Que arguya y dé á entender nuestra laceria.

»Quizá viendo el trabajo y poco fruto
Que se puede esperar de la pobreza,
La estéril tierra y mísero tributo,
El linaje de gente y rustiqueza,
Mudarán el intento resoluto,
Que es de buscar haciendas y riqueza,
Haciéndoles volver con maña y arte
Las armas y designios á otra parte.»

No acabó su razon el indio cuando
Se levantó un rumor entre la gente,
El parecer á voces aprobando
Sin mostrarse ninguno diferente;
Y así la ejecucion apresurando
En lo ya consultado conveniente,
Corrieron al efecto retirados
Los muebles, vituallas y ganados.

Ya el español con la presteza usada
Al último confin habia venido,
Dando remate á la postrer jornada
Del límite hasta allí constituído;
Y puesto el pié en la raya señalada
El presuroso paso suspendido,
Dijo, si ya escucharlo no os enoja,
Lo que el canto dirá vuelta la hoja.

CANTO XXXV.

Entran los españoles en demanda de la nueva tierra; sáleles al paso Tunconabala, persuádeles á que se vuelvan; pero viendo que no aprovecha, les ofrece una guía que los lleva por grandes despeñaderos, donde pasan terribles trabajos.

¿Qué cerros hay que el interés no allana,
Y qué dificultad que no la rompa?
¿Qué pecho fiel, qué voluntad tan sana
Que este no la inficione y la corrompa?
Destruye el trato de la vida humana,
No hay orden que no altere y la interrompa,
Ni estrecha entrada ni cerrada puerta
Que no la facilite y deje abierta.

Este de parentescos y hermandades
Desata el nudo y vínculo mas fuerte,
Vuelve en enemistad las amistades,
Y el grato amor en desamor convierte:
Inventor de desastres y maldades
Tropella á la razon, cambia la suerte,
Hace al hielo caliente, al fuego frío,
Y hará subir por una cuesta un rio.

Así por mil peligros y derrotas,
Golfos profundos, mares no sulcados,
Hasta las partes últimas ignotas
Trujo sin descansar tantos soldados,
Y por vias estériles, remotas,
Del interés incitador llevados,
Piensan escudriñar cuanto se encierra
En el círculo inmenso de la tierra.

Dije que don García habia arribado
Con prática y lucida compañía
Al término de Chile señalado,
De do nadie jamás pasado habia;
Y en medio de la raya el pié afirmado
Que los dos nuevos mundos dividia,
Presente yo y atento á las señales,
Las palabras que dijo fueron tales:

«Nacion, á cuyos pechos invencibles
No pudieron poner impedimentos
Peligros y trabajos insufribles,
Ni airados mares ni contrarios vientos,
Ni otros mil contrapuestos imposibles,
Ni la fuerza de estrellas, ni elementos,
Que rompiendo por todo habeis llegado
Al término del orbe limitado:

»Veis otro nuevo mundo, que encubierto
Los cielos hasta agora le han tenido,
El difícil camino y paso abierto
A solo vuestros brazos concedido:
Veis de tanto trabajo el premio cierto,
Y cuanto os ha fortuna prometido,
Que siendo de tan grande empresa autores
Habeis de ser sin límite señores.

»Y la parlera fama discurriendo
Hasta el estremo y término postrero,
Las antiguas hazañas refiriendo
Pondrá esta vuestra en el lugar primero;
Pues en dos largos mundos no cabiendo
Venís á conquistar otro tercero,
Donde podrán mejor sin estrecharse
Vuestros ánimos grandes ensancharse.

»Y pues es la sazon tan oportuna
Y poco necesarias las razones,
No quiero detener vuestra fortuna
Ni gastar mas el tiempo en oraciones:
Sús, tomad posesion todos á una
Desas nuevas provincias y regiones,
Donde os tienen los hados á la entrada
Tanta gloria y riqueza aparejada.»

Luego pues de tropel toda la gente,
A la plática apenas detenida,
Pisó la nueva tierra libremente
Jamás del estranjero pié batida;
Y con orden y paso diligente,
Por una angosta senda mal seguida,
En larga retahila y ordenada
Dimos principio á la primer jornada.

Caminamos sin rastro algunos dias
De solo el tino por el sol guiados,
Abriendo pasos y cerradas vias
Rematadas en riscos despeñados:
Las mentirosas fugítivas guias
Nos llevaron por partes engañados,
Que parecia imposible al mas gigante
Poder volver atrás ni ir adelante.

Ya del móvil primero arrebatado
Contra su curso el sol acia el poniente,
Al mundo cuatro vueltas habia dado
Calentando del pez la húmida frente,
Cuando al bajar de un áspero collado
Vimos salir diez indios de repente
Por entre un arcabuco y breña espesa,
Desnudos en monton trotando apriesa.

Del aire, de la lluvia y sol curtidos,
Cubiertos de un espeso y largo vello,
Pañetes cortos de cordel ceñidos,
Altos de pecho y de fornido cuello,
La color y los ojos encendidos,
Las uñas sin cortar, largo el cabello,
Brutos campestres, rústicos salvajes,
De fieras cataduras y visajes.

Venia un robusto viejo el delantero,
Al cual el medio cuerpo le cubria
Un roto manto de sayal grosero,
Que mísera pobreza prometia:
Este pues, como dije allá primero,
Era Tunconabal, que pretendia
Mudar nuestros designios y opiniones
Con fingidos consejos y razones.

Fuimos luego sobre ellos, recelando
Ser gente de montaña fugitiva;
Mas ellos nuestros pasos atajando
Venian á mas andar la cuesta arriba,
Y al pié de una alta peña reparando
Por do un quebrado arroyo se derriba
Todos nos aguardaron sin recelo,
Puestas sus flechas y arcos en el suelo.

Luego el anciano á voces, y en estraña
Lengua de nuestro intérprete entendida,
Dijo: «¡Oh gente infeliz, á esta montaña
Por falso engaño y relacion traida,
Do la serpiente y áspera alimaña
Apenas sustentar pueden la vida,
Y donde el hijo bárbaro nacido
Es de incultas raices mantenido!

» ¿Qué informacion siniestra, qué noticia
Incita así vuestro ánimo invencible?
¿Qué dañado consejo, ó qué malicia
Os ha facilitado lo imposible?
Frenad, aunque loable, esa codicia;
Que la empresa es difícil y terrible,
Y vais sin duda todos engañados
A miserable muerte condenados.

»Que cuando no encontreis gente de guerra
Que os ponga en el pasaje impedimento,
Hallareis una sierra y otra sierra,
Y una espesura y otra, y otras ciento,
Tanto que la aspereza de la tierra
Por la falta de yerba y nutrimento,
Y contagion del aire, no consiente
En su esterilidad cosa viviente.

»Y aunque me veis en bruto transformado
A la silvestre vida reducido,
Sabed, que ya en un tiempo fuí soldado,
Y que también las armas he vestido:
Así que por la ley que he profesado
Viendo que va este ejército perdido,
La lástima me mueve á aconsejaros
Que sin pasar de aquí querais tornaros.

»Que estas yermas campañas y espesuras.
Hasta el frígido sur continuadas
Han de ser el remate y sepulturas
De todas vuestras prósperas jornadas,
Mirad destos salvajes las figuras
De quien son como fieras habitadas,
Y el fruto que nos dan escasamente,
Del cual os traigo un mísero presente.»

En esto de un fardel de ovas marinas
A la manera de una red tejidas
Sacó diversas frutas montesinas,
Duras, verdes, agrestes, desabridas,
Carne seca de fieras salvajinas,
Y otras silvestres rústicas comidas,
Langosta al sol curada, y lagartijas
Con mil varias inmundas sabandijas.

Admirónos la forma y la estrañeza
De aquella gente bárbara notable,
La gran selvatiquez y rustiqueza,
El fiero aspecto y término intratable,
La espesura de montes y aspereza,
Y el fruto de aquel suelo miserable:
Tierra yerma, desierta y despoblada,
De trato y vecindad tan apartada.

Preguntámosle allí si prosiguiendo
La tierra era adelente montuosa:
Respondiónos el viejo sonriyendo,
Ser mas áspera, dura y mas fragosa,
Y que así la montaña iba creciendo,
Que era imposible y temeraria cosa
Romper tanta maleza y espesura
Puesta allí por secreto de natura.

Pero visto nuestro ánimo ambicioso,
Que era de proseguir siempre adelante,
Y que el fingido aviso malicioso
A volvernos atrás no era bastante,
Con un afecto tierno y amoroso
Mostrando en lo esterior triste semblante
Puesto un rato á pensar afirmó cierto
Haber cerca otro paso mas abierto.

Que por la banda diestra del poniente,
Dejando el monte del siniestro lado,
Habia un rastro cursado antiguamente,
Por la nacida yerba ya borrado,
Por do podia pasar salva la gente,
Aunque era el trecho largo y despoblado,
Para lo cual él mismo nos daria
Una prática lengua y fida guia.

Fué de nosotros esto bien oido,
Que alguna gente estaba ya dudosa,
Y el donoso presente recibido,
También la recompensa fué donosa:
Un manto de algodon rojo teñido,
Y una poblada cola de raposa,
Quince cuentas de vidrio de colores
Con doce cascabeles sonadores.

La dádiva del viejo agradecida,
Por ser joyas entre ellos estimadas,
Y la guia solícita venida
Con todas las mas cosas aprestadas,
Pusimos en efecto la partida
Siguiéndonos los indios dos jornadas,
Dando vuelta después por otra senda
Dejándonos el indio en encomienda.

La cual nos iba siempre asegurando
Gran riqueza, ganado y poblaciones
Los ánimos estrechos ensanchando
Con falsas y engañosas relaciones,
Diciendo: cuando Febo volteando
Seis veces alumbrare estas regiones,
Os prometo so pena de la vida
Henchir del apetito la medida.

No sabré encarecer nuestra altiveza,
Los ánimos briosos y lozanos,
La esperanza de bienes y riqueza,
Las vanas trazas y discursos vanos:
El cerro, el monte, el risco y la aspereza
Eran caminos fáciles y llanos,
Y el peligro y trabajo exorbitante
No osaban ya ponérsenos delante.

Ibamos sin cuidar de bastimentos
Por cumbres, valles hondos, cordilleras,
Fabricando en los llanos pensamientos
Máquinas levantadas y quimeras:
Así ufanos, alegres y contentos
Pasamos tres jornadas las primeras;
Pero á la cuarta al tramontar del dia
Se nos huyó la temerosa guia.

El mal indicio, la sospecha cierta,
Los ánimos turbó mas esforzados,
Viendo la falsa trama descubierta,
Y los trabajos ásperos doblados;
Mas aunque sin camino y en desierta
Tierra, del gran peligro amenazados,
Y la hambre y fatiga todo junto
No pudo detenernos solo un punto.

Pasamos adelante descubriendo
Siempre mas arcabucos y breñales,
La cerrada espesura y paso abriendo
Con hachas, con machetes y destrales:
Otros con pico y azadon rompiendo
Las peñas y arraigados matorrales,
Do el caballo hostigado y receloso
Afírmase seguro el pié medroso.

Nunca con tanto estorbo á los humanos
Quiso impedir el paso la natura,
Y que así de los cielos soberanos
Los árboles midiesen el altura,
Ni entre tantos peñascos y pantanos
Mezcló tanta maleza y espesura
Como en este camino defendido
De zarzas, breñas y árboles tejido.

También el cielo en contra conjurado
La escasa y turbia luz nos encubria,
De espesas nubes lóbregas cerrado,
Volviendo en tenebrosa noche el dia;
Y de granizo y tempestad cargado
Con tal furor el paso defendia,
Que era mayor del cielo ya la guerra
Que el trabajo y peligro de la tierra.

Unos presto socorro demandaban
En las hondas malezas sepultados;
Otros ¡ayuda! ayuda! vocealban
En húmidos pantanos atascados;
Otros iban trepando, otros rodaban,
Los piés, manos y rostros desollados,
Oyendo aquí y allí voces en vano
Sin poderse ayudar, ni dar la mano.

Era lástima oir los alaridos,
Ver los impedimentos y embarazos,
Los caballos sin ánimo caidos,
Destroncados los piés, rotos los brazos:
Nuestros sencillos débiles vestidos
Quedaban por las zarzas á pedazos,
Descalzos y desnudos, solo armados,
En sangre, lodo y en sudor bañados.

Y demás del trabajo incomportable,
Faltando ya el refresco y bastimento,
La aquejadora hambre miserable
Las cuerdas apretaba del tormento:
Y el bien dudoso, y daño indubitable
Desmayaba la fuerza y el aliento,
Cortando un dejativo sudor frío
De los cansados miembros todo el brio.

Pero luego también considerando
La gloria que el trabajo aseguraba,
El corazon los miembros reforzando
Cualquier dificultad menospreciaba;
Y los fuertes opuestos contrastando
Todo lo por venir facilitaba:
Que el valor mas se muestra y se parece
Cuando la fuerza de contrarios crece.

Así pues nuestro ejército rompiendo,
De solo la esperanza alimentado,
Pasaba á puros brazos descubriendo
El encubierto cielo deseado:
Ibanse ya las breñas destejiendo,
Y el bosque de los árboles cerrado
Desviando sus ramas intrincadas
Nos daban paso y fáciles entradas.

Ya por aquella parte, ya por esta
La entrada de la luz desocupando,
El yerto risco y empinada cuesta
Iban sus altas cumbres allanando;
La espesa y congelada niebla opuesta,
El grueso vapor húmido exhalando
Así se adelgazaba y esparcia,
Que penetrar la vista ya podia.

Siete dias perdidos anduvimos
Abriendo á hierro el impedido paso,
Que en todo aquel discurso no tuvimos
Do poder reclinar el cuerpo laso:
Al fin una mañana descubrimos
De Ancud el espacioso y fértil raso,
Y al pié del monte y áspera ladera
Un estendido lago y gran ribera.

Era un ancho archipiélago poblado
De inumerables islas deleitosas,
Cruzando por el uno y otro lado
Góndolas y piraguas presurosas:
Marinero jamás desesperado
En medio de las olas fluctuosas
Con tanto gozo vió el vecino puerto
Como nosotros el camino abierto.

Luego pues en un tiempo arrodillados,
Llenos de nuevo gozo y de ternura
Dimos gracias á Dios, que así escapados
Nos vimos del peligro y desventura;
Y de tantas fatigas olvidados,
Siguiendo el buen suceso y la ventura
Con esperanza y ánimo lozano
Salimos presto al agradable llano.

El enfermo, el herido, el estropeado,
El cojo, el manco, el débil, el tullido,
El desnudo, el descalzo, el desgarrado,
El desmayado, el flaco, el deshambrido
Quedó sano, gallardo y alentado,
De nuevo esfuerzo y de valor vestido,
Pareciéndole poco todo el suelo,
Y fácil cosa conquistar el cielo.

Mas con todo este esfuerzo á la bajada
De la ribera, en partes montüosa,
Hallamos la frutilla coronada,
Que produce la murta virtüosa;
Y aunque agreste, montés, no sazonada,
Fué á tan buena sazon y tan sabrosa,
Que el celeste maná y ollas de Egito
No movieran mejor nuestro apetito.

Cual banda de langostas enviadas
Por plaga á veces del linaje humano,
Que en las espigas fértiles, granadas,
Con un sordo rozar no dejan grano;
Así pues, en cuadrillas derramadas
Suelta la gente por el ancho llano
Dejaba los murtales mas copados
De fruta, rama y hoja despojados.

A puñados la fruta unos comian,
De la hambre aquejados importuna;
Otros ramos y hojas engullian,
No aguardando á cogerla una por una:
Quién huye al repartir la compañía
Buscando en lo escondido parte alguna
Donde comer la rama desgajada
De las rapaces uñas escapada.

Como el monton de las gallinas cuando
Salen al campo del corral cerrado,
Aquí y allí solícitas buscando
El trigo de la troj desperdiciado,
Que con los piés y picos escarbando
Halla alguna el regojo sepultado,
Y alzándose con él puesta en huida
Es de las otras luego perseguida:

Así aquel que arrebata buena parte
Deste y de aquel aquí y allí seguido,
Huyendo se retira luego en parte
Donde pueda comer mas escondido:
Ninguno si algo alcanza lo reparte,
Que no era tiempo aquel de ser partido,
Ni allí la caridad, aunque la habia,
Estenderse á los prójimos podia.

Estando con sabor desta manera
Gustando aquella rústica comida,
Llegó una corba góndola lijera
De doce largos remos impelida,
Que zabordando recio en la ribera
La chusma diestra y gente apercibida,
Saltaron luego en tierra sin recato
Con muestra de amistad y llano trato.

Mas si quereis saber quién es la gente,
Y la causa de haber así arribado,
No puedo aquí decíroslo al presente,
Que estoy del gran camino quebrantado:
Así para sazon mas conveniente
Será bien que lo deje en este estado,
Porque pueda entre tanto repararme,
Y os dé menos fastidio el escucharme.

CANTO XXXVI.

Sale el cacique de la barca á tierra; ofrece á los españoles todo lo necesario para su viaje, y prosiguiendo ellos su derrota, les ataja el camino el desaguadero del Archipiélago; atraviésale don Alonso en una piragua con diez soldados; vuelven al alojamiento, y de allí por otro camino á la ciudad Imperial.

Quien muchas tierras ve, ve muchas cosas
Que las juzga por fábula la gente,
Y tanto cuanto son maravillosas
El que menos las cuenta es mas prudente;
Y aunque es bien que se callen las dudosas
Y no ponerme en riesgo así evidente,
Digo que la verdad hallé en el suelo,
Por mas que afirmen que es subida al cielo.

Estaba retirada en esta parte
De todas nuestras tierras escluida:
Que la falsa cautela, engaño y arte
Aun nunca habian hallado aquí acogida....
Pero dejada esta materia aparte,
Volveré con la priesa prometida
A la barca de chusma y gente llena,
Que bogando embistió recio en la arena.

Donde un gracioso mozo bien dispuesto
Con hasta quince en número venia,
Crespo de pelo negro, y blanco gesto,
Que el principal de todos parecia;
El cual con grave término, modesto,
Junto á nuestra esparcida compañía
Nos saludó cortés y alegremente,
Diciendo en lengua estraña lo siguiente:

«Hombres, ó dioses rústicos, nacidos
En estos sacros bosques y montañas,
Por celeste influencia producidos
De sus cerradas y ásperas entrañas:
¿Por cuál caso ó fortuna sois venidos
Por caminos y sendas tan estrañas
A nuestros pobres y últimos rincones
Libres de confusion y alteraciones?

Si vuestra pretension y pensamiento
Es de buscar region mas espaciosa,
Y en la prosecucion de vuestro intento
Teneis necesidad de alguna cosa,
Toda comodidad y avïamiento,
Con mano larga y voluntad graciosa,
Hallareis francamente en el camino
Por todo el rededor circunvecino.

Y si quereis morar en esta tierra,
Tierra donde moreis aquí os daremos:
Si os place y os agrada mas la sierra,
Allá seguramente os llevaremos;
Si quereis amistad, si quereis guerra
Todo con ley igual os lo ofrecemos,
Escoged lo mejor, que á eleccion mia
La paz y la amistad escogeria.

Mucho agradó la suerte, el garbo, el traje
Del gallardo mancebo floreciente,
El espedido término y lenguaje
Con que así nos habló bizarramente,
El franco ofrecimiento y hospedaje,
La buena traza y talle de la gente,
Blanca, dispuesta, en proporcion fornida,
De manto y floja túnica vestida.

La cabeza cubierta y adornada
Con un capelo en punta rematado,
Pendiente atrás la punta y derribada,
A las ceñidas sienes ajustado,
De fina lana de vellon rizada,
Y el rizo de colores variado,
Que lozano y vistoso parecia
Señal de ser el clima y tierra fria.

Las gracias le rendimos de la oferta,
Y voluntad graciosa que mostraba,
Ofreciendo también la nuestra cierta,
Que á su provecho y bien se enderezaba
Pero al fin nuestra falta descubierta
Y lo mal que la hambre nos trataba,
Le pedimos refresco y vitualla
Debajo de promesa de pagalla.

Luego con voz y prisa diligente,
Vista la gran necesidad que habia,
Mandó á su prevenida y pronta gente
Sacar cuanto en la góndola traia,
Repartiéndolo todo francamente
Por aquella hambrienta compañía,
Sin de nadie aceptar solo un cabello,
Ni aun querer recibir las gracias dello.

Esforzados así desta manera,
Y también esforzada la esperanza,
Se comenzó á marchar por la ribera
Segun nuestra costumbre en ordenanza,
Y andada una gran legua en la primera
Tierra, que pareció cómoda estanza,
Cerca del agua en reparado asiento
Hicimos el primer alojamiento.

No estaba nuestro campo aun asentado
Ni puestas en lugar las demás cosas,
Cuando de aquella parte y deste lado
Hendiendo por las aguas espumosas,
Cargadas de maiz, fruta y pescado
Arribaron piraguas presurosas,
Refrescando la gente desvalida
Sin rescate, sin cuenta ni medida.

La sincera bondad y la caricia
De la sencilla gente destas tierras
Daban bien á entender que la cudicia
Aun no habia penetrado aquellas sierras,
Ni la maldad, el robo y la injusticia,
Alimento ordinario de las guerras,
Entrada en esta parte habian hallado,
Ni la ley natural inficionado.

Pero luego nosotros destruyendo
Todo lo que tocamos de pasada,
Con la usada insolencia el paso abriendo
Les dimos lugar ancho y ancha entrada;
Y la antigua costumbre corrompiendo
De los nuevos insultos estragada,
Plantó aquí la cudicia su estandarte
Con mas seguridad que en otra parte.

Pasada aquella noche, el dia siguiente
La nueva por las islas estendida
Llegaron dos caciques juntamente
A dar el parabién de la venida
Con un largo y espléndido presente
De refrescos y cosas de comida,
Y una lanuda oveja y dos vicuñas
Cazadas en la sierra á puras uñas.

Quedábanse suspensos y admirados
De ver hombres así desconocidos,
Blancos, rubios, espesos y barbados,
De lenguas diferentes y vestidos;
Miraban los caballos alentados
En medio de la furia corregidos,
Y mas los espantaba el fiero estruendo
Del tiro de la pólvora estupendo.

Llevábamos el rumbo al sur derecho
La torcida ribera costeando,
Siguiendo la derrota del estrecho
Por los grados la tierra demarcando;
Pero cuanto ganábamos de trecho
Iba el gran archipiélago ensanchando,
Descubriendo á distancias desviadas
Islas en grande número pobladas.

Salian muchos caciques al camino
A vernos como á cosa milagrosa,
Pero ninguno tan escaso vino
Que no trujese en don alguna cosa:
Quién el vaso capaz de nácar fino,
Quién la piel del carnero vedijosa,
Quién el arco y carcax, quién la vocina,
Quién la pintada concha peregrina.

Yo que fuí siempre amigo é inclinado
A inquirir y saber lo no sabido,
Que por tantos trabajos arrastrado
La fuerza de mi estrella me ha traido,
De alguna gente moza acompañado,
En una presta góndola metido,
Pasé á la principal isla cercana
Al parecer de tierra y gente llana.

Ví los indios y casas fabricadas
De paredes humildes y techumbres,
Los árboles y plantas cultivadas,
Las frutas, las semillas y legumbres;
Noté dellos las cosas señaladas,
Los ritos, ceremonias y costumbres,
El trato y ejercicio que tenian,
Y la ley y obediencia en que vivian.

Entré en otras dos islas paseando
Sus pobladas y fértiles orillas,
Otras fuí torno á torno rodeando
Cercado de domésticas barquillas,
De quien me iba por puntos informando
De algunas nunca vistas maravillas,
Hasta que ya la noche y fresco viento
Me trujo á la ribera en salvamento.

Pues otro dia que el campo caminaba,
Que de nuestro viaje fué el tercero,
Habiendo ya tres horas que marchaba
Hallamos por remate y fin postrero,
Que el gran lago en el mar se desaguaba
Por un hondo y veloz desaguadero,
Que su corriente y ancha travesía
El paso por allí nos impedia.

Cayó una gran tristeza, un gran nublado
En el ánimo y rostro de la gente,
Viendo nuestro camino así atajado
Por el ancho raudal de la creciente:
Que los caballos de cabestro á nado
No pudieran romper la gran corriente,
Ni la angosta piragua era bastante
A comportar un peso semejante.

Y volver piés atrás visto el terrible
Trabajo intolerable y escesivo,
Tenian segun razon por imposible
Poder llegar en salvo un hombre vivo:
Quedar allí era cosa incompatible,
Y temerario el ánimo y motivo
De proseguir el comenzado curso
Contra toda opinion y buen discurso.

Viendo nuestra congoja y agonia
Un joven indio, al parecer ladino,
Alegre se ofreció que nos daria
Para volver otro mejor camino:
Fué escesiva en algunos la alegria,
Y así dar vuelta luego nos convino,
Que ya el rigido invierno á los australes
Comenzaba á enviar claras señales.

Mas yo que mis designios verdaderos
Eran de ver el fin desta jornada,
Con hasta diez amigos compañeros,
Gente gallarda, brava y arriscada,
Reforzando una barca de remeros,
Pasé el gran brazo y agua arrebatada,
Llegando á zabordar hechos pedazos
A puro remo y fuerza de los brazos.

Entramos en la tierra algo arenosa,
Sin lengua y sin noticia, á la ventura,
Aspera al caminar y pedregosa,
A trechos ocupada de espesura;
Mas visto que la empresa era dudosa,
Y que pasar de allí seria locura,
Dimos la vuelta luego á la piragua,
Volviendo á atravesar la furiosa agua.

Pero yo por cumplir el apetito
Que era poner el pié mas adelante,
Fingiendo que marcaba aquel distrito,
Cosa al descubridor siempre importante,
Corrí una media milla, do un escrito
Quise dejar para señal bastante;
Y en el tronco que vi de mas grandeza
Escribí con cuchillo en la corteza:

Aquí llegó, donde otro no ha llegado,
Don Alonso de Ercilla, que el primero
En un pequeño barco deslastrado
Con solos diez pasó el desaguadero,
El año de cincuenta y ocho entrado,
Sobre mil y quinientos por hebrero,
A las dos de la tarde el postrer dia,
Volviendo á la dejada compañia.

Llegando pues al campo, que aguardando
Para partir nuestra venida estaba,
Que el riguroso invierno comenzando
La desierta campaña amenazaba;
El indio amigo pratico guiando
La gente alegre el paso apresuraba,
Pareciendo el camino, aunque cerrado,
Fácil con la memoria del pasado.

Cumplió el bárbaro isleño la promesa,
Que siempre en su opinion estuvo fijo,
Y por una encubierta selva espesa
Nos sacó de la tierra como dijo.
Voy pasando por esto á toda priesa,
Huyendo cuanto puedo el ser prolijo,
Que aunque lo fueron mucho los trabajos
Es menester echar por los atajos.

A la Imperial llegamos, do hospedados
Fuimos de los vecinos generosos,
Y de varios manjares regalados
Hartamos los estómagos golosos.
Visto pues en el pue lo así ayuntados
Tantos gallardos jóvenes briosos,
Se concertó una justa y desafio,
Donde mostrase cada cual su brio.

Turbó la fiesta un caso no pensado,
Y la celeridad del juez fué tanta,
Que estuve en el tapete ya entregado
Al agudo cuchillo la garganta:
El inorme delito exagerado
La voz y fama pública le canta,
Que fué solo poner mano á la espada
Nunca sin gran razon desenvainada.

Este acontecimiento, este suceso,
Fué forzosa ocasion de mi destierro,
Teniéndome después gran tiempo preso
Por remendar con este el primer yerro;
Mas aunque así agraviado, no por eso
Armado de paciencia y duro hierro
Falté en alguna accion y correria,
Sirviendo en la frontera noche y dia.

Hubo allí escaramuzas sanguinosas,
Ordinarios rebatos y emboscadas,
Encuentros y refriegas peligrosas,
Asaltos y batallas aplazadas,
Raras estratagemas engañosas,
Astucias y cautelas nunca usadas,
Que aunque fueron en parte de provecho,
Algunas nos pusieron en estrecho.

Mas después del asalto y gran batalla
De la albarrada de Quipeo temida,
Donde fué destrozada tanta malla,
Y tanta sangre bárbara vertida,
Fortificado el sitio y la muralla
Aceleré mi súbita partida:
Que el agravio mas fresco cada dia
Me estimulaba siempre y me roia.

Y en un grueso barcon, bajel de trato,
Que velas altas de partida estaba,
Salí de aquella tierra y reino ingrato,
Que tanto afán y sangre me costaba;
Y sin contraste alguno ni rebato
Con el austro que en popa nos soplaba,
Costa á costa y á veces engolfado
Llegué al Callao de Lima celebrado.

Estuve allí hasta tanto que la entrada
Por el gran Marañon hizo la gente,
Donde Lope de Aguirre en la jornada
Mas que Neron y Herodes inclemente
Pasó tantos amigos por la espada,
Y á la querida hija juntamente,
No por otra razon y causa alguna
Mas de para morir juntos á una.

Y aunque mas de dos mil millas habia
De camino por partes despoblado,
Luego de allí por mar tomé la via
A mas larga carrera acostumbrado,
Y á Panamá llegué, do el mismo dia
La nueva por el aire habia llegado
Del desbarate y muerte del tirano,
Saliendo mi trabajo y priesa en vano.

Estuve en tierra firme detenido
Por una enfermedad larga y estraña;
Mas luego que me ví convalecido,
Tocando en las Terceras vine á España:
Donde no mucho tiempo detenido
Corrí la Francia, Italia y Alemaña,
A Silesia y Moravia hasta Posonia,
Ciudad sobre el Danubio de Panonia.

Pasé y volví á pasar estas regiones,
Y otras y otras por ásperos caminos,
Traté y comuniqué varias naciones
Viendo cosas y casos peregrinos,
Diferentes y estrañas condiciones,
Animales terrestres y marinos,
Tierras jamás del cielo rociadas,
Y otras á eterna lluvia condenadas.

¿Cómo me he divertido y voy á priesa
Del camino primero desviado?
¿Por qué así me olvidé de la promesa
Y discurso de Arauco comenzado?
Quiero volver á la dejada empresa
Si no teneis el gusto ya estragado;
Mas yo procuraré deciros cosas
Que valga por disculpa el ser gustosas.

Volveré á la consulta comenzada
De aquellos capitanes señalados,
Que en la parte que dije disputada
Estaban diferentes y encontrados;
Contaré la eleccion tan porfiada,
Y como al fin quedaron conformados,
Los asaltos, encuentros y batallas,
Que es menester lugar para contallas.

¿Qué hago, en qué me ocupo, fatigando
La trabajada mente y los sentidos,
Por las regiones últimas buscando
Guerras de ignotos indios escondidos;
Y voy aquí en las armas tropezando,
Sintiendo retumbar en los oidos
Un áspero rumor y son de guerra,
Y abrasarse en furor toda la tierra?

Veo toda la España alborotada
Envuelta entre sus armas victoriosas,
Y la inquïeta Francia ocasionada
Descoger sus banderas sospechosas;
En la Italia y Germania desviada
Siento tocar las cajas sonorosas,
Allegándose en todas las naciones
Gentes, pertrechos, armas, municiones.

Para decir tan grande movimiento,
Y el estrépito bélico y ruïdo,
Es menester esfuerzo y nuevo aliento,
Y ser de vos, señor, favorecido;
Mas ya que el temerario atrevimiento
En este grande golfo me ha metido,
Ayudado de vos, espero cierto
Llegar con mi cansada nave al puerto.

Que si mi estilo humilde y compostura
Me suspende la voz amedrentada,
La materia promete y me asegura
Que con grata atencion será escuchada.
Y entre tanto, señor, será cordura,
Pues he de comenzar tan gran jornada,
Recoger el espíritu inquïeto
Hasta que saque fuerzas del sujeto.

CANTO XXXVII.

En este último canto se trata cómo la guerra es de derecho de las gentes, y se declara el que el rey don Felipe tuvo al reino de Portugal, juntamente con los requerimientos que hizo á los portugueses para justificar mas sus armas.

Canto el furor del pueblo castellano
Con ira justa y pretension movido,
Y el derecho del reino lusitano,
A las sangrientas armas remitido:
La paz, la union, el vínculo cristiano
En rabiosa discordia convertido,
Las lanzas de una parte y otra airadas
A los parientes pechos arrojadas.

La guerra fué del cielo derivada,
Y en el linaje humano trasferida,
Cuando fué por la fruta reservada
Nuestra naturaleza corrompida.
Por la guerra la paz es conservada
Y la insolencia humana reprimida,
Por ella á veces Dios el mundo aflige,
Le castiga, le enmienda y le corrige.

Por ella á los rebeldes insolentes
Oprime la soberbia y los inclina,
Desbarata y derriba á los potentes,
Y la ambicion sin término termina.
La guerra es de derecho de las gentes,
Y el orden militar y disciplina
Conserva la república y sostiene,
Y las leyes políticas mantiene.

Pero será la guerra injusta luego
Que del fin de la paz se desviare,
O cuando por venganza ó furor ciego,
O fin particular se comenzare;
Pues ha de ser, si es público el sosiego,
Pública la razon que le turbare:
No puede un miembro solo en ningun modo
Romper la paz y union del cuerpo todo.

Que así como tenemos profesada
Una hermandad en Dios y ayuntamiento,
Tanto del mismo Cristo encomendada
En el último eterno testamento,
No puede ser de alguno desatada
Esta paz general y ligamiento,
Si no es por causa pública ó querella,
Y autoridad del rey, defensor della.

Entonces, como un ángel sin pecado,
Puesta en la causa universal la mira,
Puede tomar las armas el soldado,
Y en su enemigo ejecutar la ira;
Y cuando algun respeto ó fin privado
Le templa el brazo, encoge y le retira,
Demás de que en peligro pone el hecho
Peca y ofende al público derecho.

Por donde en justa guerra permitida
Puede la airada vencedora gente
Herir, prender, matar en la rendida,
Y hacer al libre esclavo y obediente;
Que el que es señor y dueño de la vida
Lo es ya de la persona, y justamente
Hará lo que quisiere del vencido,
Que todo al vencedor le es concedido.

Y pues en todos tiempos y ocasiones,
Por la causa comun, sin cargo alguno,
En batallas formadas y escuadrones
Puede usar de las armas cada uno:
Por las mismas legítimas razones
Es lícito el combate de uno á uno,
A pié, á caballo, armado, desarmado,
Ora sea en campo abierto, ora estacado.

En guerra justa es justo el desafío,
La autoridad del príncipe interpuesta,
Bajo de cuya mano y señorío
La ordenada república está puesta;
Mas si por caso propio ó albedrío
Se denuncia el combate y se protesta,
O sea provocador ó provocado
Es ilícito, injusto y condenado.

Y los cristianos príncipes no deben
Favorecer jamás, ni dar licencia
A condenadas armas, que se mueven
Por odio, por venganza ó competencia;
Ni decidan las causas, ni se prueben
Remitiendo á las fuerzas la sentencia,
Pues por razon oculta á veces veo
Que sale vencedor el que fué reo.

Y el juicio de las armas sanguinoso
Justa y derechamente se condena,
Pues vemos el incierto fin dudoso,
Segun la suma Providencia ordena:
Que el suceso ora triste, ora dichoso,
No es quien hace la causa mala ó buena,
Ni jamás la justicia en cosa alguna
Está sujeta á caso ni á fortuna.

Digo también, que obligacion no tiene
De inquirir el soldado diligente
Si es lícita la guerra y si conviene,
O si se mueve injusta ó justamente:
Que solo al rey que por razon le viene
La obediencia y servicio de su gente,
Como gobernador de la república
Le toca examinar la causa pública.

Y pues del rey como cabeza pende
El peso de la guerra y grave carga,
Y cuanto daño y mal della depende
Todo sobre sus hombros solo carga,
Debe mucho mirar lo que pretende,
Y antes que dé al furor la rienda larga
Justificar sus armas prevenidas,
No por codicia y ambicion movidas.

Como Felipe en la ocasion presente,
Que de precisa obligacion forzado
En favor de las leyes justamente
Las permitidas armas ha tomado:
No fundando el derecho en ser potente,
Ni de codicia de reinar llevado;
Pues se estiende su cetro y monarquía
Hasta adonde remata el sol su vía.

Mas de ambicion desnudo y avaricia,
Que á los sanos corrompe é inficiona,
Llamado del derecho y la justicia
Contra el rebelde reino va en persona;
Y á despecho y pesar de la malicia
Que le niega y le impide la corona,
Quiere abrir y allanar con mano armada
A la razon la defendida entrada.

Y aunque con justa indignacion movido,
Sus fuerzas y poder disimulando
Detiene el brazo en alto suspendido,
El remedio de sangre dilatando;
Y con prudencia y ánimo sufrido
Su espada y pretension justificando,
Quebrantará después con aspereza
Del contumaz rebelde la dureza.

Oprimirá con fuerza y mano airada
La soberbia cerviz de los traidores,
Despedazando la pujante armada
De los galos piratas valedores;
Y con rigor y furia disculpada,
Como hombres de la paz perturbadores,
Muerto Felipe Estrozi su caudillo,
Serán todos pasados á cuchillo.

No manchará esta sangre su clemencia,
Sangre de gente pérfida enemiga:
Que si el delito es grave y la insolencia,
Clemente es y piadoso el que castiga.
Perdonar la maldad es dar licencia
Para que luego otra mayor se siga:
Crüel es quien perdona á todos todo,
Como el que no perdona en ningun modo.

Que no está en perdonar el ser clemente
Si conviene el rigor y es importante:
Que el que ataja y castiga el mal presente
Huye de ser crüel para adelante.
Quien la maldad no evita, la consiente,
Y se puede llamar participante,
Y el que á los malos públicos perdona
La república estraga é inficiona.

No quiero yo decir que no es gran cosa
La clemencia, virtud inestimable:
Que el perdonar, victoria es gloriosa,
Y en el mas poderoso mas loable;
Pero la paz comun tan provechosa
No puede sin justicia ser durable,
Que el premio y el castigo á tiempo usados
Sustentan las repúblicas y estados.

Y no todo el esceso y mal que hubiere
Se puede remediar, ni se castiga:
Que el tiempo á veces y ocasion requiere
Que todo no se apure ni se siga.
Príncipe que saberlo todo quiere,
Sepa que á perdonar mucho se obliga:
Que es medicina fuerte y rigurosa
Descarnar hasta el hueso cualquier cosa.

La clemencia á los mismos enemigos
Aplaca el odio y ánimo indignado,
Engendra devocion, produce amigos,
Y atrae el amor del pueblo aficionado:
Que el continuo rigor en los castigos
Hace al príncipe odioso y desamado.
Oficio es propio y propio de los reyes
Embotar el cuchillo de las leyes.

Y se puede decir que no importara
Disimular los males ya pasados,
Si dello ánimo el malo no tomara
Para nuevos insultos y pecados:
El miedo del castigo es cosa clara
Que reprime los ánimos dañados,
Y el ver al malhechor puesto en el palo
Corrige la maldad y enmienda al malo.

Mas también el castigo no se haga
Como el indocto y crudo cirujano,
Que siendo leve el mal, poca la llaga,
Mete los filos mucho por lo sano,
Y con el enconoso hierro estraga
Lo que sanara sin tocar la mano:
Que no es buena la cura y esperiencia,
Si es mas recia y peor que la dolencia.

Quiérome declarar: que algun curioso
Dirá que aquí y allí me contradigo.
Virtud es castigar cuando es forzoso
Y necesario el público castigo;
Virtud es perdonar el poderoso
La ofensa del ingrato y enemigo,
Cuando es particular, ó que se entienda
Que puede sin castigo haber enmienda.

Voime de punto en punto divirtiendo,
Y el tiempo es corto y la materia larga;
En lugar de aliviarme, recibiendo
En mis cansados hombros mucha carga:
Así de aquí adelante, resumiendo
Lo que menos importa y mas me carga,
Quiero volver á Portugal la pluma,
Haciendo aquí un compendio y breve suma.

¿Qué es esto, ó lusitanos, que engañados
Contraponeis el ostinado pecho,
Y con armas y brazos condenados
Quereis violar las leyes y el derecho?
Qué, ¿no mueve esos ánimos dañados
La paz comun y público provecho,
El deudo, religion, naturaleza,
El poder de Felipe y la grandeza?

Mirad con qué largueza os ha ofrecido
Haciendas, libertades y exenciones,
No á término forzoso reducido,
Mas con formado campo y escuadrones,
Y casi murmurado ha detenido
Las armas convenciéndoos con razones,
Cual padre que reduce por clemencia
Al hijo inobediente á la obediencia.

¡Qué ciega pretension, qué embaucamiento
Qué pasion pertinaz desatinada
Saca así la razon tan de su asiento,
Y tiene vuestra mente trastornada,
Que una unida nacion por sacramento,
Y con la cruz de Cristo señalada,
Envuelta en crueles armas homicidas
Dé en sus propias entrañas las heridas!

¡Y unas mismas divisas y banderas
Salgan de alojamientos diferentes,
Trayendo mil naciones estranjeras,
Que derraman la sangre de inocentes,
Y introducen errores y maneras
De pegajosos vicios insolentes,
Dejando con su peste derramada
La católica España inficionada!

A vos, eterno Padre soberano,
El favor necesario y gracia pido,
Y os suplico querais mover mi mano,
Pues en vos y por vos todo es movido,
Para que al portugués y al castellano
Dé justamente lo que le es debido,
Sin que me tuerza y saque de lo justo
Particular respeto ni otro gusto.

Y pues vos conoceis los corazones
Y el justo celo con que el mio se mueve,
Y en los buenos propósitos y acciones
El principio teneis, y el fin se os debe,
Dadme espíritu igual, dadme razones
Con que informe mi pluma, que se atreve
A emprender temeraria y arrojada
Con tan poco caudal tan gran jornada.

Queriendo Sebastián, rey lusitano,
Con ardor juvenil y movimiento
Romper el ancho término africano
Y oprimir el pagano atrevimiento,
Prometiéndole entrada y paso llano
Su altivo y levantado pensamiento,
Allegó de aquel reino brevemente
La riqueza, poder, la fuerza y gente.

Mas el rey don Felipe, que al sobrino
Vió moverse á la empresa tan lijero,
Al errado designio contravino
Con consejo de padre verdadero;
Y pensando apartarle del camino
Que iba á dar á tan gran despeñadero,
Hizo que en Guadalupe se juntasen,
Para que allí sobre ello platicasen.

No bastaron razones suficientes,
Ni el ruego y persuasion del grave tio,
Ni una gran multitud de inconvenientes
Que pudieran volver atrás un rio,
Ni el poner la cerviz de tantas gentes
Bajo de un solo golpe al albedrío
De la inconstante y variable diosa,
De revolver el mundo deseosa:

Que el orgulloso mozo, prometiendo
Lo que el justo temor dificultaba,
Los prudentes discursos rebatiendo,
Todos los contrapuestos tropellaba;
Y tras la libre voluntad corriendo
Su muerte y perdicion apresuraba:
Que no basta consejo ni advertencia
Contra el decreto y la fatal sentencia.

¿Quién cantará el suceso lamentable,
Aunque tenga la voz mas espedida,
Y aquel sangriento fin tan miserable
De la jornada y gente mal regida,
La ruina de un reino irreparable,
La fama antigua en solo un dia perdida,
Todo por voluntad de un mozo ardiente,
Movido sin razon por accidente?

Otro refiera el aciago dia
Que á los mas tristes en miseria escede:
Que aunque sangrienta está la pluma mia,
Correr por tantas lástimas no puede.
Quiero seguir la comenzada via
Si el alto cielo aliento me concede:
Que ya de aquesta parte también siento
Armarse un gran ñublado turbulento.

Después que el mozo rey voluntarioso
Al africano ejército asaltando,
En el ciego tumulto polvoroso
Murió en monton confuso peleando,
Y la fortuna de un vaivén furioso
Derrocó cuatro reyes, ahogando
La fama y opinion de tanta gente,
Revolviendo las armas del Poniente,

Fué luego en Portugal por rey jurado
Don Enrique, el hermano del abuelo,
Cardenal y presbítero ordenado,
Persona religiosa y de gran celo,
De años y enfermedades agravado,
Mas que para este mundo para el cielo,
Ofreciéndole el reino la fortuna
Con poca vida y sucesion ninguna.

El gran Felipe, en lo íntimo sintiendo
Del reino y muerto rey la desventura,
Y del enfermo don Enrique viendo
La mucha edad y vida mal segura,
Como sobrino y sucesor queriendo
Aclarar su derecho en coyuntura,
Que por la trasversal propincua via
A los reyes y títulos tenia:

Con celosa y loable providencia
Hizo juntar doctísimos varones,
De grande cristiandad y suficiencia,
Desnudos de interese y pretensiones,
Que conforme á derecho y á conciencia,
No por torcidas vias y razones,
Mirasen en el grado que él estaba,
Si el pretendido reino le tocaba.

Que doña Catalina, como parte,
Duquesa de Berganza pretendia
Por hija del infante don Duarte,
Que de derecho el reino le venia;
Y también don Antonio de otra parte
A la corona y cetro se oponia;
Mas aunque del comun favorecido,
Era por no legítimo escluido.

Y que hecho el examen cada uno
A tan arduo negocio conveniente,
Sin miramiento ni respeto alguno
Diesen sus pareceres libremente;
Porque en tiempo quieto y oportuno,
Prevenido al mayor inconveniente,
Si el reino á la razon no se allanase
Sus armas y poder justificase.

Todos los cuales, claramente viendo
Que el trasversal por ley y fuero llano
No representa al padre, sucediendo
El legítimo deudo mas cercano,
El varon á la hembra prefiriendo,
Y al de menos edad el mas anciano,
Yendo la sucesion y precedencia
Por derecho de sangre y no de herencia;

Don Antonio escluido y apartado
Por ley humana y por razon divina,
Y el derecho igualmente examinado
De don Felipe y doña Catalina,
Descendientes del tronco en igual grado,
Él sobrino de Enrique, ella sobrina,
Él varon, ella hembra, él rey temido,
Mayor de edad, y de mayor nacido:

Atento al fuero, á la costumbre, al hecho
Y otras muchas razones que juntaron
Con recto, justo, igual y sano pecho,
Sin discrepar, conformes declararon
Ser don Felipe sucesor derecho,
Y el reino por la ley le adjudicaron
Con tierras, mares, títulos y estados
Bajo de la corona conquistados.

Vista pues don Felipe la justicia,
Por tan bastantes hombres declarada,
Sospechoso del odio y la malicia
De la plebeya gente libertada,
Y la intrínseca y vieja inimicicia
En los pechos de muchos arraigada,
Quiso tentar en estas novedades
El ánimo del pueblo y voluntades.

Y con piadoso celo deseando
El bien del reino y público sosiego,
En la mente perpleja iba trazando
Cómo echar agua al encendido fuego,
Por todos los caminos procurando
Aquietar el comun desasosiego,
Que ya con libertad sin corregirse
Comenzaba en el pueblo á descubrirse.

Para lo cual fué dél luego elegido
Don Cristóbal de Mora, en quien habia
Tantas y tales partes conocido,
Cuales el gran negocio requeria:
De ilustre sangre en Portugal nacido,
De quien como vasallo el rey podria
Con ánimo seguro y esperanza
Hacer también la misma confianza,

Y enterarse del celo y sano intento,
Tantas veces por él representado,
Entendiendo la fuerza y fundamento
De su causa y derecho declarado,
No traido por término violento,
Ni deseo de reinar desordenado,
Mas por rigor de la justicia pura,
Por ley, razon, por fuero y por natura:

Así que, esto por él reconocido,
Como de rey tan justo se esperaba,
Mirase el gran peligro en que metido
El patrio reino y cristiandad estaba,
Y tuviese por bien, fuese servido
De sosegar la alteracion que andaba,
Declarándole en forma conveniente
Por sucesor derecha y justamente.

Con que en el suelto pueblo cesaria
El tumulto y escándalos estraños,
Y su declaracion atajaria
Grandes insultos y esperados daños;
Haciendo que en la forma que solia
Para después de sus felices años
El reino le jurase segun fuero
Por legítimo príncipe heredero.

Hecha por don Cristóbal la embajada,
Y de Felipe la intencion propuesta,
Tibiamente de Enrique fué escuchada,
Dando una ambigua y frívola respuesta:
Que por mas que le fué representada
La justicia del rey tan manifiesta,
Procuraba con causas escusarse
Sin querella aclarar ni declararse.

Visto pues dilatar el cumplimiento
De negocio tan arduo é importante,
Por donde el popular atrevimiento
Iba cobrando fuerzas adelante,
Don Felipe envió con nuevo asiento,
Largo poder y comision bastante
Para sacar resolucion alguna,
A don Pedro Giron, duque de Osuna.

Y al docto Guardiola juntamente
Porque con mas instancia y diligencia,
Vista de la tardanza el daño urgente
Contra la paz comun y convenencia,
Diesen claro á entender cuán conveniente
Era en tan gran discordia y diferencia,
Que el rey se declarase por decreto;
Cortando á mil designios el sujeto.

Y porque cosa alguna no quedase
Por hacer, y tentar todos los vados,
Y la ciega pasion no perturbase
El sosiego y quietud de los estados,
Antes que el odio antiguo reventase,
Dos eminentes hombres señalados
De los que en su real consejo habia
Ultimamente á don Enrique envia.

Uno, Rodrigo Vazquez, que en prudencia,
En rectitud, estudio y disciplina
Era de grande prueba y esperiencia,
De claro juicio y singular dotrina;
El otro, de no menos suficiencia,
Famoso en letras, el doctor Molina,
Ambos varones raros, escogidos,
En gran figura y opinion tenidos:

Para que Enrique dellos informado,
Y de todas las dudas satisfecho,
A las cortes que ya se habian juntado
Informasen también de su derecho,
Y al pueblo contumaz y apasionado,
Puesto delante el general provecho,
Fueros y libertades prometiesen
Con que á su devocion le redujesen.

Y aunque entendiese el viejo rey prudente
Ser esto lo que á todos convenia,
Pues por la espresa ley derechamente
El reino á su sobrino le venia,
Con larga dilacion impertinente
El negocio suspenso entretenia,
A fin que aquellos súbditos y estados
Fuesen con mas ventaja aprovechados.

Pues como hubiese el tardo rey dudoso
El término y respuesta diferido,
Llegó aquel de la muerte presuroso
Del autor de la vida estatuïdo:
Por donde al sucesor le fué forzoso
Viendo al rebelde pueblo endurecido,
Juntar contra sus fines y malicia
Las armas y el poder con la justicia.

Habiendo antes con todos procurado
Muchos medios de paz por él movidos,
Provocando al temoso y porfiado
Con dádivas, promesas y partidos;
Mas el poblacho terco y obstinado,
No estimando los bienes ofrecidos,
La enemistad del todo descubierta
Al derecho y razon cerró la puerta.

¿Quién pudiera deciros tantas cosas
Como aquí se me van representando,
Tanto rumor de trompas sonorosas,
Tanto estandarte al viento tremolando,
Las prevenidas armas sanguinosas
Del portugués y castellano bando,
El aparato y máquinas de guerra,
Las batallas de mar y las de tierra?

Viéranse entre las armas y fiereza
Materias de derecho y de justicia,
Ejemplos de clemencia y de grandeza,
Proterva y contumaz inimicicia,
Liberal y magnánima largueza,
Que los sacos hinchó de la codicia,
Y otros matices vivos y colores
Que fáciles harán los escritores.

Canten de hoy mas los que tuvieren vena
Y enriquezcan su verso numeroso,
Pues Felipe les dá materia llena,
Y un campo abierto, fértil y espacioso:
Que la ocasion dichosa y suerte buena
Vale mas que el trabajo infructüoso,
Trabajo infructüoso como el mio,
Que siempre ha dado en seco y en vacío.

¡Cuántas tierras corrí, cuántas naciones
Acia el helado norte atravesando,
Y en las bajas antárticas regiones
El antípoda ignoto conquistando!
Climas pasé, mudé constelaciones
Golfos inavegables navegando,
Estendiendo, señor, vuestra corona
Hasta casi la austral frígida zona!

¿Qué jornadas también por mar y tierra
Habeis hecho que deje de seguiros,
A Italia, Augusta, á Flandes, á Inglaterra
Cuando el reino por rey vino á pediros?
De allí el furioso estruendo de la guerra
Al Pirú me llevó por mas serviros,
Do con suelto furor tantas espadas
Estaban contra vos desenvainadas.

Y el rebelde indiano castigado
Y el reino á la obediencia reducido,
Pasé al remoto Arauco, que alterado
Habia del cuello el yugo sacudido;
Y con prolija guerra sojuzgado,
Y al odioso dominio sometido,
Seguí luego adelante las conquistas
De las últimas tierras nunca vistas.

Dejo por no cansaros y ser mios
Los inmensos trabajos padecidos,
La sed, hambre, calores y los frios,
La falta irremediable de vestidos,
Los montes que pasé, los grandes rios,
Los yermos despoblados no rompidos,
Riesgos, peligros, trances y fortunas,
Que aun son para contadas importunas.

Ni digo cómo al fin por accidente
Del mozo capitán acelerado
Fuí sacado á la plaza injustamente
A ser públicamente degollado;
Ni la larga prision impertinente
Do estuve tan sin culpa molestado,
Ni mil otras miserias de otra suerte,
De comportar mas graves que la muerte.

Y aunque la voluntad, nunca cansada,
Está para serviros hoy mas viva,
Desmaya la esperanza quebrantada
Viéndome proejar siempre agua arriba;
Y al cabo de tan larga y gran jornada,
Hallo que mi cansado barco arriba
De la fortuna adversa contrastado
Lejos del fin y puerto deseado.

Mas ya que de mi estrella la porfía
Me tenga así arrojado y abatido,
Verán al fin que por derecha vía
La carrera difícil he corrido;
Y aunque mas inste la desdicha mia,
El premio está en haberle merecido,
Y las honras consisten no en tenerlas,
Sino en solo arribar á merecerlas.

Que el disfavor cobarde que me tiene
Arrinconado en la miseria suma,
Me suspende la mano y la detiene
Haciéndome que pare aquí la pluma:
Así doy punto en esto, pues conviene
Para la grande inumerable suma
De vuestros hechos y altos pensamientos
Otro ingenio, otra voz y otros acentos.

Y pues del fin y término postrero
No puede andar muy lejos ya mi nave
Y el tímido y dudoso paradero
El mas sabio piloto no le sabe:
Considerando el corto plazo quiero,
Acabar de vivir, antes que acabe
El curso incierto de la incierta vida,
Tantos años errada y distraida.

Que aunque esto haya tardado de mi parte,
Y reducirme á lo postrero aguarde,
Sé bien que en todo tiempo y toda parte
Para volverse á Dios jamás es tarde:
Que nunca su clemencia usó de arte;
Y así el gran pecador no se acobarde,
Pues tiene un Dios tan bueno, cuyo oficio
Es olvidar la ofensa y no el servicio.

Y yo, que tan sin rienda al mundo he dado
El tiempo de mi vida mas florido,
Y siempre por camino despeñado
Mis vanas esperanzas he seguido:
Visto ya el poco fruto que he sacado,
Y lo mucho que á Dios tengo ofendido,
Conociendo mi error, de aquí adelante
Será razon que llore y que no cante.

FIN DE LA ARAUCANA DE DON ALONSO DE ERCILLA Y ZUÑIGA.

EXPLICACION

DE VARIOS VOCABLOS POCO CONOCIDOS QUE SE HALLAN EN LA ARAUCANA; CON NOTICIA DE ALGUNOS LUGARES INTERESANTES.

Angol. Valle donde los españoles poblaron una ciudad, y le pusieron por nombre *Los Confines de Angol.*

Apó. Señor ó capitán absoluto de los otros.

Arauco (*El estado de*) Es una provincia pequeña, de veinte leguas de largo y siete de ancho, poco mas ó menos, la cual ha sido la mas belicosa de todas las Indias, y por esto es llamado el *estado indómito.* Llámanse los indios de él *araucanos*, tomando el nombre de la provincia.

Arcabuco. Espesura grande de árboles altos y boscaje.

Bohio. Es una casa pajiza, grande, de sola una pieza, sin alto.

Cacique. Quiere decir señor de vasallos que tiene gente á su cargo. Los caciques toman el nombre de los valles de donde son señores, y de la misma manera los hijos ó sucesores que suceden en ellos. Declárase esto porque los que mueren en la guerra se oirán después nombrar en otra batalla: entiéndase que son los hijos ó sucesores de los muertos.

Caupolicán. Fué hijo de *Leocán*, y *Lautaro* hijo de *Pillán.* Declaro esto porque, como son capitanes señalados, de los cuales la historia hace muchas veces mencion, por no poner tantas veces sus nombres me aprovecho de los de sus padres.

Cautén. Es un valle hermosísimo y fértil, donde los españoles fundaron la mas próspera ciudad que ha habido en aquellas partes, la cual tenia trescientos mil indios casados de servicio: llamáronla *La Imperial* porque cuando entraron los españoles en aquella provincia, hallaron sobre todas las puertas y tejados águilas imperiales de dos cabezas, hechas de palo, á manera de timbre de armas; que, cierto, es extraña cosa y de notar, pues jamas en aquella tierra se ha visto ave con dos cabezas.

Coquimbo. Es el primer valle de Chile, donde pobló el capitán Valdivia un pueblo que le llamó *La Serena*, por ser él natural de La Serena: tiene un muy buen puerto de mar, y llámase tambien el pueblo Coquimbo, tomando el nombre del valle.

Chaquiras. Son unas cuentas muy menudas, á manera de aljófar, que las hallan por las marinas, y cuanto mas menuda, es mas preciada: labran y adornan con ellas sus llautos, y las mujeres sus hinchos, que son como una cinta angosta que les ciñe la cabeza por la frente, á manera de bicos, ó ciertas puntillas de oro que se ponian en los birretes de terciopelo con que antiguamente se cubrian la cabeza: andan siempre en cabello, y suelto por los hombros y espalda.

Chile. Es una provincia grande, que contiene en sí otras muchas provincias: nómbrase *Chile* por un valle principal llamado así; fué sujeto al Inga, rey del Perú, de donde le traian cada año gran suma de oro, por lo cual los españoles tuvieron noticia de este valle; y cuando entraron en la tierra, como iban en demanda del valle de Chile, llamaron *Chile* á toda la provincia hasta el estrecho de Magallanes.

Eponamon. Es nombre que dan al demonio, por el cual juran cuando quieren obligarse infaliblemente á cumplir lo que prometen.

Jota. Véase *ojota.*

Llauto. Es un trocho ó rodete redondo, ancho de dos dedos, que ponen en la frente y les ciñe la cabeza: son labrados de oro y chaquira, con muchas piedras y dijes en ellos, en los cuales asientan las plumas ó penachos, de que ellos son muy amigos: no los traen en la guerra, porque entonces usan celadas.

Mapochó. Es un hermoso valle donde los españoles poblaron la ciudad de Santiago, y llámase asimismo el pueblo *Mapochó.*

Mita. Es la carga ó tributo que trae el indio tributario.

Mitayo. Es el indio que la lleva ó trae.

Ojota, y por contraccion *Jota.* Especie de calzado que usaban las indias, el cual era á modo de los alpargates de España. Dábalas el novio á la novia al tiempo de casarse: si era doncella se las daba de lana, y si no, de esparto.

Paco. Especie de carnero que se cria en Indias, algo mayor que el comun. Son muy lanudos, y tienen el cuello muy largo. Son de varios colores, blancos, negros ó pardos. Es animal muy útil y provechoso, porque su carne es sabrosa y mantiene mucho. Sirve para el tráfico y conduccion de las mercaderías y géneros que se llevan de una parte á otra. Los pacos á veces se enojan y aburren con la carga, y échanse con ella, sin remedio de hacerlos levantar.

Pallá. Es lo que llamamos nosotros señora; pero entre ellos no alcanza este nombre sino á la noble de linaje y señora de muchos vasallos y hacienda.

Penco. Es un valle muy pequeño y no llano; pero porque es puerto de mar poblaron en él los españoles una ciudad, la cual llamaron *La Concepcion.*

Puelches. Se llaman los indios serranos, los cuales son fortísimos y ligeros, aunque de menos entendimiento que los otros.

Valdivia. Es un pueblo bueno y provechoso: tiene un puerto de mar por un rio arriba, tan seguro, que varan las naos en tierra, y está fundado no muy lejos de un gran lago, al cual y á la ciudad llamó Valdivia de su nombre. Entiéndese que cuando se fundaron estos pueblos era Valdivia capitán general de los españoles, y á él se atribuye la gloria del descubrimiento y poblacion de Chile.

Vicuña. Cabra montés que se cria en Indias: no tiene cuernos, y es mas alta de cuerpo que una cabra por grande que sea. Su lana es finísima y nunca pierde el color.

Villa-rica. Es otro pueblo que fundaron los españoles á la ribera de un lago pequeño, cerca de dos volcanes que lanzan á tiempos tanto fuego y tan alto, que acontece llover en el pueblo ceniza.

Yanaconas. Son indios mozos amigos, que sirven á los españoles, andan en su traje, y algunos muy bien tratados, que se precian mucho de policía en su vestido: pelean á las veces en favor de sus amos, y algunos animosamente, especialmente cuando los españoles dejan los caballos y pelean á pié; porque en las retiradas los suelen dejar en las manos de los enemigos, que los matan cruelísimamente

EL BERNARDO

ó

VICTORIA DE RONCESVALLES,

DEL DOCTOR DON BERNARDO DE VALBUENA (1).

AL EXCELENTISIMO SEÑOR DON FRANCISCO FERNANDEZ DE CASTRO,

CONDE DE LÉMOS Y ANDRADE, MARQUES DE SARRIA, DUQUE DE TAURISANO, ETC.

Este poema heróico del famoso *Bernardo del Carpio*, en que se describe la esclarecida descendencia de la excelentísima casa de Castro, há mas de catorce años que se le dedicó su autor en esa corte al gran Mecénas de todas las buenas letras y habilidades de España, el excelentísimo don Pedro Fernandez de Castro, que está en el cielo, hermano de vuestra excelencia; y despues que la suya, con la agradable benignidad de su nobilísima condicion, no se desdeñó de honrar la obra pasando los ojos por ella, debajo de la aprobacion de su clarísimo ingenio se ganó privilegio para imprimirla, lo cual hasta ahora no se ha hecho, por las dificultades con que de ordinario caminan las cosas que van sobre diligencia de cuidados ajenos. Ahora su autor, que puede decir que ha salido de nuevo al mundo, de las soledades de Jamaica, donde este tiempo estuvo como encantado, por refrescar el gusto en la memoria de haber hecho este pequeño servicio á quien se debian los mayores de la tierra, la ha mandado poner en la estampa. Suplica á vuestra excelencia, como á dignísimo sucesor, no solo de la nobilísima casa y estado, sino de las demas heróicas y soberanas virtudes, entendimiento, magnanimidad y gentileza de ánimo de su tan querido hermano, la favorezca con admitirla por suya, y dar licencia que ella y su autor gocen, debajo de la proteccion y amparo de un tan gran príncipe, la honra y acrecentamientos que desean, cuya excelentísima persona guarde nuestro Señor felicísimos años, etc.

El doctor don Bernardo de Valbuena.

(1) Muy pocas son las noticias que hasta ahora han podido adquirirse de la vida de este célebre poeta. Es, sí, indudable que el doctor don Bernardo de Valbuena (*), hijo de don Gregorio de Villanueva y doña Luisa de Valbuena, ambos descendientes de familias nobles y muy distinguidas en Valdepeñas, donde habian desempeñado varios cargos de república, nació en la citada villa, perteneciente á la provincia de la Mancha, el dia 22 de noviembre de 1568; pero ignoramos qué circunstancia le hizo adoptar el apellido de su madre. Tenia aun pocos años, y, ó porque algun deudo suyo quisiera encargarse de su educacion, ó por otra causa asimismo desconocida, pasó á Nueva-España á proseguir sus estudios, y entró con efecto en uno de los colegios de Méjico, donde dió pruebas de su mucho ingenio y aplicacion, pues no solo obtuvo el premio de tres certámenes poéticos en que tomó parte, sino que hizo progresos en la facultad de teología, á que se dedicaba, y recibió el grado de bachiller. Efectuóse uno de dichos certámenes con motivo de la festividad del Córpus, y presenciaron la adjudicacion del premio el arzobispo don Pedro Moya y seis obispos que accidentalmente se hallaban en Méjico celebrando un concilio, que fué el tercero mejicano, en el año 1585. Regresó á España no se sabe cuándo, aunque algunos aseguran que en 1608, y recibió en Sigüenza el grado de doctor, é inmediatamente, sin duda, el nombramiento de abad mayor de la isla de Jamaica, dado que parece contaba á la sazon unos treinta y nueve años de edad. No era todavía anciano, y esto prueba el alto concepto de que gozaba, cuando en 1620 fué electo obispo de Puerto-Rico. La Academia Española, refiriéndose á documentos sacados del archivo de Indias, de Sevilla, dice que asistió al concilio provincial de Santo Domingo en 1622 y 23, constando tambien que visitó su diócesis y celebró sínodo. De su vida nada mas hemos averiguado: su muerte fué en aquella isla el 11 de octubre de 1627, y por consiguiente á la edad de cincuenta y nueve años. Dióse sepultura á su cuerpo en la capilla de San Bernardo, que él mismo habia fundado en la catedral.

Dejó impresas estas obras: *La Grandeza mejicana*, Méjico, 1604. — *El Siglo de Oro*, Madrid, 1608; de cuyas dos ediciones hizo una la Academia, en la imprenta de Ibarra, el año 1821; y *El Bernardo* ó *La victoria de Roncesvalles*, dado á luz por primera vez en Madrid, en 1624, en un tomo en 4.°; y despues por don Antonio Sancha, en 1807, en tres tomos en 8.°

La Cosmografía universal, *El divino Cristiados* ó *Cristiada*, *La alteza de Laura* y *El arte nuevo de Poesía*, que tambien se le atribuyen, no se sabe si llegaron á imprimirse; lo probable es que no, y que cayesen originales en manos de los holandeses cuando, invadiendo aquella isla y saqueando el palacio episcopal, se apoderaron de la biblioteca de Valbuena.

(*) *Balbuena* se ha escrito y se escribe generalmente; pero, autorizados con el ejemplo de la Academia Española, que en su edicion de *El Siglo de Oro* y *La Grandeza mejicana* hizo esta correccion, hemos creido acertada la sustitucion de la *B* por la *V* en la primera sílaba; tanto mas, cuanto que así no infringimos, como lo ha hecho el uso comun, la ley de la etimología.

PRÓLOGO.

Aunque sacar ahora á luz este libro, en alguna manera desdice de lo que en rigor toca á mi oficio y dignidad, y á la profesion de púlpito y estudios de teología, porque el tiempo, dueño de las acciones humanas, de tal manera altera y muda las cosas, que lo mismo que en uno era gala y bizarría, en otro suele heredar diferentes nombres; con todo eso, lo que en una ocasion fué virtud reconocerlo por tal, en otra no puede ser vicio; y así, este poema, demas de haber sido los primeros trabajos de mi juventud, fábrica y compostura del calor y brio de aquella edad, que tiene por gala semejantes acometimientos y partos de imaginacion, todo él es sugeto heróico y grave, lleno de honestidad, modestia y pureza de lenguaje, y cual de necesidad se requeria para celebrar el real orígen y descendencia de la excelentísima casa de Castro, una de las mas calificadas de Europa.

Y aunque para el vulgo y generalidad del pueblo, que por la mayor parte lee estos libros sin mas advertencia que á sola la armonía de los consonantes ó al superficial deleite de la fábula, no habia que hacer este discurso; ni ménos para los doctos, que, versados en letras humanas, saben de todo fundamento lo que yo aquí puedo repetir; todavía quise servirles el plato con salsa, á los unos, que procuren seguir los preceptos de su arte, y á los otros, que si quisieren salir de su ordinario paso y entrar al fondo de las cosas, hallen senda y camino por dónde. Y así, digo que, deseando yo en los principios de mis estudios y por alivio dellos, poner en ejecucion y práctica las reglas de humanidad que en la poética y retórica nos acababan de leer (clase por donde todos en la niñez pasamos), y celebrar en un poema heróico las grandezas y antigüedades de mi patria en el sugeto de alguno de sus famosos héroes, cuyas admirables hazañas, asombrando con majestad el mundo, tambien con la de su fama pregonan el descuido de su nacion; me puse á buscar un asunto que, levantando con su espíritu el mio en la grandeza de sus partes, se llegase tanto á la perfeccion del arte, que, siguiendo yo el que desta facultad Aristóteles nos dejó en sus obras, esta mia saliese, si no con toda perfeccion, con los ménos descuidos posibles.

Este fué el fundamento de acometer en aquella primera edad, con los brios de la juventud y la leche de la retórica, á escribir este libro, que pudiera haber salido á dar cuenta de sí muchos años há, pues de diez que se le concedieron de privilegio, son ya pasados mas de los seis, y poco ménos de veinte que se acabó, aunque no de perfeccionar; que esto es inacabable. Al fin sale ahora por gusto y consejo de personas que le tienen bueno, y le saben dar mejor en casos de mayor importancia, persuadido que no, por haber trocado el tiempo, el estado y profesion de las cosas, era justo se perdiesen aquellos primeros trabajos que para algo podrian ser buenos, supuesto que el dejarlos perder y olvidar para siempre no era de provecho para nada; con que me convino ajustar á su voluntad la mia, y dar, por la misma regla, cuenta de las que fuí siguiendo en el discurso desta obra.

Y sea la primera, que por cuanto las fábulas que se fundan en alguna breve historia, dice el filósofo que son las de mayor artificio y lustre, y las que de la centella de la verdad dan el rayo del deleite vestido de mas verisimilitud y hermosura, trabajé en hallar una que, sirviendo de fundamento á mi poema, en sí misma fuese breve, admirable y de varon famoso, y tan llena de rastros de grandeza en la memoria de los hombres, que desde luego el tratar della la hiciese agradable y deleitosa.

Tal me pareció la de nuestro famoso español Bernardo del Carpio, breve en su discurso, como lo son casi todas las historias de aquel tiempo; admirable por la pomposa fama con que siempre sus hechos se han celebrado de memoria en memoria hasta la nuestra; de príncipe heróico, descendiente de la real sangre de los godos, y por el consiguiente de la mayor nobleza de la tierra.

Y porque la accion en estas obras ha de ser una, y esa de la persona principal (que llaman épica) la mas famosa, escogí la mas célebre victoria de Roncesvalles, donde con la gente española el rey don Alonso el Casto, su tio, por cuyo general iba, destruyó la potencia de Carlo-Magno, que venía á dar sobre Astúrias, venciendo por su persona y las de sus españoles los tan celebrados paladines de Francia, y dando de su mano, con el último de sus golpes, muerte á Roldan, el principal de todos, en que se remata la accion y el libro; porque, siendo aquella muerte la del hombre mas famoso que por aquellos siglos habia, pasar adelante en sus victorias fuera descrecer en la grandeza y majestad dellas.

Algunos del número primero, á quien en estos discursos respondo, me habrán ya en diversas ocasiones hecho cargo que esta victoria de Roncesvalles y muerte de los Doce Pares en ella, se tiene comunmente por incierta y fabulosa, segun la apurada diligencia de los mas graves historiadores de España, que, con ser en favor suyo, hay pocos que la admitan por verdadera; con que parece que desde luego entra esta mi obra manca, pues toda su máquina se funda sobre cimiento dudoso, y aun por ventura de todo punto falso, pues los encantamentos de Orlando,

las bravezas de Reinaldos, las traiciones de Galalon, las mágicas figuras y cercos de Malgesí, y las demas caballerías de los Doce Pares, con su tan celebrado cronista y arzobispo Turpin, más tienen de fabuloso que verdadero, no solo en las historias graves, mas aun en el juicio y estimacion de un moderado discurso.

Digo pues á toda esta objecion, que lo que yo aquí escribo es un poema heróico, el cual, segun doctrina de Aristóteles, ha de ser imitacion de accion humana en alguna persona grave, donde en la palabra *imitacion* se excluye la historia verdadera, que no es sugeto de poesía, que ha de ser toda pura imitacion y parto feliz de la imaginativa. Donde de paso se verá cuán inadvertidamente hablan los que la principal calidad de sus obras en verso hallan que es el no haberse desviado un punto de la verdad: como quiera que cuanto mas desta tuvieren, tanto ellos tendrán ménos de poetas, pues dice el mismo filósofo, que si la historia de Heródoto se hiciese en verso, no por eso sería poesía, ni dejaria de ser historia como ántes; que es la razon por que tampoco Lucano es contado entre los poetas, con haber escrito en verso. Porque la poesía ha de ser imitacion de verdad, pero no la misma verdad, escribiendo las cosas, no como sucedieron, que esa ya no sería imitacion, sino como pudieran suceder, dándoles toda la perfeccion que puede alcanzar la imaginacion del que las finge; que es lo que hace unos poetas mejores que otros; y así, para mi obra no hace al caso que las tradiciones que en ella sigo sean ciertas ó fabulosas; que cuanto ménos tuvieren de historia y mas de invencion verisímil, tanto mas se habrá llegado á la perfeccion que le deseo.

La accion y fundamento del poema es este: el artificio de su ampliacion es imitando las personas mas graves de la *Iliada* de Homero, porque la del rey Casto es la de Agamenon; la de Bernardo la de Aquíles, al cual la diosa Tétis dió á criar al centauro Quiron, como la hada Alcina dió á Bernardo el sabio Oróntes; Ferraguto es Ayax Telamon; Galalon, Ulíses; Morgante, Diomedes; Roldan, Héctor; y así de los demas.

Y porque á la majestad heróica, conforme á nuestra religion, hacen falta para lo verosímil las deidades y semideos con que los antiguos hacian tan admirables y pomposos sus poemas, el Boyardo y los que le han seguido inventaron en su lugar las hadas y encantamentos de los magos, que, siendo potestades superiores, sirven de levantar la fábula, y hacerla en el deleite y alegoría mas vistosa y admirable. Yo en esto seguí lo que hallé inventado, por tratar de las mismas hazañas y de los mismos héroes que la comun tradicion nos da muertos á manos de nuestro Bernardo y de sus españoles; y así, este poema se puede llamar el cumplimiento, la última línea y la clave que de lleno en lleno cierra el artificio y máquina de sus fábulas, y aquellos portentos y asombros que de los príncipes de aquel siglo con tanta admiracion ha celebrado lo mejor de Italia y Francia.

En la narracion de la fábula, de tal manera proseguí su discurso, que, sin comenzarla por el principio, quedase en el fin patente y descubierta en todas sus partes; porque, así como el mundo consta de dos géneros de cosas, unas naturales y otras artificiales, así tambien hay dos modos de contar y hacer relacion de esas mismas cosas, uno natural, que es el histórico, y otro artificial, que es el poético; y así como sería defecto en el discurso natural no comenzar las cosas con claridad desde sus principios, siguiéndolas ordenadamente hasta los fines, así lo sería en el artificial contarlas sin artificio, y como las cuenta el historiador; y así, conviene que la narracion poética no comience del principio de la accion que ha de seguir, sino del medio, para que así, al contarla toda, se comience, se prosiga y acabe artificiosamente, y traya con eso en su discurso aquel deleite que el artificio con su novedad, y la novedad con su admiracion suelen causar, tanto mayor cuanto mas ingenioso es, y mas sutiles y ménos violentas invenciones descubre.

Sirve tambien este modo, de contar las cosas con artificio, de engañar disimuladamente el receloso gusto del lector, que siempre con la prolijidad se cansa; el cual, comenzando su lectura por el medio de la fábula, caminando tras los deseos de saber su principio, al encontrarlo, se halla tan cerca del fin, que no le es molesto acabar lo que resta; y esta es la razon porque mi poema no se comenzó, como dice Horacio, por los huevos de Leda, esto es, del conocimiento de Bernardo, ni de su educacion y crianza, sino de los alborotos de la guerra de Francia, que ya le hallaron criado y hecho hombre valeroso en el mundo, sin dejar por eso de contar su nacimiento y orígen, sus hazañas y descendencia, y cuanto dél y de sus sucesores han escrito los historiadores mas graves de nuestra nacion hasta ochocientos años despues de su muerte, con lo mas florido de las antigüedades y nobleza de España, descripciones de lugares, montes, rios y fuentes, castillos y palacios suntuosos, con una casi universal geografía del mundo, sembrada artificiosamente por él, y las costumbres mas notables de sus naciones y aquellas que, por haber dejado vistoso rastro de sí en las memorias de las gentes, mas dignas juzgué de ser celebradas.

Y no solo este artificio se guardó en lo principal de la accion, mas aun en sus episodios ó digresiones no hay fábula que, ántes de mostrar su fin, no ponga al lector en las manos los principios de otra de no menor deleite y gusto, dejando siempre la primera en el mayor riesgo y en lo mas apretado del nudo, y donde el deseo queda mas violentado, y el deleite mas empe-

ñado en lo por venir : artificio, á mi parecer, poderoso á llevar entretenido hasta el fin, con el natural apetito de saber, al gusto mas tibio y helado que en él entrare.

Para todo lo cual, y para mejor tejer las narraciones de un poema tan largo, sin cansar demasiado con ellas, procuré que la persona del autor hablase en él lo ménos que fuese posible, con que tambien se pudo añadir á la fábula mas deleite ; siéndole por esta via permitido el extenderse á cosas mas admirables, sin perder la verisimilitud; porque, si la persona del poeta contara los monstruos de Creta ó el origen de la ciudad de Granada, careciera lo uno y lo otro de aparencia de verdad ; mas referidos estos casos por tercera persona, queda con todo lo admirable, y el autor no fuera de lo verisímil; porque, si no lo es que Gravinia se convirtiese en árbol, y Estordian en gusano de seda, eslo, y muy posible, que aquellos cuentos por entónces anduviesen en las bocas de los hombres de aquel mundo, y los unos los contasen á los otros debajo de aquella misma opinion que los oían; que si de la imitacion poética la porcion mayor de su fin es el deleite, en ningun modo le podrá dañar el enriquecerla de ese tesoro por todos los caminos posibles.

Mas, porque este con perfeccion no se consigue ménos que moviendo las pasiones del ánimo, y estas con ninguna cosa se mueven tanto como con la compasion y el miedo en los sucesos ajenos, que mientras mas lastimosos y tristes, mas poderosos son á mover los presentes; hice lo posible porque este poema, en sus partes y en su todo, fuese una apurada tragedia, y que así, lo principal de su deleite le naciese de la compasion de tantas muertes lastimosas, sucesos trágicos, destrozos de gentes, truecos de reinos y caidas de príncipes como por él van sembrados; con que no solo se deleita el gusto, se mueve el ánimo y sus pasiones, mas aun con su encubierta moralidad y alegoría le deja instruido en las virtudes y saboreado en ellas, dibujándole entre el deleite de la fábula y sus colores retóricos, en la persona de Bernardo, que es la épica, un príncipe soberano, invencible, generoso, lleno de heróicas virtudes, de magnanimidad y fortaleza; en la del Casto Alfonso, un rey prudente y católico; en la de Cárlo-Magno, un victorioso y potente monarca mal aconsejado ; la atrevida libertad de un lisonjero, en Galalon; un mancebo disoluto y libre, en Ferraguto ; un prolijo hablador, en Galirtos; en Angélica, una distraida cortesana, á quien ya el tiempo va marchitando los claveles de su rostro y las flores de su juventud; en Garilo, un astuto ladron ; y en Arleta, una sagaz ramera y una hechicera supersticiosa ; la gran fuerza del favor, en la fuente de la hada Iberia; en el desgraciado Arnaldo, los embelecos y fábulas de un alquimista; la disoluta vida de un tirano, en Bramante ; y las desatinadas blasfemias de un soberbio, en las de su hermano Morgante ; y en lo principal de la accion, lo poco que hay que fiar en favores de fortuna y prosperidades de tiempo.

Mas, porque tocar toda la moralidad fuera dilatar demasiado este discurso, remito al lector que la quisiere al fin de cada libro, y de aquí, al principio del primero, por donde desde luego entre haciendo anatomía, si no de la apurada observacion del arte, á lo ménos de un cuidadoso é infatigable deseo de acertar con la vena del deleite, para dar con ella en la de su gusto.

Y porque el ser los versos de muchas dicciones y sinalefas, los hace llenos y sonoros, y el tener pocas, flojos y humildes, y dos asonantes juntos disminuyen la suavidad de las cadencias, y los consonantes en verbales humillan mucho el estilo y le descaecen, se ha huido todo lo posible destas dos cosas, procurando llenar los versos de manera que, en cinco mil octavas que tiene este poema, que son cuarenta mil versos, no se hallará uno que sea de solas tres dicciones, sino que el ménos lleno tiene cuatro, y de ahí para arriba, de ocho y de nueve, de catorce y quince sílabas, y algunos de catorce dicciones y diez y ocho sílabas, como el último de la octava 158 del libro IX, que dice :

Que es bien, que es mal, que es fin, que es vida y muerte.

EL BERNARDO.

LIBRO PRIMERO.

ARGUMENTO.

Describe este primer libro los estados de España y Francia, los alborotos de la guerra, el gran viaje de la hada Alcina á los palacios de Morgana, la prision del conde de Saldaña y de don Teudonio, el cual da cuenta al Conde de su linaje y antigua privanza con el rey Casto, y cómo el tirano Manuces se apoderó del reino de Leon, y por negociacion suya el emperador Carlo-Magno envió con don Gaiferos un gran socorro de gente, que Rodamonte desbarató en el camino, con la muerte de Rosia y su amante, y la hermosa arquitectura de los palacios de Morgana.

Cuéntame, oh Musa, tú, el varon que pudo
A la enemiga Francia echar por tierra,
Cuando de Roncesvalles el desnudo
Cerro gimió al gran peso de la guerra:
¡Tanto en Alcina hizo un dolor mudo!
¡Tanto el celoso ardor que su alma encierra!
¡Tanto la envidia obró, tanto la saña
De defender su invicta tierra España,

Allí donde de un grave desafío
El trágico suceso lastimoso,
A los piés de un leonés, el cuerpo frio
Del frances arrojó mas orgulloso!
Tú, de esta fuente caudaloso rio,
De su real sucesion fruto precioso,
Por quien la fama ya promete á Castro
Láminas de oro y bultos de alabastro:

Miéntras que de Austria el sucesor divino,
Por honra á su diadema soberana,
A su diestra el asiento mas vecino,
Cual mereces, en dártele se ufana;
Y el nuevo mundo, de gozarte indino,
En voz te adora y en librea humana,
Y tu sangre, heredada de mil reyes,
Honor le envia, y moderadas leyes;

Muestra aquí tu valor; que si allanares
Del Parnaso á mi voz las agrias cuestas,
Las alas que en mis hombros levantares,
Te dejaré en tu heróico templo puestas.
Estense Apolo y Baco en sus altares,
Este dando furor, y aquel respuestas;
Que tú, que en majestad al mundo sobras,
Con tus grandezas honrarás mis obras.

Donde en el mar Cantábrico se acaba
La rica Europa, y en su golfo helado
Las fértiles arenas ciñe y lava
Al inculto español nunca domado;
Un pequeño rincon solo quedaba,
Que al bárbaro furor habia sobrado,
Y en él el Casto Alfonso recogido,
De estrecho y breve termino ceñido.

Aquí se conservaba antiguamente,
Como en el duro pedernal guardada,
La santa luz de una centella ardiente,
Jamas del infernal hielo apagada:
Aquella ilustre y belicosa gente,
De la fortuna hija regalada,
Corona universal, cetro fecundo,
De honor á España, y de gobierno al mundo.

Y bien que entónces del furor de Marte
Viese arruinado su florido asiento,
Y del morisco bárbaro estandarte,
De sombras lleno y de pavor el viento;
El que mas tuvo en sus despojos parte,
Ménos seguro vió su vencimiento;
Que no trueca su tierra á gente extraña,
Ménos que á sangre, la invencible España.

No se vió en Cólcos el vellon divino,
Bañando el aire con vislumbres de oro,
Entre mas enemigos, cuando vino
La flor de Grecia á entrar en su tesoro;
Ni las manzanas del metal mas fino,
Que Atlante cria y beneficia el moro,
De mas Hércules fuéron asaltadas,
Ni con mas sed ni mas calor buscadas,

Que el agradable reino y fértil tierra
Que el Bétis riega, fué de gente extraña;
Que es hambre de oro la sangrienta guerra,
Hija cruel de la ambicion y saña:
Y los tesoros que en su seno encierra
Siempre inquietaron á la rica España,
Desangrando sus venas por mil modos,
Griegos, romanos, árabes y godos.

A todos dió la bárbara codicia
De sus metales loco atrevimiento
De violar con hidrópica avaricia
Los sacros bosques de su alegre asiento;
Hasta que al fin, de Arabia la malicia,
Con soberbia crueldad y horrible intento,
Más de sangre sedienta que de imperio,
Volvió el suyo en estrecho cautiverio.

Y aunque desde aquel dia lastimoso
Que sobre el desgraciado Guadalete,
Cayendo el nombre ilustre y cetro honroso,
Donde en el mar de Cádiz se entremete,
De azares hizo el hado su reposo,
Y que de su grandeza se interprete
El agorero rio, en quien hundido
Su invencible valor, quedó en olvido;

La paz y majestad que ántes gozaba,
Vuelta guerra y comun desasosiego,
Cuanto en sus anchos términos sonaba
Era de un feroz Marte el voraz fuego;
La altiva frente desdeñosa y brava,
De ardiente rabia llena y furor ciego,
Viendo sembrado en su español distrito
Del mauro pueblo el número infinito;

Y bien que á un triste asalto y ronco estruendo
Vió siempre su primer sosiego asido,
Despues que entre peñascos revolviendo
Sobre el honor y crédito perdido,
Salió del cuello altivo sacudiendo
El yugo infame á que le habia rendido,
Sin gozar tiempo, término ni tierra,
De asaltos libre, y de ambicion de guerra:

Mas en la que al presente está alterada,
A toda antigua competencia excede,
Sin que desde la cumbre mas nevada
Del Alpe helado al firme Atlante, quede
Pueblo, gente ó nacion tan olvidada,
Que en ella con su riesgo no se enrede;
Que este fué el ademan en que fortuna
Quiso de mil tragedias hacer una.

Ni cuando sobre aquella cueva altiva,
Alcázar real de la perdida España,
Del valiente Alcaman la furia esquiva
Cubrió de gente y tiendas la campaña;
Y á no le reservar persona viva,
Espigada de lanzas la montaña,
Un nuevo rey acometió escondido,
Que con mil hombres le dejó vencido:

Ni cuando á sus magnánimas conquistas
El católico Alfonso abrió la mano,
Y con mas lanzas que Trinacria aristas
Pasó á Galicia ejército asturiano;
Y en varios lances y en copiosas listas
Gran número añadió al pueblo cristiano
De victoriosos triunfos, cuya gloria
Eterna da á los siglos su memoria:

Ni otro alboroto, brega, ni ruïdo,
De los que en aquel tiempo peligroso
El grave reino vieron consumido,
De asaltos lleno, y falto de reposo:
Ni con mayor estruendo y alarido
Sonó el arnes de Marte belicoso,
Que hoy sobre la cerviz y altiva frente
De la francesa y española gente.

Las causas de tan nuevas disensiones
¿Qué furia las sacó sobre la tierra?
¿Cuál dios de tan parientes escuadrones
La ira trazó desta enconada guerra?
¿Nacieron de odio antiguo sus pasiones,
O del furor que la ambicion encierra?
¿O las cosas violentas cuesta arriba
Su misma pesadumbre las derriba?

¿Por dónde abriré senda a tos portentos
Que estos siglos sembraron por el mundo?
¿En cuáles casos, sobre cuáles cuentos
Mi estéril verso volveré fecundo?
Desta antigua preñez de pensamientos,
¿Cuál el primero haré, cuál el segundo?
¿Qué brazo, qué valor, qué brio, qué saña,
El discurso guiará desta hazaña?

Por los campos, sepulcros olvidados
Se han visto temerosamente abiertos,
Y los enjutos cuerpos descarnados,
De triste amarillez salir cubiertos:
Los ojos sin mover embelesados,
La voz sin fuerza, los cabellos yertos,
Pregonando desdichas no pensadas,
Con los vivos trocaron sus moradas.

El mar sus peces espantó bramando,
Y la tierra tembló de su bramido,
A quien mil monstruos fuéron afeando
De vista y talle nunca conocido:
Donde tal madre se asombró mirando
El hijo que ella misma habia parido,
Y muchos sin nacer, en no aprendidas
Palabras dieron voces escondidas.

Y donde el nuevo horror en sangre fria
Los alientos volvia mas briosos,
Donde con mas violencia prometia
Tristes tragedias á los lastimosos,
Era sobre los ánimos que via
De lo mejor del orbe victoriosos;
Que siempre los favores de fortuna
Crecen para menguar como la luna.

Reinaba en las regiones de Occidente
Carlo-Magno, un gran príncipe famoso,
Príncipe á quien las águilas de Oriente
Su estandarte volvieron mas pomposo:
Obedecido de invencible gente,
Y sobre mil ciudades poderoso,
A cuyo nombre ilustre y lirios de oro
Reverenció el cristiano, y tembló el moro.

Los altos muros de trofeos cargados,
Fama á sus victoriosos escuadrones,
Los altares y templos coronados
De conquistadas armas y pendones,
Despojos de enemigos destrozados
De indómitas y bárbaras naciones,
Que las mas peregrinas y extranjeras
Llenas vieron de espanto sus banderas.

¿Quién á los altibajos de la vida
Punto dará y compas tan acertado,
Que cortando del tiempo á su medida
El círculo feliz saque cuadrado?
Ninguno hasta el fin de la partida
Se sueñe á sus contentos ajustado;
Que en suerte humana todo es movimiento:
Ni mal que dure, ni placer de asiento.

Triunfante el victorioso Carlo-Mano
Con los favores de la instable rueda,
Persuadido vivia que en su mano
El punto estaba de tenerla queda:
Frágiles trazas del juicio humano,
Que quien mas fia en él, sin él se queda;
Que cierto es en la noche mas serena
El descrecer la luna en siendo llena.

Despues de haber el mundo amenazado
La fama con la voz de sus victorias;
Despues de dar su nombre celebrado,
Con letras de oro escrito en mil memorias;
Despues de haberle á su sabor colmado
Fortuna el vano plato de sus glorias,
Y que cebado en ellas su contento,
Ménos temia del contrario viento;

Para reseña y fin de sus mudanzas,
Y freno de ambiciosos corazones,
En su fama y pomposas esperanzas
Hoy la flaqueza muestra de sus dones;
Y pues á las mas firmes confianzas
Las desvanecen flacas ocasiones,
Del bien ó el mal que el tiempo nos envia,
Será mas cierto el juez el postrer dia.

Tenian sus belicosos paladines
Lleno el mundo y la fama de proezas,
Que en lisonjera lengua á varios fines
Nuevas ensanchas daba á sus grandezas,
Sonando en lo mejor de sus clarines
De Orlando las victorias y bravezas,
Los muertos reyes, los gigantes fieros
De su invencible brazo prisioneros.

Del bravo Almonte y nuevo rey troyano,
Y el altivo Agricon la sangre ardiente
Que halló su espada y derramó su mano
Sobre las yerbas, aun se está caliente;
Y de Cimosco el instrumento vano,
Ya sin rayos ni luz resplandeciente,
Por orla al vencimiento y triste caso
Del soberbio Agramante y rey Gradaso.

Mas como no hay valor, siendo extremado,
Sin carcoma de pechos envidiosos,
El mundo deste antiguo error llevado,
Lleno estaba de quejas y quejosos,
De tan largas venturas enfadado;
Que no hay sin agraviados victoriosos,
Ni hombre tan ajustado y tan querido,
Que de alguno no sea aborrecido.

Las Hadas, que á las cosas varïables
De nuestro inferior mundo dan gobierno,
Y en cavernas y grutas espantables,
Vecinas viven del silencio eterno,
Y del antojo humano los mudables
Gustos al suyo revalidan tierno,
Y en sus varios asientos desiguales,
Los bienes acrecientan y los males:

Estas, de los franceses paladines
En general estaban agraviadas,
Destruidos sus palacios y jardines,
Y su halago y caricias despreciadas:
Alcina sus tritones y delfines,
Focas, ballena y redes delicadas,
Deshechas ya, y en libertad Rugero
Del torpe lazo en que se vió primero;

Despreciada Morgana y su riqueza;
Febosilla, su fama destruida;
Falerina, su astucia y sutileza;
Olofana, sus galas y comida;
Filteorana, su amor y su belleza;
Y la soberbia máquina caida
De Limaturia, Bruna y Aquilina,
Y el juvenil ardor de Dragontina.

Ninguna en el fatal colegio habia
Sin queja de frances, ninguna al cielo
Sin lágrimas miró desde aquel dia
Que la furia de Francia pisó el suelo,
Sino fué Logistilla, que seguia
Desta parcialidad el mejor celo,
Y sobre todas la afeitada Alcina
Es la que á su venganza mas se inclina.

Esta en un lago oscuro, de horror lleno,
Su jardin y su casa destruida,
Consumiéndose estaba en el veneno
De la afrentosa injuria recibida:
Bien que su fértil isla y bosque ameno
Cobrar pudieran la beldad perdida,
Y ella su alcázar con mayor tesoro
De cristal reformar, y lazos de oro.

Mas, ardiendo en deseos de venganza,
A solo este deleite y gusto aspira;
Que es mujer agraviada con mudanza,
Metida en un celoso infierno de ira:
Conoce que le ofende la tardanza,
Y que si la ocasion se le retira,
Su agravio pasará; que el tiempo leve
Las penas traga, y los agravios bebe.

Y como con la cólera quemada
Se alumbra y sutiliza el pensamiento,
De uno en otro discurso dió la Hada
En la traza mejor para su intento.
De aquella rica y peligrosa espada
Que Falerina obró en su encantamento,
En conjunciones de menguante luna,
Y temples de mudanzas de fortuna,

Se acuerda, y revolviendo sobre el caso
Los libros de su ciencia peregrina,
Sin dejar del oriente al turbio ocaso
Planeta, signo, aspecto y luz divina
Que no consulte, siga y mida el paso,
Llegó á saber que el hado determina
Adquiera aquella espada vigor nuevo
En la templada sangre de un mancebo.

Faltóle un punto cuando fué forjada
En las observaciones de su estrella,
Y esta falta, con sangre reparada,
Sus vivos filos volverán sin mella,
Invencible, y su artífice vengada
La dejará, y á Alcina sin querella,
Si la bañare en una oculta guerra
La mas heróica sangre de la tierra.

De un mago aspecto el abreviado punto
A decirle llegó que el mar Tirreno
Ya sobre sus cristales tiene, junto
A un galeon de amor y de armas lleno,
Un jóven español, que puesto á punto
Se via entrar por su entoldado seno,
A que la autoridad de un rey severo
Blason y armas le dé de caballero.

Es de suyo el contento bullicioso,
Y Alcina, que le ha puesto en la venganza,
Al orgullo de su ánimo brioso
Cada hora le es un siglo de tardanza.
Una carroza de cristal lustroso,
Que una piedra preciosa á otra se alcanza,
De oro las ruedas, de marfil los tiros,
Los clavos de diamantes y zafiros,

Para ir á los jardines de Morgana
Hace aprestar, y en forma contrahecha
De varia plumería y pompa ufana,
Al yugo dos soberbios grifos echa,
Que en invencible vuelo por la vana
Region del aire, una alba hermosa hecha,
La llevan, y ella derramando amores,
Llueven hechos aljófar por las flores.

En silla de oro y rica pedrería,
En el triunfante carro recostada,
Con mayor luz que la que saca el dia
La mañana de mayo mas pintada,
De perlas, de rubís y argentería
Por el cabello vuela una lazada,
Que haciendo el rostro un sol, sirve de llama
Que en bellos arreboles se derrama.

De blanca tela de oro con plumajes,
De diamantes y aljófares menudos
Vestida, y por las puntas y follajes
Erres de perlas y cuajados nudos;
Entre doradas nubes y celajes,
Volando pasa por los aires mudos
Al lago blanco que Morgana habita
Entre el frio Geta y el helado Escita.

Tomó la Hada toda esta belleza
Del primer arrebol de la mañana;
Que del mago pincel la sutileza
Lo sano enferma, y lo doliente sana;
Lo feo agracia, al muerto da viveza,
La encogida vejez vuelve lozana,
Y al fin hacen y fingen sus unturas
Alegres teces, nuevas hermosuras.

Hoy la suya amasó de un rojo cielo
El vengativo gusto de la Hada,
Y á la enemiga Francia torció el vuelo,
Por ver cuál nuevo ardor la da ocupada:
Miró, y gozando triunfos sin recelo,
La vió de pompa y fiestas coronada,
Tan llena de victorias, que en su adorno
Un despojado mundo goza en torno.

Si bien de la jornada y pretensiones
En que Saturno agüera su caida,
Nuevo rumor halló y alteraciones,
En armas toda y en furor metida;
Contrapuestos sus llenos escuadrones
A una tasada gente, así rendida
Al violento rigor del duro hado,
Que apénas tierra en que morir le ha dado.

Contempla la soberbia y aparato
Del belicoso ejército, y las fiestas
Que á vueltas de la guerra y su rebato
En públicos carteles vuelan puestas;
Y en esto divertida un breve rato,
Pasa el Reno, sus aguas y florestas,
Y Holanda, un tiempo dura é inclemente,
Mira ya de agradable y culta gente.

Deja el fuerte Cales á la siniestra,
Y los peñascos ánglicos nevados,
La Quersoneso címbrica á la diestra,
Y con el mar que le escarba los costados;
Y Zelandia amenísima le muestra
En los golfos de Esquenia sus pescados,
Donde, volando el carro cristalino,
A la Noruega tuerce su camino.

En el Gótico mar mira al oriente
De Colmar los alcázares famosos,
Ahora patria, y otro tiempo fuente
Y orígen, de los godos belicosos;
Y siguiendo la costa del poniente,
De la Suecia goza los preciosos
Metales, que revientan por los riscos,
Y las fieras que amparan sus lentiscos.

Pasa á Fimarquia, y sobre el cristalino
Y endurecido mar que la costea,
Conoce en el peñasco Subentino
El peligroso golfo que la ondea;
Y dando á las espaldas el contino
Fuego que en la encubierta Tileumea
A las alturas de Biarmia sube,
Allí se baja de su hueca nube.

Estampa de las ruedas las molduras
En la vega de Elsingue placentera,
Gozando de las nuevas hermosuras
Que en sus flores sembró la primavera;
Y por entre arboledas y frescuras
Del lago blanco llega á la ribera,
En cuyas playas el mayor espacio
Ocupa de Morgana el gran palacio.

Fuéron en este lago antiguamente
De Galatea los baños celebrados,
De cuyo pecho y cuerpo trasparente
La tibia leche y el cristal mezclados
Le dan nombre y color, y la corriente
De Varciga á la mar nuevos pescados,
Que de sus revoltosos y anchos senos
Por secretos caminos le hace ménos.

Humillando jazmines y azucenas,
Rosas y lirios que el placer retoza,
De blanco aljófar y de olores llenas
Las ruedas van de la imperial carroza;
Y la playa, el cristal y ondas serenas
La Hada mira, y con la vista goza
De un florido tapiz y alfombra rica
De cuanto abril y mayo multiplica.

Del inmortal laurel en la guirnalda
Que en torno ciñe el lago, considera
Bruñida plata y cercos de esmeralda,
Que un resplandor en otro reverbera;
Y en las floridas rosas de su falda,
De pedrería una estrellada esfera
De no menor beldad que la que en vuelo
Trastorna por sus bóvedas el cielo.

Dentro del fértil lago, hácia la parte
Que le apunta la luz de la mañana,
Ó por natural curso ó fuerza de arte,
Está una fresca isleta y tierra llana;
De cien torres ceñido un baluarte,
Donde resurte, vuelto espuma cana,
El cristal tierno, que en hermosos léjos
Sirve á sus playas y árboles de espejos.

Aquí, sobre cimientos de alabastro
Y mármoles preciosos, se levanta,
Hecha de un cerco en conjuncion de un astro,
De un real palacio la soberbia planta,
Sin que de cimbrias ni canteras rastro
Quedase al mundo de grandeza tanta;
Que Morgana lo hizo en sola un hora,
Al romper blando de la tierna aurora.

En doce altivas torres dividido,
Donde el diestro primor de un nuevo Apéles
Mil lazos relevó de oro bruñido
Al vuelo de sus altos chapiteles;
El jaspeado muro compartido
En dorados balcones y rejeles,
Y el claro ventanaje en mil maneras
De alegre luz y claras vidrïeras.

Las altísimas bóvedas cargadas
Del peso real de un bárbaro tesoro,
De bruñido alabastro las portadas,
Los firmes quicios de metal sonoro,
Sobre que se revuelven ajustadas
Las puertas de marfil y clavos de oro;
Que es esta hada la que al mundo vano
Las riquezas reparte de su mano.

Crece un fresco jardin sobre la playa,
A sus resacas y frescor dispuesto,
Del quebrado cristal florida raya,
Y del deleite humano alegre puesto;
Donde Pomona de su verde saya
El regalo mayor dejó traspuesto,
Sembrando por sus yerbas y sus flores
La humana industria todos sus primores.

De un lustroso cristal muro almenado
La corva playa ciñe del poniente,
De dorados balcones rodeado,
Al precioso jardin pomposa frente;
Donde del rico mayo el matizado
Artificio, en la cerca trasparente,
De rayos de oro forma, y de vislumbres,
Hermosos visos y encendidas lumbres.

Que al jugar por los árboles el viento,
Y el sol dorar sus hojas de esmeralda,
Del claro golfo en el mudable asiento,
Del real jardin la altísima guirnalda;
A la vista hace del que mira atento,
De verde, azul, de rosicler y gualda,
Bellos reflejos, claros resplandores,
De un mezclado color de mil colores.

Tal de vidrio sutil hinchadas pomas,
Del claro alinde por el terso poro,
Alegres fingen de lustrosas gomas
Jardines de esmeralda y bosques de oro;
Y en bellos tumbos de preñadas lomas,
La matizada cera abre tesoro
A unos alegres avisos, que en reflejos
La vista engañan con fingidos léjos.

Y así la Hada, por la selva amena
Miéntras volando pasa su carroza,
De aljófar y oro la campaña llena,
Sus flores mira y sus olores goza:
Ve el palacio, el jardin y la serena
Playa, donde el verano se remoza,
Que en aquel punto al despuntar el dia
Luces sembraba y rosas producia.

Ya de las torres un clarin bastardo
La salva hacia á la amorosa Alcina,
Que en vista alegre y ánimo gallardo
Doblando iba la playa cristalina,
Cuando en hábito humilde y paso tardo,
Entre dos mirtos y una parda encina,
Un bulto vió... Mas yo, que un mundo entero
Confuso miro, darlo en orden quiero.

La pluma vuelvo á la intricada masa
De historias que en aliento y son divino,
Como de un nuevo abril flores sin tasa,
Por este asunto brotan peregrino:
Despues diré de la encantada casa
La traza, el modo y fin deste camino;
Que de la historia aquí la grave suma,
Tras su vuelo arrebata el de mi pluma.

Y el triste y ronco son de las cadenas
De un conde por envidia aprisionado,
Aunque al Rey sordas, porque son ajenas,
Ya mi música y voz han destemplado:
Y sus canas, de honor y llanto llenas,
Piden que deje el cuento comenzado,
Por ver de sus delitos el proceso;
Que es obra santa consolar un preso.

Tuvo el rey Casto una gallarda hermana,
Y hubo en Saldaña un conde valeroso,
Ella Vénus en gala cortesana,
El en braveza un Marte belicoso,
Y ambos de la nobleza castellana
La fuente de caudal mas abundoso,
En quien mostraron su poder á una
Los tiempos, el amor y la fortuna.

El tiempo les dió en gracia y gentileza
Colmada á sus deseos la medida,
Y del pródigo amor la ancha largueza
Todo el vivo placer con que convida:
Solo de la fortuna la tibieza
Su gloria dejó en llanto convertida,
Con que sus gustos, vueltos en dolores,
Tuvieron mas de amargo que de amores.

Duró el tiempo feliz de los amantes
Lo que el sagaz recato en su cuidado;
Que en el amor los gustos importantes
Son hurtos de contento reservado:
Al fin, con ocasiones semejantes,
Del cielo llegó el tiempo señalado
Que á Bernardo, con próspero ascendiente,
La vida habia de dar y luz presente.

Y luego que en los signos mas dichosos
Que en sus esferas vió el cielo sereno,
Y á gozar de los siglos venturosos
Salió encogido del materno seno,
Incitado de pechos envidiosos
El Rey, quitando á la templanza el freno,
De su hermana y el conde de Saldaña,
A pesar se vengó de toda España.

Y en justa pena al descortés delito
De haberse tras su antojo desposado,
Y en la ciega pasion del apetito
Su real palacio y opinion manchado,
Con dura ley y riguroso edito
Oculto el niño, el Conde aprisionado,
A su hermana hizo monja, con que pudo
Torcer del firme matrimonio el nudo.

Sobre tres quintos lustros daba el cuarto
De su curso infeliz la mayor parte,
Que de gustos, ayuno y penas harto,
La honra y la fama de Saldaña y Marte,
En el mas solo y encubierto cuarto
En que un torreado alcázar se reparte,
Vivia en su cadena y prision fuerte,
Si es la vida en prision vida y no muerte.

Guardaba el mundo tan oculto al Conde,
Que ya los vivos le tenian por muerto,
Y si está preso, nadie sabe dónde;
Que el Rey por mas seguro lo ha encubierto;
Y siempre á un desdichado corresponde
Olvido general, favor incierto;
Que la fortuna, al trastornar su esfera,
Ninguna gloria antigua deja entera.

De un ofendido rey el rigor grave
Ponerle pudo en cárcel tan estrecha,
Que ni del dia ni la noche sabe,
Ni cuál favor le daña ó le aprovecha:
Del trato mas hidalgo y mas suave
Con mas recelo vive y mas sospecha;
Que es grave riesgo y de áspero castigo
Un ofendido rey por enemigo.

Así en larga cadena aherrojado,
El preso Conde sin vivir vivia,
Cuando un hombre de nuevo aprisionado
Su tristeza aumentó y su compañia:
De aspecto afable, rostro autorizado,
De discrecion un centro y cortesía;
Que son las partes que con fiesta doble
El lustre muestran de la sangre noble.

Ceñido en torno de un doblado muro,
En la Mota de Luna un cuarto habia,
Que un ciego caracol por mas seguro
A sus lóbregos senos descendia:
Secreta estancia, calabozo oscuro,
Donde jamas llegó la luz del dia,
Y tal, que al delincuente mas amigo
De cárcel le servia y de castigo.

A esta bajó Teudonio por mas fuerte;
Que así el honrado preso se llamaba;
Y al afligido Conde allí la muerte,
Por sobrarle la vida, le faltaba:
Llegó el huésped, y tuvo á feliz suerte,
Aunque en la ciega sepultura entraba,
Ver otro muerto allí; que todavía
Consuela en la afliccion la compañía.

Diéronse en cortés trueco afablemente
El pésame y la bienvenida á una,
Doliéndose cada uno del presente
Daño que al otro ha hecho la fortuna:
El Conde, como aquel que ha estado ausente
Del cielo, el claro sol y errante luna,
Tantos años cerrado en el profundo,
Podíase ya contar por de otro mundo.

Y deseando saber qué nuevo estado
Las cosas alcanzaban de la tierra,
Quién gobernaba el reino, á cuál cuidado
La dulce paz está, y á cuál la guerra;
Dejando su valor disimulado;
Que quien luego lo dice todo, yerra;
Así con un fingido regocijo,
Afable, vuelto a don Teudonio, dijo:

«Señor, aunque en mis culpas he aprendido
Que jamas el castigo faltó en ellas,
Sé tambien que no siempre un afligido
Padece y sufre agravios por tenellas;
Que el tiempo, muchas veces compelido
Del contrario rigor de las estrellas,
Trocarse vemos, y enviar al suelo,
En vez de alegre sol, borrasca y hielo.

»Y ahora vuestra presencia resplandece
Aun entre estas tinieblas, de tal modo,
Que en su compuesta gravedad parece
Retrato singular del valor godo.
Yo, señor, soy un hombre en quien fenece
De mi principio y fin el nombre todo:
No tengo mas valor ni mas estado
Que ser dichoso ayer, y hoy desdichado.

»No os quiero ya informar de mi derecho;
Que en la cárcel no hay preso con delito;
Todos estan sin culpa, y sin provecho
Es dorar á la culpa el sobrescrito:
Solo os ruego, señor, si á un noble pecho
Amor con sola ceremonia y rito
Puede obligar, conozca ahora el vuestro
Que le deseo servir en mas que muestro.

»Y en recambio me déis, de vuestras cosas
La parte que sin riesgo os pareciere,
Seguro que en las tristes ó dichosas
Mi gusto os seguirá como pudiere:
Mas si estas son demandas peligrosas
Que ni el lugar ni el tiempo las requiere,
Contadme en trueco, porque así se ahorren,
En el mundo ¿qué mundo y tiempos corren?

»¿Qué cetro le gobierna y rige ahora?
Qué guerras hay de nuevo? Qué dictados?
¿Si es ciega todavía la señora
Que da y reparte reinos empresta dos?
¿Quién se señala en armas? Quién adora
La fama? Quién celebra sus cuidados?
¿Qué ritos, qué prematicas, qué leyes,
O qué lisonjas privan con los reyes?»

Así el Conde; y Teudonio, así admirado
De la prudencia y gravedad del preso,
En tanto que habló estuvo colgado
De su dulce discurso y raro seso;
De aquel discreto preguntar pagado,
De las preguntas y su grave peso,
La entereza del ánimo, y el modo
Tan de pecho real y heróico en todo.

Y en sus penas suspenso y divertido,
Sin conocer al olvidado Conde,
Teudonio, más de honrado y comedido
Que gustoso de hablar, así responde:
«Si los agravios con que me ha traido
Fortuna aquí, lugar me dan por donde
Aliviar tu cadena y mis prisiones,
Gran campo han descubierto tus razones.

»La tierra está sembrada de portentos,
De grandezas hasta ahora nunca vistas,
Famosos hombres, de altos pensamientos,
Armas, guerras, furor, pleitos, conquistas:
Fieros jayanes, bárbaros intentos,
Altivos reyes, que en copiosas listas
El mundo sacan al soberbio alarde
De un desman nuevo en que hoy se enciende y arde.

»En gran riesgo está España de perderse,
Preñada de costosos enemigos,
Lijero el Rey, y fácil de creerse,
Y sin lealtad y fe los mas amigos:
Harto desto en mis causas puede verse,
Y servir mis agravios de testigos,
Pues mis nuevas cadenas y prisiones
Son de eterna lealtad los galardones.

»Es Teudonio mi nombre, y mi famoso
Linaje en todo el orbe conocido,
Del feliz Recaredo en rio copioso
Por sucesion legítima traido
Hasta don Pedro, duque valeroso
De la Cantabria, padre esclarecido
Del católico Alfonso y del valiente
Fruela, de corazon y de alma ardiente.

»Fué sucesor de Alfonso otro Fruela,
Y el generoso infante Vimarano,
Por quien del Rey su hermano la cautela
Cruel le hizo y fratricida hermano:
Deste un hijo quedó en su infiel tutela,
A quien en recompensa dió el tirano,
Del muerto padre y de su injusta saña,
En título el condado de Saldaña.

»Del Fruela Primero, hijos famosos
Aurelio fué, Teudonio y don Bermudo,
Soldado el uno, y reyes poderosos
Los dos; que es cuanto el tiempo darles pudo:
Teudonio otros dos hijos belicosos
Dió al mundo, y de los dos el mas membrudo,
Por animoso, intrépido y osado,
El conde don Osorio fué llamado.

»Deste nació mi padre, y por el suyo,
Como he dicho, me llaman don Teudonio,
Y esta es la sangre que amo y la que huyo,
Y este de mi linaje el testimonio:
Ni la fortuna me faltó, sin cuyo
Favor en el estado y patrimonio
Ser la nobleza suele grave carga,
En honras corta, y en congojas larga.

»Estado tuve y tengo suficiente,
Por mí y por mis mayores levantado;
De reyes, como el Rey, soy descendiente,
Y tan leal con él como agraviado:
Un tiempo me trató por su pariente,
Con favor y caricias de privado;
Mas siempre las privanzas de los reyes,
Como viven sin ley, mueren sin leyes.

»Cuando de Nugariz la furia esquiva
Con ochenta mil moros de pelea
Entró en Astúrias, y á su voz altiva
Tembló cuanto en sus términos rodea;
Yo, que de mis primeros años iba
Dando al mundo el ensaye y la tarea,
Por el gusto del Rey toda la tierra
General me aclamó de aquella guerra.

»Nuestro pequeño campo en el de Lutos
Al morisco dejó desbaratado,
Que las infames parias y tributos
Pedia soberbio y de ánimo arriscado;
Y pasando con libres piés enjutos
Sobre el roto escuadron empantanado,
De Miño crucé y Duero ambas riberas,
Y asombré á Portugal con mis banderas.

»Largo es contarte desta gran jornada
Los sucesos y lances por menudo:
Públicos fuéron, y ella tan nombrada,
Que al mundo hacer temblar su fama pudo:
No quedó filo de enemiga espada,
Ni resistencia de contrario escudo
De Oviedo hasta Lisboa, que no fuese
De la opinion y ley que yo le diese.

»Y aunque para las fuerzas de la guerra
En campo la persona real venía,
El baston general de mar y tierra
A cuenta anduvo siempre de la mia:
Tomé á Lisboa, y cuanto dentro encierra
Di franco á mi española infantería,
Con que la volví rica y vi triunfante;
Mas por faltarle yo no fué adelante.

»En este tiempo en la hermosa Berta,
De Carlo, rey frances, querida hermana,
Santo himeneo el montañes concierta,
En solemne aparato y pompa ufana;
Y en la rica ciudad, ahora desierta,
Que á Ulises ya fué un tiempo cortesana,
Del grave asiento á las futuras bodas
Las condiciones se firmaron todas.

»Despachóse á mi cargo la embajada
Por gusto real, ó pretension ajena
De quien por dicha el ver la mia colmada,
Era para la suya estorbo y pena:
O fuese que ocasion tan señalada
Con solo mi valor quedaba llena,
Yo al fin con el asiento y real presente
Partí, dejando al Rey por mi teniente.

»De parte del ejército asturiano,
De sargento mayor hacia el oficio
Basilio de Manuces, un villano
Catalan falso, hecho de artificio,
A quien pudo el dinero dar la mano
Y subirle, del reino en perjüicio,
A la plaza que ocupa y no merece;
Mas donde él manda, todo le obedece.

»Era bisnieto del traidor Manuces
Que con Tarif capituló concierto
De dar á sus escuadras andaluces
Rendida la ciudad y su rey muerto:
Este, pues, que por caños y arcaduces
Tan limpios vino al mundo y salió enjerto,
Hijo de una africana esclava lora,
Con mezcla catalana y sangre mora;

»Luego que el campo y gente victoriosa
Sin mí quedó en dos bandos dividida,
Y su hambrienta codicia y la ambiciosa
Sed de mandar no se halló oprimida,
Con maña astuta y traza cavilosa,
La mas granada gente reducida
A su opinion en riesgo no pequeño,
De la guerra y la paz se alzó por dueño.

»Fuése en secreta astucia apoderando
De las fuerzas del Reino, y porque habia
Leales cabezas del contrario bando,
Cuya ambicion las suyas reprimia,
Por dar mas nervio al usurpado bando,
Y entrada á su insolente tiranía,
Dos parientes del conde de Saldaña
Nuevos cómplices hizo en su maraña.

»Estaba el Conde preso injustamente,
Y aun lo está todavía si no es muerto,
Sin que criado, amigo ni pariente
De su prision alcance el lugar cierto:
La culpa á tanta pena insuficiente,
El rigor grande, el perdonarle incierto,
Agraviada de España la nobleza,
Y el obstinado Rey en su dureza.

»Esto en su arbitrio fué ocasion bastante,
Y el fingirse falaz protector della,
De hacer malquisto al Rey, y su arrogante
Animo con mas fuerte y firme estrella:
Creció en hinchado aplauso en lo restante;
Y al fin, por esta senda sin perdella,
Un sin principio pudo, mal nacido,
Privar del reino al Rey inadvertido.

»Libróse en nueva astucia y presta huida
De las traidoras armas del tirano
Que para asegurar la infame vida,
Contra su rey tomaba ya en la mano:
El nuevo asombro de la real caida
A la corte llegó de Carlo-Mano
Conmigo, en que se vió ser mi persona
La leal cabeza de su real corona.

»La triste nueva el mundo alborotado
Dejó, y de mi embajada el grave asiento
Sin fuerza, que en no haberla el cielo dado,
Frustrado vino y sin sazon su intento:
Hallóse el Reino y Rey necesitado,
El Imperio temiendo un fin violento,
De alarbes lleno y bárbaros jayanes,
Y ausentes sus invictos capitanes.

»Bien que en medio el aprieto en que Agramante
A Francia tuvo en la ocasion presente,
Su ínclito emperador campo bastante
Al Rey envió de su francesa gente;
Y por ausencia del señor de Anglante,
A quien vió á la sazon el rubio Oriente
De amores preso de su reina bella,
A Gaiferos nombró general della.

»Con valiente escuadron de pechos briosos,
De Carlo-Magno el generoso yerno,
De Paris los alcázares famosos
Soberbio deja y vuelve á mirar tierno,
Llevando de su esposa los hermosos
Ojos por norte y luz de su gobierno;
Que el niño amor por las recientes bodas
Quiso á una gloria aventurarlas todas.

»No se atrevió á quedar la bella Infanta
En las mudables manos de la ausencia;
Que es amor con la soga á la garganta,
Y hacer sin fruto y premio penitencia:
Es niño amor, cualquier cosa le espanta,
Y en gustos dilatados no hay paciencia:
Tierno Gaiferos, Melisendra bella,
La guerra larga, no quiso ir sin ella.

»Dejó del rio Siene los cristales,
Y la costa Aquitania al diestro lado,
De Orliens los muros, y altos pantanales
De Bourges, y el rio Eure medio helado;
Y tocando en Limoges, sus breñales
Pasa, y llega á Garona, en que, alojado
Sobre una fértil vega, hizo alarde
De su aparato bélico una tarde.

»De doce veces mil fué la reseña,
Gente en cursadas guerras escogida,
Bien que á la que fortuna es zahareña,
No importa mas despierta que dormida.
Una mañana, cuando el alba enseña
De aljófar su guirnalda guarnecida,
De aquel aljófar que al romper la aurora
Su luz primera, el cielo en flores dora;

»El rey de Argel, el fiero Rodamonte,
Con una escuadra de enemiga gente
Saliendo de una selva, entrando á un monte,
Dió sobre el nuevo campo de repente;
Y apénas con la luz del horizonte
La desvelada centinela siente
La mora tropa, cuando al arma grita,
Y ella al son de un clarin se precipita.

»Hallónos descuidados el asalto,
Y el sagaz enemigo en ordenanza;
La grita, el algazara y sobresalto
Fué la primera y la mayor matanza:
Quién corre á las trincheas, quién de un salto
Caballo cobra sin espada y lanza,
Va sin saber adónde, y, de esa suerte,
Por guarecer la vida, da en la muerte.

»Uno busca las armas, que dormido
Ya le solian servir de cabecera;
Otro por yelmo de su arnes lucido
Del caballo se encaja la testera;
Quién arrogante, quién despavorido,
Quién con alma cobarde, quién con fiera,
Quién con espada, quién con solo escudo,
Y quién, de rabia armado, va desnudo.

»El astuto enemigo, que el desórden
Vió del dormido campo, el suyo aguija,
Y ántes que de oro los penachos borden
Los rayos del que al mundo regocija,
Nuestro alboroto atropellando en órden,
Codiciosos del saco y la partija,
Con trápala, alarido y alboroto
Quedó al primer asalto el frances roto.

»Rodamonte de Sarza, que en la tierra
De la muerte fué el dardo mas agudo,
Y al cielo de la paz no movió guerra,
Solo porque subir allá no pudo,
Una luciente cimitarra afierra,
Y echando á las espaldas el escudo,
Entró por el ejército normando,
Aquí y allí rompiendo y destrozando.

»El rostro al uno, al otro la cabeza,
A otro llevó los piés, á otro los brazos,
Hecho dos dejó á otro de una pieza,
Y á otro de tres golpes seis pedazos:
Hiende, mata, rebana, descabeza,
Y sin defensa, estorbos y embarazos,
De aquí, de allí, de aquesta ó de otra suerte,
No alcanza golpe que no sepa á muerte.

»Parecia en el herir vivo trasunto
De Briareo en su batalla brava,
Cuando á un tiempo con todo el cielo junto,
Con cien brazos y espadas peleaba,
Desbaratando y rebatiendo á un punto
Su alfanje á Marte, á Hércules su clava,
A Pálas su gorgon, su flecha á Apolo,
Y el rayo ardiente al rey del alto polo.

»Gaiferos, que á la bella Melisenda
Abrazado, en sosiego y paz dormia,
Al alboroto despertó y contienda
De la desbaratada infantería:
Salta del lecho y sale de su tienda
Con sola espada, al tiempo que venía
El africano bárbaro arrogante
Con mil vencidos pechos por delante.

»—Deten, canalla vil desordenada,—
Dice el frances, y de un escudo afierra,
Y con él, con su cólera y su espada,
Con Rodamonte y su soberbia cierra:
Y apuntando á la gola una estocada,
Aunque por su desgracia el golpe yerra,
Tal fué su furia y su llegar tan presto,
Que le llevó seis pasos descompuesto.

»Valióle al yerno del frances caudillo
Coger al rey de Argel de sobresalto;
Que á tener mas lugar de prevenillo,
Su muerte fuera el descompuesto asalto:
Yo solo, que lo ví, puedo decillo,
Que fuí á ayudarle en verle de armas falto,
Al tiempo que, el jayan de rabia loco,
Le era para vengarse el mundo poco.

»Lanzando humo y fuego la visera,
Y los dientes quebrando de coraje,
Sobre el frances la cimitarra fiera
Hace á dos manos que furiosa baje:
Fué su reparo el ir á la lijera,
Y un salto, que por medio no le raje;
Que á esperarle fiado en el acero,
Dos Gaiferos hiciera del primero.

»Al desviarse dél bajó la espada,
Y á un duro risco en inmortal empeño
La mitad della se quedó clavada,
Y bramando de cólera su dueño,
Por junto al firme puño destroncada;
Y viendo el golpe en vano, aquel pequeño
Trozo que de su alfanje halló consigo,
Furioso envió á buscar á su enemigo.

»El bravo Alcin y el bello Atenedoro,
Ambos competidores y galanes,
Que por la dama que gozó Medoro
Otro tiempo pasaron mil afanes;
A la sazon que el descompuesto moro
De la espada arrojó los gavilanes,
En favor iban del frances Gaiferos,
Matando el uno, el otro haciendo fieros.

»Y aunque erró el tiro el moro de arrogante,
A Atenedoro dió, que era el postrero;
Que no está todo el riesgo en ir delante,
Ni el peligro mayor en ser primero:
La celada le abrió, que á ser diamante
Lo mismo fuera entónces que de acero,
Poniéndole los sesos por el suelo,
Y á Alcin eternas treguas en su celo.

»Gaiferos, que vió el golpe y la herida,
Y que le libró de ambos su destreza,
No huye el riesgo; que salvar la vida
Padeciendo la honra no es grandeza:
Y aunque está la ventaja conocida,
Y armado de los piés á la cabeza
El moro, y él sin armas todavía,
En mas que el hierro está la valentía.

»Por la cimera le alcanzó un mandoble,
Que de plumas dejó sembrado el suelo,
Y forzó al fiero rey que humille y doble
El cuello altivo á su orgulloso celo;
Que honra herida en sentimiento noble,
No hay cosa que acometa con recelo:
Tras él le da una punta y otra punta,
Por quien tal vez la roja sangre apunta.

»El moro, que se halla sin espada
Y de un hombre sin armas ofendido,
En rabia ardiendo con la vista airada,
Parece, al cielo vuelto, áspid herido;
Y de la peña que dejó cortada,
Un duro risco en alto suspendido
Contra el frances arroja, y arrojara
El monte Tauro que á sus piés hallara.

»Bien así el ciego Polifemo bruto,
En descompuesta cólera encendido,
Sintiendo irse por agua el griego astuto,
En su humilde vellon entretejido,
De la puerta del sótano con luto
El gran peñasco asió, y tiró al rüido
Del libre preso ya, y el peso grave
Hiciera en medio el mar hundir la nave.

»No fué de riesgo el espantoso tiro,
Aunque se llevó á Fabio por delante;
Fabio infeliz, que natural de Epiro,
En Francia subió á noble, de farsante;
Y dando el alma el último suspiro,
Confesó que la culpa de arrogante
Mudar le hizo de oficio y pasatiempo,
Y en la guerra morir ántes de tiempo.

»Mas no dejó su muerte sin venganza
El frances capitan, que al homicida
A dos manos por medio el cuerpo alcanza
De un reves diestro una mortal herida,
Dada en tal ocasion, con tal pujanza,
Que á no estar la escarcela guarnecida
Con redobladas láminas de acero,
Mucho ántes le matara que Rugero.

»Fué encenderle la cólera al gigante,
Que saliendo de sí de rabias lleno,
Un duro roble asió que vió delante,
Cual seca caña de liviano heno;
Y dél ya hecho un bárbaro montante,
Lleva á dos manos sin templanza y freno
A descompuestos golpes el medroso
Campo huyendo de su herir furioso.

»Las calientes entrañas escondidas
Ya por el valle aquel deja sembradas;
Los destrozos, crueldades y heridas
Sin cuento fuéron para ser contadas:
Diferencias de muertes nunca oidas,
Antes puestas por obra que inventadas:
Aquí destroza y hunde, acullá mata,
Y un campo entero asombra y desbarata.

»Así tal vez del Alpe se desgaja
Peñasco altivo en ímpetu furioso,
Que á buscar en el centro humilde baja,
A pesar de los árboles, reposo;
Y si la encina, el fresno ó roble ataja
A su caida el vuelo presuroso,
Hasta arrojarse en el profundo valle,
Por cuanto encuentra rompe y hace calle.

»Tal el jayan en su tropel violento
El roto campo con furor derrama:
No causa mas horror el raudo viento
Cuando en las olas del Egeo brama,
Y á escapar solo el marinero atento,
A Santelmo en devotos gritos llama,
Que del moro el destrozo, y el gemido
Del campo humilde á su furor rendido.

»Y miéntras el soberbio rey de Sarza
Tales blasones labra á costa nuestra,
Bravo en ver que el frances huya y se esparza,
Medroso de los golpes de su diestra;
El valiente Alancredo de Galarza
Del montañes valor su parte muestra,
Defendiendo la bella Melisenda
De mil moros que acuden á su tienda.

»Era el jóven feliz de ánimo vivo,
Briosa portacion y fuerza brava,
Galan, diestro, cortés, bizarro, altivo,
Que el rojo bozo apénas le apuntaba;
De una bella mujer recien cautivo,
Que á la francesa infanta acompañaba,
Y la formó de intento su ventura
Mas que el sol bella y mas que el mármol dura.

»Dióle el gusto y el alma por despojos
A las primeras vistas de su gala,
Y ella por una gloria mil enojos;
Que amor es peso que jamas se iguala:
Bien que tal vez con halagüeños ojos
Le acaricia al descuido y le regala;
Que no hay mujer tan dura y desabrida,
Que del todo aborrezca si es querida.

»Tocóle aquella noche ser de guarda
A la real tienda, cielo de su gloria,
Adonde en sueño envuelta la gallarda
Rosia, dél ni de sí tiene memoria;
Mas el que ama de véras nunca aguarda
A si es ó no su voluntad notoria;
Que en cuanto hace, habla, piensa, siente,
Siempre se da el amante por presente.

»Fué, por ser visto el montañes gallardo,
Más puesto á lo galan que á lo seguro,
Bizarra calza de amarillo y pardo,
Grabado peto ardiendo en oro puro;
Plumas en el sombrero, y por resguardo
De una acerada cofia el temple duro,
Relumbrante rodela, espada y daga,
Y un gran valor que á todo satisfaga.

»De verde y plata el fino arnes grabado,
De aljófar y oro los bordados tiros,
Una banda de perlas y encarnado,
Y un collar de diamantes y zafiros;
Un barco entre dos aguas engolfado,
Que las altera un ciego con suspiros,
En la rodela; y este mote abierto:
«Donde está el bien dudoso, el mal es cierto.»

»No se vió en los cristales de Zefiso
Ni trastornó las flores del Parnaso
En mas lozano talle su Narciso,
Siguiendo á un presto corzo en campo raso;
Ni con mas gracia, mas primor ni aviso
Notó Beocia su gallardo paso,
Cuando fué de sus selvas el tesoro
Con arco de marfil y flechas de oro,

»Que el brioso Alancredo con su gente
A hacer la ronda fué y guarda á su dama,
Donde los arreboles del oriente
Le saludaron con su nueva llama,
Y el mauritano campo de repente,
Con la ocasion de un gran renombre y fama,
Dándole amor aliento, el honor brio,
Y su espada de sangre mora un rio.

»El rubio orion, que con su alfanje de oro
El mundo alumbra, parecia á la puerta
De la real tienda, cuando el cauto moro
La asaltó en sueño sepultada y muerta:
Y él, de su nuevo amor viendo el tesoro
Al riesgo puesto de una suerte incierta,
Y que aun los bravos huyen, sale ciego
De honra y amor, de dos haciendo un fuego.

»—Tenéos, dice, cobardes: ¿dónde os lleva
El deseo infame de vivir sin honra,
Que ántes de hacer de los contrarios prueba,
De su temor haceis vuestra deshonra?
Tened, parad, volved, haced que os deba
Mi espada el verla un rato cómo os honra,
Y deste orgullo os da, que ahora os espanta,
A costa suya una venganza santa.

»Si tanto miedo os pone el de la muerte,
¿En cuál parte del mundo no se halla?
¿Dónde ó cómo podrá la humana suerte
Dejar, por mas que huya, de alcanzalla?
¿Adónde al flaco campo huis del fuerte,
Cobarde, vil y mísera canalla?
¿A qué castillo, á qué ciudad, qué muros,
Si con trincheas aquí no estáis seguros?—

»Dijo, y en tanto que él con sus razones
Y los sangrientos filos de su espada
Venció algunos honrados corazones
Y mató alguna gente desmandada,
Una escuadra de alarbes nasamones,
Gente en las sirtes líbicas criada,
La tienda real entró, prendiendo en ella
A Melisendra ilustre y Rosia bella.

»El montañes, que mira su esperanza
Mudada en posesion de un torpe moro,
Y que en cualquiera punto de tardanza
A mortal riesgo queda su tesoro,
Furioso en medio el escuadron se lanza
A rescatar con sangre y no con oro
La vida de su alma; que es amante,
Y está á verle morir su amor delante.

»Hiere de tajo, de reves y punta,
Y á voces, golpes, gritos y heridas,
De amor la furia á la de Marte junta,
Rinde, espanta, acobarda y quita vidas;
Y al que la suya vió llevar difunta,
Con manos sin temor descomedidas,
Los ojos con que osó verla agraviada,
Ambos se los cosió de una estocada.

»A otro el brazo cortó, dejando asida
La mano al velo de oro y halagüeño
Por donde la prendió medio dormida,
Y le quitó la libertad y el sueño;
Y ya en ella y su honor restituida,
—Toma, dice, señora, este pequeño
Servicio del que, indigno de tal palma,
No se atreve tambien á darte el alma.—

»Ella en alegres ojos y alma ardiente,
Con un tierno suspiro vergonzoso
El riesgo le pagó y favor presente;
Que á mas que esto un mirar es poderoso:
A la sazon que un bárbaro inclemente
Al frances lecho perturbó el reposo,
Por saquear la bella Melisenda,
Y el rico mueble á su asaltada tienda.

»Pone punto al amor, y á la honra acude
Suya en un trance tal y de la Infanta,
Y sin que el jayan fiero el paso mude,
La cabeza le deja sin garganta,
Haciendo en esto que la Reina dude
Si el bulto muerto mas que el vivo espanta
El lecho, ántes de gusto, ya cubierto
De roja sangre, y un contrario muerto.

»Los demas que en la tienda, al robo atentos,
Por interes sin honra habian entrado,
Asombrados de golpes tan violentos,
Por la vida renuncian lo robado,
Y al victorioso amante entre lamentos
De francesas beldades rodeado,
Que asidas todas dél, pensó cada una
Guarecer en la suya su fortuna.

»La tienda reforzó cual mejor pudo,
Y al paso se hizo una invencible roca,
Donde un ciego monton de pueblo rudo
Confuso arremetió con furia loca:
Por capitan un zaharà membrudo,
Nacido del rio Cénega en la boca,
Que al filo de una corva cimitarra
A un hombre dentro de su arnes desgarra.

»Acertóle uno al montañes valiente,
Y no bastando á todo la rodela,
Parte, aunque poca, le alcanzó en la frente,
Que le sirvió á su cólera de espuela:
Tras él la chusma de la negra gente,
En confuso escuadron y estrecha muela,
Por todas partes le acomete y pica,
Y en sangre ajena y propia le salpica.

»Uno le arroja un dardo, otro una flecha,
Otro el venablo que á sus piés enclava,
Este con él se afirma, aquel le flecha,
Este hiere de alfanje, aquel de clava:
Parecia nube y tempestad deshecha
Que instrumentos de guerra granizaba,
Cruzando por el aire hechos cometas,
Chuzos, lanzas, gorguces y saetas.

»Y él como áspera roca á todos vientos,
En medio el turbulento mar sentada,
Que de los alterados elementos
Es por mil partes juntas contrastada,
La mar carcome y bate los cimientos,
De rayos, aires y ondas asaltada,
Y ella, firme en sus ásperos bajíos,
De léjos pone espanto á los navíos;

»Andaba por mil partes mal herido,
Aunque de todas á su honor vengado;
Que no hay en su esgrimir golpe perdido,
Ni en su reportacion tiempo olvidado;
Mas ya, de tanto bárbaro ofendido,
Y de ayuda y socorro desahuciado,
La rodela arrojó, y asió la espada
Que ha de dejar su cólera vengada:

»Y al feroz capitan en brio lozano,
Al pasar, de dos brazos quitó el uno,
A otro dejó en un pié y sin una mano,
Y á otro cortadas ambas sin ninguno:
A este hiere de corte, á aquel de llano,
Y á este y el otro ensarta de uno en uno;
Hiende, parte, rebana, descabeza,
Y cuando al parecer acaba, empieza.

»La bella Rosia, que en sangriento dia
Su caro español ve pisar la tierra,
Y la pena del riesgo en que le via
Al rostro saca lo que el pecho encierra:
Deseosa de tenerle compañia,
Y con vista de paz templar su guerra,
Sin ocasion salió; que la sacaba
Cloto, y el filo ya á su estambre daba.

»Eran escarches de oro sus cabellos,
De un cielo de marfil ricas techumbres,
Que en tiernas rosas y jazmines bellos
De su garganta dan doradas lumbres
Los ojos de azabache, y dentro dellos
De placenteras niñas dos vislumbres
Que al sol retozan, que en coral hacia
La rica concha de quien nace el dia.

»Salió á ver el ejército enemigo,
Y así le dice á su español brioso:
—Tu brazo el cielo esfuerce, oh caro amigo,
Y de riesgo te saque tan dudoso:
Animo, amor, que moriré contigo,
¡Oh nuncio triste, agüero prodigioso,
Fortuna cruel, que á la primera suerte
Quieres que sea el favor azar de muerte!—

»Aun mas queria decir, cuando de lleno
La voz le atajó un dardo que venia
Deseoso de llegar al blanco seno,
Donde su cielo la beldad tenia:
Cayó cual tierna flor en valle ameno,
Al tiempo que su amante revolvia
A darle el alma y vida por despojos,
Y cobrarla él de nuevo de sus ojos.

»¡Oh tragedias de amor, glorias de viento,
Las que el tiempo nos muestra en sus mudanzas!
¡Vienen en sombra sombras de contento,
Tesoros de engañadas confianzas!
¡Con qué facilidad mudan asiento
Las mas bien asentadas esperanzas!
—¡Oh mi gloria, acabada ya y perdida!—
Dijo Alancredo al golpe de su vida.

»Quiso ir á recibir entre sus brazos
El desmayado cuerpo de su dama,
Y los primeros y últimos abrazos
Con que sin tiempo le convida y llama;
—Mas, no merezco, dice, tales lazos,
Ni que de mí en el mundo quede fama,
Si ántes no le quitare, con la vida,
La gloria de tu muerte al homicida.—

»Así dijo, y cual Hércules furioso
Con el incauto don de Deyanira,
Rompe, quiebra, destroza, y presuroso
Los altares trastorna ardiendo en ira,
Hasta llegar al mensajero odioso
Que el presente le dió, y temblando mira,
Y en él, á su furor ciego entregado,
A no poder ya mas muere vengado;

»Así de Rosia el sin ventura amante
Furioso entró en el escuadron tejido,
Rompiendo cuanto encuentra por delante,
Hasta el cobarde moro mal nacido,
Que con medroso y tímido semblante,
Del tiro y daño hecho arrepentido,
Las espaldas volvió; mas no se fuera,
Aunque por padre á Dédalo tuviera.

»Por el crespo cabello, áspero y duro,
Bramando le ase, y dél rastrando tira,
Y haciendo que le dén paso seguro,
Seguro va, á pesar de quien le mira,
Adonde yace entre un confuso muro
De armas un rostro bello, en quien espira
Del mundo la beldad, de honor lo justo,
De amor lo fino y de su amante el gusto.

«Llega, y haciendo campo con la espada,
El delincuente preso le presenta,
Y así le dice con la voz turbada:
—Remate triste de mi alegre cuenta,
Suspende por un rato la jornada,
En tanto que esta víctima sangrienta
En tu altar sacrifico, y yo tras esto
A seguirte y morir por tí me apresto;

»Que no es bien que la pena de perderte
Pueda ménos en mí que un enemigo,
Y que la aprehension del bien de verte
No me lleve tras tí á verme contigo:
Mi corta vida se acabó en tu muerte,
Y así es muy fácil de acabar conmigo:
Sigo tus pasos; que á quien vive en pena,
La muerte mas penosa le despena.

»Ya la vida me sobra, y el süave
Deleite del morir siento en el pecho,
Gloria y gusto que no se alcanza y sabe
Sino es al punto deste paso estrecho;
Que el cielo á este secreto echó la llave
Porque el mundo quedase de provecho;
Que á saberse lo dulce de la muerte,
Fuera el largo vivir adversa suerte.—

»Así dijo, y al moro que fué causa
De la triste tragedia, clavó al punto
La daga al corazon, con que hizo pausa
Su miedo y se extendió el cuerpo difunto;
Y tomando en sus brazos quien le causa
Tormento, vida y muerte todo junto,
Los ya turbados ojos un instante,
Para mayor dolor, puso en su amante.

»Y con la débil voz enflaquecida,
Como aceptando el sacrificio hecho:
—¡Ay, dice, honesto amor, prenda querida,
Cuán tarde conocí tu honrado pecho!
¡Ingrata, que te vine á dar la vida
A tiempo que ya no era de provecho,
Siendo, para morir con pena eterna,
Dura en la vida, y en la muerte tierna!

BIBLIOTECA PUBLICA LEON

»Mas si un alma es de estima, en quien mudanza
No habrá ya para siempre, en ella viva...—
Fué á decir « tu memoria », y no le alcanza
La última parte que quedaba viva :
Cayó muerta, y con ella la esperanza
Del triste amante, que con ansia esquiva,
Del presente dolor y la perdida
Sangre, tambien allí quedó sin vida.

»En tanto el frances campo á la potencia
Del fiero rey de Argel cayó delante,
Sin caudillo que hiciese resistencia
Al furor de su ejército arrogante;
Que á unos el miedo, á otros la imprudencia,
Para darlos rendidos fué bastante,
El moro con soberbia vanagloria
Del despojo gozando y la victoria.

»Yo en tanta confusion, del ya vencido
Campo frances las sobras derramadas
Cual pude recogí, aunque mal herido,
En escuadron y mangas concertadas :
Gente bisoña, pueblo mal regido;
Que los de pundonor y armas honradas,
Por varios trances, en diversos modos,
Sin dar un paso atras murieron todos.

»Cuatro mil desta gente alborotada,
Al ronco son del repentino asalto,
A defender su honor mal enseñada,
En mi real estandarte hicieron alto :
Melisendra á Sansueña fué llevada,
Su esposo, de armas y de sangre falto,
Quedó donde un soldado fugitivo
Por muerto entre los muertos le halló vivo.

»Con estas sobras de vencida gente
Al socorro pasé del rey ingrato,
Que en Sámos, en custodia suficiente,
Sin majestad vivia ni aparato,
Cual ya otra vez huyendo la insolente
Tirania, se libró de Mauregato;
Que de aquel santo claustro la guarida
Dos veces le dió el reino y dos la vida.

»Rehice allí sus fuerzas con la mia,
Y el bastante presidio reforzado,
La vuelta de Leon tomé otro dia,
Injusta corte del tirano alzado,
Por si abria puerta ó encontraba guia
De reduccion al pueblo rebelado,
Y con deseos tambien de ver mi esposa,
Del cielo de mis gustos alba hermosa.

»Filarco, un noble caballero godo,
Caudillo fiel de aquellas dos banderas
Que en Mondoñedo contra un campo todo
De unas hojas se armaron de higueras,
A cuya sombra se peleó de modo
Que cobraron cien bellas prisioneras,
Y á España dieron libre del pedido,
Y á Figueroa blasones y apellido :

»Deste fue hija Arlinda, por quien vivo
Alegre al rayo de sus ojos bellos,
Desde el dia que amor blando y esquivo
Para mi bien labró su alcázar dellos :
Vilos en mi niñez, fuí su cautivo,
Y todo el cielo de mi gloria el vellos,
Hasta que en dia feliz y hora dichosa,
Rey de mis gustos fuí, y ella mi esposa.

»Trazóse el nudo de mi honrado intento
Para la vuelta y fin de la jornada
Del viaje de Lutos, y este asiento
La ocasion suspendió de mi embajada.
Llevado pues de mi amoroso aliento,
Y la real pretension justificada,
Por si en los tratos descubriese modo
Que al Rey pueda importar y al Reino todo;

»Llegué á la corte en hábito encubierto,
El riesgo huyendo del tirano brio,
Solo al infiel Garilo descubierto,
Un hombre hecho de solo el favor mio :
Sagaz, traidor, doblado, astuto, incierto,
Con mas mudanzas que el raudal de un rio,
Y con un medio tan de azares lleno,
Ventura fué salir suceso bueno.

»Peligro es levantar á honras mayores
Sin gran virtud humildes nacimientos,
Solia decir este ayo de traidores,
En favor de sus falsos pensamientos,
Que los niños se engañan con amores,
Y los hombres con falsos juramentos;
Y que en su mejor ley el mundo quiere
Que aquel mas tenga del que mas pudiere.

»Entré escondido, y en su humilde techo
Con fingido recato recibido,
Lo mas guardado le mostré del pecho,
Y el fin honrado tras que habia venido;
Y habiéndole del alma alcaide hecho,
Dél y la oscura noche guarecido,
A mi Arlinda fuí á ver, yendo conmigo
El alevoso en hábito de amigo.

»Hallé la ilustre casa alborotada,
Y mas se alborotó con mi venida,
Por nueva desventura no pensada,
De loca ocasion bárbara nacida :
El sin lealtad tirano, en mano armada,
Insolente furor y alma atrevida,
Enamorado de mi esposa bella,
Casarse á su pesar queria con ella.

»Habia intentado el caso por mil modos,
Ruegos, lisonjas, fieros, amenazas,
Y habiéndole salido en vano todos,
A las armas se fué y dejó las trazas;
Y un escuadron de cien bastardos godos,
De aleve sangre y de mestizas razas,
Envió, que por fuerza ó ruegos rinda
Del padre el gusto y de su hija Arlinda.

»Vime de un nuevo enjambre de cuidados
Cercada la confusa fantasía,
Los puertos todos del favor tomados,
Y la salud sin esperanza y guia;
Mas el aprieto y casos ponderados,
El breve tiempo, la venida mia,
La fuerza del tirano, el mando injusto,
Y el peligro comun de honor y gusto :

»Todo alumbró el confuso entendimiento,
Y una quimera fabricó no vista;
Que puede mucho un noble pensamiento,
Y es la necesidad grande tracista :
O fué desesperado arrojamiento,
O sentencia que el cielo dió en revista
Contra el tirano infiel, cuya insolencia
En nada halla y tiene resistencia.

»Yo fui de parecer que libremente
Al Rey se entregue mi querida esposa,
Corriendo un velo de alegría aparente
Al triste ceño y cara vergonzosa,
Pues pretenderla resistir sin gente,
Volver la afrenta fuera mas vistosa,
Y donde la insolencia y fuerza daña,
A veces suele aprovechar la maña.

»Fué ya opinion del ofendido viejo,
De Hércules Libio ilustre descendiente,
Que donde no alcanzare el gran pellejo
Del fuerte leon, se añada el de serpiente;
Que las fuerzas se ayudan del consejo,
Y el animoso aprenda á ser prudente;
Que donde á ganar nada se aventura,
Perderse no es valor sino locura.

»Esto dispuse, y no perder su lado;
Que es el riesgo de honor grave herida,
Y en hábito de dueña disfrazado,
Para la muerte encaminé mi vida,
De un secreto puñal el brazo armado,
Que de uno de los dos fuese homicida,
Del tirano, ó si acaso errase el hecho,
Se entrase de temor dentro en mi pecho.

»Convino el grave acuerdo efectuarse
A la priesa mayor que el tiempo daba,
Sin ver el daño que era no guardarse
Del traidor que allí en vez de amigo estaba :
¡Oh, cómo debe un cuerdo recatarse
Si al mejor tiempo la lealtad se acaba!
Y la sin premio envidia muchas veces
Para matar con una hace dos teces.

»Arlinda con la guarda del tirano
Y con la mia dejó su honrada casa,
Y al palacio guió, en que el Rey en vano
Contando el tiempo los minutos pasa,
Trazando el gusto de entregarse en vano
En la alta posesion de un bien sin tasa;
Que un gran deseo sueña montes de oro,
Que suelen ser, al despertar, de lloro.

»El sin lealtad Garilo, de otra parte,
Sin mayor premio que mostrarse ingrato,
A riesgo de ambos trata de dar parte
Al falso Rey, de mi encubierto trato;
Y á toda priesa y diligencia parte
A decir con el suyo mi recato,
En el de un memorial que contenia
Tras su infame traicion la lealtad mia.

»Ya la cuadra real se habia cerrado,
Y el Rey, con las cortinas en su lecho,
Al lado suyo Arlinda, yo á su lado,
Bañando ambos en lágrimas el pecho,
Y él con el tierno suyo enamorado,
Procurando ablandarla sin provecho,
Cuando sonó en la guarda de improviso
Que al Rey le traen un importante aviso.

»Garilo al rey gallego es quien le envia,
Y á quien la honra y vida importa el caso...»
Así su dulce historia proseguia
El noble godo, cuando el sabio Eraso,
Su nuevo alcaide, sienten que venia,
Y él por oirlos entretuvo el paso,
Y Teudomo el aviso de Garilo,
Y yo tambien, pues se ha quebrado el hilo.

Que el rumor de la guerra es ya de modo
Que el aire en ciega confusion envuelve,
Y en la francesa furia y valor godo
Rayos Marte del rojo alfanje vuelve:
Trae revuelto Morgana el mundo todo;
Sola ella es quien su cólera revuelve;
Y la ira mujeril cuando se ensaña,
Entre las iras es la de mas saña.

Y aunque en el lago blanco retirada,
Vergonzosa quedó aquel triste dia
Que Orlando pudo con la nueva espada
El jardin destrozar en que vivia,
Ni dél ni de su injuria está olvidada;
Que en tristes ansias la alimenta y cria
Dentro el alma, buscando de contino
Para vengar su deshonor camino.

El grave ultraje á su guedeja de oro,
Con libre y atrevida mano hecho,
Y en la encantada sala del tesoro,
Ya el precioso carbunco sin provecho,
Los reyes libres, y olvidado el moro,
Ardiente fragua á su lascivo pecho,
Trocado todo en gustos de venganza,
Que son los que en mujer no hacen mudanza;

La ciega noche atenta contemplando
Del pardo cielo aspectos y señales,
Fué en puntos de efemérides sacando
De los pasados los futuros males:
Saturno al sol en diámetro mirando,
Marte con un cuadrado aspecto, iguales
Desde Cancro á Saturno, y al sol mira,
El aire altera, el mundo enciende en ira.

Y en estos astronómicos secretos
La mudanza de un reino vió escondida,
Y en sus soberbias gentes mil efetos,
A su salud contrarios y á su vida:
Cerró el libro, y con cercos mas perfetos
A un apremiado espíritu homicida
La cuenta pide, y que la dé si sabe
Adónde el cielo agüera un mal tan grave.

A la honda boca de una oscura cueva
Desceñida la halló el siguiente dia,
Y en medio sus conjuros la luz nueva
El alma la asombró que la seguia:
Huyó á su centro; y ella con la nueva
De deseada venganza y alegria
La vuelta daba, cuando dió con ella
La bella Alcina en su carroza bella.

Son del mago colegio estas dos hadas
Las que mas se conforman en los gustos,
Y así ahora, de su antiguo amor llevadas,
Al cuello hacen los lazos mas robustos;
Y en la carroza de marfil sentadas,
Olvidados de Francia los disgustos,
En tierno labio y pláticas sabrosas
Cuenta se dan y piden de sus cosas.

Llegan al real palacio de Morgana
Cuando ya el sol de lleno le embestia,
Y entre el rocío del campo y la mañana
En lumbres de oro y de cristal se ardia;
Donde el diestro pincel con mano ufana
Bellos dibujos á la vista envia,
Sonando el pueblo dentro, ántes dormido,
De las puertas de bronce al gran ruïdo.

Cercada de sirvientes la carroza,
De bellas ninfas y bizarros pajes,
Que en fresca juventud y sangre moza
Salarios gozan de la hada y gajes,
Pasa la altiva puerta, en quien retoza
La vista por bellísimos follajes,
De ricas piedras bárbaro tesoro,
En finos jaspes con perfiles de oro.

Entran al primer patio en forma ovada,
De altas colunas de alabastro hecho,
Donde en arcos de bóveda sentada
La cimbria sube, y vuela el antepecho:
De allí, en dos nuevos cuerpos levantada,
La máquina se encumbra al postrer techo,
Que en varias acroterias se remata,
De enlazados estucos de oro y plata.

Aquí al gran peso de un cristal de roca,
Al frio rigor del polo congelado,
Una clara inmortal fuente provoca
A sed el apetito mas templado:
Cien faunos lanzan agua por la boca
En armonía y són diferenciado,
Y en otras tantas urnas cien hermosas
Ninfas las ondas cogen deleitosas.

Estas sufren en peso otra ancha taza,
Sobre quien una y otra y otra crece,
De tantos caños y tan varia traza,
Que el sutil artificio desvanece;
Y así en nuevos primores los engaza
Los unos por los otros; que parece
Que es toda junta en su primor distinto,
De agua y cristal un bello laberinto.

El patio, á toda cuenta y primor hecho
De encajes bellos de bruñidas losas,
Y por los corredores, trecho á trecho,
De valiente pincel prendas vistosas:
De plata los balaustres y antepecho,
De jaspes escaleras anchurosas,
Cuyas pomposas puertas y ventanas
Dan de ébano y marfil sombras galanas.

De relevado estuco y artesones
Las bóvedas bellísimas, con cuantas
Prendas de ingrato amor, trasformaciones
De bellas ninfas y torcidas plantas,
Dan la parlera Grecia en sus ficciones,
Y en sus verdades las historias santas;
Cuyo diestro pincel abre en la vista
De gusto al alma un nuevo coronista.

De cuadros de primor ricos encajes
Coronan la imperial tapicería,
Con faunos, fuentes, riscos y follajes,
Dïanas, Vénus, cazas, montería:
Una Flora entre rosas y celajes,
Un muerto Adónis, una Prócris fria;
Aquí un Faeton cayendo, acullá un Midas,
En oro las arenas convertidas.

Pasaron las dos hadas a sentarse
En persianos tapetes de brocado,
En una sala, que á dejar mirarse
Su techo de oro y pedrería grabado,
Pudiera de pobreza avergonzarse
Neron con su palacio celebrado,
Aunque fué el desconcierto sin segundo
Que el oro embebió en sí de todo el mundo.

Exhalando perfumes y vapores
De aromas finas, pebeteros de oro,
Con lo mejor de Arabia y sus olores
Fiesta á la diosa hacen del tesoro;
Y de cítaras, liras y cantores,
Vihuelas y arpas un tropel sonoro,
En conforme y suavísima armonía,
Le añaden gala á la en que nace el dia.

En gozar della y ver la hermosura
Del fértil campo en bellos miradores,
De la aurora pasaron la frescura,
Y del sol los primeros resplandores,
Miéntras el maestresala, que procura
Las mesas adornar y aparadores,
Con vasos de oro, en pompa ufana y larga,
De rica y nueva majestad los carga.

En la sala de Apolo la real fiesta
Por mas ostentacion hizo aquel dia,
Dicha así de una imágen suya puesta
En un rico Parnaso que allí habia,
Con soberbios collados y floresta
De árboles de oro y varia pedrería,
Aves de alegres plumas y colores,
Y ricas perlas en lugar de flores.

Viase Dafne en medio, convertida
En un fresco laurel; viase á su lado
El dios de amor, la venda desceñida,
Riendo el triunfo, al arco recostado;
Llorando Apolo, Dafne arrepentida,
El mundo triste y el cruel vengado,
Y entre las arboledas de Peneo
Tañendo á veces y cantando Orfeo.

Es de la altiva sala la techumbre
Un repartido cielo en mil estrellas,
Que del sol de un carbunco enciende lumbre
La plateada luna á un tiempo y ellas;
A quien sigue la excelsa pesadumbre
De clavos de cristal y ruedas bellas,
Con su cerco vital, cuyo tesoro
La esfera parte en varios climas de oro;

Los apartados polos, donde el hielo
El blanco nácar da á las ondas frias,
Las templadas regiones y aquel suelo
Donde tú, Apolo, soplo ardiente envias;
El horizonte abrasador del cielo,
Término de las noches y los dias,
Profunda sima y anchurosa cava
Adonde el mundo sin morir se acaba;

El abrasado igual meridiano,
De luz sembrado y puntas de oro fino,
Cuya dorada y no torcida mano
Fiel lumbre al mundo llueve de contino;
Los trópicos de invierno y de verano,
Del sol cerrada cárcel y camino,
Uno de nieve y tempestad cubierto,
Y en siempre nuevas flores otro abierto;

La línea de Igualdad, cuyas vertientes
Los montes miran sin ninguna altura,
Que unas tiznadas y desnudas gentes
Cultivan en eterna calentura;
Los Coluros que ciñen ambas frentes
A los dos nortes, y con luz segura
El estrellado cerco que los guia
Adonde vive sin morirse el dia.

Hay un camino de oro que divide
Del círculo vital la anchura ardiente,
Por quien el rubio sol que el cielo mide
Ya con luto se ha visto entre la gente;
Y la encantada luna, que preside
Al flojo sueño en su mayor creciente,
Se vió alegre salir con sus estrellas,
Y faltarle la luz en medio dellas.

Relumbra aquí el dorado vellocino
Que un tiempo á Cólcos hizo ser famosa,
Y el Toro que con cuernos de oro fino
Nadando el mar pasó una ninfa hermosa;
Dos niños, uno humano, otro divino,
El Cancro y su figura portentosa,
El Leon con la cerviz de oro estrellada,
Y la Vírgen, de espigas coronada:

El peso ajustador de nuestras horas,
El Escorpion de su veneno armado,
El que con arco y flechas voladoras
De tierna nieve deja el campo helado;
El frio Capricornio, que en sonoras
Borrascas da el sereno mar turbado,
El copero que á Júpiter infama
Con los dos peces de argentada escama:

Las frias nietas del nevado Atlante,
El dorado Orion armado y fiero,
Que al triste y solitario caminante
De guia á veces sirve y compañero;
El carro de oro en ruedas de diamante,
Las dos Osas, las guardas y el lucero,
Y el fijo norte que á sus piés relumbra,
Que es quien las horas de la noche alumbra.

O sea pincel sutil ó mago aliento,
Fuerza de ingenio, yerbas ó conjuro,
No hay en el cielo esfera, movimiento,
Signo, estrella, planeta ni conjuro,
Aspecto, casa, conjuncion, aumento,
Oriente claro, ni poniente oscuro,
Que por esta ancha sala y su discurso,
No haga en su natural período curso.

El año, la semana, el mes y el dia,
Creciendo en su volar y descreciendo,
La clara luz á la tiniebla fria
Con bellos rayos de oro hace ir huyendo:
De la flor tierna que el verano envia,
Dulce fruto el otoño está vertiendo,
Por sustento al invierno y al estío,
Este rico en calor, el otro en frio.

Sin lo que hermoso aquí la vista goza,
Que es del mundo la máquina abreviada,
La alegre escuadra de aves que retoza,
Toda la vuelve en suavidad bañada:
Canta, gorjea, despierta y alboroza,
A Orfeo ayudando si á Morgana agrada;
Mas si ella con su gusto no lo entabla,
Todo ello es oro muerto que no habla.

Sirve esta alegre pieza de intervalo
Y antecámara de otra mas secreta,
Donde su estudio tiene y su regalo
De libros en quietud y paz perfeta:
Yo en su dulce memoria me regalo;
Que á un pacífico gusto y vida quieta
En sabia juventud nada la iguala,
Y mas con tal estudio y con tal sala.

Aquí las reales mesas coronadas
De costosas bajillas de oro fino,
Con preciosos manjares ocupadas,
Vestidas dió aquel dia el blanco lino;
Donde en comida espléndida á las Hadas
Las tazas colman de espumante vino,
Y en graves salvas sirven y aparato
La real ostentacion de cada plato.

ALEGORÍA.

De tal manera se puso el blanco y último fin desta obra en la moralidad y enseñanza de costumbres, que lo que en otra parece accidental y accesorio, puede confesarse en esta por principal intento; y así en ninguna parte va tan oscura, que no descubra y dé algunas centellas y resplandores de sí, mostrando debajo de la dulzura del velo fabuloso, la doctrina y avisos convenientes á la virtud: de modo que si aquí por evitar prolijidad no se descubre toda la alegoría, podrá con este estilo sacarla quien con atencion la leyere.

En las prosperidades de Francia, tan vecinas á su caida, se descubre la poca estabilidad de los bienes temporales, y cómo entónces tiene el prudente mas que temer, cuando en mayor grandeza se halla; porque ni á la virtud le faltó émula, ni á la envidia modos para dañar.

Las Hadas significan los efectos y pasiones del ánimo sensitivo, y así ninguna hay en que no se pinte alguno dellos: Alcina, el apetito amoroso; Morgana, el de la riqueza; Febosilla, el de la fama; Falerina, que labró la espada para matar á Orlando, las astucias de la guerra,

á cuyas manos suelen morir los mas invencibles capitanes.

En Teudonio, tan privado en el gobierno del rey Casto, y luego puesto por el mismo en prision, se muestra lo poco que hay que fiar en favores de príncipes, que tan dispuestos están á pasarse de un extremo á otro, porque en cuanto hombres, aunque reyes, son mudables.

En la tragedia de Alancredo y Rosia se muestran cuán juntos y engazados andan en los amores los gustos y los disgustos; y en la de Manuces en medio de los suyos, el ordinario fin de un tirano.

En Garilo, que traidoramente quiere vender á su amigo, el gran riesgo que hay en fiar secretos de importancia á hombre de quien no se tenga entera satisfaccion.

En la amistad de Alcina y Morgana se dice que el apetito de la sensualidad y el de las riquezas son las dos pasiones que mas unidas están en el deseo humano, y que hasta en los cursos de los cielos pretende el rico tener dominio.

LIBRO SEGUNDO.

ARGUMENTO.

Cuenta Alcina á Morgana la causa de su venida, las admirables cosas que vió en la cueva de los Hados; y para darle entera relacion de la persona de Bernardo, que las ha de dar vengadas de Orlando y los demas paladines, refiere el orígen de los godos en España, de cuyo linaje él desciende. Morgana, agradada de la relacion del mancebo, promete darle para adorno de su persona las celebradas armas de Aquiles. Pintase la casa de la Fama, y la que hay de la venida del frances. Libra Ferraguto una ninfa de las manos de un sátiro, que se convierte en la fuente del desengaño; y la ninfa, en un lienzo de su labor, en profecía le muestra algunos valerosos capitanes de España.

Templó en tanto Gadir su laud dorado,
Y todo en furor bélico encendido,
Por el aire sutil dejó sembrado
Del suave acento un resonar medido,
De tan varia armonía acompañado,
Que el alma cautivó por el oído,
Al dulce son que en los sentidos dejan
Los golpes de las cuerdas que se quejan.

Y dando á los bemoles compañía
La dulce voz de su divino canto,
La beldad comenzó á cantar, que el dia
Al mundo saca en su rosado manto:
Las flores que derrama la alegría
En que á la noche trueca el ciego manto,
Y en invisible y blando movimiento
De negras sombras barre y limpia el viento.

Hurta á la luna el oro de su esfera,
Y á las estrellas su argentado brio;
Entolda de jazmines su litera,
Respira el aire blando aljófar frio;
Sale el dorado sol, la mar se altera,
Tiembla la luz sobre el cristal sombrío,
Y de su barro al caluroso aliento,
El bajo suelo humea y arde el viento.

Y ya despues que toda esta hermosura
Al bello rostro acomodó de Alcina,
Y el lisonjero labio su dulzura
Envuelta dió en destreza peregrina;
La antigüedad del largo tiempo oscura
Veloz cantó, y la priesa en que camina
El orígen del mundo, y cuando el cielo
Feliz principio halló á su inmortal velo.

Cantó de las mudanzas de fortuna
En su inconstante esfera el punto breve:
Cantó al sol sus eclipses, y á la luna
La luz que con dorados cuernos bebe:
Cantó el fatal colegio, y de una en una
Las Hadas celebró su canto leve,
Tocando á vueltas no menuda parte
De heróicos hechos del sangriento Marte.

Y acabada la música y comida
En pomposa grandeza y aparato,
La una majestad á la otra unida,
A gozar fueron del jardin un rato;
En cuya alfombra fértil y florida
Vivo de la beldad dormia el retrato,
Al templar con los árboles y el viento
El tierno ruiseñor su alegre acento.

Habia por él diversos cenadores
Sobre estanques y arroyos cristalinos,
De estatuas adornados y primores,
Y de diestro pincel cuadros divinos:
Allí burlas y juegos de pastores,
Personajes de risa y desatinos;
Aquí brutescos, acullá grimazos,
Y de olmos y de parras mil abrazos.

Despues que con jazmines y claveles,
Azules lirios y encarnadas rosas,
Lo mas vistoso hurtando á sus vergeles,
Sus cabezas volvieron mas vistosas,
Al márgen de un arroyo entre laureles,
Sobre alcatifas pérsicas preciosas,
A sombras frescas de una vid lozana,
Así Alcina habló, y oyó Morgana:

«Si ya deseas saber, oh Reina hermosa,
De mi nueva venida el fundamento,
Qué causa hacerme pudo venturosa,
A hurtarle á tu vida este contento;
Negocios graves, ocasion forzosa,
A salir me obligaron de mi asiento,
Aunque el gusto de verte lo hiciera,
Del muerto mundo cuando allá estuviera.

»Mas hoy este regalo y mi venida
A tu servicio queden y á mi cuenta;
Que tú en venirte á ver serás servida,
Y yo en verte, cual ves, rica y contenta:
Un agravio comun nunca se olvida,
Ni á un noble la memoria de su afrenta,
Ni á un amigo, si lo es en lo que digo,
La injuria que le hicieron á su amigo.

»Despues que tu jardin fué destrozado
Por la mano de aquel frances furioso
Que ganó á Balisarda, y ha ganado
Contra nuestra nacion nombre famoso,
Nunca de mi memoria se ha borrado
De la afrenta el ultraje vergonzoso
En que su espada nos dejó y quedámos
Las que de sangre tuya nos preciamos.

»Y aunque ninguna goza en tu linaje
Derecha accion á la fatal bebida,
De cuyo vaso y su inmortal brebaje
El brio desciende á nuestra larga vida,
Que recibido no haya algun ultraje
Desta nacion francesa mal nacida,
Todas, sin hacer caso de los suyos,
Como á mas principal lloran los tuyos.

»A ti contenta sola, á ti vengada,
Desea en esta ocasion la mas briosa,
Y yo mas, como mas interesada
Y en yerros contra ti ménos piadosa;
Que como rica debes ser honrada;
Y en solo este cuidado cuidadosa,
Ninguna diligencia he perdonado:
Oye lo que con ellas he alcanzado.

»Donde el mar Jonio al Ténaro le baña
Los verdes jaspes de su fértil vena,
Y en bosque espeso y hórrida montaña
Sobre las nubes se encarama y suena,
De entrada oscura y abertura extraña
De negro hollin, herrumbre y lamas llena,
Una espantosa cueva se descubre,
Que el cielo y mar con humo altera y cubre.

»Por esta se camina al ciego mundo,
Y Alcides á esta luz sacó el Cerbero,
Cuando de las deidades del profundo
Victorioso salió, arrogante y fiero:
Aquí la muerte tiene otro segundo
Caron, que asista y sirva de portero,
A cuyo aliento y cálido bochorno
El vivo huye, el muerto tiembla en torno.

»En cierto aspecto de menguante luna
La oscura cueva está en segura entrada,
Hasta donde en los libros de fortuna
La humana cuenta se nos da ajustada:
Por tu ocasion aquí en hora oportuna,
De fantasmas bajé y horror cercada,
A consultar tu caso y ser testigo
De lo que allí hallé y aquí te digo.

»Despues que por torcidos escalones,
Vacios de claridad, bajé á los senos
De la tierra y sus negros artesones,
De hollin tiznados y de sombras llenos,
Antes del triste término y mojones
Del reino de Pluton vi unos serenos
Campos, y allí un castillo á quien el dia
De la suya una luz dudosa envia.

»En la jurisdiccion de los mortales
Este alcázar está, y quien dentro vive;
De aquí el hado los bienes y los males
A la tierra despacha y apercibe;
Aquí con altibajos desiguales
Fortunas labra y su valor describe;
Y aquí es, al fin, la casa de moneda
De cuanta el tiempo por el mundo rueda.

»Aquí Demogorgon está sentado
En su banco fatal, cuyo decreto
De las supremas causas es guardado
Por inviolable y celestial precepto:
Las parcas y su estambre delicado,
A cuyo huso el mundo está sujeto,
La fea muerte y el vivir lucido,
Y el negro lago del oscuro olvido.

»Aquí se labra el siglo venidero
Y las humanas inviolables leyes,
Que ni el tiempo las muda lisonjero,
Ni las quebrantan príncipes ni reyes:
Cuelga el último dia del primero,
Y en torpe yunta de alquilados bueyes
Ara la vida el mundo, y nadie advierte
Que es el vivir dar surcos á la muerte.

»Aquí en negro dosel, sin luz, sentadas
Tres diosas hilan las humanas vidas,
Al curso las madejas devanadas
De nueve ruedas de cristal lucidas,
Donde, en el huso apénas marañadas,
Las blandas hebras crecen mal torcidas,
Cuando, de todas tres la mas lijera,
Por lo hilado corre la tijera.

»Copos de suertes y colores varias,
Unos blancos sin tez, otros lustrosos,
Unos á quien los reyes pagan parias,
Y otros que pechan á los mas astrosos:
Cuáles de tornasol hebras voltarias,
Cuáles de rica luz hilos preciosos,
Cuáles de alquimia y cuáles de oro fino,
Y en cada cual su hebra y su camino.

»El siglo venidero, la mudanza
De reyes, reinos, casas y dictados,
Lo que el distrito de fortuna alcanza,
Lo que al decreto toca de los hados:
Cuanto se pesa con mortal balanza;
Los que vendrán, presentes y pasados;
Cuanto es, cuanto ha de ser y cuanto ha sido,
Aquí se hila, corta y da tejido.

»De los tiempos la masa vi abreviada
Manar al mundo y revolver sus cosas,
La vida de congojas asaltada,
La muerte de sus bascas temerosas:
La fortuna dichosa y desdichada,
Con sus dos caras, ambas engañosas,
Volando en sus favores y desdenes
Los males engazados con los bienes.

»Y entre estos mundos, al que ya nacia
Humilde vi la victoriosa Francia,
Que un mancebo y su espada le tenia
Por el suelo sembrada su arrogancia:
Miréla, y admirada en lo que via,
Aquella conocí ser la inconstancia
Del bien humano; que los mas cumplidos
Forzados vienen y se van corridos.

»No me admiré de ver que tanta alteza
En tragedia tan triste se trocase;
Que es cierto que en mortal naturaleza
Todo tiene su fin y ha de acabarse:
La rueda me admiró con su presteza
Que apénas deja de la vista hallarse:
Allí, ¡oh fortuna! quien de tí se fia
Verá cuán firme tiene su alegria.

»La espada Balisarda vi presente,
Que un victorioso jóven á tu instancia
En la sangre bañaba de un valiente
Que asombró el mundo y dió valor á Francia,
De oro con estas letras en la frente:
«Bernardo, honor de España, aunque en distancia
Brevísima su fama así encogida,
Que apénas al nacer fué conocida.»

»Cual la dudosa luna amortiguada
En los principios del helado invierno,
Entre negros celajes ofuscada,
Falto muestra de luz el rostro tierno;
Y ántes de ver el alba deseada,
El oro pierde de uno y otro cuerno,
Haciendo el tibio resplandor difuso,
De mil colores un color confuso:

»De tal manera entre una niebla oscura
De Bernardo la fama se quedaba,
Y sin lumbre, sin luz ni hermosura,
Confusamente aquí y allí volaba:
Cortas las alas, pobre de ventura,
Y aunque el confuso espíritu alentaba,
Faltábale la pluma, y no podia
La oscuridad huir que la ofendia.

»No porque su grandeza no subiese
Adonde hasta hoy nadie ha llegado;
Mas un astro infeliz quiso que fuese
Corta de voz y de valor sobrado:
Faltó quien á sus alas añadiese
Una pluma de estilo moderado;
Y así en lenguajes bárbaros metida,
Arrinconada quedará y perdida.

»Hasta que el tiempo, que ofuscarla pudo,
Hermosa y clara al cielo la levante,
Y de su oscuro y encantado nudo
Un nuevo verso y voz la desencante.
Esto por las molduras de su escudo
Grabado ví, y con letras de diamante:
«A otro de su nombre está guardado
El romper con la pluma este nublado.»

»Mas si gustas saber con fundamento
Quién este valeroso jóven sea,
Qué sangre puso en él tan firme aliento,
Qué obligacion honrada le espolea,
Sabrás, hermana, aunque es prolijo el cuento,
Que en su real nacimiento dió una idea
De su furor la quinta esfera al suelo,
Y otra de afable amor el tercer cielo.

»En esta rica Escandinavia hermosa,
A quien la antigüedad llamó otro mundo,
Y desde aquí con vuelta deleitosa,
Casi en torno la ciñe el mar profundo,
Madre ilustre de gente belicosa,
De fértil suelo y de vigor fecundo,
Donde este rico lago halló asiento,
Que hoy da á tu alcázar real firme cimiento,

»Tres soberbias provincias y regiones
Pisan su invicto suelo; y la postrera,
Cuyo distrito y bárbaros mojones
Del mar Germano tocan la ribera,
Oficina de indómitas naciones
De inculta vida fué y de gente fiera,
Donde los getas fuéron y los dacos,
Y el primer godo aró bosques opacos;

»De aquí salieron por diversas vias,
De antigua gente en gruesos escuadrones,
Valientes hombres; que las tierras frias
Pueblos producen de altos corazones;
Buscando en que habitar partes vacías,
Por venirles ya estrechos sus rincones,
Los vándalos, los cimbrios, los suevos
Y los alanos, mas que todos nuevos.

»Pues entre estas naciones que su tierra
Dejaron por estrecha, aunque abundosa,
Y á revolver el mundo y darle guerra
En figura salieron temerosa,
Los godos fuéron gente en quien se encierra
Nobleza humana en sangre belicosa,
Y que de los monarcas mas potentes
Siempre temidos fuéron por valientes.

»Tras la alta insignia de un leon bermejo,
Que en azules banderas tremolaba,
Y de tres capitanes de un consejo,
Animo altivo y arrogancia brava,
A ser salieron de grandeza espejo
Al mundo en la region donde él se acaba,
Del cielo á su nobleza prometida,
Y al feliz brio de su valor debida.

»No salieron con pechos ambiciosos
A solo hacer alarde de valientes;
Mas con la paz pidiendo, aunque briosos,
En que habitar lugares suficientes:
No guerra, campos piden anchurosos,
Del gran derecho usando de las gentes;
Que el pueblo que en su tierra no cabia,
Que se llegue permite á la vacia.

»Negó el Imperio la demanda justa,
Y la inquietud parió desasosiego;
Que es hacer guerra justa de la injusta,
Negar lo justo de un humilde ruego;
Y dando á la razon fuerza robusta,
Su despreciado campo á sangre y fuego
De Italia destruyó una larga parte,
Y en el rio Tiber la ciudad de Marte.

»Y á tal colmo subió el de su potencia,
Que hacia y deshacia emperadores,
Hasta que en útil premio y convenencia
A su rey y futuros sucesores
Honorio dió en legítima tenencia
La España, á quien los bárbaros furores
De los suevos, vándalos y alanos
Al Imperio usurparon de las manos.

»Fué el trato, que al rey godo le quedase
Lo que entre el Pirineo y mar se encierra,
Y que del yugo vándalo sacase
A su corona la usurpada tierra;
Con que su invicto campo reservase
A Italia y Roma de su injusta guerra,
Dando por precio al español estado
Cuanto en el lacio suelo habian ganado.

»Ora sea ó no justificado el hecho
Con que se habian en él introducido,
Su cetro tenia ya el primer derecho
De ocupacion, por armas adquirido;
Y así al ceñido imperio útil provecho
La ley fué del contrato establecido,
Y por aquí legítima y no extraña
La entrada de los godos en España.

»Murió Alarico, hecho el trato en todo,
Si bien no pudo verlo efectuado:
Sucedióle Ataulfo, el primer godo
Que en España metió campo formado:
Ganó hasta Barcelona, y allí, el modo
De su gobierno próspero asentado,
Por mano le mató de Ernulfo fiero
Quien las suyas por rey besó primero.

»Siguióle el desgraciado Sigerico
En el reino tambien como en la muerte,
Con mas vana codicia de ser rico
Que en campo armado belicoso y fuerte:
Dióle el tiempo en gran cuerpo ánimo chico,
Con que se ahogó en él la buena suerte,
Matándole en la paz, por mas casera,
La espada que en la guerra no lo hiciera.

»Tras este el reino dieron á Walia,
Porque la siga y haga sin partido;
Salió en armada flota á Berberia,
Que el aire la venció y volvió corrido;
Y con él la arrogante valentía
Del gótico poder nunca vencido,
Para hacer firme pié en el reino instable,
La ántes odiosa paz halló agradable.

»Sucedió á su real pecho el animoso
De Teodoredo, á quien los adivinos
Triste muerte anunciaron, y él, furioso,
A buscarla salió por mil caminos
Contra el soberbio Atila victorioso,
De Tolosa en los campos convecinos,
Donde en sangriento innumerable estrago
El Rey bebió entre el vulgo el comun trago.

»Bien que su belicoso Turismundo,
Del muerto padre en la áspera venganza,
Contra el azote del vencido mundo,
De firme acero armó su invicta lanza;
Fuera al primer azote ella el segundo,
Si envidia no enfrenara su pujanza,
Cuando al bárbaro rayo de la guerra
Las fuerzas le templó y quitó la tierra.

»Tuvo por sucesores dos hermanos:
El sin piedad incauto Teodorico,
Que á un humilde rey vándalo en sus manos
Matar le hizo, y á él su hermano Eurico,
Fratricida cruel, pero de humanos
Respetos, noble, afable, ilustre y rico,
Que á su reino dió ley, y á su corona
La orla de Zaragoza y de Pamplona.

»Compeliendo á bramar al cielo en vano,
En un toro de alambre á Burdeneo,
Alarico entró al reino, y por su mano
La ambicion lo usurpó de Clodoveo:
A este le sucedió un bastardo hermano,
Y á este el valor que de Amalo y Balteo
Las nobles sangres puso en un supuesto,
Y en él un nombre de los dos compuesto.

»Matáronle en Narbona, y entró luego
Téudis, en cuyo tiempo el real de Francia
En España sembró sangriento fuego
Con mayor daño suyo que ganancia:
Matóle un brazo loco en furor ciego;
Sucedió de Teudisclo la arrogancia,
Y á este de Egica la arriana suerte,
Y á ambos tras torpe vida infame muerte.

»Atanagildo entró determinado
De echar de España la romana gente;
Siguióle Liuva, y por acompañado
El cruel Leovigildo, rey prudente,
Aunque soberbio y sin piedad airado,
En grandeza y tesoros eminente,
De Recaredo padre, y de su hermano
El mártir Emergildo sevillano.

»Fué el singular y noble Recaredo
Del cetro y silla real sucesor dino,
De Francia vencedor, de Roma miedo,
Y de la fe restaurador divino;
De amada majestad, brioso denuedo,
De tan feliz estrella y noble sino,
Que del rëal valor que le acompaña
Eterna sucesion gozará España.

»Sucedióle de Liuva el reino breve,
De esperanzas en flor sembrado en vano,
Que Viterico con espada aleve
Segarlas pudo al cetro toledano,
Dejándolo él con muerte ménos leve
A Gundemiro, el que en fervor cristiano
Los templos hizo con piedad sagrados,
Inviolables defensas de culpados.

»Tras este el elocuente Sisebuto
Por dos veces triunfó de los romanos,
Y á los hebreos con público estatuto
Dejar les mandó el Reino, ó ser cristianos:
Entró al suyo de lágrimas y luto,
Niño de tierna edad y años lozanos,
Su hijo Recaredo, y murió luego;
Que aun no lloró á su padre con sosiego.

»Heredóle Suintila, y fué el primero
Que el reino hizo de España monarquía,
Y tras él Sisenando copió el fuero
De la jurispañola policía;
Chintila entró en resplandeciente acero,
Más que por sucesion por tiranía;
Y Tulga al mundo dió en veloz corrida
Solos deseos de gozar su vida.

»Alzóse con el reino Chindasunto,
Y sucedióle su hijo valeroso
El católico y noble Recisunto,
De ánimo insigne y corazon piadoso;
Tras quien á Wamba hizo el pueblo junto
En concorde eleccion rey poderoso,
Y él, dando temporal por infinito,
La púrpura trocó en sayal benito.

»Dió en sucesion el reino no estimado
Al conde Ervigio, rey ahora intruso
En la real silla, donde no forzado
A Egica su famoso yerno puso;
Por quien Vitiza entró en adverso hado,
De cuyo infeliz tiempo el torpe abuso
A oscurecer llegó y deslucir todos
Los graves hechos de los reyes godos.

»Fué ayo de perniciosas libertades,
Y el que estragó de la compuesta España
En las nobles virtudes sus beldades:
¡Tanto un mal rey con su insolencia daña!
Desnudó de sus muros las ciudades,
A las armas quitó el acero y saña,
Y al mal regido Reino dió permiso
Del sensüal deleite en cuanto quiso.

»Privólo dél Rodrigo en campo armado;
Que su robusto pecho y brazo fuerte,
En sensuales deleites estragado,
Su grandeza perdió y ganó su muerte:
Un antiguo palacio dió encantado
En su alcázar rëal la infeliz suerte,
A cuyo firme umbral el bronce duro
Mil siglos tuvo en su quietud seguro.

»Nadie en la antigüedad fué así atrevido,
Que el acero rompiese á sus candados,
Medroso que el furor allí escondido
Sus desastres tenia encarcelados:
Deste rey solo al pecho distraido,
La infiel codicia le vendió pintados
Los bárbaros que á España en triste dia
Un encantado bulto prometia.

»Turbóse el Rey al infeliz agüero,
Aunque el lascivo amor mas le turbaba
Con una dama y su desden severo,
Niña, lozana, altiva, hermosa y brava:
Por ganalla perdió su reino entero;
El fué el último godo, ella la Cava;
Su padre Julian, por él España
Bárbara presa de una gente extraña.

»En las selvas cayó del rio Leteo
Del sin ventura Rey el cetro y mando;
Quedó perdida España, harto el deseo
En sus destrozos el morisco bando;
Mas ¡qué no puede un vicio torpe y feo,
Y el descuido de un rey lascivo y blando!
Todo al fin lo abrasó y tragó en su rabia
La torpe secta que nació en Arabia.

»Hiciera punto aquí el linaje godo,
Su altivo reino y el valor de España,
En miserable riesgo puesto todo,
Al tirano furor de gente extraña;
Si un nuevo rey, por milagroso modo,
Del áspero solar de una montaña,
No levantara el cielo ya cansado
Del fiero azote y del rigor pasado.

»Fué este feliz restaurador Pelayo,
Del despojado rey noble sobrino,
En quien conservó el cielo vivo un rayo
Del gótico valor, brio peregrino;
Y el triste reino en su mortal desmayo
Nuevo aliento cobró, nuevo camino
A la rica esperanza, ántes sin vida,
De recobrar la libertad perdida.

»Pelayo al Reino dió un brazo animoso
Por sucesor de su ánimo valiente,
A quien la breve vida quitó un oso;
Y el católico Alfonso entró prudente
A gobernar el cetro valeroso
Por digno rey de la española gente,
Y en linaje, valor, brio y denuedo,
Inclito sucesor de Recaredo.

»Deste fué hijo el áspero Fruela,
Que, en corazon cruel y ánimo impuro,
Un hermano mató, sin mas cautela
Que deseos de gozar reino seguro:
Fué de su religion fiel centinela,
De su sagrada fe inviolable muro;
Y al estragado clero, en casto celo,
La limpia honestidad volvió del cielo.

»Fué alegre prenda de una hija hermosa
Del que en Guiena fué duque contrario
Al potente Martel, que en la alevosa
Francia á rey le subió el tiempo voltario;
Abuelo del que ahora reina y osa
Con sus duques nombrarse tu adversario,
De cuya sangre real, así enemiga
De Carlo-Magno y su francesa liga,

»El Casto rey nació, que ahora enfrena
Con riendas de oro la invencible España,
Y su hermana menor Doña Jimena,
Que al mundo dió del conde de Saldaña
La invicta espada de victorias llena,
Cuyas grandezas en prudente saña
Harán los hados, sin que el curso muden,
Que ahora espanten y despues se duden.

»Este es el gran Bernardo, á quien el cielo,
Por benignos favores de su estrella,
A su brazo rendido dará el suelo
Que guia de flor de lis la empresa bella:
Hará vengado á su ofendido abuelo,
Satisfará tu agravio y mi querella,
Y á un golpe, que la fama le atribuya
De Francia la honra y la opinion por suya.

»Es al presente un jóven valeroso,
De real disposicion, feroz denuedo,
Noble, fácil, cortés, compuesto, brioso,
De pecho altivo y corazon sin miedo;
En paz afable, en guerras desdeñoso,
De España, al fin; que es cuanto decir puedo;
Que un ánimo español de sangre noble,
En cuantas goza el mundo es fiesta doble.

»En la corte nació del rey su tio,
De adonde el sabio Oróntes, deudo nuestro,
Pequeño le robó, y por gusto mio
Ayo le ha sido fiel, guarda y maestro:
Salió cual se esperaba de su brio,
En todas armas valeroso y diestro;
Cuya temprana espada y brazo fuerte
Su rey libró de una alevosa muerte.

»No se crió en regalos ni en blanduras,
Ni el ocio padre fué de heróicos pechos;
Que del deleite humilde las dulzuras
Solo son de álmas pobres ricos lechos:
Desde que á las primeras luces puras
Abrió los tiernos ojos, los vió hechos
A soledades y asperezas solas,
Y á oir del sordo mar las roncas olas.

»En el crespo Archipiélago copioso
De ásperas islas, un preñado monte,
De la jovial Creta al golfo ondoso,
Su cabeza descubre á mi horizonte;
Y entre el Samo y el Mergo pantanoso,
Y entre el principio de Asia y Negroponte,
Hecha deja una isleta y costa brava,
Que Icaria en otro tiempo se llamaba;

»En cuyos solitarios arenales,
Del atrevido Icaro la pluma,
Aun eternas conserva las señales,
Sin que el mudable tiempo las consuma;
Y su nombre en las ondas inmortales,
De herviente cubierto y blanca espuma,
Sobre el sepulcro temeroso suena,
Puesto al rigor de su mudable arena.

»El sabio aquí por la esperanza mia
A su cargo tomó la ilustre empresa,
Y en noble crianza y sabia policía,
Salva guardó la destruccion francesa,
Probando en aventuras que fingia
De su niñez la inclinacion traviesa,
Y tras ella sus años juveniles
Al grave pundonor de hechos gentiles.

»Vestíle anoche un rico arnes de acero,
Y armóle hoy caballero un rey persiano,
Guardando á mis lecciones el agüero
De un observado aspecto soberano;
Con que ya su valor veo tan entero,
Que golpe no dará en vacío humano,
Y á darte nuevas desta buena suerte,
Las alas me prestó el deseo de verte.

»Ya pues, diosa feliz, en lo restante
Por tí mi jóven se gobierne y rija,
Y contra el brazo y el furor de Anglante
Armas iguales tu saber le elija:
Que aunque es á todo su valor bastante,
Con prevencion prudente el bien se fija,
Acudiendo á esta empresa, por ser tuya,
Yo de mi parte, Orónte de la suya.

»Está de tu favor necesitado
El católico reino de Castilla
Contra el frances orgullo, que, agraviado,
Por fuerza quiere la española silla;
Y al valiente doncel recien armado
La soberbia del mundo se le humilla:
Solo tu amparo pide; que en la tierra
De la paz es el nervio y de la guerra.

»Si el frances enemigo se apodera
De España, queda muerto el valor godo;
Todo el mundo rendido á su bandera;
Que el cielo ha dado á España el mundo todo:
Suyo ha de ser en esta edad postrera,
Y de Francia será, si por tal modo,
Por fuerza ahora ó cautelosa maña,
Su brio introduce en el valor de España.

»Tu agravio queda sin venganza justa,
Y para siempre nuestro honor manchado,
Si el ímpetu frances á la robusta
Fuerza de España queda incorporado:
La nueva causa desta guerra injusta
Que entre estas dos naciones se ha trabado,
De aquí tomó corriente: advierte el modo
Que señora te dé una vez de todo.

»Hijo dije que fué del rey Fruela
El que lo es hoy de Astúrias y Galicia;
Mas quedó niño, y con su infiel tutela
De Aurelio usurpó el reino la malicia:
Sucedió del rey Silo la cautela,
Y á este, de Mauregato la avaricia;
Que por gozar de infame cetro de oro,
Bellas parias pagó en tributo al moro.

»Sucedió Don Bermudo á Mauregato,
De pecho real y de ánimo prudente,
Que al Casto primo dió del reino ingrato,
Como ántes era suyo, el cetro y gente:
Este es hoy de virtud vivo retrato,
En la guerra y la paz sabio y valiente,
Invicto vencedor, feroz guerrero,
Casto en la vida, en el juzgar severo.

»Mas viéndose de larga edad ceñido,
Y de ilustres deseos rico el pecho,
En el estrecho término encogido
De un combatido muro y pueblo estrecho;
Sin forzoso heredero conocido,
Con quien dejar su reino satisfecho,
Vió tambien que, aunque sobre fortaleza,
Es confusion un mundo sin cabeza.

»Y destos graves pensamientos llena
La heróica fantasía, el Rey, severo
Entre el cargo y descargo de la pena
De ver su invicto leon sin heredero,
De sus trazas tomó la ménos buena,
Sin fiarla de prudente consejero:
¡Notable error! Y en ya resuelta instancia
Ceder quiere su cetro en el de Francia.

»Moviale ver el brazo victorioso
Del nuevo Augusto César de Occidente,
Y el español distrito belicoso
Así ocupado de enemiga gente:
Queria dejar un capitan famoso
A su invencible ejército decente,
Que con su autoridad al pecho frio
Pusiese, á ser posible, mayor brio.

»Que á él su prolija edad mas le convida
Al ocio blando, que á la dura guerra,
Y del mauro la gente mal nacida
De aumentar trata la usurpada tierra;
Mas la rica esperanza concebida
Del noble fin que el real cuidado encierra,
Ya el tiempo con suceso no esperado
En ambiciosa guerra la ha trocado.

»Que el reino, al no decente ofrecimiento
Del Católico rey al rey de Francia,
De su imprudente arbitrio descontento,
Su valor ofendido y su arrogancia,
Que revoque pidió el dañoso intento
Con la segunda la primera instancia,
O la obediencia le alzarán debida,
Y harán no poco en le dejar con vida.

»Esto á anular bastó el concierto hecho
Con público estatuto y embajada,
Y agraviado el frances, quiere de hecho
La injusta sucesion con mano armada;
Y que la fuerza, á falta de derecho,
Le dé el reino, y sobre esto es la jornada:
De Francia la soberbia y de Castilla,
Desta fuente bebieron su rencilla.

»Vencidos ya Agramante y Desiderio,
Aquel rey africano, este lombardo,
Con el feroz poder del nuevo imperio
Sobre España el frances baja gallardo;
Y ella no tiene en todo su hemisferio
Otro valor igual al de Bernardo;
Mas basta este; que un brazo valeroso,
Un campo, un reino, un mundo hace dichoso.

»Hasta ahora el riesgo ha estado por mi cuenta
Del rico enjerto y de la invicta rama
Que ha de dar sombra al mundo, á Francia afrenta,
Y á su España de honor lustrosa llama:
Haz ahora tú, hermana, que yo sienta
Que en esto vuelvo por tu gusto y fama,
Y que eres diosa del tesoro humano,
Que la guerra y la paz tiene en la mano.»

Al dulce hablar de la afeitada Alcina,
Morgana en gran deleite estuvo atenta;
Que es la lisonja dulce golosina
Que al necio rico en ambicion sustenta:
Y ufana con el nombre de divina,
Así arrogante respondió y contenta,
Sin mirar que la Hada en cuanto emprende
Solo á su gusto y no al ajeno atiende.

«Siempre crei que en tu cuidado puesto,
Vivia seguro el de mi honra y vida;
Que mas promete tu nobleza que esto,
Y en mas que esto te estoy agradecida:
El cielo á mi venganza está dispuesto;
Que pues la veo de tí favorecida,
Ya no la dudo ni recelo en nada:
Tú quedarás contenta, y yo vengada.

»Por varios modos pretendí vengarme,
Y todos ellos me han salido en vano;
Ya del fiel Galalon quise ayudarme,
Ya de la injusta muerte de Troyano:
De Agramante el valor pudo alentarme,
El tártaro furor y el africano,
De Mandricardo y Rodamonte fiero,
Mas á aquel mató Orlando, á estos Rugero.

»En graves pensamientos ocupada
El placer me halló de tu venida,
Ya en mis perplejas dudas enterada
Del frances riesgo en su fatal caida,
Aunque ignorando la dichosa espada
De tal hazaña digna y tal herida:
Ahora que tu saber me la ha mostrado,
Oye lo que al presente me da el hado.

»Ya sabes que son mios de derecho
Los tesoros del mar y de la tierra,
Y que á mi cetro y gusto paga pecho
Cuanto en los senos de los dos se encierra;
Pues donde del mar Jónio el bravo estrecho
De Acroceranio bate la alta sierra,
Cierta joya en el mundo celebrada
Dias há que á un grave fin tengo guardada.

»Aquellas armas que del griego Aquiles
A Ulises se entregaron por sentencia,
De ricas perlas llenas y perfiles,
En quien Vulcano echó toda su ciencia,
Donde en realces de mágicos buriles
Grabada está una oculta descendencia
De héroes ilustres que vendrán al mundo,
Del primer poseedor y del segundo;

»Del crespo mar una áspera tormenta
Allí hasta hoy las dió depositadas,
Sin que el furioso Telamon consienta
Que le sean de mortal mano tocadas:
Vive en su muerto corazon la afrenta
De haberle sido sin razon quitadas,
Y en virtud deste pensamiento altivo,
Muerto para guardarlas, se está vivo.

»Si ya este nuevo espíritu valiente
El fin supiere hallar desta aventura,
Yo mi favor le prestaré decente,
Y él me hará de su valor segura.»
Así Morgana al márgen de una fuente
Al blando viento hurtaba la frescura,
Y yo al sabor de su parlar atento,
Tambien bebí de su discurso el viento:

Cuando el tiple marcial que el clarin vierte,
Y el ronco son de trompas y atambores
Con que el mundo camina hácia la muerte,
Su plática deshizo entre las flores:
Cesó el sepulcro en que la Hada advierte
Que el arnes vive, lleno de primores,
Del griego capitan á cuya mano
Héctor murió y tembló el muro troyano.

Que el quinto cielo ya en sangrienta rueda,
Por la tierra marcial furor derrama,
Y en invisible aliento da el que pueda
Crecer á soplos de ambicion la llama:
Del rey frances los triunfos, con que queda
En majestad vencido el de la fama,
El requemado enojo, los desvíos,
Y del leonés los indomables brios.

Entre la tierra, el cielo, el mar y el viento
Un soberbio castillo está labrado,
Que, aunque de huecos aires su cimiento,
Y en frágiles palabras amasado,
Basa no tiene de mayor asiento
El mundo, ni los cielos se la han dado,
Pues á solo él y su muralla fuerte
No ha podido escalar ni entrar la muerte.

En las nubes esconde sus almenas,
La tierra y cielo desde allí juzgando,
De anchos resquicios y atalayas llenas,
De ojos cubiertas, sin dormir velando;
Y con mas lenguas que la mar arenas,
Ajenas vidas y obras pregonando,
Sin que palabra, aunque pequeña, suene,
Que de rumor las bóvedas no llene.

Fama, monstruo feliz, vario en colores,
Es quien las torres del alcázar vela,
Y en plumas de vistosos resplandores
Por todo el orbe sin cansarse vuela,
Favores pregonando y disfavores
Que allí el parlero tiempo le revela,
De ojos vestida, de alas y de lenguas,
De unos contando loores, de otros menguas.

Vuelan sus claraboyas por la cumbre
De la enarcada bóveda del cielo,
Sobre pilares de oro, cuya lumbre
El aire baña y da hermosura al suelo:
Vuelve en cuadrados ecos su techumbre
De huecas voces un sonoro vuelo,
Que en confuso rumor los patios llena,
Y un rico mundo de grandezas suena.

Los firmes quicios de las altas puertas
Sin guardadoras llaves ni candados,
A todo tiempo y toda gente abiertas,
De cualquier calidad, suerte y estados:
Las ocultas verdades descubiertas,
Los antiguos engaños disfrazados,
Los vulgares rumores, cuyo enjambre
Al deseo de saber crece la hambre.

A estos, sin que el reciente rastro borre,
El vulgo la ignorante oreja aplica,
Y al ciego aliento que en sus patios corre,
La mas templada boca multiplica:
Los cuentos que uno oyó en la primer torre,
Tan mudados en otra los publica,
Que, volviendo á encontrarlos sus autores,
Nuevos los juzgan y los dan mayores.

El firme umbral de sonoroso bronce
Al grave peso de la gente gime,
Que el vario tiempo por el ancho esconce
A todas horas de aquel mundo esgrime:
Aquí de nudo eterno el mortal gonce
Los siglos vence y á la muerte oprime,
Y en vuelo infatigable y ancha pompa
El son retumba de una hueca trompa.

Humilde á los principios se levanta,
De ronca voz y de alas encogida;
Mas crece el tibio vuelo en fuerza tanta,
Que á la luz deja en su cundir vencida:
De feroz vista y proporcion que espanta,
En vivas lenguas y ojos convertida,
Y de tal propiedad y tal sugeto,
Que á todo hace, y no á guardar secreto.

Así á los cielos ruego le suceda
Al vuelo heróico de mi corta pluma;
Que si hoy humilde y por el suelo queda,
Mañana suba á ser de honor la espuma;
Y en lo alto ya de la voluble rueda,
El tiempo ni la halle ni consuma;
Mas con su altiva voz tan hueca suene,
Que el mundo espante y sus regiones llene.

De todas las humanas invenciones,
Soberbias torres, máquinas, trofeos,
Bellos teatros, ricos panteones,
Altas colunas, graves mausoleos,
Anchos doriscos, sacros ilïones,
Colosos, arcos, termas, coliseos,
Pincel, estatuas, bronces, escultura,
Y otra si hay mas constante ó mas segura;

En todas cunde la infeliz polilla
Del voraz tiempo, autor de las verdades:
No hay real corona ni suprema silla,
Sagrado imperio, muros ni ciudades
Contra sus fuerzas: todo lo aportilla;
En todo imprime y causa novedades:
Los reinos muda, sus linderos trueca,
Y hoy, donde ayer fué mar, ya es tierra seca.

¿Quién me dirá de la usurpada España
El cetro oscuro de ásperos alanos?
¿Qué terrones rompió la inculta saña
De almonidas y antiguos turdetanos?
¿Quién los epalos fuéron, cuya maña
Al Bétis dió los muros sevillanos?
Los zacintos, los celtas, los ancones,
¿En cuál mundo tuvieron sus regiones?

Ya el tiempo los tragó en ruedas voltarias:
La romana y la griega monarquía
De Virgilio y de Homero, plumas varias,
Murieron, y ellos viven todavía:
Si á sus versos los reinos dieron parias,
Tambien yo espero que á la musa mia
Rinda, á pesar del tiempo y de envidiosos,
Roma sus muros, Ródas sus colosos.

Estos deseos, sabrosa medicina
Contra la muerte son de honrados pechos;
Que el alma eterna de nacion divina
Eternizar tambien desea sus hechos.
¿Quién á un famoso nombre no se inclina?
Quién la honra no antepone á otros provechos?
Quién tan inútil y de humilde suelo,
Que de una inmortal voz no ame el señuelo?

Pues este altivo monstruo en pasos blando,
De pechos nobles pasto apetecido,
Hoy por un ciego mundo hace volando,
Con mayor voz que nunca, mas rüido:
La nueva infausta guerra pregonando,
El valor del frances nunca vencido,
El aprieto de España y de sus cosas,
Unas alegres y otras lastimosas.

Y entre las que el clarin con mayor vuelo
Del vulgo humilde al real dosel levanta,
Es de Francia el ejército, que el suelo
Con sombra cubre y con braveza espanta:
Por cuanto ciñe el mar y abraza el cielo
Ni otra voz suena ni otra gloria canta;
Que siempre el vario monstruo se recrea
Con los que la fortuna lisonjea.

Tambien la invicta España en contra viene
Del comun enemigo á la potencia
Con cuanto dentro encierra, hasta el que tiene
En religion y leyes diferencia:
El que de arar la tierra se mantiene,
Los que en mandarla alcanzan eminencia,
Al que en alcázar real ó humilde choza
La nueva guerra asesta ó la paz goza;

Los que á Duero cultivan sus jazmines,
Y al rio Miño las riberas rojas,
Y de Ebro los principios y los fines,
De nieblas frias y corrientes flojas:
Los que del Tajo habitan los confines,
Y pisan de sus álamos las hojas,
Y el que sin fruto en Guadiana pesca
O al Bétis ciñe la ribera fresca.

Marsilio en prevenirse fué el primero
Contra el comun pavor que asombra á España,
Y al rey Casto ofreciendo un campo entero,
El de su gente infiel puso en campaña:
Mandando á Ferragut que al mauro fiero
Por gente pase natural y extraña,
Y á la de Cataluña, por Valencia,
De Africa anude y junte la potencia.

Fué Ferragut un bárbaro brioso
De fornida estatura de gigante,
Miembros doblados, ánimo orgulloso,
Colérico en sus gustos y arrogante;
En fuerzas firme, en cuerpo poderoso,
Velloso rostro y áspero semblante,
Y en el llegar con su opinion al cabo,
Entre los valerosos el mas bravo;

A insignes triunfos de armas inclinado,
Y á desvolver del mundo las regiones,
Y dejar fama en él, que es un cuidado
Que no cabe en estrechos corazones:
Todo hasta el marcial pecho era encantado,
Y este, lleno de honradas pretensiones,
A sembrar sale belicosa saña
De Zaragoza á lo mejor de España.

Del Ebro claro á la corriente fria
Alterando llegó en rumor la tierra,
Con rayos de orgullosa valentía;
Que es la paz de su espíritu la guerra;
Y del florido salto que hacia
La preñada cuchilla de una sierra,
Como en grillos de plata, vió ceñido
Del humilde collado el tumbo erguido.

Así enfrenada la corriente brava,
De arboledas vestido y de frescura,
Que el sosegado curso que llevaba
A la vista engañara mas segura,
El bosque en sus cristales se miraba,
Y dando y recibiendo hermosura
De Flora, á vueltas via el brazo tierno
Rosas sembrando del florido cuerno.

La fresca vid al álamo sombrío
Sus ramos dulcemente encadenaba,
Y á costa del humor del manso rio
De una inmortal frescura le adornaba,
Donde al ardiente sol el blando frio
Con pardas frescas sombras convidaba,
Y á contemplar en su cristal profundo
Otro bosque, otro cielo y otro mundo.

En este alegre soto entretenido
Sus flores Ferragut pisa contento,
Y del lugar y del calor movido,
Un nuevo busca y apacible asiento:
Este halla fresco, el otro mas florido,
Aquí hay mas verde juncia, allí mas viento,
Hasta que de uno en otro remolino,
De un raudal espumoso al salto vino.

Al sordo murmurar que se despeña
El hondo valle suena comarcano,
Y de una peña dando en otra peña,
De aljófar lleno salta al verde llano:
Aquí una cueva está que, aunque pequeña,
Hecha parece por divina mano,
En cuyo húmedo seno y hueco frio
Las deidades habitan de aquel rio.

Donde en tiernos cuidados ocupadas,
En grutas de cristal y ondas ceñidas,
Las ninfas sobre telas delicadas
Sus amores dibujan y sus vidas:
Las rubias hebras de oro marañadas,
Entre la blanda lana retorcidas,
A vueltas muestran de sus lazos bellos
Mil lances de primor dellas y dellos.

Aquí entre olores que tributa el prado,
Al ronco estruendo del cristal rompido,
El moro, en graves trazas ocupado,
Sin saber cómo, se quedó dormido:
Débil Morfeo en paso sosegado
El sentir le robó sin ser sentido,
Al blando entrar de una quietud suave,
Que al sueño abrió, y al alma echó la llave.

Y apénas de la vista en las ventanas
El sentido comun fijó dos sellos,
Y de las cosas las figuras vanas
Hechas aire sutil voló por ellos;
Cuando con luces no del todo vanas
El sueño le mostró, en retratos bellos,
Un alarde á quien dan rayos adustos
Los malogrados fines de sus gustos.

Sueña que se halla en los alegres dias
Que á Doralice festejó en Granada,
Cuando á un breve favor largas porfías
La puerta le dejaron mas cerrada:
Las armas y pomposas gallardías
En la amorosa empresa celebrada
De Angélica, y la bella Guadalara,
Del Brabonel amante prenda cara.

Prosigue amor en su pesado sueño,
Y hácele en Babilonia enamorado
De Bagdelia, y que en Persia alzó por dueño
A la hada Argiran de su cuidado:
Que á la dueña del lago en dulce empeño
Tambien sin premio le entregó el cuidado,
Y de Marfisa fué atrevido amante,
Y oculto de la bella Bradamante;

Que á Flordelis y á Flordespina quiso
En diferentes partes, y en ninguna,
O sea por cuidadoso, ó por remiso,
Favorable le vino suerte alguna,
O sea estrella cruel, hado preciso,
Azotes ó regalos de fortuna,
O la aspereza de su rostro y talle;
Que era oille temor, miedo miralle.

Nadie le codició por tierno amante,
Ni él en saberlo ser halló ventura,
Con que el parlero sueño fué bastante
A despeñarlo en una cueva oscura,
Donde en lloroso vió y mortal semblante
La bella granadina hermosura,
Que á la arrogancia de su pecho fiero
Su primer gusto fué y su amor primero.

Parécele que en triste cárcel puesta,
Donde halagüeñas lágrimas vertia,
Con medroso ademan y habla modesta
Breve socorro á su afliccion pedia:
Quiso darle las obras por respuesta,
Y del pesado sueño la agonía
Su quietud le hurtó, y en medio el prado
Un sátiro á una ninfa vió abrazado.

Ahora fuese que al sabroso frio
A recrearse sin temor saliese,
Y á gozar de algun álamo sombrío
Su labor y la siesta le moviese;
O que en la cueva del cercano rio
En cuidosas lazadas le prendiese;
O que ahumado encanto le fingia
Lo que durmiendo oyó, y despierto via:

En mil lazos el sátiro encadena
El delicado cuerpo trasparente,
Y la boca, de amarga espuma llena,
Ya el dulce aliento de la ninfa siente
Que á desdeñosos golpes le refrena;
Y en teson duro y forcejar valiente,
El torpe nudo huye y feo semblante
Del atrevido deshonesto amante.

Procura libertar el tierno cuello
Del peligroso nudo de sus brazos,
Y el sátiro importuno el bulto bello
Mas encadena en amorosos lazos:
El cendal rompe, troza los cabellos,
Y el cuerpo sin piedad hace pedazos,
Y todo en vano; que, aunque no rendida,
Está de la ocasion del gusto asida.

Cual parda sierpe que, de nudos llena,
El águila real lleva á su nido,
Las alas con sus roscas encadena,
Y en ellas cuerpo y piés le tiene asido;
O escura yedra que, en maraña amena,
El tronco á un olmo deja entretejido;
O el blanco risco que la jibia tiñe;
O el pulpo en negros lazos teje y ciñe:

Tal el lascivo sátiro envolvia
La bella ninfa en su prision forzada:
El moro, que entendió la demasía
Del torpe amor y el tiempo ocasionada,
Del fresco lecho salta en que dormia,
Y al vano amante la desnuda espada
Al ciego corazon le guió de suerte,
Que echó fuera el amor y entró la muerte.

Cayó descoyuntado al mortal hielo
El corvo fauno, y una alegre fuente
Las nuevas flores del pintado suelo
En su cristal bañó resplandeciente:
O fuese influjo de observado cielo,
O de májica fuerza cerco ardiente,
Al desangrado amante entre la yedra
El mundo recibió mudado en piedra.

Y un celoso cristal por la herida,
De desengaños lleno, corrió al rio,
Tal, que si al gusto á verse en él convida,
Tal vez le vuelve en tristes sombras frio;
Que al pecho no dió amor duda escondida,
Que clara no la dé el licor sombrío,
Los celos, las sospechas, los antojos,
Descifrados su luz pone en los ojos.

El hijo de Lanfusa fué el primero
Que el alinde probó de la onda pura,
Y ya por culpa ajena ó rostro fiero,
Del suyo le asombró ver la figura:
O sea sospecha ó caso verdadero,
El lo sabe, y amor, que le asegura
Que de su arco los ménos agraviados
Salen, cuando no heridos, asombrados.

Ni importa en nobles gustos ser amado;
Que en alegre verano y pasto tierno
Al corderillo que hay mas regalado
A vueltas crece de la lana el cuerno:
El caso de Anteon, ¿á cuál honrado
En el alma no imprime miedo eterno?
Pues no hay Diana tan fiel, si se le antoja,
Que en ciervo no convierta á quien la enoja.

Para humillar de su altivez la rueda,
En gustos locamente confiados,
Labrada esta parlera fuente queda
De un libre desengaño de cuidados,
Donde el Narciso de favores pueda
En el agua escribir los mas fundados,
Y gozar, en sus márgenes y orillas,
De los hurtos de amor las maravillas.

Del feo bulto del fauno heredó el nombre,
Y de su pecho y cuernos agua fria,
Y su fama en el mundo tal renombre,
Que de divino oráculo servia:
¡Ciega locura aventurar el hombre
Sin ganancia el caudal de su alegría!
¡Vana curiosidad, locos antojos,
Donde es mejor no ver que tener ojos!

Bien que al cristal de su parlero seno,
Hermosos campos y pinturas bellas,
Un tierno niño amor, de gustos lleno,
Sobre un cielo de flores por estrellas;
Mil bellas ninfas por un bosque ameno;
Vénus, que alegre se regala entre ellas,
Y al compas de los sátiros que espantan
Bailan las unas y las otras cantan;

Cuanto el antojo del que al agua llega
Por gusto pide, halla retratado:
Montañas de oro la codicia ciega
De Midas, si aun le dura ese cuidado;
Cazas Adónis en su fértil vega,
Desengaños de amor quien no es amado,
El nuevo amante pensamientos tiernos,
El galan galas, el celoso infiernos;

Los caballeros guerras y aventuras,
Los sabios mil secretos naturales,
La vista melancólicas pinturas,
Los placenteros ojos otros tales;
El labrador sus mieses mal seguras,
El pescador sus cañas y sedales,
La dama bella amor, galas la fea,
Y cada cual, al fin, lo que desea.

En campo abierto el agua trasparente
Un tiempo al mundo dió sus maravillas;
Mas el ciego concurso de la gente
Que á ver llegó sus márgenes y orillas,
Con disgustos turbada la corriente,
Rojas volvió sus flores amarillas,
Hasta que en defendida niebla oscura
La ninfa le encantó la hermosura.

Fué esta aparente máquina de cosas
Sombríos cercos de la hada Alcina,
Que á hacer las de Bernardo mas pomposas
Su nuevo estudio y su saber camina;
Y de España las sangres belicosas,
A que su natural gusto la inclina,
Entre estas sombras quiere y su aparato
Al mundo dar un singular retrato.

A este fin levantó en sus huecos senos
De un rico alcázar la belleza extraña,
Cuyas cornisas y artesones llenos
De lazos de oro tan sutil maraña,
De marciales sucesos mas ó ménos
Que en venideros siglos tendrá España,
Crecientes olas que en lenguajes mudos
Los campos honrarán de mil escudos.

Hasta aquel siglo de oro y rey prudente,
Que, como ántes, la vuelva monarquía,
Y el lleno goce en él de su creciente,
Y sin menguante corra su alegría:
Esto en muros de vidrio trasparente
Y en cristalinos tumbos de agua fria
La ninfa dibujó, y en niebla oscura
Encantó hasta su tiempo su hermosura.

Al primer riesgo de la sabia fuente
El lascivo animal perdió la vida:
La ya vengada ninfa, en la corriente
Del claro rio sin temor metida,
Viéndose con castigo suficiente,
En su ofendido honor restituida,
A su libertador vuelve lozana,
Y á darle el premio del favor se humana.

Los espumosos tumbos refrenando,
De entre ellos levantó el gallardo cuello,
Con las nuevas vislumbres deslumbrando
Al que se atreve con su riesgo á vello;
Y en lazada sutil de un cendal blando,
En crespos lazos reformó el cabello;
Que, á no ser de mas precio su tesoro,
El dia comprara dél sus rayos de oro.

Halló el moro caida entre las flores
De un sirgo azul la tela delicada,
De matices cubierta y de primores,
Milagros de la aguja de la Hada;
Donde en preciosas sedas y colores
Una historia sutil vió dibujada,
Parte labrada ya, parte en amago,
De punto natural ó aspecto mago.

Nunca de Pálas la sutil aguja,
Cuando Aragne intentó su competencia,
A los heróicos dioses que dibuja,
Igual perfeccion puso ni igual ciencia;
Ni el divino cendal que sobrepuja
Toda invencion de humana suficiencia,
Sembrar pudiera en el atento moro
Igual deleite ni mayor tesoro.

No entendió las figuras, aunque pudo
Su gallardo ademan entretenello,
Y atento á verlas por un rato, mudo
El gusto le dejó del cendal bello.
La sabia ninfa, que del torpe nudo
Del ya muerto animal vió libre el cuello,
Y al caballero en entender atento
De su labor el escondido cuento,

Por conveniente paga que al servicio
En algo iguale de su espada hecho,
Y el premio al recibido beneficio
La majestad descubra de su pecho,
Quiso al moro dejar; que es noble oficio,
En su presente gusto satisfecho,
Con breve relacion de cuanto incluso
En el rico cendal su aguja puso.

Huyóse de las aguas el rüido;
Y por hacerse espejo á su belleza,
El rio, en nuevo estanque convertido,
Inmudable volvió su lijereza;
Y ella en palabras de inmortal sonido
Así, al invicto moro vuelta, empieza:
«Bien que sea tu valor en cuanto haga
De su antigua virtud la mayor paga,

»Tal vez á un fiel servicio le ennoblece
Que digno dél quien le recibe sea,
Y el gusto y gloria de la hazaña crece
Cuanto es mayor la parte en que se emplea;
Pues porque el tuyo en lo que en sí merece
Su colmo goce y su creciente vea,
Contarte quiero á quién por modo honrado
Con tu invencible espada has obligado.

»Conocerás de paso los varones
Que en mi heróica labor voy dibujando;
Que sombras de proféticas visiones
No se pueden gozar solo mirando;
Y yo, que el gusto miro en las acciones,
Ya los deseos del tuyo estoy juzgando.
Oye pues; te diré, moro valiente,
Lo que deseas saber y hay en mi fuente.

»Una soy de las ninfas deste rio,
De su juncia nacida en las riberas;
Ya en otro tiempo el ejercicio mio
Fué por los montes fatigar las fieras:
Ninguna selva ni lugar sombrío
Sin los despojos de mi caza vieras:
En armar redes y acechar paradas
Las mas diestras no fuéron tan nombradas.

»Sin lanudos sabuesos ni lebreles
Al jabalí rendí y al oso fiero,
Y si hay fieras mas fieras y crueles,
Esas trataba de amansar primero:
De rosas coronada y de laureles,
Más tuve, sin querer, de un prisionero;
Que de lo que yo entónces me preciaba
Era de un arco, un dardo y una aljaba.

»Y no me estraga el áspero ejercicio
La atezada beldad de mi figura;
Que si estimarla en poco no fué vicio,
Nunca mas la estimé de lo que dura:
El terso espejo, cuyo amargo oficio
Es siempre preparar nueva hermosura,
Nunca la mia templó, ni en clara fuente
Por nuevo adorno contemplé mi frente.

»Ya Febo estas montañas abrasaba,
En iguales balanzas puesto el dia,
Cuando yo sus collados trastornaba
Rastrando un ciervo que flechado habia:
El cansancio el calor me acrecentaba,
Y una fresca alameda que nacia
De las orillas de este hondo rio,
Señas hacia temblando á un viento frio.

»Tejiendo en frescas hojas y altas ramas
De sombríos sauces y ásperos laureles
Tupidas cuevas y floridas camas
De azules lirios, carmesíes claveles,
De atada yedra y revoltosas gramas,
Vistosos lazos, rejas y canceles,
Donde el blanco jazmin hacia ventana
Al tierno grumo de la vid lozana;

»La murta, madreselva y arrayanes,
Los almeces cercaban y algarrobos,
Y ellos con sus brutescos ademanes,
De hojosas ramas resonantes globos,
Por donde las calandrias y faisanes
Cruzando, daban silbos y corcovos,
Y el sol por su tupida celosía
Su luz queria engazar y no podia:

»Bebiendo al fresco viento el soplo blando,
Al frio llegué de la ribera amena,
Por donde se iba, sin mover, pasando
En brazos de cristal la onda serena,
Cuyo profundo seno va volcando
Los granos de oro en la menuda arena:
Meto el pié dentro, y como siento el frio,
Desnuda me arrojé en el manso rio.

»A veces con la una y otra mano
Si asir procuro de las ondas frías,
Ellas, haciendo mi trabajo vano,
De mí se huyen por diversas vías:
Vuelvo y revuelvo el cristalino llano,
Y entre el huir del agua y mis porfías,
Sentí por ellas nuevos remolinos,
Y vi temblar los árboles vecinos.

»El dios deste lugar, sagrado rio,
De verdes cañas y ovas coronado,
El rostro y barba llenos de rocío,
Lloviendo arroyos de sudor helado,
En una mano un álamo sombrío,
Y en una urna de vidrio reclinado,
Del lugar con el mio mas vecino
Salió rompiendo el muro cristalino.

»Al descubrir el dios quedé turbada,
Y á huir medrosa comencé desnuda,
Y él viéndome sin ropa, despojada
De mi arco de oro y de su flecha aguda,
Ardiendo sintió el alma ántes helada,
Y de su nueva pretension no duda;
Que al gran señuelo que el amor le hacia,
Ningun estorbo en él serlo podia.

»Yo huyo dél cual tímida paloma
Del presto gavilan que le da caza,
Y él el seguirme tan por suyo toma
Como á paloma el gavilan de raza:
Saliendo deste valle, á aquella loma
Subia; y como nada me embaraza,
En lugar de correr creo que volaba,
Y siempre á mis espaldas le llevaba.

»En esto veo su sombra de improviso
Que el sol ya por mis hombros la subia,
Si no era de algun álamo ó aliso,
Y por suya el temor me la vendia;
Mas no era el presto dios nada remiso,
Ni sus piés solos cabe mí sentia;
Que ya casi en mis pasos tropezaba,
Y su aliento el cabello me volaba.

»Pasmóme el corazon un miedo helado,
Y allí, sin poder mas, me vi rendida;
Que al desenvuelto amante el premio amado
Metiendo espuelas vía en la corrida:
Los ojos volví al cielo, y el cuidado
Le entregué de mi honra y de mi vida,
Y á la casta Diana en tal estrecho
Esta breve oracion dije en mi pecho:

»—Divina diosa, si por mí ofrecidas
Víctimas fuéron humos de tus aras,
Y sus puras entrañas encendidas
Llamas, en nombre tuyo, dieron claras;
Si aljaba y flechas traje á tí debidas,
Y tu selva aprobó sus diestras varas,
Deste fiero enemigo y su torpeza
Defiende, oh casta diosa, mi limpieza.—

»A este fresco lugar en que ahora estamos,
Diciendo estas palabras descendia,
Cuando Diana de entre aquellos ramos
Salió esparciendo en mí una niebla fria:
Las dos en medio della nos salvámos;
Y el fugitivo dios, que ya ponia
En mí sus brazos, aunque quedó ciego,
Por mil partes cercó la nube luego.

»Yo, viendo tan solícito enemigo,
Aunque de la triforme luz guardada,
Y en su inviolable amparo y casto abrigo
Segura estaba de dañarme nada,
La beldad ciega que vivia conmigo,
Inquieta me traia y alterada,
Cual tímida cordera que presente
El lobo en torno del aprisco siente.

»Cuando medrosa entre un sudor helado
Me vi ir toda abrasando y consumiendo,
Que á modo de rocío delicado
De sus senos la nube fué lloviendo:
Los huesos ya en cristal se habian trocado,
Y como hielos se iban derritiendo,
Corriendo entre las yerbas; y el amante,
Que el agua conoció, mudó el semblante.

»Dejó la grave majestad pesada,
Y en ver mis nuevas ondas atrevido,
—La empresa mia, dijo, es acabada;—
Y en sus aguas tras mí se ha convertido:
Yo, viendo pretension tan porfiada,
Rendíme; y al tomarle por marido
Vi que á mudar el celestial decreto
Ningun humano curso hace efeto.

»Entre estos riscos mi morada tengo
De cristal duro y blancos pedernales,
Y aquí con otras ninfas me entretengo
En dibujar empresas inmortales:
Del dios Jano por recta línea vengo,
Y saben las antorchas celestiales
Que es Iberia mi nombre, y mi estandarte
La mejor sombra del sangriento Marte.

»Fué Túbal, nieto del famoso Jano,
De quien segunda vez renació el mundo,
Y á poblar esta tierra de su mano,
De Armenia vino sobre el mar profundo:
Deste nació el segundo rey hispano,
Llamado Ibero, y yo deste segundo:
Este es mi antiguo orígen: deste Ibero
Nombre tomé, y le dí á este mundo entero.

»Soy pues la que hoy en grave pompa y vuelo
Sus cosas guia, y soy la que su fama
Con pio derramará y heróico celo
Por cuanto el rojo sol su luz derrama:
De entre las ondas de mi claro hielo
El cielo ha de sacar la inmortal llama
Que dará vida y ley á un mismo paso
Desde la rubia aurora al turbio ocaso.

»Quisiérate mostrar, pero no quiero,
Los preciosos tesoros de mi cueva,
Las grandezas que al siglo venidero
Por todo el orbe su corriente lleva;
Los triunfos y el camino verdadero
Que al mundo sacará una gente nueva,
A reducir debajo de su lanza
Cuanto rodea el sol y el mar alcanza.

»Los apartados reinos, y las gentes
Por los senos del mundo derramadas,
El fin del mar, las playas diferentes,
Y aquellas islas del calor tostadas
Que al valor de mis claros descendientes
Por las estrellas viven reservadas,
Aunque no caben todas en la tierra,
Lo ménos cunden que mi pecho encierra.

»Mas no es posible alcance tantas cosas
El presto huir de un tiempo tan escaso,
Ni tú, en horas tan breves, mis famosas
Grandezas puedas ver sino es de paso:
A otro brazo las lumbres poderosas
La victoria pasaron deste caso,
Y á tí lugar famoso al márgen suyo,
En honra al real valor del brazo tuyo.

»Mas por bastante paga al beneficio
De haber en mí favor tu espada honrado,
Ya que el precioso hado te es propicio,
Y tanto tu nobleza me ha obligado:
Del mundo por venir, un breve indicio
Quiero que en mi labor veas abreviado,
En nueve hermosos rayos, cuya llama
Con los nueve compite de la fama.

»Este lienzo entre lazos de oro fino
Al mundo guarda vivos sus retratos,
Cuya estampa y dibujo peregrino
Labrando me entretiene alegres ratos.»
Dijo, y desde el remanso cristalino
La tela desdobló, que dió baratos
A sus ojos mil rayos de contento;
Y ella así prosiguió su alegre cuento:

«Estos que de mi aguja retratados
Dan gloria á las edades venideras,
Son nueve capitanes celebrados,
Tras de quien vienen todas mis banderas:
Los triunfos á sus hechos reservados
Celebrados quedaran si los vieras;
Que yo ahora no he de darles mas renombres
De que aquí los conozcas por sus nombres.

»Este que ves entre moriscas lides
Con seis azules roeles señalado,
Antiguas armas del gentil Persides,
En tiempo del rey Artus celebrado,
Es el godo aleman Nuño Belchides;
Y este escuadron que en sombras abreviado
Aun se está en los principios de mi aguja,
Y su luz la del cielo sobrepuja,

»El fruto es de su tronco, que al cercano
Mundo que ha de venir promete el cielo,
Y yo en su nombre al reino castellano
Príncipes dignos de su invicto suelo;
Y á Castro y Lémos, colmo soberano
Desta creciente, cuando en feliz vuelo
Nazca un Apolo por patron y guia
De una famosa historia suya y mia.

»El que tras él no quiere atras quedarse,
Y su opinion tan adelante lleva,
Que á todo el ancho mundo hará estimarse
Si á hacer llegare de su espada prueba,
Pues aquí no pudieron dibujarse,
Celebre sus hazañas con voz nueva,
Y al conde Hernan Gonzalez sin segundo,
No solo España, pero todo el mundo.

»De la real sangre que sucede y mana
A Sandoval desta sagrada fuente,
Lerma gozará duques, y hará ufana
A España un soberano descendiente,
De cuya sabia y fiel prudencia humana,
El grave sucesor de un rey prudente
Hará el mejor gobierno que en Castilla
Haya tenido la española silla.

»Este de blancas plumas señalado,
Que el campo de morisca sangre baña,
Si el frigio Héctor no ha resucitado,
Famoso Cid será y honor de España:
Temblará Mauritania en verle armado,
Y en el frio ataud (¡grandeza extraña!),
Hecho á vencer con su ademan altivo,
Tan bien vencerá muerto como vivo.

»Mira tras este al que por propio nombre
El de Gran Capitan será debido,
Y si el retrato te parece de hombre,
Es porque en mortal lienzo está tejido:
Su fama, sus hazañas, su renombre,
No en colunas de mármol esculpido
Al mundo dejará para memoria;
Mas toda Italia cantará su gloria.

»Este á quien favorece la fortuna
Al parecer con tan alegre cara,
Si los hados le sacan de la cuna,
Marques será famoso de Pescara:
Victoria eterna en inmortal coluna
Digna promete á su grandeza rara,
Y él al honor de España un gran tesoro
En el rey preso de los lirios de oro.

»Aquel por tantos mares venturosos
En pequeños bajeles engolfado,
Es Hernando Cortés, que en mil colosos
Su nombre ser merece eternizado:
Descubrirán sus ojos venturosos,
Y rendirá su esfuerzo afortunado
Otro mundo, otro cielo y otro polo;
Que es poco para él un mundo solo.

»Este que tiene el venerable cuello
De un bello tuson de oro enriquecido,
Y colgado del peso dél y dello
Del suelo lo mejor y mas florido,
Si acaso el mundo mereciere vello,
Como él ser su monarca ha merecido,
Duque de Alba será, y honor de España
En Portugal, en Flándes y Alemaña.

»El que sobre este carro cristalino
El mar gobierna en venturoso freno,
Si al mundo hallare su valor camino
Para dejarlo de victorias lleno,
De Santacruz será marques divino;
Y si la parca en su enlutado seno
Antes de tiempo su valor encierra,
Temblar hará el furor de la anglia tierra.

»Aquel en quien las horas presurosas
El curso abreviarán con tal corrida,
Que apénas á las puertas deleitosas
Llegar le dejarán de nuestra vida,
Cuando entre negras sombras tenebrosas,
La tierna faz de amarillez teñida,
Dejará el aire claro y nuevo dia
Que en su rëal presencia amanecia;

»Yo digo de aquel príncipe famoso
Que á España vestirá de luto y llanto,
Despues que su valor vuelva espantoso
El seno de Corfú y el de Lepanto;
Y desde allí con triunfo victorioso
Al espanto del mundo ponga espanto,
Mostrando en esto ser hijo segundo
De Cárlos Quinto, emperador del mundo.

»¡Oh estrellas, cómo fuistes envidiosas
A la gloria de España! Oh duro hado!
Si al golpe de sus suertes valerosas
No les faltara tiempo señalado,
Tú solo á mil regiones poderosas
Pusieras yugo y freno concertado,
Desde donde se hiela el fiero escita,
Adonde el abrasado mauro habita.

»Dadme, oh hermosas ninfas, frescas flores
Para esparcir sobre la tierna frente,
En sacrificios y debidos loores
Deste mi soberano descendiente;
Y vosotros, divinos resplandores,
Deshaced los agüeros felizmente,
Y aquella sombra y triste centinela
Que sobre su cabeza en torno vuela.

»Destos nueve bellísimos luceros,
En oro ahora y rosicler grabados,
Sin otra inmensa copia de guerreros,
Entre sombras y luces escorzados,
A los siglos prometen venideros
Honra á los vivos, gloria á los pasados.
No sé si diga, en tan veloz corrida,
Otro que aquí de intento se me olvida.

»Vive en el mundo, y es el adversario
Mayor que ha de encontrar tu brazo altivo,
Por quien un nombre heróico el tiempo vario
Para siempre dará á tus obras vivo:
Dejara el alabar á tu contrario;
Mas véotele mirar con rostro esquivo,
Y es de tan grandes llenos la figura,
Que aun asombra su luz puesta en pintura.

»Es pues el valeroso brio dispuesto
Que allí campea entre plumajes de oro,
Y en tierna edad y en ademan compuesto
Al frances rinde y doma al pueblo moro,
El invicto Bernardo, en quien he puesto
De mi esperanza el sin igual tesoro,
Cuya braveza ha de librar la mia
De un yugo de ambiciosa tiranía.

»Ya en nuevo arnes grabado representa
Un invencible Marte al turbio Egeo,
Donde al rigor de una áspera tormenta,
De un casto amor le alcanzará el deseo;
Y con el rey de Persia en lid sangrienta
Ya esta noche le vi, y ahora veo
Que fué el segundo trance y el primero
De que triunfó con voz de caballero.

»Otro tuvo en defensa de su tio
En los famosos bosques de Miduerna,
Donde de mora sangre un rojo rio
Su dura espada abrió y su mano tierna:
Allí, sin otras armas que su brio,
Su rey libró, y ganó una fama eterna;
Mas son ensayes; que en las véras puesto,
Su espada rendirá de un mundo el resto.

»Matará en Benavente y en Zamora
Al soberbio Alcaman y al rey Oreste,
Que con la suya la pujanza mora
Hará que ni le valga ni le preste:
Dejo el campo de Orcejo; dejo ahora
El riesgo del rey Casto, y muerto en este
El antiguo Don Bueso, que á Castilla
Humillar quiso á la Aquitania silla.

»Dejo trances de honor, dejo victorias
Que mil clarines volverán sonoros,
Y de quien de memorias en memorias
La fama hará el mayor de sus tesoros:
Las tierras que en pomposas vanaglorias
Dará á su rey y quitará á los moros,
Dejo, y dejo tambien el triunfo manco
De Barbaste, Sobrarbe y Monteblanco.

»Ni de la conquistada Barcelona
Digo ya el merecido principado,
Ni el tributar Italia á su persona
En escaño rëal cetro dorado:
Ni al ponerle al Imperio la corona
A un golpe de su espada en tal estado,
Que por bien que la fama ande ceñida,
Siempre á sus piés se le dará rendida;

»Que esto es lo ménos de su brazo fuerte,
Y de los bravos que hoy pisan el mundo,
A los mas por su mano ha de dar muerte,
Y harto el primero hará en quedar segundo:
Ni pienses que es el nuevo encarecerte
De sutil invencion parto fecundo,
Que ya algun dia tu has de ser testigo
De lo mas y lo ménos que aquí digo.

»Lugar precioso en esta rica tela
Queda á otros nobles hijos de la fama,
En cuya heróica historia me desvela
La industria de mi mano y de su fama;
Y aquesta luz que en torno dellos vuela,
Es la que á eterno nombre y voz los llama.
Ahora, en tanto que ellos nos suceden,
Oye lo que los hados te conceden:

«Si en esta clara fuente siete veces
Al rayo de la luna te lavares,
Y á los difuntos dioses tus jüeces
Con nocturnos inciensos aplacares,
Y una sagrada víctima le ofreces
Al dios conservador de estos lugares,
Con lumbre de laurel y hojas de olivas,
Harán que al mundo eternamente vivas;

»Y tu edad y tu siglo se renueve
Como los campos con las frescas flores,
Sin que tu vista eterna noche pruebe,
Ni tus sentidos sientan sus temores,
Mientras Ebro á la mar tributos lleve,
Y por abril nacieren los amores,
Y el cielo coronaren las estrellas,
Y los años volaren en pos dellas.

»Mas si por no observar las impresiones
De los celestes astros lo dejares,
Y destas ceremonias y oraciones
Indigno el limpio y grave arnes juzgares,
De las otras forzosas ocasiones
Este rocío temple los azares,
Y en tu ántes duro trato vuelva el mio
Gusto agradable lo que fué desvío.

»Perderás las congojas del profundo
Sueño que te inquietó la fantasía,
Pues gozar de inmortal vida en el mundo
El cielo te lo da por otra vía,
Si merecieres el lugar segundo
En los contextos de una historia mia
Que ha de durar mas siglos en la tierra,
Que ondas derrama el mar y arena encierra.»

Dijo, y de en medio del sagrado rio
Con la mano arrojó licor bastante,
Con que al valiente moro creció el brio,
Y lo áspero lavó al feroz semblante:
Volviendo lo argentado del rocío
El ántes rostro bárbaro, elegante,
Desnudo del primer capote y ceño
Que de horrible le hacia zahareño,

De una apacible gravedad compuesto,
Hasta en los ojos de la envidia amable,
Así en gallarda proporcion dispuesto,
Que aun el áspero gusto volvió afable;
Que mas se da con la ventura que esto,
Como sin ella es todo abominable.
El agrado, la gala y la hermosura
No son mas que un rocío de ventura.

ALEGORÍA.

Por la cueva del Hado se entiende la Providencia divina, á quien todas las cosas están sujetas.

En la relacion de los reyes godos se muestran los altibajos del tiempo, y cómo ni el cetro y corona de las majestades de la tierra, ni por altos ni por grandes, se libran de sus mudanzas.

En Iberia abrazada con el Sátiro, cuán poderosa es en el vicio de la sensualidad la fuerza de la ocasion, y cómo para librarse della conviene que entre de por medio la fuente del desengaño.

En el rocío que á Ferraguto le lavó el rostro, y mejorándole el sér, le perficionó la figura, se descubren los admirables efectos que la ventura hace en el hombre, y cómo á veces hasta de lo por venir le da noticia, como la Hada á Ferragut.

—

LIBRO TERCERO.

ARGUMENTO.

Ferraguto, envidioso de las alabanzas de Bernardo, se parte á buscarle para probarse con él. Prosigue Teudonio su historia, y en ella las grandezas de un valeroso doncel que libró al rey Casto de cierta traicion, y dase á conocer el Conde. Trátase de las fiestas de Francia y del consejo de guerra del César, donde queda confirmada la guerra contra España, y el modo con que el sabio Oróntes robó á Bernardo.

Queria el moro por tan ricos dones
Mostrarse agradecido y obligado,
Cuando, sin aguardar á otras razones,
La Hada se volvió en cristal helado;
Y él, vestido de nuevas perfecciones,
El camino siguió de su cuidado,
De gusto lleno y desabrida pena,
Con el bien propio y con la fama ajena.

Del Ebro inculto por la fértil grama
De sus mismas acciones va admirado,
Fria de envidia el alma con la fama
Que al gallardo leonés promete el hado:
Celos le hielan, el honor le inflama,
Y en él y en su experiencia confiado,
—¡Será posible, dice, que en el mundo
Hay quien me baje á mí al lugar segundo!

Primero en ciega confusion hundido
Todo lo dejará este brazo fiero,
Los que ahora viven, los que ya han vivido,
Cuanto me espera á mí, cuanto yo espero:
Mio es, mio ha de ser, y mio ha sido
En todos trances el lugar primero:
Este defenderé con dura guerra
A cuanto surca el mar y ara la tierra.

No volveré á los ojos de mi gente
Sin quitar á mi honor este embarazo,
Y ver si dese montañes valiente,
Lo que no hizo el mundo hará su brazo.
A buscarle quiero ir al mar de Oriente,
Y quitarle la vida en su regazo,
Antes que toque en tierra y haya brio
En ella que compita con el mio.—

Así dijo: fantástico y brioso
Su caballo guió para Valencia;
Que es el honor herido en pecho honroso
Viva inquietud, agravio sin paciencia.
Dos dias anduvo sin hallar reposo
Tras el fin de su vana competencia,
Discurriendo por ella, y sin camino,
De un desatino en otro desatino.

Mas ya al tercero, cuando el sol sembraba
Del dorado cenit rayos mayores,
Y el pastor caluroso se amparaba
Al fresco de los sauces entre flores,
Por el nuevo camino que llevaba,
En lijeros caballos voladores,
Huyendo vió venir una doncella,
Y un caballero en los alcances della.

Ella á gritos pidiendo al cielo ayuda,
Y él con solo el intento de alcanzalla,
Con la cobarde espada alta y desnuda,
Por herilla, prendella, ó por matalla:
Sacó el moro feroz la suya aguda,
De quien los bravos tiemblan en miralla...
Cuando Teudonio en la prision de Luna
Así en cuentas está con su fortuna,

Llegó el alcaide entreteniendo el paso
Con sagaz atencion á lo que habia:
Acogiéronle bien, viólos de paso;
Que solo á requerirlos descendia:
Sintió de nuevo el nuevo preso el caso,
Su corta fe, su escasa cortesía,
Y mordiendo los labios al ultraje,
Entre un suspiro reprimió el coraje.

Y vuelto al Conde, dijo: «Al fin, cual digo,
De la cuadra rëal llegó á la puerta
El aviso traidor del falso amigo,
Cuando ni pudo entrar ni la halló abierta:
Yo, viendo el riesgo y fin del enemigo,
Y mi importante traza descubierta,
El rebozo troqué en que satisfaga
Mi muerto honor la prevenida daga.

»Y ántes que el frio temor, en las entrañas
Entera entró y se la escondí dos veces,
Con que el sensual amor y sus marañas
Huyó corrido entre sangrientas heces:
¡Oh cómo el tiempo da vueltas extrañas!
Oh cómo humilla locas altiveces!
Matóle al fin del muerto honor la traza,
Y una ventana le colgó á la plaza.

»Yo allí aclamando —¡libertad! victoria!
Leon por el rey Casto!— Con que á un punto
De los contrarios no quedó memoria;
Que á mi voz viva y á su rey difunto
Libres dejaron la usurpada gloria,
Las armas y el rendido alcázar junto,
Hecho ya en roja sangre un negro charco
Con mi espada y las gentes de Filarco.

»Sacudió el yugo infame del tirano
El reino fiel del oprimido cuello,
Haciendo en estos trances de mi mano
Que el despojado rey volviese á sello:
Prendí, tracé, compuse, y todo en vano,
Pues al fin se olvidó tan presto dello:
Vino á hacer Cortes luego, y á ser vino
En mis alegres bodas el padrino.

»Mostró correspondientes los favores
A la importante fe de mis servicios,
Siendo en todo mis votos los mejores,
Y mis sanos consejos mas propicios;
Hasta que el malsinar de hombres traidores
Esta privanza leal sacó de quicios,
Trocándose los vientos favorables;
Que hombres, aunque sean reyes, son mudables.

»Mahamut, arrez de Mérida, fué un moro
De falso pecho y de ánimo atrevido,
Que, ardiendo en ambicion, rompió el decoro
Al rey Hissen de Córdoba debido;
Y con su gente y bárbaro tesoro,
Ya el africano yugo sacudido,
Del rio Vierzo entró en el campo vasto,
Y al amparo se vino del rey Casto.

»A este, por órden y consejo mio,
En fiel guarda le puso á las fronteras
Que el Miño riega, y crece el Duero frio
Por hondos saltos y ásperas laderas;
Y allí en dos lustros por su ardiente brio
Al mundo espanto dieron sus banderas,
Y el reforzado puesto en que vivia
Asaltos á los moros cada dia.

»Era temida hasta en su misma gente
La aspereza del bárbaro inhumano,
Enemigo feroz, brazo inclemente
Al pueblo infiel y ejército africano.
Un hermano no ménos que él valiente
Tuvo, á quien sobre el muro zamorano
Un dia, por sedicioso y homicida,
El rey Casto prendió y quitó la vida.

»Encendió al moro el presumido agravio
En deseos de vengar su hermano muerto:
Era mudable, trascendido y sabio,
De sangre castellana y mora engerto;
Y como de traidor tenia el resabio,
Y de astuto el falaz pecho encubierto,
Encerró en él con pundonor discreto,
De la traicion que urdia el gran secreto.

»Y por mostrar que del perdido hermano
La odiosa muerte ya tenia olvidada,
Al Casto rey envió á pedir humano
Importante favor á una jornada;
Y á mí, por de mas nombre y mas cercano
A la persona real, dió encomendada
La suya, y de su causa me hizo agente
Con mil lisonjas y un falaz presente.

»Dióse el despacho, á diligencia mia,
En despediente afable y grato modo,
Y en la conquista y tierras que pedia,
Sin nada reservar se le dió todo;
Mas no el traidor Alcaide pretendia
Favor, sino venganza del rey godo,
Enviando, con el nombre de embajada,
Doblada gente y prevencion doblada.

»Del trono real á descansar bajaba
Al valle de Miduerna comarcano
Tal vez el Casto rey, donde gozaba
De ver correr un oso de verano;
Y el montañes Filarco le hospedaba
Con espléndida mesa y franca mano
En un real bosque que en hinchada loma
Sobre las puntas de aquel bosque asoma.

»En esta insigne casa de contento
De alcaide el fiel Garilo nos servia,
Puesto en olvido el alevoso intento
Con que, á tener mas tiempo, me vendia;
Aunque él á la traicion trocando el viento,
La doró con decir que pretendia
Con aquella ocasion verse á mi lado,
Para morir allí ó salir honrado.

»Es fácil de engañar un noble pecho,
Y en un traidor jamas faltan engaños.
Este, pues, que parece que fué hecho
Para sacar á luz los mas extraños,
Era en Miduerna alcaide, á mi despecho,
Por el gusto de Arlinda, habia dos años,
Cuando de Mahamut la torpe gente
A Leon llegó con su falaz presente.

»Y ahora por grave suma de tesoro,
O la esperanza de otra mas cumplida
En él, porque escondió el escuadron moro,
Del Casto rey deseando la venida,
Donde la fuerza los guardó del oro,
Sin ser de nadie su traicion sentida,
Hasta que el señalado tiempo vino,
Y un notable suceso en el camino.

»El Casto Alfonso al real jardin derecho
A espaciar se guió, cuando en un llano
Que el monte da á la humilde selva hecho,
Un doncel pareció y un hombre anciano:
El viejo alto, feroz, calvo, derecho,
De rostro enjuto, talle cortesano,
Palabras pocas y modestia mucha,
Dos grandes bienes al que ve y escucha.

»Del doncel solo no sabré pintarte
La gallarda postura con que vino,
Que al brio natural llegado el arte,
Era en humano traje ángel divino:
Hijo hermoso de Vénus y de Marte
En su aire le juzgaras peregrino,
Y humilde de Narciso la pintura,
Si, como yo, te hablara su hermosura.

»Niño que el tierno bozo le apuntaba,
De cuerpo algo mas grande que pequeño,
De alegres ojos y de vista brava,
Suave en el mirar y zahareño:
Temor el verlo y alegría causaba,
Y el rostro armado de capote y ceño,
Mezclando á lo hermoso lo robusto,
La cifra hacia del deleite y gusto.

»En un bravo fantástico caballo
De la color y lustre del armiño,
Que Genil vió nacer, Bétis criallo,
Y de su juncia aun no perdió el cariño;
Sin poder con el freno sosegallo,
Lozano el potro, y el ginete niño,
Y así, trocando manos y visajes,
Heria el jaez, temblaban los plumajes.

»De azul, tela de plata y encarnado,
Rico jubon, coleto y calza al uso,
El bohemio en armiños aforrado,
Que el regalo y la gala juntos puso,
Con broches de diamantes recamado
Y perlas en labor y órden confuso,
Y en el sombrero, en plumas y en airones,
Engastes de rubís hechos florones.

»La calza de obra y ricas entretelas,
Lanzando rayos con vislumbres de oro,
De puntas de diamantes dos espuelas,
Y de rubís por ellas un tesoro;
El blando freno, estribos y charnelas
Con pardos nieles de artificio moro;
La guarnicion de la gallarda espada
De esmeraldas y perlas amasada.

»Varios entalles de oro en cada hebilla,
Sonando del pretal las guarniciones,
De verde brocatel la corva silla,
Y del mismo matiz riendas y acciones;
Gripado lo embutido de platilla,
Y en nuevos trebolillos y florones,
Con asientos de perlas y rubazos,
Floridos brichos y escarchados lazos.

»Así tal vez entre celajes pardos
Suele, bullendo en luz resplandeciente,
Con bellas alas de oro y pasos tardos,
El lucero alegrar al rojo oriente;
Y entre peñascos de ámbares gallardos
Dorar las nuevas rosas de su frente,
Recamando de aljófares y grana
El tierno dia, el mundo y la mañana.

»Tal el doncel llegó, tal el mirallo
Deleite puso y gusto en los presentes:
El Rey por le hablar paró el caballo,
Hecho un tejido muro de sus gentes;
Cuando el sabio gentil que á presentallo
Al Casto rey venia, estas prudentes
Palabras sembró al aire, y fué escuchado
Del circunstante pueblo descuidado:

»—Aunque jamas en mí, rey poderoso,
Ni hubo causa ni habrá para ofenderte,
Por si fuí en algun lance sospechoso
Y tu gusto agravié por complacerte,
El brazo deste jóven valeroso
De mi culpa podrá satisfacerte,
Cuando su espada ampare, no vencida,
De varios riesgos tu importante vida.

»Tienes con él mas parte que conmigo,
Con ser yo por mil partes todo tuyo;
No tardarás en conocerme amigo,
Y en suficiente prueba el valor suyo;
Que el furor de un doméstico enemigo
Te aguarda en este parque, para cuyo
Remedio todo lo posible he hecho
En reducirle á tiempo de provecho.—

»Dijo, y el Casto responder queria
Del grave anciano al noble ofrecimiento,
Cuando el jayan Fracaso, que venia
Por traidor capitan de falso intento,
Viendo que el Rey el paso suspendia,
Feroz salió en su loco atrevimiento,
Temiendo, en verle así, por cosa cierta
Ser su oculta traicion ya descubierta.

»Con cien valientes moros, del castillo,
—Muera el ingrato Rey,— salió gritando:
Suspendimonos todos en oillo,
Al Casto en frágil escuadron cercando,
Por donde á todo riesgo abrió portillo
Del furor ciego el enemigo bando,
Dejando su confusa arremetida
Los mas bravos Guzmanes sin la vida.

»El doncel de la selva, compelido
De un brioso ardor y el gusto de mostrallo,
Niño lozano y de ánimo atrevido,
La espada sacó á un tiempo y el caballo;
Y cual si temeroso ciervo herido
Le espoleara el deseo de alcanzallo,
Salió contra la bárbara emboscada,
Sacando, mas que el sol, rayos su espada.

»Era Fracaso un moro berberisco
De grueso cuerpo y ánimo doblado,
En rostro sierpe, en ira basilisco,
En vista torpe, en lengua libertado;
Cuba de alegre vino; que el morisco
Que en esto se desmanda es consumado,
Y á la sazon sobre un frison polaco
Hecho venía, recien comido, un Baco.

»Lleno el celebro de arrogancia y vino,
Cual fantástica torre iba el primero,
Cuando el diestro doncel salió al camino,
Vestido uno de seda, otro de acero.
Hízole al moro errar su desatino,
Y acertarle el contrario un reves fiero
Que dejó por el suelo su braveza,
Y á él y á sus contrarios sin cabeza.

»Pasó sin alma el cuerpo en el caballo,
Cual si vivo buscara á nuestra gente,
Donde al miedo primero de mirallo,
La nueva admiracion creció presente;
Acudió á toda rienda por vengallo
De su morisma el escuadron valiente,
Que en confuso alarido sin reparo
Por el nuestro rompió de claro en claro.

»Eran los diestros moros escogidos,
Armas, lanzas, caballos, caballeros
Al alevoso asalto apercebidos
Y á cualquier trance de ánimos enteros:
Los nuestros solo á caza prevenidos,
Aljubas de color, petos lijeros,
Propios para huir desa manera
O de la muerte ahora ó de una fiera.

»Quedaron los mas bravos por el suelo,
Sembrados los no tales por el llano;
Que ni del Rey ni de su honor el celo
Freno dar pudo á su temor liviano:
Encontróse Dorasto con Tranquelo,
Aquel moro valiente, este cristiano,
Y vinieron al prado sin sentido,
El moro muerto y el cristiano herido.

»Volvióse á levantar, cobró sangriento
Su fiel caballo y el contrario escudo,
Y con él, con su espada y con su aliento
Del Rey lo fué mientras durarle pudo:
Yo á su lado siguiendo el mismo intento,
Vestido de lealtad, de armas desnudo,
La defensa que pude y que debia,
Sin dar un paso atras hice aquel dia.

»Mas ¡quién dirá entre tantas las proezas
Que el doncel bello en este tiempo hacia!
¡Los peligrosos golpes, las destrezas
Con que unos daba y otros rebatia!
Cortando piernas, brazos y cabezas,
A este ayudaba, al otro defendia,
Aquí se ampara y acullá ejecuta,
Y á todo acude con presteza astuta.

»A Mosquito llevó una espalda entera
Mollita de Coimbra, renegado,
Que por ser brava su mujer y fiera,
A ser moro se fué desesperado,
Donde encontró una vieja hechicera;
Que fué siempre en casarse desdichado,
Y dichoso en el golpe que hoy le deja
Libre de una celosa y de una vieja.

»El diestro brazo le arrancó del codo
A Fulco, gran maestro de un montante,
Con que le arrebató su saber todo,
Y de muy sabio le dejó ignorante;
Y al tahur Alcin le dio un reves de modo
Que ambas las manos le quitó delante,
Y él, hecho á perder manos en el juego,
Quedó del golpe con algun sosiego.

»A Zegrildos pasó de parte á parte,
Valiente capitan de Peñaranda,
Y á Boacel derribó, y á Galimarte,
Y á Berberuz el de la roja banda:
Hiere, rompe, destroza, hiende y parte,
De aquí y de allí, de aquesta y la otra banda,
Hecho en la gallardía y la persona
Un formidable hijo de Belona.

»Cual rayo ardiente que en revuelta llama
De tres puntas los rústicos haberes
Del campo asuela, y la copada rama
Del sauce, alegre sombra á mil placeres,
Humeando deja, el hueco monte brama,
Gime el cielo al caer, la rubia Céres
Arde en secas aristas, y en su daño
La madura esperanza esconde al año,

»Ni era menor el daño que hacia
El escuadron contrario en nuestra gente;
Que uno muere, otro cae, otro huia,
Otro queda hecho piezas por valiente.
El soberbio Abdelmon, que pretendia
Ser de Mahoma oscuro descendiente,
Y en su ciego Alcoran tener cauciones
Para mudar decretos y opiniones,

»Traia un diestro herir tan presuroso,
Que era el asombro del sangriento llano:
Derribó á Peñalver, mató á Fragoso,
Uno bravo leonés, otro asturiano;
Topó al burlon Grafil, truhan gracioso
Que con lenguaje libre y cuerpo enano
Solia satirizar, por su deporte,
Los descuidos del Rey y de su corte.

»Mas dañóle aquel dia uno que él tuvo,
No ser en huir como en hablar prolijo;
Que hacer entónces á Abdelmon le pluvo
Nuevo donaire del que tantos dijo;
Y en verle así pequeño se detuvo,
Y al brazo se le ató por regocijo,
Hecho de espada que ántes era, escudo,
Dado á su tahalí en el suyo un nudo.

»Pudo la alegre burla estarle á cuento,
Que á sombras del juglar nadie le heria,
Cuando una flecha por el libre viento
A poner tregua en su placer venia:
Dió en la visera, y acertando á tiento,
Los sesos le cosió en la fantasía,
Quedando muerto y el enano vivo,
Por dueño ya del que ántes fué cautivo.

»El Casto rey entre escabrosas breñas
A su gente formó frágil reparo,
Y con mañosa industria á sus pequeñas
Fuerzas trazó defensa y puso amparo:
Bien que contra las armas extremeñas
El vencer fuera incierto, el morir claro,
Si el doncel de la selva le faltara
O su presta venida se tardara.

»Sacó el morisco orgullo tres gigantes,
Resplandeciendo en láminas de acero,
Uno en los abrasados Garamantes
Nacido, otro en las Sirtes, otro en Duero,
De gruesos cuerpos y ánimos bastantes
A rendir el furor de un campo entero;
Y para en él llevar nuestro rey preso,
Un fuerte carro de acerado peso.

»El mauro Dragonel, que iba delante
Armadas de un alfanje ambas las manos,
Con presto herir y con feroz semblante,
En campo á un tiempo entró con diez cristianos:
Mató á Feinigue, músico y danzante,
Al duro Orbelio y á Franconio hermano,
Que en ciego pleito andaban por su herencia,
Y el gigante igualó la diferencia.

»Aun todavía con ellos combatiendo,
Muerto el uno del todo, el otro herido,
El gallardo doncel pasó corriendo
Del gran combate por lo mas tejido;
Y ora de intento fuese, ó no pudiendo
Detener el caballo desabrido,
En el jayan chocó, y á todo vuelo
Como una gruesa torre vino al suelo.

»Quedó sin la una pierna en la caida,
Y encima della y dél muerto el caballo:
Causó la no pensada arremetida
El dar en el gigante y derriballo,
Ver el confuso campo de vencida,
Preso el anciano rey, y por librallo
A toda furia arremetió, y al paso
Le ofreció el cielo el venturoso caso.

»De la escogida escuadra, á quien cumplia
En Lugo al Casto rey dar preso y vivo,
A pesar de quien mas lo defendia,
En su carro Zairan le entró cautivo;
Y con la rica presa que hecho habia,
A larga rienda y paso fugitivo,
Sin aguardar al fin de la revuelta,
Cumplida su intencion daba la vuelta.

»¿Quién del real jóven contará el denuedo
Al diestro entrar del peligroso alcance,
El derribar á Dragonel, y el miedo
Que á todos puso este segundo lance?
Yo lo ví y lo toqué, y apénas puedo
Creer que hombre mortal tal brazo alcance:
Corriendo su caballo á todo vuelo,
Una lanza al pasar cogió del suelo.

»Y puesta sin perder tiempo en la cuja,
La enristró contra el fiero Calimargo,
Que un áspero alcornoque sobrepuja
En bestial proporcion de duro y largo;
Y cual menudo aljófar, limpia aguja
Taladra, cruza y pasa sin embargo,
Así el tierno doncel ó el feroz Marte
Al gran jayan pasó de parte á parte.

»Rindió la brutal vida al golpe honroso:
¡Caso extraño! Pues oye lo restante:
Gabadul, que volvió el rostro espantoso,
Y muerto de un encuentro vió al gigante,
Bramando contra el cielo, asió furioso
Su alfanje, y al doncel, que halló delante,
Quiso, sin creer que fuese el homicida,
Que su muerte pagase con la vida.

»Mas sacóle el caballo así lijero,
Que dieron golpe y cólera en vacío,
Bien que en un hombro abrió el furioso acero
De un pequeño rasguño un rojo rio,
Con que el jóven que huyó volvió mas fiero,
Y viendo del contrario el desvarío,
Le ayudó de una punta, y puso en punto
De ir, aunque vivo, á dar sobre el difunto.

»Enlazó con los brazos su caballo
El jayan, de la firme punta herido;
Perdió el sentido, mas volvió á cobrallo,
En nuevo espanto y cólera encendido;
Y alta la espada hácia el doncel, por dallo
En dos partes de un golpe dividido,
Ciego al pasar topó en el jayan muerto,
Y turbado, perdió golpe y concierto.

»Y el doncel á un reves la mano airada
Con tal donaire revolvió y tal fuerza,
Que, aunque de tierno brazo y nueva espada,
El golpe le obligó se agobie y tuerza;
Y abierta una espantosa cuchillada
Al hombro diestro, cuanto mas se esfuerza
A la venganza y en sus rabias muerde,
Mas tibio aliento y roja sangre pierde.

»Que al diestro reportarse del contrario,
Y hacer con cauta lijereza herida,
Sin tiento andaba, en movimiento vario
La fuerza, y no la cólera, perdida;
Y en golpes ciego, en iras temerario,
A dos manos la firme espada asida,
Uno se afirma á dar, y, á darle entero,
Hiciera dos un Cáucaso de acero.

»No pudo huir el jóven valeroso
El riesgo todo, y cuando mas no pudo,
El golpe entró á coger con brio airoso
En la sangrienta espada y el escudo,
Donde al grabado acero un cerco hermoso,
Y de diamantes al plumero un nudo,
A tierra derribó, y abrió en la frente
De roja sangre una vistosa fuente.

»Valió al doncel que por el blando viento
Del corvo alfanje un tercio dió en vacío,
Que, á no hallarse tan junto un fin violento,
Sin tiempo hiciera malograr su brio;
Y entre armiños y plata el rio sangriento
De rubís pareció, y de nieve un rio,
Creciendo con los nuevos arreboles
Brio en su brazo, y en su espada soles.

»Y así al salir rompió con tal violencia,
Que el corvo escudo y el brazal siniestro
Le echó al suelo, y con ellos la paciencia,
Contra el bizarro ardor del doncel nuestro:
Dejó el jayan la espada, y sin prudencia
Quiso asir con la mano al jóven diestro,
Que de un dulce reves á todo vuelo
Dos dedos de los cinco le echó al suelo.

»Tal vez así en aquel florido puesto
Cerdoso jabalí se vió acosado
De un sabueso irlandes, que en contra puesto,
Ladrando le entretiene desarmado,
Hasta que del venablo el golpe diestro
Ya por el yerto lomo soterrado,
Furioso cierra, y quiere desa suerte
Morir matando á quien le dió la muerte.

»No de otra suerte el bárbaro gigante
Morir desea matando á su enemigo,
Rabioso en ver que á su ánimo arrogante
Un desarmado niño sea el castigo;
Y él, con la diestra punta por delante,
Por entre malla y malla abrió un postigo
Al ronco pecho, que arrojó con brio
De requemada sangre un negro rio.

»Venía en el servicio del rey Casto,
Altravicio, un fantástico mancebo
De aguda presuncion, de ingenio vasto,
De antiguas vidas un archivo nuevo:
Momo de habilidades, cuyo pasto
Fué siempre decir mal, y dese cebo
Sacó por menor paga y mayor mengua
Dos riendas en la cara, y no en la lengua.

»Autor de extraordinarias opiniones,
Vano hablador, baraja de porfías,
Tan lleno de razon y de razones,
Que venciera con ellas un Golías:
Adulador, quimera de invenciones;
Y por dar en privado aquellos dias,
Y fingirse algo allí donde era nada,
Al Rey acompañaba en la jornada.

»Este cobarde, que huyó el primero,
Viendo el temido riesgo reparado,
A hacer volvia del gallardo y fiero
Con limpia espada y ánimo hurtado,
Al tiempo que el gigante iba lijero
A abrazarse al doncel, y él, recatado,
Le barrenó de una estocada el pecho,
Y dándole lugar, pasó derecho.

»Fué á dar con el bascoso desatiento
En el vano Altravicio, que venia;
Cayó sobre él, y como leon hambriento
A rabiosos bocados le comia;
Y él, que en su boca nunca tuvo tiento,
Muriendo en otra, conoció aquel dia
Que es justo el cielo en que permita y quiera
Que allí cada uno con sus armas muera.

»Ya el preso rey en su carroza estaba
De la sangrienta lid un largo trecho,
Con diez soldados, cuya vista brava
Cobarde hacia al mas valiente pecho:
Siguenle algunos; pero el que llegaba
No era al segundo golpe de provecho,
Hasta que ya el doncel, muerto el gigante,
Gallardo á su pesar, pasó adelante.

Mató un caballo, y manca la carroza,
El curso refrenó, y un diestro moro,
Alcambisto, nacido en Zaragoza,
Alcaide en Portugal, casado en Toro,
De anciano parecer y sangre moza,
Armado en blanco con plumajes de oro,
A encontrallo salió, y pudo encontrallo
Si no cayera su andaluz caballo.

»Pasó furioso el moro: el doncel, visto
Su riesgo, revolvió mas concertado,
Dando al segundo encuentro de Alcambisto
Del roto escudo un cerco destrozado,
Por donde el hierro de la lanza listo
Pasó el acero y parte del costado,
Quedando sin escudo y sin sentido,
Y el buen caballo en un cuadril herido.

»Grande fué el golpe y grande su castigo,
Y la pena tan bien ejecutada,
Que, con ser él autor, yo fiel testigo,
Pienso que es su verdad verdad soñada,
Pues hecho dos de solo un enemigo,
Con tal velocidad corrió la espada,
Que, rebanando acero, carne y hueso,
Sacó el caballo un monstruo horrible en peso.

»El del doncel cayó ya sin aliento,
De la fuerza que puso en la herida,
Al dar el desigual golpe violento
En la feliz segunda arremetida:
Saltó el jóven; pisó el prado sangriento,
De adonde con veloz arremetida
A la carroza fué, á quien, por parallos,
Las piernas cortó á tres de seis caballos.

»Púdolo hacer sin riesgo; que los nuestros,
Ya conociendo la victoria, ufanos,
Que del tierno doncel los golpes diestros
Con tanta admiracion les dió en las manos,
En el herir y en el huir maestros,
Rodearon los rendidos africanos,
Que allí pagaron la traicion urdida,
O con la honra huyendo ó con la vida.

»El herido doncel tras un caballo
De los que al rojo campo andaban sueltos
Al ciego bosque entró, y por alcanzallo
En la morisca lid nos dejó envueltos:
Ninguno le siguió ni fué á buscallo,
Hasta que ya de la victoria vueltos,
De alegre gusto y de despojos llenos,
Su singular valor echámos ménos.

»El Rey, que vió su libertad y vida
Deberla toda á aquella heróica espada,
Y la honra y majestad ántes perdida
Con sus famosos golpes restaurada,
No viendo el dueño, y viendo su partida
Tan sin sazon ni tiempo acelerada,
Y que ni el sabio que ántes le traia
Ni él por el campo y bosque parecia,

»A notorio milagro le tuvimos
De nuestro gran Patron; que de aquel modo
Ya muchas veces batallar le vimos,
Y á su espada rendirse un campo todo:
Otros que eran los ángeles creimos
Que ántes la cruz labraron al rey godo;
Porque de las hazañas la braveza
Sobraba á toda humana fortaleza.

»Diez moros, tres fantásticos gigantes,
Y otros tantos valientes caballeros,
Los mas dellos caudillos importantes,
De pechos bravos y ánimos guerreros,
De otras tantas heridas penetrantes,
Altivos golpes y altibajos fieros,
Rendidos; libre el Rey; y todo hecho
De un tierno brazo y desarmado pecho.

»¡Quién pudiera creer que fuera humano
Brazo tan tierno y pecho tan altivo,
Tras la codicia de buscarle en vano,
Sin le poder hallar muerto ni vivo!
Hasta que por las nuevas de un villano
El Rey las tuvo dél, de su ayo esquivo,
De sus heridas, y el gallardo lustre
De su linaje real y sangre ilustre.

»Mas ya esto sobra á mi prolijo cuento,
Y es cansarte añadir nuevas historias
Que ni son de tu gusto ni mi intento,
Y las mas para tí poco notorias:
Y así, digo, señor, que el fundamento
Fué de mi daño, frágiles memorias
De mis servicios, y sin culpa mia,
La traidora emboscada de aquel dia.

»Que, como del florido parque el daño
Nació en que iba á hospedarse el Rey seguro,
De Filarco y de mí temió el engaño,
Y sospechas cobró del fuerte muro:
Mandó arrasarlo, y con rigor extraño
De estéril sal cubrir el campo duro,
Y derribar por él torres y almenas,
De mas lealtad que de desastres llenas.

»Huyó el traidor alcaide, con que puso
Escrupuloso al Rey de nuestro trato,
Y á prendernos de hecho se dispuso,
Por ser tan justiciero como ingrato;
Que olvidar los servicios es el uso
Que en la corte se vende mas barato,
Y el que ni muda ley ni guarda leyes,
Desde el menor lacayo hasta los reyes.

»Esta es la historia y curso de mi vida,
Y la traicion que aquí me trajo preso,
Con otras circunstancias añadida
De ménos importancia y de mas peso;
Mas, porque no sea en todo desabrida
Ni dura mi prision, ahora tu seso,
Señor, la temple, y si te viene á cuento,
Me di quién eres, para no ir á tiento.

»Que si por la presencia he de juzgarte,
Templanza, autoridad, talle y figura,
Bastantes causas dan de respetarte
Tu mucha gravedad y compostura;
Y aquesta misma estimacion es parte
De hacer la mia en tu valor segura,
Y que desee saber con fundamento
Qué aire alteró de tu fortuna el viento.»

Así Teudonio dijo: el de Saldaña,
Con pecho y corazon sobresaltado,
Como que en una historia tan extraña
Algun caso le toque no pensado,
Oyendo del doncel de la montaña,
Niño de tierna edad y ánimo osado,
De sangre real, la suya alborotada,
Así con voz le respondió turbada:

«Señor, si desde luego no he traido
A tus piés con humilde reverencia
Aquel respeto á tu valor debido,
Y el que pide y se debe á tu presencia,
Esta dura cadena lo ha impedido,
Y el no fiarme aquí de la experiencia
Para creer que á un príncipe tan alto
Fortuna obligue á dar tan bajo salto.

»Mas ya que el tiempo por consuelo mio
Quiso igualarte á mí en tu desventura,
Y que de mi fortuna el desvarío
Con otro mayor cure su locura,
En mi intencion y tu valor confío
Que alcanzaré perdon y honra segura
De quien la puede dar al mundo todo,
O preso ó libre, de cualquiera modo.

»Perdona si dilato y no te digo
Todo el secreto y casos de mi vida;
Que la honra que me hizo igual contigo
No la quiero tan presto ver perdida,
Hasta pedirte ahora como amigo,
Y no como inferior, dejes cumplida
Tu historia, y me declares si has sabido
Quién fué el doncel tan bien encarecido.

»De dónde vino á se volver tan presto
Un tierno niño y un jayan tan fuerte;
Que lo deseo saber para tras esto
En todo sin estorbo obedecerte:
Perdóname, señor, serte molesto;
Que el ver tan llena mi felice suerte
De tu afabilidad y gracia, ha sido
Quien me ha vuelto enfadoso de atrevido.»

Don Sancho así, con pecho alborotado,
Aun sin saber de qué, y con voz prudente,
Humilde al gran Teudonio y reportado,
El nombre pide del doncel valiente;
Cuando, del dulce estilo acariciado,
Término cortesano y elocuente
Del preso ignoto, en gravedad compuesta
Esto dió á su pregunta por respuesta.

«En triunfo triste y suspension callada
El destrozado Rey daba la vuelta,
Del riesgo aun la persona alborotada,
Y en deseos de venganza el alma envuelta,
Cuando, al sordo bajar de una cañada,
De los cristales de Ezla en flores vuelta,
Dellas cubierto, el rústico Silvano
Salia de su vecina selva al llano;

»Y ante el brioso alazan que el Rey traia
Postrado con medroso encogimiento,
—Señor, dijo, á la humilde choza mia,
Que á los piés tiene deste monte asiento,
A la hora vino ayer que se fué el dia
La alegre vista de un doncel sangriento
Con un viejo sagaz que era su guia,
Y á tu real mano este papel envia.

»Por enjugar la sangre á las heridas
Del amado doncel paró un instante,
Y en bálsamos de yerbas conocidas
Mitigado el dolor, pasó adelante.—
Del Casto rey las nuevas recibidas
En gusto general, ver lo restante
En el papel mandó, y el que servia
De secretario dijo que decia:

»—Al Casto Alfonso, el mago Orónte griego,
Salud, y muerte al bando sarracino,
Cual la que el cielo hoy dió al del rio Mondego,
Estorbo de tu gusto y mi camino:
El mismo esta partida ordena, y ruego
Al curso eterno del volar divino,
Por tales puntos sus estrellas guie,
Que á tu honra bienes sin cesar envie.

»El tierno brazo que con nueva espada
Hoy hizo estreno della en tu servicio,
Y de bárbara sangre barnizada,
Dió de la suya real bastante indicio,
No ha vuelto su partida acelerada
Antojo nuevo de inconstante vicio;
Mas celestial impulso que le llama
Por este curso al colmo de su fama.

»Conviene á la salud y al noble aumento
De su importante nombre esta partida:
A tiempo volverá que mas contento
Que pena ahora cause en su venida;
Que yo, que solo á tu servicio atento
Mi tiempo gasto y trazo el de su vida,
Muerto hoy sin su favor te vi en mi ciencia,
Y ahora en riesgo á él si no hace ausencia.

»Esta causa nos lleva, esta nos pudo
A tus montes volver de los de Oriente,
Despues que en turbio cielo y dia sañudo
Niño en Miduerna le robé á tu gente:
Dos llenos lustros en silencio mudo
De España, por mas bien, ha estado ausente,
Probando en el honor de hechos preclaros
La noble vida de sus miembros caros.

»No en deservicio tuyo el robo ilustre,
Mas en favor de su importante vida,
El hado le trazó, y porque deslustre
Su espada el golpe de la mas temida:
Al fin, del reino el bien, de España el lustre
Es sangre de la tuya producida,
Tu sobrino Bernardo, aquel que ha sido
Tan llorado este tiempo por perdido.

»De Francia no te altere el rompimiento,
Si guerra da á tu oferta en vez de gracias;
Que es nube hinchada de ambicioso viento,
Que en daño suyo ha de llover desgracias;
Y de tu gran sobrino el firme aliento
Así sus brios y sus fuerzas lacias
De un golpe dejará, que sea testigo,
El de ser sangre tuya, y yo tu amigo.—

»Esta en suma es la carta: oye quién sea
El sobrino del Rey, y por qué via.
Junto de Oviedo en una alegre aldea,
Donde la corte un tiempo residia,
En gallardo ademan y real librea
Una Infanta bellísima vivia,
Niña de tierna edad y alma lozana,
Y del rey Casto Alfonso única hermana.

»Siendo el padrino amor, en lazo ardiente
Unió con ella un conde de Saldaña,
De la gótica sangre descendiente,
Y de la nata del valor de España,
Privado ilustre, y de su rey pariente;
Mas en una desdicha todo daña;
Y así no valió al Conde en cosa alguna
Amor, privanza, sangre ni fortuna.

»Tomó en agravio el Rey lo que pudiera
A feliz suerte de su hermosa hermana,
Si el real respeto con rigor no fuera
Contrario en esto á la razon humana:
Quiso que el Conde en larga prision muera,
Y en clausura la Infanta soberana,
Nacido della ya el doncel gallardo,
Que, de su abuelo, se llamó Bernardo.

»Crióle el Casto rey con nombre de hijo,
Tiernos gustos de amor y fe paterna,
Hasta que en la ocasion de un regocijo
El sabio Orónte le robó en Miduerna:
La causa ni la sé ni nos la dijo,
Ni de dónde nació amistad tan tierna
Con el doncel y con el rey gallego,
Siendo el uno español y el otro griego.

»El Casto, con la alegre nueva ufano
Del doncel ya llorado por perdido,
Viéndole vivo, y por su altiva mano
A su primer grandeza reducido,
Ni al moro teme ni al poder cristiano,
De la experiencia y la esperanza asido;
Antes para la guerra venidera
Solo que vuelva su sobrino espera.

»Y si no son lisonjas de la fama,
O el tiempo sin sazon corta la espiga,
No hay lengua en cuanto España se derrama
Que otras grandezas que las suyas diga:
Uno Marte español, otro le llama
Alcides nuevo; y todo en voz amiga
Celebra, ora de vista, ora de oidas,
Sus cosas grandes, ciertas ó fingidas.

»La guerra que con Francia está aplazada,
Del mundo sin por qué mortal rüina,
Es toda de ambicion ocasionada
Y de imprudente traza repentina.....
Mas ¿qué accidente ó causa no pensada
A tal congoja y lágrimas te inclina?
Qué desgracia ó pasion puesta en olvido
Mi cuento á la memoria te ha traido?

»Si es por hallarte sin por qué enterrado
A tal sazon en sótanos estrechos;
Que, cual yo pienso, el ocio desalmado
Carcoma es interior de honrados pechos;
El reino está y el Rey tan apurado
De hidalgos que lo sean en sus hechos,
Que no solo abrirá esta cárcel fiera,
Mas aun las de la muerte, si pudiera.

»Mitiga ahora, señor, tu acerbo llanto,
Y de cualquiera causa que proceda;
Qué podré hacer por ti me advierte en tanto
Que este altibajo de fortuna rueda;
Que tu valor en mí ha podido tanto,
Que nada el mio te negará que pueda,
Ora vaya en tu dicha, ora en la mia
El desear yo tanto tu alegria.»

Dijo, y el preso conde á sus razones:
«O invicto don Teudonio, ¡cuán al vivo
Tus palabras descubren los blasones
De la real sangre por quien muero y vivo!
No tiene ni ha tenido el Rey prisiones,
Cárcel crüel ni calabozo esquivo
Que puedan agraviar y hacer ultraje
A quien no fuere de tu real linaje;

»Y así, lo que pudiera al mas perdido
Ser provecho y favor, á mí me daña,
Pues mi culpa mayor es no haber sido
De la sangre rëal la mia extraña:
Yo soy, si acaso soy, primo querido,
El desdichado conde de Saldaña,
Que tanto ha que enterrado y muerto vivo,
Que no sé si me vi algun tiempo vivo.»

«¡Oh cielo santo! don Teudonio dijo,
¡Posible es que veo viva la persona
Así agraviada del valiente hijo
Del conde de Saldaña y Barcelona!
¡Oh humano engaño! Oh corto regocijo!....»
Mas ya á mi voz el llanto desentona;
Que venturas halladas en cadenas
Solo para lloradas salen buenas.

Otra vez cantaré de los varones
El muerto gusto de su alegre vista,
Sus mal afortunadas pretensiones;
Que una desgracia no hay quien la resista;
Y ahora entre los franceses escuadrones
Sus fuerzas toda la fortuna alista,
Y en sonando de Marte el ronco acero,
Ningun atento gusto queda entero.

Cargada de favores de fortuna,
Altiva estaba la indomable Francia,
Su fama por el cuerno de la luna,
Y sobre el mismo rumbo la arrogancia,
Sin triste azar, sin disonancia alguna,
Sin guerra ni enemigo de importancia,
Y solo contra España declarado
El orgulloso brio de su estado.

De galas llena y bélico aparato,
Su imperial ambiciosa corte crece,
Y en pompa ilustre da vivo retrato
De cuanto en gusto humano se apetece;
A quien de la fortuna el rostro ingrato
Ahora agradable sus favores crece,
Y al viento hinchado de su luna llena
La hueca trompa de la fama suena.

Por la real sucesion al reino hispano
Alarde hizo el placer desta riqueza,
Y en laurel victorioso el pueblo ufano
Ceñida al César dió la gran cabeza;
Mas de un signo infeliz el curso vano
Templó al publico estruendo la grandeza,
Y en su contrario aspecto pudo tanto,
Que el comun regocijo volvió en llanto.

Ya en astas de oro deslumbrando el viento
Sus victoriosos estandartes planta,
Cuyo altivo y revuelto movimiento,
Si á unos causa placer, á otros espanta:
Ya entre su alegre tremolante aliento
Sus triunfos cuenta, sus victorias canta,
Y en públicos carteles de alegria
Fiestas aplaza y les señala dia.

Dar en pomposo alarde los trofeos
Que el tiempo dió á sus inclitos varones,
La no vista creciente de deseos,
Las conquistadas bárbaras naciones,
Será gastar el tiempo con rodeos,
Y por cortar la letra hacer borrones;
Que es querer cifrar mucho en breve suma
Cargar de tinta sin sazon la pluma.

Otra musa los cante, si tuviere
Con mas obligacion ménos cuidados;
Que la mia en su tasada pluma quiere
Casos forzosos, y esos limitados,
Pues de los cortos bienes que escribiere,
Hasta los dejos quedan olvidados,
Y al gusto humano no hay dolor mas grave
Que el bien pasado, en quien sentirlo sabe.

Solo unas fiestas pediré á la fama,
Que así ensancharon con su trompa el vuelo,
Que no en mas partes de su luz derrama
Rayos al mundo el dios que nació en Delo:
Si el tronco se conoce por la rama,
Esta en que se enramó y se enredó el suelo
Se llame, en cuanto ronda y ve la luna,
Rama del mayor tronco de fortuna.

Por suyo en Perpiñan tenian el dia
Que se diesen los muros de Girona,
Girona, á quien el César pretendia
Por orla nueva á su imperial corona;
Mas ya entibiado el punto á la alegria
Con el desprecio de la real persona,
Que España no estimó por ser cabeza
Pequeña á su magnánima grandeza,

La vuelta de Paris tomó, dejando
Al grave Orlando el peso de la guerra,
Donde en su parlamento platicando
La sucesion de la asturiana sierra,
Que en derecho le funden pide el mando
Y accion que tiene á la española tierra,
Si hay alguna, ó quien sombra della saque,
Pues basta á la ambicion cualquier achaque.

¡Cuán raras veces la verdad desnuda
Hasta el rëal dosel va sin sospecha
De adulacion, que la trasforma y muda,
Y entre oropel la da lisonjas hecha!
Guísanla porque suele amargar cruda,
Y tales salsas el engaño le echa,
Que con el amor propio la hace al justo
Maná que cuadra y viene á cualquier gusto.

Como al triunfante hijo de Pipino,
Que en verle al español cetro inclinado,
No hubo voto ni voz de paladino
De contraria opinion en el Senado:
Todos firman y afirman que en divino
Y en humano derecho está fundado
Que entre y suceda en el distrito hispano
O rey frances ó emperador romano.

Como rey, tiene ya el primer derecho
De la renunciacion que el Casto hizo,
Y como emperador, es el derecho
Sucesor, y el que hoy reina advenedizo:
Esto Turpin, un gran Licurgo hecho,
Dió por su parecer, y le rehizo
Don Reynel con el suyo, don Grimaldo,
El conde don Galban, y el rey Geraldo.

Y bien que cada cual por su camino,
Y á diferente pretension guiado,
De derecho dan nombre al desatino
De una ciega ambicion ocasionado:
Solo el anciano Malgesí, adivino,
En los agüeros de Merlin fundado,
En pié se levantó, y en voz severa
A su príncipe habló desta manera:

«Es el ser singular tan peligroso
En resueltas materias de importancia,
Que aun acertando queda un hombre odioso
Y en manchadas sospechas de arrogancia:
Pues ¿qué será si el caso está dudoso,
Y en la opinion contraria la ganancia,
Y el parecer opuesto y descuidado
Del gusto que ha de ser aconsejado?

»Servirá solo de quedar corrido
Quien á todo este riesgo se arrojare;
Mas no por esto un pecho bien nacido
Es bien que en miedos y sospechas pare:
Yo, señor, desta junta he conocido
Que quien el gusto tuyo reforzare
Con su opinion, será, decirlo quiero,
El mejor capitan y consejero.

»Por eso no hay en todo el parlamento
Voto por escribir ni firma en blanco;
Que ha descubierto ya en tu real intento
Para sus tiros la lisonja el blanco:
Y así en lo que ahora por servirte intento
Temo que ha de salir la suerte en blanco;
Que te veo ya resuelto por mil modos,
Y es mucho ir uno solo contra todos.

»Pero la fe me obliga, y la obediencia
Que como á mi señor y rey te debo,
A pedir, no que mudes la sentencia;
Que esto es ya mucho á un parecer tan nuevo;
Mas que se mida con mayor prudencia
Lo que quizá á decirte no me atrevo,
Medroso que mis dichos verdaderos
No les llamen, mudado el nombre, agüeros.

»Vanamente se funda quien te dice
Que á Francia incumbe España por derecho,
Si la antigüedad sabia contradice
Con su razon á la opinion y al hecho:
Por bien que con lisonjas autorice
Tu gusto en esto, mas que tu provecho,
Vera, si ver quisiere, libre á España
De ajeno cetro y dependencia extraña.

»Si atiendes al antiguo orígen suyo,
Fundada fué por el primer hermano
De Noé bisnieto; si al derecho tuyo
De rey frances ó emperador romano,
Antes que el franco Merobeyo, cuyo
Cetro ha venido á tu prudente mano,
Ataulfo fuéron y Alarico reyes
Que á Italia, España y Francia dieron leyes.

»Y si tu pueblo no se precia en vano
De ser de un hijo de Héctor descendiente,
Y él de Priamo, y ambos del troyano
Dárdano, de Atlante italo pariente,
Siendo el décimoquinto rey hispano,
De España es el orígen de tu gente,
Y ella, de quien nació en nuestro hemisferio
La antigua Troya y el romano imperio.

»Esta es la antigüedad: cuanto al derecho
Que en la renunciacion has adquirido,
Si pudo darte alguno el rey de hecho,
Ya de hecho tambien lo ha suspendido:
Ni tengas por ofensa lo que ha hecho,
Pues tu grandeza en nada ha descrecido;
Que no está en muchos reinos ni en tenellos,
Sino en un pecho real y digno de ellos.

»Cuanto mas, que si el rico y fértil suelo
De España puede con sus venas de oro
Dar codicia, tambien dará recelo
Ver que leones guarden su tesoro:
Trueca, señor, la empresa, trueca el celo,
Y el riesgo del cristiano al pueblo moro:
Sientan Valencia y Aragon tu saña;
Que esto es ganar, y no perder, á España.

»Sabe que del gran mundo en los secretos
Por donde el cielo sus discursos guia,
El Hacedor del tiempo, en sus efetos,
A España ofrece eterna monarquía;
Y en inviolables pactos y decretos,
A sus reyes y real genealogía,
Lo que hay desde la aurora hasta donde
El sol alumbra cuando aquí se esconde.

»Yo así al cielo lo oí, y así de un sabio
Está en firmes figuras definido,
Y en justa pena á un ambicioso agravio,
Un dragon de oro ante sus piés rendido:
Hable á su antojo el lisonjero labio;
Yo solo digo y sé lo que he leido,
Y que va ya en los fines de su cuenta
El riesgo, la venganza y el afrenta.»

Así dijo; y del grave parlamento
No quedó quien en ánimo y semblante
No aprobase con nuevo encogimiento
De su razon la fuerza por bastante,
De la eficacia el vivo sentimiento,
De la resolucion el brio importante;
Que la clara verdad se trae consigo,
Sin respeto de amigo ni enemigo.

Era de insigne crédito la ciencia
Del sabio por los cursos de Aqueronte,
Y el lustre de la noble descendencia
De ambas sangres Mongrana y Claramonte,
Quien le hizo el oráculo y prudencia
Que al gobierno imperial mas pese y monte,
Por ser príncipe y sabio; que en efeto
Es bueno un gran señor para discreto.

Ya reducido á plática ordinaria,
Un sordo hablar corrió por el Senado,
Quién dando esta razon, quién la contraria,
Conforme á su intencion ó su cuidado:
El César, de opinion perpleja y varia,
Ni del todo resuelto ni mudado,
Entre un discurso y otro divertido,
De la ambicion y la razon herido;

Cuando del falso bando de Pontiero,
El traidor Galalon, ardiendo en ira,
Con rostro grave y con desden severo
Así al César habló, y á solo él mira:
«Si lo que con palabras decir quiero,
Con la luz lo dijera que me inspira,
Vieras, señor, ser aire, sin cansarte,
Los montes con que piensan espantarte;

»Pero si la razon ha de ir vestida
Como á la guerra armado el caballero,
Yo que no oí retórica en mi vida,
Ni me armé de papel, sino de acero,
Quizá no acertaré á dar la medida;
Que soy soldado al fin, no palabrero;
Mas si aquí fuere corto, en la jornada
Mas que sus lenguas cortará mi espada.

»Y tú, invicto señor, César augusto,
A quien en triunfal carro de leones,
Ya con brazo enfrenar veo robusto
Las españolas bárbaras naciones,
Manda callar los magos; que no es justo
Que agüeren tu valor supersticiones,
Ni como á niño con asombros vanos
Quieran atar tus victoriosas manos.

»Si Malgesí con loco fingimiento
Así no admite en el saber segundo,
Que él solo vió de Adan el testamento,
En los agudos reyes manda el mundo,
Lo que en sus vueltas guia el firmamento,
Lo que las gentes trazan del profundo,
Lo que es, lo que ha de ser y lo que ha sido,
¿Cómo un lazo no vió en un bosque asido?

»Cuando en venganza pública colgado
De un pié le tuvo el risco de Miduerna,
Dándole el infernal cuaderno amado
Afrenta humana en penas de la eterna:
Si allí su ciencia le dejó burlado
En causa leve y ocasion tan tierna,
¿Por qué se finge de saber profundo
En la revolucion de todo un mundo?

»Los ciegos ojos á la luz presente
Soñando quieren ver lo venidero,
Y con vano temor á un rey prudente
Hacer lo que no harán brazos de acero:
Si la española á la francesa gente
Orígen dió, y su cuento es verdadero,
El reino es nuestro, á tierra propia vamos,
Los godos nos la usurpan, ¿qué esperamos?

»Mas no es justo se admitan sus razones
En discurso gentil ni ánimos puros,
Ni en grave junta de ínclitos varones
Mágicos hablen, lóbregos y oscuros:
Allá en ciegos desvanes y rincones
Sus cercos formen, recen sus conjuros,
Y solo suenen los reales techos
Nobles palabras de hidalgos pechos.

»Si el Casto rey te dió su cetro y silla,
Y á instancia ya del reino te la niega,
Tu valor tiene en poco el de Castilla,
Pues á no te estimar por su rey llega:
¿Cómo dice la mágica cartilla
Del que á ti te predica, y él reniega,
Que en esto no te ofende ni lastima,
Si un reino tu grandeza desestima?

»Es ignorancia de quien solo sabe
Descalzo andar entre papeles y untos:
¿Quién hizo al vano Malgesí tan grave,
Que á medir llegue del honor los puntos,
Y que el tuyo y el nuestro menoscabe,
Pudiendo él solo mas que todos juntos,
Y siendo en su decir el vano adorno
Mancha á tu fama, á tu opinion soborno?

»Al fin, señor, el parecer mas sano
Destos invictos príncipes y mio,
A tu grandeza y nombre soberano
Y á la reputacion del frances brio,
Es que, á pesar del mundo, por tu mano
Conquistes el gallego señorío;
Y pues la tierra á tu derecho toca,
Tuya será; que aun para tuya es poca.»

Dijo; y mirando con desden severo
Al frances sabio reventando enojos,
Rióse, haciendo escarnio altivo y fiero;
Y él centellando fuego por los ojos,
Al libre hablar del magances parlero,
Fundado del rey Carlo en los antojos,
La mano quiso, ya en la espada puesta,
Darle en ella librada la respuesta.

Alteróse el confuso parlamento;
Y en nuevas opiniones dividido,
Con riesgo de un notable atrevimiento,
El hablar castigara desmedido,
Si el grave César, desde su alto asiento,
Para apagar el fuego ya encendido,
No mandara salir, aunque agraviado,
Al sabio y á los suyos del Senado.

Tenia facundia el magances astuto,
Y gracia en persuadir cuanto queria,
O fuese de la yerba molí el fruto,
Que Alcina de su huerto le dió un dia,
O porque con lisonjas el mas bruto
Dar gusto sabe, y Galalon sabia
Disimular las suyas de manera
Que un Argos vuelto en lince no las viera.

Y entónces fué su hablar general gusto,
Por el que á todos daba la jornada,
Y porque al cielo, en su castigo justo,
El mismo delincuente da la espada:
Faltó del parlamento el brio robusto
Del grave hijo de Amon, siendo agraviada
La autoridad del sabio no admitido,
Maganza victoriosa, y él corrido.

Pero ántes de salir de la gran sala,
Así al Senado dijo, un áspid vuelto:
«Aunque ninguna recompensa iguala
Mi agravio, ver al rey frances resuelto
En el consejo, y la intencion mas mala
Que el mundo vió para quedar revuelto,
Me lastima; que siempre un noble pecho
Mas mira el bien comun que su provecho.

»Mas, si ya es la desgracia irremediable,
Y el veneno hasta el alma ha penetrado;
Si el mundo y su grandeza deleznable
Límite tiene y curso señalado;
Si contra el hado y suerte inevitable
No hay fuerza real ni imperio reservado,
Caiga la frances pompa, caiga hambrienta
De humana sangre, y vénguese mi afrenta.

»Que yo os anuncio, y pongo por testigos
Desta verdad cuantas el mundo encierra,
Que de todos los príncipes amigos
Que á ver llegaren la española tierra,
Cuando quieran contar los enemigos
Los que vivos salieron de su guerra,
Les sobrarán, si mi saber no es vano,
Dos dedos de los cinco de la mano.»

Dijo; y dejando al grave parlamento
Parte confuso y parte acobardado,
Con inviolable y firme juramento
De no volver, se va, hasta ser vengado;
Y al deseado Reinâldos por el viento
A pedir fué donde le habia encantado
Una hada en los reinos del oriente,
Justa venganza al deshonor presente.

El Rey, con los demas que en su consejo
A la revuelta dél mueven el labio,
Unos de incauto y de caduco viejo,
Y otros nombre le dan de noble y sabio;
Hasta que al fin, con altercar perplejo
De varios pareceres, en agravio
Del mal aconsejado Carlo augusto,
Los mas discordes quedan de su gusto.

Y ya desta imprudente opinion todos,
En la del falso Galalon fundada,
Que cruel pretende por diversos modos
La imperial majestad ver acabada,
Contra el estrecho reino de los godos
Sangrienta guerra queda declarada,
Y que á las flores del abril siguiente
Campo se forme, y se levante gente.

Que el galan Durandarte á Desiderio
Su gente haga bajar de Lombardía,
Y Galalon las fuerzas del imperio
En Bretaña reforme y Picardía;
Que á Roldan se dé aviso, y á Silverio,
Marques de Fox y duque de Pavía,
Que, concluido el cerco de Girona,
Por Perpiñan descienda hácia Narbona.

Que, dejando presidio suficiente
Al real de Barcelona y Cataluña,
Con lo sobrado marchen de la gente
Por Cominges derechos á Gascuña,
Donde en todo el florido abril siguiente
Del campo el resto llegue, y con la uña
Del águila imperial haciendo garra,
Por Roncesvalles se entren en Navarra.

Y que entre tanto las famosas fiestas
Que en Perpiñan se dieron aplazadas,
En Paris se prosigan, y en compuestas
Barreras y soberbias palizadas
Los estandartes y banderas puestas,
Levanten gente y dén armas grabadas,
Sin que haya cosa en cuanto el reino encierra
Que no sea asombro y gallardía de guerra.

Esto salió por último decreto
Del frances parlamento y grave junta;
Mas, miéntras al ponerlo por efeto
La gente y el ejército se junta,
Y en medido escuadron se ve en perfeto
Las lanzas cuento á cuento y punta á punta,
Con grato gusto quiero del oyente
Un oculto secreto hacer patente.

Praxitel, sabio y noble estatüario
Primero de Corinto, recogia
El oro, el bronce duro, el jaspe vario
Del Tinaro, y de Ormuz la pedrería,
El rojo azófar, el luciente pario,
El verde mármol que la Etolia cria,
Abriendo, despues dello, sus buriles,
Vueltos divinos, láminas sutiles.

¡Oh cuánto ha menester quien lo que escribe
Vestirlo piensa de inmortal memoria,
Y en cuerda alma y cuidado fiel concibe
El parto heróico de una grave historia!
¡Qué fácil al principio se recibe
La empresa! Qué dudosa es la victoria!
Qué de caudal, estudio y advertencia
Pide en rigor cualquiera menudencia!

Sabroso estilo, espíritu templado,
Heróica voz, lenguaje casto y puro,
Ni plebeyo en lo humilde, ni pesado
En lo soberbio, ni en lo grave duro;
Ni altivo, ni arrogante, ni afectado,
Ni largo, estéril, ni por breve oscuro;
Ni que en regla y compas jamas se aparte,
Freno á la lengua, y al ingenio el arte.

Buena eleccion para la traza y modo,
Y para el disponer perseverancia,
Y una firme paciencia, sobre todo,
Contra un censor hinchado de arrogancia,
Que da, en soberbia presuncion, del codo
A la mayor dulzura y elegancia,
Y no hay espejo de cristal de roca
Que no empañe el aliento de su boca.

¿Quién se libró del riesgo de una falta?
Quién se dió á todos gustos por cumplido?
¿A qué regla ó compas no sobra ó falta
En lo mas ajustado y mas medido?
No hace el brazo mortal raya mas alta;
Nadie puede dar mas que ha recibido:
A alcanzar con mi pluma adonde quiero,
Fuera Homero el segundo, yo el primero.

Mas contra el ciego error de una quimera
Cien Midas hay si un sátiro no falta;
Y así, anudando la razon primera
Del cuidoso desvelo en no hacer falta,
El que en estilo grave y voz severa
Antigua historia escribe heróica y alta
(Porque contra mi crédito no lleve
Don Teudonio esta falta por ir breve),

Si algun cuidado á su discurso atento
Saber deseare en este heróico paso,
Con mas adelgazado fundamento,
Del robo ilustre el importante caso
Que á Orónte trajo por el blando viento,
Del oriente á los reinos del ocaso;
Quién le dió nuevas de Bernardo, y cómo
Con un hecho salió de tanto tomo;

Quién le obligó á encargarse del infante;
Qué gusto, qué interes por esta via
La voluntad del sabio nigromante
A tan nueva lealtad y amor movia:
Todo fué de un gran fin causa bastante:
Dirélo si á la heróica musa mia
Del oyente otorgare la paciencia,
Para una breve digresion, licencia.

Y que por esta sola vez rompiendo
La brevísima accion y corto asunto,
Que á toda priesa y brevedad siguiendo
Desde el primero voy al postrer punto,
Pueda volver atras, donde, cogiendo
El agua en su principio todo junto,
Con clara brevedad se entienda y vea
Cuanto aqui falta y el lector desea.

Yo al punto volveré de mi victoria
A nueva diligencia y paso largo;
Que es breve el tiempo y grande la memoria
Que para darla al mundo está á mi cargo.
Pues luego que de amor la dulce gloria
Al Conde y á su esposa en llanto amargo
El Casto rey volvió, y en noche oscura
Uno puso en prision, y otro en clausura,

A Bernardo crió en mantillas de oro,
Con nombre de hijo y con igual cuidado,
Guardando á su real sangre el decoro,
Y á la alta estrella de su invicto hado;
Cuya luz dijo que del pueblo moro
Verdugo cruel seria en campo armado,
Y los agudos filos de su espada
Muro invencible de su patria amada.

Entre los que en sagaz destreza vana
De los astros midieron la influencia,
Y del natural hado y suerte humana
El sutil peso hallaron en su ciencia,
Fué Alcina por el gusto de Morgana,
Y Orónte en su mágica experiencia,
Por el gusto de Alcina, en cuyo gusto
Se dice que alcanzó mas de lo justo.

Era Orónte un viejo descarnado,
De vivos ojos y mirar compuesto,
Cetrino en la color, alto, delgado,
Cuidadoso, sagaz, grave, modesto,
Calvo, corva nariz, rostro afilado,
Blanca la barba, en el vestido honesto,
Y que en su aspecto, gravedad y talle,
Velle ponia aficion, y gusto hablalle.

De conjurados cercos y abusiones
Más que Zoroástes y Merlin sabia;
Ocultos pactos, firmes convenciones
Con todo el reino de Pluton tenia:
Con un breve carácter diez legiones
De apremiados espíritus traia,
Mas sujetos al yugo de sus leyes
Que al de un recio gañan dos tardos bueyes.

Lo que Merlin no supo, que es la tasa
Con que crece la mar y vuela el viento;
Dónde el firme pilar halló la basa
Sobre que el mundo estriba y hace asiento;
Quién al tiempo pasado alquiló casa,
O en qué camina tanto el pensamiento;
Este sabio lo supo, y mayor fuera
Si solo conocerse á sí supiera.

A este entregó la cuidadosa Alcina
Al tierno niño conde de Saldaña,
Su noble crianza, su sagaz doctrina
Al santo rito y cristiandad de España;
Y que de un riesgo y muerte repentina
Libre le saque su cautela y maña;
Que envidia á un gran valor siempre hizo guerra,
Y el del infante es único en la tierra.

Dióle para esto un libro de Morgana,
Que es de magos el cerco mas seguro,
Y su aspecto Pluton, á quien se allana
La ciega potestad del reino oscuro;
Que al rico todos dan en pompa vana
Lisonjera obediencia hasta aquel punto
Que el de la muerte abraza, donde el yerno
De Céres vive y muere en fuego eterno.

Quedó, con la virtud del nuevo encanto,
Orónte superior á los mas diestros,
Sirviendo de aprendices en su encanto
Los que ántes le servian de maestros:
Este pudo el cuaderno, y puede tanto
En casos venturosos ó siniestros,
Que trocó los del niño, y le trocara
Al cielo el curso, si él volar dejara.

Temian los sabios de la altiva Francia,
Por ver su invicto rey en tanta alteza,
Del inconstante tiempo la inconstancia,
Y de sus bienes la infeliz firmeza;
Y los franceses magos con instancia
Procuraban saber desta grandeza
Cuándo se habia de cansar fortuna,
Y hacer menguante la creciente luna.

Entre estos Malgesi fué el mas famoso
Sutil encantador, fiel estrellero,
En ahumados cercos prodigioso,
Y en fantásticas sombras agorero;
En las negras cavernas poderoso,
Que con ladrar asombra el Cancerbero,
Donde ni alma ni sombra su horno ardiente
Recuece, que á su voz no esté obediente.

Era, segun Turpin, por línea recta
Quinto nieto del rey de Tuberlanda,
Padre que fué de Nemia la discreta,
Dueña del lago que reinó en Irlanda;
Que en negra tumba y bóveda secreta
Vivo metió á Merlin, y en cama blanda
Le encantó, donde en bosques resonantes
Brama en la gruta y árboles de Armántes.

Desta los libros heredó y la ciencia,
Por gusto, profesion, parte y pariente,
Y de estudio ayudado y diligencia,
En los mágicos cursos fué eminente;
Donde vió con profética evidencia
El fin cercano á la francesa gente,
Y del niño español la rica espada
De su mas noble sangre matizada.

Ligó en dos nuevos cercos poderosos
Su filo y brazo tierno, ¡cosa extraña!
Que sus lirios se vieron victoriosos,
Francia en las nubes, y á sus piés España:
«Estos, dijo, no son lances dudosos,
Si el fingido Asmodeo no me engaña,
Y hace alterar con su mudanza y truecos
Las vanas sombras destos bultos huecos.

»Este es el negro humo que compuso
La falsa secta que nació en Arabia;
El que soñó el alquimia, y el que puso
En los amores la celosa rabia;
El que al mundo sacó y vendió el abuso
Que con lisonjas de oropel enlabia;
El que inventó privanzas y favores,
Y en la corte el barniz de aduladores.

BIBLIOTECA PÚBLICA LEÓN

»Mas vuélvanse las cosas alteradas
Al primer vuelo y al lugar debido;
Corran por curso natural guiadas;
No con hado violento y detenido.»
Dijo; y apénas de las dos lazadas
Se vió el mágico nudo dividido,
Cuando el mundo tembló, y cayó por tierra
La flor de Francia en la gascona sierra.

Asombró al sabio de la rica espada
El riguroso golpe, asombró el vuelo
Del brazo altivo, y ver su patria honrada,
Las águilas y lirios por el suelo:
Quitar quiere al doncel la vida amada,
Y contra el curso del volar del cielo,
Detener el feliz que por su mano
Dispensa á España el brazo soberano.

Esto en un cerco Malgesí trazaba,
En ciego antojo y ánimo obstinado,
Cuando el niño Bernardo atento andaba
En ver volar un sacre remontado:
Oróntes, que tambien tras él volaba
Sobre la alta cerviz de un grifo alado,
De las nubes llover se dejó al suelo,
En blando curso é invisible vuelo.

Y al gallardo doncel por quien venia,
En sus brazos tomó, y ligero vuela;
Y no en la silla, porque no sabria
Templar el niño el freno con la espuela:
Huyó con él: quedó el frances sin guia,
Burlada su engañosa centinela;
Que es calva la ocasion, y el punto della
Que consiste en gozalla, es no perdella.

Ya del monte Ida en una alegre plaza
Otra vez hizo una águila divina
De un bello niño semejante caza,
De igual beldad y gracia peregrina:
Si aquel le sirvió á Júpiter la taza
De néctar en su esfera cristalina,
A este el cielo á servir le lleva, y llama
Honra á sus gentes, y á sus siglos fama.

Fué hecho el hurto en cercos tan seguros,
Oculto apremio é invisible paso,
Que á Malgesí y sus mágicos conjuros
Encubierto quedó y nubloso el caso:
Sus ciegos caractéres halló oscuros,
Su traza sin sazon, su tiempo escaso,
Y su apremiada sombra vigilante,
De virtud superior, vuelta ignorante.

Así, al volver sin tiempo la cabeza
El músico de Tracia, en la salida
Del Ténaro sin luz, cuya maleza
Se ve entre verdes pórfidos nacida,
Vuelta vió en aire vano su riqueza,
Dos veces muerta su costosa vida;
Que él por temprano, y Malgesí por tarde,
No hay quien el punto de ventura guarde.

Esta fué la ocasion que al sabio griego
Ayo le dió del español Bernardo;
A este fin le robó, y este fué el ruego
De Alcina, este en su vida el fiel resguardo;
Mas lo que Malgesí, en sus rumbos ciego,
Ganó con fria venida y paso tardo,
¿Quién lo sabrá decir? ¿Con cúyo aliento
Seguir podré el alcance á tan gran cuento?

Mas conviene, señor, contarlo todo,
Por digna prenda del valor de España,
En quien el santo celo al cetro godo
Un reino prometió de gente extraña:
Allí por nuevo y soberano modo,
De Leon sonaron en la real montaña
La vez primera, en aparato ufano,
Los mundos que hoy gobierna vuestra mano.

Allí, con ciento y veinte lustros ántes
Que el sol viese de España las banderas
Voltear los abrasados garamantes
Y asombrar de Etiopía las riberas,
Como en sombras se vieron sus triunfantes
Carros romper las tiernas vidrieras
Del cristalino reino que, por muerte
De Saturno, á Neptuno cupo en suerte;

Y que habia de ser suyo este ancho mundo
Donde el dia muere, de volar cansado,
Con el rico tesoro en su profundo,
De rubio oro y de perlas amasado:
Esto en este paréntesis segundo
Es fuerza no dejarlo destroncado;
Que las grandes imágenes en torno,
Para sus llenos, piden grande adorno.

De aquí tambien cortó á las velas paño
De un feliz curso el nuevo atrevimiento,
Con que el mago frances, en vuelo extraño,
De su encantado barco surcó el viento.
Grandes cosas al fin de aqueste engaño
Toman en este grave asunto asiento;
Y así, es fuerza seguirle por historia
De España digna y de inmortal memoria.

ALEGORÍA.

En Ferraguto ofendido con la fama de Bernardo, se pinta el ánimo de un ambicioso que las ajenas alabanzas tiene por baldon y menosprecio propio.

En el socorro del rey Casto se ve cómo el cielo nunca desampara á los suyos; ni las traiciones, como por la mayor parte se efectúan á ciegas y atropelladamente, alcanzan á tener buen suceso.

En el conocimiento de don Teudonio y el conde de Saldaña envuelto en lágrimas, se muestra que sin la libertad ningun bien hay que sea de gusto.

En el consejo de guerra del César se ve cuán poderosa es una lengua lisonjera en un ánimo ambicioso.

LIBRO CUARTO.

ARGUMENTO.

Deja Oróntes, por su ciencia, á Malgesí colgado de un árbol, donde, cayéndosele el libro de sus conjuros, un demonio con la fuerza dellos saca algunas legiones del infierno para destruir á España, y su ángel custodio los refrena; y haciendo alarde de los muchos mártires españoles que la persecucion de los moros ha dado al cielo, promete á España un nuevo mundo en premio á su católica religion. Bernardo, entrando en un barco milagrosamente, llega á bordo de un galeon, donde halla presa á Angélica la bella; y habiéndose allí armado caballero por mano de un rey persiano, hace batalla con él por la libertad de la reina de la China, la cual es arrebatada de un carro de fuego por el aire.

No bien el sabio Oróntes, satisfecho
Del robo ilustre, en negro hollin tiznado,
De la órden superior un humo estrecho
Contra el mago frances dejó emboscado,
Que en su incauta venida sin provecho
Al pasar le dejó de un pié colgado,
Como negra corneja que el anzuelo
Las alas le ase y le detiene el vuelo.

Era la horrible sombra el rey que á cargo
los necios tiene y sus descuidos doma,
Con quien ya fuera el álamo mas largo,
A su pié puesto, el punto de una coma:
Este, al pasar, le echó pesado embargo,
Y en lo alto lo dejó de una ancha loma,
A una encantada cerda dada un nudo
Tal, que apénas romperle el tiempo pudo.

Este fué el ciego lazo en que caido
Le vió España y el conde de Pontiero,
Con el que aquí y allí quedó corrido,
Y en ambas partes sin su honor entero;
No habiéndole ayudado ni valido
Aquí la ciencia, ni acullá el acero;
Que hay sabios que no saben ni son buenos
Sino es para agüerar males ajenos.

Perdió turbado el mágico cuaderno,
Y quedó preso sin recurso alguno;
Que de mil que sacó del hondo infierno,
A la necesidad no halló ninguno,
Excepto Trashurgin, que el lago averno
Duende no vomitó mas importuno,
Que, por cansado hablador sin jugo,
Hasta al infierno sirve de verdugo.

Este acudió, mas no á prestarle ayuda
Con negra esfera y mágico astrolabio;
Mas por si la obstinada alma desnuda
Prender pudiese al ignorante sabio:
Este pues, cuya lengua tartamuda
Al mundo ofende y cansa en torpe labio,
Al mago libro arremetió lijero;
Que es propio un hablador para embustero.

Y con él, en figura horrible puesto,
Formando rayas y fingiendo cruces,
Un sombrío escuadron sacó molesto
Del centro oscuro á las odiosas luces,
A librar al frances mago dispuesto,
Con corvos cuernos y ásperos testuces;
Mas el furor del templo aqueronita
La fuerza á todos y el vigor les quita.

No fué en la clara Ródas mas gigante
De pardo bronce su inmortal coloso,
Mas negra tez, mas hórrido semblante,
Ni en talle y proporcion mas espantoso;
Ni en bulto mas oscuro vió delante
De si la noche al mundo tenebroso,
Cuando al cerrar de su enlutado manto,
Es cuanto por sus sombras vuela, espanto;

Que el gran torreon de la fantasma oscura
Que al frances mago en su prision asombra,
De cuyo aspecto la infeliz figura
Un mundo viste de enlutada sombra;
Y asi en triste silencio, mal segura
La negra escuadra que en sus versos nombra,
El burlon Trashurgin á su ventaja
La soberbia cerviz humilde abaja.

El viejo Satanas, que es de tres cuernos,
De discordias amigo y de rencillas,
Cuya rabia revuelve los infiernos,
Y de Aqueronte asombra las orillas,
Viendo allí de sus fuegos sempiternos
Tanta centella y sombras amarillas,
Sembrando guerras, con ladrar prolijo,
Vuelto al soberbio Belcebú, le dijo:

«Príncipe ilustre, á quien del reino oscuro
La parte mas indómita obedece,
Y de la triste noche el negro muro,
Bañado en sangre por tus manos, crece;
Contra quien no hay valor ni arnes seguro,
Si el tuyo de una vez se ensoberbece;
A cuyo ceño triste en raudo vuelo
Suele el mundo temblar, y tembló el cielo:

»Aquí, por pactos que en sus reinos tiene,
El frances Malgesí nos ha juntado;
A darle ayuda nuestro infierno viene,
De sus voces y cercos apremiado:
Sola tu invicta mano nos detiene,
Y el inviolable lazo fabricado
Por tu saber, contra quien ya no es justo
Se oponga nueva presuncion y gusto.

»Mas si conforme al cerco fué en tu mano
Prender, y el desatarle no está en ella,
No es bien que tanto infierno agravie en vano
La odiosa luz de esa enemiga estrella;
Mas quede en pena al reino castellano
Humosa estampa de su ardiente huella,
Y sepa el mundo que por estas cuadras
Juntas Belcebú tuvo sus escuadras.

»Bien sabes que la espada rigurosa
Que nos echó de encima las estrellas,
Quizá por parecerle peligrosa
Nuestra vecina cólera cabe ellas,
No ha mucho que esta tierra belicosa
Que ahora con tus negras plantas huellas,
La entregó á nuestra furia, y al castigo
De un poderoso bárbaro enemigo.

»Cansada ya de los dislates vanos
En que por tantos años ciega anduvo
Entre soberbios dueños, cuyas manos
Con sus doradas masas entretuvo,
Ya en católicos reyes, ya en paganos,
De una en otra fortuna se detuvo,
Hasta que llegó el fuego de Vitiza
A hacer su antigua honestidad ceniza.

»Este, al ardor de mis centellas hecho,
Aun mas fuego sacó que yo emprendia,
A un tiempo unidas en su torpe pecho
Juntas ambas malicias, suya y mia:
No fuéron mis discordias de provecho,
Ni ardiera la ambiciosa tirania,
A no añadir veneno en mis marañas
El sensual calor de sus entrañas.

»Con este permitió libre soltura
Al seglar pueblo y religioso estado,
Hasta negar, envuelto en su locura,
Del Vicario de Cristo el principado;
Y sin dejar muralla en pié segura,
Firme torre ni alcázar almenado,
Las armas derritió; el morrion de guerra,
En corva reja vuelto, abrió la tierra.

»Iba ciego apresiándose al castigo
Que el cielo á sus delitos prometia,
Yo trazando ocasiones, y él conmigo
Dando alientos al fuego que encendia;
Hasta que el reino le entregué á Rodrigo,
Y él al ciego furor de Berbería,
A quien, por cruel verdugo á su malicia,
Conmigo envió la celestial justicia.

»Ya entónces tuve por seguro y fijo
Para siempre mi reino en esta tierra,
En quien de Jove el belicoso hijo
De su fuego el mayor calor encierra:
De aquí pensé con un rodeo prolijo
Al ancho mundo hacer injusta guerra,
Y ser de la morisca gente, solo,
El feroz Marte y el prudente Apolo.

»Mas no sé quién, ni cómo, me ha trocado
El feliz curso á mi primer gobierno,
Y aquel muerto valor resucitado,
Vuelto en firme diamante el pecho tierno:
Salió, como de burla, en campo armado,
De una alta gruta, cóncavo de infierno,
Un capitan que á la primer jornada
Ni yo le tuve, ni el contrario, en nada.

»Mas, como de una mínima centella
Creciendo el fuego, una ciudad se abrasa,
Y el aire, que ántes pudo deshacella,
Feroz la vuela ya de casa en casa;
Así desta vencida gente, el vella
Con nuevo brio, el sobresalto pasa,
Y llega á punto de engendrar temores
Que los pequeños riesgos sean mayores.

»Mas si tú ahora, príncipe del mundo,
Esta legion y tu poder me prestas,
Fácil cosa será al golpe segundo
Quitar su grave carga de mis cuestas:
Daré con toda España en el profundo;
¿Quién me lo estorbará, si tú le asestas
Un escuadron que pudo sin recelo
Plantar banderas y armas contra el cielo?

»Quedarnos ha segura esta cosecha,
Y yo con la española monarquía
Tal, que al infierno harán la puerta estrecha
Los que á tenerte bajen compañía.»
Así el soberbio espíritu, deshecha
La lengua en rabia, á Belcebú decia,
Solicitando el escuadron liviano
Para arruinar el reino castellano,

Cuando la negra estatua acaronita,
Mandando sosegar el alboroto,
Así, con torpe labio y voz maldita,
Volvió á asombrar los árboles del soto:
«Yo, antiguo defensor de la mezquita
Que en Meca goza y tiene el primer voto;
Que su Alcoran forjé de un desatino
Que soñó el imprudente Calcabino;

»No tengo mi furor tan olvidado,
Ni el odio interno á esta enemiga gente,
De las que en el bautismo se han lavado,
La mas firme, católica y prudente,
Que si pudiera habérmela tragado,
No haya en mi boca hambre suficiente;
Mas, ¿quién podrá contra aquel brazo eterno
Que es de su mundo universal gobierno?

»Alzad los ojos á esa clara nube
Que en torno ciñe vuestras negras sienes,
Y de España veréis adónde sube
El aumentado colmo de sus bienes;
Y aquel sangriento azote, en quien ya tuve
De su deseado fin firmes rehenes,
La antorcha ha sido con que el pueblo ilustre
De su valor ha descubierto el lustre.»

Dijo; y de los ministros inferiores
Cada uno, alzando la infernal cabeza,
En luz divina y rubios resplandores,
Un bulto vieron de inmortal belleza;
Un mancebo gentil, cuyos colores
La nieve y rosas vencen en fineza,
Y el rico manto, en varia pedrería,
Rayos le presta al sol y lumbre al dia.

Con dos pomposas alas, cuyo vuelo
Al aire da los rojos arreboles
Que el nácar de la luz pinta en el cielo
Cuando hace al dia bellos tornasoles;
Por gala armado, mas que por recelo,
De una celada azul y peto góles,
Que, en rubis esta, y este en esmeraldas,
Arden y alumbran por las nubes pardas;

El yelmo en varias plumas enrizado,
Al cuello un tahalí de piezas de oro,
De un entero zodiaco grabado,
Desde el templado Géminis al Toro;
Y por el peto y manto de brocado
Todo sembrado el celestial tesoro
De imágenes, de signos y planetas,
En luz distintas y en virtud perfetas;

Un venablo en la mano, cuyas lumbres
Al enemigo asombran que las mira,
Y el brioso esgrimir de sus vislumbres
Temor y espanto á los contrarios tira:
Así del cielo por las huecas cumbres,
Cuando el vellon de Cólcos se retira,
El bello dios que tuvo cuna en Delo,
El mundo alegra, y regocija el cielo.

Y el encogido invierno entre celajes
Lloroso huye, y baja la cabeza
Al alegre verano, que en ropajes
Llovidos viste el mundo de riqueza:
Tal deja los nocturnos personajes
De envidia deslumbrados, la belleza
Del príncipe de España, á cuya mano
Dió su defensa el brazo soberano.

Bajan los rostros de temor rendidos,
Suspensos los furiosos ademanes,
De acedа envidia y de dolor corridos,
Mas que primero dentro en sus afanes:
Tales, que á no tenerlos oprimidos,
Huyeran del infierno á los desvanes,
Como la noche huye de la aurora
Cuando el aljófar cuaja que ántes llora.

Mas el divino príncipe de España,
Con agradable y natural braveza,
«Estad, canalla, dijo; estad, cizaña
Del mundo; alzad, á oirme, la cabeza;
Y sepa cuanto de Aqueronte baña
El negro lago y hórrida maleza,
Y el ronco can asombra con ladridos,
Y de las furias siente los gemidos;

»Que todo junto ese infernal espanto,
Que al mundo el centro y el reposo quita,
Desde el negro dosel de Radamanto
Al frágil leño en que Caron habita,
Con cuanto de la muerte el triste llanto
En niebla cubre y sombras precipita,
Que contra España aquí vomite y eche,
Haré yo que ni baste ni aproveche.

»Es verdad que aquel Padre soberano
Que sobre el cielo tiene silla eterna,
Y del mundo las riendas en la mano,
Cuanto hay en él con su saber gobierna,
Este reino entregó al furor tirano
De la mahometana rabia interna,
Que con natural odio y pecho osado
Tanta cristiana sangre ha derramado;

»Mas no fué todo causa de venganza,
Aunque eran mas que arenas sus delitos;
Que en la pía y justísima balanza
Diez buenos pesan mas que mil precitos:
Otros secretos fines, que no alcanza
El criado saber en sus distritos,
Dieron fuerza al azote y desconsuelo
Que de nuevos tesoros pobló el cielo.

»¿Qué venas de oro el fértil Duero cria,
Qué fino jaspe el templo de Granada,
Qué turquesas Zamora, qué Almería,
En finísimas ágatas sentada,
Qué vario resplandor de pedrería
Levantó el rayo de la luz dorada
En su playa oriental, cuando la embiste
La alegre aurora tras la noche triste,

»Que más la altive, ilustre y ennoblezca,
Y mas grados le dé de gloria y fama,
Que esta calamidad, por mas que crezca,
Y que el humo la empañe de su llama,
Dándole noble sangre, que enriquezca
El cielo que la coge y la derrama?
Que de tan rica y fértil sementera
Menor cosecha y fruto no se espera.

»¿Qué reino, qué ciudad goza en España,
Del fértil suelo que su marca encierra,
Que no le deba á la morisca saña
Algun precioso mártir de su tierra?
Qué nacion hay en ella tan extraña,
A quien le falte gloria en esta guerra?
Dejo aparte las palmas que su mano
Victoriosa quitó al furor romano.

»Y ahora, ¡á quién no admira aquella fuente
De ilustre sangre y de saber divino,
Que ayer, corriendo en Córdoba caliente,
Encima dió del Bétis cristalino!
Y el que ántes llevó turbia la corriente
Con la ceniza y fuego peregrino
De Isac y sus secuaces, ya con luto,
Sangriento lleva al mar rico tributo.

»Yo digo el sabio Eulogio, nuevo espanto
De vuestro ahumado reino tenebroso,
Que despues que pobló el alcázar santo
De escuadra insigne y campo victorioso,
Y en los hijos de Artemia pudo tanto,
Que á tres de un golpe dió triunfo glorioso,
Y su patricio suelo volvió rico
Con la sangre de Paulo y Ludovico:

»Despues que entre suavísimas prisiones
Luz dió y esfuerzo á Flora y á María,
Y tras su voz con limpias persuasiones
Corrió al rojo martirio Leocrecia;
Rodeado de lumbrosos escuadrones,
Su triunfo guió por donde vuela el dia:
¿Qué pérdida venir le pudo á España,
Que á la ganancia iguale desta hazaña?

»Mirad de ese encumbrado Pirineo
La florida vertiente, mas preciosa
Por la sangre que en ella correr veo
De Alodia santa y de su hermana hermosa,
Que por las ricas pastas que al deseo
Humano hartaron, cuando en voz famosa,
Arrojando tesoros del profundo,
Sus llamas dieron nombre y plata al mundo.

»¿Cómo la masa cándida, bendita,
Gloria del cielo y honra de Cardeña,
Gozara España, si la sed maldita
De humana sangre fuera mas pequeña;
Y los brazos y piés que troncha y quita
Al sufrido Rogelio, con que enseña
A pisar mundos, y alcanzar sin manos,
Por golpes muertos, bienes soberanos?

»Al mártir Gundesindo, toledano,
Y el hijo del rey moro que hoy le rige,
Que para serlo, la paterna mano
El cielo ahora en su favor le elige:
A Sisinando, noble lusitano,
Y el gallardo Fandila, que corrige
El juvenil furor, y hace sagrada
Del real Guadix la tierra y de Granada.

»Y de Getulia ardiente la honra antigua,
Que lo fué de Alcalá en su nacimiento,
Y con su sangre en Córdoba averigua
Que al mundo no quedó ciudad de asiento;
Con otro inmenso pueblo que atestigua
Contra el pagano, en cruz y altar sangriento,
La fe que dejó al hombre encomendada
El rey que saqueó vuestra morada.

»¿Con qué comprara España tal tesoro,
Aunque para hallarlo desvolviera
Los firmes montes tras sus venas de oro,
De la codicia la hambre mas artera?
Ni penseis, hijos del eterno lloro,
Que el gran Rector de la estrellada esfera
Tiene entregada para siempre á España
Al grave yugo de esa gente extraña.

»Que ya de hoy mas, sin que en menguante vea
El primer punto de su nuevo aumento,
Ni corvo alfanje poderoso sea
A usurparte otro paso de su asiento,
Mi español reino irá, como desea,
En próspero y dichoso crecimiento,
Hasta aquel siglo de oro y feliz dia
Que, como ántes, la vuelva monarquía.

»Ni solo el mundo que ahora ondea y baña
De sus dos mares el mudable hielo,
Y esta encumbrada y áspera montaña
Que con los francos parte clima y suelo,
Le ha dado el cielo á mi invencible España;
Que no en balde le ha dado España al cielo
Tantas cabezas, por su amor perdidas;
Que es rico el cielo, y paga en ambas vidas.

»Antes á su católico monarca
Un nuevo mundo ha dado, y nueva gente
Donde corra su ley, y ponga marca
Desde el alba á las sombras del poniente;
Y una ignota nacion, que ahora embarca
El feo Caron sobre su lago ardiente,
Despierte con su luz á nueva vida,
Del mortal sueño en que la veo dormida.»

Dijo; y batiendo las lijeras alas,
Que el aire dejan de vislumbres lleno,
Haciendo alarde de su brio y galas,
Y un arco de oro en su volar sereno,
Gallardo vuelve á las soberbias salas
Del estrellado alcázar, donde en freno
De oro gobierna las crecientes olas
De las varias fortunas españolas.

Asi sobre los vientos se levanta,
Tras la serenidad de un pardo dia,
La iris roja y azul, que siembra y planta
Por el cielo colores de alegria;
Y en lirios de oro su vislumbre santa
El aire encrespa, y en sus sombras cria
Los bellos arreboles en que sube
A lo alto desde el hueco de su nube.

Quedaron los espíritus inmundos
De envidia y confusion desalentados,
Y los rabiosos pechos en profundos
Dolores y congojas anegados:
Arruinara su cólera mil mundos,
A no hallarse impedidos y apremiados
Del ángel superior; mas sobre el mago
Vuelan á hacer el impedido estrago.

Y bramando en tristísimos aullidos,
En torbellino y lóbrega manada,
Ya sobre el árbol, ya sobre él subidos,
Más le afligen y aprietan la lazada:
Asi en las ramas donde están sus nidos,
La banda de estorninos alterada,
Cruza, vuela y revuela por el viento,
Trocando ramos y mudando asiento.

Creció el fiero combate de manera,
Que, entre las negras sombras alteradas,
Si el frances de su fe no se valiera,
Alma dejara y vida rematadas;
Mas de entre el humo de la gente fiera,
Hecha una cruz, las manos levantadas,
«Jesus, dijo, socorre un siervo triste,
Por quien para morir en cruz, naciste.»

Y apénas de aquel nombre soberano,
A quien el cielo y el infierno adora,
El dulce acento resonó en el llano,
Bien que en compas de lengua pecadora,
Cuando, toda deshecha en humo vano
La infernal junta, se apagó á deshora,
Quedando limpio el aire, claro el cielo,
Y de mil monstruos escombrado el suelo.

Malgesí aquella noche y otro dia,
Que de su lazo le duró el tormento
De rezar no dejó, si bien no habia
Caudal de qué en su oscuro pensamiento:
Solo un breve renglon de oracion pia
Que escrito vió á las puertas de un convento,
Ese sabia, y ese en dulce vuelo,
Llevado de la fe, se oyó en el cielo.

De emendar prometió la incauta vida
Y el pacto oscuro con Pluton guardado;
Mas siempre fué difícil la salida
Del mal que ya en el cuerpo está arraigado:
Al que mas llora la salud perdida,
Deja la enfermedad ménos reglado;
Que es la costumbre un enemigo fuerte,
Y mudar condicion, á par de muerte.

Puesto de un pié en sus mágicas prisiones,
Dos dias en ciego humo vivió á oscuras,
De su ciencia burlado, y las razones
Que primero adoraba por seguras;
Donde de noche en hórridas visiones,
De dia en bultos, sombras y figuras,
Con fingido temor daban castigo
Al vano presumir del falso amigo.

Hasta que de los bosques comarcanos
Rústica tropa de villanos vino,
Que, al lazo haciendo cruces con las manos,
El nudo desataron peregrino;
Con que libre se halló de miedos vanos,
El mal regido mágico adivino
En el deseado robo del Infante,
En años niño, y en valor gigante.

Esta es la oculta traza, la cautela
Es esta, y este el generoso intento
Que á hacer á España cuidadosa vela,
De Grecia trajo á Oróntes por el viento.
Mas sobre el mar una pequeña vela
Así volar entre sus olas siento,
Que amainar ó perderse le conviene,
Y á mi ver dónde va el que en ella viene.

El que con su primer atrevimiento
Sobre el agua halló nuevos caminos,
Y del incierto mar y sordo viento
Los rincones buscó mas peregrinos,
Fijo al principio con medroso tiento
En la ancha playa y puertos convecinos;
El viento en calma, y con la mar serena,
No osa apartar los ojos de la arena.

Crece el aliento, crece la osadía,
Y olvida poco á poco la ribera;
Engólfase hoy, engólfase otro dia,
Y halla la mar mas blanda y ménos fiera:
Pierde el primer temor que le tenia,
Y á nuevo cielo y mundo abre carrera:
Ni golfos teme ya, ni de la airada
Scila la herviente espuma aljofarada;

Que el gusto, en sus presentes pretensiones,
Atropellando pasa inconvenientes;
Descubre otras riberas y regiones,
Otro cielo y estrellas diferentes,
Otras costumbres, leyes y naciones,
Otra habla, otro trato y otras gentes;
Y llega al fin del mundo y playas solas,
Adonde el ronco mar quiebra sus olas.

Tal mi pequeño esquife va rompiendo
El peligroso golfo en que me hallo,
Unas veces en calma, otras corriendo,
Y apénas del temor puedo apartallo,
Por nuevo mundo y cielo discurriendo;
Y pues ya el detenello es anegallo,
Nobles deidades que guiais mi intento,
Socorred mi barquilla con buen viento.

Y tú, gloria y honor, cetro segundo
Destas ricas antárticas regiones,
Que, cerradas de inmenso mar profundo,
Ven otro cielo, estrellas y orïones,
Vuelve los ojos á su nuevo mundo;
Oye mi voz, atiende á sus razones;
Serás mi Apolo, y en la lira suya
Pondrá mi canto y la grandeza tuya.

Darle has honra y favor en escuchallo,
Y en brio lozano con su nuevo aliento,
El barco tras quien va, podrá alcanzallo
Con mas facilida del pensamiento;
Que conforme á la altura en que me hallo,
Si aquí me falta de tu soplo el viento,
En calma quedaré y en golfo incierto,
Sin esperanzas del amado puerto.

Por el mar ancho, en desenvuelto vuelo,
Un barquillo sin alas discurria,
Y ahora ¡oh lustre del iberio suelo,
Sucesor digno del que en él venia!
Luego que al mundo el sin igual modelo
De tu raro valor, con el que cria
Tu antigua sangre real, hizo en Miduerna
Principio ilustre á tu memoria eterna,

Venciendo el campo aleve con su espada,
Su tio en libertad por ella puesto,
Sin darse á conocer, dejó asombrada
La corte, al Rey, y del contrario el resto;
Y con la bella oculta retirada
Mas lustre en sus hazañas, y tras esto,
Con las nuevas del nuevo coronista,
Nuevos deseos de gozar su vista.

Despues que el griego mago á sus heridas
Con frescas yerbas dió salud bastante,
Por montañas y sendas conocidas
A las playas guiaron de levante,
Por breñas y quebradas escondidas
Entreteniendo al generoso infante,
A fin que en la distancia del camino
El curso hiciese de un contrario sino.

Los floridos collados que Ezla riega
Dejan atras, y la Sublancia loma,
Donde el gran Trismegistro en fértil vega
La ciudad hizo que deshizo Roma;
Y allí, de un cerro, que á las nubes llega:
«¿Ves, hijo, dijo Orontes, donde asoma,
Tras de aquel risco y áspera montaña,
Tu antiguo patrimonio de Saldaña?

»Allí el que te dió el sér su estado tuvo,
Y en todo este ancho mundo tus mayores,
Y á tí mas fama en él que en ellos hubo,
Te espera en tus divinos sucesores.»
Desde allí hasta Fontible se entretuvo
En ver las fuentes de Ebro, que entre flores
Lloran, hechos cristal, por sus mejillas,
Dos riscos en las torres de Mantillas.

Templando el sol con los alientos frios
De las nevadas cumbres de Iduveda,
Pasan por bosques y árboles sombríos,
Entre Bribiesca y Búrgos, la Fresneda;
Pisan de Rioja los alegres rios,
Los collados de Nicla y Valvaneda,
De Orbion las altas sierras y peñones,
Sitio antiguo de Uracos Pelendones.

Aquí miran el lago monstrüoso
Que á Duero da las aguas y arrogancia,
Y de adonde, con ímpetu furioso,
Baja á buscar los muros de Numancia;
Y entre Agreda á la diestra, y el frondoso
Bosque de Tarazona á igual distancia,
Pasan del rio Moncayo la alta sierra,
A quien dió nombre el que á Palatuo guerra.

Bajan de allí á Tudela, y á Ebro el llano
Vadean humilde por canal estrecha;
Dejan á Jaca á la siniestra mano,
Y á Huesca en Aragon á la derecha;
Y entre Urgel y Cardona el gran pantano,
Que al pedregoso Aiton sus aguas pecha,
Y el campo de Girona ven seguros,
Y allí el de Francia en torno de sus muros.

Era pública voz que la persona
Del César al ejército asistia,
Y de sus paladines la corona
Con la suya llevaba y componia;
Y Bernardo en el campo de Girona
Que le arme caballero pretendia;
Mas, desabrido ya de la inconstancia
Del Casto, el Rey tomó la posta á Francia.

Triste al doncel la no esperada nueva
Dejó, viendo alargar su deseo santo
De dar al moro de su brazo prueba,
Y al mundo nuevo con su espada espanto;
Y este cuidado tan sin él le lleva,
Y en su disgusto divertido tanto,
Que el caballo sin rienda, y él sin tino,
Al tomar de una senda erró el camino.

De su ayo astuto y su encubierta gente
Perdido se halló en un bosque espeso,
El sol, ya en las montañas del poniente,
De las tinieblas trastornando el peso:
Dió en caminar sin luz confusamente,
Y por derecha senda ó curso avieso
Llegó al mar de Colibre cuando el dia
En el de la Coruña se escondia.

Era en la sorda playa la resaca
El son con que la noche iba creciendo,
Y á cada tumbo por la selva opaca
Las fieras con bramidos respondiendo:
El viento que ni crece ni se aplaca,
Las estrellas sus rayos esgrimiendo,
El con su gusto y sus deseos en guerra,
Suspenso, solo y sin saber la tierra.

Dejó la silla y el caballo suelto
Pacer sin rienda en el florido llano,
Receloso que su ayo allí le ha vuelto
Para del César le apartar en vano;
Y en este antojo el suyo fué resuelto
De no tomar las armas de otra mano,
Ni heróica hazaña acometer que importe,
Hasta ser uno de su casa y corte.

Mas luego que el descuido entre las flores,
Robando el alma, le dejó dormido,
Una voz tierna, hecha de temores,
Pidiéndole favor, llegó á su oido;
O fuese el viento, ó sueños burladores,
O el sabio que se huyó lo haya fingido
Porque en principios no del todo humanos
El lo diese á sus hechos soberanos.

Parécele haber visto una doncella
De un su enemigo sin por qué afligida,
Y que era el enemigo tal, que en ella
El gusto tiene puesto de su vida:
Que el querella causaba su querella,
Y el ser amada la hace desabrida;
Y sin mas ocasion que esta agonía,
Breve socorro á su aficcion pedia.

Salió alterado y puso con presteza
Furiosa mano á su atrevida espada,
Buscando en vano la mortal belleza,
Que de su favor vió necesitada:
Sacude el sueño, y culpa su pereza,
Y con el alma inquieta y voz turbada,
Por no la haber con tiempo socorrido,
Así despierto habló á quien vió dormido:

«¿Dónde, ó nueva deidad, mandas te siga?
Muéstreme mi ventura, ó tú, el camino
En que tu intento y gusto se consiga,
Y el mio de tanto bien no salga indino.»
Dijo; y por ver en vano se fatiga
Por dónde fué lo que en el sueño vino;
Que el no ver lo que vió en sombra tan bella,
Que es falta cree de luz, ó sobras della.

A su lado halló unas armas bellas,
De flores de oro y pedrería sembradas,
Blancas y salpicadas con estrellas,
De un verde azul y rosicler grabadas:
Como pudo mejor, se armó con ellas,
Y á su cuerpo y á su ánimo ajustadas,
En belicoso fuego se encendia,
Deseando ver lo que durmiendo via.

Un rastro de oro, cual cometa ardiente,
Volando vió cruzar el hueco viento,
Por rayo de un rumor, que de repente
Sacar pareció al mundo de su asiento:
La cercana deidad Bernardo siente,
Y adórala en su oculto pensamiento,
Con los pasos siguiendo y con la vista
Del rayo ardiente la dorada lista.

Llegó á la playa, y de la mar salada
Los piés mojó en la combatida arena,
Pasando, entre el silencio, sosegada
La noche, de quietud y sueños llena:
Sin viento el golfo, en calma sosegada,
Como en estanque claro agua serena,
Y el cielo, noche y vidas abreviando,
Sobre ejes de oro sin parar volando.

Un pequeño batel en la arenosa
Playa, sin ver con qué, vió detenido,
Y embarcándose en él; extraña cosa!
Volando se engolfó en el mar tendido:
De entre las manos no tan presurosa
Sale dejando el ave el caro nido,
Ni el arponcillo de oro mas lijero
De su arco despidió el mejor flechero.

Cual ave ó flecha por el blando viento,
Sin dejar rastro el agua va cortando,
En varias cosas puesto el pensamiento
Y cómo en todas acertar trazando:
De unas en otras su alto pensamiento,
Va, cual su esquife, por el mar volando;
Mas siga ahora su gusto, huya su pena;
Que de lo que él propone el cielo ordena.

El carro de oro sobre el hombro diestro
Del maurítano Atlante volteaba,
Y en el del sol el carretero diestro
A los caidos antípodas bajaba,
Y de su vela al marinero nuestro
Rendir el primer cuarto convidaba,
Cuando el esquife á un galeon armado,
Sin ver cómo, ó por quién, se halló abordado.

El quieto mar en calma le tenia
Pegadas á los árboles las velas,
La gente aun su bullicio mantenia,
Y el primer cuarto sus recientes velas:
El bullicioso esquife que venia,
Al temor puso y alboroto espuelas
Tales, que el que llegaba mas atento,
Temia, por uno que miraba, ciento.

Llegó al real bordo el encantado barco,
Y en deseos de mostrarse los primeros,
Alperso el Rojo, y Galbarin el Zarco,
Dentro saltaron con braveza y fieros;
Uno diestro en espada, el otro en arco,
Y ambos de los persianos caballeros
De mas denuedo y opinion mas sabia,
Aquel nacido en Persia, este en Arabia.

El altivo español, con la templanza
Que á disfrazar bastó su desden fiero,
Brioso y comedido, á la pujanza
Salió del uno y otro caballero;
Y á qué deseado puerto la esperanza
Al pesado galeon lleva lijero,
Humilde preguntó; y al cómo y dónde,
Así de dos el uno le responde:

«A la gran Siria la derrota lleva,
Si Eolo nos ayuda con su aliento,
Que encerrados los aires en su cueva,
Con prolijo calmar nos da tormento,
Y andar haciendo de los vientos prueba,
Es propiamente andarse tras el viento:
Orimandro, famoso rey de Oriente,
Navega aquí con su invencible gente.»

Bernardo entónces: «Lo que á mi me toca
Sabrás, dijo; que soy un navegante
Que no he hallado con fatiga poca
De mi viaje el fin que veo delante:
Mi nombre el caballero de la Roca,
Poco famoso y ménos importante:
Busco á tu rey, y solo hablarle quiero,
Si se deja hablar de un caballero.»

«Mi rey, respondió Alperso, dar no excusa
En todo tiempo á todos grata audiencia,
Ni el verdadero príncipe rehusa,
Ni en calidades hace diferencia.»
Entró Bernardo por la nao confusa,
Y á los dos que le dieron la licencia,
El contrahecho barco á lo profundo
Libre arrojó de aquel mudable mundo.

Pasó gallardo, la visera alzada,
Sin ser de nadie en nada defendido,
La cámara de popa vió labrada
De precioso marfil y oro bruñido,
De persianos tapices entoldada,
Y allí á una bella dama un rey rendido,
De aspecto bravo, bien que ya no lo era;
Que le habia vuelto amor, de acero, en cera.

La reina del Catay, la luz mas pura,
Que fué de Europa y Asia fuego ardiente,
La que entregó á Medoro la ventura,
Y á ella los reinos del rosado oriente;
La angélica beldad, la hermosura
Que á nadie dejó libre, el rey potente,
Hecha su alma un altar de amor injusto,
Por ídolo traia de su gusto.

Y en contemplar su hermosura atento,
Mas que hombre estatua muerta parecia,
Insaciable en hartar el pensamiento
Del sabroso veneno que bebia:
Cuanto mas bebe, queda mas sediento;
Que es el amor mortal hidropesia,
Y el gusto que se veda en quien padece,
El que solo se estima y apetece.

Con blandos ruegos la sazon buscaba
De hallar ménos altiva su aspereza;
Mas ni ese ni otro medio aprovechaba;
Que donde falta amor todo es dureza:
Cuando él á su desden más se humillaba,
Más ella hermoseaba su fiereza;
Que es la mujer de suyo áspera roca,
Si amor de cerca ó léjos no la toca.

«Gloria de esta alma tuya, le decia
En su dolor, y en ella trasformado,
Si por haber aquesta vida mia
Al gusto de tu altar sacrificado,
Con ese llanto anegas mi alegría,
Y el adorarte pagas con enfado,
¿Qué mas grave tormento se me diera,
Si contra tí otra culpa cometiera?

»Bien sabes que fué el término de verte
Feliz principio de rendirte el alma;
Ni te es del todo oculto que en quererte,
Al mio ningun amor llevó la palma:
Si solo el dulce bien de obedecerte
Mis gustos tienen por el tuyo en calma,
Anatomía suficiente han hecho
Tus bellos ojos en mi humilde pecho.

»No con mayor lealtad el cristal puro,
Ni sosegada fuente en valle ameno,
Detras mostró del trasparente muro
A los ojos su límpio y casto seno;
Ni en torreado alcázar mas seguro
Príncipe fué de sobresalto ajeno,
Que en mi pecho se vió, y está en mis ojos,
Gozando un casto amor dobles despojos.

»Si con temor te sirvo y reverencia,
Y adoro y temo tanta hermosura;
Si entre mi sufrimiento y tu violencia
Cada hora el oro de mi fe se apura;
Y si es justo vivir en tu presencia,
Siendo mi cielo en cárcel tan oscura,
Aborrecido y lleno de firmeza,
Hable por mí, responda tu belleza.

»Bien sabes que tu ira la he temido
Cual verdugo el cuchillo y brazo alzado,
Cual violencia de príncipe ofendido,
Cual pequeño batel al mar airado,
Cual vulgo en nuevos bandos dividido,
Cual avariento golpe desusado,
Cual tirano crüel gente alterada,
Cual sagaz capitan gente emboscada.

»Y que entre estos temores te he servido
Cual siervo al interes aficionado,
Cual pretensor en corte entretenido,
Cual á jüez dudoso hombre culpado,
Cual paje nuevamente recibido,
Cual por conjuro espíritu apremiado;
Y por comparacion mas ajustada,
Cual nuevo amante á dama disgustada.

»Y tú por esto me has aborrecido
Cual á cruel enemigo declarado,
Cual labrador á un avariento ejido,
Cual noble pecho á un corazon hinchado,
Cual á competidor favorecido,
Cual ánimo ambicioso hombre privado,
Cual prolija visita alma enfadada,
Y á libres ojos dama recatada.

»Entre estas muertes vivo, y desta suerte
Tu aspereza me está martirizando;
Mi esperanza, en los brazos de la muerte,
Ya, entre vive y no vive, agonizando,
Muriendo por los gustos de quererte;
Que es en leyes de amor vivir reinando;
Mas ahora, viva ó muera, muerto ó vivo,
Jamas morirá en mí la fe en que vivo.

»Ponme al sol que la seca arena abrasa,
O donde él muere envuelto en tierna nieve;
Ponme al cielo que llueve ardiente brasa,
O al que nieve, granizo y rigor llueve;
Por donde el dia con su carro pasa,
O la callada noche el suyo mueve;
Que en luz, tinieblas, en calor y en frio
Dejaré, por ser tuyo, de ser mio.»

Dijo; y cual si de blanco mármol fuera,
Quedó sin habla, sin color, sin vida;
Solo dió el llanto muestra verdadera
De estar al triste cuerpo el alma asida:
¡Duro paso de amor, que enterneciera
Del Caspio mar la roca mas ceñida!
Y en Angélica obró su sentimiento
Lo que en acero duro el blando viento.

Cual parda encina en años arraigada,
De un desabrido ciervo acometida,
Que miéntras mas de aquí y de allí asaltada,
Mas á su firme centro se halla asida;
O cual peña en revuelto mar sentada,
De una y otra y otra ola combatida,
Que el aire y agua lavan las estrellas,
Y firmes quedan en sus montes ellas;

Tal á los dulces ruegos y blanduras
Del persa rey Angélica quedaba,
Rotas de la razon las ligaduras
Con que las suyas convencer trazaba,
Volviéndose á las voces mal seguras
Del deleitoso son que la encantaba,
En muda lengua y en semblante duro,
Sierpe enroscada al mágico conjuro.

Bernardo con razon quedó admirado
De dos tan diferentes voluntades,
De aquel amor y desamor, causado
De sus mismas contrarias cualidades:
De Orimandro el valor considerado,
De su pena y valor las propiedades,
A compasion y lástima obligaba,
Mas que á quitarle lo que aun no gozaba.

Mas aquel firme y generoso aliento,
Y aquella fuerza del autor divino,
Que por el ciego mar y sordo viento
El alto fin guió de aquel camino,
Era á todo su bien impedimento;
Y la violencia del contrario sino,
Que en no admitido gusto determina
Que muera el Rey por la gallarda china.

Llegó el doncel el rostro descubierto,
Y el persa, en verlo entrar, salió alterado;
Que ante su ingrata dama, el pecho abierto,
Dándole estaba el alma, arrodillado:
La que dormido vió, halló despierto;
Y viendo el tierno gusto violentado,
En que allí está, contra el presente agravio,
Así, á Orimandro vuelto, movió el labio:

«Por tales cursos el del cielo guia
El vario fin de las humanas cosas,
Que á veces gloria del dolor se cria,
Y de un contrario azar suertes dichosas;
Y en la fruta que al gusto parecia
Sazonada, en lisonjas mentirosas
Suele estar la ponzoña entremetida,
Y tras la flor la víbora escondida.

»Y así, famoso Rey, si al justo cielo,
Que aquí por varios trances me ha traido,
Con mi venida diere algun recelo
Al gusto en que te hallo entretenido,
El discurrir de su piadoso vuelo
A nuestro bien va siempre dirigido;
Y aquel que de su mano y trazas viene,
Es el que mas á quien lo da conviene.

»Si del incierto fin de mi venida
De propósito hubiese de informarte,
Seria, tomar tan léjos la corrida,
Con desabridos cuentos enfadarte;
Mas la causa entre muchas preferida,
Que en tanto riesgo me obligó á buscarte,
Es pedir de tu mano el verdadero
Honor, título y voz de caballero.

»Soy un mancebo, como ves, dispuesto
A recibir, señor, lo que te pido;
Noble en linaje, y la probanza desto
El valor que á este punto me ha traido;
Que en pecho hidalgo corazon compuesto,
Ya por su propia sangre es bien nacido:
Yo siento ahora en mí que soy cual digo,
Y cada uno es de sí el mejor testigo.

»Lo demas, si tú gustas, por ahora,
Para tiempo y sazon mas larga quede;
Que descubrir de un hombre, en sola un hora,
El pecho, ¿quién sin Dios hacerlo puede?
Esto, señor, por la que el tuyo adora,
Pues nada pido injusto, me concede:
Despues sabrás de la venida mia,
Quién soy, á lo que vengo, y quién me envia.»

Dijo; y el Rey, con esto satisfecho,
Quedó, si no seguro, reportado;
Bien que el medroso amor el noble pecho
No le dejó, aunque libre, asegurado;
Que lo mas imposible da por hecho,
Porque el amante viva recatado;
Y en las leyes de amor, quien no temiere,
Burla si dice que de véras quiere.

Y así le respondió: «De tu venida
La causa podrás darnos que quisieres,
Y á los largos discursos de tu vida
O añadir gustos ó acortar placeres;
Que una imaginacion tan divertida
En nada dudará que le dijeres:
Baste por ti que el título pedido
Ya en desearlo le hayas merecido.

»Y si al honroso peso estás dispuesto,
Que en la voz del heróico nombre carga,
Y en esos delicados hombros puesto,
Pesado yugo no es, ni grave carga;
Si no reparas en lo más que es esto,
Ménos el riesgo de la muerte amarga
Tu brio enfrenará: yo te concedo,
Si no cuanto me pides, lo que puedo.»

Dijo; y en silla de marfil labrada,
Por mayor aparato, fué á sentarse;
Antiguo rito y ceremonia usada,
En que actos tales suelen celebrarse:
Bernardo, desciñéndose la espada,
Fué á la oriental princesa á presentarse;
Y á los piés puesto del soberbio estrado,
Así le dijo, ante ella arrodillado:

«Retrato vivo del valor humano,
Si no eres sombra ó lumbre del divino,
Reseña y toque del pincel y mano
Que á tan gran perfeccion abrió camino;
O seas toda del coro soberano
Angel de luz, ó bulto peregrino
De la masa mortal, en lo que quiero
Séame tu alta beldad dichoso agüero.

»Esta espada, señora, que te juro
Que en servirte estará siempre ocupada,
De esa tu tierna mano ó marfil puro
Para nuevas victorias me sea dada;
Que este favor me guardará seguro,
Y á ella de ajenas fuerzas inviolada,
Mostrando que al caudal humano excedes,
Si esto es lo ménos de lo más que puedes.»

La suspensa beldad, de divertida,
Apénas dió al doncel grata respuesta;
Que en sus disgustos y afliccion metida,
Estaba en tristes sentimientos puesta;
Que aun de cuidado ajeno es ofendida
La mujer que de véras es honesta,
Y su fama y honor tan delicado,
Que á un soplo ó queda muerto ó destemplado.

Calló, y fué su callar templada muerte,
De discrecion tan lleno y de cordura,
Que al discurso mas vivo y elocuente
En proporcion venciera y en dulzura;
Y en grave pundonor la altiva frente,
De arrogancia mas llena y hermosura
Que de flores la aurora aljofarada,
Al gallardo doncel ciñó la espada.

El persa rey, en nuevo triunfo aparte,
De una trompa marcial al ronco estruendo,
Espuelas calzó de oro al novel Marte,
Ya todo en belicoso fuego ardiendo;
Y de perlas un bárbaro estandarte
Con las persianas armas descogiendo,
Así, en semblante y ánimo severo,
La fe juró debida á caballero:

«Por estas invencibles armas juro,
Y los secretos desta noche muda
Que envuelta va pasando en aire oscuro,
De espantos llena y de color desnuda;
Por ese claro y estrellado muro
Que nuestras vidas con sus vueltas muda,
Y el resplandor de sus lumbreras bellas,
Y la deidad que asiste en él y en ellas;

»Que la inviolable fe de caballero
Que al nombre heróico debo que hoy recibo,
Segura y salva á todo un mundo entero,
El tiempo guardaré que fuere vivo:
Ni por mi punto perderá el severo
Marte el grave rigor del suyo altivo,
En cuanto en sus sagradas leyes manda
El feroz rey que gobernó en Irlanda.

»Daré favor á quien pidiere el mio,
Y á quien no le pidiere, si está opreso;
Y en libre campo y justo desafio,
Ni hacer consentiré ni haré exceso.»
Dijo; y dejando con gallardo brio
Del bárbaro estandarte el grave peso,
Así, en nuevo ademan, al persa fiero,
Que atento le escuchó, le habló severo:

«Invicto Rey, si al celebrado pacto
En tus heróicas manos se le debe
Asiento firme, y que en respeto intacto
Siempre delante el de su intento lleve;
Si ya no en sola ceremonia el ácto
Presente ha de acabar su curso breve,
Mas la justa promesa á ti debida
El suyo es bien que iguale al de mi vida;

»La misma fe á tu real valor jurada,
Sin culpa me ha de dar nombre de ingrato,
Si tú, con voluntad mas concertada,
No granjeas ese cielo ó su retrato;
Y su hermosura, al parecer forzada,
En su libre la das y honroso trato,
Donde podrás por término debido
Granjear, pues lo mereces, ser querido.

»El manjar de sabor mas sazonado,
A quien le falta gusto, es desabrido,
Y adonde no hay amor, todo es enfado,
Y el mas alto valor aborrecido:
El mundo por tu brazo conquistado
Podrá ser, y no un pecho endurecido,
Y más de una mujer que, importunada,
Lo mismo que ántes le agradó, le enfada.

»Las de mas tiernas almas, más briosas,
Por no humillar de su arrogancia el viento,
De los gustos que están mas deseosas
Fingen mas sacudido el pensamiento:
El descuido las vuelve cuidadosas;
El cuidado es especie de tormento;
Los que ménos procuran sus favores,
Son los que entre ellas gozan los mayores.

»Quieren sin igualdad ser tan señoras,
Que nada fuera de su gusto valga,
Y que él señale, cual reloj, las horas
Al curso de la vida mas hidalga:
Si esto es, cual ves, el gusto que tú adoras,
¿Cómo harás que ajustado al tuyo salga,
Si en él con nuevas leyes forzar quieres
La antigua libertad de las mujeres?

»Vuelve, señor, pues á tu honor conviene,
El que hasta aquí á esta dama has usurpado;
Busca otras reglas: que el amor las tiene
Mejores que estás para ser hallado:
La humildad no disgusta y entretiene;
Que amor no cabe en corazon hinchado:
Servir y porfiar todo lo alcanza,
Cuando ambas cosas se hacen con templanza.

»Y esto no yo, mas la razon lo pide,
Y la obligacion nueva en que me hallo:
Con ambas cosas tu apetito mide,
Porque ninguna en tí pueda estorballo;
Que lo que sin sazon su efecto impide,
Yo estoy resuelto ya de atropellallo,
Y que esta vez nos dé la incierta suerte,
O á ella la libertad, ó á mí la muerte.»

Cual suele destrozado peregrino,
Del largo mar y tierras enfadado,
De léjos viendo el fin de su camino,
La amada patria y puerto deseado,
De un no esperado viento repentino
Hallarse en nuevos riesgos arrojado,
Cuando, ya libre, consagrar queria
Su roto barco al dios que fué su guia;

Tal el persiano rey oyendo estaba
Cuanto el doncel del mar decirle quiso;
Que, de iras lleno, su furor llegaba
En desesperacion á ser remiso;
Y ya por esto, ó porque su alma brava
Mostrar pudiese en trance tal su aviso,
En grave aspecto á la demanda puesta
Dió este breve discurso por respuesta:

«Aunque en vuestras razones se conoce
La mucha que es seguir su dulce acento,
Ni el tiempo quiere, ni mi honor, que goce
El de un tan acertado pensamiento;
Que el bien mezclado al mal se desconoce;
Y así, aunque en mi confuso pecho siento
El bien y el mal, y lo mejor apruebo,
Aquello solo sigo que repruebo.

»Que la invencible fuerza de los hados,
Cuando ha de echar un alma por el suelo,
Si los sentidos deja desatados
A los sanos consejos que da el cielo,
Tráelos al libre gusto tan trocados,
Que, en vez de alivio, sirve de recelo,
Y aquel que á la razon va mas medido,
Es della con mas dudas admitido.

»Y así los vuestros, aunque en la apariencia
De su valor descubren la importancia,
Conmigo hacen tan mala conveniencia,
Que toda su armonía es disonancia;
Y el cielo, en esta nueva diferencia,
Concluir de un golpe quiere mi arrogancia,
Trayéndome para ello á tal estado,
Que sea, sin pedirlo, aconsejado.

»Si la vida, la honra y el contento
En mí se han de acabar todo en un dia,
Y á la fortuna, amor y mi tormento
Tanto estorbo les es la vida mia,
Nada me podrá ser impedimento
Que no muera vengando mi alegría;
Y consuelo es, al fin, de desdichados,
A no poder ya mas, morir vengados.

»Y vos, valiente y nuevo caballero,
Si á vuestros piés quedare sin la vida,
Cuando sepais la causa por que muero,
La juzgaréis por bien ó mal perdida;
Que, por lo que padezco y lo que quiero,
Tengo por experiencia conocida
Que en materia de gusto y pretendello,
Estorbá al alcanzallo el merecello.»

Dijo; y cual bravo toro que admitido
Ve en su lugar quien le ha desafiado,
En rabia ardiendo, en celos encendido,
Corva la frente, el pecho levantado,
Escarbando la tierra al fresco ejido,
A un golpe piensa de quedar vengado,
Y la contienda y celos acabada,
Libre y señor de su vaquilla amada;

Bien así el rey de Persia en rabia ardia,
Y á la incierta venganza se aprestaba;
Con los medrosos celos no podia
La cólera enfrenar que ardiendo estaba:
El yelmo de oro, que á la noche fria
Un nuevo sol de pedrería formaba,
Se enlazó, y la ancha plaza del navío,
Palenque dió al dudoso desafío.

Era en forzosos trances el persiano
En golpes diestro, en ánimo orgulloso,
En gusto y paz discreto y cortesano,
En guerra y armas fiero y peligroso:
Ahora, con su ardiente amor lozano,
En nada halla á su quietud reposo,
Ni al novel tierno, en su español denuedo,
Un mundo de contrarios pondrá miedo.

Los brazos altos, y altas las espadas,
De un bélico furor dejan llevarse,
Y las valientes fuerzas abreviadas,
De un golpe quieren por igual vengarse;
Que es flaqueza en defensas excusadas,
Buscando tiempos sin sazon, cansarse,
Y no abreviar, pudiendo, la victoria,
Hacer el pecho indigno de su gloria.

Crece el furor, y ponen las espadas
Lumbres al aire, y á la mar plumeros,
Y al cortar cercos de oro en las celadas,
Las rodillas por tierra sus guerreros,
Cuyas robustas fuerzas alentadas,
Así se aumentan á los golpes fieros,
Que en cada cual parece que revive
Nueva fuerza y vigor del que recibe.

La altiva causa de la lid sangrienta
Suspensa mira el riguroso estrago,
De cuyos golpes la áspera tormenta
La mar pretende hacer de sangre un lago;
Y ni del todo triste, ni contenta,
Tiene cualquier favor por aciago;
Que de su ocasionada hermosura
Ninguna guarda juzga por segura.

Teme que venza el Rey, y no querria
Ver salir su contrario victorioso:
Desea, cuando Bernardo le heria,
Ser escudo del golpe peligroso;
Y si en el persa siente mejoria,
Eso tambien la saca de reposo;
Que, entre antojos contrarios puesta en duda,
A cualquier viento, al fin mujer, se muda.

Ni se hallaban los dos ménos revueltos
En golpes vivos, y en las lenguas mudos,
Cual dos leones de Numidia sueltos,
De rabia llenos y piedad desnudos:
En roja sangre sus arneses vueltos,
Y en mal formados cuartos los escudos,
Y la indómita saña tan entera,
Que ella parece acero, y ellos cera.

A la argentada luz de Cintia bella,
Son en el diestro herir retrato vivo,
Uno del Orion armada estrella,
Otro del rojo serpentario esquivo:
De la vara fatal del dios que en ella
Trae dos dragones de oro fugitivo;
Que en contino anhelar los pechos llenos,
De ira derraman sin cesar venenos.

Dos largas horas la victoria en duda
Suspensa tuvo la neutral batalla,
Y á cada golpe la opinion se muda,
Ya en este, ya en el otro, de alcanzalla;
Y sembrado el combes de la menuda
Blanca hebilla y de enlazada malla,
Entre la roja sangre que corria
Un escarchado rosicler fingia.

Mas, ya cansado el persa de reparos,
De fieros golpes y de sangre lleno,
Del roto escudo los grabados aros
Del ciego aire arrojó al cristal sereno:
Rompió al caer del mar los tumbos claros
Y desatando al sufrimiento el freno,
A dos manos tomó la firme espada
Que ha de dejar su cólera vengada.

Con ella, y con la furia que alcanzaba,
Que á las parejas con su amor corria,
Al español buscó, que le esperaba
Debajo el medio escudo que tenia:
Si lo halla esta vez, con ella acaba
De sus rabiosos celos la porfía;
Que donde quiera que su golpe acierte,
Si hallare vida meterá la muerte.

Mas el diestro novel, que vió el mandoble
Bajar cortando en dulce silbo el viento,
Del presto cuerpo hurtó el aliento noble,
Dando lugar á su furor violento;
Y él un pequeño rasgo al peto doble
Abrió del hombro á la escarcela, á tiento
Tal, que, entre su grabado y pedrería,
La ecliptica del cielo parecia.

Y él, al volver en sí del golpe fiero,
Con tal violencia le arrimó una punta,
Que, no bastando del templado acero
Contra su fuerza la defensa junta,
Por un costado entró, donde, ligero,
Un nuevo rio de roja sangre apunta,
Y ayudando otra, y de un reves el vuelo,
El grave rey de Persia vino al suelo.

Mas no tan presto al jugador valiente
El hueco globo salta á la ancha mano
Desde la firme losa, que en ardiente
Vuelo le escupe por el aire vano,
Como el persa feroz la altiva frente,
Del suelo que hirió levantó ufano,
Y en no vencido aliento, con voltario
Luchar se anuda y ciñe á su contrario.

Las firmes garras codicioso emplea
En anudar al gran pilar de España,
Que con igual codicia le rodea,
Y el cuerpo, hombros y piernas le maraña:
Nuevo, aunque humilde, modo de pelea,
Donde las fuerzas prueban y la maña,
Entre un estrecho revolver de brazos,
A hacer las honras ó el honor pedazos.

De las heridas las sangrientas fuentes
Al mar tributan con calientes rios,
Y su falta en los firmes combatientes
Las fuerzas mengua, pero no los brios:
Danse en abrazo cruel nudos valientes,
De sangre propia llenos y vacíos,
Y aquí y allí, en teson revuelto y vario,
El ménos brioso lleva á su contrario.

Del bizarro español tengo recelo,
Que es arrogante y bravo su enemigo,
Y aunque le ha hecho desgraciado el cielo,
Nadie le ha hecho injuria sin castigo:
Si, falto de virtud, no viene al suelo,
Tambien desta verdad será él testigo,
Que ya feroz dos veces ha intentado
A esconderle una daga en el costado.

Mas el leonés brioso, á quien agrada
Ver su alegre victoria ántes del dia,
Libre de sí le sacudió, y la espada,
A buscarle tras él, furiosa envia;
Y hecha dos la riquísima celada,
Dió fin el ciego amante en su porfía,
La de su ingrata dama ántes cumplida,
Que ella de su crueldad arrepentida.

Triste y sin gusto el castellano pecho
En la caida quedó del rey persiano,
Temiendo haber su indigna muerte hecho
Cruel principio al de su heróica mano;
Y él en su sangre y su furor deshecho,
Si á todos dió dolor, no al inhumano
Corazon de su dama, que quisiera
Que porque mas penara no muriera.

La feroz gente del vencido amante,
Que su rey vió en tan triste estado puesto,
A vengarlo ó morir salió arrogante,
Con armas dobles y con paso presto:
Cercan al vencedor, que en brio bastante
A toda aquella injusta furia opuesto,
Ningun golpe recibe, que el mas fuerte
Su herida no le pague con la muerte.

Cual leon de Libia ó jabali cerdoso,
De mastines sin dueño rodeado,
Que entra, acomete y sale victorioso
Del tímido escuadron desordenado,
Y á uno, á dos y á tres deja, brioso,
De sus blancos colmillos hostigado,
Y el mas lozano y de mayor guedeja,
Que ántes mas le seguia, mas se aleja;

Tal del leon montañes en sangre envuelto
Las nuevas garras dan espanto y grima
Al pueblo infiel, que en paso desenvuelto
Medroso huye su espantosa esgrima:
Y él, libre ya del vulgo inútil, vuelto
Al desangrado rey, que aun vive, anima
A volver del desmayo, y dar aliento,
Si ha quedado por donde, al pensamiento.

Como el que en tristes sueños se hundia
Al ciego buche de una sierpe brava,
Si entre sus negras garras le halla el dia,
Despierto ve lo mismo que soñaba;
Tal el persiano amante en sí volvia,
Y tal, en sangre envuelto, contemplaba
La oscura imágen de la muerte fiera,
A cuyo autor habló desta manera:

«Justa venganza de mi injusta vida,
Para esto de los dioses enviado,
Déjala ya de un golpe concluida,
Abrevia tu victoria y mi cuidado;
Que es cruel compasion, piedad fingida,
Dejar con vida un cuerpo desdichado,
Y el que mas de oro á su placer se viste,
Es á una alma sin él sepulcro triste.

»Ya he visto por mi mal lo que amor puede
En un pecho á quien falta la ventura,
Cuánto á un breve placer la pena excede,
Y el mas fundado bien cuán poco dura:
Si esto así al mas dichoso le sucede,
Dame de un golpe suerte mas segura;
Que es dar la vida á quien la muerte agrada,
Género de crueldad disimulada.

»Mas si este bien con los demas me veda
La estrella que á este paso me ha traido,
Este ahora á lo ménos me conceda
Por premio á lo que en vano la he seguido:
Que esta tasada vida que me queda
Se pierda donde el resto se ha perdido,
A los piés de una ingrata, con que vea
Cada uno de los dos lo que desea.

»Ella mi alegre muerte, y yo su amada
Cara, en verme morir grata y contenta;
Veré tambien si estar desenojada
Su hermosura y gracias acrecienta.»
Dijo; y la real cabeza reclinada,
Que Bernardo en sus brazos le sustenta,
En diversos remedios que le aplica,
Así el de la esperanza fortifica:

No se ahogue en tu mal la confianza
Que los tiempos trocar podrán su suerte;
De los vivos es propia la esperanza,
Que llega hasta las puertas de la muerte:
Vive: que si fortuna y su mudanza
Han podido á tal término traerte,
El pardo cielo de celajes lleno,
De turbio, suele amanecer sereno.»

Así le anima, si en tan triste estado
Palabras son materia de consuelo;
Y habiéndole la sangre restañado,
Curar le hace y levantar del suelo,
Y de la bella dama al rico estrado
Llevarlo, como á trono de su cielo;
Mas ella le dejó, y se salió fuera;
Que es darle vida el esperar que muera.

Quedó el persiano, viendo la aspereza,
Ni de nuevo sentido ni admirado;
Que habia ya hecho en él naturaleza
Ser con desdenes y rigor tratado
Bernardo la crueldad con la belleza
Amasada juzgó en un mismo grado
Sobre el tirano pecho, que en el mundo
Ni en desden tuvo ni en beldad segundo.

Iban pasando entre el silencio mudo
La oscura noche y sus calladas horas,
El aire negro de color desnudo,
Lloviendo en sueños sombras burladoras,
Que en dulce lazo y encantado nudo
Las penas atan, en su herir traidoras,
Y el sosegado mar, riendo en calma,
De la tormenta en que se anega el alma:

Cuando el cielo en sus ejes trastornando
La húmeda noche con sonoro estruendo,
Las circunstantes sombras fué aclarando
De una fogosa nube el bulto horrendo:
En sesgo vuelo por el aire blando,
Con prestas alas de oro descendiendo
Sobre el suspenso mundo, á quien traia
Antes del alba el no esperado dia.

Y ella, en ardientes cercos repartida,
A lronco son de un espantoso trueno,
La luz dejó, de que venia tejida,
El aire de dorados rayos lleno;
Y una nueva deidad, de luz vestida,
Feroz salió de su abrasado seno
Con tanta majestad, que en el navio
Al pecho mas brioso quitó el brio.

Un carro ardiente de metal sonoro,
Cuyo pesado yugo en sus prisiones
Hace humillar con las coyundas de oro
La enroscada cerviz de dos dragones,
Volar se vió, y ardiendo entre el tesoro
De sus grabadas ruedas y florones
Un tierno corazon, y allí esculpido,
De fuego azul: «Venganza de Cupido.»

Al tiempo que estas sombras temerosas,
Nocturnos monstruos de celajes hechos,
Las fuerzas refrenaron mas briosas
Con luz medrosa á los presentes pechos,
La grita comenzó y voces llorosas
De Angélica, que en lazos de oro estrechos
Por superior violencia el bulto preso,
Al grave carro dió liviano peso.

Y luego que, huyendo en sombra vana,
Las fantasmas volaron por el viento,
Y el rojo oriente y lúcida mañana
De luz al mundo dió dorado aliento,
Todos por justa dan de la inhumana
Reina la grave pena y el tormento,
Y bien que el cielo así lo ordene y mande,
Porque á ingratos ningun castigo es grande.

Mágicos cercos de la hada Alcina
Al encantado carro dieron vuelo,
Y allí, apremiado de la ingrata china
En silla ardiente el corazon de hielo,
O sea al persiano rey dar medicina,
O de la Hada cuidadoso celo
De su leonés, y el riesgo que corria
En la angélica dulce compañía;

Que era en trato y beldad tan poderosa,
Y así eficaz en un sabroso engaño,
Que nadie la vió afable ó desdeñosa,
Que libre se escapase de su daño:
Despues diré de la carroza hermosa
Y su celestial robo el curso extraño;
Que es largo aquí tan dilatado cuento,
Y corto á ingratitud cualquier tormento.

El persa rey, á quien la Hada en vano
Para sanarlo le quitó la vida,
Quedó cual sin sus flores el verano,
La esperanza tambien en flor perdida;
Sin alma, que en el carro soberano
A la belleza fué del robo asida,
Y él, en el ciego caso no pensado,
Cual con hora menguada hombre atajado.

Las manos con mortal dolor torcia,
Y al riguroso cielo levantadas,
«Si allá á algun dios, con lágrimas decia,
La cuenta toca de almas desdichadas,
De las injustas penas de la mia,
¿Cómo, estrellas, volais tan descuidadas?
Y tú, muerte, que el gusto en hiel conviertes,
¿Cuándo con una acabarás mil muertes?

»Lijero tiempo, que, cual libre flecha,
Del mundo haces correr el curso blando,
Veloces dias de medida estrecha,
Ruedas que el bien y el mal vais devanando;
Y tú, mi gloria, que á su corte hecha,
Por el aire deshecha vas volando,
¿Cuándo daréis la vuelta á mis enojos,
Y volverán á ver su luz mis ojos?

»Mas ya que el ofendido cielo ha sido
Quien, en venganza de mi loco intento,
La robada beldad habrá traido
La vez segunda al triste altar sangriento,
Y de la infeliz Creta el encendido
Fuego abrasará á vueltas mi contento,
Dando al cuchillo, sin poder valella,
El blanco cuello de mi imágen bella;

»Si á peso del dolor se da el contento,
Si al peso de los bienes dan los males,
Si á breve bien pequeño sentimiento,
Si á pérdida mayor penas iguales,
Conózcase por esto mi tormento,
Que soy quien perdió bienes celestiales,
Y granjeó por un regalo tierno
De vida celestial, muerte de infierno.»

Dijo; y en la experiencia de su daño
Concluyó que era falto de ventura,
Basa en que estriba el laberinto extraño
Del intricado error de su locura;
Mas del amor el deleitoso engaño
Con nuevas esperanzas le asegura;
Que, aunque dudosa y larga medicina,
Las postas son en que el deseo camina.

Y el gallardo español con el recelo
De que tan noble rey sin culpa muera,
Así le dice, y da, por mas consuelo,
De su venida relacion entera:
«Si por la cuenta y cómputos del cielo
La nuestra viene á ser mas verdadera,
No hay por qué un golpe tanto nos lastime,
Ni adverso azar que un alma desanime.

»De tus gustos no temas; que si el viento
No con fantasmas me engañó aparentes,
Y en sueño vano y loco fingimiento
El tiempo á conocer me dió á tus gentes;
Del grave riesgo de ese altar sangriento,
Y el cuchillo que así en el alma sientes,
Libre tu dama la conserva el cielo,
O en tronos de oro allá, ó acá en el suelo.

»La noche ya en el denegrido oriente
Sus cortinas de luto desdoblaba,
Y el torpe nudo á la cansada gente
Los lazos del cuidado desataba,
Y en ocio los sentidos blandamente
Con dulce delirar encadenaba,
Cuando mi cuerpo sobre un verde prado
En su nudo tambien quedó ligado.

»Y no tan presto por la sombra vana
El alma á su quietud voló sabrosa,
Cuando la bella imágen soberana
Mis ojos vieron de tu ingrata diosa;
Y en grave presuncion y en pompa ufana,
Mas que en el tierno oriente el alba hermosa,
A mí se vino, y con semblante amigo,
—Vén á librar mi honor de su enemigo,—

»Dijo; y dando la vuelta con sereno
Rostro, vestida de una luz rosada,
De olor dejó divino el aire lleno,
Y el resplandor mi vista deslumbrada;
Y ella subida al estrellado seno,
De una vislumbre celestial bañada,
Mi atenta vista, tras su presto vuelo,
Aquella estrella mas contó en el cielo.

»Estas armas despierto vi á mi lado,
Y el pequeño batel en que venia,
Donde, sin ver por quién, me hallé embarcado
Tras el deseo de ver lo que ántes via;
Y el barco, por sí mismo gobernado,
Ave que iba volando parecia,
Hasta el bordo rëal deste navío,
Donde, en entrando en él, ví hundirse el mio.

»Pues si del mundo el superior gobierno
Aquí me trajo en tan sabroso engaño,
Y á librar de tu fuerza el bulto tierno
El fin guió de mi viaje extraño,
La oculta traza del saber eterno,
Ni por el suyo fué ni por tu daño;
Que para haberle de quitar la vida,
Superflua hubiera sido mi venida.»

Dijo; y por el oriente el alba helada
Falta salia de luz y de alegria;
La mar, aunque sin viento, alborotada,
Con sordas olas el galeon batia,
En huecos tumbos de cristal preñada;
Y cuando á veces sin pensar venia
Un tardo viento que en las velas daba,
Mayor tristeza y soledad causaba.

El deseado sol, turbio, encogido,
A sembrar comenzó lumbre al oriente,
Entre negros celajes escondido
De su ancho rostro de oro el rayo ardiente;
Y el ronco son de un áspero gemido
Suena en la nao y su afligida gente;
Que donde al gusto huye la alegria,
Así amanece el sol y nace el dia.

ALEGORÍA.

En la prision de Malgesí se muestran los grandes daños que se siguen de perder una ocasion; y el quedar colgado de un árbol, al tormento de los espíritus, el remordimiento que queda de haber perdido por descuido la ocasion, y las varias congojas que al hombre contemplativo siguen en la vida activa fuera de su quietud.

Los demonios que tratan de destruir á España muestran la insaciable sed que tienen de nuestra perdicion, y con qué gusto y facilidad la harian, si el freno de la Potencia divina no los detuviese, significada por el Angel Custodio de España, que descubre cuán cortas fuerzas son las del infierno para ofender á los que el cielo tiene por amigos.

En Bernardo, que guiado de un cometa se entra en un barquillo encantado que le lleva donde Orimandro le arma caballero, se muestra que al varon obediente que, sin reparar en inconvenientes, de véras se pone á seguir las inspiraciones del cielo, él tiene cuidado de sacarle victorioso y honrado de las mismas ocasiones en que le pone.

Por Orimandro, que sale vencido y lastimado en la honra y el cuerpo, se ve cómo el vicio todo lo lastima y afea. Y Angélica, robada en un carro de fuego, es el pensamiento amoroso de un amante, que volando navega sin saber adónde, y jamas tiene hora de reposo.

LIBRO QUINTO.

ARGUMENTO.

Huye Garilo á Francia, donde encuentra á Orlando y otros paladines. Ferraguto libra á Argina de un salteador, y ella le cuenta el martirio de las dos santas Nunilo y Alodia; libra tambien á Auchali, esposo de Argina, y ambos mueren cristianos. Encuéntrase con Yucef, tio de Galiana, y por relacion se enamora della; y al márgen de una fuente ve en sueños su hermosura y la de sus famosos palacios. Pintase al fin del libro el consejo de guerra del rey Casto.

En tanto el frances campo de Girona,
Rendida la ciudad, salia marchando
Por las ásperas sierras de Narbona
A gozar de Gascuña el aire blando;
Y ya el real asentado en Carcasona,
Por su deleite el valeroso Orlando
A correr las fronteras de la tierra
En voz salió y en hábito de guerra.

Con él el duque Naymo de Pavía,
Don Silverio de Fox, Dardin Dardeña
Sanson, duque y marques de Picardía,
Alberto, rey pretenso de Sansueña,
Con otra ilustre y grave compañía,
La honra del campo y flor de su reseña,
Que al castillo caminan no distante,
Que un tiempo por Rugero labró Atlante.

Era vulgar rumor que entre las breñas
Del hinchado Pomier suben en vuelo
Del roto muro las gastadas señas
A dar escalas con su frente al cielo,
Donde del mago anciano no pequeñas
Grandezas goza el enriscado suelo,
Y á ver las de su ejército triunfante
En tropa alegre va el señor de Anglante.

En placenteras fábulas sabrosas
De sucesos de campo y montería,
Olvidados de aquellas peligrosas
Vueltas que al mejor tiempo el tiempo envia,
Al dar fin á las cumbres deleitosas
Con que un monte de flores se vestia,
Dos muertos hombres, y otros seis huyendo,
Del viaje suspendieron el estruendo.

Otro que tras los pasos perezosos
Y huellas de un cargado dromedario
Por entre árboles va en pasos medrosos,
Con sus regates revoltoso y vario,
Viendo de los franceses belicosos
El escuadron á su intencion contrario,
Con astucia sagaz y maña aguda
A pedirles llegó fingida ayuda.

Es desta ocasion bella el nuevo caso
Florido ramo de mi heróica historia,
Por grave azar que el amagado paso
Suspender pudo de su gran victoria:
Diez lunas volvió á Francia el campo escaso
De gente esta ocasion; esta su gloria
A España suspendió; por tantos meses
Su venida alargaron los franceses.

Tantos la rica sala del tesoro
Detenidos los dió cercos dorados,
Y entre la sed y la virtud del oro
En dulce suspension embelesados:
La ardiente lumbre del metal sonoro,
Con su vislumbre mágica, trocados
Los dió en mudas estatuas, hasta tanto
Que un muerto bulto destruyó su encanto.

Y hasta ver libres los cautivos pechos
De la avarienta sala, el campo junto,
La famosa jornada y sus pertrechos
Por un zodiaco entero hicieron punto:
La oculta causa de tan altos hechos,
Delgada raiz deste ahora nuevo asunto,
De aquí se ocasionó; esta humilde fuente
Largo curso añadió al de su corriente.

Garilo, ya que el infeliz suceso
De la oscura traicion del bosque opaco
Contra su lealtad dió largo proceso,
Y culpas al descuido de Filarco,
El Rey ya libre, y el contrario preso,
Por el rio Ezla se salvó en un barco,
A pesar de quien quiso en aquel caso,
Por vengar su traicion, tomarle el paso.

Salvóse al fin; y á guarecer la vida,
En sus trazas juzgó por mas seguro
Hacer á Mahamut de su huida
Forzosa causa, y de su amparo el muro;
Contando el que á su gente mal regida
Del rio Parque dió en el cerco oscuro;
Pero nueva tan triste no podia
Ser con ningun afeite de alegría.

Recibió el moro con semblante acedo
La mala relacion y al que fué á dalla;
Que el traidor siempre enfada, y siempre el miedo
Da al falso corazon triste batalla:
Quedó atajado; mas con nuevo enredo
Dorar quiso la culpa ó remendalla,
Y hacer de nuevo con su antiguo oficio,
Si puede, á su ofendido rey propicio.

Descubrió en los del bando sarracino
Animos llenos de encubierta saña;
Que siempre entre traidores el mas fino
Amor nace sembrado de cizaña:
Creyó por ese paso abrir camino
A una nueva traicion, cuya maraña
Al andaluz dejase sin la vida,
Y á él su leal opinion restituida.

Comenzó aleve el infeliz contrato
Metiendo incauta prenda en el que urdia;
Mas faltó discrecion, faltó el recato
Que el grave caso y su ocasion pedia;
Y descubierto el encubierto trato,
Garilo huyó, huyó su compañía,
Pagando todos la traicion urdida,
O con culpable ausencia ó con la vida.

El falso entablador del traidor juego,
Con los que guarecer del riesgo pudo,
De la noche huyó por lo mas ciego,
Al dulce amparo del silencio mudo:
Llegan á Ribadeo, y pasan luego
En hombros de cristal su cerro agudo,
Y en su pequeño golfo al franco suelo
Remos y velas dan entre agua y cielo.

A vista de Bayona y su ancha playa
Libres pasaron sin tocar en ella,
Y de Belne la costa y corva raya,
Que con sus espumosas olas mella;
El Curiano monte, que atalaya
Del frio Garona la ribera bella,
Pasando á Bordeaux con agua viva,
Y hasta cerca de Argen el rio arriba.

De allí hácia Lenguadoc la tierra adentro
La quietud saltearon del camino,
Hasta un antiguo bosque que al encuentro
De Pomïer y Tarascon les vino;
En cuyo verde y escondido centro
Las ruinas hay de un muro peregrino,
Que un tiempo fué ya célebre morada,
Jardin de un rey y casa de una hada.

Despues que en Salabres la hada Morgana
Al rey Artus, su hermano, vió perdido,
Y el destrozado campo en la inhumana
Victoria entre un sangriento rio ceñido,
Por el hondo Garona en pompa ufana
Aquí al vencido rey trajo escondido,
Donde al mundo quedase, con su ayuda,
La fama de su vida y muerte en duda.

Allí encantado ó sin encanto muerto,
Si vive ó si no vive está encantado,
Sin que la causa de quedar desierto
El castillo hasta ahora se haya hallado:
Si ya del desamparo no es lo cierto
De la hada rica el natural enfado
Contra Orlando, por quien del suelo franco
Su reál jardin mudó al del lago blanco.

Y porque al viento el arruinado muro
Con sombras tiñe de apariencias vanas,
Del bosque horrible y del castillo oscuro
Las gentes todas huyen comarcanas:
Aquí Garilo y su escuadron, seguro
De asombros, se amparó, y por las cercanas
Aldeas y caminos plata y cobre
Al rico quita, y la esclavina al pobre.

No léjos de aquel bosque hay un castillo,
Guarida de otras gentes de su trato,
Que al catalan hicieron su caudillo,
Y á riesgo y á ganancia fiel contrato:
De estos eran los seis que entre el tomillo
Y árboles de Pomier sacó el rebato,
Huyendo por sus ásperos confines
De los ya descubiertos paladines.

Y el que tras el cargado dromedario
Con revoltosas vueltas discurria,
El astuto Garilo, del voltario
Escuadron falsa y cautelosa guia,
Que por aquel desierto solitario,
En cuidadosa y encubierta espía,
Los dos muertos siguió, y en la ancha senda
Vidas á un tiempo les quitó y hacienda.

Huyeron los demas; y él con sosiego,
Intrépido al frances escuadron vino,
A quien, de deslumbrado, volvió ciego
De su astucia un engaño repentino,
Con humilde pidiendo y sagaz ruego
En el riesgo le amparen del camino,
De aquella escuadra, cuyo brazo fuerte,
Por robar sus amigos, les dió muerte.

Creyeron todos que el valiente pecho
Del feliz español se habia librado,
A propias fuerzas, del dudoso estrecho
Con que de los que huyeron fué asaltado;
Y que el verlos venir dejó deshecho
El peligroso asalto comenzado,
Temiendo los franceses valedores
Los seis mal concertados salteadores.

Y él, no contento del sutil engaño
Con que el riesgo salvó de su delito,
Y á cuenta puso del ajeno daño
Del castigo á su culpa ancho distrito,
Un nuevo enredo de artificio extraño
Así por los presentes dejó escrito
En dulce delirar; que al mas agudo
Deslumbrar su encubierto estilo pudo.

Ni tiene lo hecho por bastante hazaña,
Si á todos no los roba y desbalija,
Y aquel fiero escuadron contrario á España
De armas su astucia y de altivez no alija;
Y así, despues que en cautelosa maña
Licencia para hablar pidió prolija,
Desta suerte empezó, y con este enredo
El gusto les ganó, y les perdió el miedo:

«Ya que el rigor de la enemiga estrella
Que tras sí lleva el curso de mi vida,
Y haciendo de desgracias prueba en ella,
La trae de un riesgo en otro divertida,
Si á pesar suyo el tiempo quiere hacella
A sus mortales golpes no vencida,
Y á la esperanza aun en tan largos casos
Lugar le queda donde dar mas pasos,

»No es justo que reserve prueba alguna,
Ni humana diligencia que no intente,
Si punto no hay de tan menguante luna
Que algun dia no halle su creciente:
Sabré cuál puede ser en la fortuna
De los suyos el don mas excelente,
O si es acaso de imposibles hecha,
Como el rigor desta cadena estrecha.

»Del rey Hércules libio, que en España
De tres cuellos sacó un tirano aliento,
Y de tres cuerpos la cabeza extraña
Al rojo suelo dió un golpe sangriento,
Mi linaje desciende...» Así en maraña
Fingida entrada abrió á un prolijo cuento
El sutil catalan; pero yo al brio
Del bravo Ferraguto vuelvo el mio.

A toda rienda, por un verde llano,
De un caballero dije que huia
Un bulto en la belleza soberano,
Y en rostro un rayo del pintor del dia,
Cuando á su amparo levantó la mano
El bravo aragonés, y al que venia
Ya ejecutando el golpe, el suyo al vuelo
Le echó arrogancia y vida por el suelo.

Volvió la dama, y viendo sin cabeza
El furor que la suya amenazaba,
Del suceso admirada y la braveza
Que, muerta, aun no menor espanto daba,
«¡Oh invicto brazo, dijo, oh fortaleza
Heróica! El cielo guarde alma tan brava
Contra injustos agravios, en quien fio
Ver por tal mano reparado el mio.

»Socorre, ó ilustre resplandor de Marte,
En un dudoso riesgo mi alegría,
Antes que sean mis desdichas parte
A dar la muerte al que es la vida mia.
No léjos deste bosque, por la parte
Que este florido monte se desvia
A darle paso á un rio, que yo pienso
Que á Ebro corre á pagar tributo y censo,

»Una soberbia puente ambos costados
Con dos torres altísimas le cierra,
Y estas, llenas de bárbaros soldados,
El comercio han quitado de la tierra:
Aquí á los que de paz van, descuidados,
Prenden sin fe, y á los que van de guerra
Con ardides la hacen tan villanos,
Que ninguno se escapa de sus manos.

»Allí el bien, que me deja aquí perdida,
Preso ó sin alma está, que es lo mas cierto:
Acude pues, señor, á dar la vida
O sepultura honrada á un hombre muerto:
De paso te diré de mi venida
Y de mis desventuras lo encubierto,
Quién soy, con quién y adónde hacia jornada;
Que quien como yo está no encubre nada.»

Dijo; y el moro hácia la parte guia
Que ántes salió huyendo la doncella,
Quién fuese preguntando, y por qué huia,
Y el feroz caballero iba tras ella;
Cómo con tal denuedo la seguia,
Si era para matalla ó por prendella;
A quien la dama, en desmayado aliento,
Así empezó de su tragedia el cuento:

«Del valiente Dedran, que un tiempo quiso
Ser absoluto emperador de España,
Y lo fuera si á su ánimo y aviso
No se mostrara la fortuna extraña,
Nieta soy, y heredera del preciso
Hado que á él engañó y á mí me engaña,
A pesar que del tiempo el movimiento
A una alma puede dar bienes de asiento.

»Hija de Doriscan y una cristiana
Noble, de los tributos de Galicia,
En Córdoba nací, y con pompa vana
Nájera me crió por su patricia;
Donde, en destierro honrado y suerte ufana,
Del rey Albucasar dió la avaricia
A mi agraviado padre esa frontera,
Donde, él viviendo, su grandeza muera.

»Aliatan dió despues el reino de Oca
A Zumail, un ambicioso viejo
Que, en hambre de oro y en prudencia poca,
Cuanto halla tomará, si no es consejo:
Este, embriagado de avaricia loca,
En los montes prendió de Castrovejo
Dos tiernas niñas, huérfanas, doncellas,
Mas que el sol limpias, y que el alba bellas.

»La culpa era dejar la ley paterna,
Con que el Rey su avaricia disfrazaba,
Y el ciego ardor de la codicia interna
Con que el infame corazon cebaba:
Nunilo la mayor, y la mas tierna
La honesta y bella Alodia se llamaba;
Cristianas, aunque ricas, y él tirano,
De alma avarienta y corazon villano.

»Vendia el rigor por celo de su seta
Y de impedir la religion cristiana,
Aunque era en lo interior hambre indiscreta
Del patrimonio de una y otra hermana;
Y por hacer la causa mas secreta
Y la injusta prision ménos liviana
Con impedir del dulce trato el uso,
En diferentes cárceles las puso.

»La niña Alodia compañia dichosa
Fué en depósito honesto de la mia,
De las beldades dos la mas preciosa,
Pecho inculpable, rostro de alegría:
Era, en prudencia y alma, generosa,
Y tan afable trato, que solia
Dejarme con él llena el alma ufana
De un ardiente aficion de ser cristiana.

»Si tal vez la aceché por verla sola,
En ferviente atencion orar la via,
Y que de alegre luz divina una ola
De cuando en cuando el rostro le embestia;
Y en soberanos lustres la arrebola
El rosicler de gloria que salia
De un Dios que puesto en cruz traia consigo
Por inviolable esposo y dulce amigo.

»No es de mi edad juzgar cuál sea mas justa,
La ley cristiana ó la del pueblo moro,
Y en casos de opinion cualquiera gusta
Vestir la suya de un parlar sonoro;
Mas, ahora sea justa ó sea injusta,
Yo en la árabe naci y en esa adoro;
Y aunque su Alcoran creo, creo y juro
Que si Mahoma es dios, es dios oscuro.

»No hace milagros, como habemos visto
Que en favor de su ley y quien la sigue
El nombre hacen y la cruz de Cristo,
Cuando en mas sangre el mundo los persigue:
Ni hallo yo en la mia aquel bienquisto
Modo de proceder que se consigue
De la cristiana, cuando sus sugetos
A sus reglas se ajustan y preceios.

»Hace hombres concertados y compuestos,
Mansos, sufridos, blandos, conversables,
Llenos de fe y de amor, castos, modestos,
Gratos, humanos, dóciles, afables,
Del todo humildes, sin cautela, honestos,
Medidos, comedidos, y asi estables
Y puestos en razon, cuenta y justicia,
Que no halla qué tacharles la malicia.

»Nuestro Alcoran, si, como dicen, vino
Del cielo, escrito fué por otra mano;
No es tan llano y tan claro su camino,
Ni tan fundado en el discurso humano:
Tiene de cruel su parte y de sanguino,
Y no poco de bárbaro y tirano,
Pues con la espada y con las armas quiere
Que aquel sea en él mejor, que mas pudiere.»

Rióse el feroz moro á las razones
Con que la dama su Alcoran condena;
Que, como hombre sin ley, ni cree opiniones,
Ni que hay para unos gloria y otros pena:
Tiene nuestros milagros por ficciones,
Su secta ni por mala ni por buena,
Solo por dios á su ánimo invencible,
Y por de burla á todo lo invisible.

No le replicó nada: ella, siguiendo
Por su camino y su discurso, dijo:
«Presa la bella Alodia, un monstruo horrendo
El avariento rey tenia por hijo,
Con quien nació en el mundo y fué creciendo
Un arrogante espíritu prolijo;
Que siempre, ó por la cara ó las costumbres,
Del padre saca el hijo las vislumbres.

»Este fué todo estampa de su padre,
Fantástico, avariento y disoluto,
Sin que noble amistad le asiente y cuadre,
Falso, libre, mordaz, doblado, astuto,
De parto incierto y fementida madre,
Y al fin, de tales árboles tal fruto,
Llamado Harpalí ó sucia arpía,
Que todo lo manchaba y confundia.

»Este, de la honestísima doncella
Alodia y de su rostro soberano
Un torpe y necio amor concibió en vella;
Con loca presuncion y ánimo insano,
Creyó que era tan fácil como bella;
Y él, por soberbio hijo de un tirano,
Bueno para querido, y fué simpleza;
Que amor ni estriba en sangre ni en nobleza.

»No dió por sus ofertas y servicios
Escarnios ni desdenes la cristiana,
Ni de oracion mudó ni de ejercicios,
Ni se le mostró tierna ni tirana,
Ni el ver los reyes á su amor propicios
Altiva la hizo, ni volvió lozana,
Ni triste el riesgo y verse en casa ajena;
Que nada, en quien no hay culpa, causa pena.

»A los principios, en su afable trato,
Todo Harpalí creyó que estaba hecho,
Y que el ser rey le prometia barato
Aquel, como otros gustos habia hecho;
Mas cuando llegó á ver con mas recato
La entereza y valor del casto pecho
De una tierna beldad, que en ser constante
No era niña y mujer, sino gigante,

»Quedó asombrado; y al negarle el gusto,
Con el desden creció la llaga fiera,
Y viendo á mayor fuerza mas robusto
El pecho que ántes parecia de cera,
Nueva sentencia dió en el suyo injusto,
Que ame por fuerza, ó que por fuerza muera;
Mas buscar al amor por esa pinta,
Es blanquear el ébano con tinta.

»No está mas firme á los combates fieros
Del cierzo helado la montaña de Oca,
Cuando peñascos y árboles enteros
Su soplo vuela y su rigor apoca;
Ni en sus cumbres y cerros altaneros
Antigua encina ó carcomida roca,
Que así entera se libre y se defienda
De un torbellino y su áspera contienda,

»Como la casta niña á las blanduras
Y amenazas del bárbaro enemigo,
Sin que de hierro las prisiones duras
Ni del tierno regalo el trato amigo
Hiciese mella en las entrañas puras,
Ni en ellas otro amor hallase abrigo
Que el de su honestidad y del precioso
Retrato vivo de su muerto esposo.

»Viendo el tirano Harpalí vencido
Su pensamiento y trazas de una niña,
Y que, en deseos y ansias consumido,
Ni un soplo de esperanza se le aliña,
Ya, de amante en tirano convertido,
Robarla quiere, y que esto la constriña,
Con gusto acedo ó voluntad sabrosa,
A serle ó torpe amiga ó dulce esposa.

»Por un muro almenado, que ceñia
De un florido jardin el fértil suelo
Y parte de una cuadra en que dormia
Yo con la hermosa Alodia sin recelo,
A Harpalí le pareció se abria
Paso á sus gustos, puertas á su cielo,
Y que era fácil por allí la entrada,
Para haberla á sus manos descuidada.

»Ya el sacrílego amante, confiado
De saquear el cielo, entretenia
Su torpe gusto en ver del sol dorado
El carro de oro en que camina el dia;
Y en aguardar su ausencia desvelado,
Las horas cuenta, y de la noche fria
El manto pide por agüero y luto
De su fin triste ó pensamiento bruto.

»Llegó la noche oscura, aunque serena,
De broches de oro y pedreria sembrada,
Y al medio curso de tormentas llena,
De agua, rayos y truenos asombrada:
Braman los vientos, la arboleda suena
Con ruido, mas que de aire, alborotada;
Creció la oscuridad, y el negro velo
De la sombra escondió en su luto el cielo.

»De ásperos vientos la baraja oscura
Con sordos ecos de furor bramaba,
Y del cercano monte la espesura
Roncos gemidos por las peñas daba:
Del frio polo sin luz la ciega altura
En temerosos truenos resonaba;
Que el cielo, al parecer, se defendia
Del moro que robarlo pretendia.

»Despertóme el rumor, corrí medrosa
A ver mi amiga y á valerme della:
Halléla en oracion, la cuadra hermosa
Llena de luz, y un ángel bello en ella:
Una luciente espada en la briosa
Armada mano en son de defendella,
Con un grabado peto, en que el tesoro
De ricas piedras daba precio al oro.

»De argentados coturnos ambas plantas
Ceñidas, y la suelta vestidura
Al estrellado cielo en luces santas
Vencia, y á la nieve en la blancura:
Pomposas alas con vislumbres tantas,
Que ante ellas la del sol quedara oscura;
Diciéndole en acento soberano:
—Ya, virgen, estás libre del tirano.—

»Cerróme los sentidos el espanto,
Indignos de gozar la luz del cielo,
Con la presencia y el lenguaje santo
Del ángel, de su espada y de su vuelo:
Quedéme desmayada hasta tanto
Que el nuevo dia despertó en el suelo,
Y yo de mis temores y fatiga
En el dulce regazo de mi amiga.

»Alegre en verla, de placer lloraba;
Que al ángel que ántes vi, se parecia;
Y aunque en grave respeto la trataba,
Amorosas caricias le decia:
Ella, que por ventura cierta estaba
Que aquel habia de ser el postrer dia
De gozarnos en tierno regocijo,
Así, mezclando lágrimas, me dijo:

»—Ya es tiempo, ó dulce Argina, de pedirte
Que cual reina me cumplas la promesa
De ser cristiana, y nunca arrepentirte
De profesar lo que mi ley profesa:
Yo iré presto delante á prevenirte
En el cielo corona de princesa;
Que en premio del amor que me has tenido,
Así me lo ha mi esposo concedido.

»A grandes golpes de dolor se labra
El cetro y la diadema para el cielo;
No ha de ser solo, amiga, de palabra
El darle á Dios lo que le debe el suelo:
Sus puertas ese tierno pecho le abra,
Porque la halle al alma su consuelo,
Y sin hacer de otros contentos caso,
Por todos hasta allá pase de paso.

»Bien sé que los espantos de la muerte
En varios riesgos te traerán metida;
Que tal es siempre y fué la humana suerte,
Servir acíbar al que á miel convida:
Y como si el morir fuese mas fuerte
Que el padecer viviendo en esta vida,
Quiere en adversa ó próspera fortuna
Mascar mil muertes mas que tragar una.

»Tú serás desto ejemplo, amada Argina;
Que gran discurso por pasar te queda;
Mas todo en tí á dichoso fin camina,
Y así el cielo lo ordena que suceda:
Lo que ahora el amor que á tí me inclina
Con mas ansia me pide, es que yo pueda
Llevar de tí esta prenda y fe dichosa,
Que has de ser de mi amado esposo esposa.

»Y que pues nuestras almas ya son una,
Es bien que tambien tengan solo un dueño,
Un bautismo, una fe, una ley, y á una
Ambas á un Dios la démos en empeño;
Que cuanto alumbra el sol y ve la luna,
Sin este solo bien es sombra y sueño,
Y yo en tenerte amor eterno y puro,
Eternos bienes para tí procuro.—

»Así mi amada Alodia me pedia
La fe que allí le dí y he mal cumplido,
Cuando del pueblo que en furor se ardia
En mi casa cundiendo fué el ruïdo:
Llanto, alboroto, estruendo y vocería
En confuso era y bárbaro gemido:
Sobresaltéme yo, y con regocijo
Ella se sonrió, y llorando dijo:

»—Aquí, ó querida Argina, la corona
De un reino eterno ofrecen á tu hermana:
Este confuso grito la pregona;
Vamos por ella en pompa soberana:
Tendrás tuya en la corte una persona
Que prive con el Rey y te haga ufana,
Y en cuanto le pidieres por mil modos,
Bienes sin fin te los alcance todos.—

»No entendí su razon: quedé atajada
Viendo crecer el sonoroso estruendo,
Y que la casa en armas ocupada
Se iba en ciego alboroto confundiendo:
Cuando de la ocasion certificada,
Pasmada me dejó el suceso horrendo,
Extraño caso, puesto por testigo
De un ofendido cielo en su castigo.

»De un moral arrimado al fuerte muro,
Adorno y sombra del florido huerto,
Con que Harpalí bajar pensó seguro
Al malogrado fin de su concierto,
Colgado le dejó en el aire oscuro
Un ángel á los ojos descubierto
De los que iban con él, y el mas osado
Huyó, despues que le lloró ahorcado.

»Era la única prenda del tirano
Corta y frágil coluna á su esperanza;
Cayó por tierra, y su soberbia mano
Al mundo asolar quiso en su venganza:
Tuvo sospecha de Aliatan, mi hermano,
Que en contiendas de amor y de privanza
Traian pasion por ciertas moras bellas;
Que donde hay celos todas son querellas.

»Ménos que esta ocasion fué necesaria,
Con la desgracia del dolor presente,
A la ciega arrogancia temeraria
Del ofendido bárbaro insolente:
Era en todo mi casa real contraria
A la suya de humilde suelo y gente:
Esto solo bastó; que un bien nacido
Siempre es, del que no es tal, aborrecido.

»Mi anciano padre al defender su casa
Por el furor tiránico fué muerto,
Y tras él vueltas en ceniza y brasa
Sus altas torres y el lugar desierto:
Mi hermano, viendo la crueldad que pasa,
Por senda oculta se salvó encubierto;
Yo quedé presa, Alodia sentenciada
A ser por su limpieza degollada.

»Trajeron á la cárcel á Nunilo,
Y al verse y despedirse ambas hermanas,
Gruesas perlas regaron hilo á hilo,
De un celestial jardin rosas tempranas:
La mayor, con honesto y grave estilo,
Dulce afecto y palabras cortesanas,
Miéntras el cruel verdugo se apercibe,
Esto en el alma de su Alodia escribe:

»—Ya la dichosa suerte concedida
De aquel Rey soberano por quien mueres,
A eterna palma y triunfo te convida;
Reina serás si esta corona adquieres:
Mira, tierno regalo de mi vida,
Que solo hagas lo que hacer me vieres;
Que aunque primero por tu ejemplo muera,
No llegaras al premio la postrera.

»¿Quién no conoce de la humana suerte,
Que al fin, por bien que de morir rehuya,
Le ha de alcanzar del tiempo el golpe fuerte
Que los regates y el huir concluya?
Si ningun vivo se libró de muerte,
Loco es quien piensa rescatar la suya;
Y mas si, por la carga desabrida
De un vivir breve, pierde inmortal vida.—

»Así dijo; y el rostro soberano
Revestido de gloria, parecia
Que, ya desnudo de aquel lazo humano,
Nueva deidad y luz en él vivia:
Las madejas del oro, que el liviano
Aire en el cuello de marfil bullia,
Por la cabeza se enlazó gallarda,
Y el fiero golpe del alfanje aguarda.

»Llevó su filo á cércen la cabeza;
Cayó el hermoso cuerpo destroncado,
Que su hermana compone y adereza
Con rostro alegre y pecho reportado;
Y con igual sosiego y entereza
Que si fuera á un banquete regalado,
Sin que la muerte ni su error la esquive,
Para el segundo golpe se apercibe.

»Habíasele á su hermana descubierto
El blanco pié con la mortal congoja,
No quedando compuestas ni en concierto
Las limpias faldas por la sangre roja:
La tierna niña, que hasta el cuerpo muerto
Quiere guardar honesto, alegre afloja
Una colonia azul, en que trenzaba
El mas fino oro que el Hidáspes lava.

»Con ella recogió sus vestiduras,
Y á su compuesta honestidad previno,
Sirviéndole las tiernas ligaduras
De fuertes grillos á su amor divino;
Y con palabras que las piedras duras
Blandas volvian, el rostro cristalino
Al cielo vuelto, miéntras prevenia
El tierno cuello al golpe, así decia:

»—Alma dichosa, que, del casto velo
Ya libre y suelta, del amor llevada
En triunfal carro, hasta el empíreo cielo
De victoriosas palmas vas cercada:
Suspende entre esos globos de oro el vuelo,
¡Oh de mis tiernos años prenda amada!
Que si un golpe nos dió diverso mundo,
Un cielo juntas nos dará el segundo.

»Y el hierro, que las dos dividir pudo,
Podrá con mejor título juntarnos
Cortando el mortal hilo, mas no el nudo
Con que el divino amor supo enlazarnos;
Y á ti, precioso alfanje, cuyo agudo
Corte en la eterna, para no apartarnos,
Juntas nos ha de dar diadema santa,
Aquí humilde te espera mi garganta.—

»Dijo; y al punto de rodillas puesta
Sobre el difunto cuerpo de su hermana,
Que allí sirvió de altar, y ahora compuesta
Al sacrificio y víctima temprana,
El filo agudo de la espada presta
Segó el cuello, y el alma soberana,
En un resplandeciente y claro vuelo,
A vista de mil ojos subió al cielo.

»Quedaron en la tierra desangrados
Los cuerpos, de un precioso olor divino
Y nueva luz de gloria acompañados,
Que de la suya descubrió el camino;
De corruptible daño preservados,
A pesar del tirano desatino
Que por mil modos ya pretendió en vano
El honor usurparles soberano.

»Mas, miéntras con malicia infiel pretende
Destruirles su opinion, manchar su fama,
Con mayor gloria y resplandor se extiende
La misma luz que su crueldad infama,
Y en la cristiana devocion se enciende
Mayor aliento y fervorosa llama;
Que siempre la verdad tiene su fuerza,
Por mas que envidia con pasion la tuerza.

»Yo en la cárcel quedé esperando el dia
En que otro golpe hiciese en mí el tirano;
Mas faltóle esta culpa por la mia;
Que fuera tras de aquel el mio liviano:
Un moro cordobes al Rey servia,
Mancebo ilustre, de Daraja hermano,
Esposa de Harpalí, y sobrina mia,
Aunque él deudo ninguno no tenia.

»Este con nombre y pretension de esposo
En noble trato y voz me regalaba,
Y yo, por su valor y ánimo honroso,
De amor honesto y sin doblez le amaba;
Este sintió que el pecho riguroso
Algo del rey tirano se ablandaba;
Que el tiempo con mudanzas y ocasiones
Los toros doma y vence los leones.

»Dió en escuchar mi causa con blandura,
Y de la cárcel me llevó á palacio,
De un torpe amor ardiendo en llama oscura,
De su imprudente pecho el gusto lacio:
Ya en libertad me vi ménos segura,
Y mi muerte venir ménos despacio,
Si mi amado Auchalí no me acudiera,
O el casto cuerpo ó su opinion muriera.

»Mas, viendo el riesgo y la prision remisa,
Trazó conmigo de sacarme della,
Con firme pacto y condicion precisa
De ser su esposa y de seguir su huella:
Aceptéle el partido, y con divisa
Trocada, por huir mejor con ella,
Por fuera de camino nos librámos,
Hasta que á Soria y Agreda llegámos.

»Seguiamos para Córdoba el camino,
Del amor de la patria acariciados;
Mas de la tierra nueva el poco tino
En varios riesgos nos dejó entrampados,
Y al pasar este arroyo cristalino,
De una escuadra de gente infiel cercados,
Que á nuestro gran descuido de repente
El muro vomitó de una ancha puente,

»Allí á mi dulce esposo entre el malvado
Escuadron le vi dar mil golpes fieros;
De allí escapé del brazo acelerado
Que ya vió en mi garganta sus aceros:
¡Ay cielos, que allí en sangre está bañado!
Antes que muera, ¡oh flor de caballeros!
Acudí á socorrer el mas honesto
Pecho que el mundo en tal estrecho ha puesto.»

Así la hermosa Argina, el grave cuento
Siguiendo de su vida, vió á su esposo,
Roto el escudo, el fino arnes sangriento,
Y en el herir el brazo perezoso:
Haciendo el brio de su honrado aliento
El término fatal mas presuroso,
Que el morir sin socorro era sin duda;
Mas donde el cielo acude todo ayuda.

El tratar con los buenos puede tanto,
Que al malo suele convertir en bueno,
Y la conversacion de un pecho santo
Sacar triaca de lo que es veneno:
Neron con su crueldad nos pone espanto,
Animo un César, de clemencias lleno,
Enéas piedad, maldad Sardanápalo;
Que el bueno es bueno en todo, y malo el malo.

Las tiernas niñas, que el empíreo cielo
Gloriosas pisan con doradas plantas,
Y ya desnudas del humano velo,
De tuson de oro ciñen las gargantas,
Vueltos los ojos al ingrato suelo,
De quien triunfaron con victorias santas,
Viendo entre tantos riesgos y fatiga
Por un vano temor su amada amiga,

Con santa intercesion hecha á su esposo
De las cosas trocaron gusto y fuero,
Que tras el apetito deleitoso
Iban en riesgo á un gran despeñadero:
Esto la trajo al paso peligroso,
Esto tambien le descubrió el guerrero
Que en favor de Auchalí partió arrogante
Por dar favor al uno y otro amante.

El cordobes en peligrosa guerra
Y en gallardo ademan se combatia
Con la vil tropa de la infausta tierra,
Que, junta, sin por qué le acometia;
Y el vivo aliento que su pecho encierra
Así el honor herido le encendia,
Que en la desigualdad que se hallaba
En mas que defenderse trabajaba.

Bien que, á faltar la venturosa suerte
Del brazo heróico que á valerle vino,
A hacer le compeliera el pecho fuerte
El término forzoso mas vecino;
Y vencedor, la vencedora muerte
A todos por igual diera un camino;
Que el alentado ardor que en él se via,
La honra, mas no la vida, guarecia.

De diez valientes moros asaltado,
Los seis peleando, los demas sin vida,
Roto el arnes, el cuerpo destrozado,
La sangre, y no la estimacion, perdida,
Llegó el aragones, y el brazo alzado,
« Afuera, dijo, gente mal nacida;
Que los que intentan tales desafueros
No son hijos de padres caballeros. »

Tres de los que en favor de su contrario
Entrar le vieron con tan vivo aliento,
En confuso tropel y encuentro vario
Por tres partes contra él rompen el viento;
Y del encuentro el golpe temerario
De tres lanzas las dos rompe violento,
Una en el firme escudo, otra en la frente,
Saliendo la tercera impertinente.

Cual parda encina de trofeos cargada,
Al blando soplo de un delgado viento
Las hojas tiemblan, y ella en encrespada
Pompa se eriza al fresco movimiento,
Así el moro quedó, si bien su espada,
De tres al uno, en un reves violento,
Un brazo le dejó y un hombro ménos,
Y de nuevo aire los pulmones llenos.

Los dos que sobran, vuelven, y al caido
Furiosos quieren dar justa venganza,
Y en desiguales golpes y rüido,
Uno al escudo y otro al yelmo alcanza:
Parece, del arnes que trae vestido,
Que es Ferragut el yunque sin mudanza,
Y ellos los que, al batir de sus bisarmas,
Sobre él le forjan á porfía las armas.

Así el uno y el otro le golpea,
Y él, quedo, sin mudarse, un lance aguarda;
Y como, aunque le hieren, ni voltea
Su espada, ni á las suyas se resguarda,
Da ocasion que cualquiera dellos crea
Que está herido de muerte ó que acobarda,
Hasta que, al golpe de un reves extraño,
Con el castigo vino el desengaño.

Del dulce filo al rebanar lijero,
A Glauro le llevó brazo y cabeza,
Glauro sin gravedad moro embustero,
Que las canas se tiñe y adereza;
Y no parando allí el sabroso acero,
Dos hizo á Galigante de una pieza,
Que seis mujeres enterró en Porcuna,
Sin llorar ni enlutarse por ninguna.

Y sin hacer de aquellas muertes caso,
Al puesto de Auchalí corre lijero,
Cuando un grueso jayan le atajó el paso,
Armado sin primor de hojas de acero:
Bajaba de la puente al campo raso,
Al brutal gusto del combate fiero,
Y viendo los tres golpes del pagano,
El quiso hacer el cuarto de su mano.

Sin recelar su espada ni ser vista
Del encantado hijo de Lanfusa,
Por cima la dorada sobrevista
La vista el golpe le dejó confusa:
Cayó en el suelo sin aliento y vista;
Ningun libre sentido alcanza ni usa;
Que un traidor, cuando acierta á ser valiente,
Un mundo entero matará de gente.

Bajó sobre él el sin lealtad gigante,
Y en ver que vivo está le llevó preso:
Cayó Auchalí rendido en este instante,
Y su Argina tambien cayó sin seso:
Llegó á prenderla el falso Garamante,
Y desmayada levantóla en peso,
Llevando las brutales manos llenas,
Cual oso montaraz con dos colmenas.

Ya á la entrada llegaba de la puente,
Cuando volvió en su acuerdo Ferraguto,
Y hallándose al calor de tanta gente
Al brazo asido de un gigante bruto,
Herido del honor, cual rayo ardiente
La bárbara prision dejó sin fruto,
Y el rigor nuevo de sus golpes varios,
Ciego alboroto y miedo en los contrarios.

Trocó el jayan la dama por la espada,
Para segunda vez cobrar su preso,
Y aunque le ve la frente desarmada,
No juzga acometerle por exceso;
Ni él, al sentirse herir, estimó en nada
De la traidora mano el grave peso,
Ni el ver que de sus bárbaros soldados
Doce contra uno le arman los costados.

Antes así en su escuadra se revuelve
Cual entre aristas ciego torbellino;
A este hiere, á aquel da, y al otro vuelve
En concierto mayor su desatino:
A uno el pecho y entrañas le desvuelve
El dulce corte del acero fino·
A este del roto arnes lleva un pedazo,
Y á aquel deja en tres piés con solo un brazo.

Dió un reparo al jayan, que á dar venia
Sobre él con nueva y desigual bisarma
Que en cien puntas de acero relucia,
Y á un golpe un hombre de metal desarma:
Hizole errar la furia que traia,
Y al vacío herir, en dos quebrada el arma:
Quedóle solo el destroncado trozo
De Palia muerto, y Ferragut de gozo.

No perdió tiempo; que al volver la frente,
La calva diosa asió de la ventura,
Y el acerado alfanje, al vuelo ardiente,
Un reves le alcanzó por la cintura,
Por donde el hierro entro, y salió una fuente
De requemado humor y sangre oscura;
Y de otro á cercen le llevó una pierna,
Cual blanca y corva hoz mimbrera tierna.

Así toro andaluz desjarretado
Suele al prado venir dando bramidos,
Y en el sangriento suelo destroncado,
La selva asombra, y braman los ejidos:
Del cobarde escuadron desordenado
Los muertos quedan, huyen los heridos,
Cual de buitre glotón hambrientos cuervos,
Y de perro irlandes tímidos ciervos.

Miró buscando el victorioso moro
Con vista atenta la agraviada Argina,
Y vióla, cruel, juntando aljófar y oro
Al rosicler de una sangrienta mina,
Con las hebras limpiando y el tesoro
De su cabeza la mortal, que inclina
En su regazo, desmayada y muda,
Puesto el si vive ó si no vive en duda.

Llegó el moro cuando ella, enternecida,
A su esposo el primer acento daba;
Que en un suspiro dió señal de vida
El que ántes pareció que muerto estaba:
« ¡Ay, dice, dulce amor! ¡Prenda querida!
Si aquella casta fe que me obligaba
A seguir vuestro noble gusto es cierto
Que en este cuerpo vivo aun no se ha muerto.

» Vuelve, noble Auchalí, esos graves ojos
A estos que ya por ellos son dos rios:
Serenarán sus luces mis enojos,
Y en gloria volverán los males mios;
Mas si estos son de amor vanos antojos,
Y entre estas sierras y árboles sombríos
Mi bien se ha de acabar y la alegría
Que apénas en mi alma amanecia,

» Aquí una sola fiera en sus entrañas
A los dos juntos dé sepulcro vivo:
¡ Oh Alodia santa, luz de las montañas,
Por cuyas firmes esperanzas vivo!
Si á los que en gloria están no son extrañas
Las graves ansias y el dolor esquivo
De los que en vida amaron, destas mias,
¿Cómo, señora, tanto te desvias?

»Socorre ahora, ó regalada esposa
Del que reina te pudo hacer divina,
Desde esa celestial patria dichosa
El dolor desta tu afligida Argina,
Que la palabra que te dió piadosa
Te cumplirá, si de cumplirla es dina;
Mas ¡ay de mí! que el no la haber cumplido
A este presente riesgo me ha traido.»

Dijo; y el belicoso Ferraguto
Con templadas palabras la consuela;
Que, aunque de alma sangrienta, no es tan bruto
Que de un grave dolor no se conduela;
Mas, viendo que llorar el mal sin fruto
Ni lo hace sano ni que ménos duela,
Para poner en tantos llantos tasa,
De las palabras á las obras pasa.

Y con la libertad del jayan muerto,
Entre las verdes yerbas desangrado,
El cerrado castillo quedó abierto,
De la gente servil desamparado;
Y de un lóbrego sótano encubierto,
Cárcel de un grave pueblo aprisionado,
Haciendo libre la mortal cadena,
Cien almas de una vez sacó de pena.

Y dando ya la puerta y su rastrillo
Segura puerta y paso, volvió á Argina,
Que, á su esposo abrazada, el amarillo
Rostro entre su sangriento pecho inclina:
Lleva á curar sus llagas al castillo,
Si hay para tantas juntas medicina;
Que aplicarle remedios es el cierto,
Al ménos vivo, miéntras no está muerto.

Estaba de abastadas provisiones
El sin lealtad castillo apercebido;
Que de las comarcanas poblaciones
Feroz robaba el pueblo mal nacido;
Y de los que oprimia en sus prisiones
El mal ganado mueble recogido,
Caballos, armas, joyas, plata y oro,
Que á sus dueños volvió con gusto el moro.

Hallóse entre estos presos un cristiano
Que el Soricano Alpidio se decia,
De noble sangre y pecho castellano,
Preso á traicion del falso Arcandro un dia;
Y como caballero y cortesano,
Que así entónces lo usaban, conocia
Preciosas yerbas, cuyos jugos tales
Bálsamos podian ser de todos males.

Este tomó la sangre, y las heridas
De Auchalí reparó lo mas que pudo,
Bien que en grandeza y número medidas,
Con desconfianzas lo volvieron mudo;
Mas, las dos voluntades conocidas
Por el discreto cirujano agudo,
De los amantes dos, que, aunque paganos,
Suspiros daban de deseos cristianos,

Ya el victorioso Ferragut partido,
Y de los mas honrados prisioneros
El diferente pueblo reducido
A varios fines y diversos fueros,
Habiendo el tiempo y la ocasion medido,
Así á los dos amantes verdaderos
Con caricias habló; y un dulce trato
Cuanto pretende haber compra barato:

«No es menester, señores, preveniros
De acreditar en vuestro amor mi pecho,
Pues mas que en mi razon podré deciros,
Por mí os dirá lo que por vos he hecho;
Que aunque es todo escasezas en serviros,
En lo que hasta ahora he sido de provecho
No he faltado, y amor por obra enseña
Que esa no está en ser grande ni pequeña.

»El puesto ahora seguro, es peligroso;
Que Bramante, cuyo es, querrá cobrallo,
Y aun vengarse del brazo poderoso
Que con su espada pudo sujetallo:
Yo estoy de vuestro bien tan deseoso,
Que si el mio importare aventurallo,
Por él tendré á mayor ganancia hacello,
Que todo un mundo que me aparte dello.

»No léjos de aquí está una antigua ermita,
Que yo un dia hallé saliendo á caza,
Donde en santa quietud un hombre habita,
De sangre noble y cortesana traza:
Miéntras que el brio perdido resucita
El santo cielo, y la ventura engaza
De nuevo vuestras cosas, ya podrémos
Del riesgo allí escapar que aquí tenemos.

»Que yo, como español hidalgo, os juro
Que debajo mi amparo y casto abrigo,
Miéntras viviere, hallaréis seguro
En todos tránces vuestro honor conmigo;
Y por mi ley cristiana y fe aseguro
A vuestro gusto en todo obras de amigo,
Sin que ninguna el mio intente y haga,
Que á los dos no contente y satisfaga.»

Esto Alpidio les dijo, y con bastantes
Razones trocó así sus tiernos pechos,
Que ya, mudando ley los dos amantes,
A la ermita con él se van derechos;
Donde, aunque de los golpes penetrantes
Murió Auchalí despues que fuéron hechos
Ambos cristianos, á la viuda Argina
A una ciudad llevó circunvecina.

Y allí en santa clausura un nuevo esposo
Ganó de inmortal gloria su deseo,
Trocándose en el cielo poderoso
Para el bien de su alma este rodeo.
¡Tanto el trato de un bueno es provechoso,
Tanto se medra en un honrado empleo,
Que á tantos bienes siguen otros tantos,
Y tanto con su Dios pueden los santos!

Mas Ferragut, despues que dejó puesta
La puente en libertad y á sus cautivos,
Cuando el alba de aljófares compuesta
Los ántes muertos campos vuelve vivos,
Y las horas en torno haciendo fiesta,
Con mudanzas y pasos fugitivos
El negro luto vuelven nácar fino,
El reposo dejó, y tomó el camino.

Era el tiempo en que el año se remoza,
Y la tierra, preñada de bellezas,
Sus flores pare y sus olores goza,
Y alegra ambas á dos naturalezas:
Cuando en los prados el placer retoza,
Y Vénus llena al mundo de riquezas,
Comienza el ruiseñor quejas de amores,
Y enguirnaldan sus bueyes los pastores.

Por una selva que el humor del rio
De rosas llena y de árboles tenia,
Y las aves sin dueño con el frio
Sus ramas de suavísima armonía,
Bravo el moro bajaba; y de un sombrío
Bosque, que el rumbo de la sierra hacia,
A caballo salir vió un hombre anciano,
Tras él dos perros, y un neblí en la mano.

Paróse á ver al moro el caballero,
De su apostura y gallardía pagado,
Y viendo en su ademan ser forastero,
Y el limpio arnes de golpes señalado,
Sospechando el suceso verdadero,
Con grave estilo y con semblante honrado
Cortés le saludó, y con voz prudente
Nuevas pidió de su enemiga puente.

Y sabiendo que ya el gigante es muerto,
Y del traidor castillo libre el paso,
El pecho por los ojos descubierto,
Alegre el viejo al no esperado caso,
«Ay, señor, dijo, si el suceso es cierto,
Y vuestro el golpe de valor no escaso,
Dalde su entero punto á la milicia,
Y á una gran sinrazon haced justicia.

»Yo, señor, de Galaf, rey de Toledo,
Soy tio; de Alhamud, su padre, hermano;
Es mi nombre Yucef, y decir puedo
Que á toda España gobernó esta mano;
Y el tiempo, que jamas supo estar quedo,
De uno en otro vaiven fué tan liviano,
Que me ha traido á lo que veis ahora;
Que quien mas vive mas desgracias llora.

»Treinta cumplidos lustros he vivido;
De ciento y cincuenta años son mis canas,
Y mi alfanje el primero y mas temido
Que pasó de las sirtes africanas;
Del escuadron de Muza fui elegido
Sucesor; las fronteras toledanas
Mias fuéron un tiempo, y yo en su tierra
Rey de la paz y dueño de la guerra.

»Cansó el mudable tiempo á la fortuna,
Y á mi tambien los mandos y el gobierno,
Cuya carga sabrosa é importuna
En hombros puse de Aliatan, mi yerno;
Y de una vida quieta, á quien ninguna
Iguala, codicioso el pensamiento,
De la pesada autoridad cansado,
Troqué el público bien por el privado.

»Dejo el cetro real, y aquí me vengo,
Donde un castillo, en puesto suficiente
De alegre recreacion y gusto, tengo
Al salto del cristal desta corriente:
Allí en ociosa vida me entretengo,
Y en quietud vivo de mi pueblo y gente,
Con libros, con pinturas y con caza,
Lo que un regalo al otro no embaraza.

»Era tambien del patrimonio mio
Deste castillo la torreada puente,
Que el paso hacia seguro, y por el rio
Se cobraba un portazgo suficiente:
Hasta que ya el soberbio desvarío
Del rey Bramante la usurpó á mi gente;
Bramante, que tambien con alma avara
De Toledo usurpó á Guadalajara.

»Alzaron el comercio de la tierra
De sus fieros soldados las crueldades,
Siendo el origen de la nueva guerra
Del jayan bruto torpes libertades:
Há dos veces seis lunas que se encierra
De un yermo en las incultas soledades,
Ofendiendo, por celos insolentes,
Con su torpe vivir el de las gentes.

»Hija del rey Galafre es Galiana,
Cuya beldad se entiende que del cielo,
Hecha de alguna pasta soberana,
Para asombro bajó y honor del suelo:
El ámbar y arrebol de la mañana,
Que entre rayos y aljófares de hielo
El mundo argenta y su tiniebla aclara,
Dirás que son vislumbres de su cara.

»Y aunque es del alba el rostro, y la cabeza
Del sol entero que tras ella nace,
Y los ojos dos rayos de belleza
Con que su luz temer y amar se hace,
Mayor que la hermosura es la grandeza,
Y la honestidad mas, con que deshace
O entibia el fuego que primero espira,
Con los rayos que dije, en quien la mira.

»Pues desta gran beldad que asombra el mundo,
Y por Vénus mortal Toledo adora,
Bramante, que en soberbia es el segundo
Lucifer que hoy entre los hombres mora,
Dió de su pecho cruel al centro inmundo
La bella estampa de su muerte autora,
Y á su arrogancia pensamiento altivo
De no dejar el suyo en hombre vivo.

»Y llena el alma ya desta locura,
Varios modos buscó de conseguilla,
Dando en las justas pompa á su hermosura,
Y á todo el mundo asombro y maravilla:
Hasta camino abrió y senda segura
Desde Toledo á su usurpada villa;
Que, como á intento fuera de camino,
Iba y venía por él su desatino.

»En este tiempo un moro valeroso,
De agradable presencia y alma moza,
Llamado Brabonel, sobrino brioso
Del rey que ahora gobierna á Zaragoza,
A Toledo llegó, y vió el rostro hermoso
Que el rico Tajo en sus riberas goza,
Y entrando en competencia con Bramante,
Perdió el antiguo por el nuevo amante.

»Es Brabonel galan, es cortesano,
Un fénix en primor y en gallardía,
Bravo en las guerras, en la paz humano,
De afable trato, lleno de hidalguía:
Bramante, un feroz bárbaro inhumano,
Sin término, lealtad ni cortesía:
No fué mucho llevalle allí del alma,
Como del cuerpo, la triunfante palma.

»Salió el jayan corrido en varios trances
Que entró con su contrario en competencia,
Dándole siempre el disfavor alcances
Del ofendido gusto á la impaciencia;
Hasta que al fin, por excusar los lances
Del desden, hizo de Toledo ausencia,
Como toro vencido, que al mas fiero
La vaca deja que seguia primero.

»A este castillo que á tu cuenta dejas,
Como á frontera á recogerse vino,
Donde, de agravios lleno y tristes quejas,
Su reino dejó el nuestro y el vecino,
Corriendo en riesgo y condicion parejas
Las leyes del cristiano y sarracino,
Sin respeto de fe, reino ni reyes;
Que quien vive sin ley no guarda leyes.

»Harto ya de afligir nuestra comarca,
Huyó á nuevo presidio y nueva tierra,
Dejando en esta su señal y marca,
Y en ambas, con crueldad, discordia y guerra;
Mas si es que ya la inexorable parca
En su vientre el rigor tirano encierra,
Restituye á su antiguo castellano
El vencido castillo de tu mano.»

Así el anciano moro persuadia
Su causa al de Aragon feroz caudillo,
Y en su alma amor y celos encendia
De Galiana el valor, con solo oillo,
Cuando huyendo vieron que venia
Un caballero; y otro, por herillo,
De la fuerza que puso en alcanzallo,
Al hacer golpe destroncó el caballo.

Salió lijero dél cual raudo viento;
Mas, viendo que es á pié seguirle en vano,
Al bosque se volvió, mudando intento,
Su bayo muerto ya en el fresco llano:
Ferragut le siguió, y el ya contento
Yucef, que si en la edad y el pelo es cano,
Niño es siempre el deseo hecho de antojos,
Y niñas las que miran en los ojos.

En medio el bosque, al pié de un sauce umbroso,
Un caballero vieron recien muerto,
Y el que á pié se volvió, tras un hermoso
Caballo de armas y sudor cubierto,
Queriale asir del freno, y él, brioso,
Huyendo hacia su trabajo incierto,
Cuando corriendo vieron que venía
Una doncella que favor pedía.

«Socorre, dice, ó Bahamel, la pena
De tu esposa y traicion de un falso amigo;
Que Arcali, el alma deste acíbar llena,
La lleva en su poder, yo soy testigo;
Y entre tanto que tú por la honra ajena
La tuya en guarda das á un enemigo,
Te la robó en la fuente cristalina,
De quien saliste á dar favor á Alpina.»

Quedó, con las heridas y el espanto
De las amargas nuevas, sin sentido
El triste caballero, en tierno llanto
De lágrimas y sangre convertido;
Y en Ferragut su pena pudo tanto,
Que, habiéndole el derecho concedido
De su venganza, se partió á hacella
Por donde habia venido la doncella.

Ella á guiarle no fué: quedó curando
Las llagas de su herido caballero;
Y él, su presta venganza deseando,
Por no perder sazon partió lijero:
De su perdida tierra al Rey dejando
Para la restaurar derecho entero,
Con que él, contento ya, sin mas seguillo,
A poner volvió cobro en su castillo.

Aquel dia y el siguiente anduvo el moro
Por la confusa selva sin camino,
Y cuando el sol entre celajes de oro
A templar comenzó su ardor divino,
Al doblar de una sierra oyó el sonoro
Murmurar de un arroyo cristalino,
Y á la ribera dél, entre las flores,
La choza vió de un hato de pastores.

Nunca soberbio alcázar fabricado
En colunas de mármoles preciosos,
Con ventanaje y torres almenado,
Léjos puso en su vista mas hermosos,
Que la humilde cabaña y su ahumado
Techo, y de los mastines perezosos
El frio ladrar; que al hambre y sus enojos
La boca le hace el juego, y no los ojos.

¡Cuán moderados requisitos pide
En su rigor la condicion humana,
Y en qué de partes la ambicion divide
Lo que al adorno incumbe y pompa vana!
Su cuerpo el moro entre las flores mide,
Y á la despensa rústica aldeana
Humilde pide moderada cena;
Que no hay mal pan cuando la hambre es buena.

Reformó de los rústicos manjares
Con el vientre tambien el apetito;
Que los pavos y tortas singulares
Las sobras siempre son de un gusto ahito;
Y viendo por los ásperos vallares
Subir balando el recental cabrito
A las maternas ubres, que, cargadas
De gruesa leche, buscan sus majadas,

Lo poco que quedaba de la tarde
De nuevo lo gastó tras su demanda;
Y al tiempo que mas hiere y ménos arde
El sol que sobre el mar de Cádiz anda,
Desde una sierra vió en vistoso alarde,
Con varias flores de una y otra banda,
Hacer, por entre un risco y dos alisos,
A una coluna de cristal mil visos.

Volvió la rienda el cuidadoso moro
A la luz de los vivos resplandores,
Y al pié del risco, sobre arenas de oro,
Una fuente bullir vió entre las flores,
Que de una en otra, en murmurar sonoro,
Al prado daba, en su llorar, favores,
Y con su claro estanque, al bajo monte,
De cercos de cristal bello horizonte.

Una cueva en su tumbo socavada
El yerto lomo de aquel cerro abria,
En lo mas firme dél incorporada,
Que de albergue á la fuente le servia;
De verde yedra y flores entoldada,
Que un taray con sus sombras defendia;
Y su virtud secreta convidaba
A no pasar de allí el que allí llegaba.

Entre el verde taray y los alisos
Un padron de cristal con sus reflejos,
Al caer del tibio sol, daba los visos
Que al moro hicieron señas desde léjos;
Y allí, entre las molduras de sus frisos,
Con letras y carácteres bermejos:
«Esta es la cueva y fuente del contento,
»Donde al vivo se sueña el pensamiento.»

Dejó la silla el moro, quitó el freno,
Y del prado hizo dueño á su caballo,
Entretenido por el bosque ameno
En el deleite y gusto de mirallo:
El yerto monte, de mosquetas lleno,
De verde yedra el revoltoso tallo,
Que por ásperos riscos y grimazos
Con mil vástagos da tiernos abrazos.

Y por gózarle la belleza entera
Al florido verjel fué sin trabajo,
Subiendo el monte humilde de manera
Que siempre el pié mas firme era el mas bajo:
Llegó á la verde cumbre, y por defuera
Del pendiente peñasco vió en un gajo
Escrito: «Esta es la cueva de Jorguines,
»Hada del sueño, fuentes y jardines.»

Miró en el fondo de la clara fuente,
Y vió nadar por ella peces de oro,
Y del mismo metal resplandeciente
La arena y guijas: admiróse el moro,
Y escondiendo la mano en la corriente,
Asió y probó á sacar de su tesoro
Lucientes piedras, que eran acá fuera
Pardas guijas y arena verdadera.

Con su oculta virtud el agua hacia
En sus cristales tan vistosos léjos,
Que oro, aljófar menudo y pedrería
Su arena y peces parecian de léjos;
Limpia, serena, trasparente y fria,
Al gusto dulce y de sabrosos dejos:
Templó el calor el moro con su hielo,
Y recostóse en el florido suelo.

Ya en esto el carro de la luz, volcando
El oro y rosicler del horizonte,
Sus argentadas crústulas bañando
De ámbar, bajaba á la raiz del monte,
Las blancas playas del Japon buscando,
Que en las de España aguardan se trasmonte,
Para hacer del barniz de aquella esfera
El nácar de su aurora y luz primera.

Saliendo al cielo oscuro, trecho á trecho,
Bellas centellas, Ferraguto hizo
Del prado alfombra y de las flores lecho,
Perdido entre las yerbas y el carrizo;
Donde, contando al estrellado techo
Los diamantes del carro movedizo,
Las penas, los cuidados y á su dueño
Sin sentir se llevó un sabroso sueño.

Y luego que el silencio á los sentidos
En dulce olvido puso sepultados,
Y á la interior potencia reducidos,
En otro nuevo mundo embelesados,
Entre jazmines y árboles floridos,
Sobre un soberbio risco fabricados,
Unos palacios vió, ó soñó que via,
Labrados del pincel que asombra el dia.

Los muros de alabastro, y las molduras
En negro y fino pórfiro cortadas,
De enlazados follajes y figuras,
En ventanaje y bóvedas sembradas:
Cien torres de cristal, cuyas alturas,
Con chapiteles de oro coronadas,
Las nubes buscan, y al subir sobre ellas
Vencen en luz y asombran las estrellas.

Eran las puertas de ébano bruñido,
Que un embutido de marfil esmalta,
Las bisagras de acero, y de fornido
Bronce el engace y nudo que las ata;
Con sierpes de oro el firme umbral ceñido,
Aldabones en máscaras de plata,
Lumbreras, claraboyas y balcones
Con rejas de mezcladas invenciones.

En nueve hermosos patios repartido
De la soberbia casa el rico asiento,
De altas colunas dóricas ceñido,
De fino jaspe en cada patio ciento;
De forma ovada, en perfeccion subido,
El cuerpo y arquitrabes por el viento,
En cuatro partes que al crecer descrecen,
Y entre las nubes vuelan y fenecen.

Las puertas adornadas de festones,
De istriadas colunas y de lazos,
Frisos, triglifos, ménsulas, cartones,
Acroterias, metopas y cimazos;
De oro y estuco piñas y artesones,
Frontispicios y bellos lagrimazos,
Y en las bóvedas y altos lacunarios
Varios florones y mosáicos varios.

De follajes vestidas y colores
Las antorchadas cimbrias y arquitrabes,
Las altas salas y anchos corredores
De historias llenas y sucesos graves,
Feroces guerras, bárbaros amores,
Al hecho fieros y al pincel süaves;
De alabastro los muros, y sobre ellos
De rica estofa mil tapices bellos.

Resplandeciendo con bajillas de oro
Las ricas mesas de precioso alerce,
A quien el grave peso del tesoro,
Por mayor majestad, agobia y tuerce;
Resonando en los techos un sonoro
Rüido, que parece que se esfuerce
De rato en rato, y que á su sueño breve
El gusto roba el de un amigo aleve.

El moro, que, aun dormido, se congoja
Por ver quién el rüido y golpes causa,
Y entrando en una sala, se le antoja
Que una voz tierna en resonante pausa
Dulce favor le pide, y que al que enoja
De su deleite á la amorosa causa
La vida quita, y con rabioso ceño
Tras los gustos prosigue de su dueño.

Entró á una cuadra, y vió en un rico estrado,
Sobre alcatifas de oro y pedrería,
La beldad misma que ántes, desvelado,
Amor le dibujó en la fantasía:
Un rostro de la luz del sol cortado,
Y en un dosel que su sitial cubria,
Con letras de esmeraldas y topacios:
«Esta es Galiana, y estos sus palacios.»

Dejó del rico adorno la grandeza,
De nuevo ardiendo su ánimo brioso;
Que amor en sueños crece la belleza,
Y el mas frio corazon vuelve amoroso;
Y á veces pinta con mayor destreza,
Entre el mudo silencio y el reposo,
La beldad en el alma, que seria
No tan bella quizá vista de dia.

Estando entre el deleite y los deseos
De la nueva ambicion de sus antojos,
Dando el rendido pecho por trofeos
Del halagüeño trato de sus ojos,
La cuadra llena de unos bultos feos,
Llevarle pareció en ricos despojos
La gloria que gozaba, y que queria
Defenderla del riesgo, y no podia.

Parécele que llevan la hermosura
Que en su pecho el amor pintó robada,
Y que á él no es posible, aunque procura,
Con brio en su favor sacar la espada;
Y al congojoso ardor desta apretura
El alma sin aliento alborotada,
Furiosa rompió el sueño, y de repente
Al márgen se halló de la ancha fuente.

Y como absorto en las figuras vanas
Que en vuelo huyen por la ebúrnea puerta,
Aun gozando sus luces soberanas,
La vista ni dormida ni despierta,
En el bosque sintió quejas humanas,
Y de un triste gemido la voz muerta;
Y en duda si es el doloroso acento
La verdad del soñado pensamiento,

Furioso deja la sonora fuente,
Y en abrigado escudo y firme espada
Al ciego bosque entró, por donde siente
Rastro de la afligida voz cansada...
Despues diré el suceso, que un prudente
Rey, el alma de penas rodeada,
Siento, para contarlas, que me llama
El á mí, yo á mi pluma, ella á la fama.

El bravo Alfonso el Casto, rey gallego,
Católico en la fe, en las armas fuerte,
Sabio en la paz, cuidoso en el sosiego,
Y en las guerras intrépido á la muerte,
Viendo abrasarse en belicoso fuego
La invicta España, con prudencia advierte,
En un largo discurso entretenido,
Los males que han de la ambicion nacido.

Con Toledo está Córdoba alterada,
Valencia contra Córdoba y Toledo,
Pamplona contra Huesca, y con Granada
Murcia y Guadix, Segovia con Olmedo;
Mérida en armas, Badajoz alzada,
Lisboa desierta, Portugal con miedo,
Lugo sobre el rio Miño, hecho un pantano
Con la reciente sangre de un tirano.

No se habia descuidado el rey brioso
Del áspero castigo merecido
Del traidor Mahamud, que en poderoso
Ejército y valor nunca vencido,
Sobre el rio de Galicia caudaloso
Lo fué á buscar, halló y dejó vencido,
Pasándole, en su campo y su castillo,
Cien mil aleves cuellos á cuchillo.

Murió peleando el moro caviloso,
A quien cortó Adelgastro la cabeza,
Adelgastro, un feliz brazo brioso,
Del rey Favila hijo y su braveza;
El que en Obona, sitio peñascoso,
De un real convento alzó la alta grandeza,
Y en el costoso cerco de Girona
Dos jayanes mató por su persona.

Este, la infiel cabeza desangrada,
Que en Mérida lo fué, sacó en la mano;
Con que dichosamente rematada
La guerra, y victorioso el rey cristiano,
A Leon volvió, dejando reformada
La tierra, y supo allí que el frances Mano,
Con soberbia ambicion y alma imprudente,
Contra las suyas levantaba gente.

Pudiera el rey leonés entrarse, á vueltas
De las civiles guerras de los moros,
Y á costa de sus bárbaras revueltas,
Ciudades adquirir, ganar tesoros,
Si las doradas lises, contra él vueltas,
No le fueran estorbo, y los sonoros
Clarines del ejército que marcha,
A su encendido fuego helada escarcha.

Mas, viéndose impedido, y obligado
A la defensa y guarda de su tierra,
El victorioso campo que ha sobrado
De Mahamud en la sangrienta guerra,
Que marche manda, y suba reforzado
Por Aviles, Fontible y la alta sierra
De Espinosa y Pomar, sin que en tal caso
Ebro le tuerza y le detenga el paso.

Y entre Santagadea y la Victoria,
A Pamplona se acerquen por Tafalla,
Y allí, hasta ser de Francia mas notoria
La venida, hagan muestra de esperalla;
Y á la rica ciudad, que por memoria
Pompeyo puso almenas y muralla,
Trabajen de abrasar; que es de importancia
Que no esté á devocion del rey de Francia.

Y á don Fortun Garces, rey de Navarra,
Favor se pida y paso afortunado,
Cuyo denuedo y corva cimitarra
Vencer sabe al frances en campo armado;
Y el breton, por temor de su bizarra
Gente, le da tributo acostumbrado,
Comprando á sus robustos roncaleses
La paz de un año en tres grasientas reses.

Al rey Marsilio, ya que no le pida,
Por su reputacion, favor España,
Como la que en la guerra mas temida
Jamas la quiso de otra gente extraña,
La paz á peso de oro concedida
A Aragon, por Galicia y la montaña
Se confirme de nuevo, y harto digo
Que España otorgue paz á su enemigo.

Así el rey Casto, en su sitial sentado
Entre sus ricos hombres, discurria,
En el gobierno y trazas desvelado
De lo que al reino y su salud cumplia,
Cuando para hablar en el Senado
Licencia pidió un jóven, que traia
Del muro de Sansueña y de su gente
Grave embajada para el rey prudente.

Fuéron de aquellos siglos fama honrosa
Los torreados muros de Sansueña,
Ciudad insigne, en gente populosa,
Lo que hoy es de Pamplona aldea pequeña:
El tiempo con su fuerza poderosa
Sus grandezas volvió una inculta breña,
Haciendo que esta suba y la otra ruede;
Que esto, y mas que esto, con sus vueltas puede.

Dícese que el famoso Ballugante,
Del primer Biarabí segundo hermano,
Con franceses despojos, de triunfante
Gente fundó el pueblo de su mano:
En muros y edificios elegante,
En sitio fuerte, en mármoles galano,
Famosa corte un tiempo, y del vecino
Pueblo competidores de contino.

Fué cárcel de la bella Melisenda,
En prision noble, su almenado muro,
Donde Gaiferos por inculta senda
Con las armas de Orlando entró seguro
A librar su cautiva, amada prenda,
Como la suya Orfeo al reino oscuro;
Mas si este la perdió por imprudente,
La suya dió al frances el ser valiente.

Ganóla el Casto Alfonso al rey Tidoro,
Y á su reino la puso por frontera,
De armas ceñida contra el pueblo moro,
Que en sangrientos rebatos persevera:
Tenian sus torres chapiteles de oro,
Y el firme muro, que de jaspes era,
Por mas emulacion contra Pamplona,
De almenado alabastro la corona.

De cien torres altísimas cargado,
Da su alcázar rëal espanto al rio,
A quien un soto de álamos cercado
De bosque sirve y de jardin sombrío:
Aquí Bastan, alcaide celebrado
Un tiempo de Zamora, con su brio
Sus fronteras enfrena, y aquel dia
Su mensajero al Casto Alfonso envia.

Diósele grata audiencia: entró, y besando
La mano al Rey, y habiendo conseguido
De hablar licencia el generoso Ovando,
Uno entre mil valientes escogido
Para este grave caso, levantando
La voz, dijo: «Señor esclarecido,
Sansueña y su virey, de tu alegría
Con mi persona el parabien te envia.

»Goces felices años la victoria
Que á Miño espanto dió, y la nueva guerra
A tus piés reales traya en triunfo y gloria
Cuanta honra el mundo en su ambicion encierra;
Y en trofeos dignos de inmortal memoria
La tuya asombre con su voz la tierra,
Y por ley de tu mano y estatuto
Parias te dén sus reyes, y tributo.

»Celebrando en real pompa la grandeza
De tu victoria, célebre jornada
Da á Sansueña Bastan, noble cabeza
De juventud florida coronada:
Entre alegres bohordos la braveza
De Zumail la vió sobresaltada,
Que á echar por tierra su almenada cerca
Con cien mil combatientes se le acerca.

»Por socorrer á Mahamud en Lugo,
De Nájera este ejército salia,
Que para echar de sí el infame yugo
De Córdoba y Hesen juntado habia;
Y el hado, que ya fué cruel verdugo
En la muerte infeliz de Harpalia,
Hijo de Zumail, le trajo un moro
A su corte, llamado Cardiloro;

»Hijo del rey que en Ayamonte tiene
Cetro sobre el tendido Guadïana,
Y nieto del que digo, á quien conviene
El reino por su madre Balhamana:
Pues este moro que á heredarle viene,
De ambicion lleno y de arrogancia vana,
Hecho dueño del campo, su real seña
Y el camino volvió para Sansueña.

»Llególe dentro en Nájera el aviso
De tu ilustre famoso vencimiento,
Con que de rabia hundir el mundo quiso
En cruel venganza y bárbaro escarmiento;
Y culpando á su pecho de remiso,
La jornada mudó, y trocó el intento:
Dejó la Rioja, y por camino llano
A Ebro el curso hurtó á la diestra mano.

»No huye de sus aguas perezosas;
Que en Sansueña ha jurado de bebellas
De Arga, y que á sus murallas espaciosas
Hombre no ha de dejar ni almena en ellas;
Y no son todas befas jactanciosas;
Que la cruel experiencia vuela entre ellas,
Y el bárbaro feroz, por donde pasa,
Todo en cruel fuego y en rigor lo abrasa.

»Trae voz de dar seguro y libre paso
Al frances, que ya marcha por su tierra,
Y á pesar nuestro, con sus armas raso
El fragoso camino de la sierra:
Este es, señor, de mi venida el caso,
Y aviso que te traigo desta guerra,
Deste nuevo enemigo á tu corona,
Unido á la de Francia y de Pamplona.

»Por Viana á Sansueña va derecho
Con grande orgullo y con mayor pujanza,
Y puesta tu ciudad en este estrecho,
Solo en tu real valor halla esperanza;
Que, aunque de Viriato el fuerte pecho
Volviese al mundo á gobernar su lanza,
En el presente riesgo, sin tu amparo,
Nuestro sabio temor haria mas claro.»

Dijo; y envuelta el Rey en mil cuidados
La casta alma y prudente fantasía,
Los unos de los otros atajados,
Ni en este asienta ni en aquel se fia:
No halla cuáles son los acertados,
Cuáles seguir ó desechar debria;
Que al discurrir de su alto pensamiento
Todo se altera y mueve en un momento.

Como tal vez con rayos tembladores,
En nocturna quietud, luna argentada,
De un jardin bello hiere entre las flores
Remansos sin color de agua espejada,
Reverberan los vivos resplandores
En la cercana bóveda dorada,
Y bullen sus vislumbres sin provecho
Los varios lazos del dorado techo:

Así el prudente Alfonso la inquieta
Fantasía baraja en varios modos,
Y al peso del gobierno, con discreta
Prevencion los tantea y mide todos:
Dan y toman el caso en su secreta
Consulta el Rey y sus valientes godos,
Buscando á tantos golpes de fortuna
Salida honrada, si ha quedado alguna.

Así, señor, en vuestro real consejo,
Presidiendo á sus graves senadores,
De sabia majestad sois limpio espejo,
Y al mundo repartis honra y favores:
Homero en letras, Néstor en consejo,
Freno al mayor, amparo á los menores;
Y así tambien os miro y considero
Armado de prudencia en vez de acero.

Allí, despues de varias opiniones,
Del consejo de guerra fué acordado
Que á toda diligencia las legiones
Del victorioso campo reforzado,
Con don Tibalte rompan los mojones
Del navarro distrito, y alojado
Sobre Sansueña pare, y entre tanto
Su corte pase á Búrgos el rey santo.

ALEGORÍA.

Garilo, que, huyendo de unos amigos en otros, con ningunos se asegura, significa la inquietud que consigo trae el vicio y quien le sigue, y cómo una mala conciencia á sí misma se lleva, donde quiera que va, por azote de su culpa.

En Argina librada por Ferraguto, en la historia y sucesos de su vida, lo mucho que importa tratar con buenos, pues no se interesa ménos que serlo por su intercesion.

Ferraguto, enamorado por relacion de la hermosura de Galiana, muestra que un hombre distraido, con cualquiera causa, por liviana que sea, se ocasiona á sus sensualidades.

En las parcialidades y guerras civiles de los reyes moros de España, se descubre el gran daño que viene á un reino de tener muchas cabezas, y lo que la ambicion sabe sembrar de disensiones, cuando halla dispuestos para ello los ánimos de los príncipes.

LIBRO SEXTO.

ARGUMENTO.

Cuenta Garilo una fábula á Orlando y á los suyos, á fin de divertirlos, preguntándoles cuál sea el don mayor de la fortuna. Descubre Bernardo, desde el navío persiano, una fresca isla, donde lleva á Orimandro para curarle; halla en ella á Gundemaro, un noble español, que, despues de curar al Rey sus heridas, hace á Bernardo una agradable relacion de sus infortunios.

Así en su sala real, de sabios llena,
El santo rey, en cetro y silla de oro,
Los graves casos de la guerra ordena,
Y al frances pone espanto, y miedo al moro,
Cuando en las sierras de Narbona suena
Del astuto Garilo el falaz lloro,
Con que engañado, á quien le escucha lleva
Al ciego enredo de su historia nueva.

Era Garilo de ánimo doblado,
En sutiles astucias atrevido,
Vario, cauto, mudable, recatado,
De enjuto rostro y corazon fingido,
De color verdinegro, retostado,
De erizado cabello, retorcido,
Los alterados ojos, aunque vivos,
Atraidorados al mirar, y esquivos.

De Mauregato el rey bastardo hijo,
En Girona nació de una aldeana,
En traicion siempre el pensamiento fijo,
Resabios de la leche catalana;
O el triste agüero que el furor predijo
De la paterna sangre mauritana,
Que ahora, en pomposo estilo y voz valiente,
Así engañando va la franca gente:

«Segun de mis mayores he aprendido,
Aquella sangre real hierve en mi seno
Que al triforme Gerion de cuello erguido
Doblado yugo puso y firme freno;
Y aunque en humildes paños encogido,
De reyes el linaje tengo lleno;
Que es el mayor valor que á una persona
Las obras le quilata y perficiona.

»Del caudaloso Tarno en la ribera
Un aldea humilde goza su frescura,
Adonde en busca de la luz primera
Dejé el antiguo seno en noche oscura:
Aquí tambien nació, que no debiera,
Por principio á mi ciega desventura,
La aldeana mas bella y mas lozana
Que jamas se vistió ropa aldeana.

»Si en humano retrato su belleza
Posible fuera ó lícito sacalla,
De rosas coronada la cabeza,
Gloria de la beldad fuera el miralla;
Mas sube á tal quilate esa fineza,
Que, á querer la arrogancia dibujalla,
A lo ménos perfecto no llegara,
Aunque el pincel de la aficion pintara.

»Nacimos juntos, y al igual nacia
Amor en nuestros tiernos corazones,
Que al blando trato y la igualdad crecia
De agradables placeres y pasiones:
Penas tambien entre el contento habia;
Que el amor donde faltan sinrazones
El tierno gusto con su dulce estraga,
Y aquello que apetece le empalaga.

»Son lo fino de amor los sinsabores
De un no sé qué de cierta niñería,
Y las mezcladas penas con favores
El dulce riego que lo aumenta y cria:
Ni en el campo el verano es todo flores,
Ni en amor todo gusto y alegría;
Antes, mezclados gustos y disgustos,
Del suyo son los verdaderos gustos.

»Entre esta variedad de sentimientos,
Ya temiendo, ya huyendo, ya esperando,
Grandes cosas pasé, en que mis contentos
Creciendo á veces fuéron y menguando:
Amor, á mis felices pensamientos
Ahora contradiciendo, ora ayudando,
Si la fortuna en algo me terciara,
Su triunfo estaba y mi victoria clara.

»Mas fué á mi blanda fe tan rigurosa,
Y á mis tiernos propósitos tan fuerte,
Que cuando la hallé mas amorosa,
Jamas sin un azar me salió suerte;
Y á quien con vista mira desdeñosa,
El tesoro en carbones le convierte;
Que cuantas glorias su inconstancia vende,
Son, si falta sazon, bienes de duende.

»Ya la ocasion, ya el tiempo me faltaba,
Ya el un estorbo al otro sucedia,
Ya el padre, ya el hermano me ocupaba,
Ya la luz, ya la noche me ofendia:
O no tenia cuidado ó me sobraba,
O ya me desvelaba ó me dormia;
Que donde no hay ventura todo es muerte,
Por bien que acuda al paladar la suerte.

»Eran mis inconstancias de manera
Que nada me acertaba á dar concierto,
Ni ser en el amor de blanda cera,
Ni al frio desden mostrar el pecho abierto;
Que el sabor y regalo que pudiera
Resucitar sin fe un amante muerto,
En mí era enfados de tibieza seca;
Que una desgracia hasta los gustos trueca.

»Y como el fino amor no es otra cosa
Que un reloj de artificio concertado,
O de pulso sutil y mano airosa
Un instrumento músico templado,
Que de su consonancia numerosa
Lo fino está en un punto delicado,
Cuya armonía, miéntras mas perfeta,
Con mayor disonancia se inquieta;

»Así cualquiera humilde niñería
Con tal facilidad nos alteraba,
Que á un blando soplo de aire parecia
Que el mundo con borrascas se anegaba:
Andábamos sin luz en medio el dia,
Ciegos tras el que ciego nos guiaba;
Gozando, entre temores indiscretos,
De un inconstante amor varios efetos.

»Del viejo Tarno en la ribera amena
Con cierta selva antigua está guardada
Una rústica cueva, en que se suena
Tener la primer agua su morada:
De verde orin y antiguas lamas llena,
Vi una pendiente peña socavada,
Adonde en fértil urna cristalina
El claro y fugitivo dios se inclina.

»De selva antigua, y húmeda alameda,
En confusa espesura rodeada,
En rama y hoja el bosque así se enreda,
Que el sol no halla á su frescura entrada;
Donde, vestido de amorosa seda,
De ovas la verde frente coronada,
De las ninfas en medio el casto coro,
El rio enjuga sus cabellos de oro.

»Yo aquí en la regalada compañía
De mi amorosa Gila entretenido,
De los bienes gocé en que amor tejia
Los graves males donde me ha traido:
Y aquí la noche de un siguiente dia
Venir los dos dejámos con olvido,
Para de mil fatigas y dolores
Coger el fruto y flor entre las flores.

»Fué concierto sin órden desastrado,
De amor y mocedad hecha de antojos:
Tiempo mas largo, dia mas pesado
Ni el mundo tuvo ni le abrió en mis ojos;
Ni de Faeton corrió mas abrasado
El cielo lleno de carbuncos rojos,
Que tú, Apolo, tuviste el alma mia
El largo curso de aquel corto dia.

»Ni del nuevo laurel aborrecida
Con tantas véras fué tu hermosura,
Ni de Tisbe y de Piramo tenida
Tu luz y tu beldad por mas oscura,
Ni de nadie tu ausencia pretendida
Con tanto gusto fué y con tal locura,
Ni á nadie con negar tus rayos diste
Noche mas ciega, confusion mas triste.

»Tuvo mi Gila á Silvio por hermano,
Y yo á Tarciso por mi caro amigo,
Tarciso, que, por fácil y liviano,
Le era entónces contrario y enemigo;
Y de mi amor y mi concierto vano
Solo este por mi gusto fué testigo,
Para traerme la fortuna al puesto
De la última miseria en que me ha puesto.

»Aquella noche, junto á la posada
Donde el tesoro de mi bien vivia,
Al tiempo de la seña concertada
El fiel Tarciso por me hablar venía,
Cuando de su enemigo en la celada
Cayó, que armado por su mal le habia,
Y con ir descuidado, obró de suerte
Que al oculto agresor le dió la muerte.

»El desangrado Silvio en tierra muerto
A la sazon cayó que yo llegaba
Al desdichado fin de mi concierto,
Y la justicia al matador buscaba:
Como pasar me vieron encubierto,
Y que sin ocasion me recataba,
Con la sospecha de ántes concebida
En los livianos pasos de mi vida,

»A la cárcel, de allí, y de allí á la muerte,
Sin mas culpa y razon, fui condenado;
Feliz engaño, venturosa suerte,
Si el verdugo lo hubiera ejecutado;
Mas la oculta verdad, diamante fuerte,
Que es encubierto sol entre nublado,
Cuando en mi bien pensé que anochecia,
Dió con su nueva luz principio al dia.

»Tarciso, de piadoso amor movido,
Intrépido al rigor de la sentencia,
A la cárcel se fué, y allí rendido,
Su culpa descubrió por mi inocencia:
¡Oh hazaña leal de pecho no fingido,
Digna de mas que humana reverencia,
Modelo de amistad, no de la tierra,
Donde tan poca fe y lealtad se encierra!

»Yo sin culpa quedé, y él condenado,
Y por mi libertad puesto en tormento
El viejo Alfeo, padre regalado
Del dueño de mi honesto pensamiento:
El libre vulgo, y su rigor notado,
Y el honor de su hija por el viento,
Juntarnos pretendió, y con solo un nudo
Atar todas las lenguas, y no pudo.

»Yo, que tan adelante mi ventura
Vi, cuando el tierno amor no me obligara,
De Gila la nobleza y la hermosura
Por grillos y cadenas me bastara:
Tuve ya mi bonanza por segura,
Mi buena suerte por notoria y clara;
Mas ni en fortuna sale bien sin cuenta,
Ni en el amor bonanza sin tormenta.

»Por mí Tarciso á muerte condenado,
Yo por su causa en gloria tan cumplida,
Fuera de ingrata villanía notado
No rescatar su muerte con mi vida:
De la cárcel, resuelto y arrojado,
Franquearle quise y pude la salida;
Al fin libre salió por traza mia,
Y yo de todo el bien que ántes tenia.

»Alfeo desde allí por sospechoso
En la muerte me tuvo de su hijo,
Y en Gila el dulce título de esposo
En un punto se dijo y se desdijo:
Acabóseme en esto el ser dichoso;
Sucedió nuevo llanto al regocijo,
Y en las alegres bodas, por lo dicho,
Silencio se nos puso y entredicho.

»Entre males y bienes navegando
Algunos dias fuí desta manera,
Mi Gila y la fortuna variando
Ya mis quejas de mármol, ya de cera,
Hasta que de una vez fué derribando
La máscara falaz y lisonjera,
Poniéndome por fin de su mudanza
Donde ni llega el bien ni su esperanza.

»Contra Tarciso el agraviado Alfeo
Modos para vengarse procuraba;
Si faltaba la edad á su deseo,
La ira y el coraje no faltaba.
Ved de fortuna el áspero rodeo
Por dónde el de mis cosas gobernaba:
Cierta dama á mi amigo entretenia,
Que Gila sospechaba que era mia;

»Y en aquel tiempo que la noche oscura
A los delitos da paso seguro,
De su amor á gozar la hermosura
Tarciso entraba por un roto muro,
Adonde algunas yo, en sazon segura,
Acudí á verle entre el silencio oscuro;
Y Alfeo, tras su venganza, las mas dellas
Contaba al cielo todas sus estrellas.

»Era un anciano labrador sin gusto,
Temoso, pertinaz, cauto y callado,
De hombros metido y de ánimo robusto,
De espesa barba y pelo ensortijado,
Cejas y labios gruesos, rostro adusto,
De juicio malicioso y porfiado,
Estrechas sienes y discurso duro,
Y en nunca perdonar villano puro.

»Pues como, entre otras noches, la postrera
A Tarciso acechase su enemigo,
Y yo al salir, en ronco acento, — muera
El traidor, — dijo; y ciego entró conmigo:
Sin sospechar ni conocer quién era,
El justísimo cielo me es testigo
Que, ántes de tener culpa, el pecho abierto,
Ante mis piés cayó, de un golpe muerto.

»Al caer conocí mi desventura
Y el contrario rigor del duro hado:
Salvéme, á vueltas de la noche oscura,
Del ciego pueblo contra mí alterado:
Ni disculpa bastó ni fué segura
Al corazon de Gila alborotado,
Más de rabiosos celos desabrida,
Que de ver á su padre sin la vida.

»Convino, por huir la infame muerte,
De dulce vida hacer amarga ausencia:
¡Ingrata Gila! pues por complacerte
Todo mi bien dejé ante tu presencia:
Si para despedirme y para verte
Me volviste, cruel, á dar licencia,
¿Por qué no me la diste?... Mas si dieras
Para quedar, señora, si pudieras,

»Pues, siendo ya forzosa mi partida,
La palabra me diste que bastaba
Para anudar la trabajosa vida,
Que incierta en mí y dudosa se mostraba:
La triste hora llegó á la despedida,
Y que no vuelva, dijo me mandaba,
Sin le llevar el don mas soberano
Que la fortuna ofrece de su mano.

»Y aunque grandes regiones he corrido,
Rastro de lo que busco no he hallado,
Ni quien á mi pregunta dé sentido,
Ni el punto alcance á ver de mi cuidado:
Lo que dar no se puede me ha pedido,
Porque en buscarlo muera desterrado;
Que no puede tener otra salida
Demanda al parecer tan no entendida.

»De una desgracia en otra, y de una en una,
Hasta morir por todas discurriendo,
Pidiendo sin juicio á la fortuna
Lo que ni ella entiende ni yo entiendo:
Ella no da felicidad alguna,
Y yo felicidad suya pretendo;
Y buscar bien perfecto de su mano,
Es pedir sangre noble al que es villano.

»Nuevo camino por el mundo abierto
En nuevas gentes tengo; que he cursado
Las escuelas de Aténas y el desierto
Egipto de hombres sabios habitado,
Sin á mi enigma hallar sentido cierto;
Y á no haber sus oráculos callado,
A la parlera Grecia fuera, á solo
Consultarle sus trípodes á Apolo.

»Ya al rostro incierto deste fin sin guia,
De la misma fortuna el rigor grave,
Sobre el estrecho mar de Africa un dia
Al sordo viento destorció la llave;
Cuyo soplo mostró que su porfia
Haciendo iba la mia mas suave,
Pues al cruzar por un mordaz bajío,
A mi solo salvó, y rompió el navío:

»Donde de hambre y sed me consumiera
Si con sola la muerte se vengara,
Y para darme mil no previniera
De un corsario sin ley la fusta avara;
Que no así presto en su voraz galera
De un remo me dió el cómitre la vara,
Cuando de mi tasado bien airada,
Con cien muertes quedó desagraviada.

»Quizá le enfada que ande por el mundo
Los puntos quilatando de sus bienes,
Cuál el primer lugar, cuál el segundo
En sus favores goce y sus desdenes,
Pues ni en la tierra ni en el mar profundo
Treguas conmigo quiere ni rehenes,
Enviándome, en la suerte mas contenta,
Riesgo en la tierra, y en la mar tormenta.

»Abre sus velas el corsario al viento,
La playa de menudas olas llena:
Acentos de placer y de contento
Es cuanto en las cercanas playas suena;
Mas la inconstante, cuyo fundamento,
Fabricado en las ondas, es de arena,
No tardó en tomar cuenta á esta alegría
Mas que en venir la noche y irse el dia.

»Vimos del sol la lámpara encendida
En el agua salada amortiguarse,
Y la noche, tambien de agua nacida,
Entre negros celajes levantarse:
La mar, alborotada y desabrida,
Con huecos tumbos de olas encresparse,
Viniendo siempre de Eolo en aumento
El frio soplo y destemplado aliento.

»Al fin, cuando apuntaba en el oriente
El nuevo dia de color de grana,
Sembrada en el salado mar la gente,
El sol la vió de su primer ventana;
Y de una roca el bergantin pendiente,
La blanca costa con la espuma cana
Amenazando está, y allí fortuna
Sus victorias contando de una en una.

»De la cercana playa en el arena,
Cual de antigua ballena vomitados,
Entre temor, entre alegría y pena
Algunos nos hallámos arrojados;
Y la ribera de despojos llena,
Volvímos á robar bienes robados,
Que á los pobres y ricos de contento
El estado trocó al trocarse el viento.

»El corsario murió, y los mas preciados
De su aleve inconstante compañía,
Y de la chusma cual y cual, llevados
Del gusto, fuéron tras su incierta guia:
Conmigo solos dos pechos honrados,
Que á un remo una cadena nos ceñia,
Se avinieron; y este alto dromedario
De lo mejor cargámos del corsario.

»Y aquellos seis aleves salteadores
Hoy á mis compañeros dieron muerte;
Y estos son, que he contado, los favores
Mas ricos y granados de mi suerte:
Visto habeis de mi mal los borradores;
Ved si alguno en vosotros hay que acierte,
Para mi bien, el don mas soberano
Que la fortuna ofrece de su mano.

»De tres años fué el plazo señalado
Para en su rastro desvolvér el mundo,
Y de los dos el uno es ya pasado,
Y mas de las tres partes del segundo.»
Dijo; y cual si quedara enagenado
De un grave pasmo y éxtasis profundo,
Hizo cierto ademan que, aunque fingido,
Dejó al de mas dureza enternecido.

Su traza y la elocuencia de su cuento,
De todos con blandura exagerada,
Cada cual desvelaba el pensamiento
En la pregunta rústica intricada:
¿Qué bien tiene fortuna de momento?
Qué gloria que no sea barnizada?
Qué soberano don Gila entendiese
Que el vario monstruo de importancia diese?

«Las riquezas serán, dijo un grosero,
Que es el don mas perfecto y deseado;
Que á quien vive en el mundo sin dinero,
El mas supremo bien es bien soñado:
Al rico el mas mordaz es lisonjero,
Y el pobre mas dichoso desdichado;
Si no, mostradme un rico con disgusto,
O algun pobre que en serlo halle su gusto.»

No pasó el catalan por ese engaño;
Que mil ricos halló sin alegría:
No se corta el contento de ese paño,
Ni solo el oro los placeres cria:
Midas nos servirá de desengaño,
Que un mundo en rubias masas convertia,
Y de hambre se acabara si los vanos
Tesoros no lavara de las manos.

Cuanto mas que el deseo de riqueza
Al compas que ella crece va creciendo,
Y el ver tan inconstante su firmeza
El alma va y el gusto carcomiendo:
La ayuna amarillez de la pobreza
Se está cuanto mas léjos mas temiendo;
Que al fin son bienes muertos, y no hay duda
Que los gobierne un monstruo que se muda.

Ricardo dijo: «En bienes de fortuna
En toda estimacion el mas cumplido,
Que acompañando sale de la cuna
Un hombre hasta las ondas del olvido,
Sin que le borre adversidad alguna,
Es sangre ilustre y parto bien nacido,
Don, aunque de fortuna, tan cuadrado,
Que quitar no le puede una vez dado.»

Alguno dió con la opinion presente
La duda por resuelta y acabada;
Mas, visto el caso con madura frente,
Felicidad salió poco fundada:
Mil reyes al nacer vió el sol de oriente,
Que al ponerse vió en muerte desastrada;
Y otros volar al cuerno de la luna,
De oscuros paños y de humilde cuna.

Silverio altivo, en ambicion fundado,
«El don, dijo, que Gila te ha pedido,
Del sacro imperio es el mandar hinchado,
Del ánimo mortal tan pretendido:
Si violar el derecho está vedado,
Por causa de imperar se ha permitido:
No hay carga tan pesada y mal tan grave,
Que no se vuelva con mandar suave.

»Y bien que en estos reinos de fortuna
No se puede alcanzar bien sin mudanza,
No hay en todo el creciente de la luna
Un punto, ó dure ó no, de mas privanza:
Si á la enigma desdice en cosa alguna,
Es no caber tal don en tu esperanza,
Ni en Gila, si ya no es que desa suerte
De sí te echase para nunca verte.»

Garilo respondió: «Cuanto se encierra
Del dulce mando en el pesado oficio,
Es en traje de paz sabrosa guerra,
Y con voz de virtud honrado vicio;
Que á los que hace dioses de la tierra
Su quietud les ofrece en sacrificio,
Y no es mas la grandeza del imperio
Que honrosa sujecion y cautiverio.

»Y á lo que dices, que en mi corto pecho
Pensamiento no cabe y don tan grave,
Quiero que sepas que en lo mas estrecho
Este ancho mundo y otro mundo cabe;
Y no es esta ambicion de mas provecho
De lo que la fortuna ordena y sabe,
Pues con trocar ó destrocar la mano
Cabe mas que eso en el valor humano.»

De la aguda respuesta en lo arrogante
Mostró el sabio español su ánimo altivo;
Que no hay en su nacion pecho importante
Que un pensamiento igual no tenga vivo:
El mas humilde en sangre al mas distante
De su humildad tal vez en rostro esquivo
Desprecia, y á pesar del parto inmundo,
Hijo se hace del sol, que es sin segundo.

Desta manera en pláticas sabrosas
Dulces porfias levantan y cuestiones,
Los unos de unas, y otros de otras cosas,
Sus discursos fundando y sus razones,
Hasta poner las penas amorosas,
Fortuna, entre la cuenta de tus dones,
Como si á amor ser ciego no bastara,
Sin que un ciego furor le gobernara.

Quien á tal opinion dió fundamento
No es posible que fuese enamorado,
O si lo fué, lo fué de cumplimiento,
Por algun caso de interes forzado,
Pues el fruto de un claro entendimiento,
Y la eleccion de un gusto regalado,
Hizo de la fortuna don escaso,
Que no da bien ni mal si no es acaso.

Orlando, ya despues que en largos cursos
Sobre el don altercaron de Garilo,
Conformándose que eran los recursos
De su viaje buscar la fuente al Nilo,
Cuando salian ya á nuevos discursos,
El al presente así le anudó el hilo:
«Todos han dicho, dijo, y yo podria,
Si entre tanta opinion cabe la mia.

»Y tú, villano, si á los varios casos
Que en sumario discurso has referido,
Y de tu vida á los mudables pasos
Con atencion hubieras advertido,
Mas claro los favores mas escasos
A tus enigmas dieran el sentido,
Y el oráculo allí vieras mas cierto
Entre tus mismas cosas descubierto.

»Y si la fama que á tu Gila has dado
Pintando su beldad, no es ingeniosa,
En el don que ha pedido se ha mostrado
No ménos avisada que hermosa:
Buscar lo que te falta te ha mandado;
Mira tú si te falta alguna cosa,
Y esa misma le lleva; que sin falta
Ninguno busca lo que no le falta.

»A burlar de tu enigma delicada
Parece mi respuesta dirigida.
¿Qué voluntad habrá tan ajustada,
Que no le falte ó sobre la medida?
Qué suerte tan perfecta y acabada
Saldrá sin un azar en esta vida,
Donde, cuando más rico estés de bienes,
Hallarás que te faltan más que tienes?

»Pues si todo su bien por este modo
La fortuna lo da al mas bien librado,
A quien le tiene ya dado del codo,
¿Con qué podrá dejarlo remediado?
Si no decimos que en faltarle todo
Le sobre todo el bien á un desdichado,
Y en no tener felicidad alguna
Tenga ganado el juego á la fortuna.

»Mas si se ha de entender de alguna suerte,
Y tu demanda tiene algun sentido,
Ya que en vida falaz sujeta á muerte,
Ni entre bienes de tierra hay bien cumplido,
El mas rico, mas dulce y de mas suerte,
De todo mortal gusto apetecido,
Es el que falta en ti, y á veces falta
Al que en fortuna echó raya mas alta.

»Y aunque buscar sin él feliz contento,
Buscar en ciega noche el sol seria,
Suele tener tan flaco fundamento
Cual le tiene la causa que le envia;
Y el bien que al irse hereda el sentimiento,
Es no haber visto el rostro á la alegria
Mas que para martirio á la memoria,
Quedándole del bien sola la historia.

»Pues, aunque esté conforme á su hechura,
Es, como los demas, de poco asiento,
Por aquel breve tiempo que nos dura
En nada halla estorbo nuestro intento:
Todo con su presencia lo asegura;
Enfrena el mar y desenfrena el viento,
Y de tanta deidad es su cadena,
Que á veces la fortuna misma enfrena.

»Cuanto sujeto á tiempo y á mudanza
Se ve en el claro espejo de la luna,
Cuanto cabe en deseos y esperanza,
Esta es en dispensarlo sola una:
Es la medida, el peso y la balanza
Y fuente de los bienes de fortuna,
Y aun suele subir tanto su creciente,
Que es la fortuna arroyo de su fuente.

»Es su nombre Ventura, y su ejercicio
Colmar de bienes al deseo humano,
Levantarnos las cosas de su quicio
Hasta darles renombre soberano:
Dorar con nombre de virtud el vicio;
Y en solo andar colgado de su mano,
No darás tropezon ni desatino
Que no te haga adelantar camino.

»La sangre, las riquezas, el imperio
Y todos los demas bienes colmados
Son infamia, pobreza y vituperio,
Si no vienen con esta acompañados:
Libertad sin ventura es cautiverio;
Los cautivos con ella libertados,
Y es tal, que pudo y puede entre mortales
Sacar males de bien, y bien de males.

»Sola esta, en el discurso de tu historia,
Si bien lo consideras, te ha faltado;
Esta en infierno convirtió tu gloria,
Y de una muerte en otra te ha arrojado:
Esta pues busca y halla, y de la escoria
Te volverá el crisol oro acendrado,
Y sin mover el pié ni alzar la mano,
Harás jornada y llegarás temprano.

Al fin del bien humano es los extremos,
Y aunque en esto no hay duda, todavia
Contar quiero una historia, en que verémos
Con su extraña verdad clara la mia:
Todas las cosas que en el mundo vemos,
Cuantas se visten de la luz del dia...»
Así Orlando empezó; mas yo á Bernardo
Mi pluma guio, y tuerzo el vuelo tardo;

Que ya le veo en el galeon persiano,
Vencido el Rey, y Angélica robada,
Triste, aunque victorioso; que es villano
Quien del ajeno mal no siente nada:
Curó al Rey las heridas de su mano;
Apaciguó la gente alborotada,
No siendo ménos blando que robusto
El que antes fué verdugo de su gusto.

Y no sabiendo para cuál derrota
Las velas amurar al tardo viento
Que en crespas olas con tibieza brota
Del cristalino y húmedo elemento,
Desde la gavia, al sur no muy remota
Una isla vieron de agradable asiento,
Que llena desde léjos se figura
De agradables florestas y frescura.

Parece alegre sitio acomodado
A curar al rey persa sus heridas,
Y que el vencido pueblo destrozado
Las fuerzas cobre entre el temor perdidas;
Y ver si halla tambien puerto poblado
Donde, de aquellas playas no sabidas,
Isleño natural ó gente extraña
Navío le flete en que volverse á España.

TECA PUBLICA LEON

La errada proa el práctico piloto
Al punto á sus cercanas playas vuelve,
Y de comun consentimiento y voto
La blanca costa en que surgir desvuelve:
Salta la chusma, crece el alboroto,
Suena el rüido, y el clamor revuelve,
Quebrado en ecos por las altas rocas
Que azotan los delfines y las focas.

Salió á reconocer Glauro la tierra,
Gran piloto y cosmógrafo persiano,
A quien Planco obligó á seguir la guerra,
Por haber muerto á Periarcon, su hermano:
Este subió á la cumbre de una sierra,
De adonde descubrió un florido llano,
Y en la mar, en la punta de un bajío,
Destrozos de una barca y de un navío.

A la orilla de un rio, entre las flores,
Sobre un pequeño monte, vió enredada
Una humilde chozuela de pastores,
Antigua, al parecer, y despoblada;
Desiertos los demas alrededores,
Y al esconce del cerro una ensenada
Playa figura y abrigado puerto,
Entre una selva y un peñasco abierto.

De la áncora mordaz el corvo diente
Firme agarró por el arena blanda:
Saltó Bernardo en tierra, y diligente
Al Rey llevar mandó de la otra banda;
Y un rico pabellon resplandeciente
Por el mucho oro y perlas, plantar manda
Sobre arrimos de plata y argollones,
En que repose, y curen sus pasiones.

Y en tanto que se planta y adereza,
Con corvo arco pasó tras un venado
Del bosque inculto la áspera maleza,
A la vecina cumbre de un collado,
Donde una humilde choza alzar cabeza
Vió alegre, y aunque sola, halló á un lado
Unas armas y escudo, y recien hecho
De yerba y flores un pintado lecho.

Púsose á atalayar desde la puerta
A un lado y otro, cuando junto al rio
Un hombre vió venir por la encubierta
Que al sol hacia el páramo sombrío,
Flaco, mustio, sin tez, la color muerta,
Aunque gallardo en el semblante y brio;
Que hácia Bernardo, en viéndolo, se vino,
Y él á encontrarlo le salió al camino.

Saludáronse afable y cortesmente,
Y humilde el español, pidió al isleño,
Si lo sabe, le diga de la gente
De aquella isla florida, y de su dueño:
Si es desierta ó poblada; si al presente
Sabe en ella lugar, grande ó pequeño,
Donde curar un caballero herido,
Que allí fortuna le arrojó perdido.

«Señor, dijo el isleño, esta ancha tierra
Toda es de suelo y clima desdichada:
Un mar profundo y áspero la encierra,
Desierta en lo demas y despoblada;
Y si algo habita aquí en discordia y guerra,
Es, á mi parecer, gente encantada
Que en fantasmas y bultos inhumanos
De noche cruza por los aires vanos.

»Poco há que la fortuna desdeñosa
Su arena hizo estampas de mi huella,
Con un viento y borrasca peligrosa
Que armó en el aire mi contraria estrella,
Quedando yo en su playa pedregosa
Vivo, para morir despacio en ella;
Que á quien, como ahora á mí, se muestra brava,
Por no acabar sus males no le acaba.

»Otro mancebo se salió conmigo;
Los demas sorbió el mar por sus riberas,
Y este sin culpa, mas que ser mi amigo,
Ya por los montes es manjar de fieras;
Que solo basto yo para testigo
De su inconstancia, y los que mas de véras
En su rueda midieron altibajos,
Ni se vieron tan altos ni tan bajos.

»Es de mi vida larga la tragedia,
Y tal, que amarga aun el contar la historia;
Que mientras un dolor no se remedia,
Siempre es pesada y triste su memoria:
Vamos á ver tu herido; que en la media
Ladera deste monte, si en mi gloria
Mi seso no quedó tambien deshecho,
Una yerba he notado de provecho.

»Y aun, segun de tus armas las señales,
No á ti te dañará el precioso pisto:
Remediará siquiera ajenos males
Quien ya los suyos sin remedio ha visto.»
Dijo; y Bernardo con palabras reales
Las gracias rinde; y él en paso listo
A toda diligencia va, y revuelve
Mil yerbas, y una entre ellas coge, y vuelve.

Llegaron á la playa, y en su lecho
Al rey de Persia hallaron desangrado;
Que en la mudanza y ejercicio hecho
Se habian las rojas llagas reventado:
Mostró el médico allí su hidalgo pecho,
Y de la yerba el bálsamo preciado,
Mitigando el dolor de las heridas,
Que las dejó, á dos curas, guarecidas.

A los demas heridos, de su mano
Curó en término hidalgo y modo afable,
No obstante que traia el rey persiano
Consigo á Eleno, médico notable,
De manos cruel, y corazon villano,
Y demas de ser áspero y mudable,
Mas erres tuvo al grado y mas errores
Que Roma y sus primeros fundadores.

Pero el favor, que donde quiera manda,
Mandó que sabio y acertado sea;
Que la salud, si el mal se le desmanda,
Dios la da sin que el médico lo vea:
Ni el fuego aprieta ni el aceite ablanda
Si él no da la virtud; ni nadie crea
Que la purga le mate ó le dé vida
Si no es la eterna ordenacion cumplida.

Esto es del vulgo, y del que hizo á Eleno,
Por favor, protomédico persiano;
Que nadie ignora que contra el veneno
La triaca halló el saber humano;
Y una yerba el isleño entre aquel heno,
Con cuyo jugo y su prudente mano,
Por naturales términos regidos,
Al Rey sanó y á los demas heridos.

Agradó tanto al valeroso godo
Del esculapio nuevo la cordura,
El trato afable, el cortesano modo
De sales lleno y grave compostura,
Que, deseoso de saber del todo
De su vida el suceso y la ventura
Que en dolor vivo y esperanza muerta
Le echó en parte tan áspera y desierta,

Un dia, al delgado viento de la playa,
Sobre una roca en que la mar batia,
Y al resurtir en una corva raya,
La blanca espuma aljófares bullia,
Sirviendo á sus cristales de atalaya,
Y haciendo dellos mas alegre el dia,
Puestos los dos entre el peñasco fijo,
Así al isleño el español le dijo:

«Las muchas partes que el valor descubre
En las noblezas de tu heróico pecho,
Y la sabia prudencia que en él cubre
El dolor fiero en que le traes deshecho,
Cuanto con tu recato mas se encubre,
Tantas mayores cosas dél sospecho,
Y hallo en sus señales y costumbres
De un hidalgo español claras vislumbres.

»Sácame desta duda, y pueda ahora
Contigo algo el amor que en mí has hallado;
Dime de la fortuna burladora
Las varias vueltas con que aquí te ha echado:
Cuéntame, en fin, tu vida y su mejora,
Si alguna en esperanza te ha quedado,
Y cree, si aquesto mucho te parece,
Que ya lo que te estimo lo merece.

»Y mas te juro, en fe de caballero,
Que jamas por mi culpa te arrepientas
De haberme hecho este gusto, con que quiero
Que solo el tuyo en mis intentos sientas;
Y si en los tuyos puede un verdadero
Amigo aprovecharte, me consientas
Que ocupe yo el lugar del que te falta,
Pues no la hay en mi amor ni en fe tan alta.»

Dijo; y el noble isleño entre no poca
Confusion se halló corto y atado,
Oyendo al caballero de la Roca,
Que así el bravo español era llamado.
Es fuerza obedecer por lo que toca
Dar gusto al que es de todos adorado;
Mas halla sus discursos tan extraños,
Que no los contará en un siglo de años.

Admírase tambien que en su pregunta
Le llamase español por alabanza;
Que en tan tierno sugeto se halle junta,
Con tan grande braveza, tal templanza:
Al fin, aunque ni entiende ni barrunta
Que sea quien es, conoce en su crianza
Que es digno de que en todo le obedezca,
Y que él lo mismo que le ofrece, ofrezca.

Y así le respondió: «Pues que no puedo
A tan nueva merced dar recompensa,
Ni á las obligaciones en que quedo
Pagar sin le hacer notoria ofensa,
Con referirte el espantoso enredo
Y aquella nube de peligros densa
Que aquí me despeñó en eterno luto,
Te habrá pagado mi alma su tributo.

»Es España mi patria, y en España
El reino de Leon, y allí Abiados,
Un castillo en que al pié de una montaña
El rey Fröila nos dejó, heredados
De los ínclitos condes de Saldaña,
De aquellos cuatro tengo dos costados;
Los otros, por mi padre don Ramiro,
Son de la sangre real de Gundemiro.

»Es mi nombre Gundémaro, y yo todo
De la nobleza montañes nacido,
Criado en el palacio del rey godo,
Y de su corte y dél favorecido,
Hasta que el tiempo por extraño modo,
De mi enemiga estrella compelido,
Mudó el curso feliz, y ya impedida
Su corriente, trocó la de mi vida.

»Ya por tres veces la inconstante lumbre
Que desde el primer cielo el mar revuelve,
Sus mudanzas siguiendo y su costumbre,
En plata el oro de sus cuernos vuelve;
Y otras tantas, faeton de su vislumbre,
Le bañó el hueco rostro que desvuelve
De las tinieblas los ocultos casos,
Y en los hurtos de amor medrosos pasos:

»Despues que, ausente á la asturiana corte,
Al curso voy de mi contrario sino,
Ciego en la tierra, y en la mar sin norte,
Y aquí y allí sin rumbo ni camino;
Fuera de estilo, y de hallarle corte
De mi vida al confuso desatino,
De una desgracia en otra, y de una en una
Exprimentando azares de fortuna.

»Por la ambicion francesa el rey de Astúrias,
Que es mi rey, está en grave estrecho puesto,
Contra cuyas montañas las tres furias
Han conmovido de la tierra el resto;
Y á mí tambien del tiempo las injurias
Traido me han á este escondido puesto
Por la misma ocasion; que un desdichado
Hasta el ajeno mal halla á su lado.

»Despachó embajadores el rey Casto
A los circunvecinos reyes moros
Por favor de dineros; que al gran gasto
De la guerra son cortos sus tesoros:
¿Mas para qué sin fruto el tiempo gasto
En cuentos largos de rodeos sonoros,
Si al ancho curso de la pena mia
Cualquiera tiempo es corto, y breve el dia?

»Fué destas embajadas mia la una
Al toledano rey y al de Granada,
Y ocasionada dellas mi fortuna,
La suya comenzó con mi jornada:
Llegué á Toledo, y mi creciente luna,
Allí de dicha y de favor colmada,
A menguar comenzó por el camino
Que luego hice al reino granadino.

»Supe que al Rey en una alegre caza
Robó su Dolarice un jayan fiero,
Y que á una fuerte inexpugnable plaza
La llevaba con solo un escudero:
Juzgué el poner en socorrerla traza
Precisa obligacion de caballero,
Y hacer al Rey y al reino mas propicio
Con la nueva ocasion de tal servicio.

»Dejé mi gente, y tras la justa empresa
Por la espesura entré de una montaña;
Perdíme por tomar una atraviesa,
Con la ignorancia de la tierra extraña;
Y de una selva en otra, y desta en esa,
Cruzando á tiento el monte y la campaña,
Sin camino, sin senda ni sin guía
A Málaga llegué perdido un dia;

»Donde, de una galera de corsarios
Que echó á la costa un áspero levante,
Y del furor del tiempo y sus contrarios
No quedó dellos vivo hombre importante,
Entre otras presas y despojos varios
Que dió y quitó la mar, como inconstante,
Fué una cautiva hermosa á maravilla,
Que cual perla oriental salió á la orilla.

»Y sin ser su riqueza conocida
De la codicia bárbara insaciable,
En almoneda pública traida,
Se puso en precio el suyo inestimable;
Y en pujas y pregones distraida,
La beldad se vendió mas agradable
Que en cuanto alumbra el sol y el mar encierra
El cielo puso á vistas de la tierra.

»Una honesta y bellísima doncella,
De luces llena y varios resplandores,
Rodeada al cuerpo un almalafa bella
De un rico zarzahan de mil colores;
Su cara un cielo de beldad, y en ella
Mas gracias que hay en el verano flores;
El cabello que al ébano excedia
Mas blanco el cuello de marfil volvia.

»Unos rasgados ojos, que en mi alma
Dos ventanas rasgaron á su gloria,
Con dos arcos de amor al triunfo y palma
Con que le dió en la mano la victoria:
Su bella frente aquesta playa encalma
El viento que la bulle mi memoria,
Y los labios y dientes de su boca
El coral y las perlas desta roca.

»Al cuello humilde una cadena floja,
Los vergonzosos ojos en el suelo,
Las dos mejillas que, con perlas moja,
De la color del rosicler del cielo:
De dolor traspasada y de congoja,
Y yo de compasion y de recelo,
Lo que allí obró en mi alma su fatiga
La piedad dejo que por mí lo diga.

»En pregones todo esto se vendia
Al tiempo que llegaba yo á la feria,
Y el corazon, que sin temor venia
A dar conmigo en la última miseria:
Quedé ciego en la luz que muerta vía;
Juntóse á mi dolor nueva materia
Con verme pobre; que en cualquiera paso
Hace, ser rico un hombre, mucho al caso.

»Vía venderse todo mi tesoro,
Yo sin caudal ni crédito en la plaza,
Y que el dinero de un plebeyo moro
A eterna servidumbre le amenaza:
Vendí mis armas y unas piezas de oro,
Que hicieron de mi amor alarde y plaza,
Y con dos mil cequíes, por esta vía,
Di libertad á quien quitó la mía.

»—Bella cautiva, me llegué y le dije;
Noble prision de honrados corazones,
Si á quien nació para prender le aflige
Verse sujeta á bárbaras prisiones,
Y ese gallardo corazon que rige
Del gusto el reino y del amor los dones,
Está en su libertad, yo sin ninguna;
Que así trueca sus suertes la fortuna.

»Si mi pobreza dí por tu tesoro,
Tambien por tu rescate un reino diera:
Solo me queda esta cadena de oro
Para enlazar tan bella prisionera.—
Así dije; y quitando la del moro
Puse la mia, y ella por de fuera
El bello rostro del color mas fino
Que abre en la rosa el aire matutino.

»Fuése tras mí, despues de asegurada
Que solo con lo hecho pretendia
Ponerla en noble libertad honrada,
Salva de toda fuerza y demasía;
Y de mi trato y término obligada,
Que es lo que amor hidalgo engendra y cria,
Y satisfecha ya por mil maneras
Que no trataba engaños, sino véras;

»Despues de haber con nuevo juramento
En mí su honestidad asegurado,
Y al recato y las trazas de su intento
El secreto y prudencia encomendado:
—Sabe, leonés, me dijo, estáme atento,
Que á mas que esto quien eres me ha obligado:
Yo soy, para morir en tu obediencia,
La triste Arlaja, infanta de Valencia,

»De Zulema sobrina, hija de Abdalla,
Cuyo es el reino cordobes de hecho,
Que el soberbio Aliatan usurpa y halla
Que viene á su ambicion corto y estrecho:
Mató á mi tio en una cruel batalla,
Y á mí padre quitó todo el derecho,
Y hoy, apretado del poder tirano,
Solo gobierna el pueblo valenciano.

»Deste soy hija, y de Algaycel hermana,
Un valiente y gallardo sarracino,
Del cetro y la corona valenciana
Y el reino cordobes sucesor dino;
En cuya compañía una mañana,
Saliendo á caza al bosque mas vecino
Del castellano Júcar en la boca,
Con que al sucrense golfo besa y toca,

»Fuése toda la gente repartida
Tras varias cazas por el bosque espeso,
Y yo tras una cierva entretenida
Que levantó el ladrido de un sabueso:
Gran rato anduve, sin sentir, perdida,
Cuando la suerte de mi hado avieso
A la playa del mar me sacó sola,
Cual perdido bajel entre ola y ola.

»Fuí á dar, sin ver por dónde, en la celada
De una enemiga fusta de cristianos
Que, de unas cañas dulces amparada,
Cruzaba del rio Júcar los pantanos;
Donde, de su violencia arrebatada,
Con el suceso y con la presa ufanos,
Temerosos quizá del enemigo,
Libres se hicieron á la mar conmigo.

»Yo, por asegurar que su violencia
Algo en agravio de mi honor no trate,
Quién era dije á todos en presencia,
Prometiendo á cada uno gran rescate:
Miráronme con nueva reverencia,
Y dando en ello trazas, un debate
Así se ocasionó entre dos villanos,
Que de lenguas vinieron á las manos.

»Fué creciendo el enojo de manera,
Sobre quién mi persona guardaria,
Que espada no quedó ni vida entera
De cuantas ántes el saetin traia:
Vino la noche tenebrosa y fiera,
Creció la mar y el viento, y cuando abria
La luna su ventana en el oriente
Dió otro barco en el nuestro de repente.

»Saltaron dentro algunos, y admirados
De la espantosa mortandad sangrienta,
Ya en su primer temor asegurados,
De solos mis despojos hacen cuenta;
Cuando el viento mas grueso en mas hinchados
Tumbos la mar parió ciega tormenta,
Dividiendo el rigor del turbio charco
Los presos bordos de uno y otro barco.

»El mio aquella noche y otro dia
Con el viento y la mar fué porfiando,
La costa huyendo que de léjos via
De espuma y arrecifes blanqueando;
Pero ya al tiempo que la luz salia
Entre pardos celajes, trastornando
Arbol, velas y entenas, dió el navío
Deste muelle en la punta de un bajío.

»De seis que dentro echó el furor en vano,
Los tres huyeron del perdido leño;
Los otros degolló el vulgo liviano
Que por esclava á tí me dió en empeño;
Y aunque al principio el trato fué villano,
En darme, hicieron, tan honrado dueño,
Que adore de fortuna el desatino,
Pues no tuvo tal bien otro camino.

»Ahora querria, señor, si á tí te agrada,
Que ántes que aquí de nadie sea sentida,
Ó por mar ó por tierra disfrazada
A mi patria me vuelvas conocida;
Que yo te doy palabra, en fe de honrada,
Que aunque me vea reina obedecida,
En ménos tenga el cetro y mas le huya
Que el título y blason de esclava tuya.—

»Así mi bella valenciana dijo;
Y yo, de nuevo puesto en mil cuidados,
De alegre sobresalto y regocijo
En verlos, sin pensar, bien empleados,
Hacer el viaje por la mar elijo,
Y en un lijero bergantin fletados
A cuenta y riesgo de un anciano moro
Y cien cequíes de una cadena de oro.

»Al tiempo que en las puertas del oriente,
De azucenas y rosas coronada,
La aurora rompe el velo transparente
Que la luz de oro en sí tiene guardada,
El barco, á vela y remo diligente,
La punta dobla de trofeos sembrada
Que á la torre de Vélez hurta el viento,
Y á ella la mar su carcomido asiento.

»Y con el fresco soplo de un lebeche
Que embistió en popa la latina vela,
La corva playa de la mar en leche
Lijero pasa, y engolfado vuela;
Y sin que el viento el lleno lienzo estreche,
A Almuñécar descubre, cruza y cuela
Por su abrigado puerto puesto enfrente,
Seguro de los vientos del poniente.

»A Salobreña y á Motril dejámos
Hirviendo su arenal en blanca espuma,
Y tras el sol y el dia nos entrámos
Por Castilferro, y ántes que consuma
Su soplo el aire, al alba despertámos
Encima las Roquetas, y allí en suma
Dimos á nuestro curso cristalino
Tres veces treinta millas de camino.

»Echóse el aire al levantarse el dia,
Por mostrarnos despacio la frescura
De los bellos jardines de Almería,
Y de sus palmas la rayada altura;
De Nicia la preciosa pedrería,
Que, como el cielo con la noche oscura,
Por su playa y collados centellea,
Y al sol convida que en su luz se vea.

»Calmó ya aquí de todo punto el viento
Entre el Algaida y sus floridos ramos,
Y por gozar del agradable asiento,
Una caleta de la mar buscámos:
Acabó aquí su curso mi contento
Y el viaje que conformes comenzámos;
Aquí perdí mi bien, de aquí mi hado
La tragedia empezo que aun no ha acabado.

»Hambroz, un fiero bárbaro arrogante
Que degolló á Toledo su nobleza,
Y en favor de Aliatan puso en levante
La tierra en riesgo, el reino en estrecheza,
Desde la fortaleza de Alicante
Con fustas espantaba y con braveza
El mar de España, y la desdicha mia
Surto en Algaida le halló aquel dia.

»Fué á dar nuestro bajel en la encubierta
Donde entre flores retirado estaba,
Y allí apénas su armada descubierta,
Huyendo el barco como entró tornaba;
Mas no salta tan viva ni despierta
Vivora altiva ni serpiente brava
Tras el gazapo que en las yerbas siente,
Como á la nuestra se arrojó su gente.

»Cercaron el batel: fuénos forzoso
Hacer para mas daño resistencia;
Mas contra un enemigo poderoso
El escudo mejor es de paciencia:
Yo sin armas, el trance peligroso,
El pensar defendernos imprudencia:
Al fin quedó nuestro poder rendido,
Presa de nuevo Arlaja, y yo herido.

»Conocióla el corsario, y como amigo
Y vasallo, en caricia cortesana,
Humilde y grave la llevó consigo
A un bello y rico estrado de oro y grana;
Que si era hija de Abdalla, su enemigo,
Tambien de su rey era prima hermana;
Y aunque los reyes sigan sus rencores,
Siempre son los demas sus inferiores.

»Admiróse de verla en tal estado;
Supo el suceso, y luego determina
En lijero batel de oro entoldado
Enviarla en pompa á su grandeza dina:
Yo sin provecho herido en un costado,
Privado del vivir por medicina,
Quedé con el corsario, el gusto en calma,
Y por sanar el cuerpo muerta el alma.

»No quiso Hambroz, por causa de la herida,
Que en compañia de la Infanta fuese,
Como si fuera remediar la vida
Hacer que ausente de mi bien muriese:
Dióle su fe que, en siendo guarecida
La llaga y que en mejor salud me viese,
Con aparato y real munificencia
A su servicio me enviará á Valencia.

»Con esto me quedé, y la bella Arlaja
Pasó ántes de embarcarse por mi lecho,
Donde con tiernos ojos y voz baja,
—Adios, dijo, tesoro de mi pecho;
Mira por tu salud;— y aquí le ataja
La lengua un nudo de congojas hecho;
Y el corsario tambien, que á verme vino,
Y á embarcar á la Infanta de camino,

»Fuése, y quedé con la esperanza á solas,
Luchando entre temores y sospechas,
Engolfada en memorias, cuyas olas
En un ausente son tristes endechas:
Colgado el gusto y la salud de solas
Las dos palabras últimas, deshechas
En bálsamo de amor, que la herida
Sanó al cuerpo, y al alma dió la vida.

»De Algaida hizo el moro por la costa
Al descuido importantes correrías,
Hasta que al puerto y su canal angosta
De Caridemo, que robó esos dias,
Sus desdichas llegaron por la posta,
Y á dar triste remate en sus porfías
La armada. Berberuz, otro corsario
Que en Córdoba es de Hambroz bando contrario,

»Seguia la parte y opinion de Abdalla
En aquella reñida diferencia:
Encontró la ocasion yendo a buscalla,
Y puso en no perdella diligencia:
No venia el fiero Hambroz á dar batalla,
Sino solo á meter gente en Valencia;
Que los cristianos se decia por cierto
Que con su armada estaban de concierto.

»Y que un rico convento que tenia
La iglesia del gran mártir san Vicente,
Darles el muro libre pretendia,
Y meter dentro en la ciudad su gente:
Hizo reseña allí, y aunque la via
En número inferior, no en ser valiente,
Ni humilló el brío ni perdió el decoro;
Que es hidalgo y de Córdoba, aunque moro.

»Pelearon con crueldad ambos corsarios
Sin sentirse al principio mejoría;
Que en trances de armas y sucesos varios
Neutral fortuna su timon regia;
Hasta que ya en favor de sus contrarios
A Hambroz fué descreciendo con el dia,
Siendo aquel el postrero de su gloria,
Y de Valencia el triunfo y la victoria.

»Murió como valiente el africano,
Y los suyos con él sin quedar uno,
Yo preso, y tal me vi, que por mi mano
Quise dar fin á mal tan importuno:
Venia con el corsario valenciano
El príncipe de Fez, con quien ninguno
En gallardo, discreto y animoso,
Si á competir llegó, fué victorioso.

»Este, no sé por cuál rigor de estrella,
En la batalla se encontró conmigo,
Y mudable, en lugar de fenecella,
De contrario cruel se volvió amigo:
Dióme fortuna su amistad, y en ella
Por un breve favor largo castigo;
Que nunca sabe dar á un desdichado
El bien cabal ni el mal sin ir doblado.

»Así de Abenragel la amistad vino
A ser nueva ocasion de desventura,
Y tanto dió en quererme el sarracino,
Que ya era, mas que voluntad, locura:
En fiesta, en burla, en véras, de contino,
A cualquier hora, tiempo y coyuntura
Habia de estar conmigo; y si no estaba,
En nada gusto ni contento hallaba.

»Ya Berberuz su victoriosa armada,
Al dulce son de la sonora trompa
Con que la fama suena sobornada,
Su nombre invicto en grave aplauso y pompa,
Por la mar, de sus golpes asombrada,
Manda que el espolon sangriento rompa
La vuelta de Valencia, donde vea
En su triunfo el estruendo que desea.

»Cobré la vida cuando supe cierto
El fin de la batalla y la derrota,
Y que iba ya en el Grao á tomar puerto
Al son de mil clarines nuestra flota:
Llegámos; y de léjos descubierto
El real palacio, mi alma se alborota
Con un muerto placer, tibia alegría,
Que sus nuevas desdichas le advertia.

»Y aunque sin gusto el corazon, y en duda
Por el frio recelo que en él mora,
Así en lenguaje muerto y habla muda
Sus torres salva y su muralla adora:
—¡Oh alcázar bello, cielo en quien se muda
El vario curso de mi bien cada hora,
Centro al deseo, blanco de sus tiros,
Esfera donde vuelan mis suspiros!

»¡En tí está la belleza en quien mis ojos
Sus gustos empeñaron y alegría,
Y el triunfo donde amor por sus despojos
La libertad colgó del alma mia!
¡Ricos palacios, fin de mis enojos,
Sálveos el cielo, y con la luz del dia
En feliz vuelo vuestros techos de oro
De gloria bañe, como á mí de lloro!

»Así de veloz tiempo el curso humano
Con agradables vueltas solicite
A vuestras flores inmortal verano,
Que á no morir jamas las resucite;
Y desta playa el cristalino llano
Con ricas perlas y coral visite
Vuestros umbrales de oro, y á pié enjuto
De lo mejor del mundo os dé tributo.

»Que á mis gustos presteis dulce acogida,
Y á un extranjero fiel noble hospedaje;
Que, siendo tesoreros de mi vida,
Grave traicion será hacerme ultraje;
Y á esa hermosa cautiva, á quien rendida
Mi alma está en humilde vasallaje,
Le deis nuevas de mí, digais que vivo
En fe de ser de su beldad cautivo.—

»Así decia yo en mi pensamiento
Miéntras el real bajel iba á dar fondo;
Y el piloto sagaz, al rumbo atento,
La áncora corva y el boyal redondo
Apresta, y con la sonda mide á tiento
El lugar mas seguro y ménos hondo
Donde surgir, y la demas canalla
Salta en la arena en el lugar que halla.

»Llevóme el noble Abenragel consigo,
Donde ántes enviado el alma habia,
A ver al Rey y hablalle por amigo,
Y la ocasion buscar de mi alegria:
Fué, como suele, el tiempo mi enemigo,
Pues ni por esta ni por otra via,
En muchos dias que en su corte estuve,
Ni órden de hablalla ni de vella tuve.

»Mi amigo, á quien quizá en igual cuidado
O poco ménos mi desdicha puso,
Y de la bella infanta enamorado,
El no poderla ver triste y confuso,
Un dia, por me dejar mas obligado,
A contarme sus males se dispuso,
¡Extraño caso! que una misma suerte
Me restauró la vida y dió la muerte.

»Contóme en suma el todo de su vida
Sin pensar que tuviese parte en ella,
Que un año habia la traia perdida,
Desvelado en servir la infanta bella;
Y aunque era siempre aceda y desabrida,
Al fin dejaba que pudiese vella;
—Mas ahora, dice, está tan retirada,
Que de sí misma y quien la ve se enfada.

»Despues que por descuido de su hermano
En Júcar la prendió un corsario un dia,
Y rescatada fué por un cristiano
Que Hambroz quitó la vida en Almería,
Nunca el alegre rostro soberano
El lustre ha dado en ella que solia:
Con sus doncellas retirada vive;
Que un muerto gusto en nada le recibe.

»Deseo, pues ya como solia no puedo
Del dulce bien gozar que ausente adoro,
Con la invencion de algun sutil enredo
De mis males contarle el gran tesoro;
Que lo que amor no pudo, quizá el miedo
Causar podrá del importuno lloro;
Trocando en algo aquel altivo pecho,
De blanda nieve y pedernales hecho.—

»Así el de Fez envuelto en su cuidado,
Y fuera de los mios me contaba
De su mal lo presente y lo pasado,
Y contra mí de mí se aconsejaba:
Habia un sarao y música trazado;
Y viendo que la Infanta se excusaba,
Trocó en darle una música el ornato
De su rëal grandeza y aparato.

»La plata de los cuernos de Diana,
Ya envuelta en las cenizas del poniente,
Con los retintes de color de grana
Tibia volvia su luz resplandeciente;
Y entre el mudo silencio y sombra vana
Sembraba el sueño olvidos en la gente,
Y de la Vía-láctea el tesoro
El aire oscuro de centellas de oro;

»Cuando de Abenragel el aparato
Salir la noche vió de su posada,
En unas ándas negras su retrato
Con blanca gente en torno amortajada,
Verdes las hachas; que de rato en rato
Tristes gemidos daban; y sembrada
De cometas la noche, parecia
Primer retrato del postrero dia.

»Al ronco y triste son de unas cadenas
Que del ataud colgaban enlutado,
Entre las verdes luces, donde apénas
Humo sus esperanzas se han tornado,
Dos carrozas salieron, ambas llenas
De bellísimas moras, que en trabado
Coro sonaban varios instrumentos
De suave son y cónsonos acentos.

»Arpas, vihuelas, órganos, rieles,
Clarines, chirimías y trompetas,
Flautas, dulzainas, cítaras, rabeles,
Sonajas, cornamusas y cornetas,
Y otras varias pandorgas y tropeles
De consonancias y armonías perfetas,
Que en música suave y acordada
Todo una gloria parecia trabada.

»Y en un soberbio trono de brocado,
Sobre carro triunfal que en oro ardia,
De ocho unicornios de Africa llevado,
Con mayor luz que en el que sale el dia,
De Arlaja el bulto al natural sacado,
De beldad lleno y majestad venía,
Con mil Cupidos que en alegre vuelo
Cometas dan, por flechas de oro, al cielo.

»De antiguos dioses, en cadena de oro
Presos, por mas grandeza acompañada,
A sus piés nueve musas, y el sonoro
Plectro de Apolo y cítara dorada:
Yo esta figura hice en traje moro
Por darme á conocer en la jornada,
Y en esta pompa y majestad, despacio
Llegó el carro al terreno de palacio;

»Donde un fúnebre mauseolo hecho
De artificiales fuegos puesto á punto,
Al entregarle el enlutado lecho
Humo se volvió y sombra todo junto;
Y ya el rüido y su temor deshecho
Con las tristes memorias del difunto,
La ántes funesta llama, al regocijo
De música parió un alegre hijo.

»Hubo mucho de todo: al fin entre esta
Folla de corte en hábito de Apolo,
Con ademan de entretener la fiesta
Una cancion canté en una arpa solo,
Por tal estilo y término compuesta,
Que en voz del abrasado mauseolo
Mis endechas lloré, canté mi vida,
Y acusé una palabra mal cumplida.

»No perdió punto Arlaja en la encubierta
Cifra que al disimulo se cantaba;
Que aunque no en los balcones descubierta,
Entre sus damas disfrazada estaba:
Puso fin á la fiesta el ver abierta
La ventana del alba que apuntaba,
Que para gozar della ántes del dia
Salió en aquel mas presto que solia.

»En él al noble príncipe africano
La Infanta envió á decir que en todo habia
Estimado el regalo cortesano;
Y que sin tantos gastos gustaria
Oir sola la voz, la letra, y mano
De la arpa pasada, y la hallaria
Para esto en los balcones de su huerta
Aquella noche, sola y encubierta.

»Dejó ufano al de Fez la nueva gloria
Del presente favor mal entendido,
A mi lleno de gusto y vanagloria
Hallar lo que temia haber perdido;
Mas, ¡oh humana tragedia, en quien notoria
La inconstancia descubre el mas cumplido
De tus inciertos bienes! ¡Cuán á tiento
Camina el hombre y va tras su contento!

»Llegada la ocasion y hora pedida
Por tantos gustos, aunque á varios fines,
Solos los dos, la arpa prevenida,
A hacer fuimos la ronda á los jardines,
Donde la bella Arlaja entretenida
Nueva belleza daba á los jazmines
De un balcon apartado, que caia
Al muro altivo que el vergel ceñia.

»La sabia Ardelia, una gallarda mora
Amiga suya, en compañía con ella:
Esta en viéndonos dijo: — Mi señora
La Infanta me mandó venir por ella
A deciros, señor, que por ahora
No es posible hablaros, ni vos vella.
Por cierto inconveniente y caso justo
Que el paso le ha estorbado deste gusto.

»Dice que, aunque hallarse en vuestra fiesta
Su enfado lo estorbó, os está obligada,
Y así lo reconoce, y yo con esta
Razon he hecho y dicho mi embajada.—
Mi amigo Abenragel, viendo traspuesta
La gloria que ya dió por alcanzada,
Bien conoció que amor con la ventura
Pocas veces se encuentra, y ménos dura.

»Respondióle con modo cortesano
Hasta en su mismo agravio agradecido,
Mas que sentia haber traido en vano
Quien á solo servirla habia venido,
Que era aquel caballero castellano,
Que, á no ser tan discreto, hubiera sido
Tan grave falta causa de tenella,
O en su amistad, ó en las firmezas della.»

Dicho esto, Ardelia por sagaz estilo
Dando disculpas y admitiendo cargos,
De mi supo quién era, cuando el hilo
De las quejas quebró y de los descargos
De la siempre dudosa parca el filo,
Y haciendo breve suma en cuentos largos,
Su gloriosa esperanza trocó al fuerte
Abenragel en triste azar de muerte.»

ALEGORÍA.

En el cuento de Garilo se muestra lo poco que aprovechan trazas donde al ejecutar no tercia la ventura; y cómo la prudencia humana, sin el favor divino, entendido por la fortuna, es de ningun efecto. Todo lo cual se ve aun mas claro en los infortunios de Gundémaro.

—

LIBRO SEPTIMO.

ARGUMENTO.

Prosigue Gundémaro su historia, y acábase en un extraño encantamiento. Ferragut despierta á los gritos de una doncella que le cuenta las desgraciadas tragedias del caballo Clarion, al cual sigue el moro todo el dia, y al fin á su vista le coge un villano y se le lleva, y él encuentra una hermosa tienda, donde le sucede una extraña aventura. Llega al Tajo, y libra á Galiana, infanta de Toledo, de una traicion con que la pretendia robar Biarabí, rey de Pamplona.

«¡Oh varios cursos de la vida humana
(Gundémaro siguió), fines inciertos,
Pesadas penas de alegria liviana,
Dolores vivos de placeres muertos,
Alquimias y oropel en que devana
Engaño el gusto, el tiempo desconciertos,
Dulce esperanza, desvario eterno,
Que, prometiendo gloria, dais infierno!

»Corre tras sus manzanas Atalanta,
Y solo el oro y no el engaño advierte;
Febo tras Dafne hállala hecha planta,
Anteon beldad que en ciervo le convierte:
Vuela á poner Eurídice la planta
Sobre una flor, encuentra con su muerte;
Vuelve su amante á verla, y su contento
A un volver de cabeza es todo viento.

»Tal es la suerte humana y su firmeza,
Y así anda el hombre tras su antojo á tiento;
Encandílale el gusto la belleza;
Corre tras el placer, halla el tormento:
Midas en su oro, hambres y pobreza,
Faeton en su altivez, abatimiento,
A Abenragel y á mí por una senda
Dieron, buscando paz, muerte y contienda.

»Al tiempo que por término encubierto
A excusas suyas me iba declarando,
Y afable Ardelia, por un modo incierto
En su amor y favores obligando:
A Alfajardos, un moro sin concierto,
Que el palacio rëal venia rondando,
A quien Abenragel quitado habia
Los gustos de una mora en Berbería,

»Hízole el noble Gambedul privado
De Abdalla y capitan de infantería,
Hasta que, á mas fortuna levantado,
A serlo de la guarda subió un dia:
Este, de un furor loco arrebatado,
Fantástico del cargo que regia;
Que son las dignidades en efeto
Toque de los quilates del sugeto;

»Soberbio en las pujanzas de su oficio,
Con furia arremetió desordenada,
Y haciendo del celoso al real servicio,
Al príncipe pasó de una estocada:
Cayó el jóven mortal; creció el bullicio
De la canalla vil alborotada,
Que á las voces del moro alharaquiento
En confuso tropel llegó sin tiento.

»Mas no salió tan á su salvo el caso,
Que ántes que ser pudiese socorrido,
De mil heridas desangrado y laso,
Sin vida ante mis piés quedó tendido,
Sin que la furia popular un paso
Perder me hiciese del recien caido
Y muerto Abenragel, bien que pudiera
Con la noche salvarme si quisiera.

»Pero creció la gente y alboroto,
Y medrosa la Infanta de mi muerte,
Que me rindiese manda, y por su voto
Las armas entregué, y troqué la suerte:
Díme preso al alcaide Polinoto,
Que del alcazar real en lo mas fuerte
De un cuarto, á un redoblado muro incluso,
Entre cadenas lóbregas me puso.

»Fué de la torre en el lugar mas bajo,
Que mas negro aire y ménos luz tenia,
Y por una escalera con trabajo
Para doblarse en él se descendia:
Aquí solo quedé, y el que me trajo
Por la Infanta y Ardelia, el mismo dia
A decirme volvió que, por valerme,
Juntas vendrian aquella noche á verme.

»Llegó de la hora el tiempo deseado,
Y habiendo despeñado al carcelero,
Bajar adonde estaba aprisionado
Ví á media noche el alba y el lucero:
Trocóse en cielo el sótano ahumado,
Mi mal en bien, mi pena en gusto entero,
Mis tormentos en gloria, y las prisiones
En cadenas de dulces eslabones.

»Sacáronme del limbo dos deidades
Que en la belleza parecian del cielo;
Mas la fortuna, cuyas variedades
Mis cosas llevan, sin cansarse, en vuelo,
Mi bien trocó en tan tristes novedades,
Que, de no rematarlas, me recelo
Que quiere un monstruo hacer en mí que pueda
Ser centro de las vueltas de su rueda.

»El príncipe Algaycel, que en la belleza
De Ardelia ardia, y su desden le helaba,
Y entre celos, temores y aspereza
Muerto vivia, y sin dormir soñaba;
Cuando de la escalada fortaleza
Yo al cuarto de la Infanta atravesaba
Con ella de la mano, á él le traia,
O su amor ciego, ó la desdicha mia.

»Iba á velar el sueño de su dama,
O á despertar su muerte y mi tormento;
Que ni fortuna duerme, ni quien ama,
Ni á un desdichado importa andar con tiento,
Pues hasta los desvelos de otra cama
A perturbarle vienen su contento:
El príncipe llegó; turbóle el caso,
De amor y honor herido á un mismo paso.

»Era valiente y poco reportado,
Y como tal arremetió furioso
Con su alfanje y un manto de brocado
Por reparo á mi estoque peligroso:
Yo, que venia bastantemente armado,
De semejantes casos receloso...
Quien por contrarios ha de abrir camino,
Con hierro es fuerza le abra de contino.

»Era cierto el perder honor y vida,
O quitarlo sin culpa al enemigo:
¡Lance extraño, desgracia nunca oida,
Ni usada en tal rigor sino conmigo!
Al fin él de sí mismo fué homicida:
El cielo es juez, mi corazon testigo
Que, si otra puerta en riesgo tal se abriera,
Mil vidas por salvar la suya diera.

»Mas la opinion de Arlaja y la honra mia
Al valiente Algaycel dieron la muerte:
¡Oh fortuna cruel, golfo sin guia,
Suerte imposible que el tahur la acierte!
Trocóse el fin, trocóse la alegria,
Y las cosas trocáronse de suerte,
Que ya no tuvo Arlaja por seguro
Sin mí quedarse en el paterno muro.

»A cuidado de Orbelio, un falso amigo
De Ardelia, prevenido un barco estaba
En la playa del mar para conmigo
De Barcelona hallar la costa brava:
No se atrevió la Infanta á ser testigo
Del triste dia que al Rey se le acercaba,
Ni quedar sola la otra mora bella,
Ni Arlaja sin los dos, ni yo sin ella.

»Y así, por donde yo saliera solo
A no haber la desgracia sucedido,
Los tres salimos, cuando encima el polo
Bootes su media vuelta habia cumplido:
Y ántes que el oro del pretal de Apolo
El aire diese de ámbares teñido,
A la playa llegámos, y sin tiento
Las velas dimos y esperanza al viento.

»A Orbelio le contaron el suceso,
Caso en todas maneras excusado;
Que en cualquier trance, próspero ó avieso,
Nunca el secreto pierde por guardado.
Andaba el mar al embarcarnos grueso,
El Grao gentil de un céfiro picado,
Que en furioso levante se volvia
De rato en rato al acercarse el dia.

»Descubriónos la luz léjos de tierra,
En una tempestad furiosa envueltos;
Que fortuna cruel, por darnos guerra,
Traia los aires con la mar revueltos;
Hasta que en los peñascos de una sierra,
En blanca espuma y salitrales vueltos,
En Denia el viento que en sus cuevas suena,
Ya el barco roto nos echó en la arena.

»Aquí murió del todo la esperanza,
Siendo en humanas trazas imposible
Librarse de la muerte quien no alcanza
Con ánimo inmortal cuerpo invisible;
Que al Rey, ¿quién le estorbara la venganza,
O le ocultara en caso tan horrible,
Por breve senda ó por rodeo prolijo,
Al que su hija robó, y mató á su hijo?

»Mas al abrigo que al cercano monte
De una enroscada vuelta el cuerno hacia,
Hurtando la mitad á su horizonte,
En casa humilde un pescador vivia:
Aquí, cuando ya el carro de Faetonte
En el mar contrapuesto se hundia,
De las olas y vientos arrojados,
De alegre albergue fuimos amparados.

»Era del pobre Amílcar la cabaña,
Que, siendo mercader, dió en cortesano,
Y con soberbia y ambicion que engaña,
Cuanto en logros juntó, despendió en vano;
Y ya gastado y viejo, á esta montaña
Entre redes le echó el tiempo tirano,
Adonde en comedido vasallaje
A nuestro barco dió nuevo hospedaje.

»Descansando aquel dia y el siguiente
En la choza estuvimos recogidos,
Sin saber de Valencia ni su gente
Nada de los sucesos referidos;
Que el proceloso viento mas se siente
Por montes que por valles escondidos,
Y las nuevas de corte y sus consejas
Cuando á los pobres llegan ya son viejas.

»Volviéndose iba el golfo mas tratable,
Y Amílcar, con mis dones obligado,
Pasaje libre y compañia afable
Me habia hasta Barcelona asegurado,
Cuando de la fortuna el variable
Timon de nuevo el mar dejó alterado,
Y en las presentes cosas tal mudanza,
Que no nos quedó un soplo de esperanza.

»Tenia el pescador (¡extraño caso!)
Por hija una bellísima doncella,
Zoraida dicha, de valor no escaso,
Que en su casa nació ó se crió en ella:
A esta el fácil Orbelio en fuerte paso
Miró, y á amarla le inclinó su estrella
Con tan ardiente amor, que fué bastante
De leal volverlo en desleal amante.

»Temió quizá el tormento de la ausencia,
Viendo acercarse ya nuestra partida,
O que los alborotos de Valencia
La hacienda le costasen, la honra y vida:
Al fin, en alevosa convenencia
Al huésped ántes fiel dejó vendida
Su honra y todo mi bien, sin que se excluya
La vida mia y la que lo era suya.

»Fuéron á dar los dos traidoramente
Aviso á Denia del suceso extraño;
Mas la bella Zoraida, diligente,
Los tratos entendió, sospechó el daño;
Y por salvar la Infanta, de su gente
Seis remeros tomó, y en dulce engaño,
Miéntras que en la fria noche ya vecina
El falso Orbelio á su traicion camina,

»Basteciendo conforme á la estrechura
Del tiempo un barco que pescando andaba,
Dentro nos puso, y ella, mas segura
Que el fijo norte que el timon guiaba,
A vela y remo por el agua oscura,
Que crespas luces temerosas daba
Al herir de los remos é ir bogando,
Lijera en alta mar nos fué engolfando.

»Cobró tan gran amor Zoraida bella
A la Infanta, y de Orbelio tal espanto,
Que, por miedo de velle y de no vella,
A su casa dejó en amargo llanto:
Temió del vario amante la doncella
No hiciese en sus amores otro tanto;
Que en vano se lamenta y llora el daño
Quien pudo y no escarmienta en el extraño.

»Tambien, si ya esto no es sospecha mia,
A un gallardo leonés Zoraida amaba,
Que, disfrazado por su amor, servia
En el humilde oficio que ella usaba:
Este es el que al principio te decia
Que al vientre ayuno alguna fiera brava
Vivo aquí trasladó, dicho Floriano,
De Aurelio hijo, y de Adelgastro hermano.

»La noche toda navegando fuímos
A vela y remo, y cuando el alba abria
En el oriente de oro los racimos
De que se cuaja y se enguirnalda el dia,
A Ibiza quedar por popa vimos,
Y á Formentera dando el rumbo y guia,
A Mallorca pasámos por de fuera,
Entre el cabo de Palmas y Cabrera.

»Y dentro al Baleárico metidos,
Fortuna, con sus vueltas ordinarias,
De nuevo comenzó roncos bramidos
De olas, vaivenes y mudanzas varias:
Los vientos, de las nubes rebatidos,
Resuenan por las bóvedas contrarias
Del turbio cielo y sus helados polos,
Solo inmudable á nuestros ruegos solos.

»Fuímos sin rumbo cierto algunos dias
De un furioso poniente contrastados,
De un bordo y otro por diversas vias,
Las velas rotas y árboles quebrados,
Hasta que en medio de las ondas frias
Crecer un dia vimos los collados,
Que, por la cuenta y cómputo marino,
Son en Sicilia el cabo de Paquino.

»Aquí, ya en salvo puestos, aferrámos
Entre el rojo coral el corvo diente,
Y en tierra Florïano y yo saltámos,
Buscando en ella algun poblado y gente;
Y tanto el ciego bosque penetrámos,
Que, andando un dia perdidos, al siguiente,
Cuando á la playa por el rio volvímos,
Ni el barco surto ni su rastro vimos.

»No léjos un batel bogando andaba
Junto á la costa al desbravar del rio,
Y un pobre viejo dentro, que pasaba
La vida en él, pescando á su albedrío:
Este solo parece que esperaba
A darnos tristes nuevas del navío,
Y así se fué en cumpliendo con su oficio,
Por dejarnos el barco y ejercicio.

»Contónos este al fin (¡oh casos varios!
¡Fortuna incierta! ¡Laberinto extraño!),
Que de un navío cretense de corsarios
El nuestro presa fué y triunfo lozano.
—En Creta hay sacrificios ordinarios
Donde al altar de un ídolo inhumano
Degüellan cada mes una doncella,
De las que en corso prenden la mas bella.

»Por aplacar la fuerza de Mercurio,
Patron de los isleños mercaderes,
De Júpiter y Maya hijo espurio,
Autor de embustes, nuevas y placeres,
Desde el golfo Carpacio al mar Ligurio
Busca para su altar bellas mujeres
El cretense falaz, de engaños lleno,
Tal, que para ser malo solo es bueno.

»Ciertos piratas destos dieron saco
A Furno aquí, y á Módica adelante,
Y el bajel vuestro, en resistencia flaco,
Para alijar el suyo fué importante;
Mas tres beldades que en su seno opaco
Hallaron, la menor será bastante
Para aplacar su dios, y que allí acabe
La injusta pena de rigor tan grave.

»Que en venganza á la muerte de una dama,
Que lo era del que rige el caduceo,
Si ya no fué algun íncubo que en fama
Del falso dios trazó ese devaneo,
De una peste cruel la ardiente llama
Así el reino ha abrasado al rey Tifeo;
Que todo en él camina á un fin violento,
Muerta la reina, el hado aun no contento.

»Y es entre el rudo vulgo opinion cierta
Que hasta ser en su altar sacrificada
Otra beldad mayor que fué la muerta,
Ni él contento estará, ni ella vengada.—
Así el barquero dijo. ¡Oh suerte incierta,
Ni buena en duda, ni mejor hallada!
Considera, señor, cuáles quedámos
Los que á este paso sin pensar llegámos.

»Saltó el viejo en la playa, y mas lijero
Que del presto lebrel huye el venado,
Por el bosque se entró, y mi compañero
En el barco que vió en la orilla atado:
Yo entré tras él con prodigioso agüero,
De una nube de fuego rodeado;
Que si en tierra se pierde la ventura,
Buscarla por la mar será locura.

»A bogar comenzámos con los remos
Cada uno por su parte, y de la orilla
Apénas se escondieron los extremos,
Y del cerro de Espaca la cuchilla,
Cuando el navío cretense volar vemos,
Llevando á jorro el nuestro de trailla;
Y como si ya todo fuera hecho,
El dolor nos templó y alegró el pecho.

»Duró aquella esperanza y su alegría
Lo que la luz duró de aquella tarde;
Que ella, el gusto, mi bien, la luz y el dia
Todo á un tiempo murió: solo el cobarde
Pecho muriendo vive todavía,
Y en fuego eterno de memorias se arde;
Que en fuego me embarqué, y en fuego vivo,
En medio el hielo de mis muertes, vivo.

»Creció con las tinieblas un levante
Que á oscuras anudó los demas vientos,
En ciega lucha y confusion bastante
A trastornar del mundo los cimientos:
Barrió la negra noche el dia restante,
Y en sordos silbos y ásperos acentos
Las enlutadas focas y delfines
Nos agoraron desastrados fines.

»No sé cuál dios el gobernalle tuvo
A un barquillo tan vil en tal tormenta,
Que, de mil veces que anegado estuvo,
Libre salió del riesgo y de su afrenta;
Pero si algun milagro en estos hubo,
Ya mi ventura lo escribió á su cuenta;
Que no se da el vivir á un desdichado
Para mas bien que darle el mal doblado.

»Al fin si es bien, señor, el no cansarte
Con tan prolijos cuentos, cuando el alba
Su luz mostró llorosa, en esta parte
Donde tu nao surgió y está ahora salva,
Por trofeo de Vénus y de Marte,
Haciendo al tiempo y sus mudanzas salva,
Los dos tristes navíos que seguímos
Hechos pedazos por las rocas vimos.

»Y sin que nadie se escapase dellos,
Mi gloria aquí murió, y aquí me trajo
La fortuna y amor, por los cabellos,
Del bien mayor al escalon mas bajo:
Quise ir para anegarme en medio dellos,
Y mi desdicha huir por el atajo,
Mas no lo consintió; que su porfía
Es que yo viva, y muera mi alegría.

»De mar un grueso tumbo echó el barquillo
Por cima destas rocas en la tierra,
A pesar de mi amor, que por seguillo
Me hace con mi fe la mayor guerra:
Mi amigo Florïan, sin prevenillo,
El dia siguiente entró por esa sierra,
De una lijera caza ocasionado,
Que era su muerte, y parecia venado.

»Un mes há ya que vivo en este yermo
Solo, sin esperanza ni alegría,
Que ni de dia ni de noche duermo,
Ni sé cuándo es de noche ni de dia:
El alma alborotada, el cuerpo enfermo,
La vista absorta, el desear sin guia,
Asombrado de noche con legiones
De espantosas figuras y visiones.

»De Arlaja por los aires veo la sombra
Las mas noches pasar triste y callada,
Otras con débil voz me llama y nombra,
De rosas y jazmines coronada:
Tambien con gritos Florïan me asombra,
Y Ardelia, en tiernas lágrimas bañada,
Pide que me consuele, y si amanece,
Todo en la luz se apaga y desvanece.

»O es por aquí el infierno, ó mi tormento
Produce y cria sombras tan penosas,
De quien, si el cielo me ha librado, siento
Que es por estas reliquias poderosas,
Contra quien no aprovecha encantamento
Ni engaños de fantasmas mentirosas,
Que son las que en fe santa me han librado
De tantos riesgos como te he contado.»

Así el leonés Gundémaro la historia
De sus prolijos males abreviaba,
Y el carro en que Faeton perdió su gloria
Las ruedas de oro el crespo mar bañaba,
Cuando, en soberbio triunfo y vanagloria,
En carroza de nácar que volaba,
Al puerto ven llegar una doncella,
Mas que el sol rubia, y que la luna bella.

Vénus sobre su concha parecia,
De perlas y esmeraldas coronada,
Que nuevamente de la mar salia,
De su antigua belleza acompañada;
Mas apénas el carro en que venia
Vió la arena de aljófar escarchada,
Cuando la luz trocó de su tesoro
En blanca cierva con los cuernos de oro.

Y sentada sobre ella la hermosura
Que ántes sobre sus nácares volaba,
Con lijereza igual por la espesura
Del bosque entró, que al mar sus sombras daba;
Cuando los dos que en la enriscada altura,
Oyendo el uno, el otro hablando estaba,
A ver el fin de tan mudables puntos
La espantosa beldad siguieron juntos.

Gundémaro al entrar en la montaña
Ni la corcilla vió, ni á quien seguia;
Bernardo entre sus breñas una extraña
Maravilla halló de mil que habia...
Mas ya de Ferraguto la maraña
Que el ciego amor en sueños le fingia,
Ardiendo el pecho en amorosa llama,
Mi nueva voz á sus grandezas llama.

Es del amor sutil la flecha altiva,
Rayo sin esplendor, fuego encubierto,
Cuyo blando calor con fuerza esquiva
Bronces derrite al corazon mas yerto:
A David prende, á Salomon derriba,
Y deja al gran Sanson á sus piés muerto,
Amarrando á los remos de su banco
Al niño, al mozo, al viejo, al negro, al blanco.

De un sueño, de unas nuevas, de un antojo,
De un no sé qué, de un aire y niñería,
De un afable mirar, de un volver de ojo,
Al alma nace, y sin sentir se cria:
Dale vida el placer, fuerza el enojo,
Y si de véras es, nada le enfria;
Que contra el arco suyo y de la muerte
Ni basta habilidad ni alcázar fuerte.

Pues este aliento y fuerza poderosa
Que en todo anda sembrado y repartido,
Con la luz de una imágen amorosa,
Durmiendo, á Ferragut dejó vencido:
El pecho ardiendo, el alma deseosa
De ver despierto lo que vió dormido,
Cuando el ruido sonó confuso y ciego
Que el gusto le quitó, y rompió el sosiego.

Entró á buscarlo por la selva el moro
Al mismo tiempo que la luz salia
Sembrando al aire los corales y oro
Que el nuevo sol por su horizonte cria;
Y dudando si aquello era el sonoro
Estruendo de armas que soñando oia,
A tiento tras la voz anduvo tanto,
Que la causa encontró del triste llanto.

Dos caballeros vió y una doncella,
Todos tres muertos, y otra que lloraba
Sus desastradas muertes, con aquella
Triste y penosa voz que ántes sonaba:
Miróla el moro, conocióla en vella,
Que era la que el dia ántes le llevaba
A Bahamel la nueva dolorosa
Del robo que Auchali hizo en su esposa.

Al mismo Bahamel halló caido,
Muerto encima su espada; y viendo un paso
Tan lastimoso, el moro, enternecido,
Detuvo el suyo sobre el campo raso;
Y dándole por modo comedido
Consuelo á la que llora el triste caso,
Pidele cuente y diga, si lo sabe,
Quién fué la causa de rigor tan grave;

«Que si por la demanda en que me puse
Sucedió, dice, tanto desconcierto,
Sin que el mundo halle brazo que lo excuse,
O el mio le vengará, ó quedaré muerto.»
Así el moro le pide no rehuse
Darle cuenta del caso: ella, cubierto
De llanto el rostro, y de color difunta,
Llorando satisfizo á su pregunta.

»Andaba suelto y despuntando el heno,
Un lozano caballo en medio el prado,
Con la silla de plata, y de oro el freno,
Y bordada mochila de brocado,
De la color de un blanco armiño, y lleno
De un enjambre de moscas salpicado,
En los piés remendado, y en la frente
Ojos fogosos, anhelar valiente;

»Nervoso el pecho, abiertas las narices,
Corta la clin, pequeña la cabeza,
Lo cola recogida y las cervices,
Señales de gallarda lijereza;
De extrañas pintas, manchas y matices,
Despedazando el freno su braveza,
Y dando á sospechar, en el sosiego,
Que está entre abrojos ó pisando fuego.

»No fué su igual el Cilaro famoso
Que de Pólux domó el doblado hierro,
Ni del viejo Saturno en mas brioso
Cuerpo los duros miembros ciñó un hierro,
Cuando el cuello arrugado y espantoso
Con nueva y gruesa clin erizó el cerro,
Y con relinchos de su pecho indinos
Del monte Pélion asombró los pinos.

»Este caballo, la doncella dijo,
Toda en congoja y lágrimas bañada,
A quien el cielo con rigor maldijo,
Y una beldad le dió tan codiciada,
Triste remate fué del regocijo
Desta gente que ves despedazada,
Mas bello y desgraciado que el Seyano,
Ni el que por tierra echó al valor troyano.

»Oye el extraño discurrir del hado
(Si es verdad lo que dél me contó Alpina):
Verás el mundo todo eslabonado
Colgar de sola una virtud divina:
Si hay signo bien ó mal afortunado,
O todo á tiento y sin saber camina,
Aquí lo entenderás, y en este paso
Verás lo que hace la ventura al caso.

»En Tracia, de la casta que allí tuvo
Otro tiempo Diomédes el tirano,
Este potro nació, y Clarionte le hubo,
Rey del valle de Ródope inhumano:
En sangrientos pesebres le mantuvo,
Y hecho y enfrenado de su mano,
Tan gallardo salió, que de alentado
Diez leguas corre, y pára atropellado.

»Al rey Clarionte le quitó Ricarte
El dia que le mató junto á Mantible,
Y á el Norman Bartolache, y Radagarte,
Cuando á traicion le hirieron en Fontible:
Y aunque quiso cobrarle Durandarte
Del magances caudillo, fué imposible,
Hasta que el gran Reinaldos, en persona,
Vida y caballo le quitó en Girona.

»Presentado de allí le dió á Rugero
Por mano de Hipalca, su doncella,
Y el dia que lo estrenó con triste agüero,
Yendo de Mompeller para Marsella,
Junto á Arles, puesto el conde de Pontiero
Con su gente en celada, cayó en ella,
Donde murió á traicion alanceado,
De un infiel pueblo maganees cercado.

»Quedara oculta esta alevosa muerte
Si Espinabel, pagado del caballo,
No se le hiciera codiciar la suerte,
Que la habia de vengar con arrastrallo:
Púsole el traidor piernas; corrió el fuerte
Desenfrenado potro hasta arrojallo
En medio de la plaza de Marsella
A ojos de Bradamante y su doncella.

»Allí en presencia suya hecho pedazos
Al maganees dejó el caballo fiero,
Viéndole Hipalca muerto entre los brazos,
Y no en su silla, cual pensó, á Rugero:
Notorios vió los cavilosos lazos
Del fementido bando de Pontiero:
Alteróse la bella Bradamante,
Y el sobresalto le abortó un infante.

»Y al quinto dia, con la nueva cierta
De la muerte infeliz del paladino,
La ántes dudosa amante quedó muerta,
Y cumplido el temor del adivino;
Y por tantas desgracias descubierta
La traicion de Maganza, un rio sanguino
Labró Morgana, y de la gente impia
Cien falsos condes degolló en un dia.

»Dióse el caballo destos desatinos
De aquella vez al príncipe Carloto,
Que él lo prestó despues á Valdovinos,
Cuando de Mantua le mató en el soto;
Y al fin, por varios trances y caminos,
Con desgracia, rüido y alboroto,
Las muertes de ambos dieron el agüero
Del infeliz Clarion por verdadero.

»Quedó al César el bárbaro caballo
Por prenda á la imperial caballeriza,
Y él al rey de Pamplona, su vasallo,
Con la mochila se le envia pajiza;
Y ardiendo en oro, el gusto de mirallo
La vista alegra, y su color matiza
Con la bordada pedrería, que en larga
Rueda es al rico jaez preciosa carga.

»Encontró al mensajero Ballugante;
Y sabiendo de dónde y adónde iba,
Vida y presente le quitó arrogante,
Con alma fiera y presuncion altiva.
Envióselo á Marsilio: él con semblante
Real el don recibió, que es lo que aviva
Los fuegos del amor, y quien preserva
De muerte el gusto, y vivo le conserva.

»Y al mismo fin mandó á la bella Alpina
Que á Galafre le dé, rey de Toledo,
A quien en una fuente cristalina
De una espada cruel lo quitó el miedo:
Pidió favor la mora peregrina
Al triste Bahamel, y él, con denuedo
De ánimo valeroso y noble pecho,
Vengarle prometió el agravio hecho.

»Habia venido con su nueva esposa
Aquel dia ántes por el bosque á caza,
Y el verde márgen de una fuente hermosa
De estrado entónces les servia y taza:
De allí salió á la empresa peligrosa
Contra los que de infame estirpe y raza
A la dama quitaron el caballo,
Y él á los dos la vida por cobrallo.

»Dejó Bahamel en la agradable fuente
Por guarda de su esposa un falso moro,
Ni honrado ni hidalgo ni valiente,
Aucalí dicho, hijo de Alcandoro,
Que, de truhan de Ulí, subió á teniente
De alcaide en Baza, aunque afrentado en Toro;
Mas dió en ser rico, y convirtióse en godo;
Que el dinero lo da y lo puede todo.

»Este por fuerza se llevó robada
Esa triste hermosura recien muerta,
Y yo, cual tú me viste, alborotada,
Del caso corrí á dar la nueva cierta:
Anoche Bahamel á esta cañada
En su rastro llegó, y aquí despierta
El alma en el dolor, y él, de rendido,
Sobre la yerba se quedó dormido.

»Y luego que el sentir quedó sin dueño,
Soñó que en fresco estrado y verde cama,
No léjos de la suya, en no pequeño
Gusto dormia con otro la que él ama:
Confuso despertó; contóme el sueño,
Y á tiento vino donde halló su dama
Durmiendo en estas flores, y dormida,
De celos ciego, le quitó la vida.

»Creyó celoso que Auchalí sería
El que alegre dormia en su regazo,
Y viendo que despierto revolvia
En su defensa el atrevido brazo,
Con el ciego cuidado que venia
Feroz le ciñe en desdichado abrazo,
Dándole, de un puñal atravesado,
Por cama el heno y por sepulcro el prado.

»Fué sobre él por cortarle la cabeza,
Y halló á sus piés su desdichado hermano,
El sin ventura Abenamil: ¡Oh fuerza
De fortuna cruel, hado inhumano!
Volvió el herido en sí, vió su braveza
Muerta, y viéndose muerto por la mano
De quien mas le queria, entendió claro
Que á los golpes del cielo no hay reparo.

Contónos que, viniendo de Toledo,
No léjos vió de allí llevar robada
La bella dama, entre congoja y miedo,
De triste llanto y lágrimas bañada;
Y que, aunque á defenderla con denuedo
La mano puso á su alevosa espada,
El infame Auchalí, de una herida,
Libre se la quitó, y dejó sin vida.

»Apénas pudo dar razon del caso,
Cuando la lengua le atajó la muerte,
Y el ya sin fuerzas débil cuerpo laso
Reció se estremeció, y se mostró fuerte;
Y Bahamel, que así en el postrer paso
Su casta esposa y á su hermano advierte,
Por furor loco y torpe desconcierto,
Mas que ellos, el dolor le dejó muerto.

»Y haciendo en un brevísimo discurso
De sus azares y dolores suma,
Sin rastro de esperanza ni recurso
Que la ocasion de su dolor consuma,
Muerta ya la razon con el concurso
Y avenida de males, halló en suma
Que, de infinitos que hay de varios modos,
En un breve morir se ahorran todos.

»Y sin que mi presencia fuese parte
A reprimir su furia acelerada,
Rabioso se pasó de parte á parte
El débil corazon con esa espada;
Y esta es, al fin, señor, por no cansarte,
Su tragedia y la historia desdichada
Del caballo Clarion, que á maravilla
Nadie sin caer subió en su ingrata silla.

»Dame ahora favor, dame tu ayuda
Para salir de trance tan confuso,
A quién, ó cómo vaya, ó dónde acuda
En este estrecho en que el rigor me puso.»
Así la dama dijo: el moro en duda
Un breve rato se quedó difuso
En pensamientos y discursos varios,
De gusto todos y placer contrarios.

Pero viendo el caballo, que pacia
Mal por tenerse todavía el freno,
Que aunque era de oro, el oro le impedia
El oro de las bestias, que es el heno,
Agradado del talle y gallardía,
Probarle quiere, y si es de azares lleno:
Para no reparar en ese agüero
Basta ser español y caballero.

Mas el caballo, hecho á ver dislates,
Las riendas huye á quien el oro agrava,
Y vuelto aquí y allí en varios regates,
Lozano la aleñada clin embrava,
Hasta que ya á los últimos remates,
Donde un arroyo en sus cristales lava
Los postreros jazmines de aquel prado,
Se entró en el bosque y le dejó burlado.

Saltó el moro con él, y con el salto
El brioso animal se alteró un poco,
Con que en paso mas libre á lo mas alto
Del monte fué subiendo poco á poco:
Creció el antojo con hallarse falto
De aquello que primero tuvo en poco,
Y ya con mas codicia y mayor paso
Sigue lo que al principio siguió acaso.

Treinta millas le fué al alcance extraño,
De una breña saltando en otra breña;
Que el gallardo caballo, de lozano,
Ahora le aguarda, y luego le desdeña:
Así á las veces, de un querer liviano
Y de una fácil ocasion pequeña,
Se empeña un gusto hasta morir por ella,
Y abrasa á todo un monte una centella.

Ya el sol, con quien el moro parecia
Que apostaba á correr hácia el poniente,
Su sombra, que ántes alcanzar queria,
Atras le ataba perezosamente,
Cuando al pié de una cumbre que subia,
Su caballo vió al márgen de una fuente,
A quien del prado la florida falda
Rica taza le sirve de esmeralda.

Vió que llegó á beber, y que un villano,
Poniendo bien la silla, saltó en ella,
Y en las fornidas ancas el serrano
Semblante de una rústica doncella:
Dióles el moro voces, pero en vano;
Que sin responder él, ni escuchar ella,
Libres se van, y en trueco del caballo,
El enfado le dejan de buscallo.

Baja lijero, y de coraje brama
Al poco caso que hace el que le lleva,
Pues al ronco gritar con que le llama,
Ya en término cortés, ya en furia nueva,
Ni pára ni responde; ántes su dama,
A quien con rostro humilde ablandar prueba
A que le escuche á modo de rogalla,
Sonriéndose dél, camina y calla.

Temió no sea la referida Alpina,
Que el real caballo al rey Galafre lleva,
Y que él caya en tal caso si la indina,
O haga en la estorbar lo que no deba;
Mas no tampoco quiere que en indina
Descortesía alguno se le atreva,
Ni en burlas le desdeñe por tal modo;
Que es no sentir disimularlo todo.

Y así, viendo que nadie le responde,
Delante puesto, ya fiero inhumano,
Las riendas de oro quiso asir, por donde
Las lleva mal parejas el villano;
Mas él, sin responder, le corresponde
Con una vara en la atrevida mano,
Tal, que por los artejos desarmados
Pensó, al herir, dejárselos quebrados.

Huyó la mano el moro atormentada,
Y un fiero grito dió que asombró el valle,
Y sin paciencia ya, de una puñada
Vida y caballo se arrojó á quitalle:
Erró el golpe la cólera sobrada;
Volvió á quererle asir, y volvió á dalle,
Y del dolor y rabia faltó poco
Para quedar entre el coraje loco.

Medio pino tomó para matallo
Y hacerle con iguales armas guerra;
Mas, de dos coces el feroz caballo
A él y á su soberbia echó por tierra:
Cayó tambien cabe él, al derriballo,
La doncella, y huyendo por la sierra
Se entró el bravo animal con el villano;
Que el duro freno le llamaba en vano.

Templó al moro el dolor de su caida
Ver que tambien cayese la doncella;
Que mas quisiera hallarse sin la vida,
Que causa justa en sí de quejas della:
Acudió á levantarla por cumplida
Satisfaccion que le ha pesado, y ella,
No haciendo caso dél, callada y queda,
Sentada está, sin que movella pueda.

No le responde á nada que le diga,
Fiera, inmudable, como un mármol dura,
Ni el moro sabe qué consejo siga,
Ni cómo entienda el fin desta locura:
Al fin se fué y dejóla en su fatiga,
Y ella, viéndose libre, se apresura
Tras el lijero curso del caballo
Y el que iba encima dél, por alcanzallo.

Puesta la luz del cielo en dos balanzas,
Y al mar de Atlante lo último del dia,
Por sus gonces, sus puntos y mudanzas
El sol se entraba y Hécate salia;
Cuando perdido el tiempo y esperanzas
El moro, que el caballo ántes seguia,
Solo se halló, confuso y atajado
A la orilla de un rio, en medio un prado.

Y enfadado de ver el nuevo enredo
Con que á pié se quedó, pasó adelante
Así altivo y feroz, que daban miedo
Su fiero ceño y áspero semblante;
Cuando la furia le templó y denuedo
De una tienda el primor así elegante,
Que al rayo de una luz que dentro habia
Tambien el oro del brocado ardia.

Entre frondosos árboles plantada
Estaba, al murmurar del manso rio,
Sitio oportuno y parte acomodada
Para en ella hurtarle el cuerpo al frio:
Llegó cortés á demandar posada,
Y halló el albergue y pabellon vacío,
Con rico estrado y prevenida cama,
Y al rayo de una luz sola una dama.

De poca edad y mucha hermosura,
Niña de alegre gusto parecia,
La frente un claro cielo, en cuya altura
Sobre la nieve el sol resplandecia:
De gentil cuerpo y agradable hechura,
El rostro del color que nace el dia,
La garganta gentil, y el blanco pecho
De frescas rosas y jazmines hecho.

Dado al descuido un nudo en el cabello,
Donde el sutil amor quedó enredado,
Para hacer lazos y marañas dello,
Y el pensamiento atar al mas delgado:
Dos arcos de un dorado y sutil vello,
De cien flechas y más cada uno armado,
Que van volando, y dan en las entrañas
Al mover de las cejas y pestañas.

Dos mayos de azucenas y claveles
En un verano son sus dos mejillas,
Sus dulces labios de coral rïeles,
Con que rie el placer por sus orillas:
De aljofarados dientes dos cairéles,
Y en cada uno un millon de maravillas;
Verdes los ojos, y sus luces bellas
Mil soles, que son poco dos estrellas.

De un mirar regalado y halagüeño
Que acaricia, ocasiona, y necesita
A dar el alma libre en dulce empeño
Al precio de beldad tan exquisita:
Con el donaire de un capote y ceño,
Que mas á un muerto gusto resucita;
Ni así el ámbar y música provoca,
Como el aliento y habla de su boca.

Los tiernos pechos dos pequeñas pomas
De rosas hechas y apretada leche,
De un real valle de amor menudas lomas,
Que al ensancharse le hacen que se estreche:
No hay Panchaya con todas sus aromas
Que olor mas fino que sus pechos eche,
Ni Vénus de marfil ni de oro indiano
Con dedos mas bien hechos que su mano.

De tela de oro azul manteo bordado
De armiños, rica turca de escarlata,
De alcatifas de Persia el grave estrado,
Con bufete de nácares y plata;
Donde, en follajes de cristal grabado,
De un ardiente blandon la luz retrata
Un agradable cielo en la figura
De aquella nunca vista hermosura.

La rosada mejilla en la una mano,
Mostrando el brazo, y la otra descubierta
Como al descuido, en ademan profano;
La rica holanda en gallas de oro abierta,
Dando por mas deleite al gusto humano
La belleza que guardan encubierta
De la aguja las redes peligrosas
En el pecho de tierna nieve y rosas.

No habia en el pabellon mas que una lumbre,
Ni mas que aquella hermosura sola,
Que cual fino diamante su vislumbre
Todo con bellos rayos le arrebola:
Es de la tienda real la altiva cumbre
Una encantada y cristalina bola,
Por donde las estrellas y la luna
Sus cursos hacen sin mudanza alguna.

Toda de oro bordada y pedrería
Por de dentro parece y por defuera,
De árboles, cazas, flores, montería,
Una agradable y fresca primavera:
En perlas el jazmin se contrahacia,
Cuya hoja de esmeraldas finas era,
Los florones de escarches amarillos,
Gripados de argentados trebolillos.

Dejó asombrado al moro la belleza
De la suntuosa tienda y de su dueño,
Las sedas, perlas, oro, la riqueza,
El bosque oculto y el lugar pequeño;
Y sobre todo la real grandeza
Y aquel mirar alegre y zahareño
De la beldad mayor que el mundo supo,
Que allí entre las demas grandezas cupo.

Tambien la nueva soledad le admira,
Sin gente de respeto ni servicio,
Con una sola luz que alumbra y mira
Todo el mudable y único edificio,
Y que, suspensa y sin querer, suspira,
De algun mal interior notorio indicio:
Todo esto contempló desde la puerta,
Sin que la dama, al parecer, lo advierta.

Mas, ya determinado por su gusto
El secreto á saber de esta aventura,
Con rostro humilde y corazon robusto
El rico umbral pasó, y en voz segura:
«Guarde, señora, dijo, el cielo justo
La gloria de tan rara hermosura,
Haciendo mas suave y menos larga
De los cuidados la pesada carga.»

Alzó los ojos con que dar pudiera
A los ya muertos de sus lumbres, vida,
A ser las leyes de la muerte fiera
Como las del amor mas homicida;
Y por mejor probar su fuerza entera,
En fingido alboroto desabrida,
Con vista afable y lengua zahareña
Le atrae á un mismo tiempo y le desdeña.

Al fin, despues de varios cumplimientos,
Lugar le concedió en el rico estrado,
Pidiéndole la causa y los intentos
De haber en tiempo tal allí arribado:
Contóselos el moro en breves cuentos,
La empresa del caballo desgraciado,
Y cómo ya era próspero y dichoso,
Pues á lugar le guió tan venturoso.

Rió en grandes donaires la doncella
La no entendida burla del villano,
Y por sacarle con sosiego della,
«Señor, le dijo, en este verde llano
Aquella cristalina fuente bella
Está encantada por la sabia mano
De la hechicera Arleta, que un engaño
En ella puso de artificio extraño.

»Esta tuvo amistad con cierto moro,
Gran capitan de Zaragoza y Baza,
A quien, sin guardar término y decoro,
Una mora usurpó de humilde raza:
Es rica, y donde quiera manda el oro,
Y él, con mayor codicia que no traza,
Dejó la dama pobre por la rica;
Que á todo un gusto sin lealtad se aplica.

»Tiene un castillo cerca de esa fuente,
Y en él el falso amante entretenido,
De adonde salen cuando el dia al oriente
Los dos al monte por el verde ejido:
A este fin la celosa diligente
Del agua emponzoñó el cristal lucido,
Porque saliendo á caza, sea quien fuere,
Sus disgustos le pague si bebiere.

»Quita el sentir la fuerza del veneno
Por largo rato, miéntras con bastantes
Fuerzas el gusto trueca, y lo hace lleno
De lo que le solia enfadar ántes:
Pudo ser que bebiesen deste cieno
Aquellos dos villanos caminantes,
Y sin sentir ninguno lo que hiciese,
La referida burla sucediese.

»Yo, señor, estoy sola; que mi gente
Toda se fué á un castillo de mi hermana,
Cerca de aquí á la parte de poniente,
Para volver con ella á la mañana:
Quedóse una doncella y un sirviente
A hacerme compañía, y hoy con vana
Curiosidad se entraron por la selva,
Sin que hasta ahora ninguno dellos vuelva.

»Mas ya entiendo sin duda, por las señas,
Que son los que cogieron tu caballo,
Y sin jüicio van por esas breñas,
Y yo en el riesgo en que me ves me hallo,
Triste, sola, y metida entre estas peñas;
Mas, ya que tú veniste á remediallo,
Podrás darme tu amparo y ser mi abrigo,
Si no te causa miedo estar conmigo.»

Dijo esto por tal modo la doncella,
Y así en suaves ojos halagüeños,
Que sin sentido el moro quedó en vella,
Entre deleite y gustos no pequeños;
Hasta que al fin, ocasionado della,
De sus halagos y fingidos ceños,
Preso en sus lazos, y en su lumbre ciego,
Tierno le dijo su amoroso fuego.

Ella ni le acaricia ni desecha,
Ni contenta se muestra ni enfadada;
Que todo á veces en donaire lo echa,
Y á veces todo, al parecer, le agrada:
Va haciendo la cadena mas estrecha,
Y el moro, ya con alma enamorada,
Del todo se le rinde y aficiona,
Y por ojos y boca lo pregona.

Calla, y con no rehusar le da licencia
Que entre sus blancas manos se regale,
Y en trato afable y grata diligencia,
A convidarle con los gustos sale:
De un rico cofre saca á su presencia
Preciosos dulces, donde el moro iguale
Su gusto en todo, porque en todo vea
Que ya de véras dársele desea.

El ya rendido amante no consiente
Semejantes excesos de tal mano,
Mas que á él con alma y corazon ardiente
Mostrar le deje huésped cortesano:
Crecen los fuegos; y él, que arderse siente
En el de amor, no cabe de lozano,
Adorando entre sí el primer trabajo
Que á tan dichoso punto y fin le trajo.

«No es el caballo, dice, desgraciado,
Como por burla me contó la dama,
Pues á tanta ventura me ha guiado
De collado en collado y rama en rama:
Siempre del mal ó el bien exagerado
Son menores los hechos que la fama:
Cuando tenga mil tachas mi caballo,
Este bien solo me hará adorallo.»

Así en pláticas dulces y sabrosas
Cenando están los dos de oro en un plato,
Dando ella de sus manos amorosas
Presas de amor al moro cada rato,
Ya preguntando diferentes cosas,
Ya con libre decir, ya con recato;
Que le importa saber si tiene dueño,
Si es de gusto comun ó zahareño.

El moro á todo, en cortesano estilo,
Ya en véras le responde, ya en donaire,
Y miéntras del parlar siguen el hilo,
Si acaso da en la vela un soplo de aire
Que, humillando la luz, muestra el pabilo,
Todo se turba y desvanece en aire;
Que sin la llama el pabellon no luce,
Antes cual débil sombra se trasluce.

Parécense los árboles y el cielo,
Y aun se apaga en la dama la belleza;
Mas luego que la luz cobra su vuelo,
Todo se vuelve á su primer riqueza:
Cree, viendo esto el moro, sin recelo
Que es desvanecimiento de cabeza;
Que el mucho caminar y el comer poco
Le trae el sentido divertido y loco.

Y metido ya en véras con la dama,
Libremente le dice su deseo:
Ella, con vano escudo de su fama,
El gusto le entretiene por rodeo:
«Ser verdad que adoreis esta que os ama,
Yo en esto, dice, lo conozco, y veo
Que, pudiendo salir sin demasía,
Con vuestra voluntad pedis la mia.

»Mas yo de todo en todo seré vuestra
Si me jurais lo que pediros quiero,
Por ese noble pecho y mano diestra,
Y la fe que debeis á caballero:
Que nuevas culpas ni ocasion siniestra
De vos me apartarán, sin que primero
Me déis satisfaccion de una doncella
Que usurpado me ha un gusto por mas bella.

»Hame tiranizado un caro amigo,
Que era otro tiempo el alma de mi gusto,
Y en fe que dió de se casar conmigo,
De mí le dí mas parte que era justo;
Y aunque por vos, señor, en lo que digo
Tratar cosas pasadas sea disgusto,
Es fuerza que me deis esta palabra,
Y así mi voluntad su puerta os abra.

»Que cuanto á desear esto me mueve
Ya no es gusto de amor, sino venganza.»
El moro, que en su rostro entre oro y nieve
Ardiendo en fuego siente su esperanza,
No solo una palabra y don tan leve
Le otorga, jura y da, mas si en balanza
De un mundo entero el contrapeso hiciera,
Y el mundo fuera suyo, un mundo diera.

Y ya con la licencia que le ha dado
Quiso en mas libre trato entrar con ella,
Hacer campo de amor el rico estrado,
Y allí suya del todo la doncella;
Cuando, con el burlar desordenado,
El sujetarla, y defendérsele ella,
La vela se cayó, y sin lumbre alguna,
Lo que encubria la luz mostró la luna.

Sobre una cama de pajizo heno
Abrazado se halló á una flaca vieja,
El turbio rostro de verrugas lleno,
De solo un ojo y con ninguna ceja;
La hundida boca, cavernoso seno,
Con los podridos dientes mal pareja,
Dando al vecino olfato grueso aliento
De algun recien abierto monumento.

Duro el cabello, entre aplomado y cano,
Peor que el de Tesífone y Megera,
La encorvada nariz, que al gusto humano
En flaco iguala, de color de cera:
De nudosa raiz el cuerpo enano,
Con mas años que el tiempo, y toda entera
Tal, que al valiente moro y su denuedo,
Lo que el mundo no pudo, puso miedo.

Así el hambriento pobre peregrino,
En seca paja de un rastrojo echado,
Rico se sueña al fin de su camino,
En cuadras de oro y camas de brocado;
Y en medio el gusto un viento repentino
El sueño vuela, y hállase abrazado
A su estéril bordon, y hambre ayuna
Al frio rayo de la blanca luna.

Con secos nervios y con duros brazos
Así al moro ciñó, que no podia
Del cuello huir los escabrosos lazos,
Por mas que la apartaba y deshacia:
Quiso de rabia hacérselos pedazos,
A no ser en los suyos villanía,
Y ella, mas firme que la yedra al olmo,
Llegar su antojo quiere y gusto á colmo.

¿Quién ha visto en un águila enroscada
Víbora azul, ó pardo cocodrilo
A una palma enredarse levantada
De las crecientes del vadoso Nilo?
¿O á Mercurio en su vara celebrada
De dos serpientes el nudoso hilo?
Tal parecian los dos, y en tal hechura,
El en la rabia, y ella en la figura.

«No es razon, dice, ni camino justo
Que, poniéndome yo en vuestra tutela,
Por solo ser en fuerzas mas robusto,
Esta me hagais sin que mi honor os duela.»
Pensó quizá el envejecido gusto
Que aun todavía ardia la candela,
Y así llevaba el frio melindre al cabo
Con el amante ya rabioso y bravo.

Mas, viendo que de véras la desecha,
La sacude de sí, huye y aparta,
Que sin luz su invencion quedó deshecha,
Medrosa que la deje, y que se parta,
Las duras garras por el cuello le echa,
Y de su aliento y tósigo le harta,
Pidiendo á vueltas á la amada presa
La fe debida á su primer promesa.

«No soy tan fea, le dice, cual parezco;
Que ya fuí quando moza celebrada,
Y aun hoy pena por mí quien no apetezco,
Y me trae con sus lágrimas cansada:
Si estos enfados y desden merezco
Por daros yo tan franca mi posada,
No os envié yo á llamar; vos me buscastes,
Y con falsas promesas me engañastes.

»Cumplidlas, falso, pues, ó á todo el mundo
Por cruel os mostraré y por alevoso,
Sin que de mí os huyais, aunque al profundo
Rincon bajeis del centro cavernoso:
El galan que por vos hice segundo
Quiero me deis para que sea mi esposo,
Y me vengueis de quien me le ha quitado,
Y os honreis hasta entonces con mi lado.»

Bastante prueba dió de su nobleza
En esto el reportado sarracino,
Pues, templando á su enojo la braveza,
De hacer se abstuvo un nuevo desatino:
Solo arrojando la infernal fiereza
Que asido le tenia, «ese canino
Rostro, dijo, será quien te ha usurpado,
Si ya alguno te amó, el haberte amado.

»Dél será bien vengarte con hacelle
Un Euclides de rayas y figuras,
Sin que puedas ya mas entretenelle
En vanas aparentes hermosuras.»
Así dijo; y porque iba á detenelle
Con nuevos embelecos y posturas,
De sí la desvió con tanto brio,
Que, yéndole á abrazar, abrazó al rio.

Cual encogida y débil hojarasca
Que de árbol seco arranca el raudo viento,
Y volando la lleva su borrasca
Trocando puntas y mudando asiento:
Tal la hechicera fué con mortal basca
De uno y otro traspié rodando á tiento,
Hasta dar en el agua, en que se hundiera
Si ya de carne, y no de pluma, fuera.

Fuése el moro feroz desesperado
Viendo el deleite vuelto en amargura,
Y del caballo mal afortunado,
Aunque de noche clara la ventura;
Mas no mucho se fué, cuando á su lado
De Arleta vió la hórrida figura,
Que para mas enfado del que tiene,
A pedirle la fe y palabra viene.

Pensó rendir el alma de coraje
Volviendo el moro altivo el rostro á vella,
Y sin que ya el hidalgo honor le ataje,
Con la espada alta arremetió tras ella:
Huyó la vieja haciéndole un visaje
Que le asombró miralla, y por cogella,
En unos mimbres tropezó sin tino,
Y el feroz rostro le abrazó un espino.

No hay sierpe á quien la azada del villano
Haya en dos medias partes dividido,
Que así fiera vomite por el llano
El humo del veneno recocido,
Como el aragones moro inhumano,
Viéndose en tantos modos perseguido
De aquella que matalla es caso indino,
Y sufrir sus locuras desatino.

Y así, por apartarla de sus ojos,
A correr comenzó por la espesura,
Y ella, para seguille y dalle enojos,
Con las alas del viento se apresura:
«Traidor, hasta que cumpla mis antojos,
Le dice, y la palabra y fe perjura
Que me diste, en desierto y en poblado,
O viva ó muerta me traerás al lado.»

Así corriendo por la selva espesa
Dos largas millas fuéron sin cansarse,
Que ni él dejó el huir á toda priesa,
Ni ella el decir injurias y acercarse;
Hasta que un hondo rio que atraviesa
El paso les tomó, y forzó á pararse,
Y el moro, revolviendo de repente,
Viva cogió á la vieja impertinente.

Y á un árbol de los muchos de su orilla,
Harto ya de sufrir, la dejó atada,
Y en huida veloz, para no oilla,
Apresuró hasta el dia su jornada.
Salia ya el alba en su argentada silla,
De rosas y azucenas coronada,
Cuando el moro salió del bosque al llano,
El ancho rio á la derecha mano;

Y á la otra parte en un ancon que hacia
La corva ala de un cerro puesto enfrente,
Entre arenas y aljófares bullia
El cristal puro de una limpia fuente.
Junto á ella puesto un pabellon se via,
Y en torno dél durmiendo armada gente,
Dos apretadas barcas en el rio,
Y una espía en un álamo sombrío.

Llegó el furioso moro á preguntalle,
Qué atalaya de allí, ó á quién espera,
Cúya es la tienda y gente de aquel valle,
Y si querrán pasarle á su ribera:
Agradóle del moro el garbo y talle,
Y este el primero fué, y la vez primera,
Que de un hidalgo se pagó un villano,
Y un navarro alaves de un castellano.

Y así le respondió: «En la hermosa tienda
Tiene el rey de Pamplona alojamiento;»
Mas luego, arrepentido de que entienda
Que le quiso dar gusto, mudó intento;
Y haciendo al yerro sin razon emienda,
El receloso Ferraguto, atento
Al encubrir y descubrir razones,
Barcas, espía, tienda y prevenciones,

Bien entendió que el caso era de cuenta,
Pues el rey Biarabí por su persona,
A riesgo suyo y de su honor, le intenta
Tan léjos de los muros de Pamplona:
Tiene con él enemistad sangrienta,
Por feudatario á la imperial corona,
Y que es traicion recela, porque sabe
Que en un navarro moro todo cabe.

Por esto quiere el caso por entero,
Y á la espía le ruega que se abaje
A llevar de un extraño caballero,
Si es posible, á su rey cierto mensaje:
Tanto decirle al fin supo el guerrero
De ruegos y promesas, que el viaje
Aceptó, y arrojándose en el prado,
El moro le prendió, y quedó burlado.

Y haciéndole que calle aunque no quiera,
Con él se retiró en una espesura,
Donde del caso la verdad entera
Le pide, ó que abra allí su sepultura:
Así lobo feroz, tierna cordera
Que por su boca asió, á su cueva oscura
Lleva, sin que ya pueda libre y horra
A su pastor pedir que le socorra.

«Señor, por el profeta en quien adoro,
Temblando respondió, y por este paso
En que me ha puesto la codicia de oro,
Que no sé el fundamento y luz del caso;
Que de un plebeyo y no castizo moro
Nunca para altas cosas se hizo caso:
Solo podré contarte lo que he oido,
Ora sea cuento cierto, ora fingido.

»El sagaz Biarabí, rey de Pamplona
Debajo de traer cierta embajada
De parte del rey Cárlos en persona,
Gente metió en Toledo disfrazada:
A Rangorio, caudillo de Girona,
Del gigante Arganzon la firme espada,
Y á Zaldiran, señor de la montaña,
De un ojo solo y de estatura extraña.

»Este, de cepa y de linaje oscuro,
Aunque él se hace de su rey pariente,
Es el que á cargo tiene dar seguro
Del rio este ancho vado con su gente;
Y de un herrado carro el firme muro
En que salvar la presa diligente,
Que se entiende será una bella mora,
Hija del que en Toledo reina ahora.

»Son varios los incrédulos rumores
Que deste robo cuentan en secreto:
Unos dicen que el César por amores
Así al Rey lo mandó, que es su sujeto;
Y un caballo tambien de los mejores
Del mundo le envió para el efeto,
De cuya lijereza se valiese,
Y el hecho sin temor acometiese.

»Y que Rangorio á la jornada vino
Para mayor seguridad del caso;
Mas ni eso lleva al parecer camino,
Ni es de creer que en semejante paso
Un monarca tan sabio, un rey tan dino
De serlo del oriente hasta el ocaso,
Cuando dél tiembla el mundo, por livianas
Causas de amor se burle de sus canas.

»Otros Rangorio, padre de Oliveros,
Fingen el nuevo autor deste cuidado;
Mas yo en secreto oí á dos caballeros
Hacer á Biarabí solo el culpado,
Que acometido de enemigos fieros
Su reino, y de leones rodeado,
Olvidada su edad, anda perdido,
En amorosas burlas divertido.

»Al fin, séase cual fuere el fundamento,
El caso cierto es ya que Galïana,
La dama de mayor merecimiento
Que hoy se conoce, mora ni cristiana,
Si no hay algun notable impedimento,
Aquí presa estará de hoy á mañana:
Esto es cuanto del caso decir puedo,
Y lo que aquí esperamos de Toledo.»

Así el moro decia, compelido
De los miedos del hijo de Lanfusa,
Cuando en el bosque oyeron el rüido
De una algazara y trápala confusa:
Saltó el aragones apercebido,
La espía se le huyó, y por la difusa
Campaña mil tragedias, con espanto,
Materia dieron de venganza y llanto.

Mostróse claro el alevoso intento
Del robo ilustre que hacer procura
El Rey, de la ciudad á quien dió asiento
El que perdió en Farsalia la ventura;
Y Ferragut, celoso hasta del viento
Que en el rio suena y brama en la espesura,
No aguardó á saber mas; dejó la espía,
Y á buscar acudió el rumor que oia.

Vió venir tras un hombre desarmado,
Con limpias armas, dos por darle muerte,
Y sin poderle socorrer, clavado
Al suelo le dejó un venablo fuerte:
Volviéronse con paso apresurado,
Y el moro leal, que la traicion advierte,
Con alma y pecho audaz y piés lijeros
Siguiendo fué los falsos caballeros.

Y no léjos de allí, al entrar de un valle,
Otro vió alancear como el primero,
Sin que á ninguno socorrer ni dalle
Favor pudiese su ánimo ni acero;
Cuando por una estrecha y verde calle
De la selva salir vió un caballero
Con aljaba de monte de brocado,
Y un cruel trozo de lanza atravesado.

Fué cayendo á los piés de Ferraguto,
Desangrado y mortal, creyendo fuese
Del enemigo bando ánimo bruto,
Que lo que otro empezó acabar quisiese;
Y ya pagando el general tributo,
Como ántes de morir reconociese
Que el moro era neutral, y no enemigo,
Así le dijo en tono y voz de amigo:

«¡Oh invencible valor, cualquier que seas,
Que en ademan gallardo y real persona
De mí muestras dolerte, y que deseas
Vengar mi muerte! Acórreme, y perdona
El no poder guiarte donde veas
De Toledo agraviada la corona
Del rey mas falso y gente mas traidora
Que en Meca cree y su Alcoran adora.

»Danos favor, gran Cid, si á tu presencia
El valor de esa espada corresponde,
Y al mundo le ha quedado resistencia
Con que hacerla, y términos por donde;
Socorre la beldad y la excelencia
Mayor que en toda su grandeza esconde,
A una ofendida infanta y á un honrado
Rey, de otro infame rey sin fe agraviado.

»Con ademan de una fingida caza
Y alancear una feroz leona,
A este soto sacó la industria y traza
Del falso Biarabí, rey de Pamplona,
La bella Galiana, y á una plaza
Encubierta guiando su persona,
Nos trajo á la mitad desta floresta,
Donde tenia una emboscada puesta.

»Allí, con cruel ánimo y denuedo,
Un tejido escuadron de gente muda
Salió á robar la infanta de Toledo,
Y á dar al Rey en su traicion ayuda:
Hizo su oficio el repentino miedo
Sobre la que halló de armas desnuda:
Unos huyeron, y los mas honrados
Han muerto, cual yo ahora, alanceados.»

Así, ya con la muerte y sus congojas,
El toledano á Ferragut decia,
Cuando por la espesura de las hojas
Uno, huyendo de otros tres, salia,
De azules sobrevistas y armas rojas,
De sierpes llenas, de oro y plumería;
Y el que huia, una marlota gualda,
En un hombro herido y una espalda.

Salió á hacer reparo el moro altivo
Contra los tres cebados en matalle,
Y al mas lijero, de un reves esquivo,
De medio arriba le dejó sin talle:
Al otro, medio muerto y medio vivo,
Por su entero sepulcro le dió el valle,
Y al tercero con él tal escarmiento,
Que, siendo plomo, se volvió de viento.

Saltó el aragones sobre un caballo,
Siguiendo al que huye de su aguda espada,
No tanto por herillo ni alcanzallo,
Cuanto por ir á dar en la emboscada:
Al fin supo el temor tan bien guiallo,
Que en una plaza de árboles cercada,
En desigual batalla vió metidos
Catorce armados contra diez heridos;

Y en donde preso un sol con diez estrellas,
Eclipsada la luz de su hermosura,
Hecha un vistoso cielo dél y dellas
De aquel sangriento prado la frescura;
La bella Galiana y sus doncellas,
Llorando su presente desventura,
A cuenta y guarda de un feroz gigante,
Temblando están de su brutal semblante.

Así en turbios y rígidos celajes,
Entre los cuernos del templado toro,
Humedeciendo al aire sus plumajes,
De las Pleyadas el medroso coro,
Llorosos hace y lóbregos visajes
De tierno aljófar y arreboles de oro,
Viendo de Orion armado el brazo fiero,
Y de su alfanje el relumbrante acero.

Puso el gallardo hijo de Lanfusa
Los ojos en la bella Galiana,
Que, aunque llorosa y en su mal confusa,
Su hermosura descubre soberana:
Aquella hermosura y luz que infusa
Del libre sueño vió en la sombra vana,
Cuando el amor con ella le hizo presa,
Y en su alma la dejó y su gusto impresa.

Halló despierto á quien mostró dormido,
El dia pasado, el agua de una fuente,
Y ser deste alboroto aquel rüido
Que hacia soñando una espantosa gente;
Cuando, en rabiosa cólera encendido,
Y en nuevos gustos del placer presente,
Tan fiero, que mirallo atemoriza,
Haciendo entró por los contrarios riza.

Sobre el gran yelmo de templado acero
Una enroscada y bella sierpe de oro,
Por alas los penachos del plumero,
Y por veneno y silbos los del moro,
Encontró á Grabelindos el primero,
Una de las tres llaves del tesoro
Del reino de Pamplona, y de sus rentas
Le remató en su alcance el de las cuentas.

Alfajardo y Cegrides, dos hermanos,
El uno amante nuevo, el otro esposo
De dos moras de rostros soberanos,
Que ausentes lloran su tardar penoso;
Al uno la cabeza y las dos manos,
Que levantaba á hacer un golpe honroso,
Y al otro de una punta atravesado,
Por comun sepultura les dió el prado.

Creció del ciego ruido el alboroto
Con el nuevo socorro del pagano,
Volviendo los que andaban por el soto
Dando la caza al pueblo toledano;
Y al fiero Arlange, que, el alfanje boto
De herir, y en sangre envuelto el brazo y mano,
Tornaba de mil muertes victorioso,
Un altibajo le alcanzó espantoso.

Y dándole primero á Gorgio muerte,
Un músico del Rey, que á dar venía
Solaz, y no á reñir, porque á su suerte
Las pretensiones no arregló aquel dia,
Contra Arlange un reves volvió tan fuerte,
Que todas las victorias que traia
Por el suelo le echó, y en larga pieza
Del cuello la fantástica cabeza.

Y dando á las espaldas el escudo,
Con la espada á dos manos fué haciendo
Mortal estrago, y por el pueblo rudo
Crecer el alboroto y el estruendo:
El feroz Biarabí, que ya no pudo
Mas el rigor sufrir del brazo horrendo,
Ni los furiosos golpes que en su gente
Da y ejecuta la feroz serpiente,

Con una lanza como gruesa entena
Contra él por medio del furor se lanza,
Y en el soberbio pecho, que resuena
En negro aliento soplos de venganza,
El encuentro acertó, y de estruendo llena
La selva, y de los trozos de su lanza,
Bramando vuelven por los robles secos
Del sordo monte los quebrados ecos.

Perdió el gallardo moro los estribos,
Abrazándose al cuello del caballo,
Al tiempo que diez golpes vengativos,
De ira llenos, bajaban á buscallo:
Fué despertar en su furor mas vivos
Los bríos de vengarse, y provocallo
A un increible y espantoso estrago,
Y á dar al Rey de su traicion el pago.

Así en los duros yunques de Vulcano,
En las cavernas del Tinacrio monte,
Si el rayo se desliza de la mano
Al negro Esterpe ó al horrible Bronte,
Rompe en fiera estampida por el vano
Contorno de su lóbrego horizonte,
Llevando el ronco estruendo en un instante
Fráguas, obras y obreros por delante.

Con semejante furia y con violencia
Igual, volviendo en sí el feroz guerrero,
A Lurco mata, alcaide de Plasencia,
A Gripol, á Alberindos y Bambiero;
Y sin hacer caudal ni diferencia
Del humilde villano al caballero,
A Cepola, escudero de Algaberte,
Y á su amo, de dos golpes dió una muerte.

Y vuelto al Rey, que con feroz denuedo
Alta la espada por le herir volvia,
A recebille el golpe estuvo quedo,
Y de la muerte se escapó Argalia,
Que ya la iba tragando con el miedo
Del jayan bravo que sobre él venia:
Dió el golpe encima de la sierpe de oro,
Haciendo qué lo sea en rabia el moro.

Y en respuesta le dió tras de una punta
Que le encarnó, aunque poco, en el costado,
Un lijero mandoble, en que fué junta
La colérica rabia al justo enfado:
Llevóle medio escudo, y con difunta
Color el Rey cayó desacordado,
En la cabeza, el hombro y pecho herido,
O muerto, al verde prado, ó sin sentido.

Y revolviendo la furiosa espada
Al vulgo, que á vengarle se apercibe,
A este de intento, al otro de pasada,
En todos su rigor y enojo escribe:
Con que de la otra gente amedrentada
La esperanza y el ánimo recibe;
Y con tan buen caudillo en su presencia,
Más que ántes hacen firme resistencia.

El valiente Arganzon, que en guarda puesto
De las doncellas y la Infanta estaba,
Viendo caido al Rey, huyendo el resto
De solo un brazo y su arrogancia brava,
Bramando al cielo, sale de su puesto,
En la ancha mano su acerada clava,
Con que una horrible pasta, á un golpe fiero,
Las armas piensa hacer y el caballero.

Era Arganzon del reino de Pamplona
Alférez real, de corazon valiente,
Nacido, segun unos en la Sona,
Y segun otros en la Nubia ardiente,
De corpulenta y bárbara persona,
Armado de unas conchas de serpiente,
De muchas fuerzas y ninguna maña,
A quien su rey pasó de Arjel á España.

Fundó en Navarra sobre una alta breña
Un castillo gentil, que el gran Teobaldo
A Guevara ganó, y mudó su seña,
Las bandas y panelas de Grimaldo,
Dando á su ilustre casa no pequeña
Majestad desta peña el fiel respaldo,
Ganada á fuerza del soberbio Argante,
Pariente y sucesor deste gigante.

Este pues, viendo el espantoso estrago
Que la aragones furia hace en su gente,
Al Rey caido en un sangriento lago,
Y á sus golpes medroso el mas valiente,
Dando órden que Bramul con tierno halago
La Infanta lleve en órden suficiente
A las barcas, y allí en el albedrío
De Zaldiran la entregue, y pase el rio,

Con pecho osado y ánimo brioso,
Alta la espada y su furor mas alto,
A dar fué en Ferraguto un peligroso
Golpe, ayudado de un lijero salto:
Erróle con la cólera, y furioso,
De rabias lleno y sufrimiento falto,
La bisarma arrojó, y sacó la espada
En mora sangre sin lealtad manchada.

Mas ántes que ejecute el golpe fiero,
Uno tal le prestó el sagaz pagano,
Que el medio escudo, aunque de fino acero,
Le llevó al suelo, y parte de la mano:
Dió un bramido el jayan, y el caballero
Otro segundo le asentó de llano
Encima el duro yelmo, que sin tino,
Al verde suelo, del caballo vino.

Creyó que habia acabado la jornada
De aquel golpe espantoso la violencia,
Y así, esgrimiendo la lustrosa espada,
Sin hallar en reparos resistencia,
De tajo, de reves y de estocada,
Hiere, destroza, mata, y diferencia,
Con horribles señales y heridas,
Cuerpos, armas, personas, muerte y vidas.

De las medrosas sobras que han quedado
Al destrozado campo de Pamplona,
Ya sin caudillo en son desordenado
Huye á salvar cada uno su persona;
Y el vencedor gallardo, que el cuidado
Mayor que el suyo alienta y aficiona
El de la bella Infanta, ya trataba
De seguir á Bramul que la llevaba;

Cuando Arganzon, volviendo en su sentido,
Furioso contra el cielo se levanta,
Que en verse de mortal valor rendido
Los muertos pisa y á quien vive espanta;
Y el corvo alfanje en alto suspendido,
Un golpe al moro dió con fuerza tanta
Sobre el dorado yelmo á todo vuelo,
Qué dió con él de espaldas en el suelo.

Bajóse por cortarle la cabeza,
Cuando el brioso aragones gallardo,
Con nuevo aliento y nueva fortaleza,
Mas lijero saltó que un presto pardo,
Huyendo con mañosa lijereza
El golpe altivo del jayan bastardo,
Aunque en el hombro le alcanzó siniestro
El filo agudo del alfanje diestro.

Cortóle de la malla el fino lazo,
Y gracias al encanto de Lanfusa,
Que tambien le llevara entero el brazo
Si no hallara en su virtud excusa;
Mas el que solo siente el embarazo
De no seguir la Infanta, no rehusa
Sus golpes, ni hace dél ni dellos cuenta;
Que en uno piensa de cobrar cincuenta.

Y así, despues que de uno y otro lado
Del acerado arnes la fina malla
El soberbio jayan cortó alterado
En descompuesta y bárbara batalla,
Ferragut le acertó un descaminado
Golpe del yelmo en la dorada talla,
Tal, que él, y la cabeza y pecho abierto,
Espantable cayó en el suelo muerto,

Con ruido igual al que en los valles hace
De las sierras de Cuenca y de Segura
El pino altivo que en sus hombros nace,
Y en los suyos la mar vuelve segura;
Que si el hierro le tronca y le deshace,
Suena al caer y tiembla la espesura,
Las hojas en los árboles vecinos,
Y el pez en sus remansos cristalinos.

No quedó al golpe horrible altiva espada
De cuantas ántes contra sí tenia,
Que no huyese, viendo destroncada
La mayor fuerza con que el Rey venia:
La gente ántes vencida y desarmada,
Contra Bramul, que á se escapar huia
Con la Infanta, sin armas y sin tino,
Peleando le estorbaba su camino.

Hasta que, libre ya de la refriega
En que quedaba el moro diligente,
Lloviendo sangre de su espada, llega
A dar socorro y ánimo á la gente:
No fué de dura esta segunda brega;
Que un desmayo entibió el furor ardiente
De los navarros moros, viendo cierto
Ser Arganzon vencido, y su rey muerto.

Huyeron por el bosque divertidos
A los ocultos valles de la sierra,
Quedándose entrampados y perdidos
Los mas, por la ignorancia de la tierra:
El bravo aragones, que vió rendidos
Los principales nervios de la guerra,
Envainando su espada y su braveza,
Así la empresa de su gusto empieza.

Llegándose á la Infanta, que admirada
Está de las bravezas de su mano,
De sus medrosas damas rodeada,
En tono humilde y modo cortesano,
«¡Oh beldad, dijo, en quien se ve cifrada
La entera gloria del tesoro humano,
Que en las centellas desos ojos vuela,
Y ardiendo el alma sus antojos hiela!

»Si este humilde servicio entrar en cuenta
Puede con el que el mundo os pecha y paga,
Y en noble gusto un tal deseo se cuenta
De cualquier deuda por bastante paga,
Sin hacer de otro bien caudal ni cuenta,
Así mi presuncion deste se paga,
Que en fe se atreve de tan buena suerte
A ofrecerse por vuestro hasta la muerte.

»Soy, si la fama deste brazo y mano
Volar tan alto con mi nombre pudo,
El hijo de Lanfusa y de Ulïano,
De Huesca rey y de Aragon escudo,
Del gran soldan de Babilonia hermano;
Y soy el que, sin armas y desnudo,
Maté á Argalia en Francia, peleando,
Y las suyas quité al valiente Orlando.

»Y así la fama de esa luz preciosa,
Que ya clara en mis ojos reverbera,
Fué en mi libre cuidado poderosa
Y á sus rayos mi alma tan de cera,
Que por virtud y fuerza milagrosa
Viva se imprimió en ella de manera,
Que, sin mas experiencias mi memoria,
Hecha quedó un retrato de su gloria.

»Y la ventura que al principio quiso
Darme de tal tesoro alegre nueva,
Siendo mi guia, hizo de improviso
Que por mas bien este favor le deba,
Trayéndome á tan nuevo paraíso
Por dulce alivio y por bastante prueba;
Que si es grande la voz de esa belleza,
Es la fama menor que su grandeza.

»Luego que amaneció en mi pensamiento
La justa estimacion desta noticia,
Sin hacer caso de otro humilde intento,
De ser vuestro me dió noble codicia;
Cobrando mi rendido pecho aliento
Para con él vengar vuestra injusticia,
Y gozar juntamente el bien que inspira
Ese divino rostro en quien le mira.

»Y así se debe todo á la grandeza
Que el cielo puso en vos, y á mi la gloria
De saber adorar tanta belleza,
Y gozar sin cesar desta victoria:
Todo junto pretende en vuestra alteza
Deste servicio y voluntad memoria,
Con que en mi crezca el ánimo en serviros,
Y en tanto bien amor temple sus tiros.»

Dijo; y la alegre gente cortesana
Que á la espada sobró del enemigo,
En torno de la bella toledana
Cobraba aliento ya y seguro abrigo;
Y ella, con la victoria mas lozana,
En rostro afable y en semblante amigo,
Al gran libertador que atento via,
La dulce boca á responder abria;

Cuando vieron salir de la espesura
Un brioso y desenvuelto caballero,
Sobre un caballo de gallarda hechura
Todo cubierto de oro, y él de acero;
Con una dama tal, que su figura
Admiró los presentes... Mas primero
Que mi pluma á este cuento se entremeta,
Volverla quiero á la olvidada Arleta;

Que no es razon que porque el tiempo haga
Su oficio en ella, como en todo suele,
Ya que uno al irse con rigor le paga,
No venga otro tras él y la consuele;
Que si con su volar todo se estraga,
Tambien es justo que en sus penas vuele,
Y se acabe el dolor como el contento,
Y nada tenga en su inconstancia asiento.

Del encantado moro el justo enfado
Atada habia dejado á la hechicera,
Al duro tronco de un cipres copado,
Del fugitivo Tajo en la ribera,
Donde, cuando apuntaba el sol dorado
Tras la estrella del alba placentera,
Una villana vió medio desnuda,
Con lágrimas pidiendo al cielo ayuda.

Dióle voces la maga, y la doncella
Con ellas de repente alborotada,
Medrosa á los principios quedó en vella,
De su fealdad y jestos asombrada,
Hasta que al fin, compadecida della,
Llegó á darle favor; y desatada,
Ella en pago le pide, como amiga,
Para ayudarla el fin de su fatiga.

«Señora, dijo, aunque contarla quiera,
Ni sé decir ni entiendo el cómo ha sido;
Ayer desde mi aldea á esta ribera
A cazar vine con mi padre un nido;
Y no sé adónde ni por qué manera
Me puso en un caballo, y él subido
En la silla tambien, donde queria
Furioso nos llevaba y nos traia.

»Metiónos por la lóbrega espesura
Deste bosque sin luz, y andando á tiento
De un riesgo en otro, sin hallar segura
Senda ni guia á nuestro ciego intento,
La noche fuímos toda á la ventura
O sin ella, hasta ya que al pardo viento
El lucero aclaró, y con su tesoro
De blanca plata hizo el carro de oro.

»Entónces en el soto de improviso
Una fiera saltó, y alborotado
El brioso animal, hurtarle quiso
La vuelta, dándola él desordenado:
Dió conmigo en el tronco de un aliso,
Y en su huir, á mi padre desdichado
Colgado le llevó de un corvo estribo,
Haciéndole quizá pedazos, vivo.

»Yo, por estos ribazos y estas peñas,
Con el ansia de darle algun socorro,
Cual me ves, destrozada de sus breñas,
Sin saber dónde á socorrelle corro.»
Dijo; y entre unas vástagas pequeñas
De álamos, que hacen en el prado un corro,
Los bufidos oyeron del caballo,
Acudiendo las dos por atajallo.

Halláronle entrampado en los grimazos
Que un ciego bosque de álamos hacia,
Hecho el villano entre sus piés pedazos,
De un estribo colgado todavía:
Dió la doncella en él tristes abrazos
De sobresalto llena y de agonía:
Arleta asió del freno por la rienda,
Tomando el paso de una estrecha senda.

Conoció en el caballo y el suceso
Ser el que iba buscando Ferraguto,
Aquel moro feroz que en su alma impreso
El brio dejó de un pensamiento bruto;
Y sin dar mas consuelo en el avieso
Caso de la doncella ni en su luto,
Sola se la dejó y se fué contenta;
Que del ajeno mal ¿quién hace cuenta?

Va con ella doméstico el caballo,
Y ella, agradada de su vista y talle,
A Brabonel pretende presentallo,
Y con esta ocasion nueva obligalle;
Y si él, cual debe, no le estima, dallo
En premio á quien prometa de vengalle
Del afrentoso agravio que le hizo
Aquella noche el moro advenedizo.

ALEGORÍA.

En las tragedias de Bahamel y su esposa, hechas tan á ciegas y con tanta desgracia, se muestra lo mucho que en los sucesos humanos pueden las estrellas, bien ó mal afortunadas, que aunque no llegan á forzar la libertad del albedrío, no hay duda que en las cosas infe-

riores es gran fuerza la del hado, que, segun la opinion de algunos, referida por Santo Tomás, es la disposicion del signo en que cada uno es concebido, al cual, aunque le es superior el libre albedrío, en muchas cosas se deja vencer de su violencia, y principalmente en aquellos casos que el saber y prudencia humana no alcanza á prevenir; y eso quieren decir las desgracias del caballo Clarion: que la fuerza de las estrellas predomina en los brutos y en la parte sensitiva, y no en el albedrío humano y voluntad racional.

En Ferraguto abrazado con Arleta se muestra cuán cierto es en el hombre caer de las manos del deleite en las del arrepentimiento; la vela de Arleta significa los aparentes antojos de un deseo amoroso, y cuán otras de lo que son pinta y barniza las cosas.

Ferragut, peleando con las gentes de Biarabí en favor de Galiana, es figura de la irascible contra los estorbos que se le ofrecen al paso del conseguir el fin que el hombre pretende; y en Biarabí, destruido y frustrado de su intento, cómo un traidor pocas veces se escapa de morir á manos de su traicion.

LIBRO OCTAVO.

ARGUMENTO.

Describese quién fué Arleta, la cual presenta el caballo Clarion á Rangorio porque le vengue de Ferraguto, á quien hallan con la infanta de Toledo, acabando de vencer la gente que la llevaba presa. Llega el campo de España á Sansueña, haciendo una gallarda reseña á vista de sus muros. Sale Cardiloro á reconocerlos; ve sin ser visto á Florinda, enamórase della, y trata de robarla la siguiente noche. Serpilo y Celedon, compañeros suyos, hacen grande estrago en la gente dormida del real cristiano. Cardiloro, como lo trazó, roba á Florinda, y huyendo con ella da en una escuadra de cristianos, donde le matan, y á ella sin conocer la llevan presa á la tienda de su esposo.

Fué Arleta (es bien, señor, que sepais esto
Para mas luz de su famosa historia)
Una maga falaz, cuyo compuesto
Rostro aun conserva Tajo en su memoria,
Y en una carcomida gruta puesto,
Su primera beldad hace notoria;
Y del furor de su ánimo insolente
Esto por tradicion cuenta la gente.

En su florida edad de agrado y gusto,
Aunque altiva en su trato y deshonesta,
Con que en celosas rabias y disgusto
Siempre á Toledo trajo en bandos puesta;
Amiga de Yucef, moro robusto
Que á toda España gobernó, y con esta
Mano en su pretension, no hubo interese
Que no intentase y con que no saliese.

Mas el tiempo, que todo lo consume,
Dió y tomó, como en otras, en sus cosas;
Dióle males que cuente, años que sume,
En ferias de las perlas y las rosas;
Quedándose tan vana, que presume
Que aun pueden ser al gusto apetitosas
Las fruncidas arrugas y las sañas
De los húmedos ojos sin pestañas.

Tirando de la edad cuanto mas pudo,
La ponzoña del tiempo y del afeite
El turbio rostro le dejó sañudo,
De unciones lleno, destilando aceite;
Y el débil cuerpo, ya de raices nudo
Con las vivas memorias del deleite,
Mártir de nuevas aguas y lejías,
Que en reumas trueca el curso de los dias.

Perdió con ellas los manchados dientes,
De un ojo el sol, y la una y otra ceja;
Que estos son los tusones excelentes
Que el torpe vicio á quien le sigue deja:
Al fin, hecha de humor horribles fuentes,
Por todas partes consumida y vieja,
Dió en procurar con infernales medios
A su antigua pasion nuevos remedios.

Tenia en el Tajo, entre una oscura breña,
Una encubierta gruta en que vivia,
Y una fuente llamada de la Dueña,
Que de ara á sus conjuros le servia:
Quizá fué donde ahora es Fontidueña,
Y su nombre heredó desta arpía;
Que hay fama que en su pueblo aun persevera
Nobleza desta antigua hechicera.

Tenia la fuente siempre emponzoñada,
Y enturbiando sus aguas el sentido,
Dejaban la memoria embelesada,
Y el gusto al suyo, sin querer, rendido;
Con que en torpe deleite ocasionada,
Deseo no tuvo sin le ver cumplido,
Sino el de Ferragut, cuya locura
Las luces apagó de su hermosura.

Esta pues con las riendas del lozano
Caballo Clarïon va su camino,
Trazando en sí de darlo de su mano
Al que ya hizo de sus gustos dino:
Al feroz Brabonel zaragozano,
O á quien le busque y mate al sarracino
Pretensor bravo del gallardo potro;
Que al uno adora, y aborrece al otro.

Gozó de Brabonel algunos dias
En vario engaño y ciegos embelecos,
Hasta que al fin, por encubiertas vias,
De su cueva huyó á los montes secos,
Sin valer ya con él magas porfias,
Ni de su halago los fingidos ecos;
Y presa de su amor entónces iba
Con la memoria y la aficion mas viva,

Cuando al bajar de una pequeña loma
Vió un caballero de unas armas goles,
Que, bañada la espada en sangre, asoma
Cual sol de abril en rojos arreboles,
Y que el camino hácia la selva toma
Tras dos gallardos moros españoles
Que el caballo le han muerto, por dejalle,
Sin que seguirlos pueda, á pié en el valle.

Alcanzó al uno de un reves lijero,
Que lo fué mucho mas que su caballo,
Yendo al suelo caballo y caballero,
Sin que trate el que huye de ayudallo;
Y acertando el segundo golpe fiero,
Le abrió del hombro al pecho, y pudo dallo
Tan á gusto y sabor, que el que huia
Con solo alfanje y sin arnes venía.

Al otro le valió su lijereza;
Y el victorioso caballero armado,
Volviendo á todas partes la cabeza,
A Arleta vió bajar por el collado,
El caballo del diestro, que en belleza
Excede á cuantos Bétis ha criado,
Con el rico jaez que, al huello ufano
Sonando el oro, le hace mas lozano.

Era este caballero el gran Rangorio,
Padre que es de Olivéros y de Baldo,
El que en Mopsa mató en su consistorio
Alevemente al conde don Grimaldo;
Aquel conde nobleza de Sertorio,
De Montesinos padre y de Teobaldo,
Que á España huyeron, y de su renombre
A la Peña de Francia dieron nombre.

Este por Carlo-Magno era en Girona
Gran duque, y á esta empresa toledana
Con el falso rey vino de Pamplona
Por ver de Brabonel la espada ufana;
Con quien probó aquel dia su persona
Dentro en la inculta selva comarcana,
Miéntras que el Rey, como hambriento lobo,
De una tierna cordera hacia su robo.

Y estando en lo mejor de la batalla,
A ellos vieron venir tres caballeros,
Publicando el peligro en que se halla
En el bosque la Infanta y sus monteros:
El moro Brabonel, por ayudalla,
En fe le pide de ínclitos guerreros
En aquel punto dejen el combate,
Y al dia siguiente alarguen su remate.

No lo otorgó el frances; que era su intento
Que Biarabi saliese con la empresa,
Cuando los tres con ciego atrevimiento,
Viendo á traicion llevar su infanta presa,
A un tiempo juntos, su furor violento
A dar sobre él bajaron con tal priesa,
Que, sin que Brabonel pueda estorballo,
Mataron, si no á él, á su caballo.

Y no admitiendo el de Aragon la suerte
Que á su victoria el tiempo le ofrecia,
Las riendas vuelve, y de su pecho fuerte
El brio, á dar favor á su alegría:
Rangorio, de los tres, dió á los dos muerte,
El tercero huyó á servir de guia
A Brabonel, cuando el preñado monte
Al valle parió á Arleta y á Clariontе.

Salió á ver el retrato en que tenemos
Juntos el de hermosura y de fiereza,
Caballo y dama, donde visto habemos
De las obras del tiempo la firmeza:
Ambos de los azares los extremos,
Uno en torpe fealdad, otro en belleza:
Ahora Rangorio, en ambos entrampado,
¿Cómo se librará de desgraciado?

Preguntóle á quién lleva aquel caballo,
Y respondió á sabor la astuta vieja
Que es suyo, y que lo lleva para dallo
En premio á quien la vengue de una queja:
Ofrécese el frances á procurallo,
Y ella á su gusto y voluntad lo deja,
Con tal que hasta vengarla en cualquier via
Segura le haga y noble compañia.

Refirióle que, habiendo regalado
De casa y cena á un falso caballero,
La habia sin culpa suya deshonrado,
Y mostrado á sus blandos ruegos fiero:
«No sé, dijo el frances, lo que ha pasado;
Yo haré lo prometido verdadero;
Lo demas tú lo sabes: solo digo
Que tenia hambre quien cenó contigo.»

Miróle de mal gusto la ramera,
Y á no haber dado ya el caballo, es cierto
Que por solo aquel mote no le diera,
Aunque le diera á Ferraguto muerto;
Mas, viendo que enojarse entónces fuera
Perderlo todo, prosiguió el concierto,
Como astuta y sagaz, por mil maneras,
Echando en burlas las pesadas véras.

Y él, con ella á las ancas, por la selva
A buscar fué la gente de Pamplona,
Antes que el fiero Brabonel revuelva
De Toledo á amparar la real corona;
Mas, por presto que á dar alcance vuelva
Al amado escuadron y á la persona
Del encantado y diestro Ferraguto,
Su primer fiesta habrá trocado en luto.

Y como en los azares que traia
El frances cabe todo, vió temprana
Su cierta destruicion en la alegria
En que la gente estaba toledana;
Que este es el gran guerrero que salia
Del monte, y suspendió de Galiana
La respuesta, y de Arleta el desenfado,
La que mas que los muertos manchó el prado.

Fué general la turbacion siguiente,
Galiana en conocer por el escudo
De tres coronas al frances valiente,
Y él, en ver tal destrozo, quedó mudo:
Arleta, hallando á Ferragut presente,
Tenerse de temor en pié no pudo,
Cayendo del caballo sin aliento
A los piés de su altivo pensamiento.

El moro, mas que nadie alborotado,
Viendo el caballo tras que ayer corria,
Y de otra parte el bulto embalsamado
Que cual muerta fantasma le seguia,
De uno rabioso, y de otro alborotado,
Romper por todo su furor queria...
Mas del acometido rompimiento
Otra vez se dirá el furor violento.

Que ya Tibalte á vista de los muros
Y levantadas torres de Sansueña
A trinchear y hacer fosos seguros
Del gran Leon encamina la alta seña;
Y en distintas escuadras por sus duros
Collados va en bellísima reseña,
Tal, que la antigua majestad de España
El aire, aunque oprimida, en triunfos baña.

De Sansueña el alcaide un tiempo esposo
Fué de Brunilda, hermana del rey Silo,
En quien de un parto tuvo, peligroso,
Dos hijos, y mil lágrimas á hilo,
Muriendo para dar fruto precioso,
Con mas gracias que flores riega el Nilo,
En una bella niña y un infante
Como la luz que al dia va delante.

Al niño hurtó un esclavo en un desierto,
O cruel le mató sin culpa alguna;
Mas de la niña el cielo hizo un enjerto,
En su rostro, del sol y de la luna:
Tomó en sus ojos la hermosura puerto,
Desde donde ella y el amor á una
Los dulces tiros hacen, cuya guerra
En un cielo de paz vuelven la tierra.

Fué su nombre Florinda, y ella un mayo
De flores, cuyo pecho y alma altiva
De un fuerte amor el poderoso rayo
Al primer golpe la dejó cautiva;
Y hoy de una larga ausencia el frio desmayo
Apénas la esperanza tenia viva,
Cuando en sus vueltas la fortuna incierta
Viva, con una, la volvió de muerta.

Del conde don Tibalte un noble hermano,
Que Argildos de Velasco se decia,
Por su teniente en el rëal cristiano
Puesto en favor de la ciudad venia;
Altivo, jóven, de ánimo lozano,
Pecho fuerte y robusta gallardía,
Que en la corte de Oviedo con bastante
Favor fué desta dama tierno amante.

Vino el valiente godo á la jornada,
Solicitado de amoroso ruego,
A ver su gloria con la vista amada,
Cuyas ausencias le han tenido ciego;
Y porque el rayo de su ardiente espada
Allí importa que ayude á sembrar fuego,
Al fin, entre el furor que el alma encierra,
En busca de su paz vino á la guerra.

De finos jaspes con relieves de oro
En lo mas alto de una torre habia
Un bello mirador, que el campo moro
Y de Arga la ancha vega descubria:
Aquí, á las voces de un clarin sonoro,
Que descubrió la hermosa infantería,
En rico estrado de oro la gallarda
Florinda su vistoso alarde aguarda.

Cercada de bellísimas doncellas,
Y de esperanzas y deseos cercada,
Por ver la entrada de los campos ellas,
Y ella por ver de su amador la entrada,
Con rica cinta de esmeraldas bellas,
Y un delfin que las traga por lazada,
En agüero feliz que está en bonanza,
Ceñida ya del fin de su esperanza.

Puesto á su lado el venerable Altero,
Que, plático en la guerra, les dijese
Bandera por bandera el campo entero,
Y quién su capitan y escuadra fuese:
Fué la gente llegando; él con severo
Aunque alegre semblante, en que se viese
De su cordura y discrecion el modo,
Así fué señalando el campo todo:

«El que á su cuenta trae el estandarte
Rëal, y el aire enciende con su acero,
Debajo cuyas grevas viene un Marte,
Más que el que en Tracia riñe altivo y fiero,
Aunque de godo tiene una gran parte,
De la antigua montaña es el primero,
Tibalte de Velasco, y desta gente
Digno caudillo y general prudente.

»Bello Centauro, en medio los barbechos
Pinos de Osa, parece en brio y talle,
Cuando con dos espaldas y dos pechos
La espesa selva asombra y rompe el valle:
Tiemblan á sus piés anchos los barbechos;
Las fieras y ganados le hacen calle;
Y él, dejando tras sí la alta montaña,
Las fuentes turba, y hunde la campaña.

»Del antiguo Idubeda, que ya puso
Nombre á esta inculta sierra, es descendiente,
Y la gallarda escuadra que en difuso
Monton le cerca, de su casa y gente,
Diestra en la alegre caza y en el uso
De herir de léjos con venablo ardiente,
Cuyas flechas y dalles enastados
Por los aires alcanzan los venados.

»El que sigue tras dél con su bandera,
Es el valiente jóven Coribanto,
De Teucra sangre casta verdadera:
El siguiente es el noble Radamanto,
Que una hidalga escuadra rige entera
Del valle de Solórzano, y el manto
De hoces de verde plata y lirios de oro
Siembra en su nueva gala un real tesoro.

»Claverindo es aquel, y las legiones
Que de la fértil Rioja el valle opaco
Con rejas rompen, y los ricos dones
De Céres gozan y del libre Baco:
Aquel es Aldiger, cuyos florones
Del limpio arnes y del bruñido jaco
Los rayos dan que ahora con sus brios
Vuestros ojos deslumbran y los mios.

»Su gente, siempre á guerras inclinada,
Y puesta al enemigo por frontera,
Con corvo arado y con luciente espada
A un tiempo abre del surco la carrera:
La que tras ella en ala concertada
De un dragon de oro sigue la bandera,
Es de las quiebras desta insigne sierra
Escogida la flor de cuanto encierra.

»Del valle de Bastan los mas valientes
Aquellos son de los escaques de oro,
Hechos á defender por sus vertientes
De sus famosas minas el tesoro:
Aquel es Berlicana: los siguientes
Son Peralta y Cerdan, que al pueblo moro
Han ganado en diversas ocasiones
De sus graves escudos los blasones.

»De dos mil es su bella escuadra junta,
Gente insigne, lijera y belicosa,
Arrogante, feroz, y que se apunta
En cólera y furor por cualquier cosa:
No sabe en general herir de punta,
Ni de léjos la flecha peligrosa
Despide adonde haga golpe vario;
Mas pecho á pecho rinde á su contrario.

»Monsalve es quien la guia, por ausencia
Del príncipe Teobaldo de Guevara,
Cuya grave persona y real presencia
Su ilustre sangre muestra al mundo, clara:
Nacido donde de Arga la violencia
En roscas de cristal rompe y declara,
Entre un preñado monte y su eminente
Risco, el vistoso origen de su fuente.

»Es el que la argentada luna vuela
En campo azul, el lusitano Argante,
Famoso cazador, y que en la escuela
De Cupido gran tiempo fué cursante:
Diez años la bellísima Clarela,
Que ahora es ya su esposa, fué su amante,
Y tantos en su ardiente sangre moza
La esperanza vivió del bien que goza.

»De ochocientos caballos le acompaña
La bella escuadra que en Setúbar hizo,
A quien freno ni espuela, industria ó maña,
Lijereza les da ni brio postizo:
Es fama que al frescor de su campaña,
Del mar vecino el viento movedizo,
En sus fecundas yeguas dió la cria
Que despues con su padre competia.

»Desto se precian, y de haberles hecho,
El rey Túbal, primeros deste mundo,
Dando principios á su pueblo estrecho
(Si es como dicen) sobre el mar profundo:
Con ellos van los que el dorado techo
Guardan de Bamba y su jardin fecundo,
En Hircana, y aquellos que en Mondego
Las sombras gozan de su fértil riego.

»Las armas destos son lijeros dardos,
Dorados yelmos y argentadas mallas,
Con que veloces cruzan, y gallardos,
Cual mejor gustan, tejen sus batallas:
Los que ya allí de sus plumeros pardos
La alegre sombra da en nuestras murallas,
Son ochocientos asturianos fuertes,
Diestros á hacer en sus contrarios muertes.

»Dos tantos trae el escuadron siguiente,
Todos de lo mejor de la montaña,
Y ambos á cargo y cuenta del valiente
Romi que allí su luz la vista extraña:
Este del rey Hesperio es descendiente,
Que antiguamente gobernó en España,
Y aquel lucero de oro en medio un cielo
Armas son y memoria de su abuelo.

»Fué Hesperio un gran gigante, de quien toma
Italia nombre, y nuestra España aumento,
Y de Romi, su nieta, el suyo Roma
(Si es de la fama verdadero el cuento);
Que este del sacro Tíber la ancha loma
Hizo gemir, y abrió el primer cimiento
Del muro, á quien despues los dos hermanos
Con la sangre bañaron de sus manos.

»Allí viene Fabricio ¡oh adverso hado!
Sin su querido hijo cual solia,
De su alma vida, abrigo de su lado,
Y bella lanza, si en Leon la habia:
Con la hermosa Gaviria desposado,
Por festejar sus bodas salió un dia
A caza, y el correr de un oso fiero
Hizo un segundo Adónis del primero.

»De Bardulia mil fuertes moradores
Siguen el tremolar de su bandera,
Hombres duros, incultos, sufridores
De los trabajos y la hambre fiera:
Menosprecian las penas; son mejores
Cuanto mas el rigor les persevera;
Cantan en los tormentos, y las furias
Al verdugo acrecientan con injurias.

»Son, de su natural, duros y atroces;
Que su tierra de hierro y pedernales,
Hecha una dura pasta, los feroces
Animos cria á su cosecha iguales:
A la ira prestos, al herir veloces,
Y al aceptar pendencias liberales,
La madre mas piadosa al hijo amado
De acero arma y le ocasiona armado.

»Está toda Cantabria á la influencia
Del fiero norte y su importuno hielo,
Hiriéndola de lleno la inclemencia
De aquel cuartel de riguroso cielo;
Con sola esta pequeña diferencia,
Que en las figuras de su tardo vuelo,
Los dragones, los osos, las serpientes
Son allá arriba estrellas, y acá gentes.

»Pues ya con el clarin de aquesta guerra
Sus belicosos pechos alentados,
No quedó valle en su fragosa sierra
Que, cual Tébas, no espigue hombres armados.
Los que en desentrañar la dura tierra,
O en las ardientes masas ocupados,
El metal labran que, de luz vestido,
En las hornazas hierve con rüido;

»Los que del Deva gozan los cristales
Que le entrega el helado Pirineo,
Y á los que en sus salados minerales
De blanca sal les dan sabroso empleo;
Los que del mundo habitan los puntales,
Sobre las nubes puestos por trofeo,
Y en la peña Udalacha y en Ambroto
Sombrío gozan y agradable soto.

»Es este el fresco valle de Arrazola,
Con quien se aunan por diversas vias
Los que por las riberas del Urrola
El rumor sordo asombra de herrerías,
Cuando en ardientes llamas arrebola
Del pardo hierro las escorias frias;
El que al valle de Aytona y de Zumaya
De mimbres ciñe la florida raya.

»Briganto es el que allí con plumas varias,
Cual rojo leon, fantástico campea;
Y Arnesto el que se sigue, de contrarias
Opiniones y modos de pelea:
Aquel quita á las armas ordinarias
El entero espaldar, donde se vea
Que, yendo en las espaldas sin abrigo,
Jamas las ha de dar al enemigo.

»Mas Arnesto de solo acero viste
Las espaldas, y el resto desarmado;
A su contrario mas seguro embiste
Que si de dobles petos fuera armado:
En prevenirse con recato insiste
Al que puede venir descaminado;
Que el enemigo que delante halla
Harto hace en defenderse en la batalla.

»Tras estos dos, que un solo arnes bastante
Defensa y armas da en cualquiera guerra,
Con las suyas le sigue lo restante
Del rio Lezo y su abundante tierra:
El valle de Olearso, el relumbrante
Menlasco, la encumbrada y fértil sierra
Que el rio Vidaso rompe, cuando llega
A ver de Uranzua la espaciosa vega.

»Quinientos firmes hombres de armas lleva
Cada uno destos dos, á quien se junta
La gente que del rio Arajes prueba
Romper los hielos con pesada yunta;
La de Arracilo antigua, y la mas nueva
Del Irnio monte y su nevada punta;
Gentes todas indómitas, feroces,
De diestras manos y de piés veloces.

»Tienen por triunfo de su brazo fuerte
No perdonar la vida al enemigo;
Mas vencer ó morir de cualquier suerte
Sin otro que su escudo por abrigo:
Juzgan por sola venturosa muerte
La que en la guerra queda por testigo
De su braveza, y sin valor ni fama
Quien, tras largo vivir, murió en la cama.

»El de aquella dorada cruz por seña
Es nieto del famoso Ballugante,
Fundador de los muros de Sansueña
Y sucesor del mauritano Atlante:
Vino á la luz que nuestra ley enseña
Por oracion del santo monje Arbante,
Que la alta peña de Udalacha habita,
Y el mundo rige allí desde su ermita.

»Con él vienen los pueblos que de Soria
En vida agreste labran las montañas,
Y la sierra Menistra, cuya anoria
Derrama el rio Jalon de sus entrañas:
Los que del Caco antiguo la memoria
Entre los surcos guardan y espadañas
Del frio Moncayo, en cuya cumbre ufano
Su alcázar tuvo el nieto de Vulcano.

»Fué este el primero que en la fragua ardiente
De las masas de hierro formó espadas,
Y el que el yelmo inventó resplandeciente,
Y anudó al jaco mallas enlazadas:
Del tercio de Ibarbuen era esta gente;
Mas hoy guia sus escuadras reforzadas
De Atlante el sucesor, que en trance honrado
Vida á su dueño le quitó y cuidado.

»Mas; qué diré de tí, ó Alces valiente,
Sino que tú eras solo poderoso,
Con tu gran corazon y el de tu gente,
A volver desta guerra victorioso!
Tras tí los que del Dueña en la corriente
De beber gozan su cristal sabroso,
Y los que de Gijon los fuertes muros,
Obra romana, aun guardan hoy seguros.

»Los marítimos pueblos de su costa,
Y los que de Pelayo el estandarte
En escuadra vió humilde, y á la angosta
La voz seguir de un no temido Marte;
Y á los que el paso estrecha y ensangosta
Del valle Riar la venturosa parte,
Que sus cenizas guarda en fama eterna
De Cobadonga en la feliz caverna.

»Entre ellos van los mismos que al rio Deva
Ven ir, volcando yelmos acerados,
De sesenta mil moros que con nueva
Muerte los dejó el cielo allí enterrados:
Huesos y armas al mar trastorna y lleva;
Los labradores calzan sus arados
Con los arneses que de la alta sierra
El rio que la carcome desentierra.

»Fanio es aquel que en rayos de diamantes
Y acero ardiendo lleva el yelmo duro,
Gran capitan de Orense, y sus trinfantes
Pueblos aquellos de aquel polvo oscuro;
Estos con sus cuchillas relumbrantes,
Hechos un escuadron, tejen un muro
Mas fuerte que de mármoles cuadrados,
A los que dentro dél se hallan guardados.

»Allí segura encierran su bandera,
Y aun su reino pudieran todo junto,
Si en tan estrecho término cupiera,
Sin dél perder ni de su honor un punto:
Con los que al rojo Miño su ribera
Cultivan, y un fantástico trasunto
De Marte hechos, sus montañas yermas
Labran y gozan las romanas termas.

»Van los que de su rio la ancha fuente
Ven, y al de Lugo fecundar la sierra,
Y el noble pueblo á quien de Baco ardiente
El néctar baña la abundante tierra:
Hierven las cubas, su licor caliente
Hace al mundo sabrosa y dulce guerra,
Y ellos, de anchas cortezas de alcornoque,
Rodelas usan y acerado estoque.

»Pintadas de serpientes y leones,
Bandas, castillos, águilas, estrellas,
Sin poner por trofeos ni blasones
Los bellos rostros de sus ninfas bellas:
Tienen por sacrilegio en sus cuestiones
Que, yendo allí sus damas, dén en ellas,
Y caso á su arrogante pecho injusto
Que aun las sombras ofendan de su gusto.

»Y ellos tan cerca riñen de ordinario,
Que miden pié con pié el desnudo estoque,
Porque del hierro ajeno el golpe vario
En daño de su autor sus armas toque;
Que así la espada afierra del contrario,
De su frágil rodela el alcornoque,
Que se queda con él, y desarmado
Es fácil de matar cualquier soldado.

»Larsio es aquel de aquella luna nueva,
Gran hombre de á caballo en ambas sillas;
Sertorio el otro, que de gentes lleva
De Fontible y las torres de Mantillas:
Allí va Sacrisildo haciendo prueba
Del real valor que de ambas las Castillas
Heredó de sus padres, y á su lado
Montalvo el Rojo resplandece armado.

»Los que en la sierra Orbïon las moradas
Gozan de los antiguos Pelendones
Vienen tras él, y todas las cañadas
Que de su lago asombran las visiones:
Gentes á ver fantasmas enseñadas,
Que otra cosa no son que los varones,
Ya vueltos vanas sombras, que en Numancia
Contra Roma mostraron su constancia.

»Es fama que estas gentes, ya cansadas
De la prolija hambre y cerco duro,
Sus mismas armas contra sí asestadas,
Fuego sembraron en su intacto muro;
Y de sus firmes venas desangradas,
Rojas manchas de Duero al cristal puro
Que despeñado va de tierra en tierra,
Huyendo el mar de su espantosa sierra.

»De Berlanga, Gormaz, Osma y Arlanda,
De Tordesillas, de Zamora y Toro,
Es la gente feliz que aquella banda
De negro luto sigue en campo de oro:
Aquel es del gran conde de Miranda
El estandarte real, este es Montoro,
Capitan de Simáncas, y el siguiente
De Calahorra la invencible gente.

»Estos, los cuales matan en su tierra,
Armados poner suelen por los muros,
Y con muertas fantasmas hacer guerra,
Y sus flacos adarbes mas seguros;
Y cuando el año se les alza y cierra,
Y el pan les falta y los bizcochos duros,
Ni eso les rinde ni les hace daño;
Que como tengan guerra no hay mal año.

»Que armados salen de hambre, y la comida
Al enemigo quitan mas valiente;
Y cuando no hallan mas, quitan la vida,
Y los cuerpos traen muertos á su gente;
Y no es carne para ellos desabrida;
Que la ira con la hambre es suficiente
Para que, si en sus trojes falta el trigo,
Se coman con sabor al enemigo.

»Este es el grave Firmio, cuyo pecho,
Del antiguo Diomédes descendiente,
Un fénix trae por timbre de oro hecho
En llamas de un balaj resplandeciente;
Empresa de Vergidio, que al estrecho
Vierzo un tiempo dió nombre, y con su gente,
En rubias masas de metal sonoro,
A sus altas medulas sangró el oro.

»Allí de Carracedo el negro lago
La gente da á este guerra que él recibe,
Suelta y feroz, que, en su encubierto pago,
De pescar sierpes por las aguas vive:
No sabe qué es tener tiempo acïago,
Ni de la muerte horror: solo concibe
Deleite el alma cuando en dura brega
A echar las garras al contrario llega.

»No usan blancos venablos, ni su flecha
La cuerda escupe en arcos desiguales,
Mas duros robles de áspera cosecha,
Empedrados de vivos pedernales;
Porque mas les probó que en guerra estrecha
Ver del contrario rostro las señales;
Y ellos en medio del sangriento estrago
Sierpes parecen de su oscuro lago.»

Así el leonés decia; y la hermosa
Florinda, «Dime, dijo, oh sabio Altero,
De aquellos dos hermanos la pomposa
Librea que allí descubre el limpio acero:
De un talle son, de un cuerpo, y una airosa
Alma pienso les da el aliento entero,
Segun en sus acciones se remedan;
Que ambos van, ambos pasan, ó ambos quedan.»

Rió Altero; y «no sois, señora, dijo,
Vos sola quien cayó en esa sospecha;
Que ya en muchos se dijo y se desdijo
La misma conjetura por vos hecha;
Y ellos no hermanos son, mas padre é hijo,
Y si mas firme puede y mas estrecha
Ser la fe y la amistad, mas firme y bella
La dió á los dos su venturosa estrella.

»Leonardo es el padre, que en Valencia
De una hija del Rey hubo á Lisardo
En una cueva, donde la violencia,
Huyendo, le llevó de un suelto pardo:
Hallóla allí, y no hallando resistencia
En su gusto, no fué en cumplirlo tardo,
Niño, y niña tambien la mora bella,
Que salió madre donde entró doncella.

»Parió á Lisardo, y en mantillas de oro
A su padre le envió en grave presente,
Gastando él en criarle un gran tesoro,
Nada á su real grandeza diferente;
Y hoy en el rostro, el talle y el decoro,
Lo mismo cree que vos toda la gente,
Y ellos, con gusto del sabroso engaño,
Siempre se visten de un arnes y un paño.

»Mas el que allí con plumas amarillas
El oro aviva del grabado escudo,
Si bien la débil vista percibillas
Entre el contento y sobresalto pudo,
Mi nieto Alcindo, diestro en ambas sillas,
Fuerte en la brida, en la gineta agudo,
En el brio me parece, en que sin tasa
Honra da á mi vejez, lustre á su casa.

»Ya conozco de su águila la aguda
Vista, y las plumas de oro con que vuela,
¡Oh jóven bello, á quien mi lengua muda
Siempre en contar tus hechos se desvela!
Déte el cielo feliz próspera ayuda,
Cortando tarde la preciosa tela
En que tu heróica juventud recama
Honra á tu patria, y á su nombre fama.

»Tenga en tu diestra la fornida lanza
Mas firme encuentro, y golpe mas cumplido
Que tu padre infeliz tuvo en Arlanza,
Donde á mis flacos piés le vi tendido:
Apénas me dió en ti nueva esperanza
El cielo, apénas tú de un mes nacido
Eras, cuando se halló viuda tu madre,
Yo sin mi amado hijo, y tú sin padre.

»Del bárbaro Argalin la inútil clava,
Miéntras él con Chaquin y el fuerte Ardante
A una su espada y su ánimo probaba
Con diez vencidos moros por delante,
Bajó á traicion: ¡oh cielo, á quien tocaba
Vida y brazo guardar tan importante!
¿Por qué al padre infeliz darle quisiste
Golpe tan grave, confusion tan triste?

»Cayó muerto á mis piés: ¡oh hado inhumano!
Que aun lugar no me dió el dolor que siento
A cerrarle los ojos con mi mano,
Ni á mi boca pasar su último aliento;
Mas al cruel homicida no con vano
Furor el mio pasé; que así sediento
De su sangre la mia satisfice,
Que honor, vida y victoria le deshice.

»Vengué tu muerte al fin (¡pluguiera al cielo
La suerte, oh hijo amado, se trocara,
Y con mi inútil carga el rojo suelo
La tuya alegre y nueva rescatara!)...»
Así, en perlas bañando el blanco pelo
Que venerable adorno da á su cara,
Altero, entre el dolor y la alegria,
Del vivo y muerto hijo proseguia.

Movió así el grave llanto el noble pecho
De las tiernas doncellas, que ninguna
Dejó de acompañarle: él, satisfecho
De aquella compasion de su fortuna,
Enjugando los ojos sin provecho,
«¡De cuántos, dijo, ay Dios, sin culpa alguna
Mi vista ver su gallardía no supo,
Miéntras sin fruto en lágrimas me ocupo!

»¡De cuántos sin razon no he dado cuenta,
Dignos de que la haga el mundo dellos!
¡Cuántos de aquella nube polvorienta
La sombra cubre y el placer de vellos!
Allí ha de ir Alfajardos: la sangrienta
Luna y los dos luceros son aquellos
Que, á vista de los muros de Tafalla,
Quitó á Almanzor en singular batalla.

»Deste os quisiera haber mostrado el brio,
Y el tuyo, oh generoso Calimarte,
Que á su lado andas siempre con sombrío
Penacho, hecho un fantástico dios Marte:
Mas de ti, oh nuevo alférez, de quien fio
Que á la sombra he de ver de tu estandarte
Triunfar á Oviedo, y las francesas sañas
Rendidas al valor de tus hazañas;

»¿Que diré de ti, digo, oh Virbio fuerte,
De Portugal caudillo y de Galicia;
Qué diré de tu brazo, de tu suerte,
De tu experiencia y brio en la milicia,
Del intrépido ardor contra la muerte,
Y del inmortal nombre la codicia
Con que, en batallas veinte y seis campales,
A los pechos sacaste las señales?

»Ninguna á las espaldas recibiste,
Que, como á ellas siempre echaste el miedo
Por no mostrarlo en tí, jamas las diste
Al contrario, ni aun yo alcanzarlas puedo;
Mas ya, señora, desta insignia triste
Que aquí subiendo va, mira el denuedo,
Y aquellas negras plumas que en su vuelo
La fama espanta al mundo y toca al cielo.

»Ovento es el que dentro en la enlutada
Insignia llora al padre recien muerto,
De insigne lanza y de temida espada,
Y pulso en el justar mas firme y cierto;
Hijo invencible del famoso Estrada,
Grave mago y astrólogo encubierto,
Que supo cuantas en figuras bellas,
Por su Via-lactea, cierne el cielo estrellas.

»Supo de los secretos de los dias
La gran revolucion, supo en el fuego
Adivinar por diferentes vias
Del mundo por venir el curso ciego;
Y aunque esto, oh noble astrólogo, sabías,
Nunca supiste del contrario Orbego
Huir el traidor golpe, que invisible
A tu pecho metió la muerte horrible.

»Lleva este, de las torres de Coruña
Y campos de Tresmiera, mil soldados
Del leon rapante tras la garra y uña,
De pieles de osos y alcornoque armados:
Este es Ricarte, del valor de Orduña;
Aquellos dos de azul y blanco armados,
Dos hermanos: Arnalte es este, el fiero,
Caudillo de la casa de Bibero.

»Aquel es Cléofonte, aquel Doraco,
Insigne este en el arco, el otro en maza;
Y el de aquel fino y relumbrante jaco,
Oton, señor del parque de Peraza:
El que al volar de aquel plumero opaco
Los rayos de oro de su yelmo abraza,
Es el ilustre Alpidio, insigne hermano
Del que ahora rige el pueblo zamorano.

»Trae de Astorga á su cargo las banderas,
Astorga, á quien de Astirios las campañas
Nombre y cimientos dieron, y sus fieras
Armas el asturiano á las montañas:
Cuarenta son, de á cinco, las hileras
Que de Sanabria el lago, entre espadañas,
Al son armó de su clarin, y el rio
Tera les añadió arrogancia y brio.

»Casi otros tantos de argentada malla
La ribera vistió del claro Orbego,
Cuyos collados la áspera batalla
De los suevos cubrió de sangre y fuego,
Cuando de esta nacion, por acaballa,
Hizo el rey Teodorico horrible entrego
Al gótico furor, y de sus gentes
El ancho rio bebió sangrientas fuentes.

»Usan estos por armas largas hondas
De blanco lino y sedas de colores,
Que, al despedir su tiro, con redondas
Vueltas hacen vistosos resplandores:
Llueven de piedras turbulentas ondas,
Despiden desde léjos sus furores,
Y de sus estallidos por los huecos
Montes retumban los sonoros ecos.

»El que el guion de aquellos lobos pardos,
Cual veis, lleva tras sí, es Grabelio el fuerte,
Y los que le acompañan, los gallardos
Pueblos que al Nervio rio dió la suerte:
Estos en prestas flechas y anchos dardos
Al contrario escuadron envian la muerte
Volando, como escuadras de aves juntas,
Que el aire rompen por diversas puntas.

»Allí va el pueblo que la corva raya
Del fresco monte de Bilbao cultiva,
Y para grandes flotas por su playa
Los gruesos robles y álamos derriba:
El de Bermeo, cabeza de Vizcaya,
Y el que de los Pelasgos se deriva,
Y á sus consultas públicas aplica
Su grave sombra el árbol de Garnica.

»Mas mirad ya el que al resto de la gente
Tanto en su mismo esfuerzo se adelanta,
Que debajo de sí su altiva frente
Los campos mira, y á quien mira espanta:
De seis cercos de acero es el valiente
Escudo con que da vislumbre tanta,
El limpio arnes grabado de oro fino,
Y en vez de lanza un desmochado pino.

»Este es el bello Argildos, que en la tierra
Ni hay beldad ni braveza que le iguale;
En quien con aparato real se encierra
Cuanto luce en amor y en honra vale:
Despues del general de aquesta guerra,
La que mas en valor campea y sale
Es su persona, y la que en grita y pompa
Mas de la fama suena en la ancha trompa.

»Aun no del rubio bozo el blanco vello
La limpia tez del rostro le ha escarchado,
Y en cuatro campos el altivo cuello
De otros tantos jayanes ha cortado:
Trae por empresa en campo verde un sello
De una flor, y por letra «Es mi cuidado»;
Y aunque el sagaz intento oculto guarde,
El fuego muestra que en sus venas arde.»

Así el prudente Altero en voz severa
A la bella Florinda describia
Del campo real, bandera por bandera,
El alarde pomposo en que venia;
Y ella, colgada de la voz postrera,
Con nuevos alborozos de alegría,
Al bello jóven, por su triunfo y palma,
Desde allí por los ojos le dió el alma.

Y no hallando de amor el fuego ardiente
Lugar de dilatar su gran contento,
A dar órden en ver su amado ausente
Dentro se retiró de su aposento:
En nada halla quien ama inconveniente;
Todo lo allana un amoroso intento:
A esto se entró, y á reposar á solas
De sus deseos las crecientes olas.

En tanto en el ejército pagano
Que al amparo del muro de Pamplona,
Con tremolantes lunas, y en lozano
Contorno le ciñó feroz corona,
El asiento escogia de su mano
En que alojar su campo y su persona
El bravo Cardiloro, que aquel dia
El real baston de general regia.

Fantástico y soberbio porque un moro
Mágico y lisonjero le adivina
Que, ahora sea de gusto, ahora de oro,
Allí le espera una abundante mina,
De adonde ha de robar, de un gran tesoro,
La joya en su valor mas peregrina,
Con que, avariento y vano, ya se sueña
Señor de todo el oro de Sansueña.

Por un oculto soto que hace el rio
Solo se entró á buscar, con pecho ardiente,
Para un asalto el puesto mas vacío
De pertrechadas fuerzas y de gente;
Cuando al fresco de un álamo sombrío
Un barco de oro vió, y en él presente
Una beldad, que al moro descuidado
Suspenso en verla le dejó y turbado.

Metida en un profundo pensamiento
Con el recelo y gusto, parecia
Que entre olas de pesar y de contento
El cuidado en el alma iba y venía:
Ya el rostro entristecido y soñoliento,
Ya con nuevo alboroto y alegría,
Que, á quien con atencion lo considera,
Cuanto hay dentro en el alma sale fuera.

Así en alto blandon tierna candela,
Dispuesta á todos vientos, da y recibe
Sombras y claridad, se abrasa y hiela,
Y una vez se amortigua, otra revive;
Y la eclipsada luna, puesta en vela
Del nocturno silencio, así concibe,
Al trasponerle el sol sus resplandores,
Un mudable color de mil colores.

Estuvo el moro á contemplar un rato
En nuevas avenidas y concursos
De miedo, de osadía y de recato,
Buscando á su dolor varios recursos;
Donde la alteracion de rato en rato
Mas claros le mostraba los discursos
De la suspensa dama, en quien sin duda
Amor vió ser el que la altera y muda.

Cobró desta sospecha atrevimiento
Para llegar con ánimo á hablalle;
Que cualquiera liviano pensamiento
Baja la estimacion y humilla el talle;
Y al tiempo que salió á probar intento,
Ella se entró sin velle ni miralle,
Quedando deslumbrado, y el altivo
Gusto entre su esperanza muerto y vivo.

Y como si la vida le llevara
El aire de aquel bulto de alabastro,
Sin fuerzas queda y sin vigor se pára,
Cual mago absorto al contemplar de un astro:
Sin brio el pecho y sin color la cara,
Solo muriendo por sacar de rastro
Quién sea la luz que allí le dejó en calma,
Y con vista de paz le venció el alma.

Venian en guarda de su real persona
Serpilo y Celedon, moros valientes,
Nacido uno en Sansueña, otro en Pamplona,
Pláticos en su tierra y en sus gentes:
Estos de un mirto espeso en la corona
Ocultos mandó estar, porque, presentes
Con la suya, no estorben la salida
Del bien que ya es el todo de su vida.

Y él, vuelto á su lugar como primero,
Sin los ojos mover de la ventana,
Si á salir vuelve mira del lucero
La segunda vislumbre soberana;
Mas, viendo al dia en su escalon postrero,
«A gozar de la noche es cosa llana
Salir estrellas, dice; mas la mia,
Si es sol, ¿cómo la espero ántes del dia?

»¿Qué mucho que el mancebo salamino,
Que vivo el sol dejó, le halle ahorcado
Del firme acero de un balcon divino,
Que cielo un tiempo fué de su cuidado,
Si al fin le vió su dama? Mas yo, indino
De semejante bien, aunque he colgado
Cuerpo, alma y pensamientos de tus rejas,
Ni me quieres mirar, ni verte dejas.

»Mas tiéndase esta noche á eternos años,
Que tantos seré yo de tu esperanza,
Sin dar un paso atras en los extraños
Por donde amor me arroja y abalanza:
O sea este el tesoro, ó sean los daños
Que fortuna me agüera, y su mudanza,
No sé nada de mí, ni quién me ha puesto
En un deseo de morir tan presto.»

Dijo; y no mas atento el engolfado
Piloto en medio de la noche oscura,
El instrumento puesto y el cuidado
De dar mas cierto el punto de su altura,
La vista tiene fija en el nublado
Que del norte escondió la hermosura,
Ni está en mas suspension, alta la ceja,
Que el moro en la ventana y en su reja.

Y no en vano del todo, pues ya cuando
Del horizonte pardo el aire puro
Fué entre el mudo silencio desdoblando
De la vecina noche el manto oscuro,
Entre esperanza y miedo vacilando
Volver al balcon vió, en pecho seguro,
La beldad misma, que ántes tan acaso
El alma libre le llevó de paso.

Era del gran Bastan la prenda bella,
Que allí á esperar salia un tierno amante,
Que ya á la luz de la primera estrella
Prometió amor ponérselo delante;
Y el miedo, el gusto, el sobresalto en ella
Las mudanzas hacian del semblante;
Que, en mil cuidados puesta entre ola y ola,
Miedo la enfria, y gusto la arrebola.

Desearon enlazar su honrado gusto
En nudo santo y en contrato honesto,
Volviendo el ciego antojo estado justo,
Y el apetito libre en regla puesto;
Mas, no saliendo todas siempre á gusto
Las graves diferencias que hubo en esto,
El vano pundonor de los tratantes
Nuevas lágrimas fué en los dos amantes;

Hasta que, puestos ya en romper por todo,
Libres quieren gozar de su derecho;
Que honra y amor son fuego, y tiene el godo
En una y otra llama ardiendo el pecho;
Y á concertar la traza y dar el modo,
Para esa noche está el concierto hecho,
Y ella á esperar allí su caro amigo
Salió, y acertó el moro á ser testigo.

Es la esperanza una tormenta fija
Puesta entre los cuidados y el contento,
Que, cuando mas se acerca, mas prolija
Su dilacion le vende al pensamiento;
Por cuyo fin la enamorada hija
Del que á Sansueña rige, hurtando el viento
Al cansado esperar, que en tales casos
Suele donde no hay uno dar mil pasos,

Tomó una arpa, á cuya melodía
Las ansias y el ardor de su deseo
Admirados quedaron, como un dia
El feo Pluton á la del tracio Orfeo;
Que ni le era inferior en su armonía
La bella dama, ni en sus males veo
Otro infierno mayor, si en curso iguales,
Fuera el suyo inmortal, ó ellos mortales.

Nunca en el alto Péloro, cubierto
De blancos huesos, voz mas regalada
Parténope entonó, cuando en su puerto
Sonó del griego Ulises la jornada,
Ni con mas riesgo el caminante incierto
Del peligroso canto y voz se agrada,
Que dió Florinda cuando lengua y mano
Puso en su arpa, y la escuchó el pagano.

De la Medusa Gorgon la cabeza
En insensible mármol convertia
Los ojos que miraban su fiereza,
Aunque no al ciego que su voz oia;
Mas de la dama el canto y la belleza
Así ambos los sentidos suspendia,
Que, oida y vista en agradable calma,
Piedra volvia el cuerpo, y fuego el alma.

Tal quedó el moro al son del instrumento
Y la celestial voz de la doncella,
Cuando, á su canto y su regalo atento,
Pasos oyó de recatada huella:
Detuvo sosegado hasta el aliento
Por ver el fin de la aventura bella,
Y vió un armado jóven que llegaba,
De vista al parecer gallarda y brava.

Vióle que estuvo un rato desde afuera,
Por gozar de la música, escuchando
Quejas de la esperanza lisonjera
Que siempre va los gustos dilatando,
Haciendo enternecer la voz entera
Un dulce suspirar de cuando en cuando,
Que el deleite aumentaba y la alegría,
Si ya no en quien cantaba, en quien oia.

Hasta que al fin, llegando donde pudo
Con ménos voz hablar, y mas recato,
«¡Oh gloria, dijo, en quien amor desnudo
La suya toda muestra en un retrato!
¡Dulce voz, que mi llanto ha vuelto mudo!
¡Sirena, á cuya música el ingrato
Mal que en mi pecho vive y daña tanto,
La virtud ha encantado de tu canto!

»¡Salve el cielo tal gracia y hermosura,
Y esta próspera entrada me conceda
Por el premio mayor de mi ventura,
Que ya gozarla sin recelos pueda;
Que si este alegre agüero no asegura
Mi gloria de una vez, ya no me queda
Basa en que estribe y ponga mi esperanza,
Ni en tal tormenta soplo de bonanza!»

Dijo; y la voz del nadador de Abido
Nunca en las rocas y peñascos huecos
De la torre de Sexto, entre el ruído
De sus olas, formó mas dulces ecos;
Ni fué en mayor deleite recibido
Sobre sus playas y arenales secos,
Que un dia abrieron puerta á su ventura,
Y otro á sus huesos fama y sepultura,

Que el noble godo y venturoso amante
Fué de su tierna dama acariciado,
En dulce afecto de ánimo constante,
Y corazon sin tasa enamorado:
Al fin, despues que en relacion bastante
De sus cosas contaron el estado,
La alegria de verle y la impaciencia
De las sospechas y del mal de ausencia,

El bien y el mal, las penas, los contentos,
Los varios altibajos de su vida,
Hasta de los soñados pensamientos,
Si alguna tienen, la razon fingida,
Dejando en dulces pláticas y cuentos
De la noche gran parte consumida,
Y á la siguiente remitido el modo
De hacerse de una vez dueños de todo;

Son de acuerdo comun que aquella parte
Donde ahora están tratando su ventura,
Para escalar el foso y baluarte
Escala traya el montañes segura;
Y añadiendo el horror del ciego Marte
Al negro manto de la noche oscura,
Una arma falsa toquen, que en Sansueña
Del robo y del recato sea la seña.

Y en hábito de mora disfrazada
Como á nueva cautiva, en la contienda,
Ni del vulgo ofendida ni notada,
Salva la ponga en su encubierta tienda,
Donde, de honor y riesgo asegurada,
Es fácil que su padre condescienda
Con las pedidas bodas y razones
Que han estorbado vanas presunciones.

Con esto, ya que se acercaba el dia
Y el tierno despedirse á los amantes,
Toda vuelta esperanzas su alegria,
En igual soledad se hallaron que ántes;
Y el moro oculto, que escuchado habia
El fin de los conciertos importantes,
De celos impaciente, ardiendo en ira,
Si en estos muere, en su calor respira.

Quiso fiero y celoso hacer pedazos
Al español caudillo, y bien pudiera
Dejarle muerto en los traidores lazos
Antes que el golpe ni su alfanje viéra,
Si no le parecieran embarazos
A otras mejores trazas, en que espera,
Al hacer su venganza mas cumplida,
Dejarle sin honor y con la vida.

Tiene por caso á sus designios llano,
Conforme al encubierto trato hecho,
Ganar al uno el juego por la mano,
Y en el otro los gustos de su pecho;
Y á la jornada en que ahora viene ufano
Segura entrada en aquel paso estrecho,
Y hacer á su victoria puerta llana,
Del cielo de su gloria la ventana.

Deste discurso reportado el moro,
Por donde vino se volvia á su gente,
Lozano en las sospechas que el tesoro
Era aquel de su próspero ascendiente:
Daba ya al frio polo en cercos de oro
Casi entera su vuelta la serpiente,
Y el perezoso carretero helado
Al sol tenia su yugo trastornado,

Cuando el enamorado sarracino
A vista del ejército cristiano
Al suyo iba pasando, en el divino
Bulto ocupado el discurrir liviano;
Y el gallardo Serpilo, que el vecino
Campo advierte en quietud y sueño vano,
Y de las ya dormidas centinelas
Los muertos fuegos y acabadas velas,

Vuelto á su capitan, «Mira, oh valiente
Cardiloro, le dice, que, olvidados
Tus contrarios del brio de tu gente,
En sueño están y en vino sepultados:
¿No es posible, señor, que no te afrente
Enemigos tener tan descuidados?
Mas quien, estando tú en el campo, duerme,
Bien es que á no sanar durmiendo enferme.

»Si el justo cielo con silencio ayuda,
Y á mi espada le da el valor que espero,
Al sordo amparo desta noche muda
Darte mil enemigos ménos quiero:
Yo solo, yo, señor, por mal que acuda
Mi espada, haré mi dicho verdadero,
A tí y mi amado Celedon tu tienda,
Siguiéndola os dará esta estrecha senda;

»Que á mí no sé cuál dios el pecho ardiente
A tan heróica empresa me levanta,
Y al muerto real desta dormida gente
Ahora me arroja con violencia tanta:
Tú, amado Celedon, si este potente
Brazo es la muerte de mi empresa santa,
Al muerto cuerpo, ya en el campo frio,
Serás, en darle sepultura, pio.»

Dijo; y saltando la primer barrera,
Desnudo, al campo, de temor se arroja:
Pasmóse Celedon la vez primera;
El sobresalto le atajó y congoja:
Del arriscado amigo considera
El fiel denuedo que á morir le antoja,
Impedido el seguirle, y obligado
A no dejar del General el lado.

Mas, viendo su peligro manifiesto,
«Espera,» dijo; y vuelto á Cardiloro
Con tiernos ojos, de rodillas puesto,
«¡Oh gloria, prosiguió, del pueblo moro!
Si algun dia te tocó de amor honesto
Tu noble pecho dulce flecha de oro,
Si sabes qué es amar á un caro amigo,
Oye, ¡oh invicto señor! lo que te digo.

»El que allí ahora en temeraria muerte
Un campo asalta de enemigos lleno,
Desta alma es la mitad, desta alma, advierte,
Es por fe y amistad cielo sereno:
Juntos nacimos; la dichosa suerte
Juntos nos dió una patria, un pueblo, un seno,
Un gusto, unos placeres, una vida,
Que ahora teme amor verla partida.

»Por la beldad que adoras (si de alguna
Noticia el soberano amor te ha dado),
Por tu alma, por tu honor, por tu fortuna,
Por tu vecino reino, por tu estado,
Por cuanto está debajo de la luna,
O sobre ella te da gusto ó cuidado,
Permitas que á los que hizo uno la suerte
En vida, no los haga dos la muerte.

»Mas que con tu licencia ahora pueda
Escolta y muro hacer á un caro amigo;
Que el breve espacio que á tu real nos queda
Seguro está y sin riesgo de enemigo.»
No dijo mas; que el tiempo se lo veda;
Y el moro, de tan fiel lealtad testigo,
El amor nota y la braveza advierte
Del tierno corazon y el pecho fuerte.

Y, «acude, ¡oh alma gentil! dijo el severo
Cardiloro, á tu gusto, acude y anda,
Y déos la alta victoria que yo espero
El cielo que esos nobles pechos manda;
Con tal que de los dos sea yo el tercero,
Como lo fuera aquí en vuestra demanda,
Si, como es de mi oficio el concedella,
Permitido me fuera entrar en ella».

Así dijo; y siguiendo su camino
Celedon, á su amigo llega, y dice:
«¿Por dicha, ¡oh invicto Cid! ya por indino
De tu lado me tienes? ¿Ya desdice
En mi pecho la fe de quien contino
Tantos alardes en su abono hice?
¿Así pagas mi amor? Así me obliga
Tu gusto á que hasta el fin el mio te siga?

»Yo, por ventura, yendo en el abrigo
De tu gallarda espada, ¿no sabria
Sus golpes imitar, y un enemigo
Darte siquiera ménos con la mia?
Y si esto no, á lo ménos por testigo
Presentarme podrá tu valentía,
Aunque sea tal, que no le importe nada
Otro abono mayor que el de su espada.

»Mas ya por demas tratas de excusarte:
Ruede como quisiere la fortuna,
Que, como de tu lado no me aparte,
De las suyas no temo vuelta alguna.»
«¡Oh de mi pecho fiel la mejor parte,
Serpilo respondió, con quien ninguna
Desgracia temo ya! que con tal lado
Poco es acometer un campo armado.

»No creas, oh noble aliento de mi pecho,
Que quiebra de mi amor ni de tu brio
Tu espada me quitaba y mi provecho,
De quien ya el todo de mi empresa fio;
Mas dejar solo un gran resguardo hecho
En tu heróico valor al riesgo mio;
Y si moria, morir con esperanza
De pio entierro y de cruel venganza.

»A este fin te dejaba, oh caro amigo,
Y por tu anciana y tierna madre ausente,
De su larga vejez único abrigo,
Y de tu nueva esposa gusto ardiente;
Mas, ya que tu valor viene conmigo,
Y en mi alma el brio que me das se siente,
No dilatemos mas el hecho altivo,
Ni hombre nos quede de importancia vivo.

»Ven tras mí, y con atenta vista advierte
Por donde ahora el honor tras sí nos guia:
En esto está acertar ó errar la suerte,
Ser descuidada ó cuidadosa espía:
El sueño es viva imágen de la muerte,
O ser muerte caliente ó muerte fria,
Dormir en nudo oscuro y paz interna,
O noche temporal ó noche eterna.

»Mira cuán cerca están nuestros contrarios
De pasar un extremo en otro extremo,
Y del cielo y sus altos lacunarios
La nueva luz que sola adoro y temo:
¿De qué estamos perplejos? De qué varios?
Fuego es de honor en el que me ardo y quemo:
A ellos, gran capitan; que es excusado
Quererle suspender su curso al hado.»

Dijo, y sacando la luciente espada,
Por entre los nevados fuegos vuela,
Y á Isarco y Zaldiban, que en camarada
Hecho habian hasta entónces centinela
En torno de su hoguera amortiguada,
Ya con el vino y la pasada vela,
Confiados en tener campo seguro,
Blanda cama les daba el suelo duro.

Allí entre el fuego y la ceniza fria
Segó al uno y al otro la garganta,
Dichosos á velar hasta que el dia
Vestido vieran de su lumbre santa:
Uno era cazador, y otro seguia
De la caza de amor la red que espanta;
Mas del feroz Serpilo el brazo airado
A aquel quitó el afan, y á este el cuidado.

Mató tras esto en la segunda posta
Cuatro dormidas centinelas juntas;
Mató al vano Alfager, al noble Acosta
Y á Enrique el fiel, de tres agudas puntas:
Y por la raya de una senda angosta
Al pabellon fué á dar, donde trasuntas,
¡Oh sutil Targa! en bronces, lo que Apéles
Con sus conchas no hará ni sus pinceles.

Abriendo en sutil lámina de acero
De Piramo y de Tisbe los amores,
Aquel dia le halló el sueño postrero
Y del cruel Serpilo los furores:
Pasóle el corazon de un golpe fiero,
Y saltando la sangre, dió colores
Al relieve infeliz que en triste suerte
Ocasion fué y agüero de su muerte.

Cabe él puesto en un éxtasis profundo,
No dormido, mas ciego en su cuidado,
Al alquimista vió sutil Raimundo
Sobre su antiguo escudo recostado,
Midiendo del napelo y del segundo
Elixir la sustancia, el punto, el grado,
Y de quintas esencias fabulosas
Una imposible máquina de cosas.

Habia gastado en experiencias vanas
De su hacienda la flor y de sus dias,
Y trocando el cabello negro en canas,
Aun no se habian trocado sus porfias;
Mas llegó el fatal golpe, y sus livianas
Esperanzas volvió, de ardientes, frias,
Librándole ocasion tan oportuna
De otros mayores golpes de fortuna.

Y entrando por el campo soñoliento,
Horrible estrago hace el moro fuerte,
Dando su espada y su furor violento
Mil diferencias de una sola muerte:
A este barrena el pecho, á aquel á tiento
Degüella, y pasa al fin la adversa suerte,
Del modo que halla al grande y al pequeño,
Del sueño temporal á eterno sueño.

Este en su corvo escudo recostado,
El otro sobre el yelmo adormecido,
Uno encima la blanda yerba echado,
Y otro en las grevas de su arnes tendido;
Cuál con nuevo dolor desatinado
La boca abre á dar voces, y embebido
Por ella el hierro de la presta daga,
La voz se vuelve atras, y el morir traga.

Coello, un portugues de ánimo ardiente,
Hidalgo tierno en sangre y en amores,
Poeta, amante, músico y valiente,
Cuatro heróicos y célebres furores,
Con el retrato de su dama ausente,
A quien habia cantado mil primores,
Como el sueño le halló en su fantasía,
Las manos en la citara, dormia.

Torcido el rostro hácia el retrato bello,
En señal de caricias á su dama,
Dormido al gusto y al placer de vello
En las corazas de su arnes por cama,
Segó el alfanje el desmayado cuello;
Estremecióse el cuerpo, el pecho brama,
Y al palpitar las manos con instancia,
En las cuerdas formaron consonancia.

Marcio y Catino, grandes bebedores,
Que parte de la noche han ocupado
Con la taza y los dados, en vapores
Del dulce mosto el sueño habian brindado:
Los enjutos barriles por las flores,
Cada uno sobre el suyo recostado,
Dormian en torno de la mesa y fuego,
Adonde el vino los dejó y el juego.

Debia de soñar Marcio que brindaba,
Y abriendo la ancha boca, bebió entero
El sangriento cuchillo que llegaba
De degollar al torpe compañero:
Triste el alma salió en ver que dejaba
Posada tan alegre, cuando el fiero
Golpe por quien la suya dió Catino,
En vez de roja sangre vertia vino.

Mató tras este á Marco y á Sarrento,
Escuderos de Marcio; mató á Soria,
Que entre sus dos caballos soñoliento,
Para ir no tuvo á su cuartel memoria:
Pasó el celebro á Furnio, que de viento
Mil torres exhaló, y de vanagloria;
Y al truhan Galba, que despierto y quedo
Entre los frascos se escondió, de miedo.

De allí entró donde el docto Algeo dormia
A la luz de una vela, en que su pluma,
De un grave poema heróico que escribia,
De versos habia hecho una gran suma:
Un rico arco grabado de ataujía
A su lado, y un libro adonde suma
Del triforme Gerion de ambas Españas
El reino antiguo y célebres hazañas.

El arco que allí tiene fué el que Alcides
Al templo del Lucero dió en despojos,
Donde colgado le halló Almonides,
Cuando á vengar de un conde los enojos
Pasó con Muza á España, cuyas lides
Los ríos volvieron y los campos rojos:
Él lo envió á Zelin, Zelin á Oncalla,
Y él á su bello nieto el rubio Abdalla.

Cuando en sangrienta lid los albaneses
A Abdalla despojaron sobre Duero,
El docto Argeo, entre otros dos arneses,
El rico arco ganó al gigante fiero;
Y en sus pomposos versos los reveses
Del tiempo, arco invencible, aquel postrero
Sueño le halló pintando, cuando el hilo
Del canto y cuento le cortó Serpilo.

Puso en el arco los curiosos ojos,
Y al sabio poeta que admirando estaba
Las musas con su espíritu, entre rojos
Suspiros lanzar hizo el alma brava:
Quiso de su victoria por despojos
Llevarse el arco y la dorada aljaba,
Y por matar á Egil y al Turnio Mesa,
Que á su lado halló, olvidó la empresa.

Cansado de herir, soberbio mira
Las varias muertes y el estrago hecho,
Y ni por eso se alza ni se tira,
Ni atras da un paso del dudoso estrecho;
Antes entre el sangriento horror suspira,
Hirviendo en ira el arrogante pecho,
Y las armas ya botas, y él sin fuerza,
A nuevos daños su crueldad le esfuerza:

Cual tigre hircana en el aprisco mudo,
Harta de degollar grueso ganado,
La tierra en roja sangre, y el membrudo
Lomo de nuevas manchas salpicado,
Carleando cesa un rato, y en menudo
Anhelar cobra aliento el pecho airado,
Y miéntras del destrozo se retira,
Cuanto el hambre menguó crece la ira.

Ni el bello Celedon, gallardo Marte,
Menor estrago y mortandad hacia;
Que del plebeyo pueblo una gran parte,
Gente sin nombre y cuenta, muerto habia:
Mató á Gilberto, que en decir con arte
Y herir de punta su primor tenia,
A Terpandro cantor, y al fuerte Etolo,
Marte en braveza, y en belleza Apolo.

Corren los ríos de sangre, y por la tierra
Las perlas arrebolan de la aurora,
Y él en su oculta y alevosa guerra
Con ella misma á mas herir se azora:
Entra donde á medir Ulloa se encierra
Del precioso hado el ascendiente y hora,
Ulloa digo, un astrólogo ignorante
Que mas cielos halló que cargó Atlante.

Habia toda la noche astrologado
Gustoso que su estrella le asegura
Tras prolija vejez sepulcro honrado;
Mas mintió su astronómica figura;
Que el bello Celedon con su dorado
Puñal le dió temprana sepultura,
Y abriéndole el celebro con dos puntas,
Volaron dél dos mil estrellas juntas.

Mató á Hepodamo, á Tirsas y á Falerno,
Al rubio Telga y á Lisardo el fuerte,
Y al bello Demorato, jóven tierno,
Esposo ayer de Alcida, hoy de la muerte;
Y á tí, oh siempre feliz viejo Salerno,
Que, antiguo pretensor sin hacer suerte,
Cansado en corte de esperanzas nuevas,
Los memoriales convertiste en grevas.

Llegó la muerte al fin, y si no entero
El premio, dióte el pago, de su mano,
De haber dejado el hábito primero
En que á Dios consagraste el pecho humano;
Y viendo entre los rayos del acero
El tierno rosicler del dia cercano,
«Ya, dice, oh gran Serpilo, hace el alba
Al dia, y á esta dormida gente salva.

»Ya basta el venturoso estrago hecho
Y victorias que el cielo nos ha dado:
La honra toda es tuya; sea el provecho
Mio en que no violentes mas el hado:
Este luciente yelmo, que del lecho
Quité á un muerto enemigo, he reservado
Para que sus pomposas plumas sean
Alas en que volar tus glorias vean.

»Solo este para tí codicié en cuanto
Oro y plata encontré del enemigo:
Toma, oh Serpilo, y vamos; que ya el manto
Estrellado que ha sido fiel testigo
De tu braveza, entre el nocturno espanto
Sus broches de oro esconde: toma, amigo,
Y por este encubierto valle huyamos,
Antes que lo hecho con la luz perdamos.»

Dijo; y Serpilo, «Oh gloria, le responde,
De tus mayores, y honra de la mia,
Yo tambien otro bien codicié, donde
Uno entre libros sin temor dormia:
Un arco bello, cuya aljaba esconde
Cien flechas entre nácar y ataujia,
Que luego que le vi, el robusto oficio
De tu caza le dí por ejercicio.

»Y con el gusto de quitar la vida
A otros que estaban en la misma tienda,
El alma, en tantas muertes repartida,
De traerte se olvidó la rica prenda;
Mas tuya es y ha de ser; aquí escondida
Tu persona se esté, y aquí me atienda;
Que junto aquel hogar que allí blanquea
La prenda está que darte amor desea.»

Dijo; y sin ser á detenerlo parte
Los ruegos del amigo, que adivina
Sus malogrados fines, dél se parte,
Y por el infeliz arco camina:
O fuese nuevo ardor del duro Marte,
O Apolo que vengar la alma divina
De su poeta quisiese, ó que ya el hado
Al fin habia de su virtud llegado;

El breve tiempo que duró esperalle
En el puesto, sobre él dió de repente
Argildos, que á correr salia el valle
Con una escuadra de lucida gente:
Dióle al amor la noche, y quiso dalle
A Marte el alba, y en ginete ardiente
Recorriendo las postas de las velas,
Venia por las nocturnas centinelas.

Vieron á Celedon que al corto abrigo
De una encina trataba de esconderse,
Donde, esperando á su imprudente amigo,
Amor pudo obligarle á detenerse:
Cércale el español bando enemigo,
De quien él por huir y defenderse,
Gallardos golpes con su alfanje hace,
Su vida ampara y su honra satisface.

Trebonio fué el primero que atrevido
Llegó pidiendo el nombre, el pueblo y gente
Del victorioso moro, y aturdido
A sus piés le arrojó un golpe valiente;
Mas ¿qué te vale, oh mísero, el cumplido
Brazo y esfuerzo de tu pecho ardiente,
Si al tejido escuadron que se abalanza
Ni el firme escudo ni el alfanje alcanza?

Ya el gallardo mancebo en sangre tinto,
Con las varias heridas teñia el suelo,
Cuando el vano Serpilo en el distinto
Rumor las señas vió de su recelo;
Que victorioso entachonado cinto
La rica aljaba de arrogante vuelo
Le bajaba á los hombros, y en la mano
El arco duro hacia gemir ufano.

Suspendió el paso y el medroso pecho,
No de su riesgo, mas del caro amigo,
Atenta y triste centinela hecho,
Puesto al tronco de un árbol por abrigo:
Conoce á Celedon y el sin provecho
Brio, de sola su bondad testigo,
Con que en confusa brega se revuelve,
Y diez por cada golpe juntos vuelve.

Y él con las nuevas flechas que traia,
Encorvando sobre una el arco duro,
Al confuso escuadron diestro la envia
Desde el hueco troncon del roble oscuro:
Acertó a Breño, y el reciente dia
Que iba naciendo por el aire puro
De los ojos le esconde, y en las sienes
Clavada, le hace dar ciegos vaivenes.

Vuélvense todos á la oculta parte
Que la homicida flecha trajo el vuelo,
Buscando á tiento el encubierto Marte,
Cuando otra por el mismo paralelo
De la tirante y firme cuerda parte,
Y al medroso Blodon, que con recelo
Gritaba «¿quién tiró?» la punta aguda
Su voz clavó, y dejó su lengua muda.

Argildos, que de afuera entretenido
En ver pelear el fuerte moro estaba,
De su gallardo aliento conmovido,
Guarecerle la vida deseaba;
Mas por los nuevos tiros ofendido,
El alma vuelta de piadosa en brava,
« Matadle, dice, y vénguese en su pecho
El grave daño por su causa hecho. »

Y un frio venablo que en la mano tiene,
Con tal destreza al firme pecho arroja,
Que ni el grabado escudo le detiene,
Ni de su peto la acerada hoja:
Cual destroncado toro á tierra viene
Con la parda asta ya en su sangre roja,
Su amigo, que caido le vió en tierra,
Furioso salta á descubierta guerra.

« Yo, yo, dice, yo soy quien hizo el daño:
Tenéos; que nada os debe ese inocente:
Yo el autor fuí del riesgo y mal tamaño,
Y del sangriento estrago en vuestra gente;
Yo la ocasion tracé, yo urdí el engaño,
Yo soy quien os hacia la guerra, ausente;
El nada os debe, el cielo me es testigo,
Sino es el ser de un desdichado amigo. »

Dijo; y lanzando el arco por el suelo,
Furioso su sangriento alfanje saca,
Y con desesperado brio el celo
Venga de su amistad, y su ira aplaca;
Y á Salmino y Parolo, que á su vuelo
Delante halló por resistencia flaca,
Uno en el muslo herido, otro en el brazo,
Libre el paso le dieron de embarazo.

Y á ser de su mortal rigor testigo
A pesar de mil puntas llega, y mira
El peligroso golpe, el enemigo
Dardo, y del firme heróico brazo la ira;
Y viendo así morir su caro amigo,
De rabia brama y de dolor suspira;
Y el desangrado moro en habla breve
A que se salve así le alienta y mueve:

« Huye, amigo, de aquí, huye lijero,
Miéntras muriendo yo, salvo tu vida;
Dame este dulce bien por el postrero,
Y no hallaré la muerte desabrida;
Y cuando haya ocasion, ó por dinero
O por sangre en mejor sazon vertida,
A mi afligida madre el cuerpo lleva,
Y á ser su nuevo amor el mio te mueva. »

Dijo; mas ni el dolor ni los contrarios
Lugar le dan de responder al moro;
Que de heridas y golpes temerarios
Sobre él descarga un martillar sonoro:
Parece, al recibir los tiros varios,
En coso estrecho jarretado toro,
Y en el herir y acometer gallardo,
En escombrada plaza suelto pardo.

A este hiere, á aquel da, y al otro acierta
En revuelto y confuso torbellino:
Mató á Cerdan, hirió de un golpe á Berta,
Luchador diestro aquel, y este adivino;
Y ya el amigo y la esperanza muerta,
Aunque á su real pudiera abrir camino
Y salvarse, no quiso; mas el lado
Muerto guardar que vivo habia guardado.

Hasta que, á golpes y dolor deshecho
El noble corazon del moro fuerte,
Pasado de un cruel venablo el pecho
Mas fiel que amor tocó ni hirió la muerte,
Ya sin aliento ni armas de provecho,
Cerrando el curso de la humana suerte,
Y haciendo al mundo de su fe testigo,
Sin vida dió á los piés del muerto amigo.

¡ Oh heróico ejemplo de amistad divina,
Aunque en bárbaros pechos descubierta!
Si de mis nuevos versos la adivina
Virtud del todo en mí no ha sido incierta,
Jamas el tiempo que inmortal camina
Del ciego olvido te verá cubierta,
Antes de siglos y años vencedora
Tu fama irá, como tu sangre ahora!

En tanto el nuevo amante Cardiloro,
Impaciente en sus gustos y alterado,
Del ya vecino sol los rayos de oro
Presentes mira y aborrece airado;
Que de tinieblas hecho su tesoro,
Cuanto con la luz ve le causa enfado,
Y entre esperanzas un deseo fuerte
Es lucha de la vida con la muerte.

Llegóse al fin el tiempo, y prevenido,
Como prudente y recatado amante,
De suficiente escala y de escondido
Recato, y armas y ánimo bastante,
Con un cristiano paje, el mas querido,
De fe mas sana y pecho mas constante,
Dos breves horas ántes del concierto
De la noche infeliz salió encubierto.

Comenzó el campo moro el nuevo asalto
Con que él hiciese el robo mas seguro;
Que el torpe miedo y ciego sobresalto
La vista turban mas que el aire oscuro:
Comenzóse la grita; él, puesta en alto
La escala, abierto de Sansueña el muro,
Vió la ventana donde amor le envia,
Puerta á su gloria, y sol ántes del dia.

La bella amante, súbito engañada
Con las dulces memorias de su esposo,
Del son de Marte y del amor turbada,
Del pajecillo y de su hablar medroso,
La alta escala bajó, y fué disfrazada,
Haciendo el traje moro mas airoso,
Si las tinieblas consintieran vello,
Del gallardo ademan el bulto bello.

Con solo un cofrecillo en que traia
Lo mas precioso de sus joyas puesto;
Y viendo que el rumor de armas crecia,
Con paso apresurado y descompuesto,
Dando á entender el moro que huia
No el miedo de la gente, sino el puesto,
Comenzó á desviarse por el llano
Del muro hácia el ejército cristiano.

Viene todo en las armas encubierto
Para no ser de nadie conocido,
Y el paje astuto con sagaz concierto
A cualquier lance impuesto y prevenido;
Y poco á poco por el campo abierto,
En son de huir la gente y el ruido,
Llevar queria la dama á una espesura,
Donde estuviese del tropel segura.

Cuando el moro infeliz que iba delante
Haciendo franco el paso con la espada,
Ciego dió en una escuadra, á la importante
Defensa de aquel paso diputada;
Y sin volver el nombre el vano amante,
De veinte su persona rodeada,
Por mil partes le hieren, y por una
A la muerte abrió puerta su fortuna.

Entre el izquierdo brazo y la loriga
Una encubierta punta desmandada
Tan dulcemente entró, que sin fatiga
Del cuerpo cortó al alma la lazada:
Cayó el moro, y tras él la dulce amiga
Del capitan cristiano desmayada,
Con el engaño de tener por cierto
Que no era el moro, mas su esposo, el muerto.

Fué á tiempo el darle muerte á Cardiloro;
Que el montañes llegaba alborotado,
Por ver del repentino asalto moro
El que él iba á hacer anticipado;
Y oyendo de las armas el sonoro
Rüido ir en aumento recatado,
Con una oculta escuadra de Guzmanes
Venia á requerir sus capitanes.

Venía tambien á hacer secreta guarda
Al balcon de oro, de su gloria puerta.
Cuando muerto vió al moro, y la gallarda
Dama á su lado desmayada y muerta:
No conoció su luz, ni á verla aguarda
De la amorosa suspension despierta,
Mas en su amor el alma divertida,
La que buscando va deja perdida.

Creyó que fuese alguna dama mora
Del que á desgracia han muerto en la contienda,
Y ella, y el paje que cabe ella llora,
Presos manda llevarlos á su tienda;
Y tras el bien que deja y el que adora
Con su escuadra tomó una estrecha senda
Que á la torre va á dar, donde su gente
Ya culpándole está de negligente.

Va buscando la gloria que ya tuvo
Caida ante sus piés sin conocella,
Cuando la culpa de perderla estuvo
En no llegarse, como pudo, á vella;
Mas ¿quién lo advierte todo, ó en quién hubo
Tan sabia prevencion, que pueda en ella
Medir las ocasiones, y en ninguna
Perder lance á las vueltas de fortuna?

No hay descuido en amor que no se pague,
O sea el cobrar remiso ó sea contado,
Ni estado tan feliz que no lo estrague
El desman de un suceso no pensado;
Que si da la fortuna ántes que amague,
¿Qué escudo bastará á su golpe airado?
Fué á dar con el balcon el godo tierno,
Y en vez de alegre gloria, halló el infierno.

Vió escalado su muro, y puesto fuego
Ya por allí el balcon resplandeciente,
Y que en tropel confuso y furor ciego
Por él entraba la morisca gente,
Y un soberbio jayan de nacion griego,
Señor de Negroponto, puesto en frente,
Que da favor y fuego á los de arriba,
Y á voces el combate y cerco aviva.

Reverberan las llamas en las hojas
Del arnes limpio de bruñido acero,
Y el aire oscuro con vislumbres rojas
Al jayan vuelve mas horrible y fiero:
Crece el rumor, el fuego y las congojas
En el dorado alcázar, y él entero
Con su furor el gran teson sustenta,
Y á todos golpes da y armas presenta;

Cual tal vez cabe un risco cavernoso
De negra escama pálido serpiente,
Que en renovadas conchas poderoso
Muestra la cresta azul resplandeciente,
Y si del fuego que hizo el perezoso
Gañan junto á su cueva el calor siente,
Saltando á él sin que temor le ocupe,
Tres lenguas silba y la ponzoña escupe.

Quedó el amante de la dama bella,
Que en salvo puesta, sin pensar, tenia,
Viendo la escala, y que el jayan sobre ella
La torre con su gente entrado habia,
Suspensa el alma, alborotado en vella,
Y en vario discurrir la fantasia,
Dándole vuelta, á su pesar, la suerte
En tormento el placer, la vida en muerte.

Así tal vez villano entretenido
En acechar de una perdiz medrosa
Para hallarla de noche el caro nido,
Si al extender la mano codiciosa
Al escorpion tocó que la ha comido,
Atras rehuye, y con la temerosa
Luz de sus vivos ojos ve el engaño
Del riesgo suyo y del ajeno daño;

Tal de Velasco la nobleza antigua
Suspensa se quedó viendo el gigante,
Como nocturna y lóbrega estantigua
Entre el humo y el fuego resonante,
Y del confuso vulgo y gente ambigua
El tropel ciego y el furor bastante
A tomar la ciudad, mas en un punto
El miedo y suspension se acabó junto.

Y como el que en los brazos de Morfeo
Se sueña de un leon fiero asaltado,
Que despierto en el bosque Dodoneo
Le ve sobre algun risco encaramado;
Hallando ser verdad el devaneo
Del sueño, sale á él alborotado,
Trocada en riesgo la aplacable caza,
Y con la fiera y su furor se abraza;

De tal manera Argildos, viendo el paso
A que sus cosas trajo la ventura,
Furioso hácia el gigante Radagaso
Sale, amparado de la noche oscura;
Y ántes que el feroz moro sienta el caso,
Un reves le alcanzó por la cintura,
Que le hizo dar de manos, y le hiciera
Dos si el filo al cortar no se torciera.

Saltó el gigante cual dragon herido
Del duro césped que arrojó el villano,
Y al tierno amante, en fuego convertido
Del mismo en que arde el torreon cristiano,
La respuesta volvió con tal rüido,
Que, acertando en el yelmo, sonó el llano,
Como si por socorro, en ver que se arda
La torre, disparara una lombarda.

El español, que dos deidades juntas,
Honra y amor, le hierven en el pecho,
Una tras otra hiere de dos puntas
Al que su gloria puso en tal estrecho;
Que del fornido acero por las juntas,
Lago de roja sangre dieron hecho
El antes verde prado, cuyas flores
Muertes respiran, y solian amores.

Al recibir el moro la una herida,
Otra al bravo leonés le dió en un brazo,
Que, aunque sin daño y riesgo de la vida,
De acero y carne le llevó un pedazo;
Y dando y recibiendo una avenida
Y tempestad de golpes, hizo el plazo
De su vida mas breve un altibajo,
Que un brazo al rey de Ponto le echó abajo.

Mas como si la fuerza se pasara
Del destroncado brazo al brazo vivo,
Así con nueva fuerza da y repara
Golpes á su contrario el griego altivo:
En esto el fuego con su rubia cara,
Para hacer el combate mas esquivo,
Apoderado del dorado techo,
Con su costoso daño hacia provecho.

Y la española escuadra que venía
Por guarda del hermano de Tibalte,
Y en ciega tropa arremetido habia,
Cubriendo el campo de sangriento esmalte,
Mezclada entre los bárbaros subia
Por la alta escala, haciendo que no falte
Quien con la sangre mora no pequeña
Parte apague del fuego de Sansueña.

Del son confuso el resonar valiente,
Y de la llama el rechinar sonoro,
Asombró el pueblo, que tenia su gente
Segura por allí del campo moro:
Caen almenas, y vuela en brasa ardiente
La ancha techumbre de artesones de oro,
Y de gruesas colunas jaspes varios
Tristes sepulcros dan á sus contrarios.

Hizo el fuego las señas con sus llamas,
Y acudió á aquella parte el furor todo,
Los unos á perder vidas y famas,
Y otros á hallarlas por el mismo modo:
Al fin, del ciego bosque entre las ramas
Del asturiano campo y pueblo moro
Lo mejor se juntó, y duró el rebato
De la confusa noche el mayor rato.

Murieron muchos de una y otra parte
En la confusa bárbara refriega,
A unos dando el rendido baluarte
Muerte comun y sepultura ciega;
A otros la espada del sangriento Marte
Los vendimia en agraz, y en flor los siega
Por varios trances; que el morir es cosa
De todas la mas cierta y mas dudosa.

ALEGORÍA.

La hermosa reseña del campo de España significa la que el entendimiento hace de las virtudes para conseguir el fin de la felicidad política.

En el suceso de Serpilo y Celedon se descubre la hermosura y fuerza de la verdadera amistad; en el estrago que hacen en el campo dormido, la poca seguridad de la vida humana, y cómo no hay campo seguro para la muerte; y en la de Cardiloro y sus vanas pretensiones, cuán inciertos y mal entendidos salen siempre los oráculos y pronósticos humanos en las cosas por venir.

LIBRO NONO.

ARGUMENTO.

Argildos, creyendo que Florinda es muerta ó robada, se quiere matar de pena; y ella, sospechando ser su esposo el muerto, toma veneno para matarse, y sucede en ambos un notable desengaño. Bernardo, siguiendo una cierva, encuentra á Angélica en las uñas de un dragon; síguela por las oscuridades de una cueva, y hállase enredado en un extraño encantamento, donde Proteo le descubre quién son sus padres. Arleta pide á Galiana justicia contra Ferraguto, y él hace batalla con Rangorio, á quien mata y quita el escudo, y por las armas dél es tenido por frances y acometido de la gente que de Toledo venia en favor de Galiana, de quien queda preso por culpa de su caballo; oyen en un bosque ruido de armas, y por ver qué sea, se pierde con la oscuridad de la noche de los que iban con él.

Argildos ya, despues que á Radagaso
Con gallardo esgrimir quitó la vida,
Y á Arganda, un moro capitan, de paso
Cabeza y pecho abrió de una herida,
En compañía del prudente Eraso,
Que una escuadra á sus piés tenia rendida
De alarbes berberiscos, que en España
La gente fué de mas coraje y saña,

Ganando el paso de la escala y muro
A costa de su sangre y de la ajena,
El amante subió libre y seguro
A ver su gloria y á hallar su pena;
Que entre el negro carbon del humo oscuro,
A vueltas de otros tristes llantos, suena
Que Florinda murió, ó es cosa cierta
Que está cautiva y presa, si no es muerta.

Créese que, consumida de la llama,
Entre carbones de oro es ya ceniza,
Y que de su valor sola la fama
Viva ha dejado la sangrienta riza;
Porque el oculto cuarto de la dama
Puerta fué del asalto, y la postiza
Escala su balcon, y el mauro fiero
En ella ejecutó el furor primero.

Llegó la fama, ya verificada
Con bastantes indicios, al amante,
Que, de dolor el alma traspasada,
Quedó á una muerta estatua semejante:
Como el preso sin culpa que, ya dada
En su causa sentencia, ve delante
El verdugo que á darle muerte viene,
Cuando por libre en su opinion se tiene.

Tal quedó Argildos, que un morisco pudo
De un golpe echarlo desde el muro al suelo;
Que ni para la espada ni el escudo
Fuerza dejó ni brio el mortal hielo:
Dado de pena en la garganta un nudo,
Caido el corazon, y el desconsuelo
Mayor, que tal desgracia se atribuya
O á poco amor ó á negligencia suya.

Quiso darse la muerte con su espada
O dejarse matar de un enemigo,
Si no fuera en su honor ó en su pasada
Culpa un breve morir corto castigo;
Mas esto y la esperanza amortiguada,
Aun no muerta del todo, abrió un postigo,
Por donde entró una furia de tal modo,
Que pensó hundirlo en su venganza todo.

Tocaba á recoger el campo moro,
Viendo engrosado mas que convenia
El asalto que el mozo Cardiloro
Sin justa causa comenzado habia,
Cuando el valiente Argildos el sonoro
Rumor de los clarines revolvia
A hacer cruel venganza y escarmiento
De la triste ocasion de su tormento.

Y aunque cubierto del nocturno luto
Y de tinieblas lóbregas revuelto,
Al rayo de su espada el campo bruto
En un confuso infierno quedó vuelto:
Cogiendo en negra sangre horrible fruto
Del rabioso dolor en que va envuelto;
Dando golpes á ciegas, que de dia
Tendrá bien que contar la pluma mia.

En tanto la afligida hermosa dama,
Ya persuadida que es su esposo el muerto,
Con los perdidos lustres de su fama
En el trazado fin de su concierto,
El pecho ardiendo en amorosa llama,
Su amor llora perdido y descubierto,
Sin sombra ni apariencia de disculpa
Que encubrir pueda ó disculpar su culpa.

Al ciego amparo de un rincon oscuro
De la tienda, que fuera cielo claro
A saber cúya era y cuán seguro
Allí tenian sus males el reparo,
Con llanto amargo que un peñasco duro
Tierno hiciera en su triste desamparo,
Así, de sus dos manos hecho un nudo,
Quejas al cielo da en lenguaje mudo:

«¡Oh cielo, que ya tienes el tesoro
Cuya memoria un pecho enriquecia,
Y á mi en triste ocasion de eterno lloro,
Para nunca haber fin la pena mia!
Si del sol que perdí y perdido adoro
Ya en tu horizonte amaneció su dia,
Y mi alma, que es sin él noche profunda,
Jamas espera ver su luz segunda,

»¿Por qué en este desvan lóbrego y triste,
Para solo llorar desgracias hecho,
Quedar penando el cuerpo permitiste,
Que es sin su vida de ningun provecho?
Las vislumbres del gusto con que diste
Mas dulce al alma el nudo y mas estrecho,
¿Dónde se fuéron á volver estrellas,
Llevándose mi bien volando en ellas?

»¡Ay tierno esposo, nombre regalado,
A quien yo por mi mano di la muerte!
¡Cruel piedad, concierto desdichado,
Debajo el dulce fin de complacerte!
¡Inconstante fortuna, adverso hado,
Menguada hora de infelice suerte,
Que tantos juntos abracé conmigo
Para solo quitarme un dulce amigo!

»¡Alma dichosa que, en amor ardiendo,
Sobre tu mismo fuego te levantas,
Y ya campos de gloria van midiendo
De tus piés santos las divinas plantas!
Miéntras del tercer globo estás cogiendo,
Entre sus rosas y azucenas santas,
Los castos pensamientos en que tuve
La fe sembrada que en tu ley mantuve,

»Vuelve los ojos; mira el sacrificio
Que ahora á tu deidad hacer espero;
Que vivir fuera yo de tu servicio
Ni puedo ya, ni aunque pudiese quiero:
El alma en ir tras tí hace su oficio,
Y yo el mio en morir, pues por tí muero:
Acoge ahora esta piadosa ofrenda
Que el dolor sana y el honor remienda.

»Y el cielo justo, pues que lo es, ordene
Que, en honra de un amor y fe tan pura,
Lo que apartados al morir nos tiene,
Muertos nos junte en una sepultura.»
Dijo; y toda turbada en ver que viene
La infeliz hora de la muerte oscura,
Resuelta ya en tomarla en cualquier via
Antes que asome con su lumbre el dia,

Con varias trazas considera el modo
Mas fácil de matarse y mas honesto,
Antes que haga por el campo todo
La fama el primer yerro manifiesto:
Al fin, con pecho real y ánimo godo,
Entera en su memoria halló puesto
El camino mejor, mas breve y llano,
En tomar un veneno de su mano.

Acuérdase que en guarda y fiel recato
Le dió su anciano padre un pomo de oro
De mortal confeccion, con que un ingrato
Indio, por órden de un esclavo moro,
Matarle quiso, y descubierto el trato,
Los quemó vivos; y el mortal tesoro
Ella, por mas guardado y mas recluso,
Entre sus joyas, sin pensar, le puso;

Y que en el rico cofre que allí viene
Su desgracia le puso ó su ventura,
Y así, vuelta ya alegre en ver que tiene
Tan vecina la muerte y tan segura,
Ni perpleja ni en duda se detiene:
Tómale, y al buscar la cerradura
Halla ménos la llave, que al rüido
Allá se le olvidó, ó se le ha perdido.

Vuelve cuitada á su primer congoja;
Y tanto el cofre aquí y allí revuelve,
Que el acero, sin ver cómo, se afloja,
Y abierto, á su primer contento vuelve:
Todo quiere que muera, ó se le antoja;
Las joyas saca á tiento y las desvuelve;
Hasta que á hallar al fin entre ellas viene
La que la muerte en fiel custodia tiene.

Mas, como oscuro está, ni acierta á abrilla,
Ni su artificio sabe, ni lo entiende,
Y así llorando dice: «¡Oh gran mancilla,
Que tan cara la muerte se me vende,
Que ni buscalla basta, ni seguilla!
¡De mí se esconde sola y se defiende!
¡Que es posible que ordene el cielo justo
Que aun no alcance el morir porque es mi gusto!

»¡Oh, cómo tiene el corazon humano
Vislumbres ciertas de saber divino!
¡Cuántas veces me dijo el miedo en vano
Que era lo que intentaba desatino!
¡El huir de mí sin me tocar la mano,
El no me hablar palabra en el camino,
Todo era igual congoja y agonía
Que á ambos un triste fin nos prometia!»

Esto entre sí decia, revolviendo
La muerte aquí y allí, cuando en las manos
Cierto licor sintió, ¡oh suceso horrendo!
Que, sin mas consultar temores vanos,
Cierta ya que el veneno iba saliendo,
Llegó la boca y labios soberanos
Para beber por ellos lo que cupo
Al corazon mas fiel que el mundo supo.

Y apénas el licor pasó la boca,
Cuando quedó la dama sin sentido,
Tal, que mirarla á lástima provoca
Y deja al mas cruel enternecido:
O muerta, ó si no muerta, con tan poca
Esperanza de vida, que, perdido
Ya el sentimiento, en lágrimas cubierta,
Desde ese punto se contó por muerta.

Ya en esto, del color de la azucena,
De aljófar lleno el manto de brocado,
Cercada el alba de una luz serena,
De oriente entraba en el balcon dorado;
Cuando de sobresaltos y de pena
El noble Argildos vuelve acompañado,
Con rostro triste y paso perezoso,
Ni vencido, ni alegre victorioso.

Como tal vez sobre los bosques de Ida
Soberbio toro vuelve á su manada,
Sin traer consigo al pasto la querida
Novilla que á traicion le fué robada;
Que, el paso lento, la cerviz caida,
La piel en sangre y en sudor bañada,
Al cielo á cada paso vuelto, brama,
De amor se queja, y su becerra llama;

Así el valiente godo se retira,
Vuelto ya el campo á su primer concierto,
De congojas cercado, ardiendo en ira,
De triste luto el corazon cubierto,
De sombras lleno cuanto en torno mira,
Al dolor vivo, á la esperanza muerto;
Y á su real tienda llega, cuando el dia
A ver lo que el asalto obró salia.

Halló á la puerta en hábito de moro
Al cautivo Roselio envuelto en llanto,
El paje con quien hizo Cardiloro
El enredo que a todos costó tanto:
Miróle Argildos, y en la nieve y oro
De su rostro y cabello, cuerpo y manto,
Vió al natural á su Florinda bella,
Y fué admirado á arrodillarse ante ella.

Creyó que, como estaba concertado,
En hábito morisco habia salido,
En el de paje el de mujer trocado,
Por mas lijero y ménos conocido;
Mas cuando de mas cerca vió burlado
Su antojo, y ser de véras ha entendido
Hombre en el habla, y diferente el trato
De aquella de quien es vivo retrato;

Volvió otra vez á su dolor primero,
Aunque con nueva admiracion y espanto
En ver aquel gallardo prisionero
Que á su Florinda se parezca tanto:
Dióle razon del caso un escudero
Diciéndole: «Señor, anoche, en tanto
Que el asalto duró, el capitan Bueso
Trajo una mora y á este moro preso.

»La mora, en tristes lágrimas metida,
Allá dentro, y el moro en este prado,
Llorando están la libertad perdida
Y la nueva afliccion del triste estado.»
Dijo; y Argildos, la alma divertida,
La vista, el sentimiento y el cuidado
En su primer dolor, apénas siente
La breve cuenta de su leal sirviente.

Y de congoja y sobresaltos lleno,
Ni á esto ni á aquello atiende ni repara,
Entrándose en la tienda cuando el freno
Del sol asoma con su lumbre clara,
Dándole luz bastante el dia sereno
Para ver la belleza al mundo rara;
Que la ventura ya quiere que vea,
Sin saber cómo ni por dónde sea.

Como tal vez el labrador, cansado
De buscar el novillo que ha perdido,
En quien todo el caudal tiene empleado
De las pobres cosechas de su ejido,
Entra, bajando el monte descuidado,
A una cueva sin luz, y allí escondido
Acaso le halla entre las ollas de oro
De un antiguo y riquísimo tesoro;

Así el tierno amador, con los temores
Que su imaginacion triste le ofrece,
Sin pensar encontró los resplandores
Del tesoro mayor que le enriquece:
De su bella Florinda vió las flores
Con que de nuevo ya su amor florece,
A un rincon de la tienda desmayada,
Toda de joyas y beldad cercada.

Dánae quizá, cuando entre lluvias de oro
Bajó á su lecho celestial riqueza,
Tuvo en sus faldas otro igual tesoro,
Mas en su rostro no otra igual belleza:
«¡Oh soberano cielo, en quien adoro!
(Dijo el godo, aun no libre de tristeza.)
¿Anda fortuna haciendo devaneos
Entre su ciego antojo y mis deseos?

»¿No es este el bello sol que mi alma alumbra?
¿Este no es su retrato verdadero?
¿Es sueño, ó sombra ó luz que me deslumbra,
Ó la fingida imágen por quien muero?
¿O es la imaginacion con que acostumbra
Pintar la gloria amor que sigo y quiero,
Para volverme, con deseos, loco
Del mismo gusto y bien que veo y toco?

»¿Háse quebrado en dos el limpio espejo
En quien solia mirarse la hermosura,
Que tan por un nivel, tan por parejo
Se muestra en dos mitades su figura?»
Así dijo; y con ánimo perplejo
En el secreto de la enigma oscura
Llegó á la bella dama, y á un pequeño
Moverla le rompió el sabroso sueño.

Despertó sin sentido alborotada,
De sudor y de lágrimas cubierta,
Y en ver su tierno amante mas turbada,
Sospecha todavía que está muerta;
Hasta que, vuelta en sí y desengañada,
No que en vana fantasma y sombra incierta
Su esposo está, mas en alegre vida,
En nueva admiracion quedó metida.

Así en la escena trágica aparece,
Al desatarse el nudo y la maraña
En que su alegre ó triste accion fenece,
La ántes oculta novedad extraña
Con que la pena ó la alegría crece,
Que las pasiones mueve y las engaña,
Poniendo los sucesos diferentes
Admiracion y espanto en los presentes.

Ya tuvo sabios la opinion humana,
Que por ver los dislates de la vida,
Los ciegos desvarios y la vana
Locura en sus propósitos metida,
Creyeron que esta fábrica mundana
Del santo cielo estaba desasida,
Sin ley ni dependencia, en su gobierno,
De libre brazo ni saber eterno.

Mas que el divino artífice que solo
El globo hizo y máquina presente,
La luna variable, fijo el polo,
A Bootes frio y al Leon caliente,
Como el dia le dió á la luz de Apolo,
Y la noche al reposo de la gente,
Así tambien, sin diferencia alguna,
Los hombres á las vueltas de fortuna.

De aquí daban nacidos los errores,
La variedad de vidas y de muertes,
La mudanza de estados y favores,
Las infelices y felices suertes;
Ser reyes unos, otros labradores,
En pobres chozas ó en castillos fuertes;
Y aquel andar á tiento los mortales,
En medio de los bienes y los males.

Todo esto hacian alhajas de fortuna,
Que es del reloj divino órden entera,
Sin quien no mueve el mar ola ninguna,
Ni una arena hay de mas en su ribera:
Esta el cielo y la tierra tiene en una
Lazada y dependencia verdadera,
Ordenando las cosas de tal modo,
Que cada cual sea parte de este todo.

Mas hay en esto modos naturales
Con que sus cursos corren nuestras vidas;
Que ni es todo milagros celestiales,
Ni todo caso y suertes no entendidas;
Que muchos de los bienes y los males
Nacen de cosas bien ó mal regidas,
Y el albedrío hizo de su mano
Piadoso á César, y á Neron tirano.

Bien que hay casos tambien donde no puede
La prudencia estorbarlos ni el aviso;
Que el mundo hace que su vuelta ruede
Por donde él quiere, y no el prudente quiso;
Y Ulises, por mas curso que le quede
De experiencia y saber, no hará el preciso
Golpe vano que el hado le predijo;
Que al fin morirá á manos de su hijo.

Aquí entra ya la buena ó mala suerte,
Donde no alcanza el albedrío humano,
Que al uno hace errar, y á otro que acierte
Por donde no pensó ni fué en su mano:
Esta dió á Cardiloro ayer la muerte,
Huyendo della por camino llano,
Y la vida guardó á Florinda bella,
Cuando ella mas trataba de perdella.

¡Extraño caso! en la bujeta de oro
Que el veneno mortífero traia,
La contrayerba del mortal tesoro
Por sí en licor suavísimo tenia;
Que tal fué siempre en esto el uso moro,
Dar el remedio donde el mal venia,
Y á la dama tambien su buena suerte
Hallar la vida por buscar la muerte.

De un frio áspid de Libia soñoliento
La mortal confeccion era amasada,
Y el mitridato por el mismo intento
Durmiendo la dejaba reparada:
Trocó á las cosas la ventura el viento,
Y la afligida dama alborotada
Bebió, por beber muerte en la bebida,
Un dulce sueño que le dió la vida.

Estando en esto todos divertidos,
Roselio abrió la puerta al desengaño,
Y de los desconciertos referidos
El discurso contó y suceso extraño:
Los dos tiernos amantes advertidos
Del bien presente y del pasado engaño,
Al cielo alaban, que por tales pasos
Piadoso rige los humanos casos.

Publicóse la nueva venturosa,
Y el amante sagaz, viendo trocada
En ocasion honesta la amorosa
Que ántes viniera á ser grave y pesada,
Al triste Alcaide, padre de su diosa,
Que por muerta la tiene ó por robada,
Aviso envia, y da nueva cumplida
Ya de su libertad y de su vida.

Vino el anciano capitan gozoso
Al real en grave pompa y aparato,
Resuelto de no ser al valeroso
Godo á tan nuevo beneficio ingrato:
Si él gana hija, que ella gane esposo,
Y el premio todos de un honroso trato,
Trocándose por casos semejantes
En paz la guerra de los dos amantes.

Estos milagros hace la ventura
Cuando se muestra un poco aficionada;
Yerros dora, descuidos asegura,
La muerte en dulce sueño da trocada,
El cautiverio en libertad segura,
La guerra y pena en gloria y paz sagrada,
Y así á las cosas trueca el sobrescrito,
Que á veces saca premios del delito.

Fué el valeroso Alcaide recebido
En real aplauso y majestad decente
De la gallarda dama y su querido
Amante, y la demas guerrera gente;
Donde, luego que vió al recien venido
Preso en nada á Florinda diferente,
«¡Santo Dios! dijo, ¿qué ventura es esta
En tan notable maravilla puesta?

»¿Quién trajo aquí esta nueva hermosura
En jóven tan gallardo y tan apuesto?
¿Es de claro linaje ó sangre oscura?
¿Quién me sabrá decir lo que hay en esto?
¿O es el que yo perdí en una espesura,
Cuando, en amargo llanto y luto puesto,
La traicion me dejó de un moro ingrato,
Robándome este rostro ó su retrato?

»Decidnos, bello moro ó fiel cristiano,
Vuestra tierra, nacion, ley y nobleza,
A quien el alto cielo dió la mano
Tan abundante en gracia y gentileza.»
Así el Alcaide dijo; y el lozano
Doncel, con nuevas prendas de belleza,
De empacho y sobresalto de quién era,
Turbado respondió desta manera:

« Señor, de mis parientes y linaje
Mas noticia no tengo ni experiencia,
Que haberme desde niño visto paje
De Abdalla, rey tirano de Valencia,
De adonde hasta aquí hice un viaje
Por un rodeo lleno de violencia;
Que así, señor, pasó...» Y así quería
Decir lo poco que de sí sabia;

Cuando en confusa trápala y rüido
Por la real tienda entraba un moro bravo,
De un vulgo y furia popular asido,
Y un valiente caudillo de otro cabo:
Hanle entre los cautivos conocido
Por el rojo Alfaquiz, antiguo esclavo
Del Alcaide, y aquel que ahora dijo
Que en una caza le robó á su hijo.

Fué de la arma pasada el desconcierto
De tanto riesgo en el real pagano,
Que, hallando lo mejor del campo muerto,
El viejo Zumail, moro liviano,
Desesperado huyó, huyó encubierto,
Y el resto se dejó al furor cristiano,
Entre cuyos despojos y tesoro
Raulin prendió al antiguo esclavo moro.

Prendióle, y todo lleno de cuidado
A que del tierno padre en la presencia
El rico hurto descubra, aprisionado
Le trajo en tanta guarda y diligencia:
Quedó de nuevo el campo alborotado...
Mas mientras se sosiega y dan audiencia
Al nuevo preso, de Bernardo quiero
La luz seguir de su invencible acero.

Ya despues que con trágico lamento
Fin dió á su historia el español gallardo,
Y deslumbrado en su beldad, á tiento
Se entró tras una corza el gran Bernardo
Por la incógnita selva, en el aliento
Y lijereza que un dispuesto pardo
Cuando en la Libia la hambre le persigue,
Y un lobo por las breñas de Atlas sigue.

De las ásperas quiebras de la sierra
Corrido un no pequeño trecho habia,
Cuando abrirse de léjos vió la tierra
Que en tumbo hinchado sobre el mar caia,
Y al negro abismo que su vientre encierra
Arrojarse la luz tras quien venia:
Admiróle el suceso, y fué con nueva
Curiosidad á entrarse por la cueva,

Cuando en el verde suelo vió caida
La hermosura de Angélica, y sobre ella
Una enroscada sierpe que atrevida
En sus artejos quiere deshacella:
Aquella beldad misma que su vida
En aire oscuro vió, cual clara estrella,
La noche que á Orimandro en su presencia
Su luz arrebató maga violencia.

Admiróse el mancebo; y condolido
De la ingrata belleza, aquella espada
Que ella por mas favor le habia ceñido,
A volver por sus causas obligada,
Bravo sacó, y con ánimo atrevido
Corre á librar la dama desmayada,
Que el dragon en la boca se la lleva
Por las entrañas de la oscura cueva.

Entró tras él el animoso infante
Al sordo estruendo de la sierpe horrible,
Sintiendo detenerse, por delante,
De un fuerte y singular brazo invencible;
Hasta que, en fuerza y ánimo constante
Vencido de la máquina terrible,
El importuno estorbo en son horrendo
Fué por el negro sótano cayendo.

Piensa que haya bajado hasta el profundo,
Siguen las vueltas y traspiés que ha dado,
Cuando de nuevo se halló en el mundo
Con dos gigantes sobre un fresco prado,
Que el uno ha muerto el animal inmundo,
Y el otro, por el oro ensortijado
Del hermoso cabello, á toda priesa
La angélica beldad se lleva presa.

«Deten, negra fantasma,» el jóven grita;
Y tras él sale a remediar el caso,
Cuando el otro jayan le ataja y quita
Con firme maza el importante paso;
Tal, que si el primer golpe no le evita
Un salto atras, en aquel campo raso,
Contra el valor de los eternos astros,
De su muerte quedaran tristes rastros.

Iba sin mas defensa el caballero
Que de su limpia espada la destreza,
Con que al jayan de corpulento acero
Sus golpes perder hizo y su braveza,
Acertándole algunos el guerrero,
A pesar de su altura, en la cabeza,
Por donde, en vez de sangre, salen toscas
Bandas de avispas y de negras moscas.

¡Horrible caso! Por el negro viento
El importuno y mal nacido enjambre
Sobre el bravo español vuela sin tiento,
A hartar en él las rabias de su hambre:
Siéndole su inquietud mayor tormento
Que el encantado bulto y tez de alambre
Que la cruel maza encima dél revuelve
Y en alados gusanos se resuelve.

Como entre los tomillos y el romero
Del fértil monte Hibla causa pena
El belicoso enjambre al oso fiero
Que sin tiempo desfonda la colmena,
Dando el liviano corcho el golpe entero
De dulce ambrósia de enemigos llena,
Y haciendo la defensa de su vida
Sabrosa la victoria y desabrida;

Así el menudo ejército que vuela
Sobre el rostro y los ojos de Bernardo,
Le inquieta, le congoja y le desvela,
Sin valerle defensa ni resguardo:
Ni le aprovecha maña ni cautela,
Ni importa ser lijero ni ser tardo;
Que lo ha con enemigos inconstantes,
Que se atreven á reyes y á gigantes.

Mas de nuevo le asombra un nuevo caso
En esta extraña y desigual conquista,
Que en picando la avispa, el bulto escaso
Volvia en rojo rubí ó blanca amatista;
Y donde quiera que fijaba el paso
Rastro quedaba en relumbrante lista
De las preciosas piedras, que ya en vuelo
Moscas vinieron hechas por el cielo.

Así en su trono real Midas sentado,
Y convirtiendo cuanto toca en oro,
Si acaso vino un escuadron al lado,
Que en torno vuela con parlar sonoro,
Lo que le llega en oro cae mudado,
Con que el espanto crece y el tesoro;
Y si la tierra pisa, deja en ella
Resplandecientes rastros de su huella.

De pedrería cubierto el valle ameno
Ya la braveza del leonés tenia,
Y el fingido jayan de avispas lleno
Con solos ademanes combatia;
Cuando, quitando al sufrimiento el freno,
A pesar de la maza que esgrimia,
Un golpe le acertó por la cintura,
Que cortó en dos la bárbara figura.

La mitad se quedó en el verde prado,
De bronce hecha imágen verdadera
Del invicto español, que retratado
En ella goza su hermosura entera:
La otra mitad en vuelo levantado
Subir se vió por la estrellada esfera,
De lenguas llena y de dorada llama,
Con la trompa y las alas de la fama.

Cobró el invicto montañes sosiego,
Vencido aquel fantástico enemigo,
Y á dar alcance y guerra corre luego
Al que se lleva á Angélica consigo:
Vióla entrar por la llama de un gran fuego,
Y sin buscar mas puerta ni postigo,
Tras él se entró; que á quien honor pretende,
Ni el fuego espanta, ni el temor le ofende.

Así el fuego se cuenta que en su esfera
Es con su tibia luz tan perezoso,
Que aun no llega á esponjar la blanda cera,
Ni á ser mas que un vapor claro y lustroso:
Pasó libre la luz que reverbera,
Y hallóse en un sepulcro tenebroso,
Que en una oscura tumba parecia
Al débil rayo de un farol que ardia.

Rondaba en torno dél un cuerpo muerto,
Negra fantasma ó sombra descarnada:
Quedó pasmado y el cabello yerto,
Suspenso el paso y la color mudada;
Hasta que, reportado: ¡Oh tú, encubierto
Cadáver! dijo, dime en voz prestada,
Si no la tienes propia, por cuál cueva
Un jayan bruto, preso un ángel lleva.»

Juzgó que en las honrosas pretensiones
Del ir tras la virtud, es caso indino
Pensar que aun á los muertos las razones
Falten para mostrar senda y camino;
Ni que puedan fingidas ilusiones
Torcer el curso del saber divino,
Que á cada vida tiene y cada hado
El punto fijo y centro señalado.

Esto á pedir con libertad le obliga
El carcomido bulto luz bastante
Del huido jayan, y él con amiga
Caricia le adestró con ir delante,
Pidiéndole por señas que le siga
Por un hundido sótano distante;
Que secas las arterias y pulmones,
Aire le falta en que formar razones.

Fuéron bajando un caracol difuso,
Al rayo de la lámpara de fuera,
Que en aire negro y cóncavo confuso
Con luz dudosa y tibia reverbera;
Hasta que de los piés las plantas puso
De un negro rio profundo en la ribera,
Que, con ronco furor, de peña en peña
Por sus hondas cavernas se despeña.

Un pequeño batel puesto á la orilla
Está entre cañas y ovas zabordando,
Donde aquella mortal sombra amarilla
Se entró, al ilustre jóven convidando:
Notable y nunca oida maravilla,
Que, obedeciéndole él, y ella bogando
Por los despeñaderos de aquel rio,
Mas recio va que el agua á su navio.

Cercado de figuras temerosas
Que á la luz se descubren que levanta
El oro de las sierpes escamosas,
Que con su horrible centellear espanta;
Y sobre negras ondas espumosas
El frágil leño al centro se adelanta,
Donde la luna sus mudanzas mide,
La noche reina y el horror preside.

Así en el requemado Flegetonte
La barca de la muerte y su barquero
Temple á las almas muda y horizonte,
De un claro mundo, á un espantoso y fiero;
Y Alcides, cuando entró por Aqueronte
A enlazar las gargantas del Cerbero,
Así en el débil leño, á todo vuelo,
Los límites, feroz, pasó del suelo.

Sintió en el sosegado movimiento
Del temeroso viento denegrido,
Haber ya hecho la barquilla asiento
O en agua mansa ó puerto conocido:
Buscó el piloto por el barco á tiento,
Y viendo que se le ha desvanecido,
Causóle horror; que en golfo tan esquivo
Aun hace un muerto compañía de vivo.

Hiere á una parte y á otra con la espada,
Y en el fondo del agua con los remos,
Y ni halla de aquí ni de allí nada,
Ni al rio corriente ni al remanso extremos:
Solo de horribles sierpes ve cuajada
La negra espuma, como ver solemos,
Con el presto relámpago que embiste,
Los pardos bultos de la noche triste.

Así el menudo centellar que sale
De las sierpes al agua, y los dragones,
Solo con sus vislumbres tristes vale
Para aumentar del miedo las pasiones,
Haciendo que un temor á otro se iguale
Las negras sombras y húmidas visiones,
Con el espanto del lugar horrible,
Bastante prueba á un ánimo invencible.

El valeroso jóven, que se halla
Ni bien en este ni en el otro mundo,
Sin guia, senda ni luz, ni en qué buscalla
En el herviente lago y golfo inmundo;
Que ni su barca sabe gobernalla,
Ni cómo vadear el rio profundo;
De un bordo en otro en vano se fatiga
Buscando el puerto ó la ribera amiga.

«Sin duda, dice, el cielo me ha traido,
Por alguna soberbia culpa mia,
Donde en eterna noche confundido,
Con el miedo ande siempre en compañía;
Mas si en esta caverna y lago hundido
Mi nombre ha de quedar, y aquí me guia
El mal dispuesto influjo de mi estrella,
A morir sin por qué tan mozo en ella,

»Deme un famoso brazo con quien pueda
Quedar, como quien soy, de un golpe honrado;
Que no es gran cosa hacer la fatal rueda
Que un hombre, si es mortal, muera ahogado;
Y si algun tiempo por vivir me queda,
Tampoco es bien pasarlo aquí encerrado:
De cualquier suerte, quiero ver si puedo
Destas cuevas romper el ciego enredo.»

Dijo; y con ambos remos, presuroso,
Boga á buscar el fin de la laguna;
Y sin tomar aliento ni reposo,
Se cansa en vano sin mudanza alguna:
Parécele que vuela mas furioso
Su barco que la esfera de la luna,
Y no se mueve mas ni da mas paso
Que en Tesalia las cumbres del Parnaso.

Veinte millas hubiera navegado
Con el recio bogar, si se moviera,
Cuando el remo arrojó desalentado,
Sin esperanza ya de hallar ribera,
Volviendo al cielo todo su cuidado,
Y pidiendo, si es fuerza que allí muera,
No hereden cuerpo y alma unas serpientes,
Pues nacieron de padres diferentes.

Pide tambien en su secreto pecho
Favor á la purísima María,
Y á su santo Custodio, que el estrecho
Camino le abra, y vuelva á ser su guia;
Y viendo que es cansarse sin provecho
Gastar las fuerzas mas en tal porfía,
Se está quedo esperando á ver la suerte
Que el tiempo echa en su vida ó en su muerte.

Y miéntras, sepultado en el profundo
Entre horribles figuras, se lamenta,
Tambien la superior parte del mundo
Al cielo oscuro sus estrellas cuenta:
Cubierto el primer suelo y el segundo
Del negro manto que el temor aumenta,
Guardando las tinieblas sin figura
Sus privilegios á la noche oscura.

Y así en silencio y suspension callada
Todo permaneció hasta el nuevo dia,
Que un rayo entró de luz amortiguada,
Por donde un muro, sin pensar, se abria;
Y en una hermosa sala matizada
De oro precioso y varia pedrería,
Sobre una rica cama de brocado
Con sus congojas se halló embarcado.

Vió que eran los dragones y serpientes
Que ántes le perturbaban con vislumbres,
De oro y preciosas piedras transparentes,
Que á la cuadra enlazaban las techumbres:
Las espumas, aljófares pendientes
De un rico pabellon alegres lumbres,
Y la barquilla en que iba tan estrecho,
La blanda pluma de un dorado lecho,

Tuvo por sueño todo lo pasado,
Sus temores riendo y su recelo,
Y saltando del lecho apresurado,
Corrió alegre á gozar del claro cielo:
Abrió una puerta de marfil grabado,
Por donde entró la luz, y halló que el suelo
Era todo de un vidrio transparente,
Como el cerúleo mar resplandeciente;

En que de los tesoros de la sala
Caian unos vivísimos reflejos,
Que en vista y proporcion no les iguala
La industria de los cóncavos espejos,
Siendo serpientes de oro hechas por gala,
Los que dragones parecian de léjos,
Fingiendo las vislumbres de un topacio
El contrahecho asombro en el palacio.

Mas ya, saliendo por la ebúrnea puerta
Tras el sabroso lin del dulce engaño,
Un nuevo mundo vió, á quien da cubierta
Un cielo de agua sin lesion ni daño:
Admiróse de ver que, al aire abierta,
El ancho mar, por artificio extraño,
Bellísima una bóveda levante,
A la de un claro cielo semejante;

Y que los rayos del dorado Febo,
Que por las cumbres vuelan celestiales,
Con nuevo dia en aquel mundo nuevo
Luz á su nácar den y á sus corales;
Y en claros visos con sutil relievo
Del mundo así relumbran los cristales,
Que con vislumbres de oro y resplandores
Iris hagan bullir de mil colores.

Entre las aguas los lijeros peces,
Con sesgo movimiento y curso blando,
Por varias partes y en diversas veces,
Las crespas ondas ir se ven cortando;
Y al rubio sol sus escamadas teces,
Como cuerpos opacos relumbrando,
Su luz en globos lúcidos se cuaja,
Y en contrarios aspectos se baraja.

Así el vulgo sospecha que en el cielo
El sol camina y vuelan las estrellas,
No asidas, mas cada una en suelto vuelo,
O mas bellas en luz, ó menos bellas,
Dando, en confuso y suelto enjambre, al suelo,
Del oro de su lustre las centellas,
Con un eterno curso sin trabajo,
Cual es de un grave cuerpo el irse abajo.

Admiróse de ver la hermosura
Que en claros y argentados arreboles
Por el agua entremete la luz pura,
Tejiendo en ella varios tornasoles;
Y del lustroso nácar la blancura
Que en cónchas y revueltos caracoles
Las aguas crian, y con tez de plata
Sus suelos cubren de beldad barata.

Dase en aquellos campos espaciosos
El rocío en aljófares cuajado,
De balajes, jacintos y lustrosos
Carbuncos y amatistas retocado:
De espejado cristal riscos lustrosos,
Arboles rojos de coral preciado,
De zafiros, crisólitos, topacios
Los montes llenos, muros y palacios.

Ricas florestas, huertos y jardines,
Con parras de oro y pámpanos de plata,
Rubíes por uvas, perlas por jazmines,
De aljófar argentada cada mata:
Dorados pavos, bellos francolines
De azules plumas, nieve y escarlata,
Que por las esmeraldas y cristales
Vuelan y dan vislumbres celestiales.

Así en triángulos da el cristal cuajado,
Al encrespar los aires con plumajes,
De oro, nácar, azul, verde y morado,
Pomposas sombras, lúcidos follajes;
De que el bravo español mas admirado
Que de los ántes lóbregos visajes
Del contrahecho barco y de su dueño,
Piensa que es todo engaño ó todo sueño.

Y entrando por los campos, no distante
De la ancha puerta, un prado deleitoso,
De tiernas flores lleno, el radiante
Asiento muestra de un castillo hermoso,
De arquitectura y fábrica elegante,
Aunque de vidrio frágil y lustroso,
Cuyas resplandecientes torres bellas
Con sus follajes tocan las estrellas.

Las ricas galerías y ventanas,
Antepechos y lúcidos balcones,
De hermosas ninfas con libreas galanas
Dan á la vista raras perfecciones:
De lirios, alelís, rosas tempranas,
Triunfales arcos, frisos y festones,
Y en las ricas cabezas, de oro llenas,
Coronas de claveles y azucenas.

Es de la juventud y la hermosura
Tierno albergue el alcázar delicado,
Donde la alma, salud y su frescura,
La alegre sangre y el vivir templado,
Vida, á su parecer, gozan segura,
Si bien de frágil vidrio el real tejado;
Y por vecina una importuna vieja,
Que hora, de gusto, el suyo no les deja.

Puesto en frontera deste gran palacio,
Sobre una parda carcomida roca,
Otro, distante dél no largo espacio,
Las nubes con sus rotas cimbrias toca:
En campo estéril, agostado y lacio,
De oscuros senos y de vista poca,
Lumbreras cortas, patios mal seguros,
Antiguas torres y arruinados muros.

Habitan dentro horribles sabandijas,
Necias mujeres de ánimas voltarias,
Flacas, feas, fantásticas, prolijas,
Frías, falsas, caducas, herbolarias;
De arrugas llenas, callos y de rijas,
Enfermedades y apostemas varias,
Por caudillo una vieja así enfadada,
Que á nadie placer da ni gusto en nada.

Toda menor que de la mano al codo,
De enfermedades y de horror cubierta,
Corto el cano cabello, el cuerpo todo
De flacos pliegues lleno y color muerta,
De raices hecha, y hecha de tal modo,
Que corza no hay tan viva ni despierta,
Águila real, neblí que se abalance,
A quien no dé su lijereza alcance.

Es la triste vejez de edad cansada
Lijera posta en alcanzar mortales,
Y las brujas, de que anda acompañada,
Ciega baraja y confusion de males:
Melancolía, flaqueza y la pesada
Enfermedad de puntos desiguales,
Tejiendo, á vueltas dellas, mil engaños
Las edades, ladronas de los años.

Todo este infausto campo de enemigos,
Sin dormir noche ni excusarse dia,
Por las ventanas da y por los postigos
Al vidrioso alcázar batería,
Dejando á sus victorias por testigos
La mustia tez y muerta gallardía
Que á cada hora lastiman, y con vanos
Escudos se defienden de sus manos.

Dejó admirado al español caudillo
La nueva guerra y desigual batalla,
Viendo pelear con flores del castillo,
Y hacer dellas defensas y muralla;
Y el contrario escuadron, que á resistillo
Peto no basta ni acerada malla,
En diestros tiros y con maña astuta
Irreparables golpes le ejecuta.

Vió á Angélica la bella á una ventana,
Por quien tan largo afan tomado habia,
Y que una hada envejecida y cana
Ya por cogerla á su balcon subia:
No aguardó mas; salió en alma lozana
A defender la que á librar venia,
Cuando, en ciego tropel y alto alarido,
Del sin ley escuadron fué acometido.

Rodeado de fantásticas quimeras,
Horribles gestos, lóbregos visajes,
De aquí y de allí le dan de mil maneras
Pesados golpes, bárbaros ultrajes:
No los negros moscones, ni las fieras
Llamas, ni los nocturnos personajes
Por donde allí llegó, ni todo junto
En tal riesgo le puso, ni en tal punto.

Ni fué con mayor ímpetu asaltado,
En venganza del muerto Polidoro,
De Hecuba y sus mugeres el malvado
Y fiero rey de Tracia, hambriento de oro;
Ni Orfeo, al pié del Ródope sentado,
Selvas plantando su cantar sonoro,
Herido en mas confuso desatino
De la bacanal turba hirviendo en vino;

Que el tierno jóven, del enjambre esquivo
Que al frágil vidrio con furor contrasta,
Y las bellezas de su muro altivo
Con sordas invisibles limas gasta:
Mas, porque herir su pecho fugitivo
Indigna hazaña sale á su real casta,
Y es bajeza manchar en tan vil gente
El limpio acero de su espada ardiente,

Con el trozo de un remo carcomido,
Que en el húmedo suelo se halló á mano,
Tras el escuadron dió descomedido,
Haciéndole la fuerza ser villano;
Y aquí un monstruo espantado y otro herido,
Todos medrosos huyen por el llano:
Sola la vieja que al balcon subia,
En alcanzar á Angélica porfia.

Cual pardo huron ó astuta comadreja
A cazar sube un pájaro en su nido,
Que al hueco abrigo de una corva teja
Seguro se juzgaba y escondido;
Tal la arrugada y carcomida vieja,
Pegada al muro sin hacer rüido,
Poco á poco se acerca á la hermosura,
Contra quien no hubo libertad segura.

Cuando el gallardo jóven, que volvia
De los vencidos monstruos victorioso,
El bulto asió de la mordaz arpia
Que trepando iba el muro peligroso;
Y arrojándolo al suelo, ya queria
Ponerle el pié como á raton medroso,
Cuando ella humilde, á su furor rendida,
Así merced le pide de la vida:

«¡Oh invicta gloria del valor de España!
No ofendas las grandezas de tu mano
Mostrando ahora sin razon tu saña
En dar injusta muerte á un vil gusano:
Sabe que no saldrás desta montaña
Si yo el camino no te diere llano:
Oye; que no hay tan mustio y seco heno,
Que para algun efecto no sea bueno.

»Proteo es cierto espíritu marino
Que las llaves del mar inmenso tiene;
El que abre y cierra el paso y da camino
A cuanto de sus aguas se mantiene;
Alcaide de este alcázar cristalino,
Y el que atalaya cuanto al mundo viene,
Y en él alcanza á ver lo que desea,
Antes que salga á luz y ántes que sea.

»Este en lo hondo de una gruta oscura
Que el ciego seno ocupa desta cueva,
Luz, si lo vences, te dará segura,
Y de cuanto deseas saber nueva;
Mas es de tal ingenio y tal hechura,
Y tal rodeo en sus discursos lleva,
Que si ya no es venciéndole primero,
Dél no sabrás suceso verdadero.

»Con cadenas de perlas has de atalle;
Que será lo demas cansarte en vano.»
Dijo, y cuando mas puesto en escuchalle
Sin sospechas estaba el asturiano,
De entre los piés salió, cruzando el valle
Cual nocturno murciélago, el enano
Bulto de la encubierta hechicera,
O sea Alcina ó la vejez parlera.

Sospechas hay que fué la misma hada
La que en su natural figura quiso,
Sin fiarla de otros medios, recatada,
Al doncel dar de España el nuevo aviso:
Otros que la vejez torpe y cansada,
Que es de suyo habladora de improviso,
Con el vano temor se fué de boca,
Y por piés luego á su arruinada roca.

El jóven, que al principio no hizo caso
Del sabio aviso de la astuta vieja,
Viendo cerrado del castillo el paso,
Las puertas ó con llaves ó con reja,
Y junto al muro, en medio el campo raso,
De una cueva la boca mal pareja,
Y en un padron sobre ella, por trofeo,
«Morada del mudable dios Proteo;»

Habiendo leido en el romano Homero
La historia deste monstruo variable,
Bien que la tuvo por ficcion primero,
Ahora le pareció cosa probable;
Y entrando sin mas láminas de acero
Que de su espada el brio irreparable,
Un jayan viejo vió en un risco echado,
De larga barba y rostro descarnado,

Y de aljófar menudo una cadena
Caida ante sus piés: quizá seria
Con la que el brazo de Aristeo se suena
Que apretado le tuvo y preso un dia,
O con la que él se deja atar sin pena,
Cuando alguno le vence su porfia;
Al fin él, por las señas y el trofeo
Del jayan, conoció que era Proteo.

Y deseando saber de su camino,
De su patria y linaje lo mas cierto,
De quien su ayo, por modo peregrino,
En sombras siempre le habló encubierto;
Sobre él lijero entró, y el adivino,
Que vió violado su sagrado puerto
De humanas plantas, arrogante y fiero,
Asombrar quiso al español guerrero.

Y en un pardo dragon haciendo roscas,
Y echando por la boca y ojos fuego,
Se fué mudando entre las peñas toscas
Que ántes servian de cama á su sosiego;
Mas el valor, que á las horribles moscas
Volvió en preciosas joyas, cerró luego
Con el marino monstruo nigromante
Con nuevas fuerzas y ánimo bastante.

Y por las alas, cresta y las escamas
Le anuda y ciñe los fornidos brazos,
Sin temor de los silbos y las llamas
Con que asombros le finge y embarazos;
Cuando crecer de un árbol vió las ramas
Por entre sus fortísimos abrazos,
Y las escamas de oro vió en figura
De un grueso tronco y su corteza dura.

Sonrióse el mancebo valeroso,
Y «ahora mas firme, dijo, estás conmigo»,
Cuando en horrible fuego sonoroso
A arderse comenzó el vano quejigo:
Quiso ya allí soltarlo, receloso
De quemarse abrazado á su enemigo,
Y reportóle ver que es llama santa,
Que solo con fingir quemar espanta.

El humo es quien le ciega y da congoja,
Por ser la gruta lóbrega y pequeña,
Hasta que, vuelto en aire, se le antoja
Que está abrazado al gajo de una peña,
Y que entre el fuego de la llama roja
Humo se volvió el árbol con su leña,
Y el sabio se le ha ido de la mano,
Quedándose él á un risco asido en vano.

Queríale ya dejar, desconfiado
De sujetar un trasgo tan mudable,
Cuando en lo alto de un risco vió asomado
Su calvo rostro y barba venerable:
A solo Atlante he visto así pintado,
Hecho de un monte el cuerpo inexpugnable,
Al tiempo que de peñas y maleza
Lo amasaba la górgona cabeza.

Bernardo se admiró; y con la cadena
Que al pié de aquel peñasco halló asida,
Probó en torno á cenille, y de agua llena,
En rio quedó la peña convertida:
Anegarle pensó, y salir de pena
El mago con la súbita avenida;
Mas el firme español ni abrió los brazos,
Ni le aflojó los cristalinos lazos.

Es gran Proteo el tiempo en sus mudanzas;
¿A quién no se le trueca entre las manos?
A unos se huye, á otros da esperanzas,
Y á todos reglas y consejos sanos;
Oráculo y reloj de adivinanzas,
Teatro universal de los humanos,
Presa del sabio, pérdida del necio,
Y del mundo la joya de mas precio.

Ya en dragon vuelto, muerde de su cola,
Ya en su fuego consume las edades,
Ya con sus avenidas de ola en ola
Piedra toque se vuelve de verdades:
Ya tizna con su humo, ya arrebola
Con nuevo rosicler nuevas beldades,
Y al fin, en tantas cosas se convierte,
Que es bien, que es mal, que es fin, que es vida y muerte.

Todo lo vence y muda, y si algo puede
Al natural vencer de su inconstancia,
Fijar su rueda, ó que, por mas que ruede,
No le lleve á vida su importancia,
Es no perder ninguno; con que excede
El sabio al que, vestido de ignorancia,
Con cualquiera ocasion y miedos vanos
Se le desliza y huye de las manos.

Mas al que en no dejarlo persevera
Altísimos secretos le descubre,
Y de la edad pasada y venidera
Cuanto el olvido y su silencio encubre;
Y en triunfo ilustre y honra verdadera
Su fama de inmortales lauros cubre,
Como al sabio español constante avino
Con el mudable espíritu marino.

Quedó en tan obstinada fortaleza
Apurado el teson de su porfía,
Que, vuelto á su primer naturaleza,
De bascas reventaba y de agonía;
Cuando, lleno el semblante de fiereza,
Hecho del siglo por venir espía,
«¿Qué buscas, dijo, oh invicta fortaleza,
En la sorda quietud de esta aspereza?

»Ocho siglos há ya que condenado
A perpetuo silencio me ha tenido
En esta horrible gruta el Hijo amado
De Dios que vió Betlen recien nacido:
¿Quién perturba de nuevo mi cuidado?
Quién á tan bajos mundos me ha traido?
¿Qué pretendes, qué buscas, qué me pides
Con tan estrechas é importunas lides?»

«Bien sabes tú, le respondió Bernardo,
¡Oh autor de las edades, rico archivo
Del mundo y sus historias! el gallardo
Deseo que me trajo á verte vivo:
Lo que sabes de mí, lo que al resguardo
De mi viaje importa, y al motivo
Que vencerte me hizo, aquesto quiero
De tí, en lenguaje y cuento verdadero.»

Dijo; y el sabio desabrido viejo,
De un divino furor arrebatado,
Con turbado capote y sobrecejo,
Torciendo el cuerpo al uno y otro lado,
En ronco son y aliento mal parejo,
El duro pecho abrió al rigor del hado,
Y con rabiosa basca y desatino
Dió así á las cosas por venir, camino:

«Quebrante el cielo ¡oh España! tu grandeza,
A quien el mundo todo veo rendido,
Y á mí, contra mi orgullo y fortaleza,
A las presentes ansias compelido;
Y tú, imágen mortal de su braveza,
Cuyo brazo á este punto me ha traido,
No esperes ver de mí, sino es forzado,
Bien ni favor que te prometa el hado.

»Sobrino eres del rey que ahora gobierna
El reino de Leon y el asturiano,
El mismo que libraste tú en Miduerna
De la alevosa espada de un tirano;
Hijo de hermana suya, y por paterna
Línea de un sucesor de Vimarano,
Conde en Saldaña, y porque tú naciste
Puesto en dura prision y cárcel triste.

»Tu ilustre madre, en religion sagrada,
El rigor tiene de tu casto tio,
De que te dará cuenta mas fundada
Un noble preso al desbravar de un rio:
Librarle has de la muerte, y con doblada
Razon harás por ambos desafío;
Mas no esperes en tiempos ni ocasiones
Tus tristes padres libres de prisiones.

»Bien podrá el cielo darte con exceso
Triunfos contra el frances y el pueblo moro,
Y al tuyo su valor vencido y preso
En Duero, Benavente, Orbejo y Toro,
Y que en Orcejo rindas á don Bueso,
Y todo un infiel campo en Valdemoro,
Y hagas otros lances semejantes
En moros, paladines y gigantes.

»Y que tan noble sangre, con fecundo
Curso y ricos favores de tu estrella,
Gobierne á España y lo mejor del mundo,
Naciendo reyes y monárcas della;
Que seas en tus empresas sin segundo,
Amor de una honestísima doncella,
Y sucedan de tí, por mas extremos,
Mil príncipes á Castro, Sarria y Lémos.

»Y que el difunto bulto que encontraste
El sepulcro guardando de su cueva,
En ricas armas tu persona engaste,
De tu invicto valor bastante prueba;
Que del frágil alcázar que libraste
De la vil gente que tras sí lo lleva,
Los presos saques victorioso y grave,
Y yo te dé para ello puerta y llave.

»Que en el furor de Francia, que ya viene
De Leon á usurpar el reino y tierra,
El cielo trace y tu ventura ordene
Por tuyo solo el triunfo de la guerra;
Que tu invencible espada y brazo llene
De franca sangre la gascona sierra,
Y que, de lo demas que dé esta gloria,
Tu fama trace una inmortal historia.

»Todo ese colmo junto podrá el cielo
Darte, como lo tiene decretado,
Y hacerte, miéntras vivas en el suelo,
Invencible, querido y respetado;
Mas no hará, por no trocarle el vuelo
Al gran decreto del divino hado,
Que libre goces de prision tu padre,
Ni halagos tiernos de amorosa madre.»

Dijo; y de un ronco trueno y son quebrada
La bóveda de vidrio que tenia,
Del hondo mar la máquina cargada,
Que el contrahecho cielo componia,
A un tiempo en sordo estruendo despeñada,
La voz clara ahogó que ántes se oia
Con el futuro hado entre las gentes
Que en las torres vivian transparentes.

A quien dejó la súbita caida
Del cielo de cristal y sus estrellas
Sin sentimiento, ya que no sin vida,
Entre riscos, coral y conchas bellas;
En tanto que el raudal de la avenida
Sus gruesas olas derramó, y con ellas
Bañó otra vez los nácares profundos,
Y el uno se tragó de los dos mundos.

Mas ya despues que el espantoso estruendo
Que dejó á todos fuera de sentido,
En su rumor cesó, y el sol volviendo,
La clara luz cobró que habia perdido;
Libre Bernardo vió que iba saliendo
De un real jardin á un mirador florido,
Por una sala que en dorada altura
Las nubes vence, y rinde su hermosura.

Admiróle el bellísimo edificio,
Todo de lazos de oro artesonado,
Sin que viese ántes dél sombra ni indicio,
Ni por dónde ni cómo allí ha llegado;
Y ya del todo vuelto en su jüicio,
De nuevo se espantó, viéndose armado
De unas tan ricas armas, que parece
Que el dia por sus vislumbres amanece.

Cuajadas de preciosa pedreria,
Peto, celada, grevas, brazo y mano,
De oro un leon por cresta, á quien hacia
Sombra un plumero por el aire ufano,
Y en el grabado acero descubria
La obra de los buriles de Vulcano,
En las nieladas sombras, por concetos,
De historias por venir varios secretos.

En el lumbroso escudo relumbraba
La fama, vuelta muda, de parlera,
Las alas cortas y la lengua atada,
Su trompeta quebrada, y ella entera,
De una confusa niebla rodeada,
Con esta letra de oro por defuera:
«Tiempo vendrá que estos nublados rompa
»Nueva ala, nueva lengua y nueva trompa.»

Admirado de tantas novedades,
Dudoso en entender sus mismas cosas,
Los ojos vuelve á ver las variedades
Que el jardin muestra de árboles y rosas;
Cuando venir á él vió dos beldades,
Mas que el lucero y la mañana hermosas,
Que en trato afable y noble cumplimiento
Grato le dan y dulce acogimiento.

Y el gallardo mancebo cortesano,
Con igual compostura y reverencia,
«El cielo, dijo, haga de su mano
Próspero agüero tan gentil presencia;
Y sepa, diosas, yo si el seso humano
Al punto alcanza de tan alta ciencia,
Qué deidad rige, qué saber profundo
En torno trae este encantado mundo;

»Qué majestad encierra este palacio
En la de sus soberbios edificios;
A cúyo cargo está en tan breve espacio
Tanta máquina y suma de artificios.»
Dijo; y la rubia Arbelia, que un topacio
En lustre, resplandor, viso y bullicios
Es su cabeza, y ella un cielo en todo,
Así respuesta dió al valiente godo:

«Prueba al invicto ardor de tu persona
Las maravillas son de nuestra tierra,
Y sus vencidos monstruos la corona
Del inmortal valor que en tí se encierra;
La fama quien aprecia y galardona
Los justos riesgos de la paz y guerra;
Y ese tu brazo, al fin, quien solo pudo
De esas armas vestirse y de ese escudo.

»La diestra lima del autor del fuego,
Cual ves, las hizo para el fuerte Aquiles;
Y dél las heredó un astuto griego
Por viva lengua y pláticas sutiles:
Perdiólas Telamon; y el que hizo ciego
A Polifemo, entre otras cosas viles
Al mar las arrojó, como el prudente
Que el oro arroja por salvar la gente.

»Llegaron al sepulcro sobre aguadas
Que por ellas se abrió, y el Jonio altivo
Quiza las estimó por mas guardadas
En Ayax muerto, que en Ulises vivo:
Allí las tuvo hasta hoy depositadas
La horrible sombra de su bulto esquivo,
Para que tú heredases sus perfiles,
Y ellas en tu valor un nuevo Aquiles.

»Hoy se cumplió el decreto de los hados,
Y á darle el lleno á este lugar viniste,
Donde por senda y pasos nunca usados
Ya con victoria y con tu honor saliste:
Estos bellos alcázares dorados,
Y este jardin que un mayo eterno viste,
Son de la hada Alcina, en cuya mano
Todo el deleite está del gusto humano.

»Ella en mi lengua este secreto ha puesto,
Y á que de mí lo sepas me ha enviado,
Rogándote que bajes á su honesto
Jardin, á ser de nuevo acariciado
De los que libertaste del compuesto
Castillo de sutil cristal labrado,
Y de Orimandro, á quien tambien Alcina
Ya á sus males ha dado medicina.

»Gundemaro y su esposa, que perdida
Tantos dias lloró, viven contentos,
Donde lo estarán mas con tu venida,
Por colmo á sus alegres pensamientos.»
Dijo; y del gran leonés obedecida,
A ver fué los floridos aposentos...
Al tiempo que en los campos de Toledo
Batalla hacian la rabia, la ira y miedo.

Medrosa Arleta, bravo Ferraguto,
Feroz Rangorio, triste Galiana,
Por donde el Tajo al mar lleva el tributo,
Y abre una vega de álamos lozana,
Llenos dejé los ánimos de luto,
Rangorio en ver los muertos, la lozana
Infanta en verle á él, Arleta al moro,
Y él el caballo y su mochila de oro.

Y en esta suspension, la que primero
Del silencio la voz sacó parlera,
De alevoso acusando al caballero,
Fué la atrevida y lóbrega hechicera,
Que, briosa y temblando ante el severo
Semblante y hermosura verdadera
De la gallarda infanta de Toledo,
Así le dijo entre esperanza y miedo:

«Soberbia majestad, cuya belleza
Aun la envidia á negarla no se atreve,
Pues casi iguala con la igual grandeza
Que ya un tiempo gocé lijero y breve:
Si á las que en hermosura y gentileza
Hermanas tuyas somos se nos debe
Favor, válgame ahora en tal presencia,
Ya que no mi justicia, tu clemencia.

»Bien sabes, reina hermosa, que fué mio
Brabonel, y yo un tiempo su cuidado,
Y que más tu favor que mi desvío,
Sin culpa de los dos, me le ha quitado:
No quiero entrar contigo en desafío
En sí ó no me le tienes usurpado;
Mas porque seas de véras su señora,
Tuyo es, yo te le doy; gózalo ahora.

»Con tal que deste falso caballero
La afrenta quede de mi honor vengada,
Y á una promesa cumplimiento entero
A cuenta dé de mi beldad gozada:
De darme un preso ó ser mi prisionero
El alma prometió, en mi fe abrasada;
Mas un nuevo placer siempre se estraga,
Y en inconstantes gustos empalaga.

»Cumplirme pues conviene el juramento,
¡Oh falso! ó darte he al mundo por perjuro;
Que no es bastante excusa que á tu intento
El gusto te saliese aguado ó puro:
¿A quién sucede todo á su contento?
¿Qué bien tiene la tierra tan seguro,
Que en invariable estado permanezca,
Y cual luna mortal no mengüe ó crezca?

»El mundo es un teatro, en que fortuna
Sus varios entremeses representa
De inconstantes figuras, y ninguna
Sale que con la suya esté contenta:
Desde las tiernas fajas de la cuna,
Al estrecho ataud, todo es tormenta;
Ya sopla un aire, ya vuelve otro viento
Los pasados placeres en tormento.

»Bien fuera que á los varios personajes
Que á su tragicomedia el tiempo envia,
Tu solo antojo diera el rostro y trajes
Con que el teatro alegran cada dia:
¿Tu gusto, por ventura, en sus ropajes
Hallar sin mezcla quiere la alegria?
¿O yo sola en el mundo soy la fea?
¿Yo sola soy? ¿No hay otra que lo sea?

»Muchas Arletas hay: corre la venda,
Y veráslas á oscuras, si se apaga
El nácar y la púrpura que emienda
La nueva tez que la vejez se traga:
Muere su luz, renace la contienda
Del vario tiempo, que les pecha y paga
Plata por oro, lirios por corales,
Y ébano por las perlas y cristales.

»¡Cuántas al vuelo del sutil copete
Te mostrarian las blancas sienes calvas!
Cuántas sin el barniz que se entremete
Ni tan rubias serian ni tan albas!
Cuántas la luz fingida de un sainete
De infinitos defectos hace salvas!
Y ¡cuántas bajarian de su cielo,
Si el corcho les faltase, á ser del suelo!

»Alguna dió tu antojo por perfeta,
Que ha menester tambien vela encantada:
No es en esta desgracia sola Arleta;
Dime una tú á quien nó le falte nada:
La beldad ni está aquí ni allí sujeta:
Mas solo al gusto de quien es gozada,
Y él no es mas que un engaño que le vende
Por gloria á cada cual lo que pretende.

»Este gusta de hacer un avariento
Tan á su estrecho estómago médido,
Que si ya atesorar pudiese el viento,
Tendria el respirar por prohibido;
Otro en pródigos gastos tan sin tiento,
Hasta el amigo deja destruido;
Uno se finge hipócrita ajustado,
Y otro saca por gala el desenfado.

»Quién en sus graves causas se congoja,
Y las vanas ajenas solicita;
Quién se mete en cintura, quién se afloja,
Quién se pone las cejas, quién las quita:
Quién con loco furor, si se le antoja,
Vivos entierra, y muertos resucita;
Quién los humos murmura de otra casa,
No viendo el fuego que la suya abrasa.

»Uno compra los dientes en la tienda,
Al otro se los quitan por perjuro;
Uno se vuelve lince, otro se venda
Por no ver á lo claro ni á lo oscuro:
Cada uno tras su antojo y por su senda
Sueña que va el camino mas seguro,
Y sin ver, cual debria, sus dislates,
Murmura los ajenos disparates.

»Yo hermosa naci, y en ser hermosa
Y tenerme por tal á nadie ofendo:
Cual soy me viste, no soy otra cosa:
Esto es lo que hay en mí, y esto te vendo:
Al gusto que en tí ardia fui sabrosa:
Si al tiempo se apagó que estaba ardiendo,
Ni yo eché el agua, ni es razon se ordene
Que otro por lo que tú pecaste pene.

»Y tú tambien, oh singular princesa,
Justicia es que me ampares deste ingrato,
Y que me cumpla mandes la promesa,
Y torne de su amor al primer trato;
O miéntras no saliere con la empresa
De darme á Brabonel, guarde el contrato
De estar conmigo, como en fe segura,
Al gozar, prometió, mi hermosura.

»Que yo haré cuanto en mi mano fuere
Por no dar á su amor competidores;
Que es al amante que de véras quiere
El bien de mayor gusto en los amores:
Ni celos sentirá, si no los diere,
Ni de altivo desden los disfavores
Que las nuevas beldades traen consigo,
Sin reserva de amigo ni enemigo.»

Así á la toledana hermosura
Justicia la arrogante maga pide,
Y del moro feroz la fe perjura
En culpa agrava y con razones mide;
Cuya demanda y lóbrega figura
La justa risa con espanto impide;
Y Ferragut, corrido y de ira ciego,
Bramando, lanza por los ojos fuego.

Y vuelto al arrogante caballero
Que en forma de sangriento desafío
De Arleta hace la parte altivo y fiero,
Así le dijo: «Ese caballo mio
Que traes, ladron, hurtado, cobrar quiero
De tí; y quitado ya el caballo y brio,
No por tu persuasion, mas por mi gusto,
Daré á la maga el don que pide injusto.

»Digo que le daré derecho en todo
De Brabonel, sin que haya quien lo impida,
Aunque el frances orgullo y valor godo
Con la espada le ayuden mas temida.»
Arrestóse el jayan en este modo,
Porque parezca la ocasion nacida
De cólera y no celos, y ambos juntos
A una cerraron, sin mirar mas puntos.

Arrojaron de golpe los caballos
A ejecutar las bárbaras heridas,
Cuyos limpios aceros, al tentallos,
Sonoras dieron y altas estampidas;
Y los furiosos brios, en proballos,
Quitar pudieran otras tantas vidas,
A no hallar en el fino temple excusa
Del acero y los hados de Lanfusa.

Llevó el cristiano al moro medio escudo
De un reves, y él salió en un brazo herido
De una punta que halló su filo agudo
Puerta en un brazalete desmentido:
Cuando el caballo á Ferragut no pudo
El teson sustentar que habia tenido,
Siéndole fuerza dél saltar á tierra,
Y á pié acabar la comenzada guerra.

Siguiólo en el intento el paladino,
Que no quiso gozar de esa ventaja:
La Infanta, viendo el caso repentino,
Y á los dos dentro en su mortal baraja,
Por lo oculto del bosque convecino
A la imperial ciudad medrosa ataja
Con su bello escuadron, que en cada hoja
Algun nuevo enemigo se le antoja.

Así blanca paloma que ya presa
En las de un gavilan sin culpa ha sido,
Si acaso de las aves la princesa
Contra él se arroja del caliente nido,
Medrosa suelta la encogida presa
Al forzoso combate constreñido,
Y ella á esconderse temerosa huye,
Miéntras el uno al otro se destruye.

Solo Arleta quedó de ojos impuros
A ser de la cruel guerra infiel testigo,
Que, hecha á ver muertos y á rezar conjuros,
De ver despedazar gusta á su amigo;
Y los dos bravos con redobles duros,
Para hacerle en sí mismos el castigo,
De mil modos se hieren, y en mil modos
Para una muerte los intentan todos.

Diestro Rangorio, al reparar la herida
De un presto revolver de Ferraguto,
Tras una limpia punta no abatida
Con tal fuerza se entró el frances astuto,
Que seis pasos fué el moro de vencida,
Midiendo el campo no de sangre enjuto,
Y otra le hizo en los sangrientos llanos
Donde tenia los piés poner las manos.

Mas no tan presto súbita pelota
En blancas losas salta rebatida,
Cuando el gallardo jugador la bota
Y por las nubes nos la da escondida,
Como él saltó, con la paciencia rota
De ver su espada y furia resistida
De un solo brazo, y que le tenga puesto
El nombre en condicion, y en riesgo el resto.

Y así ya con mas tiento en su batalla,
Alerto al firme herir de su adversario,
Y al deseo de vengarse y acaballa,
Feroces golpes da impaciente y vario:
Acertóle uno en la dorada talla
Del firme peto, que un vaiven contrario
Le hizo dar, y pensar le hubiese hecho
Dos partes el arnes, y cuatro el pecho.

Mas paró el riesgo en que una estrecha puerta
Por el fornido acero abrió al costado,
Que el lazo de la malla descubierta
De un fino rosicler dió arrebolado;
Y no fué sangre sola y color muerta
La que salió del pecho desarmado,
Que un furor corrió á vueltas, que un entero
Muro rompiera de templado acero.

Mas la atencion del presto sarracino,
Que la furia venir vió desmandada
Del herido aleman, y el desatino
De los ardientes rayos de su espada,
Con él cerró, y saliéndole al camino,
Su destreza y su cólera igualada,
Bien pensó hacerlo á su sabor pedazos
En duros nudos de sus firmes brazos.

No ejecutó el cristiano la herida
Por falta de lugar, mas pecho á pecho,
La lid sangrienta á lucha reducida,
Al moro puso en peligroso estrecho;
Y una furia con otra rebatida,
Vaivenes fuéron dando largo trecho,
En un duro teson y ardiente saña,
Ya las fuerzas probando, ya la maña.

Y viendo que es cansarse en la porfía,
Su ciega lucha y anhelar profundo
Bravos dejan, y en nueva gallardía
El asalto primero hacen segundo:
Ya las dos partes de las tres del dia
Que con golpes el moro asombró el mundo,
Pasado habian, y desta lid postrera
Corria sobre dos horas la tercera;

Cuando el arnes y el gusto destrocado
Al herido y soberbio paladino,
Un golpe le alcanzó al yelmo grabado
De redoblado acero y temple fino;
Y cual si fuera tierno vidrio helado,
Por tres partes quebrado al suelo vino,
Y el frances sin sentido y sin memoria,
Dejando á España el cuerpo y la victoria.

Creyó el moro feroz que estaba muerto,
Y quísole quitar solo el escudo,
Cuando del rayo del honor despierto,
Volverse á su primera opinion pudo;
Y en desigual combate, ya cubierto
De sangre el rostro, y en el alma un nudo
En verse en tal extremo, y al pagano
Sin herida ó rasguño de su mano,

Un golpe tal le dió por la cabeza,
Que con sol le mostró estrellado el cielo,
Y segundándole otro su braveza,
En riesgo estuvo de venir al suelo;
Cuando en desordenada fortaleza
Bravo cerró con él, y á todo vuelo,
El uno con el otro marañado,
Ambos vinieron al sangriento prado.

Así tal vez en la Marsilia arena
Dos libias sierpes, vomitando llamas,
Entre el horrible aliento que resuena
Del negro pecho y ásperas escamas,
En espantosos nudos dejan llena
De veneno la tierra, y si las ramas
Su efecto no hacen de la oculta ruda,
Una con otra en roscas mil se anuda.

En igual brega y nudo semejante
La verde yerba trillan los guerreros,
Probando el paladin en el gigante
De una afilada daga los aceros;
Mas viendo que ella es cera, y él diamante,
De su muerte vió claros los agüeros;
Y el moro, en el herir del brazo frio,
Irle faltando á su contrario el brio.

Quitóle de la mano el limpio acero,
Que ya con fuerzas débiles regía,
Y por entre el brazal, de un golpe fiero,
A dar al débil corazon le envia,
Donde dos veces ya lo escondió entero,
Y á los ojos con él la luz del dia,
Vengando sus aleves desatinos,
Y al padre de Teobaldo y Montesinos.

Extendióse el mortal cuerpo difunto:
El moro limpia su sangrienta espada,
Y para proseguir se pone á punto
De su dama la empresa comenzada:
Tomó el escudo al muerto, y viendo junto
De sí la sin lealtad maga turbada,
Que el caballo infeliz de la contienda
Manso le ofrece, y se le trae de rienda,

En él subió de un salto, y ella en otro
De los que andaban sueltos por el prado,
Topando acaso un mal domado potro
De sobrepaso y freno desbocado;
Y por la posta el uno tras del otro
Del bosque entraron por lo mas cerrado,
Siguiendo, entre una planta y otra planta,
El fusco rastro de la bella Infanta.

Las cinco partes de las seis del cielo
Ya el sol pasado el horizonte habia,
Y el primer orbe, con su raudo vuelo,
Al otro mundo trastornaba el dia;
Cuando al doblar de un monte el fértil suelo,
Que el rico Tajo de alelís vestia,
En cuidadoso paso diligente
Venir un escuadron vieron de gente.

En son de guerra y militar concierto,
Y en órden puesto el real pendon, seguia
Por capitan un árabe, que alerto
Al ver de Ferragut la gallardía,
Y el blason del escudo descubierto,
El mismo que ántes el frances traia,
Cómplice en la traicion ya le pregona
Del vencido tirano de Pamplona.

Con él se afronta, y de una gruesa entena
Que por lanza traia el hierro agudo,
En el templado y firme acero suena
Del sospechoso y redoblado escudo;
Y el alma del jayan, de rabias llena,
La ardiente espada saca, y donde pudo
Un golpe le alcanzó, que á ser de lleno,
Hecho dos le enviara al blando heno.

Habia con sus cien lenguas por Toledo
Ya publicado la parlera fama
Del traidor rey el cauteloso enredo,
Y el robo injusto de la bella dama;
Y el ofendido padre, con denuedo,
A la venganza que su honor le llama
Salido habia tambien, acompañado
De la mayor potencia de su estado.

Y en diversas escuadras repartidos,
Unos siguen el rastro, otros los pasos
De la floresta atajan, prevenidos
De armas y esfuerzo á semejantes casos:
Destos eran doscientos escogidos
A cuenta de Anfrangol, los que en los rasos
Campos del Tajo, por aquel camino,
Encontró á su pesar el sarracino.

Que engañado en la insignia del escudo
El brioso capitan, quiso, lozano,
De su fornida lanza el hierro agudo
Probar en los aceros del pagano,
Que en verse así tratar de un hombre mudo,
La roja espada en su arrogante mano
Tal relámpago dió y golpe tan fiero,
Que hiciera, á encarnar bien, dos del primero.

Mas volvió el toledano así furioso
Con la suya en la mano, que al guerrero,
Ántes que de otro golpe peligroso
El temple afrente de su limpio acero,
Sobre el grabado arnes un tajo airoso
Con tanto brio le alcanzó, que entero
El brazal rebanó, y lo mismo hiciera
Al brazo, si de acero el brazo fuera.

Mas ya enfadoso el de Aragon, rompiendo
Del reportado sufrimiento el punto,
Así el lumbroso alfanje revolviendo,
Que al aire es de un sutil rayo el trasunto,
Sobre el moro bajó con tal estruendo,
Que escudo, brazo y yelmo, todo junto
Hizo pedazos, y partió derecho
Cabeza, barba, cuello, hombros y pecho.

Resonó al golpe con acento horrible
El bosque opaco y la ribera de oro,
Pareciendo á los ojos imposible
De humano brazo así partido un moro;
Y en la asombrada escuadra, que el terrible
Triste suceso vió en gritar sonoro,
Contra la espada cruel, para venganza
De su muerto Anfrangol, no quedó lanza.

No dió gusto la furia sarracina
Esta vez al jayan, aunque desea
Mas que el dulce vivir guerra contina
En que su espada hacer grandezas vea;
Porque há dos dias que sin comer camina,
Y dellos uno entero que pelea,
Y aunque encantado y de ánimo brioso,
Es hombre al fin, y ha menester reposo.

Mas viendo el cruel intento de venganza
Que trae sobre él la furia de Toledo,
Como entre flores de un jardin se lanza
A resistir su trápala y denuedo,
Con tales golpes, que á quien uno alcanza,
Ni ha menester segundo, ni yo puedo
Contarlos todos, ni decir los ciertos,
Ni aun la suma hacer de tantos muertos.

Quitó á Celin el brazo del escudo,
Y á Focion, que, en constancia nunca oida,
Ni reir ni llorar supo, envió sañudo
A mudar condicion en la otra vida:
Al astrólogo Arbildos, que no pudo
Levantarle figura á esta salida
Por la priesa del caso repentino,
De un golpe dejó hecho un tercer sino.

Mató á Gelon, á Rufo y á Tidoro,
Este noble, y los otros dos tratantes,
Y á los dos, padre é hijo, Elin y Eloro,
Nacidos en los duros Garamantes:
El gallardo mancebo Casiodoro,
Que de su nueva esposa aquel dia ántes
Gozó el gusto primero, al otro mundo
Desde allí le envió sin el segundo.

Y cual si algun peñasco firme fuera,
Inexpugnable está á sus adversarios,
Roto el arnes y la braveza entera
Al dar y recibir golpes contrarios:
Un nuevo rayo de la quinta esfera
Es de su espada en los efectos varios,
Pues ni del campo pierde ni del brio,
Hecho el contrario ya de sangre un rio.

Martorio era un plebeyo ciudadano,
Que de humildes principios pretendia,
Por sus logros, hacerse mas temprano
Contrahecho señor, que convenia:
Habia comprado al pueblo toledano
El oficio de alférez, y aquel dia,
Tomando posesion de su contento,
El imperial pendon volaba al viento.

Iba en el medio de la escuadra amiga
Haciendo de sí y dél pomposa rueda,
Ocasionando su ambicion que diga
Cada uno de ambas cosas cuanto pueda;
Y mirando la cólera enemiga
Del brazo altivo que pasar les veda,
Asombrado de guerra tan de véras,
Buscaba de huir nuevas maneras.

Al corpulento vientre en que estribaba
La real bandera, y por se hacer visible
En lo abultado y grueso, reventaba,
Con furor asestó la espada horrible;
Volvió espantado de su vista brava,
Y por huir del golpe, si es posible,
En un pantano trabucó, cayendo
La hidrópica fantasma y bulto horrendo.

Ferragut, que á hacer golpe espantoso
Iba en todo aquel monstruo corpulento,
Sin poder mas, el animal brioso
Sobre él cayó, y allí sobre ellos ciento:
Al morisco ahogó el charco lodoso,
Y el de Aragon, aunque de invicto aliento,
Cargando en él del campo todo el peso,
Quedó, por culpa del caballo, preso:

Al tiempo que el infante de Toledo,
En favor de su padre y de su hermana,
Con noble escuadra y con gentil denuedo
Por la selva llegaba comarcana,
Al revuelto escuadron lleno de miedo,
En la ocasion, al parecer liviana,
De un solo caballero que ha podido
Dejarlo roto, ya que no vencido.

Era el príncipe ilustre toledano
De noble inclinacion y ánimo justo,
Cortés, prudente, sabio, afable, humano,
De real presencia y apacible gusto;
A quien su padre infiel, por fiel cristiano
La vida le quitó en decreto injusto,
Trocando, mártir ya el Infante tierno,
El reino temporal por el eterno.

Enamoróse de la ley cristiana
Por la dulce armonía y dependencia
Que della tiene la razon humana,
En discreta y política prudencia
Trocando por diadema soberana
Reino mortal, y dándole en herencia
Honra á Toledo, ejemplos á Zamora,
Y á Ledesma el sepulcro en que hoy le adora.

Este, llegando á ver el imprudente
Alboroto del campo mal regido,
Que por prender un capitan valiente
De veinte estaba sin concierto asido;
Y que ni el golpe y peso de la gente
Preso le da, ni su valor rendido,
Teniendo á golpes su escuadron deshecho,
El valor conoció al heróico pecho.

Y juzgando que un brazo valeroso
Sin causa hacer no sabe demasía,
Apartar manda el vulgo bullicioso,
Que aun preso el moro su furor tenia;
Y en grave rostro y término amoroso,
El bullicio aplacando que crecia,
Libre le pide, en fe de caballero,
En sus manos se dé por prisionero.

Que él vida y honra le hará segura,
Tanto como su espada y su braveza,
Y así, en ley de quien es, lo afirma y jura,
Con que templó el gigante su fiereza;
Llegando á conocer quien se asegura
Por la noticia y voz de su nobleza,
Que de un heróico príncipe la fama
Por nobles y plebeyos se derrama.

Súpose luego el peligroso engaño
Con que el moro español fué acometido
Por Anfrangol, que abrió la puerta al daño
Que todos por su culpa han recibido;
Y aunque la herida del mandoble extraño
Que al agresor partió, le ha enternecido,
La razon misma le hace que atribuya
Por justo el daño, pues la culpa es suya.

Ya en esto algunos que al furor sangriento
De la traicion pasada habian sobrado,
Y la sembrada fama por el viento
De lengua en lengua han hasta allí llegado,
Celebrando al autor del vencimiento,
De todos conocido y admirado,
Por aquel espantoso brazo fiero
Que por contrario le tenian primero;

Uno la muerte dada por su mano
Al brutal Arganzon relata y cuenta,
Otro el golpe feliz que al rey pagano
El orgullo quitó, y sanó la afrenta:
Este de Arleta pinta el bulto enano,
Y de Rangorio aquella lid sangrienta,
Y juntos todos el comun provecho
Del golpe heróico por su espada hecho.

Y cómo en libertad la Infanta puesta,
Y el enemigo campo destrozado,
Libre y salva tomó por la floresta
El camino mas breve y mas guardado:
Con que trocada ya la guerra en fiesta,
Porque en el horizonte arrebolado
Con el postrero resplandor queria
Dar á la noche su lugar el dia,

Alojándose el resto de la gente
Por la vecina selva, el noble Infante,
Con guarda y compañía suficiente,
Y el moro aragones, fuéron delante
Al castillo del paso de una puente
A pasar de la noche lo restante,
Y tomar por allí camino breve
Que otro dia á Toledo en paz los lleve.

Tratando de las bárbaras ficciones
Con que el navarro rey trazó el engaño,
Y las nunca pensadas ocasiones
Que suyo hicieron el ajeno daño:
En gusto iban hablando los varones,
Cuando el bosque sonó en rumor extraño
De armas templadas, que á sus golpes fieros
De los arneses gimen los aceros.

Entraron con recato apercibidos,
Por saber cúya fuese la batalla;
Que entre los pardos árboles metidos,
Tras cada mata piensan encontralla:
Suenan las armas, crecen los rüidos,
Y nadie lo que todos oyen halla,
Cerrándose la noche mas oscura
Con el sombrío horror de la espesura.

Un largo trecho por el valle umbroso
Entre ciega espesura van errando,
Creciendo del rüido belicoso
La grita aquí y allí de cuando en cuando:
Ferraguto, con pecho mas brioso
O con mayor desgracia, exprimentando
La del brioso caballo en que venia,
El camino perdió y la compañia.

Y engañado del son en que resuena
Del ciego bosque el monte comarcano,
De una alta cumbre de asperezas llena
Un fuego descubrió en el verde llano:
Volvió allá el freno, y por la selva amena,
Siempre el confuso ruido mas cercano,
Al fuego caminó, que parecia
Que tambien como el sol se le escondia.

ALEGORÍA.

En los sucesos de Florinda y su esposo se muestra el cuidado que Dios tiene de los inocentes, y cómo ninguna desgracia llega á quien él de su mano quiere guardar, que es la verdadera ventura con que todas las cosas se aciertan.

Angélica en las uñas del dragon, y arrojarse Bernardo á quitarla dellas, significa el imperio humano, y cómo el hombre animoso y varonil, llevado de la hermosura del premio, se arroja á las dificultades, de donde, como Bernardo, sale victorioso y triunfante, dejando fama eterna de sí en el mundo, que es lo que significa el jayan vuelto en estatua de bronce, y una fama volando por el aire, y los resplandecientes rastros que la virtud deja de sí, á quien las envidias y emulaciones ántes hermosean que dañan, como se ve en el encantamento del jayan de alambre, y sus avispas. En el del miedo fingido se ve que la verdadera fortaleza vuelve en viento los temores humanos, que parecen algo y son nada.

Los alcázares de vidrio en el suelo de la mar, significan que el calor y la humedad son los autores de la hermosura y de la juventud, y cuán frágiles defensas son las suyas, hechas de rosas, contra los golpes del tiempo, figurado en Proteo, que en sus mudanzas nos descubre su inquietud, y que en ninguna figura permanece; y al que no le pierde, descubre secretos dignos de grande consideracion.

En Arleta, que acusa á Ferraguto ante Galiana con nombre de fementido y aleve, se avisa que ninguno se atreva á hacer cosa fea en confianza que no se sabrá, porque cuando ménos se recele se hallará con la vergüenza en el rostro, y su delito descubierto y á vista de los ojos que mas lo pensó encubrir.

LIBRO DECIMO.

ARGUMENTO.

Ferragut, perdido por unas selvas, halla un castillo, donde le sucedió un sabroso encantamento: quiere despeñarle el caballo Clarion, y él le deja, y llega á pié á una fortaleza, donde da muerte al jayan Bramante, y libra á Doralice y al rey su padre, y á Galirtos, los cuales hacen compañía á la Infanta hasta Granada. Y Galirtos, por entretenimiento del camino, cuenta la artificiosa fábula del orígen del deleite.

Ya en el rigor de un delicado gusto,
A un temeroso escrúpulo aplicado,
Se ha puesto en opinion si es caso justo
El de un moro llevar tan dilatado;
Y celebrando su ánimo robusto,
Pasar por otros golpes, olvidado
De no menor asombro y gallardía,
Que honrar pudieran la esperanza mia.

De un Roldan, de un Astolfo, de un Gaiferos
Graves sucesos, casos peregrinos,
Y del feroz Reinaldos y Oliveros,
Famosos hechos, de silencio indinos:
Encantamentos varios, golpes fieros
De bravos héroes y altos sarracinos,
Que por su fama fuéron de aquel mundo
Dignos de mas lugar que del segundo.

Mas no basto yo á todo, ni es mi intento
Los hechos celebrar de gente extraña,
Sino es en cuanto heróico fundamento
A esta victoria y célebre hazaña,
Que por principio y fin de mi alto cuento
El valor muestra de la invicta España,
Y le ha de hacer de un golpe en esta guerra
Suya toda la fama de la tierra.

Que ¿quién hay que, teniendo hombres famosos
En su nacion, celebre los ajenos,
Y tratando de hechos valerosos,
Los más olvide por contar los ménos?
O ¿cuál clima dió al mundo mas briosos
Pechos, de mas fervor y alteza llenos,
Que nuestra España da en parto fecundo,
Fin y principio del valor del mundo?

¿Qué cisne alcanza tan gallarda pluma,
Canto tan numeroso y voz tan grave,
Que pueda hacer á sus hazañas suma,
Y este mi intento comenzado acabe?
¿Quién hay que á su valor llegar presuma?
Sus invencibles héroes, ¿quién los sabe?
O ¿quién no sabe la excelencia suya,
Sin que yo la encarezca ó disminuya?

¿Qué ingenio hay tan estéril, que no tenga
Entrada en ella á una famosa historia,
O ya á contar sus nobles hechos venga,
O á hacer de sus ejércitos memoria?
¿O bien con sus riquezas se entretenga,
O su alta majestad haga notoria,
Con que parece que la puso el cielo
Por cabeza de Europa y fin del suelo?

Todo en ella es prodigios de un perfeto
Y singular valor que la acompaña:
¿Quién pues, teniendo aquí tan gran sugeto,
A mendigarle irá de gente extraña?
Yo en esto, oh patria amada, el dulce afeto
Mostrar pretendo en que el amor me engaña,
Y hace creer que puedo en lo que intento
Hijo tuyo hacer mi pensamiento.

Ni suene aquí el ingrato que procura
A su patria usurpar lo que le debe,
Y con torpe ignorancia y lengua oscura
Contraria espada á celebrar se atreve:
Yo vuelvo á Ferragut, pues su ventura
Hoy le hizo español, y que yo lleve
La presuncion de serlo en la memoria,
Para anudar con gusto el de su historia.

Buscando el llano va por la espesura
Al ronco son de espadas que resuena
Por la alta sierra, á quien la noche oscura
De riscos finge y de malezas llena;
Y al claro fuego, en senda mal segura,
Al pié fué á dar de la floresta amena,
Que entre sus verdes árboles y flores
Majada era de un hato de pastores.

Aquí, de hambre y sueño fatigado,
Bastante cena halló y humilde cama,
Que en la florida yerba recostado,
Fué el cielo cobertor, pluma la grama;
Donde en silencio se quedó olvidado,
Hasta que del cenit la ardiente llama
Al mundo el sol llovió de ardor vestida,
Que el sueño le rompió y le ató la vida.

El toledano príncipe y su gente,
Sin otro riesgo mas ni mayor daño,
Cada cual por camino diferente
Se dividieron con un mismo engaño:
Despues diré la causa; que al presente,
Despierto el moro, busca el potro extraño,
Que, en regates paciendo por la selva,
Le hace que á desandar lo andado vuelva.

Llevóle por cogello entretenido
De rama en rama por el bosque ameno
A una estrecha quebrada, en que metido
Ponerse consintió el dorado freno:
Saltó en la silla el moro, y divertido,
Ni en azares repara, ni ve lleno
De desgracias el potro, cuya estrella
Agüera cuanto halla y cuanto huella.

Anduvo el dia por la inculta selva,
Ignorante y perdido en su camino;
Ni sabe si prosiga ó si se vuelva
De aquel su comenzado desatino:
Camina y anda; y miéntras mas se enselva,
Ménos guia le queda y ménos tino,
Y ménos gusto en ver cuán mal segura
Hácia los suyos sale la ventura.

Como el gañan que la alquilada yunta
Con que el seco rastrojo desvolvia,
Perdida le dejó la corva punta
Que entre los surcos mas que el sol lucia,
Falto de aliento, la color difunta,
De cerro en cerro busca todo el dia;
Tal el descaminado Ferraguto,
Trastornando quebradas, va sin fruto.

El sol entre las nubes del poniente,
Aunque con tibios rayos, dilataba
La misma sombra que calladamente
De su errado camino le avisaba;
Cuando, yendo á emendarlo, vió presente,
Donde un collado á un monte se humillaba,
De un castillo la torre al cielo junta,
Las nubes taladrando con su punta.

Vuelve la rienda y para allá camina,
Deseoso de saber dónde se halla,
Y en tanto que anda mas, ménos atina,
Sin camino, sin senda, ni encontralla:
Pica el caballo y corre á su mohina,
Que la piensa hüir yendo á alcanzalla,
Juzgando de la torre, si la mira,
Que él se está quedo ó que ella se retira.

Perdió tras este afan lo que del dia
Hurtar le pudo al enriscado monte,
Hasta que el soplo de la noche fria
Todo el oro barrió del horizonte:
Que sin trillada senda ni otra guia,
Los pasos le pusieron de Clarionte
A las grabadas puertas del castillo,
Llamando en duda si querrán abrillo.

Cuando al hueco balcon de una ventana
Su fiero aspecto descubrió un gigante,
La barba y cara denegrida y cana,
Al coloso de Ródas semejante;
Y en ronca voz, aunque con habla humana,
Alegre haciendo el áspero semblante,
La causa pide á su venida incierta,
Y por favor le manda abrir la puerta.

Entró el moro arrogante, aunque con miedo
De algun fingido trato peligroso;
Que del gigante y su primer denuedo
Cualquier término honrado es sospechoso:
Cuando en los anchos patios bello enredo
De damas se mostró en tropel hermoso,
Que á recibirlo salen y á librallo
De sus pesadas armas y caballo.

Admirado de ver la hermosura,
Y del castillo las pinturas varias,
Que á pesar lucen de la noche oscura
A cuenta de mil claras luminarias,
Puesto el cuidado en la primer figura
Que á la ventana vió, cosas contrarias
Al sentido parecen verdadero
Lo que ahora mira, y lo que vió primero.

Así al que de repente abre los ojos
A ver el techo de oro artesonado,
Si ántes le habian del sueño los antojos
En lóbrega mazmorra aprisionado,
Alegre mira en aire los enojos
Del triste miedo y cárcel que ha soñado,
Y en la cuadra y sus galas deleitosas
El diferente estado de las cosas.

Súbenle en varias lumbres á una sala
De oro labrada toda y pedrería,
Y á una cuadra, de allí, que por mas gala
De brocado entoldada parecia:
A lo alto de sus bóvedas no iguala
Del cielo la preciosa argentería,
Cuando en las frías noches del invierno
Mas lleno está de luces y mas tierno.

En medio de la cuadra ardiendo habia
En leones de oro un lecho de brocado,
De nácar un bufete de ataujía,
De olores finos y de luz cargado:
La vista el moro aquí y allí volvia,
De la gustosa variedad llevado,
Y por un breve rato deste modo
No miró nada por mirarlo todo.

No fué de Cleopatra la jitana
El capitan romano mas servido,
Ni en mas ostentacion y pompa ufana
De Faro en su alta torre recibido,
Ni en la cuadra del cielo soberana,
Donde Juno acaricia á su marido,
Entran á le servir diosas mas bellas,
Ni en sus techumbres lucen mas estrellas.

Sentóse en una silla de oro, puesto
Sobre su arnes un manto de escarlata,
Bordada en él la historia de un apuesto
Pastor que con cien ojos se recata
Del fingido Mercurio, que, dispuesto
Ya de cerrarlos de una vez, remata
Su vida con su voz; que un doble trato
Suele engañar á un Argos en recato.

Llegó una hermosa dama que traia
En fina porcelana real conserva,
Que aunque de azúcar hecha, parecia
Con cuernos de oro alborotada cierva,
Que en almíbar nadando, pretendia
De la flecha hüir la mortal yerba
Que en el cuerpo llevaba soterrada,
Yendo así la verdad mas disfrazada.

«Señor, dijo la dama, aquel gigante
Que hospedaros mandó y es noble dueño
Desta casa, y que á todos con semblante
Alegre albergue da dulce y risueño,
Miéntras viene á serviros con bastante
Gusto de hacerlo así, como en empeño
Del suyo, os ruega refresqueis la boca
Con este dulce que á beber provoca.»

El moro, al noble trato agradecido,
En corteses palabras le responde,
Comiendo del regalo, que en olvido
Sus males puso sin saber por dónde:
Sirviéndole tras ello un encendido
Y suavísimo vino, en quien se esconde
Tanta virtud, que en todas ocasiones
Del alma olvida y borra las pasiones.

Compuesto era quizá el alegre mosto
Del néctar que en el cielo se vendimia,
Que del mundo inferior todo su agosto
No llega aquí, ni alcanza su vendimia;
No hay bien cumplido en él, todo es angosto;
Finge contentos de oro, y son de alquimia;
Si este le dura al moro, no hay recelo
De que el dulce brebaje sea del cielo.

Sintióse descansado de la pena
Que el yerro le ha causado del camino,
Y en un dulce reposo el alma llena
De los vapores del alegre vino;
Cuando un sordo rumor de gente suena,
Y en aparato y resplandor divino
Cien ninfas van entrando por las salas,
De hermosos rostros y costosas galas.

En grave aplauso al desigual gigante
Haciendo vienen majestad y estado,
A quien del rico manto rozagante
Diez dellas traen la falda de brocado:
El cortesano moro con semblante
Alegre á recibille fué, admirado
De su extraña fealdad, y la belleza
Que en torno ciñe y cerca su fiereza.

Tomó en frente del moro rica silla,
Y hablando en varias cosas, le parece
El pomposo jayan sombra sencilla
Que cada rato en su estatura crece:
La barba y cara cana y amarilla;
Mirar su oscura altura desvanece,
Que de la rica cuadra, desde el suelo,
Tocar parece con la frente al cielo.

Así del viejo Atlante el bulto horrendo,
A vista de la górgona fiereza,
En hinchazon hidrópica creciendo,
En la luna fué á dar con la cabeza;
Donde por el gran peso retorciendo
De la agobiada espalda la grandeza,
No hay signo en el zodíaco ni estrella
Que no se pare á descansar sobre ella.

Es nuevo el caso, y como tal le admira,
Y mas que todo la espantosa junta
De las dispuestas damas, en quien mira
Medrosos rostros de color difunta:
Ora sea que en las luces se retira
El bello lustre del matiz que apunta
Al rosicler de la atezada cara,
Cuando alumbra del sol la antorcha clara;

O que la oscura noche con sus olas
Los vivos resplandores les empaña,
O que del blando afeite en ellas solas
El ordinario deslumbrar engaña:
Al fin, entre sus garbos y sus golas
La vista un no sé qué de horror extraña
Entre aquella beldad, que, aunque escogida,
Rastros descubre de beldad fingida.

Suspenso estaba en este asombro el moro,
Cuando la horrible máquina que sube
A herir con su alta frente el techo de oro,
Deshecha huyó como aparente nube,
Saliendo della un celestial tesoro
A Diana semejante, cuando sube,
Caido el velo ya que la encubria,
A media noche contrahaciendo el dia.

En la pomposa silla del gigante,
De su sombra nació una imágen bella,
Tanto á su pensamiento semejante,
Que viva pareció Galiana en ella;
Y ardiendo en nuevo amor el tierno amante,
Vida le era el oilla, y gloria el vella,
Cuando al gusto del vella y del oilla
Se le añadió otra nueva maravilla.

Las tiernas damas que en diversas pintas
Al alma por la vista abrian antojos,
Cual cometas en luz de oro distintas
Se huyen y van de los atentos ojos,
Formando al aire unas doradas cintas
De sutiles vislumbres y arcos rojos,
Como á las nubes vuela en sus centellas
Nocturno incendio á deshacerse en ellas.

Así un bañado rostro en el ardiente
Licor que ya fué alegre, mostró ardiendo,
En tibio fuego y luz resplandeciente:
La sutil llama va el humor bebiendo;
Acaba de enjugarlo, y de repente,
Sin negro humo ni sonoro estruendo,
En aire ya resuelta, se derrama
Del blando incendio la dorada llama.

Así aquella aparente hermosura,
Que en humanas figuras se partia,
Medallas de oro hecha la mas pura,
Rayos de fuego sin quemar fingia;
Cuya dorada luz, ya en sombra oscura
Desvanecida, al aire se volvia,
Cual relámpago ardiente, cuyo fuego
Deja al que mira, al deshacerse, ciego.

Quedóse solo el hijo de Lanfusa
Con la aparente imágen de su gusto,
Ciega la vista, la atencion confusa,
Y en fuego ardiendo el corazon robusto,
Buscando á tanta novedad excusa,
Y al nuevo engaño el fundamento justo,
Y cómo, de aquel bien en que se sueña,
Parte pueda alcanzar grande ó pequeña.

Parécele que viene, ó se le antoja,
La bella toledana en su contento,
Que aunque enojarse finge, no se enoja,
Ni tiene á libertad su atrevimiento:
Cuando en nueva se vió y mortal congoja,
Sobresaltado el ciego pensamiento
Con nuevo antojo, que es la astuta Arleta
La que en lazos de amor sabroso aprieta.

Fué el miedo tal, que despertó asombrado,
Y en un valle se halló al pasar de un rio,
Entre matas de adelfa recostado,
Al cielo abierto y al sereno frio:
Tuvo por vano sueño lo pasado,
Y si algo no lo fué, fué el desvario;
Que aun despierto y con luz, medroso sueña
De la maga sagaz de Fontidueña.

Sube á caballo, y desdeñoso pasa
Por medio el rio profundo, cuando el dia
Alegre á coger sale de su casa
Las mismas perlas que en las flores cria:
Baja del monte á la campaña rasa,
Y del bosque salió por otra via
Una lijera cierva que llevaba
Las alas de un arpon, con que volaba.

Parecióle, mirada de repente,
La que de azúcar vió de oro en un plato,
Cuando á la luz de la delgada gente
Cenar soñó y tener de gusto un rato:
Creyó aquello por sueño, y lo presente
Por la verdad de lo que vió en retrato,
Y así, «sin duda esta corcilla brava
Es, dijo, la que yo alcanzar soñaba.»

Síguela con sus perros una diosa
Que de la luz del sol pareció hija,
Sobre una blanca hacánea vistosa
Que el viento la espolea y regocija:
Conoció el moro á la princesa hermosa
Que amor le ha puesto en la memoria fija,
La misma que, al sabor del blando sueño,
Aquella noche le aceptó por dueño.

Arrímale las piernas al caballo,
Que, de brioso, no conoce espuela,
Por correr tras su gusto y por gozallo
En el gallardo brio con que vuela:
Doce leguas corrió sin reportallo,
Siempre llevando á vista la cautela
De la corcilla y dama que engañosas
Así los cursos truecan de sus cosas.

Hasta que, al despeñarse á una quebrada,
Lijero se arrojó de los arzones,
Pasando la feroz desenfrenada
Bestia en ciegos traspiés y tropezones:
Volvióse el moro á pié, y de la cañada
Al subir los estériles terrones,
La cierva volvió á ver y a quien la sigue,
Falsa beldad que su quietud persigue.

En corvas uñas de un leon brioso
Despedazada vió su blanca cierva:
Corrió á quitarle el cebo apetitoso,
Cuando del prado en la florida yerba
Ella garza se hizo, el leon furioso
Presto neblí, que en diestra ala conserva
La primera intencion, y á todo vuelo
Dándole fué regates hasta el cielo.

La Infanta, que siguió por todo el dia
La cierva, que ya es garza en medio el prado,
Un revuelto peñasco parecia,
En que ella y su caballo se han trocado:
Dejó asombrado al moro lo que via,
Y en duda si durmiendo ó si encantado,
Así lijero se le trueca y miente
Lo mismo que en las manos toca y siente.

Toda la confusion desta maraña
En un mágico cerco fingió Arleta
Desde que metió al moro en la montaña
Del sordo ruido de armas inquïeta,
Hasta las sombras en que aquí le engaña,
Por apartar de su alma á la discreta
Galiana, y desterrarle de Toledo;
Que tiene celos dél, y della miedo.

Y por lograr su gusto en el extraño
Y mágico aparato, ya hay quien diga
Que en el fingido alcázar ciego un año
En su poder le tuvo, y fué su amiga;
Mas ni esto es cierto, ni un fingido engaño
Tanto podia durar, ni la enemiga
Maga mas le tuviera que aquel dia,
Ni mas firmeza en su inconstancia habia.

Algunos otros por allí perdido
Por cobrar se entretuvo á Clarïonte,
Y no pudiendo haberlo, desabrido,
Por la aspereza se emboscó de un monte;
Y de una aldea en otra entretenido,
Un dia, cuando el sol de su horizonte
Tenia la cumbre y el cenit del cielo,
Rayos de oro lloviendo y lumbre al suelo,

Por las ásperas sierras de Segura,
Entre altísimos pinos caminaba,
No léjos de una ciega gruta oscura
Que el claro Bétis con cristales lava:
A una tajada peña cuya altura
Silla á las nubes en sus hombros daba,
La ventura, que ya otra vez le guia,
Cansado y sin pensar le sacó un dia.

Está un castillo en esta oculta peña,
De un muro inexpugnable rodeado,
Entre el respaldo de una espesa breña,
Por mayor fortaleza incorporado:
El rio, que en duros riscos se despeña,
Por el uno le cerca y otro lado,
Con una angosta senda y puerta estrecha,
De dos peñascos sin industria hecha.

El despeñarse del profundo rio,
Y el romper por los árboles el viento,
Y de las aves con el blando frio
El dulce son y sonoroso acento,
Templarle hizo á Ferraguto el brio;
Y cansado de andar sin gusto, á tiento
Su quietud desear; que es caso feo
No tenerla siquiera en el deseo.

No hay cumplido contento en suerte alguna;
¿Quién hay que con la suya esté contento?
Envidia el labrador la real fortuna,
Y el rey al labrador su humilde asiento,
El viejo al que gorgean en la cuna,
El mozo lo que al viejo le es tormento,
El soldado la paz que al monje encierra,
Y el monje piensa hallar paz en la guerra.

Al que labró el castillo esto bastaba;
Mas al moro, del mundo es poco el resto;
Que no cabe en el puño la mar brava,
Ni alma ambiciosa en tan estrecho puesto:
Esto el valiente capitan pensaba,
En una suspension sabrosa puesto,
Cuando al silencio del atento oido
De armas deshizo un bárbaro alarido.

Del raudo Bétis el cristal huyendo,
Que en duros riscos abre ancho portillo,
Del ronco acero el temeroso estruendo
Al que escucha no da lugar de oillo;
Mas, ya en deseos de sangre el moro ardiendo,
Brioso sube al áspero castillo...
Despues diré sus golpes; que ahora al fiero
Dueño del firme muro decir quiero.

Desta alta fuerza hablaba peñascosa
El antiguo Yucef, cuando decia
Que de Bramante el alma desdeñosa,
Loca de celos, conquistado habia
De aquí á la tierra hacia guerra odiosa,
De aquí salia á robar, y aquí volvia,
De insufribles desdenes retirado,
Sin otra ley que la de un gusto airado.

Aquí de los enfados rebatido
De la adorada infanta de Toledo,
A vengar disfavores reducido
En loco antojo y bárbaro denuedo,
La tierra tiene y reino destruido
De su escabrosa condicion el miedo,
Corriendo un mismo riesgo en el camino
El Rey y el remendado peregrino.

Cuarenta dámas de las mas hermosas,
Que su crueldad halló, tenia robadas,
O en asaltos y guerras peligrosas,
O con traidoras fraudes conquistadas:
Estas le habian de asistir forzosas,
De ricas telas de oro aderezadas,
A un cruel servicio y débito ordinario,
O con forzado gusto ó voluntario.

Y por su antigüedad se iban llegando
A su lado, á su mesa y á su cama,
Y no bien se acababa el dia, cuando
Puesta quedaba en libertad la dama,
Y otra de nuevo en su lugar entrando,
Para así alimentar la brutal llama;
Y en este estilo, por la injuria de una,
No perdonar la fama de ninguna.

Con las doncellas esta ley guardaba,
Bárbara condicion, soberbio intento,
Con que, á su torpe parecer, vengaba
Su injuriado arrogante pensamiento:
De los que en cruel altar sacrificaba
A un ídolo de humana sangre hambriento,
Poblaba de reliquias las almenas,
De sangre y tristes luminarias llenas.

Cada mañana hizo un sacrificio,
Y cada tarde deslustró una dama,
Sin dar segunda vista al torpe vicio,
Ni proseguir dos noches una cama:
La caza era de dia su ejercicio,
Y no de fieras; mas, segun es fama,
Por las selvas, caminos y poblados,
Caminantes cazaba descuidados.

Tenian la tierra despoblada y sola
Sus asaltos y presas ordinarias,
La mauritana gente y la española
Puesta al rigor de sus traiciones varias;
Que por vengarse de una dama sola,
Todas quiso que fuesen sus contrarias;
Y en este intento el sin lealtad tirano
Al moro hacia igual con el cristiano.

Injusta presuncion, necio cuidado,
Perder el propio por el gusto ajeno,
Y pretender sin fe un amor forzado,
Vacío de glorías, y de enfados lleno;
Mas ya el aragonés moro, llevado
Del ruido de armas por el monte ameno,
Llegando fué á la temerosa roca,
Que con las puntas en las nubes toca.

Por donde vió la senda mas trillada
Hasta encontrar subió la estrecha puerta,
Entre dos firmes peñas asentada,
De fuertes planchas de metal cubierta:
Halló que por de dentro está cerrada;
El aguardar que le abran, cosa incierta;
Y el ruido que en sus bóvedas sentia,
Cuanto mas se acercaba mas crecia.

Por pardos riscos y quebradas peñas,
Como pudo se fué acercando al muro,
Buscando, entre las rocas y las breñas,
Para poder subir lugar seguro:
Cuando al profundo rio dos pequeñas
Ventanas hechas vió en un mármol duro,
Y en triste suspension á la una dellas,
En forma de mujeres, dos estrellas.

De las dos conoció que era la una
La bella Doralice granadina,
Que como en cerco de oro blanca luna,
Su beldad resplandece peregrina,
Dando en llorosos ojos de una en una
Mil perlas sobre el agua cristalina,
Con que el Bétis soberbio al primer grano
A enriquecer los mares corre ufano.

«Nunca creí que tierra tan fragosa
Guardara, dijo el moro, tal riqueza:
¿Acaso en esta roca venturosa
Vive escondida al mundo la belleza?»
Entónces de las dos la mas hermosa,
Con nuevo llanto alzando la cabeza,
«No vive, dijo, en cárcel tan oscura
Sino la misma muerte y desventura.

»Huye, triste de tí, huye lijero
La infame tierra y el lugar odioso,
Si no te amarga el mundo venidero,
Y, como á mí, el vivir te es enfadoso;
Que aquí no habita sino un monstruo fiero,
Y con él los que el cielo riguroso,
Por el castigo de sus culpas, echa
A morir en cadena tan estrecha.»

«Señora, dijo el moro, á los decretos
Del justo cielo no hay defensa alguna:
El toque y prueba de ánimos perfetos
Son las contrarias vueltas de fortuna;
Mas si deste castillo los secretos
Sabeis, y sus entradas, mostradme una;
Que ver vuestro dolor me ha persuadido
Poder serviros, y el favor que os pido.»

«El muro, dijo Doralice, es hecho,
Cual veis, de argamasada piedra viva;
No os pongais, caballero, en tanto estrecho;
Buscad otra ocasion ménos esquiva:
El entrar por ahora es sin provecho,
Y mucho el riesgo que la entrada os priva;
Si ya con vos vinieran otros ciento,
Aun fuera temerario arrojamiento.»

«En poca deuda os soy, respondió el moro,
Pues mi honra os debe ménos que mi vida:
Dejadme entrar; que el cielo, en quien adoro,
Si me quiere guardar, no hay quien lo impida.
Si esos suspiros, si ese triste lloro
No son, cual pienso, en vos cosa fingida,
A trueco de enjugar ojos tan bellos,
Pequeño riesgo es el morir por ellos.»

«Ya eso, le respondió la dama bella,
A mas me obliga que á os negar la entrada,
Si, lo que el cielo no permita, en ella
Vuestra temprana muerte está guardada;
Mas si con tanto gusto os vais tras ella,
Deshaced esta reja con la espada,
Y tendrémos, al fin, quien en tal pena
A arrastrar nos ayude esta cadena.»

Así la mora dijo valerosa,
No creyendo que el fuerte sarracino
Con la espada rompiera la espantosa
Reja y del duro acero el temple fino;
Mas, cual de cera azul pasta amorosa,
Toda del primer golpe al agua vino;
Y Doralice, viendo el hecho altivo,
Temió que fuese Rodamonte vivo.

Entró á un jardin vestido de frescura,
Donde con otras vió la dama bella,
Que en triste llanto envueltas y hermosura,
A su pesar se entretenian con ella:
Contáronle el rigor de su clausura,
El desgraciado curso de su estrella,
Las leyes del castillo en que se halla,
Y por sospechas la cruel batalla

De allí pasó, entre andenes retocados
De rosicleres, donde en golpes fieros,
De treinta alarbes brazos rodeados,
Se combatian dos bravos caballeros,
Los almetes y escudos destrozados,
Los brios y los ánimos enteros,
De ardiente sangre y de furor cubiertos,
Y el estrecho palenque de hombres muertos.

Mirábalos Bramante ardiendo en ira,
Que no quiere humillar su brazo fuerte,
Y por no herirlos, de dolor suspira,
Y ellos por no poderle dar la muerte:
Ferragut, que el notorio agravio mira,
Por la canalla vil se entró de suerte,
Que de su ira los rayos mas pequeños
Verdades fuéron, y parecen sueños.

Del primer golpe derribó un guerrero,
Y del segundo al que tras dél venía;
Del tercero tambien cayó el tercero,
Que al cuarto y quinto les sirvió de guia;
El sexto hizo igual con el primero,
Y el sétimo á buscar al sexto envia,
Y al fin de las primeras diez heridas
A sus piés derribó otras tantas vidas.

Y no el jayan con esto satisfecho,
Llama lanzando por los ojos viva,
A uno rabioso rompe y rasga el pecho,
Otro hiere, otro mata, otro derriba,
Otro menudas piezas deja hecho,
Y un golpe á dos y á tres de vista priva,
A este barrena, á esotro descabeza,
Y al otro lo desmiembra pieza á pieza.

Cual rayo en nube ardiente congelado,
Ya rebatido del contrario hielo,
De roncos truenos y furor cercado,
Rompiendo sale con su furia el cielo;
Si de la roja mies fértil sembrado
Tierno se ofrece á su violento vuelo,
Las cañas arden, huyen los pastores,
Y el mundo tiembla al ver sus resplandores.

Nadie juzgara que de brazo humano
Pudieran proceder golpes tan fuertes,
Ni que una limitada y mortal mano
Diese en tan breve espacio tantas muertes;
Y tú tambien, oh bárbaro inhumano,
Que tu presente destruicion adviertes,
De tu arrogante pecho el primer brio
Tibio siente el calor, y el fuego frio.

El bravo aragones, aun no cansado
Del cruel destrozo que á sus piés tenia,
Tras las flacas reliquias que han sobrado,
Cual lobo entre corderos, discurria;
Hasta donde el gigante retirado,
Contemplando el estrago que hacia,
Tal despecho y dolor en su alma siente,
Que se deleita en ver morir su gente.

Cual de la ardiente Libia leon herido
Del dardo cruel que el Nasamon le tira,
En fuego de venganzas encendido,
La cola hiere y con su herir se aira,
Y al puesto y al lugar mas defendido
Con atrevidos pasos se retira,
Y sustentando allí la inútil plaza,
Las lanzas quiebra y flechas despedaza;

Así el jayan, de su furor llevado,
Al encuentro salió al moro valiente,
Y ha de vengar en él, determinado,
El sangriento destrozo de su gente;
Y un corvo alfanje en alto levantado,
Del yelmo altivo el gran dragon luciente,
Que iba entre plumas con pomposo vuelo,
Todo del primer tajo vino al suelo.

Dos pasos volvió atras, desacordado,
Dando traspiés del golpe recibido,
Que á no ser cuerpo y armas encantado,
Le diera en dos mitades dividido;
Mas no tan bravo el escorpion pisado,
Ni con tanta presteza deja el nido,
Como el moro acudió á vengar su injuria,
Más del honor herido, que otra furia.

Y sobre el acerado y ancho escudo
Al descortés jayan dió tal respuesta,
Que, á pesar de su fino temple, pudo
Del yelmo hallar la relevada cresta;
Y á no torcer la espada el filo agudo,
La vida en riesgo le dejara puesta;
Que así entró rebanando, cual si fuera
Por un delgado estaño ó blanda cera.

Mas no quitó al gigante belicoso
Nada de su opinion el golpe fiero;
Que ántes volvió al combate peligroso
Con mayor arrogancia que primero;
Y un mandoble acertó tan poderoso
Del limpio escudo en el grabado acero,
Que en el suelo quedó el mayor pedazo,
Y en la fama la envidia de tal brazo.

Y dando y recibiendo desta suerte
Mortales golpes de uno y otro lado,
De los dos el mas flaco y ménos fuerte
A su enemigo tiene acobardado:
Cada cual quiere rescatar su muerte,
O con ella alcanzar crédito honrado;
Y este ha de ser, segun que la honra ordena,
Comprar la vida con la muerte ajena.

Bramante su ardiente ira desenvuelve,
Y los pesados golpes dobla y carga,
Ya desta parte, ya de la otra, vuelve,
Y aquí la tempestad y allí descarga;
Mas su contrario en uno se resuelve
De averiguar por sí brega tan larga,
Y con reportacion templando el brio,
En mil no acierta á dar uno en vacío.

El suelo de armas y de horror cubierto,
Y ellos por todas partes desarmados,
Dando y sufriendo golpes sin concierto,
De sangre están y de sudor bañados:
Un tajo Ferragut en descubierto
En uno le alcanzó de dos costados,
Cuyo rigor y desigual destreza
Ir dando de ojos le hizo larga pieza.

Y á no ser de tan fino temple hecho
El rico arnes, con sola esta herida
El agraviado reino satisfecho
Quedara, y el gigante sin la vida;
Pero faltóle entrar con pié derecho,
Y así salió la espada rebatida,
Aunque, á pesar del sobrepeto grueso,
El penetrante golpe llegó al hueso.

Nunca sierpe se vió tan espantosa
Como á este tiempo el desleal Bramante,
Ni ánimo de arrogancia tan briosa,
Que no dude ponérsele delante;
Y él, cual la mar bramando tenebrosa,
Alterada de un áspero levante,
Con ambas manos el alfanje afierra
Para dar de una vez fin á la guerra.

Hizo ademan el moro de esperalle
A la menguante sombra de su escudo,
Y él con tanto furor bajó á buscalle,
Que mal ejecutar su golpe pudo;
Mas el diestro español, al desvialle
La espada, así encarnó su filo agudo,
Que entre el reparo y el salir del tajo,
Una pieza le echó del hombro abajo.

Segundóle al pasar otra herida,
Y otra y otra dobló mas peligrosa,
Y entre una y otra malla desmentida
Una punta halló puerta sabrosa:
Pudiera por allí salir la vida,
A encarnar más la espada venturosa;
Y contentóse con dejar caliente
De roja sangre una copiosa fuente.

No pareció á Braman caso seguro
Brioso esperar á tanta gallardía,
Ni de sus planchas ni su temple duro,
Ni de su fuerza ni su maña fía:
Parécele ya estrecho el ancho muro
Que ántes un mundo entero no temia,
Y nada sano el combatir lijero,
Si es, cual parece, su contrario acero.

Mas, ya en rabiosa cólera encendido,
Los golpes redoblando sin concierto,
A no ser encantado el combatido,
De cualquiera quedara dellos muerto:
Está fuera el gigante de sentido,
Que un monte hubiera con su espada abierto;
Y halla á su contrario mas constante
Que á un tierno vidrio un muro de diamante.

No sabe por qué via aprovecharse
De enemigo tan fuerte y poderoso,
Ni cómo con su cólera vengarse,
Pues vengarse ó morir le es ya forzoso:
Al fin, como no puede reportarse,
Ni su espada hacer un lance honroso,
Resuélvese en cogerle entre los brazos
Y allí hacerle á su placer pedazos.

Con nudos mil le ciñe y le recoge,
Y de su maña y fuerza se aprovecha,
Ya se entra, ya se aparta, ya se encoge,
Ya en la lucha se empina, ya se estrecha;
Ya de los hombros con furor le coge,
Y aquí y allí le vuelve y le desecha;
Bien que así Ferragut su fuerza alienta,
Que en igual peso el gran teson sustenta.

Largo rato anduvieron forcejando
Con pertinaz porfia y fuerza extraña,
Perdiendo tierra á veces y ganando,
Ya las fuerzas probando, ya la maña:
Las vueltas de fortuna exprimentando,
Que al vanamente confiado engaña,
Y al loco con favores desvanece,
Y al atrevido ensalza y favorece.

De la prolija lucha ya enfadado,
Hizo pié el de Aragon en un recuesto,
Y de un vaiven sin maña y tiempo dado
Su enemigo de sí echó descompuesto;
Y él, de su misma furia arrebatado,
Sin pensar, se halló en el suelo puesto,
Y Bramante en sus pasos tropezando,
Largo trecho tras dél fué trabucando.

Mas sin mostrar ni sombra de recelo
Que pudiese agraviar su fortaleza,
Bramando al aire y escupiendo al cielo,
De nuevo la cruel batalla empieza;
Y la espada esgrimiendo en raudo vuelo
A dos manos, de encima la cabeza
Con tal furor desciende y tal rüido,
Que dejó á su contrario sin sentido.

Y otro y otro segunda, y otros ciento
Así apriesa, que un yunque de diamante
No resistiera el fuerte movimiento
Del desabrido hermano de Morgante;
Y el de Ulid, con enfado y corrimiento
De verse así tratar, bravo, arrogante,
Contra el firme enemigo que le enoja
El roto escudo y la paciencia arroja.

Tembló el córcega infiel al grito fiero
Que el de Aragon bramó, determinado
De dar á sus porfias el postrero
Y último golpe á lo que habia empezado:
No se vió rostro ni semblante entero,
Ni corazon de véras reportado;
Que del general miedo el pasmo frio
Al rostro hurtó el color, y al pecho el brio.

Y él, con la gallardía acostumbrada
Y firme pulso que su brazo encierra,
La peligrosa relumbrante espada
Con ambas manos, afrentado, afierra;
Y á dejar en su filo averiguada
Su clara fama y la dudosa guerra,
Sobre el ya temeroso rey Bramante
Bajó, el aire cortando resonante.

No en ademan mas vivo y mas gallardo
Júpiter sobre Encélado levanta
La altiva diestra, cuyo ardiente dardo
A todo el mundo, y no al gigante, espanta,
Cuando el Etna, encendido á su resguardo,
Desde la cumbre tiembla hasta la planta;
Que ya de Doralice el nuevo amante
La espada alzó contra el sensual gigante.

Y en tan lleno furor bajó derecho
El filo agudo por el aire blando,
Que escudo, brazo, yelmo, rostro y pecho,
Las entrañas y el vientre palpitando,
Dos partes el gran corzo quedó hecho;
Y en medroso silencio resonando
Por las doradas bóvedas, corriendo
Un rato el eco fué del golpe horrendo.

Así rayo veloz al viejo encino
Que ántes servia de sombra á todo un llano,
Al suelo arroja en trueno repentino,
Y el eco asorda al valle comarcano;
Vuelve medroso, huyendo del camino,
El que á su abrigo va á ampararse en vano;
Tiembla el pastor, el segador se admira,
Y el dueño del rastrojo calla y mira.

Tales los circunstantes admirados
Dejó el no visto golpe poderoso,
De asombro los contrarios retirados,
Y de miedo encogido el mas brioso:
Los dos que Ferragut halló cercados
En trance sin su ayuda peligroso,
Ya libres, en pomposa vanagloria
El parabien le dan de tal victoria.

El grave Estordïan, rey granadino,
Era dellos el uno, otro el anciano
Galirtos, rey de Alora, su vecino,
De edad madura y corazon lozano,
Que en seguimiento al robo peregrino
Que Braman hizo á un bosque comarcano
En Doralice, por librar su daño,
Al riesgo entraron del castillo extraño.

Mas ya, dejando libre la guarida,
Antes de tantos prisioneros llena,
La tierra, en su quietud restituida,
Libre se vió de sobresalto y pena;
Y la argentaria sierra ántes temida,
Rota ya del tirano la cadena,
Se llamó con el nombre que hoy le dura
Desta seguridad Sierra-Segura.

Cada uno desde allí tomó el camino
Que mas á su propósito hacia,
Este á su patria, el otro á su destino,
Conforme el fin ó el gusto que le guia:
El amante de Arleta al granadino
Hasta su reino hizo compañia,
Y Galirtos tambien lleno de antojos
Tras Doralice y sus alegres ojos.

Fué rey de aquellos siglos celebrado
Galirtos por vejez y alma altanera,
Alegre el rostro, el cuerpo avellanado,
Los ojos vivos, la faccion severa:
Ya los dientes la edad le habia robado,
Y no la libre lengua palabrera,
Porque en sus amorosas ocasiones,
Lo que en gusto faltare, dé en razones.

Habia gozado ya de la influencia
Suave de los seis planetas de oro,
Y en la helada decrépita cadencia
La marchita vejez del cauto moro:
En el período andaba y la presencia
Del frio Saturno, en quien está el tesoro
De gravedad, de peso y de jüicio,
Que en otros es virtud, y en él es vicio.

Era de universal gusto notado,
De antojadizo amor sin fundamento,
Libre por rey, por hablador cansado,
Y por amante la region del viento:
¿Qué torpe mudo no será cansado,
O qué largo hablador dará contento?
¿O á quién no cansa, si al extremo toca,
O el hablar mucho ó nunca abrir la boca?

Pues deste rey, ya amante temerario,
A Doralice sigue el gusto entero,
Y por el mismo trae de ordinario
Un enano sutil por escudero,
En gesto feo, en el vestido vario,
En la habla un millon, en bulto un cero,
En orgullo jayan, y el cuerpo todo
Como de la encogida mano al codo.

Tratando en risa su persona apuesta
El Cid aragones y el granadino,
Al sombrío cruzar de una floresta
El enfado engañaban del camino;
Que ménos ocasion y causa que esta
Lo suele hacer, y el bulto peregrino
Del pequeñuelo enano, en lo restante,
Para ocupar el tiempo fué gigante.

Que su dueño, que hablara sin cansarse
Mas que una ciega Babilonia entera,
Ahora el nuevo placer le hace extremarse;
Que la alegría de suyo es gran parlera:
Por mostrar su elocuencia y señalarse,
Volviendo por su enano, una quimera
Ingeniosa inventó, y con regocijo,
Corriendo el freno á su caballo, dijo:

«No es este humilde enano el mas cenceño
Ni el menor que en su género ha nacido,
Que ya conozco yo otro mas pequeño,
De menor cuerpo y mas entremetido,
Aunque de fuerzas tales, que á su dueño
Tras si por los cabellos lleva asido,
Con ser tan chico, breve é imperfeto,
Que este fuera gigante en su respeto.

»Y pues es engañar los pensamientos
Alivio del espíritu cansado,
Y divertirse en agradables cuentos
El camino hacer ménos pesado,
Yo, si ahora á escucharme estáis atentos,
En un discurso quiero moderado
Contar la heróica historia deste enano
Que los gigantes vence por su mano.

»Veréis en su discurso la inconstancia
Del tiempo, y las mudanzas de la vida,
Donde en un punto suele la arrogancia
Mayor verse agotada ó divertida:
¿Quién tuvo hasta su fin perseverancia?
¿En quién una ocasion recien nacida
No supo despertar nuevos antojos,
Y hacer pechera el alma de los ojos?

»De la inconstancia humana harto nos cuenta
El desmembrado cuerpo de Bramante,
Que ayer á su insaciable alma sedienta
Un mundo sensual no era bastante;
Mas cuando el cielo viene á tomar cuenta
A una obstinada vida semejante,
Suele, abreviando plazos, en un punto
Dar el castigo y la amenaza junto.

»Quien presume de si, quien se gloría
De ánimo invicto y pecho generoso,
Si su pasion no vence, ¿en qué se fia,
Aunque de un mundo salga victorioso,
Aunque de la hiperbórea gente fria
Hasta el ardiente mauro polvoroso
Se oya su voz, y tomen della leyes
Los caspios cetros y los indios reyes?

»Tener espada, brazo y fortaleza
Para enfrenar los duros Garamantes,
Dejándose vencer de su torpeza,
Ni es valor ni sus fuerzas importantes;
Mas, ¡oh monstruo sin ley, cuya braveza
Los reyes doma, y vence á los gigantes!
¿Quién sale de ti libre, amor tirano,
Goloso azar del apetito humano?

»Quién puso tu república en la tierra
Con ley tan inviolable y rey tan bruto,
Que ni en la paz se halle ni en la guerra
Hidalgo que lo sea á tu tributo?
¿Qué fuerza es esta, amor, que en ti se encierra?
¿Quién te hizo en poder tan absoluto?
¿Cuál es tu orígen, cuál tu fuerza, y cuáles
Los lazos con que enredas los mortales?

»¿Eres deidad, amor, ó eres quimera
Recibida del vulgo en sus engaños?
¿Es tu fama fingida, ó verdadera,
Néstor del tiempo, niño de mil años?
Un grave cuento de su edad primera
En la mia aprendí con los extraños
Sucesos que hay en él, en quien consiste
El todo de quién eres y quién fuiste.

»En medio un claro mar que al alba bella
Del dia le abre la primer ventana,
Debajo de la mas feliz estrella
Que vida al mundo y resplandores mana,
Una isla tiene asiento, y dentro della
Cuanto bien cabe en la codicia humana,
Tan florida y tan llena de tesoro,
Que es, puesto á su riqueza, pobre el oro.

»Libre de pecho, de tributo exenta,
De hidalgos linajes habitada,
Donde en vida pacífica y contenta
Segura un alma vive y descansada;
De gusto aquí el mas pobre se sustenta;
Ni cárcel hay, ni impedimento en nada;
Su nombre es luz de un sol resplandeciente,
Tierra de libertad, de libre gente.

»Desta parte del mundo no ha salido
Ni hecho triste ausencia el siglo de oro;
Todo como al principio está florido,
Sin turbios aires ni importuno lloro:
Aquí solo el contento se ha escondido,
Y el erario del bien y su tesoro;
Cuanto se libra aquí todo es bonanza,
Sin recelos ni sombra de esperanza.

»Por frescos prados de un abril eterno,
Todo vestido de inmortal verano,
Mil libres almas con acento tierno
Canciones siembran por el aire vano;
Y ajenas de enojoso y turbio invierno,
Frescas guirnaldas tejen de su mano,
Con que del todo libres y gozosas
Salen, sino es del tiempo, victoriosas.

»Solia esta alegre tierra deleitosa
Ser rica poblacion, reino potente,
Que, como de regalos abundosa,
Ya fué buscada de infinita gente;
Mas, despues que con mano poderosa
Amor, que es enemigo diligente,
A surgir acertó en su primer puerto,
La dejó hecha un páramo desierto.

»En él corren su costa de ordinario
Crueles piratas, varios salteadores,
Que en triste sujecion y yugo vario
Encadenan sus libres moradores:
La ambicion es aquí feroz corsario;
Los intereses grandes robadores;
La hambrienta codicia en mil derrotas
Ha hecho á nuevas Indias grandes flotas.

»Estas son y otras vanas pretensiones
Las que este noble reino han desflorado;
Quien á mí me sacó de sus rincones,
De amor fué un rico pensamiento honrado:
Con dos ojos me puso mil prisiones;
Ellos me han desta tierra desterrado;
Por vos sin libertad, mis ojos, vivo;
Que yo libre nací, aunque soy cautivo.»

Esto, á su alegre cuento fabuloso
Vuelto, añadió á la bella Doralice,
Con un grave recato cauteloso,
Porque á nadie su amor escandalice;
Mas todos ven del viejo rey celoso
A quien el mote y la lisonja dice,
Y riendo á su loco pensamiento,
El rie tambien á bulto y sigue el cuento.

«Esta tierra inmortal, ó mortal cielo,
De una libre señora era regida,
Que, aunque sin experiencia, á todo el suelo
Su gusto y parecer daba medida:
Es ley, es arancel, corte y modelo
De los pasos y afectos de la vida,
Que ahora sea justo, ahora injusto,
Nada se hace fuera de su gusto.

»O sea hecho de gana, ó sea forzado,
O sea por interes ó por contento,
Si ella no lo decreta, es excusado
Que la obra llegue á colmo y cumplimiento:
Es tan señora en todo lo criado,
Que aun enfrena y corrige el pensamiento,
Con ser el ave que, entre las del suelo,
Mas suelto tiene y desenvuelto vuelo.

»Su nombre es Voluntad, niña hermosa,
Y de su natural bien inclinada,
Aunque el ser moza, tierna y poderosa,
Dejarla suele á veces engañada;
Estimando su vista codiciosa
Por oro lo que es pildora dorada,
Y por regalo, vida; y por deleite,
La fea muerte entre un fingido afeite.

»El Amor con la flecha de la fama
Desta gallarda niña fué herido,
Y como es fuego, con su misma llama
Fácil de un nuevo amor quedó encendido:
Ya suspira, ya llora, ya se inflama;
Lo que hace sentir, ha ya sentido;
Alguno quizá dijo, vuelto al cielo:
—Mueras, traidor, cual muero sin consuelo.

»Padece, llora, experimenta y gusta
De tu llanto y dolor, muerte y tormento;
Que es justo premio de venganza justa
Un tal castigo para un tal intento:
Si hay cuchillo de fuerza mas robusta,
Sea el verdugo amor de tu contento;
Porque entre ese dolor, rabia y discordia
Aprendas á tener misericordia.—

»Así el niño padece, y con su fuego,
Sin poderlo apagar, queda apagado;
Desea su quietud, y teme luego
El hallarse con ella y sin cuidado:
Si se anuda la venda, queda ciego;
Si descubre los ojos, deslumbrado:
Busca remedio, y luego no le quiere,
Y por lo mismo que aborrece, muere.

»Ya recostado entre tempranas flores,
Y allí redes y lazos disfrazando,
Ya entre doradas nubes sus amores,
Por mayor inquietud suya, mirando;
Nuevas maneras de alcanzar favores
Para su nuevo menester trazando,
Y en todas sin provecho desvelado;
Que aun ignora la dama su cuidado.

»No halla senda á su mal, no halla camino
Para salir de dudas y opiniones;
Que siempre es el amor, si es amor fino,
Largo en el padecer, corto en razones:
Al fin tentar ventura le convino,
O morir anegado en sus pasiones:
Un paje tiene Amor, grande instrumento
De aclarar cosas, dicho Atrevimiento.

»Es hablador, agudo y desenvuelto,
Propio para llevar y traer mensajes,
De encogidos temores libre y suelto,
Aun con los mas compuestos personajes:
Sin empacho, colérico, resuelto,
Claro, sin encubiertas ni celajes,
Y tal cual menester lo habia Cupido,
Para aclarar sus dudas escogido.

»A este le descubrió su pensamiento,
Y él á los libres ojos de su dama,
Que, como libre, hizo el sentimiento
Y escudo de la excusa de su fama:
Quedó corrido el paje sin su intento,
Y su dueño mas dentro de su llama:
Crece su mal y agrava su querella,
Más que el dolor, no ver la causa della.

»Que á un rico alcázar de inmortal diamante,
De la Prudencia y la Razon labrado,
Por medrosas sospechas de su amante,
La libre Voluntad se ha retirado:
Conociendo el Amor no ser bastante
A tanta fuerza un niño desarmado,
Destruir quiere la enemiga tierra
Comprando alegre paz con triste guerra.

»Quiere juntar ejército famoso,
Descubriendo con esto su potencia;
Y vencedor, en pecho generoso
Usar con los rendidos de clemencia:
De ociosos pensamientos, un ocioso
Escuadron traza, flaco en resistencia,
Y en dar asaltos y armas tan cursado,
Que trae al enemigo desvelado.

»Este quiere formar; que á la victoria
Con él hallar no piensa impedimento:
Deja la libre tierra de su gloria,
Y va sin ella sobre el blando viento,
En amistad de sola la memoria,
Verdugo cruel de un triste pensamiento,
Haciendo mil potajes al sentido,
Amargo el mas sabroso, y desabrido.

»Tiene el Amor una famosa amiga,
Dicha Solicitud ó Diligencia,
Grande negociadora en su fatiga,
Y un águila en cualquiera competencia:
De torpe ociosidad cauta enemiga,
De gran ventura y mucha suficiencia;
Esta quiere el Amor, por diligente,
Le junte ocioso ejército de gente.

»Sale á buscarla con tendido vuelo;
Vuelve y revuelve en esto mil regiones;
Puesta en solicitar cosas del cielo,
Creyó hallarla en varias religiones,
Que, sin curar de pretension del suelo,
Escogería honradas pretensiones;
Pero desengañóle la experiencia,
Que el Olvido halló por diligencia.

»—No voy bien por aquí, dijo Cupido.
¿Quién ha el confuso mundo hechizado?
¿Con qué engaño el descuido se ha escondido
En el lugar del principal cuidado?
Si en causa tal, si en bien tan escogido,
Rastro de diligencia no he hallado,
¿Dónde la encontraré? ¿Con qué artificio
A la virtud se la ha usurpado el vicio?—

»Dijo; y dando la vuelta, sus pisadas
Sobre la arena estéril halló impresas;
Conociólas, y en ellas ir guiadas
A livianas y frágiles empresas;
Y siguiendo su rastro, marañadas
Las halló en pretensiones tan aviesas,
Que sospechoso dijo y admirado:
—O yo por aquí voy, ó el mundo, errado.—

»Llegó en esto á su reino, y en su casa
Nueva le dieron della sus amantes,
Y de allí, con el rastro fresco, pasa
A ver los cortesanos negociantes;
Donde su imágen vió sembrando brasa
De ambicion en materias disonantes,
De avariento interes, de honra y de amores,
Y nuevos oficiales de señores.

»Con vanas cortesanas reverencias
En nuevos pretensores convertida,
Tan largos de esperanzas y conciencias,
Que no los ceñirá una eterna vida:
Aquí el Amor halló dos diferencias
De edades, una larga, otra ceñida,
Saliendo entre los cargos y descargos
La vida corta, y los negocios largos.

»Aquí la Diligencia, embarazada
En casas de livianos pensamientos,
Su pretension y pena declarada,
—Cumplirás, dijo Amor, nuestros intentos:
Recoge entre esa gente mas granada
Sus livianos y ociosos pensamientos;
Que estos son, dando yo la batería,
Mi mayor municion y artillería.—

»Dijo; y en vano vuelo, á ver las damas
De la Solicitud, pasó á palacio,
Donde, encendiendo impertinentes llamas,
Ocioso y libre se quedó despacio:
Durmióse Amor aquí entre verdes ramas
De un trébol siempre en flor, marchito y lacio,
Y al despertar al aire de una toca,
Quedóse entre los ojos y la boca.

»No fué la Diligencia perezosa
En juntar grueso ejército á Cupido;
Que tambien hay en corte gente ociosa
Que alcanza y goza de lo mas florido:
El señor, el galan, la dama hermosa,
El paje, el caballero entretenido,
Todo es ociosidad; solo desea
El rey quietud, y tiempo el que pleitea.

»No tiene tasa, número ni cuenta
La ociosa gente y pensamientos vanos
Que en la corte juntó para su intento
La Diligencia de los piés livianos:
Ni cercan tantos átomos el viento,
Ni á todo el mar de arena tantos granos,
Como la torpe Ociosidad pesada
Vanos soldados trajo á esta jornada.

»Ocupada en jugar con un ventalle,
Y ver quién pasa, vuelve, cruza ó mora,
Bostezando á la puerta de la calle
La Diligencia halló á su contendora:
Digo á la Ociosidad, floja de talle,
De ajenas vidas gran trasechadora,
Y allí con ella, que á su lado asiste,
La Hambre ayuna y la Pobreza triste.

»Y no fué poco que á la Diligencia
Ociosidad obedeciese en algo;
Porque suele huir de su presencia,
Cual presta liebre del hambriento galgo;
Mas el Amor, á cuya omnipotencia
No hay reino libre ni solar hidalgo,
Juntó estos dos extremos; que ya vemos
Que siempre anda el Amor por los extremos.

»Y en una nueva flota de ocasiones
Embarcada la gente, llegó un dia
A vista del castillo y los balcones
Donde la honesta Voluntad vivia;
Y abreviando de tiempo y dilaciones,
A jugar comenzó la artillería,
Con tal carga de vanos pensamientos,
Que el alcázar tembló por los cimientos.

»La Ociosidad, que aquí no andaba ociosa,
Puso en la primer torre su bandera,
De la Imaginacion, dama ingeniosa,
Y de sus armas frágiles frontera:
Era esta estancia, mas que fuerte, hermosa,
Por de dentro pintada y por de fuera
De fábulas, que el verlas enamora;
Que es la imaginacion grande pintora.

»Rendida esta primera fortaleza,
Mas recia comenzó la batería,
Hasta entrar el alcázar de Firmeza,
En que la libre Voluntad vivia:
Allí la Ociosidad con su torpeza
Inficionó cuanto en la torre habia;
Y de la reina un consejero honesto
En tinieblas dejó y prisiones puesto.

»Y alcanzada con esto la victoria,
La libre Voluntad quedó rendida,
Y el Amor al despojo de su gloria
En triunfo vino y majestad debida:
En carro de alegría transitoria,
Una *S* en cada rueda retorcida,
Que todas dan un amador perfeto,
Solo, sabio, solícito, secreto.

»Era el triunfante carro de unos léjos
Por tan nuevo artificio dibujados,
Que miéntras que se miran mas de léjos,
Mas perfectos se gozan y acabados:
De cerca son rasguños mal parejos,
Como al descuido y sin concierto dados,
Y ya vueltos de espaldas, son de suerte,
Que no es mas fea de mirar la muerte.

»Y no tiraban la carroza hermosa
Tigres, águilas, fieras ni dragones;
Mas, con una igualdad maravillosa,
Cuatro ninfas de raras perfecciones,
Que era cualquiera dellas poderosa
Tras el carro á llevar mil corazones:
La Gracia, Discrecion y Gentileza,
Y la Hermosura, frágil de cabeza.

»La Gracia, de mil visos, parecia
Hecha de un no sé qué tan agradable,
Que, sin saber decir á qué sabia,
A todos gustos era deleitable:
Hacia tan á compas cuanto hacia,
Con tanta sal y rostro tan afable,
Que encendia el corazon en vivo fuego
De unas centellas que se acaban luego.

BIBLIOTECA PUBLICA

»La Discrecion, en todas ocasiones
Dama noble, compuesta y corregida,
En gusto, en trato, en obras, en razones,
Es un compas de amor, regla y medida,
Sin melindre, doblez ni afectaciones,
Clara, afable y con nadie desabrida;
Solo le hallo yo un inconveniente,
Que es huir demasiado de la gente.

»Las otras, Hermosura y Gentileza,
En los talles iguales y en la vida,
Si la edad no estragara su belleza,
No viera el mundo cosa mas florida:
Dellas toma el Amor su fortaleza,
Con que á la de Sanson deja vencida;
Y á ellas el solo tiempo las empece,
Que en aire las consume y desvanece.

»Destas cuatro hermosísimas doncellas
El carro del Amor fué arrebatado
Hasta el alcázar, donde todas ellas
Presa la libre voluntad le han dado;
Y como el sol en medio sus estrellas,
El trono de placeres rodeado,
Triunfante saca Amor su invicta lanza
Coronada de flores de esperanza.

»Pero llevóle la guirnalda el viento,
Que en su casa no hay bien que sea fundado,
Y supo que con nuevo encantamento
El Interes habia tiranizado
De un golpe el frágil reino del Contento;
Y allí en un auto público sacado,
Por afrenta mayor, su estatua al vivo,
Para venderlo al mundo por cautivo.

»Fuéle forzoso al rey de los amores
Ir en persona á castigar la afrenta
Y el daño que en sus fieles servidores
Del Interes causó la gula hambrienta;
Y á su dama, cercada de dolores,
Dejó sin alma, sola y descontenta,
Con la memoria y la esperanza ardiendo,
Una labrando, y otra entreteniendo.

»Tiene una dama Amor por enemiga,
Ciega invisible y que jamas parece,
Que enluta el corazon, cansa y fatiga,
Y todo con su sombra lo oscurece:
Unos Ausencia quieren que se diga,
Otros Infierno, donde Amor padece;
Mas yo la llamo, en pena de sufrilla,
De los sueños de Amor la pesadilla.

»Esta, luego que Amor dejó su casa,
La Reina puso en ásperas cadenas,
Donde le daban el placer por tasa,
Y el tormento y dolor á manos llenas:
Comidas frias y de mano escasa,
Gustos pasados, y presentes penas,
Desabridos potajes de memoria;
Que siempre amarga la pasada gloria.

»De esto, y de la frialdad de la posada,
El gusto le estragó cierta tibieza,
De un frio y calentura acompañada,
Y dolores de estómago y cabeza:
Causaba el frio la comida helada,
Aceda, sin sabor ni fortaleza;
Y una tibia esperanza que acudia,
La calentura á ratos le encendia.

»El Tiempo, que es un médico famoso,
Bálsamo universal de pesadumbres,
Viendo el mal de la Reina peligroso,
De la Ausencia causado y sus costumbres,
Y que ningun emplasto provechoso
Sus yerbas pueden dar ni sus legumbres,
Que el gusto encienda y resucite el brio,
Porque son frias, y su mal es frio;

»Determinó buscar por otra via
Remedios que le dar, si alguno alcanza,
Y casi de hallarlos desconfia,
Viendo estar ya sin pulsos la Esperanza;
Hasta que supo al fin donde vivia
Una inquieta mujer dicha Mudanza,
Encantadora, bruja y herbolaria,
Y en todos tiempos y horas gran voltaria.

»No fué Circe tan mágica hechicera
Cuando en fieras los hombres convertia,
Ni en la mar tan mudable y tan lijera
La blanca espuma que en las peñas cria;
Ni así tan presto el camaleon se altera,
Ni las sombras se mudan en un dia
Mas veces, ni la luna, el agua, el viento,
Ni el tiempo, que es un puro movimiento.

»Este espíritu vario, si es decente
Dar á quien no sosiega donde viva,
Su casa tendrá hecha en la corriente
De algun raudal sobre la espuma altiva,
O allá en las Amazonas, que es la gente
De su trato y su sér ménos esquiva;
Que al fin ella es mujer y ellas mujéres,
Y amigas todas de mudar placeres.

»Allí el Tiempo la halló, que otro ninguno,
Segun es de mudable, la alcanzara;
Y habiendo consultado el importuno
Mal de la ausente Reina ilustre y clara,
El remedio que vió mas oportuno
Fué darla una pocion, ¡bebida rara!
Que para otro tal caso habia traido
La noche ántes del rio del Olvido.

»Con esto se acabó el encantamento,
Y la Reina cobró salud cumplida,
Nuevos ojos el ciego Entendimiento,
Y la Razon nueva alma y nueva vida:
Y todos de comun consentimiento
Vuelta para la patria dan querida
De alegre libertad, por un florido
Prado en que siempre duerme el flojo Olvido.

»Iba delante la Razon guiando,
Y rogándole el diestro consejero
Que no volviese el rostro atras mirando,
Porque es volver el rostro mal agüero:
Así al músico Orfeo avino cuando
Segunda vez perdió su amor primero:
De mirar se han seguido mil enojos,
Y á ningun ciego han hecho mal los ojos.

»Mas si es la Voluntad siempre enemiga
De obedecer ajenos pareceres,
La Privacion de suyo da fatiga,
Y mayor en antojos de mujeres;
Y así la Reina, porque no se diga
Que mira y sigue mas que sus placeres,
Volvió los ojos, sin tener paciencia
Ni sujetarse á leyes de Obediencia.

»Volviólos, y cubierto vió de flores
A sus espaldas un vistoso prado,
Y en ventanaje de oro y miradores
Un alcázar real sobre él labrado:
Un cierto no sé qué de sus amores
El aire pareció que le habia dado,
Y que entre aquellas yerbas florecia
De sus pasados gustos la alegria.

»Agradóle del campo la frescura,
Y antojósele en él pasar la siesta,
Porque es la Voluntad, de su hechura,
De antojos toda, sin razon compuesta:
Dió nueva rienda á su primer locura,
Guió al castillo, y con alegre fiesta
Fué recibida de una dueña honrada,
Gran sabidora de la edad pasada.

»Su nombre era Memoria, y sus oficios
Representar comedias é invenciones,
Pintar agravios y borrar servicios
En las mas aprobadas condiciones:
Hacer de hiel el gusto son sus vicios,
Con refrescar pasadas ocasiones,
Sabroso el mal, y amargos los contentos;
Que en la Memoria truécanse los vientos.

»Cinco famosas puertas señaladas
Tiene el castillo en torno á sus almenas,
De historias y de fábulas pintadas,
De varios cuentos y entremeses llenas:
Las faltas propias limpias y doradas,
Feas y abominables las ajenas;
De estas en bronce y mármol infinitas,
Y aquellas en liviano polvo escritas.

»La Reina halló la historia dibujada
De sus placeres en la primer puerta;
Y la Razon allí quedó encantada,
Y ella, del sueño en que dormia, despierta;
Donde la antigua herida solapada
Corriendo se vió sangre descubierta,
Vuelta ya, de diamante, blanda cera;
Que es la Memoria grande hechicera.

»Y con la dulce fruta de ocasiones,
Que la huéspeda ofrece á manos llenas,
Volverse determina á sus prisiones,
Que son de Amor sabrosas las cadenas:
Camina tras sus nuevas pretensiones
Por unos montes fértiles de penas,
Que son de soledad tierra baldía,
Con sola la Memoria en compañía.

»De una confusa niebla rodeada,
Que se vuelve diluvios en los ojos,
La estéril tierra seca y agostada,
De espinas llena y de ásperos abrojos:
Vil cizaña, entre el dulce amor sembrada,
De recelos, sospechas y de antojos,
Y otras incultas yerbas venenosas,
Que son ortigas, y parecen rosas.

»Cayendo en cada yerba y tropezando
Iba la Voluntad descaminada,
De quién poder tomar lengua buscando
Por la fragosa tierra despoblada;
Cuando se fué de léjos divisando
En el aire una casa fabricada
Entre celajes y neblinas frias,
De ventanaje llena y celosías.

»Esta una roca de peñascos era,
Donde un bravo y feroz gigante asiste,
Que en usar malos términos se esmera,
Y en ser sin ocasion verdugo insiste:
De acedo trato y condicion severa,
De flaco rostro, atraidorado y triste,
Rabia es su nombre, y Celos su apellido,
Que por cualquiera es harto conocido.

»De lince y basilisco son sus ojos,
Con que él mismo se aflige y desbarata;
Cuanto mira y no mira es con antojos,
Y con miedo y sospechas cuanto trata:
El verle es muerte, el no mirar enojos,
La duda aflige, la verdad le mata;
Venganza es su comida, y sin venganza
Cosa que bien le sepa no la alcanza.

»Luego que vió el gigante á las doncellas,
Sin escuchar preguntas ni razones,
Como era su costumbre, dió con ellas
En unas estrechísimas prisiones,
Sin que suspiros, llantos ni querellas
Aflojados les dén los eslabones
Del ciego error que el ánimo inquïeta,
Y el corazon, la vida y alma aprieta.

»En un negro y oscuro calabozo
Prision puso á las damas el gigante,
A cuya puerta está enterrado el gozo,
Y la esperanza dél mas adelante:
Allí en la Reina hizo tal destrozo,
Que á faltarle el socorro de su amante,
En cárcel triste y en prision muriera,
O en duro pedernal se convirtiera.

»Mas supo Amor las nuevas de su dama,
No me acuerdo ya bien cómo ó por dónde;
Quizá el paje de amores fué la Fama,
Que á veces mas que preguntais responde;
O por ventura su amorosa llama;
Que á quien bien ama nada se le esconde:
No tengo, al fin, el cómo en la memoria,
Que há mucho que no cuento ya esta historia.

»Y con lima sutil de desengaño,
A mil golpes forjada de ocasiones,
Ya de la cárcel restaurado el daño,
De su dama deshizo las prisiones;
Y el mismo que fué causa del engaño
Tambien triaca fué de sus pasiones;
Y en un carro acerado de firmeza
Salió de la celosa fortaleza.

»Y aunque por entre espinas y entre abrojos,
Que son las flores del celoso prado,
La Reina, ya con mas alegres ojos,
Animo y corazon mas sosegado,
Triunfando de sospechas y de antojos,
En compañía de su niño alado,
A los paraisos vino del Contento,
Donde el perfecto amor tiene su asiento.

»Aquí destos finísimos amantes,
Tras discurso tan largo de pasiones,
Como un vidrio nació de dos diamantes
Un tierno niño hermoso de facciones;
Y aunque sus padres eran ya gigantes
En cuerpo, en amistad y en condiciones,
El salió enano en todo, y tan cenceño,
Que no hay pigmeo en el mundo mas pequeño.

»Es el hijo el Deleite, que en ser chico
Y costar caro sigue los extremos,
Dulce, sabroso, apetitoso y rico,
Y que huye y se esconde á vela y remos:
Desta ocasion nació, y os certifico
Que á nadie cuesta ménos; solo vemos
Que á mí suele vendérseme barato
Cuando con gusto me oyen si hablo un rato.»

ALEGORÍA.

La natural obligacion que el hombre tiene á su patria se pinta en la introduccion del libro. El recelo de Ferragut en el castillo del jayan, muestra lo mucho que importa la buena opinion de la persona para no tener el trato por sospechoso; y el hallarse restituido á su ser venturoso por faltarle el caballo Clarion, significa que el hombre distraido en sus vicios, si despues se reforma con la virtud, vuelve á hacer obras dignas de alabanza, cual fué matar al tirano Bramante, y poner en libertad la tierra y los que en ella estaban opresos; pero si vuelve á dejarse llevar de su sensualidad, olvidado de la razon, como le sucede en Africa con Angélica, viene á morir en su obstinacion, y quedar perdido para siempre cuanto honor y fama habia ganado, como allí queda Ferragut.

En la novela de Galirtos se descubre la armonía y trabazon de las potencias interiores, y los afectos de la parte sensitiva, y lo mucho que el deleite cuesta, y lo poco que dura.

LIBRO UNDECIMO.

ARGUMENTO.

Roban segunda vez unos corsarios á Angélica á vista de Orímandro, que en compañía de Bernardo se embarca en su seguimiento; y habiéndola perdido de vista, hace grandes sentimientos, y cuenta su vida y linaje, y la ocasion por donde Angélica vino á su poder. Orlando, con la ocasion de la pregunta de Garilo, cuenta en una artificiosa fábula lo mucho que la ventura puede, disculpándose agudamente en ella de su antigua locura.

En tanto, ya despues que alegre Alcina,
Por frescas huertas y dorados techos,
Con su aparato y ciencia peregrina
De sus heroes ganó los nobles pechos,
A embarcarse con gusto á la marina
Venían, de ricos dones satisfechos,
Gundemaro, Bernardo y Floridano,
Las damas de los dos y el rey persiano.

Querianse hacer al mar, cuando á gran priesa
Correr á un barco vieron diez corsarios,
Que habian de tres damas hecho presa
En la isla con sus robos ordinarios:
Entre ellas del Catay la real princesa
Conoció el persa rey, y los contrarios,
Huyendo de sus manos los primeros,
Golfos del ancho mar cortan lijeros.

Desamparan huyendo la ancha playa
Con dos ninfas, y Angélica con ellas,
Y el libre esquife, de cristal la raya
De riscos llena, huye, y conchas bellas:
De nuevo el brio al persa rey desmaya,
Y de nuevo se anima á socorrellas,
Viendo que su fortuna burladora
Con varios riesgos sigue el bien que adora.

A cada cual el fin de su ventura
Alcina en su jardin dió por su mano;
Sola en todas la Angélica hermosura
Oculta siempre estuvo al rey persiano:
Jamas la alcanzó á ver; siempre en clausura
La hada ocultó el rostro soberano,
Hasta aquella ocasion del dia postrero,
Por mas dolor ó por mejor agüero.

Si á Vénus parió el mar, como se suena,
La mar es propio reino de amadores;
Que todo amante siembra en el arena,
Y sin número son los sembradores;
Y ella en sus senos de agua y ondas llena,
Y el amor de fatigas y dolores,
Hondos piélagos son, donde se anega
El que en tiempo mas próspero navega.

Algunos creen que la celosa Alcina
A Angélica persigue con cuidado,
Y que culpas ajenas, pena indina,
Llueven sobre su nuevo enamorado;
Mas, bien sea esto, ó sea su malina
Estrella que le lleva violentado,
Él la vió á tiempo que su vista bella
Mas dolor le causó que gusto el vella.

Y entrando en su galeon á toda priesa,
Al gran Bernardo pide que se quede;
Que no ir á socorrer á la Princesa
Ni con su obligacion ni gusto puede;
«El tuyo se haga, dijo, mas en esa
Causa no veo ninguna que me vede
Seguir yo y reforzar tu brazo fuerte
O en feliz vida ó en honrada muerte.

»Donde fueres iré á buscar tu gusto:
De los demas se quede el que quisiere;
Que un valor semejante es caso injusto
No seguirlo hasta el fin, sea cual fuere.»
Dijo; y todos dijeron que era justo
Lo que dijo, y que quieren lo que quiere;
Con que, embarcados de comun intento,
Las anchas velas dan al fresco viento.

Llevaron todo el dia á remo y vela
El bergantin á vista de la proa;
Y cuando al sol la tibia tarde hiela,
La luz sobre las playas de Lisboa,
Con la misma codicia con que vuela
El presto acometer de una canoa,
De traves les salió, y en su presencia
Con la suya venció su diligencia.

Barloáronse los barcos con denuedo
Y brio de pelear, y al rey persiano,
Que, viendo este suceso, perdió el miedo
Que ántes tenia de seguirla en vano,
Mostró el cielo, teniendo el viento quedo,
Cuán corta marca es la del brazo humano,
Y que el poder del Rey, sea cual se fuere,
No alcanza, aunque lo estiren, donde quiere.

Calmó el viento, y quedó el galeon en calma,
Y los barquillos dos en mortal guerra:
El rey de Persia á rescatar su alma
A pesar quiere de la mar y tierra
Pasar á nado; que si el viento calma,
No calma el fuego que su pecho encierra:
No fué poco enfrenar su desatino,
Segun el punto á que su furia vino.

Pero llegó la noche, y con su luto
El un barco y el otro se ha escondido,
Y al campo, á quien las aguas dan tributo,
En lágrimas dió el suyo el rey perdido;
Que, aunque salió del sol el sustituto,
Su rayo de oro, en plata convertido,
Ni ese, ni el alba, ni el siguiente dia
Al persa dieron luz de su alegría.

Bernardo, á su valor aficionado,
Divertir sus congojas procuraba,
De cuál le trajo amor á cuál estado;
Dónde á Angélica vió, le preguntaba:
Si se embarcó forzado, ó de su grado;
De qué ocasion su desamor manaba:
A quien el Rey con voz enflaquecida,
«Oye, dijo, el proceso de mi vida:

»Entre la Susiana, al oriente,
Y la áspera Carmania montüosa,
Y entre el Pérsico mar, y puesta enfrente
La helada Media, una provincia hermosa,
Persia llamada, en belicosa gente,
De la Asia es la mas rica y mas famosa,
Cabeza de mil reinos y mil reyes,
Que todos de las suyas toman leyes.

»De aquí solo á mi brazo la obediencia
Los dioses concedieron inmortales,
Y á mi cetro, mi voz y mi potencia,
Cien coronas y cetros orientales:
Mis mayores aquí por excelencia
Con riendas de oro dan leyes iguales;
De aquí Ciro fué rey, de aquí Artabano,
Jérjes, Sapor, Cabades el humano.

»Este hizo á las pérsicas mujeres
Que fuesen del comun (notable edito);
A quien sucedió en reinos y en haberes
Cósroes, su hijo, de ánimo inaudito;
Tal, que hechos de sangre sus placeres,
Barniz dió della al pérsico distrito:
Deste procedió Hormisda, Artildo deste,
Gran rey de la Cardusia, gente agreste.

»De los Axianos pueblos á Tartaria
Subió Artildo, y de aquí mi padre vino,
El invicto Agrican, cuya contraria
Luz de planeta y enemigo sino
Quitó á traicion la vida; y la voltaria
Fortuna, con el mismo desatino,
A los piés puso de un frances bastardo
La sangre de mi hermano Mandricardo.

»Mas yo daré á las suyas con la mia
Nuevo color, y al campo nuevo esmalte,
O las veré vengadas, si el que cria
En mí este brio no hace que me falte:
Este es el fin que en mis cuidados guia,
Y causa que mi horror se sobresalte,
Las veces que oye del sin luz poniente
Contar las armas y nombrar la gente.

»Son varios los agravios con que el pecho
La francesa nacion me enciende y arde,
Y los que un jóven paladin ha hecho
De nuevo á un mi vasallo, el rey Aliarde,
Que del honor de su dorado techo,
Haciendo de su espada y fuerza alarde,
A su bella Gautina, prenda amada
De su helada vejez, sacó robada.

»Y al rico camarin de su tesoro,
Por desprecio, á la cola del caballo
Rastrando le llevó un Mahoma de oro,
Que no queda valor con que apreciallo,
Sin que del pueblo arábigo ni el moro
Parte fuesen las armas á estorballo.
Dejo otros insolentes desafueros
De Orlando, el conde Dirlos y Oliveros.

»Que todos en mi alma ardiendo veo
En gustos de venganza, á todos juntos
En esto la haré, y este trofeo
A los vivos daré y á los difuntos:
Todos en mi memoria á mi deseo
Con sangre escriben del honor los puntos,
Sangre de hermano y padre, cuya fama
A ir tras la suya me provoca y llama.

»Absoluto señor, rey conocido,
Por su muerte, quedé al persiano estado,
De mis vasallos con amor servido,
Hasta de la fortuna respetado:
Viéndome mozo y de poder cumplido,
Y no de ánimo corto y apretado,
Llamado del furor y sangre ardiente,
Salí á buscar los mundos del poniente.

»Y dejando en mis reinos el concierto
Que á mi sosiego y suyo convenia,
Para embarcarme al deseado puerto,
De mis gentes cercado salí un dia;
Y al dar las velas al viaje incierto,
Todo viento por próspero tenia;
Que, como á fin dudoso caminaba,
Cualquier derrota ó viento me bastaba.

»Si el deseo de venganza me movia
A desvolver el mundo y sus regiones,
La fama que por él iba y venia,
De hazañas llena de inclitos varones,
Más me alentaba á procurar la mia
Por provincias de incógnitas naciones;
Porque es corto y mas corto cuanto encierra
Deseo que no sale de una tierra.

»Los agüeros por Társico notados,
A quien nunca engañó vuelo ninguno,
Y dos valientes toros degollados,
Negro á la tempestad, blanco á Neptuno,
El vientre y los pulmones consultados,
Desplego el lienzo al céfiro oportuno;
Zarpan las anclas, y la nao lijera
Mi patria deja, el puerto y la ribera.

»Y entre estas no ajustadas pretensiones,
El gusto en varias cosas divertido,
Desterrado á buscar nuevas regiones,
Volando me entro por el mar tendido,
Variando por diversas ocasiones
Hasta el punto que el tiempo me ha traido
A este lugar incierto, adonde el hado
El bien que me quitó tenga guardado.

»Con un templado norte, viento en popa,
Salgo del seno Pérsico volando,
Y deseoso de ver la rica Europa,
Voy la olorosa Arabia costeando:
Por entre las Cenobias y Saropa
La cuadrada Dioscórida buscando,
Dejo en el golfo Indico á Colidos,
En las nubes sus bosques escondidos.

»A Melinde dejé á la diestra mano,
Y las dos Agatocles al oriente;
Descubro á Tílos, de inmortal verano,
En palmares y olivas excelente;
La infeliz Meca y su profeta vano,
Y de Eritrio el sepulcro puesto enfrente,
Y otras mil islas ya por popa dejo,
Y á la punta me voy del mar Bermejo.

»Desde allí hasta el gran Cairo fuí por tierra,
Y bajé por el Nilo á Alejandría;
Que las grandezas que el Egipto encierra
No me pudieron atajar la mia;
Y haciéndome el deseo mayor guerra,
Que un mundo extraño y nuevo me pedia,
En el Mediterráneo mar me arrojo,
Por firme norte el rumbo de mi antojo.

»Que siempre en las regiones apartadas
Grandezas se prometen espantosas,
Aunque, despues de bien examinadas,
Iguales sean con las otras cosas:
Dejé las maravillas celebradas
Del Cairo y sus pirámides famosas,
Y deseoso entré en el mar profundo
De atravesar los límites del mundo.

»Llenas las velas de apacible viento
Apénas por el mar salí volando,
El marinero con la vista atento,
De la alta gavia el puerto contemplando,
Y el vidrioso y húmedo elemento
Con la liviana espuma blanqueando,
Cuando el sabio piloto con voz gruesa,
—Amaina, amaina, grita, amaina apriesa.—

»Un viento agudo entre una niebla envuelto,
Que exhalacion del agua parecia,
A soplar comenzó poco mas suelto
Que su primera vista prometia;
Y el mar, con esta alteracion revuelto,
Mayor disgusto que temor ponia:
Cubren las nubes de un oscuro velo
El claro dia y el sereno cielo.

»Crece la tempestad, crece el tormento,
Y el rechinar de cuerdas y alaridos;
Carga la ciega noche, carga el viento,
Cargan truenos y rayos encendidos;
Ya la alta gavia toca el vano asiento
De las nubes, ya en agua sumergidos,
En ciega confusion y horrible prueba
Aquí y allí el revuelto mar los lleva.

»Aquella noche, un dia y otro dia,
Y sin ese otros diez fuimos corriendo,
Sin ninguna ó con poca mejoría,
A la fortuna la cerviz rindiendo;
Mas cuando el ya olvidado sol vestia
De oro el mar, y de quietud su estruendo,
A su alegre bonanza en nuestros pechos
Gozosos sacrificios dimos hechos.

»En medio este ancho piélago sentada
Creta es, por el gran Júpiter, famosa,
Con cien nobles ciudades ilustrada,
De fértil suelo y gente belicosa:
Aquí á arrojarme vino la pasada
Tormenta en otra en todo mas furiosa,
Pues aquella fué cierta profecía
Desta, en que ya se anega el alma mia.

»Hace la isla un escondido seno
De seis tajadas peñas abrigado,
Con sus pendientes gajos y un ameno
Bosque en floridos cercos coronado,
Donde en llana quietud el mar sereno
Libre del libre viento está guardado:
Aquí el barco surgió, y aquí mi gente
En su arena aferrar vió el corvo diente.

»Dan fondo, amainan velas, y un lijero
Batel luego á la mar parió el navío,
Con que el pequeño pueblo forastero
Alegre se arrojó al bosque sombrío:
Sube al cielo el acento placentero,
La playa suena, el encogido brio
Cobra vigor; la deseada arena
Sale de varias invenciones llena.

»Társico en el sacar primero ha sido
Del duro pedernal centellas de oro,
En cuyo agüero por ventura asido,
El fuego horrible vió en que ardiendo lloro:
Este y aquel de pedernal nacido;
Que igual al pedernal es la que adoro:
Si aquel fué temporal, y el mio eterno,
Uno es fuego mortal, y otro de infierno.

»En la yesca arrebata una dudosa
Centella, y vuelta allí dorada brasa,
Entre la seca leña una amorosa
Llama cundiendo va, al principio escasa:
Lléganle un árbol y otro, y poderosa,
Un roble, un pino y una encina abrasa;
Lo que ántes la ahogara y consumiera,
Brio le pone y fuerza mas entera.

»Sacan el duro pan, á quien mohoso
Dejó el húmedo mar y tiempo airado,
Y el rojo y lento trigo en el fogoso
Cerco vuelven enjuto y retostado:
Hácenlo al gusto ménos trabajoso
Entre la dura piedra quebrantado:
Desabrida vianda, mesa odiosa,
Para sola la hambre apetitosa.

»Tienden un toro en la ribera amena,
Y en nuevo son y alegre atrevimiento
Las entrañas desnudan, y resuena
El arrancar los huesos de su asiento:
Da la sangre color rojo á la arena,
Y á ellos con la esperanza nuevo aliento;
Siembran las brasas de pedazos crudos,
Cercadas de asadores no desnudos.

»Cobran las fuerzas y el vigor perdido,
Sobre la blanda yerba recostados;
Olvidan el rumor y cesa el ruido,
Entre el reposo y vino sepultados:
Yo á esta sazon, de un limpio arnes vestido,
Con solo mi descuido y mis cuidados
Por la selva me entré; que no debiera,
Pues se quedaba mi ventura fuera.

»De una espesura en otra discurriendo,
No mucho anduve, que sentí rüido,
Y hácia la parte que venia volviendo,
De mil fieras sembrado vi el ejido:
Juntas y todas de un temor huyendo,
Entre liebres tambien el leon temido;
Que entónces hizo allí el comun castigo
Con el tierno cordero al lobo amigo.

»¿Has visto antiguos bosques encendidos
En roja llama á quien esfuerza el viento,
Que del fuego el estruendo y estallidos
Las fieras saca de su verde asiento,
Y á las que halla en sus amados nidos
Les da en ellos eterno alojamiento,
Y huyen del peligro, amontonados,
Lobos, corderos, osos y venados?

»Pues no de otra manera su manada
Por el espeso bosque discurria,
Y la selva no ménos alterada
Que con cercano fuego parecia:
Yo, la vista, y no el alma, sosegada,
Mirando adonde el daño procedia,
Un fiero monstruo vi, una sierpe horrenda,
Que al monte abria, quebrando pinos, senda.

»El medio brutal cuerpo tenia enjerto
Con alas de serpiente venenosa,
De la cintura arriba el talle abierto,
En feroz proporcion sombra espantosa:
De espesas cerdas ásperas cubierto,
Con rostro indigno de doncella hermosa,
Uñas y brazos de dragon tenia:
Quimera dirás que es ó invencion mia.

»No fué antojo, señor, ni falsa idea,
Bien que, á no haberlo visto, lo dudara,
Y ser hija la horrible sombra fea
De algun confuso sueño imaginara:
Sobre el mas alto pino señorea
Su fiero cuerpo y su hermosura rara,
Juntando en dos extremos su figura,
Igual con la fealdad la hermosura.

»Cual entre secas agostadas cañas
De roja mies en pérsico sembrado
Rompiendo va sus frágiles marañas
Un receloso ciervo, el cuello alzado,
Al tierno bramo con que amor le engaña,
Que no hay estorbo á pecho enamorado,
Y por lo mas cerrado y mas espeso
Mejor camino y rastro deja impreso;

»Así por la confusa selva espesa
El monstruo iba rompiendo los jarales,
Y cual turbio raudal, rota la presa,
Peñascos lleva, encinas y animales;
Y en la senda que al bosque deja impresa,
Matas, robles y fresnos hace iguales;
Ni le es del pino mas la enhiesta viga,
Que al segador la caña de la espiga.

»Si causó alteracion con su venida,
Tú, sin decirlo yo, lo habrás pensado:
Alto el cabello, la color perdida,
El miedo me llevó el sentir robado;
La voz á la garganta quedó asida,
La sangre muerta entre un sudor helado:
Si otra vista la vida no me diera,
Allí, de aquel primer temor, muriera.

»Traia, ¡oh cielo santo! he de decillo,
Entre sus corvas uñas aferrada
Una divina imágen, un cuchillo,
Que de su muerte la dejó vengada:
¡El alma en su viril tiembla en oillo!
Traia á la beldad misma robada,
Un bulto de marfil, una figura,
Que es del pintor retrato su pintura.

»¡Mi vida muerta en sus crueles manos,
Mi muerte en ellas desmayada y viva!
¡Puesta sobre sus hombros inhumanos
La firme basa en quien mi bien restriba!
¡Presa la que con lazos soberanos,
Para no rescatar, almas cautiva!
¡Mi Angélica, mi bien, mi luz, mi guia,
La fiera entre sus brazos la traia!

»Si has visto sobre un risco montüoso
La bella cazadora de Diana,
O sobre roca en mar tempestüoso
Arrojada una vírgen soberana,
O en seco roble duro y espinoso
Enredada la verde vid lozana,
Que, aunque allí su florido abril imita,
Sobre el desnudo tronco se marchita;

»Pues la imágen así de mi alegría
En los brazos del monstruo se enredaba:
Hermoso y blanco cisne parecia,
Que de algun seco tronco preso estaba;
O cual de Grecia á Persia pasó un dia,
Huyendo el que á salvarlo lo llevaba
De algun Zéuxis, un ángel bello alado,
A sus piés un dragon de oro enroscado.

»Aquí el amor me dió el primer asalto;
Aquí me cautivé de una cautiva;
Aquí mi gloria, vuelta en sobresalto,
Una muerta beldad la dejó viva;
Aquí me dió fortuna el bien mas alto,
Si lo es amar una beldad esquiva:
De entre las manos de aquel monstruo fiero
A mi pecho salió el arpon primero.

»Al principio entendí que era Diana
O alguna diosa de aquel bosque umbroso,
Que, así robada, una fantasma vana
Por caso la llevaba milagroso:
En gualdas vuelta la color de grana,
Marchitó al rostro su clavel hermoso,
Cual tierna y fresca rosa dividida
Del verde tronco que le daba vida.

»O con gritos hiriendo las estrellas,
O con desmayos muerta se quedaba:
Con sus medrosos llantos y querellas
Hasta la misma fiera se ablandaba:
Yo, que naci para morir por ellas,
Y á solo esto mi estrella me guiaba,
En un punto cobré el color perdido,
Del nuevo fuego del amor nacido.

»Pico el caballo, á quien el duro freno
Apartarlo del miedo no podia,
Que aquí y allí por entre el bosque ameno
Huyendo me llevaba y me traia:
La fiera, que me vió, en el verde seno
De un crespo pino puso á mi alegría,
Y á mí se vino, cuyo brazo fuerte
Sombra me pareció del de la muerte.

»Con la facilidad que es arrancada
De tierna mata una encarnada rosa,
Que la dama, con mano descuidada,
En su cabeza vuelve mas hermosa,
Y della nuevamente coronada,
Su descuido prosigue victoriosa,
Sin mas estorbo que bajar la mano
Y cortar el capullo mas galano;

»Así el contrahecho monstruo me arrebata,
Y por fuerza me arranca de la silla,
Y entre sus manos ásperas me trata
Cual de tierno aleli rosa amarilla;
Y ni me arroja, hiere ni maltrata,
Antes se me avasalla y se me humilla:
Dame asiento en el hombro y su cabeza
Por engañosa y frágil fortaleza.

»Creyó que bastaria aquel engaño
Para que, en su belleza divertido,
Del suyo me olvidase con mi daño,
Y me dejase aquel vencer vencido:
No sé quién me libró del lazo extraño,
Ya en su falsa beldad entretenido,
Que, vuelto sobre mí, la daga afierro
Para con sangre desteñir mi yerro.

»Por una y otra parte intento en vano
De dar rojo barniz al limpio acero,
Y es todo el fruto atormentar la mano;
Que el diamante es mas blando que su cuero:
Hasta el áspero vello queda sano,
Y no se altera ni huye el monstruo fiero;
Antes, cuanto mas trato de su muerte,
En regalos los golpes me convierte.

»En la cabeza, entre guedejas de oro,
Que coronadas de arrayan traia,
¡Milagro extraño! su mayor tesoro
En el engaño de una flor tenia:
Si un poco con la mano la desdoro,
Cebado en la beldad que en ella via,
Aun no bien la he tocado, y asombrada,
Por tierra cae la fiera desmayada.

»Vuélvese á levantar torpe y marchita,
Y en el hombro me arroja cual primero;
Vuelvo á tocarla, muere y resucita;
Mejor me trata cuanto mas la hiero:
¡Extraño combatir, guerra exquisita
De un bulto así fantástico, hechicero!
Por hija de la tierra la tenia,
Que al caer, nuevas fuerzas le investia.

»Mas, despues que me dijo la experiencia
Que era la flor la fuente de su brio,
Y que en una atrevida diligencia
El mas fértil rosal queda vacio,
Hallando de fingida resistencia
El muro principal de su desvío,
Cierro la mano, y al furor violento
Flor, guirnalda y rigor deshizo el viento.

»Cayó la fiera por el verde suelo,
Vuelta, de ágil y diestra, perezosa,
Y ya descoyuntada en mortal hielo,
Fría se halló en la tierra polvorosa:
Yo, volviendo los ojos junto al cielo,
Vi sobre un árbol mi gallarda diosa:
—Si tal fruta, señora, dan los pinos,
Con razon son los dioses sus vecinos.—

»Así le dije; y por el tronco arriba
Donde mi gloria estaba fuí subiendo;
Bajo cargado de la fruta altiva,
Mis hombros carga celestial sintiendo:
No los de Atlante (si es verdad que estriba
El cielo en ellos), ni Hércules, viviendo,
Sustentar pudo carga mas preciosa;
Que si él cargó su cielo, yo mi diosa.

»Toca con sus hermosos piés el prado,
Y valos engastando en nuevas flores,
Su pecho, no del todo asegurado,
Entre varios recelos y temores,
Teme á la fiera, á mí y al despoblado,
Señal que no sentia mis dolores,
Pues no hay corte mas bien acompañada
Que los desiertos con la prenda amada.

»Mi caballo busqué, que, temeroso,
Por la selva se entró tascando el freno,
Y poniendo á las ancas mi reposo,
Sin él me fuí, de sobresaltos lleno,
Por donde el monstruo vino, receloso
De no perderme por el bosque ameno:
Vano temor á quien su gloria nueva,
Vencido el riesgo, con victoria lleva.

»Mil regalos le dije y mil ternuras
Que el amor me enseñaba y mi cuidado;
Unas disimulaba por oscuras,
Y otras pasaba en risa y desenfado:
Contóme sus pasadas desventuras,
Los presentes desdenes de su hado,
Quién fuese, dónde y cómo la cogiera
El contrahecho monstruo y sierpe fiera.

»Dijome que era reina del Oriente,
Princesa del Catay, por quien el mundo
Mas sangre derramó y perdió mas gente
Que agua y arenas tiene el mar profundo:
Que se casó en los reinos del poniente,
Niña, con Ganimedes el Segundo,
Y que, por bello, tiene algun recelo
Que lo ha robado, como al otro, el cielo.

»Contóme que las justas pretensiones
De hallarle la traian distraida,
Y que de unas en otras ocasiones
Cautiva y sola á Creta fué traida,
Y allí, con imprudentes abusiones,
Por diosa de las flores recibida,
Donde, en honras y fiestas semejantes,
La fiera la robó dos horas ántes.

»Con estos cuentos, con la luz del dia,
A un tiempo nos faltó bosque y camino,
Y fuénos fuerza, por faltarnos guia,
La oscuridad pasar que allí nos vino:
Yo, sin dormir, velando á mi alegría,
Y el bulto contemplando peregrino,
Y ella tambien sobre el florido suelo,
De amor el uno, el otro de recelo.

»Restituyendo al mundo las colores
Que la ausencia del sol llevó robadas,
La aurora entre argentados resplandores
Sale, siguiendo á Apolo sus pisadas:
Las lozanas libreas de las flores
De varia pedrería y luz sembradas,
Brotando todo, al declararse el dia,
Gusto, regalo, gozo y alegría.

»Yo, sin dormir, que amor me desvelaba
Y el sueño me quitaba y el reposo,
Donde mi vida desmayada estaba
En un liviano sueño cuidadoso
Con silencio llegué; mas no tan brava
El áspid deja el lecho perezoso,
Como las flores ella de su asiento,
Temerosa de algun atrevimiento.

»Mas, ya de su recelo asegurada,
A proseguir volvímos el camino
Por el rastro y la senda mal trillada
Que de la horrenda sierpe el bulto vino;
Y no mucho despues, de gente armada
Un formado escuadron vimos vecino,
Que á buscar á su diosa y mi alegría,
Por el camino que íbamos, venia.

»Llegan á ver la que en el vientre horrendo
Hallar creyeron de la oscura fiera,
Y no les asegura estarla viendo,
Que aun la experiencia dudan verdadera:
Piensan que sea su sombra que, volviendo
Del cielo, aun en sus campos persevera,
Y el Rey, que entre sus ojos se abrasaba,
Viva la vía, y muerta la lloraba.

»Era Tifeo en el cretense suelo,
Aunque extranjero, rey obedecido,
A quien castigos del piadoso cielo
Traen en varias desgracias afligido;
Y entónces, por templar de su hado el vuelo,
Daba en seguir la escuela de Cupido;
Que es fuego el niño amor, y suele, puesto
Sobre la seca leña, arder mas presto.

»Llevaron, para ser sacrificada,
A Creta en un cruel altar sangriento
La Angélica beldad, en quien trocada
Mi vida, mi alma y mi memoria siento:
Vióla Tifeo en su vejez helada,
Y encendióle su vista el pensamiento;
Que el alma siempre es moza, y con antojos
Las niñas se remozan de los ojos.

»Impidió el rey cretense el sacrificio,
Haciéndolo él del alma ya rendida;
Mas, como ni uno ni otro fué propicio,
La voluntad sobró de comedida:
Si amor no da quilates al servicio
Ninguna intencion buena es admitida;
Y sean desta verdad estampa viva
Dos reyes á los piés de una cautiva.

»Libró el cretense de la muerte odiosa
Mi dulce vida, y en sus reinos hizo
Tuviese propio altar y fuese diosa;
Que esto y mas puede un amoroso hechizo:
Hasta que aquella horrible fiera hermosa
Su ciego error é idolatría deshizo,
Trayéndola en sus uñas como cebo
Para hacerme á mí idólatra nuevo.

»Habia dos años que aquel reino triste
Sobresaltado estaba é inquïeto;
Que al hado que á su gusto ordena y viste
La mortal vida todo está sujeto:
Tú, ciego amor, el instrumento fuiste,
Fiero verdugo del fatal decreto,
Que tu trato y rigor exprimentado,
A tí por mas cruel eligió el hado.

»¿Querrás saber adónde hallaron fuente
Los males que han á Creta perseguido?
¿Qué furor los crió, qué rabia ardiente?
¿A qué deidad en ella se ha ofendido?
Oye el extraño caso, advierte y siente;
Suceso es raro, mas verdad ha sido:
Ni tú lo dudarás, ni yo lo dudo:
Hízolo el cielo, que hacerlo pudo.

»De Alencastro, gran duque de Colonia,
Unico hijo y único deseo,
De la española sangre y la apolonia
Es, segun dice el mundo, el rey Tifeo,
Cuyo cristiano rito y ceremonia
De su patria llevaba al pueblo hebreo,
Cuando amor al viaje peregrino
Los pasos atajó y cortó el camino.

»Y la cretense ilustre monarquía,
Que hoy en soberbio cetro de oro enfrena,
Toda por suya se la dió en un dia,
Aunque de ley cristiana y patria ajena:
De la infanta Calipso, que regía
Su reino entónces, vió la luz serena;
Y tanto en sus cuidados pudo el vella,
Que su patria olvidó y su Dios por ella.

»Gozó su amor, y en nudo y lazo honesto,
De duque de Colonia, en rey de Creta
El estado mudó, y mudó con esto
En mas sabrosa ley su ley discreta;
Pues este noble rey, grave y modesto,
Y de Calipso la beldad perfeta,
Que hoy desde su gran reino al de la China
La fama nos la vende por divina,

»Una hija tuvieron, que en grandeza
Y beldad diosa humana parecia,
Dulcia llamada, cuya gentileza
Cuentan que á las mas grandes excedia:
De un año era la niña, y en belleza
Con todas las tres Gracias competia,
Cuando su madre quiso hacer propicios
Los dioses con devotos sacrificios.

»Un real jardin en el palacio habia,
De un bosque espeso antiguo coronado,
Que de regalo y muro le servia,
A los caseros dioses dedicado:
Era cierto rumor que en él vivia
De las ninfas el coro consagrado,
Adonde en vivas plantas escondidas,
Estrechas gozan y delgadas vidas.

»En medio del jardin, al cielo abierto
Un inviolable y sacro altar estaba,
Que lo alto de un espeso laurel yerto
Con su confusa sombra le amparaba:
De los Penates aposento cierto,
Donde ordinario incienso humeaba,
Aquí la Reina, con horrible espanto,
El altar vió temblar y el laurel santo.

»O fuese de los signos causa oculta,
O del hado justísimo decreto,
O en la divina celestial consulta
Tuviese lo interior algun defeto,
Nuevo prodigio del temblar resulta
Que el sacrificio se quedó imperfeto;
Los muertos animales, consultados,
Sucesos dieron sin pensar turbados.

»De rosas y jazmines coronada
El huerto tiene una preciosa fuente
Del tiempo sin artífice labrada,
Que al bosque fertiliza su corriente:
La fiesta no del todo celebrada,
Con el fuego el altar resplandeciente,
Calipso, con mil flores en la falda,
Aquí llegó á tejer una guirnalda.

»Y una ama honesta que á la Infanta hermosa
En el pecho abrigada entretenia,
Y con templada leche sustanciosa
Su dulce y tierna carga mantenia,
Junto al estanque una encarnada rosa,
Gravinia, que asi el ama se decia,
A la niña cortó, y el dulce oficio.
De sus desgracias fué el primer indicio.

»Cuento notorio fué sabido en Creta,
La primer rosa apénas fué cortada,
Y en rojas gotas dió y sangre perfeta
La tierra en torno el ramo salpicada:
Tembló Gravinia, y la deidad secreta
Adora que en la planta está encerrada,
Cuando al vecino bosque fué corriendo
Nuevo temblor y movimiento horrendo.

»Temerosa Gravinia, atras volviera,
Los prodigios huyendo pavorosos,
Si en el sangriento prado no se asiera,
Arraigándose en él sus piés hermosos:
Procura con dolor sacarlos fuera,
Y ellos, vueltos en lazos revoltosos,
Desnudos ya de su primer figura,
Corriendo se entran por la tierra oscura.

»Entre una bruta y áspera corteza
Escondiendo se fué el semblante airoso,
Y su antigua hermosura y gentileza
Del duro tronco huyó en bulto espantoso:
Las manos dá, furiosa, á la cabeza
Contra el tesoro del cabello hermoso,
Y de otro sér vestidos ella y ellos,
Verdes hojas arranca por cabellos.

»La tierna niña endurecer se siente
El blando pecho á que colgada estaba,
Y falto de sustancia, la caliente
Leche ya poco á poco le faltaba;
Del duro tronco la áspera creciente
Hasta el delgado estómago ocupaba:
Gravinia, allí la Reina te ayudara
Si con las fuerzas que perdió se hallara.

»Lo que pudo guardó, y á toda priesa
Cogió del árbol la primer manzana;
Y huyendo el nuevo asombro, á la Princesa
Pecho le dió y posada mas humana:
Corrió el cretense pueblo á ver la empresa
De la violenta furia soberana:
Glauro, ya sin mujer, presente estaba
Y los calientes ramos abrazaba.

»Toda dentro del árbol se escondia
La arraigada beldad, cuya belleza,
En ásperas crecientes, deshacia
Por el tronco la rústica corteza:
Ya de los labios el coral se huia;
Tiemblan los hombros, sienten la dureza,
Caen por las hojas lágrimas, y en ellas
Mil perlas son entre esmeraldas bellas.

»En tanto que la voz halló camino,
Y el nuevo sér no entró por la garganta,
Así dicen que dijo tu destino,
Hermosa niña, aquella nueva planta;
Que el órden celestial, brazo divino,
Es quien las cosas de su ser levanta:
—Si alguna fe se da á los desdichados,
Oye, Dulcia, tu suerte; oye tus hados.

»Por las deidades soberanas juro,
Que almas son ya destas calladas plantas,
Que estoy sin culpa del castigo duro
Con que ora, ¡oh hado adverso! aquí me plantas;
Y si es falso mi ánimo ó perjuro,
La aguda hacha arroje al fuego cuantas
Ramas me diere el tiempo, y sin frescura
Mis troncos cayan por la tierra dura.

»Y á ti tambien sin culpa, desdichada,
Corta suerte tu estrella te ha ofrecido;
Tierna niña, tu vida está engastada
En aquel tronco en fuego consumido:
Creta con él vendrá á ser abrasada;
Así en el cielo queda establecido:
Miéntras puedo sentir su tierno brazo,
Consentid que me dé el último abrazo.

»Y si piedad en vuestros pechos queda,
De estos mis nuevos ramos la frescura,
Del agudo cuchillo, haced que pueda
Vivir sin daño de los dos segura;
Y á la raiz que este jardin enreda
El fresco humor le dé inmortal verdura,
Sin que jamas rigor de brazo airado
Mi cuerpo deje y tronco deshojado.

»Ya la voz, ya la vista se me acaba;
Siento en los ramos irme dividiendo,
Y frio el calor que espíritu me daba,
Entre el macizo tronco consumiendo. —
Dijo; y el bello rostro que quedaba
Se fué, viéndolo todos, deshaciendo;
Helóse la garganta delicada;
La palabra quedó en la lengua helada.

»Dejó el sér y la habla todo junto
Gravinia, en árbol nuevo convertida;
Y al mas brioso, de temor difunto,
La color, el aliento y voz perdida:
La Reina al rojo altar, sin perder punto,
A guarecer en el tizon la vida
De su hadada y tierna infanta pasa,
Donde, ya ardiendo, estaba vuelto en brasa.

»Del fuego le sacó, y en agua muerto
Cobraste, oh Dulcia, nueva hermosura,
Y en un lugar seguro y encubierto
Tu vida con su muerte se asegura:
Divino ramo, pero extraño engerto,
Poner en seco tronco la ventura,
De humor y no de lágrimas enjuto,
Señal que ni promete flor ni fruto.

»Creció la Infanta, y su tizon hadado
En oro incorruptible se guardaba;
A su cruel madre fué en custodia dado,
Y no á quien mas su guarda le importaba:
A tí se habia de dar, Dulcia, tu hado,
Pues á tí sola el bien ó el mal tocaba:
Si nadie quiere ser de sí homicida,
¿Quién guardará mejor que tú tu vida?

»Calipso otra parió tras esta diosa,
Como tras de la aurora nace el dia,
Segunda en tiempo, pero en ser hermosa
A todas competencias excedia:
Otra Diana ó Vénus amorosa,
Dulcia ausente, Crisalba parecia:
Si la beldad segunda no naciera,
Dulcia fuera en su mundo la primera.

»Esto digo, señor, por relaciones
De los que oí contar el caso en Creta,
Sin disminuir ni acrecentar razones,
Ni á las suyas buscar causa secreta;
Mas no porque en humanas perfecciones
Piense que alguna iguale en ser perfeta,
Ni juntas todas, á la real princesa
Que amor me puso en la memoria impresa.

»Fué Crisalba de todos preferida
Por suerte, condicion, gracia y cordura,
Del reino y de sus padres escogida;
Que mas que esto se da con la ventura:
Dulcia, graciosa y nada desabrida,
Y en belleza un milagro de hermosura,
Faltóle dicha, y fuéron en su pecho
Los tesoros del tiempo sin provecho.

»Iguales sin igual, la soberana
Suerte cayó en Crisalba mas cumplida;
Siguió Dulcia la alegre caza ufana,
Cuyo ejercicio le quitó la vida:
Ceñida al talle y rito de Diana,
La púrpura igualmente recogida,
Y descubierto aquello que podia
Fuego ardiente volver la nieve fria.

»De la rodilla abajo descubierto,
Cual clavel sobre nieve deshojado,
El pecho de alabastro y grana abierto,
Y el un brazo y el otro arremangado:
El dorado cabello sin concierto,
Como al descuido con un nudo atado;
Un arco corvo y una aguda flecha,
Este en la izquierda, y esta en la derecha.

»Colgada de los hombros rica aljaba,
Donde sonando van las flechas de oro,
Hasta la turbia envidia enamoraba,
Que de léjos contempla su tesoro:
Así la corte en general la alaba,
Y así el palacio real, por su decoro,
Un divino pincel le dió en un rato
Desta muerta beldad vivo un retrato.

»Allí en el ademan se ve pintada,
Que al presto corzo ó jabalí seguia
En tan viva destreza, que engañada
La vista deja llena de alegría:
Cabe ella una alta haya coronada
Con despojos de varia montería,
De osos las presas, de leon los niervos,
Y cuernos duros de lijeros ciervos.

»De allí aprendí á decirte la manera
Con que siguió esta infanta su ejercicio;
Dichosa ocupacion si su hado fuera
Tanto como el amor le fué propicio;
Mas cuando el bien decir se queda fuera,
No hay suerte sin azar, beldad sin vicio;
Que subir sin ventura en esta vida
No es mas que andar trazando la caida.

»Cuentan que el dios Mercurio por el viento
A negocios del cielo abria camino,
Cuando la bella Infanta en firme aliento
Un leon flechaba sobre un pardo encino:
Siente trocado su primer intento,
Vuelto amante mortal, de hombre divino:
Tuerce la via derecha, deja el cielo,
Y ofrece todo su cuidado al suelo.

»Y no se esconde á la mortal Diana,
Tan confiado va en su gentileza;
Que sabe cierto que á la vista humana
Dulce y tierna prision es la belleza;
Y bien que su hermosura es soberana,
El cuidado le da mayor fineza;
Que para la beldad es el cuidado
Lo que la fuente para el verde prado.

»El cabello compone, ajusta el manto,
Las alas y el dorado caduceo,
Que tanto alumbran y relumbran tanto,
Que Apolo queda en su presencia feo:
Causó á la vírgen su belleza espanto,
Y el dios cumplió con ella su deseo:
Si ántes le era la caza deleitosa,
Ya le es muerte dejar la selva umbrosa.

»No escondieron los montes su delito
Por mas que acrecentó á la caza el uso,
Siendo el crecido talle el sobrescrito
De lo que allí encubierto el tiempo puso:
El mustio rostro, en su color marchito,
El de su incauta madre trae confuso;
Siente, arrogante, con dolor la afrenta,
Y mas del vulgo siente que la sienta.

»Y como la honra en nobles corazones
A toda otra importancia es preferida,
Y el sentir que anda puesta en opiniones,
Peor que muerte en una honrada vida,
Calipso abreviar quiso sus pasiones,
Beber la muerte en sola una bebida,
Y —muera, dijo, quien su honor deshonra,
Pues es muerte civil vida sin honra. —

»Saca el ramo fatal de oro vestido,
Que era de su valor la mayor seña,
Y del engaste ya dél guarnecido
Entre frágil le pone y seca leña,
Y al enemigo fuego lo ha ofrecido;
Que otra venganza tiene por pequeña:
Tres veces encenderlo intenta, y luego
Otras tantas lo hurta al mortal fuego.

»Ya lo saca una vez, y otra lo arroja;
Ya el fuego apaga, ya lo resucita;
Con lágrimas el seco tizon moja;
Ya en la brasa lo pone, y ya lo quita:
La honra y el amor en una hoja
La muerte tienen y la vida escrita;
Si lo que el uno quiere el otro niega,
¿Quién podrá componer lucha tan ciega?

»Ya el miedo del delito que intentaba
El rostro mancha de color de cera;
Ya el encendido enojo le alteraba,
Y le robaba la color primera;
Ya en cruel muerte á su hija amenazaba;
Ya se mostraba madre verdadera:
Cual inconstante nao en mar airada,
De un viento y otro aquí y allí llevada.

» Muere el amor porque la honra viva;
Sale la injusta muerte victoriosa:
Bárbaro pecho, cruel, de madre esquiva,
Si tanto estimas una fama honrosa,
Mira, arrogante furia vengativa,
Que no es honra matar así una diosa,
Ni la hace menor, sino mas ancha,
Quemar el paño por sacar la mancha.

» En la mano el fatal tronco tenia,
En su cruel intento ya quemado:
—Si de este el fuego ha de nacer, decia,
Que el triste reino dejará abrasado,
Perezca aquí tu vida con la mia
Antes que el daño llegue á ser doblado;
Que los raros principios portentosos
No prometieron fines mas dichosos.

» Es mas que el vidrio la honra delicada
Al limpio adorno de una real doncella,
De huirse fácil, de guardar pesada,
Muerte el seguilla, y muerte el no tenella:
Con mentira y verdad queda manchada;
La obra imprime y la palabra en ella;
Y aunque la mancha en la verdad se lava,
La señal queda que jamas se acaba.

» Pues yo ¿qué aguardo si en el vulgo siento
La tuya, incauta Dulcia, andar perdida
De lengua en lengua por el mudo viento,
A quien tú has dado lengua tan cumplida?
Si es ménos que tu culpa este tormento,
Todas deudas se pagan con la vida:
Si joya en tí de mas valor hallara,
En esa el yerro de tu honor vengara.

» Que el vulgo, pregonero de maldades,
En veneno convierte cuanto toca;
Ni mira ni perdona calidades,
Ni que la culpa sea mucha ó poca;
Mas juntando mentiras con verdades,
La infamia crece y el honor apoca,
Y para dar al blanco adonde tira,
La verdad hace igual con la mentira.

» Fenezca pues tu vida y mi contento,
Aunque eres digna de mayor castigo:
¿Dónde me lleva este furor violento?
Más que el amor es el honor mi amigo:
¿Soy madre, ó soy verdugo, ó instrumento
De alguna furia que sus pasos sigo?
¿Qué es del materno amor y el pecho tierno
Que un dia tu cielo fué y es hoy tu infierno?

» ¿Tan presto un solo enojo me ha robado
Mil penas y dolores que me cuestas?
¿De dulce madre el nombre regalado
De tan liviano peso es en mis cuestas?
Vive; que si el amor es el culpado,
No han de pagar tus lágrimas sus fiestas.—
Mi hija fué á decir, mi Dulcia dijo,
Y aun deste *mi* amoroso se desdijo.

» —¿Que digo? ¿Estoy en mí? Estoy trocada?
¿Creta será á una adúltera ofrecida?
¡Oh si fuera tu vida desdichada
En la primera brasa consumida!
Estuviera tu muerte ya olvidada,
Sin señal en mi pecho la herida,
Atajada tu culpa y mi pecado,
Y el presente dolor fuera pasado.

» Recibe el justo precio á sus hazañas,
Y el castigo menor, que lo mereces,
Y abrase este cruel fuego mis entrañas,
Pues que naciste allí, y aquí feneces:
Dos vidas que me debes tan extrañas
Quiero cobrar de tí no de dos veces:
Con una muerte quedaré contenta,
Pagada de dos vidas y una afrenta.

» La primera te dí cuando en mi pecho
El sér que ahora tienes recibiste,
Y la segunda, que este daño ha hecho,
Cuando librada en este ramo fuiste:
Todo queda en tu muerte satisfecho:
Muere, que al fin para morir naciste,
Y no irás sola; que este mismo fuego
Tras tí me llevará á buscarte luego.—

» Dijo; y temblando el brazo desmayado,
El rostro vuelto, que su error no viese,
El funesto tizon al fuego ha dado,
Que un gemido mortal se oyó que diese:
De la invencible llama rodeado,
Como por todas partes se encendiese,
Dulcia ignorante y de su mal ausente,
Con un nuevo calor arder se siente.

» Las entrañas el fuego le consume
Sin causa y de repente procedido,
Y aunque con su valor y brio presume
Vencerlo, queda su valor vencido.
Ya la enemiga parca se resume
En dejar el estambre dividido;
Cae en el triste lecho desmayada,
Cual tierna fruta sin sazon cortada.

» Crisalba entre sus brazos soberanos
El desmayado cuerpo sostenia;
Apriétale las suyas con sus manos,
Como quien darle su salud queria:
No juzga sus dolores por livianos,
Mas tampoco creyó que se moria:
Dulcia, perdida la color de rosa,
Así le habla y tiembla temerosa:

»—Llamarme con delgadas voces siento
Del seno oscuro de la tierra helada;
Tristes sombras cruzar veo por el viento,
Y que me llaman todas, de pasada:
Faltanme ya las fuerzas y el aliento:
Cielos, ¿á cuál deidad tengo agraviada,
Que en medio de mi dulce primavera
Con tan nuevo rigor quiere que muera?

» Siento, hermana, el dejarte, y no la muerte:
¿Qué mayor muerte quieres que dejarte?
Si me era paraíso y gloria el verte,
¿Qué gozaré dejando de gozarte?
Si el morir siento ménos que perderte,
No es porque quedas, mas por no llevarte
Donde me llaman: ¡ay, Crisalba mia,
Que es temeroso trance esta agonia!

» Sola á tí he dado cuenta de mi vida,
Sola á tí he descubierto mis amores,
Como á la secretaria mas querida
Que el cielo pudo darme en sus favores:
Si eres desta alma la mitad partida,
Si te obliga el amor á mis dolores,
Esto, ¡oh mi amada prenda! solo pido
Por alivio del paso á que he venido:

» Que si acaso aquel dios, cuya memoria
Siempre en mi alma vivirá guardada,
Llegare aquí, despues que la victoria
Mia esté por la muerte declarada,
Le cuentes con dolor mi amarga historia,
Y por fin de la muerte desdichada
Dirásle, hermana, que á este paso fuerte
Mas me mató su ausencia que mi muerte.

» Que si con estos ojos ver pudiera
Su beldad cual está en mi fantasía,
Pequeño brazo el de la muerte fuera
Para dejarme sin la vida mia;
Y si por ser mortal al fin muriera,
Muriera no tan falta de alegria,
Sirviéndome su boca de aposento
A este mi último espíritu y aliento.

» Y si es de véras dios, y no ha fingido
El encendido amor que me ha mostrado,
Hiciera al fin con su valor cumplido
Este paso y dolor ménos pesado:
Siento la muerte porque no he vivido,
Y en edad peligrosa me ha hallado,
Cuando al mundo mi vida parecia
Alegre flor al despertar del dia.

» Siento que esta semilla soberana
Que ahora viva en mis entrañas siento,
Antes de ver la luz, muerte temprana
Compre á cuenta de darle yo el sustento;
Y que la parca cruel en la hebra vana,
Antes de urdirla, dé el golpe violento,
Y en el breve morir solo le cuadre
Ser hija y heredera de tal madre.

»Siento que ya la vida se me acaba,
Y que el alma comienza á desasirse,
Y el fresco aliento que vigor me daba
Dentro del pecho en fuego convertirse.—
Así la bella Dulcia se acababa,
Cual se ve tierna antorcha consumirse,
Y Crisalba, mas muerta que su hermana,
Así le aplica una esperanza vana:

»—Vive, mi Dulcia, de temor segura;
Que no será tu mal tan poderoso,
Aunque se junte á él mi desventura,
Que de tal vida salga victorioso:
No se desdore así tu hermosura;
Que el carmesí de ese clavel hermoso
No le verá la muerte, aunque atrevida,
Por no cobrar en verlo nueva vida.

»Si el cielo me da un nudo, como puede,
Yo ligaré tu alma con la mia,
Y haré que entre las dos así se enrede,
Que sigan ambas una misma via;
Ni la mia vaya ni la tuya quede
Ausente de su dulce compañía,
Antes, iguales en ventura y suerte,
Pasen por una vida y una muerte.

»Gozarnos hemos tiempo sin medida;
No estés de lo contrario recelosa;
Y allá la muerte tras la edad cumplida,
En su lugar será pieza forzosa:
Vendrá ménos aceda y desabrida;
Que al fin es la vejez carga penosa,
Y en un mismo sepulcro venturoso
Un lecho gozarémos y un reposo.—

»Así Crisalba á Dulcia consolaba,
Y así Dulcia se estaba consumiendo,
Y aquella poca vida que faltaba
Por el aire sutil se fué huyendo:
Huyó el aliento que el vivir le daba,
Como marchita y débil flor cayendo,
La brasa consumida y acabada,
Entre blanca ceniza amortiguada.

»Si cien lenguas distintas y acordadas
El cielo á esta sazon me concediera,
Y en ellas las palabras mas limadas
Que hay en la clara discrecion pusiera,
Fueran de aliento corto y limitadas,
Si encarecer con ellas pretendiera
El dolor, sentimiento, angustia y llanto
Que en Crisalba causó el mortal espanto.

»¡Oh humana suerte de inconstancias llena,
Con quien ni vale gracia ni hermosura,
Ni el cetro real que un mundo y otro enfrena
En su misma grandeza se asegura!
No hay tiempo claro ni alba tan serena,
A quien no siga invierno y noche oscura,
Ni alegre sangre en juveniles años
Libre de riesgo y máquinas de engaños.

»Ahora el cabello enlace y la garganta
Con las perlas del mar que Arabia cria,
Y en púrpura de Tiro asiente cuanta
Riqueza el monte Imabo á Persia envia;
Ahora de la beldad que al mundo espanta
Las flores goce, y donde muere el dia
Suene su voz, y corra desde oriente
Libre de lengua en lengua y gente en gente;

»Todo ello es sombra, fábula y engaño,
Despiertos sueños de la humana vida,
Que corre y vuela de uno en otro daño
Hasta donde la muerte está escondida,
Cortando á todos de vestir de un paño,
Sin hacer diferencia en la medida;
Que son el pobre, el rico, el flaco y fuerte
Iguales á las puertas de la muerte.

»No del Tigris las ondas espumosas
Que en furiosos raudales van pasando,
Ni de Vénus las aves amorosas
En sesgo vuelo por el aire blando,
En curso igualan las humanas cosas
Que los tiempos tras sí llevan volando;
La pena sola y el dolor mas breve
Parece, adonde está, que no se mueve....»

Así iba el rey de Persia lamentando
Su larga historia, corta de ventura,
Al tiempo que tambien el conde Orlando,
Del valle de Pomier por la espesura,
A Garilo y los suyos declarando
La artificiosa enigma ántes oscura,
Con el discurso deste dulce cuento
La verdad confirmó de su argumento.

«Todas las cosas que en el mundo vemos,
Cuantas se alegran con la luz del dia,
Aunque de sus lenguajes carecemos,
Su habla tienen, trato y compañía:
Si sus conversaciones no entendemos,
Ni sus voces se sienten cual la mia,
Es por tener los hombres impedidos
A coloquios tan graves los oidos.

»¿Quién publica á las próvidas abejas
Sus sabios aranceles y ordenanzas?
Y ¿á quién el ruiseñor envia sus quejas
Si siente al cazador las asechanzas?
¿Quién á las grullas dice y las cornejas
De los tiempos del mundo las mudanzas?
Y al prado que florece mas temprano,
¿Quién le avisa que viene ya el verano?

»¿Quién sino estos lenguajes, que, escondidos,
No de todas orejas son hallados,
Mas de sus sordas voces los rüidos
Los raros hombres á quien dan cuidados?
Tan absortos los traen, tan divertidos,
Y en tan nuevas historias ocupados,
Que es fuerza en esto confundirse todos
En varios casos por diversos modos.

»Créese que del ruido que las cosas
Unas con otras hacen murmurando,
De su armonía y voces deleitosas
Las suspensiones dan de cuando en cuando;
Que en su canto y palabras poderosas
Así el seso se va desengazando,
Que el de mas grave precio se alborota,
Y el saber de mayor caudal se agota.

»Desto á veces se engendra la locura
Y las respuestas sin concierto dadas,
Sin traza al parecer, sin coyuntura,
Ni ver cómo ni á quién encaminadas:
Los árboles, los campos, su frescura,
Las fuentes y las cuevas mas calladas,
A quien llega á sentir por este modo
Todo le habla, y él responde á todo.

»Y el no entender ni oir este lenguaje
Con que el mundo se trata y comunica,
Y á su Criador en feudo y vasallaje
Eternos cantos de loor publica,
La ocasion cuentan que es cierto brebaje
Que el engaño, en naciendo, nos aplica,
De groseras raices de la tierra,
Que el seso embota y el sentido cierra.

»Mas aquel que, por suerte venturosa
Y favorable rayo de su estrella,
La voz desta armonía milagrosa
Libre de imperfeccion llega á entendella,
Al cuerpo la halla y alma tan sabrosa,
Que á todas horas ocupado en ella,
A solo su feliz deleite vive,
Y de otra cosa en nada le recibe.

»No es invencion ni fábula compuesta;
Que ya por mí este caso ha sucedido,
Llegando sin pensar á una floresta,
Junto á una cueva en un lugar florido:
Al pié de un roble, por pasar la siesta,
Al son del agua me quedé dormido,
Y una serpiente, en tanto que dormia,
Los oidos y el rostro me lamia.

»Desligóme el sentido de manera,
Que cuando desperté quedé admirado,
Porque en formando tono y voz entera,
Hablar oí las flores del collado:
Y un árbol, por historia verdadera,
Me contó que en la cueva de aquel prado
Medoro hizo á Angélica la bella,
Seis dias ántes, dueña, de doncella.

» Sobresaltéme, y escuchando atento,
El bosque sospeché que era encantado,
Y por albricias del amargo cuento,
Furioso, todo lo dejé asolado:
Partíme con un nuevo descontento,
Oyendo hablar las selvas, el ganado,
Los árboles, los rios y las fuentes,
Las piedras, los collados y las gentes.

» Esta fué la ocasion que ya algun dia
De mí el mundo creyó que loco estaba,
Porque, aunque preguntaba y respondia,
Ni el por qué vian, ni con quién hablaba;
Hasta que Astolfo, por la extraña via
De un licor peregrino que él usaba,
Me cerró, como de ántes, los oidos,
Y volvió á su concierto los sentidos.

» Pues en el tiempo que escuchando anduve
Encubiertas historias no entendidas,
Increibles son las fábulas que tuve,
Sin querer aprenderlas, aprendidas;
Y entre otros, cierto dia me detuve
En oir de unas tragedias nunca oidas
Lo que ahora quiero que por prueba quede
De lo que vale la ventura y puede.

» Y no se entienda que es cuento inventado,
De mi persona y gravedad indino;
Que, aunque de humilde cuerpo, va fundado
En caudal y discurso peregrino:
No está todo el valor en lo abultado;
Menudo es el aljófar, y si es fino
No pierde por menudo en buen consejo
Lo que por limpio gana y por parejo.

» Junto á los arruinados paredones
De la antigua Cartago llegué un dia,
Y cansado de oir lamentaciones
Que cada piedra contra el tiempo hacia,
Juzgando por las mias sus pasiones,
A la sombra de un álamo, que abria
Pomposa rueda con sus ramos huecos,
De un ruiseñor me puse á oir los ecos.

» Venía su nueva libertad cantando,
Que de una jaula de oro al libre cielo,
Burlada la prision, el aire blando
En lijero cortó y delgado vuelo;
Y las vecinas selvas convidando
De su arpado canto al gran señuelo,
Asi, cercado de aves y de espanto,
Oyendo todas, prosiguió su canto.

» —¡Oh dulce libertad! dichosa prenda,
A ningun bien humano comparada,
Sin quien del mundo la dorada rienda
Es, por mas bien que dé, carga pesada;
Ni alcázar de oro, ni bordada tienda,
Jardines, ni comida regalada,
Música, cantos, aparatos, galas,
Ricas vajillas y entoldadas salas;

» Ni los demas deleites que al sentido
El rëal cetro y su lisonja ofrece,
Todo, sin libertad, es bien fingido,
Falsa alquimia sin ley, que oro parece:
Ya en rica jaula y en jardin florido,
A quien lo mejor de Africa obedece,
Vi yo mi albergue hecho, y mi arpada
Lengua de graves reyes escuchada.

» Defendido de arqueros que por horas
La guarda hacen de mi altiva casa,
De sabroso manjar y aves canoras
La mesa puesta, y los saraos sin tasa;
Estanques de cristal, fuentes sonoras,
Y lo que á todo junto excede y pasa,
Perdido el riesgo, el miedo y la sospecha
De sutil red y de invisible flecha.

» Mas todo junto, ¡oh libertad preciosa!
Contigo ni se iguala ni te llega:
Por tu riesgo troqué mi paz sabrosa,
Y el real jardin por esta estéril vega:
Sola, entre sus deleites, una cosa
A mi gusto tu nuevo estado niega,
Que es privarme de ver la llena luna
De aquel soberbio monstruo de fortuna.

» Yo digo del feliz Rustaquio, hijo
Del bárbaro Abdelmon, humilde ollero,
Que hoy, en su afortunada estrella fijo,
De la ancha Libia vuela el cetro entero:
Solo deste en mi libre regocijo
Me falta el bien de ser su prisionero;
Que de un hombre dichoso aun las cadenas
De bienes suelen ser y gustos llenas.

» Cuando en el trato humano considero
La altiva majestad, la real grandeza
Con que un hombre avasalla un mundo entero,
Y se hace dél, á su pesar, cabeza:
La ciencia de un filósofo, el severo
Rostro de un senador, la fortaleza
De un soldado, el nivel de un arquitecto,
Y el compas de un artífice perfecto:

» La luz del sol, del mundo la alegría,
Las perlas de la mar, los granos de oro
Que en sus entrañas para el hombre cria,
Fuentes de gusto, venas de tesoro,
Mármoles, jaspes, bronces, pedrería,
Que por curiosidad, pompa y decoro
Da á sus teatros y ciudades bellas,
Y el suntuoso primor dellos y dellas:

» La religion, el trato, las maneras
De fiestas y comidas regaladas,
Prados, jardines, cazas, montes, fieras,
Músicas y pinturas delicadas:
La luz, el aire, el cielo, sus esferas,
Para el servicio humano fabricadas,
Las flores, frutas, fuentes, mares, rios,
Sus bosques, selvas y árboles sombríos;

» Y otros varios deleites de que goza
El hombre en esta vida á su contento,
Cuando la juvenil sangre retoza,
O se madura ya el entendimiento:
La salud, el linaje, la edad moza,
Que es del placer el verdadero asiento,
Y el gusto del saber; que de la cepa
Humana no hay sabor que tanto sepa:

» Cuando todo esto considero y miro,
Criado el hombre y hecho á su regalo,
Lo juzgo por feliz, y no me admiro
Que perder tanto bien tenga por malo:
Que tire del vivir, que es dulce tiro,
Y sin precio un brevísimo intervalo
De vida, en que gozar de lo presente;
Que el cuerpo muerto al fin ni ve ni siente.

» Mas cuando vuelvo á ver la humana suerte
Sujeta al tiempo y á miseria tanta;
Que cual frágil cañuela es el mas fuerte
Cedro que el monte Líbano levanta:
Cuando vecino al polvo y á la muerte
Está el dosel que mas se le adelanta,
Los miedos, sobresaltos, sinsabores,
Vejez, enfermedades y dolores;

» Y sobre todo el curso irreparable
Con que en los breves dias se consume
El bien mayor, el gusto mas durable,
Del que en su estado y fuerzas mas presume;
Hallo al hombre tan pobre, tan instable,
Que toda su grandeza se resume
En ciega vanidad, locos vaivenes
De propios males y de inciertos bienes.

» Todo es sombra, y no mas; mas donde en todo
Es digna de llamar la humana suerte,
Es en ver cuán á tiento y de qué modo
Anda el hombre en la vida y en la muerte:
Aquí le dan la mano, allí del codo,
Aquí le hacen errar, allí que acierte:
¡Oh laberinto humano! ¡cuán á ciegas
Los gustos das, ó los contentos niegas!

» De la jurisdiccion de la fortuna
Estos turbios celajes forjó el hado,
Sin que haya vista tan de lince alguna,
Que el fondo alcance á ver de su nublado:
Sola ella en dispensar su antojo es una,
Y Rustaquio Abdelmon su mas privado,
En cuyo bien jamas supo estar queda,
Hasta darle la cumbre de su rueda.

»Por todas las edades que en el mundo
Mi estrecha alma gozó vital aliento,
De fortuna favor tan sin segundo
Mi vista vió, ni en su memoria siento;
Y la larga experiencia en que me fundo
No es de un año ni dos, de diez ni ciento;
Millares de ellos son, y años perfetos
Los que el mundo ha cursado y sus secretos.

»Dejo ahora el contar cómo criadas
Las almas ya, por áspero castigo
De sus primeras culpas son ligadas
En frágil nudo al cuerpo, su enemigo;
Y cómo de uno en otro barajadas,
Siempre mudando van casa y abrigo,
Y en nueva forma y vida diferente
Eternas vueltas dan eternamente.

»Hoy suelen habitar un cuerpo humano,
Y mañana hallarse en el de un bruto:
Yo fuí primero un capitan troyano,
Despues Armodio, un noble disoluto;
Una vez fuí gigante, otra fuí enano,
Otra Lisander, un mordaz astuto;
Y dentro de Pitágoras el mudo
Al mundo hice un filósofo sañudo.

»Despues fuí rey, despues un elefante;
Tras esto la ramera Aspasia, y luego
Atenedoro, un fiel representante,
Y Epidices, cobarde orador griego:
Fuí Terpandro, gran músico y danzante
Que á la arpa añadió una cuerda, y ciego,
Olvidé los primores que sabia;
Camello fuí otra vez, gallo otro dia.

»Médico de opinion y mal poeta
En Periandro nací, y el seso lleno
De quimeras, seguí tras la imperfeta
Senda sin encontrar un verso bueno:
Fuí Epicuro glotan, fuí la indiscreta
Filomena, fuí el asno de Sileno,
Fuí Focion, hablador de dichos vanos;
Y fuí Ademedes, jugador de manos.

»Fuí Eráclito el risueño, fuí el mendigo
Parresias, fuí Diomédes el tirano,
Y entre estos varios mundos, al abrigo
De un árbol de oro fuí pavon lozano,
Puesto de la fortuna por testigo
A los ciegos discursos de su mano,
Donde, de un barajado mundo á tiento,
Los disgustos reparte y el contento.

»En medio lo poblado de la tierra
Un altísimo monte se levanta,
Que un yerto cerro y escabrosa sierra
Hasta las cumbres es desde su planta:
Su altura aquí en pomposos ramos cierra
De un árbol celestial la insigne planta,
De esmeraldas sus hojas, de oro el tronco,
Lustroso de una parte, y de otra bronco.

»Lleva por fruta y flor honras y afrentas,
Una y otra fortuna indiferente,
Y ella en sus ramos, puesta con violentas
Manos, la coge y da confusamente:
Al pié del árbol van olas hambrientas,
Sin tiento, de confusa y ciega gente
Que, por los riscos sin cesar trepando,
Unos cayendo van, y otros volando.

»En piñas de oro cae la fruta altiva,
Y coge cada cual la mas galana;
Y bien, si todas de oro caen de arriba,
Una podrida sale, y otra vana;
Unas llenas de muerte, otras de esquiva
Afrenta, y otras de honra soberana:
Este lisonjas halla, el otro honores,
Y á otro un áspid le pica entre las flores.

»De gusto aquel y de tesoros llena
Su piña coge, y al cerrar la mano,
En lugar del contento halla pena,
Y las riquezas vueltas aire vano:
Por uno, al fin, que acierta con la buena,
La suerte yerran mil, ¡oh engaño humano!
Que la fortuna, puesta sobre todos,
De un error rie los diversos modos.

»Yo aquí imitando su pomposa rueda
En la que de mis plumas componia,
Lozano pavon vuelto á la vereda
Del curso humano, fuí gran tiempo espia;
Y aunque vi allí grandezas de que pueda
Hacer alarde aquí la lengua mia,
Ni en esta edad hallé, ni en otra alguna,
Como la de Abdelmon igual fortuna.

»Muchos hay que de humildes fundamentos
Se alzaron á supremas dignidades;
Príncipes hubo cuyos nacimientos
Apénas los conocen las edades;
Pero fuéron al fin sus crecimientos
Hijos de sus altivas voluntades,
Saliéndole á ayudar en el camino,
Por esta ó la otra parte, á su destino.

»Mas Rustaquio Abdelmon, que hoy rige al mundo,
Todo es parto feliz de la fortuna;
Ella el paso primero, ella el segundo
Dió y los demas en su creciente luna;
Ni él la solicitó, ni su fecundo
Reino le debe diligencia alguna;
Que cuanta majestad goza en su altura
Todo es hinchado golpe de ventura.—

»Esto cantaba el ruiseñor al vuelo
De las aves, que oyéndole se espantan,
Que con arpadas lenguas siempre al cielo
Misterios á este semejantes cantan;
Y no sin causa; que en el mauro suelo
Así en las cosas de Abdelmon discantan,
Que de cuantos adoran en la luna
Por monstruo le confiesan de fortuna.

»Rústico hijo de un humilde ollero,
En Africa le halló su estrella un dia
Que formar el dibujo verdadero
De un hombre venturoso pretendia:
Fué de su dicha el escalon primero
Un real carbunco en quien el sol hacia
Nuevo retrato suyo, y entre peñas
El á los ojos con vislumbres señas.

»Huyendo una enroscada sierpe que arde
En sus escamas de oro el campo raso,
Que el triplicado silbo al pié cobarde
A tiempo le hizo huir medroso el paso,
Donde la rica piedra haciendo alarde
Está de su beldad, tropezó acaso,
Y al caer sin tiento en el estéril llano,
Fortuna misma se la dió en la mano.

»Y él, sin hacer de su valor estima,
Tibia la lleva y desganadamente,
Cuando á Vanicio vió, que era la prima
En presuncion de su aldeana gente:
Vióle la piedra, y vió cómo no estima
Su resplandor el bárbaro insipiente;
Que en ignorantes manos la mas fina
Perla se vuelve humilde cornerina.

»Y él, conociendo el sin igual tesoro
Que en su estrecha materia se incluia,
En cuya estimacion es pobre el oro
Y humilde la mas noble pedrería,
Guardándole á su dicha aquel decoro
Que á tan nuevo favor se le debia,
De todo su caudal se necesita
Por comprar la preciosa margarita.

»Compróla, y dió por ella su pobreza,
Y con ella quedó próspero y rico:
No sabe en qué emplear tanta riqueza;
Que el mundo todo á su grandeza es chico:
Ya del sayal le enfada la bajeza;
En brocado trocar quiere el pellico;
Sobre su estéril paja está acostado,
Y allí se sueña en tálamo dorado.

»Despierta, y confiado en su tesoro,
De pajes se rodea y de criados,
Ricas vajillas, reposteros de oro,
Del pincel de su antojo fabricados:
—El dia, dice, y la ventura adoro
Que tales siglos me tenian guardados
Para ser en la tierra sin segundo,
Pues nací pobre, y mando ahora el mundo.

»Bien en este carbunco hay dos millones:
Un grave estado compraré del uno,
Ricas preseas del otro, altivos dones,
De aparato cual otro fué ninguno;
Y aun tales podrán ser las ocasiones,
Y el tiempo en mi favor tan oportuno,
Que llegue á ser emperador potente
Desde el tostado egipcio al mauro ardiente.

»Al humilde Rustaquio, que es el hombre
Que para mí halló esta gran riqueza,
Cuando de ver mi majestad se asombre,
Daré altivo la mano á su pobreza,
O ilustre celo con honrado nombre
De criado, si alcanzare á tanta alteza;
Y no es paga excesiva al beneficio
Admitirlo desde hoy en mi servicio.

»Mia esta rica piedra de derecho
Era, como tambien ahora es mia;
Que el ollero Abdelmon en mi barbecho
Se la halló, porque tras mí venia:
Yo no tengo, como él, ánimo estrecho;
Que desde que nací ser rey queria;
Y la feliz estrella, en cuanto ofrece,
A los bríos que inclina favorece.

»¡Que nube al viso humano tan oscura
Es la fortuna, el hado y su destino!
¡Por qué rodeos camina la ventura
Cuando quiere saliros al camino!
Pobre Rustaquio vió entre la verdura
Este tesoro que á mis manos vino;
Quien entónces le viera juzgaria
Por suya la ventura, y era mia.—

»Así Vanicio, en bárbaros discursos,
Quimeras fabricaba por los vientos,
Midiendo el cielo á palmos, y á sus cursos
Dando y quitando ley y movimientos:
Tan vario, que á ser de oro los concursos
Y avenidas de vanos pensamientos
Que á su ambicion venian, ni la hartaran
Ni sus torpes locuras concertaran.

»¡Qué de Vanicios en humildes lechos
La luz contempla de la aurora fria,
Que un mar de locas pretensiones hechos,
Todas las cumplen esperando el dia;
Y en quimeras y monstruos contrahechos
Desvelan la inconstante fantasia,
No viendo que las cuentas sin dineros,
En saliendo la luz, son todas ceros!

»Abdelmon, de otra parte, en el cuidado
De cien rubios cequíes con que Vanicio
Compró el precioso globo, desvelado,
De su aldea se finge un gran patricio;
Mas la fortuna, á cuenta de su hado,
Codiciosa de dar al mundo indicio
De sus milagros, dió muestra segura
Que no consiste en trazas la ventura.

»Tenia Abdelmon por lisonjero amigo
A Almohadi, cierto árabe embustero,
De sus secretos singular testigo,
Y de su alma desnuda dueño entero:
Este en traje de paz fiero enemigo,
Deseoso de hacer presa en el dinero,
A las rüinas de un antiguo muro
Se le hizo enterrar por mas seguro.

»Y aquella noche el cauteloso moro,
De hambrienta codicia el pecho lleno,
A robar del sincero amigo el oro
Por las tinieblas fué de un bosque ameno:
Cuando, á tiento buscando el fiel tesoro,
De un frio áspid halló el mortal veneno,
Que, trocándole el curso de la suerte,
Por rubio oro le dió pálida muerte.

»Entre tanto á Abdelmon en triste sueño
Morfeo le pinta de su amigo el caso:
Despierta, y va á buscar de su pequeño
Tesoro el breve globo y bulto escaso;
Y viendo el pago que el mortal beleño
Al falso moro dió, suspendió el paso,
De la muerte medroso y la serpiente
Que aun en torno del muerto cuerpo siente.

»Mas libre con la nueva luz del dia,
Su pequeño tesoro toma, y parte
Del ardiente calor de Berbería
Hácia la mas oculta y ciega parte;
Porque en la muerte que presente vía
Teme que alguno sin razon le encarte;
Y no le aprovechó; que el oro hallado,
Que á otros suele salvar, le hizo culpado.

»Por la codicia de los rubios tejos
Seis cuadrillas salieron á buscalle,
Y una dellas bajar le vió de léjos
De una alta sierra á un encubierto valle,
Y que entre unos manglares mal parejos
Tropa alarbe le espera por roballe,
Donde vida y dineros le quitara,
Si la que á prenderle iba no llegara.

»Ya las rendidas manos en un lazo
Presas le halló la escuadra diligente,
Que á toda priesa el áspero ribazo
Saltó, y dió en los alarbes de repente;
Y ellos, en firme y en gallardo brazo,
Preso y vidas defienden juntamente,
Y al brio de sus rústicos contrarios
Varias heridas dan y golpes varios.

»Ya en porfiada batalla y cruda guerra
Los unos en los otros marañados,
Pedazos hechos, la sangrienta sierra
Caer los vió en sus faldas destrozados;
Y de ocho, dos valientes de la tierra
De Abdelmon, en mil partes lastimados,
Vivos solos quedaron, y el cautivo,
A costa de sus muertas vidas, vivo.

»Parecióles estorbo y demasía
Volver preso de allí el cautivo mozo,
O porque su temor se lo impedia,
O la codicia ó bárbaro destrozo:
Despojáronle al fin lo que traia,
Y de la selva en un profundo pozo,
Que su delito deje mas cubierto,
Lo despeñaron, y quedó por muerto.

»Dióse por tal Rustaquio desde luego,
Y trazó la fortuna su caida
Por mejor levantarle, y así el ciego
Pozo no le quitó, mas le dió vida;
Que, como quien despierta del sosiego
De un dulce sueño, el alma divertida,
A mirar comenzó por el profundo
Si vía los reinos ya del otro mundo.

»Y no del hondo infierno llama horrible
En ciego humo y rechinar sonoro
A un tibio rayo vió de luz visible,
Mas rubias masas de centellas de oro:
Volvió del todo en sí (¡caso increible!),
Y en medio se halló de un gran tesoro
Que allí la ciega antigüedad ó el hado
A su ventura le tenia guardado.

»Salia por cien torcidos escalones
La bóveda sin luz, de oro preñada,
A unos desbaratados paredones,
Fábrica en otros siglos celebrada:
Sacó el moro feliz, de los montones
De joyas, una entre otras señalada,
Un rico alfanje, cuya pedreria
Una ciudad su estimacion valia.

»Quiso en Túnez venderle á ménos precio;
Que la hambre no come perlas ni oro,
Y el espanto de joya de tal precio
A voces dió por salteador al moro:
Llévanle preso al Rey, que, con desprecio
De su ánimo rëal, quiere el tesoro,
Y por él en la torre de palacio
Cárcel le dieron y prision de espacio.

»Budebuz, rey famoso de Marruecos,
Por lo infeliz de una batalla brava,
De la alta torre en los desvanes huecos
Despojado del reino y preso estaba,
A cuyo oido los preñados ecos
Del gran tesoro que Abdelmon negaba
Llegaban, y deseó por experiencia
Ver del moro el aseo y la presencia.

»Fué cosa fácil darle gusto en eso,
Por serles cárcel una misma torre:
Hizo graves preguntas el rey preso
Al mancebo en la fama que del corre,
Y halla que en todas tiene fondo y peso,
Y una estrella feliz que le socorre
Y casi le arrebata en raudo vuelo
A levantar su nombre y fama al cielo.

»De otra parte Abdelmon, estando cierto
Ser de Marruecos rey el que allí estaba,
O fuese virtud propia, ó encubierto
Rayo de luz que su ánimo guiaba,
Al real valor, aun no del todo muerto,
Del feroz rey y su persona brava,
El preso moro se inclinó de suerte,
Que servirle ofreció hasta la muerte.

»Era prudente el Rey, y en los sucesos
Notó del moro una feliz ventura,
Y enderezar con ella sus aviesos,
Más que furor, le pareció cordura:
Quiso el rigor templar de sus excesos
Con arrimarse á senda mas segura,
Y miéntras su fortuna no serena,
Valerse en sus azares de la ajena.

»Descubrióle su pecho, y él, gozoso,
En firme confianza se prefiere
De dar la mano al Rey; que un venturoso
Con cuanto intenta sale y cuanto quiere:
Contentóse el de Túnez, codicioso,
Con su alfanje feliz, sea cúyo fuere,
Dando á su dueño libertad, y en ella
Cumplidos los furores de su estrella.

»Al Rey despues en su prision esquiva,
Con sutil artificio, por su mano
Seguro le escaló la torre altiva,
Y libre le sacó del rey tirano;
Y en su escondida cueva, entre la viva
Luz del tesoro, le escondió ufano,
Cuya inmensa riqueza despues pudo
De armas y gente armar al rey desnudo.

»Hizo su general el despojado
Al fiel Rustaquio, y él con su ventura
El reino recobró, y le dió el estado
Con mayor cetro y silla mas segura:
Que no se contentó de ver ganado
Lo que halló perdido; mas en dura
Sujecion puso yugo y quitó leyes
Del africano suelo á treinta reyes.

»El suyo, agradecido á sus servicios,
Ya con paterno amor y fe sincera
En dulce premio le ofreció propicios
Los brazos de Aja, su única heredera,
Pagando con los mismos beneficios
Que obligado se halló, y desta manera,
De humildes padres, le hizo el alto cielo
Gran Miramamolin del libio suelo.

»A Vanicio, en sus trazas y su cuenta,
Diverso fin le dió la incierta suerte,
Que entre la paz y la codicia hambrienta
Le dieron, por robar la joya, muerte;
Y sus vajillas, pajes y su renta
Con él la tierra en polvo los convierte:
¡Tan incierta es como esto y tan oscura
En los humanos casos la ventura!»

ALEGORÍA.

En Angélica, perseguida de Vénus y de Alcina, que significa el afecto sensual, se muestra que por irle faltando con el tiempo la flor de la juventud, era fuerza que tambien en los ojos que la vian fuese faltando el deleite que ántes causaba, ó porque el honor, significado por Angélica, es siempre perseguido y amancillado de la sensualidad; y así, á los que los van siguiendo con pensamientos no tan limpios y castos como convenía, al mejor tiempo les falta el viento, y perdiendo la honra, se quedan en calma.

El tizon hadado de Dulcia, apagado con agua por mandado de su ama, cuyo espíritu le profetiza su vida y muerte, son las tres cosas que concurren en la generacion, es á saber: calor, humedad y espíritu; y su muerte significa lo poco que hay que fiar en la juventud, salud y hermosura del cuerpo humano.

En la novela de Orlando se ve la trabazon y correspondencia que todas las criaturas tienen con su principio, y cómo todas son pregoneras de su Providencia divina.

En el canto del ruiseñor se muestra cómo de los bienes humanos el mas precioso es la libertad; y en los sucesos de Rustaquio Abdelmon, de qué pequeños principios nacen las majestades del mundo, y cuán poco valen los discursos de la prudencia humana donde no favorece la divina.

LIBRO DUODECIMO.

ARGUMENTO.

Roba Garilo á Orlando y á sus compañeros, y quedándose ellos vueltos estatuas de oro en una sala encantada, él se va triste y solo á dar en una cabaña de un pastor: reconoce el alcaide de Sansueña á Roselio por su hijo, el cual, refiriendo el discurso de su vida, cuenta la gran penitencia que el rey don Rodrigo hizo despues que perdió á España, con el origen del cabo de San Vicente, y la desgraciada tragedia de Broacel y Glaura.

Así siguiendo el ingenioso Orlando
Su opinion fué y su cuento peregrino,
Concluyendo en lo uno y otro cuando
El dia en su luz y el sol en su camino;
Y el astuto Garilo, que en el blando
Discurso á su jornada robó el tino,
De un intricado bosque en la espesura
Se los dejó, y halló la noche oscura.

La catalana astucia, el bosque ciego,
La oscura noche y el faltarles guia,
A otorgar les forzó el dañoso ruego
De la traidora cautelosa espía;
Y un caido alcázar que del tiempo el fuego
Convirtiendo iba ya en ceniza fria,
En sus rotos desvanes sin abrigo,
El que no tiene ofrece á su enemigo.

Fuése la noche entre quietud y sueño
Y sabrosos olvidos de cuidados,
Y al levantarse el dia con risueño
Semblante y ojos garzos y dorados,
El castillo hallaron sin su dueño,
Y los que en él estaban despojados
De arneses unos, y otros de vestidos,
Y á un modo en mil maneras ofendidos.

Suben á lo alto de una antigua torre
Por descubrir lo que en el campo habia,
Cuando, á la lonja que á la puerta corre,
Guardarla un hombre armado parecia:
El Conde altivo, que su arnes recorre
Y el brioso Brilladoro, en quien venia,
Más del desprecio que del robo hecho,
Fuego lanza la vista y rabia el pecho.

Cual espumoso rio que, deshecha
La presa que enfrenado le tenia,
Furioso rompe, y por la puerta estrecha
Lo mismo saca que ántes le impedia,
Y no de sus riberas se aprovecha,
Antes furioso dellas se desvia,
Y de verse oprimir mas enojado,
Lleva entre los pesebres el ganado;

Bien así la ira del frances caudillo,
Viéndose despreciado de un villano,
No una almena le tira ni un ladrillo;
Mas, furioso, con una y otra mano
La alta torre trastorna del castillo,
Que á estremecer bajó su estruendo el llano,
Donde, si Brilladoro no huyera,
Muerto de un golpe y enterrado fuera.

Medrosos unos, y otros admirados
Del ademan con que á vengar sus quejas
Muros envia, torres y tejados,
Los hombros encogieron y las cejas;
Y el torreon, con sus mármoles labrados,
Con las molduras todavia parejas,
Así se via entre árboles plantado,
Que nacer parecia do aquel prado.

Garilo, que estar vivo cree apénas,
Al pié temblando del frances trofeo,
Y que tras él se vienen las almenas,
Como tras de la música de Orfeo,
La sangre y brio se le heló en las venas;
Y arrepentido de su mal deseo,
Hierro al caballo mete en los costados;
Que el miedo hace ginetes extremados.

Corrió una legua sin llamarle el freno,
Y aun allí alguna almena le hallaba,
Que, como rayo á quien le falta el trueno,
Tras él venía volando y le alcanzaba;
Hasta que en un espeso bosque ameno,
Donde su oculta gente le esperaba,
Se entró, y quedó de Orlando el brazo duro
Arrojando tras él deshecho el muro.

De los demas franceses despojados
La burla mas ó ménos celebrada,
Dellos furiosos, dellos reportados,
De unos reida, y de otros suspirada:
Por entre antiguos mármoles quebrados
De la arruinada torre desmochada
Que el Conde abrió, y una encubierta escala,
La luz les hizo señas de una sala.

Antecámara de otra parecia,
A cuya puerta estaban dos candados,
La arquitrabe y molduras de ataujia,
Aunque ya de matices deslustrados:
Las puertas de marfil y pedreria,
Los pilares de pórfido labrados,
Y en el témpano, encima el frontispicio,
De la avaricia entretallado el vicio.

Puesto en las ondas del estigio lago,
De sed el infeliz Tántalo ardiendo,
Muriendo por tomar dellas un trago,
Y por no le tomar tambien muriendo;
Que deste injusto vicio es justo pago
Vivir deseando lo que está temiendo,
Y tener las riquezas, sin gozallas,
Para solo el tormento de guardallas.

Viendo puertas con tantas cerraduras,
No hubo frances que no alargase el paso,
Por si hallara, detras de sus pinturas,
Los tesoros de Midas y de Craso,
O algunas armas, ropa y vestiduras
Para remedio del presente caso:
Llegan, y á dos vaivenes dan, sin duelo,
Con puertas y candados en el suelo.

Y todos en monton confuso entrando
Por la sala, temblar se vió el castillo:
No iba con ellos el prudente Orlando,
Aunque bastó el rumor á divertillo,
Donde en el muro estaba fulminando
Con duras rocas al gascon caudillo,
Y la sala quedó cual de repente
Los techos borda el sol del rojo oriente.

De blanco mármol con relieves de oro,
O era labrado ó serlo parecia,
Y entre mosáicos lazos por decoro
Un oriente de varia pedreria:
De acuñados escudos gran tesoro,
Montones hecho, por el suelo habia:
Si en la hidrópica sed del oro hubiera
Fin y tasa, esta sala se le diera.

Alguno en su pajiza cama echado,
A quien necesidad quitó la cena,
Rico durmiendo, y pobre desvelado,
Su choza vió de igual tesoro llena;
Y de quien la noche ántes fué olvidado,
Solo que sueña poco le da pena,
Llenando grandes sacos de oro ardiente,
Que en sombra volverá la luz siguiente.

Bien así á la francesa gente avino
El bello camarin de la riqueza,
Donde apénas dió lumbre el metal fino,
Cuando á todos rindió su fortaleza;
Y llevados en ciego desatino
De la hambrienta codicia sin pereza,
Todos, en dando un paso en el tesoro,
Vueltos quedaron en estatuas de oro.

Llegó á la sala el Conde en el instante
Que ya perdian el sér los delanteros,
Y él, sin osar mover el pié adelante,
La codicia perdió de los dineros;
Y á ellos en lo insensible semejante,
Sin sentido quedó y sin compañeros,
Tan absorto en la máquina que via,
Que otra estatua como ellos parecia.

No sabe si ellos ó él está encantado;
Porque si ellos lo están, él lo parece:
Maldice y culpa su contrario hado,
Que tanto sus intentos aborrece;
Mas el suceso bien considerado,
«El pago, dice, tiene que merece
Su locura; que gentes avarientas
Hechas estatuas de oro están contentas.

»¡Oh cómo el interes del oro estraga
Al alma el gusto, al cuerpo los sentidos!
Un hombre entero su ambicion se traga,
Y en los respetos los mejor nacidos:
Así su vino turba, así embriaga,
Que, cual Circe, los deja convertidos
En fieros brutos de ánimos atroces,
O sorda estatua al cielo y á sus voces.

»Entre la negra lama y turbia horrura
Del Aqueronte lago, está en tormento
Un espíritu triste en noche oscura,
Seco de hambre, y de calor sediento:
Con el agua á la boca, que procura
Entrarse dentro dél, y él sin aliento,
Temiendo descrecer el rio un trago,
En pena eterna está en su eterno amago.

»No en vano, por blason desta su ciega
Dorada sepultura, el mármol tierno
Da retratado, al que á su puerta llega,
Este antiguo vecino del infierno.
¡Oh avaro inútil, que, en confusa brega
De ayuna hambre y de temor eterno,
Pasas la vida y gozas de sus bienes,
Como los que te faltan, los que tienes;

»La noche toda sin dormir, velando
Los sin fruto acuñados sacos de oro,
A quien tocar de miedo estás temblando,
Porque no hable su metal sonoro!
¿Qué importa estar, oh idólatra, mirando
Que tus cofres de acero en su tesoro
De Libia guarden las riquezas juntas,
Y aren tus campos fértiles cien yuntas?

»¿Qué importa que la cueva de Arimaspes
El oro con que al mundo desafia
En tu casa trastorne, y el Hidaspes
Cuantas drogas por él la Misia envia?
¿De la fria Scitia los vetados jaspes,
O el metal rojo que en su arena cria
El Ebro, el Indo, el Gánges, el Pactolo,
Y mas que todos cuatro el Tajo solo?

»¿Qué importa que del rojo mar la espuma,
En perlas vuelta, te la dén sus playas,
Y del rico Quinsay una gran suma
Por ambos mares á tus puertas trayas?
Qué importa que en los ceros de tu pluma
Se encierre el Tíbar, y por tuyas hayas
Cuantas masas derriten y dan, llenas
De espanto, los respaldos de sus venas?

»¿Si al fin, temblando en medio tu tesoro,
Al rostro enfermo de la hambre ayuna
Triste te rindes, y en cuitado lloro
De imprudente condenas la fortuna,
Que te dió á tiento tantas cargas de oro,
Mas sin fruto, cual blanco de la luna,
Pues estar en tus cofres es lo mismo
Que el no haberlas sacado del abismo?»

Dijo; y mil trazas prueba, por si alguna
Divertirlos podrá de aquel tormento;
Mas no le acude á su intencion ninguna;
Que el oro es poderoso encantamento;
Y viendo tan trocada su fortuna,
«¡Oh cielos, dice, que en mi daño siento
No haber cosa en los hombres ménos cierta
Que el dia mas vecino á nuestra puerta!

»Dísteme la victoria de Girona,
Y esta noble y burlada compañía,
Con quien, dejando el campo en Carcasona,
Ayer solo á buscar placer venía:
Hallo menospreciada mi persona,
Robado, triste, á pié, solo, sin guía,
Mi gente á riesgo en medio esos desiertos,
Y al parecer mis compañeros muertos.

»Mas, si es órden del brazo soberano
Que el mar enfrena y las estrellas rige,
Él es el dueño; corra de su mano;
A su cuenta está todo: ¿quién me aflige?»
Así decia el senador romano,
Y así de su imprudencia se corrige,
Buscando modos para ver si puede
Hacer que allí su compañía no quede.

Mas si asir con un lazo procuraba
La estatua que mas cerca parecia,
Apénas el cordel dentro llegaba,
Cuando una sierpe de oro se volvia;
Y del pedazo que de fuera estaba
Su encanto la troncaba y dividia,
Y en metiendo una vara por la puerta,
La mitad de oro parecia enjerta.

Así de Etna en los hornos encendidos,
Donde su bronce el cíclope derrite,
Los robles caen en brasas convertidos,
Que con el oro su color compite;
Y de los ramos de otro sér vestidos
Hace que el tronco se desgaje y quite,
Y que lo que ántes era haya ó pino
El lustre herede del metal mas fino.

Cansado el Conde de trazar al viento
Cosas que todas le salian en vano,
El castillo dejó y su encantamento,
Y á pié se entró por un florido llano,
Por compañía solo su tormento;
Cuando de lo alto de un collado enano
Un humo descubrió y paredes viejas,
Cabaña humilde de un pastor de ovejas.

Habia llevado de su error la pena
Tres dias sin comer, desalentado,
Perdido el tino por la selva amena,
Y mas que en ella dentro, en su cuidado,
Sin gusto, el alma de congojas llena;
Cuando arribó, confuso y destrozado,
Ayuno, sin espíritu ni aliento,
Del rústico pastor al fresco asiento.

Al rebaño llegó, que unos ribazos
Subia en las verdes faldas de un barbecho,
Y un merino carnero entre los brazos,
A la estrecha cabaña fué derecho,
Y á medio asar se le comió á pedazos,
No del todo en su hambre satisfecho;
Antes temió el pastor, por lo que vía,
Que tras él los demas se comería.

Dióle al deseo de reposar el prado
Florido lecho, un césped almohada,
Y á un flojo cuerpo del calor cansado
Las flores son alfombra regalada,
Y el sueño y el descanso deseado
Vianda sin mas salsas sazonada;
Que aquel cansancio que en los miembros anda,
Del suelo duro hace cama blanda.

Al fresco silbo del templado viento,
Que entre álamos y alisos bulle ufano,
El sueño le borró del pensamiento
La antigua pena con sabrosa mano...
Cuando en Sansueña el noble alcaide, atento
A conocer el preso moro anciano,
«Este es, con nuevo sobresalto dijo,
El robador de mi perdido hijo.»

Y como en triste llanto se disuelve
Sin dar respuesta, en confusion metido,
Con la medrosa vista le revuelve,
Y del doncel le preguntó perdido;
A qué fin le hurtó, cómo le vuelve,
Y adónde hasta ahora le ha tenido:
A quien con miedo, sobresalto y lloro
Así le respondió, temblando, el moro:

«Mi muerte veo, señor, y no tu hijo:
Yo le robé en un ciego bosque umbroso,
Acaso sin pensar; pero bien dijo
Quien la ocasion llamó ladron forzoso:
No previne caverna ni escondrijo,
Ni flacas postas en que huir medroso;
La suerte me llevó por los cabellos,
Sin procurar sus lances ni entendellos.

»Saliendo tú en Miduerna á caza un dia
Con el rey Casto, y él con su sobrino,
Con él tu hijo, y yo en su compañía,
Una nublosa tempestad que vino
La caza nos deshizo y la alegría,
Y á los dos nos llevó fuera de tino
Por entre incultos montes y vallados,
Dos dias, sin ver por dónde, derrotados.

»Hallé al tercero un hato de pastores,
Y allí, tomando lengua, vi que estaba
Diez leguas de Miduerna y de sus flores;
Que, pensando acercarme, me alejaba:
¿Quién halló esclavo fiel á sus señores?
¿A quién la servidumbre no le agrava?
¿Quién no quiere ser libre? Quién procura
Quitar de sí, para otro, la ventura?

»Pidióle á la ocasion luego el deseo
Mi libertad á costa de la ajena,
Y al fin, por no hacer largo rodeo,
Pues ya mi historia para nada es buena,
Huyendo, desde aquí empecé á ser reo,
Y desde aquí mi culpa me condena,
Si el apetito natural es culpa,
O en mi delito puede haber disculpa.

»A Valencia, de aquí, me fuí derecho,
Y á tu hijo llevé en mi compañía;
Que le hizo mas daño que provecho
La desleal aficion que en él tenía;
Y viendo el no pensado yerro hecho
Con quien igual satisfaccion no habia,
Al rey Abdalla se le dí por paje,
Con la cuenta y razon de su linaje.

»Él le crió en su corte y su palacio;
Yo desde allí á vivir vine á Toledo:
No sé de aqueste tiempo en el espacio
Qué sea dél; solo esto decir puedo.»
Y con triste semblante y rostro lacio
Esperando la muerte, estuvo quedo,
Sin mirar á Roselio, de turbado,
Ni conocerle, por estar mudado.

Pero su padre, á quien la sangre ardiente
Ya la verdad del caso le decia,
Llorando de placer, en su alma siente
Lo que decirle nadie no sabia;
Y con gusto abrazando tiernamente
Al que por muerto en su opinion tenia,
Cuenta le pide ya con regocijo
De sus desgracias, y el mancebo dijo:

«Los trabajos, señor, en la memoria
Tienen otro sabor que en los sentidos;
Que la pena acabada es toda gloria,
Y los pesares buenos para oidos;
Y así, los casos de mi nueva historia
Volverán el deleite, referidos,
Que otro tiempo quitaron: oye atento
El extraño suceso de mi cuento.

»Desde que á las ventanas de la vida
De la razon llegó la luz primera,
Comenzando á aclarar con su venida
De la niñez dormida la ceguera,
Al primer escalon de mi subida
Me conocí cautivo de manera,
Que quiso la ventura que perdiese
Antes la libertad, que la tuviese.

» Bien que un tibio recuerdo me quedaba,
No de mi patria, padres ni parientes,
Sino de un no sé qué que me avisaba
Haber venido allí de extrañas gentes;
Mas luego con el gusto se olvidaba,
Solo atento á gozar de los presentes
De la corte de Abdalla, en quien tenia
Padre, patria, regalo y compañia.

» Tiene Abdalla el gobierno de Valencia
Con dominio tiránico usurpado,
Aunque por propia sangre y descendencia
Le quieren otros dar el principado,
Y que sea el cordobes reino su herencia,
Y el intruso tirano rebelado
Aliatan, que hoy le goza y pone leyes,
Guerreando en razon desto ambos los reyes.

» Son grandes las cautelas y los tratos
Que Aliatan y los suyos han movido
Contra Abdalla, y no ménos los recatos
Con que desto en Valencia se ha vivido:
En cierto cuartel suyo, por contratos
De gabela y servicio mal pedido,
Y otros tributos graves y tiranos,
Vivian como en prision ciertos cristianos.

» Allí del segoviano San Vicente,
A quien Daciano dió por mortal vida
Corona eterna, en un lugar decente
Tenian cuerpo y parroquia conocida,
Donde acudia de la cristiana gente
La mas noble, devota y corregida,
A un convento debajo del auxilio,
Reglas y vocacion del gran Basilio.

» Era Mauril prior deste convento,
En sangre ilustre y en costumbres santo,
Cordobes en honrado nacimiento,
Y en nobles pundonores otro tanto;
De Aliatan primo, en cuyo fundamento
El Rey quiso intentar, con todo cuanto
Calor le fué posible, un trato doble
De gran riesgo, á no ser Mauril tan noble.

» Está el convento al valenciano muro
En un fuerte lugar incorporado,
Para cualquier traicion paso seguro
Si los de dentro venden el cuidado:
Este intentó Aliatan comprar, seguro
Que Mauril, por pariente ó por privado,
Gustaria de venderle, y desa suerte
Daria á Valencia saco y al Rey muerte.

» Mas, si eran mármol las demas almenas,
Aquellas halló el Rey que eran diamante,
De mas lealtad que de argamasa llenas,
Y el monje cordobes en ser constante:
Esto en gran riesgo se trataba apénas
Con el secreto y término importante,
Y Hambroz corria la costa con su armada,
Por si se hallase á la traicion entrada.

» Mas Berberuz, un moro su adversario,
Que de Valencia la opinion seguia,
Venció y quitó la vida á este corsario,
Encima el puerto Caridemo, un dia;
Y ahora alguno del bando del contrario
Descubriese el intento que traia
Hambroz, y la secreta inteligencia
Con que pensaba echar gente en Valencia;

» O que por otra via y otro modo
El peligroso trato se entendiese,
Su inocencia mostró el cristiano godo
Cuando no fué posible le valiese;
Que nunca en el descargo se cree todo,
Por mas que la verdad se ajuste y pese;
Porque es disculpa al fin, y la disculpa,
O mucha ó poca, presupone culpa.

» Quedó el Rey con sospechas y recato
De Mauril, que no pudo descargarse
De no haber descubierto á tiempo el trato
Que en la misma traicion podia vengarse:
Fué creciendo, tras esto, cada rato
La fama que Aliatan viene á juntarse
Con los cristianos, y otros que en Valencia
Por contrato le han dado la obediencia.

» Y aunque nuevas de vano fundamento,
Pudieron con el suyo dar cuidado,
Y ocasion á un tirano mandamiento
Contra el opreso pueblo baptizado:
Que dentro de diez dias mude asiento
En la ley ó en el reino y que pasado
El término, se prenda por esclavo
Quien no llevare el bando real al cabo.

» Fué grande el repentino sobresalto
Que en la rica ciudad causó este edito;
Porque irse era perderse, y quedar falto
En la ley de su Dios, mayor delito:
Si alguno se iba, en popular asalto
En él daban los moros, y por rito
De su Alcoran y secta mal nacida,
La hacienda le quitaban y la vida.

» Como hambrientos sabuesos, que al que llega
Humilde á demandar limosna al rico,
Su importuno y confuso aullar le niega
De la mesa alcanzar un vil zatico;
Y si, huyendo su enfadosa brega
Y aquel rabioso arremangar de hocico,
Da la vuelta, arremeten denodados
A dar con rabia en el sayal bocados;

» Así á los valencianos los moriscos
Con sus denuestos tratan y baldones,
Y ellos por quiebras huyen y por riscos
De su misma hacienda y posesiones;
Que cual hambrientos lobos que en apriscos
Los corderos destrozan y vellones,
En hacienda y persona la ira aceda
Muestran en el que va y en el que queda.

» El santo abad Mauril, contra quien junta
Toda esta nube y tempestad llovia,
Viendo que á sola su persona apunta
Y á su humilde y devota compañia,
Haciendo della una medrosa junta,
Propuso el riesgo en que su estado via,
El rigor del tirano, su inclemencia,
Y la morisca bárbara insolencia.

» Y viendo urgente y sin reparo el daño
Que el cielo les envia por recuerdo,
Del sueño de su culpa y desengaño
Mundano sale de comun acuerdo
Que huir del propio para el reino extraño
Es en tal ocasion de ánimo cuerdo,
Y discreta ganancia echar perdida
La capa al toro por salvar la vida.

» Y que cuando otro bien ni causa tenga
Esto, mas que librar al gran Vicente
De un segundo Daciano, y que no venga
Su cuerpo á manos de la maura gente,
Que en hacer dél escarnio se entretenga,
Es sano acuerdo y causa suficiente
El ponerlo por obra, dando todos
Para este intento los mejores modos.

» Al fin salen de acuerdo de embarcarse
Con la santa reliquia al dia siguiente,
Y del nocturno luto aprovecharse
Con traza oculta y paso diligente:
Ya el sueño comenzaba á descolgarse
Con su quietud hácia la humana gente,
De las estrellas, que de en medio el cielo
Rayos llovian de silencio al suelo;

» Cuando los santos monjes, ocupados
En huir del reino y la ciudad tirana,
A dos barcos que estaban aprestados
Llevan su mueble y prenda soberana:
Yo el alma y los sentidos sepultados
En un pesado sueño y sombra vana,
Sobre la blanda pluma de mi lecho
Retrato estaba de la muerte hecho.

» Allí en trágico, horrible y triste sueño
La confusa ciudad soñaba arderse,
Y todo el real alcázar con su dueño,
Sin culpa mia, sobre mí romperse;
Cuando á este punto vi en rostro risueño
Un santo bulto cabe mi ponerse,
Así hermoso y de alegre luz vestido,
Que solo le pudiera ver dormido.

»Como el que con los ojos de repente
Dió en las medallas del dorado techo,
Que con la húmeda luz resplandeciente
De la luna está una ascua de oro hecho,
Si ántes le iba á tragar una serpiente,
Queda, viéndose libre, satisfecho;
Así yo me hallé, y así me avino
Llegando á mi aquel bulto peregrino.

»Conocí luego el rostro soberano
De mi abogado mártir San Vicente,
Que muchas veces ántes no con vano
Cuidado en su sepulcro vi presente;
Y asiéndome la mia con su mano,
—Huye, hijo, me dijo, diligente,
La odiosa tierra y servidumbre triste
Si ya te deseas ver donde naciste.—

»Sobresaltóme el sueño, y temeroso,
De angustia lleno y de sudor, despierto,
Y en mi sentido vuelto, un doloroso
Suspiro me dejó el cabello yerto:
Salté del blando lecho receloso,
Y en el bulto encontré de un hombre muerto,
Que entre un gemido y otro, en aquel punto
Alma rendia y aliento todo junto.

»Llegué en turbado y temeroso paso
A conocer el bulto, y vi tendido
En un sangriento lago (¡extraño caso!)
Del rey Abdalla al príncipe querido:
El gallardo Algaicel al cielo raso,
De una estocada el corazon partido,
El alma me pasmó; el cabello yerto,
Por un rato á sus piés me quedé muerto.

»Mas, vuelto sobre mi con mas recato,
El peligro miré en que estaba puesto,
Muerto á mis piés del príncipe un retrato,
Y del alcázar en quietud el resto:
Yo solo á ser del alevoso trato,
Sin culpa alguna, el agresor dispuesto,
¿Quién me salvará el riesgo de la vida
Si doy el muerto, y no al que fué homicida?

Comencé á discurrir por cuál camino
Entrar pudo ó salir el delincuente,
Cuando, á tiento y sin ver dónde camino,
Del real jardin me hallé cabe una fuente;
Y entre la turbacion y el desatino,
De un postigo la puerta vi patente,
Por donde vi que del suceso extraño
El sin piedad autor metió el engaño.

»Y á mejor confirmar la incierta duda
A la vecina playa salí atento,
Buscando el rastro entre la sombra muda,
Cuando oí de cerca apresurado aliento:
Este es, dije, el traidor; y con desnuda
Espada y no advertido arrojamiento
Al bulto me llegué, y en voz valiente,
—¿Quién sois? le pregunté; tenéos, ¿qué gente?—

»Hallé un coro de monjes que llevaba
Un ataud al vecino mar cargado,
Y Mauril, que rezando los guiaba
En tono grave y paso moderado:
Yo, viendo que de mí se recataba,
En mi primer sospecha confirmado,
Tan cargado me vi de desconcierto,
Que pensé que iban á enterrar mi muerto.

»Conocióme el abad Maurilo, fuese
En la voz, ó lo que es de creer mas sano,
Mi venida en espíritu supiese;
Que á un amigo de Dios todo le es llano;
Y humilde,—oh mi Roselio, dijo, cese
El brio sin causa de tan noble mano;
Que el cielo, y no otro brazo de enemigo,
Es quien al reino ha dado este castigo.—

»Fué causa el monje de mayor espanto
Con su vista y palabras no entendidas,
Hasta que entre el sonoro humilde canto,
—No es salvar todo, dijo, humanas vidas;
Que las reliquias deste mártir santo,
Aunque en esta urna estrecha recogidas,
A salvar nos obligan su tesoro,
Del cielo digno, y no de un pueblo moro.—

»Así dijo; y á mi alma la memoria
Lo que ántes entre sueños visto habia,
Y del sagrado mártir la notoria
Merced que á cuenta de quien es me hacia,
Sacándome del riesgo con victoria,
Riesgo mortal que á dar en mí venia,
Su santo cuerpo adoro, y el cuidado
De mi le dí, y con él me hallé embarcado.

»Cien cristianos, sin niños ni mujeres,
Dentro hallámos ya de dos navíos,
Que con su pobre mueble y sus haberes
Huian del reino infiel los desvarios;
Y ántes que con dorados rosicleres
El alba tiña sus plumajes frios,
De un fresco viento en vuelo arrebatados,
El espumoso mar nos vió engolfados.

»Mas apénas la luz del nuevo dia
El oriente sembró de rayos de oro,
Y la enemiga tierra que huia
La vista nos quitó del pueblo moro;
Cuando una oscura nube densa y fria,
De aire impelida con rumor sonoro,
En medio nos cogió, trayendo llenos
De ciega tempestad los turbios senos.

»Tres dias fuimos sin luz confusamente,
O tres noches en una, si hubo en ella,
O pudo haber entre la humana gente,
Dia sin sol y noche sin estrella;
Y al cuarto, cuando el alba en el oriente
Su nueva tez mostró rosada y bella,
De léjos vimos las alegres cumbres
Del puerto de Marbella y sus alumbres.

»Del crespo mar el áspero camino,
Tan breve hecho en temporal tan vario,
Del cielo pareció favor divino,
A quien nunca sopló viento contrario:
Ambos leños á un tumbo cristalino,
Como asidos de engace voluntario,
A una surcan la mar sin riesgo, llena
De ocultas rocas y mudable arena.

»Y aunque era sin quietud ciega tormenta
De viento y agua en que íbamos metidos,
En otra iban mayor y de mas cuenta
Mi memoria turbada y mis sentidos:
De mi vida los riesgos, la violenta
Desdicha de Algaycel, los no entendidos
Fines de mi viaje, y dónde el viento
A dar iria á nuestro curso asiento.

»Fué por entónces el suceso incierto
Del malogrado príncipe, ni ahora
Se sabe mas que haber sin culpa muerto,
Siendo su hermana de su muerte autora;
Y habiéndose la tierra descubierto,
Y un sol alegre tras la cuarta aurora;
Al encubierto abrigo de una sierra
A hacer llegámos agua y tomar tierra.

»Donde, con gusto de recelos lleno,
Y alegría mezclada en temor vano,
Aquel dia nos dejó el tiempo sereno
En el favor de un pescador cristiano,
Cuyas nudosas redes de aquel seno
Polilla solian ser, y en trato humano
Fiel albergue nos dió, y de su trabajo
Las pobres sobras que tenia nos trajo.

»Era el intento, aunque en prolija vuelta,
Buscar la humilde costa de Galicia,
Donde en tierra desnuda de revuelta
Libres huir la alárabe codicia,
Gozando en vida de ambiciones suelta
Los dejos de la bárbara milicia;
Que sin los sobresaltos de la guerra
Nadie el bien sabe que la paz encierra.

»Ayudados del viento y las corrientes,
El dia nos vió en la boca del Estrecho,
Donde de los peñascos eminentes
Del monte Avila y Calpe vimos hecho
El término del mundo y de las gentes,
Y aquel inmenso golfo sin provecho
A la frecuentacion del trato humano,
En que oscuro se extiende el Oceano.

»Entrámos viento en popa por la puerta
Con que el un mundo al otro comunica
De sus golfos las aguas, y cubierta
De blanca espuma da su arena rica;
Y del seguro puerto y playa abierta
De Algecira y Tarifa huye y pica
Nuestra medrosa flota, y miéntras pasa,
Las ruinas de Carteya mide y tasa.

»Los rotos muros que de jaspes pardos
Ya fuéron, y hoy del tiempo son carcoma,
Donde hizo el Imperio á los bastardos
Hijos de España una bastarda Roma;
Dejando á mano izquierda los gallardos
Jardines y arboledas de quien toma
Nombre Afrodisia, vimos, al remate
Del dia, á Trafalgar sobre Barbate.

»Y allí en la cumbre de una aguda sierra
Los destrozos y mármoles gastados
Del antiguo sepulcro, que, hechos tierra,
Guarda del Gerion miembros doblados;
Y al vecino Conil, que, haciendo guerra
Con gente y atambor á los pescados,
Revuelve mas atunes en su gracia,
Que Proteo focas en el mar de Tracia.

»Ya de la antigua Cádiz las almenas
A los rayos del sol daban ventanas,
Y á nuestros ojos de oro y lumbre llenas,
Noticia de las playas comarcanas;
Cuando el viento empezó á calmar, que apénas
Sus costas vimos con la espuma canas,
Ni á Guadalete ya en tinieblas denso,
Ni á su puerto, á quien da cristal por censo.

»Al dia siguiente nos halló el lucero
Del gran templo mirando las ruïnas,
Que ya hubo consagrado en lo postrero
Del Bétis á sus luces cristalinas:
De aquí, con infeliz y mal agüero,
Llena de gentes vimos peregrinas
La Jábega, que en trato humilde y bajo,
Ni la fortuna estima ni el trabajo.

»Y un viento allí se levantó tan vivo,
Que á correr nos forzó hasta Ayamonte,
Donde, de flores lleno el cuerno altivo,
Guadiana pasa carcomiendo un monte,
A ver del hondo Océano el motivo
Con que á España da muros y horizonte,
Y el cristal de sus ondas traga y cierra
El paso al mundo, el término á la tierra.

»Aquí ya un viento sur dejó revuelto
En remolinos de agua el mar hinchado,
Y un rebotado vendaval, mas suelto
Que el tiempo prometia y el cuidado,
Tormenta se volvió, y el cielo, envuelto
En el vellon de un lóbrego nublado,
A romper comenzó de entre sus senos
Roncos bramidos de confusos truenos.

»Fué creciendo la noche y la tormenta
Tanto del primer viento y del segundo,
Que parecia que la mar hambrienta
De aquella vez tragarse queria el mundo:
Rompe el árbol, la jarcia y racamenta,
La quilla y el timon en lo profundo
De un peñasco, y el barco todo abierto,
El mas vivo en la fe se dió por muerto.

»Mas bien se vió que el mártir Santo al celo
De sus fieles devotos mostrar quiso
Que para obedecer á los del cielo
No hay tiempo, viento acá, ni mar remiso,
Pues cuando todo ya el caudal del suelo
Sin remedio se hallaba, de improviso
El Santo nos libró, y solo el Santo
Pudiera en tal tormenta y tal quebranto.

»Hechos pedazos árboles, entenas,
Velas, timones, jarcias y navíos,
En blancas playas de arboledas llenas,
De arrecifes cercadas y bajíos,
Encallados sin riesgo en sus arenas,
Entre dos claros y agradables rios,
Que mas amena hacen su frescura,
Dejándonos, se fué la noche oscura.

»En medio la famosa corva punta
Que para fin de Europa puso el cielo
Al sacro promontorio, en quien barrunta
El mundo que da fin y punto el suelo:
Allí donde las mares hacen junta
De sus cristales, y se mezcla el hielo
De Tile con los líbios arenales,
Y al poniente las conchas orientales:

»Libres aquí del riesgo ya pasado,
Con notoria evidencia conocímos
Que el Santo este lugar nos habia dado
Por suyo, y de su nombre le pusimos;
Y si ántes se llamó Cabo Sagrado,
En esperanzas de lo que á él trajimos,
Ya pues le goza, por la edad siguiente
Cabo se llamará de San Vicente.

»Saltámos en la alegre playa, y luego
De agradables bullicios se vió llena;
Quién buscando agua, quién sacando fuego,
Quién trazando el almuerzo, quién la cena;
Quién sube el monte arriba, y con sosiego
Del bosque mira la espesura amena;
Quién la leña acarrea, y quién estaca
Lugar en lo mejor á su barraca.

»El prudente Mauril del ya deshecho
Bajel mandó sacar el cuerpo santo,
Rodeando en procesion un largo trecho
De la ribera con piadoso llanto;
Y puesto en tierra el venerable pecho:
—Oh padre, dijo, cuyo eterno manto
Abriga, cubre, y da pasto fecundo
A cuanto hay de tu cielo á nuestro mundo;

»Tú que te has hecho cargo del sustento
De las vidas, del aire y de la tierra,
Y sin que siembren das mantenimiento
A cuantos peces este golfo encierra:
Tú, Señor, cuyo oculto y santo intento
Al pié nos trajo desta inculta sierra
Por fin del mundo, al fin que no sabemos,
Que aquí, á mas no poder, te obedecemos;

»Tú mira por tu pueblo, pues es tuyo,
Admitiendo en sus culpas su descargo;
De nuevo á tu poder le restituyo;
Todo es tuyo, Señor; quede á tu cargo:
Y vos, gran mártir de Valencia, en cuyo
Amparo hicimos un rodeo tan largo,
Sednos propicio y dadnos pueblo estable,
De aire benigno y tierra saludable.—

»Dijo; y habiendo todos repetido
En lo interior del alma el mismo ruego,
Y adorando el Patron recien venido,
A su oficio volvió cada uno luego;
Cuando al santo Mauril ha parecido
Humo en un risco, que es señal de fuego,
Y una cruz en la cumbre de una peña,
Que de las señas es la mejor seña.

»Y acompañando algunos sus pisadas,
Hácia el farol nos fuímos de la vida,
Por entre breñas de ásperas quebradas
Buscando al cerro la mejor subida:
Era todo de peñas encrespadas,
La altiva frente y falda guarnecida
De enhiestos pinos, palmas y algarrobos,
Seca retama y frágiles escobos.

»Doblando al yerto monte la aspereza,
Su alta cumbre escalámos con trabajo,
Por donde, alzando al cielo la cabeza,
La invicta España humilde ve debajo;
Y sobre el hombro de mayor grandeza
Otro peñol levanta y otro gajo,
Que, de torres cercado y gruesas puntas,
Un rico y bello alcázar forman juntas.

»La cruz en una dellas era hecha
De un altísimo pino desmochado,
De su nativo asiento en la derecha
Peña sin mas primor incorporado;
Naciéndose ella cruz de su cosecha
Con solo haberla de hojas desnudado,
Y pareciendo abajo tan pequeña,
Que apénas forma una visible seña.

»Enfrente della y de un estrecho llano
Que al ancho mar de mirador servia,
Una humilde caverna hecha á mano
O cavada del tiempo parecia:
De quien vimos salir un hombre anciano,
Que la barba y cabello le cubria,
Del color de la nieve, todo el pecho,
Alto, fornido en proporcion, derecho.

»De aspecto grave, venerable en todo,
Del tiempo y su aspereza consumido,
Aunque en su traza, compostura y modo
Bien daba á conocer lo que habia sido:
Un vivo resplandor del valor godo,
No de otro mendigado ni fingido,
Que por sí mismo hizo desde luego
Respetásemos todos su sosiego.

»Así el anciano Enoc ó el santo Elías,
Tras tantos siglos en igual sugeto
Se mostrarán al mundo (si los dias
Alcanzan por allá á hacer su efeto),
Y en robusta vejez por las sombrías
Frescas ramadas del jardin secreto,
Adonde ahora están depositados,
De años irán y autoridad cargados.

»Y él, con semblante real y pecho dino
De lo que estaba en él disimulado,
Al sabio abad Mauril humilde vino,
Diciendo en rostro alegre: —Oh padre amado,
¡Por cuán torcido y áspero camino
El cielo á este destierro os ha arrojado
Para consuelo á un ánimo afligido,
Y remedio del alma de un perdido!

»Cien años hizo ayer que en esta tierra
Con esperanza entré deste buen dia,
Regando con mis lágrimas la tierra
Ajena ahora, y otro tiempo mia;
Donde conmigo en ordinaria guerra,
Cansada lucha y desigual porfía
Siempre he vivido, pero ya se llega
El fin dichoso de tan larga brega.

»El santo mártir que hoy con su tesoro
Viene á hacer rico el pobre albergue mio,
Que libre me sacó del campo moro
Para en este llorar mi desvarío;
A quien pensé labrar altares de oro
Y templos de alabastro y mármol pio,
Dias há que me dió desta venida
La esperanza por alma de mi vida.

»Y ya que levantar en su memoria
(Como un tiempo pensé) muros no puedo,
Ni en duros bronces entallar la historia
De su martirio en Córdoba y Toledo,
No le ha faltado á mi ánimo la gloria
De cumplir este voto, aunque con miedo
Que hombre que á su Criador ofendió tanto
Pueda agradar con su ejercicio á un santo.

»Con él tengo y mis lágrimas ya hecha
Una humilde capilla de mi mano,
Que aunque sea á huésped tal posada estrecha,
La trazó amor, obrero soberano:
Esta es que veis, y si esta no aprovecha,
Será altar este monte, España el plano
Del templo, el sol la lámpara, y el cielo
La bóveda en que dé la fama el vuelo.—

»Dijo; y con reverencia y con espanto
Atentos todos su discurso oímos,
Y desde luego en opinion de santo
En su vista y palabras le tuvimos;
Y él guiando á la ermita, por el canto
De una tajada peña descendimos
Algunos pasos á un pequeño llano
Del cielo hecho, por grandeza, á mano.

»De veinte piés, en proporcion cuadrado,
Dentro de un risco un patio se hacia,
De un bastante pretil acompañado
Por la parte de oriente y mediodía,
Y por todas las otras abrigado
De un peñasco que al cielo se subia,
Y hácia el frio norte una caverna hecha,
Ancha en los senos, y en la boca estrecha.

»Parece que el Autor del mundo quiso,
Cuando labró aquel risco de su mano,
Un mirador hacer del paraiso
En lo escondido de su breve llano;
Y en medio dél un templo de su aviso,
Cuyo altar y sagrario soberano
La estrecha cueva fuese, y su capilla
De los siglos la octava maravilla.

»La parte superior, que á la inclemencia
Del riguroso tiempo está rendida,
La humana industria, en sabia diligencia,
De enjutas palmas la tenia vestida;
Y del grave ermitaño la prudencia
Así la estrecha cuadra repartida,
Que era humilde oratorio, y contra el viento
Albergue sano y cómodo aposento.

»La limpia gruta que de altar servia,
Con tapices de palmas entoldada,
Que el sabio anciano con primor tejia
Para vestirse á sí y á su morada:
Ya pudo usar mejor tapicería
Un tiempo, pero aquella fué prestada,
Y así al mejor se le acabó, mas esta
Eterna quedará en su templo puesta.

»Del sangriento calvario el gran trofeo,
De flores recamado por defuera,
Al sacro altar devoto camafeo,
Y pía reverencia al lugar era,
Y á los presentes general deseo
De conocer la majestad severa
Del dueño; mas ninguno hay tan osado
Que á decirle se atreva su cuidado.

»Mas, viendo del altísimo antepecho
El mundo que á los ojos descubria,
Muda estatua el mas sabio quedó hecho,
Absorto contemplando en lo que via:
Del mar profundo un largo y ancho trecho,
Que mudables espejos parecia,
Y entre sus crespas olas, de aire llenas,
Los delfines cruzando y las ballenas.

»El risco altivo en un diluvio entero
De luciente cristal las selvas moja,
Que de aquel desigual despeñadero
Con espantoso estruendo al mar se arroja;
Y de una peña en otra, á lo postrero
Del monte hirviendo da su espuma floja,
Haciendo ántes pedazos por los riscos
Cristales, flores, perlas y lentiscos.

»Por otra parte el monte, cuyos pinos
Parece que se esconden en el cielo,
Y entre tajadas peñas los espinos
De rocas cubren y boscaje el suelo:
Trepa la yedra, suben remolinos
De flores y de yerba por señuelo
Al presto gamo que por ellas salta,
Y de verlas temblar se sobresalta.

»Silban por entre almeces y algarrobos
Las mirlas, las calandrias y gilgueros;
Retozan por la grama y dan corcovos
Las liebres y gazapos placenteros:
Huyen los ciervos, rumian los escobos
Las cabras, y en las peñas y agujeros
El conejo se esconde, y por sus quiebras
Enroscadas asoman las culebras.

»Todo esto al son del bosque y del ruído
Del rio que por los riscos se despeña,
De las aves el canto no aprendido
Y del monte la verde y crespa greña:
Desde aquel alto y abreviado nido
Que labró el cielo en medio de una peña,
Se ven, sin otras nuevas maravillas,
Resacas de la mar y sus orillas.

»El contemplar la rústica hermosura
Los sentidos tenia embelesados,
Y entre aquellos asombros la figura
Del dueño de sus yermos olvidados:
Cuando él, en tono lleno de dulzura,
Así al nuevo concurso de cuidados
Que advirtió en nuestros ánimos atentos,
En su boca formó graves acentos.

»— ¡De cuán enano cuerpo y cuán menudas
Son las humanas fábricas, medidas
A las grandezas que entre peñas rudas
Suelen en un desierto estar perdidas!
¡Qué humildes las mas altas, qué desnudas
De majestad y luz las mas vestidas!
Qué primor mendigado y qué pobreza
Las de mas precio y de mayor grandeza!

»Los artesones de oro sustentados
En dóricas colunas, y á par dellos
Ricos jaspes y pórfidos vetados
De azules venas y de lazos bellos:
A dos dias de vistos y tratados,
Si al principio admiraron, cansa el vellos;
Enfadan los tapices, y el aseo
Del mas pintado alcázar queda feo.

»Son tibios los colores y pinceles
Que el mundo mas celebra y solemniza,
Puestos con las alfombras y doseles
Con que mayo unos riscos entapiza:
El fino rosicler de sus claveles,
Lo azul del lirio, la color pajiza
De un ya maduro trigo, y aquel fresco
Que con su aliento bulle en lo grutesco;

»Aquel confuso amontonar de cosas,
Arrojadas acaso y diferentes,
Aquí yedra, allí espinas, allá rosas,
Riscos, flores, peñascos, rios y fuentes,
Y unos léjos que vuelven mas vistosas
Las mismas cosas que se ven presentes,
Un pedazo de playa, una montaña
Que al cielo sube y á la vista engaña.

»Y donde, sobre todo, de su dueño
El gran tesoro y el caudal se infiere,
Es que al grande, al mediano y al pequeño
Todo se da de balde á quien lo quiere:
No hay puerta, no hay cancel, desvío ni ceño,
Sea la hora, el lugar y el dia que fuere;
Que siempre para el gusto y el provecho
Puesto se está el tapiz, y el toldo hecho.

»Ora cruzando vayan los desiertos
De algun inculto bosque, ó engolfado
En medio de los mares encubiertos,
Al frio Scita y al Burney tostado;
O en el del Sur sobre peñascos yertos
El romper goce del cristal helado,
Cuyos tumbos la playa y el arena
De blanco nácar da y mariscos llena;

»O bien se baje donde en vuelo ardiente
La línea equinoccial, midiendo el dia,
Con alas de oro encima de su frente
La suya enarca llena de alegria;
Que allí entre aquellos páramos sin gente
(Si el mundo aun tiene allí tierra baldía)
Sus solitarios y ásperos espacios
De los reyes humillan los palacios.

»Que aun contemplando aquí el humor fecundo
Que sus anchos desiertos fertiliza,
Con ignorante miedo de que el mundo
Allí el rojo calor le haga ceniza;
O que su ignoto piélago profundo
Las crespas olas con que el tumbo eriza
Entre las rocas quiebre y se consuma,
Trocada su altivez en blanca espuma;

»O imaginando estrellas nunca vistas
De Europa, ó sus peñascos, no tocados
De humanas plantas, entre varias listas
De preciosos metales, engastados
En pastas de diamantes y amatistas,
Siempre llenos he visto mis cuidados
Del deleite que causan peregrino
Estos rasguños del pincel divino.

»Un siglo entero, que de nuevo un mundo
Hacerle suele, y trastornar la vida
Del mas robusto pecho y mas fecundo
Calor que en miembros de jayan se anida,
Para gozar este balcon profundo
Pequeña ha sido y corta su corrida:
¿Qué mucho ahora os suspenda el alma entera,
Siendo esta en que le veis la vez primera?

»Mas démos ya el asiento en lo importante;
Que el tiempo huye del mundo por la posta;
Y si es digna de gloria semejante
Esta humilde capilla y cueva angosta,
Con himno santo, en procesion triunfante,
Subamos el Patron desta ancha costa
A este alcázar del cielo, que hasta ahora
La cárcel fué de una alma pecadora.

»Y si teneis quizá, como yo siento,
Deseos de saber quién soy y he sido,
Por qué culpas el cielo este aposento
Me dió, y en él los años que he vivido,
En dando al mártir en su ermita asiento,
Lo sabréis: vos ahora, esclarecido
Y sabio abad Mauril, sedme propicio
En que yo haga al Santo este servicio.—

»Dijo; y todos con ánimo dispuesto
De dar cumplido de su gusto el modo,
A la ancha playa del peñol enhiesto
Siguiendo fuímos al humilde godo,
Que, á los piés del invicto mártir puesto,
En lágrimas de amor deshecho todo,
Tierno los besa, y con su fe cumplida
Hacer lo mismo á todos nos convida.

»Suplió la devocion y el placer mudo
De aparato al triunfo soberano,
Y al encumbrado altar, ya no desnudo,
El gran mártir subimos segoviano;
Y bien que el pueblo, en procesion menudo,
En pecho grande fué y amor cristiano,
Donde en solemnidad, música y canto
La misa aquel dia dijo el Abad santo.

»Y el humilde ermitaño, prevenido,
Al disfrazado Dios en pan de vida
Con santa confesion, y en encendido
Fuego de amor, y pena no fingida
De sus pasadas culpas, con rendido
Animo y lengua en llanto derretida,
Antes del sacro pan, en el pajizo
Templo esta general confesion hizo:

—Pues ya el Rector del cielo soberano,
Que hasta ahora mis ofensas ha sufrido,
Al término presente de su mano
Para mas gloria suya me ha traido,
Sea el mundo testigo, sea escribano
La fama ya otra vez, como lo ha sido
De mis excesos, y al pasado cargo
Junte, si alguno tiene, este descargo.

»Y pues ofendí al cielo, y puse al mundo
En riesgo, y al infierno dejé abierta,
Para que á cuenta mia su profundo
Vientre de almas engorde, una ancha puerta;
Pues fuí el primero, sin tener segundo
Ni haberle de tener, que vió desierta
A España de valor, y sus regiones
Asombradas de bárbaras naciones;

»Oyan los cielos, ángeles y santos,
Testigos y jüeces de mi vida,
La tierra, el aire y mar, con todos cuantos
En ellos tienen parte conocida;
Oya el infierno en medio de sus llantos,
Y la caterva y plebe denegrida
De almas y negros bultos que en eterno
Dolor rodea y ciñe el lago Averno;

»Y todo, finalmente, el circuïto
De la universal máquina criada,
Y sobre todo, el español distrito,
Como parte mas lesa y agraviada;
Oyan todos, pues todos mi delito
Saben, desde el cenit y zona helada
Que ciñe á mi primer nacion la frente,
Hasta del Garamante el suelo ardiente;

»Como yo, el desdichado rey Rodrigo,
Por propias culpas mias declarado
Para verdugo al celestial castigo
Que á la infeliz España ordenó el hado;
De rey que debia ser, vuelto enemigo,
De Vitiza siguiendo el desenfado
Y vicios que sembró, que yo debiera
Escardar, si el que al reino debia, fuera:

»Sepan que yo fuí solo el instrumento,
Y mi culpa la puerta á tantos males;
Que aunque en el soberano entendimiento
De quien sus leyes toman los mortales,
Para otro oculto y no sabido intento
En tablas estuviesen inmortales
Con roja sangre escritos, y sus nombres
Inmudables al brazo de los hombres,

»Yo solo aceleré con mis delitos
La divina justicia; yo, imprudente,
Graves excesos cometí infinitos,
Y airado hice al Rey omnipotente:
Todos contra mí solo están escritos;
Yo solo fuí de España el fuego ardiente;
Que al descuido de un rey, un reino viene
Al triste estado que ahora España tiene.

»Y aunque todos son carga en mi memoria,
Y yo asombro por todos del infierno
(Si el que con su pasion compró mi gloria
No me da libre de su fuego eterno),
El que al discurso de tan triste historia
Siempre mi corazon halló mas tierno,
En mis ojos mas lágrimas, mas tiros
En mi alma, y en mi boca mas suspiros,

»Fué de Ataulfo el afeado gesto
Que por leal sacó, y por obediente
De la enemiga Atanagilda en esto,
Como en pasarse en Africa insolente:
Grave delito fué haber descompuesto
Al rey Vitiza, y siendo mi pariente,
Con el favor romano y mis antojos,
Privádole del reino y de los ojos.

»Grave delito fué el voraz deseo
De entrar en mi usurpada monarquía,
Y de la torpe vida el vicio feo
Que en mi ofendido reino permitia,
Y el desnudar del belicoso arreo
La invicta España, en quien su paz tenia,
Como que yo de intento al triste caso,
Del feroz mauro diera llano el paso.

»Y entre todas mis culpas, la famosa
Y que mas se descubre y mas campea
A los ojos del vulgo, la afrentosa
Fuerza y estupro de una falsa idea,
Que á un ciego antojo pareció hermosa,
Y á la triste memoria amarga y fea,
Hija de un traidor conde que en ser malo,
Aun yo, el mayor de todos, no le igualo.

»Y si fué culpa dar á la pureza
De mi gótica sangre la africana,
Y dejar Zara ley, reino y riqueza,
Más por ser mía que por ser cristiana,
Y la curiosa y bárbara fiereza
De abrir la antigua cueva toledana,
Donde el hado de España estaba oculto
En las espaldas de un mudable bulto;

»Y otras ocultas culpas y defetos
Que al libro de mi vida harán cargo
En públicos sumarios, ó en secretos,
Tras un discurso y un vivir tan largo;
Aunque todos cien años imperfetos
Me cuestan de dolor y llanto amargo,
Siempre que á Ataulfo en la memoria miro,
Con nueva pena y confusion suspiro.

»Tanto á un leal criado se le debe,
Y cual este en lealtad nadie le tuvo;
Ni si él viviera, del vasallo aleve
La traicion el efeto hubiera que hubo:
Murió como español, mas murió en breve;
Que el cielo que en la vida le mantuvo,
Miéntras quiso que el reino mio fuese,
Por quitármele hizo que muriese.

»Murió; y no hallando en la agostada España
Brazo á quien dar del campo el cetro honroso,
El salir yo con él á la campaña
En riesgo general me fué forzoso:
¡Encuentro duro de fortuna extraña,
Que sobre el rio Leteo dió espantoso
Vaiven conmigo, y á sus piés con todo
El nombre y pundonor del valor godo!

»Ocho veces la lámpara febea
Salió alumbrando el mundo, y ocho veces
La negra sombra de la noche fea
De la luna alteró las blancas teces;
Y tantos dias la mortal pelea,
El sol y las estrellas por jüeces,
En España duró, sin durar ella
Mas en su libertad que en fenecella.

»De allí ya viendo que el rigor del cielo
Era, y no otro, el azote del castigo,
Sin esperanza del favor del suelo,
El campo dejé y reino al enemigo;
Y aquí, de angustia lleno y desconsuelo,
Si conmigo venía, dí conmigo,
De un rústico vestido disfrazado,
Que compré por la púrpura y brocado.

»Cien cursos ha revuelto el gran planeta
Que por doce escalones de oro mide
El cerco de la vida, y de imperfeta
Vuelta los demas círculos divide,
Despues que entré á la soledad secreta
Que en este inculto páramo reside,
Siempre pidiendo, aunque con lengua muda,
A mis culpas perdon y al cielo ayuda.

»Y es tan piadoso el Padre soberano,
Que, sin mirar del pródigo perdido
La grave ofensa y término villano
Con que á mas no poder se ha reducido,
Con favores de padre, y padre humano,
Regalado y en palmas me ha traido,
Hecho otro Benjamin, hasta este punto
Que el premio espero de su sangre junto.

»Dióme este rio néctar, y el sustento
Estos almeces, palmas y algarrobos,
Esta secreta cueva el aposento,
El suelo cama, y colchas sus escobos,
Despertando al cuidado soñoliento
De noche los aullidos de los lobos,
Para enviar con dulce desconsuelo,
Por mis maitines, lágrimas al cielo.

«Desta suerte he corrido el curso entero
De un siglo en vida dulce y sosegada,
Llena de paz y de ánimo sincero,
Bien que de algunos miedos asaltada;
Mas, fuera de aquel gusto verdadero
De verla en Dios y por su amor gastada,
Aun en lo natural así regala,
Que la de mas deleite no la iguala.

»En santa ociosidad vagando á veces
Por los secretos ángulos del cielo,
O á sus cóncavos nudos y combeces
Atento contemplando el curso y vuelo,
O á las palmas pidiendo y á las nueces
Sustento y sombras, al florido suelo
Verdes tapices, cantos á las aves,
Aliento al aire, al mar bramidos graves;

»En esta ocupacion y este ejercicio
La vida he preparado y la conciencia,
Para dar cuenta della en el juício
De aquel en quien espero hallar clemencia;
Y ahora mas, pues me vino á ser propicio
En tal trance el gran santo de Valencia:
Vosotros deste bien nobles autores,
No me negueis con él vuestros favores.

»Ayudadme á la fin de la jornada
Los que el cielo hacer testigos quiso
De mi vida presente y la pasada,
Y séale al mundo general aviso
Que el rey Rodrigo, si dejó manchada
Por incauto, su fama, y por remiso,
Ya con cien años de continuo llanto,
Si sus manchas lavó, no saldrán tanto.

»Toda esta magna conjuncion que junta
Favorece á los árabes furores,
Y en Sagitario y su primera punta
Harán los dos planetas superiores,
El fin y el punto de mi muerte apunta:
Hasta ella sola llegan los mayores
Términos del período de mi vida,
Si ántes no abrevia el cielo la partida.—

» Así dijo; y postrándose en el suelo,
En lágrimas el pecho consumido
De humilde contricion, al Rey del cielo
En la hostia santa recibió escondido:
Con tanto gusto y general consuelo,
Que en un profundo rapto suspendido,
Y levantando de la tierra un codo,
Dió el alma á su Criador el postrer godo.

» Quedó ya, con dos santos, la capilla
Hecha del cielo un singular retrato,
Y todos de tan nueva maravilla
Llenos de admiracion y de rebato,
Viendo al rey godo que perdió á Castilla
Morir tan sin grandeza ni aparato,
Cuando en el mundo se tenia por cierto
Que en él habia cien años ántes muerto.

» Hízose humilde entierro al rey potente,
Conforme el tiempo y ocasion pedia,
En un sepulcro que, por mas decente,
Dentro labrámos de la peña fria;
Donde Mauril, que en todo era eminente,
Un epitafio puso que decia:
—Aquí yace Rodrigo en este suelo:
Despues que perdió á España, ganó el cielo.—

» Y en lo mejor del apacible llano,
Y mas acomodado con la ermita,
Fundámos un humilde pueblo, ufano
De tener prenda en sí tan exquisita,
Contentos del asiento y temple sano,
Libre de la inquietud, tropel y grita
Del morisco furor y la insolencia
Del bárbaro gobierno de Valencia.

» Y ya contentos con la humilde suerte
Que allí nos arrojó al rincon del mundo,
En vida quieta una agradable muerte
Prometia á todos su calor fecundo;
Cuando la ciega diosa, que lo advierte,
Contraria nuestra en el desden segundo,
Cruel quiso acabar de dar sin duelo
Con todo el edificio por el suelo.

» Tuvo el rey de Ayamonte, Cardiloro,
Padre del que me trajo á mí á la guerra,
Por hija á Glaura del cabello de oro,
Y la beldad mayor que vió la tierra:
Si el cielo al mundo trasladó el tesoro,
Alguna vez, que en su pintura encierra,
En esta mora fué, y sin faltar punto
Allí con su pincel lo puso junto.

» Nacieron Cardiloro y esta hermosa
Medalla de beldad y de desdicha
Juntos, debajo alguna peligrosa
Combusta radiacion sin luz ni dicha:
Solo Saturno en casa venturosa,
Vénus del todo muerta y entredicha,
Y los demas planetas por los signos
Ménos proporcionados y benignos.

» Era Zafira de los dos infantes
Tia y supersticiosa hechicera,
Que, por agüeros, rayas y semblantes,
La ventura alcanzaba venidera:
Esta, entre varias cosas disonantes,
Una vino á sacar por verdadera,
Que serian ambos muertos, por engaños
De amor, en lo mas tierno de sus años.

» A Cardiloro ayer costó la vida
El cauteloso robo de mi hermana;
Pues de la suya oid la nunca oida
Desgracia, y sin sazon muerte temprana:
Veréis que no hay lazada desasida
De nudo y de pendencia soberana,
Ni á poder trastornar la órden del cielo
Las fuerzas llegan ni el saber del suelo.

» Cuando Hércules abrió por el estrecho
De Gibraltar la puerta á los dos mares,
No quedó luego todo el golfo hecho,
Ni hundidos de una vez tantos lugares;
Que algunos altibajos, trecho á trecho,
Hechos quedaron islas y lunares
De aquella su canal angosta y brava,
Donde no asentó el golpe de la clava.

» Destas las islas Verdes fuéron unas,
Que Afrodisias llamó la edad pasada,
Y en floridos verjeles á ningunas
Iguales cercos dió la mar salada:
Aquí, entre estanques, flores y lagunas,
Sobre una peña de cristal cuajada,
De la maga Zafira en largo espacio
La fábrica ocupó del real palacio.

» Aquí se retiró la astuta mora
Con la hermosa Glaura, su sobrina,
Glaura, infeliz y desdichada autora
De una triste tragedia repentina:
Crióse oculta allí, como la aurora
Entre aljófares, rosas y neblina,
Que cuando sale á despertar el dia,
Cuantos la miran viste de alegría.

» Así sucedió á Glaura, que, escondida
En la isla Verde, nadie supo della,
Hasta que, ya la maga consumida,
El Rey la trajo, y á su corte en ella
Todo el deleite y gustos de la vida,
Pues nadie la miró, que en solo vella,
De sus alegres ojos al bullicio
El alma no ofreciese en sacrificio.

» Cuando su luz por todo el horizonte
Hacia de la propia y gente extraña
Rica la humilde corte de Ayamonte,
Y famosa en las de Africa y España,
Un fiero nieto del antiguo Almonte,
A quien Roldan mató en una montaña
Por incapaz de amor y hombre furioso,
Llamado Boacel el desdeñoso;

» Este allá en Tremecen, por Agolante,
El principado de Aregol tenia,
Cuando de Glaura oyó el nombre triunfante,
Que la fama en su corte lo extendia;
Y en tal punto le oyó, que fué bastante
A quitarle el sosiego en que vivia,
Y antojado, sacarle de su tierra
A buscar la que ausente le hace guerra.

» En loco aplauso, en aparato y galas,
Tras su amorosa empresa salió el moro,
Y dando al viento de un navío las alas,
A la corte arribó de Cardiloro,
Donde por nuevas no del todo malas
Supo que Glaura del cabello de oro,
De la corte y su trafago enfadada,
En el Algarbe estaba retirada,

» En una casa de placer, tratando
Con sus damas de caza y montería,
Sin saberse de cierto el tiempo cuando
A la ciudad, del campo, volvería:
Boacel, que en su aficion se está abrasando,
En sus deseos mas dentro cada dia,
A un ciego antojo que razon no escucha
Cualquier pequeña dilacion es mucha.

» Y así, con nombre de ir tambien á caza
Y conocer del reino las fronteras,
Con gran tropel de gentes de su raza,
Berberiscas, indómitas y fieras,
De Ayamonte salió buscando traza,
De descubrir á Glaura sus quimeras:
Llegó á la casa de placer, y hallóla,
Por daño nuestro, el impaciente sola.

» Que un dia ántes la Infanta habia salido
Por el áspero Algarbe á montería,
Y el insufrible moro, desabrido
De tanto azar como en su antojo via,
Haciendo del gallardo y atrevido,
Cercar el monte quiso, y ver si habia
Modo para que su ánimo robusto,
Pues que todo es cazar, cazase gusto.

» Salió, y el desvariar de la fortuna,
Que el mundo guisa del sabor del hado,
Huyendo el pantanal de una laguna,
Con él dió en nuestro pueblo descuidado,
De humildes chozas sin defensa alguna,
En triste sitio y puesto desgraciado;
Que á los que da en seguir la desventura,
Aun donde ya no hay mundo los apura.

»Sobresaltóse el moro de repente
Viendo la humilde poblacion, y viendo
Ser allí nueva y de cristianos gente;
Furioso, en ella dió un asalto horrendo,
Destrozando la mísera inocente
Que, del peligro valenciano huyendo
Por tantos mares y rodeo tan largo,
Allí á buscar llegó su fin amargo.

»No dejó el mauritano furor, ciego,
Rastro de nuestro pueblo ni memoria;
Que de casas y gente á sangre y fuego
Las luminarias hizo á su victoria:
Algunos reservó, no humilde ruego,
Mas pomposa ambicion y vanagloria
De dar blason á su sangrienta traza,
Y á Glaura los despojos de su caza.

»A mí, ó fuese que el hábito de moro
Con que salí de la prision de Abdalla
Me hiciese parecerlo, y por decoro
Dél me diesen la vida en la batalla;
O que el autor del cielo, en quien adoro,
Quiso para traerme aquí guardalla,
Yo, al fin, con otros dos salí del fiero
Imprudente Boacel por prisionero.

»El resto, como en caza de inhumanas
Fieras, por entre peñas y agujeros
A las manos murieron africanas
De aquellos implacables lobos fieros;
Sin que al humilde ruego ni á las canas
De Mauril ni sus santos compañeros,
Que de rodillas les pedian rendidos
Las vidas, diesen ni piedad ni oidos.

»El alarido y grita que volaba
Del vulgo al cielo, á quien favor pedia,
Aunque en quebrados ecos, donde estaba
Glaura llegó y su hermosa compañía;
Y la que á ver medrosa se acercaba
De adónde el triste lamentar salia,
Viendo la mortandad, á rienda suelta
Huyendo, de temor daba la vuelta.

»Mas el furioso nieto de Agolante,
Que conoció las cazadoras bellas,
Con la victoria y el amor triunfante,
Alegre por el bosque entró tras ellas;
Y en lo mas fresco dél, poco distante
Del asolado pueblo, halló entre ellas
El bello brio de Glaura, que en el mundo
Por aquel tiempo no tenia segundo.

»Quedó el moro de nuevo sin sentido;
Y acariciado de la bella dama,
Por bien pagado dió lo que ha servido
Hasta aquel punto á cuenta de su fama;
Y ya en su mismo amor desvanecido,
En su alma adora la sabrosa llama
Que allí le trajo, y el dichoso sino
Que de gozar tal bien le hizo dino.

»Contóle bravo el arrogante hecho,
Presentándole todas las cautivas,
Que dijo haber guardado por cohecho
De su gusto, y no de otro intento, vivas:
Y que á mí, de mi talle satisfecho,
Solo queria por paje; y con altivas
Palabras, lleno de su vano antojo,
Dió á los suyos el resto del despojo.

»Puso la mora en mí los ojos bellos:
No sé si todo fué sospecha mia,
O gran descuido suyo, yo vi en ellos
Que nada mi presencia la ofendia;
Y en la inquietud de huillos y volvellos,
Ya la de su alma y corazon leia
Entre algun quebrado ay, de aliento entero,
De su nuevo cuidado pregonero.

»Preguntóme mil cosas con cautela,
Hijas del gusto de hablar conmigo,
Mi edad, mi patria, sangre y parentela,
Y quién me hizo de aquel pueblo amigo:
Cosas sueltas sin causa, en que revela
Amor á veces mas de lo que digo,
Gustando de todo ello el ignorante,
Bárbaro, inadvertido y ciego amante.

»Pasóse en esto el resto de la tarde;
Y venida la noche, el moro hizo
Con sus vajillas de oro rico alarde
Y banquete á su gusto antojadizo;
Y como el fuego, que en las venas arde,
Del amor con la gula se rehizo,
Consumió la humedad, y huyó el sueño
De las vivas congojas de su dueño.

»Y no hallando parte de reposo
En la pluma y quietud del blando lecho,
De su tienda salió el moro vicioso
A ver la de su dama sin provecho;
Al tiempo que ella en un disfraz hermoso
Con igual inquietud salia en el pecho,
Quizá á buscar su antojo y devaneo;
Que esto y mas que esto cabe en un deseo.

»No se pudo saber de la salida
A tal hora de Glaura cosa cierta,
Ni adónde en tal disfraz desconocida
Iba de noche y sin por qué encubierta:
Si ya no fué que, sin pensar metida
En nuevo ardor de pretension incierta,
Tras el devanear del pensamiento
Salia, sin saber dónde iba, á tiento.

»Descubrió el moro el bulto denegrido
De la amada beldad, sin conocella;
Y viendo que al hablalla y al ruïdo
Atras volvió la temerosa huella,
Sospechando traicion, un prevenido
Venablo le arrojó, que dió con ella
En el suelo, clavado el blanco pecho,
Que al tiempo hizo hermoso sin provecho.

»—¡Ay de mí, dijo, desdichada y muerta
En lo mejor del gusto y de mis años!—
Acudió el homicida á ver la incierta
Causa de desvarios tan extraños,
Y vió la luz de sus deseos cubierta
De sangriento arrebol, y los engaños
De su imaginacion deshechos todos
Por tan contrarios y no vistos modos.

»Quedó pasmado, la color difunta,
Y todos juntos en desgracia tanta,
Corren á ver la miserable junta
Que en torno se hace de su triste infanta;
Y ella, clavada en la acerada punta,
Tan bella está, que aunque mortal, espanta,
Rodeada de sus damas, cuyo llanto
Es á la noche horror y al bosque espanto.

»Llegué tambien yo á vueltas; que la suerte
Me llevó con los otros á ayudalla;
Y viéndome llegar, trabóme fuerte
De la mano, y al tiempo de apretalla,
—¡Ay causa, dijo, de mi triste muerte!
Si la vida perdí yendo á buscalla,
No pierda...— Y no acabó; que en esto el filo
De la parca cortó al estambre el hilo.

»Quedámos todos muertos viendo muerta
La bella Infanta; mas Boacel, furioso,
Que en su muerte sintió la suya cierta,
Ya con semblante horrible y pavoroso
La aguda punta, de arrebol cubierta,
Que caliente sacó del pecho hermoso
Que á tal trance le trajo y á tal punto,
En el suyo escondió, y cayó difunto.

»Doblóse el llanto, el alboroto y grita
Tal con la nueva muerte, que un retrato
De infierno el bosque fuera si infinita
Su pena fuera, y no de un breve rato:
Fuése la noche, y vióse en sangre escrita
La celestial venganza al desacato
Hecho al Patron de aquel dichoso suelo;
Que así á los de su corte venga el cielo.

»Quisieron dar los moros sepultura,
Del sacro monte en un florido cerro,
A los dos cuerpos juntos: fué locura,
Y el segundo añadir al primer yerro;
Que la amistad de un malo no es segura
Aun en la fria huesa y mudo entierro;
Al contrario del bueno, que convida,
Como Eliseo, al muerto con la vida.

BIBLIOTECA PÚBLICA DE LEON

»Y como á defender á los superbos
Hijos de confusion el desacato
De dar del torpe amor á los dos siervos
Sepulcro ilustre en fúnebre aparato,
Un sombrío escuadron de negros cuervos
A dar bajó sobre ellos cruel rebato,
De cuyos picos y ásperos artejos
El de mas compasion huyó más léjos.

»Y ellos, como verdugos enviados
Para aquel fin del celestial gobierno,
Los cuerpos, cuyas almas y cuidados
Son lóbregos tizones del infierno,
En espantoso vuelo arrebatados,
A un pardo risco por castigo eterno
De sus delitos, y el furor tirano
Del sin fe ni piedad rey Agolano,

»Los llevaron, y allí sobre ellos puestos
Entre el carrizo y huecas espadañas,
Con gritos atronando descompuestos
La postrera quietud de las Españas,
Puerta á los fuegos dieron deshonestos,
De que ya fuéron hornos sus entrañas,
Entrando con los picos dentro dellas
Hasta mostrar su hollin á las estrellas.

»Así en el yerto risco peñascoso
Del inclemente Cáucaso se extiende
A roer el pecho al escultor curioso
El buitre horrible que sobre él desciende;
Y el escuadron de arpías asqueroso
Así en Arcadia al ciego rey ofende,
Arremetiendo con las corvas presas
A asir el pan y trastornar las mesas.

»No están sobre el cadáver recien muerto
Mas importunas moscas asentadas,
Cuando del asqueroso horror cubierto,
El tibio humor le enjugan á picadas;
Ni cuando el campo de Ilion desierto
Dejaron las argólicas espadas,
De muertos lleno y de sangrienta espuma,
De cuervos vió ni buitres mayor suma.

»Dieron las corvas uñas á los ojos
Y espanto á los que allí quedaron vivos,
Que fueran, á no huir, nuevos despojos
De sus presas y artejos vengativos,
Pues si algunos con bárbaros antojos
De armas se visten y ánimos altivos
Para librar su rey de aquel tormento,
Vencidos vuelven de su vano intento.

»Y no solo á ellos, mas la corte entera
Del Rey, que allá en Zalema fué prolija,
Y en triste luto y lóbrega litera
Llevar el cuerpo quiso de su hija;
El negro enjambre y gente vocinglera
Con importunos vuelos los cobija,
Haciendo que, de ver su horror, medroso
Huyendo vuelva el pecho mas brioso.

»Dejáronlos allí al tormento horrible
Y á libre voluntad de los soldados
A guardar el alcázar invencible
Del mártir de Segovia acostumbrados,
Desde el sangriento golpe del terrible
Daciano, que sus miembros arrojados
En la playa dejó, y negó á Valencia
Para enterrarle en su arenal licencia.

»Allí el ave de Apolo hizo la vela
Sobre el sagrado cuerpo, y allí estuvo
En cuidosa y perpetua centinela,
Y campo á todos con su fe mantuvo;
Y ahora tambien en su defensa vuela
Sobre su sacro monte, y al que tuvo
Animo de ofenderle, se presume
Que en eterno tormento le consume.

»Yo desde allí en poder de Cardiloro
Quedé por suyo, y él en noble trato
Sirviéndose de mí no como moro,
Aquí me trajo, donde en el rebato
De anoche quedó muerto; y el sonoro
Discurso de mi vida y su retrato
Es este, y este el áspero rodeo
Al bien que ahora sin pensar poseo.»

ALEGORÍA.

Orlando, que saliendo á caza, queda tras el gusto de su novela perdido, y engañado por Garilo, significa que muchas veces el entendimiento, por divertirse en curiosidades sin provecho, queda perdido y llevado de un error en otro hasta perecer. Y en el encantamento de sus amigos convertidos en estatuas de oro, cómo la avaricia es un vicio tan torpe, que vuelve á los hombres estatuas, absortos en la sedienta codicia del dinero. En la historia de Roselio se ve lo mucho que importa el tener devocion con los santos, y cómo el desacato que se les hace y el agravio hecho al inocente, pocas veces deja el cielo de castigarlo; y en el rey Rodrigo, los soberanos efectos de la penitencia.

LIBRO DECIMOTERCIO.

ARGUMENTO.

Descríbese el gran aparato de las fiestas de Francia, la ferocidad de Morgante, rey de Córcega, y las bravezas que hizo con las nuevas de la muerte de su hermano Bramante. Prosigue Orimandro en contar los monstruos de Creta. Llega Bernardo sobre una armada de corsarios, donde libra de prision á Arcangélica la bella, princesa del Catay; y enamorado de su hermosura, la pierde en una gran tormenta, de donde él se escapa nadando sobre una entena.

Así Roselio en su sabrosa historia
Los que oyéndole están entretenia,
En el sentido haciendo y la memoria
Una mezcla de pena y de alegría;
Del santo Rey la conocida gloria,
El trágico furor de Berberia,
Del uno y otro amante el desatino,
Y el justo premio de sus culpas dino.

En tanto con las fiestas aplazadas
El frances hinche de alegría la tierra,
Desde el frio golfo y gentes apartadas
Que el encubierto mar Gótico encierra,
Hasta donde sus ondas abreviadas
Del Calpe rompen la encumbrada sierra,
Alborotando su clarin bastardo
La ardiente sangre al pecho mas gallardo.

La Gran Bretaña al templo de la fama
Dió en otro tiempo bellos resplandores,
Cuando al guerrero dios la blanda llama
Del dulce amor templaba los furores:
No habia jayan feroz sin tierna dama,
Casados con las armas los amores,
Lleno aquel rico mundo de altos hechos
De ilustres brazos y de heróicos pechos.

De héroes famosos llena la presencia
Del siglo que hoy asombra su memoria,
Del antiguo Merlin la grave ciencia,
De Artus la mesa, de Amadis la gloria,
Del rey Perion la ilustre descendencia,
Del triunfo del honor famosa historia,
Viviendo, aunque en dos cuerpos, con un alma
El tierno mirto y la triunfante palma.

Por las selvas de Ardenia á sus venturas,
En pomposa beldad y altiva frente,
Pasar solian tiernas hermosuras,
Tascando en oro el palafren ardiente:
Encerradas aun hoy no están seguras;
Que á un rayo de metal resplandeciente
Viene en la cuadra de mayor recelo
Danae rendida, y su recato al suelo.

Aun no el ciego interes con su codicia
La fe tenia, cual hoy, tiranizada,
Ni habia entónces parido la avaricia
Los monstruos que hoy la tienen afeada,
Ni del picante momo la malicia
La casa daba del honor manchada:
Todo era gentileza y gallardía
Cuanto en el mundo y en su gente habia.

El siglo de oro pudo ser llamado
De aquella edad el tiempo venturoso,
Cuando del mayor rey la honra y estado
En ser valiente estaba y generoso:
Mas no; que el siglo nuestro es el dorado,
Y el mundo hoy en sus cosas mas precioso,
Donde el oro ha llegado á tanto lustre,
Que es oscura sin él la sangre ilustre.

El rey Cárlos tambien gozó gran fama,
Insigne corte y bravos caballeros;
Mas como les faltó de amor la llama,
No pudieron llegar á los primeros;
Que los que el vulgo paladines llama,
Y yo príncipes de ánimos guerreros,
Son hombres encantados, que su hechura
De humana tiene sola la figura.

Orlando, el principal capitan dellos,
Era, segun la fama, hombre encantado,
Velloso el cuerpo y ásperos los vellos,
De hombros metido, de color tostado,
Turbios los ojos, duros los cabellos,
Gruesa la barba, el pelo ensortijado,
De miembros mas fornidos que elegantes,
Y de fuerza mayor que dos gigantes.

Reinaldos fue tambien un hombre esquivo,
De ánimo y corazon determinado,
Ambicioso, sagaz, astuto, altivo,
Colérico, atrevido y recatado:
Pocas veces de amor se vió cautivo,
Ni supo á tiempo amar ni ser amado:
Flordelis fué testigo, y lo es, con ella,
El tierno amor de Angélica la bella.

Los demas belicosos paladines
De altivez fuéron y soberbia llenos,
Conquistando á la fama sus clarines,
Su tierra al mundo, y á la mar sus senos:
Tibios al dulce amor, de cortos fines;
Que para amores nunca fuéron buenos
Hombres duros, incultos y feroces,
De fieros pechos y ánimos atroces.

Si el gallardo Ruger fué tierno amante,
No era en nacion frances, era africano;
Si supo amar la bella Bradamante,
Una temprana flor no hace verano:
Esta, sin otras, dió causa bastante
De las hadas al claustro soberano
Que, alegre acariciando al pueblo moro,
Contrario fuese de los lirios de oro.

Así tambien el ordinario oficio
Que en la corte de Francia se sabia,
Era de armas el áspero ejercicio
Que su nacion colérica pedia;
Y entre el cansado Marte y su bullicio
Apénas rayo del amor salia;
Que mejor siempre las francesas flores
En armas aprobaron que en amores.

Y en justas ahora de placer metidos,
Su tierra miran de alegría poblada,
Los circunstantes reinos conmovidos,
Con grandezas la fama sobornada:
De la imperial ciudad por los ejidos
La milicia del mundo está sembrada;
Que á varios fines, por diversos modos,
A la voz de la fiesta acuden todos.

Lleno el pais de pláticos soldados,
Ricos penachos por los yelmos puestos,
Sobre recios frisones, de encrespados
Plumeros de oro y chapería compuestos;
Almas fogosas, pechos arriscados,
Por cualquier aire á se arriesgar dispuestos;
Que la francesa cólera, el mas grave,
Aunque la quiere reportar, no sabe.

Quién, de una bella infanta al diestro lado,
Lleva en su nuevo amor gusto cumplido;
Quién en el bosque oculto el bulto amado
Llorando halló el agravio recibido;
Quién á cobrar el ya perdido estado
Su brazo ofrece y su favor cumplido,
Y contra el gran poder, fuerza bastante,
De oscuro mago ó descortés gigante.

Unos en negro luto, andas doradas
Llevan, entre el bordado terciopelo,
Un muerto rey de tierras apartadas,
Que pidiendo venganza viene al cielo;
Que siempre acude á fiestas tan nombradas,
Buscando fama, lo mejor del suelo,
Donde se desagravian ofendidos,
Y se suelen cobrar reinos perdidos.

Otros de armas y yelmos encantados
Nacen, viven y mueren en cuestiones;
Otros de tierna cera, hombres cansados,
De duro cuerpo y blandos corazones;
De dia por los desiertos abrasados,
De noche por estériles terrones;
Que la guerra y amor piden de fuero,
Para sufrir su vida, hombres de acero.

Cuál con la bella imágen de su dama
Resplandeciendo lleva el ancho escudo,
Cuál un pardo dragon en roja llama
Despedazando un corazon desnudo,
Cuál parlero clarin de altiva fama
Vuelto, por falta de una pluma, mudo;
Que la lanza mayor por sí no alcanza,
Sin quien ayude al cuento de la lanza.

Las selvas, los desiertos, los caminos,
De desafios llenos y revueltas,
Combates, bregas, riñas, desatinos,
Dulces pasiones en locura envueltas:
Unos lanzas buscando, otros padrinos,
Otros justas de galas, y otros, vueltas
Las espaldas á todos sus cuidados,
Van en el de su amor embelesados.

Está en medio de Francia Paris puesta,
Ciudad insigne, corte populosa,
De edificios bellísimos compuesta,
En letras y armas clara y poderosa;
Y ahora en la voz de la aplazada fiesta
En placenteras galas tan vistosa,
Que no hay rincon en ella que no sea
Deste insigne aparato su librea.

Las torres, los balcones, las ventanas
Ardiendo en luminarias inmortales,
Cuya luz á las máscaras livianas
Alegre vista da y sombras iguales:
Llama el clarin, responden las campanas,
Al atambor sonoros atabales,
Y alegres chirimías y cornetas
Al tropellado son de las trompetas.

Vanse por todas partes ensayando
Hombres de armas, bridones y ginetes,
De relámpagos de oro el aire blando
Cubriendo los grabados coseletes:
Entre el bruñido acero tremolando
Plumas, bandas, banderas, gallardetes,
Ricos despojos del vencido moro,
De perlas llenos y de cifras de oro.

Las calles y las plazas tan cubiertas
A todas horas van de gente armada,
Que el ronco estruendo y súbitas reyertas
Ni oir consiente ni entenderse nada;
De la insigne ciudad las francas puertas
Dando seguro paso y libre entrada
A varia gente en ciegos escuadrones,
Sin mirar leyes ni aceptar naciones.

Aquí tablados hacen y estacadas,
Allí palenques, acullá barreras,
Altos andamios, firmes palizadas
De varias trazas fuertes y maneras:
Quién limpia el corvo escudo, quién grabadas
Armas, sillas, penachos y testeras,
Quién en jaeces de oro y paramentos
Labra á su amor costosos pensamientos.

Quién da de tembladora argentería
A su plumero varios resplandores,
Quién graba un limpio arnes, quién desafia
Y vence la iris bella en sus colores,
Quién la antigua bisarma que servia
De inviolable blason á sus mayores,
Descuelga ya de mármoles extraños,
Donde la guardó el tiempo largos años.

Es el concurso grande, y la agonía
Varía, varios los pechos valerosos;
Que en noble empresa es honra la porfía,
Y señores del mundo los briosos:
Llegan mil aventuras cada dia,
Sucesos de armas, lances amorosos,
Justas y desafíos de gigantes,
Pruebas de amor y casos semejantes.

Al venidero mes, que abre las flores,
La fiesta principal está aplazada;
Que entre las rosas brotan los amores,
Y fiestas sin amor no valen nada:
Si algun azar no entibia estos furores,
Gala el mundo no vió mas señalada:
La fama lo dirá... Que un jayan fiero
Ahora á mi pluma lleva el vuelo entero.

Está del mar Ligústico cercada
Córcega, dicha Cirno antiguamente,
Aspera, peñascosa, mal sentada,
De mal clima, mal suelo y mala gente:
Del gran jayan Morgante gobernada,
Que en una roca sobre el mar pendiente
Su inexpugnable alcázar se levanta,
Con que á la isla enfrena, al mundo espanta.

Del pardo Bronte, que en la estrecha altura
De Meliguna un tiempo tuvo fragua,
Por recta línea y sucesion no oscura
Así la suya el tiempo antiguo fragua:
A Scila en su primera hermosura
El cicople gozó dentro en el agua
De su madre Anfititre, y della tuvo
Al fuerte Auson y al inclemente Onubo.

Mató Onubo á su hermano, y de un pequeño
Niño que de Dorisca dejó al mundo,
Llamado Lipar, el humilde isleño
De Lipara heredó nombre segundo:
Deste nació Ligusto, que en empeño
Tambien dejó su nombre al mar profundo,
Naciendo Cirno dél, y de este Almonte,
De Onubo abuelo y del segundo Bronte.

De Bronte fué Dorisco descendiente,
Y Fulborando padre de Morgante,
Que heredó el reino y la soberbia gente
De Córcega, y fué hermano de Bramante,
Que, huyendo dél por de ánimo inclemente,
A Toledo pasó, y fué vano amante
De Galiana, y este, en este modo,
Es del rey corzo el real linaje todo.

Hácia la áspera costa al mar profundo
Hoy levanta un peñasco la cabeza,
Que en otro tiempo anduvo por el mundo
Hecho hombre y de mortal naturaleza:
Quién de su primer sér sacó el segundo,
Y sus miembros vistió de tal dureza,
Yo lo diré despues; que ahora quiero
Al bravo corzo retratar primero.

Era un marino risco en estatura,
Cuerpo abultado, músculos fornidos,
Anchas espaldas, gruesa la cintura,
Larga y corva nariz, ojos torcidos,
Verdinegro en color, basto en hechura,
Barba y cabellos crespos y tupidos,
Y de tan firmes fuerzas, que pudiera
Mudar un monte si mudable fuera.

Una ancha cimitarra que jugaba
De blancos filos, un quintal tenia,
Con que del primer golpe destrozaba
Entero un hombre, y dos y tres partia;
Y á este respecto lo demas llevaba
Del reforzado arnes que se vestia,
Asaltando arrogante un campo entero,
Ora armado de seda, ora de acero.

Trazando un dia en su ánimo orgulloso
Cómo en Francia esgrimir podria su maza,
Y en sus fiestas hacer su brazo airoso
El general espanto de la plaza;
A sus piés puesto un mensajero odioso,
Con triste nueva humilde los abraza,
Y el golpe le encarece furibundo
Con que el cruel Bramante huyó del mundo.

Dejóle el nuevo caso embelesado,
En el cómo y el cuándo cuidadoso;
Mas vuelto en sí de aquel primer cuidado,
Impaciente se muestra y desdeñoso;
Y de un cruel furor arrebatado,
Cuanto delante está rompe furioso:
Todo lo hace igual; nada perdona,
Gente, vestidos, armas ni persona.

Cual sierpe antigua en siesta calurosa,
Hácia el terron que le arrojó el villano
Se alza, silba, y revuelve la escamosa
Concha, sembrando muertes por el llano;
Y á la garganta y lengua ponzoñosa
Del mortífero pecho saca en vano
La sed prolija que sufrió en su cueva,
Y oculta allí para matar la lleva;

Así del torpe desabrido pecho
Del bruto rey de Córcega revienta
En rabioso furor, veneno hecho,
En que el confuso corazon alienta;
Y al que la nueva trajo sin provecho,
En debidas albricias de su afrenta,
Las que le dió dén siempre al que se ceba
En ser correo de una mala nueva.

Del débil pié le coge, ¡extraño aliento!
Y á dos veces que el brazo da la vuelta,
En triste ruido por el sordo viento
Va, cual de rústica honda piedra suelta:
Bajó buscando el húmedo elemento,
Y el agua blanda, en crespa espuma vuelta,
Recibió el cuerpo en peña convertido,
Ya por el aire enjuto endurecido.

Que, cual de estrecho frio detenida
Nube, en el hueco viento congelada,
En blanca nieve baja endurecida,
Y en menudos vellones apretada,
O cuando á duros globos reducida,
En aljófares gruesos cae llorada;
Sin sangre el cuerpo así, del miedo helado,
En duro pedernal cayó trocado.

Y allí la humana forma consumida,
Quedó en medio la mar vuelto roquedo;
Que quien por mucho andar perdió la vida,
Justo es que para siempre se esté quedo:
Así este cuento ó fábula fingida
El vulgo canta en Córcega, sin miedo
Que lo tengan por tal, siendo lo cierto
Que fué el correo sobre aquel risco muerto.

Que descendiendo por el aire blando,
A quien la ira del cruel gigante
Sin alas hizo penetrar volando,
Nombre al risco le dió, bulto y semblante;
Y él, todavía en su furor bramando,
Con ánimo impaciente y arrogante,
Sin que respeto ni temor le ocupe,
Torpes blasfemias contra el cielo escupe.

Más por alegre ornato ó por decoro,
Que por la religion ni su cuidado,
De los Penates el casero coro
De su cuadra un altar tenia dorado;
Y aunque en precio y valor era un tesoro,
De la avenida del furor llevado,
La rabia estrenó en ellos de manera,
Que ninguna deidad le quedó entera.

De Júpiter un nuevo Icaro hizo,
Que al turbulento mar bajó volando;
A Vénus y á su hijo antojadizo
Dos Leandros que á Sesto iban nadando;
A Marte entre las manos le deshizo,
Y mejor lo hiciera peleando;
A Vulcano arrojó con tal enojo,
Que de ambos piés, al caer, le dejó cojo.

No hicieron tanto estrago los gigantes
Del monte Pélion en su antigua guerra,
Licaon, y otros monstruos semejantes
Que contra el cielo levantó la tierra,
Como en sus simulacros elegantes
La ira que el pecho de Morgante encierra,
Que en una hora rompió mas dioses viles,
Que en mil años criaron los gentiles.

Y de impaciencias lleno y de despecho,
Una horrible venganza determina
Contra la afrenta y el agravio hecho
Del gran Bronte á la real sangre divina;
Y en este fuego ardiendo el turbio pecho,
A pié y sin armas para el mar camina
A destruir el mundo por España,
Y es poco el mundo en que vengar su saña.

Solo, sin lanza, espada ni escudero,
Ni mas que el ciego ardor que le seguia,
Al turbio mar en un batel lijero
Furioso se arrojó, y furioso envia
El barco sin timon ni marinero
Por el confuso piélago, sin guia,
En señal que con ánimo iracundo
Esta vez acomete á todo el mundo.

Mas ya el soberbio mar, tambien hinchado,
Se fué en verse pisar embraveciendo,
Y el jayan, de sus olas afrentado,
Que haya otra mayor furia está temiendo;
Y así en su enojo cruel precipitado,
Lanzarse quiere por el golfo horrendo,
Y á pesar de los vientos y su guerra,
Salir del ciego mar á hundir la tierra.

Mas viendo el sordo piélago que hervia
En perjüicio de su loco intento,
Rabioso contra el cielo se volvia,
Contra la fe, contra la mar y el viento:
A sus cobardes dioses desafia;
Al mar escupe; el destemplado aliento
Del aire á grandes voces embravece,
Con que su rabia y la tormenta crece.

Rompió ya de una vez Neptuno el freno,
Y á las turbias estrellas se levanta,
Corrido en ver que de su ondoso seno
La furia al mundo, y no á un gigante, espanta;
Y el frio soplo, de tormentas lleno,
Las velas hiere con braveza tanta,
Que es su hinchada soberbia semejante
Al ciego error del bárbaro Morgante.

Seis dias anduvo sin ningun sentido
Tras varias experiencias de fortuna,
Ya entre las crespas olas sumergido,
Ya por la humilde arena, ya en la luna;
Hasta que el turbio mar, mas corregido,
Del viento no mostró señal alguna,
Poniéndole á él entre bajeles varios
De una enemiga flota de corsarios.

Corria á barlovento de un navío
Que á esperar su intencion paró sin miedo,
Y el corzo, viendo el aparente brio,
Tambien por ver el fin se estuvo quedo;
Cuando vió que en confuso desvario,
Al barloarse con igual denuedo,
Como enjambre de abejas importuno,
Innumerables leños cercan uno.

Morgante, que entendió la demasía
Del duro asalto al combatir primero,
Ardiendo en los deseos que traia
De abrasar con su llama el mundo entero,
Contra toda la flota que venia
En su barquillo arremetió lijero;
Que sin armas, á coces y á bocados,
Todos pensó dejarlos anegados.

La gruesa entena del primer navío
Furioso toma cual delgada caña,
Y con mandobles della y de su brio,
Destrozo hace y mortandad extraña:
Cunde la rabia, crece el desvarío,
El furor ciego, la indomable saña,
Y de cualquiera de sus golpes fieros
Deshace y hunde los navíos enteros.

Unos sin vida, otros sin figuras,
Muertos deja unos, y otros atronados;
Otros los huesos, carne y coyunturas
Molidos, hechos masa y aplastados:
Arboles, gavias, jarcia, obencaduras,
Grumetes, marineros y soldados,
Como granizo, sin dolor ni pena
Derriba, y caen á palos con la entena.

Así en la antigua Arcadia encina dura
Que á veces varear suele el villano,
De gajos y bellota no madura
A recios golpes cuaja el fértil llano;
Y fruta, ramas, hojas y verdura,
Todo lo iguala su pesada mano,
Y si la hambre crece y la mohina,
Desmocha y quiebra á palos media encina.

Echó un navío á fondo en dos pedazos,
Y á otros cuatro rompió jarcias y entenas;
A cuál sin piernas deja, á cuál sin brazos,
Y á cuál las manos de los sesos llenas:
Atropellando estorbos y embarazos,
La capitana asió por las cadenas;
Y hubiera, al saltar dentro por un lado,
Si él no la enderezara, zozobrado.

De humilde vulgo y torpes marineros
Sin defensa mayor la halló cargada,
Y de su entena á dos redobles fieros
Toda en el primer círculo escombrada:
Unos al agua, y otros, mas lijeros,
Volando van por cima de la armada
A buscar su caudillo, que se halla
Del abordado barco en la batalla.

Con un gran capitan, que en él traia
El supremo lugar por su braveza,
Y en su ancho escudo un rojo leon, que hacia
Blason á su invencible fortaleza;
Y él, con la diestra espada que esgrimia
Por muestras de su brio y su destreza,
A sus sangrientos piés tenia rendidas
De los mas bravos las mejores vidas.

Al tiempo que el jayan subió al navío,
En su contrario el franco caballero
Echó de un golpe dos con mortal frio,
Y ahogó el orgullo en el que entró primero;
Y á este y aquel y al otro quita el brio,
Manchando en roja sangre el limpio acero
En varios modos; que es su brazo fuerte
Diestro en dar mil figuras á una muerte.

Cayó un mortal desmayo en el rüido
Que en torno hacia la confusa armada,
Viendo su incauto general caido,
Y su esperanza sin sazon cortada;
Lo mejor de sus fuerzas destrüido
Del filo agudo de una sola espada,
Y del crüel jayan la fuerza altiva,
Que ahora de nuevo en su favor arriba.

Y él, heredando del contrario muerto
El corvo alfanje y el valiente escudo,
Por entre la canalla sin concierto
Sembrando muertes va su filo agudo:
Cuál hasta las entrañas cae abierto,
Cuál sin piés acabar de huir no pudo,
Cuál sin brazos se halla, cuál se queja
Con solo un brazo, un hombro y una oreja.

Aquel, ántes ocioso, ya ocupado
En volver las entrañas á sus senos,
Mira otro que cabe él se halla admirado
De verse la mitad del cuerpo ménos:
Uno su diestro brazo destroncado
Busca, y viendo sobre él tantos ajenos,
Miéntras le encuentra la segunda herida,
El otro le arrebata con la vida.

El rudo Telamon cuando en venganza
De su agravio asolaba el campo griego,
Y en furiosa locura su pujanza,
Ni admitia excusa ni escuchaba ruego;
Ni hizo mas riza ni mayor matanza,
Ni se vió con su cólera mas ciego,
Creyendo, al golpe de su ira necia,
Ser los testuces príncipes de Grecia,

Que en igual ó mayor carniceria
De Córcega se via el rey brioso,
Tal, que á todos los ojos parecia
Entre manso ganado leon furioso;
Y cuanto mas la mortandad crecia,
Más el combate crece peligroso;
Que por mil partes los navíos corsarios
Gente lloyian infiel en los contrarios.

Seis medios signos el herir primero
Durado á costa del corsario habia,
Cuando de léjos un navío velero
A dar sobre ellos vieron que venia:
Ninguno lo juzgó por buen agüero...
Lo mas del caso se verá otro dia;
Que de Bernardo aquí la heróica fama
Mi humilde musa á nuevas voces llama.

Con él dejé á Orimandro en su ejercicio,
Pintando en su afliccion dulces dolores;
Que este es de un triste el ordinario oficio,
Y el amor grande escuela de pintores:
Dejéle de escuchar, porque es indicio
De no acabar jamas tratar de amores;
Mas ya aquí me conviene oirle un poco,
Pues no es él solo deste tema el loco.

Volvian á la gran Creta navegando
Lo que en contrario tiempo han descaido,
De un bordo y otro el crespo mar surcando,
Con el jaloque el tramontana asido;
Y el rey de Persia, su dolor contando,
Así á Bernardo lleva entretenido:
«La fatal brasa, en aire consumida,
Sin resplandor quedó, Dulcia sin vida.

»Desta muerte infeliz el golpe extraño
Los males dió que á Creta han perseguido;
Desta crueldad nacieron; deste daño
El reino está en desgracias consumido:
Alzáronse las nubes con el año;
Dejó su fuego el aire corrompido,
Y el fértil campo, ya agostado y seco,
De sus tributos hizo estéril trueco.

»Sembró Mercurio horrible pestilencia
De fieras sierpes y aires venenosos,
Que la Reina mataron sin clemencia,
Y fuéron ménos que ella rigurosos,
Cumpliéndose del hado la sentencia,
Que á Creta dió, en agüeros espantosos,
De su llama infeliz una centella,
A fin que su quietud se abrase en ella.

»Está el ignoto laberinto hecho
Por la mano de Dédalo ingeniosa,
De la rica ciudad un breve trecho,
Al ciego amparo de una selva umbrosa,
Donde un real monstruo de doblado pecho
Posada tuvo y cárcel engañosa;
Y al fin, la luz de un hilo delicado
Hacerlo pudo claro de intrincado.

»De aquí espantosos nacen todavía
Disformes bultos, sombras infernales;
Este el fuego encendió que en Creta ardia,
Y parió en ella los presentes males:
Sobre este oscuro laberinto un dia
Un rico templo de arcos inmortales
Se vió nacido, ardiendo su tesoro
En las basas de cien colunas de oro.

»De una arqueada bóveda era hecho,
Tan alta, que en la vista se perdia,
Y con las piedras su dorado techo
Un estrellado cielo componia,
Con cien ventanas que de trecho á trecho
De luces la llenaban y alegría,
Abiertos en molduras y perfiles
Balcones de oro, rejas y pretiles.

»En medio la alta fábrica preciosa,
De un enlutado pórfido labrada,
Una sombría tumba está pomposa,
Sobre diez ninfas de cristal sentada;
Y otra enlutada bóveda vistosa,
De mosáicos follajes antorchada,
Así en arcos levanta su tesoro,
Que humilde hace en su respeto al oro.

»En hombros destas ninfas se sustenta
La enlutada y funesta pesadumbre,
Y con sus diestras manos se alimenta
Al templo una inmortal y eterna lumbre;
Y así al mundo sus luces acrecienta
Con la que al oro enciende en su techumbre,
Que hizo, bajando al mar, que se dijese
Que el dia en Creta á no morir naciese.

»Del real sepulcro en las doradas barras
Con que su arqueada bóveda crecia,
De un dragon de oro en las azules garras
Una guirnalda daba lumbre al dia:
Brillando toda está luces bizarras
De flores de tan rica pedrería;
Que igualar su tesoro á los de Craso
Es comparar la mar á un chico vaso.

»Por hojas esmeraldas, y por flores
Rubís ardientes, perlas cristalinas,
Rubios topacios, íris de colores,
Blancos jacintos, amatistas finas,
Camafeos cubiertos de primores,
Y entre las agoreras amandinas,
Con esta letra un real carbunco frio:
—Por la venganza tuya y honor mio.—

»En el hueco sepulcro otro letrero
La muerte entre diamantes descubria,
Y aunque amasado de oro el rostro fiero,
Con el verso mataba que decia:
—En cada luna una doncella espero
Que aquí degüelle la venganza mia,
Hasta que ponga otra mayor belleza
Esta hermosa guirnalda en su cabeza.—

»Turbado del prodigio de la muerte,
A ver el nuevo templo el pueblo vino,
Confuso del rigor con que le advierte
Su destruicion el celestial destino:
Ley sin piedad, cruel y adversa suerte
La juzgara el tirano mas sanguino:
Librarse quieren todos del tormento,
Mas no poner ninguno el instrumento.

»Del consejo del Rey salió acordado
Que se ejecute lo que el cielo ordena,
Y el sacrificio, cual lo pide el hado,
Se ofrezca cada mes la luna llena,
Hasta que en sangre laven su pecado,
Y con la culpa quede igual la pena;
Y á este fin se procure por la tierra
La beldad que mayor caudal encierra.

»De los reinos de amor las mas hermosas
A grande expensa y gastos son buscadas;
Y para las exequias dolorosas
En pronósticos tristes alistadas:
Aquí solas las feas son dichosas,
Y todas las hermosas desdichadas:
Si ser en algo venturosa quiere,
Váyase á Creta la que fea fuere.

»Sus gentes en las islas comarcanas
Ni oro han dejado ni doncella hermosa,
Escogiendo en las flores mas tempranas
Para su triste altar la mejor rosa:
Al fin, entre estas víctimas humanas
Un dia cautivaron á mi diosa,
Y el Rey, viendo la luz por quien yo vivo,
De una cautiva se sintió cautivo.

»Pervirtió el nuevo amor los sacrificios,
Y la que iba á ser víctima sagrada,
En lugar de los dioses mas propicios,
Por diosa instituyó fuese adorada;
Mas ya el cielo, cansado de sus vicios,
Al nuevo altar de la beldad amada
Dió por verdugo la disforme fiera,
Que la vengara si por mi no fuera.

»De allí, cual dije, liberté la vida
De quien la mia en pago me ha quitado,
Y en triunfo ilustre á la ciudad traida,
Nuevo decreto el real consejo ha dado:
Que á las primeras suertes sea admitida,
Y sujeta al rigor del duro hado,
Sin que mando de rey ni otra potencia
En algo altere esta última sentencia.

»De doce de la urna aborrecible
La última fué á salir mi amada diosa,
Con que el cielo mostró en señal visible
Ser la ménos decente y mas hermosa:
Ya once altares corrian sangre horrible
De infeliz hermosura: ¡extraña cosa!
Que mas la hambre y mortandad crecia
Cuando algun sacrificio se hacia.

»Un año en Creta me dejó encantado
En vano amor, y mil me entretuviera
Con un cabello sin quebrarse atado;
Que es la esperanza dulce hechicera;
Despues que le quité en el fértil prado
Mi bella diosa á la serpiente fiera,
Porque me diese la enemiga suerte,
Con el fin de su vida, el de mi muerte.

»Ya el enlutado dia se acercaba
Que al mundo habia de echar en noche oscura,
Y el sol que á él y á mí nos alumbraba
En la indigna y temprana sepultura:
Ya el verdugo el cuchillo aparejaba,
Y la luna sin luz y sin figura,
Su variable curso apresurando,
Iba creciendo, y mi placer menguando.

»Y aunque incierta su muerte, la sospecha
Bastó á turbar el gusto de mi vida;
Que un desdichado siempre da por hecha
Contra sí la desgracia mas temida:
La cadena arrastrando mas estrecha
Que en la prision de amor fué conocida,
De un mal en otro, procurando en vano
Un favor breve de su ingrata mano.

»Trazando de un dolor varios intentos,
En uno me resuelvo y determino,
Que es no poner en duda mis contentos,
Ni fiar mas suerte á mi contrario sino;
Mas romper del altar fueros sangrientos,
Y dél robar el sacrificio indino:
Pensé acertar, y tiene amor mandado
Que no acierte á servir quien no es amado.

»Puse en el puerto á punto este navío,
Mi gente por el bosque entretejida,
Y á pesar del cretense señorío,
De la muerte otra vez libré á mi vida,
Sin darle cuenta del intento mio,
Medroso que de altiva y desabrida,
Fuera el altar del sacrificio injusto
De mas gusto en el suyo que mi gusto.

»Allí robé la que mi alma triste
Donde quiera que está tiene robada,
Y aquí la traje, y como tú la viste
Siempre sin ocasion la vi enfadada;
Que el dulce premio en que el amor consiste
Es suerte, y fué la mia desgraciada:
No pida otra ocasion el que quisiere,
Si aborrecido de quien ama fuere.

»Si bien yo fuese donde nace el dia
De nueva lumbre y resplandor vestido,
El poderoso sol flaco seria
Contra las sombras deste ingrato olvido;
Que desta ausencia la tiniebla fria
En que me tiene el desamor metido,
Ni donde sale el sol ni donde acaba,
La luz podrá hallar que le alumbraba.»

Dijo; y al curso de su amor dudoso
Cogió la rienda, y aflojóla al llanto,
Y sintiendo, no en gusto desdeñoso,
El leonés su dolor, hizo otro tanto;
Que es de cruel pecho, á un caso doloroso
Tener el corazon de duro canto:
El Rey su llaga aprieta en lo secreto;
Que, aunque estaba afligido, era discreto.

Con pecho heróico el grato mal reprime
Del ardiente furor de su agonía;
Aquella diosa en su memoria imprime
Que tantos sacrificios le debia;
Y porque el corazon no desanime,
Finge esperanza donde no la habia:
«Quizá, dice, el dolor del mal que siento
Será algun dia especie de contento.

»Cual pecho avaro en allegar tesoro
Con deleite el trabajo facilita,
Que la hambrienta codicia y sed del oro
A insufribles tormentos necesita;
Tal esta dulce muerte, en quien adoro,
Mi vida alegra, mi alma resucita
Con el nuevo placer y el gusto nuevo
Que en morir por tan noble causa llevo.»

Así el rey persa al gran Bernardo hablaba,
Y entre esperanzas y temor moria;
Que este con sobresaltos le ahogaba
Lo que aquella adulando le ofrecia:
Con nuevo miedo amor su pecho agrava,
Y la confusa guerra en que venia
Es no saber si la beldad robada
Segunda vez á Creta fué llevada.

Que aquel divino brazo riguroso
Que la robó con superior violencia,
Será en ambas desgracias poderoso
A ejecutar del hado la sentencia:
Todo tiene su fin, triste ó dichoso;
Darse debe á los dioses la obediencia:
No es su poder, como el del hombre, estrecho;
Mas siempre lo que el cielo ordena es hecho.

Bernardo, afable, aquel dolor consuela:
«Todo, le dice, está en su sabia mano,
Ni el pié se mueve ni la pluma vuela
Sin licencia y acuerdo soberano:
Es fuerza que el dolor lastime y duela,
Que es duro golpe en corazon humano;
Mas la cordura en todas ocasiones
Los gustos mide y templa las pasiones.

»Y esta funda mortal que al alma viste
Es lumbre de esmaltada vidriera,
Que si es dorada, azul, alegre ó triste,
Tal luz dentro en la sala reverbera;
Y bien que el punto del valor consiste
En grave pecho de igualdad entera;
Mas cuerpo humano de contrarios hecho
No puede al alma dar mas firme pecho.»

Así el noble leonés, y así el persiano,
Uno sus cosas cuenta, otro las guia,
Y en blanda paz mitiga el pecho humano,
Cual suele la agradable compañia;
Cuando del feo Triton el reino cano
Crespo se revolvió, y se escondió el dia;
Braman los vientos, crece la tormenta,
Perdido el norte, el cómputo y su cuenta.

Ahora es tiempo, oh luz del tercer cielo,
Que alegre llueves dulce amor fecundo,
Y tu resplandor quinto, cuyo vuelo
El ocio quita y flojedad del mundo,
Que ambos templados envieis al suelo,
A mi pluma un feliz saber profundo,
Con que cante en espíritu doblado
Un tierno amor y un fiero Marte airado.

Un ejercicio y otro son vapores
Que al seso suben con la sangre nueva,
Y á la imaginacion hechos furores
Su mismo brio y su inquietud los lleva:
¿Qué almas hay en la tierra sin amores?
¿Qué gloria que al amor no se le deba?
Oiga el mundo mi voz; que hace mi pluma
Hoy de Marte y de Amor una gran suma.

Seis veces tras la lámpara febea
Con la suya Diana alumbró el mundo,
Y siempre el viento en áspera pelea
Feroz luchaba con el mar profundo;
Cuando entre hinchados tumbos de marea,
Impedido el primero del segundo,
Fué la persiana vela descubriendo
De un conflicto naval el ronco estruendo.

Y allí un gigante que en favor de un barco
Contra todo un ejército pelea,
Volviendo de azul rojo el hondo charco
Un baupres espantable que voltea;
Y con mas vidas á sus piés que el arco
Derribar suele de la muerte fea,
Al combatido leño saltó, cuando
Los dos á ver su furia iban llegando.

Pusiéronse á mirar; mas ya informados
De la alevosa desigual batalla,
En favor del jayan, entre quebrados
Bajeles pasan por la vil canalla;
Cuando lloroso grito en los costados
De una galera fácil de abordalla
Se oyó de presos, cuya voz aguda
A Dios pedian venganza, al mundo ayuda.

Saltó el diestro leonés en la aferrada
Fusta, buscando á quien favor pedia,
Y allí, esgrimiendo su atrevida espada,
Rayo entre flacas mieses parecia:
Uno hiende, otro parte, otro, tajada
La cabeza por medio, al agua envia;
A cual hiere de punta, á cual de tajo,
Y á cual arroja al mar del bordo abajo.

Con tanta gallardía volteaba
La diestra espada el jóven valeroso,
Que ya el de mas denuedo se apartaba,
De sus mórtales golpes temeroso:
Así en el turbio Égeo la mar brava,
Soplando hielo el aquilon nubloso,
Escombra de sus piélagos hinchados
Navíos y navegantes destrozados.

Bajó donde la triste voz salia,
Sin temor del primer impedimento;
Que quien vivo quedó más pretendia
Que su propia venganza, su contento:
Bajó, y vió que en prision estrecha habia,
De cerradas cadenas de tormento,
Una bizarra escuadra de doncellas
De tierna edad y de figuras bellas.

A Creta las llevaban los corsarios
Cautivas para ser sacrificadas,
De islas diversas y de pueblos varios,
O bien por fuerza ó por traicion robadas:
Bernardo, ya rendidos los contrarios,
Y las duras cadenas quebrantadas,
Cercado salió de ángeles gozoso,
Como de estrellas el lucero hermoso.

Un bravo caballero halló entre ellas
De bello rostro y gracia soberana,
Cuya gran perfeccion dió en las mas bellas
Ménos perfecta su altivez lozana:
Como la luna humilla las estrellas,
O á los nortes la luz de la mañana,
El así, desarmada la cabeza,
Con la beldad rendia y la braveza.

El cabello, que al oro oscurecia,
En un nudo de perlas enlazado,
El claro rostro como el nuevo dia
Cuando sale de aljófares bañado;
Y aunque armado un dios Marte parecia,
Todavía su semblante delicado
Mostraba, entre caricias y desvíos,
De dama, mas que de varon, los brios.

Los negros ojos con belleza armados
De unas largas pestañas retorcidas,
Como el coral los labios delicados,
Los dientes perlas de rubíes ceñidas,
Las megillas dos soles deslumbrados,
De un claro y fino rosicler teñidas,
Y la serena frente tersa y pura,
Cielo donde se adora la hermosura.

Bellos arcos las cejas, que á galanos
Golpes la muerte enarca y amor tira,
Y las flechas sus ojos soberanos,
Con que enamora y mata á quien los mira;
El cuello altivo y las torneadas manos,
De quien la rara perfeccion se admira,
Si aquel sustenta una techumbre de oro,
Estas de amor reparten el tesoro.

Traia descubierto el rostro bello,
Y todo lo demas del cuerpo armado,
Dado al descuido un nudo en el cabello,
Descuido hecho para dar cuidado:
Nadie lo vió que entre el placer de vello
No quedase en sus hebras marañado,
Y no á pocos tambien costó la vida
La red de mano del amor tejida.

Quedó Bernardo, viendo su hermosura,
Si no del todo preso, ya emplazado;
Que á su grave y honesta compostura
Cierto heróico valor sintió mezclado;
Y en el brio, el donaire y la figura,
De Angélica un vivísimo traslado;
Solo que esta beldad le parecia
Mas tierna y de mas lustre y gallardía.

No se engañaba el español con ella,
Ni en lo que toca á su beldad se engaña;
Que en el oriente de la reina bella
Del gran Catay nació en una montaña:
O sea Medoro, ó sea la quinta estrella
Padre feliz de la belleza extraña,
Ella es hija de Angélica, y por ella
La llaman Arcangélica la bella.

Corre por las regiones del oriente
Ser de Marte feroz hija esta dama,
Que en una alegre caza el dios valiente
De Medoro ocupó la blanda cama:
O sea cuento vulgar, ó sea aparente,
Engaño mago, ó lisonjera fama,
La voz corre, y los rastros desta historia
Así el tiempo los guarda en la memoria.

De un antiguo edificio en las rüinas
La rica China, al pié de Palavedra,
Dos torres conserva hoy en dos esquinas,
Ya de grama cubiertas, ya de yedra;
Y en sus cimientos de turquesas finas
Tres bultos en tres árulas de piedra,
Y entre el témpano escrito y la cornija:
«Marte, la Reina, y su invencible hija.»

Es tradicion antigua y que concuerda
Con la razon del tiempo en sus historias,
Que una reina, hermosa mas que cuerda,
Cuyas son destas torres las memorias,
Y guardan que la suya no se pierda,
Por su mano alcanzó ilustres victorias
De príncipes y reyes del poniente;
Que por hija de un dios fué tan valiente:

Entre cuyos relieves peregrinos
Parte de su beldad se goza impresa,
Que aun las llamas del tiempo en los divinos
Bultos no han hecho, como suelen, presa:
De Angélica la bella y de los finos
Rayos de Marte el gran Quinsay confiesa
Que esta infanta nació, bien que del todo,
Si el tiempo ajusta, no se alcanza el modo.

¿Quién la medalla de beldad mas fina
Que el tierno sol miró, dió á Marte ardiente?
Ó ¿quién con nombre y opinion divina
La forma se vistió del dios valiente?
Si fué del aire y su region vecina
Algun incubo espíritu potente,
El contrahecho cuerpo cristalino
Como á la madre de Merlin le avino:

Si fué embuste de mago, ó poderoso
Aspecto de feroz planeta altivo,
O en observado punto venturoso
Traza del ermitaño fugitivo,
Que de los labios de coral goloso,
Para hurtarles el desden esquivo,
Marte se hiciese, y á su pecho frio
Algun Reinaldos diese fuerza y brio:

Del todo la verdad está encubierta;
Solo se sabe que esta alegre hija
De la célebre Angélica, cubierta
De hierros iba allí en prision prolija,
Mas bella que la aurora descubierta
Cuando al mundo su aljófar regocija,
Y á quien ahora la mira mas hermosa
Que entre el rocío de abril temprana rosa.

Bien que toda esta gracia y hermosura
Para mayor martirio le fué dada;
Que Vénus, por le ser madrastra, jura
Que en amor ha de hacerla desgraciada;
Y la beldad, faltándole ventura,
No es mas que para lástimas criada,
Y pocas gozan de ambas en sus puntos;
Que tantos bienes nunca acuden juntos.

Traia lumbroso arnes y armas grabadas
Con rosas blancas y plumajes de oro,
De varia luz y pedrería sembradas,
De grueso aljófar oriental tesoro:
Con roja sangre á golpes salpicadas,
De braveza y beldad nuevo decoro,
Desarmadas las manos y cabeza
Por extremos de gala y fortaleza.

Sintió el tierno leonés su alma asaltada
De un ciego y no entendido pensamiento,
Juzgando por de dama delicada
Del gallardo donaire el movimiento,
Su alegre mover de ojos, su rosada
Color, su blando y dulce acogimiento,
Si bien en brio parece de otra parte,
No hija suya, mas el mismo Marte.

La gallarda Princesa, que ha salido
Con las demas en libertad amada,
Y el contrario poder halla rendido
A la altiva opinion de aquella espada,
El nuevo estrago mira repartido
Por la enemiga gente destrozada,
Los bravos golpes, las heridas fuertes,
Y de un solo vencer las varias muertes.

Uno hasta el resonante pecho abierto,
Otro en dos medias partes dividido,
Aquel á golpes desmembrado y muerto,
Y este sin brazos y sin piés tendido:
El corazon tiene otro descubierto,
Otro de un tajo hasta los piés partido,
Este en sus brazos tropezó huyendo,
Y aquel se fué á pedazos consumiendo.

Con razon admirada del destrozo
Del Catay la princesa delicada,
De envidia lleno el corazon y gozo,
La invicta mira y valerosa espada;
Y en nuevo sobresalto y alborozo
Desea ver la visera levantada
Al encubierto autor de tal proeza,
Por ver, como su esfuerzo, su belleza.

Mas el confuso estruendo de la armada
Que al abordado barco combatia,
A ponerse obligaba otra celada,
Mas que á quitarse la que ya tenia;
Cuando la nao de Persia acelerada
Por medio de las otras se metia,
Hasta llegar donde pelea el gigante,
Y el Rey ponerse al lado de Morgante.

Bernardo, que le vió, procura en vano
Su barco enderezar á darle ayuda;
Mas en un punto un áspero solano,
De nuevo el grueso mar altera y muda:
El aquilon y el ábrego liviano
El dia segunda vez vuelven en duda,
Y un descompuesto huracan de tierra
A todos puso en paz con nueva guerra.

De los confusos vientos esparcidos,
Y de las crespas olas arrojados,
Iguales vencedores y vencidos,
Por el revuelto mar se ven sembrados:
Todo es confusos golpes y bramidos
De los duros peñascos azotados,
Y de la destrozada plebe el llanto,
Que de la confusion crece el espanto.

Solo en la tempestad, que va cargando,
La de Morgante y su rigor no cesa;
Que mas que el turbio vendaval bramando,
Cual hinchado raudal, rota la presa,
Rompiendo, deshaciendo y desmembrando
A diestro y á siniestro vuelve apriesa,
Lanzando al agua, por los aires vanos,
Piernas, brazos, cabezas, piés y manos.

A uno parte por medio, á otro le alcanza
Un reves que le vuela del navío,
A otro que con denuedo se abalanza
Le deja de un ardiente golpe frio:
A este, al otro y aquel hiere, y se lanza
Entre todos con tal destreza y brio,
Que sin que el ser lijero á nadie preste,
Aquí y allí revuelve, á aquel y aqueste.

Raudal tal vez así en veloz molino
Furioso suele al levantar la presa,
Del espumoso tumbo el remolino
La ancha rueda mover en igual priesa;
Y el tierno pez que al curso cristalino
Del rio por su desgracia se atraviesa,
Hecho piezas le arroja, y ni se pára,
Ni en lo que hace su furor repara.

No piensa dejar vivo hombre en el mundo;
Que amigos y enemigos hace iguales;
Y ya que su cruel brazo iracundo
Haya igualado á todos los mortales,
Bajar con sus bravezas al profundo,
Y hacer guerra á las gentes infernales,
Y á Lucifer quitar su asiento eterno,
Y ser él la soberbia del infierno.

El sabio Malgesí, que allí venia,
Viendo al corzo jayan alborotado,
Que en su favor primero combatia,
Y enemigo comun se ha declarado,
Sacó un secreto libro que traia
De rayas y carácteres tiznado,
Y del navío en el pañol oscuro
Sus nuevos cercos comenzó y conjuro.

Lo que en el caso obró su encantamento,
Quien le encaminó allí y á qué venia,
Cómo tanto al navío creció el viento,
Que ya en los aires navegó algun dia,
Dónde fué á dar con su volar violento,
Quién las bolinas y el timon regia,
Qué gentes iban dentro, y de qué modo;
En mejor ocasion lo diré todo.

Que ahora, en golfo y tormenta tan deshecha,
No es bien dejar al gran Bernardo solo,
Que, libres ya de la cadena estrecha,
Sacado habia á gozar la luz de Apolo
Mil bellas diosas; pero ¡qué aprovecha,
Si el cielo se turbó de polo á polo,
Y el mundo, envuelto en una niebla fria,
La esperanza perdió de ver el dia!

Ciérrase el aire de una nube oscura,
Y en las tirantes cuerdas brama el viento,
Suena de voces, llanto y desventura
Un triste son y doloroso acento:
Unos toman la triza, otros la amura,
Los mas fuera de sí, y todos á tiento;
Cuál va á la escota, cuál al chafaldete,
Cuál busca la mesana y va al trinquete.

Las tristes damas, fuera de prisiones,
Viendo de nuevo el viento y la tormenta,
De nuevo comenzaron sus pasiones,
Y de nuevo cada una se lamenta:
Ruegos, votos, plegarias, oraciones,
Llantos, gritos sin número ni cuenta,
Confusas voces, quejas y gemidos
Rompen el aire y hieren los oidos.

En ciegos y confusos torbellinos
Los cuatro vientos hacen cruel batalla,
Del crespo Egeo los turbios remolinos
Ya por sus playas el cretense halla,
Y el Jonio sus embates cristalinos
Por los riscos Adriáticos encalla,
Llevando el viento, en otro igual espacio,
Las olas de las sirtes al Carpacio.

No se vió confusion tan temerosa,
Ni el mar sus ondas vió tan alteradas;
Del norte, con borrasca impetüosa,
Mil sierras de agua vienen levantadas;
Y del austro la fuerza poderosa
Otras embiste en ellas mas hinchadas,
Dejando el barco en medio sin hundirse,
Y el mar en duda á cuál furor rendirse.

Los rayos por los aires escupidos
En las olas causaban nuevos truenos,
En la nao nuevos gritos y alaridos,
En la mar nuevos montes de agua llenos;
Que hasta las altas nubes impelidos,
Sin llover cogian agua de sus senos,
Y aun el barco tal vez encima dellas
A su pesar vió el cielo y las estrellas.

Y no furioso azota un solo viento
El combatido golfo que hervia,
Que á defender cada uno el firme asiento
Que el mundo en suerte le aplicó, porfia:
El austro al aquilon hiere violento,
El de levante al que se traga el dia,
Y cada cual por sí la mar profunda
Teme que su region le anegue y hunda.

Y desta lucha la confusa brega
Al combatido barco hacia provecho;
Que si un golpe al traves de mar le anega,
Otro le ayuda á navegar derecho;
Y tan á plomo el viento y mar le llega
De aquí y de allí, que en el confuso estrecho,
Cuando en una ola zozobrando viene,
Otra, al contrario, llega y le detiene.

Bien una milla fué metiendo un lado,
A punto ya de zozobrar del todo,
Las velas rotas y el timon quebrado,
Y el bordo dentro de la mar un codo;
Y otro golpe tras él desordenado
Lo enderezó por admirable modo,
Y le sacó de entre las olas como
Ballena antigua sacudiendo el lomo.

Así un furor con otro se empalaga,
Y así sin órden va entre un mar violento,
Que tantas temerosas muertes traga,
Cuantas olas sobre él encrespa el viento:
Ya por las nubes, ya en el suelo estraga
De las torcidas conchas el asiento,
Ya metiendo de ló, rota la rienda,
Cada cual á su santo se encomienda.

Quebrados ambos ejes parecia
Venirse abajo la estrellada esfera
Y que cuanto hay criado se volvia
Al ciego caos y confusion primera:
Así el diluvio universal sería
Cuando la mar voló tan altanera,
Que se tragó sus playas y arenales,
Y escondió el mundo á todos los mortales.

Bernardo, en otra mas grave tormenta
Metido el corazon, siente anegarse,
Y con los ojos y la vista atenta
El alma, sin saber de quién, robarse:
Calla en mirar que el fuego se acrecienta,
Y á trueco de mirar quiere abrasarse,
No viendo mas que si estuviera en calma,
Del cuerpo el riesgo, en el que corre el alma.

Hermosa vista tiene el mar cubierto
De blanca espuma, en olas encrespado;
Hermoso es un gran golfo descubierto,
Y mas hermoso cuanto mas airado:
Mas es á quien lo mira ya del puerto,
Y á su contrario desde allí engolfado;
Que si hay tormenta deleitosa y bella,
Será mirando al enemigo en ella.

Iba la ciega noche amortiguando
La poca luz que sobre el mundo habia,
Y el frio viento y tempestad cargando,
La nao con nuevo miedo acometia;
Y el montañes, á todos animando,
Otro armado Santelmo parecia,
Que aquí y allí, sin descansar un punto,
Provee, anima y acude á todo junto.

La hija de Marte, que con vista atenta
Su desenvuelto brio y gracia mira,
Y que al ciego rigor de la tormenta
Cada una en solo su valor respira,
Que es su teson quien el del mar sustenta,
Y al descompuesto viento enfrena la ira,
Con halagüeño rostro se le llega,
Y así le dice, y que descanse ruega:

«Bravo entre los nacidos, si es posible
Que de un revuelto mundo el peso junto
Hacer no puede á tu ánimo invencible
Que de su real valor descrezca un punto;
Si humillar tu fortuna es imposible,
Y de un dios de la mar hecho un trasunto,
Quieres tener en peso nuestras vidas,
Que mil veces sin ti fueran perdidas;

»Descansa ahora, y con tu alegre vista
Regala nuestros ojos un momento;
Y ya que el tiempo á fuerzas nos conquista,
Tambien no nos usurpe este contento:
Alza un rato, señor, la sobrevista;
Que estas damas, y yo en su pensamiento,
Deseamos conocer no por oidas
A quien debemos la salud y vidas.

»No hay enemigo aquí que con recelo
Te pueda hacer que vivas cuidadoso;
Que aun la inclemencia del airado cielo
Basta á enfrenar tu brazo venturoso;
Y así destos azares el consuelo,
Que á nuestros sobresaltos da reposo,
Es tener de nosotros cada una
Colgada su esperanza en tu fortuna.»

Dijo; y las blandas últimas razones
Con voz fuéron tan dulce y amorosa,
Que mostró ser en su ademan y acciones,
No caballero, sino dama hermosa;
Y Bernardo, mas dentro en sus prisiones,
«Contra la fuerza, dijo, poderosa
De amor, si es enemigo verdadero,
Poca defensa son armas de acero.»

Quitóse el yelmo; y aunque el pardo dia
Por oscuros celajes iba huyendo,
Su rostro así sombró nueva alegría,
Que suspendió á la noche el suyo horrendo:
Su aire, de la española gallardía,
En los presentes ojos imprimiendo
Cierto gusto y placer; que siempre agrada
Cualquiera nueva perfeccion mirada.

Suele entre parda nube de aire oscuro
De oro estar una llama amortiguada,
Que á deshora rompiendo el frágil muro,
Toda la vuelve en claridad bañada,
Y al que está en sus tinieblas mas oscuro
La ociosa vista deja deslumbrada;
Tal se halló la hija de Medoro
Al quitarse Bernardo el yelmo de oro.

Los blandos ojos con que amor cautiva
El virginal temor puso en el suelo,
El rostro de color de grana viva,
Cual con celajes de oro el claro cielo;
Tan bella entre turbada y pensativa,
Que arder hiciera un corazon de hielo,
Dando en la gravedad de su semblante
Nuevo asalto á los ojos de su amante.

Ella los suyos en Bernardo á veces
Como al descuido pone, calla y mira;
Aquí y allí los vuelve, y las combeces
Del barco mide, y sin querer suspira;
Y viendo sus soberbias altiveces
Rendidas sin pensar, cruel se aira;
Que amor es blando fuego, y donde prende,
Mientras que mas le ceban, mas se enciende.

Cual simple pajarillo que, en la fuente
De una falsa hermosura convidado,
Su presto vuelo entre la liga siente,
Sin ver cómo, impedido y atajado;
Y miéntras ménos su prision consiente,
Mas revuelto se halla y mas ligado,
Hasta que al fin se deja, de vencido,
En el lazo quedar que le ha prendido:

Tal la princesa del Catay hermosa,
Sin conocer de quién, se halla vencida,
Y como de una fuerza poderosa
El alma á un dulce sinsabor rendida;
Y el leonés, con su vista deleitosa,
No tiene el alma con menor herida;
Que á cada encuentro de ojos por su palma
El corazon le ofrece y rinde el alma.

«¿Si son verdades, dice, ó son antojos,
Bellos ojos, mostráros tan amigos?
Si es con cuidado darme los despojos,
De que los mios son fieles testigos?
Mas no es posible que en tan bellos ojos
Caber pueda celada de enemigos;
Que ojos alegres, de cualquiera suerte,
Son señales de vida y no de muerte.»

Esto en su corazon Bernardo siente,
Y en los libres espíritus del alma
Cierta oculta virtud que en fuerza ardiente
Rendir le hace á su altivez la palma;
Y la nueva beldad que ve presente,
Miéntras le tiene su recelo en calma,
Sin saber cómo, en un divino modo
En sí lo rinde y lo transforma todo.